TIEMPO DE MEMORIA

Ernst Jünger

RADIACIONES I

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)

TUSQUETS EDITORES

ACCESO ABIERTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Nota introductoria
Prólogo
Jardines y carreteras
Primer diario de París
1941
1942
Anotaciones del Cáucaso
1943
Notas
Créditos

Sinopsis

Este primer tomo de Radiaciones –título general que Jünger dio a los diarios escritos entre 1939 y 1948– abarca sus anotaciones comprendidas entre 1939 y 1943. En sus páginas, el escritor, oficial del ejército alemán, entomólogo y, sobre todo, infatigable observador de la naturaleza humana, registra desde la singular cotidianidad de las primeras escaramuzas bélicas hasta sus contactos con la intelectualidad parisina; desde sus lecturas y visitas a bibliotecas y museos a sus impresiones sobre escritores y artistas. Destacan en estos diarios su sombría reflexión acerca del destino humano y el dolor de tantos inocentes, así como su soterrado desprecio hacia los jerarcas nazis y la convicción de estar viviendo unos tiempos abocados al nihilismo y la destrucción total.

Compuesto por tres partes, la primera, «Jardines y carreteras», describe el avance alemán a través del territorio francés. En la segunda parte, «Primer diario de París», dedicado a la Ocupación, nos revela la vida cotidiana en un París agredido, que, sin embargo, sigue siendo alegre escenario de la vida bohemia, artística y mundana, donde pululan conocidos personajes que no vacilaron en codearse con el enemigo. El volumen se cierra con «Anotaciones del Cáucaso», las observaciones del autor sobre el frente oriental, convertido en un auténtico infierno de tinieblas.

RADIACIONES I

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)

ERNST JÜNGER

Traducción de Andrés Sánchez Pascual

TUSQUETS EDITORES

Nota introductoria

Los tres escritos de que consta este primer volumen de Radiaciones, *a saber:* Jardines y carreteras *(primera edición, 1942),* Primer diario de París *(primera edición, 1949) y* Anotaciones del Cáucaso *(primera edición, 1949), así como los también tres de que se compone el volumen segundo:* Segundo diario de París *(primera edición, 1949),* Hojas de Kirchhorst *(primera edición, 1949) y* La barraca del viñedo. Años de ocupación *(primera edición, 1958) permiten echar una mirada excepcional a diez años decisivos de la historia europea de este siglo: desde los meses anteriores a la Segunda Guerra Mundial, pasando por la invasión alemana de Francia, la ocupación de París, los combates en el frente oriental, hasta la catástrofe alemana y los «años de ocupación».*

Los ojos que nos permiten contemplar este panorama de la Segunda Guerra Mundial son y no son los mismos que en Tempestades de acero *y en* El bosquecillo[1] *nos proporcionaron una visión exacta y objetiva de la estructura, del esqueleto de la Gran Guerra. Permanece la mirada estereoscópica, la doble vista; el alma ha cambiado. Dos frases famosas, una de* Tempestades de acero *y otra de* Jardines y carreteras, *muestran con toda nitidez el contraste. La primera dice así: «Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos arrebató como una borrachera. Partimos hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío» (p. 5 de la edición citada de* Tempestades de acero). *La segunda, en cambio, reza: «En ciertas encrucijadas de nuestra juventud podrían aparecérsenos Belona y Atena — la primera con la promesa de enseñarnos el arte de guiar veinte regimientos al combate de manera que estuvieran en su puesto en el momento de la batalla, mientras que la segunda nos prometía el don de juntar veinte palabras de ma-*

nera que formasen una frase perfecta. Y pudiera ser que eligiésemos el segundo de los laureles; este crece, más raro e invisible, en las pendientes rocosas» (p. 165 de este libro).

En julio de 1927 Jünger se trasladó con su familia de Leipzig a Berlín. En la capital del Reich vivió la agonía de la República de Weimar y se relacionó con los muy variopintos círculos, de la extrema izquierda a la extrema derecha, que entonces pululaban por las calles y cafés berlineses. Siguió con atención fascinada, en una mezcla de atracción y repulsa, el ascenso de Hitler. Sus «estudios callejeros» en Berlín son el trasfondo sobre el que escribe su inasible obra El trabajador, *que aparece en 1932. Con su característica habilidad, Jünger se cuida bien de preservar su libertad: ninguna de las enfrentadas fuerzas que se lo disputan es capaz de anexionárselo. Sin embargo, deja pronto muy clara cuál es suposición. Ya en 1927 había rechazado el ser diputado del Reichstag por las listas nacionalsocialistas. En 1933 vuelve a rechazar esa misma invitación, a pesar de las insistencias de Rudolf Hess y de Joseph Goebbels y de las esperanzas que el propio Hitler había puesto en él. Se niega a formar parte de la depurada Academia Alemana de Poesía. Más aún, en una durísima nota pública prohíbe a los nazis que hagan el menor uso de sus escritos. Pocos alemanes tuvieron entonces su coraje. Para que todo quedase más claro, en 1933 abandona Berlín y se retira a vivir a pequeñas ciudades alemanas. Reside primero en Goslar (1933-1936) y luego en Überlinger, junto al lago de Constanza (1936-1939); en abril de 1939 se traslada a una minúscula aldea, Kirchhorst, situada un poco al norte de Hannover, donde ha alquilado una vetusta y espaciosa casa parroquial, con jardín. No la dejará hasta 1948.*

Jardines y carreteras, *el primer diario, comienza el 3 de abril de 1939, a los pocos días de la instalación de Jünger en la mencionada casa parroquial, y está escrito desde una posición muy clara: un antinazismo decidido y militante, desde la perspectiva de la acción espiritual. Por aquellas fechas está dando la última mano a su más famoso relato:* En los acantilados de mármol *(cuyo título inicial era* La reina de las serpien-

tes), *y día a día comenta en los apuntes su doble «trabajo»: en el jardín y en las cuartillas. Sin duda la mejor introducción a la lectura de* En los acantilados de mármol *son estas páginas, llenas de claves.*

Al estallar la guerra en septiembre de 1939, Jünger es nombrado capitán de la reserva e incorporado al ejército. «Todas las guerras comienzan con cursillos», es su humorístico comentario; durante dos meses es sometido a un severo entrenamiento. En esa época corrige las pruebas de imprenta de En los acantilados de mármol, *obra que aparece ese mismo año y que provoca en los círculos nazis una renovada cólera contra él. A mediados de noviembre, al mando de una compañía, es enviado al Muro Occidental, a orillas del Rin, donde permanece hasta mayo de 1940. Las abstractas y mecánicas casamatas de hierro y cemento provocan en él una repugnancia incluso física, y pronto se hace construir una barraca de cañas, barro y madera donde pasa sus días y sus noches. Es la época de la «Barraca de las Cañas»: un pobre oasis en medio del desierto.*

En mayo de 1940 el ejército alemán invade Francia. Las rápidas columnas de los blindados succionan tras de sí a las mal equipadas tropas de infantería. A pie o a lomos de su jamelgo «Justus» penetra Jünger en Francia al frente de su compañía; no llega a entrar en combate en ningún momento. En medio de la barbarie bélica cabalga un donquijotesco caballero: se cuida de la catedral y de la biblioteca de Laon, en Montmirail pone todo su empeño en salvar el castillo de los Rochefoucauld y allí mismo muestra su respeto y simpatía por los infortunados prisioneros franceses. Sus idas y venidas por tierras francesas concluyen en Bourges; allí recibe la única condecoración que se le concede en esta guerra: la Cruz de Hierro de segunda clase, que durante aquellos años fue repartida por centenares de miles. Y la obtiene, no por una acción bélica, sino por haber rescatado dos cuerpos en el Muro Occidental. Jünger regresa con su compañía a Francia, en largas jornadas a pie; Jardines y carreteras *concluye el 24 de julio de 1940, cuando su autor vuelve a pisar suelo alemán.*

Esta obra se publicó en 1942 y provocó asombro e indignación entre los nazis. Ni Hitler ni el Partido, entonces en la cumbre de su gloria, son mencionados con una sola palabra. Tal silencio era clamoroso y pesaba más que los millares y millares de telegramas de felicitación enviados al Führer y a su pandilla de forajidos. Quien sí es mencionado es Kniébolo; se le aparece a Jünger en un sueño, «ofreciéndole bombones», «enclenque, melancólico y menesteroso de contacto» (véase p. 46 de este libro). Las poquísimas personas que entonces sabían o que intuyeron quién era en realidad «Kniébolo» seguramente se divirtieron mucho y a la vez se asustaron con esta peligrosísima osadía de Jünger.

Pero lo decisivo de este primer diario es la visión de la guerra desde una perspectiva nueva, la del sufrimiento. Ahora el soldado no es ya para Jünger, como lo era en Tempestades de acero*, el hombre de acción, el lansquenete lanzado a dar muerte al adversario. Ahora el soldado no es el hombre que mata y que triunfa —o que sucumbe gloriosamente—, sino que es el individuo sometido a la disciplina, amenazado por la muerte, expuesto al dolor. Y el uniforme militar no es ya una distinción propia de señores, sino que encarna una obligación ética, es un manto con el que cubrir y proteger a los débiles y amenazados.* Jardines y carreteras*, uno de los libros más leídos por las tropas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial en las bibliotecas de campaña, enseñó a millares de soldados que también en aquellos años y en aquellas circunstancias era posible cuando menos la caballerosidad.*

Acabada la campaña de Francia, los nazis se sienten dueños de Europa y se disponen a ajustar ciertas cuentas pendientes, también en el interior de Alemania. Uno de sus propósitos es deshacerse de Jünger. Por lo pronto lo envían, a comienzos de 1941, de guarnición a un mísero villorrio del norte de Francia, el lugar más inapropiado para una persona como él. Aquí comienza el segundo de los diarios reunidos en este volumen: Primer diario de París*. En el mencionado villorrio Jünger sufre lo indecible y piensa en suicidarse o en desertar. En abril del mis-*

mo año su regimiento es trasladado temporalmente a París para prestar servicio de guardia en diversos edificios oficiales. Esto lo salva de la autodestrucción y del asesinato indirecto que los nazis habían ideado para él. En cuanto a lo primero, Jünger conoce en París al pintor Werner Höll (1898-1984), cuyo trato lo reconcilia con la vida. «El trato con Höll me resulta beneficioso y me ha sustraído a aquellas peligrosas meditaciones en que me había hundido desde comienzos de este año» (véase p. 232 de este libro). Salvado interiormente, enseguida se produce la salvación externa. Dos lectores de Jünger, Clemens Podewils y Horst Grüninger, oficiales destinados en el Estado Mayor del comandante en jefe de las fuerzas de ocupación alemanas en Francia, se enteran de su estancia en París y de la situación en que se encuentra y hablan con el jefe del Estado Mayor, el coronel Speidel. Este conoce a Jünger a finales de mayo e interviene con celeridad. Reclama del Mando Supremo que Jünger sea trasladado a su Estado Mayor, en dependencia directa de él. Advertido de ello el mariscal Keitel, telefonea personalmente a Speidel a París y le dice lo siguiente: «Jünger es un hombre peligroso. Lo único que usted conseguirá, incorporándolo a su Estado Mayor, es perjudicarse». La conversación se hace tensa. Speidel insiste en su petición y, ante las repetidas admoniciones de Keitel, gana la partida con esta frase: Das nehme ich auf meine Kappe *[eso es asunto mío]. Jünger es destinado a París. A los pocos días el regimiento a que hasta entonces había pertenecido fue enviado al frente ruso y entró en combate aquel mismo verano. Ninguno de sus oficiales regresó con vida. Ese era el asesinato indirecto que los nazis tenían destinado a Jünger, al que sin duda habrían dedicado luego unos pomposos funerales oficiales.*

Instalado en París, Jünger tiene su despacho oficial en el Hotel Majestic, en la Avenue Kléber, sede de la Militärkommandantur, y su habitación privada en el cercano Hotel Raphäel. Depende directamente de Speidel, quien le encomienda llevar las actas de la planeada pero nunca realizada Operación León Marino (invasión de las islas Británicas), pero también otras

actas secretas: las de la lucha por la hegemonía en Francia entre el comandante en jefe del Ejército y el Partido, actas que incluían el asunto de los fusilamientos de rehenes. Pero el propósito principal de Speidel al retener a Jünger junto a sí había sido el de proporcionarle tiempo libre para su trabajo creador. De este modo pudo sumergirse en el espíritu de la capital francesa; de ella recibió múltiples «radiaciones», que sin duda contribuyeron a enriquecer su personalidad. Un día se presentó en el despacho de Speidel un emisario de Goebbels con una extraña petición: la de que forzase a Jünger a eliminar de las futuras ediciones de Jardines y carreteras *la famosa mención del salmo 73. Speidel liquidó la cuestión con un despreciativo: «Yo no mando en el espíritu de mis oficiales». También Jünger se negó, como es natural, a tal supresión. A partir de aquel momento Goebbels impidió que Jünger publicase ni una sola línea más en Alemania por el sencillo procedimiento de negar cupo de papel a sus proyectadas ediciones. En 1945 los ingleses de ocupación en Alemania ratificaron la orden de Goebbels. Comentario de Jünger: «Los perseguidores se relevan, sí, pero siempre en las batidas a la caza».*

El Primer diario de París *pertenece a la historia de esa ciudad, es una parte de su construcción espiritual. Una vez cumplidas sus obligaciones militares, Jünger se convierte a diario en un incansable paseante de las callejuelas y las avenidas parisinas. Cada uno de sus rincones le depara una idea o un sentimiento y, a la vez, adquiere de él un significado nuevo. Jünger trata también de entrar en contacto con sus habitantes, y no solo con los famosos —Picasso, Céline, Cocteau, Montherlant...—, sino también con los desconocidos, con el hombre y la muchacha de la calle o de la tienda. Casi siempre va vestido de paisano. En una ocasión ve por primera vez en una calle de París la estrella amarilla impuesta a los judíos; ese día va de uniforme y, rabioso por su impotencia, siente asco del traje que lleva. Cuando el comandante en jefe de las tropas alemanas en Francia, Otto von Stülpnagel, es destituido y viene a relevarlo un primo suyo, Carl-Heinrich von Stülpnagel, y Speidel es des-*

tinado a Rusia, el nuevo comandante en jefe sigue dispensando su protección a Jünger.

El núcleo del Estado Mayor de París era decididamente antinazi, y en la llamada «Georgsrunde» se discutían con toda libertad materias que eran absolutamente tabú en cualquier otro sitio. La «Georgsrunde» era el círculo de íntimos que se reunía en el salón del Hotel George V, residencia de Speidel, de manera que la traducción inmediata de esa expresión sería: «peña del Hotel George V». Pero sus miembros le daban, además, otro significado: el de «círculo de San Jorge», santo patrón de los caballeros. De aquella «Georgsrunde» salieron múltiples iniciativas para oponerse al terror de las SS en Francia, y millares de franceses debieron su vida, sin que ellos lo supieran, a las conversaciones que allí se celebraban.

El 15 de octubre de 1942 es enviado Jünger por tres meses al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A en el frente ruso. Ese mismo día termina el Primer diario de París *y comienzan las* Anotaciones del Cáucaso*, el tercero de los diarios que componen este volumen. La iniciativa de tal viaje surgió el domingo 16 de agosto de 1942. Carl-Heinrich von Stülpnagel invitó a Jünger a pasar el fin de semana en su residencia de verano de Vaux-les-Cernay, cerca de Rambouillet. Jünger anota en su diario: «El general estuvo hablando de las ciudades rusas y dijo que para mí sería importante conocerlas, sobre todo con vistas a ciertas correcciones en la "figura del trabajador". Le repliqué que ya hacía tiempo que yo mismo me había prescrito como penitencia el hacer una visita a Nueva York, pero que también estaría de acuerdo con que se me enviase por una temporada al frente oriental» (véase la p. 349 de este libro).*

Jünger no fue a Rusia a luchar, sino a cumplir dos misiones: una espiritual y otra política. Por un lado, deseaba vivamente conocer el Cáucaso, la montaña a la que había estado encadenado Prometeo, y estudiar los efectos que sobre el pueblo ruso, sobre la sustancia rusa, habían causado las fuerzas descritas por él en El trabajador. *Por otro lado, aunque de ello no se habla en los diarios, su viaje de inspección trataba de conocer el*

estado de ánimo del cuerpo de oficiales alemanes destinados en el frente oriental. Jünger estaba buscando un Sila que pudiera oponerse a Hitler, un simplista, enérgico y brutal «general del pueblo» capaz de enfrentarse al terrible simplificador que era el tirano. Con tristeza y resignación anota el 19 de diciembre de 1942: «De igual manera que en Almas muertas *Chíchikov va peregrinando de propietario rural en propietario rural, así voy yo peregrinando de general en general y observo también su transformación en trabajadores. Es preciso abandonar la esperanza de que de esta capa puedan surgir figuras de rasgos silánicos o al menos napoleónicos. Son especialistas en el campo de la técnica del mando y cada uno de ellos es sustituible e intercambiable, como lo es cualquiera que trabaje en una máquina» (véase luego, p. 432). En cuanto a su estudio del efecto causado en el pueblo ruso por el abstracto terror político del sistema soviético, Jünger considera que este apenas ha afectado a la superficie. Sus observaciones sobre la sustancia rusa están llenas de simpatía. Jünger pensaba entonces que lo favorable para Alemania era apoyarse en sus vecinos orientales, y, sobre todo, en Rusia, como correspondía a la mejor tradición prusiana. En cambio, encuentra desencantado el país. Solo la camaradería entre los soldados, algunos juegos infantiles y las cimas del Cáucaso le permiten entrever algún rayo de luz en aquel infierno de tinieblas. Es también en esos momentos cuando adquiere algún color la negra prosa en que están escritas las* Anotaciones del Cáucaso.

La estancia de Jünger en el flanco sur del frente ruso coincide con el cerco de Stalingrado, presente a diario en sus anotaciones. Esa batalla decisiva obliga a la evacuación del Cáucaso. Eso, y la muerte de su padre a principios de enero de 1943, obligan a Jünger a acortar su estancia en Rusia y a regresar precipitadamente a Alemania. Con las meditaciones sobre la muerte de su padre concluye este tercer diario.

Acerca de esta traducción. Está hecha sobre la definitiva versión alemana dada a estos textos por su autor y recogida en el tomo tercero de la edición de sus Obras en dieciocho volúme-

nes (Klett-Cotta, Stuttgart, 1979). En el amplio e importantísimo prólogo que antecede a estos diarios ya indica Jünger que «los manuscritos son más fuertes que el texto impreso» (véase luego, p. 27). Esto quiere decir dos cosas: que son más amplios, que contienen detalles que en el texto impreso no aparecen, y que la formulación es «más fuerte». Pero a continuación advierte: «No es en los detalles donde está la exactitud»; y añade: «Lo que yo me propongo es comunicar al lector una idea de conjunto en su integridad». Al incorporar estos textos a la edición definitiva de sus Obras volvió Jünger a revisar sus versiones anteriores, incluso las ya publicadas; eliminó ciertos pasajes y agregó otros. En general, aparte de las mejoras puramente estilísticas, la revisión intenta que el texto quede más despegado todavía de la subjetividad individual. Ciertos encuentros eróticos, por ejemplo, quedan «sublimados», entendida esta palabra en sentido químico, en una breve sentencia.

Sin duda no estará de más indicar que Jünger sigue en estos diarios la máxima de Nietzsche, que dice que las cosas más importantes caminan silenciosamente, «con pies de paloma». La reconocida discreción de Jünger alcanza en estos textos su punto más alto. Cuando las frases, de puro transparentes, parezcan no decir demasiado, se puede estar seguro de que allí hay un abismo. Un ejemplo célebre: el 29 de abril de 1947, en París, merodeando por los muelles del Sena, Jünger medita en si, para ser libre en aquella situación, debe suicidarse o desertar. Solo la palabrita Ausgang *(«salida», que aquí tiene el significado de* exitus vitae*), repetida dos veces, señala al lector atento que Jünger está aquí hablando de su propia muerte. Tras angustiosa reflexión, que no deja la menor huella en la tersa prosa, el rechazo del suicidio se expresa en esta frase tan inaparente: «el camino de la libertad no es ese». Jünger decide «elevarse a través del sufrimiento: entonces se vuelve más comprensible el mundo». Por otro lado, aunque fueron escritos con vistas a una posible publicación futura, Jünger no redacta sus diarios solo para sí mismo ni tampoco solo para el lector; los escribe principalmente para Otro. El lector es un partícipe más de la contem-*

plación del camino de la vida, pero sus ojos deberían estar dirigidos también, igual que los de Jünger, al sueño de la vida.

Con la próxima publicación del segundo volumen de estos diarios podrá disponer el lector español de la versión completa de una de las obras más significativas de este siglo.

A.S.P.

[1]

En estas páginas se alude al diario de los siete marineros que en el año de 1633 invernaron en la pequeña isla de San Mauricio en el océano Glacial Ártico. Allí los había dejado, con su consentimiento, la Sociedad Holandesa de Groenlandia, a fin de realizar estudios sobre el invierno ártico y la astronomía polar. En el verano de 1634, cuando regresó la flota ballenera, se encontró el diario y siete cadáveres.

Al mismo tiempo que ocurría este episodio estaban representándose en otras partes de nuestro planeta ciertos actos del drama del gran debate sobre la cuestión del libre albedrío, debate que Lutero y Erasmo habían replanteado en nuevos términos y que tendía con apremio hacia una demarcación de las fronteras políticas y espaciales, tras haber conseguido ya esa delimitación en el campo de la teología. En el año de 1634 fue asesinado Wallenstein en Egger; tal asesinato representó un factor dilatorio. La muerte de Coligny en 1572 se nos aparece, en cambio, como una simplificación, como una aceleración hacia nuestra imagen de la realidad.

Juzgamos así porque vemos en el Estado unitario y en las formas perfectamente acuñadas de ese Estado la meta a que pretende llegar por pasos ingeniosos el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo. De ahí que se nos aparezcan llenos de sentido los triunfos de Richelieu y de Cromwell, mientras que el fracaso de Wallenstein inaugura una era de poderes políticos de segundo y tercer rango.

¿Mas quién conoce las verdaderas magnitudes de la historia y la otra cara del medallón acuñado por la consciencia? ¿Quién sabe qué cosas perdió Francia en la Noche de San Bartolomé y cuáles otras fueron obstaculizadas por la mala estrella de Wallenstein? Pero todo esto no son sino especulaciones que uno urde junto a la chimenea o a que se entrega durante una noche en vela para pasar el tiempo. Sobreesti-

mamos el significado de las piezas del ajedrez político y de cada uno de sus movimientos.

Cien años antes de que los hombres de la isla de San Mauricio llevasen su diario mientras iban muriendo de escorbuto, diseñaba Copérnico la nueva cosmografía. Con razón se estima que estas fechas tienen más peso que las fechas de la historia de los Estados y las guerras. Son también, sin comparación posible, más peligrosas. En el año de 1633 comparecía Galileo ante el tribunal que juzgaba a los herejes. La frase *E pur si muove* que se le atribuye es una de las fórmulas de nuestro destino; se ve que la Razón se reservará la última palabra.

Entretanto se nos ha vuelto familiar la idea de que habitamos una bola que va volando con la velocidad de un proyectil por las profundidades del espacio hacia torbellinos cósmicos. En Rimbaud la marcha sobrepasa ya todo lo imaginable. Y todo espíritu anticopernicano, si sopesa con cuidado la situación, se dará cuenta de que es infinitamente más fácil el acelerar el movimiento que el regresar a una andadura más reposada. En eso estriba la ventaja de los nihilistas sobre todos los demás. En eso estriba también el enorme riesgo de las acciones teológicas que están abriéndose paso. Existe un determinado grado de velocidad para el cual todos los objetos quietos acaban transformándose en una amenaza y tomando la forma de proyectiles. En los cuentos árabes basta con pronunciar el nombre de Alá para que los demonios que vuelan por los aires queden abrasados como por el fuego de un astro.

2

Los siete marineros son ya figuras del mundo copernicano, uno de cuyos rasgos distintivos es también la nostalgia de los polos. Su diario es literatura nueva, de la cual puede decirse, hablando en términos muy generales, que su nota específica está en que el espíritu se aparta del objeto, en que el autor se separa del mundo. Esto conduce a una multitud de descubrimientos. De tal mundo forman parte la observa-

ción cada vez más cuidadosa, la consciencia fuerte, la soledad y, por fin, también el dolor.

Desde que se halló aquel primer diario en los cadáveres de los siete marineros han sido encontrados otros muchos diarios junto a personas muertas y publicados de manera póstuma. También personas vivas permiten que la gente eche un vistazo a sus anotaciones privadas; desde que se publicaron los *Dîners chez Magny* no hay ya en ello riesgo ninguno. Antes al contrario, el carácter de diario se convierte en un carácter específico de la literatura. Una de las razones de esto es también, aparte de otras muchas, la antes mencionada de la velocidad. La percepción, la multiplicidad de los tonos puede acrecentarse hasta el punto de constituir una amenaza para la forma; eso es algo que nuestra pintura ha sabido plasmar con mucha fidelidad. Frente a esto, en la literatura es el diario el mejor medio. Y, además, es el único diálogo posible que subsiste en el Estado total.

Incluso en la filosofía puede tornarse hasta tal punto amenazadora la situación que el *opus* se aproxime al cuaderno de bitácora; algo de eso apunta por vez primera en *La voluntad de poder*. Son anotaciones tomadas durante el recorrido por mares donde se deja sentir la succión del Maelstrom y emergen monstruos a la superficie. Vemos cómo el timonel, mientras observa los instrumentos de a bordo, que poco a poco van poniéndose al rojo vivo, no olvida un solo instante el rumbo que sigue y el destino hacia el que navega. Investiga qué derroteros son posibles, las rutas extremas, donde luego naufragará la razón práctica. La captación espiritual de la catástrofe es más temible que los horrores reales del mundo del fuego. Esa captación es un riesgo que solo pueden correr los espíritus más osados, los capaces de soportar grandes cargas, de hacer frente a las dimensiones de los acontecimientos, bien que no a su peso. Quedar despedazado de ese modo fue el destino de Nietzsche, lapidar al cual es hoy de buen tono. Después de un terremoto la gente golpea a los sismógrafos. Pero si no queremos contarnos en el número de

los primitivos, no podemos hacer expiar a los barómetros los tifones.

Poe, Melville, Hölderlin, Tocqueville, Dostoievski, Burckhardt, Nietzsche, Rimbaud, Conrad, a todos ellos se los encontrará conjurados con frecuencia en estas páginas como augures de las profundidades del Maelstrom a que hemos descendido. Entre esos espíritus están también Léon Bloy y Kierkegaard. La catástrofe fue prevista en todos sus detalles. Pero a menudo los textos eran jeroglíficos — hay así obras para las cuales no hemos madurado como lectores hasta hoy. Se asemejan a transparentes cuyos letreros son desvelados por el resplandor del mundo del fuego.

Y una vez más ha demostrado ser la Biblia el libro de los libros, profética también para nuestro tiempo; y no solo profética, sino asimismo consoladora en grado sumo y, por tal, el manual de todo saber, un manual que ha vuelto a hacer compañía a innumerables personas durante su paso por el mundo del horror. Al profundizar en la Biblia, no pocos habrán visto claramente que también se ha vuelto necesaria la exégesis en el sentido del siglo xx, de igual manera que se ha tornado precisa la nueva teología en sí. A lo largo de estas anotaciones aparecen apuntes para una exégesis de ese género. Han sido esbozados para uso personal, pero quizá proporcionen a este o a aquel lector una indicación sobre la metódica, sobre el modo como él mismo puede penetrar en ese campo. El impulso metodológico se lo debo ante todo a Léon Bloy, cuyos escritos también son citados con frecuencia en estas páginas; no quisiera dejar de llamar la atención de los alemanes jóvenes sobre este autor, aunque preveo una oposición fortísima. También yo hube de superar la misma aversión — hoy es preciso, con todo, tomar la verdad en los sitios donde se la encuentra. Igual que la luz, tampoco la verdad cae siempre en el lugar agradable. En general hay un hilo literario que recorre el laberinto de estos diarios; ese hilo se funda en mi necesidad de gratitud espiritual, y esa necesidad

sentida por mí puede a su vez resultar fecunda también para el lector.

[3]

Radiaciones — tal es el título dado a este sexteto de diarios, el primero de los cuales apareció ya durante la guerra, mientras que el último no fue publicado hasta bastante después de que callaran las armas. Aquí esas partes se encuentran reunidas ahora en un todo para dar la imagen de la catástrofe, que, cual una ola, va encrespándose poco a poco, rompe contra las rocas y luego refluye. La catástrofe golpea a cada uno de modo diferente, pero a todos los afecta al mismo tiempo.

Radiaciones — entiéndase por ese término, en primer lugar, la impresión que en el autor dejan el mundo y sus objetos, el fino enrejado de luz y de sombra formado por ellos. Los objetos son múltiples, a menudo contradictorios, están incluso polarizados, como ocurre con «Este y Oeste» y con muchas otras grandes cuestiones de nuestro mundo, las cuales son concordadas en nuestro interior.

Hay radiaciones claras y hay radiaciones oscuras. Completamente oscuras son las grandes zonas del terror que a partir del final de la Primera Guerra Mundial van penetrando en nuestro tiempo y propagándose de manera funesta. Hasta sobre la más pequeña de las alegrías arrojan su sombra esas zonas.

También recibimos radiaciones del ser humano, de nuestros prójimos y de quienes nos quedan lejos, de nuestros amigos y de nuestros enemigos. ¿Quién conoce las consecuencias de una mirada que nos rozó furtivamente, quién conoce el efecto de la plegaria que por nosotros rezó un desconocido? El horóscopo muestra la concentración de los rayos en el nacimiento, como si fueran las caras de un diamante. El primer movimiento de la vida después de la fecundación es una radiación sutilísima — la obertura de la individuación. En cada instante estamos envueltos en haces de luz que nos tocan, nos rodean, nos traspasan.

¿Quién conoce y quién mide los efectos que esas radiaciones causan en nuestro cuerpo, en nuestros sentidos, en nuestro espíritu — el orden, el equilibrio a que sin cesar estamos compelidos? Hasta la propia belleza se contradice a sí misma, como lo enseña la fatiga subsiguiente al recorrido por museos donde se hallan reunidas obras maestras. Estamos así esforzándonos sin pausa en dirigir, en armonizar, en elevar al nivel de las imágenes las ondas de luz, los haces de rayos. No significa otra cosa vivir.

En el grado supremo del orden los rayos cósmicos y los rayos terrenales se hallan de tal manera entretejidos que súbitamente resplandecen diseños llenos de sentido. Es una señal de que la vida de los seres humanos, la vida de los pueblos se ha logrado. Símbolos de tales diseños son las flores; de ahí la palabra *cultura,* cultivo, y de ahí el papel que las flores desempeñan en las parábolas. Y de ahí también el hondo y a menudo conmovedor anhelo de obras de arte sentido por el pueblo. Ese anhelo tiene una razón de ser, pues vastos territorios pueden cristalizar si se logran diseños llenos de sentido, aunque su superficie no sea mayor que la palma de la mano. Así las cosas, ni siquiera el carácter masivo de la marcha hacia abajo puede causar angustia. Hay en la obra de arte una gigantesca fuerza de orientación.

4

Radiaciones — el autor capta luz, que luego se refleja en el lector. En este sentido lo que el autor realiza es un trabajo preliminar. Lo primero que ha de hacerse es armonizar la muchedumbre de las imágenes y luego valorarlas — es decir: dotarles, conforme a una clave secreta, de la luz que corresponde a su rango. Aquí luz significa sonido, significa vida que está oculta en las palabras. Esto sería entonces un curso de metafísica realizado entre parábolas: la ordenación de las cosas visibles de acuerdo con su rango invisible. Toda obra y toda sociedad deberían estar estructuradas según ese principio. Si procuramos hacerlo realidad en la palabra, en la frase, en el juego de las imágenes que la vida cotidiana trae consi-

go, entonces estamos entrenándonos en la más alta disciplina.

Una frase sin tacha causa desde luego efectos que van mucho más allá del placer que en sí misma proporciona. En la plasmación de una de esas frases está viva, aunque el lenguaje envejezca, una distribución de luz y sombra, un delicadísimo equilibrio que se extiende luego a las demás zonas. Porta en sí la fuerza con que el arquitecto estructura palacios, con que el juez sopesa los últimos matices de lo justo y lo injusto, con que el enfermo sabe encontrar en la crisis la puerta de la vida. Así que el escribir no deja de entrañar un riesgo muy alto, exige un examen y una reflexión más profundos que los que se necesitan para conducir regimientos al combate. Y si aún existieran anillos mágicos, estarían en los sitios donde la voluntad de creación vence esa resistencia.

El oficio, el ministerio de poeta es uno de los más excelsos de este mundo. A su alrededor se concentran los espíritus cuando él transustancia la Palabra; huelen que allí está haciéndose una ofrenda de sangre. No solo son vistas allí cosas futuras; también son conjuradas o proscritas. Los niveles inferiores de la dominación de la palabra, niveles oscuros todavía, son mágicos; y Goethe sabía lo que quería decir cuando escribió estos versos:

> *Könnt ich Magie von meinem Pfad entfernen,*
> *Die Zaubersprüche ganz und gar verlernen*
>
> [Concédaseme que pueda alejar de mi senda la magia,
> olvidar del todo las fórmulas mágicas]

Esas palabras encierran una alusión a un poder y a un sufrimiento de los que se ha tenido experiencia vital. También contienen esos dos versos una oración, como tantos otros de Goethe.

Pero si se quiere que la palabra sea eficaz, entonces en ella habrá de permanecer siempre la magia. Ahora bien, esta ha de ser soterrada en las profundidades, en la cripta. Encima

de ella se alza la bóveda del lenguaje hacia una libertad nueva, que cambia y a la vez conserva la palabra. Y también el amor ha de aportar su contribución; él es el secreto de la maestría.

El efecto causado por tal cambio tendría que ser reconocible en el crecimiento de la vida, en el enriquecimiento del lenguaje. Si hemos de seguir usando la imagen de la radiación, entonces tendrían que multiplicarse los rayos salutíferos. La parte de la palabra que suscita el movimiento puro, ya sea de la voluntad o ya sea de los sentimientos, tendría que desaparecer en provecho de la otra parte, la que desvela el núcleo milagroso del lenguaje.

5

Mi autoría en la Segunda Guerra Mundial se limita a estos seis diarios, si exceptúo una correspondencia muy abundante y algunos escritos menores. Uno de estos es mi tratado *La paz,* cuya prehistoria va entretejida con la parte parisina de estas anotaciones. Seguramente las fechas podrán corregir varios errores, como el que asevera que ese llamamiento es fruto de la derrota. Hoy es preciso contar, desde luego, con la interpretación más vulgar y a menudo también con la más insidiosa. En mi trabajo he nadado siempre contra la corriente, jamás he seguido la estela de ninguna de las fuerzas dominantes; así también en este caso. Antes por el contrario, la planificación de ese escrito coincide con la máxima extensión del frente alemán. Su finalidad es puramente personal; debía servir a mi propia formación — en cierto modo como entrenamiento en la justicia.

La inminencia de la catástrofe me puso en contacto con los hombres que planificaron el temible riesgo de abatir al coloso antes de que, acompañado de un séquito infinito, encontrase su meta en el abismo. No era solo que yo enjuiciase de modo diferente la situación, era también que me sentía hecho de una sustancia diferente de la de ellos, si exceptúo a espíritus amigos de las Musas como Hans Speidel y Carl-Heinrich von Stülpnagel. Pero ante todo yo estaba convenci-

do de que, sin un Sila, todo ataque a la democracia plebiscitaria conduciría necesariamente a un reforzamiento ulterior de lo inferior; y eso fue también lo que ocurrió y lo que sigue ocurriendo.

Hay, sin embargo, ocasiones en las que no es lícito prestar atención al éxito; entonces se está desde luego fuera de la política. También de aquellos hombres es válido eso, y de ahí que ganasen moralmente donde fracasaron históricamente. Su sacrificio es de aquellos que no son coronados por la victoria, pero sí por la poesía.

Consideré un honor el contribuir a aquella acción con mis medios, y fue en aquel contexto donde mi escrito tomó la forma de un llamamiento a la juventud de Europa. Entretanto mi escrito influyó también en el pequeño grupo de hombres que estaban aguardando la consigna. Así fue como lo leyó Rommel antes de enviar su ultimátum. La bala certera que lo alcanzó el 17 de julio de 1944 en la carretera de Livaroth privó al plan de los únicos hombros a que cabía confiar el temible peso de la guerra exterior y de la guerra civil — del único hombre que poseía ingenuidad suficiente para dar la réplica a la temible simplicidad de los que iban a ser atacados. Fue un presagio inequívoco. En aquellos días aprendí más cosas que con la lectura de bibliotecas enteras de libros de historia, incluso más cosas que con la lectura de Shakespeare, en cuyo *Coriolano* me refugiaba a menudo. Solo breves alusiones a esto se encontrarán en estas páginas, pues su misión no es política, sino pedagógica, autodidáctica en un sentido superior: el autor permite al lector que comparta su evolución. También me estará permitido decir que ya entonces me hallaba cansado del caleidoscopio histórico-político y que no aguardaba ninguna mejora de su pura inversión. Dentro del ser humano es donde es menester que se desarrolle un nuevo fruto, no en los sistemas.

En este sentido mi escrito *La paz* se había convertido para mí en algo perteneciente ya a la historia cuando en Alemania se extinguió la resistencia. Lo dediqué a mi hijo Ernstel,

que entretanto había salido de la cárcel y caído como voluntario en las cercanías de Carrara. Su muerte estuvo ligada para mí a la misma amargura que sentía frente a mi autoría. Había previsto bien que descenderíamos a estratos donde ya no subsiste ningún mérito y donde solo el dolor conserva peso y valor. Pero el dolor nos eleva a otras regiones, a la patria verdadera. Allí no nos perjudicará el haber resistido aquí en una situación sin salida y en una posición perdida.

Entretanto *La paz* circula en ejemplares impresos y en copias hechas a mano. Tienen un destino propio tanto las balas como los libros. Al parecer se considera paradójico el que un guerrero hable de la paz. Frente a eso cabe decir que su firma es la única que otorga crédito a esa palabra. No en vano los antiguos hacían que a los tratados de paz asistiesen sus dioses nacionales de la guerra, representados por el sumo sacerdote.

Sea cual fuere el destino que esté reservado a ese pequeño escrito mío, yo le deseé lo mejor. La situación de entonces era parecida a la de los siete marineros en el mar Ártico, y cuando el ser humano se halla en un ambiente como ese se refugia fácilmente en el odio. Nunca ha sido ese el terreno donde yo me he movido, pero es posible que haya puesto mis ojos en una de esas estrellas que jamás se alcanzan en la vida. Tal cosa me haría aún más querido ese escrito, pues autoría es paternidad, y nuestro afecto va ante todo a aquellos hijos nuestros que no han tenido suerte.

[6]

El primero de estos seis diarios, *Jardines y carreteras,* describe el avance alemán a través del territorio francés y fue dado a conocer poco después de los hechos. Entonces me gustaba hacer uso de criptogramas para insinuar la situación a seres humanos, o a quienes deseaban seguir siéndolo; uno de esos mensajes cifrados es la mención del salmo 73. Hubo de pasar un año antes de que el cifrado arabesco se divulgase; y entonces el ministro de instrucción popular hizo depender de la supresión de ese pasaje la reedición del libro. Como

rechacé tal exigencia, mi obra *Jardines y carreteras* fue incluida en el índice de los libros prohibidos, donde ha permanecido mucho tiempo.[1] En el Estado moderno las sucesivas autoridades modifican los argumentos de la violencia, pero no su práctica. Si uno se desvía un poco de la norma, está expuesto en todos los casos a peligros. Los perseguidores se relevan, sí, pero siempre en las batidas a la caza.

Encuentros con varias personas me llevaron a conocer que esta primera parte, publicada en traducción francesa con el título de *Routes et jardins,*[2] encontró pronto amigos también en Francia. La bella idea de la amistad entre Francia y Alemania ha quedado desprestigiada por culpa de fuerzas perversas, pero son muchas las cosas que dependen de que vuelva a recuperarse esa idea. El hecho de que en la guerra resultase imposible hacerla realidad forma parte de la tragedia de amigos suyos en ambos países, a los que vi sucumbir por ella.

Una vez comenzada la guerra, la única vía para bordear la catástrofe estaba en la inmediata conclusión de una paz con Francia, siguiendo el modelo de Bismarck al concluir la paz con Austria. El demonio de las masas prefirió triunfos fugaces y el enfriamiento del odio. También hablando en el plano de los principios era mejor que la clarificación de los conflictos llegase hasta las raíces. De lo que a la postre se trataba era de saber si el Estado nacional tenía aún futuro en el siglo xx o no lo tenía. Como era de prever, la cuestión ha quedado resuelta en favor de los imperios. En este aspecto Alemania ha perdido esta guerra junto a todos los Estados nacionales, de modo enteramente similar a como perdió la Primera Guerra Mundial en compañía de las monarquías. En consecuencia con eso yo consideré entonces lleno de sentido el que los alemanes nos apoyásemos en Rusia, mientras que hoy existe una relación complementaria no solo con Francia, sino con todos los Estados europeos.

Cabe prever que Alemania continuará siendo la que lleve la peor parte cada vez que se agrave la tensión entre el Este

y el Oeste. Y esa tensión no disminuirá si las dos enormes potencias cuya aparición en el horizonte vio ya tan claramente Tocqueville se refuerzan cada vez más y atraen hacia sí como dos polos las potencias situadas en el campo intermedio. Esa evolución escindiría a Alemania en una parte atlántica y una parte continental, de igual modo que la Guerra de los Treinta Años la escindió en una mitad septentrional y una mitad meridional. Ese es el motivo por el que tenemos obligación precisamente nosotros los alemanes de contribuir a una solución pacífica; y, dada la actual situación de las cosas, tal aportación nuestra no puede ser más que espiritual.

[7]

Radiaciones. Por lo que se refiere a la forma, el autor es partidario tanto de la teoría ondulatoria como asimismo de la teoría corpuscular, lo que quiere decir que deben actuar tanto los pensamientos como las imágenes — y hacerlo coincidentemente: en el lenguaje las figuras lógicas se fusionan con los ideogramas del *style imagé.*

Nosotros creemos que en la plasmación de un estilo nuevo está la sublime posibilidad de hacer soportable la vida. Solo caminando hacia delante se encontrará tal estilo. Las llamas han consumido las últimas ramas secas del romanticismo. Y asimismo ha quedado manifiesto el desconsolador vacío del clasicismo. La etapa museística es la etapa previa al mundo del fuego. Las pretensiones conservadoras, ya sea en el arte o en la política o en la religión, extienden cheques contra activos que ya no existen. Así Huysmans, santo padre de la Iglesia de los tropeles de creyentes a quienes el pánico empuja hoy hacia los altares.

Frente a esto el realismo promete menos, pero cumple más. El realismo renuncia a las especulaciones que no se rigen por el orden de la lógica y no paga con cheques contra fondos invisibles. Eso está bien — ¿pero hemos agotado los secretos de las cosas visibles? Toscos segmentos, relieves superficiales, eso es lo único que el positivismo y el naturalis-

mo han ofrecido. Ahí puede haber un punto de partida. En las cosas visibles están todas las indicaciones relativas al plan invisible. Y en los diseños, en las muestras es donde es preciso demostrar que tal plan existe. A eso tienden los ensayos de fusionar el lenguaje jeroglífico con el lenguaje de la razón. En este sentido la obra literaria crea las estatuas que el espíritu coloca como ofrendas ante los templos aún invisibles.

En esta situación las miradas se vuelven al cristianismo. Pero lo que en él se ve es que los espíritus no son capaces de hacer frente ni siquiera a la ciencia del siglo XIX y a sus ideas, cuando de lo que se trata es de dar forma a las ideas de nuestro siglo. Esto podría cambiar, y hay ya enfrentamientos de cuyo desarrollo puede inferirse que a los poderes dominantes están surgiéndoles unos adversarios de un género nuevo.

8

Unas palabras todavía sobre la delimitación entre la esfera privada y la esfera de la autoría. Aquí habrá siempre fronteras que se prestarán a discusión. Por este motivo los manuscritos son más fuertes que el texto impreso. No es en los detalles donde está la exactitud. También se trata de cuestiones de gusto. Joyce, por ejemplo, en su *Ulises,* considera importante anotar todas las circunstancias del uso de un retrete.

De una serie de pasajes que aquí se publican sé bien, puesto que conozco la crítica de hoy, que su materia dará ocasión a ataques. Esto vale en especial de las cosas horribles que menciono; y era fácil sucumbir a la tentación de suavizar el texto mediante retoques. No lo he hecho, pues lo que me propongo es comunicar al lector una idea del conjunto en su integridad. Hoy la única conversación posible es la que se desarrolla entre hombres que tienen esa idea del conjunto; si tal cosa ocurre, entonces pueden hallarse ciertamente en puntos muy alejados, sin que ello impida el diálogo.

El modo de llevar un diario, lo que quiere decir el modo de poner orden en el aflujo de hechos y pensamientos, forma parte del curso, de la misión que el autor se propone. Hay en

eso un consuelo solitario del que se siente necesitado. En una situación en que son los técnicos quienes administran los Estados y los remodelan de acuerdo con sus ideas, están amenazadas de confiscación no solo las digresiones metafísicas y las consagradas a las Musas, lo está también la pura alegría de vivir. Quedaron atrás hace ya mucho los tiempos en que la propiedad era considerada un latrocinio. Del lujo forma parte también el modo propio de ser, el *ethos,* del que dice Heráclito que es el *daimon* del ser humano. La lucha por un modo propio de ser, la voluntad de salvaguardar un modo propio de ser es uno de los grandes, de los trágicos asuntos de nuestro tiempo.

También tocaré ese asunto, tras haber realizado muchos viajes de descubrimiento a los campos ardientes y helados del mundo del trabajo. La distancia que hoy ha conseguido el autor con respecto a su obra trae consigo el que pueda actuar en territorios y estratos que están muy alejados entre sí y que a menudo son distintos como lo son el positivo y el negativo de una fotografía. Y, sin embargo, solo ambos proporcionan la realidad. El mundo a cuyo nacimiento estamos asistiendo no será el calco de motivos y principios plasmados de una manera unitaria — surgirá del conflicto, como toda creación. Y una de las grandes delimitaciones es ante todo la que se traza entre el libre albedrío y la determinación. En nuestra cabeza, en nuestro pecho es donde están los circos en que, vestidos con los disfraces del tiempo, se enfrentan la Libertad y el Destino.

Kirchhorst, 3 de abril de 1939

Trabajado por primera vez en la casa nueva. *La reina de las serpientes* — quizá se me ocurra otro título mejor, para que no nos tomen por ofitas. Cuando me leo mentalmente lo que llevo escrito, paréceme que no capto la eficacia que en ello hay. Lo deduzco, por ejemplo, de que me parece incompleta una frase breve, cuando sé bien que es precisamente la frase escueta la que muchas veces suscita una impresión fuerte. La frase, tal como la escribe el autor, es distinta de la que es leída por el lector. Cuando tropiezo con anotaciones o cartas de las que ya no sé que las escribió mi pluma, la prosa se me aparece de mejor calidad, más llena de fuerza.

Por la tarde en el jardín. No resulta fatigoso remover su tierra: una arena de páramo, atravesada por vetas de humus. Dado que aún sigo habituado al suelo compacto de la viña de Überlingen, me ha divertido el sentir lo muy suelta que caía de la pala esta tierra de aquí.

Kirchhorst, 4 de abril de 1939

Trabajado mal, lo que era previsible por el modo como he soñado y dormido. No todos los días son jornadas de captura, mas para mí es jornada de caza cada día — quiero decir que me paso la mañana dando forma a frases y desechándolas, cual alfarero que rompe sus cacharros. De esa situación me doy cuenta muy pronto y en realidad podría salir a darme un paseo. Me quedo, no obstante, y eso me hace suponer que también este esfuerzo encierra un significado. Son pocas las cosas que hacemos en balde.

Por la tarde removido los bancales y sembrado rábanos y perifollos. Leído: Thornton Wilder: *El puente de San Luis Rey.* En un pasaje de este libro aduce su autor las señas características del aventurero auténtico — una de ellas es el don de saber entablar conversación con extraños. Eso podría ser efectivamente un signo de primer rango. Si pasamos revista a las personas que nos son conocidas, aparecerán muy pocas

cuyo conocimiento no nos lo haya facilitado un tercero que actuó de intermediario. Las personas con que nos hemos relacionado directamente las hemos encontrado casi siempre en circunstancias inhabituales — en viajes, durante una fiesta o con ocasión de un infortunio. También en el terreno erótico lo que rige es el modo directo, el dirigir la palabra a una desconocida, por ejemplo, o el invitarla a bailar. Un rasgo aventurero es que en un sitio a oscuras, como puede ser un teatro, alargue un hombre su mano hacia una mujer a quien no conoce. Esto es, por cierto, algo que sucede con más frecuencia de lo que suele pensarse. Un experto de ese modo de actuar lo ha sido Edmond, quien en una ocasión me dio una extensa conferencia sobre la táctica que debía seguirse. Y ahora me viene a la mente que también a él lo conocí sin intermediarios; me dirigió la palabra en el metro. Tal como corresponde a seres sociales, en casi todos los grupos humanos ingresamos tan solo si alguien nos introduce en ellos. El aventurero, que es un ser no social, se las arregla con el talento que le es propio. Como una aventura espiritual cabe considerar también la autoría, y con ello está relacionado el hecho de que cada uno de los autores disponga de un número de conocidos que se ha ganado dirigiéndoles directamente la palabra.

Se considera el conocimiento directo, a lo que parece, como una forma superior de establecer contacto. Los amantes tienen así la sensación de que el azar que los reunió fue extraordinario. También en las novelas se gusta de utilizar como introducción un suceso que pone en contacto a dos extraños.

Kirchhorst, 5 de abril de 1939

La reina de las serpientes. Las anotaciones que hoy he escrito sobre los mauritanos no me dejan satisfecho; en mi cabeza tiene esa Orden una vida más nítida que en lo redactado. Lo que es preciso describir es cómo en los momentos de descomposición, durante los cuales se acumula mucha materia apática, el racionalismo representa el principio decisivo.

Y esto otro: cuando en torno a una doctrina de tecnicidad amoral se forman grupos, a ellos se asociarán, en virtud de la maldad que tales grupos encierran, fuerzas autóctonas, para hacer así realidad otra vez, enganchando un nuevo tiro al carruaje, el viejo poder, la nostalgia del cual permanece viva siempre, desde luego, en el fondo de los corazones de las fuerzas autóctonas. De esa manera es como se trasluce hoy en Rusia el imperio zarista. Lo mismo ocurre con el personaje del guardabosque mayor en mi libro: el nihilismo encuentra su señor en figuras como él. Por cierto que en la relación de Piotr Stepánovich Verjovenski con Stavroguin aparece invertida la situación: aquí es el técnico el que, sabedor de su carencia de fuerza legítima, trata de aliarse con el autóctono.

En la descripción de proyectos de esta índole lo mejor es entregarse por completo a la fantasía creadora, pero tampoco puede causar daño ninguno el construirlos mentalmente en todos sus detalles. Lo que hay que evitar es que la narración adquiera un carácter puramente alegórico. Sin relacionarse con ningún tiempo, ha de poder vivir desde sí misma, y aun es bueno que queden en ella pasajes oscuros que ni siquiera el autor es capaz de aclarar. Tales pasajes son a menudo, y yo he tenido experiencia de ello, gérmenes de ulterior fecundidad. Así, cuando en una noche de tempestad en el Harz soñé con el guardabosque mayor, su carácter seguía estando oscuro para mí: hoy veo, sin embargo, que los rasgos que entonces anoté están llenos de sentido, en un marco más amplio.

Por la tarde en el pantano. Muy cerca de donde me hallaba ha salido volando de una estrecha zanja una parejita de patos y ha trazado un amplio círculo a mi alrededor. El macho con librea nupcial, el rizo en el obispillo —ese rizo le daba un toque de tipo insolente— y el cuello con reflejos metálicos de un verde sedoso. Muy bellos los lugares en que ese color va pasando gradualmente a un negro suntuoso y tenuísimo; tal negro es un verde elevado a la máxima potencia. Me lo imagino como ese polvo de hacer tinta que, una vez disuelto,

produce grandes cantidades de una tintura admirablemente verde. Luego en el jardín. Sembrado guisantes, lechugas, cebollas, zanahorias. Los guisantes, plantados en hileras de un gris verdoso mate, cómo refulgían en los oscuros surcos. Lo muy extraño, más aún, casi mágico que es el trabajar en bancales se me ha vuelto evidente cuando he pensado, mientras miraba los guisantes, que enseguida iba a cubrirlos con tierra.

Cuando escarbamos en el suelo con las manos, la tierra transmite a estas una mutación; las hace más secas, las enflaquece y, en mi opinión, las torna más espirituales. En el suelo las manos experimentan una purificación. Mover los dedos en el terreno blando, mullido, recalentado por el sol y la fermentación — eso, qué sensación tan grata produce.

En el correo una carta de Elisabeth Brock, de Zúrich; me escribe que una de sus alumnas, para un ejercicio sobre el tema *Description exacte d'un objecte,* le ha entregado la descripción de una langosta cocida, que, según me dice, habría hecho mis delicias. He de conceder que en sí misma la idea me parece lograda: una pieza maestra de lucimiento.

Kirchhorst, 7 de abril de 1939

Mientras trabajaba se me ha ocurrido que quizá estoy pasándome de la raya en eso de eliminar la *e* muda en las palabras. Desde luego que para la frase no es lo mismo el que en ella se diga *erfreuen* [alegrar] o el que se diga *erfreun.* Creo, no obstante, pues también lo he observado en mí, que el lector lee o deja de leer la *e* muda de las terminaciones según que lo necesite o no lo necesite. En especial me parece que hay que proceder con cautela en aquellos sitios donde la eliminación de esa vocal otorga al término un carácter inhabitual o lindante con la poesía. Lo mismo cabe decir de la inversión del orden de las palabras dentro de la frase por motivos de equilibrio, de exacta distribución de los pesos — también en esto tiene la poesía más libertad que la prosa. La labor rítmica realizada en la prosa no habrá de dejar tras de sí rastro ninguno; hacer ese esfuerzo es algo que merece la pe-

na tanto más cuanto menos se lo perciba. Esto responde a una ley general, que dice que la mano ordenadora ha de borrar al final, y esa es su última tarea, las señales visibles de su trabajo.

Creo además que he de evitar el uso demasiado frecuente de la partícula *jenes* [aquel]. «Brillaban sus ojos con aquel fulgor que el uso de la belladona proporciona.» La acción específica de ese pronombre o adjetivo demostrativo consiste en que apela a la connivencia o a los conocimientos del lector. La mencionada partícula puede causar un fuerte efecto precisamente cuando es inhabitual lo que se afirma o es raro el hecho de que está hablándose. Pero en esto, como en cualquier género de lisonja, rige el principio de economía.

Por la mañana en la pequeña iglesia; el camposanto adosado a ella linda con mi jardín. Es una iglesia muy bella. Sermón de Viernes Santo sobre Cristo y los dos ladrones que le hicieron compañía en la cruz. El tono sacral recubre como un barniz delgado, desconchado, el sermón. Entre los protestantes esto resulta todavía más audible que en los países meridionales, donde la gente no se halla remitida a «la sola fe». En Noruega, oyendo sermones, tuve la impresión de estar asistiendo a espectáculos en que por cuerdas imaginarias se ascendía a las alturas.

Por la tarde visita a mi nuevo vecino; café y pasteles. Hemos dado una vuelta por la granja y la casa. Luego ordenado la biblioteca con la ayuda de Perpetua y Louise;[1] a los libros no les ha sentado nada bien el traslado, por desgracia. Las únicas encuadernaciones que se mantienen a lo largo de los siglos son las viejas y buenas encuadernaciones en pergamino.

Kirchhorst, 8 de abril de 1939

Proseguido la ordenación de la biblioteca. He colocado manuales también en las estanterías de la parte alta. Luego he estado removiendo la tierra del jardín en un sitio donde es de color castaño claro; al cortarla con la pala brilla como el cobre.

Attagenus, el escarabajo de las pieles, que suele ser para mí el nuncio de la primavera, ha aparecido tarde este año; ha estado haciendo una revisión de mis papeles. Este granujilla, que es del tamaño de un grano de arroz, tiene unas graciosas antenitas claviformes y lleva dos manchas blancuzcas, de color de tiza, en su negro tórax. Las motas blancas se repiten también en sus oscuros élitros. Se desarrolla en las ranuras de las ventanas y en las rendijas de los pisos de madera, y el calor de la habitación hace que aparezca antes, como si se hallara en una estufa. Sin embargo, cuando el animalillo revolotea en el círculo luminoso de la lámpara y luego cruza la hoja de un manuscrito como si estuviera atravesando un campo de cultivo, es como un reencuentro. También me parece, cuando lo contemplo, que es más grande la habitación y que hay en ella más vida.

Kirchhorst, 9 de abril de 1939

Por los campos, en cuya planicie se alzan, repetidos, bosquecillos oscuros. En los caminos los abedules no han echado hojas todavía. A lo largo de las zanjas, candelillas en flor, que han sido polinizadas por abejas y por moscas amarillas. Grandes masas compactas de puestas de rana, parecidas a budín de tapioca, con su núcleo negro ya muy desarrollado, depositadas encima de las plantas acuáticas. También en todos los sitios, sonando desde las profundidades, el canto cristalino de los sapos. La primavera tiene también una cara ambigua, un hechizo fresco y delicado, con juegos eróticos en el hielo que se derrite.

Desde siempre me ha conmovido, precisamente en las ranas, lo que en ellas hay de semejanza con los humanos, por ejemplo cuando en el agua parecen estar de pie con las ancas despatarradas. Esa similitud vuelve a perderse, sin embargo, en ramas más altas y de conformación mucho más acabada del árbol de la Naturaleza; da la impresión de ser como una primera acometida de esta en dirección a lo humano, acometida que luego se renueva con una imperiosidad cada vez mayor. A esto es sin duda a lo que se debe asimismo el que

consideremos cómicas a las ranas, igual que a los monos. También en la cópula el macho aferra a la hembra con los brazos, a la manera humana.

El ser humano exhibe, en correspondencia con eso, rasgos ambiguos. Es una sensación que experimento sobre todo cuando, con la cabeza muy echada hacia atrás, ofrece a la vista la zona de la barbilla y el cuello. Quedan siempre de ese modo algunos sitios donde la Naturaleza ha obrado con mucha incuria al cortarnos los trajes animales.

Me acuerdo de que cuando era niño sentía un gran placer al ver ranas. Un mediodía, al volver del parvulario, vi detrás de los cristales de una tienda de peces unas grandes ranas, moteadas de manchas verdes y negras. Me dejó asombrado el que fuera posible comprar unas criaturas tan magníficas como aquellas, y un poco desconcertado, pero a la vez empujado por unas enormes ganas de adquirir uno de aquellos pilluelos, entré en la tienda. Por desgracia llegó luego mi abuelo y me sacó de allí. En aquella ocasión he de haber saboreado algo del sentimiento que hubo en poseer un esclavo — estoy refiriéndome a un sentimiento correspondiente a tiempos remotos, anterior a la época romana, anterior incluso a la época de Alejandro. «Este ser humano me pertenece a mí, es propiedad mía, es posesión mía segura y completa; cómo me gusta jugar con él.» Ahí se esconde, diría yo, una de las más hondas relaciones posibles. Pero también, desde el otro lado: «Yo soy esclavo tuyo» — ¿no es posible imaginarse esa frase pronunciada con un tono que aún no ha sabido encontrar ninguno de nuestros historiadores? Tales cosas forman parte de la infancia de nuestra especie, de aquel oscuro y espléndido país de fábula que Heródoto vio todavía con sus propios ojos. Eso es lo que otorga a sus libros el rango incomparable que poseen.

Al leer por encima estos apuntes noto que arriba, en la frase tercera del primer párrafo, me desagrada la expresión *blühende Kätzchen* [candelillas en flor]. Y sin duda está justificado ese malestar, pues en la citada expresión se esconde

un pleonasmo, que voy a dejar ahí para que sirva de advertencia. Digna de elogio, en cambio, la manera como se ha hecho visible ese pleonasmo — por un malestar estético *a priori,* que luego ha podido ser justificado también con argumentos lógicos.

Kirchhorst, 10 de abril de 1939

La reina de las serpientes. En la descripción de los acantilados de mármol poner cuidado de que no acabe saliendo una pintura fastuosa, al estilo de la Isola Bella en *Titán,* por ejemplo. El autor de esa obra trata de comunicar la impresión de la belleza emborrachando con palabras al lector. La acción suprema de lo bello no reside, empero, en el arrobamiento; lo bello nos cautiva con un hechizo mágico. Así es como puede despertar en nosotros un placer que es más hondo que la embriaguez, la cual, a fin de cuentas, empuja hacia el vacío y es incapaz de enfrentarse a las figuras. La impresión más honda que a la consciencia le es posible la alcanzamos, por el contrario, en el hechizo mágico, el cual, en vez de cerrarnos los ojos, nos los dilata. En presencia de la belleza la observación debe intensificarse; hay un estado psíquico en que el tiempo comienza a transcurrir más lento y en que los colores brillan con más intensidad, como en un espacio sin aire. La descripción de lo bello presupone mesura, distancia, y una mirada aguda; con simples tartamudeos no se consigue nada. De ahí que sean impropios de la descripción vocablos como «indescriptible». De igual manera es también una señal de impotencia el desenfreno en los superlativos. Siempre hay, claro está, determinados niveles donde la forma es incapaz de hacer frente a la plenitud o al ardor, y se rompe. Se trata de zonas que quedan fuera de las palabras; también se modifican entonces los medios. Así es como siguen avanzando más y más las melodías puras, portando un peso más leve todavía.

Considero que en el famoso cuadro *El hechizo del amor* se ha acertado a expresar muy bien la esencia del amor — espe-

cialmente porque también comunica la impresión del susto que nos embarga momentos antes de retirar el velo.

Modelos de los acantilados de mármol: la pendiente rocosa junto al faro de Mondello, que escalé en compañía del Magister. Además, el camino que lleva de Corfú a Canoni; el valle de Rodino en la isla de Rodas; la vista hacia Corcula desde el monasterio de Suttomonte; el camino de tierra que conduce de Gletschermühle a Sipplingen junto al lago de Constanza. Los nidos de halcones y búhos en las escarpadas paredes de la hendidura del canal de Corinto. La Acrópolis; el modo como emergen del suelo en Río de Janeiro las rocas, haciéndonos pensar en orquídeas y serpientes. El autor de libros está obligado a viajar mucho para tener experiencia de las cosas que ofrece la Naturaleza. Pero luego las imágenes han de mezclarse y tornarse fluidas, cual miel extraída de muchas flores. Únicamente de los *elementos* del recuerdo afluye sustento al espíritu.

Por la tarde, con buen sol, en el pantano, y allí, en las charcas, a la caza de variedades de hidrofílidos de pequeño tamaño. Mientras estaba entregado a esa labor, una gran araña ha resbalado de los juncos y ha ido a caer en la oscura superficie de la turbera junto a la que me encontraba agachado — su color era de un gris aterciopelado profundo, con un cuerpo ribeteado de un blanco un poco sucio, como de fieltro. En estos días de primavera centellean a la redonda, a la dura luz del sol, los brotes de los abedules y los tallos de los brezos, de manera que se tiene la impresión de un lavado reciente. Sin duda lo que resulta inhabitual es el contraste entre la vegetación todavía invernal y la luz, que es ya casi veraniega.

Kirchhorst, 11 de abril de 1939

Sembrado puerros, espinacas, rábanos blancos. También he visto cómo germinaban los guisantes — me ha producido un gran alivio, pues casi tengo la idea fija de que nada va a crecer. En mi descargo he de decir que todas las cosas a que hoy nos entregamos contradicen a un crecimiento como ese,

el cual ocurre durante la noche y sin nuestra colaboración. Nos falta ante todo *una* virtud, a la que podemos denominar «el arte de recibir regalos». En esto es preciso seguir siendo niños, la fortuna acude entonces por sí sola. Incluso creo haber observado que el dinero —no me refiero al dinero abstracto, sino al concreto, el de las herencias, el de los obsequios y el de las ganancias— tiene predilección por unos receptores enteramente determinados. Esto no es tan raro como parece, pues todos los que hacen regalos darán preferencia a quienes saben también recibirlos. De ahí que todos hagamos obsequios a los niños.

Esta circunstancia interviene en el reparto de las herencias y constituye la razón oculta de las querellas que en tales casos surgen. A los padres les gustaría que sus hijos llegasen a ser personas de provecho, y, no obstante, dedican siempre su cariño a los que son más niños. De ahí que con facilidad propendan a beneficiar al hijo más joven y siembren con ello la semilla de las disputas entre hermanos. De ese modo se enoja, como Caín en otro tiempo, el que ha llegado a ser un hombre de provecho.

Kirchhorst, 12 de abril de 1939

Sueño. Oía un relato en estilo de crónica o tenía el sentimiento de que ante mis ojos abrían la portada de una antigua crónica titulada: *El suplicio del trago sueco.* Llevándolo sobre sus espaldas, la mujer está sacando al hombre, que ha sufrido graves lesiones, de en medio de la multitud congregada alrededor de aquel suceso. Por desgracia surge una insignificante disputa entre ella y uno de los centinelas, y el suplicio se repite, esta vez con resultado de muerte. El frío mecanismo de la fuerza bruta; el ser humano cae en ese mecanismo como en un engranaje, se escapa, vuelve a ser atrapado y perece. Ocurría la escena en una plaza de mercado; la totalidad de los edificios, de los trajes y también de los rostros de la gente, en el estilo exacto de la época; el trago era lo único que se administraba con una moderna boca de incen-

dios, de esas que hay en nuestras calles y tienen de cobre el tubo de salida.

Significativo también el despertar. Yo iba ascendiendo desde las profundidades del dormir como a través de un remolino y mucho antes de llegar arriba oía en la superficie el ulular de la sirena de un automóvil que pasaba por la ancha calle. Hallándome aún en lo hondo reconocía aquel sonido y lo clasificaba, aunque lo hacía desde fuera, como alguien que viviera en otros mundos y, sin embargo, no fuera ajeno a este. En el instante en que yo llegaba arriba saltó la consciencia como si fuera un resorte y quedó restablecida la causalidad.

Kirchhorst, 13 de abril de 1939

Viaje en bicicleta a Burgdorf, uno de esos antiguos villorrios de la Baja Sajonia resecos cual si se hubiera estado ahumándolos durante mucho tiempo. Comprado al jardinero la planta llamada «corazones», por la que siento un gran cariño. Para aclararme que es preciso darle un riego abundante me ha dicho que había que «abrevarla». Casi siempre oímos hablar mejor a los artesanos que a las personas cultas; estas manejan con demasiada incuria las palabras, cual si fueran fichas de juego. Así, hace poco he recibido de un desconocido un poema en que se hace el elogio de «los sonidos de la campana de buzo en las profundidades» — un buen ejemplo de una imagen nacida del vacío del concepto.

Junto al camino una bruja joven de cabellos rojos. De las brujas hay una raza clara y una raza oscura — sorprendente el modo como en ambas está vivo el espíritu del fuego. Cabría opinar que lo que de por sí acercaba en otro tiempo las brujas a la hoguera era también un rasgo íntimo, quizá de naturaleza horoscópica. Asimismo se ha modernizado el modo de aojar el ganado; así, hace poco he leído que se había condenado a una vieja que había arrojado a establos ajenos paja contaminada con el virus de la glosopeda.

Kirchhorst, 14 de abril de 1939

Utilizado por primera vez el microscopio en la casa nueva. Cuando me hallaba en el jardín cortando una gruesa rama de haya llena de enormes agujeros, encima de la leña ha quedado un animalito negro, con reflejos de un verde metálico y provisto de largos pelos: *Xestobium plumbeum.* La única variedad de él que he encontrado en mi colección ha sido una con élitros de color pardo rojizo; es un ejemplar que se me quedó prendido en la red en el Bosque de Harli, en unas hierbas que crecían bajo unas viejas hayas. La captura de animales que viven en la madera es un arte que posee características propias.

Kirchhorst, 16 de abril de 1939

La reina de las serpientes. Pienso dar a este *capriccio* otro título: *En los acantilados de mármol.* En él se expresa acaso todavía mejor esa unidad de belleza, altura y peligro que tengo en la mente.

Mirando por la ventana mientras trabajaba en esto he visto pasar a buena marcha por la carretera, en dirección este, cañones y más cañones, casi como en las guerras en los días previos a una gran batalla. Durante estas semanas los alemanes han entrado en Bohemia, en Moravia, en Memel, y los italianos, en Abisinia. Todos los signos indican que en breve habrá guerra; de ahí que obre bien contando con que habré de suspender el trabajo. Y esto en un momento en que tengo la sensación de que están aclarándose un poco las cosas y en que ha crecido mucho para mí el valor del tiempo. En todo caso la pluma habrá de tomarse entonces un completo descanso, si exceptuamos el diario. Será preciso traspasar el trabajo a los ojos, pues no han de faltar espectáculos.

Kirchhorst, 18 de abril de 1939

En el jardín he dado mayor profundidad a los caminos. Los gusanos que quedan seccionados en trozos por la pala al cortar la tierra y que se retuercen bailoteando — en tales estampas el dolor nos afecta tan solo un instante, como con un punzón cáustico. Resulta comprensible que se haga del gusano el símbolo del dolor y que se compare con un gusano al

hombre que sufre indefenso. Está en primer lugar la posición, completamente a ras de suelo, una posición en la que se encarna lo inferior y en la que no se disfruta, como en el caso de las serpientes, ni de una marcha rápida ni de escamas ni de armas. Está en segundo lugar la piel desnuda, carente de pelo, falta de toda protección, y está además la ceguera, y está sobre todo la contorsión, que hace que el cuerpo entero se convierta en espejo de la sensación que se experimenta.

Siempre que vemos a un gusano retorcerse, con nuestra conmiseración se mezcla también la repugnancia; algo parecido nos ocurre con el cerdo, al cual es afín el gusano en el modo de sufrir. Supongo que así es como se paga una existencia desprovista de preocupaciones — el gusano vive en la tierra grasa como si estuviera en el país de Jauja, y el cerdo se ha dejado degradar a la condición de glotón grasiento, un giro para el cual cabe presuponer que hubo, si no consentimiento, sí idoneidad. En contraste con esto hay animales a los que vemos sufrir con mucha nobleza.

En otros gusanos que viven de la depredación, como es el caso de los poliquetos, errantes y, en especial, de los quetognatos del género *Sagitta,* existen especies dotadas de una gran belleza, que a menudo he admirado a orillas del mar. Aquí vemos cómo lo que otorga nobleza no es el parentesco de sangre, sino el modo de vivir. La estirpe de los gusanos está llena de misterio; tendrían que interpretarla unos ojos que supieran leer la escritura de imágenes, la pictografía — muchas cosas que están inactivas en ellos pertenecen en nosotros a la esfera de lo sexual.

Sobre la bajeza del dolor, esta otra observación todavía: ¿no ocurrirá también en los humanos que los más burdos tormentos les tocan siempre a personas muy determinadas? ¿No ocurrirá algo así como que las atrocidades se orientan fácilmente hacia tipos humanos que mantienen una relación especial con la materia grosera, corporal, del sufrimiento? Así como hay mujeres que incitan abiertamente a la lascivia,

así hay también comportamientos que provocan a las personas brutales a perpetrar actos de brutalidad. *Esa* clase de angustia y de dolor se encontrará con frecuencia en gente que se halla enteramente poseída por el ansia de deleites gruesos, opulentos. Por ejemplo, corren mucho peligro esas personas a las que el pueblo llama «sanguijuelas», chupadores de sangre; y las prostitutas atraen a los destripadores. Siempre ocurre que es el puro miedo el que provoca los horrores. Así, quien emprende la huida incita ya con ella misma a la persecución; y el hombre que trama maldades se halla al acecho de su víctima — cuando advierta en esta signos de angustia caerá la última barrera. De ahí que sea importante el conservar la presencia de ánimo en los encuentros sospechosos; por ejemplo, cuando alguien nos dirige la palabra en el bosque. En nuestra condición de humanos disponemos de sellos de soberanía que son difíciles de romper si no los estropeamos nosotros mismos; aun los animales sienten el sortilegio de tales sellos. Lo único que se precisa es saber, como el romano Mario, que somos invulnerables.

Kirchhorst, 21 de abril de 1939

El nombre del bosquecillo que queda detrás de nuestra casa es *Fillekuhle;* seguramente sirvió en otro tiempo como sitio donde enterrar las reses muertas, ya que *fillen* es un verbo hoy en desuso cuyo significado es «despellejar», «arrancar la piel». Quizá pueda emplearse ese término cuando en *Los acantilados de mármol* haya que describir la barraca del desollador. Por cierto, aunque hace ya mucho tiempo que no se entierra nada en ese bosquecillo, flota en él también un vaho de lugar siniestro. Del domicilio, de la imagen del lugar donde se asienta el ser humano, forma parte casi siempre un sitio como ese, que en la mayor parte de los casos está colocado en los límites de la vista.

Acabado: las *Cartas* de Erasmo, un regalo que me hizo el astrónomo Lindemann. Muchas de estas epístolas, especialmente las de la juventud, están empapadas de un concentrado aroma ciceroniano, y eso es algo que a mí me molesta

siempre en las cartas. El fuego retórico no consigue hacernos entrar en calor, y el vano gusto de hablar destruye el elemento comunicativo, el cual ha de formar siempre el núcleo de las cartas. No deja de ser nunca molesto, para quien recibe cartas escritas de esa manera, el notar que el autor se ejercita en pasos de esgrima a costa nuestra. Pero también aparecen más tarde en estas cartas descripciones muy bellas, como las que se refieren a Tomás Moro; en el hogar de este elogia Erasmo una especie de felicidad otorgada por el destino, una felicidad que redunda en beneficio de todos los que vivieron en aquella casa. En el encuentro de Erasmo con Lutero se pone de manifiesto la diferencia que hay entre los espíritus que viven dentro del orden y los espíritus que viven fuera de él, los espíritus extraordinarios. Erasmo mismo ha sabido expresar bien esto en un pasaje de una carta dirigida a Cesario, que dice: «He llegado hasta el límite, he llegado hasta la orilla del mar, por así decirlo; ¿me hago infiel a mí mismo si no quiero saltar dentro de las olas?». El acceso a los elementos es, pues, algo que le está vedado a Erasmo. Está también la diferencia entre dos espíritus, uno de los cuales es en última instancia un espíritu crítico, en tanto el otro es en última instancia un espíritu que no tiene reparos. Mirando a esos dos luchadores cae uno en la cuenta de que también es equivocado el pasaje en que Nietzsche lamenta que no se llegase espontáneamente a una sublimación de la Iglesia, a su volatilización. También el sistema de la historia, para subsistir, se consume una y otra vez en el fuego, igual que el cosmos. De manera muy parecida, hay ocasiones en que deseo que hubiera proseguido hasta el día de hoy la serie de los reyes de Francia; viviríamos entonces en un rococó muy sutil y tendríamos, en vez de la técnica, una bien acabada *chinoiserie.* Pero el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, no consiente el trabajo de filigrana más que en aquellos sitios donde titubea un poco — de igual manera que en general debemos también las cosas más finas a instantes en que el *Weltgeist* ha estado olvidadizo.

Las buenas enseñanzas que Erasmo imparte a Lutero son de tal índole que el hombre de acción ha de despreciarlas forzosamente. Ahora bien, cuando alguien vive entre papeles necesita poseer también espíritu de zorro para subsistir en una época como la que le tocó vivir a Erasmo. Esto es algo que queda bien destacado en el dibujo hecho por Durero, pero que está expresado con más acierto todavía en el medallón acuñado por Metsys; en él se ve cómo ese espíritu de zorro va emparejado con la fortaleza. Es totalmente imposible dejar de reconocer los rasgos de un poder espiritual soberano. Vista a esta luz, Europa era entonces más pequeña que ahora y sus capitales se hallaban más cerca entre sí que en nuestros días, cuando en pocas horas la sobrevolamos en avión.

Kirchhorst, 22 de abril de 1939

Entre otras cartas una de un tal señor Reynier: *«Donner tout Stendhal pour une seule poésie de Hölderlin. Donneriez-vous une bouteille de Chambertin pour un civet de lièvre? On a besoin de Stendhal comme on a besoin de Hölderlin. Dans l'ordre des nourritures il n'y a pas plus d'hiérarchie que dans une vue que le regard découvre d'une montagne».* [Dar Stendhal entero por una sola poesía de Hölderlin. ¿Daría usted una botella de Chambertin por un encebollado de liebre? Tenemos necesidad tanto de Stendhal como de Hölderlin. En el orden de los alimentos no hay ya jerarquía, como no la hay en las vistas que la mirada descubre en una montaña.]

Este fragmento de la carta del señor Reynier se encuentra entre otras observaciones suyas acerca de mi obra *El corazón aventurero,* del cual ha leído el remitente, por lo que veo, la primera versión. Se refiere a la comparación valorativa entre Stendhal y Hölderlin que puede encontrarse en la primera versión de ese libro mío y pone en claro los extravíos que hay en empresas de ese género. Ciertamente, mientras conserva viveza en nosotros la voluntad, nos inclinamos a contraponer de ese modo las grandezas de los autores; y también hay en ese juicio mío un poco del estado de ánimo

subsiguiente a una guerra perdida. De ahí que en la segunda versión de *El corazón aventurero,* aparecida hace aproximadamente un año, no haya recogido ya tal juicio.

En aquella época fue ese pasaje uno de los que más gustaron de mi libro; se lo consideró un buen golpe de florete. Hay así siempre espíritus que refuerzan lo que en nosotros es más débil, con tal de que coincidamos con ellos en la polémica; y por desgracia esos espíritus son mucho más frecuentes que los capaces de dar un buen juicio, que vaya al fondo del asunto.

Kirchhorst, 25 de abril de 1939

En el correo mi cartilla militar, enviada por la comandancia de Celle; por ella veo que el Estado me tiene inscrito en sus listas con el grado de alférez en situación de disponible. En estas semanas la política trae a la memoria la época que precedió inmediatamente a la Gran Guerra, la guerra del catorce. Lo que, sin embargo, resulta nuevo es la enorme emotividad de las masas, que contrasta cada vez más con el temible incremento de los medios de combate. Supongo, empero, que ambas cosas tienen su origen en la misma raíz y que en esto cuentan mucho las apariencias. Hay un único factor que es terrible en todos los tiempos y que nunca deja de serlo — el ser humano; las armas son únicamente miembros que le han sido adosados y sentimientos a los que se ha otorgado forma.

Además, una tarjeta postal de mi hermano Friedrich Georg, que llegará aquí a finales de esta semana.

Por la mañana, primera ocasión en que ha hecho buen tiempo después de varios días, he estado meditando en el jardín unas veces sobre mi trabajo en *Los acantilados de mármol* y otras sobre la plaga de topos. Con el jardín ocurre lo mismo que con la vida en general, en la que por cada ventaja nos toca también una desgracia. Cuando el suelo está bien mullido, también se reseca con más facilidad; quien en las zonas tropicales cosecha el diez por uno ha de soportar nue-

ve plagas. Estamos hechos para ganancias exiguas y con ellas hemos de contentarnos.

Kirchhorst, 26 de abril de 1939

Arreglado el jardín para que no haga mal papel a los ojos de mi hermano. Sembrado otra vez guisantes de esos que llevan el bonito nombre de «sables ingleses»; para protegerlos de los gorriones los he recubierto con cortinas viejas. Una vez más he salido a la caza de hidrofílidos en el pantano, pues quiero fijar en papel de celofán algunas variedades para estudiar su parte inferior. Los sitios en que ha sido alisada con palas la costra de esta tierra de páramo. Sobre la grasa turba, como sobre una era negra, el brezo y la planta llamada «rocío de sol», y también gramíneas en flor y retoños jóvenes de abedul. En los márgenes un arbusto parecido al brezo, con unas flores de color rosa todavía sin abrir; se trata seguramente de la calmia, importada de Canadá. En la planicie llena de vida, dedicadas a sus cacerías, las cicindelas, que unas veces tienen reflejos de un verde sedoso y otras son de un color un poco más mate, más como de musgo. Un ejemplar que he atrapado más por diversión que por otra cosa ha resultado ser una variedad denominada *connata* — las dos manchas blancas que lleva en el caparazón se reúnen en el centro para formar un nudo.

Los acantilados de mármol. Aún no se me ha ocurrido un buen nombre para el personaje del hermano; al principio lo llamé Profundus, pero esas tres sílabas pesan demasiado dentro de la frase. Por eso he puesto provisionalmente Félix, pero es una palabra que causa un efecto muy incoloro. Tal vez me decida a llamarlo Otto u Otho; este nombre, por las vocales que tiene, puede encajar bien en cualquier giro.

Kirchhorst, 28 de abril de 1939

Noche agitada. Primero se me aparecía Kniébolo,[2] al que encontraba enclenque y melancólico y menesteroso de contacto. Me ofrecía bombones envueltos en magnífico papel dorado; me decía que le habían regalado cantidades enormes para el día de su santo. Luego veía una imagen de la carrera

de la vida, en forma de jardín para saltos. Había en él laberintos, y zonas repetidas a la inversa, como en la imagen de un espejo, y muchas vallas, que solo podían atravesarse en *una* dirección; también había puertas que daban al campo.

Luego veía refulgir una fluorescencia nueva — de oro y azul. Yo agitaba dentro de una copa de oro cristales y bolitas, que unas veces resplandecían con un color de oro puro y otras brillaban con un azul luminoso; mientras yo movía el recipiente, de su fondo ascendía un tenue trueno.

En un grupo de artesanos ilustres me presentaba como grabador de sílabas.

A las doce del mediodía en la habitación de Perpetua, cerca del aparato de radio. Perpetua, Louise y la gorda Hanne estaban sentadas en sillas, mientras que yo me tendí en un sofá, casi como si estuviéramos en el país de los mauritanos. Luego plantado patatas; para abrir los surcos se usan en esta región un rastro ancho y una azada de dientes largos. Al rastro ancho lo llaman *Tod,* pronúnciese *Toch,* palabra que está relacionada seguramente con el verbo *ziehen* [sacar, extraer]. Trasplantado malvarrosas. Charla con el vidriero; al verlo he pensado, y es la primera vez que esto me ha ocurrido en mi vida: «Ese es el aspecto que a ti te gustaría tener más adelante», pues reunía con los signos de la vejez una agradable forma de infantilidad. Mi pequeño hijo Alexander, que llama «tío» a todo el mundo: los niños saben aún que todos los hombres somos hermanos.

Aquí llaman *Dössel* a la recia viga de la puerta del granero.

Kirchhorst, 29 de abril de 1939

Anoche, antes de quedarme dormido, estuve meditando largo tiempo sobre el color azul que la noche anterior había visto en sueños dentro de una copa. Quería darle un nombre, y la dificultad de encontrar ni siquiera por aproximación algo con que compararlo me hizo caer en la cuenta de la clase de visión que yo había tenido. Había morado allende el mundo de los colores.

En el sueño de esta noche escuchaba una conversación entre campesinos que hablaban acerca de esta región. «En verano es menester atrocidar —es decir, aterrorizar— el pantano.» Con ello se refería el hombre que hablaba, me he dado cuenta enseguida, a que había que rasgar la tierra bien hondo con un arado puntiagudo.

Me he despertado hacia las cuatro y hasta las cinco y media he estado escuchando las campanadas del reloj de la torre de la iglesia. Creemos estar despiertos, cuando en realidad nos hallamos casi siempre en una especie de duermevela lúcida — en esos momentos nos interesamos por el acto de dormir.

Enviado de París, por Hercule, el último número del *Crapouillot,* que está dedicado a: *Les bas-fonds de Paris;* trae ilustraciones gráficas y descripciones de los lupanares, así como un pequeño vocabulario de la jerga que en tales lugares se utiliza. En él encuentro que para decir «llorar» usan *chialer,* que en realidad significa *chier des yeux* [cagar por los ojos]. Anoto esto como ejemplo de hasta qué punto puede enmerdarse el lenguaje. A menudo un vocablo tiene tantos sinónimos cuantos son los niveles sociales que existen.

Al atardecer recogido a Friedrich Georg del autobús.

Kirchhorst, 30 de abril de 1939

Las catedrales vistas cual fósiles encerrados en nuestras ciudades como en sedimentos tardíos. De sus dimensiones no se nos ocurre extraer, sin embargo, consecuencias sobre la fuerza vital que en otros tiempos estuvo coordinada con ellas y les dio forma. Aquello que estuvo vivo dentro de esas conchas multicolores y que las creó es algo que nos queda más lejano que los amonites del Cretáceo; y más fácil que reconstruir su figura nos resulta reconstruir, a partir del hueso de un saurio encontrado en una cantera de pizarra, la imagen del animal de que ese hueso formó parte. También puede decirse que los seres humanos de hoy ven esas obras como ven los sordos las formas de violines y trompetas.

Por la tarde con mi hermano en el pantano; el calor era sofocante. Charlas sobre la distinción entre el nihilismo y la anarquía. Friedrich Georg ve la diferencia también en la circunstancia de que el nihilismo puede hacer suyas formas de orden muy extensas. Quizá podría establecerse, de manera muy general, la tesis de que el orden visible se ve precisado a crecer en idéntica medida en que va perdiéndose la armonía interior. Así es como aumenta el número de médicos en la misma proporción en que se pierde la capacidad curativa.

A última hora del día una tormenta, que ha venido del pantano y descargado pedrisco.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1939

El granizo ha causado serios destrozos en las plantas; así, a nuestro pequeño almendro le ha despojado de sus flores; por la mañana yacían bajo él en el suelo como una camisita de color rosa.

Primer mes en este nuevo lugar. Lo que me gusta especialmente en esta vivienda es su falta de confort, el cual ha llegado a hacérseme repulsivo en los pequeños chalés de nueva planta. El edificio está construido como una granja campesina de la Baja Sajonia; la parte propiamente habitada linda directamente con el gran granero y los establos, que con el tiempo me propongo poblar de animales.

Kirchhorst, 3 de mayo de 1939

Paseo en bicicleta a Burgdorf, con Friedrich Georg. Junto al camino las flores del diente de león, el *Leontodon*, de un amarillo brillante. Está bien elegido el nombre de esta planta, que es de naturaleza solar, como también lo es el león. En las aldeas las recias encinas, que cabe ver como los últimos árboles del dios germánico Donar. A menudo es como si me cayeran escamas de los ojos; entonces las granjas de los campesinos se hallan ahí abiertas, en su antiguo esplendor pagano. Miro en lo más íntimo e inviolable de la vieja patria y abrigo la creencia de que así, completamente abiertas, ve-

remos en la muerte las puertas de la casa del padre, y que la era brillará iluminada por una luz solemne.

Se había roto el muelle del sillín de la bicicleta de Friedrich Georg y por ese motivo en Burgdorf hemos entrado en la fragua de un joven herrero. El pequeño taller, que olía a hierro, estaba atestado de objetos que habían quedado desprovistos de significación, atestado sobre todo de bicicletas desmontadas que en los rincones se cubrían de polvo y herrumbre. De las paredes colgaban otros objetos, cual ofrendas en el templo de Vulcano. Si alguien contempla desinteresadamente, como lo he hecho yo, uno de estos sitios, el trabajo humano cobra a menudo un sentido prodigioso.

Kirchhorst, 4 de mayo de 1939

Tenía la sensación de que mi habitación de trabajo quedaba demasiado en el centro de la casa y por ello he instalado en el desván, con la ayuda de Perpetua y de Louise, una celda de eremita. Desde siempre me han gustado los desvanes llenos de polvo; en ellos teje uno sus sueños como si morase en el reino del olvido.

En las habitaciones deshabitadas se acumula, así me lo parece a mí, una sustancia, un humus espiritual, del cual extrae abundante sustento la capacidad imaginativa. Así, cuando en Überlingen dormía en el sótano afluían a mí los sueños en cantidades enormes. Ese influjo adquirió dimensiones monstruosas en una ocasión en que, cuando la guerra del catorce, me alojé en Douchy en un abrigo vacío, que estaba situado en el jardín. Lo abandoné tras la primera noche. Seguramente guardan también relación con esto las historias que hablan de huéspedes que pasaron una noche en polvorientos aposentos de viejos castillos y en ellos vieron cosas propias de fantasmas. Esa fuerza extraña se desgasta en las habitaciones que hemos estado habitando largo tiempo; tales habitaciones se parecen a un suelo cultivado de antiguo. También es comprensible que entre el pueblo se otorgue una significación mántica a la primera noche pasada en una casa nueva y a los sueños tenidos esa noche.

Kirchhorst, 6 de mayo de 1939

Sobre el dolor. Cuando revise este trabajo mío habrá que añadir un capítulo sobre la amargura. La amargura del envejecimiento, especialmente en las mujeres; la amargura de los desengaños, la sentida por las injusticias y por los fallos irreparables; la amargura, en fin, de la muerte, a la que nadie escapa. La amargura no se aposenta en nosotros hasta la segunda mitad de la vida, cuando, con las arrugas del rostro, se pone de relieve el carácter ineludible de las líneas del destino. La amargura delata también una especie de inocencia perdida.

Kirchhorst, 9 de mayo de 1939

Plantado coles y apios, con un tiempo que sigue fresco y húmedo.

La humedad como elemento vital. El aflujo de los humores en los goces muy intensos: la saliva de que se nos llena la boca a la vista de los buenos bocados, las secreciones y el hervor de la sangre en el juego amoroso. Estamos asentados en humores. También el sudor y las lágrimas significan que la vida está activa en regiones hondas de la salud. Mal le van las cosas a quien es ya incapaz de transpirar y llorar. Luego lo húmedo en lo espiritual, como lo que de jugoso, de musgoso, de frescor de bosque hay en las poesías. Y sobre todo lo que en ellas hay de fontanal, de sobreabundancia de imágenes y palabras, en cuyo cauce van flotando las partículas sólidas.

La humedad que hay en Rubens, especialmente en los sitios donde la carne se tiñe de rosa. Insuperable resulta en ellos todo lo que allí es goce de vivir. En los pueblos latinos el elemento húmedo está más escondido, a menudo se halla como encerrado en las valvas de una concha. Con ello está relacionado el hambre o, por mejor decir, la sed de sangre nórdica que sienten esos pueblos.

Opuesta a lo húmedo, la cualidad de lo seco. El dulzor, el aroma. El giro de Nietzsche hacia lo seco, hacia el desierto,

hacia los dorados dátiles con llagas a punto de reventar, su giro de Wagner a Bizet. La intensa vida que nace de los riegos. Oasis. Cisternas. Harenes. Taraceas.

Kirchhorst, 10 de mayo de 1939

Sembrado en los bancales remolachas, rabanitos y judías, y en los semilleros coles rizadas y colinabos. De la col rizada he sembrado, además de la variedad corriente, otra que es de un color rojo oscuro, con reflejos casi negros — lo he hecho por puro placer de los ojos. Asimismo quiero cultivar con rodrigones habas de las llamadas de España, por sus flores encarnadas. También las gallinas deberían ser de una raza que alegrase los ojos. Es la única manera de que prospere también el lado económico. Es preciso que sintamos ganas de acudir a visitar varias veces al día las plantas y los animales, para deleitarnos con su vista; también es preciso verlos mentalmente por la noche, antes de quedarnos dormidos.

Una vez que ha conquistado a *una* mujer, el varón se torna más audaz también con las otras; el éxito se extiende enseguida a la totalidad del sexo.

Kirchhorst, 14 de mayo de 1939

En la tarde de hoy domingo ha venido a visitarme uno de mis lectores, un cabo de veintitrés años que está cumpliendo el servicio militar en Braunschweig. Hemos estado tomando café debajo de las hayas y luego hemos caminado hacia la zona del pantano. Me llama la atención el hecho de que todas las personas que he llegado a conocer de esta manera sufrieran más o menos, sin que fuera posible prestarles ayuda. Nuestro tiempo guarda semejanza con un desfiladero estrecho y funesto por el que se compele a pasar a los seres humanos. Sobre todo tengo la impresión, y eso ya por meras razones fisonómicas, de que todas estas personas viven casi enteramente dentro de la esfera de la consciencia y se ocupan de modo exagerado en pensar en la situación en que se encuentran. Ofrecen síntomas de eso que se llama «miedo al examen»; también están completamente en vela, y resulta

extraño que tenga en ellas un desarrollo tan débil la voluntad de suerte y también la voluntad de recorrer caminos no transitados. En estos casos se tiene siempre la impresión de estar hablando con corredores de fondo o, y esto resulta más angustioso todavía, con corredoras de fondo. ¿Qué será lo que el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, tendrá reservado hoy para sus soñadores y durmientes?

Kirchhorst, 15 de mayo de 1939

La azucena de color oscuro que se alza cual una pequeña palmera junto a la linde del macizo de los crisantemos. Con una torsión audaz lanza lejos de sí, como hace una bailarina con su ropa, los verticilos de sus estrechas hojas. En esa planta veo yo y gozo yo el sentimiento de bienestar que a ella le producen su suelo y su crecimiento. También su fuerza está condensada y encerrada en ella tan prodigiosamente como en una estatua. La prisa le resulta ajena; sabe que alcanzará la madurez en el momento oportuno.

Kirchhorst, 17 de mayo de 1939

Desde que habito en el desván ocurre a menudo que no veo a Friedrich Georg hasta la hora del mediodía. Hoy después de comer hemos estado hablando del *style imagé,* que es rechazado por Marmontel. De las cosas que sobre este asunto ha dicho Friedrich Georg he encontrado especialmente atinada su idea de que la escritura de imágenes y la escritura de conceptos no son los dos únicos estilos que cabe distinguir en el lenguaje — hay también una tercera manera de escribir, el estilo inspirado.

Luego hemos hablado de Brueghel y del cuadro del Bosco *El hijo pródigo.* Cuando hace años fue subastado, contemplamos con detenimiento ese cuadro, que ha dejado en nosotros una fuerte impresión. El hijo que tiene ya blancos los cabellos, al que le han arrebatado absolutamente todo, sus bienes, su cuerpo, su alma. Se ve claro que ya no llegará a su casa; en esto la dureza del pintor sobrepasa a la del texto de la Biblia. En el fondo del cuadro el ventorrillo, representado como una destartalada caseta de embaucadores e impostores;

en la parte delantera del ventorrillo un borracho meando, mientras una puta deja colgar sus tetas por la ventana. Ya hace mucho que aquella gente se ha olvidado del hombre que allí se dejó su herencia, su honor, su salud. El daño penetró hasta los tuétanos. Especialmente terrible resulta el que en este cuadro se concentre en la perspectiva de un único instante la totalidad de una vida equivocada. En la captación de esas cosas ningún otro arte llega a donde llega la pintura.

Plantado tomates después de la puesta del sol. Si se asientan las matas en una papilla hecha de agua, turba abonada y tierra, las plantas prenden bien y no se marchitan. Es una receta que me recomendó Belz, el corredor de comercio de Überlingen. En la escuela de nuestra vida tenemos así muchos maestros, y a algunos les debemos únicamente un hecho aislado.

Kirchhorst, 19 de mayo de 1939

Hoy nos ha recogido con su automóvil mi cuñado y hemos pasado el día por la zona de Lippe y en las cercanías del Mar de Steinhude. En Rehburg hemos dado una lenta vuelta a nuestra antigua casa y hemos visto la ventana de la parte alta del edificio detrás de la cual habitamos tantos años Friedrich Georg y yo, hasta que estalló la guerra. También hemos visto el balcón-mirador situado delante de la habitación en la que, cuando estaban de viaje nuestros padres, celebrábamos en grupo de cuatro nuestras primeras fiestas galantes. Qué lejos quedan ya todas esas cosas.

En los árboles, cuyas dimensiones conservaba yo bien claras en la memoria aun después de tantos años, me ha llamado la atención el hecho de que hayan crecido tan poco los tilos y las acacias globulares, y en cambio lo hayan hecho mucho más todos los troncos de los árboles frutales y de las hayas; el árbol que más ha crecido es un sauce llorón que plantamos junto a un estanque hacia 1912 —era entonces nada más que una ramita—, y que entretanto ha alcanzado un desarrollo gigantesco. En tales diferencias seguramente interviene mucho también la calidad del terreno. Que el tiempo

de ahora es diferente del de entonces lo he notado sobre todo en las distancias; todas ellas eran en mi recuerdo trayectos que se recorrían a pie. Ahora en el automóvil íbamos volando de un sitio a otro en pocos minutos. Pero ha habido muchos momentos en que me he sentido del todo en aquel tiempo viejo, que ahora se halla inserto cual un laberinto en lo nuevo.

Al mediodía en Bad Rehburg, en el hotel de Tegtmeyer, que era del mismo curso que Friedrich Georg. Mientras tomábamos una copa hemos estado intercambiando recuerdos. Era magnífica la seguridad con que a veces se levantaba Tegtmeyer en medio de la charla para ir a atender a otros clientes, y cómo luego regresaba con una sonrisa que era como un quitarse la máscara. En él hemos encontrado un rasgo que sin duda le hubiese caído bien a un clérigo protestante, pero que a un hostelero tampoco le venía mal. Además, por debajo de *cada uno* de los estamentos profesionales hay un cimiento sacral.

Tomado luego el café en el palacete de Matte, en la tabernilla instalada en la torre, desde donde se domina con la vista el paisaje originario, el protopaisaje, con sus aguas, sus terrenos pantanosos y sus turberas — la selva que atravesó Germánico. Hay en ese paisaje mucha melancolía y también mucha amargura.

Luego en Stadthagen, donde hemos visto, sumergidos en el agua sulfurosa de una fuente volcánica, unos ramos de flores que estaban allí desde hacía muchos años, sin que se hubieran alterado ni su forma ni su color — un espectáculo que me ha parecido mágico y también un poco repulsivo. Así podría acaso conservar un tirano las cabezas de sus enemigos muertos, para solazarse una y otra vez con su vista al deambular por los jardines. Hemos regresado a Kirchhorst por la autopista. Hoy ha sido la primera vez que he viajado por ella y me ha dejado asombrado su alto grado de técnica — *machina machinarum.*

En el correo, entre otras cosas, un álbum de reproducciones de pinturas de Toulouse-Lautrec, con una tarjeta postal de René Janin. Para gozar de los colores de esos cuadros se precisaría ser un experto en los encantos de las flores a punto de ajarse. También hay en ellos satanismo, como queda especialmente claro en el cuadro del lupanar, del infierno de los placeres, de color granate, titulado *Au salon.* En otros sitios ese mismo color resplandece con un aspecto positivo, como ocurre en el *Mail-coach* que pasa corriendo con el chasis al rojo vivo, mientras el suelo echa chispas al ser golpeado por las herraduras de los caballos de pura sangre. No cabe duda de que se seguirá gozando todavía por mucho tiempo con tales cuadros; al contemplarlos se nota, sin embargo, que la imagen del siglo XIX que nosotros tenemos es todavía muy borrosa.

Kirchhorst, 26 de mayo de 1939

Destemplanza, realmente inmotivada en unos días en que todas las cosas han estado floreciendo de un modo muy bello. Las grandes plantas de codesos, o, por su nombre popular alemán, «lluvias de oro», que con tanta magnificencia brillan en el jardín, son la prueba de que no faltan las riquezas. Tampoco he trabajado mal estos días, mañana tras mañana, en *Los acantilados de mármol,* donde he acabado la descripción del padre Phyllobius: espero haber evitado en ella los clichés católicos.

Por la tarde en Burgdorf, donde siempre me encuentro a gusto. Algo de cosa seca indestructible tiene en sí esta ciudad, algo que parece ser capaz en su sustancia de plantar cara a todos los extravíos de la historia. Tampoco hay en ella, desde luego, el menor soplo de altivez ni de altos vuelos. Cuando veo sus viejos edificios se apodera de mí la esperanza de que el género humano no va a ser exterminado tan pronto. Con tardanza, pero con mucha fuerza, comienza a hacérseme claro lo que significa constancia y solidez en la vida.

En el camposanto, que se hallaba en plena floración. También me causa siempre deleite la estampa de niños jugando en un camposanto mientras sus madres se atarean en las tumbas. En una de estas la planta llamada «corazones con lágrimas» o «corazones de María», que cuando echa flores resulta muy apropiada para las sepulturas. Un leve viento hacía que las rojas flores con lágrimas se columpiasen cual medallones. Estuve meditando sobre la losa de mi propia tumba, en la que desearía únicamente el nombre y las dos fechas; reflexionar sobre ello me resultaba agradable.

En el camino de vuelta, cerca de Beinhorn, he hecho un alto en un pequeño calvero y me he sentado al sol en el tronco de una encina, entre helechos a medio desenrollar, cuyos brotes estaban cubiertos todavía de un terciopelo de color gris. Allí me he sentido un poco mejor y me he procurado el goce de la caza sutil,[3] algo que he hecho ya muy a menudo cuando he estado del mismo temple que ahora. Ya en el camino había salido volando a mi encuentro el pequeño coleóptero llamado *Magdalis armiger,* que debe su nombre a los dos aguijones que lleva en el protórax. Después he descubierto, debajo de la corteza de la encina, el minúsculo *Laemophloeus duplicatus;* al mirarlo más tarde con el microscopio no solo lo he identificado gracias a las dos rayas que adornan su cabeza y su protórax, sino que he reconocido incluso, con mucha claridad, la estrecha línea central, que en raras ocasiones puede verse. De la madera llena de hongos de la encina he extraído además un *Scolytus intricatus* — un macho, como lo probaban los dos finos pinceles de pelo que llevaba enhiestos en la frente. Habría que mencionar todavía, para terminar, el *Litargus* moteado, al que no llegué a conocer hasta el verano pasado en el Bosque del Monasterio entre Überlingen y Birnau. Ahora se me aparece ya con frecuencia, que es lo que suele ocurrir en estos casos — pues uno llega a conocer no solo a los animales, sino que aprende sobre todo a mirar en el gran jeroglífico que es la Naturaleza.

Kirchhorst, 27 de mayo de 1939

Mejoría progresiva. De manera provisional he sustituido en *En los acantilados de mármol* el término «víbora cobriza» por el de «víbora lanceolada», lo que desde el punto de vista zoológico resulta más impreciso. También consiento en que en los acantilados de mármol habiten buitres. Finalmente he de informarme a fondo sobre razas de perros de gran tamaño, para que quede suficientemente bien el combate de los ojeadores. En la refriega entre los perros y las serpientes lo que yo tengo en la cabeza es la confrontación entre la sangre y una de sus quintaesencias, el veneno.

Por la tarde con Friedrich Georg en Moormühle, donde al tiempo que tomábamos café hemos estado estudiando a los conductores de los automóviles; luego hemos ido hacia Hessel y por estrechos senderos nos hemos adentrado en los bosques que rodean a Kolshorn. Nos ha alegrado ver en un cruce de caminos un viejo poste indicador hecho de madera de encina; era como una de esas figuras saturnianas que le gustan a Kubin. Ha sido en ese lugar donde este año he oído por primera vez, en las copas de las encinas, los claros campanillazos de las oropéndolas.

Mientras marchábamos en las bicicletas ha ido explicándome Friedrich Georg, quien raras veces suele hablar de su trabajo, el plan de un escrito en que ahora anda ocupado y que lleva por título *Las ilusiones de la técnica*. Hablando de ello ha dicho que la cojera de Wieland y de Hefesto es un defecto típico. Luego ha hablado de la clase de fuego que Prometeo robó a los dioses. En el curso de la conversación hemos ido a parar a la orgía de Dmitri Karamázov, que es una pieza maestra y a la vez terrorífica del placer eslavo. Tras ella se alza simbólicamente el parricidio. Durante esa charla iba volando por delante de nosotros, en el cálido abetal, una tórtola común, de grácil figura, con su característica mancha listada en los lados del cuello.

Estercolado todavía en el jardín, ya tarde, las coles, los apios y los tomates. También aquí rige mi pequeño prover-

bio, que dice que solo con el paso de los años logra uno tener mano segura para las especias.

Kirchhorst, 29 de mayo de 1939

Para los días de Pentecostés nos ha llegado una visita de Goslar: el maestro Lindemann. Conversaciones sobre horóscopos, sobre hierbas, sobre jardines, sobre medicamentos. Una vez que lo hemos llevado al autobús nos hemos dedicado a recolectar en el jardín flores de ortiga muerta, una planta que aquí crece con abundancia en el jardín y que Lindemann nos había recomendado como té. A mi lado se encuentra la cosecha, un plato hondo lleno de pétalos blancos con delicadas tonalidades verdes; cada uno exhibe cuatro minúsculos puntitos negros.

Kirchhorst, 1 de junio de 1939

La vieja encina caída cerca de Grosshorst. A ella acudimos en las tardes de bochorno y allí nos dedicamos a la caza sutil. El gran capricornio de las encinas, un coleóptero de color negro aterciopelado, con bandas de jeroglíficos de un amarillo asimismo aterciopelado. En el ardor de la cópula este cerambícido va dando tumbos por la recalentada corteza, ebrio de celo y de sol; luego, una vez desapareado, se queda quieto un instante, como si hubiera perdido el juicio, y por fin se aleja con vuelo rápido. Luego el rojo *Phymatodes,* de color púrpura sucio, con el cual no me había tropezado hasta ahora más que una sola vez, en 1915, cerca de Saint-Léger. Además los bupréstidos, cuyo más bello representante es la *Chrysobothris.* De colores metálicos y con hoyuelos dorados, al abrir sus élitros aparece por debajo de ellos un segundo par de alas, semejante a una ropa interior de seda de un verde brillante. Y otros muchos.

Kirchhorst, 4 de junio de 1939

En el jardín reina una gran sequía, de ahí que caminemos por él con cubos y regaderas una vez que se ha puesto el sol. Después de semejante campaña de riego no queda tiempo para las dos horas de trabajo que al atardecer suelo dedicar a

ordenar papeles y escribir cartas. Pero no está mal empleado ese tiempo. En el otoño pienso soterrar turba y hojas para que el suelo retenga mejor el agua.

Por la mañana en la iglesia, donde predicaba el nuevo pastor llegado de Isernhagen. Por la tarde en Fillekuhle; en el camino hacia allá ha vuelto Friedrich Georg a darme una conferencia sobre *Las ilusiones de la técnica.* Al atardecer he leído, en galeradas enviadas de Zúrich por Herbert Steiner, tres poemas de mi hermano; de ellos el que más me ha gustado ha sido el titulado *La madre,* sobre todo por la fuerza que encierra. Friedrich Georg ha dicho que hoy ya no consigue escribir esa clase de versos, esos versos en que los elementos se hallan en movimiento, y que esto se debe a que ahora su lenguaje está orientado con más intensidad a la descripción de lo inmóvil. Luego, charlas sobre el cuadro titulado *El hechizo del amor,* sobre Rimbaud, sobre Rodin, sobre el Erecteón de la Acrópolis. La cercanía de Friedrich Georg representa un gran consuelo para mí desde los días de la infancia.

Kirchhorst, 5 de junio de 1939

Con un calor tremendo he estado cavando el bancal de las patatas para que así se mustien antes las malas hierbas. Encuentro, con todo, que aquí estos días calurosos resultan mucho menos agotadores que los días de bochorno junto al lago de Constanza, al que en pleno verano se veía brillar casi siempre bajo una cúpula cristalina. Casi me parece que esta clase de calor de aquí es estimulante.

Chateaubriand. Luis XVIII escribe a Decazes sobre los libros de Chateaubriand, que los lee *«un peu en diagonale».*

Villèle opina sobre Chateaubriand lo siguiente:

«No estoy celoso, él tiene mucho más ingenio que yo. Pero mi juicio es mejor que el suyo, y no es el ingenio el que da órdenes al juicio, sino al revés».

Esta observación presupone ya, de todas maneras, inge nio.

Al atardecer he servido un sorbete de hojas de acacia; su aroma oriental ha hecho que Friedrich Georg manifestase su complacencia; ha añadido que tal vez pudiera mejorarse enfriándolo.

Kirchhorst, 10 de junio de 1939

Con un fuerte calor hemos estado desmochando el alto sauce que se alza delante de los membrilleros y los ciruelos, a los que privaba de luz y de aire. Es un consejo que me dio mi vecino Colshorn, quien ahora está agonizando. Hemos estado hablando sobre el grado en que estará relacionado el destino de Colshorn con el destino del árbol. Luego hemos charlado sobre el mandarín de Diderot, al que se describe en una circunstancia similar. Se trata, creo, de que la manera como se comete en París un parricidio mantiene una armonía precisa con el hecho de que el mandarín en China se levante de la cama con el pie derecho o con el izquierdo. En su mecánica espiritual es un pensamiento muy propio del siglo XVIII, pero también resulta instructivo con respecto al hechizo que encierran las ideas estrafalarias.

Fragancia exquisita de la madera pelada y de la corteza del sauce, del cual emana con el calor un refrescante olor a carne de pepino fresco.

Kirchhorst, 11 de junio de 1939

Otra vez en la encina de Grosshorst. En el caluroso campo charla sobre la manera como el darwinismo vuelve a dibujar la creación como con una punta de acero. Friedrich Georg: «En el darwinismo los animales se parecen a flores artificiales, imitadas con chapa de cinc». La superioridad con que Schopenhauer, en sus reflexiones sobre la anatomía comparada, invalidó tales intentos antes incluso de que surgiesen, por así decirlo —los invalidó al menos para las buenas cabezas—, nunca dejará de ser una página de gloria para los alemanes. De la mecánica del espíritu forma parte, sin embargo, el que doctrinas como el darvinismo hayan de ser recorridas en toda su extensión y produzcan así frutos, pues dentro de su marco no dejan de ser verdaderas. Ciertamente en los ni-

veles inferiores, empíricos, la verdad resulta más fatigosa, va ligada a un movimiento mayor. También aquí cabe aducir el dicho de que quien no tenga cabeza, que tenga pies.

A la hora del café se ha presentado en casa, acompañado de su esposa y su hijo, un catedrático de universidad finlandés, que me traía de Oslo recuerdos del Magister. En opinión de este catedrático Polonia se desmoronará este otoño, cosa que a mí me parece dudosa. En este visitante se me ha mostrado con mucha claridad la situación del científico especializado, del hombre que cultiva una sola ciencia; es una situación expuesta a grandes peligros. La situación de esa clase de científicos se ha vuelto similar a la del obrero que está detrás de una máquina. El ser humano se ha colocado fuera de la obra, se ha salido de ella; esta se ha vuelto autónoma, y ahora aquel deviene cada vez más sustituible y prescindible. Se lo puede cambiar como se cambia una parte de una máquina, y también los resultados a que el hombre llega y aun sus conocimientos han nacido fuera de él; más que intervenir en los acontecimientos, lo que esos resultados y conocimientos hacen es orquestarlos. A medida que va desapareciendo la originalidad del ser humano desaparece también su imprescindibilidad; con ello desaparece asimismo el respeto a él. En cambio resulta enorme la seguridad que todavía tenía un hombre como Paul Gerhardt en medio de las persecuciones.

Kirchhorst, 15 de junio de 1939

Acabado: Spengler: *Sobre la historia universal del segundo milenio antes de Cristo,* uno de sus últimos escritos, en que manejó los hilos con mucha incuria. Sin embargo, con sus errores este autor es más importante que sus adversarios con sus verdades. El secreto de su lenguaje está en que posee corazón y está a la altura de las grandes catástrofes. Hay en su prosa un impulso que la lleva hacia las tapias que hay que saltar.

Kirchhorst, 18 de junio de 1939

Sábado/domingo visita de Edmond y de Arnolt Bronnen, que ha transcurrido de modo agradable. Edmond tenía consi-

go a su hijo, el cual guarda un gran parecido con su difunta madre. La misma forma suave y nocturna de abrir los ojos, como las lechuzas; unos párpados pesados, emplumados con plumas blancas. Para poder hacer tales observaciones es preciso, desde luego, haber llegado a cierta edad — es preciso ver las generaciones.

En el correo una carta de Storch, que en Brasil se pasa doce horas al día secando plátanos delante de un horno al rojo vivo en compañía de un negro y por la noche escribe en sus diarios. Me dice que hasta él mismo se asombra de su capacidad de trabajo. Realmente existen reservas de naturaleza desconocida. Es verdadero el dicho de que a quien Dios le da un oficio, también le otorga fuerzas para desempeñarlo. Eso mismo es válido para las situaciones de penuria.

Kirchhorst, 21 de junio de 1939

Los acantilados de mármol. El trabajo va progresando con lentitud a causa de que me esfuerzo mucho en cincelar completamente el texto en cada una de sus frases, aunque si tratase con más descuido ciertas partes sería tal vez la misma la impresión que produciría. Para ello me falta, sin embargo, *nonchalance.* Lo descuidado me da, al contrario, doble trabajo, pues lo aplico sobre pasajes que han quedado ya acabados. Esto se halla en contradicción con las reglas de la economía. Mientras realizo esa labor pienso en la estatuilla que vi en un convento de Bahía: el fondo había sido dorado y sobre él se había aplicado la pintura, y no al revés.

El *opus* contiene un todo que no consiste en la suma de sus partes. Ese todo se asemeja a unos raíles que conducen al lector como en un vuelo por encima de todas las desigualdades e imperfecciones del plan. Provoca en él el entusiasmo de leer, un obsequio precioso.

Kirchhorst, 25 de junio de 1939

A tomar café el Dr. Ostern, que ha llegado de Rodas. Hemos estado hablando sobre el camino de la playa de Irlanda y sobre el valle de Rodino, que en mi recuerdo sigue vivo en

todo su frescor. En opinión del Dr. Ostern fue ese el lugar donde estuvo la escuela de retórica. Luego sobre Creta, donde me gustaría vivir el próximo verano; me la ha recomendado.

En el correo los *Diarios* de Gide, de 1889-1939, regalo de Hercule.

Kirchhorst, 3 de julio de 1939

El jardín comienza a rendir buenas cosechas. También van quedando ya libres algunos bancales, para la segunda siembra.

En el sueño veía una escuadrilla de aviones de combate que volaba sobre un paisaje muerto; al tercer disparo de una batería de defensa antiaérea caía ardiendo al suelo uno de ellos. El espectáculo acontecía en el seno de un mundo enteramente mecanizado; yo lo observaba con una satisfacción maligna. La impresión producida era más significativa, más penetrante que en la guerra del catorce, dado que la racionalidad de los acontecimientos había aumentado. Nada era episódico — los aviones se movían como piezas cargadas de electricidad por encima de un mundo que también se hallaba lleno de tensión. Lo que hacía el proyectil que daba en el blanco era provocar el contacto mortal.

Luego extensos campos, por los que corrían máquinas cosechadoras; personal que se cuidase de ellas no se veía ninguno. Únicamente por una rastrojera estaban pasando un gran rastrillo, del cual tiraban, cual si fueran tiros de caballos, unos esclavos de color ocre; un vigilante de tamaño gigantesco los guiaba. Golpeaba a los esclavos hasta que estos prorrumpían en gritos y caían a tierra, luego los golpeaba hasta que dejaban de gritar. Había en aquella operación un juego de compensaciones entre el ejercicio estúpido de la fuerza bruta y los sufrimientos estúpidos que hacía que yo me desesperase.

Por el día, estando en el jardín, me ha venido otra vez a la cabeza, de repente, ese sueño. Ha sido en ese momento

cuando lo he visto como una advertencia; he cobrado consciencia de la responsabilidad que tales visiones comportan.

Kirchhorst, 4 de julio de 1939

Por la tarde se ha parado brevemente en casa el Dr. Gerstberger, que venía de Fischerhude, donde vive en casa de la señora Rilke. A gente entendida en la materia he oído decir que es uno de nuestros mejores músicos. Es algo sobre lo que carezco de un juicio propio, pero me resulta evidente. Desde fuera puede uno darse cuenta muy bien de si alguien sobresale en su especialidad — a condición de captar en él *aquella* parte indivisa, unida a las demás, que posee. En el centro de gravedad pesamos también el peso oculto. Hemos charlado sobre Wagner, Verdi, Bizet.

En el jardín, junto a las vallas, han florecido arvejas, nacidas sin duda de semillas desperdigadas. Colores magníficos — un delicado rojo salmón, un amarillo crema, un violeta, aplicados a pincel sobre un fondo húmedo, por así decirlo.

Kirchhorst, 7 de julio de 1939

Acabado: Léon Bloy: *La femme pauvre.* El máximo escollo de las novelas está en la tentación de intercalar reflexiones en la acción, y son precisamente los autores más inteligentes los que con toda seguridad sucumben a ella. También en este libro de Bloy hay desparramado material suficiente para formar un tomo de ensayos.

Bloy es un cristal en que el diamante y la mierda van juntos, son gemelos. La palabra que él usa con más frecuencia: *ordure* [basura], Marchenoir, el protagonista, dice de sí mismo que entrará en el Paraíso llevando una corona tejida con excrementos humanos. La señora Chapuis no es buena más que como trapo para limpiar las zanjas de muertos de un hospital de leprosos. En un jardín de París que Bloy describe reina tal hedor que en él se sentiría acosado de manía persecutoria un derviche de piernas flacas como sables convertido en desollador de camellos muertos de peste. La señora Poulot tiene bajo su camisa negra un busto que se parece a un

pedazo de carne de ternera arrastrado por la basura y que ha sido abandonado por una jauría de perros, tras haberse meado rápidamente en él. Y así sucesivamente.

Pero luego se encuentran también entre esas cosas unas sentencias tan perfectas y atinadas como esta: *«La fête de l'homme, c'est de voir mourir ce qui ne paraît pas mortel».*

En la página 169 un ejemplo de imagen que debe evitarse: *«La ligne impérieuse du nez aquilin, done les ailes battaient continuellment».*

Kirchhorst, 9 de julio de 1939

Los acantilados de mármol. Es curioso cómo pierdo de vista el conjunto del libro mientras trabajo en él. También cuando se borda un tejido el único sitio que se contempla a la luz es aquel donde entra la aguja; el resto permanece tapado.

El «empaquetado» de las frases, cuyas partes me son casi siempre familiares de inmediato. Sin embargo, me da trabajo empaquetarlas como en una caja — con la mejor economía imaginable. En la frase ideal es preciso que cada una de las palabras posea aquella porción de peso y acento que en justicia le corresponde.

Kirchhorst, 17 de julio de 1939

Del 13 al 15 de julio ha estado aquí de visita Nigrinus, que ahora realiza estudios de etnología en Hamburgo. Hemos recorrido en bicicleta los calurosos pinares que rodean a Kolshorn y allí hemos charlado sobre máscaras, sobre armas, sobre pesca, sobre las islas de los Mares del Sur y sobre la vida en la Edad de Piedra; entre los paraísos perdidos posee esa vida un alto rango. Si tomamos como criterio el movimiento cada vez más rápido, entonces la modernidad comienza ya con la aparición de los metales. Es también ahí, en ese momento, donde está el corte que separa la fábula del mito. Me ha alegrado que Nigrinus cultive estos asuntos; sin embargo, me ha hablado de sus ganas de una guerra próxima.

Lo que me ha llamado la atención en él ha sido el cambio en su fisonomía. Cuando dentro de nosotros sentimos el fuego de la vida, se nos quedan grabadas unas señales que se parecen a heridas de quemaduras — es sobre todo en las mejillas, allí donde los niños suelen tener los hoyuelos, donde se forman unas marcas como si en tales sitios hubiera ardido pólvora negra. Los ojos, antes parecidos a pulidos espejos, adquieren luego agudeza, pero también perdura en ellos la mirada de animales que se han visto obligados a atravesar de un salto aros en llamas. A menudo ocurre que el ser humano sale de esos aros aturdido, como he podido ver en la Princesa.

Luego ha llegado, el 15 de julio, Carl Schmitt; sin embargo, Nigrinus y él apenas se han visto. Lo que en C.S. me ha llamado desde siempre la atención es la buena factura y el orden de sus pensamientos; producen la impresión de un poder que está ahí presente, de un poder presencial. Cuando bebe se torna todavía más despierto, está sentado inmóvil, con un tinte rojo en la cara, cual un ídolo.

Entre otros muchos asuntos hemos charlado también acerca del emperador Andrónico, cuyo conocimiento debo a Bloy. Tras haber gobernado tiránicamente muchos años, fue derrocado y dejado en manos del populacho de Bizancio; este estuvo torturándolo a muerte muchos días, pero procurando ansiosamente conservar su vida y su consciencia, igual que se protege una luz de una corriente de aire demasiado fuerte. Los oprimidos arreglaban sus cuentas con el caído como lo haría un enjambre de insectos. Las últimas palabras de Andrónico: «Dios mío, ¿por qué permites que sigan pisoteando sin fin un tallo que ya está roto?». Luego pudo verse cómo se llevaba una mano a la boca, sin duda para chupar la sangre que allí brotaba de una herida.[4]

Lo adorable de Carl Schmitt, lo que incita a quererlo, es que aún es capaz de asombrarse, pese a haber sobrepasado los cincuenta. La mayoría de las personas, y ello ocurre muy pronto en la vida, acoge un hecho nuevo tan solo en la medi-

da en que guarda relación con su sistema o con sus intereses. Falta el gusto por los fenómenos en sí mismos o por su diversidad — falta el *eros* con que el espíritu acoge una impresión nueva como se acoge un grano de semilla.

Kirchhorst, 18 de julio de 1939

Durante la epidemia de cólera que hubo en Hamburgo se usaba en Alemania el adjetivo «hamburgués» como un insulto. Por aquellos días mi padre vio en Hannover cómo dos golfillos iban gritando detrás de un viajero: «¡Hamburgués, hamburgués!». Este hecho lo impresionó mucho.

El extraño descontento que sentimos al recordar ciertas vivencias. Quisiéramos volver a gozarlas; es como si en su momento hubiéramos olvidado lo más importante. Seguramente eso es un indicio de que existe una Vivencia absoluta, que en las vivencias empíricas no saboreamos nunca del todo.

La idea de que existen en el paisaje de nuestra vida entradas de cuevas que están ocultas cuando brilla la luz del día. En ellas penetramos a la hora del crepúsculo y entonces nos quedamos embelesados, «perdidos para el mundo», como le ocurrió al monje de Heisterbach. Así pasa con el *inferno,* así pasa con la locura, con la magia, con la muerte. Resulta terrible ver desaparecer de ese modo en lo invisible a las personas que nos son más próximas y están a nuestro lado.

Cuando la voz humana invoca el eco, tiene un sonido que es peculiar únicamente de esa circunstancia.

Kirchhorst, 19 de julio de 1939

Después de tomar el baño, y mientras paseamos distraídamente, charla sobre la constelación que domina estos años. Los seres humanos viven como animales en un agua turbia y no saben cuál es su posición. Unos ojos dotados de mayor capacidad de penetración los verían, en cambio, como algo bien ordenado, como escuadrones en el campo de batalla. Para el mecanismo de la historia seguramente resulta esencial ese deficiente conocimiento de las cosas, que va acompañado

de una ceguera para los peligros reales y, en consecuencia, de una especie de coraje fatídico. Existen, empero, señales de tal fuerza que gracias a ellas puede hacerse visible de golpe la situación. Esas señales flamean como bengalas lanzadas al aire en la oscura zona avanzada del frente.

El baño: un charco en un viejo agujero de arcilla situado junto al camino que lleva a Lohne. El redondo espejo de agua tiene como marco grises hojas de llantén acuático que llegan casi hasta el centro; sobre su superficie trazan sus figuras los tábanos. Profunda y quieta es el agua, y del fondo de arcilla ascienden burbujas de cieno y frescos remolinos. El ganado que pasta por estos lugares ha pisoteado las orillas, dejando allí hondas señales, y en el cañaveral toman el sol los caballitos del diablo y las libélulas — sus colores son el rojo, el azul ceniza, el negro y el verde, todos ellos reticulados; también los hay de color pálido con bandas oscuras en las alas; los cuerpos parecen estar tallados en finas cañas de bambú de color claro. De las granjas llegan aquí volando las golondrinas, que se mojan el pecho para cazar efímeras. Este charco es un pequeño orificio de agua al que cañaverales y altos juncos enmarcan cual si fueran pestañas, pero que también alberga peces en sus profundidades y del cual es huésped la cigüeña que tiene su nido en Neuwarmbüchen, y que ensarta las ranas con su pico. También aquí gobierna Neptuno mediante sus servidores, mediante las ondinas y los espíritus que habitan en las fuentes. De ahí también la total confortación que este elemento nos procura.

Kirchhorst, 23 de julio de 1939

Con Friedrich Georg, que ayer acabó su trabajo sobre la técnica, en el zoo; como era domingo costaban menos las entradas. Resulta agobiante la visión de las masas, pero no es lícito olvidar que se las mira con los fríos ojos de la estadística. La persona singular es siempre más importante de lo que parece dentro de ese marco. A menudo se asemeja a un grano que por falta de agua se ha quedado seco del todo y ha perdido su prestancia; pero en lo hondo, allá dentro, reposa

el germen verde. Ante todo es preciso tener en cuenta que al hombre hay que dejarlo que nazca primero *dentro de sí.*

Entre los animales el pluvial egipcio, llamado también «guardián de los cocodrilos», un ave del tamaño de un estornino, que se mueve mucho y en el que se da una muy grata combinación de los colores gris y rosa. Aunque queden exterminados todos los animales de la Tierra, cosa que a menudo temo en horas sombrías, subsistirán, no obstante, en su intangibilidad. Reposan en el Creador, y lo único que se extirpa es su apariencia. Lo único que la destrucción hace es quitar la sombra de las imágenes.

Kirchhorst, 28 de julio de 1939

A última hora de la tarde he terminado de escribir *En los acantilados de mármol.* A mi parecer el texto ha salido tal como me lo había imaginado — a excepción de algunos pasajes en que el espíritu estaba demasiado tenso, de modo que el lenguaje quedaba sometido a presión y se tornaba cristalino; en esos pasajes el texto se asemeja a un río que arrastra témpanos de hielo. Lo que he pretendido es que el lenguaje desembocara en una prosa carente de vibraciones y de torceduras, en una prosa dotada de una gran solidez. Es preciso que las frases hagan su entrada en la consciencia del lector igual que hacen su entrada en el circo los luchadores. Pero esto no depende de la voluntad.

Kirchhorst, 9 de agosto de 1939

Bogo ha estado aquí varios días de visita; sigue conservando su antigua seguridad de espíritu, que a menudo me parece maníaca. Lo que en él resulta sorprendente es la unión entre un intelecto agudo y siempre despierto y una persona caprichosa, que en algunos momentos roza la extravagancia. En este aspecto Bogo muestra rasgos de personaje de Hoffmann; en otros recuerda a los inteligentes kantianos que podían verse hace cien años. Es de Silesia y, por tanto, natural de una de las regiones que me son desconocidas; pero en él están vivas también cosas completamente extrañas, propias de un Tamerlán; eso es algo que se hace visible asimis-

mo en su fisonomía. De ahí también, sin duda, su modo de pensar, que abarca vastos espacios, y sus rasgos de crueldad abstracta. Junto a esas cosas posee igualmente cordialidad y yo conservo en la memoria muchas noches agradables que pasamos bebiendo *punch.* En una ocasión en que acudí a visitarlo a uno de sus domicilios berlineses lo encontré en su biblioteca absorto en el estudio de un gran mapa del Reich que él mismo había trazado. Delante de la ventana había esparcido comida para los pájaros y desde aquel lugar partían unos artísticos cordones de semillas que pasaban junto a las estanterías y atraían hasta el fondo de la habitación a los pinzones y a los picos, así que estaba allí sentado como si se encontrara dentro de una pajarera. Hay en Bogo dos cosas que merecen gran estima — de un lado, su insobornable sentido de la jerarquía espiritual, y de otro, su capacidad teológica.

Entretanto he seguido pasando a limpio *Los acantilados de mármol.* El *ajuste* de las frases — es como entablillarlas. Hoy he tomado la resolución de apartarme en muchos casos de la regla que ordena que cuando son varios los sujetos el verbo ha de ir también en plural. Esta regla estará de sobra cuando quepa considerar los varios sujetos como *un* concepto y cuando se los pueda poner, por así decirlo, entre paréntesis: «(Sal y pan) a la cara color da». Se trata en estos casos de conflictos fronterizos entre el contenido lógico y el contenido gramatical del lenguaje; son numerosos los conflictos de ese género. Habrá que actuar de modo similar cuando lo que se pretende con la enumeración de varios sujetos es reforzar retóricamente una unidad: «¡El hombre, el marido, el padre *es* el aquí mencionado!». En esta frase el carácter de sujeto va pasando de un nombre a otro, y al último se le entrega el cetro que gobierna la frase. También cabría pensar en bolas de billar, en las que la fuerza del golpe se transmite de una a otra. Y no cabe duda de que una de las raíces de la gramática se sale de la pura mecánica.

Kirchhorst, 10 de agosto de 1939

En Lohne a la busca de setas, pero lo único que hemos encontrado ha sido un pequeño número de champiñones en los prados y un solo ejemplar de *Boletus castaneus* en el pinar. A la vista de una paloma muerta conversación sobre la Paloma que vive en todas las palomas y que no será hecha trizas por ningún azor. Luego sobre la Idea platónica, esa fuente inagotable de diálogos y distinciones a lo largo de milenios.

De un modo muy leve comienza ya a anunciarse el otoño, y con tal motivo he vuelto a la deliciosa costumbre de quedarme a veces por la mañana media hora leyendo en la cama. Así he leído hoy *La diosa siria,* un texto de Luciano de cuya autenticidad se duda, y probablemente con razón. En aquellos tiempos perduraban todavía muchas cosas del policromo y temible reino mágico de Heródoto. Así, un romano ilustrado, que conocía ya a los cristianos, podía ver a la vez los dos grandes falos plantados delante del templo en que estaba el miembro viril, en bronce, de Combabus. Dos veces al año subía a uno de aquellos falos, por motivos mánticos, una persona, que trepaba a él como se trepa a una palmera y allí permanecía siete días en lo alto, en una especie de nido de cigüeña. Las genuinas circunstancias de esto se las calla el autor, a la manera de Heródoto, pero de manera muy poco lucianesca.

Kirchhorst, 12 de agosto de 1939

Esta mañana he acabado de pasar a limpio el texto de *En los acantilados de mármol*; he puesto la fecha en el original y luego lo he guardado en el archivador. Por la tarde, en el pequeño café de Burgdorf donde a veces nos sentamos, he estado repasando los personajes con Friedrich Georg, que ha sido el primer lector del libro. En esa charla los personajes han desarrollado ya algunos rasgos en los que yo no había pensado al escribir el texto y que, sin embargo, me han parecido evidentes. Así es como las obras van emancipándose de su autor y continúan creciendo en lugares que él no conoce. Mas para que eso ocurra es necesario que en el lenguaje queden cosas informes, quede sustancia primordial; si no es así,

pronto se marchitan los personajes. Han de llevar tierra consigo.

También hemos pasado revista a los auspicios políticos y Friedrich Georg ha expresado su opinión con las siguientes palabras:

—O te prohíben el libro en las dos primeras semanas, o no te lo prohibirán nunca.

Kirchhorst, 16 de agosto de 1939

Sueños de ascensores, desagradables como casi todos los sueños que tienen como asunto la técnica. Además, escaleras, escaleras carentes de barandilla, o interrumpidas, bajo cuyos peldaños rotos aparecía el abismo. El mundo como una arquitectura confusa.

Hay días en que se presenta tan poderoso el desorden del mundo que uno desespera de llegar a domeñarlo nunca. Entonces me dedico a ordenar la mesa de escribir, o la ropa blanca, o las herramientas del jardín, pero en el fondo lo hago a disgusto. Seguramente en ese sentimiento se expresa también la intuición de que todas las cosas creadas y coleccionadas por nosotros perecerán. Lo mejor sería pasar tales días en la cama y sobre todo no comenzar en ellos nada nuevo.

En el correo una novela portuguesa de Guedes de Armorim: *Aldeia das águias,* con una dedicatoria de su autor que no he logrado descifrar.

Kirchhorst, 19 de agosto de 1939

Dos días en Hamburgo. Aunque uno haga visitas frecuentes a las grandes ciudades, siempre resulta llamativo el crecimiento de su carácter automático. Es notable cómo se expande en igual medida también lo letárgico, lo ausente, lo distraído. Tales rasgos puede uno leerlos en la cara de cada una de las personas, en el modo de circular de las masas y en la manera como en los automóviles van sentados al volante los conductores. Casi parece como si la cantidad de consciencia

que encuentra su expresión en las *formas* se hubiera perdido para los seres.

No cabe duda de que la técnica posee factores inhibitorios — así ocurre con la pura geometría de las formas, con los cuadrados, los círculos, los óvalos y las rectas; en las autopistas habría que apartarse de estas últimas, para evitar que los conductores se duerman. Lo mismo cabe decir de los ritmos propios de la técnica — de sus compases rápidos, rugientes o cantarines, de sus cambios de marcha, que se suceden de modo regular, de sus fugaces decursos y, en general, de la poderosa canción de cuna de su monotonía. Estas cosas operan especialmente en los sitios donde la técnica habla en toda su pureza a la capacidad intuitiva — como ocurre en la propaganda. Tanto por el neto patrón blanquinegro de sus formas cuanto por su repetición monótona la propaganda se revela como uno de los géneros de la técnica. Los espectadores que salen en tromba de un cine se asemejan a una masa de durmientes que acabaran de despertarse, y cuando entramos en los locales llenos de música mecánica es fácil que se nos transmita un poco de la atmósfera que reina en un fumadero de opio.

La mejor descripción de la situación completamente mecanizada es la que aparece en el cuento de E.A. Poe titulado *Un descenso al Maelstrom*; con razón dijeron los Goncourt en sus diarios, y ello bien pronto, que Poe era el primer autor del siglo XX. En el citado relato se pone muy bien de manifiesto el distinto comportamiento de los dos hermanos que allí aparecen; uno de ellos, cegado por la terrible visión del mecanismo, se mueve con reflejos inconscientes, en tanto el otro adopta una conducta guiada por los pensamientos y los sentimientos y sobrevive. En este personaje interviene también la responsabilidad que está comenzando a recaer en las minorías selectas, en las élites, que a cada día que pasa se tornan más pequeñas.

Kirchhorst, 26 de agosto de 1939

A las nueve de la mañana, cuando me hallaba muy cómodo en el lecho estudiando a Heráclito, me ha subido Louise la orden de movilización; dice que el 30 de agosto he de presentarme en Celle. La he recibido sin mucha sorpresa, pues la imagen de la guerra iba perfilándose con rasgos cada vez más netos a cada mes que pasaba, a cada semana que transcurría.

Por la tarde en Hannover, donde aún tenía que solucionar varios asuntos y comprar ciertas cosas. Por ejemplo, alcanfor para mis colecciones.

Kirchhorst, 28 de agosto de 1939

Continúa la movilización en todos los países. Aún habría tiempo para el *deus ex machina.* Ahora bien, ¿qué es lo que este podría aportarnos? Es tal la acumulación de cosas en litigio que el único que puede rematar el trabajo es el Fuego.

Kirchhorst, 30 de agosto de 1939

Partida. Arriba, no sin ironía, he estado mirándome en el espejo, con mi uniforme de alférez. De todos modos, algo similar estará ocurriéndoles hoy en Europa a muchos hombres que en ningún momento se imaginaron que volverían a prestar servicio militar. En lo que a mí se refiere atribuyo tal cosa también al Cáncer que hay en mi horóscopo, el cual me traslada no pocas veces, andando hacia atrás, a situaciones vividas anteriormente; y, a menudo, con ganancia.

En el momento en que bajaba la escalera han entregado abajo, en el vestíbulo, un telegrama; venía firmado por Brauchitsch y traía la notificación de mi ascenso a capitán. Lo he tomado como una señal de que Ares no me ha vuelto la espalda en el intervalo.

Delante de la casa he parado uno de los automóviles que se dirigían a Celle; sus dueños eran dos comerciantes de Hamburgo que regresaban de París, donde han dejado interrumpidos sus negocios. Presentación al comandante del batallón de reserva en el gigantesco Cuartel del Páramo, al que

afluían las masas de los movilizados. En la comida he conocido a los oficiales; casi todos llevaban condecoraciones de la guerra del catorce y entre ellos había algunos magistrados de la Audiencia Territorial. En la ciudad, para comprar piezas del equipo. Me he instalado de manera provisional en el hotel Sandkrug.

Celle, 31 de agosto de 1939

Más compras. Es preciso habituarse al uniforme. Por la noche oí, medio en sueños, voces de radio de las que creí sacar en limpio que se había alcanzado un entendimiento con Polonia. Me quedé dormido pensando en cómo pasaría el otoño en Kirchhorst.

Celle, 1 de septiembre de 1939

En el desayuno me ha preguntado el camarero, poniendo una cara muy expresiva, si había oído los noticiarios. Según ellos hemos entrado en Polonia. A lo largo del día, mientras iba de un lado a otro para resolver mis asuntos, he ido enterándome de las demás novedades, que confirmaban el estallido de la guerra, también con Francia e Inglaterra. Por la noche breves comunicados, órdenes, oscurecimiento de la ciudad.

A las diez he acudido a pie al puente del castillo, para una cita que allí tenía. La vieja ciudad del páramo se hallaba en tinieblas y los seres humanos se movían cual fantasmas con un mínimo de luz. Bañado en un pálido resplandor azul, el castillo se alzaba como si fuese el viejo palacio de una ciudad de fábula. Montadas en sus bicicletas, las personas se deslizaban en la oscuridad como danzarines ingrávidos. Y de vez en cuando subía, del foso que rodea el parque del castillo, el chasquido causado por una pesada carpa. También a nosotros nos lanza a veces el placer, igual que les ocurre a esos animales, a un elemento extraño, más ligero.

Pasando junto a un banco en el que estaban sentadas dos viejas señoras he oído decir a una de ellas:

—Has de pensar que todo esto es también cosa de la Providencia.

Luego en el café. Uno penetra en la luz, en la música, en el tintineo de los vasos como si penetrara en fiestas secretas y en cuevas de duendes. A ello se agregan luego, una vez más, las voces de la radio, que anuncian bombardeos y lanzan amenazas contra los seres humanos.

Celle, 2 de septiembre de 1939

La hermosa travesía del Jardín Inglés para acudir al cuartel, pasando por delante del monumento a la reina Karoline Mathilde y junto a los criaderos de gusanos de seda y de abejas. La verde superficie de césped, con los primeros fríos otoñales, por la que a veces pasan urracas. Luego estanques; hay muchos sitios donde su superficie se pone a temblar por efecto de los blandos golpes de las aletas de los peces; en sus orillas aparecen cisnes, así como patos de abigarrados colores.

En esta zona, en la cual es donde se realiza el crecimiento propiamente dicho, las plantas llegan a adquirir, por así decirlo, consciencia de que lo son y su única obligación en lo sucesivo es madurar. Esto es algo que luego se pone de relieve en su perfil — en su magnificencia tranquila, en su seguridad y, a menudo, en el cuño metálico de su forma de vida. En el fruto predomina la plasticidad, como predominaron antes en la flor el color y el perfume, y esta circunstancia adquiere ahora figura en la totalidad de la planta. Es muy bello, por ejemplo, sobre todo en los plátanos y en los castaños, el modo como comienza a hincharse la hoja en su comienzo, antes de apartarse de la rama.

Blankenburg, 6 de septiembre de 1939

Tras haber pasado un breve permiso en casa me encuentro ahora en Blankenburg, donde estoy participando en un cursillo. Todas las guerras comienzan con cursillos. En Kirchhorst, adonde llegué a hora tardía, encontré a la pequeña comunidad doméstica reunida en su caverna iluminada. Los

frutos van madurando bien en el jardín. También progresa la viña y lo hace de un modo sorprendente para aquel norteño rincón pantanoso; aunque, ciertamente, si prospera es gracias al calor producido por una pared de ladrillo que, cual si fuera un acolchado, conserva cada uno de los rayos del sol.

El ambiente en los permisos tiene algo de *Paradise lost*, de Paraíso perdido, por cuanto las circunstancias en que hemos vivido a diario nos son otorgadas en ellos como excepción. Tras una ausencia un poco prolongada el personaje del que regresa adquiere un aire de fantasma, de aparecido. A la Vida le gusta tapar los huecos. Desde los tiempos de Agamenón es esto asunto de la tragedia; de ella percibimos ya un soplo cuando tornamos a ver un jardín que hemos abandonado. Sin nosotros florecen y maduran las flores y los frutos.

Blankenburg, 10 de septiembre de 1939

Domingo, que se ha ido casi por entero en la lectura de las pruebas de *En los acantilados de mármol.* Que Ares es hostil a las Musas es algo que puedo ya notar por el esfuerzo que me cuesta atinar exactamente con el giro adecuado. Pero de nada sirve someter la voluntad a una tensión todavía mayor — demasiado ligeros, demasiado ingrávidos le resultan a ella los pesos que hay que pesar en la prosa.

Notable, por otra parte, el modo en que he acabado este trabajo «dentro de plazo». Existen seguramente instancias que se cuidan de que cada cual aporte a los guisos preparados por el Tiempo la especia que le toca aportar. Casi siempre me resulta penoso percatarme de tal cosa, de igual modo que no nos gusta darnos cuenta de los hilos a que están sujetas las marionetas en la representación. Tiene tanta fuerza el poder de la libertad que nos es suficiente soñar con ella.

La relación que hay entre la libertad y el destino es como la que hay entre la fuerza centrífuga y la gravitación — así como es el juego de compensaciones de fuerzas opuestas lo que ordena la órbita de los planetas, así también la posición

propiamente humana, la posición erguida, se debe a una circunstancia similar.

Blankenburg, 12 de septiembre de 1939

Avanza lentamente el otoño. Conocer esta ciudad de Blankenburg ha representado para mí conocer una de las perlas urbanas de la región del Harz; es una ciudad que en muchos aspectos me resulta mucho más habitable que Goslar, la cual es más ruda, menos sosegada. El aire es aquí más suave y el suelo es más cálido, como lo delata ya por sí sola la vegetación. Grupos de castaños de Indias invaden las superficies de césped, las cuales engalanan de verde la ciudad con anillos y cintas y llegan hasta las estribaciones de los montes. En macizos de figura redonda y alargada está plantado con profusión el cañacoro o caña de la India; sus flores son de color rojo de fuego o también de color amarillo y púrpura como la llama y sobresalen por encima de los tallos, que exhiben un verde suntuoso. La opulencia de esta flor va unida a una forma rigurosa, que parece tallada en bronce. De ahí que sea propia de parques donde se aúnan el buen gusto y la abundancia. También son un ornato de los cultivos tropicales, de los jardines que aparecen en *Pablo y Virginia.*

Blankenburg, 17 de septiembre de 1939

Segundo domingo que paso en Blankenburg, jornada lluviosa. A las seis en punto de la mañana me despierta un carillón de voz argentina; casi siempre permanezco luego una media hora sentado ante el pequeño escritorio de mi habitación de hotel.

El servicio diario, que se desarrolla en las estribaciones de los montes, en los campos de tiro y también en el picadero, tiene de agradable que cura las dolencias pequeñas — así, por ejemplo, está haciendo desaparecer también una conjuntivitis que en los dos últimos años me ha causado frecuentes molestias y que contraje al sumergirme en el agua salada del mar en busca de peces. Cabe comparar la enfermedad con una capa malsana que se mantiene en lo hondo de nuestras aguas profundas. Entonces es bueno secar de vez en cuando

el manantial — esto puede hacerse entrando en contacto con los elementos o realizando un gran esfuerzo. Es lo que hace el horno de que habla Heráclito. Celsus, que no apreciaba para nada las operaciones quirúrgicas, me expresaba a veces su asombro por el hecho de que algunos pacientes se restableciesen efectivamente después de una de esas intervenciones; lo atribuía al cambio de humor provocado por la incisión.

Cuando vamos a parar a una ciudad nueva para nosotros, al principio las muchachas y las mujeres pasan flotando a nuestro lado como si fueran apariciones de un sueño. ¿A qué se debe que luego nuestros pensamientos se orienten a una sola, la cual con frecuencia no es precisamente la más bella? Una mirada especial tal vez, una sonrisa que salta como una chispa, y ya quedamos hechizados.

Blankenburg, 20 de septiembre de 1939

Tarde triste de lluvia; los cigarrillos son lo único que brilla en la oscuridad de las calles. Esta mañana, cuando me dirigía a pie hacia el campo de tiro, se ha desplomado delante de mí una vieja; cayó de bruces mientras caminaba, como si la hubiera alcanzado un disparo. La llevé al jardín de una taberna y allí se recobró enseguida. Así es como los nadadores se sumergen un instante en las aguas del mar cuando hay fuerte oleaje.

Blankenburg, 21 de septiembre de 1939

Sueños de que estaba condenado a muerte. La situación completamente desesperada que en tales sueños aparece supera en mucho la realidad de la vida — el réprobo, el hombre que ha perdido su salvación, es el personaje primordial que subyace a tales sueños. Asimismo son significativos los sueños de exámenes. La vida se transforma en un examen que jamás aprobaremos. Qué feliz se siente uno al despertar. Se trata sin duda de un resplandor anticipado de la Luz eterna.

Blankenburg, 25 de septiembre de 1939

Visita de una lectora de mis libros a quien no conocía. Las conversaciones con personas que desde hace mucho tiempo vienen ocupándose en mis trabajos se desarrollan, por así decirlo, en habitaciones que yo he tapizado con papeles pintados y decorado con cuadros. Durante la charla observaciones muy agudas — así, por ejemplo, sobre la responsabilidad, la cual envuelve como una red cada uno de nuestro pasos, pero que es despojada de su fuerza por la *désinvolture*. Si esto no ocurre tropezamos efectivamente en briznas de paja.

También hemos hablado sobre los platos que se sirven en la mesa de la Vida; la mayoría de los humanos solo alcanza a disfrutar de un pequeño número de tales guisos y a veces ni siquiera llega a verlos. Así, existen variedades de tréboles cuyo cáliz es tan hondo que a su néctar no pueda llegar más que una determinada especie de abejas.

Hablando en general paréceme que las mujeres van teniendo cada vez más inteligencia y aun que está trastrocándose su relación con el nivel de la inteligencia masculina. Este fenómeno es uno de los caracteres del trabajo y, desde luego, en general da que pensar, pero, en cambio, resulta agradable en ciertos casos particulares. Se trata en el fondo de una demolición que se lleva a cabo en el interior de la mujer; se consumen átomos en forma de movimiento.

Blankenburg, 26 de septiembre de 1939

La suma del trabajo reposa sobre los campos como una manta que los cubre. Hoy, yendo en coche a lo largo del Harz hacia la comandancia general, he visto en un campo de remolachas a una esbelta mujer que, enfundada en unos pantalones azules y cubierta la cabeza con un pañuelo encarnado, se hallaba de pie junto a un silo. Me ha saludado alzando la mano y ese gesto se me ha aparecido como si, encontrándome en lo hondo del mar, sometido a una presión enorme, viese de lejos a un camarada que me señalase el camino hacia arriba, hacia la luz. Así es como uno oye, en el concierto a menudo demoníaco de las tempestades, la voz de la Patria, y no puede errar si la sigue.

Una vez más me percato de que el Harz es un conjunto de montañas mágicas. Y también están llenas de misterio las líneas de colinas que lo rodean. En el interior reposan los viejos santuarios y los lugares para las ofrendas; se hallan circundados por los castillos fuertes que se alzan en los salientes de los montes; y luego vienen por fin, en los bordes donde comienza el llano, las residencias de los príncipes y las altas catedrales, construcciones cristalizadas, por así decirlo. Sería preciso, empero, abarcar con una sola mirada y de manera intemporal los agrupamientos de este género. La fuerza primordial reside cual oro macizo en las montañas mismas. A esto se agregan los asentamientos humanos; un poco de aquel brillo secreto se transmite a los edificios que en ellos hay. El riquísimo círculo de ciudades, castillos, catedrales es únicamente, sin embargo, una parábola de la sobreabundancia e inagotabilidad de la Tierra misma. Así, las piedras que se tallan para construir edificios no son otra cosa que moneda extraída del tesoro de lingotes de oro; por mandato de los príncipes se acuña esa moneda, pero luego el Tiempo vuelve a fundirla y la devuelve, desprovista de forma, a la sobreabundancia en que estriba la riqueza de la Tierra.

Blankenburg, 29 de septiembre de 1939

En los valles del Harz con el objeto de señalizar carreteras para las unidades motorizadas que en estos días regresan de Polonia. En una de esas hondonadas, en el camino que lleva de Hohegeiss a Rothesütte, se ha alzado del arroyo un ratonero, que llevaba en sus garras una culebra. En el tranquilo valle boscoso he captado con tal nitidez los detalles de esa imagen, divisada por mí un solo instante al pasar a toda velocidad —parecía una miniatura en un mundo inmóvil—, que he visto brillar incluso el plateado borde de las escamas en el oscuro vientre de bronce de la serpiente. Agua, Luz y Tierra viven llenos de frescor y sin dolor alguno en tales imágenes, como ocurría en los viejos tiempos heroicos; entonces el aedo las veía de manera directa, inmediata, y sin que estuvieran enturbiadas por los conceptos.

Blankenburg, 4 de octubre de 1939

Ejercicios a caballo desde Blankenburg hasta el campo de maniobras de Halberstadt, pasando junto al Monje de Cristal; realizados en un estado de ausencia que contrastaba fuertemente con el riguroso encuadramiento de la persona en los ejercicios. Así he visto como en sueños un campo de color gris, y la paja que en él se hallaba extendida me ha parecido arrojada allí por las olas de lo Ilimitado. Por el contrario, un verde prado con rosales arbustivos, en el cual flameaban las zarzarrosas, se me ha metido prácticamente en los ojos. Las cosas aparecían como a través de una lente que unas veces permitiese verlas con mucha nitidez y otras las difuminase.

No vivimos del todo en el mundo, tampoco vivimos del todo en nuestro cuerpo — un día, sin embargo, serán sumadas las partes que hacen que estemos dentro y fuera.

Halberstadt, 5 de octubre de 1939

Repentina orden de traslado a Halberstadt. Cuando llegamos a una población desconocida a hora tardía y fatigados, y tal vez incluso bajo la lluvia, perdemos la capacidad de ver las cosas con sus colores. Se nos aparecen grises, más aún, como si de ellas no tuviéramos nada que esperar. En tales casos uno debería irse inmediatamente a descansar.

Al despertarnos, en cambio, se nos ofrecen henchidos de una fuerza nueva no solo los colores, sino también las formas. Recuerdo que una mañana vi cómo unos rectángulos que estaban tejidos en la muestra de una cortina se me presentaban dotados de una significación ética que hasta entonces me había sido desconocida. En tales momentos las cosas revientan de contenido — se ponen a hablar tan pronto la mirada se dirige a ellas.

El despertar es desagradable cuando ocurre antes de que nos hayamos recuperado, cuando ocurre, por ejemplo, dos horas después de la medianoche. Es un momento especialmente incoloro; se parece al punto muerto que precede al

nuevo movimiento del péndulo. De ahí que Napoleón elogiase «el coraje de las dos de la madrugada». También en los monasterios y eremitorios de Tebaida era temida esa hora; ciertas formas de melancolía amenazan en ella con especial fuerza. Con razón se consideraba pecado esa forma de tristeza, pues abría las puertas a las potencias malignas. En eso consiste en general la dolencia de las melancolías; crean sitios débiles, parecidos al que creó en el cuerpo de Sigfrido la hoja de tilo. Cuando estamos en posesión de todas nuestras fuerzas somos casi invulnerables; los proyectiles mismos no encuentran el camino hacia nosotros más que siguiendo unas determinadas trayectorias que, por así decirlo, están canalizadas. En Islandia las madres palpaban el cuerpo de los guerreros antes del combate y por lo que sentían se daban cuenta de los lugares que no estaban inmunizados.

Kirchborst, 8 de octubre de 1939

Nuevo traslado, esta vez a Bothfeld; agregado al 73.° Regimiento, al que me incorporaré mañana. Hasta ese momento paso aquí las horas en la granja y el jardín y también en compañía de Perpetua. Los árboles tienen ya hermosos y pesados frutos.

Sobre astrología. En el curso de nuestra vida encontramos siempre a la mujer, única, que nos lanza fuera de las órbitas que nos estaban prescritas y nos compele a acompañarla, tanto si queremos como si no queremos. En contraste con ese encuentro, los demás se consumen rápidamente, como cometas o meteoros, en sus propias llamas; y todas las demás cosas que Eros nos trae en lo sucesivo hállanse sometidas al influjo de esa única mujer, de nuestra Dueña. De ahí también que en el fondo no dependa de nuestra voluntad la fidelidad; hay en su esencia más inercia que virtud y así es como actúa en nosotros. Esto es algo que se ve también en los divorciados, que en sus pensamientos están siempre girando el uno en torno al otro — la compulsión del gran encuentro sigue actuando hasta en las formas del odio.

Bothfeld, 10 de octubre de 1939

En el páramo de Vahrenwald. Las zanjas llenas de agua las cruzamos al trote, de modo que las altas y afiladas cañas de los cañaverales rozan la silla de montar. Espléndido frescor matinal de las primeras horas del día; en él los ojos cogen al vuelo las gotas de agua que salpican y las ven brillar en la fría luz del sol.

La guerra se parece a Leviatán, del cual lo único que asoma por encima de las aguas son unas pocas escamas o una aleta — la materia es demasiado compacta como para que la mirada pueda articularla y ello hace que la sensación que se produce sea la de irrealidad. Los seres humanos sienten cómo cerca de ellos se mueven grandes masas, pero no captan ni la dirección que llevan ni la meta a que se dirigen; también barruntan quizá que dentro de la cáscara de estos días hay escondidas otras cosas — espectáculos de índole nueva y desconocida. Y así ocurre también que los humanos quedan al descubierto, sin protección, porque no conocen el camino que sigue el Destino.

Kirchhorst, 17 de octubre de 1939

Dos o tres veces por semana voy en bicicleta de Bothfeld a Kirchhorst. Me llama la atención el hecho de que ese camino se me haga más corto a medida que lo recorro más veces — seguramente se debe a que el espíritu articula la ruta y la segmenta en un determinado número de trayectos breves, así que luego uno cree también que recorre el conjunto con más rapidez.

Belsen, 3 de noviembre de 1939

En el campo de maniobras de Bergen acabo de tomar el mando de la segunda compañía del 287.° Regimiento; oigo decir que desde aquí nos pondremos en movimiento con destino desconocido y que eso ocurrirá ya pasado mañana.

La despedida de Perpetua — en una de esas abarrotadas habitaciones burguesas de 1905, que ahora han acabado también por volverse acogedoras. Eso que llamamos «romanticismo» existe en todos los tiempos, se parece a la sombra

que sigue a la aguja del reloj, la cual va marcando implacablemente las horas. El reloj que hacía tictac tictac, algo que de ordinario no puedo soportar cuando duermo. En esta ocasión ese ruido mantenía en vela mi consciencia, así que esta disfrutaba de la duermevela desde su propia perspectiva. Así fue alargándose sin fin la noche, en un tiempo que parecía estar siendo medido por delicadas balanzas.

La idea de que cada ser humano es un universo. A menudo ocurre que tras haber estado conviviendo años y años con las personas que más cerca nos quedan —nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras mujeres—, se nos revelan en ellas honduras que desconocíamos. Para percatarnos de esto es preciso, de todos modos, que también nosotros cambiemos — entonces también descubrimos acaso tesoros en esas masas que son las grandes ciudades y que nos parecen tan inanes, igual que se descubren tesoros en las minas desconocidas de Perú. Quien fuera capaz de sacar a la luz tales tesoros reproduciría en formas supremas la movilización.

Cerca de Greffern, 11 de noviembre de 1939

A las dos de la madrugada del 6 de noviembre partimos de Bergen. El confuso ajetreo que suele haber en las operaciones de embarcar las tropas en el tren me causó la impresión de un renacimiento de las cosas de la guerra del catorce. También sentí con toda claridad un escalofrío, un rayo que procedía de un gélido trabajo de demonios; esto ocurrió especialmente al escuchar el estrépito de los martillos y las cadenas, estrépito que atravesaba cortante el aire helado. El aliento, que formaba nubecillas blancas, como de algodón, ante la boca de los seres humanos, ante las narices de los animales. En un determinado momento los caballos se asustan de una cocina de campaña y esparcen chispas a su alrededor; con toda diligencia se forma un pequeño grupo negro que desengancha los caballos y se unce él mismo al carro — hormigas ocupadas en salvar sus bienes y sus simbiontes. Lo mucho que de instinto hay en la vida lo vemos de un modo más nítido en tales instantes.

Pensamiento: los pálidos enjambres de efímeras con cuyos cuerpos engrasa los ejes el Mecánico del universo. Esos enjambres se estrellan contra el frío hierro.

En el compartimiento del vagón del tren, al cual me ha traído dos mantas Rehm, que es mi nuevo ordenanza. Tiene buena planta, la que corresponde a un hombre al término de una instrucción rigurosa y severa. Cuando le dirijo la palabra, su mentón, que se pone a buscar el nudo de la corbata, se le llena de arrugas y su rostro adquiere rasgos de petrificación. Los dedos medios de sus dos manos apuntan perpendiculares al suelo, las palmas de las manos están completamente planas, no forman esos nidos de golondrinas que aparecen cuando la disciplina pierde su frescor. En las veinticuatro horas siguientes Rehm acude a intervalos regulares a mi compartimiento a traer café, comida caliente y pan. También aparecen en él el brigada y el jefe de la «unidad de compañía»; ambos me dejan una buena impresión. La «unidad de compañía», un órgano que en la guerra del catorce era desconocido, facilita agradablemente la ejecución de las órdenes.

En el mismo compartimiento viaja también Spinelli, mi mano derecha; es el único oficial en toda la compañía. Posee un aplomo magnífico, un poco americano, esa seguridad que tienen en las películas los jóvenes antes de lanzarse a aventuras que dan que pensar, pero que ellos son capaces de afrontar perfectamente. Lo veo tomar una serie de disposiciones relativas unas a su sección y otras a su comodidad personal; es evidente que en esa tarea se siente en su elemento propio. Pero ante todo me resulta agradable.

Durmiendo, desayunando, charlando, leyendo: así es como cruzamos Alemania en dirección oeste. De vez en cuando se distribuye comida y también de vez en cuando aparecen en las ventanillas muchachas que ofrecen té o café. Así llegamos a Pforzheim a la noche siguiente, hacia las dos de la madrugada.

Por encima de los raíles del ferrocarril refulge la delgada hoz de la luna, también Orión. Mientras aguardamos órdenes se me ocurre de súbito, en forma de cristal de hielo, por así decirlo, un pensamiento inesperado: aunque los mundos de estrellas fijas que quedan más allá de los espacios habitados se hallen a una distancia imposible de medir — en el instante de la muerte nosotros llegamos rapidísimamente allende esos mundos. En segundos salva nuestro espíritu las distancias de años-luz, esas distancias cuyo abismo le causa terror. Viajes inauditos están aguardando al espíritu. Las aventuras en la Tierra no son más que símbolos de la Aventura última, la más grande — se desarrollan en las antesalas y en los cinturones de rompientes de la Majestad oscura, terrible.

Por fin llega nuestra orden y de acuerdo con ella emprendemos la marcha hacia Höfen an der Enz, adonde arribamos por la mañana. La compañía queda alojada en domicilios particulares y en granjas; yo me instalo con Spinelli en una hermosa propiedad situada en la falda de la colina y allí la señora Commerell nos sirve un desayuno. Muy fatigados nos tumbamos en las blandas camas; de ellas nos saca al cabo de una hora un ordenanza. Spinelli debe conducir inmediatamente un destacamento avanzado al *Westwall*, el Muro Occidental, llamado también Línea Sigfrido; a mí se me asigna el mando de las tres compañías de fusileros que esta misma noche habrán de cruzar a pie la Selva Negra. En impartir órdenes y adoptar preparativos se me pasa el tiempo, así que hasta última hora de la tarde no hallo ocasión de reposar un rato. Uno va tomando así el sueño a pellizcos. Cena en casa de los Commerell: truchas cocidas; el arte de la cocinera ha sabido darles un tono azul claro y las ha preparado de tal manera que parecen estar ondulando en el agua mientras nadan con las aletas tiesas. Después, frente a un vaso de borgoña, nos sentamos en el sofá; charla con el dueño de la casa, sobre hongos, y, más en concreto, sobre la variedad llamada «estrellita de tierra» y sobre especies subterráneas que se forman en las entrelazadas raíces de ciertos árboles. Siempre

es muy hermoso que un hombre domine de manera perfecta, además de su oficio, otro campo de su predilección — ello da una idea de las enormes riquezas de este mundo. «La fortuna heredada me ha obligado a realizar estudios especialmente cuidadosos» — así dice más o menos un pasaje de Poe.

Rehm me despierta después de medianoche; abajo encuentro panes y un termo lleno de café. Partimos a las dos. Nada más salir del pueblo, en dirección a Dobel, cuestas empinadas. Aunque se han tomado todas las precauciones, especialmente la de atornillar crampones a las herraduras de los caballos, y aunque se han distribuido comandos para empujar los carros, las bestias, que están acostumbradas únicamente al terreno llano, comienzan enseguida a sudar. A pesar del tibio viento del sur, el *Föhn*, el favonio que sopla en los valles, los animales jadean y desprenden nubes de vapor. Ordeno hacer alto con frecuencia, cubrirlos con mantas y darles de beber de cuando en cuando; en esta última operación se ha de tener cuidado de echar en el agua un poco de paja cortada, para que no sacien su sed con demasiada precipitación. En las paradas es preciso que los conductores se apeen y que sus ayudantes coloquen grandes calzas en las ruedas, para que los carros no rueden hacia atrás y fatiguen inútilmente a las bestias. La noche pasa entre detenciones y avances. Cerca de Herrenalb comienza a clarear el día — en aquel lugar hay unas rocas que ascienden verticales cual altos y grises tubos de órgano y que están coronadas por un bosque de hayas de color cobrizo. Mando que la tropa se escalone para protegerse de los aviones y que queden libres las ametralladoras.

Ha llegado entretanto el momento de que me ocupe de los alojamientos; también hay que organizar en ellos una defensa antiaérea. De ahí que me adelante con mi caballo hacia Gernsbach. Por el camino me alcanza con su automóvil el jefe de la división, general Vierow; me presento a él y así es como lo conozco. Me manifiesta su descontento por el estado en que se encuentran los caballos, pero luego se vuelve más tratable y menciona que en Wünsdorf él estaba al mando de

la compañía de instrucción cuando yo me hallaba allí en la comisión de reglamentos. Es evidente que en esta ocasión vivo del tesoro acumulado de los méritos; de todos modos, si es posible, prefiero hacer un nuevo acopio de ellos. En nuestra condición de aprendices no nos es lícito envejecer, hemos de tener siempre dieciséis años.

En Gernsbach la jornada transcurre igual que la precedente. Me alojo, en compañía de Rehm, en casa de un médico. Tengo la impresión de que a su esposa, una mujer muy agradable, la he visto ya en alguna ocasión anterior — más que su persona es su modo de moverse lo que seguramente provoca en mí esa sensación. Después, a pesar de la fatiga, no duermo bien, sueño muchas cosas. Oía una voz que gritaba: «La Nada celebra su baile de máscaras», y yo respondía: «Poneos colorete». Al despertarme veo que se ha hecho muy tarde; a Rehm, que debía despertarme, lo encuentro sumido en un sueño profundo, respirando pesadamente, como si estuviera narcotizado.

En el momento de partir se forma en las angostas callejuelas del pueblo un atasco que nos hace perder mucho tiempo. En nuestra marcha pasamos por Lichtental, Malchbach, Neuweier; nos dirigimos a Steinbach, una población situada en la llanura del Rin. Aquí comienzan ya a despertarse los colores — son especialmente brillantes en las mazorcas de maíz que vemos colgar amarillas y rojas, bajo los saledizos de las casas, de los delicados filamentos de sus caperuzas invertidas. Su visión infunde un sentimiento de abundancia, como aquellas espigas de cereal que vio Gulliver en el país de los gigantes. Junto a las mazorcas de maíz se secan también las hojas del tabaco, reunidas en manojos grises.

En Steinbach tuve el tiempo justo de comer, luego seguí adelante en coche hasta el *Westwall,* el Muro Occidental, para hacerme cargo de mi sector. Está oscureciendo y antes de que dé con mi fortín, en cuya glorieta me recibe el capitán Zink, comienza a llover. Sentados a una mesa sobre la que caen gotas de lluvia me hace entrega de un sistema de fortifi-

caciones cuya potencia de fuego es tal que con ella podría detenerse a toda una división lanzada al ataque.

Después de medianoche llega la tropa, que viene completamente mojada. Los guías conducen a los pelotones hacia las obras fortificadas que les están asignadas. Yo me meto, junto con la unidad de compañía, en nuestro fortín, que contiene veinte camastros, y como aquí no resulta fácil coger el sueño me queda tiempo para examinar con detenimiento el nuevo medio que me rodea. Este ambiente de aquí es más frío, menos acogedor que el que reinaba en los lugares equivalentes a este en la guerra del catorce — una primera razón de ello es que entonces los alojamientos estaban hechos de madera y tierra, mientras que ahora esos materiales han sido sustituidos por el hierro y el hormigón. La arquitectura es amazacotada, aplastada, como si estuviera pensada para tortugas; también las pesadas puertas de acero, que cierran herméticamente, producen la sensación de que uno se halla encerrado en una especie de caja fuerte. El estilo es tenebroso, subterráneo, y en él se aúnan elementos de la fragua de Vulcano y toscos elementos de los Cíclopes. Al lado mismo de la entrada hay un caldero lleno de un líquido calizo, seguramente para las quemaduras producidas por los gases de las armas. El aire es caliente, viscoso, y deja en las paredes un vapor húmedo; huele a caucho, a fuego de hulla y a herrumbre. Se vicia con rapidez, y por ello cada uno de los centinelas que son relevados ha de dar vueltas todavía durante un cuarto de hora a la manivela de un gran ventilador que hace entrar aire fresco a través de un filtro. En los intervalos se oye murmurar en sueños a los hombres dormidos, también se oyen los ruidos de las llamadas en el tablero junto al cual está sentado el telefonista de guardia. Cuando llaman de alguna de las tres secciones que están bajo mi mando y que llevan los nombres de «Klara», «Lila» y «Limburg», el telefonista responde: «Aquí puesto de mando Frigorífico». También la gran casamata que está bajo mis órdenes, y que en realidad se llama «Alcázar», se identifica, cuando llama, con

el nombre de «Oronja»; el batallón, con el de «Crepúsculo»; y el regimiento, con el de «Adonis». Esta jerga no encaja mal con la arquitectura. A lo dicho se añade que yo soy nuevo en este regimiento. Las tareas que me están asignadas me son presentadas en forma de charada, y lo primero que he de hacer es componer el texto con las sílabas que en ella aparecen.

Cerca de Greffern, 15 de noviembre de 1939

Los franceses se dejan ver al descubierto sin que nosotros disparemos contra ellos; también ellos actúan de igual manera con nosotros. Por entre las fortificaciones y las trincheras aran sus campos y recogen su cosecha de remolacha los campesinos. Por la carretera que va a Rastatt y que pasa al lado mismo de mi fortín circulan los automóviles — tal vez lleven dentro a unos viajantes de comercio o a una parejita de enamorados. Esta yuxtaposición y entrecruzamiento de los círculos recuerda la óptica que rige en los sueños y es característica de nuestro tiempo, cuyos rasgos peligrosos más bien refuerza. Los distintos espacios y sus ambientes propios se superponen, como ocurre en las películas.

Al atardecer he estado como invitado en la «Villa Faisán Dorado», donde se aloja Spinelli con su unidad de sección. Se ha servido sopa, asado, verduras y hasta budín; también ha habido cerveza y vino. De manera que nos hemos dado un muy grato banquete en la pequeña barraca de madera, en cuyas desnudas paredes la única decoración heráldica que había era una fila de cascos de acero colocados sobre una repisa. Spinelli es de esas personas que saben descubrir al primer vistazo todos los recursos aprovechables de un ambiente nuevo.

Cerca de Greffern, 18 de noviembre de 1939

Desde anteayer inundaciones. El Rin fluye a gran velocidad. La corriente arrastra consigo maderas, botellas, bidones, animales muertos. En los sitios donde el agua llega hasta las alambradas, se acumula formando cinturones una pequeña planta acuática en cuya superficie, de un color verde pálido, forma burbujas plateadas la espuma. Es la azolla americana,

un helecho flotante que aquí en nuestro país se ha desarrollado mucho en estado silvestre. Es la primera vez que en Alemania la veo de esa manera.

De vez en cuando pasan corriente abajo también pontones y grandes pedazos de puentes; estos objetos atraen hacia sí un nutrido fuego desde ambas orillas del río. Se nota que no son las armas lo que en esta zona escasea. En tierra sí está permitido dejarse ver tranquilamente; por el contrario, el agua y el aire son tabú.

Varios de nuestros fortines situados más allá del dique contra las inundaciones están ya casi aislados y como el agua continúe subiendo corren peligro de quedar inundados. De ahí que ya tenga preparadas balsas neumáticas y canoas hinchables. También los zapadores están construyendo pasarelas; estas tienen el inconveniente de resultar visibles desde la otra orilla. De ahí que sean camufladas con cañas. Aprovecho la ocasión para encargar madera serradiza al Depósito de Zapadores, pues tengo el propósito de hacerme construir una barraca que me sirva de ermita. Es preciso instalarse.

Cerca de Greffern, 22 de noviembre de 1939

Las aguas han alcanzado su máximo nivel y ahora están bajando. En mis recorridos por la posición veo muchas aves; por ejemplo, la garza, que pesca en un banco de guijarros cerca del puesto aduanero de Greffern. A la hora del crepúsculo son tantos los faisanes que salen de la zona de los alisos que algunos prados parecen una granja avícola bien nutrida. El martín pescador. Cuando uno ve a este pequeño animal salir volando rutilante de entre los amarillentos cañaverales siente la tentación de preguntarse por qué en este paisaje tan desolado la Naturaleza ha ornamentado a esa ave como una piedra preciosa. Los científicos demuestran que existen supérstites de la época glacial — quizá queden también algunos de la época de las fábulas.

Karlsruhe, 28 de noviembre de 1939

Desde hace unos días me encuentro en Karlsruhe participando en un cursillo; estoy alojado en un hotel próximo a la estación, el Reichshof. Tras el período pasado en el fortín resulta muy agradable, constituye un gran goce el dormir en una cama de verdad. En una ciudad que yo organizaba ordenaba lo siguiente: «que de las velas de varios colores que hay en los templos podían encenderse en los duelos todas, menos las de color rojo».

La época de Hesíodo, antes de que los dioses ocultasen el sustento a los hombres, es el paraíso cristiano. Los primeros seres humanos vivían en la abundancia, vivían en los elementos, y a ellos regresamos después de la muerte. Por el contrario la economía, la moral, la técnica, la industria se han alejado de los elementos y, situadas por encima de ellos, se nutren más o menos de su sustancia. Al hecho de vivir en los elementos es a lo que debe el sol el poder prodigar sus calores a lo largo de los eones, en medio de la frialdad de los espacios siderales. Por cierto que es un recurso a los elementos lo que hay en *cada* milagro. Y también en cada una de las curaciones.

Karlsruhe, 2 de diciembre de 1939

En el momento de salir a la plaza un amanecer esplendoroso. Nubes doradas sobre un fondo verde. Por la parte del oeste la bóveda celeste fría, de un color verde pálido. Aún se yerguen silenciosos y vacíos los grandes edificios. A esta luz parecen más altos, más nítidos, también se muestra con mayor relieve su condición espectral — la cualidad de no haber sido construidos exclusivamente para seres humanos.

Por la noche oscurecimiento de la ciudad. Minúsculas fuentes de luz iluminan los escaparates de las tiendas, y los objetos allí ofrecidos fosforecen. Su visión hace pensar en alhajas preciosas — seguramente eso se debe a que lo que uno cree percibir en tales objetos no es tanto bienes cuanto la Idea de bienes.

Comenzado: las *Cartas* de Hebbel, una lectura que, junto a sus diarios, me ha reconfortado y fortalecido ya varias veces en mi vida. El saber que ya en otro tiempo estuvo alguien en esta galera y que se comportó en ella con dignidad es algo que siempre nos hace bien.

Cerca de Greffern, 4 de diciembre de 1939

De nuevo en mi sector. Al atardecer ha llegado el gran saco de dormir encargado para mí por Spinelli; está recubierto de seda roja, así que ahora cuando estoy acostado en el fortín parezco un mandarín en traje de ceremonia.

Cerca de Greffern, 8 de diciembre de 1939

Al atardecer los hombres han sacado de las alambradas situadas en la orilla misma del Rin a un rapazuelo de unos quince años que había quedado atrapado en ellas como un zorzal en una red. Me lo han traído con la ropa hecha jirones; ha contado que se había escapado de Pforzheim «para ver las fortificaciones». El muchacho me ha parecido un alma de Dios, así que he dicho que le diesen de comer en nuestra cantina y le proporcionasen un camastro en el fortín. Luego han venido dos policías a recogerlo; se han mostrado con él mucho menos amables que nosotros los soldados, pues le han registrado los bolsillos y desabrochado los tirantes del pantalón. Cuando se retiraban con él, uno de los policías se ha vuelto todavía hacia mí y me ha dicho:

—Buen granuja es este. Menudo golfo.

Los policías son gente experta en lo peor que hay en nosotros. De ahí que casi siempre acaben teniendo razón.

Barraca de las cañas, 17 de diciembre de 1939

Me ha llenado de consternación la noticia del fallecimiento del Dr. Ostern. Nuestro tiempo no produce ya, o no forma ya, gente como él. Kubin me ha enviado desde Zwickledt un pequeño volumen de cuentos.

Por la noche ligera nevada. Me he instalado en mi nueva barraca, que desprende un agradable olor a madera recién cortada. Las paredes están reforzadas con fajina y el techo es

de cañas; tras haber estado tanto tiempo contemplando el hormigón del fortín, estos materiales resultan muy cálidos y gratos de ver.

Barraca de las cañas, 25 de diciembre de 1939

En la tarde de ayer, día de Nochebuena, lo primero fue la ronda por todos los fortines de mi sector; luego vino la cena con la unidad de compañía — faisanes, bien munidos en el depósito de las municiones, el cual hace también las veces de cámara de caza.

Hoy por la mañana paseo por las orillas del Schwarzbach, sobre la escarcha, recordando Navidades anteriores. Una sola cosa hay que jamás nos abandona — el temple vital. Desde nuestro primer instante consciente sigue siendo el mismo, como una melodía que siempre retorna y cuyos compases continúan sonando mientras se hunde la nave.

De un chopo salió volando un ave rapaz, se dejó caer luego en un campo de cultivo y empezó a alejarse cojeando, con unos saltos que, a la vez que torpes, eran de una rigidez heráldica. Fui siguiéndola y por ese motivo quiso cruzar volando el Schwarzbach, pero mientras lo hacía cayó al agua y luego consiguió, con mucho esfuerzo, salir a la orilla. Al acercarme a ella vi que tenía rota por un proyectil el ala izquierda; gota a gota caía sobre la nieve su sangre, de color minio. El ave me miraba fijamente con sus ojos amarillos; era una mirada derecha, audaz, que no había perdido nada de su fuerza. Largo tiempo estuve contemplando aquella ave y luego, sin llegar a tocarla, la dejé sola entre la maleza.

Pensamiento: «Quizá salga bien de esta porque no la has tocado».

Luego delante de un crucifijo. De la corona de espinas pendía fría la escarcha, en largos hilos de plata. También los ojos tenían puestas unas pestañas de plata, que temblaban levemente cuando soplaba el viento.

Barraca de las cañas, 26 de diciembre de 1939

Lo que yo espero de la egiptología es sobre todo que aclare el paso de las imágenes a las letras — ahí es donde está el eje de la diferencia entre el viejo y el nuevo mundo. Si Heródoto es en esto la fuente de máximo rango es porque en él están vivos *ambos* mundos. Griegos y persas. César y Cleopatra. Occidente y Oriente. La disputa de los iconoclastas de Bizancio. Los chinos como integrantes del viejo mundo. Napoleón contando las ventanas. En las letras hay una tendencia inmanente a retornar a las imágenes, como se ve en su giro hacia lo ornamental. En estos intentos adquieren las letras una cierta rigidez, como se observa en las mezquitas — se parecen a alguien contando sueños inventados.

En este momento se encuentra a mi lado en la barraca de las cañas mi gatita. Su aliento se eleva bien visible, cual una nubecilla, en el frío aire y se mezcla con el mío; luego ella y yo volvemos a inspirarlo, en cierto modo como espíritu vital; es como si a ambos nos diera vida *una* fuente. Mientras me hallo observando esto la gatita da un salto hacia donde estoy, se sube a la mesa y con su pata me quita de la mano la pluma y la tira al suelo. ¡Pequeña aduladora!

Barraca de las cañas, 27 de diciembre de 1939

La helada, las nieblas y el viento en calma han hecho que aparezcan como por arte de magia formaciones de escarcha en una cantidad tal que nunca antes había visto yo tantas. Árboles y arbustos están cristalizados hasta sus puntas más finas; parecen ramas que hubieran sido puestas en esa solución que queda después de cristalizar una sal, lo que se llama «aguas madres». Quietas y prodigiosas, delicadamente congeladas aparecían hoy por la mañana todas las plantas cuando me dirigía a pie hacia la fortificación «Alcázar». De una niebla espesa, húmeda de nieve, emergían, a veces difíciles de distinguir, cual blancos adornos trazados a buril sobre planchas grises, las plantas. Pero luego los ojos, como si estuvieran dotados de un arte nuevo de ver, las captaban súbitamente en su totalidad. Así que las leyes del mundo de los cristales parecían haberse traspuesto también a la imagen

del paisaje en su conjunto. Pero también en las formas más pequeñas dejaban su impronta esas leyes — así, por la mañana se habían depositado todavía sobre la nieve helada pequeñas bolas de granizo y formaban un diseño sobre un fondo cristalino, un velo irisado tejido con estrellitas.

Negras y sin vida discurrían las aguas de los arroyos por aquel mundo de claridades. La visión de esas aguas me ha traído a la memoria un viejo proyecto mío, el de escribir un texto con el título *Negro y blanco.* Esto es mucho más difícil que hacer alguna aportación sobre los colores, de ahí que también se me aparezca ese estudio como una obra maestra para la cual me falta todavía la herramienta.

Kirchhorst, 1 de enero de 1940

De permiso en Kirchhorst. El desván muestra ya el sello de lo inhabitado; qué pronto emigra el espíritu de lo habitado. Ayer, día de Año Viejo, se presentó en casa Martin von Katte. Estuvo contando detalles de la campaña de Polonia que en otros tiempos me hubieran cautivado; pero nuestra capacidad de absorber acontecimientos es limitada. Además, desde siempre me han parecido de escasa importancia histórica todas las cosas de más allá del Vístula que he leído o de las que he oído hablar, como si aconteciesen en países nebulosos en los que quedan desdibujados los perfiles. Jamás he conseguido imaginarme el palacio de Atila, si exceptuamos lo caótico.

Barraca de las cañas, 4 de enero de 1940

De vuelta del permiso, al que un telegrama ha puesto fin a los dos días. En el preciso momento en que me hallaba contemplando una hermosa *Sternocera* de Yibuti, Perpetua me llevó la noticia a mi ermita. Después la encontré triste en la cocina.

Como lectura para el viaje, el libro de Brousson sobre Anatole France. En la página 16 aparece la conocida cita de La Bruyère: «Un poco más de azúcar en la orina y el librepensador va a misa». De hecho comenzamos a tener fe cuan-

do las cosas empeoran para nosotros. Pero en esos momentos captamos también olores, colores, sonidos a los que de ordinario no tenemos acceso.

Barraca de las cañas, 5 de enero de 1940

La hora del café en la barraca de las cañas; durante ella escribo lo que llevo retrasado en los diarios. Encima de un vaso vacío de color azul de esos que se emplean para beber ginebra está una vela de cera procedente de los páramos de Luneburgo; al derretirse ha ido recubriendo de hilos amarillos el vaso. En torno a la llama azul tiembla una aureola amarilla, un finísimo polvo de luz en el que se desvanece la materia.

Como sahumerio he venido utilizando hasta ahora una agradable y suave marca de palo de sándalo, primero de color verde y luego de color amarillo; finalmente he empleado unas varillas negras que vienen de Japón y en cuyas blancas cenizas aparece en letras oscuras una sentencia. Cuando uno se halla en lugares tétricos y húmedos y tiene además de vecinos a las ratas, cobra afición a estas ciencias.

Las notas específicas de las obras fortificadas no resaltan con nitidez mientras uno habita dentro de ellas. A mí no se me hicieron claras hasta ayer, cuando estuve revisando el fortín número catorce, que está situado en las proximidades del puesto aduanero de Greffern y del que se había ausentado su guarnición. Una vez que conseguí abrir con grandes dificultades la enorme puerta de acero y descendí a la cripta de hormigón, me encontré solo entre las ametralladoras, los ventiladores, las granadas de mano y las municiones, y contuve la respiración. De vez en cuando caía del techo una gota de agua o sonaba, con distintas señales, el teléfono de la fortificación. Solo allí me percaté de que aquel lugar era la morada de cíclopes expertos en trabajar el hierro y a los que les falta el ojo interior — eso mismo ocurre en los museos, donde a menudo nosotros vemos el sentido de los objetos con más nitidez que quienes los fabricaron y utilizaron hace mucho tiempo. Cual si estuviera en el interior de las pirámides

o en las profundidades de las catacumbas, me encontré así confrontado al *Zeitgeist,* el Espíritu del Tiempo, al que vi como un ídolo; lo vi enteramente desprovisto de la móvil aureola de los refinamientos técnicos y comprendí la enorme fortaleza que encerraba en sí.

Por cierto que la forma aplastada, atortujada, de estas construcciones recuerda las arquitecturas aztecas, y ello no solo en lo externo. Lo que en estas últimas era el sol, eso es aquí el intelecto, y ambas cosas están relacionadas con la sangre, con el poder de la muerte.

Barraca de las cañas, 6 de enero de 1940

En un número de la revista *Corona* que me he traído de Kirchhorst he leído una novela corta, *Bartleby,* de Herman Melville, el cual murió en Nueva York en 1891. También en ella se describe, lo mismo que en *Oblomov,* un carácter puramente pasivo, pero el asunto está tan bien llevado que en ningún momento decae el interés. De las dotes que un autor puede poseer, el talento narrativo y fabulador no es, ciertamente, el supremo; sin embargo, ese talento incrementa la eficacia de todas las demás capacidades, igual que la salud acrecienta todas las manifestaciones externas de la vida.

Acabado: la *Teogonía* de Hesíodo. Esta imagen poderosa: cómo Urano desciende en la noche y estrecha a la Tierra, cómo Cronos le corta los genitales con una hoz de afilados dientes y los arroja luego por detrás. De las gotas de sangre que en la trayectoria de caída salpican sobre la tierra nacen Erinias, Ninfas, Gigantes; las partes pudendas mismas caen en el mar y de su blanca carne, arrastrada por las olas, sale Afrodita.

Estas son generaciones espontáneas diferentes de los pequeños infusorios que admirábamos en el Instituto Zoológico de Leipzig.

Baden-Oos, 8 de enero de 1940

A las cinco de la madrugada nos relevaron y en la oscuridad emprendimos la marcha hacia Baden-Oos, atravesando

campos de cultivo y bosques. En el momento de iniciar la marcha dolores de estómago, que luego han ido remitiendo. En mi condición de infante dispongo de uno de los mejores medicamentos: la prolongada marcha a pie.

La posición de Greffern, con sus quebraderos de cabeza oficiales y privados, forma ahora parte del pasado, como un período que recordaremos. Hoy el mero sobrevivir representa ya un mérito. En esta zona erizada de fortines apenas se ha disparado un solo tiro, excepto contra los aviones y también contra los numerosos faisanes y liebres que acudían a sus escondrijos y madrigueras en las alambradas, en las cuales se entretejen ya altos matorrales. Pero reinaban allí ciertos usos y costumbres divertidos. Así, el sargento Köhler fue obsequiado con una ráfaga de balas cuando se disponía a trepar a un árbol. Y en el sector vecino al nuestro hubo asimismo heridos porque los hombres exhibieron un muñeco de paja disfrazado de Chamberlain. En el ejército de tierra el número de fallecidos en accidentes de circulación es varias veces superior al de caídos bajo el fuego enemigo. Por cierto que uno de los primeros muertos fue un sargento de la compañía de propaganda, caído al lado de su micrófono.

A medianoche llegamos a un cuartel situado en Baden-Oos; allí, a causa del frío, he dormido vestido en el lecho de campaña. En los sueños ocurre a menudo que los personajes se nos aparecen más puros y nítidos que durante el día; así es como se me ha presentado aquí el tipo de la *Impertinente.* Ocurría la escena en una pequeña tienda de comestibles en la que yo había entrado a comprar un pato asado. Junto a la vendedora se encontraban dos, tres viejas, una de las cuales se puso a toquetear indiscretamente el ave, a pesar de que se lo prohibí varias veces. En apariencia lo hacía para darme consejos sobre el modo de cocinar y servir un bocado tan exquisito como aquel — pero en realidad para chupetearse los dedos; así fue arrebatándole poco a poco al asado la apetitosa capa tostada que lo cubría. Al final aquel ser —un ser flaco, que se movía mucho y estaba provisto de unos grandes

ojos escrutadores, como una mosca— introducía todavía su dedo índice torcido en la rabadilla del ave, extraía un pedacito de tripa y se lo zampaba. Luego desaparecía a toda prisa y dejaba encima del mostrador el pato, raído y deslustrado. Solo en aquel momento se ponían las otras mujeres a echar pestes de la desaparecida; de sus palabras deducía yo que poseía poderes maléficos. Así que no solamente quedaba estropeada mi comida, sino que además me sentía agobiado por el presentimiento de que aquel encuentro iba a tener consecuencias nefastas.

Ettlingen, 9 de enero de 1940

Marcha nocturna hasta Ettlingen, con lluvia y granizo y por resbaladizos caminos helados. El hielo se adhería a los cascos, a las riendas, a los capotes, y depositaba encima de ellos una película de cristal. En la fría niebla los aisladores de los cables de alta tensión se hallaban anegados en unas luces azules, espumosas. Casi de lo único de que están llenas noches como esta es del estrépito producido por los innumerables pasos dados con botas de suelas claveteadas — es la calderilla de la guerra, una suma de fatigas y sufrimientos desconocidos que en la batalla aparece en forma de capital.

Wössingen, 10 de enero de 1940

A hora muy temprana salida hacia Wössingen, pasando por Durlach, con sus viñedos de brillos rojizos; en Wössingen alojado en la casa parroquial protestante. Durante la marcha hacía un frío seco; no recuerdo haber sentido nunca un frío tan intenso, si exceptuamos el del invierno de 1928 a 1929. Al recorrer la columna vi por primera vez una oreja congelada — el pabellón tenía un ribete blanco, como si se le hubiera adherido un aro de carne de pescado. Como cumple a un jefe que presta atención a las cosas, fui yo el primero en descubrir el daño, antes que los hombres que marchaban junto al afectado y antes incluso que este mismo; ordené que se lo llevaran en una motocicleta para que lo atendieran los médicos.

Por la noche, y en compañía del teniente coronel Vogler, estuve charlando todavía un ratito con la esposa y la hija del párroco, el cual se hallaba de viaje. Sin embargo, en toda la casa se notaba su influjo, como si fuera un poder que estuviera allí presente. Dos son las clases de disciplina que existen — una actúa de fuera adentro como un corrosivo, endureciendo al ser humano, la otra irradia desde el núcleo hacia fuera, como una luz, y lo convierte en un hombre sin miedo, pero no por ello lo priva de su dulzura. Para la primera necesitamos siempre maestros que nos la enseñen; la segunda, en cambio, crece a menudo dentro de nosotros como una semilla.

Los libros de la parroquia, que se conservan desde 1690. En uno de ellos se cuenta el hecho curioso de una criada que había estado llevando faldas durante cuarenta años y luego dejó embarazada a otra criada; a partir de entonces llevó vida de hombre y alcanzó una edad avanzada.

Divertido informe sobre uno de mis predecesores, que pasó aquí un invierno comportándose como una especie de Falstaff. Es un tipo humano que las guerras producirán siempre, y siempre serán los mismos los personajes de su entorno: criados taimados y ladrones, pavitontas bien entradas en carnes, muchachas de costumbres relajadas; y nunca faltan las francachelas y los juegos de cartas.

Flehingen, 11 de enero de 1940

Bajo una helada tremenda marchamos a Flehingen y Sickingen, dos poblaciones donde está previsto que permanezcamos algún tiempo; en un acceso de mal humor provocado por los alojamientos nuestro comandante ha rebautizado a esas poblaciones con los nombres de Flöhingen [lugar de pulgas] y Stinkingen [lugar hediondo]. En los sitios donde los carros de la impedimenta no conseguían subir las montañas nevadas, la columna de marcha se descomponía en pelotones que empujaban los vehículos. En Flehingen estoy alojado en casa del párroco católico, con el que he mantenido una larga conversación por la noche.

Flehingen, 14 de enero de 1940

Un domingo frío, que he pasado en la cama aquejado de gripe. Leído: *El escudo de Heracles,* atribuido a Hesíodo. Los poemas sobre escudos representan miniaturas del universo, tal como estaba vivo en la mente de los antiguos. La mirada cae sobre la Creación desde una altura de águila, por así decirlo; esa mirada empequeñece los objetos hasta dimensiones minúsculas y, sin embargo, los ve con una nitidez enorme. Eso es lo que explica que en un espacio reducidísimo aparezca una gran variedad de cosas, lo cual se atribuye a las artes de los herreros divinos. En correspondencia con eso, la expresión y la exposición adquieren carácter metálico; el lenguaje describe la Creación como si estuviera repujada en bronce, con una concentración y nitidez supremas.

Luego la Biblia, en la traducción de Henne, prestada por mi anfitrión. Extraño que la época de Moisés produzca la impresión de ser anterior a la época de Jacob y José — seguramente se debe a la acción fosilizadora de la Ley. El efecto separador causado por la Ley, que sin duda fue posible gracias únicamente a iniciaciones adquiridas en Egipto y al conocimiento de antiquísimas artes de momificación, endurece la Vida, que se convierte en Serpiente de Bronce. En cambio en las historias que tratan de José aparecen todas las circunstancias de la vida en toda su extensión y con una claridad suprema. El sentido de la protohistoria, de la historia primordial, en cuanto tal, es ese: exponer la Vida en su significación intemporal, mientras que la historia la describe en su decurso temporal. De ahí que la protohistoria sea siempre *la* historia que más próxima nos queda, sea la historia del ser humano en sí.

Flehingen, 15 de enero de 1940

Ayunado. Durante la noche intensos acosos espirituales; también fiebre, debida a las marchas. Pero a hora temprana me he incorporado al servicio y he partido con los demás. Mientras dura la marcha ordeno siempre que los hombres canten; eso le viene bien a la tropa y me viene bien a mí. To-

das las cosas rítmicas son armas contra el tiempo; y contra él es contra quien luchamos en el fondo. El ser humano lucha siempre contra el poder del tiempo.

Por la tarde, en Bretten, reunión de oficiales en el puesto de mando del regimiento; el coronel me ha informado de que recuperaré el tiempo de permiso que no pude disfrutar en su momento y de que a la vuelta habré de encargarme de la instrucción de las unidades de choque de nuestro regimiento.

Kirchhorst, 18 de enero de 1940

Otra vez en Kirchhorst, desde ayer. Perpetua está mimándome de acuerdo con las reglas del arte de la buena ama de casa. Está bien provista la cocina y, por si fuera poco, ha llegado un envío de caracoles, mandado por el restaurante El Lucio de Überlingen, en recuerdo de las meriendas de caracoles que allí celebré en otros tiempos, acompañado por Friedrich Georg y por Metzger; la última de ellas fue un Miércoles de Ceniza. Los caracoles están guisados todavía a la manera del bueno de Feuchti, quien hace dos años, durante el carnaval, cayó al suelo fulminado por un infarto, mientras montaba guardia, disfrazado de eunuco, delante del Cenador del Champán; de ese modo nos fue arrebatado uno de los pocos maestros que todavía sabían qué quiere decir «cocinar». Las gentes de Suabia son expertas, en usar graciosos diminutivos para todas las cosas, y así Feuchti le dijo a su hermana, cuando esta lo encontró tendido en el suelo, que había sufrido un «infartito» — esa fue su despedida; pero su espíritu continúa vivo en las recetas de cocina que nos ha dejado.

Ha vuelto a bajar la temperatura, así que me quedo en casa, entregado a la lectura de las anotaciones de los Goncourt sobre Gavarni, de *El cofrecillo del tesoro* de Hebbel, y de la historia del príncipe japonés Genji. También me he ocupado ya un poco de mis colecciones de insectos; mientras lo hacía se me ha ocurrido la idea de describir alguna vez, en lo futuro, el género *Sternocera,* describirlo tanto según las reglas de

la sistemática cuanto a la manera en que lo haría un joyero. Piezas de lucimiento de la Naturaleza.

Hace ya varios días que están heladas las cañerías del agua — ahora tampoco funciona la bomba del lavadero. A las siete de la tarde el termómetro que he colocado en la ventana del cuarto de baño marcaba ya veinte grados bajo cero. Parece que este año está teniendo un comienzo extraordinario también por lo que se refiere a los elementos.

Kirchhorst, 25 de enero de 1940

Lectura: Hasper: *Sobre las enfermedades de los países tropicales,* Leipzig, 1831 — una obra que desde hace mucho tiempo se encuentra entre mis libros. Antaño me gustaba comprar volúmenes de este género. Contiene buenas descripciones de la vida en las zonas de pantanos; habla, por ejemplo, de partes de la costa de Guinea, según la descripción hecha por Lind. Grandes extensiones boscosas anegadas, embarradas, donde miríadas de insectos apagan las luces con sus alas y donde el concierto de las alimañas inferiores no deja dormir. El aire es un aire viciado, espeso, y tan lleno se halla de olores pútridos que las antorchas corren peligro de apagarse. Hasta la voz humana pierde allí su timbre natural.

«Es preciso agradecer especialmente a los capitanes de mar de las Indias Orientales el que no permitan que en sus barcos, después de las comidas, la botella de vino haga la ronda más de seis veces, y eso como máximo.»

Los movimientos de las epidemias se asemejan a expediciones militares de seres demoníacos. «Once años estuvo esta enfermedad causando estragos enormes en Indostán y el Decán y se llevó por delante un sinnúmero de seres humanos..., luego, en octubre de 1821, giró hacia el oeste y llegó hasta Shiraz, en Persia, donde en el plazo de ocho semanas se llevó por delante a cerca de sesenta mil personas, y a continuación apareció también en Basora, Bagdad, Mascate y Alepo, en Siria.»

Esta ráfaga de viento, que en Europa es mencionada por vez primera en 1822, en un número del *Asiatic Journal*, procedía, a lo que parece, de corrientes de aire sobrecalentado que mataban a las personas que en ellas caían, fulminándolas como un rayo. Se sospechaba que en ciertos grupos de rocas había unos como focos en los cuales los rayos solares calentaban tanto el aire que este podía destruir los pulmones. En las Indias Orientales esa ráfaga de viento es llamada *La,* palabra que, al parecer, significa lo mismo que el vocablo persa *Loh* y que el alemán *Lohe* [llamarada].

De viaje, 29/30 de enero de 1940

Viaje de regreso. Al salir esta vez de casa tuve el sentimiento de que me encaminaba hacia cosas extrañas, hacia cosas desconocidas, próximas, que ninguna fantasía es capaz de adivinar. En el momento en que el tren hacía su entrada en la estación, Perpetua se echó a llorar; luego bajó rápidamente la oscura escalera mientras yo iniciaba lentamente mi viaje.

En Northeim vi la puesta del sol, una incandescencia pálida en el cielo gris, por encima de la bruma de la nieve. En estos páramos grises los colores refulgen de un modo misterioso, cual si fueran un principio diferente y superior. A menudo parecen inflamarse en sus átomos, tal como se ve en las perlas, en el nácar y en los ópalos. El gris se enciende en ellos dándoles una profundidad de irisaciones — no la profundidad del espacio, sino la profundidad del hechizo que hace aflorar a la superficie los tesoros escondidos en la materia. Lo que hace que las perlas sean preciosas es ese simbolismo: hay sitios en los que nos percatamos de que un pedacito de materia del tamaño de un guisante tiene un valor inestimable.

Karlsruhe. De dos a cuatro de la madrugada en la sala de espera; lectura de las *Consolaciones* de Boecio. Las masas en los gigantescos andenes — soldados de permiso, empleados de los ferrocarriles, obreros del primer turno, y también gen-

te borracha, y mujeres solas, todos ellos grises, apáticos, pasivos, como si estuvieran soñando. Cuando alguno de ellos se ríe produce una sensación muy extraña.

En la casa parroquial me he enterado de que la tropa salió ayer hacia los fortines. Un corto sueño en la fría habitación y luego viaje en tren hasta Rastatt. En los compartimientos de no fumadores hay siempre menos gente — un ascetismo de rango inferior proporciona así espacio a los seres humanos. Cuando vivimos como santos, lo infinito se coordina con nosotros.

Barraca de las cañas, 31 de enero de 1940

Tras una corta parada en la casa parroquial de Stollhofen vuelvo a ocupar con la tropa la antigua posición en el arco del Schwarzbach, así que he vuelto a instalarme en la barraca de las cañas.

Barraca de las cañas, 2 de febrero de 1940

Sueño. Metido hasta medio cuerpo en una corriente de agua, mantenía apartado de mí, sirviéndome de dos débiles varitas, una alimaña en la que el cuerpo de una rata iba unido a una cabeza de serpiente y a una cola también de serpiente. Podía mantener en suspenso aquella alimaña de modo que la corriente no la arrastrase hacia mí, pero de vez en cuando se separaban de ella unos pequeños parásitos negros que, palpando con las patas, se deslizaban muy cerca de mí. De esta situación venía a librarme un sonoro bastonazo que alguien daba en el agua por encima de mi hombro y que acababa con aquella alimaña, la cual era arrastrada panza arriba por las aguas. El bastonazo procedía de un campesino que estaba sentado a mis espaldas sobre la hierba de la orilla; iba en mangas de camisa y me saludaba con la cabeza. En vez de darle las gracias, me alejaba de él después de gritarle:

—Don't disturb me!

Al despertarme me he percatado de que la figura es auténtica, pues en la vida me ha ocurrido a menudo que el interés que sentía por la situación en que me encontraba era tan ar-

diente que me hacía olvidar lo repulsivo de los adversarios que tal situación comportaba.

Esto me trae a la memoria a mi hermano Physicus, que en una ocasión me contó lo siguiente: soñaba que en una pelea un tiro le arrebataba la vida, pero la curiosidad por el desenlace de aquel combate no lo dejaba tranquilo ni aun en la muerte. Ahora bien, como le faltaban los instrumentos de los sentidos para mirar, se colocaba en espíritu detrás de uno de los supervivientes y sirviéndose de aquel hombre como de unas gafas miraba a través de él.

Sobre la *désinvolture.* Aquí cabría mencionar asimismo la palabra *gracious,* para la que también nos falta a los alemanes un equivalente. La combinación de poder y gracia es tan rara entre nosotros que no ha podido producir palabras propias para designarla; y, en el fondo, lo que en el curso de la historia universal nos ha hecho perder a menudo las simpatías de la gente ha sido esa bronquedad nuestra. De ahí que algunas excepciones que también ha habido —por ejemplo, algunos Hohenstaufen— permanezcan vivas en el recuerdo como seres mágicos.

Los hombres me han traído a primera hora de la mañana un corzo que se había lesionado de mala manera al quedar prendido en las alambradas. Por lo que parecía, el animal no sentía el menor miedo al verse en medio de nosotros, mientras iba tiñendo de rojo la nieve con su sangre; me ha sorprendido el sosiego y aun la inteligencia con que parecía sufrir. Luego he tenido que atender una llamada telefónica en la barraca de las cañas y cuando he vuelto a salir el corzo pendía de una pértiga en el aire y ya le habían extraído las vísceras. Al pedirle explicaciones al telefonista me ha respondido:

—Si lo hubiéramos dejado escapar, otros lo habrían cogido y degollado. Así tenemos algo también nosotros.

Me ha parecido tan acertado dialécticamente ese «también», referido a unos matarifes imaginarios, que no le he dado mayor importancia al asunto.

Por la tarde, sobre una espesa capa de nieve, a Stollhofen. Por el lado derecho he oído, por vez primera en esta guerra, un tiroteo que me ha hecho pensar en ponerme a cubierto. El fuego dirigido contra un único fortín suena en la vastedad del paisaje de una manera muy precisa, casi puntillista. Es posible distinguir varias cadencias — las rápidas, fluidas, de un grupo de ametralladoras, y, entremedias, más lento, más intenso y ronco, el tiro de las armas de máximo calibre, capaces de romper los blindajes. A cierta distancia apenas si se presta atención al suceso, es como si fuera un accidente de tráfico.

Barraca de las cañas, 3 de febrero de 1940

Por la mañana en Stollhofen, para ver al alcalde y pedirle que mande abrir la garita del guarda del dique del Rin; tras la redistribución de las líneas esa garita queda ahora dentro de mi sector. Al regreso ha pasado volando a mi lado un pájaro desconocido para mí; tenía un cuello delgado y una larga cola. El hecho de que algunos animales se nos aparezcan absurdos, como me ha ocurrido a mí con este, se debe a una deformación perspectivista y es un indicio de la distancia que separa nuestro punto de vista del punto de vista del Creador.

Así, paréceme también que las constelaciones, tal como las vemos nosotros, forman figuras excéntricas, y que hay en el universo sitios donde la armonía de los mundos se hace visible en su orden supremo.

Barraca de las cañas, 4 de febrero de 1940

Ayer por la noche me achispé por vez primera como bebedor solista en esta barraca; la causa, una botella de Affentaler Klosterrebberg, cosecha de 1921, que se dejaba beber con gran facilidad. Fue una de esas cogorzas excelentes, de las que uno se despierta más sano, más alegre. Además, durante

toda la noche la borrachera estuvo haciendo desfilar ante mí una serie de cuadros divertidos, con fondo de colores; era una cosa muy ligera y muy agradable. Entendidos en estas artes lo son únicamente los vinos, pero no todos, sino solo los más puros, los mejores, y aun estos mismos se parecen a llaves que no logran abrir a todo el mundo. De esos vinos recuerdo todavía un Parempuyre que me bebí con papá; pero del que sobre todo me acuerdo es de un ligero vino blanco del país que nos ayudó a pasar una noche en Carcasona y que nos alegró hasta los tuétanos. Cuando quise encargar un barril, me dijeron que aquel vino perdía su aroma tan pronto como se lo alejaba, aunque fuera poco, del suelo que lo producía. Un vino como ese se parece a un hallazgo, a un amigo, es preciso esforzarse por conseguirlo cuando uno alcanza una edad en que ya no bebe cualquier cosa.

Barraca de las cañas, 7 de febrero de 1940

Continúa el deshielo. Por la tarde, en el sector vecino al nuestro por la izquierda, violento intercambio de disparos de ametralladora, en tres tonos de la escala; se ha recrudecido varias veces. Algunas balas perdidas han venido a caer cerca de Greffern, en nuestro flanco izquierdo. Ya es hora de que haga tapar con fajina los caminos de enlace, que están convertidos en barrizales. También a mi cabaña de cañas le vendría bien un cinturón de sacos terreros.

Por las noches se eleva frecuentemente en la otra orilla del río un globo cautivo; va provisto de una luz que parece una estrella roja. Cuando los franceses lo recogen, a veces iluminan la barquilla desde el suelo; los centinelas de nuestra obra fortificada «Alcázar» han oído también el ruido de la cuerda con que lo bajan. Ayer y hoy los franceses han estado camuflando con grandes pantallas de cañas la orilla boscosa que queda frente a nosotros. Son muchos los signos indicadores de que pronto concluirá el idilio en este sector.

Leído: *Ludwig Devrient,* de Altmann, un regalo que me hizo por Navidad mi hermano Physicus; el libro contiene muchos detalles, nuevos para mí, sobre Hoffmann y sobre las

francachelas que se celebraban en casa de Lutter y de Wegener. Durante unos breves años floreció allí uno de los escasos grupos de que puede decirse que han poseído una cultura de la embriaguez, ya que por lo general el arquetipo de los lugares donde nuestros bebedores se dedican a empinar el codo hay que buscarlo más bien en la bodega de Auerbach. Ese es también seguramente el motivo de que el disoluto Grabbe no frecuentase aquel grupo.

Hay en este libro observaciones importantes sobre la esencia misma de la embriaguez — por ejemplo, una de Hoffmann, que dice que el vino no *crea* ideas en el bebedor, sino que lo único que hace es favorecer los movimientos de las ideas. Hoffmann compara la fantasía con una rueda de molino, que se mueve más aprisa cuando crece el río — cuando el bebedor vierte vino en la maquinaria, esta gira más rápida, más chispeante. Esto coincide también con mi propia experiencia — la embriaguez no suma, la embriaguez multiplica. Y en el caso de los decimales llega incluso a dividir.

Al tratar del arte de hablar en el teatro hace el autor la atinada observación de que puede existir un sentido más alto del lenguaje, cuando la palabra se alza por encima de su propia significación y pasa a ser portadora del afecto. Yo, sin embargo, a ese sentido de la palabra lo llamaría *más profundo* — el lenguaje desciende a la pura significación fónica, al alfabeto de la pasión. Frente a esto el lenguaje posee también una esfera más elevada, en la cual se tornan asimismo confusas las palabras — se diluyen en puro éter. En los grados extremos de lo sensible y de lo espiritual las palabras se volatilizan. Lo único que con ellas aprehendemos es la posición media: son la moneda que tiene valor entre los seres humanos.

Excelente es también una observación acerca de la expresión más intensa de las pasiones, cuando los tonos se invierten; así, por ejemplo, cuando lo atroz halla su expresión en una alegría descompuesta. A esto responde entonces el comportamiento del público, el cual no aplaude ruidosamente la

representación, como en otros momentos, sino que, silencioso e inmóvil, queda hechizado. Si nos atenemos a los relatos que se nos han transmitido, parece que la fuerza que poseyó Devrient es de las que se manifiestan muy raramente.

Sobre el estilo: «Pero también ocurría que el exagerado juego de sus dedos atraía sobre Devrient numerosas críticas». En esta frase la impresión de torpeza viene provocada por una sobrecarga, pues la sensación de lo impreciso se refiere tanto a la oración principal como a la subordinada; esa doble iluminación hace que la lógica quede a media luz.

En la cita de la traducción de Terencio que aparece en la página 186:

> Y así, sorbiendo un vasito tras otro,
> pasará agradablemente el día para mí,

le falta a la frase en gerundio la guía del sujeto gramatical. Descubrir un fallo como ese es difícil, pero en un buen texto no debiera aparecer.

También se elogiaba en Devrient el que supiese decir realmente para sí los «apartes» y no los dirigiera a los espectadores. Esto es efectivamente algo característico no solo del actor de teatro, sino de todo artista de raza. Las palabras y las obras son diálogos y monólogos que el oyente escucha como si espiase. El papel del público es distinto del que parece en la apariencia grosera — lo único que el público proporciona es la ocasión de que se desplieguen las fuerzas artísticas y no es ni por asomo su destinatario. Sin embargo, su papel es importante; por ejemplo, en su calidad de testigo.

Barraca de las cañas, 12 de febrero de 1940

Hace un momento, cuando, tendido en el camastro, estaba mirando fijamente el techo de cañas, me ha venido a las mientes el día que pasé en Segesta en compañía del Magister. Lo que los griegos fueron no lo adiviné mirando las columnas de aquel templo — lo vi a través de las columnas, en las nubes, hallándome de pie en la escalinata.

Así es también como hay que leer la prosa: como a través de los barrotes de una reja.

Barraca de las cañas, 13 de febrero de 1940

En las horas de la madrugada hace frío en la barraca de las cañas. A pesar de que me meto en el saco de dormir y de que me echo encima tres mantas y el capote, poco a poco el frío va abriéndose paso a tientas hacia mi cuerpo y llega hasta los pulsos; tras un rato de inquieto sopor enciendo entonces la vela que está en una repisa de la pared. Su luz cae sobre el techo, formado por varias capas de esas largas cañas amarillas que aquí crecen en las hondonadas húmedas y a orillas de los estanques. Sus pajas largas, nudosas, son utilizadas para tantas cosas en la posición que son ellas las que le dan su sello o su atmósfera. Tales pajas proporcionan sobre todo el material para camuflar las carreteras y los caminos de aproximación; las largas pantallas que se llaman «paredes españolas» los tapan y a la vez los hacen visibles. También las orillas del Rin están protegidas en ambos lados con esas cortinas de cañas. Y, finalmente, estos esbeltos tallos sirven para cubrir las paredes y los techos de todas las construcciones que no están dedicadas puramente a los combates, como es el caso de los fortines — cubren así las letrinas, los puestos de centinelas, las barracas donde la tropa se lava su ropa, se guisa su comida y se limpia sus armas; parecidas a nidos o a cenadores, estas barracas se hallan descuidadamente adosadas al hormigón de las obras fortificadas. En este paisaje invernal a los fortines y alambradas les es inmanente una pesadez de acero; en cambio las franjas y barracas amarillas proporcionan a ese mismo paisaje un toque especial de libertad. Así podrían estar poblados mundos donde habitasen aves dotadas de inteligencia.

Al lado de la vela se halla a mano un libro, en el que antes de dormirme leo todavía un poco; casi siempre es la Biblia, y, en estos días, Boecio. Otros libros, entre ellos los reglamentos de tiro y de combate, se hallan apilados en una repisa de madera que recorre la pared cerca del techo de cañas. Inme-

diatamente encima de mi yacija están colgados de unos clavos la pistola, la máscara antigás y los prismáticos. Aparte de eso, el único adorno que exhiben las toscas paredes es un mapa de la posición. Hay que mencionar también la mesa, cubierta con abundancia de mapas y papeles, y además un banco adosado a la pared, y el teléfono, y mi maleta, y el hornillo, que se encuentra en un rincón chamuscado por el fuego. Junto al hornillo, puestas a secar, pequeñas estacas de renuevos de alisos que he hecho cortar en las orillas del Schwarzbach. La madera de aliso es brillante, con nudos claros, y desprende un olor que trae a la memoria horas calurosas de verano pasadas en las ciénagas.

Poco antes de las ocho de la mañana entra Rehm y enciende el fuego. Luego llena de agua el cazo y, mientras me lavo y afeito, va pasándome los objetos que preciso; pone mucha atención en ello y siempre me los entrega un instante antes de que los necesite, como si estuviera participando en un rito solemne. Entretanto rompe a hervir el agua que queda en el cazo y que sirve para hacer una infusión de té. Viene luego el desayuno, con panecillos y mantequilla traídos de la aldea de Greffern; a él siguen los primeros quehaceres del día.

Leo los partes entregados por el oficial y el suboficial de servicio en la posición; entretanto se presentan, solicitando mi autorización para irse, los hombres con permiso y los destacamentos de trabajo. Al lado de mi barraca de cañas hay otra construcción similar a la mía; en ella se entrega a su labor el jefe de la unidad de compañía cuando por la mañana regresa de su fortín. Al mediodía se presenta aquí el brigada, que viene de Stollhofen y trae las órdenes y la carpeta de las firmas.

Mientras yo estoy desayunando Rehm retira la pantalla de camuflaje colocada delante de la ventanilla de la barraca; al igual que tantas otras veces en mi vida, miro por ella hacia los cables y pinchos de las alambradas; estas son, junto a los explosivos y la metralla, uno de los símbolos de nuestro tiempo. Por encima de las alambradas brilla en el fondo el

cimborrio de la torre de la iglesia de Stollhofen, y si me acerco mucho a los cristales, inclinándome, mis ojos ven al mismo tiempo la iglesia de Schwarzach, que queda a nuestras espaldas como una enorme formación rocosa de color castaño. Para una aldea tan pequeña como Schwarzach parece desmesurado tal templo, pero la explicación está en que se lo ha conservado como testigo de un monasterio que allí hubo y que fue derruido hace mucho tiempo. A veces, cuando tengo algún asunto que resolver en Schwarzach, subo hasta lo alto de la torre por un revuelto desván y un maraña de escaleras. La batería que vigila nuestro sector ha instalado allí un puesto de observación. En aquel lugar el ambiente es muy agradable: un hornillo eléctrico caldea la habitación del torrero, en las paredes cuelgan tablas de tiro, planes de fuego y gráficos, y en los días claros puede distinguirse, mirando por la tronera, la catedral de Estrasburgo.

Casi siempre son ya las diez o las diez y pico de la mañana cuando comienza mi ronda por los puestos. Tras haber revisado el fortín de reserva empiezo la ronda por el acceso al Puente del Elefante, situado en nuestro flanco derecho. Los centinelas y los jefes de puesto me dan el parte tal como está prescrito, y a veces penetro con un determinado propósito en alguna de las obras fortificadas. Así, unas veces investigo si las granadas de mano están en el sitio que les corresponde, otras si las puertas cierran herméticamente, o si las armas apuntan a los blancos señalados, o si los libros de los fortines se llevan al día tal como manda el reglamento. De esta forma llego, pasando por los fortines de los jefes de sección, hasta la casamata III, que tiene dos torretas, y desde allí sigo hasta el poderoso fuerte blindado «Alcázar», situado casi en nuestro flanco izquierdo. Mientras voy haciendo la ronda se me presentan los jefes de las secciones de zapadores y de trabajadores asignadas a mi sector, y también los dos suboficiales que tienen como misión especial el acondicionamiento de la posición y la vigilancia del enemigo.

La otra orilla del río es muy boscosa y por eso es poco lo que se ve de los franceses, a excepción de un puesto avanzado al que hemos bautizado con el nombre de «Gran Camuflaje». Es una construcción cuya forma y cuya fortaleza no tenemos claras, pues se halla oculta por espesas esteras de paja y ramas de abeto. En todo caso tiene una buena guarnición, como puede deducirse de los centinelas, que se dejan ver despreocupadamente; también se alzan en remolinos, por encima de sus verdes muros, nubes de humo de tabaco.

Finalmente, y a poder ser al mediodía, suelo presentarme en la cocina, que está emplazada en el puesto aduanero de Greffern. Allí es preciso controlar la conservación, calidad, preparación y cantidad de los alimentos, lo que me lleva a poner muchos reparos.

Luego emprendo el camino de vuelta; lo hago pasando por la trinchera «Toledo», que parte del «Alcázar» y atraviesa extensos campos de cultivo hasta llegar al puesto de mando de combate. El sendero está en pésimas condiciones, pues una parte de él atraviesa prados anegados en los que es preciso ir adivinando la pista con botas de agua. A mí, sin embargo, es esta parte de la ronda la que más me gusta y considero de mi propiedad la media hora que empleo en recorrerla. Es el único momento del día que puedo disfrutar en completa soledad y que guarda semejanza con la vida que he llevado en los últimos años. Así que son también esos minutos los que dedico a repensar mis proyectos interrumpidos.

Por la variedad de su vegetación este trayecto invita a realizar pequeños ejercicios espirituales; en ellos uno clasifica los pensamientos y luego los aventa. El mencionado trayecto pasa junto a unos viejos sauces cuyos huecos troncos se hallan medio ocultos por el amarillento cañaveral y de vez en cuando desemboca en campos de maíz y de tabaco en los que aún no se ha recogido la cosecha. Las plantaciones de maíz y tabaco alternan con las matas altas y resecas del topinambo, llamado por el pueblo «patata de aguardiente»; sus bulbosas raíces de dedos estirados se utilizan como forraje

para el ganado. A ese mismo fin sirven también los pesados nabos, de los que sobresale por encima del suelo una cuarta parte que el sol tiñe de rojo. Lo primero que de ellos se recolecta son las hojas verdes, y en el mismo sitio y lugar se forman con ellas pequeños montones que luego van gastándose en el invierno a medida que se necesitan.

También me detengo a veces a observar con unos buenos prismáticos que tengo los animales en los desiertos campos. El avefría revolotea chillando alrededor de los bordes de las zonas anegadas, en cuyos islotes montan guardia oscuras bandadas de cornejas. En la maraña de las alambradas y otros obstáculos, cuyas varias filas forman un laberinto a lo largo de la línea del frente y en las que se entrelazan yerbajos secos, han hecho sus nidos las perdices y los faisanes, que salen volando del pie mismo del caminante. Es preciosa la estampa del faisán macho, que asciende como un juguete, en el brillo de sus bronces multicolores, con una cola larga a la que el viento hace ondular. También acuden los corzos a la espesura de alisos del lecho del Schwarzbach, mientras en las desnudas copas de los olmos tienen sus atalayas las aves rapaces. Parecen acechar sobre todo a los topos, a los que las aguas subterráneas, que aquí no están a mucha profundidad, obligan a cavar sus galerías casi a flor de tierra. De ahí que los topos estén tan baratos que las aves se limitan a picotear sus entrañas, mientras se ve brillar sobre los huérfanos montículos los pequeños y rojos costillares despreciados.

Regreso al puesto de mando cruzando, de los varios puentes que salvan el Schwarzbach, el de en medio. A esa hora Rehm suele estar atisbando mi llegada, y cuando abro la puerta de la barraca ya está humeando la sopa encima de la mesa. Lo normal es que haya fideos, o granos de avena, o repollo, o colinabos, o arroz; si hay suerte aparecen lentejas, o *gulasch,* o una rodaja de carne. Al jefe de la unidad de compañía, cuyo oficio en la vida civil es el de guardabosque mayor, le he dado permiso para que cace en nuestro sector, y por ello a veces cuelga también en nuestro depósito de ar-

mas un poco de caza, que reservamos para celebrar pequeñas fiestas.

La tarde está dedicada casi siempre a pequeños asuntos del servicio y a la guerra de papel. En ocasiones la barraca de las cañas se transforma también en un tribunal y a la luz de las velas se realizan allí interrogatorios minuciosos. Las faltas son siempre las mismas: llegar tarde de los permisos, ausentarse sin permiso para ir a tomar unas copas en las tabernillas de los pueblos vecinos o a reunirse con chicas, e infringir el reglamento de guardias. La guerra de nervios coloca al ser humano en un estado de cautividad en el que el mero transcurrir del tiempo es sentido ya como un dolor. El individuo, al intentar escapar de ese estado, fácilmente se causa lesiones.

También yo me dedico a la holganza algunas tardes, mientras bebo un buen café que me envían mis amigos en porciones finamente molidas. En el alféizar de la pequeña ventana los pinzones, los herrerillos comunes y los pardillos picotean las migajas del pastel, y entre los pájaros una ratita de color de hierro va comiéndose lo que le dejan. Esa ratita tiene su morada en las paredes de la barraca, entre las tablas y el refuerzo de cañas que las recubre; cada vez que entra en su nido sus crías la saludan con agudos y jubilosos silbidos. En otras partes de ese mismo sitio hacen su vida los topos, a los que Rehm llama «marmotas» — los topos cavan y mueven cosas y arman un ruido que parece sobrepasar con mucho las capacidades de unos animales tan chicos.

Va acercándose así la agradable hora en que con la cena llega a la línea avanzada del frente también el correo. Asimismo se presenta a esa hora, de vuelta del baño, el grupo al que le ha tocado ese día ir a tomarlo en Schwarzach — los hombres llegan casi siempre un poco achispados, pero esa pequeña cogorza es legal, pues por orden de la compañía se ha de visitar una taberna después del baño caliente, para prevenir resfriados.

A la hora de la cena Rehm coloca encima de la mesa velas de cera que desprenden un grato perfume. Sigue luego una prolongada dedicación a los libros, pues aparte de la correspondencia es la lectura la única de las ocupaciones habituales en la vida civil que aquí es posible seguir practicando. En las primeras semanas solía tomar té a esta hora, pero he hecho la experiencia de que, cuando se vive tan cerca de la tierra, viene mejor el vino tinto. Así es como he llegado a conocer el borgoña alemán, un vino contra el cual, lo mismo que contra el caviar alemán, alimentaba un prejuicio que ha demostrado estar carente de toda justificación. En sus mejores añadas y sus mejores cepas ese vino desarrolla una espirituosidad caprichosa que viñedos más meridionales son incapaces de conseguir.

También estas horas son, naturalmente, horas de servicio, como *todas* las horas del día, y mi ocio se asemeja al de una araña en su tela. Tan pronto como se produce un contacto o una observación en un punto cualquiera, ya está zumbando el teléfono. Hacia las once de la noche llegan los hombres de las distintas secciones que vienen a traer el parte, y sobre las doce se envía al batallón el parte de la mañana.

Así acaba la jornada, si es que no sigue entonces todavía una última ronda nocturna por el sector.

Acabado: Boecio: *Consolaciones,* que empecé a leer, rodeado de borrachos, en la estación de Karlsruhe. La cumbre de esta obra es la coordinación que establece entre el libre albedrío y la providencia divina — Boecio sitúa el libre albedrío en el tiempo y la providencia, en la eternidad. Puesto que nosotros vivimos en *ambos,* tanto en el tiempo como en la eternidad, actuamos con completa libertad en nuestras acciones, pero a la vez esas acciones están predeterminadas en cada uno de sus detalles. Y así el hombre que actúa está sujeto a dos cualidades, una de las cuales es infinitamente superior a la otra. En el marco superior podemos movernos como queramos, y, sin embargo, permanecemos sin salir de él. En

todas las cosas está a la vez de manera prodigiosa, como una especia, la eternidad.

Esta concepción es uno de los puntos extremos, uno de los cabos a que puede llegar el pensar humano. Kant vuelve a trazar en el plano lógico esa distinción teológica; su verdad, que tritura todas las cosas, es por tanto una repetición de la verdad sin más. En el fondo no hay verdades nuevas — aquí «nuevo» es un adjetivo contradictorio.

En la lectura de las *Consolaciones* me han llamado la atención ciertas analogías con Tolstói — en especial con el notable prólogo que sirve de introducción a *Guerra y paz*. En ese prólogo investiga Tolstói el hecho de que el ser humano, en cuanto individuo, adopta sus decisiones con entera libertad, y, sin embargo, esas decisiones desembocan en una estadística fija. Así, el número de suicidios permanece casi idéntico en el transcurso de los años, lo único que cambia son los motivos. Cuanto mayor es el número de decisiones libres sumadas, tanto más desaparece el resultado del libre albedrío. Esto permite sacar la conclusión, a la inversa, de que en el libre albedrío del individuo se esconde un factor desconocido que se torna visible en las decisiones de la especie. Según Tolstói, el libre albedrío que se nos otorga es tanto menor cuanto más decisivo es el lugar en que actuamos.

Por cierto que yo creo que las «consolaciones» de Boecio no pueden disminuir de ninguna manera el dolor. Hemos de apurarlo hasta el final. Pero mientras que en los círculos inferiores de la vida el dolor posee una fuerza caótica, cuando entra en contacto con el ser elevado y noble adquiere figura. La consolación instala el dolor en una jaula de oro, o, mejor dicho: lo coloca en un altar que posee un valor más elevado que todos los daños que una breve vida humana puede padecer.

Así es como sigue operando todavía hoy la consolación que Boecio se administró a sí mismo; y esa actuación en el tiempo es tan solo el reflejo de la ganancia superior tan bellamente prometida por este verso:

Besiegte Erde schenkt uns die Sterne.

[La Tierra vencida nos regala las estrellas.]

Barraca de las cañas, 14 de febrero de 1940

Por la noche veinte grados bajo cero. Aunque me he acostado vestido debajo de las mantas y tenía bajado hasta las orejas el *baschlik,* el gorro caucasiano de pura lana, a las cuatro de la mañana me he levantado tiritando y he encendido fuego en mi barraca.

Antes había estado en una tienda magnífica en la cual podían comprarse preciosidades marinas como carey, corales y nácar, igual que puede hacerse en muchos comercios de la Chioja de Nápoles. Había entrado en la sección paleontológica, donde había unas vitrinas de cristal que encerraban fósiles escogidos, obras de arte de la Naturaleza — eones, millones de años habían estado cincelándolas. Había allí piezas prodigiosas — por ejemplo, sobre un terciopelo azul aparecían trilobites de oro puro, y a su lado había peces hechos de minerales verdes y violetas; conchas de alargadas costillas resplandecían con un brillo irisado. Cerca de mí se hallaba el príncipe Pignatelli, que estaba eligiendo losas de mármol para su casa de la ciudad. Las escogía del mismo color que tienen los zócalos de las columnas de bronce de Bernini en la basílica de San Pedro y quería que todas ellas tuviesen el veteado de cuarzo de los brazos ramificados de los crinoideos.

Mientras él ponía juntas sus losas como si fueran un dominó, yo sopesaba en mi mano un delgado calamar que se parecía a una flecha de mármol del color de la rosa de té. Lo extraordinario de aquella pieza estaba en que se veían conservadas en la piedra las manchas de color rojo púrpura con que el animal juega mientras está vivo y que se vuelven pálidas cuando muere; también se conservaba el iris verde de sus grandes ojos. Pero yo dudaba y no sabía si debía preferir a aquella pieza el blindado caparazón de un cocodrilo que estaba fosilizado en un jade de color verde pálido. Estaba tan extraordinariamente lograda aquella fosilización que cada

una de sus escamas se movía como si estuviera sujeta a una charnela, y cuando se alzaba el caparazón sonaba un tintineo argentino.

No sabía por qué decidirme, y en ese momento me ha despertado el frío. Y cuando he estado sentado ante mi hornillo como Cenicienta al regreso del baile, me he dicho a mí mismo: «Estas fiestas las celebras día tras día, y solo de vez en cuando un despertar súbito te permite echarles un vistazo». Y he añadido: «Nuestras riquezas son enormes, pues moran en los átomos. A nuestras profundidades, a las galerías de nuestras minas descendemos por pozos, por así decirlo».

Barraca de las cañas, 15 de febrero de 1940

En la pared de la barraca de cañas, junto al hornillo, mientras reviso el libro de partes: una forma gris, tan tersa como una piel de asno, compuesta de un cuello de serpiente abombado y encorvado en su extremidad cortada y de una cabeza de serpiente que por encima de las quijadas armadas de dientes se transforma gradualmente en un cráneo humano. La mencionada forma está medio fijada a la pared por un recio clavo en el comienzo de la nuca y también medio pegada a ella por una arandela. Del cuello y asimismo del mentón pende una orla de aletas; se adivina que a ese cuello lo ha sustentado un cuerpo extraño y desconocido.

Puesto que una cosa como esa no la había visto nunca tan de cerca, ni tan clara, ni estando tan despierto, inmediatamente la dibujo con breves trazos en mi cuaderno de partes, que tengo a mano; al hacerlo tropiezo con detalles delicados, llenos de sentido, que se escapan a mi poco ejercitado lápiz. También me llaman la atención ciertos rasgos de sufrimiento — rasgos mecánicos, obtusos, perdidamente ensimismados, como son propios de tales seres.

Luego me acerco y todo aquello se transforma en un trapo de lana gris que está colgado de un clavo junto al hornillo y que sirve para limpiar los platos.

Barraca de las cañas, 22 de febrero de 1940

Ayer por la noche, víspera de nuestro relevo, hubo tiros por primera vez en nuestro sector. Primero oí, medio en sue-

ños, disparos sueltos e impactos aislados, que me parecieron sospechosamente próximos; luego, al telefonear a los jefes de sección, me enteré de que se trataba de tiro de hostigamiento en el arco de Greffern.

Inmediatamente después me comunicó el jefe de la gran casamata «Elefante» que los franceses estaban disparando contra él y me pidió permiso para responder; se lo di y fijé la respuesta en cien disparos. Con ello empezó el concierto en todo el sector; al principio lo seguí en sueños y luego cada vez más despierto, hasta que me pareció que había llegado el momento de salir del pijama y levantarme de la cálida yacija. Acababa de vestirme cuando sonó otra vez el teléfono; del flanco izquierdo me comunicaban que el fusilero Walter, del puesto 3, estaba herido de una bala en la cabeza.

Rápidamente me puse en camino, acompañado del jefe de la unidad de compañía y de un camillero. Era noche de luna llena y las vastas hondonadas inundadas estaban cubiertas de una blanca capa de hielo sobre la cual se podía caminar; el hielo refulgía a la luz de la luna. Delante del dique de las inundaciones vi brillar los fogonazos de las piezas que disparaban desde nuestras obras fortificadas y también oía las detonaciones secas que llegaban de la otra orilla del río. Lo que más asombro me causó fue que una ráfaga que llegaba de la parte derecha cogió de flanco el dique y, dejando unas trayectorias luminosas, vino a caer en las proximidades de la fortificación «Alcázar». Esto me hizo ver que los franceses habían estudiado muy bien nuestro sector. Es un género de atención que solo se hace visible en los resultados.

En el fortín «Limburg» encontré tendido en un camastro al herido, al cual ya habían vendado. La venda estaba empapada de sangre, también estaba inundada de sangre la guerrera. Otro reguero de sangre descendía por el brazo hasta las botas. El herido yacía inmóvil, de cara a la pared; ofrecía una estampa horrorosa, como si lo acabaran de sacar de una tina de tintorero. Ordené que no lo molestasen hasta que llegase la ambulancia. Esta mañana el médico que lo vendó me

ha dicho que hay esperanzas de que se salve. La gran hemorragia se debía a que la bala le había seccionado la temporal.

Ordené concentrar nuestro fuego en el sitio desde donde habían herido a nuestro fusilero y luego recorrí las obras fortificadas; pude ver que la tropa estaba bravamente al pie de sus armas. Tras haber dado parte de lo ocurrido regresé a mi barraca hacia las cuatro de la madrugada.

Karlsruhe, 24 de febrero de 1940

En la noche del 22 de febrero dejamos la posición y pernoctamos en Rastatt, uno de los puntos cruciales de este frente del Alto Rin. A la noche siguiente continuamos la marcha hasta Karlsruhe; en ambas ocasiones hemos caminado iluminados por una luna llena que hacía refulgir las copas de los árboles de la Selva Negra. En noches como estas son notables los colores — son colores lunares, presentimientos de colores, por así decirlo. No se los ve más que si se los busca. Así hay muchas cosas en el mundo que solo se perciben cuando se tiene conocimiento de ellas. Y hay otras que nunca vemos.

Aquí nos hemos alojado en el Cuartel Forstner; yo ocupo una cómoda vivienda al lado de mi compañía.

Karlsruhe, 25 de febrero de 1940

El ansioso escudriñamiento de lo suprasensible y el andar buscando signos visibles procedentes de esa esfera son actos que delatan adeptos de rango inferior — desconocedores del poder espiritual que anima como éter todas las cosas. En este aspecto se llevan la palma los espiritistas. Cuando alguien, como hacen ellos, comienza por aguzar hasta el extremo los sentidos, aguardando visitas de lo suprasensible, se asemeja a un físico que pretendiera estudiar la llama en un espacio sin aire.

Solo si se está firmísimamente seguro de esas cosas se preocupa uno por ellas.

La fe es, como el oxígeno, un añadido. De ahí que los milagros no le ocurran a todo el mundo ni ocurran en todos los sitios. La zarza ardiente.

Karlsruhe, 28 de febrero de 1940

Para muchas cosas de esta vida se necesitan catalizadores — así, cuando uno quiere conocer a chicas de costumbres livianas necesita un compinche de poco precio.

Esta tarde he oído por primera vez mi propia voz, registrada en un disco de cera. Poseía, y esto me ha dejado asombrado, el deje propio de esos empedernidos y pazguatos hannoveranos de mediana edad que desde siempre me han resultado desagradables. Qué poco nos conocemos a nosotros mismos.

Por la tarde ha llegado, sin que yo lo aguardase, el nuevo volumen de poemas de Friedrich Georg; se titula *El Misuri* e inmediatamente lo he leído y releído, con un creciente deleite. Otra vez —y en este caso más intensa que en su *Taurus*— la impresión de una gran fuerza, que nada es capaz de inhibir. El espíritu de la patria tiene aquí una continuación recta, derecha como un rayo de luz. Me parece favorable, en el sentido de una curación progresiva, el giro de lo seco a lo húmedo — de la ardiente peña en que juegan las serpientes a la gran corriente. Encierra una gran belleza el hecho de que, no obstante eso, el metro no se relaje, sino que se torne más riguroso, aunque también más secreto, más oculto-cristalino.

Karlsruhe, 1 de marzo de 1940

Hace un tiempo un poco más cálido, pero en los bosques la nieve continúa alta y la helada sigue bien aferrada al suelo. Incluso vuelve a helar por las noches. El invierno que hemos tenido hace sentir con más fuerza la nostalgia de la primavera, como ocurrió en el invierno de 1928 a 1929, al final del cual emprendí mi viaje a Marsella y a las Baleares.

Al volver de los ejercicios de tiro iba cabalgando por un antiguo encinar de la Hardt y pensaba, medio ausente: «Este sería un buen sitio para un pito negro». Y justo en ese instante, como si mi pensamiento lo hubiera alumbrado, he visto por segunda vez en mi vida ese pájaro; con su píleo carmesí, salió volando en vuelo ondulado de la seca copa de un árbol. Me ha parecido una creación propia, un milagro — similar al que hace que en los sueños se nos acerquen las cosas en que pensamos. Y, sin embargo, son ya numerosas las veces que esto me ha ocurrido en mi vida — con flores, con animales y también con personas. Esto es asimismo uno de los grados superiores y uno de los atractivos inauditos que hay en la caza de insectos; todo el aparato erudito no es más que un asidero para ello. Siempre que de nosotros se apodera con fuerza el sentimiento de la armonía, a él se agregan mágicamente los detalles, como la última pincelada.

Esto es lo que ocurre sobre todo con el instante de la felicidad. Las cosas se hallan acordadas, el mundo está en un acorde. Ahora bien, de nosotros depende el que queramos pronunciar el «Ábrete, Sésamo» que da acceso a la sobreabundancia.

Karlsruhe, 10 de marzo de 1940

Para la ciencia de las fortificaciones eróticas: evítese sobre todo aquella maldita clase de fuertes en los que caen enseguida, al primer asalto, los baluartes exteriores, pero permanece inexpugnable la ciudadela.

La pasada noche he soñado con un acontecimiento completamente absurdo; oía una voz que decía:

—¿Cómo podría ocurrir tal cosa, a no ser para que sirviera de lección?

Esto es correcto, por cuanto el cosmos está organizado, en una de sus perspectivas, de manera puramente pedagógica.

Iffezheim, 17 de marzo de 1940

En Iffezheim, como jefe de la compañía de reserva. Se han terminado las hermosas jornadas de Karlsruhe, donde he vivido como cuadra al soldado en los períodos de descanso. En mi calidad de guía de un transporte pude hacer alto toda una jornada en Kirchhorst y allí estuve con Perpetua, con los niños y con Friedrich Georg. Qué preciosos son estos breves reencuentros — son como la confirmación de que uno sigue vivo en el corazón de sus seres más queridos.

Luego estancia en Friburgo, una de esas perlas urbanas apropiadas para entregarse en ellas a los sueños. En la hostería El Halcón dediqué un silencioso brindis, con un vaso en la mano, a la memoria de Erasmo — un espíritu al que en tiempos de seguridad fácilmente se subestima. Por cierto que estoy empezando a hacerme amigo del vino tinto alemán; me parece que abre unas galerías muy refinadas, muy secretas, a la fantasía. La camarera de esta pequeña hostería alemánica, donde estuve comiendo en dos ocasiones — una criatura cuya proximidad me resultaba agradable. Las mujeres notan también eso, sin que se necesite ni una palabra ni una mirada. Al final de la comida le quitó de la mano la botella al camarero que iba a retirar el servicio — un gesto muy bello, muy ajustado a su condición:

—Este servicio me lo reservo para mí.

Barraca del Auwald, 28 de marzo de 1940

Desde hace dos días ocupo mi nuevo puesto de mando, una barraca de madera en medio de la despejada zona del Auwald que rodea tanto el cauce actual del Rin como los entrelazados brazos del cauce viejo, delante de Iffezheim. Senderos elevados llevan a los fortines de combate situados en las orillas del Rin.

Por las noches sigue haciendo frío, pero en las charcas del bosque cantan ya los sapos. De los bosquecillos de alisos llega el ronroneo áspero, automático, de los faisanes machos y en los cañaverales se escucha el revoloteo de los patos y el grito chillón, como de trompeta, de las pollas de agua. También hay grises garzas que pescan en los bancos de arena.

Muy cerca de mi barraca una liebre hembra tiene en su nido dos crías, a las que cubre con hojas cuando sopla fuerte el viento.

Nada más llegar a Iffezheim una gripe me ha obligado a guardar cama. He recurrido a una intensa cura de sudor. Mucho es también lo que han contribuido a sanarme los buenos cuidados del Dr. Eiermann y de su esposa, en cuya casa estoy alojado. La enfermedad es una pregunta dirigida a nuestra vitalidad; damos respuesta a ella intensificando los signos de vida, como son los humores, la temperatura de la sangre y la energía del espíritu; esta última se vuelve tropical cuando tenemos fiebre. También son importantes los esfuerzos laberínticos que realizamos durante nuestros sueños febriles; a tientas vamos abriéndonos así paso hacia los escondidos tesoros de la salud. Lo que en el fondo ocurre es una prueba a que es sometido el corazón.

Lectura durante la convalecencia: Moltke: *Conversaciones,* obra que acaba de aparecer en Hamburgo. Lo que en este espíritu destaca ante todo es la parsimonia, visible también fisonómicamente en sus delgados labios. Si comparamos la vieja caballería con un cristal muy rico, de muchas ramificaciones, entonces aquí han quedado fundidos, evitados, todos los adornos. Intactos han permanecido, empero, todos los ejes principales y los ejes de dirección; y así ocurre que este hombre sobrio se halla envuelto en un resplandor místico. Qué delicada es, por ejemplo, la compasión que siente por el enemigo vencido, por Napoleón, por Benedek. En la escala del rango absoluto Moltke se halla por encima de Bismarck; ciertamente este estaba hecho de un metal más rico, pero también más mezclado. Bismarck se encontraba más cerca del Espíritu del Tiempo y podía pagar a sus adversarios con la misma moneda, mientras que solo en el ejército y en la vieja unión feudal resultaba ya posible una espada de metal puro.

Luego he estado hojeando los volúmenes de *Atlantis,* una revista que ha tenido algunos años muy logrados y que a mí

me recuerda el viejo, sólido *Pfennig-Magazin* que leí en Noruega en casa de Celsus, hallándome también con fiebre.

De un artículo sobre China he sacado algunas sentencias que me han gustado:

«Si uno mantiene cerrada la boca, sus dichos llegan a hacerse proverbiales.»

«A la rana de una fuente no puedes hablarle del océano.»

«Si te pones a cabalgar un tigre, ya no podrás bajarte.»

Finalmente he leído el último libro de Henry de Montherlant, que ha hecho grandes progresos. A Montherlant lo considero, lo mismo que a T.E. Lawrence, a Saint-Exupéry, a Quinton, miembro de la muy reducida pero excelsa caballería que surgió de la guerra del catorce. Hasta que no se enfrían las brasas no emergen del negro líquido del carbón los diamantes.

Barraca del Auwald, 29 de marzo de 1940

En la mañana de este día, en que he celebrado mi cuadragésimo quinto cumpleaños, ha brillado un hermoso sol en el despejado bosquecillo de chopos. Rehm ha sido, como siempre, el primero en entrar en la barraca a felicitarme y ha dejado encima de la mesa unas flores y unas naranjas. Luego me he vestido y delante de la ventana abierta he leído el salmo 73.

Después de desayunar he ido debajo de los chopos, donde el corneta ha tocado la señal de bienvenida mientras la unidad de compañía me aguardaba en posición de firmes. Su jefe, el suboficial Fasbinder, me ha hecho entrega de una botella de vino tinto; un ramo de violetas estaba atado a su cuello. Luego han acudido Spinelli y el brigada; el primero me ha felicitado en nombre de los oficiales y el segundo, en nombre de la compañía. Me han hecho entrega de un abrecartas de marfil.

Luego, como de costumbre, he recorrido a pie la posición; al regreso me he encontrado con el coronel, los médicos y los jefes de los sectores vecinos, que me han obsequiado con

licores, cigarrillos y bombones. El correo ha traído cartas y paquetes, así que mi barraca ofrecía un verdadero aspecto de fiesta. Lo que más me ha alegrado ha sido un cuaderno para llevar diarios, con encuadernación de piel granulada; lo ha preparado para mí una de mis lectoras y lleva como emblema un cocuyo rojo, uno de los animales de mi escudo secreto.

Así ha ido acercándose alegremente el mediodía. A la hora del café pensaba cortar en compañía de Spinelli el gran pastel que de Baden-Baden me ha enviado el teniente coronel Vogler y estaba a punto de descolgar el teléfono para llamarle cuando en el Auwald ha resonado el tableteo de una ametralladora superpesada. Inmediatamente después han pedido del puesto 47 un camillero; de ahí que haya mandado que me trajeran una bicicleta para ir a ver lo que estaba pasando.

En el puesto 47 está emplazado un cañón de defensa protegido por un blindaje demasiado débil; ya lo han perforado hace pocos días unas balas certeras, que además han dejado huellas en el parapeto o escudo protector. He encontrado al jefe del puesto, el suboficial Neumann II, acompañado de sus hombres, en el sitio libre que queda detrás del fortín, y me ha informado de lo sucedido.

Los hechos son los siguientes. Poco después del mediodía han llegado del cercano puesto de observación artillera un brigada y un cabo, ambos novatos en este lugar. El brigada ha manifestado su deseo de hacer una fotografía del muro delantero del fortín, que está sembrado de impactos de balas; sin prestar oídos a las advertencias del suboficial ha saltado el montículo de tierra que protege el fortín y, seguido por el cabo, ha empezado a bajar hacia la orilla del Rin. En ese mismo instante ha empezado a disparar una ametralladora desde la otra orilla del río, desde la obra fortificada «Rin Rojo», donde se alojan unos tipos muy fieros, y nuestros dos artilleros han quedado tendidos en el verde talud, que es visible desde lejos. Uno de ellos ha llamado pidiendo auxilio, al otro no se le ha oído decir nada.

Tras haber hecho un reconocimiento del terreno he decidido rescatarlos yo mismo, pero no era posible hacerlo, desde luego, por el camino que ellos habían tomado. Para acceder a los cuerpos era preciso cortar, por el contrario, a la izquierda del fortín, una espesa alambrada que allí hay; había que actuar de tal manera que el trabajo quedase camuflado por una franja de hierba seca que crece entre los árboles de la orilla del río.

Entretanto ha acudido también Spinelli y los dos hemos ido siguiendo a los hombres que, a rastras, cortaban la alambrada para abrir en ella un pasillo; media hora larga se ha tardado en abrir el camino. Entre los árboles colgaban todavía algunas esteras hechas de cañas amarillas, que cerraban deficientemente el paso a las miradas de los franceses de la otra orilla; luego, para llegar hasta los cuerpos que estaban tendidos en el talud, era preciso recorrer unos quince pasos al descubierto. La fortificación «Rin Rojo» queda a unos cuatrocientos pasos de distancia.

De acuerdo con Spinelli, el cual no es solamente un hábil viajante de especias, sino también un bravo alférez y un excelente auxiliar mío, he tomado la decisión de que fuéramos nosotros dos los que intentásemos ejecutar aquella tarea; me sentía animado a llevarla a cabo. También Spinelli estaba de buen humor y ha caminado con buen paso hasta el final de la zona camuflada. En el momento en que me disponía a seguirlo ha aparecido en la parte de atrás del pasillo el alférez Erichson, de la cuarta compañía, y me ha rogado con insistencia que le permitiera participar en la operación — su argumento era que «nunca había intervenido en una cosa como aquella». A mí me ha parecido, sin embargo, que ya éramos suficientes y le he encomendado la misión de cubrir el rescate de los cuerpos manteniendo apuntado su cañón contra la tronera de la casamata francesa. Luego he avanzado rápidamente, acompañado de Spinelli, hacia el verde talud. Allí he visto tendido en el suelo al cabo; lo he agarrado y lo he encontrado todavía caliente. Sus miembros, sin embar-

go, estaban ya un poco rígidos. A su lado yacía el brigada; me ha gritado que las balas le habían causado un ligero rasguño, pero que no tenía ninguna otra herida. Le he ordenado, en consecuencia, que cogiese al muerto por la cabeza; Spinelli lo agarraría por las piernas y yo por el cinturón.

En este orden hemos dado algunos pasos y entonces nos hemos visto envueltos en los silbidos y detonaciones de una ráfaga disparada por el arma superpesada de la casamata francesa. Las balas producían chasquidos al atravesar la espesa alameda, se estrellaban contra el fortín, chirriaban al dar en la alambrada y abrían surcos en el verde terreno. Nos hemos tirado al suelo; yo quedé tumbado, debajo de la alambrada, en un surco muy poco profundo, parecido a esos que suelen hacer las gallinas al escarbar, y sentía junto a mi cabeza las piernas del muerto. He notado el choque de una nueva bala certera que le ha dado en el brazo derecho destrozándoselo. Los franceses no cesaban de disparar contra nosotros; el polvo de la tierra levantada por los proyectiles nos caía en el pelo y a nuestro alrededor empezaba a oler a chispas de metal.

Por cierto que, mientras duraba aquello, Spinelli me ha pedido que encogiese mi rodilla izquierda, pues quedaba demasiado al descubierto. He apreciado ese consejo tanto más cuanto que, en realidad, él se había acercado a la orilla del río con menor cobertura que yo. En ese momento Erichson ha hecho funcionar su arma y con su fuego de represalia ha paralizado el tiro de los franceses. Aún hemos permanecido un buen rato aplastados contra el suelo; por fin, al abrigo de las esteras, hemos regresado a rastras por el pasillo abierto en la alambrada.

Me disponía a ordenar que pusiesen en funcionamiento el cañón cuando hemos descubierto que una bala de la ráfaga disparada contra nosotros había penetrado por la tronera e ido a dar en el freno de retroceso del arma, averiándola. Hemos permanecido de pie detrás del muro blindado mientras una nueva granizada de proyectiles levantaba una nube de

polvo en la parte delantera de la obra fortificada vecina. En la hombrera del alférez médico ha caído un pedacito de plomo derretido; se ha quedado allí pegado, parecido a la insignia de un capitán médico, y eso ha dado ocasión a numerosas felicitaciones bromistas.

Acompañados por el jefe de la batería del muerto, hemos ido a recogerlo luego, a la hora del crepúsculo. He estado presente cuando el capitán médico ha ordenado que le quitasen la ropa para poder observar las heridas y he visto la que le había causado en el brazo la bala a que me he referido antes; de esa herida ya no había brotado sangre. También he visto en su cuerpo otras muchas heridas; de una de ellas ha caído al suelo una bala de cobre. Pero el proyectil que tuvo que causarle inmediatamente la muerte era uno de máximo calibre que le había acertado en la parte de atrás de la cabeza; le había levantado la tapa de los sesos abriendo en ella un surco de un palmo de hondo.

Una vez más, como en tantas otras ocasiones en lugares como este, he observado la irritación provocada por la vista del caído. Esa irritación se hacía ostensible no solo en quienes lo desvestían y se hacían cargo de sus objetos personales, sino también en quienes lo contemplaban. Es un rasgo profundo, en el que se revela una oculta relación de culpabilidad.

Así es como ha acabado un día de cumpleaños que se me quedará para siempre en la memoria.

Barraca del Auwald, 7 de abril de 1940

El hornillo de cinc que yo encendía en la barraca de las cañas estaba fabricado con un metal muy pobre. Pero el fuego elevaba el color de aquel hornillo hasta el nivel de un rojo muy bello, transparente.

Así es también como ocultan las cosas, y como oculta la Vida, cualidades que en el trajín cotidiano permanecen cerradas para nosotros, pero que quedan al descubierto cuando trascendemos a otros niveles, a otros grados o tiempos.

La Vida tiene así sus milagros primaverales y florales, insospechados para quienes conocen únicamente las hojas. Esa potencia superior puede desplegarse también en determinados miembros, partes y estratos — en la librea de gala de los machos de aves e insectos, en el seno de la mujer, el cual, según Novalis, es la encarnación del pecho elevado a un estado misterioso, en la auténtica aristocracia, en la cual refulge un pueblo en una manifestación noble, y en el poeta, en el cual florece el lenguaje.

En el ser humano reposan también cualidades que solo la muerte desplegará. Entonces la metamorfosis no ocurrirá ya en determinados estratos, sino en la plenitud.

Oh vosotros, los grandes aventureros — esa será vuestra última y máxima aventura.

Barraca del Auwald, 8 de abril de 1940

Por la mañana he recorrido a pie, como de costumbre, la posición, que aquí es mucho menos extensa que en Greffern. El hermoso, solitario camino de vuelta por detrás del flanco izquierdo, siguiendo el sendero elevado que cruza el cauce viejo del Rin. Allí suelo entretenerme en disparar con mi pistola sobre los numerosos recipientes depositados entre la maleza por la corriente. Las botellas saltan en pedazos y se hunden con rapidez, los bidones van sumergiéndose lentamente, como si titubeasen.

Luego encima del dique del cauce viejo, desde donde he estado contemplando largo tiempo la Yburg. Construcciones como esa, que parecen levantadas sobre conos truncados, impresionan de manera especial a quien las mira. Rodolphe ha pintado construcciones parecidas en el cuadro *La Atlántida,* que colgaba en mi habitación de Goslar. La impresión que producen se debe a que la fantasía ve esas construcciones como si estuvieran allí en representación del monte desmochado. Todo el poder de la roca primitiva opera también allí, en la obra arquitectónica.

En los sitios donde las construcciones mismas tienen forma de cono truncado ocurre algo muy similar. La punta parece sustituida por un casquete mágico. Al mirarlas barruntamos la reserva de fuerza material a la que no se ha dado forma y, con ello, la cercanía de un poder inmediato. En nuestras torres puntiagudas, por el contrario, la totalidad de la materia ha sido íntegramente convertida en moneda, así es que la impresión dominante es la del esfuerzo espiritual, la de la audacia espiritual. La corriente puede escapar al éter. En el cuadro de Brueghel que representa la torre de Babel vemos ambas cosas: en el primer plano, el temible coloso, y en el fondo, envuelta en nieblas verdes, una ciudad gótica. Como en muchas otras obras suyas, también en ese cuadro se entrecruzan la magia y la mística. Igual que Heródoto, Brueghel ve dos mundos.

Mientras me hallaba así inmerso en la contemplación de aquella ladera de la Selva Negra, del amarillo cañaveral que hay en la orilla del cauce viejo del río ha salido dando saltos un veloz animal; tenía una piel manchada de color gris tostado desteñido, negra era la punta de su rabo, y ha corrido como loco por los campos. Más tarde he llamado por teléfono al jefe de la sección derecha, que en la vida civil es guardabosque mayor, para preguntarle por aquel animal y me ha dicho que se trataba de un turón. Me agrada usar así mi compañía, como si fuera un diccionario.

También hoy por la mañana han vuelto los franceses de la casamata «Rin Rojo» a hacer una serie de disparos sobre nuestra posición, sin ningún motivo; y como todavía se la tengo guardada desde el día de mi cumpleaños, he ordenado que por la tarde se disparasen doscientas cincuenta balas trazadoras y perforantes contra su tronera. Yo estaba sentado con Spinelli junto al anteojo de tijera y Erichson manejaba el arma. He dirigido los disparos, como flechas al rojo vivo, contra la torreta, y luego los he enfilado contra la tronera; allí saltaban en pedazos, produciendo chispas fosforescentes en medio de una densa humareda blanca. Después de que Erichson agotase el cargador, largo tiempo ha estado saliendo humo por la tronera francesa, como si dentro de la torreta estuvieran asando algo a fuego lento; también por la parte de arriba, por la abertura del periscopio, ha estado saliendo un vapor amarillento, como si procediese de la cazoleta de una pipa de fumar de gran tamaño.

Nada más abrir fuego nosotros, hemos visto que la guarnición francesa intentaba retirar su arma; pero en vano, parecía clavada. Luego esa misma guarnición ha estado peinando desde otro sitio la orilla del río con su pieza superpesada. El tiempo era agradable y los hombres, que estos últimos días han estado aburriéndose, se han despabilado, así que voy a repetir estas cosas con frecuencia.

Barraca del Auwald, 10 de abril de 1940

En Rastatt, de testigo en la causa de un fusilero acusado de haberse ausentado sin permiso. El consejo de guerra se ha celebrado en uno de los hermosos salones del viejo castillo y el acontecimiento se me ha presentado en su conjunto con mucha intensidad. Muy atento, y al mismo tiempo inmerso profundamente en el sueño de la vida, he visto actuar a los jueces, a los testigos, a la guardia, al escribiente y a mí mismo.

Esos espacios se me presentan, cuando me hallo en el mencionado estado de ánimo, como celdillas de una colmena enorme, antiquísima; nosotros nos agitamos dentro de esas celdillas igual que se agitaron en ellas los hombres de Egipto, de China, de Babilonia, hace muchos milenios. Esa inmutabilidad, esa condición como de insecto, me ha proporcionado un poco de confianza y serenidad, pues pensaba: «En todo esto hay una ley que es más honda que las culturas; y aunque estas queden desgarradas, el tejido volverá siempre a recomponerse». También el acusado ha sacado provecho de ese optimismo mío, pues mi testimonio le ha sido más favorable de lo que, tomando las cosas con rigor, debiera haber sido.

Al atardecer, mientras tomaba el té en mi barraca del Auwald, no he podido dejar de reírme de esta idea estrafalaria que se me ha ocurrido: «La presencia de mujeres hermosas hace que nosotros seamos, en última instancia, más parecidos todavía a todos los hombres que han existido antes. Mientras en la Tierra vivan mujeres hermosas no puede ser que las cosas carezcan completamente de sentido». Luego han surgido del fondo de mi memoria animales marinos que en otro tiempo vi más allá de las Azores — un pez de color gris azulado con bandas claras parecido a una anguila o a una serpiente, la «carabela portuguesa» de color rojo fuego, peces voladores del color de los pavos reales y con unas filas de gotas de agua en el cuerpo que al caer como perlas de los bordes de sus aletas dejaban señales en la superficie del mar.

Todos esos animales han desfilado ante mí como flores que caen al abismo o como los cuadros que pueden verse en los comedores de Pompeya, pero sobre un fondo de lapislázuli. Y, sin embargo, todos estos tesoros se asemejan únicamente a fragmentos de esas joyas que el azar saca de cámaras de cristal, son tan solo el reflejo de las invisibles riquezas que viven en las profundidades. De ahí que, cuando los asimos con nuestras manos, a menudo se coagulen en el acto, formando una gelatina coloreada o una espuma multicolor.

Necesariamente ha de haber en el fondo unas riquezas inmensas allí donde tales joyas están entregadas descuidadamente a la destrucción. Conocemos las monedas y no conocemos la *Moneda.* Así conocemos también la vida y no conocemos la *Vida.* Caminamos a tientas, guiados por nuestras abstracciones.

Al mar no lo conoce nadie que no haya visto a Neptuno.

Barraca del Auwald, 14 de abril de 1940

A primera hora de la mañana me han despertado las ametralladoras que disparaban desde la casamata «Rin Rojo» — la nueva ametralladora emplazada en la tronera superior de esa obra blindada francesa y la ametralladora superpesada que nos dispara de flanco por el lado derecho. He llamado por teléfono a Erichson y le he ordenado que abriese fuego. Luego, tras haberme vestido a toda prisa, he atravesado en bicicleta el Auwald hacia la primera línea de nuestro sector.

Poco antes de llegar al puesto me he visto envuelto en una ráfaga de proyectiles que se estrellaban contra los troncos de los chopos y he buscado apresuradamente la trinchera de enlace. Spinelli, que ya se encontraba allí y que estaba con la guarnición detrás de la pared de hormigón del fortín, me ha guiado por señas. He mandado que apuntasen los fusiles ametralladores contra las troneras francesas y los he puesto en manos de tiradores escogidos. Luego, con el fin de procurarme todavía un buen apuntador, he ido a pie adonde se hallaba Erichson; en su puesto de combate he encontrado al camillero, el cual estaba ocupado en vendar a Erichson, que

sangraba abundantemente por el cuello; a tres fusileros que habían sido heridos por la metralla les había dado ya una tintura de yodo. Todos ellos estaban como aturdidos, cual peces sacados bruscamente del agua.

Me han contado que un proyectil certero ha penetrado por la tronera y se ha desintegrado en el interior entre fuertes detonaciones y rayos de fuego. Otras balas han ido a dar en el cañón de la ametralladora y han cortado la mira telescópica, que estaba encima de la mesa. Por suerte era leve la herida de Erichson, así que he podido regresar enseguida al puesto que constituye nuestro punto crucial.

Las ráfagas seguían barriendo el bosque, donde me ha venido muy bien la trinchera de comunicación. No está acabada del todo y por ello algunos tramos he tenido que salvarlos a saltos. Es algo muy bueno el hacer cálculos en los trayectos que es preciso recorrer al descubierto. Antes de que el cuerpo salte, el espíritu realiza siempre un preciso cálculo de probabilidades.

Spinelli tenía ya todo montado delante del puesto. Una vez más me he acercado a los anteojos de tijera y he enfocado la tronera francesa, por cuya rendija asomaba la boca de un fusil nuevo y de mayor calibre que el que allí había antes de la última vez que fumigamos aquel sitio. A los apuntadores les he insistido bien en que de ellos dependía que el tiroteo tuviera o no tuviera una réplica seria; luego he dado la orden de abrir fuego. En aquel mismo instante, como por arte de magia, han alzado el vuelo en la parte francesa, saliendo de los árboles que asoman por encima de la cúpula de la casamata, dos urracas de brillante plumaje; sus colores, un blanco muy intenso y un verde metálico.

Luego nuestros fusiles han empezado a tabletear y las ardientes ráfagas se han concentrado en el fondo de la tronera francesa. A veces los proyectiles iban un poco altos y cortaban ramas de unos chopos que se alzan en el patio interior de la obra fortificada, o bien resbalaban y los impactos arrancaban polvo del hormigón del muro y caían al Rin le-

vantando salpicaduras. Otras balas han desgarrado la bandera francesa, la «tricolor», que ondea al lado de la torreta.

He visto cómo en el lado francés el fusil de la tronera replicaba inmediatamente a nuestro fuego, pero al poco tiempo han cesado las vibraciones de la boca del arma, que estaba envuelta en un leve vapor. Lo había previsto, pues el fuego prolongado inmoviliza el arma como lo haría una tenaza, y los sirvientes no se atreven a retirarla mientras duran los disparos. De esta manera se la puede partir en dos pedazos sin esfuerzo.

Acabado este interludio he ido a pie a tomar el desayuno y luego, como todos los domingos, he marchado a Iffezheim, a casa del Dr. Eiermann, a comer lucio y beber vino tinto del Mosela. La mañana era limpia, clara, de colores brillantes; además, cuando hay fuego, regresa al cuerpo la consciencia, partes de la cual se hallan siempre fuera de él. En momentos de crisis reclamamos todas las cantidades que se nos adeudan.

Por la noche me he enterado de que el pedazo de metralla del tamaño de una perra chica que ha herido a Erichson ha penetrado profundamente en la carne. Las heridas en el cuello son siempre muy molestas, pues por él pasan como por un istmo las vías vitales.

En escaramuzas de este género uno se siente mucho mejor si está detrás de un fusil en una posición de tiro al aire libre que no si está junto al puesto de fuego dentro de un fortín. Las minúsculas rendijas y troneras por las que los ojos del defensor espían el terreno desde el interior de sólidas obras fortificadas son como imanes que atraen hacia sí las masas de fuego de todos los puntos de los alrededores. De esta manera los hombres quedan sometidos a una presión muy fuerte, cual si estuvieran dentro de campanas de inmersión a gran profundidad en el mar. Las obras fortificadas son los mamuts de la defensiva, pero quizá por eso mismo están amenazadas de extinción, ya que la idea de la defensa encuentra en ellas una expresión demasiado pura.

Friedrichstal, 16 de abril de 1940

Ayer por la tarde penetró en el valle del Rin el *Föhn,* el favonio, un viento tibio que viene del sur; esta vez, sin embargo, no me ha deprimido, como suele hacer, sino que me ha reanimado y puesto de buen humor. En el aire claro el Auwald se me ha aparecido con unas vestiduras regias — transparente, rutilante como una esmeralda, joven la hierba y esbeltos los claros troncos de los chopos; hay en ellos una gracia encantadora y su gran altura impregna de orgullo a quien bajo ellos pasea. En las copas todavía desnudas de los árboles entregábanse a sus juegos las primeras golondrinas, por parejas salían volando los patos de los cañaverales que rodean las tranquilas charcas, y la focha común se sumergía silenciosamente en sus profundidades.

Sobre las once de la noche nos relevaron y a pie, bajo una resplandeciente luna llena, marchamos hasta Baden-Oos, donde hemos pernoctado en un cuartel. Al amanecer hemos subido a un tren que nos ha conducido hasta Bruchsal y desde allí hemos ido llegando, bajo una lluvia torrencial, a nuestros alojamientos, que están repartidos por varios pueblos pequeños. Dos compañías, la mía y otra, han quedado acantonadas en Friedrichstal, uno de los principales centros productores de tabaco de la región de Baden. Me ha correspondido alojarme en el piso alto de un pequeño chalé que pertenece a un fabricante de cigarros puros; desde mi habitación se disfruta de una hermosa perspectiva sobre la Hardt.

Dedicados al descanso y a la instrucción, aquí pasaremos algunas semanas.

Friedrichstal, 20 de abril de 1940

Por la mañana en el bosque. Mientras separaba las liminillas de un trozo de corteza del tronco de un castaño he divisado bajo ella un micetófago que hasta el momento desconocía — un animal alargado en forma ovalada, de color castaño oscuro, con un brillo violeta, unas franjas dentadas y unas motas de pelo dorado en forma de estrella. Esto es como encontrar un tesoro mientras uno está cavando.

El estudio de los insectos es uno de los goces que aumentan con el paso del tiempo. Ese conocimiento de las especies que se adquiere en treinta, cuarenta y aun sesenta años de observación se parece a una pirámide en cuya punta está siempre el nuevo hallazgo. Es evidente que el hallazgo singular adquiere más valor a medida que aumenta la experiencia.

También podría pensarse en un crucigrama, en el que la diversión aumenta con el número de casillas que hemos logrado llenar. Por esta razón es seguro que fue muy grata la vida de hombres como Rösel, Dohrn, Fabre, Reitter, Seitz y Ganglbauer. Ahora bien, si se nos ha deparado un hermoso campo de cultivo de la felicidad, entonces hemos de evitar canas al aire como las que echa el joven botánico que aparece en el cuento de Hoffmann *Datura fastuosa.*

Por la tarde en mi habitación, entregado a ensueños — he observado, y esto es algo que me ha ocurrido ya varias veces, que en determinadas condiciones una habitación cerrada como esta se convierte en una *camera oscura.* En el techo o en la pared vemos con gran nitidez a las personas que cruzan por la calle. ¿Por qué habrá siempre un goce maligno en la contemplación de tales siluetas de sombras?

Por la noche luna llena, hermosa y refulgente. Cuando en el suelo se dibujan, alumbradas por esa luz, las siluetas de setos, vallas, cenadores y otras figuras, de nosotros se apodera a veces un estado de ánimo en el que se combinan el arrobo y el miedo. En muchas ocasiones me he preguntado a qué se deberá ese estado de ánimo y mi opinión es que en esa obra de las sombras las formas se desvelan y a la vez se espiritualizan. Ingresan en un orden superior, el de la indestructibilidad, que es inmanente al trazado de sus líneas. Las cosas actúan con su marca matemática, actúan de una manera más inmaterial y al mismo tiempo más poderosa. Con temor penetramos en ese enrejado de sombras, y mientras lo cruzamos parece como si estuviéramos dotados de una fuerza propia de espíritus nocturnos. Pero simultáneamente contene-

mos el aliento — si en ese momento sonara un conjuro mágico, seríamos desterrados de modo irresistible a la materia.

Casanova. Los historiadores que se dedican a verificar las cosas que dice son desde luego muy aburridos. Las fuentes de primer rango brotan aquí, no de los documentos oficiales de Venecia, París o Viena, sino de sus *Memorias.* No es probando sus mentiras como ponemos al descubierto al ser humano — al contrario, por su forma de mentir se pone *él* al descubierto.

Casanova como comediante. Hijo de comediantes, compañero de comediantes. Su figura, sus encajes, sus diamantes, sus tabaqueras, sus joyas. Pregunta al Papa si le está permitido decorar con diamantes la Orden de la Espuela de Oro que se le ha concedido. Cuando Bernis le encomienda una misión oficial, la ejecuta como comediante, no como diplomático. En el banquete de Colonia se alza con el triunfo sobre el bueno de Ketteler, quien como actor era probablemente superior a Casanova en sustancia. Rasgos similares intervienen en el duelo con Branicki, fuente inagotable de la vanidad de Casanova. En Polonia, como en todos los sitios donde permanece una larga temporada, la opinión que de él se tiene empeora con el paso de los días. Casanova mismo menciona ese hecho, pero en su recuerdo esa circunstancia no arroja ninguna sombra posterior sobre sus triunfos. He ahí un rasgo peculiar del comediante; a este le basta con deslumbrar y brillar por una noche. No puede decirse, sin embargo, que Casanova invierta el axioma que reza «ser más que aparentar» — y no puede decirse porque para él significan lo mismo, de una manera especial, el ser y el aparentar. Casanova es un comediante de raza; de ahí que para él sean reales los triunfos del escenario.

Por cierto — ¿qué es lo que Casanova puede ocultar con sus mentiras? ¿Acaso que él, el gran artista en el terreno de las mujeres, no poseyó más que a hembras de segundo rango? Todas ellas, incluida Henriette, son cómicas, aventureras

y damas de poca categoría; ninguna pasa de eso. Por lo que a la selección se refiere, son otros los *amatores* —Byron, por poner un caso— de los que debemos tomar ejemplo. Es notable el hecho de que el *chevalier* Casanova pase de puntillas sobre los asuntos relativos a Manon Baletti. Pero esta fue sin duda la mujer que mayor espacio ocupó en su vida — es cierto que *detrás* de las bambalinas; y de esas cosas no se habla.

¿Cómo se explica la atracción que ejerce sobre nosotros este veneciano tan lleno de defectos? ¿Por qué norma se guía nuestra memoria para seleccionar a alguien de entre la enorme muchedumbre de personas que vivieron y sobresalieron en otros tiempos? ¿Por qué continúa siéndonos familiar un vagabundo como Villon, mientras que han sido relegadas al olvido muchísimas personas honorables que en su época tenían un nombre? Sin duda esto ha de deberse a la medida de fuerza vital indivisa que en esos hombres hay y que asciende como savia desde las raíces a sus hechos y a sus obras — una fuerza en la que, allende todos los méritos y allende toda la moral, nos reconocemos a nosotros mismos, ya que es nuestra herencia común.

Friedrichstal, 23 de abril de 1940

Me encuentro resfriado, en ese estadio desagradable de la enfermedad que no quiere desaparecer. Además, esta mañana me he caído del caballo, que en el campo de maniobras se metió en un hoyo; tuve la suerte de ir a dar de cabeza a un suelo blando. De todos modos me he quedado aturdido unos momentos, y ese aturdimiento continuaba mientras los hombres me sacudían el polvo del uniforme; me hallaba en medio de ellos como un objeto. Por la noche, en el correo, noticias desagradables.

Por la tarde en el castillo de Bruchsal, para ver su famosa escalinata; por desgracia no he podido hacerme con una buena foto de ella. Esta escalinata del palacio de Bruchsal es, junto a la del castillo de Meissen, que parece tallada como una espira en una piedra maciza, la más bella de las vistas por mí. La sorpresa provocada por una construcción como

esta sería mayor todavía si no hubiéramos visto antes, acá y allá, reproducciones suyas — pero la impresión *prima vista* es un placer reservado a los contemporáneos.

Cuando ayunamos para curarnos actuamos como un señor que por algún tiempo exonerase del servicio a su cocinero con el propósito de echar a la calle a un huésped no invitado. El ayuno es un gran medicamento; procura no solo salud, procura también ocio y poder espiritual.

Friedrichstal, 28 de abril de 1940

En la Hardt, donde se ha conservado un soplo de la antiquísima soledad de los bosques. Tempestad, con rayos y sol; además, cerca y lejos, la algarabía de los picos. Mientras me hallaba tumbado en el musgo de un encinar, un pito negro ha pasado rozándome el pecho y luego se ha encaramado, volando en espiral, a un viejo tronco. No acaba de gustarme este animal; hay en él una desproporción sobre todo entre el delgado cuello y la gruesa cabeza. Cuando vuela, sus alas rígidas emiten un silbido parecido al de una trompeta; su voz, semejante a una risotada, es más quejumbrosa que la del pito real. El nombre popular que se le da en Alemania, «gallina de fuego», está bien elegido.

A continuación de horas como esas me resulta muy difícil el ocuparme todavía en los asuntos del servicio; me pongo a soñar, es como si hubiera de adaptar los ojos a una distancia diferente. Es magnífica la soledad de los bosques, se parece a la entrada en aposentos solemnes.

Encima de mi mesa florece dentro de un jarrón un ramo de corazones de María — también esta planta es uno de mis test. Mido la alegría que siento al contemplarla y me parece que nunca ha sido mayor. Ante un ramo florido como ese, qué insuficientes son todos nuestros sistemas. Son explicaciones de la escasez — pero ¿quién explica la abundancia?

Friedrichstal, 8 de mayo de 1940

Maniobras de todo el regimiento; se han desarrollado a lo largo de la Hardt, hasta Teutsch-Neureuth, y he participado en ellas como juez de arbitraje. La mañana era fresca y clara; en el bosque los cascos de los caballos pasaban rozando los islotes de muguete en flor. Tras un breve combate por el lindero del bosque ha llegado el «Alto todo el mundo». El general ha basado su comentario crítico en el principio de que la decisión de esta guerra hay que aguardarla únicamente de un ataque seguido de movimiento, y ello en el Oeste.

También en los ejercicios de instrucción de la compañía nos lanzamos al ataque contra objetivos lejanos; los ejercicios acabarán con una revista a mediados de mes. Además, dos días por semana dirijo la instrucción de tropas de choque; para componerlas envía cada compañía un pelotón escogido. O bien practicamos, en una pequeña obra forticada, su toma con armas cargadas con fuego real, o bien ensayamos en el bosque un ataque envolvente a fortines y casamatas.

Friedrichstal, 10 de mayo de 1940

Durante la noche sueños de escuadrillas de aviones que sobrevolaban la casa. Por la mañana me he enterado en el campo de tiro de que ha habido efectivamente mucho movimiento en el aire la noche pasada. Eran transportes que volaban en dirección a Holanda y Bélgica. La guerra entra seguramente con esto en su fase crítica, aunque no resulte posible calcular el tiempo que durará.

Por la tarde hemos estado cabalgando largo tiempo por los hermosos bosques con el coronel y al atardecer nos hemos parado en Graben a comer espárragos. Durante nuestro paseo a caballo han acudido en varias ocasiones oficiales y ordenanzas en motocicletas a traer mensajes — por uno de ellos quedaban cancelados todos los permisos. Nos encontramos ahora en estado de alerta.

A disgusto nos vamos de Friedrichstal, con cuyos habitantes hemos llegado a anudar una buena amistad. Descienden de hugonotes de sangre valona y llevan apellidos como La-

croix, Borel, Gorenflo — deformación de *coeur-en-fleurs.* Llegaron aquí hacia 1720 y trajeron consigo el cultivo del tabaco; hoy suministran a toda la región de Baden plantas jóvenes, cuyos viveros recubiertos de papel aceitado se ven por todas partes. De esta manera le sacan a la tierra un beneficio del diez por uno. Bien es verdad que ese cultivo exige también muchos cuidados y esfuerzos, y, como dice un refrán de esta región, los habitantes de Friedrichstal duermen de rodillas y lo único que meten en la cama es la cabeza.

Pero son gente adinerada, y alegre, y dispuesta siempre a divertirse, y no reparan en gastos.

Friedrichstal, 14 de mayo de 1940

Orden de marcha para esta noche, con destino desconocido. Anteayer organicé, con el tiempo justo, una fiesta de la compañía, a la que invitamos a las personas en cuyas casas hemos estado alojados. Hubo espárragos de Graben, café, vino, pasteles, y luego baile, en el que participó también una orquestina llegada de Karlsruhe. En mi calidad de comandante de la plaza hube de prolongar varias veces la hora de retreta; hacia el amanecer la gente estaba muy animada tanto en el salón como en los pasillos — difícilmente podía representar un hombre como yo, viejo jefe de unidades de choque, el papel de guardián de la moral.

He sacado la impresión de que con esa fiesta ha salido beneficiado el espíritu de nuestra pequeña unidad. En su mayoría los hombres que la componen son de Magdeburgo, y como tales, en mi sentir, están más cerca de los sajones que de los bajosajones. Son gente más animada, más sociable, diestra en el manejo de la ametralladora y habituada a los trabajos duros. Un grito que en varias ocasiones les he oído, cuando había que enfrentarse a tareas difíciles o desagradables, me ha gustado tanto que lo he adoptado como grito de guerra y como contraseña de nuestra compañía — es el grito *Ran wecke!,* que propiamente es *Ran welche!,* es decir: «echar aquí una mano». Esas son las palabras que gritan los capata-

ces en los campos de remolacha de Magdeburgo cuando apremia el trabajo.

Para que los hombres lleguen a constituir una buena tropa es preciso que a la mera instrucción se añada una cosa más, a saber: una relación de hombre a hombre, ella es la que pone en conexión los átomos. Para ello se necesita siempre algún tiempo, es preciso que los hombres hayan tejido primero juntos una cierta tela vital, que hayan reunido una provisión común de penas y alegrías. Es menester sentar las bases de una historia común.

Despedida de la Hardt, entre la algarabía de las voces de los picos y los cuclillos, acompañados por el canto de un ruiseñor badense, delicado y dotado de una voz como la de la cantante Jenny Lind. El hondo, musgoso abetal entre el Foso de los Ciervos y Linkenheim. El fino, seco crujido de las piñas, de las que el calor del sol hace saltar los piñones. Y luego el colmenar escondido en el sotobosque, que sirve para fecundar a las reinas.

Speyer, 15 de mayo de 1940

Al anochecer, muy animados, hemos cruzado Graben. Los habitantes de Friedrichstal nos cubrieron de flores a los hombres y a los caballos y luego nos dieron escolta hasta la Hardt. De mala gana nos hemos separado de estas buenas gentes; nos han mimado. Luego se ha hecho de noche. Nubes de abejorros zumbaban sobre los caminos del bosque o giraban alrededor de los ya casi pelados manzanos que había junto a la carretera. En estas ocasiones surge casi siempre un pequeño contratiempo que nos aflige y esta vez era un catarro lo que a mí me atormentaba; de ahí que lleve conmigo pastillas de Ems. Tras una buena marcha hemos llegado a Speyer con las primeras luces del alba.

Weidenthal, 16 de mayo de 1940

Marcha nocturna de Speyer a Weidenthal. Mientras estábamos cruzando Neustadt an der Hardt las sirenas anunciaron un ataque de la aviación enemiga; por fortuna no han

arrojado bombas, lo que nos hubiese causado molestias en aquellas estrechas calles.

La marcha ha sido agotadora. Siempre que es preciso realizar tales esfuerzos aparecen talentos ocultos, desconocidos hasta ese momento; esto ha ocurrido con el primer pelotón que marchaba detrás de mí, donde los hombres han ido contando muchos chistes. Hacia las siete de la mañana hemos llegado a nuestros alojamientos. Tras dormir un buen rato he ido a la oficina de correos y he enviado a Kirchhorst mis manuscritos y diarios. Lo único que llevo ahora conmigo es el cuadernillo en que escribo esto. Acompañado de los dos oficiales de mi compañía, Keunecke y Spinelli, he celebrado un magnífico festín de despedida en casa del alcalde, donde estamos alojados los tres. La alcaldesa nos ha preparado la ensalada en la mesa.

Kaulbach, 17 de mayo de 1940

Otra larga marcha nocturna a través de los montes de la Hardt; hemos llegado hasta Kaulbach, cruzando Hochspeyer, Kaiserslautern y Otterberg. En Kaiserslautern, durante un atasco, le he preguntado a un centinela de la defensa antiaérea por el camino. Era un hombre mayor y seguramente ha pedido luego informes sobre mí a la tropa, pues al poco rato ha llegado corriendo y se me ha presentado como lector de mis obras. Traía consigo una botella de un excelente vino del Palatinado y me ha alargado un vaso lleno; durante el tramo de camino en que ha ido escoltándome no ha permitido que el vaso permaneciera vacío un solo instante. Este encuentro en las tinieblas tenía en sí un algo peculiar, fantasmal. Yo sentía que, en mi calidad de autor, siempre me hallo en todas partes, incluso en la oscuridad, como en mi propia casa.

Luego un alto en un hayedo; en la linde las ramas de los árboles bajaban hasta el suelo y formaban una especie de tiendas bajo las cuales hemos desayunado. Pasado Otterberg un caballo muerto al borde del camino — es la primera baja. Alojamiento en Kaulbach, donde hemos dormido en una granja de campesinos hasta bien entrada la tarde; con un pe-

queño festín hemos celebrado luego el cumpleaños de Keunecke.

Vamos marchando, por tanto, en dirección oeste, a través del Palatinado, y nos dirigimos o bien hacia la gran batalla o bien hacia alguna de las operaciones proyectadas. Cuanto más avanzamos, más crece también la posibilidad de que nos desviemos hacia la izquierda. Los sentimientos que experimento son casi los mismos que experimenté en 1914, cuando temía que no me dejasen ningún combate para mí.

Grumbach, 18 de mayo de 1940

Por Lauterecken a Grumbach, ciudad que está graciosamente encajonada entre laderas plantadas de árboles frutales. Con los dos oficiales de mi compañía me he alojado en casa del párroco.

Nuestra jornada se regula ahora de la manera siguiente: emprendemos la marcha al caer la oscuridad y estamos en las carreteras hasta por la mañana. Luego, hasta la tarde, dormimos, comemos, limpiamos los fusiles y revisamos los pies, hasta que llega la nueva orden de marcha.

Me encuentro alojado en una pequeña habitación que queda directamente bajo el tejado y que ofrece unas hermosas vistas sobre los prados y los castaños en flor. En el mobiliario me llama la atención una vieja y usada mesa-lavabo; tiene una placa de mármol negro en la que hay, junto a unas ramas de coral, una concha fosilizada del tamaño de un huevo de gallina; su fino cuerpo pulimentado tiene las costillas de la parte superior parecidas a agujas y el cierre parecido a una dentadura. Más tarde, durante la cena, me he enterado de que nadie había observado hasta ahora ese pequeño fenómeno, aunque la mesa se encuentra en la casa desde hace decenios.

Idar, 19 de mayo de 1940

Diana a medianoche. Luego el párroco nos ha recibido todavía, para tomar una taza de café, en su cuarto de trabajo, donde estaba preparando la homilía para este domingo. En

los últimos meses he vivido mucho en casas parroquiales, lo cual me ha permitido adquirir un sentido para captar la diferencia de atmósfera que reina en las casas parroquiales protestantes y en las católicas. Eso es algo que no se aprende en los libros de historia. Entre los protestantes tiene uno la sensación de partículas pequeñísimas que son mantenidas en suspenso por un esfuerzo magnético. Es también la diferencia que hay entre la aristocracia antigua y la que se debe al propio trabajo. Pensamientos sobre la inevitabilidad de la Reforma. Es preciso esforzarse por captarla en su unidad — así como, en un coche, se ha de poner la segunda marcha cuando la cuesta se hace más empinada. El motor se torna más ético. No hay nada que se oponga a que, en el transcurso ulterior de los acontecimientos, se llegue otra vez a una sola Iglesia, a una sola organización de la Cristiandad.

Marcha a través de Wolfstein, Oberjeckenbach y el antiguo campo de maniobras de Baumholder, con sus barracones muertos; luego, pasando por Bollenbach, hasta Idar-Oberstein. Aquí íbamos a vivaquear primero cerca de Tiefenstein, pero por la tarde hemos sido acantonados en la pequeña ciudad en que ahora nos encontramos. Al comenzar la marcha uno de los caballos ha coceado en la ingle al alférez Wanckel; hemos tenido que enviarlo al hospital.

Aquí nos hemos alojado en la casa de un industrial, situada en la parte alta de la colina; su propietario ha demostrado ser un experto en artes curativas y me ha preparado una buena compresa para combatir mi catarro. Durante la cena conversación sobre las piedras finas cuyo comercio y elaboración están en auge en este lugar. Ya los romanos explotaban aquí minas de ágata y nuestro anfitrión nos ha dicho que de aquella época se han conservado apellidos romanos. Al entrar en la ciudad había visto yo efectivamente el rótulo de la tienda de un tal César, que, para que nada faltase, llevaba además Julio de primer nombre.

Idar, 20 de mayo de 1940

Jornada de descanso en Idar. Por la mañana en el Pabellón de Artes y Oficios, una especie de museo del comercio donde se exponen piedras finas para dar y tomar. Me ha gustado especialmente un gran bloque de amatista tallado en forma de copa; en él estaban engastadas unas ágatas, cuyos magníficos ojos refulgían en la nieve violeta del cristal. Al mismo tiempo he sentido esa angustia peculiar que suele inspirarnos la cercanía del mundo de las piedras, con sus grutas, cavernas y minas, donde el espíritu yace encadenado en una belleza fría, como si unos conjuros mágicos lo hubieran encerrado allí a gran profundidad.

Durante todo el día se ha escuchado por encima de este cerrado valle el zumbido de aviones; son seguramente transportes. Por la noche hemos bebido en la terraza, a la luz de la luna llena, un ponche de fresas.

Bescheid, 21 de mayo de 1940

Han venido a despertarme a las tres de la madrugada, lo que me ha permitido echar un breve vistazo a un sueño un tanto rebuscado — en él mantenía una conversación sobre el estilo de Casiodoro con un caballeresco cazador de la Alta Edad Media, que era un fino conocedor de los autores antiguos. En la conversación no me producía ninguna incomodidad el hecho de que yo fuese en primer lugar un contemporáneo de Casiodoro, en segundo lugar un contemporáneo del cazador, y, por fin, un hombre del siglo xx. Miraba como a través de un cristal en el que se reuniesen tres colores. A pesar de lo temprano de la hora me he despertado muy dichoso; sabía que el humus de donde brota para mí la palabra seguía conservando muchas posibilidades inagotadas.

En el delicioso frescor de la mañana hemos cruzado el valle de Idar; los molinos de ágata están enclavados en sus verdes tierras, ruinosos y ensimismados cual si fueran lugares de residencia de alquimistas o venecianos. Al verlos se intuye que aquí el trabajo manual se ha elevado hasta un nivel muy alto, mágico. Junto a muchos de esos molinos hallábanse amontonadas las grises masas redondas de ágata, del ta-

maño de una cabeza de niño. Molinos de piedras preciosas. En los sitios donde los tesoros son enormes, desaparece su relación con el dinero; los tesoros ingresan en un orden superior de preciosidad.

Luego, bajo un calor creciente, a través de los bosques del Hunsrück; por encima de ellos pasaban volando hacia el oeste escuadrillas y más escuadrillas de aviones. Al mediodía hacemos alto en Talling; allí una campesina ha apagado mi sed con un vaso de suero de leche de vaca. Cuando finalmente se han asignado los alojamientos a las compañías, después de una ardua marcha, a la mía le ha tocado la pequeña aldea llamada *Bescheid*, que está asentada en lo alto de un cerro. Lo primero que hemos hecho ha sido descargar los equipajes, pues era preciso dejar en el valle los carros del convoy; y para animar un poco a la tropa nos hemos echado a las espaldas, yo y mis dos oficiales, tres mochilas cargadas hasta arriba. Envueltos en densas nubes de polvo sudábamos a mares por aquellos empinados y serpenteantes senderos. Pero tal vez era esa marcha el mejor remedio contra mi catarro, pues cuando hemos llegado a lo alto he sentido un alivio en el pecho. He pernoctado en una pequeña casa cuyas habitaciones estaban todas adornadas con grabados en cobre. Por los cuadros se conoce el valor de un mobiliario; ellos son los sellos del gusto.

Welschbillig, 22 de mayo de 1940

Una vez más me han despertado muy temprano; a continuación marcha a lo largo del valle del Mosela; hemos atravesado Fell y Longuich, caminando al pie de los extensos viñedos, que están labrados con sumo cuidado. Al contemplarlos tenía la impresión de una cosa perfecta en su forma, de una cosa bien acabada; la visión de los puentes, de los edificios y de las personas de pie delante de las casas reforzaba aún más esa impresión. Además, nombres como Dezem y Quint. Me han venido a las mientes los hermosos versos de Ausonio. Si dejamos de lado el Tirol del Sur, es aquí donde está nuestro rincón más latino. La elección de los lugares

donde se asentaban los romanos no dependía del azar. Somos los humanos unos seres dotados de raíces invisibles y capaces de vivir en todas partes, pero solo el lugar apropiado nos permite desarrollarnos bien y prosperar.

La temperatura era sofocante, hacía bochorno; esta vez hay menos enfermos de los pies que del estómago; a esa dolencia se añaden vómitos, hemorragias nasales, dolores de cabeza y malestar general. Tras haber parado a mediodía, a pleno sol, en una cantera de piedra cerca de Ehrang, he sentido dolores en la nuca y he subido a mi buen caballo Justus, que avanzaba a trancas y barrancas.

Durante la marcha hemos ido recibiendo noticias, por medio de los altavoces instalados en los pueblos y pequeñas ciudades, de los enormes éxitos de nuestra ofensiva; no han dejado de causarme una gran sorpresa, pues centenares de experiencias habían hecho que para mí se convirtiera en una especie de dogma la tremenda tenacidad de los frentes. Esta guerra se aparta en todos sus detalles del esquema de la anterior; habré de dejar de guiarme por esta última.

Alojamiento en Welschbillig. Me han asignado la casa de un labrador, que está construida sobre cimientos romanos. He echado una cabezada y luego mi anfitrión me ha enviado con Rehm una fuente repleta de patatas asadas y carne de vacuno en conserva; era tal la cantidad que hubiera bastado para dejar ahítos a tres leñadores. La relación del anfitrión, del dueño de la casa, con el soldado que se aloja en su domicilio es una relación especial, por cuanto se la puede considerar, y en esto se parece al sagrado derecho de asilo, como una forma de hospitalidad que viene practicándose desde los tiempos más remotos y que se otorga a todo el mundo sin ninguna discriminación. El guerrero tiene derecho a ser huésped de todos los hogares y este es uno de los más bellos privilegios que le concede el estamento a que pertenece. Únicamente con el perseguido, con el sufriente, comparte el guerrero ese privilegio.

Lintgen, 23 de mayo de 1940

Partida como de costumbre. Mientras eran cargadas las armas he cogido al vuelo la respuesta que un suboficial le daba a un conductor que refunfuñaba:

—Pues yo preferiría…

—¡Cierra la boca! Yo preferiría tener aquí una piscina.

En Echternach hemos cruzado la frontera de Luxemburgo; he ordenado que el instante de cruzarla quedase marcado por el grito *Ran wecke!* La primera casa junto a la frontera se hallaba en ruinas, debido a la voladura de los obstáculos del puente. Las persianas de las ventanas estaban bajadas. Al otro lado del pueblo, que estaba muy limpio, nuevos embudos junto a la carretera abiertos por los impactos de las granadas; seguramente aquí se ha hecho saltar por los aires una barrera. Atravesamos Altrier. Alto de mediodía en una pequeña granja, donde charlo un rato con su propietario, que es guarda de caza. Me ha llamado la atención en este hombre, como en casi todos los luxemburgueses, lo escogido de su lenguaje. Sin duda se debe a que cuando hablan con nosotros no utilizan el dialecto de Luxemburgo, que es el que usan de ordinario, sino un alemán académico. Se tiene así la impresión de que la palabra ha ido precedida de una reflexión y de un esmerado esfuerzo — y, en correspondencia con eso, que se dirige a personas atentas, reflexivas.

Marcha a buen paso hasta Lintgen, donde estoy alojado en casa de un panadero. El pueblo se halla atestado de soldados y de refugiados. También en casa de mi maestro panadero me he encontrado con un luxemburgués expulsado de sus tierras. Mientras cenaba he estado hablando con una mujer de cincuenta años que, si no he oído mal el nombre, había vivido hasta ahora en Düttweiler; por esa población es por donde habían alcanzado la frontera francesa nuestras vanguardias. Durante los combates allí librados la mujer se había refugiado en el sótano de su casa y en aquel lugar había pasado varios días, mientras su jardín quedaba devastado por las granadas. Una de estas había arrancado el mirador de esquina de su casa, otra había abatido el viejo manzano. La

metralla había dejado el tejado como un colador, las gallinas yacían en el patio con la cabeza arrancada, los cerdos se habían escapado a toda prisa de la destruida cochiquera; la cama que había instalado en el sótano se bamboleaba. Esta rústica persona, que ni en sus sueños más hondos se había imaginado nunca algo así, ha estado contándome todas estas cosas con jovialidad, casi riendo, o, mejor dicho, con un profundo alborozo interior que me ha impresionado vivamente. Por cierto que ella hubiera querido permanecer allí, pero nuestras tropas habían hecho evacuar la población.

Por unos soldados que han estado de permiso me he enterado durante la marcha de que han sido bombardeadas las fábricas de Missburg, que quedan muy cerca de Kirchhorst. Al oírlo he pensado en Perpetua, en los niños, en mis colecciones y manuscritos que están allí depositados en el desván, sin que yo sea digno de la lámpara de Nigromontanus.[5] Es efectivamente la guerra total; mientras dure estaremos amenazados en cada uno de los puntos de la existencia.

Rambruch, 24 de mayo de 1940

Atravesamos Rollingen y Reckingen; el punto a que nos dirigíamos era Hemstert, en Bélgica. Pero en Säul ha aparecido el comandante de nuestro regimiento con la orden de que nos desviásemos hacia la derecha y fuésemos a Rambruch — se trata evidentemente de un movimiento impuesto por las operaciones.

Alto de mediodía en un prado cercano a Ospern. Como siempre, el rancho estaba preparado con absoluta puntualidad, y, además, muy bien guisado, ya que nuestros cocineros trabajan sin descanso día y noche. En el momento de reemprender la marcha he ordenado que fueran a buscar al fusilero Rumke, de la cocina, y que lo trajeran ante mí; a continuación lo he ascendido a cabo, con el argumento de que el puré de lentejas había vuelto a estar exquisito. Era un argumento que por experiencia reciente todo el mundo veía claro, así que ha suscitado grandes muestras de aprobación.

Atravesando el agradable paisaje de prados de Luxemburgo hemos marchado hasta Rambruch, donde me he alojado en un pequeño café. Su propietario es un hombre grueso, jovial, tendrá unos treinta años y es de tipo flamenco. Si existieran solo hombres como él, no habría guerras en este mundo, pero sí, en cambio, ininterrumpidas francachelas.

—Muchachos, ¿vosotros no beberéis agua, verdad?

Ese ha sido su saludo a cuatro obreros jóvenes que han entrado en el local, mientras se ponía a llenar jarras de cerveza.

Neufchâteau, 25 de mayo de 1940

Por la mañana, salida en dirección a Martelange. En esta ciudad estaba destruido el puente, también estaban destruidas muchas casas, seguramente a consecuencia de voladuras. Acá y allá se veía a los labradores trabajar otra vez en los campos. Eso que compele al ser humano a ponerse a trabajar infatigablemente en medio de la aniquilación, ¿qué es, confianza o un instinto de insecto? Mientras escribo estas palabras se alza dentro de mí esta curiosa réplica: «También tú llevas tu diario».

Bolanges, Fauvillers, Vitry. En este trayecto huellas de combates entre patrullas de reconocimiento; tales huellas son muy fáciles de abarcar con la mirada, es como si hubiesen sido preparadas para un paseo de instrucción táctica. En los bordes de la carretera montoncitos de casquillos de bala y, junto a ellos, tumbas; luego, huellas de carros blindados que se habían desplegado por los campos, uno de ellos estaba allí incendiado; finalmente, una barrera de carretera, también con tumbas, y, sobre estas, cascos de acero belgas.

Alto de mediodía en Traimont. El propietario de una casita en cuyo pozo había ordenado abastecernos de agua me ha invitado a una tacita de café. Un campesino de setenta y seis años — por cierto que decía *septante-six* y no *soixante-seize.* Ha visto ya tres guerras, es dueño de tres hectáreas de tierra y tiene además un hijo, una nuera y siete nietos. A los pe-

queños, unos niños muy confiados, les he dado unas monedas para su *tirelire* [hucha].

En Neufchâteau hemos plantado las tiendas en las afueras de la ciudad. Esta produce una impresión de anarquía. La inmensa mayoría de sus habitantes ha huido, las casas están vacías, el mobiliario se halla revuelto. Para mantener el orden he organizado patrullas nocturnas y una vez más le he recalcado a la tropa que ningún grado de destrucción puede justificar abusos en asuntos de propiedad. Para ilustrar lo dicho he ordenado que el cajero de nuestra compañía tasase, en presencia de la tropa formada, el importe de la paja que había mandado tomar de un pajar vecino para nuestras tiendas y que en el acto pagase al contado su precio a la propietaria.

El adentrarse en zonas como esta trae siempre consigo un relajamiento de la disciplina — eso se ha notado también en la distribución habitual de las órdenes, en la cual ha surgido una discusión entre los oficiales a propósito de no sé qué asunto relativo a los caballos. Tenía yo curiosidad por ver qué actitud tomaría el comandante. Se ha limitado a decir:

—Señores, sigamos siendo caballeros, pues de lo contrario no llegaremos muy lejos.

Esta breve frase ha causado un efecto saludable, ha servido para que la gente despertase, por así decirlo.

Sobre las dos de la madrugada disparos de las baterías antiaéreas, pero no han caído bombas. A lo largo del día, como siempre, únicamente aviones alemanes.

Givonne, 26 de mayo de 1940

A las cinco de la madrugada salida hacia Bertrix y Fays-les-Veneurs. De nuevo grandes destrucciones. Los habitantes parecen haber huido a toda prisa. A menudo aparecen casas que, vistas desde fuera, presentan un aspecto agradable, habitable; mirando por las ventanas, los ojos descubren, por el contrario, el sello del abandono y de un desorden extremo. En los prados, de los que llegan los tristes mugidos de las va-

cas, estas tienen hinchadas, repletas de leche, las ubres. Lo único que se mueve son las tropas que pasan por las carreteras; aparte de ellas, el paisaje —un paisaje muerto, deshabitado de seres humanos— ofrece un aspecto fantasmal. A poco de iniciar la marcha ha pasado junto a nosotros el general y nos hemos enterado de que hoy mismo debemos llegar a Givonne, y no a Bouillon, adonde habíamos enviado a los hombres encargados de preparar los alojamientos. Es la segunda vez que hay cambios de este género en nuestra marcha.

En el Bosque de Fays-les-Veneurs nos hemos cruzado con una columna de más de cuatro mil prisioneros; casi todos ellos eran hombres de color y han desfilado a nuestro lado como si se tratara de una exhibición de trajes típicos. Mezclados con ellos había también algunos europeos, casi todos con condecoraciones de la guerra del catorce y el pelo ya cano. Después de aguantar un chaparrón nos hemos parado al mediodía en un húmedo prado.

Durante toda la tarde hemos atravesado, subiendo y bajando montes, los extensos bosques de las Ardenas. Cruzamos luego la frontera francesa — como en ese momento me hallaba yo al mando del regimiento, por ausencia del comandante, he enviado recado con un enlace a Spinelli, que venía detrás, para que en el momento de pasar la frontera gritasen los hombres un *Ran wecke!* Una y otra vez, junto al camino, automóviles incendiados, aviones derribados, tumbas, enseres domésticos. Los coches de los fugitivos parecen barcos; se ven sus restos en los sitios donde naufragaron. También caballos muertos — en el momento en que pasábamos junto a uno completamente cubierto de moscas ha dicho un enlace:

—Ese está ya cociéndose por dentro.

Una frase muy certera para expresar el estado en que se encontraba aquel caballo.

A través de este caos están ya tendidos unos recios cables de los que cuelgan acá y allá pequeños carteles que amenazan con la muerte a todo el que los estropee. Son los cordo-

nes nerviosos del ejército. Una de las veces que hemos hecho alto he estado examinando una pequeña obra fortificada; estaba bien emplazada en un recodo de la carretera y seguramente tenía como misión detener los carros blindados. Aún asomaban por las troneras los gráciles cañones; a su alrededor había, esparcidos por el suelo, muchos cartuchos. Luego he estado en las posiciones que rodeaban la obra fortificada, hasta que de repente me ha quitado las ganas de proseguir mis estudios el pensamiento de que pudiera haber minas colocadas delante de las posiciones.

Atravesamos Bouillon, dominado por una vieja fortaleza en lo alto de un cerro. Dentro de la ciudad casas en ruinas, calles arrasadas, sobre todo alrededor del viejo puente que está en el centro. Junto a nosotros pasaban soldados con botellas de vino; he enviado a Rehm con la bicicleta a que averiguase dónde estaba la fuente de aquello y ha vuelto con unas cuantas botellas de borgoña. Me ha contado que ha estado en un almacén del ejército francés en cuyo sótano se encontraba un grupo bastante achispado. En general las rutas por las que avanzan los ejércitos tienen una orla de botellas de champán, burdeos y borgoña. A cada paso he contado una botella por lo menos, y eso prescindiendo de los lugares de acampada, que ofrecen el mismo aspecto que si allí hubiesen llovido botellas del cielo. Sin duda esto forma ya parte de la tradición de las campañas en Francia. Cada invasión de ejércitos germanos ha ido acompañada de unos grandes tragos de vino, como los que practicaban los dioses en los *Edda;* no hay reservas capaces de hacerles frente.

Nos quedamos en Givonne, donde nos hemos alojado multitudinariamente en el castillo. En la ciudad grandes devastaciones; a menudo lo único que queda en los sitios donde antes estuvieron las casas son unos embudos gigantescos, llenos de agua amarillenta. En el parque del castillo tumbas recientes de unos soldados alemanes de sanidad; los habían matado allí unas bombas de aviación. El automóvil del propietario del castillo se encuentra volcado, con las ruedas al

aire, en el estanque del parque. He dormido en el suelo, en la habitación de los niños; junto a mí había una estantería llena de libros y antes de quedarme dormido estuve hojeando todavía un poco en los cuadernos escolares.

Boulzicourt, 27 de mayo de 1940

A las ocho iniciamos la marcha. Por todos lados ese silencio de muerte que ya me llamó la atención en Bélgica. Las gentes han evacuado el paisaje y lo único que en él se ve son los soldados que avanzan por las carreteras con sus caballos y carros.

Todavía por la mañana hemos entrado en Sedán; las bombas de aviación han aplastado grandes edificios, a otros les han arrancado las fachadas, de manera que, como en los cortes transversales de los planos arquitectónicos, se veía el interior de las habitaciones y de los lujosos salones, así como escaleras de caracol suspendidas en el aire. En una callejuela lateral que hemos cruzado parecía haber mucha animación. Había allí soldados que asomaban la cabeza por entre las desnudas vigas de los tejados, otros estaban colgados de las ventanas con medio cuerpo fuera. Bajaban botellas de champán, atadas a los cordones de las persianas. Al pasar yo por allí montado en mi caballo he atrapado una de las botellas, como un pez que se escapa con el cebo: Château-neuf-du-Pape, cosecha de 1937.

Hemos salido de Sedán por la carretera que conduce a Donchery; en ella he visto retoños de los famosos chopos, también he visto olmos. A mano derecha yacía en el polvo un magnífico gato de Angora, negro, con rayas de color castaño aterciopelado, pero aplanado como una alfombra; me he inclinado sobre el caballo para verlo mejor y en ese momento ha subido hasta mí un tufo de carroña. En los jardines peonías encarnadas y entre ellas conejos que mordisqueaban las lechugas. Una corta parada, por fortuna cerca de un almacén repleto de botas y mantas, donde he podido completar nuestras deficitarias existencias. El cabo de cocina de mi compañía, que durante algún tiempo ha ido marchando a mi

lado, me ha contado que su abuelo había pasado por aquella ciudad en 1870, su padre lo había hecho en 1914, y ahora le tocaba a él cruzarla en 1940.

No muy lejos de la famosísima casita estaba de pie junto al camino el general; ha saludado a la compañía y al presentarme a él, según pasaba a su lado en mi caballo, me ha preguntado qué tal me iba.

—Bien, gracias, mi general. ¿Nos cabe la esperanza de entrar en combate?

—Ya entrarán, ya entrarán — en Saint-Quentin.

Continuamos atravesando estos paisajes asombrosos. Ni en las aldeas ni en las ciudades hay un solo hogar del que brote humo, ni niño alguno ni ser vivo de ninguna clase que se nos cruce en el camino. A menudo he aplastado mi rostro contra los cristales de las ventanas y he visto en las habitaciones mesas servidas, con platos y con vasos, pero sin comensales — la estampa de comidas interrumpidas bruscamente. En las iglesias están todavía en los altares los objetos de culto, fabricados en plata y en oro, y en los palacios parece haberse quedado dormida la Vida, como en el castillo de la Bella Durmiente del Bosque — todo muerto, muerto, muerto. Es notable el hecho de que en las ciudades las aceras estén orladas de largas hileras de asientos, desde simples taburetes de cocina hasta lujosos sillones rojos y dorados — pero todos ellos están vacíos, cual si los ocupasen fantasmas. Por cierto que al único habitante que he encontrado le he preguntado qué había sucedido — me ha contado que aparecieron unos militares con camiones para evacuar a la gente en un plazo brevísimo, pero el alcalde estaba borracho y el desorden había sido extraordinario. Estas palabras me han dado un poco de consuelo, pues he comprendido que estas estampas que me deprimen están en la naturaleza de los acontecimientos y no son achacables únicamente a nosotros los alemanes. Las cosas están hechas de tal manera que el *nomos* desaparece de la casa que ha sido abandonada; ni los lares ni los penates permanecen en ella. En todo caso, al con-

templar estas cosas aprende uno a estimar la labor poderosa, casi invisible, que efectúa la familia.

El conjunto se presenta como una enorme antesala de la Muerte y al atravesarla he sentido un profundo escalofrío. En una etapa anterior de mi evolución espiritual me sumergía a menudo en visiones de un mundo completamente muerto, vacío de seres humanos, y no voy a negar que aquellos oscuros ensueños me procuraban placer. Aquella idea la veo aquí hecha realidad y me inclino a creer que el espíritu quedaría muy pronto trastornado aunque faltasen los soldados — ya en estos días he sentido cómo el espectáculo de la aniquilación sacaba de quicio al espíritu.

Durante la marcha he charlado de vez en cuando con el suboficial de nuestra compañía encargado del armamento, el cabo armero, que hacía unas observaciones muy atinadas. Al descubrir que yo no era insensible a ellas, a menudo se ha adelantado con su bicicleta y luego ha regresado para traerme, por así decirlo, las imágenes que había cogido al vuelo. Ha dicho, por ejemplo, que resulta extraño que lo primero que se encuentra destruido sean precisamente los instrumentos de música, sean de la clase que sean — un indicio de que el carácter de Marte es hostil a las Musas; si no recuerdo mal, esto es algo que se encuentra ya apuntado en un gran cuadro de Rubens dedicado a este asunto y titulado *Marte y las Musas.* Los espejos, en cambio, me decía el suboficial armero, estaban casi siempre intactos — la explicación que de ello daba es que se necesitan para afeitarse; pero seguramente eso tiene también otras causas. Es propio de la demonología el que, a pesar de la celeridad del avance, siempre haya gente que se tome tiempo para exponer en las ventanas de las casas deshabitadas objetos absurdos — pájaros disecados, sombreros de copa, bustos de Napoleón III, maniquíes de costurera y otras cosas por el estilo.

Junto al camino aviones destruidos; uno de ellos, a la salida de Sedán, había caído sobre el tejado de una casa y lo abrazaba con sus alas. Al caer no solo había calcinado la ca-

sa, sino que había chamuscado en un amplio círculo, dejándolas secas y descoloridas, las hojas verdes de los árboles de los alrededores. En un bosquecillo tanques, de los que salía un olor a cadáveres.

A primera hora de la tarde en Boulzicourt, donde nos alojamos. Reunión de mandos en un jardín; he encontrado más pronunciados los rostros de los oficiales, sus fisonomías parecían estar fundidas en un metal acrisolado. Cuando a la vuelta he atravesado, a la hora del crepúsculo, la plaza mayor, que está en ruinas, me he visto envuelto en una especie de baile de máscaras. Soldados con chisteras, con sombreros de paja, con gorras de ferroviarios y con cascos coloniales giraban en corro montados en motocicletas y en automóviles sin neumáticos, que a duras penas habían conseguido poner en marcha. A lo anterior se añadían las casas con los postigos de las ventanas destrozados, y las puertas con avisos como «Cadáveres en el sótano» o «Cuidado, minas» — escritos probablemente por gente que quería reservarse para sí sola aquellos alojamientos. Había además allí una carnicería en cuyos tajos y bancos se amontonaban grandes cantidades de carne; por las encarnadas rejas de la puerta salía un hedor espantoso.

He venido a mi alojamiento cruzando un pequeño puente y caminando al lado de caballos muertos. También había en los jardines otros animales muertos, como un gran perro dogo cuya piel amarilla se había hinchado con el sol de este caluroso día.

En mi habitación me he bebido todavía la botella de Château-neuf-du-Pape; mientras lo hacía pensaba en Burckhardt, cuyo vino predilecto era precisamente este. Puede decirse que los temores de Burckhardt se han cumplido. He estado hojeando también unos papeles que el propietario de la casa juntó apresuradamente, según muestran todos los indicios, y de los que luego se olvidó con las prisas; entre ellos se encontraba su contrato matrimonial.

Doumely, 28 de mayo de 1940

Una vez levantado, paseo por los jardines, donde correteaban los conejos, en tanto las gallinas se habían alejado ya un poco hacia los campos. Parecían intimidadas y se quedaban detrás de los primeros setos de los prados. Luego desayuno y, hacia las diez, partida. Había dos caballos que cojeaban, así que he dejado atrás un carro de pertrechos; el jefe del convoy se ha quedado muy asombrado, pues le parecía totalmente incomprensible mi orden.

En nuestro avance pasamos por Villers-sur-Mont, Poix-Terron, Montigny-sur-Vence, siempre con la compañía de las mismas imágenes. Casas vacías, desoladas, caballos muertos, y en los prados reses solitarias mugiendo. Alto de mediodía en La Lobbe. Hemos colocado una mesa en medio de la carretera y allí hemos acompañado con una botella de borgoña el caldo preparado con las gallinas cogidas en Boulzicourt.

Por la noche, en Doumely, me alojo en una casa en avanzado estado de ruina. He dormido en la cama, pero sin desvestirme; las alforjas me han servido de almohada.

Bucy-les-Pierreponts, 29 de mayo de 1940

A hora temprana, partida; apenas tuve cinco horas de descanso, que además, como suele ocurrir, quedaron reducidas a la mitad por causa de la recepción de órdenes, el reparto del rancho y otros varios asuntos del servicio. Por si fuera poco, hoy hemos vuelto a dejar atrás un buen trecho de terreno, en realidad hemos recorrido noventa kilómetros, con un largo descanso.

Hemos atravesado Porcien, Wadimont, Fraillicourt. Esta es la zona donde estuve en 1915; sus casas, construidas con blanca piedra gredosa, tienen a menudo en las ventanas y en las puertas una bonita cenefa de finos ladrillos rojos. Bajo el revoque de las paredes, deslavado por el paso de los años, aparecen todavía señales y letreros de la época en que estuvimos ocupando estas tierras. Al ver aquello he experimentado un sentimiento extraño — como si aquellos avisos y letreros brillasen iluminados por rayos X.

Ya en Adon, la primera población que hoy hemos cruzado, tumbas recientes en la plaza; allí estaba anteayer una cocina de campaña repartiendo a plena luz el rancho, lo que ocasionó que dejara caer sus bombas un avión que por allí pasaba. Treinta y dos muertos. Aún quedaban dispersos por el suelo jirones de los uniformes.

La marcha ha resultado muy fatigosa, pero los hombres se han portado bien. Que otros rindan lo mismo en los combates — pero lo que es extraordinario es el modo como los hombres, tras una pesada marcha, y sin haber tenido el menor descanso, aceptan la orden de ponerse otra vez en camino sin una palabra de protesta y ni siquiera de decepción. Silenciosos y modestos prosiguen la marcha hasta el límite de las fuerzas humanas.

Por la tarde en Bucy-les-Pierreponts, uno de los típicos villorrios de greda de esta zona, en cuyo único pozo conservado han estado haciendo cola muchas horas, para sacar agua, los cocineros y los conductores. En la plaza del pueblo dos carros de combate, uno ligero alemán y uno pesado francés; este último de nombre «Athos», seguramente lo habrá bautizado así un lector de *Los tres mosqueteros.* Me he introducido penosamente en él y una vez más he vuelto a comprobar que yo no me siento a gusto dentro de esos artilugios con olor a aceite, gasolina y caucho.

Paseo por los jardines, en los que correteaban gallinas, conejos, cerdos. Había también, esparcidos por los bancales, cadáveres de animales. Allí he estado comiendo guisantes tiernos y zanahorias y he arrancado unos rábanos encarnados. Otros dos caballos de baja, por lo que he tenido que dejar atrás otro carro.

Al atardecer han atravesado el lugar más de mil franceses prisioneros. He conversado con algunos y me han contado que para ellos la guerra ha durado tan solo diez minutos; en ese tiempo, como ha dicho un alsaciano, los «avió» un regimiento blindado alemán.

Landifay, 30 de mayo de 1940

A medianoche nos reparten las órdenes. Poco después diana y marcha; hemos atravesado Ebouleau, Marle, Le-Hérie-la-Viéville. En Marle hemos pasado por delante de un gigantesco almacén de vinos; estaban repartiendo sus existencias a la tropa. He ordenado que vaciasen para nosotros dos barrilitos de tinto; además he conseguido una botella de coñac.

Animales muertos: sobre todo caballos, con cuerpos muy hinchados y unos órganos sexuales enormes al descubierto. Sobre su piel tirante juguetean moscas azules, verdes y doradas, también hay avispas que roen su piel. Mueren de agotamiento; cuando por delante de ellos pasan otros caballos, se los ve incorporarse trabajosamente sobre las manos y estirar el cuello, cual si fueran a pasar revista por última vez. Además, perros muertos, atropellados por los coches o muertos de hambre atados a sus cadenas; vacas, gallinas, corderos, muchos conejos y gatos. Algunas veces he tenido también la impresión de que del interior de edificios abandonados salían gritos de animales allí encerrados.

En Landifay me alojo en una casa vacía.

Landifay, 31 de mayo de 1940

Jornada de descanso en Landifay. Durante la noche he soñado que seguía marchando.

Por la tarde me he dado un paseo por las granjas abandonadas y los campos vecinos. Hacía viento y bochorno. He observado que cuando uno se halla en completa soledad, alejado de la tropa, aparece muy pronto un sentimiento de miedo. En las casas abandonadas he estado leyendo cartas, contemplando cuadros; parecían documentos de una cultura pretérita.

En el castillo han aterrizado unos aviadores; llegaban a preparar los alojamientos para una sección de Estado Mayor. Un comandante con el que he estado charlando me ha dicho que vienen de Boulogne. Le he escuchado detalles que a un viejo conocedor de la batalla de material como yo le resultan asombrosos. Las grandes barreras de entonces, como el Som-

me, Verdún y Flandes, se han grabado tan firmemente en la memoria que uno tiende con mucha facilidad a considerar que las posiciones fortificadas son inexpugnables. Entretanto parece haber ocurrido que, en la eterna competición entre el fuego y el movimiento, es otra vez el fuego el que ha quedado retrasado, hasta el punto de que las unidades rápidas han operado a menudo muy por delante de la infantería. Así, por ejemplo, en una ocasión este comandante, que le llevaba de ventaja a su propia infantería unas dos jornadas de marcha, se alojó en un castillo, y la dueña, que seguramente no sabía cómo eran los uniformes alemanes, le dijo que ya estaban preparadas las habitaciones — más tarde se aclaró que para quien ya estaban preparadas era para una sección de Estado Mayor inglesa que había anunciado su llegada para aquel mismo día. Estas cosas se parecen a las que ocurrían en la Guerra de los Siete Años.

Gercy, 1 de junio de 1940

Por la noche muchos sueños, como si en las viviendas abandonadas morase una materia en la que comienza a proliferar la vegetación onírica. Me parecía estar viendo el núcleo o el esqueleto de esta guerra.

Segunda jornada de descanso en Landifay. Por la mañana revista completa de la tropa, luego un paseo hacia una obra fortificada avanzada instalada en una granja. En el vacío patio un pavo, gallinas, patos de un plumaje metálico y con un pico de color rojo con una excrecencia córnea. En los graneros lana, cebada, maíz y trigo. En el comedor estaba servido un gran banquete sobre blancos manteles de lino y con muchos y variados vasos. Aún quedaban en los platos restos de gallinas y gansos, que ya empezaban a oler mal; y entre las semivacías botellas de vino aparecían también botellas llenas de aceite de oliva y otras llenas de medicamentos para animales, de los usados por los veterinarios; seguramente los apresurados bebedores habían esperado encontrar allí licores.

El primer sitio en que he entrado ha sido el gallinero, en busca de huevos; y como si la soledad me hubiera embriagado he cometido luego muchas tonterías. Así, por ejemplo, he subido a un elevado depósito de agua. En uno de los pasillos he visto un gran extintor de incendios de color rojo, y como en mi vida nunca había visto funcionar uno de esos aparatos lo he tirado al suelo y he conseguido sacar de él un blanco rayo espumoso. Pero de repente, cuando me hallaba entregado a esos quehaceres, he sentido repugnancia y me he vuelto al pueblo. Aquí he ordenado hacer limpieza en los alojamientos; también hemos matado un toro. En el preciso momento en que todo se hallaba preparado para empezar a comer ha llegado la orden de emprender la marcha.

Caminata nocturna que nos lleva a Gercy, donde no hemos encontrado sino muy escasos habitantes. Nos han asignado alojamiento a los tres, a los dos oficiales de mi compañía y a mí, en una casa propiedad de una vieja señora, que nos ha recibido como si de nosotros hubiera que aguardar lo peor.

Gercy, 2 de junio de 1940

Conversación con la vieja señora, que tiene setenta años. Me ha contado que cuando nos acercábamos había estallado el pánico. Mientras en las cercanías de Gercy se libraba un pequeño combate, su hija se había metido en un automóvil con sus hijos y había escapado a toda prisa, cuando ya las balas silbaban en torno al coche. La anciana va mustiándose como una planta a la que alguien hubiera tronchado las raíces. La he consolado y a los ordenanzas, que son muy serviciales, les he dicho que la liberasen de todo trabajo, incluso del de la cocina.

En la iglesia, que está abandonada. Pero el *aumônier,* el sacristán, sigue tocando las campanas. En la sacristía una pequeña reserva de vino de misa. Pero, al parecer, unas almas sedientas han creído que el vino hacía justicia al precepto canónico: *Vinum sacramentale debet esse de gemine vitis et*

non corruptum [el vino para el sacramento será de zumo de vid y no llevará agua].

Por la noche en la casa donde se aloja nuestro coronel. Allí he estado hojeando una obra en muchos volúmenes, con reproducciones de los cuadros del Louvre; mientras lo hacía pensaba en la conversación que sobre el destino de esas colecciones mantuvieron hace setenta años Nietzsche y Burckhardt.

Gercy, 3 de junio de 1940

Segunda jornada de descanso en Gercy, a la que quizá seguirán otras. Tras las operaciones en el norte las tropas blindadas estarán preparándose seguramente para el asalto a París. También nuestra división tomará parte en él, mas por desgracia considero posible, dadas las nuevas e inesperadas velocidades de las ofensivas, que nosotros no lleguemos a enfrentarnos a tropas armadas, a no ser que el avance quede atascado en la zona del Marne. A mi parecer lo más preocupante para nuestros adversarios es que no vemos ni un solo avión suyo.

Charlo mucho con la vieja señora, Madame Robeau, quien me dice que desde que estamos en su casa puede ya conciliar el sueño.

Gercy, 4 de junio de 1940

Paseo a caballo por los campos y prados, donde las hierbas, que no han sido segadas, están llenas de savia — hemos pasado por encima de macizos de compuestas de color amarillo oro, de margaritas que rozaban con sus cabezuelas el vientre de los caballos y de luminosos tréboles tan encarnados como solo los he visto en las laderas de los montes de Sicilia.

Por la tarde reunión de oficiales en la casa donde se aloja el coronel Köchling; parece que nuestra estancia aquí no durará ya mucho. Al atardecer he vuelto a dar un paseo por las casas abandonadas; en el momento en que abría la puerta de una habitación me he dado de bruces con un gran perro ne-

gro, que me ha mirado fijamente con ojos ardientes. Rápidamente me he metido en otra habitación que quedaba al lado y allí he visto encima de un sofá un perro dogo de color amarillo y en el suelo un grifón blanco, que se ha puesto a ladrarme furiosamente. Parece ser el local donde se reúnen los perros que han quedado huérfanos.

Las flores en los jardines — un lirio de color violeta pálido con unas escobillas amarillas para el polen en el sépalo, que provocan una impresión erótica. Ha de ser extraordinario el goce de las abejas y abejorros que allí chupan. Por cierto que es posible que estén equivocadas todas nuestras teorías sobre los animales que viven en comunidad y que sea goce lo que nosotros vemos como trabajo. Luego los últimos corazones y las últimas peonías; también el phlox, que al atardecer desprende un olor narcotizante. A esas horas se despiertan también sus colores y a su alrededor giran enjambres de insectos. El phlox, o «llama», es poco aparente cuando está aislado, pero en cambio resulta opulento cuando forma grandes macizos — es el salto hegeliano de la cantidad a la cualidad.

Gercy, 5 de junio de 1940

Por la mañana hemos vuelto a dar un paseo a caballo por los hermosos campos, queríamos comentar las nuevas experiencias en los combates de ofensiva. Ahora se puede progresar tal como lo soñamos en 1918. La Picardía con sus suaves pendientes, con sus pueblos anegados en huertos de árboles frutales, con sus caminos para el ganado bordeados de chopos — cuántas veces me ha embelesado ya a mí este paisaje. Aquí se intuye de manera elemental que se está en Francia; y esa es la razón de que jamás puedan perderse para la patria los valles y las colinas.

Todos los días hablo mucho tiempo con mi anfitriona, para hacer ejercicios de francés, y siempre aprendo algo en esas conversaciones. Así, por ejemplo, las abejas se dicen *les abeilles,* pero si se habla descuidadamente se llaman: *les mouches.*

Por la noche cena en la casa donde se aloja el coronel. A la hora de los postres se ha presentado un enlace del regimiento con la orden de que estemos listos para partir dentro de una hora. Parece que la nueva ofensiva ha comenzado esta mañana; aquí no habíamos oído nada de tal cosa. Escribo estas palabras mientras Rehm se dedica a hacer el equipaje.

Toulis, 6 de junio de 1940

Marchamos hasta Toulis, adonde llegamos a las cuatro de la madrugada. Allí nos acomodamos en una granja de grandes dimensiones; los hombres en los desvanes, los caballos al aire libre, los carros y cocinas en el patio. Yo dormí en una cama, pero usé como almohada las alforjas; la habitación era estrecha y había sido completamente saqueada. En la pared colgaba un gran retrato de señora, una fotografía de los tiempos de Flaubert — conservaba todavía una densa sustancia erótica. Antes de quedarme dormido iluminé desde la cama a aquella encorsetada beldad con mi linterna de bolsillo y sentí envidia de nuestros abuelos. Ellos cortaron las primeras flores de la descomposición.

La marcha nocturna nos hizo pasar a menudo junto a cadáveres de animales. Por vez primera nos dirigíamos hacia el fuego, que se oía a no mucha distancia — los impactos eran pesados, martilleantes. A mano derecha grupos de proyectores, y en medio de sus luces bengalas amarillas, seguramente inglesas, que se balanceaban largo tiempo en el aire.

Dado que podemos entrar en combate en cualquier momento, por la tarde, bajo un fuerte sol, he estado haciendo prácticas de tiro con las pistolas ametralladoras, acompañado de mis jefes de sección; he sacado una buena impresión de su potencia de fuego. Delante de un montón de paja he mandado colocar una larga hilera de botellas de vino vacías, que aquí no escasean ciertamente, y luego hemos disparado sobre ellas; cada breve ráfaga hacía añicos una de las botellas. El ejercicio ha tenido consecuencias funestas para una vieja y gorda rata que estaba escondida allí en la paja y que

de repente ha salido de su escondite con el hocico ensangrentado; Rehm la ha rematado de un botellazo.

Durante la vuelta conversación con un viejo francés que ha visto ya la tercera guerra, pues todavía consigue acordarse de la de 1870; entonces tenía cinco años. Casado, tres hijas. Al preguntarle yo si eran guapas, ha respondido con mucha ecuanimidad, moviendo la mano:

—*Comme ci, comme ça.*

Por cierto que en este encuentro he sentido la dignidad que una vida larga y dedicada al trabajo confiere al ser humano.

Mucho calor. En la iglesia. En una de sus naves laterales, sentadas sobre paja, un grupo de mujeres vetustas sorbiendo sopa con bocas desdentadas de unos cuencos redondos que les llevaba una muchacha joven; esta se ha sentado más tarde en uno de los bancos y se ha puesto a rezar.

Luego en el cementerio. Dos hombres estaban cavando una tumba — para un anciano. Es el tercer refugiado que ha fallecido en los últimos días. Removían un suelo de muertos, cultivado de antiguo; uno de ellos ha sacado a la luz un cráneo.

Característico de las guerras y en general de las catástrofes fatales: ese balanceo que unas veces nos presenta como completamente imposible el que entremos en combate y otras lo presenta como seguro. Así permanecemos en la incertidumbre, hasta que por fin llega el fuego. Esto es, sin embargo, algo que estaba ya predeterminado desde mucho tiempo atrás en los cálculos de los generales. Es una parábola de la situación vital en general. No eludimos los casos serios.

Pensamientos durante mi marcha nocturna a caballo de ayer — sobre la maquinaria de la Muerte: las bombas de los aviones en picado, los lanzallamas, las diversas clases de gases tóxicos, en suma, sobre ese tremendo arsenal de aniquila-

ción que se despliega amenazador ante el ser humano. Todas estas cosas son únicamente teatro, son puro decorado que cambia con los tiempos y que no era menor, por ejemplo, en la época de Tito. Tampoco entre los primitivos se está libre de esas preocupaciones; uno puede toparse allí con tribus muy expertas en torturas rebuscadas. Los horrores de la aniquilación se presentan siempre con un sinnúmero de detalles técnicos, como en las antiguas pinturas del infierno.

Eternamente idéntica permanece, en cambio, la distancia absoluta que nos separa de la muerte. Basta un paso para recorrerla; y si estamos decididos a osar ese paso, entonces todas las demás cosas forman parte del mundo de la representación o de la tentación. Las imágenes con que las cosas nos salen al encuentro en ese camino son reflejos de nuestra debilidad — cambian con los tiempos en que hemos nacido.

Laon, 7 de junio de 1940

La noche la pasamos todavía en Toulis, seguramente porque la ofensiva alemana que estaba desarrollándose delante de nuestro sector había encontrado resistencia. Los franceses se defienden en las alturas del canal Aisne-Oise; en la tarde de ayer la 25.ª División consiguió avanzar, sin embargo, hasta los bosquecillos que quedan al sur de Sancy. Por el momento nuestra 96.ª División sigue donde está, pero en cualquier momento puede entrar en combate.

Hacia el mediodía hemos salido hacia Laon; la ciudad, alzada en lo alto de una colina, se divisa desde lejos. Yo estuve en Laon algún tiempo en 1917; perdura en mi recuerdo como una ciudadela avanzada del espíritu latino y no creo que este sentimiento mío me engañe. La atmósfera que flota en torno a los santuarios antiquísimos es algo que se huele.

Junto al camino, una vez más, caballos muertos; dos flotaban en la charca que se había formado en el fondo de un embudo gigantesco abierto por una granada. También había junto al camino tanques destruidos por proyectiles. Grandes ruinas en las entradas de las poblaciones y en los barrios periféricos. Paisajes de barricadas.

Calor asfixiante, incluso en la ciudad. He mandado que los hombres dispusieran los fusiles en pabellones y he enviado a los encargados de los alojamientos al barrio que nos ha sido asignado. Durante un momento de descanso, mientras, acompañado de Spinelli, me hallaba sentado en un cómodo sillón de barbero que habíamos sacado a la calle del local de un *coiffeur,* ha pasado en su coche por delante de nosotros el general y me ha gritado que hoy hemos conquistado Soissons y cruzado el canal del Aisne por tres puntos.

Alojamiento en las afueras de la ciudad; me he instalado con los dos oficiales de mi compañía en un chalé que dispone de un extenso jardín y una espaciosa terraza. Como aún quedan en la ciudad bodegas grávidas de vino, he enviado un vehículo, que pronto ha regresado con una carga de botellas y barriles de tinto. Para estos menesteres es preciso escoger cabezas que tengan inventiva, las cuales, por cierto, no tardan en hacerse notar. Las otras, las que carecen de ingenio, vuelven, en vez de con vino, con *vinaigre,* y en lugar de traer latas de conserva se traen botes de pintura. Luego he ordenado que sacrificasen una ternera, ya que la carne que nos habían repartido olía mal. En los huertos estaba pastando una manada de reses y desde la terraza he señalado la que debía ser sacrificada. La abundancia de carne es desde siempre uno de los signos de una victoria reciente.

Muchos hombres de la compañía se han procurado bicicletas, no solo bicicletas de caballero, sino también tándems, bicicletas de señoras y pequeñas motocicletas. Al coronel estas cosas lo horrorizan, como también le parece una atrocidad que los hombres decoren los vehículos con símbolos grotescos. Así que muy astutamente se ha puesto al acecho junto a una fuente y, sin la menor vacilación, ha enviado al calabozo a un hombre que marchaba junto a la columna tocado con un casco colonial.

Mientras escribo estas líneas estoy sentado en la terraza y degusto licores como Cointreau y Fine Champagne, que hemos encontrado en el bar de la casa — antes, claro está, nos

hemos dado una buena ducha en el cuarto de baño. Desde el Chemin des Dames, que no queda muy lejos de aquí —dista una pequeña marcha a pie—, nos llegan los ruidos provocados por los juegos de las artillerías; es una lenta acumulación de impactos, parecida a montañas que se derrumbasen. Las artillerías están manteniendo entre ellas una charla terrible. Si uno la oye tal como yo la oigo *hoy,* sabe que entre los seres humanos se interpone una frontera de la palabra, y ello aunque hablasen con lenguas de ángeles. Entonces se alzan estas voces de metal y de fuego, pensadas para infundir miedo — y los corazones, ciertamente, son escrudiñados a fondo.

Laon, 8 de junio de 1940

Por la noche leído todavía en un libro de Bernanos — el primero de los publicados por él desde que se marchó a Suramérica. El libro lo había encontrado aquí en la casa y antes de quedarme dormido estuve reflexionando sobre la situación de este espíritu, una situación que también contiene realmente rasgos de parábola. Antes de emprender mi viaje a París, Steiner me había insistido mucho en que fuera a visitar a Bernanos; quizá lo que me llevó a no hacer esa visita fue la celebridad de este autor, pues desde siempre el conocimiento que menos me ha seducido, de entre los que uno puede aspirar a tener, es el conocimiento de las celebridades. A lo que parece, cuando nos hacemos un nombre sufrimos una pérdida proporcional de calidad — en concreto, de esa calidad que cabría calificar de «calidad de vecino». En la misma medida en que los seres humanos se tornan importantes para la masa, en esa misma medida pierden también su valor de prójimos. Esto es algo que se ve sobre todo en las mujeres: cuánto más generosa y abundante en dones puede ser para nosotros la primera mujer con que tropezamos que no aquellas estrellas que aparecen en las portadas de todas las revistas.

En plena noche me despertaron unas bombas que no caían muy lejos. Quise bajar al sótano, pero no encontré mis botas. Así que renuncié a ello y pronto volví a quedarme dormido.

Por la tarde, acompañado de Spinelli, he hecho una incursión en los calurosos jardines situados en la ladera de la colina. Rosas, peonías blancas, jazmín. Hemos entrado en varias casas, algunas de las cuales habían sido dañadas por proyectiles. En una de ellas podía verse, a través de la pared del comedor, una muñeca de seda; el trono en que se hallaba negligentemente sentada era un aparador que colgaba sobre el abismo. De un armario de ropa blanca me he llevado una toalla, pues no tenía ninguna. Por lo que se refiere a las requisas, existen unos límites muy precisos que intento dejar claros a los hombres. Por ejemplo, a un soldado le está permitido apropiarse de una cuchara si la suya se ha perdido — en determinadas circunstancias le es lícito apropiarse incluso de una cuchara de plata, si es que por casualidad se le viene a las manos, pero si al lado de la cuchara de plata hay otra de aluminio, entonces en ningún caso se quedará con la primera. Hemos alcanzado el muro de la ciudadela por un sitio donde están talladas en la piedra las fechas de 1598 y 1498.

Rehm había recogido para la cena las primeras patatas y las primeras cerezas del huerto. Antes me había dedicado yo a satisfacer mi vieja pasión de comer guisantes verdes directamente de la planta. Me parece que al comer guisantes verdes come uno un extracto de las fuerzas más finas de la Naturaleza.

Laon, 10 de junio de 1940

Ayer, mientras los demás batallones de nuestro regimiento se dirigían hacia Soissons, el nuestro quedó separado por breve tiempo del IX Ejército, con gran pesar por nuestra parte; fue acantonado en Laon con la misión de garantizar el orden en esta ciudad hasta la llegada de otras unidades. Y dentro de esa misión se me confió a mí el cuidar de la parte alta de la ciudad, en especial de la ciudadela, el museo y la catedral.

En aquella zona reina aún un poco de anarquía, sobre todo por la noche. Es cierto que casi todos sus habitantes la han abandonado, pero en esos lugares queda siempre una cierta

cantidad de gente de desecho que fácilmente se mezcla con los malos elementos que existen en todos los ejércitos. De ahí que haya ordenado que las estrechas callejuelas sean patrulladas por numerosas rondas y piquetes, los cuales arrestan a toda persona que es encontrada dentro de las casas sin autorización, y también a los borrachos y sospechosos; los encierran en las casamatas de la ciudadela y luego, al mediodía, voy yo mismo a clasificarlos.

La ciudadela es una obra fortificada, levantada en lo alto, que viene de tiempos antiguos, pero que hoy carece de todo valor para la guerra. De hecho el único servicio que últimamente prestaba era el de servir de alojamiento a la tropa; es indescriptible el estado en que he encontrado tanto el gran patio como los fosos, las casamatas y las oficinas. Había allí montones de piezas de equipo, armas desparramadas por el suelo, muebles, automóviles, barriles llenos de vino, cajas repletas de latas de conserva; parecían los restos de navíos hundidos que el mar hubiera arrojado a la playa, o lo que quedaría de un mercadillo sobre el que hubiera soplado un vendaval.

He instalado un pelotón de guardia en el museo, que contiene una modesta colección provinciana. En él he visto un retrato pintado por Greuze, algunos cuadros de los hermanos Lenain, que son naturales de Laon, y una hermosa copia de una obra de Rubens por Delacroix. Me ha gustado especialmente un bodegón, obsequio de la ciudad a Napoleón III — melocotones y áster iluminados por un resplandeciente rayo de sol, y luego un lirio, cuyo color azul claro brilla de un modo muy refinado en la oscuridad de la sombra. De una manera prodigiosa están equilibrados en este cuadro el ardor y el frescor. He ordenado hacer un inventario. Faltaban tres telas; un cofre que había contenido monedas estaba vacío.

Por último, para cuidar de la catedral he instalado allí una guardia que comprende: un observador en la torre, que vigila la llegada de los aviones, dos centinelas en el pórtico principal, y una patrulla en el interior; esta última cumple las fun-

ciones del sacristán y se ocupa de que los visitantes se comporten como es debido. Ayer hice ya una visita fugaz al edificio y hoy por la mañana me he demorado largo tiempo en su elevada nave, que, igual que el primer día, me ha parecido magnífica. Lo que me ha impresionado especialmente ha sido el sencillo trazado de las líneas — el modo tan puro, por ejemplo, como las columnas sustentadoras abren sus hojas en los capiteles. Aquí se presiente la fuerza enorme de unos siglos que aún están por nacer, una fuerza que se enconde en el capullo.

Cuando estuve en lo alto de la torre, desde la cual abarcaba con la mirada las vías de los trenes, las carreteras atestadas de vehículos que por ellas rodaban, los aeródromos a los que llegaban y de los que salían los aviones, cuando estuve allí comprendí la unidad existente entre aquel tiempo antiguo y este tiempo nuestro de ahora. Sentí que era *esa unidad* sobre todo lo que en modo alguno debía permitir que se me escapase y me juré no olvidar nunca en lo venidero lo que debo a los antepasados.

Las figuras monstruosas que desde las alturas otean los campos como espiándolos. Unas imitan claramente el mundo zoológico, son remedos, por ejemplo, del murciélago, del lince, del lobo, del gato; abajo, a la izquierda del gran pórtico principal, hay incluso una figura que imita la forma del hipopótamo, y hasta la posición de las orejas de ese animal está allí reproducida con toda exactitud. En otras figuras, así en las cabezas de los malos frailes, encuentran expresión rasgos propios de una fisonómica transcendental. Pero los monstruos que causan una impresión más extraña son aquellos que proceden puramente de los reinos de los demonios; en ellos se plasma en piedra una experiencia ya extinguida y en ellos pueden nuestros ojos deleitarse con espanto. Sentimos que no es posible inventar esas cosas libremente. Pensé en la Acrópolis — y cómo en ella tales imágenes se enterraban a gran profundidad, bajo los cimientos. ¡Qué diferencia con estos enjambres, con estos tropeles de espíritus expuestos al

aire y al viento! Y qué extraño resulta también el ver pacer allá abajo los ganados a través de los bosques de columnas de la torre. Hoy he intuido que estas catedrales son obras, obras de la Vida, obras que quedan lejos de las muertas normas del mundo museístico. El pensamiento de que este templo se halla bajo mi protección ha contribuido también a que intuyera lo dicho; y como si se hubiera vuelto muy pequeño, lo he estrechado contra mi pecho.

Resido, acompañado de mis dos oficiales, en la Rue du Cloître, en el barrio de la gente importante, toda la cual ha huido precipitadamente dejando abandonadas sus lujosas mansiones. En estas tropezamos con un grado de disfrute de la vida que hace ya mucho tiempo es desconocido en Alemania. En verdad nosotros somos los *sans-culottes*, unos vencedores que sí llevamos calzones, pero unos calzones hechos de fibra de madera, y que miramos medio asombrados los tesoros que todavía quedan en este mundo — por ejemplo, la bodega del dueño de la mansión en que me hospedo, de mi desconocido anfitrión; hay en ella una colección de vinos de Borgoña ordenada en armarios y en estantes que cubren las paredes hasta el techo. No cabe duda de que sería una locura no aprovechar estas cosas tan buenas; de ahí que ayer celebrásemos los tres, a la luz de unas velas, una sesión de cata de vinos; el primer premio se lo llevó un delicado Clos Vougeot, y el segundo, un Chambertin. También era excelente un Beaune cosecha 1934, que tenía este hermoso lema: *J'aime à vieillir.*

Por la noche un tiempo de bochorno. Otra vez bombas en las cercanías, crepitaciones — mientras leía en la cama oía zumbar el avión sobre los tejados como un insecto peligroso. Prosigo mi lectura del libro de Bernanos. Las discusiones del tipo de las que aquí se mantienen con Maurras me son conocidas de sobras por el nacionalismo alemán — es bueno que sea a los ejércitos adonde vayan a desembocar todas esas cosas, como los anónimos aguaceros diurnos y nocturnos cuya fuerza mueve en el valle los molinos. Por mucha que sea la

razón que alguien pueda tener en una polémica, no deja nunca de resultarme penoso el polemismo en un espíritu tan destacado como Bernanos. Uno adquiere un mérito por cada una de las observaciones polémicas que se guarda para sí, y eso tanto más cuanto más ingeniosa sea la observación.

En los intervalos leo a Maupassant, del que he encontrado un pequeño volumen de una edición barata en la mesilla de noche que está junto a mi lecho; el mencionado tomito se hallaba allí entre cajas llenas de bombones y también de objetos de uso completamente íntimo. Maupassant es uno de los autores que aprendo a estimar cada vez más — en él la fuerza individual está equilibrada todavía por eso que preencontramos en nosotros como herencia. Existe una clase de ligereza que encubre lo difícil y aun inimitable del trabajo, y eso hace que en un primer momento la subestimemos. Solo el original nos proporciona una idea exacta. En la lectura he visto claramente la perfecta elegancia de una expresión tan sencilla como *nous faisons* — veía refulgir esa expresión en la frase como un pez que saltara bruscamente del agua. Son insuperables las *pointes*, las ingeniosas frases finales; arrojan un último destello que vuelve a iluminar el contenido de la narración, proporcionan, por así decirlo, su fórmula.

Vuelvo a Bernanos: teme que los Estados modernos no se desarrollen ya de acuerdo con las medidas y reglas de lo humano, sino que se presenten como una especie de insectos gigantescos. A primera vista esta preocupación parece justificada, pero en el fondo se trata de un fenómeno histórico que se repite siempre y que en sí es de un rango secundario — lo que él hace es dar respuesta a una perturbación más honda y quizá también curarla. La historia del hombre se desvía hacia lo mecánico o también hacia lo demoníaco, pero regresa a las normas, formándose así un nuevo equilibrio. El secreto de esto está en que el sufrimiento genera fuerzas superiores, curativas.

Meditado sobre palabras como *beaucoup.* Para expresar una relación tan sencilla como esa resultan un poco forzadas, en el fondo, esas expresiones — probablemente aparecieron en determinados grupos, quizá de cazadores o pescadores, y luego se introdujeron en el vocabulario común. Incluso en nuestros días siguen pasando a él expresiones procedentes de grupos estudiantiles y de otros; se las reconoce por su aroma especial. Por cierto que *viel,* nuestra palabrita alemana para decir «mucho», tiene en casi todos los idiomas unos sinónimos demasiado fuertes.

Laon, 11 de junio de 1940

De nuevo en la catedral. Esta vez he estado primero en las criptas, que se prolongan en lo hondo con bosques subterráneos de columnas y acaban perdiéndose en cavernas. Luego, en las escaleras de caracol de las torres laterales y en las tribunas, desde lo alto de las cuales descubre la vista secretos y más secretos. En este recorrido me ha impresionado ante todo la implacable solidez de la obra, que hace impensable una ejecución mejor que la que tiene. A ello se añade la temible fuerza del plan, que, hallándose él mismo casi fuera del tiempo, somete a servidumbre a generaciones enteras. En una de las tribunas encontré un diminuto murciélago reseco; me lo he guardado como recuerdo. Una vez más en las torres, para realizar estudios de demonología.

En el camino de vuelta se me vino a la cabeza que aún había de escribir una carta a Friedrich Georg y que carecía de pluma para hacerlo. De ahí que estuviera buscando una papelería; como no me fue posible encontrar ninguna, encaminé mis pasos hacia la Audiencia, que tiene su sede en unos edificios góticos arrimados a la catedral. Crucé el vestíbulo y la antesala y fui a dar luego al gran salón de vistas, donde vi, colocados sobre el tapete verde de la mesa de los jueces, los birretes de estos; era como si se tratara de una breve pausa. Me senté en el sillón del presidente y estuve estudiando las actas de un juicio que había quedado interrumpido bruscamente. Pero allí no encontré ninguna pluma, así que en mi

búsqueda fui entrando sucesivamente en las habitaciones destinadas a los bomberos, a los secretarios, a los abogados y a los jueces. Por fin penetré también en el despacho del presidente y allí me senté a su escritorio y recobré un poco el aliento, pues aún necesitaba descansar de mi subida a las torres. Abrí los cajones, en los que encontré un gran número de documentos, cartas, instancias. También vi que un cargo tan elevado como este arruina los nervios, así lo confirmaban los muchos tubitos y cajitas llenos de medicamentos que allí había. Pero sobre todo descubrí, en una pequeña caja, las plumas cuya búsqueda me había llevado a aquel lugar. Habría podido abandonar, por tanto, el edificio, si un exceso de curiosidad no me hubiera empujado a echar un vistazo todavía a los pisos altos. En ellos encontré aposentos que habían estado habitados; en uno de ellos requisé, en virtud de los derechos que como soldado me corresponden, una esponja de goma de la que andaba necesitado. Más arriba todavía, en los desvanes, estaban almacenados, metidos en bolsas azules, montones de actas amarillentas, que seguramente llevaban allí mucho tiempo. Saqué un legajo; contenía pleitos de los años sesenta del siglo pasado relativos a inmuebles y me enfrasqué en su lectura hasta que la oscuridad del crepúsculo hizo que las letras empezaran a volverse borrosas.

Luego, casi ya de noche, y para controlar las patrullas, realicé una ronda acompañado de Spinelli; he visto que a él la zona de la aniquilación le produce un efecto enteramente diferente del que suscita en mí. Atravesamos patios donde los gatos formaban grupos silenciosos — temibles y solemnes. Las tiendas, sobre todo las carnicerías, exhalaban olores de putrefacción. La travesía por aquellos edificios muertos era al principio excitante, luego fatigosa, y al final angustiosa. Entramos en un café donde todavía estaban los vasos, medio llenos, encima de las mesas de mármol y con el taco dimos un golpe a la única bola de billar que quedaba sobre el paño verde. Luego hicimos funcionar las máquinas automáticas.

Tras muchas vueltas y revueltas fuimos a parar a un enorme edificio donde había salas llenas de ficheros; se trataba del registro catastral, como podía verse por los planos y dibujos. Luego estuvimos en la gendarmería; órdenes de arresto, pasaportes, y una máquina de escribir en la que una carta había quedado interrumpida a la mitad de una palabra.

Ya era de noche, pero todavía entramos en la biblioteca municipal a través de un portal destrozado. Recorrimos las salas, en las que de vez en cuando iluminaba libros con mi linterna de bolsillo — por ejemplo, una edición de los *Monumenti antichi* de un valor incalculable. Ella sola llenaba todo un armario. Parte en el suelo y parte en una larga mesa había una colección de autógrafos ordenada en unos treinta gruesos volúmenes. Al azar abrí uno de ellos. Contenía cartas de célebres botánicos del siglo XVIII, algunas de las cuales estaban escritas con una letra muy fina y grácil. De un segundo legajo extraje un escrito del zar Alejandro I, también páginas escritas por Eugène de Beauharnais y por Antommarchi, el médico personal de Napoleón. Abandoné aquel lugar con la sensación de haber estado en la cuevas de Sésamo y regresé a mi alojamiento.

Después de medianoche, una vez más, bombas sobre la ciudad.

Laon, 12 de junio de 1940

Por la mañana me han traído setecientos prisioneros para que los acomode en la ciudadela y los tenga allí vigilados. Revisté aquella abigarrada columna formada por hombres procedentes de muchas armas y regimientos y ordené que de la masa saliese uno solo, un sargento que tenía cara de inteligente. Le asigné como intérprete un alsaciano y le encargué que nombrase a seis jefes de sección; cada uno de estos debía rodearse a su vez de diez cabos; y, finalmente, cada uno de los cabos debía elegir diez hombres. Entretanto yo fui repartiendo arriba los alojamientos, señalándolos con un trozo de tiza.

Y así quedó articulada y alojada en media hora toda aquella masa. Al enterarme de que muchos de ellos llevaban bastante tiempo sin comer nada, pedí cocineros y vi cómo se adelantaba una docena de hombres. Ordené que inmediatamente se pusieran a trabajar en las cocinas, donde quedaban muchas provisiones. Pero antes pregunté:

—¿Quién sabe cómo se prepara un lenguado *à la meunière?*

Se presentó un muchacho bajito, con cara de granuja, Arthur, que había sido ordenanza en casinos de oficiales en Marruecos.

—Eso no es difícil, *mon capitaine.*

Además de él se presentó otro hombre, una persona de aire calmoso, agradable, Monsieur Albert. A este último lo nombré cocinero personal mío y como ayudante le asigné a Arthur.

Las medidas que se imponía tomar eran las siguientes, por este orden: instalación de un puesto de guardia en la salida, distribución y aposentamiento de los prisioneros, rancho, construcción de letrinas y reglamento de policía. Aparte de esto dejé en paz a aquellas buenas gentes y les transmitía mis órdenes por mediación de sus jefes, los cuales eran, por así decirlo, el punto en que se apoyaba la palanca con que los movía.

Más tarde me di cuenta de que la presencia de aquellas setecientas personas no me había causado ninguna inquietud, a pesar de que a mi lado no había más que un centinela, más bien simbólico. Cuánto más terrible me había parecido aquel único francés que una mañana de niebla de 1917 lanzó contra mí una granada de mano en el Bosque de Le Prête. Esto me ha sido muy instructivo y me ha reafirmado en mi decisión de no rendirme jamás, decisión a la que ya permanecí fiel en la guerra del catorce. Toda rendición de armas es también un acto irreparable, que afecta a la fuerza primordial del combatiente. Y así, yo estoy convencido de que tam-

bién queda afectado su lenguaje. Esto es algo que puede verse con especial claridad en las guerras civiles; en ellas la prosa del bando derrotado pierde enseguida su vigor. Me atengo en esto a la frase de Napoleón: «¡Dejarse matar!», claro está que esto es algo que únicamente vale para los humanos que saben qué es lo que se ventila en la Tierra.

Una vez resueltos esos asuntos he vuelto a la biblioteca para echar otro vistazo a la colección de autógrafos; hoy me ha parecido mucho más importante todavía. En sus gruesos volúmenes se acumulan numerosos documentos, desde pergaminos carolingios en cuyas enrevesadas rúbricas ponía el soberano su firma con un trazo, hasta autógrafos de contemporáneos nuestros; desde cartas y decretos de los Capetos y breves de Luis XV hasta el «Louis» con que firmaba su nieto y que parece extrañamente tímido. En el tomo primero encontré un escrito de Lotario, del año 972 si no recuerdo mal, y en el último dos cartas del mariscal Foch dirigidas a Berthault, presidente de la Audiencia de la ciudad de Laon. Según la mala costumbre de los bibliotecarios franceses, estas dos cartas habían sido prendidas en 1920 con un alfiler que había dejado grandes manchas de herrumbre en el papel y que yo me permití retirar. En aquel tranquilo lugar estuve hurgando cual abeja en trébol marchito hasta que llegaron las sombras del crepúsculo. Ha sido una clase, con ilustraciones de primer rango, sobre la fama y la decadencia — en el polvo de los laureles.

Sobre el valor: no es posible poner precio a tales tesoros — únicamente cuando se está totalmente derrotado se los abandona. Y desde luego puedo decir que, mientras estuve dando vueltas en mis manos a aquellas hojas, apenas se me vino a la cabeza que en dinero valían millones; seguramente eso se debió a que yo era quizá el único en aquella ciudad que captaba el sentido que encerraban. Por un instante pensé en hacer trasladar al museo aquellos documentos, y también los elzevirios que había visto, y confiarlos allí a los centinelas; pero me pareció demasiado grande la responsabilidad aun

del mero traslado, así que los dejé donde estaban, sin cerradura ni cerrojo.

Una vez más en la ciudadela, donde me han presentado a un joven de una columna de panaderos al que habían encontrado durmiendo en una de las casas destruidas. También me enseñaron un puñado de calderilla — monedas de níquel agujereadas, sin valor ninguno. Como aquel asunto podía tomar un giro peligroso, y a mí me parecía una chiquillada más que otra cosa, me decidí a soltar al mozalbete, sobre todo porque tenía un rostro sin arrugas y limpio de toda malicia. En casos como este es preciso estudiar la fisonomía; ella es el pasaporte principal y más seguro que nos ha procurado la Naturaleza.

El día había sido muy caluroso; por ello, acompañado de Spinelli, y con el fin de observar el habitual ataque de los aviones, pasé una parte de la noche en unas hamacas que nos habíamos hecho llevar al terrado de la ciudadela. Pero justo esta noche pasada no ha habido ataque aéreo.

Antes de quedarme dormido estuve meditando una vez más en las disposiciones que por el día había adoptado, sobre todo en las concernientes a los prisioneros. El que estas me saliesen tan bien debíase seguramente a un momento de buen humor, dado sobre todo que estoy perdiendo cada vez más el sentido para todas las cuestiones prácticas. Con todo, también en ellas hay un goce espiritual. En ciertas encrucijadas de nuestra juventud podrían aparecérsenos Belona y Atena — la primera con la promesa de enseñarnos el arte de guiar veinte regimientos al combate de manera que estuvieran en su puesto en el momento de la batalla, mientras que la segunda nos prometía el don de juntar veinte palabras de manera que formasen una frase perfecta. Y pudiera ser que escogiésemos el segundo de los laureles; este crece, más raro e invisible, en las pendientes rocosas.

Laon, 13 de junio de 1940

Por la mañana ronda por la ciudadela — especialmente por los subterráneos abovedados, donde revoloteaban los mur-

ciélagos. Allí tropecé con una placa de mármol dedicada al comandante que en 1870 se voló a sí mismo con el polvorín — recordé vagamente haber leído algo sobre aquello.

Por la tarde estuve poniendo orden en la bodega de nuestro anfitrión — otro trabajo *pour le roi de Prusse*, puesto que seguramente se cuenta ya por días el tiempo que permaneceremos aquí. El dueño de esta casa es un enamorado de los vinos de Borgoña, de los que posee más de treinta variedades; solo de Beaune, por ejemplo, tiene seis. Para este menester de ordenar la bodega había elegido entre los prisioneros franceses a un camarero que en otros tiempos trabajó en los cafés de Montmartre y que posee buenos conocimientos sobre la materia. Mientras él iba colocando otra vez en sus sitios las botellas que bebedores apresurados habían sacado de los estantes y yo realizaba un inventario, charlamos un poco acerca de vinos, de ostras, de aperitivos, y de la *bouillabaisse*. En cuestiones de paladar mi interlocutor poseía mucha experiencia, y también en las relativas a mujeres, a las que clasificaba por provincias. Así, hizo una comparación entre las marsellesas y las parisinas — según él las mujeres de Marsella no son tan frías y además salen mucho más baratas. Como despedida le permití que eligiese una botella para sí; escogió un viejo Pommard, cuyo tapón de corcho estaba ya medio podrido.

Me metí temprano en la cama, pero estuve leyendo hasta más allá de las doce. En primer lugar acabé el estudio de Crépet sobre Baudelaire, que me parece un modelo de este género de investigaciones. El estudio se divide en una biografía, una parte documental y anecdótica, y un apéndice que contiene cartas a Baudelaire y sobre Baudelaire. De esta manera el hombre es presentado en su aura.

Detalles: la carta de Victor Hugo en que proclama que el arte es el servidor del progreso. Frente a esto, excelente la observación de Baudelaire sobre Hugo en una carta de 1864: «Ese poeta en el que Dios, por un espíritu de mixtificación impenetrable, ha amalgamado la tontería con la genialidad».

Esa es efectivamente una de las amalgamas más funestas que puede haber, aunque con toda seguridad es también una llave para conseguir grandes éxitos, para conquistar popularidad. Libros como *Los miserables* se parecen a puentes de barcas tendidos para las masas. Ciertamente hay otros espíritus que pierden la curiosidad de ocuparse con una Musa que ha alumbrado tales hijos. Esto me trae a la memoria una conversación que tuve con Janin en 1938, a continuación de la tarde que pasamos en casa de Gide — parece que a los extranjeros nos faltan ciertas premisas para poder comprender la enorme estima en que los franceses tienen a Hugo. Además, aún no está fijado el juicio sobre él, como tampoco lo está sobre la mayoría de los grandes personajes del siglo XIX, empezando por Napoleón.

En 1866 un tal Pechmeja escribió a Baudelaire una carta desde Bucarest. En ella elogia, entre otros, el poema *Élévation* y dice que «si las letras que concurren a formar versos de este género se tejiesen para hacer muestras con ellas, aparecerían dibujos como los de las alfombras persas o los chales indios».

Luego estuve todavía hojeando un poco una biografía de Gauguin, en cuya figura apuntan ya muchas de las cosas que vendrían después, sobre todo en la mezcla de nerviosismo y brutalidad. De repente hacen aparición allí tipos sin ropa.

Me hallaba profundamente dormido cuando sobre la una de la madrugada fui despertado de repente por una violenta presión de aire. Escuadrillas de aviones enemigos estaban volando en círculo sobre la ciudad y lanzando bombas. Los impactos seguidos sonaban unas veces cerca y otras lejos y en ocasiones eran interrumpidos por explosiones aisladas de una potencia temible, que se enseñoreaba de la noche. Luego los aeroplanos pasaban zumbando muy cerca de los tejados. El ataque duró seguramente dos horas y durante ellas me quedé dormido varias veces; otras veces permanecía sentado en la cama, apoyado en los brazos. La ciudad se hallaba en completo silencio, como si estuviera muerta; solo abajo, en el

despacho, un reloj señalaba los cuartos de hora con un alegre carillón.

Laon, 14 de junio de 1940

Por la mañana he inspeccionado los nuevos puestos de guardia que he instalado en el arsenal y en otros sitios. Al borde de los caminos, vehículos volcados y animales muertos. A la entrada de la fábrica de filtros de gas un camión había aplastado de tal manera un perro o un gato que lo único que allí quedaba era una gran mancha roja. Yo no habría sospechado que fueran los restos de un ser vivo si no hubiera visto seis cuerpos no nacidos, seis embriones, que en forma de hexágono contorneaban aquella mancha oscura. Eran como unas bolas de gelatina cuya lisa membrana vitelina les había permitido esquivar el paso de las ruedas y eran lo único que allí conservaba forma en medio del aplastamiento. Tuve la impresión de que había en aquello una preocupación solícita que seguía ejerciendo su poder, aunque solo fuera en el armazón mecánico — la solicitud de la Gran Madre de la vida, de la cual son trasuntos las madres de los seres animales y humanos. Como tantas otras veces en ocasiones anteriores, también aquí me pareció oír esta pregunta: «¿Por qué te es mostrado a ti este espectáculo?».

Siempre he sido sensible a las desgracias — mas, para mi desdicha, a las que no están de moda. A mí me parece, sin embargo, que esto, el no estar de moda, es uno de los atributos por los que es posible reconocer las desgracias auténticas.

Laon, 15 de junio de 1940

Por la mañana en el arsenal, donde he revisado los puestos de guardia; luego, bajo la guía de Keunecke, he estado disparando con plomo sobre botellas lanzadas al aire. En el arsenal hay grandes reservas de muchas cosas; así he encontrado, por ejemplo, un alargado almacén repleto de especias y he mandado que me llenasen una cesta para Monsieur Albert. En otro almacén he tropezado con un montón de ob-

jetos extraños, donde predominaban las navajas de bolsillo, las cuchillas de afeitar, las llaves, los portafolios y las libretas de apuntes. De ello he deducido que por allí habían pasado muchos prisioneros a los que habían obligado a desprenderse de tales objetos. He descubierto, entre otras cosas, el detallado diario de un capitán francés y me he quedado con él. Incluso grafológicamente constituye un ejemplo de cómo se puede pasar de una agradable seguridad a una situación incierta. Al comienzo está escrito con una limpia letra a tinta y al final aparecen anotaciones apresuradamente garrapateadas con lápiz normal y, en las últimas páginas, con lápiz encarnado.

Essommes, 16 de junio de 1940

Me llegó por sorpresa una orden de que me dirigiese con mi compañía a Château-Thierry. Hemos hecho el viaje en camiones, pasando por Soissons.

Antes de partir de Laon ordené que se hiciese limpieza en los domicilios donde habíamos estado alojados; en ellos había ido formándose una especie de ambiente de comodidad entre ruinas, como en Moscú bajo Napoleón. Luego despedí a Arthur, a causa de su comportamiento excesivamente marroquí. Pidió hablar conmigo y me rogó que le permitiera seguir con nosotros, pues prefería, dijo, servirme a mí que *de faire ce qu'on appelle des traveaux de pisse.* No obstante, mandé que lo llevasen a la ciudadela con los demás prisioneros, pues, inexplicablemente, siempre estaba ya borracho después del desayuno, y por las noches, como una urraca, tenía llenos de objetos robados los bolsillos. En cambio conservamos a Monsieur Albert.

Las carreteras, los pueblos y las ciudades que hemos atravesado, completamente destruidos; la ruta, bordeada de vehículos incendiados. Entre ellos, tanques achicharrados. Caballos muertos, ruinas, tumbas. De los frondosos bosquecillos salía olor a cadáveres. En muchos lugares había monumentos conmemorativos de la guerra de 1870 y de la del catorce; con frecuencia estaban destruidos por proyectiles.

En medio de esos mundos de ruinas van retumbando por las carreteras y por los reconstruidos puentes las pesadas ruedas de interminables columnas motorizadas que avanzan hacia el oeste. Cañones, baterías antiaéreas, municiones, tanques, ambulancias, reflectores, compañías de protección contra los gases, así como vehículos cuya forma y cuyo significado nadie conoce. El ambiente que domina es el de gente que ha pasado varias noches sin dormir, pero hay también una consciencia de superioridad invencible. Los capós de los vehículos pesados llevan extrañas mascotas: toscos zapatos de madera, cascos de acero tomados al enemigo, máscaras antigás de ojos saltones, elegantes muñecas a las que el viento de la marcha levanta hasta la cabeza sus faldas de seda rosa. El vehículo de una unidad de asalto llevaba como mascota una calavera; la cortada tapa de los sesos, que castañeteaba ligeramente, indicaba que aquel cráneo había sido tomado de un gabinete de anatomía. En las plazas de Soissons, cubiertas de escombros y de tejas, estaban plantados maniquíes de tiendas de confección. Parecían hacer señas con las manos y charlar entre sí. Un policía de gorra colorada levantaba las faldas a una muchacha campesina.

La ciudad ha sufrido mucho a causa de los bombardeos y por ese motivo he continuado hasta Essommes, a orillas del Marne, que queda a unos veinte minutos de camino. También en Essommes reina una confusión indescriptible, en las calles hay barricadas y en los jardines, soledad. Nos hemos alojado en el castillo; antes de nuestro ataque estaba ocupado por cazadores de montaña — esparcidos por el parque hay muebles y delante de la entrada está tirado un perro muerto. En un rincón se hallan amontonadas minas francesas de esas que se colocan bajo tierra y explosionan en cuanto alguien pisa sobre ellas; un letrero recomienda prudencia. En las habitaciones se han instalado ya conejos, y en el piso superior da un salto y escapa un gato de Angora.

Tras la llegada, y una vez instalada la tropa, recorro los huertos; en ellos florecen las primeras azucenas y va madu-

rando la cosecha. En la parte alta de la ladera de la colina, solo en un pequeño huertecito, a pleno sol. Fresas, grosellas de tres colores, frambuesas encarnadas y blancas. Entre las fresas una variedad pequeña, de color casi negro, increíblemente dulce. Unos soldados llevan barriles de vino y sacos de café que han encontrado en las barricadas; habían sido utilizados como material de relleno. El valor de los bienes baja cuando de lo que se trata es de salvar la vida.

Por la noche, y todavía en este momento, una sensación extraña, como de borrachera. Estoy repleto de imágenes, como un recipiente que rebosara. Se me escapan.

Essommes, 17 de junio de 1940

Por la mañana he ordenado que Monsieur Albert sacrificase cuatro patos que aún erraban por el parque y luego he ido en bicicleta a Château-Thierry a recibir órdenes del general Schellbach, que está allí alojado en el Convento Azul. Mientras andaba buscando este edificio he atravesado barrios desolados, donde caballos muertos obstruían el paso. A lo largo de la calle principal se extendía un revoltijo de vehículos que habían colisionado entre sí. Veo todas estas cosas como un gran mosaico y apenas presto atención a los pequeños e innumerables detalles que allí están escondidos como en un jeroglífico. Así, por ejemplo, mientras redactaba una orden para un enlace dejé mi guardamapas encima de un carro blindado del que solo quedaba el chasis. Hasta que no me marché de allí no reparé en que, mientras escribía, mis ojos habían rozado aquella masa de hierro que se parecía a una parrilla enteramente quemada por el fuego. En aquel horroroso *grill* no faltaba ni siquiera carne. De manera casi automática capto así imágenes cuyo significado no se me hace evidente, gracias a un proceso misterioso, hasta pasados varios minutos, o incluso varias horas.

Para poner orden en el castillo y en el parque que lo rodea me llevé un centenar de prisioneros de un campo donde estaban encerrados. Se quejaban de tener hambre; de ahí que hiciera traer vino de las bodegas y recoger frutas en los

huertos y les prometiese obsequiarlos con una cena antes de devolverlos al campo. Una vez que cada uno se bebió su vaso de vino, aquellos hombres restablecieron el orden en el castillo y en el parque cual si fueran un enjambre de genios de Aladino. Entretanto Monsieur Albert se dedicaba a cocinar los patos; los rellenaba con aceitunas, de las que habíamos descubierto un bote en la cocina.

Por la tarde el castillo estaba completamente limpio. Pero en el preciso momento en que esperábamos poder sentarnos a comer llegó la orden de partir. Debíamos ir a Montmirail y desempeñar allí una misión similar a la que habíamos tenido en Laon. Esto hizo que no pudiera cumplir la promesa que les había hecho a los prisioneros, pues en aquel instante se empezaba a servir la sopa. Ordené que les repartiesen los patos; ciertamente, esto, más que una comida, fue un gesto simbólico.

Montmirail, 18 de junio de 1940

Una vez más ha vuelto a llenarme de asombro el comportamiento de mis hombres en el momento de emprender la marcha. Habían estado trabajando todo el día y tenían la esperanza de descansar; pese a ello, ni uno solo torció el gesto cuando llegó la orden de partida. La virtud de estos hombres consiste en su perfecta comprensión de lo necesario.

Por fortuna conseguí evitarles la marcha a pie, por cuanto fui metiéndolos por pelotones en vehículos de munición que iban vacíos. En Montmirail volvimos a reunirnos. Cerca de la entrada de esta ciudad me paré junto a un carro blindado del que estaba saliendo a la luz en aquel momento su conductor; era un hombre bajo y delgado e iba vestido con un conjunto empapado de aceite. Lo enredé en una conversación de la cual saqué la impresión de que, en tipos como él, Vulcano y sus caracteres de trabajo impregnaban ya fuertemente las figuras marciales. Ese fue también el asunto de nuestra charla — la combustibilidad. Hasta entonces aquel conductor había «conducido» ocho ataques y había visto ya arder cerca varios carros — a veces, decía, era posible salir de ellos, así lo

había conseguido hacer recientemente uno de sus camaradas, el cual, desde luego, se dejó la mayor parte de la piel en el interior del carro. Hace ya mucho tiempo que viene ocupándome la cuestión del fuego; apunta a cambios profundos entre los combatientes.

Me he instalado en el magnífico castillo de Montmirail, que desgraciadamente ha sufrido algunos destrozos; aquí vivo solo, acompañado de Spinelli y algunos ordenanzas. En el parque habían caído bombas que destrozaron una serie de ventanas, y un pabellón situado a la derecha de la puerta principal había ardido. Los habitantes del castillo, y seguramente también soldados, han estado viviendo durante los últimos días en los sótanos, cavados a gran profundidad en la greda; así lo delata un conjunto de toscas colchonetas que en ellos hemos visto. Montmirail es el castillo de La Rochefoucauld, y para mí, que desde hace mucho tiempo tengo como uno de mis libros de cabecera también sus *Máximas,* es un acto de gratitud espiritual el salvar lo que se pueda salvar. De ahí que inmediatamente ordenase que el castillo fuese puesto bajo vigilancia y se comenzase a hacer limpieza en él. Lo único que a menudo importa, cuando se trata de cosas de este valor, es preservarlas durante unos cuantos días críticos.

Por la mañana atravesó el pueblo una columna de más de diez mil prisioneros franceses. Apenas iba vigilada, solamente de vez en cuando aparecían algunos centinelas que la acompañaban con la bayoneta calada y que eran como perros de pastor. Yo tenía la impresión de que aquellas masas cansadas y exhaustas avanzaban por su propio impulso hacia un destino desconocido. En aquel momento me encontraba en la escuela y como allí tenía a mi disposición, para las labores de limpieza, un centenar de belgas y franceses, les ordené que de un almacén que habíamos requisado trajesen cajas de bizcochos y de latas de carne, y empecé a repartirlas. También ordené que distribuyesen mosto, pero los prisioneros caminaban tan apretujados que apenas uno de cada veinte recibía algo.

Hasta ese momento no había conocido yo el sufrimiento de grandes masas en un espacio reducido; uno siente que ya no puede reconocer a la persona singular. También nota ese rasgo mecánico y vertiginoso que es peculiar de las catástrofes. Nosotros estábamos de pie detrás de la verja del patio de la escuela y desde allí arrojábamos bizcochos y latas de carne o bien los distribuíamos entre una densa masa de manos que se alargaban hacia nosotros a través de los barrotes de la verja. En ese detalle precisamente había algo desconcertante. Los que venían detrás seguían empujando, en tanto los de delante se atropellaban unos a otros cada vez que un bizcocho caía al suelo. Para llegar también a los que iban al otro lado de la columna ordené lanzar los botes de carne por el aire, trazando un arco, pero aquello era tan solo una gota de agua sobre una piedra ardiente. Más de una docena de veces intenté hacer llegar una lata a un viejo que marchaba lentamente renqueando — pero todas las latas desaparecieron en una confusión de manos, hasta que lo vi desaparecer en la corriente. Luego encargué a la guardia que me metiese en el patio a un muchacho muy joven que por allí pasaba, para darle de comer — pero, en vez de capturar al que yo había señalado, cogió a otro distinto, que, de todos modos, también llevaba dos días sin probar bocado. En medio de todo aquello resonaban las voces de un pregonero que Spinelli había apostado encima de la pared; solicitaba un sastre, pues nuestra ropa blanca está necesitada de alguien que la remiende. Así fueron pasando aquellos hombres por delante de nosotros, como una imagen de la oscura corriente del destino; contemplar aquel espectáculo desde detrás de la segura verja del patio de la escuela resultaba extraño, excitante e instructivo. Casi todos ellos estaban ya completamente embotados y no hacían sino dos preguntas — si se les daría de comer y si se había concluido la paz. Ordené que les gritasen que Pétain había ofrecido un armisticio, a lo que ellos replicaban una y otra vez con la misma desesperada pregunta de si ya había sido «firmado». El gran bien que es la paz podía verse allí con los ojos.

Al final de la columna, cuyo desfile había durado casi dos horas, vi un grupo de oficiales de pelo blanco, que portaban condecoraciones de la guerra del catorce. También ellos iban hacia delante con paso cansino, arrastrando los pies y mirando el polvo del camino, con la cabeza baja. Su visión me conmovió; mandé que abriesen la puerta y que los hiciesen entrar en el patio. Allí los invité a comer y a pasar la noche. Los puse primero en manos del barbero y a poco los vi, recuperados, sentados a una larga mesa que estaba en el patio, cerca de la cocina. Teníamos una sopa excelente, también carne y vino en abundancia, y sobre todo nuestros hombres se comportaron con una cortesía tan natural que aquel agasajo salió muy bien. Se veía que aquellos hombres agotados se sentían ahora como durmientes cuando una pesadilla toma un giro favorable. Aún estaban como aturdidos por la derrota. Les pregunté si podían darme alguna razón de aquel hundimiento súbito y oí que lo atribuían a los ataques de nuestros bombarderos en picado. Tales ataques, decían, habían producido trastornos desde el primer momento en las comunicaciones, en los avituallamientos y en la transmisión de las órdenes; luego nuestras armas rápidas habían cortado como un soplete sus ejércitos. Ellos me hicieron por su parte la pregunta de si podía yo expresar en una fórmula nuestro éxito — contesté que en él veía una victoria del Trabajador, pero tuve la impresión de que no captaron mi respuesta en el sentido que yo le daba. No conocen los años que nosotros hemos vivido a partir de 1918 ni las enseñanzas que hemos acumulado en crisoles ardientes.

Por la noche, una vez que conseguimos poner en orden la pequeña cocina del castillo, me senté con Spinelli en el salón redondo; la vista que desde él se tiene es extraordinaria. El paisaje se parece a un escenario adelantado; el patio de butacas estaría formado por el césped del parque, césped que por ambos lados está cerrado por altos muros arbóreos. Estas franjas boscosas limitan también, como si fueran bambalinas, el fondo del escenario, cortando una suave pendiente de

verdes prados y bosquecillos. En medio se halla, como si fuera el proscenio, un valle invisible, del que sobresale el campanario de la iglesia de un pueblo. Una suave ondulación del terreno cierra el horizonte. De esta manera el parque y su prolongación producen el efecto de un contorno arquitectónico logrado en todas sus partes, cuya perfección consiste en estar limitado. He visto en mi vida panoramas más impresionantes, más soberbios, pero jamás he contemplado ninguno que estuviera tan bien acabado, tan bien redondeado como este.

A hora tardía damos todavía un paseo por el parque, bajando hacia el valle. En una granja de campesinos tropezamos con un clérigo acompañado de su hermana y de un grupo de mujeres y niños. Habían atravesado el campo de batalla. Luego se habían precipitado sobre ellos aviones con sirenas ululantes, pero habían vuelto a alejarse sin arrojar bombas, porque, como decía la hermana, «habían visto que entre ellos estaba un sacerdote». Tanto el cura como su hermana se encontraban todavía muy nerviosos, aunque ya habían pasado varios días desde los hechos; cuando se dirigían a nosotros no paraban de hablar. Estaban en un estado que he podido observar con frecuencia en la confusión de estas semanas; con expresión muy certera el pueblo lo describe como «haber perdido un tornillo».

Mientras escribo estas líneas me hallo sentado, avanzada ya la noche, al escritorio de la duquesa, cuyos cajones, algunos de ellos forzados, están repletos de libros con dedicatorias de autores conocidos. Al hojear uno de los libros cae al suelo una carta de uno de los hijos de la duquesa, François, de unos quince años de edad; la carta está fechada en 1934 y es muy simpática. Por ella veo que quien la escribió quería ser aviador; ahora tiene ya edad para poder serlo.

Por lo que se refiere al castillo, he conseguido ponerlo en orden antes de que llegase la noche; excepto los cristales de las ventanas, todo en él se halla en buenas condiciones.

Montmirail, 19 de junio de 1940

He dormido en el ala donde está la capilla, en una habitación contigua a esta, y allí he soñado con Carl Schmitt. Han sido unos sueños muy agitados: Carl Schmitt se caía en una estación de ferrocarril y se lesionaba; llorando lo cogía yo en mis brazos. En todo aquello había una circunstancia notable, que en el momento de despertarme aún tenía yo muy clara, pero que ahora trato en vano de recordar.

Estoy aquí sentado, a primeras horas de la mañana, con la mirada puesta en la entrada y en el edificio de la puerta principal, que todavía sigue humeando. De los cristales rotos de las ventanas por las que contemplo este cuadro, el cristal del centro ha saltado del marco de tal manera que el trozo que ha quedado fijo a la masilla dibuja una silueta exacta de la reina Victoria. Incluso su boca un poco altanera está señalada por una delicada raja del cristal.

Después de darles de desayunar he enviado a Laon, en un vehículo de municiones vacío, a los oficiales franceses prisioneros; en la escuela se habían recuperado. Antes he ordenado que les sirviesen como despedida un vaso de vino. Cuando iban a subir al camión, el más viejo de todos, un comandante, me ha dado las gracias en nombre del grupo por la acogida que se les había dispensado en Montmirail.

De vuelta al castillo he descubierto en el jardín de otra escuela un cedro magnífico; sus agujas eran de un color azul cera y el tronco tenía unas finas estrías de color gris canela. Nunca antes había visto un cedro tan hermoso como este, ni en Mainau, donde crecen ejemplares gigantescos, ni tampoco en los bosques montañosos del archipiélago canario.

Al mediodía otra vez en el gran salón, con su perspectiva prodigiosa; a mi parecer, esta actúa directamente sobre el lenguaje y sobre el orden de los pensamientos. Antes del almuerzo me ha ocurrido algo que me ha causado una intensa emoción. Había bajado al parque y, con el fin de llevarme un recuerdo de estos días, me puse a buscar trozos de metralla en los blancos embudos que se abrían en el césped y que habían sido causados por las bombas. Pero en el primero de

esos embudos fui sorprendido por un hallazgo de un género muy superior — a saber, la magnífica fosilización de una concha de caracol que la explosión había arrancado de las profundidades del suelo de greda. Sopesé en mi mano aquella concha como si fuera un obsequio personal: tenía forma cónica, era casi tan larga como un antebrazo, su espira era abombada y el ápice estaba astillado. La rotura permitía ver la hélice y la circunvalación interior, cuyo brillo de nácar estaba bien conservado. En estos hermosos días pasados aquí ha estado acompañándome como una sombra la cercanía de la aniquilación y por ello he comprendido inmediatamente la enseñanza que se me daba: el Mont-Mirail fue en otro tiempo un arrecife en un mar de greda y en él reposa indestructible lo milagroso, de lo cual este castillo con sus jardines no es más que una figuración, un símil fugitivo, de igual manera que también es un símil de lo milagroso esta concha de caracol.

Había también en aquel hallazgo un toque de alquimia — de la piedra filosofal que metamorfosea las cosas por un milagro que acontece en nuestro interior. Y por eso, aunque se me invitase a elegir, para llevármelo como recuerdo, uno de los antiguos cuadros, libros o tesoros de este castillo, nada me habría parecido más deseable que esta concha de caracol. Es preciso que alcancemos el estado adecuado a las riquezas de la Tierra, un estado en el cual se cambian en oro todas las cosas que son tocadas por nuestra mano.

A la hora de la puesta del sol hemos vuelto a hacer una excursión al valle, armados con escopetas de caza. Esta vez nos hemos extraviado y hemos ido a parar a una granja de enormes dimensiones; había en ella abundancia de animales, pero no se veía ninguna persona. Al registrar los establos en busca de huevos hemos oído cantos en una de las habitaciones y hemos descubierto, junto al fuego de la cocina, un oscuro gnomo que estaba completamente borracho. Encima de una mesa había varias botellas vacías y semivacías que aquel hombre se llevaba de vez en cuando a la boca tambaleándo-

se. Nos ha recibido con gritos de júbilo y ha sacado de debajo de su camisa, que formaba un grueso bulto por encima del pantalón, billetes de banco, que luego ha hecho revolotear por el suelo. Si no hemos interpretado mal sus tartajeos de borracho, su patrona lo había dejado solo en la granja para que ordeñase las vacas. Cuando le hemos preguntado si había mantequilla, nos ha dicho que la de aquí no es buena porque las mujeres son muy sucias — *moi, je suis prope,* decía alabándose, mientras nos mostraba sus sucios andrajos y bailoteaba en corro bamboleándose. Luego se ha enseñoreado de él, a lo que parecía, una embriaguez de felicidad, ha puesto las manos en la chimenea, en las sillas, en las mesas, incluso en las paredes, y ha dicho:

—Esto es mío, y esto también, y esto también y esto también.

Finalmente nos ha mostrado su andrajosa gorra y ha añadido, en una progresión que no me ha parecido nada mal:

—*También* esto es mío, todo es mío.

Luego, blandiendo un largo cuchillo y mirando alrededor con ojos temerosos:

—La patrona no está aquí, aguardad, voy a matar para vosotros una oca, pero no la hembra, porque ahora tiene crías, sino el macho, que ese sí que sabe bien. Ahora todo es mío.

Aquello ha acabado por parecernos siniestro y hemos abandonado el lugar. El gnomo ha ido persiguiéndonos algún tiempo y gritándonos que volviésemos; lo veíamos agarrar gallinas y tirarlas al aire, de modo que los pobres animales huían de allí cacareando.

De vuelta al castillo pasamos, en las cercanías del terraplén del ferrocarril, por un prado en el que una compañía de soldados ametralladores franceses había abandonado sus vehículos. Entre el equipaje esparcido por el suelo encontré camisas, de las que ahora ando muy necesitado.

Hemos dado fin a la jornada bebiéndonos una botella de Aloxe-Corton; la hemos vaciado sentados frente a la chime-

nea del gran salón, mientras ardía en ella un tronco de abedul que hemos encontrado en los morillos. El fuego iluminaba de un modo muy bello la vieja placa de hierro del fondo de la chimenea, destacando la escena que en ella está representada, «Heracles en el aposento de Ónfale». Mientras bebíamos hemos estado comentando si formará parte del destino de este lugar el ver desfilar ejércitos y el albergar una y otra vez a oficiales prusianos; esto último ha ocurrido en 1814, en 1870, en 1914, y vuelve ahora a suceder una vez más.

Spinelli estaba de un humor excelente; había encendido todas las velas de la gran araña del salón, de la cual caían al suelo gotas amarillas de cera. Cuando yo me he marchado, él ha seguido allí, en compañía de una botella de champán. Puedo estudiar en Spinelli la nueva inteligencia, una inteligencia precisa, siempre despierta — para él no existen dificultades técnicas ni en lo que se refiere a los transportes ni en lo que respecta a los alojamientos. Su jornada más hermosa fue el día en que, en Laon, pudimos escuchar otra vez la radio. Hace observaciones excelentes sobre todo lo que es concreto y también hay en él rasgos caballerescos, agradables, que yo trato de cultivar y que le he visto desplegar hoy en el encuentro con los oficiales franceses.

Me fui tarde a la cama y allí estuve hojeando todavía algunos papeles a la luz de una vela; primero un álbum sobre Goya, luego un artículo ilustrado sobre Marie Laurencin y su pintura de máscaras de color rosa. Al hojear este artículo, pensamientos sobre la pérdida de la individualidad. En los cuadros de esta pintora la individualidad se disuelve, por así decirlo, en jugo de frambuesas. Finalmente me llamó la atención, en el número de septiembre de 1924 de la *Revue de l'Art,* un cuadro del pintor suizo Heinrich Füssli titulado *El sueño de una noche de verano.* Esta pintura delata no solo el conocimiento de los viejos maestros y la lectura de Cazotte, sino al mismo tiempo una visión directa de las cavernas de la realidad, traspuesta luego al gusto de la época. De ahí que

me pareciese extraño el que se me hubiera escapado hasta este momento el nombre de tal pintor.

Luego sueños. El día había sido hermoso y también abundante en imágenes grandes y pequeñas, como un tapiz. Tampoco había sido fatigoso. Yo intuía un poco del *perpetuum mobile* del espíritu, al que únicamente el tiempo pone barreras. La concha de caracol sobre todo me había puesto alegre.

Romilly-sur-Seine, 20 de junio de 1940

Al mediodía despedida del *mons mirabilis.* Viajamos hasta Romilly, atravesando Sézanne y Saint-Just-Sauvage. Junto al camino un sinnúmero de caballos muertos, enganchados todavía a carros de munición y cocinas de campaña. Horriblemente hinchados los cadáveres, con unos órganos sexuales tumefactos, parecidos a trompetas. Los labios, entreabiertos en una expresión de sufrimiento, permiten ver los grandes y blancos dientes. Se forman así unas máscaras extrañas — como si fueran rostros de demonios que estuviesen hechos con los restos de la vida pasada.

Luego muertos. Primero uno solo, en un campo a mano izquierda; lo cubría de tal manera una lona de tienda de campaña que lo único que de él se veía era el antebrazo. Apuntaba hacia arriba y la mano estaba entreabierta, como si agarrase el mango de un violín. Luego, a la derecha, delante de un bosquecillo, todo un campo de cadáveres. Se trataba seguramente de una unidad francesa que había tomado posiciones a lo largo de la carretera y que luego había intentado ponerse a cubierto entre los árboles; el fuego hubo de aniquilarlos mientras daban ese breve salto. La cara y las manos de aquellos muertos se hallaban ya hinchadas y ennegrecidas; una especie de harina fina, el polvo de la carretera, las cubría. El espectáculo era tétrico, como surgido de los pensamientos nocturnos de un espíritu dotado de una fuerza enorme.

Y también, una vez más, tanques, que en los puntos cruciales, por ejemplo en el interior de las poblaciones, estaban retorcidos como ovillos; junto a ellos, a veces, tumbas, y en-

cima de las cruces cascos con gafas. Luego, por vez primera durante este avance nuestro, grupos de fugitivos que volvían a sus casas. Se veían carretas de dos ruedas que llevaban un cargamento de camas; encima de las camas iban sentados niños pequeños y se bamboleaban jaulas con gallinas; también pasó a nuestro lado un autobús, así como un tractor que tiraba de una fila de carromatos. Entremedias iban grupos de personas montadas en bicicletas, y mucha gente que caminaba a pie. Se veían matrimonios de más de setenta años que avanzaban lentamente, y madres que en los brazos llevaban criaturas en pañales y daban la mano a niños que ya tenían que cargar con cestitos.

Al poco tiempo llegamos a Romilly, donde las calles están ya atestadas de población civil y reina un gran barullo. Aquí he encontrado a mi batallón y a mi tercera sección.

Romilly-sur-Seine, 21 de junio de 1940

Alojamiento en una casita próxima a la escuela y a unos grandes molinos movidos por vapor. Por la mañana me he enterado por un enlace de que por fin nos reintegraremos a nuestra unidad y de que en el transcurso del día nos transportarán hasta ella en camiones. Nadie podría estar más contento que yo de que acaben así nuestras correrías en el barullo de este avance por tierras de Francia. Desde hace catorce días estamos separados de nuestra unidad y ha habido veces en que parecía que éramos sencillamente triturados por el gran remolino succionante que el ataque de los blindados iba dejando tras de sí. Es casi seguro que no podemos albergar esperanza ninguna de que esta campaña nos proporcione todavía a nosotros un combate reñido; y si como soldado lo lamento, lo celebro, sin embargo, por los que sufren.

Para enterarme de detalles más concretos, a la comandancia local, donde me he encontrado con un caos horroroso. Por un lado me hablaba el alcalde de una pequeña aldea; tendría seguramente setenta años y la expresión de su rostro era de una racionalidad rigurosa. Su fisonomía me ha hecho ver claramente que en Francia la Revolución recogió y llevó

más lejos todavía ciertos procesos iniciados por la Reforma. El alcalde me preguntaba cómo podría desembarazarse de los cadáveres de más de cincuenta caballos que apestaban el aire de su término municipal. La respuesta que le he dado ha sido encogerme de hombros, pero entonces me ha dicho que aquello era muy peligroso *pour la santé publique.* Todavía estaba escuchándolo cuando ha llegado una mujer que quería que yo le explicase lo que podía hacerse contra una manada de perros asilvestrados que se han congregado alrededor de su casa. Y así he escuchado todavía otras cosas, y peores que las relatadas. Me he alejado de aquel lugar, pues hace ya mucho tiempo que aprendí que uno no puede arreglar todo. Es preciso ceñir nuestra mirada al terreno del que somos responsables. En lo que se refiere a los auxilios prácticos, la persona singular está limitada, lo mismo que un bote salvavidas tiene solo un determinado número de plazas. Hay situaciones, sin embargo, en que la mera presencia de una autoridad causa efectos saludables; su solo estar allí hace que se cierren las rendijas por las que se escapa la ciega materia de los elementos. En esos instantes se hace visible como *tal* el *mysterium* que es inmanente a todo oficio.

Bourges, 22 de junio de 1940

Como nuestra partida de Romilly-sur-Seine se retrasaba, me instalé en otra casa, donde la cama era mejor. Por cierto que estoy ya cansado de andar entrando en lugares abandonados y sucios. Y así, cuando por la tarde adquirí un par de calcetines en una tienda que acababa de abrir otra vez, ocurrió que la mera posibilidad de poder comprar algo suscitaba en mí un sentimiento agradable. También el vendedor parecía experimentar sentimientos parecidos, y de ese modo hemos redescubierto, por así decirlo, el intercambio de dinero por mercancías.

Al mediodía subimos a los vehículos en la plaza mayor. El jefe de la columna que nos transportaba era un alférez llamado Backhaus, que me gustó, un chico valiente, al que un accidente le había dejado una profunda cicatriz en el cuello y

en una de las orejas; de esta lo único que le quedaba era un pequeño resto, parecido a una delgada media luna. El alférez hizo el elogio de sus conductores, que, decía, habían permanecido sentados al volante dos días seguidos, y más tiempo aún, sin apearse, para cuidar el motor. Al preguntarle yo si cada noche acampaba en un castillo diferente, golpeó con la mano su vehículo y me respondió:

—Este es mi *château.*

A medida que aumentaba el barullo en las carreteras o en los accesos a los puentes lo veía caer en una especie de embriaguez; cuanto más crecía el trabajo, mejor lo resolvía. Son hombres impávidos, centauros extraños, sin historia, provistos de recias fuerzas para actuar en el siglo en que han nacido.

Atravesamos Sens, con su hermosa catedral, luego Allant, que era una ciudad en ruinas, más tarde Toucy, y así llegamos a Châtillon, donde encontramos volado el gran puente del río. De ahí que nos detuviéramos bastante tiempo en aquel lugar y luego cruzásemos el río por un pontón de barcas. Estuve hablando, antes de cruzar el río, con refugiados parisinos; las operaciones militares los habían sorprendido mientras se hallaban en balnearios o en sus casas de campo y ahora intentaban regresar a pie a la gran ciudad. Estaban amontonados a la entrada del puente, así que me llevé con nuestra columna a algunos de ellos. Unos iban vestidos con ropas muy ligeras, otros con atavíos a la moda; todo ello, mezclado con nuestros uniformes grises, daba a aquella travesía un aire como de «regreso del baile de máscaras». Yo iba entre dos muchachas jóvenes, guapa la una y fea la otra, y mientras charlábamos les señalé a nuestro bravo cocinero Monsieur Albert, que viene acompañándonos desde Laon. La fea dijo:

—Pues esa sería una buena plaza para mí.

A lo que la guapa replicó:

—Para ti tal vez, pero no para mí.

En la otra orilla tuvimos que aguardar a que llegasen nuestros coches y durante aquella pausa estuvimos bebiendo un vaso de vino delante de un restaurante medio destruido que se hallaba al lado del puente. Allí estaba sentado también un rentista de París que poseía una casa de campo en Châtillon; aquel hombre estuvo contándome cómo la infantería colonial francesa había saqueado a fondo su casa de campo antes de retirarse; lo relataba con gran calma.

Luego seguimos hasta Gien — allí vi, como en un cuadro ligeramente borroso, torres medievales en el fondo, y delante de ellas un decorado enteramente quemado, todavía humeante, con cadáveres de personas, caballos y animales domésticos. A la salida de la población estaba tendido el cadáver de un cerdo, alargado, blancuzco, hinchado como una crisálida gigantesca. Numerosos carros de asalto estaban tirados, fuera de combate, junto a las carreteras y a lo largo de los setos en los campos. En este lugar han tenido que chocar de frente dos grandes unidades blindadas — una confrontación en la que, suplementariamente, arde hasta quedar reducida a cenizas una ciudad de tamaño mediano. Esto suscita la impresión de una catástrofe técnica de dimensiones inauditas.

El campo alrededor estaba, por el contrario, absolutamente intacto; por ejemplo, los bosques y tierras de labor que se extendían a los lados de una prodigiosa avenida de castaños, derecha como una vela, por entre cuyos recios troncos pasamos. Prisioneros casi sin escolta, y luego, otra vez, columnas de gentes que regresaban a sus casas, con muchos niños pequeños, cansados, que eran llevados de la mano.

Así llegamos hasta Bourges, donde nos apeamos de los vehículos y pernoctamos en la primera granja con que topamos. En la cocina de la abandonada casa del dueño me puse a charlar con Keunecke y Spinelli, y tanto nos dejamos arrastrar por la conversación que en un abrir y cerrar de ojos vaciamos una botella de champán y tres de vino de Bor-

goña; nosotros mismos nos quedamos luego asombrados de lo que habíamos bebido.

Bourges, 23 de junio de 1940

Por la mañana, para recoger órdenes, en la comandancia, donde me he encontrado con una muchacha a la que ayer pretendió violar un borracho, amenazándola con un cuchillo. Era alsaciana, una criaturita valiente y decidida; había sido citada como testigo, pues el tipo había sido detenido inmediatamente. Le he preguntado en broma si el agresor había logrado su propósito, y, poniéndose en pie, me ha replicado:

—Claro que no, antes tendría que haberme acuchillado.

También hemos vuelto a ver aquí a nuestro coronel y por él nos hemos enterado de que algunas partes de nuestro regimiento han intervenido todavía en combates en los últimos días. Entre otras, la Quinta Compañía, cuyo jefe, el teniente Schrapel, que ya estaba herido en un brazo, no consintió que se le privase de ir personalmente al frente de sus tropas y fue alcanzado por una ráfaga de proyectiles que le atravesó el pecho. Entretanto han quedado interrumpidas las operaciones; en el fuego nos hemos zambullido, por tanto, únicamente con nuestras vanguardias, y los demás hemos tenido que contentarnos con el trabajo de la retaguardia. Me dicen que eso les ha ocurrido generalmente a todas las unidades de infantería, a no ser que tuvieran que combatir en los accesos a los puentes. Las experiencias de esta campaña producirán seguramente cambios importantes en los ejércitos del mundo.

En la ciudad reina la confusión; además de la población propia están alojados en ella no solo nuestras tropas y muchos prisioneros de guerra, sino también cuarenta mil refugiados. Al mediodía pasaba yo casualmente por delante de la estación de ferrocarril, donde había apostado centinelas, y he visto ante la puerta una enorme aglomeración de gente. Eran refugiados que querían utilizar el primer enlace ferroviario con Orleans y París. Aunque el tren estaba ya aguardando en los andenes y había plazas suficientes para todos, la aglome-

ración que había allí resultaba peligrosa. Se oía llorar a niños en el suelo, mientras otros se balanceaban en cochecitos encajonados entre la muchedumbre; aquellos cochecitos estaban cargados además con maletas y máscaras antigás. También había ancianos, y madres que daban de mamar a niños de teta. Otras mujeres habían entrado ya en el andén y desde allí gritaban llamando a sus hijos perdidos entre el gentío.

Con el fin de poner orden lo primero que he hecho ha sido mandar a la guardia que despejase un pequeño espacio, luego me he subido a una carreta volcada que allí había y he dicho que quedarían excluidos de subir al tren todos los que se adelantasen a empujones. Luego he ido señalando a las familias con niños, a las que he dejado pasar en primer lugar. Pero se ha presentado la dificultad de que cada vez que eso ocurría había verdaderas ristras de gente que intentaban agregarse, mientras otras personas me dirigían la palabra hablándome una docena al mismo tiempo. He visto que el gesto mío de levantar en alto a un niño calmaba a la muchedumbre y por ello lo he repetido de vez en cuando; al cabo de dos horas hemos dejado instalado a todo el mundo en los vagones. Una vez más he recorrido de la cabeza a la cola el tren, donde las parisinas volvían ya a pintarse los labios, y he oído cómo una de ellas, que evidentemente me tomaba por una especie de portero de la estación, decía:

—C'est celui qui a dit: doucement.

Cuando me iba me he tropezado con el oficial de Estado Mayor que había logrado que volviesen a funcionar las comunicaciones y que, como si fuera un pequeño dios, adivinaba ya que toda aquella gente iba a pasar una mala noche, pues aún no estaba reparado el puente de Orleans. Se me ha presentado como lector de mis libros y me ha dicho que está destinado a un puesto donde se conoce la guerra sobre todo por su lado nocturno. Me ha invitado a cenar mañana en el hotel Boule d'Or.

Por la tarde reunión de oficiales, para analizar la situación; una vez acabada, el coronel me ha retenido a mí y también al

comandante. Me ha hecho entrega de la pequeña cinta blanca y negra con pasador de plata, a la vez que me informaba de que me ha sido concedida la Cruz de Hierro por la recuperación del artillero herido en el frente del Alto Rin.

Esto me ha traído a la memoria el episodio de Iffezheim, que ya había casi olvidado en el torbellino de erupciones de las últimas semanas. Enseguida he pensado en Spinelli y me ha venido al recuerdo el cuidado que en aquella ocasión tuvo de mi rodilla. Como los dos habíamos compartido aquel paseo, me parecía equitativo que también compartiéramos la condecoración. Así se lo he expuesto al coronel y por la tarde he tenido la alegría de ver a Spinelli con la Cruz.

Por cierto que con este motivo he visto de un modo especialmente claro la distancia que hay para mí entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Entonces las más altas condecoraciones por abatir a adversarios, hoy la pequeña cinta por un paseo para recoger a un herido. También es notable la distancia a que he quedado del fuego. Tiene razón Heráclito: nadie cruza dos veces el mismo río. Lo que en ese cambio hay de misterioso es que responde a modificaciones en nuestro interior — somos *nosotros* los que nos formamos el mundo, y *lo que* nosotros vivimos no está sujeto al azar. Es nuestro estado interior el que atrae y selecciona las cosas: el mundo es como lo hemos creado *nosotros.* Cada uno de nosotros es capaz, por tanto, de transformar el mundo — ese es el enorme significado que le ha sido conferido al ser humano. Y de ahí que sea también tan importante el que trabajemos en nosotros.

No es el rey el que otorga la recompensa más alta, es el aedo. De ahí que para mí esa recompensa, también por lo que se refiere a aquella primera guerra, no esté en la estrella de Federico el Grande; está en el poema *A mi hermano Ernst.*

Por la noche en un pequeño bar, donde he adquirido dos botellas de Veuve Cliquot. Me he permitido la broma de con-

tarles a los hombres que allí estaban sentados que aquella era mi ración ordinaria para cenar; me han mirado como si fuera un animal prodigioso. A este propósito me he enterado por boca de Monsieur Albert, mientras me preparaba la mesa, de que a las copas puntiagudas las llaman aquí *flûtes à Champagne* — una expresión que no conocía y que me ha divertido. Por cierto que los grupos de alegres bebedores usan también otras copas que se llaman *à pompette;* estas en lugar de pie tienen un anillo, así que no se las puede poner encima de la mesa sino boca abajo — es decir, hay que haber apurado antes su contenido.

Bourges, 24 de junio de 1940

Esta mañana he vuelto a dejar pasar como por una esclusa a mujeres y niños en la estación. Me había informado de la hora a que salía el tren, ya que ese hecho exige la presencia allí de una autoridad. Esta vez las cosas han marchado mejor; también me había llevado una gigantesca caja de galletas para los pequeños. Luego he ido a revistar los diversos puestos de centinelas en la ciudad; mientras lo hacía me ha llamado la atención el carácter acentuadamente latino de la muchedumbre, sobre todo en los barrios de las afueras.

Por la noche con Steinitz en el hotel Boule d'Or. Una inteligencia precisa, de buena calidad. Hay en todos los asuntos de la práctica un cierto número de seres humanos que forman la pequeña y bien diseñada ruedecita que da impulso y trabajo a la obra. En Steinitz he encontrado también, bien acuñado, uno de los caracteres propios de esta categoría de personas — a saber, una cierta ironía al impartir órdenes.

Pensamientos sobre el mando: no hay genios desconocidos. Cada uno de los humanos encuentra en la vida el puesto que le resulta adecuado. Nacemos exactamente con el potencial social que haremos realidad. Esto es algo que puede estudiarse en los barcos: en el momento de zarpar para una travesía la sociedad se recompone, por así decirlo, y siempre aparecen individuos que se empeñan en hacer creíbles y reales unas exigencias superiores a las suyas habituales. De esa

manera se lleva a cabo una nueva medición del espacio social, pero a los tres días está ya restablecido el orden antiguo, el que viene de nacimiento. Un viaje por mar merece la pena aunque solo sea por contemplar ese espectáculo.

Sobre las diez de la noche se ha conocido la conclusión del armisticio; esto ha hecho que desapareciera de las mesas el vino de Borgoña y apareciera en grandes cantidades el champán.

Bourges, 25 de junio de 1940

La casa en que estoy alojado resulta agradable por cuanto su fachada da a un jardín y además es difícil de encontrar. Se halla a orillas del Yèvre, un riachuelo tranquilo, con numerosos brazos, en el fondo del cual brillan las plantas acuáticas y al que proporcionan sombra árboles que dejan pender sobre él su ramaje. Delante del mirador de la casa verdea una pequeña extensión de césped; rodéanla espesos arbustos y un talud de lirios la separa del agua. Una vieja columna se alza en el centro del césped, un rosal trepador de flores de color rojo claro rodea su piedra gris; hay además un gran guindo cargado de frutos prodigiosos. Como nadie los recoge, el exceso de maduración los hace reventar. También en los bancales las fresas de las cuatro estaciones se colorean de negro y caen del tallo; queda allí el blanco sépalo, que se parece a una bandejita de tarta. En este tranquilo jardín, que está como enmarcado por una selva virgen, tomo al mediodía un baño de sol mientras leo, y por la noche, después de cenar, recorro en barca el riachuelo, en el cual juguetean las truchas. Allí coloca también Monsieur Albert sus cañas de pescar.

Esta sombreada soledad, en la que Naturaleza y arte de vivir se equilibran de un modo tan bello, se extiende al borde de la Avenue Jaurès, que recorro a menudo en mi camino hacia el servicio, pero nunca sin dejar de recrear mis ojos en dos hermosos plátanos inusitadamente recios; plátanos de tales dimensiones no los he visto más que en la isla de Cos, en la de Rodas y en Esmirna. Un árbol como ese es el más

bello símbolo de la actitud que por su puro existir hace presentes el poder y la dignidad; no cabe duda de que el plátano es un árbol que merece ser engalanado con cadenas de oro y que su cuidado se encomiende a guardianes especiales, como puede leerse en Heródoto.

También es notable la diferente manera como uno ve las plantas y árboles *conocidos* según los lugares en que se encuentran. Se trata de cambios de peso en los átomos, que escapan a la descripción: los cambios de aire, de agua y de tierra intervienen en la vida y el flujo de las savias. Presentimos así la cualidad inalienable, el sabor de los elementos del suelo patrio; eso es algo que solo en los poemas puede quedar reflejado para la memoria.

Por lo que a mí hace, muchas de esas cosas las leo también en los insectos, en sus formas nuevas y en el modo como cambia la relación entre las especies. Por cierto que hoy he estado ordenando algunas capturas que hice durante el avance; por ejemplo, la *Leptinotarsa* o escarabajo de la patata, que con sus larvas de un color rojo chillón se comía, cual si fuera una sarna roedora, las matas de las patatas en los abandonados huertos de Essommes. No se me ha escapado el carácter paradójico de estas ocupaciones mías en medio de la catástrofe, pero al mismo tiempo me han parecido sedantes — en ellas se acusa una reserva de estabilidad y aun de temple civilizado. Además, desde 1914 he aprendido a trabajar en el ámbito del peligro. En los tiempos que corren es preciso disponer de una calma de salamandra si uno quiere alcanzar sus objetivos. Esto se aplica especialmente a la lectura y a su continuidad a través de fases buenas y de fases malas; si uno acarrea cada día unos cuantos ladrillos, al cabo de sesenta u ochenta años puede llegar a vivir en un palacio.

Siempre he considerado que mi afición a las cazas sutiles era algo lleno de sentido para mí; en cambio mis amigos, con la excepción de mi hermano Friedrich Georg, la han tomado por un rincón remoto, hoffmannesco, de mi mundo. Es cierto que a la persona singular le queda casi siempre oscura la ra-

zón de por qué se dedica a tales menesteres. A mí me parece, empero, que el alfabeto no me basta. Siento necesidad de una escritura que se asemeje a la egipcia o también a la china con sus centenares de miles de ideogramas; de ahí que haya adoptado esta escritura de los insectos, con la que participo en el festín de enteras celdillas de la colmena de la erudición acumulada en dos siglos, las cuales han sido llenadas de miel para que yo disfrute de ella. Esa es mi actitud en general con respecto a las ciencias del siglo XIX; son andamios en los que hago lo que me place. De ese modo alcanzo una serie de puntos, de tipos, de multicolores incrustaciones que recubren el mundo cual nudos de una red. Uno realiza así en las cosas cortes más sutiles que con las palabras; pero lo lujoso de este método está en que únicamente puede ser utilizado para goce propio y rehúye ser comunicado a otros. Yo, desde luego, no logro ver esa actividad mía como un extravío. Lo mismo me ocurre con mis sueños — en ellos no me alejo de mi esfera propia, sino que la profundizo y amplío.

Llevamos puestos los siglos delante de nuestros ojos como filtros que se interponen entre nosotros y las cosas; esos filtros son los que confieren a estas últimas su colorido. Me estará permitido decir que el siglo XX es el que crea para mí la iluminación propia, y eso hasta en las profundidades de los sueños. Luego viene el siglo XIX, y después el XVIII.

Al ver los muertos de las afueras de Montmirail tuve el sentimiento de que me faltaban esos filtros — es decir, la imagen quedaba fuera del marco de la historia. Allí vi lo absoluto, la estructura esencial, e intuí la presencia de poderes de los cuales lo único que conocemos, desde hace ya mucho tiempo, son solo sus nombres abstractos — esos poderes no son eternos, pero su dominio perdurará mientras exista el tiempo. Allí en Montmirail sentí su temible triunfo.

Lo absoluto se expresó allí también en el hecho de que por primera vez en mi vida estuviera saciada mi sed de imágenes. Más que eso — había visto más cosas que las que deseaba ver; me parecía al espectador de una obra teatral que to-

ma un rumbo desconocido, al caminante por un paisaje riquísimo que de repente, una vez franqueado un angosto desfiladero, se vuelve simple y horrible. En tales ocasiones se apodera de nosotros un sentimiento de impotencia; nos percatamos de que fallan nuestros medios históricos, filosóficos, morales, de los cuales estábamos tan orgullosos, y de que hemos menester otras armas.

Un pensamiento que se nos escapa se parece a un pez que se suelta del anzuelo. No deberíamos perseguirlo; sigue alimentándose en las profundidades y regresa luego con más peso.

Bourges, 26 de junio de 1940

Al atardecer una visita, que se ha hecho anunciar cautelosamente por Monsieur Albert — un hombre joven, que me ha escudriñado con miradas interrogadoras. Era el hermano de la dueña de esta casa que ocupo y me ha parecido posible que llevase el uniforme del ejército francés no hace muchos días todavía. Me ha explicado que era ingeniero, que se dirigía a Sens para poner en funcionamiento unas fábricas destruidas en aquella ciudad, y que aprovechaba su paso por Bourges para preguntarme si le permitía llevarse un retrato de su hermana que estaba en el dormitorio. Tenía un buen porte, pero parecía sufrir mucho; lo he leído en sus ojos.

De ahí que inmediatamente lo haya conducido al piso de arriba, y como viera que contemplaba los pasillos con ojos tristes e inquisitivos, he hecho como si le hubiera entendido mal, y aunque me había indicado la habitación del ala izquierda lo he llevado por el ala derecha, a través de todo el piso. De esa manera ha tenido ocasión de ver la propiedad sin violencia ninguna. Luego ha descolgado de un clavo el retrato de su hermana y yo le he hecho entrega de un pequeño anillo de oro, un anillo de sello, que recordaba haber visto, y cuya pareja llevaba él puesta en un dedo. También le he animado a que diga a su hermana que vuelva, a fin de que no pierda de vista una posesión tan hermosa como esta — me

ha preguntado, y su mirada volvía a ser interrogadora, si eso era posible. La lengua francesa dispone para tales ocasiones de unos giros hermosos y fijos, por lo que he podido limitarme a contestar que yo no veía en ello nada *inconvénient.*

Luego se ha retirado con prisa y, a lo que me ha parecido, un poco más calmado que cuando llegó. La visita de este hombre me ha llevado a pensar sobre cuestiones de la propiedad y en especial sobre cuestiones de la felicidad y la infelicidad. Qué son los bienes que nos rodean — en el instante en que todo se desploma regresamos apresuradamente a nuestro rico domicilio y lo único que de él nos llevamos es un pequeño cuadro. También me ha parecido haber visto un poco el fondo del alma de este hombre y haber leído allí ciertas cosas de las que tengo conocimiento por propia experiencia. En los momentos críticos en que nuestra patria yace por tierra aprendemos a conocer la fuente más honda del dolor, de la cual no son sino minúsculas venas de agua todos los sufrimientos individuales que nos afligen.

Por la noche se ha celebrado delante de la catedral un gran desfile con antorchas del Cuerpo de Ejército en el que hemos estado encuadrados durante el avance. He participado en el desfile en medio del grupo de los nuevos condecorados con la Cruz de Hierro. Los viejos pilares y ojivas de la catedral brillaban con el rojo resplandor de las antorchas y con los rayos de los reflectores; por desgracia el gran pórtico, con su famosa escena del Juicio Final, que me hubiera gustado ver, seguía tapado por un ancho cinturón de sacos terreros.

Una y otra vez he tropezado en mi vida con instantes en los que el teatro del mundo y el teatro de la realidad coincidían en mi consciencia — instantes que me nutren de historia e impiden que me deslice enteramente en la contemplación. En esos momentos los seres humanos parecen estar cargados de magnetismo — así hoy he tenido la impresión de que la banda de música no tocaba, sino que era tocada. Cier-

tamente era el esfuerzo humano el que levantaba los palillos de los tambores e incluso la batuta del director, pero eso no tenía más que un significado secundario. Yo intuía los hilos que mueven el juego de las marionetas. A veces los seres humanos nos reunimos para formar constelaciones de esa índole y luego nos dispersamos, como cartas que se dejan de lado una vez terminado el juego.

Bourges, 27 de junio de 1940

A la hora del almuerzo he recibido la visita de Madame Cécile, a quien conocí junto al tren de París al proporcionarle una información que me pidió. Monsieur Albert había comprado en la ciudad muchas y muy variadas cosas buenas, a las que ha añadido un dedal de Hospices de Beaune. También hemos tocado unas cuantas veces la *flûte à Champagne.* Madame Cécile es una mujer de mucho *charme,* pero casi carente de individualidad; no obstante, quien es sincero prefiere eso a lo contrario. Está divorciada, tiene dos hijos que se encuentran en casa de la abuela y de los que habla con agrado, más o menos como lo haría una jardinera refiriéndose a su jardín:

—Cuando hace calor les pongo un traje de baño y los dejo que jueguen; y por la noche les doy una ducha con agua que haya estado expuesta al sol. Tienen unos cuerpos muy hermosos.

A continuación en el jardín, donde me he hecho instruir sobre los nombres franceses de las flores; por ejemplo, sobre el de la *Federnelke* [clavellina de plumas], que en francés se dice *oeillet de poète,* sobre el de la *Judenkirsche* [alquejenje], que aquí se llama *amour en cage,* y sobre el del *Löwenzahn* [diente de león], cuyo nombre francés es *pissenlit* y resulta un poco rústico. Luego he ido a la cocina a hablar con Monsieur Albert, pues me había parecido que hoy no había servido la mesa tan contento como otras veces. Cuando le he preguntado, me ha mirado enseguida a los ojos y ha dicho:

—Por lo que a usted se refiere, *mon capitaine,* no lo olvidaré nunca en mi vida. Y si alguna vez pasa usted por mi pue-

blo, encontrará allí la mejor comida que yo haya preparado nunca.

A hora avanzada ha llegado Rehm con dos cartas de Perpetua.

Bourges, 28 de junio de 1940

Al mediodía hemos almorzado en el Palais Bourbon. En el salón comedor, un poco destartalado, cuelga un gobelino al que el paso de los siglos ha puesto amarillento, pero que sigue siendo maravilloso; representa a Ónfale con sus hijos. Este género de la alta artesanía tiene de único y lujoso lo siguiente: los vestidos son a la vez *materia prima* de la figura y trabajo realizado. Es decir: mientras que de ordinario el fondo del cuadro no apoya sino de manera limitada la impresión producida, aquí ese fondo se convierte él mismo en imagen, por cuanto el tejido del tapiz se identifica con el tejido de los vestidos representados. Y así las personas emergen de la profundidad corporal y saltan del marco con una vida que sería completamente inalcanzable de otro modo. Se parecen a mariposas pintadas que estuvieran provistas de alas de verdad. De ahí que los asuntos que se recomiendan para este arte sean aquellos en los que se puede representar un gran número de figuras ataviadas con ropajes muy lujosos.

Por la tarde visita de Madame Cécile; me ha dado una hora de clase de francés. Distinciones — primero en el jardín, entre *le châtaignier* y *le marronnier.* Luego, durante la cena, entre *goûter* y *déguster.* Finalmente a orillas del río, junto a la pequeña isla donde están colocadas las cañas para pescar truchas, entre *pêcher* y *pécher,* con ilustraciones.

Bourges, 29 de junio de 1940

Carreras de caballos detrás del Arsenal y en el campo de maniobras. Después, en el palacio, almuerzo, preparado por el señor Cambut, del restaurante Escargot d'Or. Comenzó con el animal de su escudo, el caracol común o de viña, que estaba excelentemente condimentado con hierbas aromáticas, y terminó con una ensalada de frutas aromatizada con

licores finos. Todo esto acompañado de constantes descargas de los tapones de Veuve Cliquot.

Tras las rudas fatigas de las marchas nos hemos sumergido aquí en un baño tibio y vivimos como normandos que hubieran invadido un país de vino. Aunque solo sea por tener una visión completa de la guerra, estoy contento de que se me haya otorgado también el contemplarla desde otro lado diferente — desde el lado del movimiento en un espacio abierto, cosa que no conseguimos en 1918.

Bourges, 30 de junio de 1940

Paseo dominguero por el cementerio de Saint-Lazare. Hasta en estos lugares me llama la atención la escasa relación que los latinos tienen con la Naturaleza, y cómo se les ha otorgado, en cambio, una relación intensa con la sociedad. Este paseo de hoy me ha recordado un paseo que di en otro tiempo por el cementerio de Montparnasse, por el que deambulé como si fuera una necrópolis, y también el que di por el cementerio de Palermo, con su fasto marmóreo.

He pasado la tarde redactando un escrito: *Denuncias contra desconocidos,* otro trabajo *pour le roi de Prusse,* o sea, inútil. En todos los ejércitos ha de contarse con abusos; es cosa que no tiene mayor importancia, con tal de que jamás se pierda la *medida* del honor. Esto vale también para la vida del individuo, vale para todos nosotros: el ser humano puede cometer faltas, a condición de que se conserve en él el germen, la célula de la vida justa. Si esto ocurre, sanará por sí solo. El castigo ha de apoyar ese proceso y ha de hacerlo mediante el dolor — este es no tanto el sentido pedagógico del castigo cuanto su sentido trascendental. En los casos graves será la muerte la última posibilidad de curación.

Bourges, 1 de julio de 1940

Madame Cécile. En el jardín charla sobre la buena cocina; por ejemplo, sobre la sopa de cebolla y la manera como se la come los días de diario y como se la come los domingos. Luego sobre la empanada de conejo de monte: antes de recu-

brirla de masa y de meterla en el horno para que se tueste por encima, se practican en ella con el dedo pulgar unos agujeros y se los rellena de coñac viejo. Finalmente sobre las «alondras al canapé». Donde los alemanes decimos *bräunen* [tostar] emplean los franceses una expresión más elegante: *dorer.* En general la distinta manera de asir con las palabras los significados — las palabras son como pinzas que cogen los mismos objetos, pero que divergen en su forma. A menudo se adopta también, en expresiones un poco raras, la misma solución en los distintos idiomas; así hoy me ha llamado la atención este hecho en la palabra *la culbute,* que los alemanes decimos *der Purzelbaum* [la voltereta].

Luego conversación sobre su marido divorciado. Cuando uno puede contemplar a los varones a través de la óptica femenina, aparecen a una luz diferente, a una luz que ciertamente no incide sobre ellos con un rayo derecho, pero que en cambio hace visible también su parte posterior, la otra cara. Propiamente nos vemos unos a otros *en face.* Cómodamente sentado en el soleado jardín, he co-disfrutado un poco la superioridad secreta, gatuna, con que una criaturita como esta contempla en su campo de visión a los varones. En estos gabinetes no somos a menudo sino una fuente de diversión en aquellos puntos donde más fuertes nos sentimos.

Bourges, 2 de julio de 1940

Ultimo día en Bourges. Por la mañana, con Spinelli, en tiendas de anticuarios a la busca de grabados y de láminas coloreadas; no hemos encontrado nada especial. Por la tarde Madame Cécile, que se ha quedado también a cenar y que como despedida me ha hecho entrega de una carta que no deberé abrir hasta mañana.

He oído decir que emprenderemos una marcha a pie hasta Zweibrücken y que allí subiremos al tren el 25 de julio para viajar hasta Bergen; luego nos darán permiso por tiempo indefinido. Mucho antes de lo que nadie hubiera imaginado habría acabado así esta campaña.

Les Tallans, 3 de julio de 1940

Marcha a pie hasta la región de Henrichemont, donde hemos pernoctado en la alejada granja Les Tallans. Por el camino fui cabalgando junto a Hilbrecht, al que me gusta oírle contar cosas y en el que he descubierto un tipo especial de soldado.

—La primera vez que oí: «Cargar con bala y poner el seguro» experimenté los mismos sentimientos que un confirmando delante del altar.

Una vez que llegamos a Les Tallans vacié media botella de vino y luego dormí dos horas en mi cuarto; el piso de la habitación era de losas de piedra; a pesar del calor que llegaba de los campos, la habitación estaba muy fresca, y no había en ella mucha luz. En esta vieja granja, en la que se conservan todavía intactas algunas partes desde el siglo XIV, el tiempo fluye más despacio, a mi parecer — así, la casa se caldea únicamente con el calor del fuego de la chimenea y para el alumbrado se utilizan exclusivamente velas de cera. El cajón de mi mesilla de noche lo encontré forrado con un periódico de 1875.

Con el sol ya bastante bajo me di un paseo por los campos — nos hallamos aquí en el antiguo condado de Berry, que a mí me agrada mucho. Es notable el modo como cultivan aquí la tierra: grandes pastizales, escasos campos de labor — todo ello cercado por altos setos, por encima de los cuales asoman recias encinas, manzanos, chopos, y castaños con sus ristras de flores blancas. Los caminos discurren bajo la sombra de los árboles, y se asemejan a espesos emparrados; pero desde lo alto de los cerros se disfruta de una perspectiva abierta. De este modo ofrece esta zona al mismo tiempo un lado despejado y un lado laberíntico.

Parassy, 4 de julio de 1940

Poco después de la medianoche nos reunimos en la cocina de Les Tallans a tomar café; nos hacían compañía la dueña de la granja, la cocinera y una maestra. Las tres mujeres estaban sentadas en la placa elevada de la chimenea y de repente comenzó a arder, echando llamas, la leña carbonizada

que estaba apoyada en los morillos; ello dio ocasión a toda clase de bromas. Estábamos de ese humor que a veces es peculiar de estas horas; existe una especie de borrachera matutina.

En ese estado de ánimo estuvimos charlando sobre las *bassinoires:* son unos utensilios anchos, redondos, parecidos a sartenes, fabricados en cobre rojo, en los cuales se colocan las brasas. Tienen unas tapaderas agujereadas, cuyo diseño es con frecuencia muy variado. Disponen de un largo mango de madera y con ellos se caldean las camas antes de irse a dormir; pero han dejado de usarse, pues precisan servidumbre. La dueña de la granja hizo el elogio de aquellos utensilios y con ese motivo empezamos a discutir, un poco rabelaisianamente, sobre las ventajas de los diferentes modos de calentar las camas; al final se llevó el premio «la esclava circasiana de dieciséis años».

Luego marcha hasta Parassy, donde he pernoctado en la casita de un obrero. Aquí se ha despedido de nosotros el teniente coronel Vogler. Lo sucede en el mando de nuestro batallón el comandante Dr. Otto.

Granja Les Cadoux, 5 de julio de 1940

A la una de la madrugada me ha despertado el dueño de la casa donde me alojaba:

—Ha sonado el despertador.

Al principio marcha nocturna, luego diurna. Hacía mucho bochorno cuando sobre el mediodía hemos cruzado el río Loira por el gran pontón de barcas construido cerca de Bonny.

Alojamiento en la pequeña granja Les Cadoux. Sus dueños habían regresado a ella poco tiempo antes y estaban muy contentos de hallarse otra vez en su hogar. Aunque durante su ausencia habían perdido muchas cabezas de ganado y gran cantidad de enseres domésticos, los encontré muy alegres, más aún, llenos de una serenidad interior que me ha impresionado vivamente. En esa calma intuía yo como unas

nuevas nupcias de aquellas personas con el suelo de sus antepasados, el recuerdo de aquel acto sagrado que fue la primera toma de posesión de la tierra. En ese estado conviértense en fuente de alegría todos los trabajos, todos los quehaceres — en ellos se descubre lo que es único, lo que está lleno de significado para todos los tiempos y recubre con su tejido la vida cotidiana; por detrás de los dolores brilla de súbito la Vida con una profundidad nueva y dichosa.

Maison La Fumée, 6 de julio de 1940

Despertado a las cuatro de la madrugada. Marchado bajo un calor creciente hasta Mézilles, donde hemos hecho el alto del mediodía encima de un cerro pelado. El pozo de la pequeña granja en que he hecho llenar las cacerolas tiene más de cincuenta metros de profundidad y ha sido perforado a través de la marga. Con un bochorno cada vez mayor hemos llegado al atardecer a la zona de Toucy y aquí nos hemos quedado en la granja que arriba va indicada. Los hombres se han comportado como verdaderos soldados de infantería, es decir, seguían andando hasta que caían al suelo agotados. Unas veces en un sitio y otras veces en otro salía de las filas un hombre, pero no por ello disminuía la velocidad de la marcha. También yo estaba realmente extenuado.

En el momento en que llegábamos a la granja descargaba un buen aguacero. Luego me ha producido una gran alegría el ver, como todos los años, azucenas de la Virgen; en el jardincillo de la granja florecía una hermosa mata de esa planta. Acerca de ella he estado charlando con la dueña y me ha contado que de sus flores y hojas se extrae, metiéndolas en alcohol, un remedio prodigioso para detener las hemorragias.

Esta mujer como carácter: baja, delgada, sumamente enérgica, ojos agudos de ave de presa, mentón estrecho. Se mostraba muy superior a su marido; este perdió enseguida la cabeza al ver el gentío que como un chaparrón se le venía sobre la casa. Ella, en cambio, por poner un ejemplo, se ha preocupado inmediatamente de que fueran llevados a otro

sitio los caballos, que ya habían empezado a mordisquear las coles y otras plantas de su huertecillo; para ello me dijo que la humedad perjudicaba a las bestias. Ella misma fue con los soldados a enseñarles dónde estaban las cuadras y el heno; pero antes se había preocupado de que a mí me fueran servidos unos huevos y un vaso de vino, pues sospechaba que era yo el que decidía si llovía o brillaba el sol. He estado luego reflexionando sobre este tipo humano y sobre el hecho de que tan gran dispendio de voluntad lo único que consiga sea asegurarse un modesto puestecito en la vida.

La Tuilerie, 7 de julio de 1940

Despertado otra vez a las dos de la madrugada. Para lo que queda de camino hasta Alemania he sido nombrado jefe del destacamento avanzado cuya misión es preparar los alojamientos, así es que me he adelantado en coche, pasando por Aillant, Senan, Joigny, Bussy, hasta la zona de Dixmont y he dispuesto alojamientos para nuestro batallón en La Tuilerie.

Aquí estoy instalado en una confortable casita llamada «Clos des Roses», cuyo propietario vive a medias como funcionario jubilado de la policía y a medias como labrador. En su hogar disfruto, acompañado de Rehm, de eso que los soldados llaman, desde que existen las guerras y las marchas, «un buen alojamiento». Ciertamente es preciso saber alumbrar primero los manantiales de la abundancia; de ahí que a nuestra llegada hiciera que se me presentaran los niños y entregase a cada uno un obsequio para su hucha. Y así ha habido más tarde huevos fritos, conejo, judías verdes, patatas con aceite y vinagre, y queso; también han acudido los niños uno detrás de otro, como hormigas, trayendo cositas para después de comer; así Léone, la hijita, ha acarreado ron para el café que antes nos había servido su hermanito. Una y otra vez se encuentran de este modo casas a las que la llegada de un soldado pone en un estado de excitación dadivosa, cual si se hubiera sentado a la mesa el insaciable Heracles en persona.

En mi habitación vuelvo a encontrar el mismo suelo que ya me llamó la atención en Montmirail; rojas baldosas de ladrillo, cuya forma es igual que la de las celdillas de los panales y a las que se les ha dado un barniz reluciente. Este enlosado es fresco, sencillo, su racionalidad entra por los ojos.

Por la tarde paseo por los campos y junto a los cerros, en cuyas laderas había grandes superficies de escabiosas de color lila, con algunas plantas aisladas de amor de hortelano de color amarillo oro; todo ello formaba un dibujo muy propio del verano. A lo anterior se agregaba el ondulado zumbido de los abejorros y de los cárabos dorados. La visión de las escabiosas sigue produciendo en mí un efecto que cabría calificar de electrizante: cuando era niño creía que quien cortaba una flor de esa planta atraía una tempestad.

Al borde de los caminos y en la propia ciudad había grandes montones de pedernales, que parecían salir de la marga para husmear; aquí se utilizan en la construcción de las casas. A la luz del sol esas piedras relucen con tonos rojos de cornalina, con tonos rosados, con tonos grises de nube; son como montones de piedras preciosas en el país de los tesoros.

La Tuilerie, 8 de julio de 1940

En sueños tenía una discusión con el coronel Von Taysen. Él estaba sentado a su escritorio y me hacía entrega, una vez que nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos, de un voluminoso cartapacio. Yo me lo llevaba a casa para estudiarlo y lo encontraba lleno de atestados, interrogatorios y dictámenes. Se trataba de un asunto de honor, cuyo origen estaba en lo siguiente: en un «juego de guerra» sobre la batalla de Salamina habían surgido disputas porque el conjunto de los oficiales se puso de parte de los persas, mientras que el nuevo comandante defendió a los griegos. En los interrogatorios yo leía con asombro una serie de importantes alegaciones en las que se aseveraba que los griegos eran representantes de principios inferiores y derrocadores de órdenes y dinastías antiguas; también había hermosas descripciones de

la vida que se hacía en las guarniciones de Babel, Sardes, Ecbatana.

Todo aquello no era, sin embargo, otra cosa que un panorama, un arabesco, por así decirlo, de mis relaciones espirituales con Taysen. En general es notable el modo como se me aparecen en los sueños personas a quienes conozco — también aquellas con las que he sido injusto y en las que siempre pienso con una cierta perplejidad cuando me vienen a la memoria. Cuando he soñado con ellas desaparece ese sentimiento, es como si me hubieran perdonado.

Paisy-Cosdon, 9 de julio de 1940

Otra vez me adelanto a la tropa; por Dixmont y Villeneuve, a Paisy-Cosdon. En el automóvil me ha llamado la atención la manera como los faros reflejan la carretera. En su figura parabólica de metal liso se reproducen con gran nitidez los objetos, por ejemplo las casas y los árboles, que luego van disminuyendo, girando sobre una curva. Son así llevados de manera continua hacia el punto cero y desaparecen en la nada. El conjunto se asemeja a un aparatito destinado a explicar filosofemas indios; he de consultar a mi hermano Physicus sobre la teoría de ese aparatito.

Por la tarde baño en un arroyo estrecho, bordeado de altos cañaverales, donde corría un agua rápida, helada, de un color gris verde lechoso. Luego, bajo un sol tórrido, he estado meditando en la sucesión que se da en las creaciones de un autor. El *opus* es comparable a una casa a cuya entrada se llega por una carretera pública. Las obras tempranas se apoyan en los modelos aceptados y solo con el paso de los años va formándose un estilo propio. El autor conduce al lector hasta su mundo haciéndolo atravesar una serie de estancias que cambian poco a poco.

Por la noche conversación con el dueño de la casa en que me alojo, un viejo obrero que en la guerra del catorce estuvo frente a mí en la acción de Regniéville, cuando atacamos. Ha dicho:

—Allí tuvimos que dejar parte de la piel.

Durante esta charla ha vuelto a llamarme la atención la diferencia que hay entre el término francés *hommes* y el alemán *Menschen.* Es notable el sentimiento de comunidad, de camaradería, que la Gran Guerra ha dejado en cuantos en ella combatieron, con independencia de cuál sea su idioma. Es el signo de reconocimiento de una importante intervención.

Villechétif, 10 de julio de 1940

Por Troyes a Villechétif. En Troyes grandes destrucciones. Los arrabales de la parte oeste han sido reducidos a cenizas, y lo que queda de las paredes se parece a un conjunto de celdillas que dibujasen muestras en el terreno. Por la tarde paseo hacia la parte de Belly; en pleno bosque he tropezado con una pequeña tumba cuya cruz tenía colocada en su extremo superior una lata de conservas. A lo que parece, el ser humano tiende por instinto a poner un remate a las tumbas; la primera vez que tuve esta idea fue cuando vi en los cementerios mahometanos turbantes de piedra.

En un carro blindado destruido he encontrado cartas, cartas de amor dirigidas a soldados, y también documentos secretos que incluían descripciones sobre el modo de colocar minas.

Dienville, 11 de julio de 1940

Por Piney y Brévonnes, en coche, a Dienville, que está ya atestado de gente. El milagro de conseguir alojar aquí todavía un batallón más y una compañía de sanidad lo he logrado visitando a los comandantes y rogándoles que se apretasen un poco para hacernos sitio.

En lo último en que piensa el hombre honrado es en sí mismo — y así ha ocurrido que por la tarde era yo el único que aún no tenía alojamiento; de ahí que me haya producido auténtica alegría el descubrir en una callejuela lateral una habitacioncita a la que, al parecer, aún no le habían salido novios. La gorda dueña de la casa me la ha mostrado muy

afablemente, pero al final ha dicho que, para que todo quedase claro, aún tenía que mencionar una insignificancia, a saber: que en aquella habitación había fallecido pocas semanas antes su marido de una enfermedad contagiosa. He renunciado a la habitacioncita y preferido seguir buscando, como seguramente habrán hecho antes que yo muchos otros — pues en tales habitaciones uno mora no solo con el cuerpo, sino también con la fantasía.

Finalmente he dado con una casita que, abandonada por sus habitantes, ofrecía el aspecto de una cueva de ladrones. Ayudado por dos valientes damas del vecindario, una madre y su hija, y por dos ordenanzas, he logrado poner otra vez en condiciones aquel montón de ruinas y he hecho que alguien me prestase un poco de ropa de cama. Al parecer había ido yo a parar a un rincón de la ciudad de costumbres un poco livianas, pues aún se ha presentado una tercera vecina a prestar ayuda; robusta y elástica como las hermosas mujeres que aparecen en Villon, se ha puesto a mencionar todo tipo de coquetos temores — era realmente una de esas mujeres que provocan a los hombres. Así ha preguntado, antes de subir al desván con dos ordenanzas, si allá arriba no se la comerían, y cuando por fin se ha despedido ha comentado que el mobiliario de la casa estaba completo y lo único que faltaba era la mujer. Poco después ha vuelto a entrar corriendo, un poco sofocada, y me ha preguntado:

—*Capitaine,* ¿entre ustedes está realmente permitido levantar las faldas a las mujeres?

—Desde luego que sí — si ellas están de acuerdo.

—Ah, gracias, eso era lo que quería saber.

Y ha vuelto a salir corriendo. Siempre se encuentran tipos humanos cuyo gusto concuerda con el desorden.

Por la tarde en la iglesia, donde estaba celebrándose un funeral. El cura era un hombre de edad avanzada, de compostura muy digna, tenía un rostro bien tallado: una mezcla de figura campesina, aristocrática y clerical. Vestimenta: una

capa pluvial negra bordada con cardos de plata, y un birrete negro con una borla roja encima. Ha dado dos veces la vuelta al ataúd, primero incensándolo y luego rociándolo con agua bendita. Los monaguillos llevaban un roquete blanco con un fajín negro; entre canto y canto se cruzaban a veces entre ellos sonrisas pícaras. Fiel a mi costumbre de acompañar en cualquier país del mundo a muertos desconocidos, me he sumado al cortejo fúnebre.

Después, en el jardín del castillo, paseo por las orillas del río Aube. El agua era rápida, fría, de un hermoso color verde, casi como en la parte alta del Inn. El efecto causado por las aguas coloreadas llega a ser mágico cuando corren por un lecho blanco de cantos relucientes. Allí he estado meditando sobre mi misión, sobre viajes, pero especialmente sobre el efecto que he de alcanzar con la palabra. Hace un año todavía me parecía que lo más alto era la alquimia, el influjo invisible sobre fuerzas y cosas por medio de fórmulas mágicas, por medio del encantamiento. Pero me parece que mejor aún que eso es que las palabras, como si fueran alas, nos lleven a aquellas zonas en cuyo éter ingrávido no se tiene ya precisión de alas. Alguna vez nos desprenderemos también de estas envolturas multicolores.

Vaux-sur-Blaise, 12 de julio de 1940

Tras haber comido todavía en mi cueva de ladrones me he dirigido en coche a Vaux-sur-Blaise, atravesando Chaumesnil, Soulaines, Doulevant y Dommartin. En el ayuntamiento de Vaux-sur-Blaise he tropezado con unos excelentes funcionarios, exactos en su modo de indicarme dónde había posibilidades de encontrar alojamientos y, en general, en su manera de ayudarnos a solventar las tareas propias del destacamento avanzado. También el *maire,* que el día anterior me había acompañado en mi caminata por Dienville, era un hombre muy ágil, pese a tener setenta y dos años y estar enfermo. He descubierto aquí entre los alcaldes un tipo humano que me agrada — capaz de afrontar también situaciones delicadas y dotado de un sentido innato para el bien público.

Una vez realizada la distribución de los alojamientos para la tropa, me he instalado en casa del párroco, el cual me ha servido en la cena un buen vino de Anjou — el color del vino era amarillo tostado, como el de la variedad oscura del ámbar, y su sabor era agradable. Mientras cenábamos hemos estado hablando de su colega de Dienville: lo conocía, y el elogio que de él ha hecho ha venido a confirmar la impresión que yo había sacado de sus rasgos fisonómicos. Después hemos charlado sobre el simbolismo de los entierros; en este punto mi anfitrión ha empezado a abandonar su anterior reserva y de vez en cuando movía la cabeza al tiempo que decía afablemente: *Tiens, tiens, tiens.* Me ha explicado que los cardos que yo había visto en la capa pluvial del cura de Dienville eran un adorno debido a un gusto individual, pero, que, sin embargo, el cardo posee categoría de símbolo en el orden cristiano.

También este párroco y su ama de llaves habían huido, como lo había hecho todo el mundo en aquel pueblo; les habían contado que los alemanes fusilaban a los curas. Su relato de aquella huida ha sido muy instructivo para mí, pues daba explicación de los numerosos automóviles quemados que yo había visto a lo largo de las carreteras. Habían partido a primera hora de la mañana; el párroco iba en un gran carro de los que se emplean para recoger las cosechas y el ama de llaves se instaló en un automóvil que ya estaba averiado y que era remolcado por el carro. Las carreteras se encontraban atestadas de tropas que marchaban y de habitantes que huían. Antes de llegar a Dommartin resonaron unos gritos de espanto:

—Que vienen — *les voilà!*

Aparecieron nueve stukas a gran altura, que se lanzaron en picado sobre ellos ululando con sus sirenas, disparando sus ametralladoras y arrojando bombas. Todo el mundo saltó de los vehículos y se puso a cubierto en la cuneta. Las explosiones de las bombas levantaban el piso de la carretera. El párroco se pone otra vez en pie y oye que le gritan:

—Tírese al suelo, que vuelven.

—Pero esto me era imposible, pues oía los gritos de los heridos y de los moribundos, a los que era preciso dar la absolución. Eran demasiados y por ello les impartí la absolución general.

En aquel instante llegó el segundo ataque y el párroco fue derribado por un casco de metralla que le atravesó el muslo. También comenzó a arder el automóvil, así que el ama de llaves sufrió quemaduras a consecuencia de una llamarada que de él salió. Al párroco se lo llevaron en unas parihuelas; de su brazo colgaba la bolsa donde iban los tesoros de la iglesia. El ama de llaves perdió su rastro, continuó hasta la Côte-d'Or y finalmente fue internada en un hospital militar alemán, donde le curaron la piel, que le colgaba a tiras de los pies. La mujer regresó más tarde a Vaux, adonde entretanto había vuelto también Totó — el perro, que había desaparecido después de la explosión y que posteriormente fue capturado en los bosques. Hacía solo unos días que el párroco había salido del hospital, y, teniendo en cuenta las cosas que le habían ocurrido, me ha dejado asombrado su buen humor. Sabía montones de chistes y de anécdotas, con los que sazonaba la conversación. He aquí algunos. Al ofrecerle yo un cigarrillo, lo ha rechazado y ha contado lo siguiente:

El Papa ofrece a un cardenal una toma de rapé.

—Doy las gracias a Su Santidad, pero no tengo ese defecto.

—Si fuera un defecto, lo tendría.

O, para ilustrar el incremento de los adulterios en las zonas rurales:

Un hombre duro de oído ve cómo el pregonero del pueblo está anunciando algo y le pregunta al vecino qué ha dicho. Este, un guasón, le responde:

—Que todos los cornudos se presenten hoy por la tarde en la *mairie.*

A lo que el duro de oído replica:

—Pues recógeme al pasar.

Sobre la diferencia entre la cocina francesa y la cocina suiza:

En la mesa de un hotel en Ginebra. El suizo:

—Come usted mucho pan.

El francés:

—¡Y usted come mucho de todo!

Madame Louise, que así se llama el ama de llaves, no se había recuperado aún del fuerte choque nervioso que había sufrido; hablaba sin parar, no soportaba ver un fusil ni oír un avión, y hasta la campanilla de la puerta la sobresaltaba. Le he gastado una broma diciéndole que, perteneciendo ella en cierto modo al clero, no debía tener tanto miedo.

—Sí, pero como aquí soy muy útil, no le hago falta todavía al buen Dios.

Así ha transcurrido muy agradablemente la velada, entre bromas de todas clases.

Claire-Fontaine, 13 de julio de 1940

Por la mañana paseo, primero hasta una fundición cercana, donde he estado contemplando el raudo girar de una gigantesca rueda hidráulica de hierro, luego hasta Domblain. Aquí me he tomado un descanso en una ermita, en cuyos muros corroídos por la acción del tiempo se transparentaban, bajo los desconchados de la cal, unos frescos muy antiguos. El techo estaba en muy malas condiciones, a punto de derrumbarse; palomas y gorriones revoloteaban ya en el coro. Mi caminata me ha llevado por campos de labor que estaban devastados por la dorífora o escarabajo de la patata. He visto grandes cantidades de larvas, pero pocos individuos adultos. Cuando se los toca expelen un líquido amarillo por las articulaciones — parece que los pájaros desdeñan este animal, igual que rechazan muchos crisomélidos. Por cierto que el mencionado líquido amarillo es el color básico de la paleta; los colores de este insecto van del amarillo claro al gris casi negro — la Naturaleza aplica unas veces una capa ligera y otras una capa espesa.

Al mediodía en casa del párroco, para degustar una *jardinière* preparada por Madame Louise: guisantes, patatas, judías verdes, cordero. Luego despedida; el párroco ha comentado que los seres humanos nos vemos obligados a separarnos apenas hemos comenzado a conocernos y estimarnos. Esto me ha gustado: en los alojamientos yo voy un poco a la captura de personas.

Por Morancourt y Joinville, a Pancey, uno de los villorrios más chicos y míseros que he visto en mi vida, con destrucciones que vienen de la guerra del catorce y con casas abandonadas, pues los habitantes han dejado sencillamente en la estacada sus posesiones, cosa que puede comprenderse muy bien. Aunque he ampliado hasta Effincourt la búsqueda de alojamientos, todo lo que he podido lograr ha sido una especie de vivac mejorado. He regresado en coche a Thonnant y en esta población me he alojado en una casa situada junto a la carretera, que me ha sido ofrecida por una amable mujer nada más preguntarle. Molestias de estómago; en la casa me han preparado un té, y al preguntar por una bolsa de agua caliente me han traído una plancha envuelta en un trozo de franela.

Vivo junto a la carretera y en un lugar poco seguro; no obstante, también en esta ocasión he seguido mi vieja afición de no cerrar la puerta del dormitorio. No se debe excluir a la diosa Fortuna. Bien es verdad que lo único que la realidad trae son borrachos y atracadores.

Claire-Fontaine, 14 de julio de 1940

Por la mañana he intentado todavía mejorar un poco los alojamientos y luego me he dado un paseo a pie por los áridos campos del Alto Marne. Pobreza, granjas abandonadas, suciedad.

La dueña de la casa en que aquí estoy alojado echa de menos a su marido. Ella se quedó en el pueblo hasta que cayeron bombas cerca de su domicilio; entonces se introdujo a rastras, con los dos hijos de su criada, en una tubería del alcantarillado que pasa por debajo de la calle y que me he he-

cho enseñar por ella. Más tarde emprendió una huida salvaje, como toda la gente de por aquí, y antes de regresar ha corrido sin rumbo por mil sitios. En la conversación responde con giros melancólicos; por ejemplo, cuando le he preguntado si tenía hijos me ha contestado:

—No. ¿Para qué? ¿Para verlos llegar a resultados como este?

Al lamentar yo que nuestra presencia en su casa le ocasionara trabajo, ha dicho:

—El trabajo es lo único que ahuyenta los pensamientos.

También a ella, como a todos los franceses con que he hablado hasta ahora, la he encontrado muy descontenta con el gobierno y con la política que había seguido. Realmente la ceguera del gobierno francés ha sido asombrosa, como lo muestra, por ejemplo, la reducción de la semana laboral poco antes del gran enfrentamiento bélico. Quien desea llevar tan buena vida ha de mantenerse alejado de las armas. También el miedo que los franceses nos tienen a los alemanes me ha parecido siempre una cosa notable; nos lo tenían ya antes de que empezáramos a armarnos de nuevo, nos lo tenían ya poco después de la guerra del catorce, cuando su superioridad material era enorme. Por tales signos se dejan sentir ya las decisiones, antes de que se hayan tomado. Además, el miedo corresponde a lo que en la Naturaleza son los mínimos del barómetro: atrae las tempestades.

Neueville-les-Vaucouleurs, 15 de julio de 1940

Por la mañana, pasando por Houdelaincourt, Montigny, Vaucouleurs, a Neueville-les-Vaucouleurs, donde he encontrado alojamientos un poco mejores. Aquí me he alojado en casa de un empleado jubilado de los Ferrocarriles del Norte, que, como tantos otros, una vez concluido su tiempo de servicio, se ha retirado a su pueblo natal. Por desgracia se dan cita en mi habitación las moscas de todas las cuadras de los alrededores.

En la cama, muy agradable, como suelen ser todas, he estado leyendo, en una traducción francesa, una obra de Conan Doyle, *El carbunclo azul.* Lo apasionante de este tipo de descripciones está en los detalles de la caza del ser humano y en el refinamiento de la batida.

Neueville-les-Vaucouleurs, 16 de julio de 1940

La marcha de nuestra División ha sufrido un retraso de un día por culpa de un atasco producido en las carreteras cerca de Nancy. De ahí que volviese con el coche a Pancey y al mediodía estuviese otra vez en Neueville.

Por la tarde realicé una excursión a Domrémy, ya que estamos tan cerca. La población está rodeada de tumbas recientes; entre ellas vi una de un alférez llamado Jacob Reiners, que a la edad de veintitrés años cayó muerto allí, junto al camino que lleva a Greux, el día 26 de junio.

Vi la casa de la Doncella, con la simple cámara, y también la habitación donde nació. Todo me pareció muy bien conservado, con mucha sencillez, sin los añadidos museísticos que encontré más tarde en la pequeña iglesia. En esta leí en un cuadro esta bella frase: *Vitam pro fide dedit* [dio su vida por la fe] — me parece que solo en latín pueden decirse las cosas con una brevedad tan expresiva.

Entré en un pequeño local a tomar café, pero la dueña me recibió enseguida con la frase habitual:

—Ah, mon pauvre monsieur, tout est pillé!

Seguimos, pues, con el coche hasta Neufchâteau. La vieja ciudad, de calles estrechas, mostraba las huellas de las bombas que habían caído sobre ella; también se veían a lo largo de los edificios regueros de impactos de balas. Era evidente que los blindados habían cruzado la ciudad combatiendo. En las calles la Vida parecía paralizada, como si tuviera cortados los tendones; aún no se había recuperado. Después de tales catástrofes es en los campos donde primero se vuelve a trabajar, más tarde vienen las comunicaciones, el comercio, los oficios. Pero lo primero de todo que el ser humano hace es

comenzar otra vez a jugar; así lo he visto en los niños. Un oficial que participó en la entrada de los alemanes en París me ha contado que la primera persona con que tropezaron en las desiertas calles fue un viejo pescador que estaba pacíficamente sentado a orillas del Sena.

Luego visitamos todavía el elevado castillo feudal de Bourlemont, que se encuentra en medio de un parque magnífico; álzanse en él grupos de fornidos árboles cuyo ramaje llega hasta el suelo, parecen arrecifes o islas en un mar verde. Desde la balaustrada estuve contemplando el paisaje, con sus colinas y sus oscuros bosquecillos; me pareció un paisaje cerrado, lleno de un misterio frío, sin duda el suelo apto para que en él pueda alcanzar la virginidad sus niveles supremos, inexpugnables.

Tras regresar a Neueville estuve charlando todavía con mis anfitriones. La mujer resulta notable por la yuxtaposición que en ella se da de rasgos bondadosos, atentos, en su propio círculo, y una dureza y ceguera grandes frente a todo lo que le es extraño; esto se delata en algunas de sus ingenuas manifestaciones. Así, me contó que antes de la llegada de los alemanes habían estado en aquella zona tropas negras, las cuales vivaqueaban en los húmedos bosques. Yo pregunté:

—¿Pero vivirían en tiendas?

Ella lo negó y dijo:

—*C'est des sauvages. Ils vivent comme ça.*

A propósito de la manera de preparar el infeliz conejo que se vio obligada a servirme de comida explicó:

—Les arranco los ojos para que se desangren mejor.

Todas estas cosas las decía en un tono cortés y aun amable.

Antes de dormirme leí una segunda historia de Doyle: *El pulgar del ingeniero.* El tormento de un hombre que es arrojado a la cámara de una prensa hidráulica tiene su modelo en *El pozo y el péndulo,* de E.A. Poe, cuya obra representa la co-

rriente principal y originaria de la cual se ramifican los géneros de lo peligroso-fantástico. Por cierto que en su imagen del péndulo se oculta un *mysterium* cuyo sentido no captará nadie que no haya tenido experiencias personales de ciertos hechos.

Gondreville, 17 de julio de 1940

Por la tarde me adelanté con el coche hasta Gondreville. Por el camino estuvieron ocupándome pensamientos, o, por mejor decir, formas previas de pensamientos, de los que el espíritu no puede rendirse cuenta. Es como si la sustancia del pensamiento fuera precedida de una sustancia diferente, más fina; esta, por así decirlo, reblandece por erosión la materia y hace que pueda ser dividida de maneras nuevas. El espíritu juega así, medio en sueños, con las cosas, las palpa con las antenas, ya que no puede verlas todavía. La luz va precedida de la oscuridad.

Toul, que atravesamos a gran velocidad, se encontraba en gran parte destruida. Una de las torres de la catedral parecía haber recibido el impacto de un proyectil certero y estaba medio derruida. También había ardido el gran techo del templo.

En Gondreville encontré alojamiento en casa del alcalde, o, mejor dicho, de su sustituto. Es un villorrio lorenés como los que ya me llamaron la atención durante la guerra del catorce. Cuando se llega del este es en ellos donde por vez primera se tropieza con una arquitectura adaptada al sol; la impresión que se obtiene es similar a la que se recibe cuando desde el norte se viaja al Tirol del Sur. Las fachadas, que carecen de revoque y en las que no hay ventanas, están recocidas; las tejas de los terrados, las cuales son de color gris, rosa o rojo pálido, están salpicadas de líquenes descoloridos; en los aguijones esos líquenes están todavía, a menudo, frescos y dorados. El conjunto se halla inmerso en una gama de colores que a plena luz del sol adquiere una saturación de luces abigarradas; es semejante a esos metales cuya fuerza lumi-

nosa no se manifiesta en todo su esplendor hasta que no se ponen al rojo vivo.

Al atardecer, caminando por los jardines, vi que en la oscuridad cruzaba velozmente mi camino un oscuro animal que aleteaba con unas alas de color claro en su parte delantera, en la cabeza. Hasta que no hubo desaparecido en un granero no caí en la cuenta de que había sido un gato negro que llevaba entre sus dientes una paloma negra de alas blancas. Había visto uno de esos jeroglíficos en que el placer y el dolor están inscritos el uno en el otro hasta el punto de resultar casi indiscernibles, y que son tan frecuentes en la vida. Nuestro modo de separar las líneas del placer y el dolor es tanto más nítido y ajustado cuanto más alto nos encontramos, cuanto mayor es la luz que nos rodea.

Salonnes, 18 de julio de 1940

Por la mañana paseo por los prados de las orillas del Mosela; en los tranquilos brazos de aguas quietas podía observarse una exuberante vegetación pantanosa y acuática. El camino pasaba junto a un lavadero de forma alargada donde, entre risas y ruidos, se hallaban trabajando en el agua unas mujeres. Estaban arrodilladas en unos cajones abiertos por detrás, agitaban las piezas de ropa en el agua corriente, las enjabonaban sobre el borde de piedra blanca y luego, antes de enjuagarlas, las golpeaban largo tiempo con una palmeta plana. La ropa blanca, que entre nosotros se lava en el interior de la casa, aquí sigue dando ocasión a actos públicos; los lavaderos son instituciones públicas.

Al mediodía la alcaldesa me ha servido un pollo para comer, luego he ido en el coche, pasando por Nancy, a la pequeña localidad de Salonnes, donde me he alojado en casa de un ferroviario. Aquí hemos tropezado con las primeras avanzadillas de la lengua alemana; el pueblo era alemán antes de la guerra del catorce. En el estrecho camposanto que rodea la iglesia hemos visto una fila de tumbas recientes. Uno de los cascos de acero que estaban colocados encima de las tumbas tenía en la zona de la frente cinco pequeños agujeros

de bala y en la parte de arriba una raja larga y ancha que lo partía.

Edelingen, 19 de julio de 1940

Por Château-Salins, Mörchingen y Baronville, a Adelange, que ya luce en las nuevas placas de las calles y carreteras su nombre de Edelingen. Aquí la lengua alemana no es solo la predominante, sino que es la única que se habla. Me alojo en casa del alcalde.

Al atardecer me he dado todavía un paseo por los campos; su tierra pesada, de un color pardo rojizo, contiene a menudo conchas en forma de cuerno de la abundancia, o, mejor dicho, de lámpara de tumba romana. He encontrado una que aún estaba cerrada. La mitad derecha de este fósil está más desarrollada que la izquierda; ahora bien, esa irregularidad no solo es compensada, sino que incluso queda elevada a la categoría de adorno por el hecho de que la otra parte, más ancha, está bellamente articulada por un pliegue. Así es como están ya prefiguradas en la Naturaleza, en el modo como crecen las cosas, todas las medidas que pueden ser inventadas por el arte del hombre. Nuestra libertad consiste en descubrir lo pre-formado — cuando creamos, lo que hacemos es adentrarnos en la Creación. Lo más alto que de este modo podemos alcanzar es un presentimiento de la medida inmutable de la belleza — a la manera como en el mar Egeo la mirada adivina en el fondo, bajo el juego de las olas, las urnas y estatuas antiguas. Esto mismo es válido también de nuestra vida — una vida está lograda cuando al menos presentimos, y hacemos presentir, lo que mora en ella desde la eternidad.

En mi oscura habitación he seguido meditando sobre el significado que las conchas y los caracoles tuvieron en la arquitectura del Barroco. La tendencia de esos animales a la torsión y a la asimetría expresa la aspiración que ya en la Naturaleza hay hacia formas nuevas. De igual manera, en la arquitectura la rocalla apunta a gérmenes de lo voluble, de lo

individual, de la fantasía. Habría que estudiar cómo esas cosas se expanden.

Por cierto que a todas esas conchas les es consustancial también lo contrario, como a todo lo que vemos simbólicamente — una tendencia a la duración, al endurecimiento matemático, a la fosilización. Es especialmente en la evolución de los jardines donde se ve cómo ambas tendencias influyen la una en la otra. Pero es sobre todo en la predilección por los espejos donde hay un movimiento directo de compensación — esa predilección se basa en la inteligencia de que la simetría corre peligro y en la voluntad de restablecerla mediante una imagen virtual, reflejada en un espejo.

En el lenguaje secreto de los diseños con que hoy empezamos a construir nuestros edificios se insinúan épocas prolongadas, regulares, que seguirán a los disturbios. Eso es algo que cabe inferir también del hecho de que los planes vinculen crecientes cantidades de trabajo; de ese modo también el tiempo venidero se integra en la construcción.

Edelingen, 20 de julio de 1940

Habremos de pasar varios días aún en este villorrio. Dentro de las casas se tiene la sensación de que la polilla y las moscas carcomen el mobiliario y lo reducen a polvo, y fuera de ellas, el de que todas las cosas acabarán sumergidas bajo el estiércol. Por la calle del pueblo corren regatos de color pardo, que de vez en cuando forman espejos resplandecientes. Son muchas las casas que están destruidas y quemadas, y junto a los caminos se acumula material de guerra abandonado. En medio de todo esto los seres humanos viven y trabajan en una especie de sopor y en una atmósfera casi intemporal, o así me lo parece; todo lo que aquí se ve podría ser también un cuadro de la Guerra de los Treinta Años.

El dueño de la casa en que me alojo tiene sesenta años, es delgado, su nariz es larga, afilada y un poco torcida, casi siempre está melancólicamente ausente, y, sin embargo, su mirada es maliciosa. Fisonómicamente me recuerda a un pájaro, pero no a un pájaro vivo. Hay rostros que pertenecen a

un tipo del que tenemos un presentimiento, pero no un conocimiento. Si se quiere obtener una idea de tales caracteres es preciso estudiar los faunos de las techumbres de las grandes catedrales.

Por la mañana ha estado en la casa una mujer de unos treinta años; solicitaba ayuda para desenterrar a su marido, que cayó cerca de aquí cinco minutos antes del cese de las hostilidades. Se ha entregado a un exceso de dolor que desfiguraba su rostro y que mi anfitrión ha calificado de inadmisible. La mujer decía, por ejemplo, que ella misma iba a escarbar el suelo con sus manos para sacar al muerto y ver todavía algo de él. Aquí no son raros estos casos, pues las obras fortificadas francesas estaban defendidas en parte por gente del país. De esta manera se aprende a conocer también el efecto indirecto de los disparos, que es un efecto que de ordinario escapa a quien aprieta el gatillo. La bala hiere a muchos; vemos caer el pájaro y nos alegramos al contemplar cómo se esparcen las plumas, pero lo que no vemos son ni los huevos, ni las crías ni la hembra que están en el nido al que nunca regresará el pájaro muerto.

Al atardecer me he dado todavía un paseo hasta Buschdorf para hacer una visita a Spinelli. Siguiendo mi costumbre, también allí he entrado en el camposanto; como es habitual en las aldeas lorenesas, el cementerio rodea en forma de herradura la iglesia. En ese camposanto he descubierto una gran rareza — un osario empotrado, en forma de gruta, en el muro. Seguramente contendría más de mil doscientas calaveras, y la parte alta del montón estaba coronada por un friso de huesos; también había, en el sitio que quedaba delante, largos fémures y redondas pelvis. La impresión general era la de un banco de pálidos huesos con un poco de verdín, en el cual se hubiera engastado un mosaico de oscuras cuencas de ojos. El diseño de aquel mosaico me ha desconcertado; yo tenía el sentimiento de que un suave oleaje rompía contra aquel arrecife de la Muerte. Lo que de allí brotaba era: «Todos nosotros hemos estado vivos». Es una lástima que hoy la

gente rehúya estas instructivas descripciones, la gran pompa de la Muerte, para la que todavía se tenía sensibilidad en el Barroco. Aquella gruta estaba cerrada por una verja de madera y por una tapia baja de piedra; en esta última había una oquedad en forma de pila, seguramente para el agua bendita.

En Edelingen he hablado de esto con mi anfitrión, quien, como era de esperar, se ha mostrado muy excitado con la charla. Por él me he enterado de que antiguamente se enterraba en Buschdorf a los muertos de toda la comarca; de ahí que la carretera que lleva de Edelingen a Buschdorf siga llamándose todavía Camino de los Muertos. Un sepulturero que arregló aquellos lugares llevó luego los huesos viejos al osario y los colocó unos encima de otros. El montón de calaveras llegaba antiguamente hasta el techo mismo de la gruta; mi anfitrión había alcanzado todavía a verlo así, cuando era niño. Pero como las capas de abajo van pudriéndose, la altura del montón baja. La gente conocía las calaveras, podía «señalar con el dedo a sus abuelos», pues todo el mundo sabía quién reposaba en las tumbas.

Edelingen, 21 de julio de 1940

Lluvias torrenciales; pero como me aburría demasiado en mi habitación llena de moscas he salido a practicar un poco la caza sutil. En un destrozado campo de patatas he vuelto a estudiar una vez más la dorífora, el escarabajo de la patata — cuando el sol está en lo alto este animal se anima, escala las matas hasta llegar a las puntas y emprende un veloz vuelo. Lo he visto formar enjambres como las abejas y ese espectáculo me ha hecho pensar que es dudoso que exista en Europa ninguna zona que a la larga pueda escapar a su invasión. También he vuelto a buscar conchas, pero entre los muchos millares que he visto no he encontrado ninguna tan perfecta como la que el otro día descubrí al primer vistazo.

Al atardecer el correo; entre otras cosas, una confesión importante. Aunque no se responda a esos escritos, por el mero hecho de leerlos se cumple una misión.

Cuando me encuentro con los hombres en la calle del pueblo charlamos a veces sobre las últimas semanas y los últimos meses. En esas conversaciones me causan siempre asombro las diferencias que aparecen en la percepción de las cosas. Por ejemplo, alguien pretende haber visto muertos en sitios donde no los hubo, y cosas parecidas. A menudo tales fantasías se deben a que la gente repite en forma directa las cosas oídas — no dice, por ejemplo: «Un artillero me contó que en tal sitio saltó por los aires un depósito de municiones», sino que afirma: «En tal sitio saltó por los aires un depósito de municiones». En el intercambio de recuerdos va formándose luego una variante; en unos puntos los hechos reales son redibujados, en otros son reconstruidos.

Esta forma de captar la realidad es importante, pues las cosas afluyen a nosotros con una superficie sin desbastar y en fragmentos, y a menudo son como lava que arrastra tierra y piedras. Al reflexionar sobre las cosas el espíritu intenta captar la totalidad que está encerrada en las partes, la figura llena de sentido. Se puede lograr eso por abreviación; se retira del crisol lo contingente, como si fuera espuma. También los añadidos pueden aclarar, por otro lado, el cuadro; eso es lo que ocurre con las anécdotas bien inventadas, que son historia *in nuce*.

Edelingen, 22 de julio de 1940

En esta zona se encuentra con especial frecuencia entre los exvotos de las iglesias la representación del martirio de san Erasmo. El santo yace atado en el suelo y tiene un pequeño corte por debajo del esternón; un buen trozo de sus intestinos, pintados con un chillón color rojo, está ya enrollado en un torno. Los dos sayones que manejan la máquina aparecen, a izquierda y derecha de ella, en actitud firme, como después de haber ejecutado bien una tarea — en general el conjunto parece una pieza de lucimiento. Mi anfitrión me ha contado que esos cuadros fueron colocados en sus sitios hace ya mucho tiempo, con ocasión de una epidemia de cólera que asoló el país.

Rehm, que viene haciéndome compañía desde hace tres trimestres, tiene una dificultad al hablar; consiste en que, cuando se le dirige la palabra, se pone a buscar trabajosamente la respuesta, mientras contrae ligeramente el rostro deformándolo. Pero lo único que le causa dificultad es la primera palabra; el resto de la frase sigue luego sin esfuerzo.

Hasta hoy no había yo caído en la cuenta, y eso porque me lo ha dicho Spinelli, de que se trata de un defecto de pronunciación — hasta ahora lo tenía por una peculiaridad de Rehm. Esto es algo característico de mi trato con los seres humanos, también en el terreno moral.

Lectura: Stifter: *El cóndor.* Es un trabajo primerizo, influido todavía por Jean Paul. Sin embargo, ya están cortados los tallos silvestres, algo que también en la prosa favorece la aparición del fruto. El bello pasaje que un autor sacrifica en razón del conjunto no se pierde; acrecienta la armonía invisible.

Edelingen, 23 de julio de 1940

Como siempre después de las guerras, ocurren accidentes por culpa de la munición que todavía queda por todas partes. Así, hace unos días, cinco obreros se divertían en el bosque que queda más allá de Buschdorf lanzando granadas de mano que allí habían descubierto en una fortificación abandonada. Seguramente un trozo de metralla fue a caer en una gran cantidad de sustancias explosivas, sin duda un montón de minas francesas de tierra. Se produjo un fogonazo que tumbó los árboles en un amplio círculo, sacudió las aldeas de los alrededores y destrozó a los hombres.

Ayer estaban jugando tres niños en la aldea vecina con pólvora en tabletas, que se encuentra en todos los emplazamientos de artillería. Habían visto que sus padres encendían el fuego con esas tabletas y llenaron con ellas un hornillo de hierro que habían descubierto en el bosque. Al prenderle fuego, surgió una llamarada gigantesca que les causó quemaduras mortales.

En esta zona de fortificaciones es preciso moverse con especial cuidado, pues por todas partes están enterradas minas de tierra. Ares ha diseminado a cada paso su juguete rojo.

Waldgassen, 24 de julio de 1940

Pasando por Falkenberg, Sankt Avold y Lauterbach, marcha hasta Waldgassen, donde está la estación en que subiremos al tren. Hemos atravesado la Línea Maginot y cruzado su zona delantera, con sus pueblos vacíos de seres humanos, en cuyos abandonados jardines brillaban a lo lejos las candelarias en medio de las flores violetas de los cardos. Ante la puerta de un establo estaba tendido en el suelo un macho cabrío muerto; se hallaba completamente reseco y tenía en la piel unos agujeros por los que se le veían las costillas; parecían los barrotes de una jaula. Último de los innumerables cadáveres de animales que hemos visto, enseñaba los dientes como si nos dijese adiós con una sonrisa.

En la frontera. Desfile ante el coronel con los músicos al frente. En Waldgassen hemos encontrado a los primeros habitantes que volvían a instalarse en sus casas, en sus jardines. Que todos puedan regresar así a su tierra natal.

Sars-Poteries, 18 de febrero de 1941

Antes de las primeras luces del alba llegada al descargadero de la estación de Avesnes, donde fui despertado mientras dormía profundamente. Pude así contemplar un instante un bello sueño: yo era un niño y era al mismo tiempo un adulto, y viajaba de Wunstorf a Rehburg, siguiendo el viejo camino de la escuela, que siempre recorríamos en el pequeño tren de cercanías. En Winzlar me apeaba y continuaba a pie, siguiendo las vías del ferrocarril. Era de noche, pues, por el sitio donde quedaba la casa de mis padres veía ascender en la oscuridad proyectiles que dejaban un trazo luminoso. Pero al mismo tiempo era de día; a mano izquierda los campos estaban iluminados por el sol. Junto a uno de aquellos campos, que estaba cubierto de un espeso sembrado verde, veía a mi madre, que estaba aguardándome; era una mujer joven, maravillosa. Yo me sentaba a su lado y cuando me cansaba ella tiraba de aquel campo como si fuera una manta verde y nos cubría con él.

El cuadro visto en este sueño me ha llenado de dicha y ha estado proporcionándome calor mucho tiempo, mientras de pie en la fría rampa de descarga dirigía las operaciones.

Marcha a pie hasta Sars-Poteries; acantonamiento en esta ciudad. A mí me ha tocado alojarme en casa de dos viejas señoras, una de las cuales tiene ochenta y dos años y ha visto ya tres guerras. Su cena, a la que he podido contribuir con un poco de salchichón, era más que escasa y en lo esencial consistía en tres grandes patatas que, puestas sobre la placa del hogar, eran cubiertas con una tapadera de barro. Este pequeño aparato se llama *etouffoir,* sin duda porque los alimentos son «asfixiados» dentro de él, al cortar el aire.

Sars-Poteries, 20 de febrero de 1941

Paseo por las cercanías de la estación, donde en una *poterie,* una alfarería, he preguntado de dónde viene el barro que da nombre y renombre a esta ciudad. Un poco por encima de

la vía férrea he llegado a las hoyas de donde sacan el barro; están excavadas en una tierra arenosa que es de color pardo y de color blanco muy bello. Tenía esperanzas de encontrar allí fósiles, pero no he descubierto ninguno. Una antigua zanja abandonada tenía en el fondo unos agujeros de agua y en otro tiempo ha estado seguramente anegada, pues he encontrado unos sauces que crecían allá abajo y que, hasta la altura de un hombre, estaban recubiertos de una pelusa de finas raicillas. Estas salían como musgo del tronco y de las ramas — un bello ejemplo de cómo en las plantas cada una de las partes puede generar todavía una parte diferente. En la totalidad de la casa mora aún la fuerza vital indivisa. Nosotros los humanos hemos perdido ese arte y en los sitios donde en nuestros cultivos, en nuestras, culturas, brillan las hojas y las flores, nunca más se verán las raíces. Sin embargo, cuando aumentan las amenazas, emitimos en el sacrificio unos órganos diferentes y más espirituales, unas raíces que se aferran a lo invisible — a costa, ciertamente, de la vida de personas singulares. De ahí brota luego para todos nosotros una prosperidad nueva.

Mientras volvía a casa ha caído una fuerte granizada; el campo ha quedado salpicado de pedrisco. Pero en los jardines he visto avellanos y torviscos ya florecidos; sus flores, semejantes a lilas acolchadas, cubrían las desnudas ramas; también he visto, en rincones abrigados, grupos de rompenieves, que, tras el duro invierno que hemos pasado, me han parecido muy precoces. Aquí se llaman *fleurs de Saint-Joseph*, cuya festividad se celebra el día 19 de marzo.

Sars-Poteries, 21 de febrero de 1941

En el sueño matinal me encontraba en una pequeña farmacia, donde compraba toda clase de cosas; en ese momento me ha despertado Rehm. Antes de abrir los ojos eché todavía una rápida mirada a una bolsa de papel en la que estaba escrito: «Gomas de Braunschweig». Cómo se nos ocurren tales cosas es algo que nunca deja de provocar extrañeza.

Lectura: *Reine,* de Julius Lermina, un libro que me ha prestado mi anfitriona, la dueña de la casa en que me hospedo, y que describe de manera muy divertida, en el estilo de *Los tres mosqueteros,* las facciones de 1815. En ese libro se encuentran pasajes que superan el nivel de la novela de entretenimiento; por ejemplo, el siguiente: «En todo conspirador se encuentra también un rasgo infantil». He ahí un juicio que puedo corroborar por propia experiencia.

Sars-Poteries, 22 de febrero de 1941

Durante las horas de la mañana, en un estado de sopor, meditado sobre libros exóticos. Por ejemplo, sobre *Los secretos del mar Rojo,* de Henry de Monfreid, una obra en la cual palpita un fulgor de corales, de nácares y de la deliciosa respiración del mar. También sobre *Le jardin des supplices,* de Mirbeau. Este jardín, con sus caminos recubiertos de polvo de ladrillo rojo, está copiosamente plantado de verde y de grandes macizos de peonías resplandecientes. Su exuberancia la extrae de los innumerables cadáveres de los culis que lo crearon en un criminal trabajo de esclavos y que se pudrieron anónimamente en su suelo. El libro de Mirbeau tiene el mérito de mostrar netamente separadas la belleza y la crueldad del mundo — fuerzas cuya combinación y cuya mezcla nos hacen pensar en los engendros marinos en los que el brillo de los colores recubre con un velo irisado los temibles filos de sus armas. En esa íntima compenetración de infiernos y paraísos, en la cual no pueden los ojos descifrar los detalles del placer y del dolor, al igual que tampoco pueden descifrar la multicolor maraña de una isla de selva virgen, nuestro planeta ofrece al espíritu un espectáculo de un género inaudito.

Luego he estado meditando sobre Wagner, que se me ha aparecido a una luz nueva, llena de significado para nuestros días. He creído captar el error de Baudelaire, el cual poseía, sin embargo, una relación verdadera con las cosas antiguas, eternas. Pensamientos sobre el poderoso espíritu de comediante que otorga una respiración artificial a tiempos difun-

tos, a culturas muertas, de modo que se mueven cual si fueran cadáveres convocados por una fórmula mágica. Un mago de gran categoría que con sangre de verdad hace conjuros junto a las puertas del Averno. Las cosas adquieren unos colores en los que ni aun los ojos más agudos distinguirán la verdad del engaño. El comediante ingresa en la realidad, se convierte en personaje histórico, consigue triunfos y laureles que tienen el mismo verdor que los auténticos. De qué sirve refutarlo, discutir con él — llega porque ha llegado su tiempo. Únicamente en eso consiste su culpa, que está fundada en algo más hondo que la persona. El arte como estufa de los tiempos pretéritos — deambulamos por él como por invernaderos o por salones donde florecen palmeras. No es posible criticar eso, pues son demasiado poderosos, son demasiado temibles los horrores de la catástrofe, de manera que resulta muy comprensible la voluntad de salvar aunque solo sea una sombra. Frente a esto, Nietzsche, que no puede vivir más que en tormentas de hielo. Son los modelos que nuestra juventud, como Heracles, vio en la encrucijada.

El caso Nietzsche-Wagner trae al recuerdo aquellos barómetros en forma de casitas de las que vemos salir, según el tiempo, figuras distintas. Una está fuera y anuncia el tiempo; su profecía es correcta, pero intempestiva. Otra corresponde al clima reinante, aunque ya son perceptibles los vientos de la catástrofe — de ahí que permanezca en lo seguro, fuera de la luz suprema. Y, sin embargo, la tablita a que ha fijado aquellas figuras quien decide el tiempo es una y la misma.

Saint-Michel, 24 de febrero de 1941

Adiós a Sars-Poteries y en especial a mi virgen de ochenta y dos años, a la que muy temprano he ido a dar las gracias a su lecho. Luego marcha hasta los nuevos acantonamientos en Saint-Michel — al principio bajo una ligera helada, luego bajo una nieve húmeda. El lugar es inhóspito, con muchas casas destruidas o abandonadas; de las aguas del riachuelo que lo atraviesa sobresale un carro blindado. Ya están formándose mitos: se dice que el conductor se arrojó con él por

el pretil del puente para sustraer ese botín a los alemanes. En las casas que han vuelto a ser ocupadas por quienes vivían antes en ellas, la gente ha atado en las puertas tiras de tela blanca para indicar su presencia. Los habitantes de Saint-Michel ofrecen un aspecto más mísero, más famélico todavía que los de Sars-Poteries. Enjambres de niños con piernas desnudas, azules por el frío, acechan junto a las cocinas de campaña. En las casas se oye correr a las ratas; desde las ventanas vacías miran fijamente los gatos.

Vivo, acompañado de Rehm, en casa de una mujer cuyo esposo está prisionero en Alemania. Contará unos cuarenta años, pero está todavía de buen ver, muestra una gran vitalidad, es hospitalaria, y le gusta hablar de su marido, del que se ocupa activamente. Yo la tendría, sin embargo, por accesible; está llena de esa viveza que provocan las experiencias recientes e intensas. A menudo habitan juntas en un mismo corazón todas esas cosas, pues el mundo moral no es susceptible de cálculo y tampoco es susceptible de una división tan completa como el mundo físico. En correspondencia con eso, tampoco los más de los varones se comportan como Otelo, cosa que a mí antes me resultaba incomprensible, sino que saben perdonar, sobre todo en los matrimonios antiguos.

Saint-Michel, 27 de febrero de 1941

Como siempre, en las horas de la mañana, vívidas imágenes contempladas en sueños. Yo participaba en una reunión que se divertía haciendo imitaciones de políticos fallecidos o caídos en el olvido, y además sin ninguna preparación, sino según el humor del momento. Unas veces este y otras veces aquel se levantaba de su asiento y provocaba carcajadas con su mímica y sus gestos. De este modo veía a un hombre fuerte, corpulento, que gesticulaba como Bismarck y que era muy aplaudido. Me llamaba la atención el que fuesen ciertos gestos insignificantes los que produjesen en medida muy especial sorpresa y risa. De esto deducía yo que aquellos hombres eran contemporáneos de Bismarck, si no colaboradores suyos. También se veía a supervivientes de pequeños círcu-

los olvidados aplaudir ruidosamente determinadas figuras cuyo humor solo a ellos les resultaba comprensible.

Aquella asamblea, mirada superficialmente, daba la impresión de estar compuesta de esos altos funcionarios del Estado o de esos generales ya retirados a los que se ve en sus clubs deleitarse con anécdotas o con detalles biográficos completamente olvidados. Por debajo de aquello había todavía otra nota — la del espectáculo de la historia humana que ha perdido su amargura y provoca hilaridad. Brillaba allí un rasgo de infantilismo que no raras veces nos sorprende en dignatarios viejos, retirados. También un poco del *plaudite, amici,* si se entiende esa expresión con ironía y con autoironía.

Saint-Michel, 1 de marzo de 1941

Durante los dos últimos días ha habido un considerable aumento de la temperatura; primero, aguaceros; luego ha brillado el sol. Bajo el cálido soplo la nieve ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos, las aguas han subido de nivel y los árboles han resplandecido con el cambio de colores que es peculiar de los comienzos de la primavera.

Animales: la gran *Timarcha,* que ayer vi arrastrarse bajo la lluvia por un suelo todavía duro; se trataba de un ejemplar macho, como lo mostraban sus anchos tarsos. En mi imaginación este crisomélido va ligado a la llegada de los primeros días cálidos. Me llamaba la atención, ya en mi infancia, como uno de los primeros puntos de vida en las zonas pantanosas, todavía sin vegetación, de Rehburg — iluminado por el sol de febrero o de marzo, era como un relámpago azul. En Argelia y en Marruecos he visto la *Timarcha,* en sus variedades de gran tamaño, ya en el mes de diciembre, y su aparición iba siempre entretejida con ese estado de ánimo especialmente melancólico que se apodera de mí en esta época del año y que vuelve a ceder con el verde de los árboles.

Luego, yendo en bicicleta por la carretera que lleva a Hirson, la rueda pasó muy cerca de una salamandra — una hembra, reconocible por su monte de Venus, muy hinchado en

este tiempo, que cierra como una delicada colina el abdomen moteado de manchas blancas y como iluminado por un almagre mate. Llevé a aquella pequeña señora, que se contorsionaba muy graciosamente entre mis dedos, a un prado húmedo y con ello le salvé la vida. La visión de los animales me ha proporcionado ya innumerables veces una fuerza nueva, como si fueran una fuente de vida.

Saint-Michel, 7 de marzo de 1941

Ayer, acompañado de Rehm, estuve en casa de la tía de Madame Richardet, quien me había invitado a cenar. Estuvimos hablando del *coup de foudre,* el «rayo», el «flechazo», una forma de amor que debe evitarse.

Por la mañana ejercicios sobre el terreno en la zona de la granja La Butte. Mientras participaba en ellos meditaciones sobre un tema: «mundos» — reflejarían las circunstancias humanas en otros espacios, para que se las pudiera ver mejor. Cabría pensar en bolas pulimentadas, que reflejasen el espectáculo en dimensiones más pequeñas, más nítidas y más profundas — en ópalos velados, por ejemplo, o en cristal de roca. El conjunto podría desarrollarse en un gran edificio recorrido desde los sótanos hasta los desvanes.

Saint-Michel, 27 de marzo de 1941

En Charleville, como testigo en un consejo de guerra. He aprovechado la ocasión para comprar libros: novelas de Gide y diversos trabajos sobre Rimbaud, que nació precisamente en Charleville. Un pequeño grupo de poetas cultiva allí su memoria, según me ha contado el librero. En el viaje de vuelta he leído en *Si le grain ne meurt* el hermoso pasaje sobre el caleidoscopio.

París, 6 de abril de 1941

Sábado y domingo en París. Por la noche, en compañía del teniente coronel Andois, en la Rôtisserie de la Reine Pédauque, cerca de la estación de Saint-Lazare, y luego en el Tabarin. Aquí, una revista con mujeres desnudas, ante un patio de butacas repleto de oficiales o funcionarios del ejército de

ocupación, y con continuas detonaciones de botellas de champán. Los cuerpos de las chicas, bien desarrollados, excepto los pies, deformados por el calzado. Quizá también, más allá de eso: el pie, mano degradada. Los espectáculos de este género están sintonizados con el mecanismo del instinto — la *pointe* es infalible, aunque siempre es la misma. También destaca mucho aquí lo que hay de «gallo» en la raza gala. *Les poules.*

Luego en el Monte Cristo, donde la gente se arrellana en unos cojines bajos. Copas de plata, fruteros y botellas refulgían en la oscuridad como en una capilla ortodoxa; de dar compañía se cuidaban unas muchachas jóvenes, casi todas hijas de emigrantes rusos nacidas ya en Francia, que parloteaban en varios idiomas. Estuve sentado junto a una criaturita de pequeña estatura, melancólica, veinte años, y entre las nieblas del champán mantuve con ella conversaciones sobre Pushkin, sobre Aksákov, sobre Andréiev; había sido amiga del hijo de este último.

Hoy domingo lluvia ininterrumpida. Por dos veces he ido a la iglesia de la Madeleine, cuyos escalones estaban salpicados de hojas de boj; a mediodía y por la noche en el restaurante Prunier. La ciudad es como un jardín conocido de antiguo, que ahora está abandonado, pero en el que uno reconoce, sin embargo, los caminos y los senderos. Es notable el estado de conservación, helenístico, por así decirlo; seguramente intervienen en eso artes especiales de la superintendencia. Chocantes las placas blancas de señalización con que el ejército ha cubierto la ciudad — incisiones en un conjunto orgánico antiguo.

Saint-Michel, 12 de abril de 1941

Nuevos planes, nuevos proyectos. «Aún no es demasiado tarde.» Por la noche se me aparecía una hermosa mujer; dulcemente me besaba muchas veces en los ojos, que yo mantenía cerrados. Más tarde, en un lugar de mala nota, cuya puerta rodeada de alambre de espino había yo abierto; allí

una fea mujer vieja cantaba canciones obscenas y, cuando me volvía la espalda, se levantaba la falda.

La noche anterior, en un viaje a través del Tíbet. Las casas, habitaciones y muebles no me parecían ya completamente originales; podía notarse ya un influjo de formas extrañas, pero el cambio era leve. Yo cruzaba las casas sin observar habitantes, pero sentía su presencia en habitaciones en que no entraba. Este sueño era perverso, en la medida en que yo, como ser demoníaco que era, resultaba invisible. Como antagonistas míos aparecían unos oficiales zaristas, nos veíamos y reconocíamos de lejos — había una jerarquía de la visibilidad.

Saint-Michel, 13 de abril de 1941

Paseo de Pascua. Las tierras pardas, no sembradas todavía, parecen desnudas, pero en ciertos sitios están recubiertas por una fina, baja floración de ortigas, apenas visible, de un color casi ultravioleta; los abejorros pastan sobre ella como sobre telas de araña vistas en sueños.

Los pequeños senderos del campo, con huellas de los carros que por ellos pasan. También estos senderos poseen una vertiente norte y una vertiente sur; en ellas las plantas son distintas no solo por su forma de crecer, sino por la especie.

París, 24 de abril de 1941

Madrugado para el embarque hacia París. Mi regimiento ha sido destinado a aquella ciudad para realizar allí servicios como tropa de guardia.

El momento de despertarme me sorprendió en uno de esos sueños que se asemejan a cuadros vivientes, a grupos dispuestos en una determinada forma y que están cargados de tensión. En esos sueños goza el soñante de vistas de primera categoría, pues unas veces se sumerge en el interior de los personajes, en su querer y sufrir, y otras emerge fuera de los elementos de los personajes y los ve insertos en un cuadro inmóvil. Contrastan así la plenitud de contenido y la falta de movimiento; las acciones están sometidas a la jurisdicción

del significado y esa traba provoca un sentimiento de vértigo que a menudo se convierte en una pesadilla.

Así, yo veía a José en una habitación cuyo mobiliario recordaba una clínica; estaba acompañado por el famoso médico, por la mujer de este, por mí mismo y por cuatro enfermeros. José, atacado de la enfermedad de la rabia, había clavado sus dientes en el cuello de la esposa del médico con el fin de contagiarle su mal, y no cabía duda de que había logrado su propósito. Yo veía a su víctima, a la que dos enfermeros mantenían sujeta en una cama, y veía la herida del mordisco, en cuyos labios rojos comenzaba a formarse una ligera capa de pus. El famoso médico se hallaba a punto de poner una inyección a su mujer, la cual estaba ya casi loca, y, mientras examinaba el líquido en la jeringuilla de cristal, su mirada rozaba también a José: una mirada grave, dolorida, pero con un dominio completo de la pasión. Sujeto por dos enfermeros, también José se hallaba tendido en una cama; se encontraba a medias en ese estado de sopor que sigue a un ataque de rabia y a medias en un estado de júbilo victorioso porque hubiese tenido éxito su atentado. Yo rodeaba con mis dos manos el robusto cuello de José, lo tenía cogido de tal manera que le hacía caricias parecidas a esos palmoteos con que acariciamos los flancos de un caballo; pero también podía estrangularlo inmediatamente si hacía el menor gesto de librarse.

La pequeña habitación en que sufríamos estaba cargada de radiaciones hasta tal punto que yo captaba su interior como un texto leído en un libro. La enormidad del ataque de José consistía en que este, más allá de la relación de infidelidad que durante largos años había mantenido con la mujer del famoso médico, quería ahora desposarse con ella en la muerte; y yo veía en los ojos del marido que este comprendía toda la gravedad de la acción. Sin embargo, aunque el médico se sentía picado por una víbora, no perdía la serenidad — no se salía de su terreno de médico, y en ese terreno la acción de José era precisamente un síntoma de la rabia; frente a eso la

respuesta adecuada era la voluntad de curarlo. El hecho de que este maestro, a pesar del oleaje de la voluntad, persistiese en su benevolencia, me parecía algo grande y prodigioso.

Y, sin embargo, en aquel conflicto yo me sentía de parte de José; le daba palmadas en su ancha nuca como se golpetea a un buen caballo al que vemos cruzar volando impetuosamente metas adornadas con guirnaldas. Desde luego yo sentía que en José lo moral estaba completamente indiferenciado, pero a mí me parecía uno de aquellos príncipes antiguos que se llevaban consigo al reino de la muerte todas las cosas que su corazón había amado en vida: el oro, las armas, los esclavos, las mujeres. En aquel cuerpo, en el que ya estaba hurgando la Muerte, yo presentía el gran poder de la Vida.

Pero luego yo era también un espectador del cuadro en su conjunto; en su quietud aquel cuadro estaba tejido de sentido y de contrasentido y yo lo veía como el diseño de un tapiz.

Adiós a Saint-Michel: pero quizá volvamos a este lugar. En mi memoria quedarán los suaves prados con sus setos de espino albar, en cuya maleza todavía desnuda de hojas podía ver las verdes bolitas del muérdago y los oscuros nidos de las urracas. En el viejo follaje florecían ya la tormentilla o sietenrama y la violeta, y reverdecía la ortiga. La tierra es ondulada; acá y allá están escondidas en ella grandes casas de labor con establos y graneros. De su profundidad emergen como espejos los blancos tejados de pizarra. Pensamiento a la vista de estas granjas: los antiguos tiempos mágicos han desaparecido, pero siempre nos han quedado las claves para traerlos a nuestra presencia. Luego llegan, no obstante, períodos en los que el ser humano pierde hasta el recuerdo del bien y del mal. En esos períodos no sabe cuál es la fuente de su infelicidad.

Al mediodía en Laon; pasamos al pie de la antigua ciudad por la parte baja. Con un sentimiento de alegría volví a ver la catedral; desde lejos sus torres caladas producen un efecto

especialmente fuerte. Creemos aprehender la estructura nuclear de la obra, los pilares y soportes del edificio, lo espiritual de su plano. Al pasar en coche junto al edificio se ofrece a los ojos una multitud de cambios calidoscópicos, como si la catedral girase suavemente sobre su eje, con música de carillón.

Llegamos muy tarde a París y a continuación marchamos por calles oscuras y desiertas hasta el Fuerte de Vincennes, donde estará acantonada la tropa. Tras dar una vuelta por los alojamientos me metí a primeras horas de la mañana en una habitación del Hotel Moderne, junto a la Porte de Vincennes. A la luz del amanecer, mirada a las grandes columnas de la Place de la Nation. Detrás de ellas, borrosa, la torre Eiffel. Lo inmenso se torna más inmenso todavía cuando aparece en plural, generalizado.

Vincennes, 27 de abril de 1941

El primer domingo en París. Entretanto me he mudado a un piso que tiene una hermosa vista sobre el *donjon,* la torre del homenaje, del Fuerte. Intensa melancolía. Por la tarde en el zoo de Vincennes. Jirafas que devoraban, seleccionándolas con sus lenguas largas y puntiagudas, hojas secas de acacia de un elevado comedero. Osos negros de América del Norte, una manada de guepardos, muflones de Córcega que se exhibían en los acantilados de una enorme roca. Lo poderoso de esas máscaras: hablan, pero nosotros no comprendemos ya lo divino de ellas.

Vincennes, 28 de abril de 1941

Paseo por las calles y callejuelas de Vincennes. Detalles: junto a una animada calle, un hombre que con una delgada hoz segaba la hierba de un terraplén de ferrocarril y la apretaba en su saco, seguramente para los conejos. En la otra mano tenía un cestillo donde recogía pequeños caracoles que encontraba mientras ejecutaba aquella labor. En el ámbito de jurisdicción de las grandes urbes nos salen con frecuencia al encuentro tales imágenes de economía china — recuerdan

las hierbas y plantas que vemos crecer en las rendijas de las paredes.

Vincennes, 29 de abril de 1941

Hôtel de Ville y muelles del Sena; estudiado los puestos. *Tristitia.* Buscado salidas: las únicas que se ofrecían eran dudosas. Notre-Dame, sus demonios, más bestiales que los de Laon. Estas imágenes ideales contemplan fijamente con una mirada llena de saber los tejados de la gran urbe y al mismo tiempo ven reinos cuyo conocimiento ha desaparecido. El conocimiento, desde luego: ¿pero también la existencia?

En el restaurante Prunier, Rue Duphot. El saloncito del primer piso es fresco y alegre, su atmósfera es de aguamarina, invita a saborear frutos de mar. La iglesia redonda tan próxima, junto a cuyo muro verdea una higuera. Luego la Madeleine — una iglesia, a pesar de todo. Boulevard des Capucines. La *Blitzmädchen,* la muchacha alemana que presta servicios de telefonista, que ya anteayer me llamó la atención en la Place de l'Étoile; una alta obotrita de cabellos flotantes. El extraño sentimiento que se experimenta cuando dos personas empiezan a fijarse la una en la otra, a orientarse la una hacia la otra. Somos nosotros quienes alumbramos las personas con que trabamos conocimiento; un nuevo ser humano es como un germen que surge en las profundidades de nuestro interior. Una imagen extraña ha irrumpido dentro de nosotros; si ha dejado huella, entonces es como una pequeña herida, un dolor leve. Las mujeres, qué bien conocen ese efecto, que luego no cesa de aumentar, cada vez que se repite el encuentro.

Telefoneado a Schlumberger; no está en París, como no está aquí casi ninguno de mis viejos conocidos.

Buscando, en el trayecto que lleva del Pont Neuf al Pont des Arts, la salida a que antes he aludido, he comprendido de súbito con toda claridad que únicamente dentro de nosotros está lo laberíntico de la situación. De ahí que sería perjudicial el empleo de la violencia, destruiría muros, cámaras de nosotros mismos — el camino que lleva a la libertad no es

ese. Las horas vienen reguladas desde el interior del reloj. Si movemos las agujas, modificamos las cifras, pero no la marcha del destino. Desertemos adonde desertemos, con nosotros llevamos nuestro uniforme congénito; y ni siquiera en el suicidio logramos escapar de él. Es preciso que nos elevemos, que nos elevemos también a través del sufrimiento; entonces se vuelve más comprensible el mundo.

Vincennes, 1 de mayo de 1941

Sacré-Cœur. El Chevalier de la Barre, que, muy joven, fue ajusticiado de un modo atroz porque no había saludado al pasar una procesión. Hace poco he leído su historia en Voltaire. Aquí se alza su estatua, junto al poste del tormento, como altar de la masonería, dentro del recinto sagrado de la iglesia. La elección del lugar otorga al monumento un regusto dialéctico que perturba la simpatía que nos inspira el destino del infortunado. Allí lo dejamos, de pie con el índice alzado.

Luego Place des Ternes. Muguete, del que he comprado un ramito, para festejar la jornada de hoy; seguramente ha sido también ella la culpable del encuentro con Renée, una joven dependienta de unos grandes almacenes. Esta ciudad trae uniones de este género casi sin esfuerzo alguno por nuestra parte; se nota que está fundada sobre un altar de Venus. Es algo que está en el agua y en el aire. Ahora percibo estas cosas con una claridad tanto mayor cuanto que el primer año y medio de la guerra he vivido recluido, alojado en cuarteles, en casas de campesinos, en casamatas. En largos períodos de ascetismo, durante los cuales sojuzgamos incluso los pensamientos, recibimos un anticipo del sabor que tendrá la sabiduría de la vejez, la serenidad.

Cenado, luego en el cine; allí le he tocado el pecho a Renée. Una caliente montaña de hielo, una colina en primavera, en la que están encerradas miríadas de gérmenes de vida, de anémonas blancas, por ejemplo.

Durante el noticiario la sala ha estado iluminada, para evitar manifestaciones. Fueron proyectadas nuestras ofensivas

en África, en Serbia y en Grecia. La mera vista de los medios de destrucción provocaba gritos de miedo. El automatismo de esos medios, el deslizamiento de las escamas de acero en los tanques, el modo como eran devoradas en el fuego las cintas de brillantes proyectiles. Los aros, las charnelas, las rendijas para mirar, las articulaciones blindadas, el arsenal de formas de vida que se endurecen como crustáceos, tortugas, cocodrilos e insectos — ya el Bosco vio todas estas cosas.

Cuestión digna de estudio: las vías por las que la propaganda pasa a convertirse en terrorismo. Precisamente sus comienzos han ofrecido muchas cosas que se olvidarán. El poder camina con patas de gato; astuto y sutil.

Nos hemos despedido junto a la Ópera, seguramente para no vernos nunca más.

Vincennes, 3 de mayo de 1941

Place des Ternes, al sol, en la terraza de la Brasserie Lorraine. Estos son los instantes en que aspiro un poco de aire, como alguien que está ahogándose. Frente a mí una muchacha en rojo y azul, que reunía una belleza perfecta con un alto grado de frialdad. Una flor de hielo: quien la deshiela, destruye la forma.

Cuando apago la luz me hace feliz el pensar que ahora estaré a solas ocho, nueve horas. Busco la soledad como una cueva. También me gusta despertarme algunas veces, para disfrutar de ella.

Vincennes, 7 de mayo de 1941

Otra vez en la Place des Ternes, en la terraza de la Brasserie Lorraine; es un lugar agradable, que me atrae. Allí, al sol, suelo beber una taza de té y comer unos cuantos delgadísimos sándwiches, casi obleas, que están dedicados al recuerdo de la desaparecida abundancia. Luego, por los Champs-Élysées, a la Rue Duphot. Siempre me alegra ver en su entrada la higuera que está delante de la pequeña iglesia.

La roca de pórfido. También las plantas y los animales han de diferenciarse de todas las cosas que hay en la Tierra.

Vincennes, 10 de mayo de 1941

Jardin des Plantes. Un ciclamor, llamado asimismo árbol de Judas, en plena floración. Las flores habían brotado también del tronco y lo habían hecho en tal cantidad que brillaban desde lejos en grupos compactos, semejantes a formaciones de coral o a racimos de abejas de color rosa.

Los grandes gatos negros o ambarinos a los que se ve dormitar en los escaparates de las tiendas. Y luego las paulownias, que florecen, todavía sin hojas, en las avenidas, o en grandes grupos en las plazas. Su delicado velo violeta transforma como por encanto la piedra de color gris argentado. Amatista sobre piel de elefante.

Vincennes, 11 de mayo de 1941

Iba, como de costumbre, a la Place des Ternes. En la Bastilla me entraron ganas de apearme del vehículo. Allí me he visto, única persona vestida de uniforme, rodeado por una muchedumbre de millares de parisinos, y además, en la festividad de la Doncella de Orleans. A pesar de todo, me ha procurado un cierto placer el deambular por allí sumido en mis meditaciones, de modo similar a como en sueños paseamos por un polvorín llevando en la mano una vela encendida. Por la noche me he enterado de que en la Place de la Concorde ha habido algunos disturbios.

Vincennes, 12 de mayo de 1941

Nos sentaban con los pies desnudos alrededor del fuego y nos empujaban hasta muy cerca de él, de manera que veía cómo la piel se ponía primero roja y luego se apergaminaba y saltaba. Más tarde nos azotaban los pies con unos látigos que, en vez de tiras de cuero, llevaban un haz de víboras. Estas hundían sus dientes en la carne herida y yo sentía sus mordiscos como un alivio, comparados con el dolor del fuego.

¿En qué galeras nos asaltan tales imágenes?

Vincennes, 17 de mayo de 1941

Por la noche estuve largo tiempo, a oscuras, sintiendo un ahogo en el pecho; iba pesando uno a uno los segundos. Luego, mañana horrorosa en el patio del cuartel de Vincennes. Estaba allí como alguien que siente una gran sed: durante un descanso me la ha apagado el espumoso frescor de las umbelíferas blancas que crecen junto al talud del Fuerte. Cuando veo el modo tan callado como estas flores se desperezan a la luz del sol, su deleite me parece de una hondura infinita. Siento que me hablan con frases y palabras dulces y consoladoras y siempre me embarga el dolor de que ninguno de esos sonidos llegue a mis oídos. Uno es llamado, y, sin embargo, no sabe adónde.

Al mediodía ha llegado el coronel con un capitán llamado Höll, que va a hacerme un retrato y que se quedará aquí algún tiempo. Al atardecer he estado con él en la zona de la Madeleine y he comprado algunos regalos para Perpetua. En la tienda de un negro, conversaciones sobre la nuez de cola y sobre el ron blanco. Toda la tarde ha sido extraña y me ha confirmado en mi opinión de que somos *nosotros* los que como directores de orquesta dirigimos las vivencias; el mundo nos proporciona los instrumentos. Estamos cargados de una determinada especie de fuerza; entonces se ponen en marcha los objetos adecuados. Así, por ejemplo, somos viriles y entonces aparecen las mujeres. O somos infantiles y entonces afluyen a nosotros los regalos. Y si somos piadosos…

París, 20/21 de mayo de 1941

Al mediodía relevé con mi compañía la guardia principal del Hotel Continental. Previamente relevo en la Avenue de Wagram. Ordené ejecutar los movimientos que habíamos estado ensayando todo un mes y luego desfilar a paso de parada ante la tumba del Soldado Desconocido. También pasamos por delante del monumento a Clemenceau, el cual previó bien estas cosas. Lo saludé con una pequeña inclinación de cabeza, como entre augures.

La noche ha sido muy movida y en ocasiones hasta turbulenta, pues me han traído más de cuarenta personas, arresta-

das por las patrullas en las calles o en los cafés y hoteles. La mayoría eran borrachos, o soldados sin el debido permiso, que habían sido pillados en los pequeños *hôtels de passe;* también traían a las prostitutas que en esos lugares les hacían pasar el tiempo. Tras un breve interrogatorio anotaba los nombres de todos en el gran libro-registro del cuerpo de guardia y luego mandaba que los encerrasen en unos pequeños calabozos, parecidos a casetas de baño, que han sido instalados en gran número en el primer piso. Los hombres que habían dormido acompañados eran previamente «saneados». Por la mañana se distribuyó el desayuno y luego toda aquella tropa fue llevada a presencia de un juez disciplinario que celebraba las vistas en el mismo edificio. Con una carga de gente que había sido pescada en Montmartre llegó también una putilla de dieciocho años que para saludar se puso firme, igual que los soldados. Era una criatura muy divertida y como además disponía de *bon moral* le ordené que se sentase con nosotros en el cuerpo de guardia y nos diese conversación; en aquel tétrico lugar la he tenido, pues, como un canario.

Vincennes, 24 de mayo de 1941

Por la mañana en el Hotel Continental, como vocal de un consejo de guerra. Tres casos. Primero un conductor que se había emborrachado y había derribado con su vehículo un farol de gas. Poco antes, dijo, «había visto que algo se movía rápidamente por la calzada». Cuatro semanas de arresto mayor. Preguntado si tenía alguna observación que hacer a la sentencia:

—Estoy sorprendido de que se me haya condenado a una pena tan leve.

Luego otro conductor; se había peleado en un bar con cuatro sargentos de marina y había opuesto resistencia pasiva al ser arrestado. Cuarenta y tres días de prisión. Durante el interrogatorio de los testigos uno de los sargentos de marina, para ilustrar la sobriedad de uno de sus camaradas, dijo:

—Baja a tierra pocas veces.

También establecía una distinción entre una gran borrachera: «Gran viaje», y un sencillo achispamiento: «Pequeño viaje».

Finalmente un cabo que en la entrada a la estación del metro Jean Jaurès se había lanzado, como si estuviera atacado de rabia, sobre varios transeúntes y había estado repartiendo golpes con su bayoneta hasta que fue detenido por una patrulla. Aplazamiento del caso por incomparecencia, debida probablemente a miedo, de algunos de los afectados.

En este último caso la embriaguez en que se encontraba en el momento de los hechos el encausado ha tenido también su reflejo en la vista oral. El interrogatorio hubo de recomponer con girones y fragmentos lo ocurrido, de modo que han quedado muchas lagunas. También resultaban instructivas las diferencias que aparecían entre las declaraciones de los testigos franceses y la traducción de esas declaraciones al alemán hecha por una intérprete: podía verse así a un ser humano desempeñando el papel de un órgano de los sentidos, un órgano receptor y transmisor, y podían notarse igualmente las muchas cosas que en ese trayecto cambian, se pierden.

Por la noche en el Hotel Ritz con el conde Podewils; aunque hace ya años que me carteo con él y con su esposa, lo he visto hoy por primera vez. Ha traído consigo al teniente Grüninger, que me recuerda a personajes de la obra *Ardinghello.* También se presentó Höll. A última hora apareció todavía por un instante el coronel Speidel, jefe de Estado Mayor del comandante en jefe.

Vincennes, 25 de mayo de 1941

La visita matutina. Dos amigos, vestidos con trajes de seda, están de pie delante de una mesa de nácar y marfil. Han abierto una carpeta que contiene grabados coloreados y miran con sus *lorgnons,* con sus impertinentes, las láminas. La habitación está llena de color, es suntuosa, alegre; me llama especialmente la atención la rica marquetería de la mesa. Pero en esta hay también algo insólito. La miro con más dete-

nimiento y entonces descubro que debajo de ella se esconde una mujer que está allí de rodillas. El pesado vestido de seda, el rostro delicadamente polvoreado, el sombrero de plumas multicolores hállanse de tal modo fundidos con el diseño del mueble que la mujer allí escondida recuerda una de esas mariposas a las que resulta imposible distinguir de las flores en que están posadas. Y es en ese momento cuando se me hace clara también la atmósfera de horror que había en el fondo de la alegría de aquella habitación iluminada por un resplandor matinal y descubro la imagen escondida, cuyas líneas habían quedado congeladas por el miedo. Lo que está en el fondo de la imagen es algo que dormitaba ya en su título: pues no se trata solo del visitante, sino al mismo tiempo de la visitante, de su esposa, demasiado bella y demasiado cercana.

Vincennes, 26 de mayo de 1941

Por la tarde en el estudio de Höll, en el quinto piso de un inmueble de la Rue de Montreuil. Allí hemos vaciado entre los tres algunos vasos, primero a la salud de Madeleine, su modelo, y luego en honor de un magnífico arcoíris que apareció sobre los techos de Vincennes cual una doble puerta de la felicidad.

Conversaciones, que tuvieron como punto de partida la profesión de aquella muchacha, el oficio de *entraîneuse*, es decir, una mujer que ha de llevar clientes a un local nocturno. En ese menester resultan superfinas, bien que no la belleza, sí ciertamente la cultura, la buena crianza y, desde luego, la bondad. Sin embargo, es preciso alimentar a la madre, que está enferma, y cosas por el estilo. Lo que en estos tipos humanos me conmueve siempre, y también en este caso, es la amalgama de liviandad y melancolía. Así es como se camina hacia el abismo en barcos adornados con guirnaldas de flores. La inflación, que arruina esas existencias burguesas, reclama que se la estudie más de cerca; ella es a la postre la conclusión de un proceso de empobrecimiento, de un proceso de reducción de índole universal. El dinero esconde en

sí uno de los más grandes misterios. Cuando pongo encima de la mesa una moneda y recibo a cambio un pedazo de pan acontece un acto en el que se refleja no solo el orden del Estado, sino también el orden del universo. La numismática entendida en un sentido superior sería el estudio de hasta qué punto ese saber encuentra su expresión en los símbolos acuñados en las monedas.

El trato con Höll me resulta beneficioso y me ha sustraído a aquellas peligrosas meditaciones en que me había hundido desde comienzos de este año. En el mes de febrero tuve una depresión durante la cual me negué a tomar alimentos toda una semana y estuve viviendo, en todos los aspectos, del capital de mi pasado. Mi situación es la de un hombre que vive en el desierto entre un demonio y un cadáver. El demonio lo incita a la acción; el cadáver, a la simpatía. Ya varias veces en mi vida ha sido el hombre amigo de las Musas quien ha acudido a auxiliarme en mis crisis. Ese hombre sigue repartiendo regalos que saca de las riquezas del mundo.

París, 29 de mayo de 1941

Al torrente de cosas repugnantes que me agobian ha venido a sumarse la orden de que me encargue de supervisar el fusilamiento de un soldado que ha sido condenado a muerte por deserción. En el primer momento tuve intención de darme de baja por enfermedad, pero me pareció un recurso demasiado fácil. También pensé: quizá sea mejor que estés allí *tú* y no otro cualquiera. De hecho he podido disponer algunas cosas de un modo más humano que como estaban previstas.

En el fondo fue una curiosidad superior lo que me decidió. Yo había visto ya morir a muchos seres humanos, pero a ninguno en un momento fijado de antemano. Esta situación que hoy nos amenaza a todos y cada uno de nosotros y que ensombrece nuestra existencia, ¿cómo se presenta? ¿Y cómo se comporta en ella la gente?

He revisado, pues, el sumario, que concluye con la condena a muerte. Se trata de un cabo que abandonó su unidad y

desapareció en la ciudad, donde lo hospedaba una francesa. Unas veces se movía con traje de paisano y otras con uniforme de oficial de marina, y se dedicaba a hacer negocios. Parece que poco a poco fue creyéndose demasiado seguro y no solo daba ocasiones de celos a su amante, sino que además le pegaba. La amante se vengó denunciándolo a la policía francesa, la cual lo entregó a las autoridades alemanas.

Ayer fui, en compañía del juez, al lugar previsto, un bosquecillo próximo a Robinson. En un claro, el fresno; su tronco, astillado por las balas de anteriores ejecuciones. Son visibles dos series de impactos — una superior de los disparos a la cabeza y otra inferior de los disparos al corazón. Unas cuantas moscas de color azul oscuro reposaban en el cerne, envueltas en las finas fibras de la corteza reventada. Eran la orquestación del sentimiento con que puse el pie en aquel lugar: no es posible mantener tan limpios los lugares de ejecución que no haya en ellos alguna cosa que recuerde el desolladero.

Hoy hemos acudido a ese bosquecillo. En el coche iban también el capitán médico y el teniente que manda el pelotón de ejecución. Durante el viaje conversaciones caracterizadas por una cierta familiaridad y confianza, «como entre compañeros de fatigas».

Al llegar al claro del bosque encontramos ya allí el pelotón encargado de la ejecución. Forma una especie de pasillo delante del fresno. Durante el viaje ha estado lloviendo, pero ahora luce el sol; las gotas de agua brillan en la hierba verde. Aguardamos un rato, hasta poco antes de las cinco; un automóvil llega entonces por el estrecho camino del bosque. Vemos apearse al condenado; lo acompañan dos carceleros y un capellán. Detrás viene todavía un camión; transporta al pelotón de enterramiento, así como un ataúd, que se ha encargado tal como ordena el reglamento: «de tamaño corriente y de la calidad más barata».

El hombre es conducido hacia el pasillo; en ese momento se apodera de mí una sensación de ahogo, como si de repen-

te me resultase difícil respirar. Lo sitúan delante del juez militar, que está de pie a mi lado: veo que el condenado lleva esposadas las manos a la espalda. Viste un pantalón gris de buena tela, una camisa de seda gris y una guerrera abierta, que le han echado sobre los hombros. Se mantiene erguido, es un hombre de buena presencia y su rostro luce esas facciones agradables que atraen a las mujeres.

Se da lectura a la sentencia. Con una atención suma, tensa, sigue el condenado todo lo que ocurre; yo tengo, sin embargo, la impresión de que se le escapa el texto. Sus ojos están dilatados, fijos, son grandes, ávidos, como si el cuerpo pendiese de ellos; la boca carnosa se mueve como si silabease. Su mirada cae sobre mí y se detiene un segundo en mi rostro con una tensión penetrante, indagadora. Veo que la emoción da a aquel hombre una apariencia crespa, floreciente, casi infantil.

Una mosca diminuta juguetea junto a su mejilla izquierda y se posa varias veces en su oreja; el condenado alza los hombros y sacude la cabeza. La lectura de la sentencia dura un minuto escaso, pero el tiempo se me hace extraordinariamente largo. El péndulo se mueve pesadamente, sus oscilaciones parecen más largas. Luego los dos carceleros conducen al condenado al fresno; lo acompaña el capellán. En ese instante se acrecienta todavía más la pesadez; es algo trastornante, como si se soltasen grandes pesos. Recuerdo que he de preguntarle si desea que le venden los ojos. El capellán responde que sí por él, mientras los carceleros lo atan al fresno con dos cuerdas blancas. El capellán le hace todavía algunas preguntas en voz baja; oigo que responde a ellas con un «sí». Luego el condenado besa un pequeño crucifijo de plata que le es presentado, en tanto el médico le prende en la camisa, a la altura del corazón, un cartoncillo rojo del tamaño de un naipe.

Entretanto, a una señal del teniente, los soldados del pelotón se han alineado; están detrás del capellán, que aún tapa con su cuerpo el del condenado. Después el capellán da un

paso atrás, tras haberle rozado una vez más el cuerpo con su mano, de arriba abajo. Siguen las voces de mando y ellas hacen que yo emerja otra vez a la consciencia. Quisiera desviar los ojos, pero me obligo a mirar a aquel sitio y capto el instante en el que, con la descarga, aparecen cinco agujeros oscuros en el cartón, como si sobre él cayesen gotas de rocío. El hombre alcanzado por las balas sigue de pie contra el árbol; en sus facciones se refleja una sorpresa inmensa. Veo abrirse y cerrarse su boca, como si quisiera articular vocales o decir todavía algo con gran esfuerzo. Este hecho tiene en sí algo que desconcierta, y otra vez vuelve a hacerse muy lento el tiempo. También parece que ahora el hombre se ha vuelto muy peligroso. Por fin se le doblan las rodillas. Le desatan las cuerdas y en ese momento la palidez de la muerte recubre su rostro de repente; es como si sobre él se hubiera vertido un cubo de cal. El médico se acerca un momento y anuncia:

—Este hombre está muerto.

Uno de los carceleros le quita las esposas y con un trapo limpia la sangre que ha manchado el brillante metal. El cadáver es introducido en el ataúd; yo aseguraría que la pequeña mosca jugueteaba por encima de él en un rayo de sol.

Viaje de vuelta, durante el cual sufro un nuevo acceso de depresión, más fuerte que el de antes. El capitán médico me explica que los gestos del moribundo no fueron otra cosa que reflejos nerviosos, sin significación ninguna. Él no ha visto lo que yo sí he contemplado con una evidencia atroz.

Vincennes, 30 de mayo de 1941

Al mediodía almuerzo en el Hotel Ritz, con el coronel Speidel, Grüninger, Clemens Podewils. Grüninger, que es desde hace mucho tiempo uno de mis lectores, y seguramente también uno de mis alumnos, más inteligentes, opina que yo estoy mejor resguardado aquí en París que no en las otras tareas que desempeño. Y, efectivamente, es muy posible que esta ciudad tenga escondidos para mí no solo dones especiales, sino también manantiales de trabajo y de eficacia. París

sigue siendo, en un sentido casi más importante que antes, una capital, símbolo y baluarte de unas excelsas formas de vida heredadas de antiguo, y también de ideas vinculantes, cosas todas ellas de las que ahora andan especialmente escasas las naciones. Quizá obre bien aprovechando la posibilidad de establecerme aquí. Se me ha presentado sin que yo hiciera nada de mi parte.

A última hora de la tarde han venido a hacerme una visita las dos hermanas que conocí en Noisy, cuando estuve alojado en esa población. Hemos estado charlando los tres. La mayor está a punto de divorciarse de su marido, que ha dilapidado la dote que ella aportó al matrimonio. Habla de los defectos de su marido y de su querella contra él con la seguridad peculiar de los latinos y con unos giros que parecen propios de un notario experimentado. Se nota que no hay en esto problemas insolubles. A lo que parece, está poseída por una hostilidad grande, no contra los varones, pero sí contra el matrimonio, y a su manera procura introducir en la vida a su hermana menor, que produce la misma impresión que una amazona. Notable el contraste entre la dignidad pedagógica y la materia epicúrea.

Vincennes, 3 de junio de 1941

Por la tarde en la pequeña pastelería Ladurée, en la Rue Royale, para despedirme de la amazona. La chaqueta de cuero de color rojo, con la cartera verde colgada de una larga correa; la peca encima de la comisura izquierda de su boca, comisura que, cuando la muchacha sonríe, se alza de un modo nervioso, simpático, dejando al descubierto el incisivo. Dieciocho años cumplirá el próximo sábado.

De todo lo que en otro tiempo se llamaba «tren de vida», del lujo inmediato que se manifiesta en un varón y en su ambiente, lo único que hoy queda es la compañía de una mujer hermosa; solo ella nos proporciona aún un sentimiento de aquel estado desaparecido.

Las grandes ciudades no solo especializan los placeres, sino que además configuran unas categorías singulares para

cosas que de ordinario se disfrutan únicamente de manera aislada y especializada. Así, en Barcelona me llamó la atención el hecho de que existieran tiendas especiales para toda clase de salazones. Las pastelerías especializadas, las tiendas de antigüedades donde únicamente se compran encuadernaciones del siglo XVIII, o donde se adquiere solo vajilla rusa de plata.

Lectura: Anatole France: *Sur la pierre blanche.* Alejandría — los pensamientos han perdido todo revestimiento orgánico, de ahí que permitan un trazado más claro, más matemático. El estilo ha sido filtrado a través de todos los sedimentos del escepticismo; por esa vía se la ha proporcionado la claridad del agua esterilizada. Esa prosa se lee a doble velocidad — y eso ya por el simple hecho de que en ella cada palabra está en su sitio lógico. Ese es un defecto, ese es su mérito.

Montgé, 8 de junio de 1941

Adiós a mi pequeño piso de Vincennes. En la pared del dormitorio cuelga una fotografía del propietario, que está huido; desde el primer momento me resultó desagradable aquella fotografía. Las facciones tenían un aire crispado, roto, punzante; mostraban los signos propios de un espíritu descontento, lo cual se reflejaba también en la composición de la biblioteca. Varias veces, sobre todo por las noches, pensé en quitar de allí aquel retrato y lo único que me impidió hacerlo fue el temor de introducir cambios en la manera como estaba dispuesto el mobiliario. Ahora me ha parecido descubrir un rasgo nuevo en el rostro de este desconocido e involuntario anfitrión mío — había en él algo diferente, que se transparentaba y sonreía como por debajo de una máscara, un brillo de entendimiento, de simpatía. Esto me ha parecido extraño — casi como una recompensa por haberme comportado como un ser humano aquí, en este piso, y, por otro lado, quizá como un signo de que desde mí mismo había conseguido adentrarme, atravesando la superficie individual, hasta aquello en que todos estamos unidos y nos compren-

demos: hasta el dolor, hasta el sufrimiento que se halla en el fondo de todo.

En la tarde del 5 de junio emprendimos la marcha. Las muchachas de Montreuil y de Vincennes formaron calle en dos filas delante de las puertas del Fuerte, como hicieran en otro tiempo las beldades de Babilonia cuando las tropas de Alejandro Magno abandonaron aquella ciudad. También Höll se despidió allí de mí. El trato con artistas de vida libre, ligera, ha sido siempre para mí muy fructífero, más fructífero que el trato con cualquier otro género de personas.

Atravesamos el Bosque de Vincennes y luego por Nogent, Chelles, Le Pin, Messy, Vinantes, fuimos hasta Montgé, donde he permanecido tres días con mi compañía. Se dice que el nombre de esta localidad deriva de Mons Jupiter. Aquí me alojo en casa de un matrimonio apellidado Patrouix; tanto el hombre como la mujer son gente entrada en años, pero aún siguen frescos y vivaces. Él es ingeniero y durante la semana se ocupa de sus asuntos en París. La mujer se cuida de la casa, así como del gran jardín, que produce abundantes frutas y hortalizas y está regado por siete fuentes. Charlando con ella de flores y de frutas me he dado cuenta de que es una diletante en el mejor sentido de la palabra. Esto es algo que tiene también su expresión en el hecho de que regala de buena gana parte de lo mucho que recoge, pero jamás lo vende. El señor Patrouix es catalán, nacido en Perpiñán. Hemos hablado de su idioma materno y me ha contado que es, de todas las lenguas vivas, la que más cerca está del latín.

Para llegar a viejo, dice el señor Patrouix, es preciso trabajar; los únicos que se mueren pronto son los holgazanes. Yo opino que para llegar a viejo es necesario permanecer joven.

Villers-Cotterets, 9 de junio de 1941

Bajo una intensa lluvia marcha hasta Villers-Cotterets, atravesando los grandes bosques, que exhalaban vapores húmedos. En esta ciudad me he calentado un poco en la chimenea de la casa del médico en la cual me alojo. Mientras co-

míamos he estado charlando con él; luego ha tenido que salir porque lo llamaron para atender un caso urgente y me ha dejado a su hija para que me haga compañía. Está casada con un cirujano, y la he encontrado muy leída y muy experta en muchos asuntos; hemos estado hablando sobre Marruecos y sobre las Baleares, y luego sobre Rimbaud y sobre Mallarmé, en especial sobre la primera estrofa del poema *Brise marine.* Aquí en Francia el conocimiento de la literatura sigue teniendo como punto de referencia el conjunto de ella, su totalidad armónica, mientras que entre nosotros, entre los alemanes, ese conocimiento se refiere en el mejor de los casos a las individualidades, a los miembros de la totalidad, que, además, son separados según las corrientes políticas. Algo parecido ocurre en materia de pintura; en París he visto a gente muy sencilla detenerse un momento delante de los escaparates de las tiendas de arte y expresar juicios muy sensatos sobre los cuadros allí expuestos. No cabe duda de que el talento literario va ligado al talento para la pintura; pero lo que resulta notable es que el sentido de la plástica esté tan poco desarrollado en un pueblo tan musical como el alemán.

Soissons, 10 de junio de 1941

Hemos proseguido la marcha hasta Soissons, donde he dormido en el Hotel du Lion Rouge. Las fachadas de las casas están sembradas de impactos de balas — a veces no está claro si son de esta guerra o de la otra. Quizá muy pronto las imágenes de estas dos guerras se confundan para la memoria en una única imagen.

Nouvion-le-Comte, 11 de junio de 1941

Agotadora marcha hasta Nouvion-le-Comte. A mano derecha, en una altura, las enormes ruinas de Coucy-le-Château. Alto del mediodía en la fábrica de cristales de Saint-Gobain. Por causa del mal tiempo comimos dentro del edificio, rodeados de montañas de placas y barras de cristal; en esta ocasión he visto con mucha claridad el carácter estéril de esta materia. Pese a lo agotado que estaba, al atardecer he

acudido todavía a las orillas del Serre a practicar un poco la caza sutil. Estas distracciones son como un baño que elimina el polvo del servicio; en ellas hay libertad.

También el día 12 de junio lo hemos pasado en esta ciudad, como jornada de descanso; todo el tiempo ha estado lloviendo. Escrito cartas, puesto al día los diarios, trabajado. Al atardecer un ligero achispamiento con burdeos blanco, mientras leía *Pour saluer Melville,* de Giono. Cuando nos hallamos de ese temple somos más receptivos para los libros. También introducimos en ellos más cosas; improvisamos sobre el texto de los libros como sobre las teclas de un piano.

Saint-Algis, 13 de junio de 1941

Marcha y, además, maniobras del regimiento en el Bois de Berjaumont. Hasta cerca de las once de la noche no hemos llegado a nuestros alojamientos en Saint-Algis. Aquí he estado sentado todavía una hora en torno a la chimenea, rodeado por la familia de esta casa en que me hospedo, bebiendo sidra y comiendo queso y pan. Hemos charlado agradablemente; al final la mujer ha preparado todavía café y nos ha ofrecido terrones de azúcar y una copita de aguardiente.

Me ha gustado sobre todo el dueño, un hombre de cincuenta y seis años, que ha estado sentado a la mesa con el mismo chaleco con que había estado trabajando en el campo. Me he preguntado cómo es posible que se haya conservado hasta nuestros días un ser tan sencillo, tan bondadoso y tan infantil — quizá únicamente porque es al mismo tiempo un ser que desarma completamente a todo el mundo. En su rostro, y especialmente en la mirada de sus ojos azules, había no solo una serenidad interior, sino también un rasgo sumamente noble; uno podía creer sin más que se hallaba en compañía de un vasallo de tiempos antiguos. Esto me lo han hecho sentir sobre todo varias de las preguntas que con gran delicadeza me ha dirigido. Por ejemplo:

—*Vous avez aussi une dame?*

Los ojos le han brillado al ver que yo estaba en posesión de ese bien y también de algunos otros.

Saint-Michel, 14 de junio de 1941

Por la mañana he bebido todavía un café con los dueños de la casa y luego hemos marchado hasta Origny, para realizar allí unos ejercicios de combate. Durante la reunión final de los oficiales para enjuiciar las maniobras, reunión que se ha celebrado a pleno sol en lo alto de un cerro, me ha tomado aparte el general Schede y me ha dicho confidencialmente que se ha solicitado para mí un destino en el Estado Mayor del comandante en jefe. He visto que Speidel había pensado en mí. Esta época se parece a un objeto candente cuya temperatura no es posible rebajar, pero que puede soportarse por más tiempo pasándolo de una mano a la otra. Además, la situación en que me encuentro recuerda la de un hombre que estuviera en posesión de una gran cantidad de monedas de oro, pero al que le pidieran únicamente calderilla; en vano hurgaría en sus bolsillos buscándola. En varias ocasiones, sobre todo en Dielmissen, y también durante la primera mitad de mi estancia en París, he caído en rápidos del río, pero siempre he conservado, pese a todo, el aliento mínimo necesario para nadar o al menos para mantenerme a flote. Hace ya muchos años que previ esto; las formas en que se ha presentado han sido lo único que me ha resultado nuevo.

Por la tarde hemos regresado a nuestro viejo Saint-Michel. Madame Richardet me ha saludado con tanta alegría que me ha conmovido; decía que en el intervalo el tiempo había transcurrido con mucha lentitud. Tras haber ordeñado las vacas ha venido, como de costumbre, *ma tante* y me ha preguntado si en París había sufrido el *coup de foudre.* Luego, con la misma cordial familiaridad de otros tiempos, y acompañados por Rehm, nos hemos bebido una botella de vino.

Lectura de las cartas; entre ellas, una de Höll, escrita desde la Rue de Montreuil, en la que recuerda el arcoíris que allí vimos. Trae una posdata de Germaine, en la que esta expresa

su esperanza de volver a ver a los dos capitanes que se le han aparecido en un momento crucial de su vida. En general he de decir que mi estancia en París ha resultado fecunda también porque me ha deparado un gran número de encuentros. Los seres humanos albergan todavía muchas semillas que pueden volver a germinar tan pronto como se tornen más suaves las condiciones atmosféricas y recuperen temperaturas humanas.

Luego hermosas cartas de Perpetua. De la del 10 de junio transcribo lo siguiente:

«Ayer noche he vuelto a tener un sueño extraño. Con la ayuda del joven Meyer y de Lahmann capturaba a un atracador que por la noche había entrado en casa y se había escondido en nuestro armario; en ese preciso momento subías tú la escalera. Al escuchar voces de hombre ponías esa cara que sueles poner cuando te tropiezas con cosas desagradables; yo te señalaba el ladrón y entonces tú te echabas a reír. Y después de haberme estado contemplando un largo rato me decías: "Te acordarás seguramente de mi observación sobre Hölderlin, en aquel pasaje en que dice que el miedo, que mantiene a todos los sentidos en una tensión extrema, confiere a la expresión del ser humano un demonismo extraño. Pero si el ser humano se libera del miedo, también se desarrugan sus facciones y sobre ellas se extiende una dichosa serenidad. Esto es lo que a ti te ocurre en este momento y me gustas más que nunca".»

Escribo estas líneas sentado a la misma mesa semicircular en la que tantas veces he estado leyendo y trabajando. Entre las cartas, diarios, revistas y manuscritos se alza un jarrón con unas peonías que Madame Richardet ha cortado para mí en el jardín. De las flores completamente abiertas cae de vez en cuando sobre la mesa un pétalo, de color rojo oscuro o de color violeta pálido, de manera que el desorden de las cosas queda acrecentado y al mismo tiempo abolido por un segundo desorden, el de los colores.

Por cierto que de ordinario transcribo a limpio mis apuntes al día siguiente; sin embargo, no los fecho por el momento en que los transcribo, sino por el día en que ocurrieron los hechos. Sucede, empero, que ambas fechas se superponen un poco; es una de esas inexactitudes que trae consigo la perspectiva y que yo no investigo con demasiado rigor. Antes por el contrario, lo que acabo de decir sobre las flores se aplica también a esto.

Saint-Michel, 17 de junio de 1941

El sábado pasado, en las proximidades del arroyo Gland, donde había organizado un poco de deporte para los hombres — por primera vez en este año. Yo practiqué un poco entretanto la caza sutil en las orillas del citado arroyo, que ya están cubiertas de un hermoso follaje. En un hongo que crece sobre un árbol, hongo donde ya antes de nuestra estancia en París había encontrado una *Orchesia* de color pardo rojizo, capturé esta vez un ejemplar de una especie afín, con manchas de color naranja; un poco más allá encontré una variedad de eucnémido en el viejo tocón de un aliso. También ha vuelto a impresionarme el espectáculo de los oscuros estafilínidos, los cuales son de ordinario muy poco aparentes. Empujados por un ardor vital supremo, danzan a la clara luz del sol por encima de las costras frescas del cieno de la orilla, con el abdomen levantado; parecen llamas negras. Los destellos de su coraza permiten comprender lo muy noble que es, a pesar de todo, el color negro.

He vuelto a pensar en mi trabajo sobre lo negro y lo blanco. Hace ya mucho tiempo que viene pareciéndome que aún he de adquirir antes los medios para poder comenzarlo.

Para quien sigue haciendo preguntas más profundas. Un adolescente acudió en otro tiempo a un viejo eremita y le pidió una regla para vivir de acuerdo con ella. El eremita le dio esta respuesta:

—Aspira a lo alcanzable.

El adolescente le dio las gracias y le preguntó si sería una inmodestia el pedirle todavía una segunda frase, como viático suplementario para el camino. Entonces el eremita agregó este otro consejo al primero:

—Aspira a lo inalcanzable.

Al atardecer, en el jardín de Madame Richardet. Una abeja que sobrevolaba un altramuz de color rosa se ha quedado colgada del labio inferior de la flor, la cual se ha curvado placenteramente bajo el peso. De ese modo ha quedado al descubierto una segunda vaina, muy delgada, que en su extremo era de un color rojo muy oscuro y en la que estaban contenidos los estambres. La abeja comenzó su festín por esta parte, por el extremo donde el color invitaba al contacto.

Más tarde he estado largo tiempo delante de un lirio de color violeta, que tenía una corona tripartita; el acceso a sus cálices atraviesa un vellón dorado y conduce a un abismo de color amatista.

Oh, flores, ¿quién os ha ideado?

Bien entrada la noche ha llegado todavía Höll, en coche, a hacerme una visita. Dado que el sargento de mi compañía celebraba hoy su cumpleaños, me he llevado a Höll adonde estaban reunidos los suboficiales. Se celebraba allí un suculento banquete; sobre las dos de la madrugada hemos sellado nuestra amistad fraternal bebiendo.

Höll se ha traído la foto tomada en la Rue de Montreuil. El retrato y también la vista han salido muy bien, pero faltaba el arcoíris. La lente sin vida de la cámara fotográfica no capta lo esencial y milagroso.

Saint-Michel, 18 de junio de 1941

En el sueño me hallaba sentado con mi padre a una mesa ricamente servida, ya acabada la comida, en compañía de

otras personas. Mi padre estaba de buen humor y nos explicaba en qué medida todos los gestos del varón, sean cuales sean, encierran un significado erótico cuando habla con una mujer. En cierto modo ponía al desnudo el esqueleto de los gestos, los cuales producían por tal motivo una impresión cínica, pero esa impresión quedaba atenuada por la asombrosa erudición de que hacía gala mi padre. Así, a propósito de los gestos mediante los cuales los varones quieren indicar que están bien provistos, mencionaba las dos poesías anticatonianas de Juvenal.

Antes de que los comensales se dispersasen le fue pasada a mi padre una copa en la cual unas fresas silvestres de color rojo brillaban encima de un redondo montón de hielo blanco. Le oía hacer una observación que por desgracia no recuerdo, pero que, más bien que encerrar un sentido profundo, contenía una broma.

París, 24 de junio de 1941

Muy temprano salida hacia París. En la Rue de la Bovette me dieron un caluroso abrazo de despedida tanto Madame Richardet como su *tante*, la cual ha vuelto a prevenirme contra el *coup de foudre*.

Una vez más Laon con su catedral, por la que siento más cariño que por ninguna otra. Los lugares donde comienzan a verdear en los bosques las primeras matas de castaños señalan una frontera entre dos climas. Poco antes de llegar a la metrópolis grandes árboles cargados de unas guindas enormes, prodigiosas, que, a punto de madurar, brillaban con colores coralinos. Esto excede los límites del arte de la jardinería y penetra en el mundo de las piedras preciosas y de las joyas — como aquellos árboles que vio Aladino en la cueva de la lámpara maravillosa.

Desde hace tres días estamos en guerra también con Rusia — resulta extraño lo poco que me ha impresionado esa noticia. Pero es que en estos tiempos está limitada nuestra capacidad de asimilar hechos, a no ser que los alojemos en un cierto vacío.

París, 25 de junio de 1941

De nuevo en la terraza de la Brasserie Lorraine en la Place des Ternes. Vuelvo a ver el reloj en el que tantas veces han estado fijos mis ojos.

Siempre que me coloco frente a una tropa formada, como ocurrió el pasado lunes al despedirme de mi compañía, noto en mí una tendencia a desviarme del eje central de la formación; es un rasgo indicativo del hombre observador y del predominio de las inclinaciones contemplativas.

Por la noche, con Ziegler, en el restaurante Drouant, a cenar bullabesa. He estado aguardándolo en la Avenue de l'Opéra, delante de una tienda de tapices, armas y adornos saharianos. Entre estos últimos había pesados aros de plata para llevar en los brazos y en los pies, que estaban provistos de cerraduras y de pinchos — ornamentos usuales en los países donde existen esclavos y harenes.

Luego en el Café de la Paix. Análisis de la situación, que va perfilándose con creciente claridad.

París, 26 de junio de 1941

Hacia el amanecer sueños de terremotos — veía cómo eran tragadas las casas. El espectáculo producía desconcierto, como un Maelstrom, y amenazaba con provocar un vértigo en el que podía perderse la capacidad de juicio. Al principio hacía esfuerzos por ofrecer resistencia, pero luego me arrojaba en el remolino de la aniquilación, que parecía un pozo rotante. El salto iba asociado a un placer que acompañaba al horror y lo vencía, como si el cuerpo se disolviese en una maligna música de átomos. Cual una bandera que se hunde en las aguas, también había en aquello aflicción.

Una segunda charla con Ziegler sobre la situación, en el Hotel Ambassador. También hemos hablado sobre la «segunda vista», que es hereditaria en la familia de su esposa. Entre otras cosas, esta vio el incendio del dirigible Zeppelin tres horas antes de que lo anunciase la radio. Existen ciertamente

fuentes extrañas de que se alimenta nuestra inteligencia, pues la mujer de Ziegler ha visto también a Kniébolo tendido en el suelo, con el rostro cubierto de sangre.

París, 27 de junio de 1941

Mientras comía bromeaba con una hermosa criatura de tres años, a la que había tomado mucho cariño. Pensamiento: era uno de tus hijos no engendrados y no nacidos.

Al atardecer, con las dos hermanas, en Montmartre, que seguía incandescente como un cráter. Ambas se complementan para formar una especie de centaura, un ser doble de naturaleza corporal-espiritual.

Medio dormido me he adentrado mucho en las profundidades del espíritu de la lengua — se me han vuelto especialmente claros los siguientes grupos de consonantes: *m-n, m-s, m-j,* en los que se expresa lo excelso, lo viril y lo magistral.

París, 5 de julio de 1941

Morris, a quien conocí en la Place d'Anvers y que ahora tiene sesenta y seis años, sigue vivaz y activo de espíritu. Ha pasado su vida sirviendo de guía a los ingleses, norteamericanos y escandinavos ricos en esta ciudad, de la cual posee un conocimiento profundo en todas sus dimensiones. También es grande su experiencia en asuntos subterráneos, en los vicios de los ricos y poderosos. En su rostro han quedado impresas marcas demoníacas, como les ocurre a todos los que han transitado por esas zonas. Mientras comíamos juntos en un local del Boulevard de Rochechouart me ha dado una conferencia sobre la técnica del acercamiento erótico. Su mirada para distinguir de las otras a las mujeres comprables con dinero es casi infalible — también este es un rasgo de bajeza. En el fondo de este hombre he encontrado, a pesar de todas las devastaciones, algo agradable, amable. Al mismo tiempo tenía una sensación de escalofrío al ver la soledad de una existencia que, después de tantos años empleados como

él lo ha hecho en este barrio de la gran ciudad, no tiene ahora otro sostén que sí misma.

París, 12 de julio de 1941

Paseo con Madame Scrittore hasta la Place du Tertre, frente a la vieja *mairie.* En las proximidades del Sacré-Cœur le enseñé una planta de candelaria que florecía en la rendija de una desnuda pared; dijo de ella que había brotado en aquel lugar *par collaboration du Saint-Esprit.* Conversación sobre el marido, que es un buen esposo y un mal amante. En tales casos las mujeres suelen consolarse.

—Yo he llevado siempre una segunda vida.

Me he preguntado por el motivo de estas confidencias; seguramente está en la soledad en que viven así, uno al lado del otro, los seres humanos y que encierra algo de espantoso.

En esas situaciones los maridos viven como sobre precipicios que se hallan descuidadamente cubiertos de flores y en cuyo fondo están ocultos serpientes y pequeños esqueletos. Pero ¿por qué? A la postre, únicamente porque inspiran miedo y desconfianza. Si el entendimiento entre los seres humanos fuera perfecto, divino, nuestros prójimos desplegarían entonces sus secretos ante nosotros sin el menor recelo, como hacen los niños.

Hemos cenado los dos en una taberna de la Place d'Anvers. Allí me he permitido el placer de hacer a mi acompañante diversas preguntas sobre detalles de la historia de Francia; por ejemplo, sobre el significado heráldico de la flor de lis. En la mesa de al lado estaba sentado un matrimonio francés; era sin duda «gente que huele finamente a cultura», como dicen los chinos, y nuestra conversación los ponía más y más nervioso. Varias veces ha ocurrido que solo a duras penas ha conseguido el marido evitar que su esposa se entrometiese en nuestra charla para proporcionarme mejores informaciones.

París, 14 de julio de 1941

Día de la Bastilla. Las calles estaban muy animadas. Cuando al atardecer iba caminando por la Place des Ternes he sentido que alguien me tocaba la mano. Un hombre que llevaba un violín bajo su brazo izquierdo me ha dado al pasar un fuerte apretón de manos, al tiempo que me miraba en silencio, pero con cordialidad. Este encuentro ha tenido en sí algo peculiarmente reconfortante y ha mejorado de inmediato mi estado de ánimo, que antes había sido melancólico.

La ciudad como amiga; sus calles, sus plazas como lugares obsequiosos en los que somos sorprendidos por regalos. Me causa una alegría especial el espectáculo de las parejas de enamorados; caminan estrechamente entrelazados y de vez en cuando vemos cómo se inclinan el uno hacia el otro y se besan.

París, 19 de julio de 1941

Por la tarde, con Speidel, en el Mercado de las Pulgas; durante varias horas he estado moviéndome entre aquel tumulto en el mismo estado de ánimo con que se lee *Aladino y la lámpara maravillosa.* Es un lugar donde Oriente y Occidente se mezclan y unen de un modo extraño.

La impresión de lo fabuloso es provocada sin duda por el hecho de ver metales, piedras, cuadros, tejidos, antiguallas, extendidos en medio de trastos viejos. En tenderetes de baratillo se encuentran joyas y entre baratijas amontonadas aparecen piezas únicas y valiosas.

Este es el lugar donde cambian de dueño objetos que durante años, durante decenios y siglos han estado llevando una vida soñolienta en las familias y en los hogares. Afluyen de las habitaciones, de los desvanes, de los trasteros, y traen consigo recuerdos anónimos. El mercado entero está así repleto de irradiaciones de los lares.

París, 8 de octubre de 1941

Mi traslado a París ha hecho que surgiese una laguna en estas anotaciones. Pero de ella tienen más culpa todavía los acontecimientos de Rusia, que comenzaron por aquella épo-

ca y provocaron una especie de parálisis espiritual, y seguramente no solo en mí. Parece que esta guerra nos lleva hacia abajo por unos escalones que están trazados según las reglas de una dramaturgia desconocida. Estas son cosas que ciertamente solo pueden barruntarse, pues quienes viven los acontecimientos los perciben ante todo en su carácter anárquico. Los torbellinos están demasiado cerca, son demasiado violentos, y no hay en ninguna parte, ni siquiera en esta vieja isla, puntos de seguridad. Los brazos de la marea penetran en las lagunas.

Al mediodía, con el coronel Speidel, a almorzar en casa del embajador De Brinon, en la esquina de la Rue Rude y la Avenue Foch. Se dice que el palacete en que nos ha recibido pertenece a su esposa judía, pero ello no le ha impedido burlarse de los *youpins* durante la comida. En esta casa he conocido a Sacha Guitry; lo he encontrado agradable, aunque en él lo mímico tiene mucho más peso que lo artístico. Dispone de una individualidad tropical, tal como me imagino la de Dumas padre. En su dedo meñique refulgía un enorme anillo de sello, en cuya placa de oro estaban repujadas a gran tamaño las letras S.G. Con él he charlado acerca de Mirbeau, de quien me ha contado que falleció en sus brazos, mientras le susurraba al oído:

—*Ne collaborez jamais!*

He tomado nota de esta frase para incorporarla a mi colección de últimas palabras. Mirbeau pensaba en las comedias escritas en colaboración, pues entonces no tenía ese término el sabor a putrefacción que hoy tiene.

En la mesa he estado sentado al lado de la actriz Arletty, a la que precisamente en estos días se puede contemplar en la película *Madame Sans-Gêne.* Para hacerla reír basta con pronunciar la palabra *cocu;* difícilmente, por tanto, cesará su hilaridad en este país. En un florero orquídeas, lisas, rígidas, con un labio que se abría en trémulas antenas. Su color: un refulgente blanco de porcelana, esmaltado seguramente en las selvas vírgenes para atraer los ojos de los insectos. Impu-

dicia e inocencia están prodigiosamente reunidas en esta flor.

Pouilly, borgoña, champán, un dedal de cada uno. Con motivo de este almuerzo habían sido apostados en los alrededores unos veinte policías.

París, 11 de octubre de 1941

Por la tarde en el Monte Carlo, con Nebel; he estado examinando con él la cuestión de la caja fuerte. Nebel acababa de llegar de permiso y me ha contado que en Alemania está difundiéndose bajo mano una novela de Thomas Mann titulada: *Una jornada en la vida del viejo Goethe.*

Después en la casa del consejero de embajada Schleier, en el Boulevard Suchet. Conversaciones con Drieu La Rochelle, redactor jefe de la *Nouvelle Revue Française;* hemos hablado sobre todo de Malraux, figura que sigo desde que hace años fue a parar a mis manos su novela *La condition humaine.* Desde entonces lo tengo por uno de los escasos observadores que poseen ojos para ver el paisaje de guerra civil del siglo XX.

Por la noche en la habitación de Speidel, que acababa de hablar por teléfono con el subjefe del Estado Mayor General, encargado de los suministros. Ya ha nevado en la zona central del frente del Este.

París, 13 de octubre de 1941

La mañana ha sido fresca, pero al mediodía he podido pasar una hora agradable en Las Tullerías. Es imposible aburrirse al sol; uno se baña en la fuente del tiempo. Luego en los muelles del Sena, donde he adquirido un ejemplar bien conservado de la gran *Tentación de san Antonio,* de Callot. En ese mismo puesto he estado contemplando un dibujo coloreado, con el conocido motivo del pájaro al que se pretende atraer de nuevo a la jaula. La parejita que, medio agotada, medio despertándose otra vez, se reclinaba en un sofá de estilo burgués, vestía unas ropas muy delgadas, pegadas al cuerpo; a través de ellas no se transparentaban, ciertamente,

los detalles de la anatomía, pero estos parecían estar dibujados en la tela, como vaciados de conchas y amonites. En este género lo que ante todo importa es tender un lazo a la fantasía; es el arte de lo capcioso.

Museo serpentológico — primero en una sección de zoología empírica, luego en obras de arte y colecciones etnográficas. Finalmente la Serpiente como símbolo de poder mágico y cultual. El conjunto, situado en un paisaje meridional, entre jardines laberínticos y grupos de rocas, lleno de resplandecientes sinuosidades. Unas escaleras de mármol conducen hacia arriba y en sus escalones reposan a la luz los cuerpos de las serpientes, cuerpos negros, cuerpos multicolores, cuerpos metálicos. El acceso es peligroso y los únicos que lo encuentran son los iniciados. Al fondo, junto a unas grutas, unos edificios, entre ellos unos baños y un templo dedicado a Esculapio.

En cuanto poder primordial la Serpiente es una *Gestalt,* una Figura, una Idea platónica. Las imágenes, tanto las de la vida como las del espíritu, avanzan hacia la Idea, pero en ningún momento la alcanzan. Así ocurre en los gusanos, en los peces de cuerpo redondeado, en los reptiles, en los saurios, o en los dragones chinos y en los seres fabulosos de todo género.

Para la «Casa» lo que importaría sería dar al mundo una disposición arquitectónica — desde los oscuros sótanos hasta los observatorios. Importantes las escaleras, con sus encuentros. La vida se desarrolla en las habitaciones, cámaras y salones — se la ve en sus detalles como en cuadros pintados con colores brillantes vistos en sueños. La gente se mueve como en un escenario, pero al mismo tiempo como espectadores. *Pilgrim's progress.* El manuscrito habría de ser a medias una serie de indicaciones escénicas. Entre ellas, indicaciones acústicas — gritos que simplifican considerablemente las relaciones vitales. *On tue les nôtres.* «Están sonsacando a

los niños.» Tendría que recorrerse paso a paso la totalidad del perímetro humano; para ello se necesitaría desde luego tener una edad avanzada y experiencias mayores todavía.

Aposentos singulares: la cámara de las decisiones irrevocables, como Idea platónica de todo tribunal. La oficina de descasamiento. Para los avanzados, que no precisan ya escaleras, ascensores. Un gabinete de espejos.

París, 14 de octubre de 1941

Por la noche con Speidel en el Hotel George V. Estaba allí Sieburg; a este se lo ve dominar con grata ligereza todas las armas del periodista internacional; lo hace además, y esto es muy importante, con una consciencia clara de que posee ese dominio. Esa consciencia refuerza sus talentos, les otorga presencialidad. En cuanto a su horóscopo, cabría inferir un Júpiter mediano y un sol bueno — el contorno del rostro, como es usual en estos aspectos, se aleja del óvalo y se aproxima a la redondez. Esa impresión queda acentuada aún más por los cabellos, que se apartan de manera radial.

Sieburg tiene por irremediable la derrota de Francia, pero, en cambio, sigue creyendo en un largo predominio de este país en los asuntos del gusto y de la cultura.

París, 15 de octubre de 1941

Al mediodía, con Speidel, a almorzar en casa de Sacha Guitry, en la Avenue Elisée-Reclus. Delante de la casa, en terrenos pertenecientes a la ciudad, se alza el busto de su padre, el actor Lucien Guitry, y en el jardín hay un torso femenino de Rodin, que se estira hacia arriba en un remolino de supremo placer.

A modo de saludo Guitry me ha hecho entrega de una carpeta que contenía tres cartas manuscritas, una de Mirbeau, una de Léon Bloy y una de Debussy — los tres autores de que hablamos en nuestro primer encuentro; me ha rogado que las incorpore a mi colección. Especialmente hermoso es el billete de Bloy, con observaciones personales y su letra monumental.

Hemos estado viendo luego libros y manuscritos, entre los cuales está el de *L'éducation sentimentale,* de Flaubert. En una obra de Bergson me ha mostrado la dedicatoria: «A Sacha Guitry, un admirateur», y ha dicho que aquel *un,* en contraste, por ejemplo, con el *son,* era de una delicadeza extrema. El cofre de viaje de Molière, con todas las primeras ediciones de sus obras; Napoleón con los mariscales del Imperio, fundidos en cinc. Y varias cosas más.

En el dormitorio. Por encima de la cama hay en la pared una abertura semejante a esas que existen en los comedores adonde se llevan los platos directamente desde la cocina. Aquel orificio conduce al lecho de su esposa.

Uno de los invitados dice:

—Pero resulta un poco estrecho para usted, maestro.

La grácil dueña de la casa le imparte rápidamente una lección:

—Una no es en vano Madame Guitry.

Una colega suya llega con retraso del teatro. Antes de saludarla, Guitry me susurra:

—La mujer más bella de París — hace veinte años.

En la mesa. La ensalada se sirve en una vajilla de plata; el helado, en una vajilla de oro macizo que perteneció a Sarah Bernhardt. Una vez más ha vuelto a asombrarme la individualidad tropical de este hombre, sobre todo cuando cuenta anécdotas; en ellas desempeñan un papel especial sus encuentros con reyes. Además, imita los gestos de los diversos personajes de que habla, con lo cual las palabras adquieren mayor realce. Desde el punto de vista teatral causa un efecto excelente la forma que tiene de manejar sus grandes gafas de concha mientras habla.

Es evidente que, dados estos talentos, es el marido el que consume la totalidad de las reservas de personalidad que puede poseer un matrimonio. Sin embargo, ha quedado mejorada la primera impresión que saqué de él, pues se trata, sin ningún género de duda, de una persona que posee cora-

zón, que tiene un poco de aquella dadivosa *materia prima* que constituye el fundamento del carácter. También es cierto que, bajo el hechizo de una individualidad como esta, disfrutamos de nosotros mismos — y esa complacencia es lo que crea el clima en que tal individualidad puede expandirse.

París, 18 de octubre de 1941

Al mediodía almorzado en el Hotel Ritz con Carl Schmitt, quien anteayer pronunció una conferencia sobre el significado que tiene en el derecho internacional la diferencia entre la tierra firme y el mar. También se han agregado al almuerzo el coronel Speidel, Grüninger y el conde Podewils. Conversación sobre las controversias científicas y literarias en esta época. Carl Schmitt comparó su propia situación con la del capitán blanco dominado por esclavos negros que aparece en el *Benito Cereño* de Melville. A este propósito citó la siguiente frase:

Non possum scribere contra eum, qui potest proscribere

[No puedo escribir contra quien puede proscribir]

Al Trocadéro, siguiendo la orilla derecha del Sena. En ese paseo hemos estado pasando revista a la situación. Carl Schmitt ve su significado en el hecho de que ciertos estratos comienzan a desprenderse de la sustancia humana y quedan congelados por debajo de la zona del libre albedrío — a la manera como los animales son máscaras caídas de la imagen del hombre. El ser humano está expeliendo de sí un nuevo orden zoológico — el auténtico peligro de lo que está ocurriendo es que quedemos envueltos en ello.

Por mi parte he agregado que este endurecimiento está ya descrito en el Antiguo Testamento, como lo delata el símbolo de la Serpiente de Bronce. Lo que hoy es la técnica, eso era entonces la Ley.

Por fin, todavía, examinado cráneos y máscaras en el Musée de l'Homme.

París, 19 de octubre de 1941

Con Grüninger y Carl Schmitt en Port Royal. Allí he vuelto a encontrar encima de los libros de Pascal el pequeño nido de pájaros que ya me divirtió la primera vez que visité aquel sitio. Incluso en la decadencia de estos lugares sigue habiendo más vida que en su preparado museístico. Hemos cortado una hoja del nogal de Pascal, que está a punto de secarse. Luego almuerzo en el Moulin de Bicherel y parada en Rambouillet y en Chartres, cuya catedral veía por primera vez. Faltaban, sin embargo, las vidrieras de colores y, por tanto, una de las dimensiones del edificio.

París, 21 de octubre de 1941

La Doctoresse ha venido a visitarme al Hotel Majestic para hablar del asunto de la caja fuerte. Se trata de cartas que en 1936 escribí desde Suiza a Josef Breitbach y que han sido secuestradas, junto con otros documentos, en la cámara acorazada de un banco, aunque todavía no han sido revisadas. En ellas se mencionan otras cartas, como las que escribí a Valeriu Marcu. Intento con mucha cautela apoderarme de esos objetos a través de la sección de divisas del comandante en jefe.

Mis anotaciones personales y mis diarios los conservo en el Majestic bajo llave. Dado que, por encargo de Speidel, he de elaborar tanto las actas de la operación «León marino» como también la lucha por la hegemonía en Francia entre el comandante en jefe y el partido nazi, ha sido instalado en mi habitación un armario especial de acero. Es claro que tales blindajes son únicamente símbolos de la inviolabilidad de la persona. Si esa inviolabilidad se torna problemática, entonces saltan las cerraduras más fuertes.

París, 22 de octubre de 1941

Paseo con una modista del sur, llegada de la frontera española, que ha acudido a verme para pedirme noticias de un camarada suyo. Me he permitido el placer de comprarle, en una tienda de modas próxima a la Ópera, un sombrero, un modelito del tamaño de un nido de colibrí, con una pluma verde en lo alto. Notable el modo como la criaturita pareció

crecer, cambiar con ese nuevo adorno, el modo como se pavoneaba con él, cual un soldado que acabase de recibir una condecoración. Aquello no era tampoco, desde luego, algo destinado a cubrir la cabeza, sino que era un objeto decorativo.

Hemos paseado charlando tranquilamente por las callejuelas en penumbra que rodean la iglesia de la Madeleine. Morris me había llamado la atención sobre ese barrio. Lo que me anima a esta clase de encuentros es una intensa curiosidad de escuchar lo que dicen personas desconocidas, de encontrar la entrada de jardines ajenos o de pasillos de casas que de ordinario están cerradas. Así, en este caso he podido echar una mirada al pueblo natal de esta modista — *a noste,* como se dice allá en el sur, con sus bosques de castaños, sus castañares, en los que hay setas y palomas torcaces.

El lobo que irrumpe en el aprisco descuartiza dos o tres de los corderos que allí están encerrados. Algunos centenares se matan unos a otros pisoteándose.

París, 23 de octubre de 1941

Conversación con la Doctoresse en la Crémaillère. Es médica y posee una inteligencia sutil, precisa, mercurial. Primero hemos hablado del asunto de la caja fuerte, luego de gramática y de conocidos comunes, como Hercule.

Acabado: Huysmans: *À vau-l'eau,* que adquirí en la tienda de Berès, en una bella edición, con una dedicatoria del autor a su amigo Rafaëlli, si es que he descifrado bien la letra.

Fromentin,[1] el protagonista del libro, es un Des Esseintes burgués. El ambiente del libro es el de un gran asco por la falsificación causada por la civilización — en cada página aparecen percepciones y juicios que presuponen una dolencia estomacal nerviosa. Al leer este libro me ha venido otra vez a la cabeza el pensamiento de que ciertas dolencias son como cristales de aumento que nos capacitan para aprehender con ojos más agudos las realidades que están en corres-

pondencia con ellas — cabría clasificar según ese principio la literatura decadentista.

Desde aquella época hemos seguido descendiendo y se han vuelto preciosas las cosas que a Fromentin le producen náuseas en el libro — la carne coriácea de las tascas, el tintorro de color azul, la bazofia en general.

Huysmans representa uno de esos puntos donde la gente comienza a hundirse en la carestía. De ahí que tenga su renacimiento hoy.

París, 25 de octubre de 1941

Al mediodía, con Ina Seidel, a almorzar en el restaurante Prunier. Estaba preocupada por su yerno, al que Hess tenía empleado como consejero astrológico y que ha sido arrestado. Esto me ha sorprendido, por cuanto yo opinaba que el vuelo de Hess a Inglaterra se había realizado con el conocimiento de Kniébolo y tal vez incluso por encargo suyo. Pero a esto podría objetarse que, con el redescubrimiento de la razón de Estado, se ha vuelto objetivamente peligroso también el tener conocimiento de ciertos secretos, lo mismo que ocurría en otros tiempos. Y no cabe duda de que eso es lo que acontece en este caso. Al mismo tiempo este golpe de audacia da una imagen del espíritu de juego de azar que rige las cosas. El retorno de las formas del Estado absoluto, pero sin aristocracia, quiero decir: sin distancia interior, posibilita unas catástrofes de cuyas dimensiones no poseemos todavía ninguna noción, pero que sí son barruntadas en un sentimiento de miedo que ensombrece incluso los triunfos.

También a Ina Seidel le he oído decir, como se lo he oído decir ya varias veces a mujeres inteligentes, que en determinadas figuras e imágenes de mis libros llevo la precisión del lenguaje a tocar el fondo tabú, de manera que surge la impresión de un peligro inminente. Siempre deberíamos prestar oídos a esas advertencias, aunque luego tengamos que seguir nuestras propias leyes. Es posible que, como los átomos, también las palabras contengan un núcleo en torno al cual

vibran y que no es lícito tocar si no queremos liberar fuerzas que no tienen nombre.

París, 2 de noviembre de 1941

Cuando los seres humanos combaten en niveles espirituales incorporan la muerte a su estrategia. Adquieren así una especie de invulnerabilidad; de ahí que los asuste poco el pensamiento de que el enemigo procura privarles del cuerpo. En cambio tiene suma importancia el que la muerte ocurra de manera adecuada, en un combate que brille como un símbolo y en el que ellos aparezcan erguidos como buenos testigos. A veces esos hombres despiertan tal vez la impresión de que retroceden ante la muerte — en eso se asemejan, sin embargo, al general que retrasa el dar la señal de ataque hasta que la hora es propicia. Hay diferentes modos de alcanzar la victoria.

El enemigo intuye esto a su manera obtusa, y de ahí su cólera terrible, devastadora, en los sitios donde le sale al encuentro el espíritu auténtico. De ahí también sus esfuerzos por abatirlo en combates de las líneas avanzadas, por sobornarlo, por atraerlo a caminos errados. En esos combates hay instantes en los que queda completamente borrado lo casual, lo histórico de la enemistad, y lo que resalta es aquello por lo que se lucha en nuestra Tierra desde el principio. Entonces se invierten de una manera extraña los papeles y parece que el miedo pasa a estar en el lado del agresor — parece que este trata por todos los medios de sobornar a su víctima, de hacerla desistir de la muerte, esa muerte que él habrá necesariamente de causarle. Un triunfo horrendo se mezcla entonces a la carnicería. Hay en la historia situaciones en que los seres humanos empuñan la muerte como un bastón de mando. Eso es lo que ocurre en el proceso contra los Templarios, cuando, inesperadamente, el gran maestre pone al descubierto la verdadera relación existente entre él y los jueces — como un navío que deja caer su camuflaje y se ofrece con sus banderas y cañones a la asombrada mirada del enemigo. El gran maestre fue quemado aquella misma tarde y ya por la

noche hubo que poner guardias en el lugar de la pira para que el pueblo no se llevase reliquias. Hasta el polvo causa angustia a los tiranos; también él ha de desaparecer.

París, 5 de noviembre de 1941

Jueces de delitos de sangre. Cuando caminan por los pasillos, cuando hacen su entrada en ellos, tienen un comportamiento de autómatas, la primitiva dignidad de títeres siniestros. Son danzarines que bailan alrededor del tótem.

«Lo que no me mata me hace más fuerte»; y lo que me mata, inmensamente fuerte.

En la historia las ideas no se propagan en línea recta. Por sí mismas desarrollan las fuerzas que les son contrarias, de igual modo que la pesa del reloj, cuando baja, mueve no solo las agujas, sino también al mismo tiempo la pesa contraria.

Con esto se restablece el equilibrio; se evita que las formas correspondientes a las ideas crezcan hasta alcanzar proporciones monstruosas o permanezcan fijas en ellas. Esto representa en el reino del libre albedrío el mismo corte que en la zoología cercena las exuberancias de la evolución.

Roland, que ha regresado de Rusia, me cuenta el espantoso mecanismo con que allí se mata a los prisioneros. Con el pretexto de medirlos y pesarlos se les ordena que se quiten la ropa y se los lleva al «aparato medidor», el cual acciona en realidad el fusil de aire comprimido que les dispara un tiro en la nuca.

París, 10 de noviembre de 1941

En todos los tiempos existen dos doctrinas acerca de la procedencia del hombre; una busca ese origen arriba, otra lo busca abajo. Ambas son verdaderas; el ser humano se clasifica a sí mismo según que se incline por la una o por la otra.

París, 11 de noviembre de 1941

A propósito de las enfermedades. En su modo de actuar sobre la fantasía hay diferencias que no corren paralelas a las diferencias de su peligrosidad. Yo, por ejemplo, tengo tendencia a preocuparme menos por las afecciones de los pulmones o del corazón que por las dolencias del estómago, del hígado, del abdomen en general. Parece que hay cualidades del morir, incluso desde el puro punto de vista de la carne. La llama está reservada a los incrédulos; de ahí que vaya en aumento tanto la cremación de cadáveres cuanto la muerte de seres vivos en las llamas.

París, 12 de noviembre de 1941

También la historia está formada de átomos y no es posible imaginar cambiado uno solo de ellos sin que cambie también el curso entero de las cosas. Este tendría que ofrecer un aspecto completamente diferente si Marat, por ejemplo, no hubiese llevado ese nombre, sino el de Barat, o si hubiese estado sentado a la mesa de escribir, y no en el baño, en el momento en que la vengadora entraba en su casa. Son precisamente los atentados los que a menudo provocan cambios enormes, y, sin embargo, en el fondo dependen de muchísimas casualidades, como bien puede estudiarse en el atentado de Sarajevo.

Si miramos hacia atrás en el tiempo no podemos imaginar ninguna piedrecita en un lugar distinto. ¿Cabría sacar de ahí conclusiones también para el futuro — en el sentido, por ejemplo, de que el espíritu es capaz de encontrar comprensible tal coherencia tan solo si ve también envueltas ineluctablemente en ella todas las cosas futuras? ¿O es el presente el que produce un cambio en ese conglomerado que es el tiempo, al monumentalizar, al petrificar lo que toca? El futuro es líquido; el pasado, sólido. El conjunto se asemeja también a un juego de cartas: es preciso distinguir entre las cartas que ya han sido jugadas y aquellas que todavía están por jugar.

Estas son consideraciones hechas dentro del mosaico — pero hay que ver, como lo hace Boecio, las piedrecitas del

azar dentro de la imagen superior, la cual perdura inmutable en su sentido. Lo propiamente moral queda fuera del tiempo.

Por la tarde leído en las cartas de despedida del conde Estienne d'Orve, pasado por las armas después de un juicio sumarísimo; me las ha proporcionado su defensor. Son una lectura de gran categoría; he experimentado el sentimiento de tener entre mis manos un documento que durará.

París, 13 de noviembre de 1941

Las diferencias entre la curva moral y la curva de la salud: a menudo nos hallamos deprimidos aunque nuestro estado físico sea bueno, y también sucede con frecuencia lo contrario. Tenemos marea alta cuando ambas fuerzas, la moral y la salud, alcanzan simultáneamente su máxima potencia.

Es bueno que caiga en tales días una fecha importante, un encuentro decisivo.

Por la noche en el Hotel George V. Le he llevado al coronel Speidel las *Máximas* de René Quinton. Me ha pedido que escribiera alguna frase y he escogido la siguiente: *La récompense des hommes, c'est d'estimer leurs chefs.* Bajo la égida de Speidel hemos formado aquí, en el interior de la máquina militar, una especie de célula de color, una especie de caballería espiritual, que celebra sus sesiones en el vientre de Leviatán e intenta preservar la mirada, el corazón, para los débiles e indefensos.

Conversación con Grüninger sobre la obediencia del soldado y sobre la relación de esa obediencia con la monarquía absoluta e incluso todavía con la monarquía constitucional. Esa virtud sigue actuando también más tarde, como un instinto, pero ahora ese instinto perjudica a quien lo tiene, pues lo convierte en instrumento de fuerzas carentes de conciencia. Ese instinto entra en conflicto ante todo con el honor, que es el segundo pilar de la caballería. El honor es una virtud más delicada y por ello es el primero en ser destruido; lo

que luego queda es una especie de autómata, un servidor que no tiene un señor auténtico, y, a la postre, un rufián.

En tales épocas los caracteres mejores naufragan y las inteligencias más agudas se pasan a la política. En caso de suerte se encuentra un general de viejo tronco patricio que se ríe de quienes pretenden impartirle órdenes y los envía adonde corresponde, a la *pourriture.*

París, 14 de noviembre de 1941

Por la mañana visita del Dr. Göpel, que me ha traído de Lille saludos de Carlo Schmid. Luego, con Grüninger, en la colección de estampas del Louvre, donde hemos estado mirando bellas y antiguas imágenes de flores y serpientes.

La hora del crepúsculo — la noche se anuncia como una marea que envía por delante sus primeras olas con un murmullo que todavía resulta casi imperceptible. Es la hora en que aprestan sus alas las lechuzas y salen a la calle los leprosos.

A los seres humanos no debemos pedirles más que aquello que les resulta adecuado — por ejemplo, a las mujeres, amor, pero no justicia.

París, 15 de noviembre de 1941

Invitado a la fiesta de cumpleaños de Jacqueline, la modista meridional, Quai Louis-Blériot. Una estrecha escalera de servicio conducía al quinto piso, a una confusión de pequeñas mansardas que recordaba el telar de un teatro. Allí la vivienda — un dormitorio minúsculo, ocupado casi enteramente por una de esas grandes camas que aquí se usan, y además, como en los barcos pequeños, una cocina más minúscula todavía; en esta preparaba el banquete para la fiesta la amiga de Jacqueline, Jeannette, una persona alta, delgada, un poco demoníaca, que ha hecho salir de allí, como por arte de magia, siete platos distintos. Y, además, burdeos, chianti, café con ron.

En un rincón estaba colgada una de esas maderas a las que han quedado firmemente adheridas las vueltas de una poderosa enredadera y con las cuales se fabrican bastones en Alemania los oficiales carpinteros. También esta madera estaba trabajada, y lo estaba de tal modo que la enredadera había tomado la forma de una serpiente enrollada al bastón. Estaban bien logradas las proporciones del cuerpo, tal como las acuña el juego de los músculos; esto se debía también seguramente al hecho de que en la planta actúan fuerzas de ese mismo género. También era muy natural el color, con manchas negras y amarillas oscuras, como en las especies que viven en los pantanos.

Tomando ocasión de aquella madera, charla sobre las serpientes en general. La amiga contó que una vez, cuando era niña, *a noste,* en el Bearn, se hallaba sentada en el jardín con su madre, la cual estaba dando de mamar a su hermana pequeña. Dado que el olor de la leche atrae a las serpientes, dijo, de un seto vecino había salido una culebra gigantesca y lentamente, sin que nadie lo notara, se había acercado a la silla y las había asustado. Entonces llegó el padre y mató al animal.

Aquella mujer narraba el suceso de un modo muy gráfico, a la manera mítica.

París, 16 de noviembre de 1941

A propósito del diario. Es claro que siempre se relaciona únicamente con un determinado estrato de acontecimientos que suceden en la esfera espiritual y en la esfera física. Lo que en lo más íntimo de nosotros nos ocupa, eso es algo que se sustrae a la comunicación y aun casi a nuestra percepción.

Existen aquí temas que continúan tejiendo misteriosamente su tejido a lo largo de los años; por ejemplo, el tema de la situación sin salida, de que está lleno nuestro tiempo. La situación sin salida recuerda la grandiosa imagen de la ola de la vida que aparece en la pintura asiática y también en el Maelstrom de que habla E.A. Poe. Esa situación es, con to-

do, enormemente instructiva, pues donde ya no se ofrece ninguna salida, ninguna esperanza, nos vemos forzados a quedarnos quietos. La perspectiva cambia.

Sin embargo, es notable lo siguiente: en lo más hondo de mí estoy animado de confianza. Por entre la espuma de las olas y por entre los jirones de las nubes brilla la estrella del destino. Y con esto no me refiero únicamente a mi persona, sino que hablo en general. En estas semanas hemos pasado el punto cero.

Los esfuerzos mediante los cuales intentamos plantar cara al tiempo y cobrar fuerzas están demasiado escondidos, acontecen en el fondo de pozos de mina. Así el decisivo sueño que tuve a la altura de Patmos, cuando viajaba hacia Rodas. Nuestra vida se asemeja a un espejo en el cual se dibujan, aunque borrosas y brumosas, cosas llenas de sentido. Un día penetramos en eso que se refleja en el espejo y entonces alcanzamos la perfección. Y ya en nuestra vida se perfila el grado de perfección que soportaremos.

Durante el descanso de mediodía, en la sección de ventas del gabinete de estampas, donde había encargado algunas reproducciones de láminas agotadas, entre ellas la hermosa figura de una cobra erguida y con el cuello hinchado. La vendedora, una muchacha delgada y muy morena, como de treinta años, me ha dicho que siempre tiene boca abajo ese grabado. Todavía mientras lo envolvía se despidió de él con un: *Sale bête!*

Era divertida también en otros aspectos. Cuando hice una observación que al parecer le resultó insólita, primero se quedó desconcertada un instante, luego me examinó de arriba abajo y al final dijo, con tono de aprobación:

—*Ah, bon!*

Durante esa breve visita he estado hojeando la gran carpeta con grabados de obras de Poussin. Hace ya años que tengo colgado encima de mi escritorio, en una reproducción ingle-

sa, su *Heracles en la encrucijada,* pero hasta hoy no había reparado en el poderoso, regio sentido del espacio de este maestro. Es la monarquía absoluta.

París, 19 de noviembre de 1941

Por la tarde en casa de la Doctoresse, a cuyo piso se sube por una escalera de color amatista. Se asciende a través de una penumbra violeta, como por la hélice de un caracol marino. En estas casas que tienen siglos también el tiempo coopera a la construcción. Hay en ellas pequeños hundimientos, desviaciones y curvaturas de las vigas que transforman las proporciones de un modo que a ningún arquitecto se le hubiera ocurrido. La Doctoresse aseguró que las familias que han alquilado esas viviendas no las dejan nunca; fallecen en ellas.

Luego hemos ido a pie a cenar a la Place Saint-Michel. Agujas, servidas sobre hielo y algas marinas, cuyos filamentos se extendían sobre el plato. El color de esta planta era extraordinario, pues a primera vista parecía negro, pero si se lo miraba con más detenimiento era verde, un verde de malaquita, mate y oscuro, pero sin la dureza mineral de la malaquita, un color lleno de la preciosidad de la vida. Al lado las conchas de las ostras, con estrías verdes e incrustaciones de nácar, en medio de los reflejos de la plata, de la porcelana, del cristal.

París, 21 de noviembre de 1941

A última hora de la tarde he estado como una media hora en casa de Weber, donde la Doctoresse me ha informado sobre la apertura de la caja fuerte. También ha hablado luego de un médico que toma fotografías de moribundos para estudiar y fijar las agonías provocadas por las diferentes enfermedades — una idea que he encontrado muy aguda y a la vez repugnante. Para estos espíritus no existe ya tabú ninguno.

París, 23 de noviembre de 1941

Almuerzo con los Morand, en su casa de la Avenue Charles-Floquet. Allí he encontrado también a Gaston Gallimard y a Jean Cocteau.

Morand es un autor que describe una especie de confort mundial. En uno de sus libros he visto que compara un transatlántico con un Leviatán que estuviera enteramente perfumado con colonia Chypre. Su libro sobre Londres tiene mucho mérito, describe una ciudad como si fuera una gran casa. Si los ingleses construyeran pirámides, tendrían que añadir ese libro al mobiliario de las cámaras de los muertos.

Cocteau: simpático y al mismo tiempo sufriente, como el habitante de un infierno especial, pero confortable.

Con las mujeres inteligentes resulta muy difícil salvar la distancia que separa del cuerpo — es como si su espíritu siempre despierto las equipase con un cinturón que hace que el deseo se vaya a pique. Hay demasiada claridad a su alrededor. Quizá los primeros que penetran allí son quienes no poseen una orientación erótica clara. En esta partida de ajedrez eso podría ser una de las jugadas destinadas a que quede asegurada la perduración de la especie.

A los subordinados se les puede pedir consejo sobre el asunto, pero no en lo referente al *ethos* que subyace al asunto.

Más sagrada que la vida ha de ser para nosotros la dignidad del ser humano.

La edad del humanitarismo es la edad en que se han vuelto raros los seres humanos.

En los sepulcros es donde se encuentran como en su casa los verdaderos guías del mundo.

Cuando alguien está cercado y no le queda salida ninguna, debe darse a conocer como un navío de guerra que iza su bandera.

Si nos decidimos por determinados grupos vitales como el Estado Mayor prusiano, por ejemplo, nos abrimos círculos de intelección elevados, pero nos excluimos de los más elevados de todos.

París, 25 de noviembre de 1941

Paso a veces el descanso del mediodía en el pequeño cementerio que hay junto al Trocadéro. En varias lápidas sepulcrales ha crecido musgo, que ha embellecido así con un terciopelo verde los nombres y las frases allí grabados. Con frecuencia ocurre que, antes de hundirse en el abismo anónimo y sin orillas, es en la imagen que de ellas queda y en su recuerdo donde las cosas resplandecen con más belleza todavía.

Casi siempre me queda después de esas caminatas una media hora libre, que paso en mi habitación tomando café y leyendo libros o contemplando reproducciones de cuadros. Así, hoy, la serie de Memling *El cortejo de las diez mil vírgenes.* Estas pinturas nos dan una idea de la transfiguración a que puede acceder el ser humano y también de las cosas que el artista ha de percibir de él.

Lectura: *Fumée d'opium* de Boissière, un libro que Cocteau me recomendó y que me ha enviado; luego, la extraña historia de la isla de Juan Fernández, regalo del doctor Best.

París, 26 de noviembre de 1941

Por la tarde en la Rue de Tournon, con sus tiendas de grabados y sus librerías. En la librería de viejo de Lechevalier, con quien me carteo desde hace años, contemplado libros antiguos de entomología, entre ellos una obra de Swammerdam.

Cenado, con Nebel y con Poupet, en la Brasserie Lorraine. Cuando Poupet quiere referirse a algo insignificante, como,

por ejemplo, un libro que mete mucho ruido, dice:

—*Cela n'existe pas.*

Le gusta trabajar en la cama y luego, cuando se despierta por la mañana, prosigue allí mismo su labor. Duerme rodeado de libros, que están esparcidos encima de la cama, y cuando, dormido, da vueltas, lo hace de tal manera que no los toca.

París, 29 de noviembre de 1941

Por la tarde, en el apartamento de la condesa Podewils, he encontrado a Grüninger, que ha regresado de los Pirineos. Me ha contado que había soñado conmigo y que en el sueño me preguntaba si debía describir unas ruinas cubiertas de hiedra; yo aprobaba su propósito, pero, de todos modos, añadía:

—Eso es lo que a usted le conviene; yo, por el contrario, voy a representar un elefante.

Esta frase mía le fastidiaba, pues era algo así como relegarlo a esferas románticas.

A última hora de la tarde, con la Doctoresse, en el Gran Guignol, para quitarle su *cafard,* su morriña. El espectáculo no me ha parecido tan divertido como antes de la guerra; seguramente se debe también a que lo horroroso ocupa en el mundo de hoy el lugar de lo cotidiano, lo que hace que su representación pierda el carácter de lo extraordinario.

Montmartre — oscuro, brumoso, y cercado por numerosas barreras de policías y soldados, pues se había cometido allí un atentado.

París, 30 de noviembre de 1941

Las conversaciones entre varones deberían desarrollarse igual que las de los dioses, como charlas entre seres invulnerables. El combate con ideas ha de asemejarse a un combate con espadas espirituales, que cortan la materia sin esfuerzo y sin causar dolor; y el goce resulta tanto más puro cuanto más preciso es el golpe que se recibe. En tales acciones bélicas del espíritu es preciso ser inmunes a las heridas.

París, 3 de diciembre de 1941

Por la tarde en la librería de viejo de Lechevalier en la Rue de Tournon. Mientras contemplaba grabados y libros sobre insectos con ilustraciones en colores se ha apoderado de mí un sentimiento de asco, como si la cercanía de cadáveres estorbase el goce. Hay crímenes que afectan al mundo en su estructura total, en su estructura llena de sentido; entonces ni siquiera la persona amiga de las Musas puede seguir dedicada a la belleza, sino que ha de consagrarse a la libertad.[2] Lo terrible hoy es, empero, que en ninguna de las facciones encuentra uno libertad y que es preciso combatir en solitario. En cambio, son dignos de envidia los jornaleros de esta guerra, que caen honradamente en un limitado pedazo de terreno. Se integran en el todo, sin embargo.

Después en casa de Charmille, en la Rue de Bellechasse. Es una calle tranquila, y, cuando uno atraviesa la caja de la escalera, el tiempo queda atrás, en antepatios a media luz. Esto otorga un sentimiento de seguridad: «Nadie sabe mi nombre ni conoce este refugio».

Voyage autour de ma chambre, en el viejo sillón, que se parece a la alfombra voladora que aparece en *Las mil y una noches.* Casi siempre charlamos sobre palabras y su significado, y a veces también consultamos libros. La biblioteca es especialmente rica en obras de teología y en glosarios.

Charmille. Lo que aprecio en ella: el sentido de la libertad, legible en el abombamiento de su frente. Entre los seres humanos hay una sal de la Tierra que impide en todo momento que la historia se hunda completamente en una sorda coacción. Hay personas singulares que saben por instinto qué es la libertad, aunque hubieran nacido en medio de policías y presos. Siempre encuentra uno personas que son de la estirpe del halcón o del águila, es posible reconocerlas aun detrás de las rejas de la cárcel.

He tenido que llegar a la edad que ahora tengo para encontrar goce en el encuentro espiritual con mujeres; Kubin, el viejo mago, me lo había predicho. En este cambio hay algo

que me turba, precisamente porque estaba satisfecho con mi trayectoria; me parezco a un artillero que ve cómo su proyectil sigue la ruta prescrita, pero luego se aparta de ella y se dirige hacia un estrato que no tiene límites. El artillero no conocía las leyes que rigen en la estratosfera.

A esto se añade que mi hambre de seres humanos está aumentando mucho. Solo en los presidios se torna claro el valor que se esconde en los compañeros. Con la sola condición de no perder a los seres humanos, uno puede renunciar a todo.

Acabado de leer, a altas horas de la noche, en el Hotel Raphael: *Fumée d'opium,* de Boissière. Este libro, que se publicó en 1888, ha sido para mí una mina de hallazgos. No solo describe la vida en los pantanos y selvas anamitas, sino también ascensos espirituales. En los sueños provocados por el opio se alza cual una bóveda, por encima de las zonas de las fiebres y los trópicos, un mundo diferente, cristalino; hasta la crueldad misma pierde su horror cuando se la contempla desde las alturas de ese otro mundo. Pues en él no hay dolor. Quizá la cualidad suprema del opio sea esa: vivificar de tal manera la propia fuerza creadora del espíritu, la fantasía, que esta se edifique castillos encantados en cuyas almenas no provoca miedo la pérdida de los reinos pantanosos y brumosos. El alma se crea a sí misma gradas para pasar por ellas a la muerte.

París, 4 de diciembre de 1941

Bajo una espesa niebla, en el Palais Royal. He devuelto a Cocteau el libro de Boissière. Cocteau vive allí, en la Rue de Montpensier, precisamente en la casa donde Rastignac recibía a la señora de Nucingen. Estaba reunido con otras personas; de los muebles de su casa me ha llamado la atención un encerado del que se servía para ilustrar con rápidos trazos de tiza la conversación.

La vislumbre del peligro la he tenido especialmente a la vuelta, cuando en las viejas callejuelas que rodean el Palais Royal se abrían puertas que daban a patios de luces rojas, ve-

ladas. ¿Quién sabe las cosas que se cuecen en esas cocinas, quién conoce los planes en que están trabajando los lémures? Uno atraviesa esa zona con la máscara puesta, y, si desapareciese la niebla, los seres que se mueven dentro de ella me reconocerían, lo cual tendría consecuencias funestas.

L'homme qui dort, c'est l'homme diminué. Uno de los errores de Rivarol.

París, 7 de diciembre de 1941

Por la tarde en el Instituto Alemán. Allí, entre otros, Merline, alto, huesudo, recio, un poco pesado, pero vivaz en la discusión, o, mejor dicho, en el monólogo. Cuando habla tiene la mirada fija propia de los maníacos, una mirada que parece brillar desde el fondo de cavernas. Son unos ojos que ya no miran ni a derecha ni a izquierda; se tiene la impresión de que este hombre camina hacia una meta desconocida.

—Siempre tengo la muerte a mi lado.

Mientras pronuncia estas palabras señala con el dedo a un punto situado junto a su butaca, como si allí estuviera un perrito.

Ha manifestado su extrañeza, su asombro, por el hecho de que nosotros los soldados no fusilemos, no ahorquemos, no exterminemos a los judíos — por el hecho de que alguien que tiene a su disposición una bayoneta no haga un uso ilimitado de ella.

—Si los bolcheviques estuvieran en París, les enseñarían a ustedes lo que hay que hacer, les mostrarían cómo se peina la población, barrio por barrio, casa por casa. Si yo tuviera la bayoneta, sabría lo que tendría que hacer.

El oírle despotricar durante dos horas en ese tono me ha resultado instructivo, pues en sus palabras se transparentaba la fuerza monstruosa del nihilismo. Estos hombres oyen solamente *una* melodía, pero esta es enormemente penetrante. Se parecen a máquinas de hierro que prosiguen su camino hasta que alguien las destroza.

Notable el modo como estos espíritus hablan de la ciencia, de la biología, por ejemplo. La aplican como si fueran hombres de la Edad de Piedra; para ellos se convierte en un puro medio de matar a otros.

La dicha de estos hombres no está en tener una idea. Ya han tenido muchas — su afán los empuja hacia bastiones desde donde poder abrir fuego contra grandes masas humanas y difundir el terror. Una vez que han conseguido eso, detienen el trabajo espiritual, cualesquiera que hayan sido las tesis con que han trepado a aquellos bastiones. Entonces se entregan al goce de matar; y esa pulsión de asesinar muchedumbres era lo que desde el principio los compelía de una manera sorda y confusa a seguir adelante.

En tiempos en los cuales era posible todavía poner a prueba la fe, tales naturalezas eran reconocidas pronto. Ahora avanzan bajo el capuchón de las ideas. Estas son ideas cualesquiera, y eso puede verse ya en el hecho de que, una vez alcanzadas las metas, se tiran las ideas como si fueran harapos.

Hoy se ha dado a conocer la declaración de guerra del Japón. Quizá vaya a ser 1942 el año en que más seres humanos vayan al mismo tiempo al Hades.

París, 8 de diciembre de 1941

Al atardecer paseo por las desiertas calles de la ciudad. A causa de los atentados la población es obligada a recluirse en sus domicilios desde primeras horas de la noche. Todo yacía muerto en la niebla, lo único que se oía era el canto de los aparatos de radio que salía de las casas y los parloteos de los niños; era como caminar por entre jaulas de pájaros.

En el marco de mi trabajo sobre la lucha entre el ejército y el partido nazi por lograr el predominio en Francia estoy traduciendo las cartas de despedida de los rehenes franceses que fueron fusilados en Nantes. Esas cartas han caído en mis manos junto con las actas y quiero ponerlas a buen recaudo, pues de lo contrario tal vez se perderían. Su lectura me ha

reconfortado. En el instante en que se le anuncia la muerte, el ser humano parece sustraerse de la voluntad ciega y darse cuenta de que el amor es la más íntima de las relaciones. Además del amor es quizá la muerte la única benefactora que hay en este mundo.

En sueños sentía cómo Dorotea, regresando de remotos tiempos de la infancia, se me acercaba volando y me palpaba con las suaves y delgadas puntas de sus dedos. Al principio seguía el contorno de mis manos, dedo a dedo, especialmente en el nacimiento de las uñas. Luego recorría partes del rostro, los párpados, los ángulos de los ojos, los pómulos.

Era algo muy agradable, característico de ese ser y de su concepción. Practicaba en mí un arte finísimo de medición; casi parecía que desease cambiarme, pues movía los dedos como sobre una pasta, como sobre una masa fina.

Luego regresaba a las manos, pero esta vez parecía equivocarse, pues, pasando por el dorso de ellas, prolongaba sus trazos más allá de donde acababan. Por el magnetismo del contacto yo notaba, empero, que lo que ella acariciaba ahora era la mano espiritual, cuyos dedos son un poco más largos que los corporales.

Para despedirse colocaba su mano encima de mi frente y susurraba:

—Pobre amigo mío, se ha acabado la libertad.

Estuve mucho tiempo despierto en la oscuridad, tan triste como acaso no haya vuelto a estarlo desde los días de Vincennes.

París, 9 de diciembre de 1941

Los japoneses atacan con mucha decisión; quizá porque para ellos lo más precioso es el tiempo. Al pensar en esto me sorprendo a veces confundiendo las alianzas; hay momentos en que me asalta el espejismo de que es a nosotros a quienes han declarado la guerra. Es algo inextricable, como serpientes en un saco.

París, 10 de diciembre de 1941

Inundación. Me encontraba en medio de un grupo de personas del siglo XIX, excursionistas, que a causa del barro se concentraban sobre encinas derribadas. Simultáneamente grandes masas de serpientes se esforzaban por llegar a aquellas islas todavía secas. Los hombres golpeaban a los animales con sus bastones y los lanzaban al aire para alejarlos de allí, pero lo hacían de tal manera que estos, medio destrozados, pero todavía capaces de morder, volvían a caer entre la multitud. Esto provocaba el pánico y la gente se arrojaba al barro. También a mí me alcanzaba uno de aquellos cadáveres vivientes y me asestaba un mordisco. Yo pensaba: si la canalla dejase en paz a estos animales, todos estaríamos seguros.

En las cartas de los rehenes franceses fusilados, que estoy traduciendo como documentos para tiempos futuros, me llama la atención el hecho de que las dos palabras más frecuentes sean «coraje» y «amor». Quizá aparezca todavía más veces la palabra «adiós». Parece que en esas situaciones el ser humano nota en su corazón una capacidad de bendecir y una sobreabundancia de riquezas y comprende que el papel que le es propio es el de víctima sacrificada, el de dispensador de dones.

Kirchborst, 24 de diciembre de 1941

De permiso en Kirchhorst. Aquí casi no siento ganas de escribir anotaciones — una buena señal de la fuerza de gravedad que me otorga Perpetua. Para qué el monólogo. Visitantes, entre otros Carl Schmitt. Ha pasado aquí dos días.

Por la noche sueños en el estilo del Bosco: una muchedumbre de seres humanos desnudos, entre los que había víctimas y verdugos. En primer plano una mujer de maravillosa belleza, a la que uno de los verdugos cortaba de un tajo la cabeza, que caía al suelo. Yo veía cómo el tronco se mantenía en pie un rato todavía, antes de derrumbarse — incluso decapitada parecía deseable aquella mujer.

Otros esbirros se llevaban a espaldas a las víctimas, para degollarlas tranquilamente en algún lugar — veía que les ha-

bían sujetado las mandíbulas con trozos de tela, para que el mentón no dificultase el golpe.

En el jardín los patos. Se aparean en los charcos que la lluvia ha formado en la hierba. Luego la hembra se coloca delante del macho y bate las alas, dándose importancia — formas primitivas de la coquetería.

En el tren, 2 de enero de 1942

A medianoche partida hacia París. Antes en la plaza de San Esteban, en Hannover, cenado con Ernstel y Perpetua. Observando de perfil al muchacho he descubierto que su rostro ha adquirido un aire de nobleza, pero también de sufrimiento. En estos tiempos de ahora una cosa comporta la otra. Este año será sumamente peligroso; nunca sabe uno si no será esa la última vez que ve a los suyos. De este modo actúa en cada despedida la confianza de volver a verse en un mundo superior.

En el compartimiento conversación con un alférez que venía de Rusia. Su batallón ha perdido un tercio de sus efectivos humanos por culpa de las congelaciones, las cuales han obligado en muchos casos a hacer amputaciones. En el primer momento la carne se pone blanca, después adquiere un color negro. Conversaciones como esta son ahora corrientes en todas partes. Se dice que hay hospitales militares dedicados solo a cuidar a los soldados que tienen congelados los órganos genitales; también corren peligro los ojos. Al Fuego se agrega la Helada, con sus malvadas tijeras.

París, 4 de enero de 1942

Almorzado en el restaurante Ladurée, en compañía de Nebel y de la Doctoresse. Luego hemos pasado la tarde charlando en el Hotel Wagram. Tengo la impresión de que ya no es posible permanecer por más tiempo, como lo ordenaría la prudencia, dentro del marco de la situación. Uno es compelido hacia delante, como en el acto de nacer. Lo es, por ejemplo, por las recensiones de *En los acantilados de mármol* aparecidas en periódicos suizos.

Me ha llamado la atención la eufonía de las dos vocales *ei* en la palabra *bleiben* [permanecer]; por cierto que esa misma eufonía se expresa también, con otras vocales, en las palabras *manere, manoir.* Se hace menester redescubrir en este sentido el lenguaje.

Grüninger, que había estado conversando con un teólogo:

—El Mal aparece siempre primero como Lucifer, luego se metamorfosea en Diablo y acaba mostrándose como Satanás. Es la progresión que va del Portador de la Luz al Disgregador y luego al Aniquilador, o, en el reino de las vocales, los tres sonidos: U, I, A.

París, 5 de enero de 1942

En la hora libre del mediodía adquirido papel para el manuscrito de *La paz.* Comenzado a trazar el plan básico. Examinado también la seguridad de la caja fuerte.

París, 6 de enero de 1942

Stavroguin. La náusea que siente frente al poder; no lo tienta ningún dominio en condiciones corruptas. Frente a esto, Piotr Stepánovich, que viene de abajo y que sin duda comprende que solo en esas condiciones le resulta a él posible el poder. Así es también como el hombre vil se alegra de ver caer en la deshonra a la mujer magnífica apetecida por él, pues solo entonces le resulta alcanzable.

Esto es algo que, *post festum,* se muestra en el modo de gobernar. En los sitios donde domina la canalla se notará que esta practica la infamia más allá de lo necesario e incluso contra las reglas del arte de la política. Se celebra la infamia como si se celebrase una misa, pues el *mysterium* del poder del populacho se esconde, en su fondo más profundo, en ella.

Leído en el manuscrito de la traducción francesa de *Jardines y carreteras* realizada por Maurice Betz. Para traducir *freilich* he visto que pone *il est vraie,* lo cual no me parece acertado del todo en este caso. *Freilich* puede preceder a una restricción de lo que se dice y puede insinuar también un reforzamiento. Probablemente la traducción más aproximada sería algo así como: «Mi opinión viene a ser que…», o: «Si examinamos bien el asunto encontramos que…». Podría decirse que el carácter propio de *freilich* es el de subrayar lo

que se dice, también el de poner las cartas boca arriba, pero a esto se añade algo más, a saber: una nota de conjura, una especie de aquiescencia alegre, que se le atribuye subrepticiamente al lector. Se le roba el consenso.

Por la noche en el Hotel George V. Estaban presentes Nebel, Grüninger, el conde Podewils, Heller y Maggi Drescher, una joven escultora. Nebel ha recitado el poema sobre Harmodio y Aristogitón, pues la conversación había tocado el tema de su magnífica escultura que está en el Museo Nazionale; luego ha recitado versos de Safo, de Sófocles, de Homero. En esto le beneficia la extraordinaria memoria de que dispone, de modo que se tiene la impresión de que él mismo está colaborando directamente al nacimiento de los versos. Así es como hay que hacer citas: por conjuros…

París, 7 de enero de 1942

Por la tarde en casa de Poupet, en la Rue Garancière. Me siento tan como en mi hogar en estas callejuelas que rodean la zona de Saint-Sulpice, con sus tiendas de antigüedades, sus librerías y sus viejos talleres, que es como si llevara viviendo ya quinientos años en ellas.

En el momento en que entraba en el edificio me acordé de que había traspasado por primera vez su umbral en el verano de 1938; entonces llegaba del Jardín de Luxemburgo, hoy venía de la Rue de Tournon. El círculo de los años transcurridos se cerraba así como en la hebilla de un cinturón.

Al entrar en el piso de Poupet traté de comunicarle ese sentimiento, un sentimiento que se apodera de mí con frecuencia cuando veo cosas y personas que conozco de mucho tiempo atrás — ese enriquecimiento que les viene de tiempos ya desaparecidos y que se nos hace claro cuando volvemos a verlas, como la pesca que se saca de la red. Y aunque resulta difícil expresar bien esto en un idioma extranjero, tuve la impresión de que Poupet me comprendía.

Charmille. Hemos hablado de Proust; Poupet me ha regalado una carta de él. Luego hemos charlado sobre conocidos comunes, de los que tiene una visión muy precisa. También sobre el influjo de Eros en la conformación del cuerpo. A este propósito hemos comentado la palabra *souplesse,* que, igual que *désinvolture,* posee rasgos intraducibles a otro idioma.

La primera carta de Perpetua. Tal como yo lo había sentido muy bien, una vez que me acompañaron a la estación estuvieron hablando los dos todavía largo tiempo de mí, mientras volvían por las calles a oscuras. Me dice que tal vez compre una casa para nosotros cerca de Uelzen; esa zona, situada en el corazón de los páramos, sería la apropiada para la vida solitaria a que aspiramos.

También una carta de Wolfgang, el tercero de los cuatro hermanos que somos que es llamado a filas. Ahora es cabo y tiene a su cargo un campo de prisioneros en Züllichau: estos no lo pasarán mal allí. Como dato curioso me escribe lo siguiente:

«Ayer realicé, por motivos del servicio, un viaje a Sorau, en la zona de Lausitz, donde tenía que dejar en el hospital militar a un prisionero. Allí tuve que hacer también una visita al manicomio. Me salió al paso una mujer cuya única manía consiste en murmurar ininterrumpidamente: *Heil Hitler.* No cabe duda de que es una locura muy propia de este tiempo».

Una prudencia exagerada resulta peligrosa, y eso incluso desde el punto de vista táctico. A quien más nítidamente se oye es a quien disimula la voz. Por cierto que, así como existe un instinto aristocrático para descubrir a quien no forma parte del propio medio, así existe también un instinto jacobino para lo mismo. Hay grados de finura y también de tosquedad que son inimitables. Y, a la postre, ¿qué es la prudencia sin la Providencia?

París, 9 de enero de 1942

A última hora de la tarde bebido todavía una botella de Beaune en la habitación de Weinstock, quien parte para Angers. En Weinstock, igual que en Nebel y también en Friedrich Georg, observo la potente acción educativa que lo griego ejerce todavía hoy sobre lo alemán. La lengua, la historia, el arte y la filosofía de Grecia continuarán siendo indispensables en los sitios donde se pretenda formar élites.

Pensado de nuevo muy intensamente sobre *En los acantilados de mármol.* Es un libro abierto, inconcluso; se prolonga en los acontecimientos. Por otro lado, estos reobran sobre el libro y lo transforman. En ese sentido se asemeja a una elipse con dos focos; en uno está el autor y en el otro, los hechos. Entre los dos se tejen hilos, como ocurre en la división de la célula. El libro puede intervenir así en el destino, pero tambien es posible que determine el destino del autor. Esto apunta a que, cuando fue escrito, estuvo trabajándose, además de en el terreno del lenguaje, en otros terrenos distintos — quizá en aquellos donde actúan los medios del sueño.

París, 10 de enero de 1942

Té en casa de la Doctoresse. Al atardecer hemos ido a pie a un pequeño bar situado en un bajo de la Rue de Montpensier para reunirnos allí con Poupet y con Cocteau. Cocteau ha estado amable, doliente, irónico, delicado. Se quejaba de que la gente sabotease sus obras teatrales, lanzase bombas lacrimógenas al escenario, soltase ratas en la sala.

De las anécdotas que ha contado me ha parecido estupenda la de un malicioso cochero por el que se hizo conducir a casa una noche, bajo una lluvia torrencial, a la salida del teatro. Cocteau estudiaba entonces bachillerato. Desconocedor de la cantidad habitual a que ascendían las propinas, dio muy poco dinero y luego se dirigió hacia la puerta de su casa; delante de ella estaba bajo la lluvia una familia amiga de sus padres, pues la cerradura de la puerta era difícil de abrir. Cuando Cocteau saludó a aquella familia, el cochero le gritó desde el coche:

—Ay, qué propina — ¿y si yo contase de dónde te he traído?

En el Hotel Raphael he estado todavía leyendo. Acabado la novela de la condesa Podewils y a continuación empezado *Confesión,* de Kanne, un escrito significativo que me ha hecho llegar Carl Schmitt, que es quien lo ha editado. La experiencia de Kanne en la oración. Siente cuándo sus oraciones «penetran». La minúscula rueda de su destino se mueve entonces en conformidad con la marcha del universo.

Despertado a las cinco. Había soñado que mi padre había muerto. Luego estuve pensando mucho rato en Perpetua.

Por la mañana ha venido a verme Maurice Betz con su traducción. Hemos estado examinando una serie de pasajes dudosos y ajustando algunos términos un poco raros, sobre todo nombres de animales y de plantas. En estos casos lo mejor es recurrir al latín, al sistema de Linneo — es decir, tomar del concepto, de lo lógico, el metro para esclarecer lo que en la intuición, en la poesía, aparece diferenciado.

París, 13 de enero de 1942

Festejado un cumpleaños en el Hotel Raphael. En esta ocasión he visto claro por primera vez que las personas que aquí viven son de fiar. Hoy una cosa como esa es posible únicamente si es un círculo íntimo e invisible el que ejecuta la selección. Un malicioso chiste que Phillipps hizo sobre Kniébolo dio la señal para una conversación franca. La constricción, la prudencia separan hoy a los seres humanos como los separarían unas máscaras; cuando estas caen, se expande una alegría enorme. Luego tuve una conversación seria con Merz y con Hattingen, en el curso de la cual les expuse los rasgos básicos de mi escrito sobre la paz.

Conversación con Luther sobre espionaje. Me ha dicho que había sido difícil encontrar ingleses para esta tarea, pero que antes de la guerra había conseguido reclutar para ella a un hombre de buena familia; a ese hombre le había sido proporcionada una emisora de onda corta y con ella sigue en-

viando todavía hoy, desde Londres, noticias sobre las condiciones atmosféricas. Estas noticias, dijo Luther, son muy importantes para los ataques aéreos. Recientemente este inglés recogió además en su domicilio a un agente nuestro que al aterrizar con el paracaídas se había roto una pierna; tuvo que esconderlo y cuidarlo en su casa durante varias semanas. La primera vez que el agente salió a la calle fue detenido y más tarde fusilado, pero no delató a quien lo había tenido en su casa.

Son cosas de naturaleza casi demoníaca, sobre todo si se piensa en la terrible soledad de tales personas en medio de una población de millones. De ahí que yo no pueda confiar detalles ni siquiera a estas páginas.

París, 14 de enero de 1942

Charmille. Hay conversaciones que cabe calificar de fumar opio a dúo. Para ello se necesita que la charla prosiga su marcha con ligereza, sin esfuerzo, tal como se ve, en el mundo físico, en los números que ejecutan los acróbatas. Por cierto que Charmille alaba en mi conversación lo que con frecuencia se suele criticar en ella, a saber: que casi siempre estoy pensando también en otras cosas y que replico con retraso a una buena observación de mi interlocutor, a menudo después de varias frases, una vez que aquella observación ha penetrado profundamente dentro de mí.

París, 15 de enero de 1942

En el correo una carta de Flor de Fuego, con una observación sobre *El hipopótamo*, el cuento que aparece en la segunda versión de mi obra *El corazón aventurero.* Dice lo siguiente:

«Opino que la Princesa que aparece en ese relato está un poco influida por *La caída de la Casa Usher.* Pero en *El hipopótamo* se indica el camino que lleva a la curación. Eso está bien. Poe mostró únicamente la caída».

Ese cuento lo concebí en un sueño, antes de una visita a Kubin, y entonces era efectivamente muy fuerte el anhelo

que yo sentía de salir del abismo del Maelstrom. Es preciso considerar tales cosas también como un pronóstico, pues los personajes inventados inician el baile del destino, lo bailan por anticipado, unas veces sonrientes y otras con una expresión de espanto; y la poesía es historia invisible, es historia no vivida todavía, e incluso su correctivo.

Además, una carta de Perpetua, que entretanto ha ido a ver la casa situada en Bevensen. Durante el viaje estuvo charlando de política con el chófer que la llevaba; este puso fin a la conversación con estas palabras, que la divirtieron mucho:

—Nada de pertenecer a una asociación cuyo presidente tiene piojos.

Por cierto que uno de los encantos de Perpetua es que sabe mantener una conversación en todas las capas de la sociedad. Todo el mundo se siente a gusto a su mesa.

París, 17 de enero de 1942

En el sueño contemplaba insectos en casa de Emmerich Reitter, en Paskau. Me enseñaba una caja llena de ejemplares del género *Sternocera,* pero todos ellos tenían una forma ancha y aplastada, y no la forma cilindrácea que es típica de ese insecto. Yo reconocía *prima vista,* sin embargo, que pertenecían al género *Sternocera.* Me gustan estas anomalías en las que, pese a todo, perdura el tipo. Son los aventureros viajes de la Idea por los archipiélagos de la Materia.

Por la tarde ha pasado Charmille a recogerme para ir a tomar un baño. Espectáculo magnífico en la piscina: el de un pez grande, prodigioso, al que veía flotar en el agua verde, rodeado de burbujas de aire que parecían perlas. Veía aquello desde arriba y, como suele ocurrir con las cosas mágicas, a tamaño reducido.

París, 18 de enero de 1942

Dormido mal la noche pasada, con largas interrupciones en vela. Durante ellas pensaba en Carus, mi hijo imaginario.

A última hora de la tarde he visto a Armand, que quiere pasar a la clandestinidad. Hemos cenado en la Brasserie Lorraine, luego de haber subido por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré, donde siempre me encuentro cómodo. Me ha preguntado si me gustaría conocer a su amigo Donoso y le he dicho que no. Luego, a propósito de una observación mía sobre los dos países, ha dicho:

—*Ah! Pour ça, je voudrais vous embrasser bien fort!*

Nos hemos despedido en la Avenue de Wagram.

Luego me he puesto el uniforme y he ido al George V. Allí estaban Speidel, Sieburg, Grüninger y Röhricht; este último es ahora el jefe del Estado Mayor del I Ejército. Después de la Primera Guerra Mundial él y yo conversábamos en Hannover sobre Rimbaud y sobre asuntos parecidos. Luego ha aparecido el coronel Gerlach, que ha regresado del frente del Este para ocupar aquí el puesto de subjefe del Estado Mayor, encargado de la intendencia. En sus conversaciones quiero estudiar la aguda causticidad de la gente de Potsdam.

En estas ocasiones las conversaciones son siempre las mismas, unas veces más decididas y otras menos, como en las antecámaras de lo ineluctable. Siempre me hacen pensar en Bennigsen y en el zar Pablo. Gerlach en particular estaba bien informado de la falta de ropa de invierno en el Este. Esa falta de ropa allí en el Este, lo mismo que el fusilamiento de rehenes aquí en el Oeste, será uno de los grandes temas de futuras investigaciones sobre la historia de la guerra o sobre la justicia de guerra.

Sobre la óptica. Por la tarde en el Raphael, al levantar los ojos del libro que estaba leyendo, los fijé en un reloj redondo que está colgado en la pared. Cuando aparté la vista del reloj, la imagen conservada en la retina se dibujaba como un círculo claro sobre la tapicería de la pared. Fijé luego los ojos en una parte de la pared que quedaba más cerca que aquella en que estaba colgado el reloj; y aquí la imagen parecía ser mucho más pequeña que este. Pero si movía los ojos y acer-

caba la vista al reloj, entonces la imagen se igualaba, se fundía con él. Y, finalmente, si proyectaba la mirada a un punto más alejado, tenía la impresión de que la imagen conservada por la retina se agrandaba.

Es un hermoso ejemplo del cambio psíquico a que sometemos nuestras impresiones objetivas según las distancias. A igual esfuerzo de la retina agrandamos un objeto conocido que nos parece más lejano y lo empequeñecemos si nos parece más próximo. El cuento de E.A. Poe *La esfinge* se basa en esa regla.

Ahora, cuando me despierto por la noche en el Raphael, cosa que me ocurre con bastante frecuencia, percibo en el entarimado el insecto que lleva por nombre «reloj de la muerte». Este insecto da unos golpes más fuertes y más lentos que el que yo oía a menudo en la madera muerta de la farmacia de mi padre — golpes más significativos. Probablemente esas sombrías señales proceden de un anóbido de color oscuro y de gran tamaño del que encontré un ejemplar el pasado verano en la escalera; ese ejemplar se halla ahora en Kirchhorst, en mi colección. No me fue posible clasificarlo; seguramente se trata de una variedad importada.

La enorme lejanía de la vida que anuncian esos sonidos — procedentes, sin embargo, de un ser que se agita muy cerca de mí en la madera seca. Esa lejanía, comparada con otras, resulta, empero, próxima y familiar. Navegamos en el mismo barco.

París, 20 de enero de 1942

A última hora de la tarde visita al doctor Weber en el Palais Rothschild. Posee un excelente conocimiento de todos los territorios ocupados y también de los países neutrales, ya que actúa en todas partes para hacer compras clandestinas de oro. Le he rogado que en Zúrich visite a Brock, por el asunto de los periódicos suizos. Puede serme útil también en otras ocasiones. Me gusta conversar con él, y ello ya por la simple razón de que es paisano mío y un representante típi-

co del bajosajón seco. Al ver personas como esta nota uno que el mundo no va a perecer tan pronto.

Por cierto que resulta instructivo el ver ahora dedicado a asuntos europeos y mundiales aquel surtido de espíritus que acudieron, por ejemplo, a la extraña reunión de nacional-revolucionarios que se celebró en Eichhof en la casa de Kreitz. Uno se da así cuenta de lo que está escondido en germen en las personas; por ejemplo, el tirano en el pequeño contable, o el asesino de multitudes en el ridículo fanfarrón. El espectáculo es raro, pues para que esos gérmenes se desarrollen se precisan circunstancias fuera de lo común. Extraño es también el reencontrar a ciertos espíritus fracasados, a ciertos literatos cuyos confusos parloteos nocturnos recordamos, desempeñando ahora el papel de dueños, de dominadores, a los que se obedece antes incluso de que abran la boca. Hay ocasiones en que los sueños que llegan a hacerse realidad son precisamente los más desvanecidos. Pero Sancho Panza, cuando fue gobernador de la ínsula Barataria, al menos no se tomaba en serio — eso es lo que en él nos gusta.

En su comunicado de ayer los rusos han difundido la noticia de que, al sacarles las botas a unos prisioneros alemanes, con ellas les habían arrancado también los pies.

Son perlas de la propaganda que llega del infierno del hielo.

París, 21 de enero de 1942

Visita a Charmille, en su casa de la Rue de Bellechasse.

El reloj avanza más rápido durante estas charlas, como ocurría en otros tiempos en las selvas vírgenes. Para que ese efecto se produzca son precisos distintos factores — belleza, comprensión espiritual completa, y cercanía del peligro. Luego intento retardar mediante la reflexión el paso de las horas. La reflexión frena las ruedecillas del tiempo.

Decir: «Encuentro una persona» es lo mismo que decir: «Descubro el Ganges, Arabia, el Himalaya, el Amazonas». Deambulo por sus secretos y por sus vastas extensiones y regreso de allí cargado de tesoros; de ese modo me transformo y me instruyo. En este sentido, sobre todo en él, estamos modelados también por nuestros prójimos, por nuestros hermanos, amigos, mujeres. Queda en nosotros el aire de otros climas — y es tan fuerte que en ciertos encuentros experimento este sentimiento: «Ese tiene que haber conocido a fulano y a mengano». De igual modo que el orfebre graba su sello en las joyas, así también el contacto con un ser humano imprime en nosotros una señal.

París, 24 de enero de 1942

En Fontainebleau, a visitar a Röhricht, jefe del Estado Mayor del I Ejército. Vive en la mansión de las Dolly Sisters; pasé la noche en aquella casa. Mirada retrospectiva a los viejos tiempos, recuerdos de la Escuela de Equitación de Hannover, de Fritsch, de Seeckt, del viejo Hindenburg — entonces vivíamos en la yema de Leviatán. El suelo del comedor es de losas de mármol con un veteado verde, y, según la vieja costumbre, sin alfombra, para poder tirarles a los perros huesos y pedazos de carne. Conversación junto a la chimenea, primero sobre Mommsen y sobre Spengler, luego sobre la evolución de la campaña militar. Esta charla ha vuelto a hacerme ver con claridad los estragos ocasionados por Burckhardt con su libro *La historia del Renacimiento en Italia* — sobre todo por los impulsos que, a través de Nietzsche, irradiaron a la capa culta. Teoremas de las ciencias naturales han reforzado luego esos estragos. No deja de ser notable esta mutación de la visión pura en voluntad, en activismo apasionado.

A la complicación corresponde la simplificación — la pesa y la contrapesa del reloj del destino. Así como hay una segunda religiosidad, así hay también una segunda brutalidad, más descolorida y más nerviosa que la primera.

En estas conversaciones no ahorro esfuerzos — en ellas es preciso ver no tanto el individuo cuanto los centenares de

miles que están detrás de él.

Por la mañana el alférez Rahmelow estuvo enseñándome todavía el castillo.

Charmille. Sobre sueños de vuelos. Ha contado que con frecuencia se imagina estar volando y ha ilustrado sus palabras con un gracioso movimiento de ambos brazos. Pero ha añadido que en esos sueños tiene también el sentimiento de estar trabada por un peso que cuelga de su cuerpo. Según ella, lo que impulsa a volar es siempre una persecución y una especie de angustia. Esto mismo podría aplicarse a muchas situaciones, también a la de hoy.

El género de vuelo que Charmille había descrito con sus brazos no era tanto el de un pájaro cuanto el de un delicado saurio; o, mejor, había en él algo de ambos. Así es como yo me imagino el delicado remar de las alas de la *Archaeopteryx.*

París, 25 de enero de 1942

Por la tarde en el Teatro de la Madeleine, donde se daba una comedia de Sacha Guitry. Calurosos aplausos. *C'est tout à fait Sacha.* El gusto de la gran urbe es perspectivista y se deleita con las transformaciones, con las confusiones, con las identidades inesperadas, como en un gabinete de espejos. Las complicaciones son tan embrolladas que cuando uno llega a la escalera las ha olvidado ya. Resultaba, en efecto, indiferente saber quién era quién. Son tantos los cambios de perspectiva que eso es lo único que queda.

En el *foyer* un retrato de la Duse; me parece que solo en los últimos años me he vuelto yo sensible a esta clase de belleza. Como si fuera una segunda virtud, la espiritualidad la rodea con un círculo protector que es difícil de atravesar. Seguramente la razón de eso está en que en tales seres sentimos algo que está emparentado con nosotros, que es hermano nuestro; interviene así también el incesto. Nos resulta más fácil acercarnos a Afrodita que a Atenea. Cuando Paris

entregó la manzana, su acto expresaba el apetito natural del pastor, del guerrero; esto trajo consigo grandes placeres y grandes sufrimientos. Si Paris hubiera sido un varón más maduro, habría reparado quizá en que el abrazo amoroso puede proporcionar también poder y conocimientos.

Antes de apagar la luz, como siempre, lectura de la Biblia, en la que he llegado ya al final del Pentateuco. Allí he leído esta terrible maldición, que me ha hecho pensar en Rusia: «El cielo que está sobre tu cabeza será de bronce, y la tierra que está bajo tus pies será de hierro».

Mi cuñado Kurt se lamenta en una carta de que tiene casi congeladas la nariz y las orejas. Dice que han de llevar a rastras a los camaradas jóvenes, que tienen helados los pies. Y eso que él había partido con una gran columna de camiones. En su último comunicado los rusos aseveran que los combates de esta última semana nos han costado diecisiete mil muertos y unos cuantos centenares de prisioneros. Y uno preferiría estar entre los muertos.

París, 27 de enero de 1942

Una carta de Flor de Fuego; me habla en ella de su lectura de *Jardines y carreteras* y comenta los pasajes que le han llamado la atención. Por ejemplo, el siguiente: «Así es como hay que leer la prosa: como a través de los barrotes de una reja». Una amiga suya ha hecho esta observación sobre esa frase de mi libro: «A los leones hay que verlos dentro de la jaula».

Es extraño que tales imágenes den lugar con frecuencia a pensamientos que son enteramente distintos de los que el autor pretendía. Yo quería decir, en efecto, que las palabras forman una reja que permite echar una mirada a lo inexpresable. Las palabras cincelan el engarce de la piedra, esta permanece invisible. Con todo, adopto también la imagen del león. Uno de los defectos, pero también una de las ventajas del *style imagé* es su prismaticidad.

París, 28 de enero de 1942

Cuando leemos, el texto nos guía, pero también coopera siempre al efecto nuestro propio modo de sentir y pensar, como una aureola que otorga brillo a la luz ajena.

Con ocasión de ciertas frases e imágenes se presenta en mi consciencia una gran muchedumbre de pensamientos. Me ocupo entonces del primero y hago que los demás aguarden en la antecámara, pero de vez en cuando abro la puerta para ver si siguen allí fuera. Al mismo tiempo, sin embargo, continúo también leyendo.

Cuando leo experimento siempre el sentimiento de que son cosas mías, más aún, cosas esencialmente mías las que allí están tratándose. También ese sentimiento debe provocarlo el autor. Este escribe como ser humano que mueve la pluma por el ser humano. En ese sentido se obsequia primero a sí mismo y luego a los demás.

En el correo una carta de Schlichter con nuevos dibujos para *Las mil y una noches.* En especial está maravillosamente lograda una imagen de la Ciudad de Latón. La aflicción que se siente ante la muerte y ante la magnificencia. La visión del citado dibujo de Schlichter ha despertado en mí el ardiente deseo de poseer esa hoja — me gustaría tenerla como pareja de la otra lámina de Schlichter, *La Atlántida antes de su hundimiento,* que cuelga desde hace años en mi despacho. El cuento de la Ciudad de Latón —mi padre me aguzó muy pronto los ojos para ver su encanto— es uno de los más bellos de ese libro prodigioso, y el emir Musa es un espíritu profundo. Conoce la melancolía que se siente ante las ruinas, el amargo orgullo que se experimenta ante el hundimiento de las cosas; esa melancolía y ese orgullo forman entre nosotros el núcleo de los afanes arqueológicos, pero Musa los sintió de un modo más puro, más contemplativo.

París, 29 de enero de 1942

Escrito a Schlichter a propósito del dibujo de la Ciudad de Latón. Con este motivo me han venido a la memoria también otros cuentos de *Las mil y una noches,* sobre todo el de la Pe-

ri Banu; es un cuento que desde siempre se me ha aparecido como la descripción de la gran aventura amorosa, por la cual se renuncia con gusto al poder real hereditario. Es hermoso ver cómo desaparece el joven príncipe en el reino de la Peri Banu cual si desapareciera en un mundo más espiritual. En esa colección de cuentos es este príncipe, junto con Musa, uno de los príncipes de los viejos reinos indogermánicos, príncipes muy superiores a los déspotas orientales y que también a nosotros nos resultan comprensibles. Muy bella es, ya en el comienzo mismo, la competición de tiro con arco; el arco es un símbolo de la vida y en el príncipe Achmed adquiere una tensión metafísica. De ahí que la flecha que él dispara vuele de un modo incomparable, hacia lo desconocido, más lejos que las demás.

El castillo de la Peri Banu es el monte de Venus traspuesto a lo espiritual; donde la llama visible consume, la invisible otorga dones.

París, 30 de enero de 1942

En el correo, entre otras cartas, una de Friedrich Georg; en ella cita, a propósito de *Jardines y carreteras,* esta frase de Quintiliano: *Ratio pedum in oratione est multo quam in versu difficilior* [El ritmo es mucho más difícil en la prosa que en el verso]. Toca aquí mi hermano un problema que me ha tenido ocupado sobre todo en los últimos años — el problema de cómo dar a la prosa una andadura nueva, un movimiento nuevo, que reúna poder y ligereza. Es preciso abrir con llaves nuevas la gran herencia que ahí está escondida.

París, 1 de febrero de 1942

Por la mañana he recibido la visita de Nebel, que ha venido a verme por causa del incidente que ha tenido en su centro de escucha. Desde luego no podrá decir que no estaba avisado. Primero se hizo sospechoso con su ensayo sobre los hombres-insectos que le publicó Suhrkamp, y ahora ha dado ocasión a una denuncia directa. En la fiesta de Nochevieja estuvieron haciendo burlas del «guardabosque mayor» en los pasillos. Ahora Nebel tiene que desaparecer en un rincón

de provincias y yo lamento mucho que se vaya de esta ciudad un espíritu tan brillante como él.

Por la tarde en casa de Madame Boudot-Lamotte, donde Cocteau leía su nueva comedia *Renaud et Armide.* Se trata de una intriga mágica; la voz de Cocteau, que reúne eufonía espiritual y ductilidad, está magníficamente dotada para recitar ese texto. Especialmente bien lograda estuvo la cantinela con que la maga Armide envuelve a Renaud, que está preso en su hechizo — tenía una fuerza a la vez ligera e irresistible. Allí iba devanándose de husos invisibles *un file, file, file* que se repetía una y otra vez y que se lanzaba al aire como los hilos de plata del otoño.

Además de a Gaston Gallimard he encontrado allí a Heller, a Wiemer, a la Doctoresse y al actor Marais, un Antinoo salido del pueblo. Después de la lectura de la comedia, conversación con Cocteau; entre otras divertidas anécdotas ha contado la siguiente:

En una obra de teatro salían de unas cestas unas manos humanas pintadas que figuraban serpientes. Se simulaba golpearlas con bastones y ocurrió que una de las «serpientes» recibió un buen palo, y entonces se oyó un *merde* gritado por el comparsa desde debajo del escenario.

En el restaurante Drouant, cerca de la Ópera. Uno de mis viejos defectos es que casi nunca coinciden los días en que amo especialmente a mis prójimos con los días en que soy también capaz de dárselo a entender. A veces se apodera de mí, precisamente cuando me siento muy atraído por alguien, el espíritu de contradicción.

Por la noche sueños — se me revelaba de un modo muy hondo el sentido de las cámaras. Estas comunicaban por puertas con la habitación donde yo dormía — estaban allí la cámara de la madre, la de la esposa, la de la hermana, la del hermano, la del padre, la de la amante; había en el silencioso actuar de esos aposentos, en su gran cercanía y en su gran aislamiento, un rasgo misterioso, tan solemne como terrible.

«… entonces entraba la madre.»

París, 2 de febrero de 1942

Por la noche cena en el Ritz con el escultor Breker, que me ha invitado, y con su esposa, una griega inteligente, bohemia. De primer plato, sardinas, que Madame Breker se comía sin dejar rastro:

—*J'adore les têtes.*

También estaba allí Nebel, de nuevo con su peculiar serenidad parnasiana. Tiene un modo delicado de aludir a las cosas que le agradan, es como si levantara con una sonrisa un velo que tapase maravillas.

Ha dicho que la crueldad moderna es única porque no cree en lo que de indestructible hay en el ser humano; de ahí que quiera extinguirlo y aniquilarlo completamente, para siempre, al contrario de lo que pensaba, por ejemplo, la Inquisición.

Por cierto que el caso de Nebel no ha traído consecuencias demasiado graves, ha sido trasladado a Étampes.

París, 3 de febrero de 1942

Por la mañana ha venido Jessen a mi despacho del Hotel Majestic. Al verlo he recordado las buenas, o, por mejor decir, exactas profecías que le oí hace un año, cuando casi nadie pensaba en la posibilidad de una guerra con Rusia. Aquí se ve la importancia que tiene una cabeza clara, imperturbable, conocedora de la lógica inmanente a las cosas. Eso es algo que se nota también en su exterior. En sus ojos, y especialmente en su frente, reposa implacable la fuerza simultáneamente racional e ideal del espíritu. Hombres como él y como Popitz, que también estuvo presente en aquella ocasión, son tardíos retoños que el idealismo alemán echa en este desierto de hoy.

Nuevas predicciones. Hemos hablado de la fosilización que puede notarse desde comienzos de este año. Yo suelo percibir eso con mucha claridad, es como si llevase dentro un contador que midiese las corrientes y contracorrientes.

Luego Valentiner, uno de los hijos del comandante de submarinos y viejo vikingo. Es cabo y ocupa aquí un modesto puesto de intérprete entre los aviadores, pero la mayor parte de su tiempo lo pasa con libros y amigos en un estudio que ha alquilado en una mansarda en el Quai Voltaire. Me ha invitado a que vaya a su estudio. He tenido la sensación de que este encuentro es uno de esos que inauguran unas relaciones largas. La osadía espiritual que se le veía en el modo de entrar en la habitación ha sido algo que me ha gustado.

Calefactores en la sala de calderas; detrás de las válvulas se acumula allí una presión de muchos millones de atmósferas. Los manómetros van subiendo lentamente y sobrepasan la última raya roja. Se hace un silencio total. De vez en cuando brilla por detrás de los cristales blindados un resplandor de llamas.

París, 4 de febrero de 1942

Acabado: *La Faustin,* de Edmond de Goncourt. En la tienda de Berès compré hace algunas semanas un ejemplar de este libro en el que aparece la firma de su autor.

Durante la lectura notaba un ligero malestar cada vez que tropezaba con hechos que ya me eran conocidos por los diarios de los Goncourt. Esas cosas disgustan en una obra de composición, donde la experiencia de la vida debe resultar irreconocible, debe estar fundida a gran profundidad. De lo contrario nos hacen recordar aquellos cuadros donde el trabajo pegado interrumpe el trabajo pintado.

Sobre el contacto entre el autor y el lector: la invitación que Edmond de Goncourt hace en el prólogo de esta obra a sus lectoras, pidiéndoles que le envíen *documents humaines,* detalles ocultos de la vida de las mujeres, cuyo conocimiento le resulta valioso a él en cuanto artista, es una inconveniencia y sobrepasa los límites que le están trazados a un libro.

En *La Faustin* hay poca composición y los personajes entran en escena no cuando son necesarios, sino cuando el au-

tor los necesita. También está enormemente avanzada la *faisandage,* la putrefacción, y eso es algo que puede soportarse únicamente en aquellas descripciones donde es la fuerza lo que sigue guiando la pluma.

París, 5 de febrero de 1942

De Überlingen han llegado nuevas poesías de Friedrich Georg. *Zelina,* donde vuelvo a encontrar su viejo amor por las acróbatas y por las muchachas de circo; *Pavos reales,* que ya conocía y en la que el sol golpea con fuerza, como si lo hiciera con piedras preciosas; y *El reloj de sol.* Hasta después de los cuarenta no sale a la luz lo que en el varón es propiamente varonil.

París, 6 de febrero de 1942

Por la mañana sueños de un estanque o de una laguna rodeada de piedras; me encontraba de pie a sus orillas para observar animales acuáticos. Allí se sumergían aves y emergían peces. Yo espiaba a una cerceta perlada de gris que nadaba sobre el fondo rocoso remando. Y unos peces de color verde piedra subían del fondo como si soñasen, primero aparecían como sombras y luego de un modo cada vez más claro. Todo eso lo veía desde unos montículos planos que sobresalían a medias del agua y que por dos veces cedían bajo mi peso: me había colocado encima de unas tortugas.

París, 6 de febrero de 1942

Por la mañana en el despacho de Speidel. En el antedespacho había mucha gente a causa de las firmas del domingo. Acababa de regresar del cuartel general y me ha enseñado las notas que había tomado. Modifican mi opinión de que las tendencias de aniquilación, los afanes de fusilar, exterminar, hacer morir de hambre, brotan de corrientes nihilistas generales de nuestro tiempo. Eso también ocurre, naturalmente, pero detrás de los bancos de arenques aparecen como batidores los tiburones.

No cabe duda de que hay personas singulares que son responsables de la sangre de millones. Y esas personas salen a

derramar sangre como tigres. Dejando completamente aparte los instintos de populacho que abrigan, en ellas está muy desarrollada una voluntad satánica, un frío goce de ver perecer a seres humanos e incluso tal vez a la humanidad. Un profundo sufrimiento parece apoderarse de esas personas, un disgusto aullador, cuando notan que una fuerza quiere impedir que devoren a tantos seres humanos como desean. Se ve a esas personas lanzarse a la matanza también en los casos en que ello parece cuestionable e incluso en los casos en que va en contra de su propia seguridad. Lo que Jodl ha dicho en el cuartel general sobre los propósitos de Kniébolo es algo espantoso.

También es preciso saber que muchos franceses aprueban esos planes y están ansiosos de prestar servicios de verdugos. Solo aquí, en esta casa, hay fuerzas capaces de evitar, o al menos de retrasar, la unión de esa gente; pero eso hay que hacerlo desde luego ocultando completamente el juego. Es importante sobre todo el evitar toda apariencia de humanitarismo.

Por la tarde, en el X-Royal, té con la Doctoresse. Luego en el estudio de Valentiner en el Quai Voltaire. Un vetusto ascensor que era elevado por un sistema de palas y que emitía ruidos quejumbrosos nos ha tenido en vilo mientras subíamos. En la mansarda hemos encontrado algunas habitacioncillas con viejos muebles; sobre las mesas y los sillones había libros desparramados. El dueño de aquello nos ha recibido vestido descuidadamente con ropa de paisano. Así que su tiempo se lo permite, se recluye en esta celda y al cambiar de ropa cambia también de existencia, pues deja pasar las horas leyendo, o meditando, o en compañía de amigos. El modo como lo consigue atestigua libertad y fantasía. Aquí Cocteau se ha sentido llevado a recordar los tiempos que pasó de manera similar durante la Primera Guerra Mundial. En aquel pequeño nido hemos tenido unas conversaciones que no han

salido nada mal y entretanto contemplábamos, por encima de los viejos tejados, Saint-Germain-des-Prés.

París, 10 de febrero de 1942

Cenado en casa de los Nostitz, en la Place du Palais-Bourbon. Entre los invitados me ha llamado la atención el joven conde Keyserling, aunque en toda la velada no ha dicho ni una sola palabra. Yacía extendido como un gato en el sillón, con un aire a medias de persona que sufre y a medias de persona que está entregada a sueños agradables. Incluso en las esferas más intelectuales las viejas estirpes conservan todavía seguridad, elegancia vital.

París, 12 de febrero de 1942

Al mediodía paseo por la Avenue des Ternes. Un primer destello primaveral animaba hoy el aire, después de las inclementes semanas que hemos pasado, mientras todavía permanecía en las calles la nieve negra, endurecida por las pisadas. Yo también me sentía nervioso, excitado y caprichoso; suele ocurrirme al comienzo de la primavera.

Sobre la catástrofe en la vida humana: esa pesada rueda que nos tritura, ese disparo del asesino, o también del imprudente, que nos alcanza. Dentro de nosotros ha ido acumulándose desde mucho antes la materia inflamable y ahora alguien acerca desde fuera la mecha. La explosión viene de nuestro interior.

Mis muchas heridas en la Primera Guerra Mundial están relacionadas con eso. Correspondían al espíritu fogoso que me animaba y que se creaba válvulas de escape, pues era demasiado poderoso para mi cuerpo.[1] También corresponden a eso las peleas salvajes, las violentas disputas por asuntos de amor y de juego, cosas todas ellas que traen consigo lesiones y a menudo el suicidio. La vida se lanza de un salto a la boca del cañón de la pistola.

París, 13 de febrero de 1942

En el Raphael. El comandante Von Voss, en el que se transparenta, como una vena de plata, un trozo del siglo XV. En la corriente de su sangre lleva todavía algo de *Minnesänger,* algo de la antigua fuerza mágica, libre y ligera, que era propia de este. Aquí se reúnen siempre excelentes compañeros. De manera directa aprende uno historia en esos encuentros.

París, 15 de febrero de 1942

He ido a visitar a la Doctoresse, que guarda cama por culpa de un lumbago. Conversación sobre el cuerpo humano y luego, en especial, sobre su anatomía. Ha dicho que en los primeros tiempos, cuando volvía a casa después de haber pasado muchas horas en la sala de disección contemplando carne humana y el intenso color rojo que esta tiene, a menudo la asaltaba una súbita hambre canina.

París, 16 de febrero de 1942

Andrómeda. Con esas hijas de rey ocurre lo mismo que con los pueblos germánicos; antes de que el cristianismo pudiera ahondar en ellos fue preciso quebrarlos. No pueden amar sino después de haber sido entregados al dragón que está en el abismo.

El amor a una mujer determinada es un amor doble, pues por un lado se dirige a lo que ella tiene en común con todos los otros millones de mujeres, y por otro a lo que la distingue de todas las demás y pertenece a ella sola. Qué raro es que en el ejemplar individual coincidan perfectamente ambas cosas — la copa y el vino.

París, 17 de febrero de 1942

Cena en el restaurante Calvet, en compañía de Cocteau, Wiemer y Poupet, quien me ha dado para mi colección un autógrafo de Proust. A este propósito Cocteau estuvo hablando de sus relaciones con Proust. Este no permitía jamás que se limpiase el polvo de sus habitaciones; la pelusa cubría los muebles «como chinchilla». Cuando alguien entraba en

la casa, el ama de llaves le preguntaba si traía flores, si se había perfumado o si había estado en compañía de una mujer perfumada. A Proust se lo encontraba casi siempre en la cama, pero vestido, y con guantes amarillos, pues quería evitar morderse las uñas. Daba mucho dinero para que no trabajaran los artesanos que tenían sus talleres en el edificio donde vivía, pues le molestaba el ruido que producían. No estaba permitido abrir en ningún momento una ventana; la mesilla de noche se hallaba cubierta de medicamentos, inhaladores y pulverizadores. Su refinamiento no carecía de rasgos macabros; así, en una ocasión fue a ver a un carnicero e hizo que este le mostrase «cómo se mata una ternera».

Sobre el mal estilo. Donde más visible aparece es en los asuntos morales; por ejemplo, cuando un escribiente cualquiera pretende justificar crímenes tales como los fusilamientos de rehenes. Eso es algo mucho peor, algo que ofende la vista más que todas las infracciones de las reglas estéticas.

En lo más hondo el estilo se basa precisamente en la justicia. Solo el hombre justo es capaz también de saber cómo hay que sopesar la palabra, cómo hay que sopesar la frase. Por esta razón a las mejores plumas no se las verá nunca al servicio de la mala causa.

París, 18 de febrero de 1942

Visita del caballero Von Schramm, que ha llegado del frente oriental. La muerte masiva en aquellas bolsas terribles despierta la nostalgia de la vieja muerte — la muerte que no equivale a ese perecer pisoteado. Schramm ha expresado a este propósito su parecer de que no a todo el mundo le toca quedar encerrado en esos anillos mortales, de igual manera que no todo el mundo entraba en los molinos de huesos de Manchester, y que tal cosa se debía puramente al destino. A la postre lo decisivo continúa siendo si uno muere en esos sitios como un ser humano. Con sus propias fuerzas se crea entonces su lecho y su altar. En tales lugares están haciéndose realidad muchas de las cosas que aparecían en nuestros

sueños más sombríos, están convirtiéndose en realidad histórica muchas cosas que se veían venir desde hace mucho tiempo, desde hace más de setenta años.

París, 22 de febrero de 1942

Por la tarde en el estudio de Claus Valentiner en el Quai Voltaire. Allí he encontrado también a Nebel, el *outcast of the islands,* el desterrado de las islas, que mañana parte para una de ellas, como en los tiempos de los césares romanos. Luego he ido a despedirme de Wiemer, que también se marcha. Allí me ha entregado Madeleine Boudot, secretaria de Gallimard, las galeradas de la traducción, hecha por Henri Thomas, de *En los acantilados de mármol.*

En el Raphael un acceso de tristeza ha vuelto a despertarme. Son cosas que vienen como la lluvia o la nieve. Se me ha hecho clara la distancia enorme que a los seres humanos nos separa, una distancia que cabe medir precisamente si pensamos en las personas que nos son más queridas, que más cerca nos quedan. Estamos separados unos de otros, igual que las estrellas, por profundidades infinitas. Pero las cosas serán diferentes después de la muerte. Lo hermoso de la muerte es eso, que al extinguir la luz corporal elimina también esa distancia. Estaremos en el cielo.

Un pensamiento que me hace bien en esos momentos: quizá Perpetua está pensando en ti cabalmente ahora.

El combate de la vida, la carga de la individualidad. Frente a eso, lo indiferenciado, con sus remolinos cada vez más hondos. En los instantes del abrazo amoroso nos sumergimos en esos remolinos, nos hundimos en estratos donde reposan las raíces del Árbol de la Vida. También hay una voluptuosidad ligera, fugaz, tan volátil como la materia inflamable. Y, por encima de eso, el matrimonio — «seréis una sola carne». El sacramento del matrimonio: ya no llevamos más que la mitad de la carga. Finalmente la muerte: ella derriba las paredes que separan a los individuos. La muerte será el instante en que se nos otorgará el don supremo, *Evan-*

gelio de San Mateo, XXII, 30. Solo más allá de la muerte, solo más allá del tiempo han atado su nudo místico todos nuestros vínculos auténticos. Cuando la luz se extinga nos convertiremos en videntes.

Los libros. Es hermoso encontrar en ellos pensamientos, palabras, frases, que nos hacen presentir que el relato conduce, como un sendero trazado con arte, a través de vastos bosques que el lector no conoce. Es llevado así por territorios cuyos límites le quedan ocultos, y solo de vez en cuando llega hasta él, como un soplo perfumado, la noticia de que allí hay grandes riquezas. El autor ha de parecerse a alguien que reparte regalos sacándolos de tesoros ilimitados; y mientras distribuye moneda corriente, con ella entremezcla de vez en cuando también otras monedas que tienen un cuño extraño — doblones en los que se distinguen las armas de reinos no explorados. La frase de Kipling: «Pero esto es otra historia», debe figurar en el texto, figurar de un modo más sutil todavía.

París, 23 de febrero de 1942

Por la tarde en el Palais Talleyrand, a tomar el té con el comandante en jefe, el general Otto von Stülpnagel, que nos deja.

Es notable la mezcla de delicadeza, gracia, *souplesse,* que en él se da y que hace pensar en el primer bailarín de una corte, con rasgos leñosos y melancólicos. Emplea giros de cortesía española, lleva altas botas de charol y, en el uniforme, botones de oro.

Me ha hecho llamar por el asunto de los rehenes, pues está muy interesado en que se haga una descripción exacta de los hechos, para tiempos futuros. Esa cuestión es también, en efecto, el motivo por el que ahora se va. En una situación como la suya lo único que resulta visible desde fuera es el gran poder, el poder del procónsul, pero no la historia secreta de las peleas e intrigas que ocurren en el interior del palacio. Esa historia está llena de la lucha contra nuestra embajada y

contra el partido nazi en Francia, los cuales ganan lentamente terreno, sin que el mando supremo apoye al general. El desarrollo y las peripecias de esa lucha, de la cual forma parte también la pugna por la cabeza de los rehenes, es lo que yo describo por orden de Speidel en las actas secretas.

El general ha tocado en primer lugar los aspectos humanos, demasiado humanos, del caso. Podía notarse que estas cosas le han atacado los nervios y lo han trastornado en los cimientos. Luego ha entrado en los motivos tácticos de su oposición. Ha dicho que es necesario actuar con moderación, aunque solo sea con vistas al potencial de producción. Las entregas de las industrias mejorarían en la medida en que aquí las cosas marchasen bien. Y esto, ha dicho, es de suma importancia, dado el desarrollo inesperado de la campaña en el Este. Además, el influjo alemán sobre Europa tendría que perdurar más allá de los tiempos en que estemos presentes con las bayonetas. Él se ha atenido a la razón, ha añadido — de ninguna manera puede hablarse de debilidad, que es lo que le reprocha el mando político. Como a muchos viejos soldados de carrera, lo que a él más lo hiere es el reproche de debilidad, de «canguelo».

Teniendo en cuenta la gran superioridad de sus adversarios, seguramente a él le ha parecido que el repliegue al punto de vista táctico era el único posible. Por ello, ha dicho, ha intentado subrayar ante todo que el mejor regalo que puede hacerse a la *résistance* son las medidas colectivas de represión. De ahí también que aparezca con tanta frecuencia en sus mensajes telefónicos urgentes al mando supremo esta frase: «Las represalias consiguen lo contrario de lo que se proponen». Pues un terrorista puede desencadenar con un solo disparo de pistola enormes remolinos de odio. Así es como se ha llegado a la paradójica solución de silenciar, en los informes al mando supremo, la mayor parte de los atentados.

En estos generales se revela la impotencia total de la burguesía y de la aristocracia. Tienen vista suficiente para darse cuenta de cómo marchan las cosas, pero les faltan medios y

fuerza para oponerse a espíritus que no conocen otros argumentos que la violencia. Los nuevos señores utilizan a la burguesía y a la aristocracia como guardas rurales. ¿Qué ocurrirá cuando se derrumben también estos últimos pilares? Por todos los países se extenderá entonces el terror plúmbeo, horroroso, en el estilo de la checa.

También hay siempre en tales situaciones un aspecto que está por encima de los tiempos. Ese aspecto es aquí el del procónsul, en el que ya se encontró Pilato. Con una rabia horrible el *demos* exige al procónsul la sangre de inocentes y aclama a los criminales. Y desde la lejanía amenaza el rayo del *imperator,* a quien se rinden honores divinos. Mantener la dignidad senatorial resulta entonces difícil — o bien se pronuncia la condena lavándose las manos, o se desaparece, como en este caso, para ir a desempeñar en un bloque de casas de Berlín el puesto de encargado de la defensa antiaérea.

Muerte. Siempre aparecen unos pocos que son demasiado nobles para la vida. Buscan lo blanco, la soledad. La nobleza de ánimo de seres que se lavan con luz la suciedad es algo que a menudo resalta de un modo muy bello en la máscara mortuoria.

Lo que yo amo en el ser humano es su esencia más allá de la muerte, es su comunión con ella. El amor aquí no es más que un pálido reflejo.

Was hier wir sind,
kann dort ein Gott ergänzen

[Lo que somos aquí,
puede allí completarlo un dios]

¿Cómo ha llegado Poncio Pilato al Credo?

Habría que preguntárselo a los coptos, pues ellos lo veneran como mártir.

Por la noche sueños de bastiones rocosos que yo escalaba. Tan débiles eran sus cimientos que mi peso hacía que se tambaleasen, y cada uno de mis movimientos iba acompañado de la amenaza de caídas monstruosas.

Así que sentía que ya no era posible mantener el equilibrio, realizaba un esfuerzo, como si abriese los ojos, e interrumpía el curso del sueño. Me comportaba como alguien que estuviera proyectando una película en la que él mismo actuase; yo cortaba la corriente cuando se aproximaban las catástrofes.

En este aspecto he aprendido muchas cosas, cosas de las que debe sacarse provecho para la vida diaria. Somos nosotros quienes nos soñamos el mundo, y, si es necesario, hemos de soñarlo de un modo más intenso todavía. Lo que en realidad resultó decisivo para estos años fue ya mi comportamiento en aquel sueño en el que, durante la travesía a Rodas, se me apareció Kniébolo y midió su voluntad con la mía.

Averiguar cómo se coordina eso en el tiempo con la noche que pasé en casa de Gerstberger en Ermatingen. Entonces se abrió durante un segundo el Vesubio; de manera intuitiva conocí que las fuerzas históricas no bastaban para dar un giro favorable a las cosas. Los perros ladraban en torno a la casa. Inmediatamente antes tuvo que producirse la visita nocturna de Trott en la viña. «Esa gente se propone atacar al dragón y aguardan de ti la legitimación.» De día se forman nubes alrededor del terrible macizo.

París, 24 de febrero de 1942

Cena en la casa de Fabre-Luce en la Avenue Foch. Allí he encontrado a dos catedráticos de filosofía, hermanos, y a un tal señor Rouvier.

Nuestro anfitrión ha estado hablando de un conocido suyo que odiaba a los curas y que con frecuencia, cuando volvía a casa, juntaba las manos y rezaba:

—Te doy gracias, Dios mío, te doy gracias por no haber permitido que sea creyente.

En una ocasión Fabre-Luce se hallaba en un bosque de la Alta Baviera sentado en un banco y contemplaba las montañas; entonces cayó de un árbol una serpiente, al lado de donde él estaba. Se fue de allí, dijo, pues el paisaje ya no le gustaba.

—*Il y a des choses qui rompent le charme.*

Hemos cenado en su habitación de trabajo, que está revestida de madera hasta media altura. En una de las paredes está fijado un gran mapamundi. Completamente blanco, como si fuera *terra incognita*; los únicos puntos que están coloreados son los lugares que su propietario ha visto.

París, 28 de febrero de 1942

Cartas. Mi madre me escribe de Oberstdorf que la palabrita *Nichts* [nada] la pone de mal humor; dice que comienza a aparecer relacionada con más cosas cada vez. Así, por ejemplo, en carteles callejeros: *Das Volk ist alles — du bist nichts* [el pueblo lo es todo — tú no eres nada]. Tendríamos, pues, un todo compuesto de ceros. Y desde luego es esa la impresión que a menudo se tiene. Cada vez resulta más transparente el juego de los nihilistas. La enorme puesta los obliga a descubrir sus cartas y con frecuencia renuncian a dar justificaciones.

Otte me comunica que en Hamburgo piensan hacer maculatura con los restos que allí quedan todavía de la edición del libro de Kubin *La otra parte*. Pero lo único que con eso lograrían sería destruir papel, de igual modo que en el ser humano lo único que alcanzan a destruir es la carne.

Finalmente, una carta de Henri Thomas; trata sobre todo de la traducción al francés de algunos nombres de lugares y personas que aparecen en *En los acantilados de mármol* y que poseen una significación bastante secreta. Así, *Fillerhorn,* que deriva del verbo hoy desaparecido *fillen,* cuyo significado es *schinden,* desollar. Para traducir ese término ha escogido la expresión *Corne aux Tanneurs;* dice que el gremio de los *tanneurs* [curtidores] es uno de los más antiguos y que su

mención evoca, además de algo infame, una atmósfera tétrica y medieval. *Köppelsbleck,* o, mejor, *Köppelesbleck,* es un lugar donde se blanquean los cráneos — para traducir esto propone la expresión *rouissage* [enriamiento, meter en el agua por algunos días el lino o el cáñamo para que se macere]. Aquí he utilizado el nombre de una campiña de Goslar. En Alemania la gente ha derivado de *Köppelesbleck* la palabra *Göbbelesbleck.* Para traducir *Pulverkopf* [cabeza de pólvora] se proponía emplear *hauteflamme* o *brusqueflamme;* a mi parecer, sin embargo, en ninguna de esas dos palabras resuena con suficiente claridad la ironía que hay en *Pulverkopf;* es una réplica al viejo artillero que se jactaba de tener en reserva, para combatir el cristianismo, un cañón del que ni siquiera el nombre se conoce todavía. De ahí que yo propusiera llamarlo *le vieux pétardier;* a Thomas, sin embargo, esa expresión le ha parecido demasiado tosca. Así que ha aconsejado llamarlo *boutefeu,* que, además de «botafuego» en el sentido de varilla en cuyo extremo se ponía la mecha para prender fuego desde cierta distancia a las piezas de artillería, puede significar también «incendiario» — según Thomas, esa palabra ha adquirido, al envejecer, un cierto acento irónico. *Soit.*

Tengo la impresión de que Thomas ha sabido emplear en su traducción una cierta astucia y que sabe caminar como un cazador o un trampero por las pistas del idioma. Para traducir se necesita *passion.*

París, 1 de marzo de 1942

Acabado: Frédéric Bouyer: *La Guyane française,* relato de un viaje emprendido por el autor en los años 1862-1863. Buena descripción de las tierras pantanosas, con el inventario de sus plantas, animales y hombres. Los indígenas conocían ya por entonces una especie de vacuna contra las mordeduras de las serpientes. Un joven que había sido inmunizado con ella encontró al abrir una tumba una grácil víbora roja y, sin hacer caso de las advertencias, se la enrolló al cuello como un collar; la víbora lo mordió y el joven murió ense-

guida. En cambio, otra persona que también había sido vacunada contra las mordeduras de serpiente permitía, si se le daba dinero, que una víbora lanceolada lo mordiese; también dejaba siempre sueltas unas cuantas en su casa, con lo cual se ahorraba cerraduras y cerrojos, pues todo el mundo evitaba de buena gana aquel lugar.

París, 2 de marzo de 1942

Visita de Grüninger, que ha regresado del Este. Allí ha estado al mando de una batería. De sus *capriccios:*

La 281.ª División, que fue enviada al frente con escasa ropa de invierno y que enseguida quedó casi aniquilada por el frío, recibió el nombre de «división del asma».

En un combate cuerpo a cuerpo un cabo alemán mató a un comisario ruso en un cruce de trincheras; el cadáver del comisario quedó allí de pie y se congeló. El citado cabo tenía que servir a menudo de guía por la posición a oficiales extranjeros y solía llevarlos al cruce donde estaba el comisario, como un escultor que enseñase su trabajo.

Un coronel ruso fue hecho prisionero con los restos de su regimiento, el cual había estado cercado durante varias semanas. Preguntado de dónde había sacado comida para la tropa, contestó que se habían alimentado de cadáveres. Cuando se lo reprocharon, agregó que él había comido únicamente los hígados.

París, 3 de marzo de 1942

Hoy ha sido el primer día de primavera después de este tétrico invierno. Una cierta alegría y una cierta jovialidad animaban a las grandes masas que caminaban por los Champs-Élysées. El sonido de las numerosas palas que rompían la negra costra de hielo de las calles provocaba un sentimiento agradable, casi como si fueran campanas de Pascua.

En la librería que hay en el número 8 de la Rue de Castiglione he comprado un mamotreto en tres volúmenes del que me prometo muchas horas placenteras en las noches de invierno que en el futuro pase en el páramo de Luneburgo —

una historia de los naufragios, las invernadas, los abandonos de marineros, las robinsonadas, los incendios, las hambres y demás infortunios que acontecen en el mar, obra editada por Cuchet, Rue et Maison Serpente, en el año tercero de la República. Un sello indica que uno de los anteriores propietarios de este libro fue un convento de jesuitas.

En esa gran partida de ajedrez que son las relaciones entre los sexos es cierto que las mujeres no tienen siempre la intención de permitir que se llegue a los últimos movimientos, pero sí saben apreciar que la tendencia a llegar a ellos otorgue una agudeza y una finura ocultas ya a los primeros movimientos. Es la sal de la coquetería.

Cenado en el restaurante Ramponneau con Abt, que fue sargento aspirante a oficial al mismo tiempo que Friedrich Georg. Acabada la cena llegó del exterior un ruido que me pareció una explosión; de ahí que apuntase el minuto en que se oyó. Más tarde se dejaron oír otras sacudidas y sacamos la conclusión de que sería una de esas tormentas de primavera que aquí no son raras por estas fechas. Cuando Abt preguntó al camarero si ya llovía, este respondió con una sonrisa discreta:

—Los señores clientes piensan que es una tormenta, yo creería más bien que son bombas.

Al escuchar aquello nos decidimos a salir a la calle y una vez fuera oímos que, efectivamente, estaba actuando la artillería antiaérea. También había, suspendidas sobre el mar de edificios, bengalas de color amarillo naranja lanzadas por los ingleses. De vez en cuando pasaban rápidamente sobre los tejados, como murciélagos, los bombarderos.

El tiroteo duró bastante tiempo, incluso después de que me metiera en la cama. Allí leí el artículo de Du Bos sobre los Goncourt y un capítulo del Libro de Samuel. El fuego era el decorado que ponía el tiempo.

París, 4 de marzo de 1942

El ataque de anoche, que estuvo dirigido especialmente contra las fábricas Renault, ha costado hasta la tarde de hoy quinientos muertos, casi todos obreros. Diez soldados alemanes fueron alcanzados mortalmente y en los hospitales militares hay todavía más de mil heridos. Aunque han quedado destruidas grandes fábricas y doscientas viviendas, el bombardeo, visto desde nuestro barrio, parecía más bien una iluminación teatral en una función de sombras chinescas.

París, 5 de marzo de 1942

Un pollito que me había enviado desde Saint-Michel la buena de la señora Richardet me lo cené ayer en compañía de la Doctoresse, a quien luego consulté, pues empezaba a notar un fuerte resfriado. Más tarde, en el Raphael, me bebí un vaso de ron caliente y durante la mayor parte de la noche estuve despierto, en un estado semifebril. Estas horas no son horas perdidas; antes por el contrario, tengo la impresión de que, al subir la temperatura, también se teje con más rapidez, con más vehemencia, la tela de la vida y del espíritu, y de que uno *sube,* como agua que desborda de los diques.

Para mí las noches de fiebre son siempre noches de fecundidad. Incluso sospecharía que poseen un carácter de metamorfosis; además de separar la enfermedad y la salud, separan también épocas espirituales, igual que una fiesta divide dos estaciones del año.

A última hora de la tarde he ido a hacer una visita a Valentiner en su estudio del Quai Voltaire. Valentiner había descubierto en una librería un hermoso ejemplar de Tocqueville, que me ha dado; también me ha regalado los *Contes noirs,* de Saint-Albin. Luego han llegado Heller, Rantzau, Drescher; con ellos, charla sobre Tocqueville.

A naturalezas delicadas como Rantzau se les escucha la opinión de que en tiempos peligrosos como estos el mando corresponde a tipos brutales y voluntariosos y que hay que dejárselo a ellos. *Après on verra.* Es el punto de vista de viajeros que han ido a parar a una guarida de forajidos y abrigan la esperanza de que, mientras ellos mismos pernoctan en

el piso de arriba, los del piso de abajo se maten a golpes entre sí. No siempre salen bien tales cálculos.

París, 6 de marzo de 1942

Almorzado en el restaurante Prunier con Mossakowski, antiguo colaborador de Cellaris. Si he de dar crédito a lo que me ha dicho, hay en los grandes desolladeros que se han construido en los países de las fronteras orientales ciertos matarifes que han matado con sus propias manos a un número de seres humanos igual al de habitantes de una ciudad de mediano tamaño. Tales noticias borran los colores de todo un día. Uno quisiera cerrar los ojos ante ellas, pero es importante contemplarlas con la mirada del médico que examina una herida. Son síntomas del monstruoso foco morboso que hay que curar — y que yo creo que es curable. Si no tuviera *esa* confianza, inmediatamente me iría *ad patres*. Desde luego es un foco que está localizado en un estrato mucho más hondo que el de lo político. Aquí la infamia ha invadido todo.

Cenado en el Raphael con Weinstock y con Grüninger; este último rebosaba de *capriccios* del Este. Quizá nazca algún día, para grabar estos desastres de la guerra, un nuevo Goya que conozca la gama que confina con el cero absoluto.

En un bosque unos heridos rusos habían estado gritando horas enteras en demanda de auxilio; cuando por fin se acercaron unos soldados alemanes para socorrerlos, los rusos sacaron las pistolas y dispararon contra ellos. Es un signo de que los combates han desembocado en lo zoológico. El animal que yace herido en el suelo comienza a morder cuando alguien lo toca.

En las pistas yacen cadáveres por encima de los cuales han pasado millares de carros blindados; al final han quedado tan aplastados que parecen láminas. La marcha continúa por encima de ellos; se asemejan a calcomanías o a siluetas que se reflejasen en la profundidad resplandeciente, helada, de la carretera.

Grüninger es un precursor representativo de un tipo humano que está «más allá de todo»: es ya capaz de resistir en gran medida el dolor y al mismo tiempo dispone de una muy sutil capacidad de percepción. Una combinación paradójica. Pero probablemente es en ella en la que se basa la evolución en general; esta pasa por un entramado de cruces.

En nuestra mesa se hallaba un comandante que antes de la Primera Guerra Mundial había vivido mucho tiempo en Moscú y que estuvo hablándonos de excursiones en trineo, pieles caras, diferentes clases de caviar y festines asiáticos. Es algo que ya hoy suena a país de sueño, a reino de hadas lleno de lujos, algo así como la Persia medieval. El comandante contó que uno de aquellos ricos comerciantes hizo servir el champán en orinales de plata, pero que mandó retirarlos inmediatamente al ver la cara de asco que ponía su invitado. Un ejemplo de esa mezcla de finura y grosería que seguramente no habrá cambiado mucho.

Continuado la lectura del Libro de Samuel. La rivalidad entre Saúl y David es el prototipo de todas las colisiones entre el poder nuevo y el poder legítimo. Aquí no hay compromiso que valga.

París, 8 de marzo de 1942

En el correo una carta de Friedrich Georg, quien, entre otras cosas, me cuenta que ha hecho una visita a los Straub en Nussdorf — en aquella casa por delante de la cual pasamos en otro tiempo tantas veces en nuestros paseos por el Bosque de Birnau. También escribe acerca de la luz que hay en aquella vivienda; según él tiene algo de floral, «como si en el aire se formaran figuras de flores de colores sumamente claros».

Después de almorzar he ido con Weinstock al estudio de un escultor joven, Gebhardt, del que podría decirse que es casi un emigrado y que aquí es favorecido en secreto por gente de la casa. Mientras íbamos caminando hacia el estudio de Gebhardt hemos estado analizando con todo detalle la

situación, como tantas otras veces. Parece que los tres comandantes en jefe del Oeste están de acuerdo y que se quiere aguardar todavía a ver el resultado de la ofensiva de primavera. Mientras teníamos esa conversación hemos pasado junto al catafalco levantado en la Place de la Concorde en honor de las víctimas del bombardeo inglés. Los parisinos desfilaban por delante de él en masas compactas.

En el estudio de Gebhardt hemos encontrado a la princesa Bariatinski. Examen de las esculturas; me ha parecido especialmente lograda la cabeza del joven Drescher. Hablando de Claus Valentiner, ha dicho la princesa:

—Es como una abeja, todo lo que liba lo sublima en miel.

Luego ha venido a recogerme la Doctoresse y la he acompañado a dar un paseo por los barrios de los anticuarios; cada vez me hacen soñar con más fuerza, puramente por la radiación que emana de la sustancia histórica acumulada en esas tiendas.

Por la noche he soñado con diversos animales, entre otros con una salamandra que tenía la cabeza de color azul y el vientre de color blanco y que estaba moteada de manchas azules y amarillas. Lo exquisito de los colores estaba en que la materia viva los penetraba, parecían un cuero fino y húmedo — la materia viva se fusionaba con los colores de un modo maravillosamente fresco y delicado. Aquel azul pizarroso y aquel blanco un poco amarillento del fondo superaban todo lo imaginable. Los colores pueden brillar con tal resplandor únicamente cuando la vida participa en ellos; se asemejan a llamas en las que se quema el amor.

Cuando me desperté estuve pensando en mi viejo plan de la *teoria dei colori,* en la cual trataré el color como una función de la superficie.

En los seres humanos amo lo más lejano y seguramente también lo mejor — y quizá a eso se debe la frialdad que perciben en mí.

La vida es únicamente la orla de la Vida, es tan solo un campo de batalla donde se combate por la Vida. Es una fortificación avanzada, cuya forma sigue descuidadamente las dimensiones de la fortaleza a la que nos replegamos al morir.

La meta de la vida consiste en adquirir una idea de lo que es la Vida. Es cierto que esto no produce ningún cambio en lo Absoluto, tal como piensan los sacerdotes, pero sí es algo que ayuda en el tránsito.

Las puestas que en este juego queremos ganar con nuestras fichas son enormes, son horrorosamente altas. Nos parecemos a niños que quieren ganar judías en el juego y no saben que en cada una de esas judías están encerradas las posibilidades de mayos milagrosos y de flores prodigiosas.

París, 9 de marzo de 1942

Por la noche en la Comédie-Française con la Doctoresse, que me había invitado. *Les femmes savantes.* Continúa habiendo islas donde es posible atracar la nave. En el *foyer* el Voltaire sentado de Houdon — rasgos seniles y rasgos infantiles se unen en él de una manera prodigiosa. También es muy bella la facilidad con que la jovialidad espiritual triunfa de la gravedad de los años.

París, 10 de marzo de 1942

Es preciso que el *opus* alcance un nivel en el que se torne superfino — por cuanto transparenta eternidad.

A medida que el *opus* se acerca a la belleza más alta, a la verdad más honda, va ganando también rango invisible; y el pensamiento de que perecerá en cuanto obra de arte, en sus símbolos fugaces, es un pensamiento que causa cada vez menos dolor.

Lo mismo cabe decir de la vida en general. Es preciso que en ella alcancemos un nivel en el que sea posible realizar de un modo fácil, osmótico, el tránsito — un nivel en el que la vida *merezca* la muerte.

A última hora de la tarde con el nuevo comandante en jefe, Heinrich von Stülpnagel, en el salón redondo. Hemos hablado de botánica y de historia bizantina, de la que sabe mucho. «Andrónico» es hoy, en efecto, un nombre que está a la orden del día. Ha dicho que esos conocimientos, y también otras muchas cosas, los debe a su salud a menudo precaria, por cuanto en los hospitales militares se aburría y eso lo indujo a completar con estudios propios la escasa formación cultural que había recibido en la academia militar. En contraste con su predecesor y primo, tiene indiscutiblemente *désinvolture* y, por encima de eso, un porte principesco. También se gana a la gente con su modo de sonreír. Esto es algo que se nota incluso en el personal de servicio; por ejemplo, en el modo como este sirve a la mesa.

París, 11 de marzo de 1942

Por la mañana me ha visitado Carlo Schmid, con quien hace años pasé toda una noche en Tubinga bebiendo y que ahora se encuentra en Lille, en el Estado Mayor del comandante en jefe de Bélgica. Hemos hablado de su traducción de Baudelaire, de la cual me ha leído la de *Les phares.*

Luego, de la situación. Su parecer es que hoy no se trata tanto de una pugna *entre* seres humanos cuanto de una pugna *por* los seres humanos — puede materialmente verse cómo estos son cogidos y llevados al lado bueno o al lado malo.

Después de almorzar, en la editorial Gallimard. Allí charla sobre *Sur les falaises de marbre* con el patrón de la casa, con Stameroff, su director, y con Madeleine Boudot-Lamotte. Gallimard despierta la impresión de esa fuerza espiritual que distingue al buen editor y que es a la vez inteligencia y capacidad de mando. También ha de haber en él algo de jardinero.

Continuado la lectura del Libro de Samuel. Con David entra en la Ley algo nuevo — un rasgo de elegancia. Se ve cómo cambia la Ley cuando el ser humano, aunque no toque nada en ella, la sirve de modo diferente. Sigue habiendo procesiones, pero ahora son bailadas.

Baal — con estos dioses vecinos Jehová seguramente tenía que ser terrible. Habría que lograr una imagen de ellos que permitiera verlos también mucho después de que sus altares fuesen derribados — verlos incluso hoy. Pues no son únicamente piedras miliares en la ruta de la humanidad. Dostoievski vio a Baal en las estaciones londinenses.

Cuando llegue la paz pienso ordenar la lectura de la Biblia de acuerdo con un plan nuevo, cimentado en la teología.

París, 12 de marzo de 1942

Se dice que desde que se esteriliza y mata a los locos se ha multiplicado el número de niños que nacen ya con enfermedades mentales. De igual modo, con la supresión de los mendigos se ha vuelto universal la pobreza, y el diezmar a los judíos ha traído consigo la difusión de los atributos judíos en el mundo entero, en el cual están propagándose rasgos propios del Antiguo Testamento. La exterminación no borra los arquetipos; antes por el contrario, los libera.

Parece que la pobreza, la enfermedad y todos los males descansan en seres humanos muy determinados, que, cual si fueran pilares, los soportan, y esos seres humanos son los más débiles de este mundo. De ahí que se asemejen a los niños, a los que también hay que proteger de un modo especial. Con la destrucción de esos pilares todo el peso recae sobre la bóveda. Su derrumbamiento aplasta luego a los malos administradores.

Fiestas de lémures, con asesinatos de hombres, de niños, de mujeres. Se entierra el horrible botín. Pero luego llegan otros lémures a desenterrarlos; con un placer atroz filman la caza descuartizada y casi putrefacta. Luego se proyectan unos a otros las películas.

Qué extraño ajetreo hay junto a la carroña.

París, 14 de marzo de 1942

Tristitia. Por la tarde paseo con Charmille, por la Avenue du Maine hasta la Rue Maison-Dieu. Regreso pasando por el

cementerio de Montparnasse. Aquí hemos tropezado con las tumbas de Dumont D'Urville y del aviador Pégoud.

Después de tomar un plato de sopa, a la Comédie-Française. *Le misanthrope.* En el entreacto he vuelto a hacer una visita al Voltaire de Houdon. La mezcla de maldad e infantilismo se me ha aparecido esta vez con especial evidencia.

Una peluquera con la que la Doctoresse comentaba el bombardeo le dijo:

—Yo no tengo miedo. Los muertos lo pasan mejor que nosotros.

—Eso no lo sabe usted.

—Claro que sí. Lo deduzco de que ninguno ha regresado todavía.

París, 15 de marzo de 1942

Paseo con Armand por el Bois, con un sol hermoso. He estado aguardándolo debajo del Arco del Triunfo, cerca de la tumba, que estaba rodeada de narcisos amarillos y de anémonas violetas en cuyos cálices se sumergían las abejas. Pensamiento: ¿es que vivirán, en este mar de piedra, únicamente de flores cortadas?

Con frecuencia veo ahora al ser humano como un varón de dolores que es empujado contra los dientes y rodillos de una máquina; esta va rompiéndole costilla tras costilla, miembro tras miembro, mientras que, en cuanto Hombre, no puede morir y quizá incluso gane.

París, 16 de marzo de 1942

A última hora de la tarde ha venido a mi despacho el coronel Speidel; me ha traído un artículo que Sternberger ha escrito sobre mí en la *Frankfurter Zeitung.* También me ha dejado echar un vistazo a las órdenes recibidas. El giro de Diablo a Satanás es cada vez más claro en Kniébolo.

Lo milagroso, el movimiento más íntimo de los átomos, gira en cada piedra, en cada miga de pan, en cada pedazo de papel. La materia entera está viva y cuando las cosas se nos aparecen descoloridas es que no las captamos en el auténtico rango de su sustancia. Únicamente vemos sombras de lo Absoluto, de la Luz indivisa.

París, 28 de marzo de 1942

Cenado con Madame Gould en el Hotel Bristol, acompañados de Heller y de Jouhandeau, cuyas *Croniques maritales* leí hace años.

Alarma aérea. Mientras los aviones dejaban oír su zumbido y los estampidos de los cañones hacían temblar a la ciudad, nosotros bebíamos champán de 1911 sentados alrededor de la lámpara. Éramos pequeños, como hormigas. Hablamos de la muerte. Madame Gould hizo algunas buenas observaciones sobre este asunto — por ejemplo, que la vivencia de la muerte es una de las poquísimas que no pueden sernos arrebatadas por nadie, más aún, que con mucha frecuencia es precisamente quien más trata de perjudicarnos el que más nos enriquece con ella. Podrá el destino privarnos de todos los grandes encuentros — nunca del encuentro con la muerte.

El principio básico de toda conducta política correcta, dijo, es el siguiente: «No tener miedo». Una tarde, en un país tropical, vio una mariposa que, a la luz de la lámpara del jardín, se posó en el dorso de un geco. Según ella, aquello era el símbolo de una augusta seguridad.

Luego hablamos de Mirbeau. He tenido la impresión de que este paisaje de horrores atrae a Madame Gould — seguramente ejerce sobre ella ese encanto que aún permanece activo una vez que se han agotado todos los goces procurados por el lujo.

Jouhandeau, con el que estuve charlando primero acerca de Bernanos y de Malraux, y luego sobre el paisaje de la guerra civil en general, opinó que nada permite comprender tan

bien ese paisaje como la biografía de Cicerón. Me ha despertado las ganas de volver a ocuparme de aquellos tiempos.

Las imágenes que emergen dentro de nosotros. Con bastante frecuencia me veo ahora al borde del Bosque de Überlingen durante un solitario atardecer brumoso, o al comienzo de la primavera en Stralau, o de muchacho en Braunschweig mirando fijamente el dibujo de la tapicería de la pared. Tengo el sentimiento de que entonces se tomaron decisiones significativas, mientras que lo único que yo hacía era soñar o reflexionar.

Quizá es así como percibimos a veces, lejos de toda actividad, algunos compases de la melodía de la vida. Esos compases aparecen únicamente en los silencios. En ellos vislumbramos luego la composición, el todo que subyace como fundamento a nuestra existencia. De ahí la fortaleza del recuerdo.

También me parece que el todo de nuestra vida no llega a nosotros de manera consecutiva, sino más bien como en un juego de puzle, en el que captamos un poco de sentido unas veces en un sitio y otras veces en otro. Ciertos caprichos de los niños son seniles y, por su lado, ciertas formas tardías de vida enlazan directamente, sin eslabones intermedios, con la infancia.

Quizá el momento en que nuestro signo zodiacal actúa con máxima fuerza es cuando en los sueños nos encontramos con nosotros mismos en cámaras silenciosas — nada entra allí; pero nosotros sí entramos en una casa nueva.

París, 30 de marzo de 1942

Claus Valentiner ha regresado de Berlín. Ha estado contando crímenes perpetrados por un tipo horroroso, antiguo profesor de dibujo, que se jactaba de que en Lituania y en otros territorios fronterizos había estado al frente de un comando asesino que había degollado a un sinnúmero de seres humanos. Tras haber reunido a las víctimas, el comando les ordenaba primero que cavasen fosas comunes y luego que se

tendiesen en ellas; entonces las mataba a tiros desde arriba, por capas sucesivas. Antes robaba a sus víctimas todo lo que les quedaba, los harapos que llevaban puestos, incluso la camisa.

Estampas grotescas de la hambruna que reina en Atenas. En los momentos culminantes de un gran concierto de obras de Wagner los trombones no sonaron porque los debilitados músicos no tenían resuello suficiente para soplar.

París, 4 de abril de 1942

Paseo por los jardines de los Campos Elíseos, en los que un primer aroma balsámico de flores y de verdor joven penetraba la oscuridad. Eran sobre todo las yemas de los castaños las que exhalaban aquel perfume.

Por la tarde, para distraerme un poco, en el estudio de Valentiner. En el patio del edificio está el antiguo *atelier* de Ingres, y junto a él, un fresno alto, esbelto, que se alza hacia la luz como desde un pozo de mina.

Claus me ha contado que en una ocasión su padre, el viejo vikingo, le prometió quinientos marcos si le procuraba la alegría de un nieto; con una hermosa francesa que vivía en casa de ellos.

París, 5 de abril de 1942

Con Heller y con Podewils en el estudio de Valentiner, donde hemos encontrado también a Rantzau. Conversación acerca de si acabará este otoño la guerra, como opinan muchos augures. A última hora de la tarde cruzó sobre las altas cimas de la ciudad una tormenta de primavera, con pedrisco; luego se alzó por encima de los viejos tejados y campanarios un doble arcoíris, sobre un fondo gris azulado.

Por la noche, o más bien al amanecer, se oyeron los estampidos de un intenso bombardeo. En el desayuno me he enterado de que el ataque ha causado un gran número de incendios, entre otros el de la fábrica de caucho de Asnières.

París, 6 de abril de 1942

Conversación con Kossmann, el nuevo jefe del Estado Mayor. Me ha proporcionado detalles espantosos de lo que está sucediendo en el frente oriental en los bosques de lémures. Ahora nos encontramos de lleno en la bestialidad predicha por Grillparzer.

París, 7 de abril de 1942

En el Quai Voltaire despedida de la camarilla parisina. Estaban allí Drieu La Rochelle, Cocteau, Wiemer, Heller, Drescher, Rantzau, la princesa Bariatinski, dos alféreces alemanes y un joven guerrero francés que se distinguió en la última campaña. Madeleine Boudot-Lamotte lucía un sombrero de plumas de gallo de color negro-rojo-negro; parecía una mauritana. Poupet, a quien me hubiera gustado volver a ver, se encuentra enfermo, por desgracia.

Los numerosos y muy diferentes brazos del río de mi vida que desembocan en esta ciudad como en una pila se me hacen claros también en las personas.

París, 8 de abril de 1942

Cenado en el restaurante Lapeyrouse con Epting y con Gros-Meunier, cuyo rostro ha adquirido un carácter demoníaco más acentuado todavía. Ese rostro ha perdido la serenidad y ha dejado paso a la oscura luminosidad de Lucifer. Gros-Meunier nos ha explicado que pronto habrá de correr sangre en Francia y que eso será como una sangría que fortalece al paciente. Ha dicho que hay que investigar con cuidado a qué personas habrá de afectar esa operación; por lo que a él respecta, dijo, tiene completamente claro quiénes vienen al caso. También yo he tenido, desde luego, esa misma impresión.

Luego ha hablado de Japón, del que ha dicho que es el auténtico vencedor en esta guerra.

Mannheim, 9 de abril de 1942

A las siete de mañana partida de la Gare de l'Est. Rehm me ha llevado al tren. El cielo tenía un frescor azul; me ha llamado especialmente la atención el juego mágico de los co-

lores en el agua de los ríos y canales. He creído divisar tonalidades que ningún pintor ha visto todavía. Las superficies de las aguas, azules, verdes y grises, tenían el brillo de piedras claras, frías, el color era más que color: era sello e imagen concentrada de esa profundidad misteriosa que se hace visible en el juego y contrajuego de la superficie.

Después de Coolus un halcón de color tostado claro, que se posó en un zarzal. Campos llenos de altas campanas de cristal, dentro de las cuales se cultivan melones y pepinos — retortas para la más delicada de las fermentaciones en el reino de la alquimia de los huertos.

Antes de Thiaucourt leído un poco, a la luz del sol, en *Les faux monnayeurs.* Cuando el sol desapareció detrás de un monte, las letras comenzaron a brillar con una fosforescencia intensamente verde.

Al atardecer en Mannheim, donde Speidel me ha recogido en la estación; estaba invitado a su casa. Su hijito Hans — un artista en su manera de estar alegre. Tales niños atraen como imanes el cariño, los regalos. Además, una hijita, muy delicada. Cuando por la noche ha habido un bombardeo, al día siguiente se niega a comer. ¿Quién conoce la carga que gravita sobre las espaldas de las mujeres?

Kirchhorst, 10 de abril de 1942

Por la mañana los Speidel me llevaron al tren. La subversión social, que borra irresistiblemente las diferencias, es algo que se ve de un modo muy claro en el trato recíproco de las personas en los trenes, pero sobre todo en las actitudes de los camareros en los vagones restaurantes o en los hoteles. Es algo que se nota especialmente cuando se viene de Francia.

A última hora del día en Hannover. Perpetua me ha recogido con el coche en la estación.

Kirchhorst, 22 de abril de 1942

Con los niños en el pantano. El pequeño llamó a la salamandra, que veía por primera vez, «lagarto de agua»; esto

me ha alegrado más que si la hubiese llamado por su nombre correcto; pues con ello ha mostrado poseer ese don de discernimiento que ha de hallarse en la base de todo conocimiento, como el oro ha de estar en la base de los billetes de banco.

Kirchhorst, 24 de abril de 1942

Fragmento de un gran debate desarrollado en sueños y anotado en el momento de despertarme a las seis de la mañana:

Yo: —Lo mejor es que vuelva a mi viejo asunto, la fisiología comparada de los peces.

Perpetua: —Si los resultados en ese campo son favorables se pone de tan buen humor que inspira miedo incluso a sus amigos.

Yo: —Eso me indica que el futuro será terrible.

Había en el suelo unos peces pálidos, en forma de disco lunar; a uno de ellos le tocaba el cuello con mi dedo índice para examinar una glándula que al tacto era como una pequeña protuberancia.

Kirchhorst, 9 de mayo de 1942

En el pantano. Por primera vez oía este año cantar al cuclillo, ese gritador mántico, mientras llevaba conmigo dinero en abundancia. En cambio, el jamón no solo está ya empezado, sino casi acabado. Esto indica muy bien la situación de las cosas este año.

Junto a una turbera he tomado un baño de sol. El color de los viejos taludes de la turbera, cortados con pala, va desde un negro graso hasta un tierno pardo dorado. Sobre la superficie misma del agua se extiende una cinta de musgo y, encima de ella, la planta llamada rocío de sol, que parece un bordado rojo. Todo está coordinado de una manera bella y necesaria. Esto es solo uno de los innumerables aspectos, es solo una de las innumerables incisiones posibles a través de la armonía del mundo. Hemos de traspasar con la mirada las formaciones para ver la fuerza conformadora.

Sobre la turba húmeda, atravesada por vetas rojas, con qué solemnidad caminan los pies; se posan sobre capas de pura materia viva, más preciosas que el oro. El pantano es paisaje primordial y por tanto alberga en sí tanto salud como libertad; con qué magnificencia he sentido esto en las soledades nórdicas.

En el correo una carta de Valentiner en la que me comunica que Gallimard está imprimiendo la segunda edición de *Sur les falaises de marbre.* También me habla de una visita hecha por el *outcast of the islands* al estudio del Quai Voltaire.

Lectura: las novelas cortas de Tolstói. Entre ellas, las *Anotaciones de un marcador.* Hacer que una vida noble en el fondo, que se desperdicia de vil manera, sea recogida y contemplada en el diario de un criado como en un espejo de poco precio constituye una jugada narrativa excelente. Entre los desconchados se intuye la imagen trágica y auténtica.

Por desgracia no he encontrado en esta edición mi pieza favorita: *La muerte de Iván Ilich.*

Kirchhorst, 12 de mayo de 1942

En bicicleta al peluquero. En la peluquería, charla sobre los prisioneros rusos que han sido enviados de los campos a trabajar en esta zona.

—Qué gentuza debe de haber entre ellos. Quitan la comida a los perros y la devoran.

Transcrito literalmente.

Kirchhorst, 17 de mayo de 1942

La señora Luckow me ha traído una carta de Grüninger; lamenta en ella que se haya disuelto la artúrica Tabla Redonda que se reunía en el Hotel George V. Además, los habituales *capriccios.*

Los soldados mandados por él rechazaron en una ocasión una patrulla rusa de reconocimiento y luego descubrieron entre los muertos una muchacha de diecisiete años que había combatido fanáticamente. Nadie supo explicar cómo ocu-

rrió, pero lo cierto es que a la mañana siguiente el cadáver yacía desnudo en la nieve. Y como el invierno es un escultor brillante, que conserva rígidas y al mismo tiempo frescas las formas, la tropa tuvo ocasión de admirar durante mucho tiempo el hermoso cuerpo. Más tarde aquel punto de apoyo fue replegado; entonces se presentaban con frecuencia voluntarios para realizar patrullas, con el fin de poder volver a disfrutar así de la visión de aquella figura magnífica.

Se avecina la partida de Kirchhorst. He vuelto a acostumbrarme a la casa y a mi cuarto de trabajo, y también al jardín, cuyos bancales dejo bien labrados. Perpetua opina que en el otoño volveré a estar instalado en esta casa parroquial. Bien, ya se verá — cómo me gustaría vivir aquí a su lado, envejeciendo poco a poco. También es grande mi anhelo de volver al trabajo.

Por cierto que, para expresar la notable relación que se da entre mí y los lémures, ha dicho que yo estoy «en otra corriente».

Kirchhorst, 18 de mayo de 1942

Astor, el perro, a quien he tratado muy mal porque no hacía más que correr por los bancales. Ahora se me acerca moviendo el rabo, mientras estoy sentado bajo las viejas hayas, y me mira — no con una mirada de reproche, sino más bien con una mirada interrogadora, pensativa:

—¿Por qué eres así?

Y en mi interior oigo, como un eco:

—Sí, ¿por qué eres así?

Lectura: James Riley: *Le naufrage du brigantin américain Le Commerce.* Editado por Le Normant, París, 1818. Algunos náufragos son asesinados y otros despojados de sus ropas por unos nómadas bestiales que luego los arrastran, entre sufrimientos espantosos, a través de los desiertos de Mauritania. En estos emergen de la arena ciudades muertas, como

huesos puestos al sol, que recuerdan las visiones del emir Musa — aún se ve la brecha en el muro y, delante de él, las abandonadas máquinas de asedio, tal como se ve el cuchillo junto al plato lleno de conchas de ostras. Un encuentro que Poe podría haber descrito acontece en una lisa pared rocosa que se alza abrupta desde el mar hasta las nubes. En ella está tallado un sendero de apenas un palmo de ancho; antes de empezar a recorrer aquel camino espantoso la gente suele dar gritos desde lo alto de una especie de púlpito que hay en la roca, para asegurarse de que nadie viene en dirección contraria. En una ocasión dejó de hacerlo una pequeña caravana de judíos que pretendía llegar a sus lugares de descanso antes de que cayese la noche, y el destino dispuso que al mismo tiempo marchase en sentido contrario una tropa de moros que también había creído que estaba libre el camino. Los dos grupos se encontraron en el centro de aquel espantoso abismo, donde resultaba imposible volver atrás. Tras largas e inútiles discusiones fueron arrojándose los unos sobre los otros, por orden, y el que caía arrastraba siempre consigo, al precipitarse, a quien lo había tirado.

La actitud de Riley y también su destino muestran el poder que sigue poseyendo la fe, aunque sea una fe racional. En medio de terribles sufrimientos la confianza se vuelve hacia Dios y hacia su guía como hacia el eficiente sistema de curvas de una matemática suprema, la más elevada de todas. Para un ser inteligente como Riley es Dios la Inteligencia suprema, inmanente al cosmos. El ser humano recibe una corroboración tanto más sólida cuanto más lógico sea su pensamiento. Esto recuerda los «batallones más fuertes» de que hablaba el viejo Fritz.

París, 20 de mayo de 1942

A las once de la noche acudió Scholz a recogerme con su automóvil para llevarme al tren que me devolverá a París. En la oscuridad Perpetua continuó haciéndome señas de despedida, para lo cual trazaba círculos con la linterna de bolsillo.

Durante el viaje lectura de una historia del escándalo del canal de Panamá, luego de una biografía de Kraatz, entomólogo de Berlín, y por fin de una colección de cartas escritas por autores de la Antigüedad; las que más me han interesado han sido las de Plinio. Cuando alzaba los ojos del libro cogía al vuelo, de la agricultura de los campos y jardines, algunos recursos nuevos para aplicarlos a mi huerto de Kirchhorst.

Aunque el tren llegó con retraso, en París estaban aguardándome en la estación Rehm y Valentiner. Con Valentiner fui todavía a pie a su estudio para contemplar desde allí, mientras tomaba una taza de té, los viejos tejados, que, tras la tormenta que había habido, resaltaban con una claridad húmeda.

París, 21 de mayo de 1942

Entre las cartas que he encontrado aquí había una de Grüninger con nuevos *capriccios.* Mientras la leía he vuelto a meditar sobre este espíritu y sobre su capacidad para captar el despliegue geométrico del poder. Quizá estos tipos humanos son desconocidos todavía en otros pueblos, aunque ya Dostoievski los previó. Si comparamos el bolchevismo con los personajes más recios de las novelas de este autor, vemos que lo que aquel ha hecho ha sido desviarse hacia lo más simple y barato.

Es cierto que las únicas naturalezas que saben hacer frente a la terrible rebelión del populacho que está arrasando el mundo son aquellas que conocen el fondo de poder sobre el que se halla erigido el mundo y que vienen «de arriba». Esas naturalezas van haciendo compañía como serpientes al tropel de ratas que quiere roer todo. Allí donde otras personas retroceden, ellas se sienten atraídas; con calma, con una serenidad luciferina se acercan a las espantosas fiestas mediante las cuales pretenden los lémures propagar el terror, y se mezclan en el fuego. También son personas amigas de las Musas, como lo fue Sila. Esa es la sustancia que Piotr Stepánovitch intuye que hay en Stavroguin.

En la secreta lucha por el poder que se libra en esta plaza ha sido Grüninger quien, si no ha impedido, sí ha retrasado en un año los intentos de Kniébolo de implantarse aquí con sus órganos. Como Stavroguin, estas naturalezas fracasan luego, al chocar con el hecho de que la descomposición ha afectado también a la muy pequeña capa de jefes que sería necesaria para cubrir las operaciones — y que en este caso son los generales.

París, 22 de mayo de 1942

Por la tarde, acompañado de Poupet, a quien he encontrado muy delicado de salud, en la editorial Plon, en la Rue Garancière. Poupet ha dicho que la dedicatoria más bella leída por él en un libro es esta: «A Victor Hugo, Charles Baudelaire». Es cierto, pues ninguna invención alcanza la profundidad de la sustancia. Hacerse un nombre significa, en este sentido, otorgar sustancia a ese nombre dando el máximo peso a cada una de sus letras.

Lo mismo cabe afirmar del lenguaje en general. «Más luz» es algo que todo el mundo puede decir, pero solo en Goethe se muestra la inmensa riqueza que en esas dos palabras está escondida. El poeta hace así ofrendas sacándolas del lenguaje, lo mismo que hace el sacerdote con el vino — por todos los demás y conjuntamente con ellos.

Por la noche en el Raphael lectura de *Routes et jardins,* mientras bebía un fuerte *grog*. Encuentro que la traducción de Betz ha pulido un poco el texto, pero se lee con fluidez.

París, 23 de mayo de 1942

Cuando mi situación me provoca dificultades con otros, especialmente en el Hotel Majestic, tengo a menudo este sentimiento: «No estás aquí en vano; ya sabrá el destino desatar el nudo que ha anudado; por ello, pasa por encima de las preocupaciones. Míralas como si fuesen fantasmas».

Más tarde esos pensamientos me parecen casi inadmisibles. Es cierto que, frente a los peligros de los sueños, uno confía en que el despertar los reduzca a humo — durante el

día, sin embargo, no es lícito calar demasiado bien el juego. Hay que tomarlo en serio, pues de lo contrario hasta los niños le ganan a uno la partida. Es preciso, mal que bien, soñar el mismo sueño que sueñan los demás.

Alguna vez nos asombrará el que los vivos no nos vean, igual que hoy nos extraña el que no llegue a nosotros ningún destello del mundo de los espíritus. Quizá esas dos realidades se hallan muy próximas la una de la otra, pero tienen una óptica diferente, como la cara opaca y la cara brillante del azogue en un espejo. Llega un día en que se da la vuelta al espejo y se tapa con un crespón su cara plateada. Entonces alcanzamos la Noche, en la cual penetramos durante nuestras noches únicamente con las antenas.

París, 24 de mayo de 1942

Por la tarde en el Quai Voltaire. La visión de los viejos tejados relaja de un modo milagroso el espíritu. Este se demora en ellos, lejos del tiempo atomizado. Además de a Valentiner he encontrado allí a Rantzau, a Madeleine Boudot-Lamotte, a Jean Cocteau y al actor Marais.

Conversación sobre plantas; de Cocteau he aprendido en ella el bello nombre francés que se da a la planta que en alemán se llama *Zittergras* [tembladora, o grama de amor]: *désespoir des peintres.*

París, 30 de mayo de 1942

Desde las dos hasta las cuatro de la madrugada han estado los ingleses sobrevolando la ciudad y arrojando bombas en el recodo del Sena. Me he despertado de unos sueños de islas, jardines, animales, y luego he estado medio adormilado; de vez en cuando tenía un sobresalto, cuando alguno de los aeroplanos se acercaba en medio del fuego. Aun estando dormido, permanecía, sin embargo, dentro de los acontecimientos y vigilaba el peligro. Uno llega casi a pensar que en el sueño es él quien gobierna los acontecimientos.

El choque seco de la metralla en las calles vacías — como el de meteoritos en un paisaje lunar.

Por la tarde en Bagatelle, donde he estado admirando una gama de variedades de clemátides cuyas estrellas azules y grises plata trazaban un dibujo en la pared. Las rosas estaban ya en floración. Me ha llamado especialmente la atención una Mevrouw van Rossem. El capullo, todavía cerrado, era en su base de un intenso color amarillo de rosa de té y desde allí enviaba unas venas inflamadas hacia la punta, la cual era de un color rojo melocotón y estaba cubierta de rocío. Esto hacía que el capullo se asemejase a un seno delicadamente abombado al que hiciera palpitar un vino rojo. Su perfume era suave y fuerte.

París, 1 de junio de 1942

Paseo vespertino hasta la Place des Ternes, con su reloj junto a la farmacia. Hoy me muevo aquí entre oficiales igual que en otros tiempos me movía entre zoólogos en el acuario napolitano. Percibimos dos aspectos completamente distintos de una misma cosa.

En el estudio de Valentiner a última hora de la tarde; allí he encontrado a Henri Thomas, a quien veía por primera vez.

París, 2 de junio de 1942

Kossmann, el nuevo jefe del Estado Mayor, me ha contado que hace algún tiempo se suicidó nuestro viejo camarada N.: en el puesto de tiro desde donde controlaba los disparos volvió de repente hacia sí la pistola con que apuntaba y apretó el gatillo.

Han pasado más de diez años de mi último encuentro con N., pero ya entonces me llamó la atención su crispación, su disonancia interna, su ética forzada. El suicidio va preparándose en esas naturalezas como la rotura en las cuerdas demasiado tensas.

París, 3 de junio de 1942

En el Bois de Vincennes. Allí he estado recordando mis paseos y congojas del año pasado y he visitado también a mi antigua portera de la casa situada enfrente del Fuerte. Con estas gentes sencillas se habla como con niños, sin que surjan pliegues entre las palabras y su sentido. También resulta favorable en estos tiempos que corren el tener entre ellas una pequeña clientela. Hay situaciones en que pueden prestar más ayuda que los ricos y poderosos.

París, 4 de junio de 1942

Por la mañana se ha presentado en mi despacho Carlo Schmid, que venía de Bélgica. Hemos estado charlando primero de su traducción de *Les fleurs du mal*, luego del mundo en su jerarquía erótica, y por fin de los cazadores de sueños; así llama él a una clase de personas que interceptan, como si fueran pantallas parabólicas, los sueños de los demás y los hacen realidad en sus vidas. Pueden dar más elevación a esos sueños y pueden también degradarlos.

En el momento en que se marchaba ha mencionado a un hijo suyo de catorce años que escribe cartas sobre las diferencias de estilo en frases de Tolstói y de Dostoievski y que es un magnífico dibujante. Al oírle decir esas cosas me ha asombrado el hecho de que, aunque en nuestros encuentros hemos tocado múltiples asuntos, haya sido esta la primera vez en que el padre ha hablado de una relación tan importante en su vida.

París, 5 de junio de 1942

A primera hora de la mañana ha venido Rehm a despedirse; iba vestido con el traje de marcha. Desde el comienzo de esta guerra me ha hecho compañía como ordenanza y es esa una convivencia en la que perdura algo de la vieja relación entre caballero y escudero; de ahí que me cueste separarme de él. A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner, donde el tiempo ha transcurrido casi sin darnos cuenta, sin causar dolor, mientras contemplábamos los viejos tejados y torres.

En el correo carta de una Comtesse de Cargouët; respira audacia espiritual. En ella me dice: «Mi familia vive desde hace cinco siglos en la misma casa. Mis antepasados fueron corsarios de la flota real y luego, durante la Revolución francesa, famosos *chouans* [insurrectos del Oeste de Francia]. Así es que seguimos siendo bastante salvajes».

Luego me pregunta que por qué yo subrayo que las mujeres están tornándose más inteligentes — según ella, en Francia las mujeres han sido siempre más intuitivas y de comprensión más rápida que los varones. Muchos de estos, dice, parecen hablar y pensar de manera inteligente, lo cual se debe seguramente a la gimnasia espiritual, pero muy pocos actúan y viven de un modo realmente inteligente.

Perpetua me escribe que el jardín marcha muy bien; ha metido en el sobre una flor de corazón de María, recogida del bancal donde crece esa planta. En su carta encuentro la bella frase de que uno jamás se acostumbra a la pérdida de la libertad. Esa es la característica fundamental por la que cabe distinguir a los libres de los esclavos. Los más entienden por libertad nuevas formas de esclavitud.

París, 6 de junio de 1942

La cuestión que teníamos que resolver en la Primera Guerra Mundial era esta: si era más fuerte el ser humano o si lo era la máquina.

Entretanto las cosas han avanzado mucho; de lo que hoy se trata es de si el dominio del mundo corresponderá a los seres humanos o corresponderá a los autómatas. Este modo de plantear el problema supone unas fisuras diferentes de aquellas, toscas, que hacen que el mundo aparezca escindido en naciones y en grupos de naciones. Aquí cada uno ocupa su puesto en el combate. Y así ocurre que espiritualmente no podemos dar un asentimiento pleno a ninguna de las partes; lo único que hay es un acercamiento tosco y pequeño. Ante todo es preciso que combatamos dentro de nuestro propio pecho aquellas cosas que quieren endurecerse, metalizarse, petrificarse.

Sobre las marionetas y los autómatas — el descenso a esos niveles va precedido de una pérdida. En el cuento *El corazón de cristal* se expone de un modo muy bello ese endurecimiento.

El vicio convertido en hábito es lo que conduce al automatismo — qué horrible es este en las putas viejas, transformadas en puras máquinas de placer. Una impresión parecida producen los avaros viejos. Han apegado su corazón a la materia y viven en el metal. Ese cambio va precedido a veces de una decisión especial: el ser humano renuncia a su salvación. También ese cambio universal que nos amenaza y que lleva al automatismo ha de tener en su base un vicio general — deber de los teólogos sería averiguar eso, pero precisamente teólogos es lo que nos falta.

La imagen de uno de esos superhombres, cuando, con el bazo perforado por las balas y las heridas llenas de crin, se retuercen sobre los destrozados cojines de su coche. Esta noticia ilumina de súbito, como una lúgubre hoguera en señal de regocijo, el infierno creado por él. Si alguien quiere jugar a ser terrible, ha de ser inasequible a las heridas e insensible al dolor; de lo contrario se convierte en algo escandaloso cuando llega la hora de la aniquilación.[2]

París, 7 de junio de 1942

Almuerzo en Maxim's, invitado por los Morand. Entre otros asuntos, charla sobre novelas norteamericanas e inglesas, como *Moby Dick* y *Huracán en Jamaica;* este último libro lo leí en Steglitz hace años con una tensión penosa, como alguien que estuviese contemplando cómo se da a unos niños navajas de afeitar para que jueguen con ellas. Luego, sobre Barba Azul y sobre Landru; aquí, en un barrio de la periferia de París, degolló Landru a diecisiete mujeres. Por fin a un empleado del ferrocarril le llamó la atención el hecho de que aquel hombre sacase siempre tan solo *un* billete de vuelta. La señora Morand ha contado que ella vivía cerca de la casa de Landru. Después del proceso un pequeño hostelero compró

la casa de los crímenes y le puso el nombre de *Au grillon du foyer.*

En la Rue Royale me he encontrado por vez primera en mi vida con la estrella amarilla; la llevaban tres muchachas que han pasado a mi lado cogidas del brazo. Esas insignias se repartieron ayer; por cierto que quienes las recibieron hubieron de entregar a cambio un cupón de su cartilla de racionamiento de ropa. Por la tarde he visto varias veces la estrella. Considero esto como un dato que deja una marca también en mi historia personal. El ver esas cosas no deja de reobrar sobre uno — así, inmediatamente me sentí incómodo de llevar puesto el uniforme.

París, 9 de junio de 1942

Quizá lo menos prodigioso en el cosmos es aquello que con más fuerza asombra al espíritu. Así, el que haya un mundo o haya miles de millones de mundos es algo que no introduce ninguna diferencia en lo prodigioso.

París, 14 de junio de 1942

Por la tarde en Bagatelle. Charmille me ha contado allí que en estos días han sido detenidos estudiantes universitarios que se habían prendido en el cuerpo estrellas amarillas con letreros como «idealista» y otros parecidos, y habían acudido a pasear por los Champs-Élysées haciendo ostentación de ellas.

Son gente que todavía no sabe que los tiempos de la discusión ya han pasado. Además, presuponen en el adversario sentido del humor. Y así se asemejan a niños que, agitando banderitas, van a bañarse en aguas donde nadan tiburones. Se hacen más reconocibles.

París, 18 de junio de 1942

Lectura: *Le martyrologe de l'Église du Japon*, por el *abbé* Profillet, París, 1895.

En ese libro el ejemplo de una respuesta que sobrepuja la amenaza: en el mes de diciembre de 1625 Monica Naisen compareció, con su marido y sus hijitas, ante un tribunal

acusada de haber dado asilo al padre jesuita Jean-Baptiste Zola. Los jueces la amenazaron con despojarla de los vestidos y dejarla desnuda; ella misma se quitó entonces el cinturón y exclamó:

—Ninguna violencia me hará renegar de Cristo; antes de hacerlo, yo misma me arrancaría no solo los vestidos, sino también la piel.

Por la tarde en casa de la Comtesse de Cargouët. Conversación sobre el desenlace de esta guerra; ella apuesta por los alemanes. Luego, sobre la sociedad inglesa y sobre Churchill, con el que ha estado algunas veces. Según ella, el whisky conserva a Churchill igual que el aguardiente conserva ciertas clases de ciruelas.

París, 22 de junio de 1942

Al mediodía en la tienda de Berès, donde he adquirido *Mon journal,* de Léon Bloy. Es discutible el lema que ha puesto debajo del título: *Le temps est un chien qui ne mord que les pauvres,* pues el tiempo muerde a todo el mundo. En contraste con el espacio, que es aristocrático, el tiempo es el principio democrático. De ahí que sea imposible tomarlo en arriendo y que nadie agregue un solo segundo a su vida.

Luego he hojeado una edición de los epigramas y las poesías de Johann Christoph Friedrich Haug, Berlín, editorial Unger, 1805. No me ha parecido mal la sentencia que precede a los epigramas: *In brevitate labor* [es difícil ser breve], aunque solo sea porque ella misma da un ejemplo vivo de lo que dice, como ha de hacer el buen pedagogo. No era nada pequeño el precio de los dos volúmenes, pero los he adquirido a causa del epigrama sobre el puente, que fue el primero que me vino a los ojos:

Die Brücke hier, wie künstlich, stark und hoch!
Nur Wasser mangelt noch.

[Este puente de aquí, ¡qué artístico, recio y alto!
Lo único que falta todavía es el agua].

París, 24 de junio de 1942

Por la tarde en Bagatelle. Cuando tratamos largo tiempo a un ser humano llegamos a conocer también su historia, que va componiéndose piedrecita a piedrecita gracias a sus charlas y relatos. Compartimos muchos secretos con él solo. Nos familiarizamos con él.

Lectura: las *Memorias* de Alejandro Dumas y *Les jeunes filles* de Montherlant. Para no olvidar los pasajes que nos llaman la atención en la lectura encuentro que lo más útil es subrayarlos y luego anotar al final del libro la página, con una palabra que indique el asunto. Para esto se podría pegar allí un papel que llevase el nombre del propietario, así como el exlibris. De este modo se evitan muchas buscas inútiles.

París, 27 de junio de 1942

Por la tarde en la tienda de Gruel, para informarme sobre el estuche para mis diarios. Allí he estado sopesando en mi mano una pequeña calavera artísticamente tallada en madera de boj; es una pieza de la época de Enrique IV. Una mitad de la cara se halla revestida todavía de piel, mientras que la otra figura el hueso; una serpiente sale arrastrándose de la cuenca del ojo. Wiemer y Madeleine Boudot-Lamotte, que se habían parado casualmente delante del escaparate, me han sorprendido contemplando aquella pieza. Cuanto más grande es una ciudad, tanto más divertidos y significativos nos parecen esos encuentros.

Luego en el estudio de Valentiner, que me ha traído de Berlín saludos de Carl Schmitt; del estudio de Valentiner he ido a casa de Florence Henri, la fotógrafa, que vive en la Rue Saint-Romain en el último piso de un edificio; allí cultiva en la azotea un hermoso jardín. Me ha pedido que le recortase las tomateras, y el olor de sus rizadas hojas que mis manos desprendían luego ha despertado en mí la nostalgia de Kirchhorst.

París, 29 de junio de 1942

Ayer domingo, excursión a Saint-Rémy-les-Chevreuse. Por la noche sueños, de los que me ha quedado el recuerdo de un vetusto bastión. Yo estaba allí con Perpetua y veíamos cómo una víbora de color pálido salía arrastrándose de una cavidad de los ruinosos muros. El animal era del mismo color que la luz de la luna y tenía en la parte de la nuca una mancha pilosa de forma ovalada, dividida en el centro por una raya. La veíamos trepar lentamente por el bastión entre las ramas podridas de unos arbustos de avellano, hasta que desaparecía en un agujero en forma de cofre, formado por la caída de una aspillera.

En aquella aparición tenía que haber todavía otra circunstancia que nos extrañaba de un modo especial — creo que era que conocíamos de mucho tiempo atrás aquel muro y en ningún momento habíamos visto en él el menor rastro de aquella habitante suya. De todos modos, el bastión y el muro habían sido considerados desde siempre como misteriosos.

Por la mañana este sueño casi se había desvanecido, habíase vuelto traslúcido como la piel de la serpiente, y fue al mediodía cuando tornó a brillar de súbito.

La mancha de pelo había de ser vista seguramente como un signo de soberanía, algo así como la corona, o, al menos, como un rasgo humano. Sin embargo, causaba un efecto repulsivo, pues en general lo humano degrada más bien al animal.

La palabra alemana *Truhe* [cofre] viene de *truhen* [confiar]. Véase también el término *Hüstrue* con el significado de *Gattin* [esposa], *Hausfrau* [mujer de la casa], que he leído en lápidas funerarias de zonas nórdicas. Está asimismo *Trude* con el significado de *Hexe* [bruja] — aquí lo recóndito, lo oculto, adquiere el mal sentido. También pertenece a esta misma familia el verbo *trudeln* [volar en remolino], que se usa para indicar el modo como viajan las brujas por el aire.

Me llega la noticia de que mi hijo pequeño, el gorrioncillo, se encuentra ya mejor. En los últimos días me habían tenido muy preocupado los informes sobre su fiebre, su tos, su delgadez. En el fondo al hombre de hoy le faltan, pese a su radio y a sus telegramas, medios para intervenir eficazmente desde lejos en casos como este. Es probable que en ciertos sueños consigamos más que lo que consigue toda la energía técnica.

A mediodía ha llegado una segunda carta de Perpetua; está escrita el 26 de junio y en ella me dice que la noche de ese día cayeron nueve bombas sobre Kirchhorst; fueron a explotar en el prado que queda detrás de la casa del panadero Kähne y allí decapitaron a varias vacas. Perpetua dudaba si bajar con el niño al sótano o quedarse arriba en la habitación, y eligió esto último; sacar al niño de la cama le pareció demasiado arriesgado.

París, 1 de julio de 1942

La proximidad de los lémures y de sus sombrías fiestas despierta la nostalgia de aquellos archipiélagos y aquellas estrellas fijas cuya vastedad se desvela, una vez atravesados los acantilados y desfiladeros de la muerte, al hombre llamado a ello. Sentimos que allí estamos en nuestra casa y que aquí nos encontramos en tierra extranjera.

París, 2 de julio de 1942

Maggi Grüninger me ha traído una carta de Friedrich Georg por la que veo que ahora se encuentra más animado, lo cual me alegra mucho.

Lectura: Montherlant: *Les jeunes filles,* uno de los libros que me ha enviado la condesa Cargouët y que me recuerda *Les liaisons dangereuses.* Ciertos aspectos de la caza mayor están bien logrados, sobre todo la frialdad de la observación en medio de la fascinación. Uno de los signos característicos de nuestro tiempo es la perfecta compenetración de la inocencia y la consciencia, así como la formación de moléculas compuestas de esos dos elementos. La mezcla sale bien raras

veces, pues, si la Naturaleza no junta de un modo especial las dos partes, se aniquilan la una a la otra.

El libro habla de una amiga que al beber agua de un manantial se traga un huevo de serpiente. Años más tarde la radiografía muestra en el interior de la muchacha un cuerpo de serpiente. También aquí aparecen entrecruzadas las imágenes de un mundo muy primitivo y de un mundo muy consciente.

Además, las *Memorias* de Alejandro Dumas, que los conocedores prefieren a sus novelas; yo, sin embargo, no he conseguido leer más que una parte muy pequeña, y eso que a mí no me gusta dejar de lado, sin leerlo completo, un libro que haya empezado. Lo irritante de tales textos es que su autor no reacciona a las impresiones sutiles y ligeras — percibe únicamente las estridentes, que además acentúa. Uno se pasea así a través de sus libros como a través de prados donde se alzasen flores de tamaño gigantesco, pero faltasen la hierba y el musgo.

Marea alta y marea baja. Cuando respiramos, dormimos, soñamos, se hace visible la zona de las mareas, con sus algas marinas y con sus conchas, estrellas y frutos de mar entre cantos rodados multicolores. Luego llega el espíritu, como un veloz pájaro blanco de patas rojas, y se lleva en el pico la presa.

La nostalgia de la muerte puede llegar a ser salvaje, voluptuosa, como la nostalgia del fresco en las orillas del mar verde claro.

París, 4 de julio de 1942

Cenado en la Tour d'Argent, la Torre de Plata, donde ya Enrique IV comía empanadas de garza y desde donde se divisa el Sena y sus islas como desde el *diningroom* de un gran avión. A la luz vespertina la superficie del agua se cubría de un hálito nacarado. Era muy bella la diferencia de tonalidad cromática entre un sauce llorón y su sombra reflejada en el agua — el verde plateado de las hojas, sumido en una silenciosa contemplación de sí mismo, se tornaba un poco más oscuro en las ondas del río.

Se tiene la impresión de que las personas que aquí banquetean comiendo lenguado y los famosos patos ven a sus pies con una complacencia maligna, cual si fueran esas figuras que hay en lo alto de las torres, el gris mar de tejados bajo los cuales se ganan su vida los hambrientos. En estos

tiempos el comer, el comer bien y mucho, proporciona un sentimiento de poder.

París, 5 de julio de 1942

En el correo, entre otras cartas, una de Clemens Podewils; me escribe desde Járkov y me cuenta de los rusos cosas diferentes de las que suelen oírse. Me habla, por ejemplo, de la inaccesibilidad de las mujeres rusas, incluso de las más sencillas. Según él, el bolchevismo apenas ha corroído la fuerza popular, y eso solo en la superficie.

Ciertos sueños no es posible anotarlos. Nos llevan a tiempos anteriores a la Vieja Alianza y ponen al descubierto la salvaje materia primordial de la humanidad. Es preciso callar lo que en ellos se ha visto.

Los recuerdos tienen rasgos de causalidad invertida. El mundo, en cuanto efecto, va creciendo como un árbol con millares de ramas; por el contrario, en cuanto recuerdo, desciende a las raíces. En mis recuerdos tengo a menudo la impresión de estar recogiendo algas marinas — una mata que se ha hecho visible en un punto y que lentamente voy sacando a la luz con sus ramificaciones.

El pasado y el futuro se cruzan en lo inextenso como en el cuello de un reloj de arena — ha de haber un punto tal que, vistos desde él, aparezcan como un objeto y su imagen reflejada en un espejo. A ese punto es al que se refieren, en lo ético, la culpa y la expiación, y en lo lógico, la férrea ley de la causalidad. El hombre amigo de las Musas vislumbra en el conflicto la unidad, la íntima identidad del mundo, y su ministerio consiste en proclamarla en el poema. En eso se lo reconoce:

O Fittiche gib uns, treuesten Sinns
Hinüberzugehen und wieder zukehren

[Oh, dadnos alas para que fidelísimamente

vayamos al otro lado y luego regresemos]

París, 7 de julio de 1942

Lectura: Léon Bloy: *Mon journal.* Lo leo en un ejemplar encuadernado en piel de color violeta, que resulta agradable al tacto. Este espíritu tiene algo de espeso, de concentrado, como una sopa de peces y crustáceos extinguidos a la que una prolongada cocción hubiera apelmazado. Es bueno leer esta prosa cuando uno se ha estragado el gusto con platos demasiado flojos. Por cierto que esta vez me ha llamado la atención la relación, o, por mejor decir, la correspondencia que se da entre Bloy y Hamann — esa correspondencia estriba en la tendencia a lo absoluto. Una comparación entre estos dos autores sería un estudio excelente.

Dos veces menciona Bloy que personas fallecidas lo han despertado durante la noche; una vez llaman a su puerta, la otra oye sus nombres. Entonces Bloy se levanta y reza por su salvación. Tal vez vivimos, también hoy, gracias no solo a las fuerzas de oraciones pasadas, sino también de oraciones futuras, que serán rezadas después de que hayamos fallecido.

Donde más fuerte es este espíritu es en su relación con la muerte — estoy pensando en un bello pasaje de otro de sus libros, donde dice que el morir significa para nosotros apenas un cambio mayor que el que para un bello mueble significa el que le limpien el polvo.

Su panfletismo salvaje es, sin embargo, algo que repele; por ejemplo, cuando de ciertas personas dice que apenas son dignas de vaciar los orinales de los hospitales o de rascar la costra que se ha pegado al suelo de las letrinas de un cuartel prusiano de infantería. Bloy alcanza niveles de odio que se truecan de repente en voluptuosidad. Así, cuando habla de un exclérigo que en un artículo de periódico insinúa que en otro tiempo, cuando llevaba sotana, impresionaba a las mujeres y que, si hubiera querido, le hubiera resultado fácil hacerlas caer.

París, 8 de julio de 1942

Almorzado con Grüninger y con su joven esposa en el restaurante Prunier. Grüninger estaba rebosante de nuevos *capriccios* y me ha enseñado fotografías tomadas en Rusia; me ha conmovido una en la que se ve a una joven rusa que ha sido herida en combate y está tendida en un puesto de socorro. El médico militar le ha levantado la falda para ponerle una inyección en la nalga. La muchacha está llorando, pero no por los dolores que siente, sino porque se halla rodeada de soldados que la miran como un animal cogido en la red.

A última hora de la tarde he leído la poesía de Friedrich Georg sobre los pedernales azules, un canto de la Edad de Piedra.

París, 9 de julio de 1942

Si cierro los ojos diviso a veces un paisaje oscuro donde hay piedras, acantilados y montañas al borde de la infinitud. En el fondo, junto a la orilla de un mar de color negro, me reconozco a mí mismo, una minúscula figurilla dibujada con tiza. Ese es mi puesto avanzado, muy cerca de la nada — allá abajo, junto al abismo, combato por mí.

La flor del tilo en estos días — me parece que nunca antes la he olido con tanta fuerza y de un modo tan íntimo.

De la traducción de Baudelaire hecha por Carlo Schmid he leído el poema *Los gatos;* me ha parecido especialmente lograda la traducción de la segunda estrofa:

Nach Wissen gierig und nach tiefen Lüsten,
Sind ihnen lieb das Schweigen und die Nacht;
Zu Rennern hätte Hades sie gemacht,
Wenn sie der Knechtschaft sich zu beugen wüssten.

Amis de la science et de la volupté,
Ils cherchent le silence et l'horreur des ténèbres;
L'Erèbe les eût pris pour ses coursiers funèbres,
S'ils pouvaient au servage incliner leur fierté.

Las dos últimas estrofas de este poema describen bellamente no solo la superioridad de los gatos sobre los perros,

sino también la superioridad en general de la quietud sobre el movimiento.

París, 11 de julio de 1942

Por la tarde en el estudio de Valentiner; allí he encontrado a Henri Thomas, que iba acompañado de su esposa. Lo que en Thomas llama la atención es esa conjunción de juventud, pobreza y dignidad que, cuando va acompañada de penetración espiritual, confiere al juicio un carácter insobornable. Su esposa, que sigue viviendo en casa de sus padres, es de una gracia enorme. Lo he visto claramente cuando me ha dicho:

—Usted quiere encontrar en el lenguaje una expresión que describa los objetos con mayor claridad que la realidad misma. También yo quisiera intentar eso en el teatro, pero con el cuerpo entero, y no solo con la cabeza.

He animado a Thomas a que fomente el talento de su mujer, pero me ha dicho que eso es difícil y que, en el fondo, el ser humano se encuentra completamente solo cuando se trata de hacer realidad las dotes que posee.

—Pero el apoyo de los demás puede resultarle útil.

—Yo creo más bien que es el talento mismo el que se crea el apoyo.

Sobre Montherlant, a quien comparé con una bala de cañón, dijo Thomas:

—Sí, pero no penetra muy hondo en las cosas.

Los viejos tejados eran, una vez más, magníficos — con frecuencia tengo la sensación de que solo la presión del tiempo hace que cristalice la belleza. Es preciso que diariamente me diga que la señal de partida puede llegar a cualquier hora, la señal de esa partida en la que me llevaré conmigo, como Bías, mis cosas y dejaré todo lo demás — incluso la piel, si fuera necesario.

Luego en casa de Charmille; cenado con ella y contemplado su calendario.

París, 12 de julio de 1942

Con una mujer en una tienda donde era posible comprar serpientes comestibles. El vendedor abría una caja e introducía la mano descuidadamente en ella; luego enseñaba a los clientes los animales, que tenía agarrados por la parte central del cuerpo. Antes de entregarlos al comprador les colocaba encima un pequeño bozal, del cual sobresalían temblorosos, parecidos a antenas, los cuernecillos de las víboras. Por un ejemplar de mediano tamaño pagábamos doce o catorce marcos.

Una vez despierto estuve rompiéndome la cabeza tratando de averiguar quién era aquella mujer. Tales figuras nos resultan vagamente familiares; a menudo son varios los seres que en ellas se amalgaman bajo un solo velo, así la hermana, la madre y la esposa — la materia primordial de la feminidad. En ese tejido ciego tenemos un sentimiento de nosotros mismos, pero no un conocimiento.

Por la tarde en el estudio de Valentiner — antes de subir a él estuve revolviendo libros en los puestos de los muelles. Me llevé la *Doctrina moriendi*, que fue compuesta en el siglo XIV por Jean Gerson, canciller de la Iglesia de París, según reza una anotación manuscrita. Otra anotación, esta de mano de Baluze, el bibliotecario de Colbert, prueba que este ejemplar estuvo en la Biblioteca Colbertina.

Luego con la Doctoresse en el Louvre para ver esculturas. Hemos cenado juntos y charlado alegremente.

París, 14 de julio de 1942

Habría que tener una provisión de buenos libros impresos en papel de periódico, para leerlos en el baño o en los viajes y luego tirarlos.

División del tiempo en Kirchhorst. Tendría que dedicar dos horas de la tarde a «rebobinar» — a revisar y ordenar los libros, los recortes, los manuscritos, los diarios, la correspondencia. *Cura posterior.*

París, 16 de julio de 1942

Ante mis ojos, encima de la mesa, cinco gladiolos en un jarrón — tres de ellos son blancos, uno es rojo claro y el quinto es rojo salmón. Los gladiolos tienden a colores que poseen un carácter destilado; tras la luminosidad de sus puras tintas abstractas desaparece casi del todo la materia viva de la flor. De ahí también un sentimiento de vaciedad y aburrimiento que es difícil evitar cuando contemplamos estas flores, igual que cuando miramos estampados puros, demasiados puros. Pero los gladiolos suscitan también, especialmente en sus variedades blancas, cuestiones teológicas.

Durante el descanso del mediodía en la tienda de Berès; allí he estado revolviendo libros. He adquirido la *Monographie du thé,* de J.G. Houssaye, París, 1843, que contiene unos hermosos grabados; por desgracia la encuadernación está un poco estropeada por los gusanos. Luego, *La ville et la république de Venise,* de Saint-Didier, editado en París por De Luyne el año 1660. Encuadernación muy bella, indestructible, toda en pergamino, con los ángulos reforzados y ligaduras de pergamino. Por fin, Lautréamont: *Préface à un livre futur,* aparecido en 1932, también en la gran urbe de los libros, París.

Por el camino me ha asaltado una especie de ardiente deseo de escribir algo, una cosa, aunque solo sea dos o tres relatos breves. He pensado en el naufragio de Riley y luego en la historia del limpiabotas de Rodas, que me da vueltas en la cabeza desde hace tiempo.

París, 18 de julio de 1942

Sueños de arquitectura, en los cuales veía viejos edificios góticos. Se alzaban en jardines abandonados; nadie captaba su sentido en medio de aquellas soledades. A mí, sin embargo, me parecían, de una manera secreta, más bellos todavía; en aquellos edificios se distinguía esa impronta que es peculiar también de las plantas y de los animales — la naturaleza superior. Pensamiento: los constructores habían agregado a los edificios aquella impronta para Dios.

Por la tarde en casa de la fotógrafa Florence Henri. Antes he estado revolviendo libros en el puesto de la esquina. Allí he adquirido, entre otros, *Les amours de Charles de Gonzague,* de Giulio Capoceda, impreso en Colonia en 1666. En su interior un viejo exlibris: *Per ardua gradior;* lo apruebo escribiendo en la página de enfrente mi *Tempestatibus maturesco.*

Ayer fueron detenidos aquí judíos, para deportarlos — lo primero que se hizo fue separarlos de sus hijos, de manera que se oían en las calles los lamentos. En ningún momento me es lícito olvidar que estoy rodeado de infortunados, de seres que sufren en lo más hondo. Si lo olvidase, qué hombre, qué oficial sería yo. El uniforme obliga a prestar ayuda siempre que ello sea posible. Uno tiene desde luego la impresión de que para hacerlo ha de enfrentarse a millones, igual que Don Quijote.

París, 19 de julio de 1942

Por la tarde en el cementerio del Père-Lachaise. Con Charmille he estado allí vagando de un lado para otro entre los monumentos funerarios. En los laberintos de la ciudad de los muertos hemos tropezado de vez en cuando, sin buscarlos, con nombres célebres. Hemos encontrado así la lápida del general Wimpffen, adornada con una espada en torno a la cual se enrolla una banderola con esta inscripción: «Sedan?». El signo de interrogación grabado en lápidas de sepulturas era algo nuevo para mí. Luego Oscar Wilde, a quien una rica lectora ha erigido un monumento funerario de mal gusto — al genio que le da sombra se lo ve flotar eternamente atormentado bajo el peso de unas alas de varias toneladas. Junto a un sendero musgoso que está cubierto por una verde bóveda de árboles y que desciende hacia el valle como calle del olvido se encuentra, entre monumentos derruidos, la tumba de Cherubini; está coronada por una urna a cuyo pie se enrosca una víbora. Junto a ella la tumba de Chopin, con un medallón de mármol de forma ovalada.

Este cementerio es bello sobre todo en aquellas partes que están como ruinosas. A veces brillan de repente, en lápidas

volcadas, unas palabras de consuelo, así: *obitus vitae otium est.* He pensado en las legiones que aquí reposan. No hay espacio suficiente para acoger sus ejércitos, que crecen continuamente; es preciso recurrir a un principio diferente. Todos esos ejércitos caben en una avellana.

Pero lo más maravilloso del mundo es ese contacto que se establece entre el oscuro cetro y un ser que desaparece al ser tocado por él. Es algo que no admite parangón con el nacimiento, el cual no es sino el brote de una vida que ya nos es conocida. La vida está en la muerte como una pequeña isla verde en el oscuro mar. La ciencia verdadera consiste en sondear ese mar, aunque solo sea en los bordes y en los sitios donde rompen las mareas; nada más que banalidades son la física y la técnica cuando se las compara con esa ciencia.

Regresado a la ciudad por vías recónditas. El genio alado de la Bastilla, con su antorcha y con los eslabones de la cadena rota que tiene en sus manos, despierta en mí, cada vez que vuelvo a verlo, una sensación siempre más intensa de un poder sumamente peligroso, cuyas acciones llegan muy lejos. Ese genio produce una impresión de gran velocidad y a la vez de gran quietud. Vemos exaltado allí el genio del progreso, en el cual alienta ya el triunfo de incendios futuros. Para erigir ese genio de la Bastilla se unieron el espíritu del populacho y el espíritu mercantil, y, de igual manera, en él están emparejadas la violencia de las Furias y la sagacidad de Mercurio. Esa figura ha dejado de ser un símbolo; es un auténtico ídolo, rodeado de esa atmósfera cargadísima que tales columnas de bronce han irradiado a su alrededor desde antiguo.

París, 22 de julio de 1942

Acabado: Lautréamont: *Préface à un livre futur.* Habré de leer, para corroborar la impresión que me ha causado este autor, sus obras completas, que están reunidas en un solo volumen. Este prefacio anticipa una forma de nuevo optimismo, una forma también sin Dios, como la del progreso, pero que se distingue de esta porque en ella no se habla desde una

visión utópica de la perfección, sino desde la consciencia de la perfección. Eso otorga a sus palabras una especie de metalicidad, la pompa y la seguridad propias de la técnica. Impera aquí un estilo sin dolor, como el que habría, por ejemplo, en un barco bello y rápido, vacío de seres humanos, al que moviese no la electricidad, sino la consciencia. La duda queda eliminada, como queda eliminada la resistencia del aire — la verdad y la bondad residen en los materiales y se hacen luego visibles en la construcción.

Ese temple de ánimo destaca de un modo cada vez más nítido en nuestra época; tempranamente lo hace, por ejemplo, en Chirico, en cuyos cuadros las ciudades están muertas y los seres humanos se hallan forjados con piezas de armadura. La técnica de las máquinas comporta ese optimismo y no puede prescindir de él. Resuena todavía en la voz del locutor que anuncia que ha quedado reducida a escombros y cenizas una capital.

París, 22 de julio de 1942

Por la tarde en el estudio de Picasso. Vive en un espacioso edificio cuyos pisos están convertidos en depósitos y almacenes. La casa, en la Rue des Grands-Augustins, es mencionada en las novelas de Balzac; a ella fue también adonde llevaron a Ravaillac después de que cometiera su atentado. En una de las esquinas hay una estrecha escalera de caracol por la que se sube; los escalones son de piedra y de vieja madera de encina. En una estrecha puerta está fijada una hoja de papel donde se halla escrita con lápiz azul esta única palabra: *Ici.* Llamé al timbre y me abrió un hombre de baja estatura vestido con una sencilla blusa de trabajo. Picasso mismo. Ya me había encontrado fugazmente con él en otra ocasión y volví a tener la impresión de estar viendo a un mago — una impresión que la primera vez fue reforzada por una pequeña gorra verde y puntiaguda que llevaba.

Aparte de una pequeña vivienda y de unos trasteros, la casa consta de dos amplias estancias que son como graneros; al parecer utiliza la de abajo para sus trabajos de escultura y la

de arriba para pintar. El suelo es de ladrillos hexagonales, como las celdillas de un panal; las paredes, pintadas de amarillo, están reforzadas con oscuras vigas de encina. También por el techo corren unos oscuros armazones de madera de encina. Estos aposentos me han parecido muy apropiados para el trabajo; tienen la gravidez propia de los viejos desvanes, donde el tiempo queda estancado.

Primero estuvimos viendo abajo viejos papeles y luego subimos al piso de arriba. Entre los cuadros que allí había me han gustado sobre todo dos sencillos retratos de mujer y luego, de modo especial, una playa; cuanto más se la contemplaba, más parecía florecer con tonos rojos y amarillos. Mientras mirábamos ese cuadro estuvimos charlando sobre el pintar y el escribir de memoria. A este propósito Picasso quiso saber cuál era el paisaje real que había que buscar en *En los acantilados de mármol.*

Otras obras, como una serie de cabezas asimétricas, me han parecido monstruosas. Sin embargo, cuando a un talento tan extraordinario como el de Picasso se lo ve dedicarse a tales asuntos años y decenios, es preciso concederle la correspondencia objetiva, aun cuando escape a nuestra percepción. En el fondo se trata de cosas no vistas todavía, no nacidas todavía, y de experimentos de naturaleza alquímica; algunas veces surgió en la conversación, por cierto, la palabra «retorta». Nunca antes había sentido con tanta intensidad y con una claridad tan angustiosa que el *homunculus* es algo más que una invención ociosa. La imagen del ser humano es prevista mágicamente y son pocos los que sospechan la terrible profundidad de la decisión tomada por el pintor.

Más de una vez intenté llevar a Picasso a hablar de ese asunto, pero siempre lo eludió; quizá lo hizo a propósito:

—Hay químicos que se pasan toda la vida investigando los elementos ocultos en un pedacito de azúcar. De igual manera quisiera yo saber qué es el color.

Sobre el influjo ejercido por sus obras:

—Mis cuadros causarían el mismo efecto si, una vez acabados, los envolviese y sellase, sin mostrarlos. Se trata de manifestaciones de índole directa.

Sobre la guerra:

—Nosotros dos, aquí sentados, negociaríamos la paz esta misma tarde. Al atardecer la gente podría encender las luces.

París, 23 de julio de 1942

Comenzado a leer el Libro de Ester, donde aún aparece en todo su esplendor el viejo y fastuoso mundo de Heródoto — eso ocurre ya en el primer capítulo, donde se habla del banquete de varios meses de duración celebrado en Susa, en el palacio asiático de Asuero, el cual gobierna sobre ciento veintisiete reinos que van de la India a Etiopía. Quien comparece ante Asuero sin haber sido convocado debe morir, a menos que el rey extienda su cetro de oro hacia él, como hace con Ester. Los únicos que han perdurado hasta hoy de ese terrible reino de fábula son los judíos — la serpiente de la antigua vida, que se ha vuelto de bronce. Esto es algo que he visto a veces con toda claridad — así, contemplando en una ocasión a un judío polaco en la Estación de Silesia, de Berlín. Pensé: «Así fue seguramente como estuviste en otro tiempo bajo la puerta de Ishtar en Babilonia».

Me llegan cada vez más cartas que me hablan de lectores míos caídos en el frente y que me escriben sus familiares. A menudo tengo la impresión de que entran en mi habitación personas difuntas — voces de mis lectores *in tenebris.*

Visita de mi cuñado Kurt, de cuya figura tomé prestados algunos rasgos para el personaje de Biedenhorn que aparece en *En los acantilados de mármol.* De él cabría decir que es una especie de Falstaff en el que se emparejan la buena vida y la consciencia del poder. Viene del Este, donde manda una compañía de blindados. Lleva en el bolsillo el sello oficial y así puede extender a placer salvoconductos, billetes de ferro-

carril, cupones de alimentos y todo lo que le apetece. De esa manera puede tumbarse en compartimientos reservados de los trenes, junto con su «valija diplomática», llena de cosas que ha ido robando acá y allá y que hace vigilar por el revisor. Cuando en los hoteles la gente no acude a atenderlo con bastante rapidez, exige con voz de trueno habitación, servicio, vino, de modo que los hoteleros le piden disculpas con voz temblorosa. Si quiere entrar en un lugar cerrado, como hoy en la cantina de la Escuela Militar, no procura lograrlo con astucia, sino que lo primero que hace es revistar la guardia para comprobar las cosas criticables, y luego hace que pongan a su disposición hombres para acarrear las mercancías que compra. Todo esto le proporciona luego materia de burla, mientras bebe.

He tenido una larga conversación con él en el Raphael — en primer lugar, porque su charla posee una fuerza ciertamente cínica, pero elemental, y, en segundo lugar, porque es significativo como tipo humano. También me parece que intuye por sí mismo nuestra relación. El que la injusticia de este mundo siga ofendiéndome, él lo considera como algo que forma parte de mi viejo estilo, como una de mis manías. Nunca se acabará con la injusticia. Y aquí descubro en él un rasgo delicado: la solicitud del fuerte por el débil que yo soy para él. Esa solicitud es específica: no la sentiría si me encontrase a su lado disparando tiros o atacando a uno de los poderosos, cosa que, en efecto, no le es desconocida, como viejo miembro que es de los cuerpos francos. En cambio, le daría pena verme caer por «bondad de ánimo». Políticamente sus ideas son las mismas que rigen en las manadas de los grandes animales — es preciso evitar a los jefes de la manada e intentar esquilar en un lugar tranquilo el corderito que a uno le ha tocado en suerte, en tanto aquellos sean poderosos.

Mientras charlábamos agradablemente sobre el discurrir de las cosas en nuestro tiempo me preguntaba si no será siempre preferible un hombre como Kurt a esos oficiales que se atienen rígidamente a la obediencia mientras el honor se

va al diablo. Al podrido idealismo, que prosigue su camino como si todo estuviese en orden, se contrapone el lansquenete como auténtico tipo humano — y uno tiene la sensación de que este, el lansquenete, ha existido, existe y existirá en todos los lugares y en todos los tiempos y que no tiene nada que ver con aquellos cadáveres vivientes. Cuando crece el peligro, el lansquenete se siente más a gusto y se hace más necesario.

París, 24 de julio de 1942

Las hermosas imágenes que aparecen ante los ojos cerrados cuando uno está medio dormido. Así, hoy, un ágata de color amarillo miel, jaspeado de musgos de color pardo sepia. Pasa lentamente ante mis ojos como una flor que cayera al abismo.

Esas flores rojas que a veces se ven en ventanas tras las cuales quedan habitaciones oscuras. Se asemejan a acumuladores de luz; la luz del sol hace que desprendan chispas.

París, 25 de julio de 1942

La azucena atigrada que está delante de mis ojos encima de la mesa. Mientras la contemplo, sus seis pétalos y sus seis estambres caen a la vez, como un traje de gala que le fuera arrancado implacablemente; lo único que queda es el pistilo seco con los seis ovarios. En ese instante distingo con toda claridad el poder que quiebra de ese modo la flor. Oh, recoged los frutos, pues así es como las Parcas cortan los hilos.

Por la tarde en el Quartier Latin; allí he estado admirando en una librería una edición de Saint-Simon en veinte volúmenes, monumento de pasión historiográfica. Esa obra es uno de los puntos donde cristaliza la modernidad.

Té en casa de la Doctoresse. Luego hemos ido a pie al estudio de Valentiner, que nos había invitado a cenar; allí estaba también, además de él, Des Closais. Conversaciones sobre Picasso y sobre Léon Bloy. De este último ha contado Des Closais una anécdota que voy a recoger aquí, aunque no la

creo cierta; lo hago porque permite formarse una idea del odio profundísimo, y seguramente no inmerecido, que los literatos sienten por Léon Bloy:

«De acuerdo con su costumbre, Bloy pidió dinero en una ocasión también a Paul Bourget, quien se lo negó; entonces Bloy lo ofendió públicamente. Al cabo de algún tiempo Bourget recibió una nueva nota de Bloy en la que le rogaba que le prestase inmediatamente quinientos francos, ya que su padre había fallecido. Bourget se mete el dinero en el bolsillo y se encamina a Montmartre, donde Bloy vivía en uno de los hoteles de mala nota que allí hay. De la habitación ocupada por Bloy, hasta cuya puerta ha llevado a Bourget el portero, sale música; Bourget llama y le abre Bloy en persona, que está desnudo; en la habitación se ven mujeres desnudas y, encima de una mesa, embutidos y vino. Bloy, cínico, invita a Bourget a entrar y este acepta. Lo primero que hace es poner el dinero sobre la repisa de la chimenea. Luego mira en redondo y dice:

»—Pero señor Bloy, ¿no me había escrito usted que su padre había fallecido?

»Bloy responde:

»—¿Es que es usted un prestamista?

»A continuación abre la puerta que da a la habitación contigua; en ella está tendido sobre la cama el cadáver de su padre».

Lo que hace especialmente sospechosa esta historia es el lugar, que no es propiamente uno de esos donde muere la gente. De todos modos, es notable el hecho de que en los numerosos diarios de Bloy, que contienen abundantísimas y detalladas descripciones de su familia, no se hable apenas de su padre.

A Bloy le preguntaron en el lecho de muerte qué sentía ante esta:

—*Une inmense curiosité.*

Muy bella respuesta. En general Bloy desarma a la gente con sus poderosos ataques por adelantado.

Luego hemos estado hablando sobre celebridades. La condesa Noailles al mariscal Joffre, a quien había invitado a su casa:

—Antes de la batalla del Marne, ¡cómo se habrá aburrido la gente!

El portero de Valentiner servía a la mesa y, cada vez que traía un plato, chocaba los talones. Hizo la Primera Guerra Mundial como *nettoyeur* en una unidad de asalto; un alemán le arrancó de un mordisco el dedo pulgar en un combate cuerpo a cuerpo. Prohíbe a su mujer que llame *boches* a los alemanes.

—Yo sí tengo derecho a llamarlos *boches*, porque he luchado contra ellos.

París, 26 de julio de 1942

Por la tarde en el cementerio de Montparnasse. Tras una larga búsqueda encontré la tumba de Baudelaire, con su alta estela adornada por un murciélago que tiene unas gigantescas alas nocturnas.

En medio de las ruinosas sepulturas he pasado largo tiempo delante de la lápida de Napoléon Charles Louis Roussell, fallecido «como artista» el 27 de febrero de 1854 a la edad de diecinueve años y medio. Sobre la losa mandada poner por sus amigos yacía una copa caída de su pedestal y recubierta de musgo; este parecía salir de la copa como una verde corriente de vida.

El misterio que en el mar de tumbas rodea estas sepulturas de desconocidos es algo que me conmueve siempre. Se asemejan a huellas en la arena que pronto borrará el viento.

En el Raphael he leído: Heinrich Hansjakob: *Der Theodor.* Parece que ahora está completamente exhausto ese don narrativo que brota del pueblo. Al faltar él falta también el mantillo de la literatura, falta la musgosa flora que crece jun-

to a las raíces y los troncos y falta en general la jerarquía de los afanes descriptivos. También comienza entonces a secarse el follaje de la parte alta del árbol.

Por la noche soñaba con una hermosa serpiente; su coraza era de un resplandeciente azul acero y tenía pliegues laberínticos como los que vemos en los huesos de los melocotones. Era tan grande que apenas lograba abarcar su cuello; me veía obligado a llevarla largo tiempo, pues por ninguna parte se encontraba una jaula.

Pensamiento: me gustaría construir un hermoso jardín para este animal, pero ¿cómo hacerlo de manera que no tenga que exigir dinero a quienes quieran visitarlo?

París, 27 de julio de 1942

El correo me ha traído una sorpresa: las galeradas de *Los dioses griegos* de Friedrich Georg, que editará Klostermann. Aunque por las conversaciones que tuvimos en Überlingen conocía ya las imágenes y los pensamientos de esta obra, me han causado ahora una gran impresión al leerlos. Es muy hermosa la manera como aquí entran en contacto lo viejo y lo nuevo — cosas antiquísimas son cogidas por el asidero de nuestro tiempo. Se siente muy bien que los alemanes han ido acercándose paso a paso a esas cosas durante largo tiempo y que ellas, por su lado, han salido por sí mismas al encuentro de los alemanes. El mundo y la tierra de los mitos están siempre presentes; se asemejan a las grandes riquezas que los dioses nos ocultan — caminamos como mendigos en medio de una riqueza que es inagotable. Pero los poetas la amonedan para nosotros.

París, 28 de julio de 1942

El desventurado farmacéutico de la esquina, al que le han arrebatado su esposa, que será deportada. Estas naturalezas bondadosas no piensan en defenderse con las armas y ni siquiera con argumentos. Aunque luego se maten, no eligen la suerte de los hombres libres, los cuales se repliegan a su último bastión, sino que buscan la noche como los niños miedo-

sos buscan a su madre. Es horroroso el grado a que ha llegado la ceguera incluso de hombres jóvenes frente al sufrimiento de los indefensos; les falta el sentido para percibirlo. Se han vuelto demasiado débiles para una vida caballeresca y han perdido también hasta ese simple decoro que prohíbe maltratar a los débiles. Al contrario, ven en ello incluso su gloria.

Inmediatamente después de escribir, antes de almorzar, las líneas anteriores, fui a hacer una visita al bueno del *potard* [boticario], para hacerle entrega de una receta que me ha dado la Doctoresse. Mientras la preparaba me ha regalado una pastillita de jabón, como si hubiera intuido que poco antes había estado pensando en él con buenos deseos. En ningún momento me es lícito olvidar que estoy rodeado de personas que sufren. Eso es algo mucho más importante que toda la gloria de las armas y que toda la gloria del espíritu, y que el huero aplauso de la juventud a la que le gustan esas cosas.

Luego en la Rue du Faubourg-Saint-Honoré, en la tienda del anticuario cojo; allí he estado mirando el *Viaje por el Nilo,* ilustrado hacia 1870 por Carl Werner. La contemplación de imágenes me hace bien, especialmente cuando estoy de mal temple.

París, 2 de agosto de 1942

Por la tarde en el cementerio del Père-Lachaise. En plena ciudad, y cerca de los superpoblados barrios que rodean la Bastilla, es posible gozar allí de uno de los paseos más tranquilos que existen. Junto a un musgoso sendero bordeado de tumbas he tropezado allí, a la sombra de fresnos y acacias, con un obelisco erigido en memoria del gran entomólogo Latreille. Encima del nombre está tallado en la piedra un escarabajo, y debajo, un gusano de seda; el escarabajo alza su bola como un disco solar. He dejado una flor sobre esta tumba; al cortarla ha caído de su cáliz a mi mano, como recompensa, un pequeño gorgojo que faltaba en mi colección.

Un viejo cementerio como este se asemeja a una cantera; muchas generaciones han contribuido a su abundancia y va-

riedad de piedras. Mirando varias clases de granito y de pórfido se me ha ocurrido pensar que el pulimento encarna en el mundo de las piedras lo que la flor encarna entre las plantas o la librea nupcial entre los animales. El pulimento ofrece el lugar donde se hacen visibles a los ojos la suntuosidad y el orden que se esconden en el interior de la materia. Y, a la inversa, en las flores aparece la metalicidad.

Al atardecer suena una campana que invita a la gente a abandonar el cementerio. Se ve a los visitantes dirigirse hacia la salida solos o en pequeños grupos. Sus pasos son más rápidos que cuando paseaban entre las tumbas; parece que el pensamiento de quedar encerrados en estos laberintos de muertos despierta en ellos un oscuro desasosiego.

En estas grandes necrópolis la cultura se hace visible como unidad, se hace visible en ese su poder sosegado, que está allende las luchas. Los muertos han regresado a su fondo materno y ahora son inatacables; los hombres, en vez de seguir combatiéndose unos a otros, se suman. Vemos aquí lo que en los pueblos es indeteriorable, y que es como el espacio que queda detrás del escenario — pero mientras que en este los actores vuelven a convertirse en seres humanos, en el cementerio se reconvierten en espíritu. Los poderosos muertos — ¿cómo ha podido perderse ese conocimiento?

He regresado por la Rue de la Roquette, hasta la cual llegan de vez en cuando las radiaciones del furioso demonio de la Bastilla.

En mi habitación del Raphael he encontrado a una señorita llamada Vilma Sturm, que había ido a visitarme como si yo fuera un augur. Luego he leído un poco en Renan y otro poco en la biografía de la familia Brontë, y, finalmente, en el Libro de Job; en su capítulo vigésimo octavo se encuentra insinuada la enorme distancia que separa al ser humano de la sabiduría:

«El Abismo y la Muerte se dicen entre sí: con nuestros oídos hemos oído hablar de ella».

París, 3 de agosto de 1942

Acabado: Renán: *La vida de Jesús;* además: Robert de Traz: *La famille Brontë.*

Las Brontë son importantes porque en ellas parece actuar una especie de inteligencia diferente de la que actúa en los seres humanos en general — una inteligencia que afluye indiferenciada y que es como una corriente eléctrica. Podría pensarse así que el saber es conducido por la tierra y por el tronco del árbol hasta que toca el nido y la joven pollada que hay en él. De ese modo podrían estar dotados de saber los cuerpos celestes.

Lo extraordinario que aparece en las Brontë permite adivinar que eso es la regla en otras profundidades, en otros astros. Extraordinarios en este sentido son los sueños premonitorios, la segunda visión, el don de la profecía. Así como hay colores que quedan allende la escala visible, así existe también una oscura corriente del saber que raras veces se individualiza. La armonía de los círculos vitales, su sutil concordancia, se basa en el influjo invisible de esa corriente.

París, 4 de agosto de 1942

Por la mañana me ha visitado en mi despacho del Hotel Majestic un tal señor Sommer, que me ha traído saludos de Federici. Hemos estado hablando de China, donde nació y que conoce bien. Luego, de Japón — su padre quería hacerse unos pantalones de polo y se los encargó a un sastre japonés; como muestra le proporcionó unos pantalones comprados en Inglaterra y le dijo que podía descoserlos; los pantalones encargados debían ser exactamente iguales que la muestra. El día de la entrega llegó el sastre japonés con los seis pantalones encargados, que se parecían a la muestra como la imagen que aparece en un espejo se asemeja al objeto allí reflejado — no faltaban ni los dos remiendos ni tampoco las arrugas en la parte de atrás de la rodilla.

París, 5 de agosto de 1942

Me escribe Perpetua que en la tarde del 2 de agosto cayeron sobre Hannover algunas bombas que se llevaron por delante un buen número de personas. En el momento en que comenzaba el fuego oyó decir a Schüddekopf, el enterrador, que se hallaba en el cementerio:

—Mirad eso, ¡ahora vienen incluso en pleno día!

En la casa parroquial está preparada una maleta con un poco de ropa blanca y los manuscritos.

Cena en casa de los Morand. Morand no ha estado, pues hoy mismo lo han nombrado ministro. Ha sido representado por su esposa; también he visto allí al nuevo prefecto de policía y a la princesa Murat. Con el prefecto he estado hablando sobre las actividades de los bajos fondos en la Rue de Lappe; no le ha hecho ninguna gracia oírme decir que suelo pasear por allí.

París, 6 de agosto de 1942

Tallemant des Réaux: sus *Historiettes,* que estoy leyendo ahora, son superiores en solidez y en carnosidad a las historias de Saint-Simon. Ofrecen una zoología social, por así decirlo.

Así, ayer me hizo reír una anécdota que allí se cuenta del Marquis de Roquelaure. Expresa muy bien esa comicidad que surge cuando las pretensiones sociales aspiran a estar por encima de las relaciones basadas en la Naturaleza y en el arte.

En un baile Madame Aubert coge de la mano a Roquelaure; este tira de la manga a su preceptor y le pregunta si puede bailar con aquella burguesa. Sobre esto se compuso la siguiente copla:

Roquelaure est un danseur d'importance;
Mais
S'il ne connoist pas l'alliance
Il ne dansera jamais.

[Roquelaure es un bailarín importante;

Pero,
Si no conoce a sus parientes,
Nunca bailará.]

París, 8 de agosto de 1942

A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner; allí he visto, además de a Des Closais, a un joven aviador que está al mando de una compañía blindada en las islas. Mientras charlábamos fue haciéndose de noche; los murciélagos revoloteaban alrededor de los viejos aguijones de los edificios; los vencejos se recogían en sus nidos. Una ciudad como esta tiene también su lado animal, como un arrecife de coral.

Regreso con Des Closais hasta la Étoile. Hemos estado charlando sobre los obeliscos que se alzan en las grandes plazas como centros mágicos, como símbolos del ser espiritual erecto. En ellos adquiere sentido el mundo de la piedra; a veces creo ver chisporroteos en su punta. Es muy bello cuando la punta brilla con un color diferente del resto, con un color rojo tal vez, o cuando sobre ella cae un rayo perdido de luz. Pero la visión de los obeliscos causa también espanto — en ellos vislumbramos la vida de ciudades desiertas, una vida en la que la sombra de los obeliscos va contando las horas como si fuera la aguja de un reloj.

Luego hemos hablado sobre Boecio y, en este contexto, sobre los peligros que amenazan a nuestro tiempo, unos peligros que, sin embargo, no necesitan apartar a la persona singular de su modo habitual de vivir — la calma en medio de la catarata. Des Closais ha observado a este propósito que eso presupone que se esté relacionado a la vez con una zona inmóvil. Así, cuando él era niño, le tenía mucho miedo a las tormentas, pero lo vencía pensando que por encima de las nubes brillaba inalterable el cielo azul.

El terrible H. Le hicieron observar que en el campo de trabajos forzados dirigido por él morían diariamente entre seis y diez personas por falta de comidas y de medicamentos, y

que era preciso poner remedio a aquello. He aquí lo que respondió:

—Que agranden el cementerio.

París, 9 de agosto de 1942

¿No habremos asentido a nuestro destino en algún punto decisivo de nuestra preexistencia? Quizá lo hemos elegido entre una multitud de trajes, como antes de un baile de máscaras. Pero la luz que alumbraba la antecámara donde realizamos apresuradamente nuestra elección era diferente: hacía que la tela brillase con el sentido auténtico del juego de la vida, y quizá nos pareció más apetecible el raído vestido de un mendigo que no un traje de rey.

En *Le diable amoureux,* que estoy leyendo ahora, el pasaje más significativo es aquel donde Biondetta explica que lo que gobierna el mundo, desde los movimientos de los astros hasta las nimiedades de las loterías, no es el azar, sino un sistema de necesidades bien equilibradas. Según ella, en el universo los acontecimientos se configuran de acuerdo con una ley numérica secreta, y eso es lo que hace que se pueda calcular el futuro.

Una vez que ha dicho lo anterior, Biondetta da a Alvarez algunas indicaciones que le permiten a este ganar en el juego del faraón. Alvarez no acepta el dinero de Biondetta, pero, en cambio, no considera prohibida esa ayuda.

Es un rasgo muy fino, pues donde lo demoníaco alcanza sus mejores resultados, en los cuales se borra toda huella del origen, es efectivamente en la cábala. Así, de innumerables series de cifras, o de sus combinaciones, podrían salir también, mediante un cálculo automático, nombres sagrados o el texto del padrenuestro o pasajes de la Biblia. Sin embargo, lo único que los textos así obtenidos tendrían en común con los originales serían las letras, mas no el sentido ni la fuerza salvífica.

El hecho de que Alvarez, aunque no se dé cuenta de la relación que en ello hay, reaccione de tal manera que se aburra del juego tras ganar algunas partidas, es un hermoso rasgo, indicativo de que su naturaleza es sana en el fondo.

De hecho el no conocer el futuro es privilegio del ser humano; es uno de los diamantes en la diadema del libre albedrío que lleva puesta. Si perdiera ese privilegio, se tornaría un autómata en un mundo de autómatas.

París, 10 de agosto de 1942

Por la noche sueños de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Me encontraba en un abrigo, pero esta vez estaban allí dentro también los niños, a los que enseñaba libros ilustrados. Luego yo salía afuera y me tumbaba en el interior de un embudo abierto por una granada. Los proyectiles habían cernido finamente la tierra. Yo frotaba entre mis manos aquella tierra blanda y al hacerlo reconocía la materia de la que venimos y a la que regresamos. Casi no la distinguía ni de mi cuerpo ni de mis manos. Estaba echado allí como una momia en medio de sustancia de momias.

París, 11 de agosto de 1942

Carta de Schlichter, con fotos de cuadros y dibujos suyos, nuevos y excelentes. Aguardo cosas magníficas sobre todo de sus ilustraciones para *Las mil y una noches.*

París, 12 de agosto de 1942

En compañía de mi hermano Friedrich Georg me encontraba en lo alto de un acantilado rocoso al borde de un desierto y desde allí, procurando hacer puntería, tirábamos piedras a un pedacito de sustancia del tamaño de una concha de caracol, que relucía con el color del lapislázuli. Entretanto charlábamos sobre la distancia desde la que convenía tirar las piedras, pues aquella materia era muy explosiva. Resulta notable que, en los sueños, los encuentros con mi hermano se desarrollen en el terreno de la realidad física, y en la vigilia, en cambio, nuestras conversaciones versen sobre asuntos relacionados con las Musas.

Luego descendíamos del acantilado con el fin de recoger insectos en la húmeda linde, que estaba cubierta de rocío; eran unos insectos diferentes de todas las especies conocidas por mí. Yo deliberaba incluso conmigo mismo sobre si llevármelos o dejarlos, pues no me hacía ninguna gracia coleccionarlos, dado que se atenían tan poco a las leyes intrínsecas de su especie. De esa manera mi comportamiento frente al Demiurgo se parecía al de un niño: «Ya no juego más contigo».

Por la tarde en el parque de Bagatelle a contemplar las hermosas plantas, entre ellas el *Dolichos,* una trepadora que produce unas vainas anchas y magníficas, de color violeta-púrpura. Es una planta que no se luce en la flor, sino en el fruto.

Luego el jazmín de Virginia, con sus flores grandes y hendidas, que se alzan estirándose cual trompetas incandescentes, una decoración apropiada para entradas a jardines de *Las mil y una noches.* Clemátides — las *Anthomyidae* o «moscas de las flores», de colores atigrados, zumbaban casi inmóviles por encima de los cálices, con temblores espasmódicos.

Descanso en la Gruta. En el agua sucia y verdosa sobre la que se alza la Gruta nadaba el gran carpín, con su dorso cubierto de escamas oscuras. En lo hondo se deslizaba como una sombra, pero luego, mientras ascendía lentamente, su brillo iba aumentando, hasta que, en el momento de chocar contra la superficie, su color era como el del hierro al rojo vivo.

Seguramente influido por esto he soñado por la noche con un exlibris que yo poseía: figuraba un pez espada que emergía grácil, japonés, con un perfil de oro viejo, de un fondo de color negro mate. Al despertarme me sentí tan feliz por la visión de aquella estampa que me hice el propósito de mandar que me la grabasen; luego, con la luz del día, su encanto fue difuminándose. La alegría que experimentamos en los sue-

ños se parece a la que experimentamos de niños. Una vez despiertos, en pocos minutos crecemos hasta hacernos hombres.

París, 13 de agosto de 1942

Acabado: *Essai de critique indirecte,* de Jean Cocteau. En este libro se encuentra el sueño premonitorio que el propio autor me contó ya una vez en el restaurante Calvet. Por lo que a mí respecta, soy incapaz de recordar tales sueños; en cambio me ocurre con frecuencia que las vivencias reales me aparecen como si las hubiese soñado en otro tiempo. Hemos tenido ya experiencia de ellas en su máxima hondura, en su Idea platónica — esto es mucho más importante que el que se cumplan a la letra. Así es como deberíamos explorar también la muerte, familiarizarnos con ella.

De las buenas observaciones que en este libro aparecen anoto la siguiente: *Surnaturel hier, naturel demain* [sobrenatural ayer, natural mañana]. Es cierto, puesto que las leyes naturales, a cuya constancia atribuye tanta importancia Renan, se adaptarán siempre. Las leyes naturales se parecen a música de acompañamiento; es probable que esa música enmudezca así que se tornan importantes las cosas. En el Ser no hay leyes.

Esto mismo podría expresarse con más cautela diciendo que las leyes naturales son las leyes que nosotros percibimos. En todos aquellos puntos donde pasamos a la decisión dejamos de percibirlas.

La técnica se ha hecho ahora realidad de una manera tan profunda que será preciso contar con su perduración aun después de que haya quedado roto el predominio de los técnicos y de sus ideas directrices. Sobre todo, en su construcción está integrada una horrorosa cantidad de víctimas. Y así la técnica perdurará igual que perduró la Antigua Ley después de Cristo — como uno de nuestros recuerdos, con la sustancia humana que está coordinada con él. La auténtica cuestión es esta: si con la técnica perdemos la libertad. Es

probable que lo que de ella se derive sea una forma nueva de esclavitud. Esa esclavitud podrá ir acompañada de comodidades, podrá ir acompañada incluso de posesión de poder; las cadenas perdurarán, sin embargo. Los libres, por el contrario, se reconocerán entre sí y serán reconocidos por un brillo nuevo de que estarán rodeados. Tal vez sean grupos muy reducidos los que cultiven la libertad, y probablemente no sin sacrificios; pero la ganancia espiritual compensará varias veces tales sacrificios.

Las flores, los pájaros, las piedras preciosas, las cosas de colores brillantes y perfumes aromáticos. Su visión inspira nostalgia de su país natal.

París, 16 de agosto de 1942

Sábado y domingo en Vaux-les-Cernay, cerca de Rambouillet, invitado por el comandante en jefe, que utiliza como residencia de verano esta antigua abadía. La estancia en este lugar tiene la ventaja de que uno no ve lémures y puede hacer y decir lo que considere justo. Los boscosos alrededores son húmedos y aun pantanosos, cual corresponde a la regla de los cistercienses, los cuales construían sus edificios como los castores. Vi la losa sepulcral, venerable en su sencillez, de Teobaldo, un antiguo abad al que se conoce con el nombre de Saint-Thibaut de Marly.

Lectura allí: *Un puesto avanzado del progreso,* de Joseph Conrad, narración en la que se describe de manera excelente el paso del optimismo propio de la civilización a la completa bestialidad. Dos cursis caballeretes llegan al Congo a hacer dinero y adoptan allí hábitos canibalescos. Es el mismo proceso que Burckhardt denomina, en un contexto más amplio, «putrefacción rápida». Tanto Burckhardt como Conrad oyeron la obertura de nuestra época. Lo que este último ve con mayor acuidad que Kipling es la constancia anglosajona en ambientes que comienzan a deteriorarse. En nuestro mundo esa constancia es un rasgo asombroso e imprevisto, que más bien hubiéramos pronosticado a los prusianos. Pero la dife-

rencia está en que los ingleses son capaces de digerir una cantidad significativamente mayor de anarquía. Si un inglés y un prusiano regentasen cada uno una fonda en un barrio degradado, al prusiano le gustaría que en cada una de las habitaciones se observasen las normas. Con ello mantendría efectivamente un cierto barniz de orden, mas por debajo de ese barniz estaría el nihilismo devorando el edificio entero. El inglés permitiría al principio el desorden creciente, continuaría tranquilamente sirviendo bebidas y cobrándolas; finalmente, cuando fuese demasiado el alboroto, se iría con una parte de los clientes al piso de arriba y molería a palos a los demás.

Desde el punto de vista de la caracterología el inglés tiene sobre el prusiano la ventaja del flemático sobre el sanguíneo; y, desde el punto de vista práctico, la ventaja del hombre de mar sobre el de tierra. A eso se añade algo que con frecuencia se ha señalado: que en el inglés predomina, sobre la herencia germánica común, la herencia normanda, la cual es más favorable a la formación de una capa dirigente. En cualquier caso, con estos primos nuestros es mejor estar espalda contra espalda, o bien hombro con hombro, como ocurrió en la Belle-Alliance, que no estar enfrentados. Lo primero fue también, en efecto, lo que siempre intentó la política prusiana, la cual fue buena mientras estuvo dirigida por los terratenientes y no por los elegidos de la democracia plebiscitaria. Cuando la población aumenta y tiene su centro de gravedad en las grandes ciudades, la influencia del suelo mengua, como es natural; por el contrario, la influencia del mar se acrecienta. Es una diferencia importante. En el almuerzo estuvimos hablando de estas cosas y luego comentamos la situación en general.

Después en el bosque con Schnath, director de los archivos de Hannover. Cuando el cuidado y el conocimiento de cosas antiguas y raras coinciden con una naturaleza bajosajona traen a la memoria artes de ahumar o un mundo de imágenes conservado en pantanos y turberas con olor a que-

mado y a tierra. La tradición establece lazos con los demonios del paisaje, se convierte en una especie de visión de espectros. En esa penumbra penetra luego con sus rayos, de un modo curioso, el acontecimiento histórico claro, tal, por ejemplo, la batalla del Bosque de Teutoburgo. Eso es algo que, si no fuera por las fuentes extranjeras, se habría entretejido hace ya mucho tiempo con el mito. Así es como brilla en el Museo de Hannover el tesoro de plata de Hildesheim en medio de los utensilios de la civilización de la turba. Pero esto es algo que a mí me gusta; en ello se apunta la superioridad de las Nornas sobre la historia que ha adquirido forma. Los colores del hilo podrán ser muy variados y numerosos, pero quienes tejen y cortan el hilo son *ellas;* más tarde el diseño va difuminándose en la corriente de los tiempos y lo único que queda es la materia del tejido — las cosas antiguas, grises y archiconocidas que nos son comunes a todos.

El general estuvo hablando de las ciudades rusas y dijo que para mí sería importante conocerlas, sobre todo con vistas a ciertas correcciones en la «figura del trabajador». Le repliqué que ya hacía tiempo que yo mismo me había prescrito como penitencia el hacer una visita a Nueva York, pero que también estaría de acuerdo con que se me enviase una temporada al frente oriental.

París, 17 de agosto de 1942

Por la tarde en el Bois, luego tomado el té con Madame Morand en su jardín; la punta de la torre Eiffel mira desde arriba, por encima de los altísimos árboles, las losas de mármol de ese jardín. Se encontraban allí Heller, Valentiner, Rantzau y la Marquise de Polignac; con esta última estuve intercambiando recuerdos de las catacumbas de los capuchinos de Palermo. Dijo que la vista de aquel tétrico desfile de muertos era algo que despertaba una loca ansia de vivir y que, al salir de allí, se sentía la tentación de lanzarse al cuello, para darle un abrazo, de la primera persona que pasase. Tal vez por eso en tiempos antiguos se consideraba como un afrodisíaco la momia.

Capriccio: ¿seguirán transmitiendo alimento a nuestros días esas antiquísimas artes de conservación, se podría dar un banquete con pan fabricado con trigo procedente de las pirámides de Egipto y con un caldo del buey Apis? En ese caso podríamos extraer de las necrópolis carbón de carne, igual que de las minas sacamos carbón vegetal. Pero sería un alimento mediocre, de igual manera que el carbón es un combustible mediocre.

París, 18 de agosto de 1942

Por la mañana destruido papeles, entre otros el esquema estructurado de *La paz,* que puse por escrito el invierno pasado.

Luego charla con Carlo Schmid, que entró en mi despacho y volvió a contarme cosas de su hijo; también estuvo hablándome de sueños y de su traducción de Baudelaire, que ya está terminada.

En una papelería de la Avenue de Wagram compré una agenda; yo iba de uniforme. Una muchacha joven que allí trabajaba de dependienta me llamó la atención por la expresión de su rostro: noté claramente que me contemplaba con un odio extraordinario. Sus claros ojos azules, cuyas pupilas se habían contraído hasta quedar reducidas a un punto, hundíanse sin disimulo en mis ojos con una especie de voluptuosidad — con la misma voluptuosidad tal vez con que el escorpión clava el aguijón en su presa. Tuve el sentimiento de que entre los seres humanos no se daban tales cosas desde hacía mucho tiempo. Lo único que por tales puentes de rayos puede llegarnos es la aniquilación y la muerte. También notamos que desde allí podría saltar a nosotros el germen de una enfermedad o bien una chispa que difícilmente seríamos capaces de apagar en nuestro interior, y ello solo sobreponiéndonos a nosotros mismos.

París, 19 de agosto de 1942

Almuerzo en el Hotel Ritz con Wiemer, que en los próximos días quiere ir a Marsella a hacer una visita a Poupet y a

Hercule. Análisis de la situación. «*Nous après le deluge.*»

Luego en casa de Charmille a tomar el té. Más tarde hemos cenado en la Rue de Duras y a continuación hemos ido a pie por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré hasta la Place de l'Étoile. En ese trayecto, durante el cual oíamos de vez en cuando cantar a los grillos en las tahonas, conversaciones de índole general sobre asuntos del pasado.

Lectura: *Lucinde*, de Schlegel; me ha dejado la impresión de que el Romanticismo podría haber llegado aquí a una especie de praxis vital, la que Gentz y Varnhagen hicieron realidad con mal estilo y solo en algunos aspectos. No se va más allá de los presentimientos y las vagas reminiscencias. Tal vez salga de ahí alguna vez una melodía. En ese caso el Romanticismo constituiría un intrincado preludio de realizaciones selectas o refinadas de la cultura tardía. Todavía hoy notamos, en efecto, el empeño que en apoderarse de individuos de talento pone el Romanticismo, cual si fuese un espíritu que actuase en forma de fantasma y demandase encarnarse, hacerse carne y sangre. Tales individuos pueden luego trasponer al tono romántico cualquier cosa, como hizo Luis III de Baviera con el Versalles de Luis XIV o como hizo Wagner con el mundo de los dioses nórdicos. La llave romántica entra en la cerradura de noventa y nueve cámaras del tesoro; en la centésima acechan la Locura y la Muerte.

París, 26 de agosto de 1942

Me escribe Friedrich Georg que en el último ataque aéreo a Hamburgo se ha fundido en el fuego el plomo de la composición tipográfica de la segunda versión de *Las ilusiones de la técnica.*

A última hora de la tarde fui a buscar a la Doctoresse para dar con ella un paseo por los viejos barrios a la luz de la luna. Cerca del monumento a Enrique IV bajamos hacia el Square du Vert Galant, desde donde veíamos las luces de las cocinas de los barcos; olía allí a agua putrefacta. Conversaciones sobre las poesías de Platen, cuya belleza comparó ella con el yerto brillo de la luz de la luna, una luz de segun-

da mano. El eros, dijo, brilla en esas poesías con una luz refleja.

A veces me resulta difícil distinguir mi existencia consciente de mi existencia inconsciente — quiero decir: distinguir aquella parte de la vida que va urdiendo su tejido en los sueños de aquella otra que lo hace a la luz del día. Algo muy parecido me ocurre con la invención de imágenes y figuras — en mi trabajo de autor no son pocas las cosas que se me cuajan en carne y sangre y luego continúan viviendo.

Así podría desaparecer el ser humano en la imagen que él mismo ha forjado como mago. Pero lo que ha de ocurrir es lo contrario: las imágenes han de alzar al ser humano hasta la luz, entonces pueden desprenderse de él como se desprenden del fruto los pétalos.

Nosotros estamos a punto de ejecutar exactamente el movimiento inverso del que ejecutaron los románticos; en los sitios donde ellos se sumergieron, en esos mismos sitios estamos emergiendo nosotros a la superficie. Esta óptica nueva, más clara, resulta todavía dolorosa, es todavía insólita.

Les tape-durs. Tal es el sobrenombre que a sí mismo se dieron los *septembriseurs.* Hay en esa expresión una delicadeza terrible, algo del maligno juego de niños a que juega el mundo.

París, 28 de agosto de 1942

Aún no han llegado noticias de mi viaje a los territorios del Este. A mediodía conversación con Weinstock sobre Platón y sobre el modo como está volviéndose actual. Es algo que a mí me resulta evidente, en especial después de la lectura de *Los dioses griegos* de Friedrich Georg.

Por la tarde acudió a visitarme a mi despacho del Majestic un tal señor S., propietario de fábricas de máquinas eléctricas. Fue a preguntarme «si el hombre moral está hoy dispuesto a intervenir en la realidad y si tal cosa tiene probabilidades de éxito» — estuvimos charlando largo rato sobre esa

cuestión y entre otros personajes sacamos a colación a Nietzsche, Burckhardt y Stavroguin.

Mi visitante parecía estar animado de un cierto moralismo técnico-práctico o también de ese utopismo que llevó, por ejemplo, a los padres de la Compañía de Jesús a encargar la construcción de la cúpula de la iglesia de San Miguel de Múnich — una racionalidad con fundamento. A este propósito me ha venido también a la memoria la obra edificante *The Economy of Human Life,* que tanto se leía ciento cincuenta años atrás.

Es bueno que en un encuentro abstracto como el referido esté visible y tangible el mundo concreto — como una gran máquina de la que la acción de la charla toca acá un pistón y allá un volante.

Podemos ir a visitar a una persona con el propósito de mostrarnos ese día especialmente cordiales, especialmente afectuosos con ella. Pero eso no nos protege de desafinamientos — el que las cuerdas suenen acordadas es algo que no depende de la voluntad. A mí me sucede eso no pocas veces en reencuentros de los que he estado alegrándome mucho tiempo — parecen reencuentros helados, y solo al cabo de días y de semanas se restablece la verdadera armonía.

Por la noche sueños de nubes — eran parecidas a bandas de nieve compacta con ribetes de tierra, como los tienen las bolas que los niños hacen rodar por el suelo cuando empieza el deshielo.

París, 29 de agosto de 1942

Por la tarde visitado a Le Moult, en el sexto piso de un edificio de la Rue Duméril, con el fin de ver insectos. Me abrió la puerta un señor grueso, con barba blanca, de unos sesenta años, debilitado por las prolongadas estancias en zonas tropicales, y luego me dejó solo un instante en una gran habitación cuyas paredes estaban completamente revestidas de cajas de mariposas, como lo está de libros una biblioteca.

Vi allí un acuario; también, desde lo alto de una estantería bajó volando hasta mí una tórtola de Indias, inclinó repetidas veces la cabeza mientras arrullaba y de un salto se posó en el dedo índice de mi mano. Luego vino Le Moult y estuvo enseñándome magníficas mariposas de las islas Salomón y de otros archipiélagos del mundo. Otra vez volvía a ver allí con claridad lo extraño que resulta el andar afanándose en acopiar centenares de miles de pequeñas momias de colores — hay en ello, entre otras cosas, un rasgo egipcio. Estas artes causan un efecto de especial fragilidad en el mundo de la aniquilación. Una sola de esas cajitas representa a menudo el resultado de un trabajo sutilísimo de muchos años. De ahí que Le Moult me expusiese también con mucha prolijidad sus preocupadas consideraciones sobre un proyectil de la defensa antiaérea que recientemente había ido a caer cerca de su casa.

Por la noche soñé con una ascensión a una montaña — en un pequeño regato atrapaba un pez de color verde que tenía siete pares de ojos; los de delante eran azules y los de detrás, de un color turbio y aún seguían plegados como en los embriones. A medida que yo iba ascendiendo hacia las cumbres heladas el pez dejaba de moverse y se me congelaba en la mano. Luego yo entraba en una capilla de montaña.

París, 30 de agosto de 1942

Por la tarde con Charmille en Bagatelle. Había allí una lantana amarilla con un botón rojo en el centro. La flor es como de terciopelo y desprende asimismo un delicado olor a terciopelo. Esa flor atrae a las mariposas, especialmente al *Macroglossum stellatarum*, llamado vulgarmente «cola de pichón», el cual se queda parado delante de ella con las alas extendidas mientras introduce su trompa en los multicolores cacillos. Esas mismas mariposas, pero de color violeta, las vi en otro tiempo en las Azores, y siempre se apodera de mí un sentimiento de añoranza cuando, al contemplarlas, he de pensar en aquellas Hespérides. En las Azores y en las Canarias y en los montes de Río de Janeiro he tenido horas que

me han hecho ver que necesariamente tuvo que existir un Paraíso — horas de una belleza solitaria, horas llenas a menudo de majestuosidad; hasta el sol brillaba de una manera diferente, más divina. De todos los males del mundo, el único que en tales horas subsistía era este: que pasaba el tiempo.

París, 31 de agosto de 1942

Por la tarde en la tienda de Gonod, una librería de viejo que he descubierto hace poco en la Rue de Miromesnil. Una nueva librería de viejo es como una afición nueva. Me ha complacido especialmente un gabinete cuadrado que estaba completamente tapizado de libros. He comprado las *Memoires* del barón Grimm, las cuales serán siempre, junto a sus cartas, un bocado exquisito para los entendidos — los dos volúmenes de que constan llevan el exlibris de un tal barón de Crisenoy, que reza así: *Je regarde et je garde* — orgullosa frase.

También he adquirido una detallada descripción del naufragio del velero americano *La Sophie,* París, 1821. Y, por fin, *L'art du duel,* de Tavernier, con una dedicatoria autógrafa del autor a A. Gerschell, al que llama «rey de los fotógrafos».

El simple andar revolviendo en estos objetos es ya instructivo; el espíritu coge al vuelo muchos nombres y fechas que, ciertamente, la acción del tiempo erosiona luego, pero que siempre dejan una especie de humus en el que crecen muchas cosas, como, por ejemplo, un conocimiento difuso, a menudo superior al conocimiento exacto, y un tino para captar las fronteras y transiciones de las creaciones espirituales. De ahí que ninguno de mis muchos paseos por los muelles del Sena sea tiempo perdido — de modo muy parecido, el encanto de la caza está en la persecución del animal, no en la pieza cobrada.

París, 1 de septiembre de 1942

El primero de septiembre — a lo largo de los muelles del Sena se extiende ya un dibujo de hojas de chopo, hojas ama-

rillentas, recortadas en forma de corazón. Entramos hoy en el cuarto año de guerra.

A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner, para ver subir la noche por sobre los tejados. Las golondrinas y los vencejos están yéndose ya. Luego con Charmille en las Tullerías; sentados en un banco, mientras en el cielo brillaba magnífico el Carro, hemos estado conversando sobre la flor de cáliz de oro, la flor de la imaginación.

Lectura: Paul Morand: *Vie de Maupassant.* Estos libros son como ramos de flores en los que van entretejidas arañas multicolores y cabezas de serpientes. Por cierto que uno no debiera escribir la biografía de una persona a la que apenas ama.

París, 2 de septiembre de 1942

Por la tarde en Bagatelle. Las hojas comienzan ya a ponerse amarillas y los áster empiezan a florecer. Conversación confidencial en el Pavillon.

Por la noche dormí mal. Cuando esto ocurre tenemos unos sueños en los que, en vez de imágenes, son pensamientos lo único que adquiere forma: no penetramos en las bóvedas más hondas de la impronta — no llegamos a las soluciones.

París, 8 de septiembre de 1942

A última hora de la tarde en el estudio de Valentiner, donde se encontraba Henry de Montherlant, y también Nebel, que venía de las islas. Nebel estuvo hablando de una profecía del siglo XVI que anunciaba la destrucción de Colonia para estas fechas. Dijo que se había cumplido literalmente, también en lo que respecta al lugar, pues lo único que ha quedado demolido ha sido el centro de la ciudad, el cual coincide con la superficie que en aquella época tenía Colonia. Luego hablamos sobre el americanismo, que es fomentado cada vez más por la destrucción de las viejas ciudades.

Sobre De Quincey, del que Nebel se ha traído una edición inglesa que me ha hecho la boca agua. Sobre las corridas de

toros, para ver las cuales se escapó Montherlant de su casa cuando era niño. Sobre el duque de Saint-Simon y sobre las *Memorias* de Prini Visconti acerca de la corte de Luis XIV. Montherlant contó la anécdota del conde de Guiche que él descubrió en esas *Memorias* y que ha relatado en uno de sus libros.

París, 9 de septiembre de 1942

Almuerzo en casa de los Morand, donde, además de a ellos, he visto también a Benoist-Méchin. Conversaciones sobre Maupassant, con motivo de su biografía escrita por Morand, quien dijo que se encuentra en posesión de un gran número de cartas desconocidas de este autor. Luego sobre D'Annunzio al que Benoist-Méchin acudió a visitar en una ocasión a su isla. D'Annunzio, tras pronunciar breves brindis dedicados a las diversas naciones, mandaba que los cañones de su barquito de guerra disparasen salvas en honor de ellas. Al final, tras una frase especialmente cordial dedicada a Francia, el humo de la pólvora se concentró formando un anillo que lentamente fue elevándose por los aires. Entonces D'Annunzio le dijo a su huésped:

—¿Cree usted ahora que soy un poeta?

Benoist-Méchin estuvo hablando luego sobre el reclutamiento de los seiscientos cincuenta mil trabajadores que Alemania reclama de Francia y sobre las posibilidades y los inconvenientes de esto. Entre los últimos citó también el aumento del peligro de catástrofe que para Centroeuropa comporta tal acumulación de individuos desarraigados por razones puramente técnicas, acumulación que también para Francia resulta peligrosa, aunque solo sea por motivos de vecindad.

Este ministro da la impresión de una inteligencia precisa. Su error consiste en haber escogido el mal camino en la encrucijada. Ahora se lo ve avanzar por un sendero que se hace cada vez más angosto e intransitable. En ese sendero se ve obligado a incrementar el movimiento, mientras que los resultados conseguidos son cada vez menores. De esta manera

se gastan las energías; estas llevan a dar pasos desesperados y, finalmente, a la caída. Europa se parece a una mujer hermosa a la que no han faltado pretendientes, pero que aún aguarda la llegada del apropiado.

Luego en el parque de Bagatelle con Charmille, a la que encontré en las cercanías de la torre Eiffel. Los áster están comenzando a echar hermosas flores, especialmente uno que tiene en sus matas miríadas de capullos de color gris pálido, de un tamaño no mucho mayor que una cabeza de alfiler. Hace con ello honor a su nombre, como si reflejase el firmamento en el microcosmos.

París, 10 de septiembre de 1942

Cenado con Humm en el Ritz, en compañía del corresponsal de la *Kölner Zeitung*, Mariaux, y de su esposa. Mariaux contó que en las turbulencias de esta guerra el fuego le ha destruido todos sus apuntes y manuscritos, resultado de un trabajo de treinta años, y comparó acertadamente el estado anímico en que desde entonces se mueve con el estado de Peter Schlemihl, el hombre que perdió su sombra.

Las desventuras de Mariaux me han hecho pensar si no debería yo publicar varios de mis inéditos —por ejemplo, mis diarios de viaje— antes de lo que había planeado. El imprimirlos representa desde luego una seguridad contra ese tipo de pérdidas.

De los escollos encontrados en el avance de mi pensamiento el del solipsismo ha llegado a ser especialmente fuerte en estos años. Esto guarda relación no solo con el aislamiento, sino también con la tentación de despreciar a los seres humanos, una tentación que nunca combatiremos bastante en nosotros. Uno se siente cada vez más extranjero entre estas muchedumbres que han renunciado al libre albedrío y tiene a veces la sensación de que no existen en absoluto o de que son únicamente fantasmas que vemos a nuestro alrededor, en ambientes medio demoníacos medio mecánicos.

Solipsismo activo: en él somos nosotros los que soñamos el mundo. En la muerte nos soñamos sanos; si soñásemos con más intensidad, seríamos inmortales. Esto resulta seductor. Pero siempre hay que pensar en los peligros que todavía vio Ruysbroeck l'Admirable y que describe en su *Espejo de la salud eterna* con estas palabras: «Encontramos aún otras personas, malas y diabólicas, que dicen que son Dios: que sus manos han hecho el Cielo y la Tierra y que son ellas quienes los conservan, junto con todas las cosas que existen».

Son tentaciones que asaltan a los hombres en el espacio donde actúa la decisión teológica, espacio que era visible en la Tebaida. En comparación con él, qué diminuto aparece todo el mundo técnico.

París, 13 de septiembre de 1942

Paseo dominical hasta Saint-Rémy-les-Chevreuse. Allí suelo almorzar placenteramente en el Auberge de l'Yvette; luego subo monte arriba hasta llegar a un gran parque que su propietario ha abandonado. Un buen cigarro puro para el inválido que hace las veces de portero del parque abre las puertas de este jardín en estado salvaje. Me paro a descansar en una cuesta solitaria, cubierta de bajas matas de castaño; desde allí se tiene una vista de verdes abetos y encinas en la parte de abajo. Los grajos y los picos carpinteros revolotean entre ellos de un lado para otro. Muy rápidamente pasa la tarde, dedicada a descansar y a meditar.

París, 14 de septiembre de 1942

El enigma de la vida — en su presencia el espíritu se pone a trabajar como si tuviese que abrir una cerradura de combinación.

Lo inaudito de este trabajo: que el contenido de la caja fuerte varía según cuáles sean los métodos utilizados para abrirla. Si se fuerza la cerradura, el contenido se evapora.

Doucement! Cuanto mayor sea la delicadeza con que probemos a encontrar la combinación, tanto más sorprendentes serán las combinaciones que se nos presenten y tanto más

sencillas se volverán. A la postre empezamos a vislumbrar que es nuestro propio pecho, lo que estamos abriendo, que somos nosotros mismos lo que estamos abriendo, y que los enigmas del mundo son una imagen refleja del enigma de la vida. Y entonces hace irrupción una superabundancia cósmica.

París, 15 de septiembre de 1942

Lectura: continuado la de la Biblia, a la lectura regular de la cual vengo dedicándome desde hace un año. De los salmos me ha llamado hoy especialmente la atención el 139, el cual expone la física divina. De esta cabe decir que es una física monista, por cuanto es un único tronco el que sustenta el ramaje de los contrarios. Dios está presente hasta en las profundidades del infierno, para él las tinieblas brillan igual que la luz. Dios penetra la materia, ve los huesos del ser humano mientras están formándose en el seno materno y conoce el futuro del hombre.

Este salmo se diferencia de los demás por el hecho de resultar enteramente comprensible para nuestro pensamiento; comparado con otros, como, por ejemplo, el poderoso salmo 90, el salmo 139 es más moderno, en el mismo sentido en que es más moderno Tucídides que Heródoto. Comparado con los viejos cantos del destino, está hecho de la más excelsa sustancia espiritual. Los versículos 19-22 desmerecen, y, si no me engaño, necesariamente son de otro autor. En cambio es muy bello el versículo 14, donde el ser humano da gracias a Dios por haber hecho de él una criatura maravillosa. Resulta evidente que solo como relación entre seres maravillosos cabe imaginar la piedad. Los animales ensalzan a Dios con sus juegos, con la magnificencia de sus colores; al ser humano se le ha otorgado además la palabra.

Por otro lado, leído *Quitt,* un relato de Fontane. Mientras lo leía me vino a la cabeza una vez más el pensamiento de que una capacidad narrativa grande perjudica ligeramente al autor, ya que el fino plancton del espíritu no se desarrolla

bien en su rápida corriente. La razón de tal cosa está en que el talento narrativo es en sus orígenes un talento retórico y por ese motivo no se amolda bien a la pluma — la arrastra con demasiada rapidez. Es cierto que casi siempre el talento narrativo delata salud, pero justo por ello va fácilmente emparejado con un optimismo que explora de un modo demasiado superficial las personas y las cosas. Pero cuando, en el nivel más alto, la fuerza poética y la fuerza narrativa se igualan, lo que entonces se crea es algo incomparable, como ocurre en Homero. En los aedos, los cantores épicos de la Grecia antigua, esas dos fuerzas no estaban, desde luego, escindidas y la fábula nacía ya revestida de plumaje. Esto presupone la poesía como lengua materna del género humano, en el sentido en que lo entendía Hamann.

Por fin, Maurice de Guérin. Es un autor de primer rango en no pocas de sus intuiciones, por ejemplo en la que dice que la lengua no se limita a comunicar sentimientos y sensaciones, sino que ella misma posee un cuerpo vivo, sensibilísimo, el cual ansía configuración hasta en la última de sus sílabas. Dado que Guérin dispone de ese libre soplo que transforma el barro en carne y sangre, su lenguaje está llamado como ningún otro a dibujar y descubrir un mundo animado de panteísmo.

Me ha sorprendido, en la anotación escrita por Guérin en su diario el 8 de febrero de 1833, en la cual habla de varios poetas alemanes, que no mencione a Novalis, quien tiene, sin embargo, mucho parecido con él tanto en su vida como en su obra.

París, 16 de septiembre de 1942

La tarde de hoy miércoles, en el Jardín d'Acclimatation. De las mermadas existencias de la faisanería me ha llamado la atención una pareja de gallinas de Sumatra — negras, con intensos reflejos verdes, que se ponen magníficamente de relieve a la luz del sol. El macho es un animal robusto; las plumas de su cola, que forman largas incurvaciones, no se alzan

en forma de hoz, como ocurre en nuestros gallos, sino que se asemejan, a la manera oriental, a la cola de un vestido. Es un ornato que resalta especialmente cuando el animal se estira, es algo que se parece a una cascada de color verde metálico.

¿Por qué es especialmente vivo nuestro arrobo cuando algo archiconocido, cual lo es nuestro buen gallo doméstico, aparece con una figura inesperada — con una figura que ha adquirido su forma en islas situadas allende los mares navegados de antiguo? Esto es algo que a mí me impresiona con tal fuerza que hay ocasiones en que están a punto de saltárseme las lágrimas. Pienso que lo que en un instante como ese se nos desvela es la inaudita densidad de la sustancia, la densidad que es propia de las imágenes familiares. Un ser como ese parece estar cargado de gérmenes de vida hasta en la última de sus células; y, floreciendo esplendorosamente en las regiones tropicales, despliega desde sí la sobreabundancia. Lo que en esos juegos mágicos se nos hace visible es lo Uno, la Imagen primordial. Su visión produce también un sentimiento de vértigo; desde la irisada aura de las cualidades nos precipitamos en la sustancia. La jerarquía de los arcoíris — cabe pensar que también el mundo ha sido creado en su conjunto a semejanza de la Imagen primordial, la cual se diversifica en miríadas de sistemas solares.

En esto es también en lo que reside el encanto de una colección, y no en que esté completa. De lo que se trata es de alcanzar en la pluralidad unos puntos de vista que se hallen ordenados en torno al centro de la energía creadora. Este es asimismo el sentido de los jardines y este, en fin, el sentido del camino de la vida en general.

Después tomado el té a la sombra de los árboles del Pavillon d'Armenonville, a la orilla del minúsculo estanque de igual nombre. Los blandos golpes de las aletas de los peces o la caída de una castaña madura trazaban sobre la superficie del estanque unas ondas concéntricas que, al cortarse, creaban una delicada rejilla en la cual quedaba prendido de un modo magnífico el verde de los árboles. La malla de la rejilla

parecía hacerse más fina en las orillas, de manera que las hojas de una gran catalpa, o, por su nombre vulgar, «árbol de las candelas», hojas que en el centro del estanque relucían formando círculos y óvalos, luego en la orilla se fundían en bandas verdes que se hundían en las profundidades ondeando cual banderas.

Pensamiento: «Así es como habría que presentar los tonos nuevos, de un modo didáctico, en la imagen refleja que va aneja a la imagen familiar. Aquí ejerce luego su imperio, en un campo limitado, la ley más libre». Ahora bien, ¿no es eso lo que de hecho ocurre? Lo nuevo actúa siempre de esa manera: al principio se adhiere como delicada contradicción, como sombra de posibilidad, a lo que está vigente. Luego penetra en lo real. Esto es algo que sin duda habrá de notarse también en la historia de la pintura — va creciendo hacia arriba desde sombras, desde espejos, desde la penumbra, desde la oscuridad. Por cierto que algo parecido ocurre en la historia en general. Lo nuevo se aposenta primero, durante largo tiempo, en reflexiones y en fabulosos confines; actúa en juegos espirituales, en utopías, en filosofemas, en teorías — y lentamente va invadiendo luego lo real, infiltrándose en ello inicialmente por osmosis. Las barcas que traen las figuras del destino llegan a la hora del crepúsculo y atracan en un lugar apartado.

No olvidar: los dos martines pescadores que aquí, al borde de la gran ciudad, andan revoloteando por encima de los almohadones formados por las lentejas de agua. Han hecho su nido en el pequeño afluente que alimenta el minúsculo estanque. A mí me parece que el más bello giro del vuelo de esta bestezuela, que se parece a un joyel, es aquel en que muestra las plumas de su cola — su dorso de color lapislázuli refulge entonces de pronto como si estuviera hecho de polvo, de polvo de turquesa.

París, 17 de septiembre de 1942

Lectura: *Pots cassés,* de Harold Begbie. En este libro, traducido del inglés, se describen las peripecias vitales de toda

una serie de proletarios londinenses que, tras haber caído corporal, espiritual y éticamente en el fango más bajo, fueron luego convertidos. El libro hace ver con claridad a qué grado de alejamiento de sus auténticas tareas ha llegado una institución como la Iglesia anglicana y cómo esa Iglesia ha acabado perdiendo aun la pura técnica de los procedimientos salvíficos. En el espantoso remolino provocado por el naufragio son menester pilotos que conozcan el modo propio de ser de los elementos dentro de los cuales se esfuerza por respirar quien está a punto de ahogarse. En este punto podemos aprender de las sectas, sobre todo del Ejército de Salvación, del que me estará permitido decir que representa la más reciente de nuestras grandes órdenes. De igual manera que los benedictinos construían sus edificios en lo alto de los montes y los cistercienses lo hacían en zonas pantanosas, así el Ejército de Salvación ha escogido como campo de acción propio las grandes ciudades, cuyos desolados desiertos han modelado su regla y su táctica.

El trabajo de los hombres y mujeres del Ejército de Salvación ha instituido ya un enorme tesoro de bondad; pero tal trabajo resulta aún más importante, por encima de eso, por lo que tiene de pionero. Quienes abren la brecha para que por ella se lance el gran ataque son los zapadores; pues de igual manera es también la salvación y conversión de la persona singular lo que precede a la ofensiva salvífica sobre las grandes muchedumbres, las cuales llevan asimismo una vida que transcurre sin participación ninguna en la naturaleza interior. Esas muchedumbres, sin embargo, están ansiosas de ella, y también hoy basta un pedacito de pan espiritual para proporcionarles un alimento más sabroso que el que puede darles cualquier economía.

Hablando de detalles, un pasaje de este libro que me ha gustado mucho es el que habla del alcohol. En él se explica con citas bastante largas, pero que por desgracia no vienen documentadas, que la fuerza de atracción, a menudo imposible de resistir, del alcohol no está en el goce físico que pro-

porciona, sino en su fuerza mística. De ahí que el desgraciado bebedor se refugie en el alcohol no porque sea un depravado, sino porque está hambriento de poder espiritual. Al pobre, al inculto, la bebida le otorga lo mismo que a otros les es proporcionado por la música y por los libros: el regalo de una realidad elevada. Hay muchos seres humanos para quienes la reducida zona en que son hechos partícipes de un soplo de lo Ilimitado se encuentra junto a la borrachera. De ahí que estén también muy equivocados quienes pretenden combatir el alcoholismo como si fuera una especie de glotonería referida a los líquidos.

En este libro se dice asimismo que el éter y el protóxido de nitrógeno son llaves que dan acceso a intuiciones místicas. Esas materias, se agrega, permiten echar un vistazo a una verdad más honda, la cual va revelándose de abismo en abismo. Esto que aquí se dice es completamente cierto y se halla descrito también en la pequeña obra de Maupassant acerca del éter que yo traduje al alemán hace ya muchos años. El autor añade luego que tienen que existir necesariamente muchos estados de consciencia, y no uno solo, y que tales estados se encuentran, por así decirlo, separados por membranas — membranas que nosotros atravesamos en la embriaguez.

Un pensamiento muy parecido a este era el que yo perseguía cuando me dediqué a estudiar las distintas especies de embriaguez. Yo me imaginaba la consciencia normal como un disco fijado horizontalmente a un eje. Las distintas embriagueces modifican, según cuál sea la droga utilizada, el ángulo de ese disco y, al modificar el ángulo, modifican el horizonte y también los signos que de repente brillan en él. El giro completo encierra la suma de esas modificaciones y, con ello, el universo espiritual, la figura esférica. Una vez que he navegado todos los mares de la embriaguez y he reposado en todas sus islas y he estado en todos sus golfos, archipiélagos y ciudades encantadas, una vez que he hecho eso he conseguido el gran periplo, he dado la vuelta a la Tierra

en mil noches — me he movido alrededor del ecuador de mi consciencia. Esta es la gran gira, este es el vuelo al cosmos espiritual, vuelo en el que ha desaparecido ya sin dejar rastro un número enorme de aventureros.

París, 18 de septiembre de 1942

Por la tarde, sentado en un banco de la Place de l'Étoile, dado de comer a las palomas; eran tan confiadas que posaban en mi mano sus patitas de un color rojo como el coral. La visión del cuello de las palomas me lleva a los tiempos de mi infancia. Nada me parecía entonces tan prodigioso como ese juego de colores verdes, dorados y violetas al que se prestan las minúsculas plumas cuando una paloma picotea los granos en el suelo o un palomo anda fanfarroneando delante de su hembra mientras arrulla. El modesto color gris alcanza en esos reflejos tornasolados su nivel superior, opalino, hace arder, a la luz del sol, aquello que está oculto en sus profundidades.

Luego, por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré, acompañado de Charmille, que me animaba a hacerlo, he adquirido un librito de bolsillo que se hallaba expuesto en el escaparate de una librería de viejo y que, a lo que parece, está traducido del manuscrito de un viejo brahmán. Bastó efectivamente una rápida ojeada para advertir que se trataba de un buen hallazgo. Me he llevado también la *Histoire générale des larrons,* de D'Aubricourt, en la *editio princeps* de 1623.

Luego, en la Place du Tertre, hemos estado sentados un rato en el jardín de la Mère Catherine y a continuación, siguiendo un camino en espiral, hemos dado la vuelta al Sacré-Cœur. Esta ciudad se ha convertido para mí en una segunda patria espiritual, está transformándose cada vez más en la síntesis de lo que me resulta querido y apreciado en una vieja cultura.

París, 21 de septiembre de 1942

Es posible advertir en niños de tres años toda la dignidad de la persona moral, ligada a la jovialidad en una unidad que

luego termina por perderse.

Por la tarde en Vincennes, donde he ido a visitar, para un asunto especial, a mi antigua portera. Nuestros conocidos se parecen a hilos multicolores que el Destino ha depositado en nuestras manos. Nosotros los unimos y trenzamos y aparecen así diseños cuyo valor y orden determinan el grado de armonía que nos está otorgado. No todo el mundo sabe administrar ese capital.

París, 23 de septiembre de 1942

Paseo con Charmille por el Bosque de Vincennes. Hemos estado charlando sobre el desenlace de estos años y sobre los remolinos que vemos acercarse. Hacía un tiempo lluvioso, los húmedos caminos estaban sembrados de castañas relucientes.

Por la noche soñado con soldados en compañía de los cuales me encontraba. Llevaban en el pecho una pequeña condecoración redonda, concedida por haber fusilado a heridos. De lo que decían en su charla deducía yo que tales condecoraciones las otorgaba un comité internacional y tenían validez internacional, algo así como la Cruz Roja:

—Correctísimo; ese es el único punto en que seguís estando de acuerdo.

París, 24 de septiembre de 1942

Poupet y Heller me han visitado en el Hotel Raphael. Conversación sobre las *Memorias* de Caillaux, que acaban de aparecer en la editorial Plon. Poupet ha contado que hace poco vio en una cena a Madame Caillaux, la cual mató a tiros en 1914 al periodista Calmette. Se presentó en aquella cena con unos largos guantes de color rojo que le llegaban hasta el codo.

Charlado también del encanto de objetos que durante largos años han estado impregnándose de aroma, como, por ejemplo, los morteros, las correas de masajes, los molinillos

de especias, o asimismo edificios enteros, como las farmacias antiguas o como los almacenes de tabaco que yo vi en Bahía.

París, 25 de septiembre de 1942

Lectura de documentos y de informes de la época sobre algunos acontecimientos de la Revolución francesa. La suerte de la familia real me pone tan triste, me abre unas perspectivas tan desalentadoras sobre la ignominia del género humano como si estuviera viendo a bandadas de ratas poner cerco a víctimas indefensas y, al final, lanzarse sobre ellas.

Por la tarde se ha presentado Claus Valentiner en mi despacho del Majestic y me ha regalado la edición de las obras de Vico preparada por Michelet hacia 1835.

París, 27 de septiembre de 1942

Paseo dominical, con lluvia, por el Bosque de Vincennes. Hemos dado la vuelta al Lac des Minimes, con sus islas, y luego hemos estado contemplando, en el límite del bosque, a los jugadores de petanca; su despreocupada calma me produjo un gran deleite ya cuando los vi en otro tiempo en compañía de Höll. Las personas que allí están son hombres de edad comprendida entre los cuarenta y los sesenta años y en su mayoría son sin duda pequeños funcionarios y comerciantes. En una pista de cemento lanzan bolas de metal, que llenan aproximadamente la mano abierta, contra otra bola más pequeña, del tamaño de una mandarina, a la cual golpean siguiendo dos trazados. La impresión que se saca viéndolos es que el hundimiento de imperios, el fracaso de campañas militares son cosas que allí se perciben solo de una manera vaga. De ahí que resulte reconfortante el contemplar esas pistas, es como acercarse a filósofos.

Luego en los establos de un pequeño circo; delante de ellos hemos visto a un factótum maquillado que pasaba a toda prisa el cepillo a tres elefantes, preparándolos para la función. La lluvia goteaba de la lona y formaba en sus bordes unos oscuros charcos de los que uno de los elefantes pescaba astutamente con su trompa la paja cortada arrastrada hasta

allí por el viento; hacía bolitas con la paja y luego se las introducía satisfecho en su boca. Tras haber dado fin a la limpieza de los animales el factótum los forzó a evacuar; para ello hizo restallar el látigo mientras gritaba: «Chi-chi-chi». Aquellos buenos animales separaron las patas traseras y dejaron caer enormes cantidades de orina y excrementos.

Era evidente que el factótum tenía miedo de no acabar su limpieza antes del comienzo de la función; esto incrementaba todavía más la comicidad de lo que estaba haciendo. En general la comicidad de una tarea tan absurda como esta de hacer que unos elefantes defequen es algo que aumenta a la par de la seriedad con que se ejecuta. En eso consiste también la auténtica comicidad de Don Quijote, comicidad que en él se triplica por el hecho de que también el narrador parece tomar en serio las aventuras.

París, 29 de septiembre de 1942

Noche en vela, repleta de una actividad febril. Las horas se pasaron volando, sin embargo; lo que en noches como esta hacemos no es dormir, sino resbalar sobre la superficie del sueño como sobre una oscura capa de hielo.

Volvía a recorrer paso a paso, siguiendo mi costumbre, algunas caminatas realizadas por mí en tiempos pasados. Luego desembarcaba en una isla y abría la puerta a los recuerdos. Así, esta vez volvía a subir a las montañas de Las Palmas. También ahora, igual que entonces, lloviznaba, del cielo caía un agua densa, cálida, y yo veía la planta del hinojo en un frescor maravilloso — la savia verde circulaba por sus delicadísimos tejidos como por venas de color esmeralda. Lo más íntimo de la planta quedaba al descubierto. Tal vez los instantes supremos en este mundo, instantes que nos otorgan más dones que los que otorga el abrazo de mujeres hermosas, eran aquellos en los que me inclinaba sobre aquel milagro de vida. En aquel momento tenía dificultades para respirar, pues sobre mí se abalanzaba una ola que se erguía de un mar azul. La estrellita de una flor no es menos digna de veneración que el firmamento entero.

Pensamiento: es cierto que con el cuerpo dormimos todas las noches en el mismo sitio, pero con el espíritu lo hacemos en una espesura diferente, estamos emboscados en un lugar distinto. Y así ocurre a menudo que nos hallamos en lugares siniestros, en hondonadas desiertas, infinitamente lejos de nuestra meta. De ahí también la fatiga, inexplicable con frecuencia, que sentimos después de haber dormido profundamente.

Perpetua me escribe que en el último ataque aéreo a Múnich ha quedado destruido también el estudio de Rodolphe. Por fortuna no guardaba allí ninguno de sus cuadros. Sin embargo, si hubiera desaparecido el retrato mío para el cual posé en Überlingen, no lo habría sentido mucho.

Por la mañana llegó Ziegler, que me trajo noticias del ataque aéreo a Hamburgo. Los ingleses han arrojado bombas incendiarias atadas en manojos de setenta piezas; para intimidar a los hombres de la defensa antiaérea cuando acudiesen a apagar el fuego, una de cada diez bombas llevaba una carga explosiva de efecto retardado. En el momento en que las llamas aniquilaban su imprenta eran más de ciento quince los incendios que causaban estragos en la ciudad.

A última hora de la tarde escuchado una conferencia; la ha pronunciado uno de los pequeños mauritanos, el cual ha disertado, con una cierta complacencia cínica, sobre la técnica de influir en las masas mediante la propaganda. No cabe duda de que este tipo humano es nuevo, lo es al menos con relación al siglo XIX. El adelanto que esas gentes indudablemente llevan es de naturaleza enteramente negativa y consiste en que arrojaron antes que la mayoría de los demás el bagaje moral e introdujeron en la política las leyes de la técnica mecánica. Pero ese adelanto será superado — y no, ciertamente, por el hombre moral, el cual necesariamente es inferior a tales gentes en lo que respecta al empleo sin freno

alguno de la fuerza bruta, sino que lo será por sus iguales, que habrán aprendido de ellos la lección. Acabará llegando un día en que incluso el más lerdo se dirá: «Si a ese le gusta andar haciendo burla de todo, ¿por qué continúa exigiendo que a él se lo respete?».

De ahí que sea un error aguardar que la religión y la religiosidad vayan a restablecer el orden. Las cosas zoológicas se producen, antes por el contrario, en el plano zoológico y las cosas demoníacas, en el demoníaco — es decir, el pulpo gigante atrapa al tiburón y Belcebú, al Diablo.

París, 30 de septiembre de 1942

Corrección de pruebas de mis *Cartas de Noruega.* Mientras lo hacía he sentido reparos a propósito de una expresión que en ellas empleo: *geschmolzene Bleiflüsse* [ríos derretidos de plomo]. Sin duda son escrúpulos injustificados, pues los ríos pueden estar también helados, congelados.

Por cierto que el fallo que aquí noto es un fallo que se debe a la lengua, a uno de los huecos que existen en su mosaico. La lengua carece de un sustantivo propio para expresar el concepto «río helado».

La parte inferior de muchos animales que viven pegados al suelo, como los peces planos, los turbelarios, las serpientes, es incolora — ahorrativa pintora es la Naturaleza.

Por la tarde en la Biblioteca Nacional. Sala de catálogos — con frecuencia he deseado poseer mamotretos en los que poder encontrar la referencia de todos los libros impresos; aquí me percato, sin embargo, de que hay instrumentos auxiliares cuya posesión no está al alcance de la persona singular, por muy rica que sea. Esos instrumentos están hechos a la medida del Gran Hombre, es decir: del Estado. Por ejemplo, este sistema de catálogos — en presencia de él tiene uno la impresión de hallarse ante una máquina espiritual proyectada por un intelecto metódico.

En aquella sala mantuve una conversación con el Dr. Fuchs, que está trabajando en un catálogo general de las bibliotecas alemanas; con él creará una obra capital de la laboriosidad de abeja del ser humano. El gran trabajo de recolección y control está, según parece, en sus comienzos; nos encontramos aquí en presencia de una nueva *chinoiserie,* de un mandarinismo que carece ciertamente de fuerza creadora, pero que sabe manejar limpiamente los ideogramas ya acuñados. De ello cabe esperar, en el terreno de la museística, el advenimiento de una ciencia más rigurosa, más modesta, pero al mismo tiempo más placentera; comparada con ella, la ciencia del siglo XIX posee rasgos anárquicos. Tal ciencia estará unida por muchos de sus hilos con el siglo XVIII, con Linneo, con los enciclopedistas y con el racionalismo teológico. Se vivirá mejor con esos espíritus, serán más controlables. En el mundo de la aniquilación son ellos los conservadores. Son inminentes nuevas pirámides y nuevas catacumbas, una actividad subterránea, como en un hormiguero. De igual manera que en tiempos de los faraones se quería sustraer de la caducidad al soberano y a toda su familia, así también se quiere hoy sustraer de la caducidad el material metódicamente ordenado del espíritu cognoscente, incluidas sus más pequeñas fruslerías.

Luego en la sala de los manuscritos, en la cual estaban expuestas cosas magníficas, como el Evangeliario de Carlomagno, la Biblia de Carlos el Calvo y el Libro de Horas del duque de Berry, cuyo calendario se hallaba abierto por las páginas correspondientes a los meses de agosto y septiembre. Aquella sala parecía un relicario, en su atmósfera luminosa vibraban las partículas solares, entrar en ella era como entrar en un cuadro de Memling. El orden museístico alcanza su forma suprema cuando las piezas seleccionadas llevan adherido, a la vez, un carácter de reliquias — la presencia de poderes ancestrales realza su precioso valor. Un nuevo clero tendría que venir a ocupar aquí el puesto de custodio, por mucho que tal cosa vaya a contracorriente del desarrollo his-

tórico. Ello tendría que ir ciertamente precedido de una nueva sensibilidad. Pero de un Estado que hace vigilar por policías la Tumba del Soldado Desconocido no cabe aguardar nada de eso.

Entre las obras de música, la partitura de la ópera *Pelléas et Mélisande,* de Debussy; aquella partitura tenía un toque de exactitud grandiosa — guardaba semejanzas con el plano de una central de distribución eléctrica; las notas estaban dispuestas en fila cual pequeños aisladores de vidrio a lo largo de un tendido eléctrico.

Cenado en la Rôtisserie Nique, de la Avenue de Wagram, con Ziegler, cuyas visitas a París me alegran siempre, y con Heller. Charlamos sobre la situación; hace ya diez años que somos de la misma opinión en este punto. Luego sobre conocidos, entre otros sobre Gerhard, cuya esposa es eso que ahora se llama «judía cuarterona», es decir, que tiene una cuarta parte de sangre judía. Por ese motivo los otros vecinos del bloque donde vive la han excluido del uso del refugio antiaéreo. Es difícil admitir que los catedráticos de instituto hamburgueses que en aquel edificio habitan tengan tan finamente desarrollado el sentido de la pureza de sangre — lo que sí poseen, en cambio, es un olfato siniestramente preciso para olerse quién puede servirles de cabeza de turco.

A altas horas de la noche estaba leyendo todavía en el *Eclesiastés;* luego dormí poco y mal, cosa que viene ocurriéndome con frecuencia en los últimos tiempos. El dormir es el principio opuesto a la voluntad, de ahí que, cuanto más intentemos forzar el dormir, más nos desvelemos. El pensamiento, en cambio, recorre la misma senda que la voluntad. Podemos así pensar todas aquellas cosas en que queremos pensar; en cambio, no podemos expulsar del pensamiento ni una sola cosa en la que no queremos pensar. Recuerdo a este propósito el cuento del labrador al que prometen un tesoro, pero con la condición de que no piense en un oso mientras lo desentierra. El chiste tiene más profundidad de la que apa-

renta; señala el camino que conduce a los tesoros de la Tierra.

París, 2 de octubre de 1942

Me dice Perpetua en una carta que el final de este siglo será tal vez más horroroso que su comienzo y que su parte central. Yo no lo creería; he pensado muchas veces que este siglo se parecerá al Heracles que en la cuna aplastaba serpientes. En lo que sí está muy acertada, en cambio, es en decir que en estos tiempos resulta necesario desarrollar virtudes propias de lagarto; es preciso saber descubrir y aprovechar los pocos lugares soleados que existen. También a la guerra cabe aplicar eso; no nos es lícito andar siempre pensando infructuosamente en cuándo acabará. Es esa una fecha que no depende de nosotros. En cambio, brindar alegría a los demás y a nosotros mismos, aun en medio de las tormentas, eso sí estamos en condiciones de efectuarlo. Cuando lo hacemos tenemos en la mano una puntita de la paz.

Perpetua me dice también en su carta que desde hace algún tiempo no se sabe nada del padre del Astrologus. Se sospecha que lo han asesinado, para robarle la ropa, prisioneros rusos. Esto me trae a la memoria la horrible suerte que le cupo al viejo Kügelgen. Por cierto que hace ya muchos años que previ el resurgimiento de las bandas de ladrones, si bien no vislumbraba el *modo* como la Historia materializaría eso — lo deduje sencillamente de ciertos síntomas negativos, uno de los cuales era, por ejemplo, la enorme prepotencia que iba adquiriendo la injusticia, su estatalización.

A última hora de la tarde me reuní con la Doctoresse en la Place des Ternes para tomar la infusión de verbena que me ha recetado. Desde que me hallo descontento con mi estado de salud ocurre que esta hora es también hora de consulta.

En la cama estuve leyendo primero en el *Diario* de Léon Bloy y luego en el *Eclesiastés.* Resulta sorprendente que figure en la Escritura, y además como uno de sus libros auténticos, un documento como este, lleno de escepticismo por todas partes; es algo que solo puede comprenderse si se ve la

Escritura como un paisaje, como un fragmento de la Creación en el cual se complementan y atemperan las diversas partes. En este sentido ascendemos aquí a aquellas alturas en las que hace su nido la vieja águila real de corona blanca; el aire se ha enrarecido y la Tierra muestra su armazón. No hay nadie cuya vista sea más aguda que la de este rey sabio, pero Job penetra más hondo. Puesto que ha sido arado por el dolor, a Job le nacen frutos aun en su vejez.

El autor del *Eclesiastés* considera que también el dolor es vanidad. Evitó así la vida del rey Lear y disfrutó de la de Fausto en su vejez. Transformó países en jardines llenos de flores, plantó bosques y viñedos y vivió en sus palacios de recreo rodeado de muchedumbres de esclavas y cantantes. Pero todas esas cosas fueron solo vanidad; y verlas así resulta más horrible que verlas como el velo de Maya.

Hay en cada vida un cierto número de cosas que el ser humano no confía ni aun a la persona con la que tiene máxima intimidad. Esas cosas guardan semejanza con las chinas que se encuentran en la molleja de las gallinas; ni siquiera la simpatía es capaz de digerirlas. Lo que el ser humano preserva con tanta ansiedad es lo mejor y lo peor de sí. Aunque mediante la confesión se quite de encima el peso de lo malo, lo mejor de sí lo reserva únicamente para Dios. Las cosas nobles, buenas, santas que en nosotros hay, quedan lejos de la esfera social; esas cosas no son comunicables.

Por cierto que las mujeres son mucho más secretas que los varones en este aspecto, con frecuencia son verdaderas tumbas de amores pretéritos; ¿es que hay alguna mujer de la que sepa todo su esposo o su amante, ni siquiera cuando la tiene fuertemente agarrada en sus brazos? A todo el que ha vuelto a encontrarse al cabo de años con una antigua amante suya le ha causado espanto esa maestría en el manejo del silencio. Son en verdad las mujeres hijas de la Tierra. En su pecho albergan ciencias terribles y solitarias, como la de la paternidad. En plena época burguesa subsisten ahí abismos propios

de Medea. Un ejemplo: la estampa de la mujer que durante años contempla cómo su marido acaricia a un niño que no es suyo.

«Dos personas que se aman tendrían que decirse todo la una a la otra» — sí, ¿pero serán bastante fuertes como para soportarlo?

»No hay duda de que me gustaría confesarme a ti, pero tengo miedo de que me escuches como sacerdote en tu propia causa, y no con sabiduría, como representante de Dios. Tengo miedo de que te conviertas en mi juez.»

La significación enorme, también salutífera, de la oración consiste en que abre por un instante los pliegues del corazón, haciéndolos accesibles a la luz. Sobre todo en nuestras latitudes nórdicas es la oración lo que proporciona al ser humano la única puerta que conduce a la verdad, a la sinceridad total, sin reservas. Sin la oración le resulta imposible al ser humano no tener dobleces, no albergar cámaras oscuras, incluso en sus relaciones con los seres más próximos y queridos — la educación lo haría callar donde no le impusiera silencio la prudencia.

Sobre las consonantes negativas, peyorativas, especialmente la *n* y la *p. Pes, peius, pied, petit, pire.* La *p* se usa también como sonido puramente despectivo. El pie como símbolo de lo inferior, como mano degradada. Después de la guerra me gustaría trabajar sobre estas relaciones, en especial sobre el modo como se refleja en el lenguaje el cuerpo humano. Para ello sería conveniente, desde luego, que volviese a habitar en la misma casa que Friedrich Georg, pues la conversación aclara muchas cosas.

París, 3 de octubre de 1942

Por la tarde en la librería del Palais Royal, donde adquirí la edición de Crébillon impresa por Didot en 1812. Su encuadernación de vitela verde pone de manifiesto la gran fuerza estilística que aún poseía el Imperio — claro es que seguía

disponiendo del linaje de artesanos del *ancien régime,* y esto es más importante que el estilo, es cosa de la sustancia. Francia disfruta todavía hoy de la ventaja de una tradición que ha ido pasando de mano en mano a los herederos; seguramente conservará esa ventaja también en lo futuro, gracias a su política, que a grandes rasgos puede considerarse sensata. Porque, ¿qué es lo que ahora importa en este país? Que no sean destruidos sus viejos nidos, sus ciudades, sobre cuyas ruinas se alzarían filiales de Chicago, que es lo que ocurrirá en Alemania. Los dos bandos beligerantes están empeñados en pasar al activo el gran capital que todavía dormita aquí y en llevarlo al mundo del fuego; quien mantiene equilibrada la balanza es un pequeño grupo de personas. El que esto se haya conseguido hasta ahora es algo que causa asombro, por cuanto va a contracorriente de la burda política que hoy en día se practica.

He tomado la decisión de no borrar en lo sucesivo las anotaciones escritas por los libreros relativas a estado de conservación, láminas, valor de las ediciones y cosas similares, que suelen encontrarse en las guardas de los libros — esas anotaciones añaden una nota más a eso que Feltesse denomina «la autenticidad del libro». En el exlibris anoto la fecha y el lugar en que he adquirido la obra, o el nombre de la persona que me la ha regalado, y a veces otras circunstancias especiales.

Comido en casa de la Doctoresse. He estado observándola mientras preparaba la comida. Hay en su manera de hacerlo un toque de *femme savante*, sobre todo en lo que respecta a la distribución del tiempo y a la sucesión de las distintas operaciones y medidas. El acto de cocinar adquiere así visos de un proceso pensado en todos sus detalles, de un experimento químico. Por cierto que el adquirir nuevos alimentos se ha convertido ya en una hazaña, pues en las tiendas no queda casi nada y el hambre va extendiéndose.

Lectura: Conan Doyle. Llegamos a una edad en que nos aburren aun las buenas novelas policíacas. Empieza a menguar nuestro sentido para el cambio caleidoscópico de los hechos; nos resultan demasiado conocidos los elementos.

Esto es aplicable también a la vida — llega un momento en que dominamos los hechos, en que estamos hartos de ellos. «Setenta son los años de la vida del hombre...» — a lo que podría añadirse: y bastan. Quien, llegado a esa edad, no ha aprendido lo necesario para pasar a un curso superior, tiene que comenzar otra vez desde el principio, tiene que repetir.

De ahí el toque de infantilismo que aparece en los ancianos fallidos, en todos esos viejos verdes, avaros, crueles y mezquinos. El desorden ha alcanzado tal preponderancia que se ha perdido el conocimiento de lo que es una vejez lograda, la cual tiene unos signos, también externos, muy precisos.

París, 4 de octubre de 1942

Excursión a Saint Rémy-les-Chevreuse. Después de almorzar hemos estado dando vueltas por los bosques. La humedad que en ellos reina hace que broten ya las setas, cuyos sombreros brillan de súbito en el musgo, entre las telas de araña perladas de rocío. He visto un «pedo de lobo» redondo que tenía en el casquete unos largos pinchos — es el erizo de esta extraña tropa.

En lo alto de un gran castaño estaba balanceándose una ardilla; su color rojo chamuscado resultaba muy bello contra el verde húmedo de las hojas. Tiraba al suelo relucientes castañas, para el invierno; también nosotros hemos tomado parte en su recolección.

Muy melancólico, pues estoy cada vez más descontento de mi estado de salud. Desde hace semanas vengo adelgazando mucho. A menudo me harto y me gustaría tratar mi cuerpo como si fuera un amotinado, pero es mejor abrir los oídos y escuchar qué es lo que quiere.

Por la noche he seguido leyendo *La porte des humbles*, de Léon Bloy; leer a este autor me causa siempre satisfacción, a

pesar de sus insultos maníacos e indiscriminados contra todo lo que es germánico. Así, a Bloy le gustaría borrar del mapa a Londres con una sola granada, y Dinamarca se le aparece como una especie de sucia Sodoma. Pero creo que ya he aprendido a aceptar a los seres humanos en su espíritu, aunque en su voluntad sean distintos de mí, y a verlos en su Figura, la cual reposa allende las fronteras y las oposiciones.

Continuado la lectura de *El cantar de los cantares.*

París, 5 de octubre de 1942

Por la tarde hojeado el *Pyrrus* de Crébillon. Parece imposible de superar la manera como aquí está franqueado el lenguaje; son tan perfectas su tersura y su redondez que físicamente es imposible llevarlas más lejos. Para lograr nuevas sonoridades, colores nuevos, sería preciso forzar más todavía las palabras, recurrir a métodos químicos. Tendría que añadirse *décadence.*

Es bella la gracilidad con que van sucediéndose unos a otros los versos y tienden sin esfuerzo hacia la rima — aquí es en la poesía donde con más naturalidad, donde con menos artificiosidad juega la lengua. La abundancia de vocablos de una sola sílaba, que le otorga un ritmo dactílico, contribuye también sin duda a volverla tan flexible.

La nuit est plus claire que le fond de mon cœur

A última hora de la tarde en el Quai Voltaire, donde he encontrado a los hermanos Valentiner y a Poupet. Una niebla de color gris plata envolvía los edificios, y por encima de ellos las nubes eran de un gris azulado, con una orla gris que indicaba el crepúsculo. Algunos matices de color quedaban absorbidos; los claros muros de Saint-Germain-des-Prés parecían borrados y lo único que brillaba era el techo oscuro del campanario.

La piedra clara con que aquí están construidos muchos de los edificios, puentes, adoquinados y muelles exhibe con extraordinaria frecuencia la réplica en hueco de una delgada concha en espiral. Siempre que mis ojos tropiezan con ella,

siento alegría: es uno de los animales secretos del escudo de armas de esta ciudad, uno de los ornamentos del microcosmos que es esta ciudad.

París, 6 de octubre de 1942

Acabado: *La porte des humbles*, de Léon Bloy. En esta obra se nota que el viejo león se ha vuelto más manso; un mosto tan fuerte como este necesita setenta años para eliminar las heces.

La lectura de este libro me ha procurado goces numerosos, especialmente en los descansos del mediodía. El verdadero encanto de los diarios no está en las noticias extravagantes e insólitas. Mucho más difícil resulta describir el simple decurso de la existencia cotidiana, la regla fija que la vida ha llegado a adquirir. Todo esto se halla bellamente conseguido en esta obra; participamos con el autor en el discurrir de sus días. De este modo vuelven los años idos a colmarnos de regalos, de igual manera que más de un verano sigue calentándonos en la leña que arde en la chimenea.

En este libro se encuentran varias premoniciones, algunas de las cuales se refieren a la revolución rusa. Lo que de verdaderamente apocalíptico hay en nuestro tiempo proviene efectivamente de aquel lado. En una de las últimas frases del libro vuelve Bloy a mostrarse como el que siempre fue: «Yo aguardo a los cosacos y al Espíritu Santo». También se encuentra poco antes de su fallecimiento, en la anotación del 16 de octubre de 1917, una frase mántica: «Ya no tomo alimentos. He perdido el apetito. Sería necesario que todo cambiase en mí». Y eso fue lo que hizo luego la muerte. Una vez que esta hubo modelado sus rasgos, aparecieron «majestuosos, serenos, autoritarios».

La vida de Léon Bloy es un ejemplo de que no son los errores los que ponen en peligro nuestra soberanía en el momento de cruzar aquel último arco de triunfo a que se encamina anhelante nuestro espíritu. Podría ser, antes por el contrario, la ausencia de errores lo que se sintiese en ese momento como desnudez. Nos despojamos de nuestros errores

como se despojaba Don Quijote de su armadura; y ese quitarnos la máscara va acompañado de alegría.

Por la tarde en la librería de viejo de Jean Bannier, en el número 8 de la Rue de Castiglione. De allí me he traído la *Roma subterranea,* de Aringhus, una obra que contiene muchas láminas e inscripciones del mundo de las catacumbas y que puede considerarse como el primer antecedente de la *Roma sotterranea* de Giovanni Battista de Rossi. La paz de tales criptas escondidas muy hondo en la roca, ese adormecimiento durante eones en el seno de la Tierra, adquiere en nuestras zonas de fuego y aniquilación un atractivo insólito.

Pero sobre todo he adquirido un bello ejemplar de *La Chine en miniature,* de Breton — una obra en torno a la cual he estado rondando furtivamente en varias ocasiones, como da vueltas el zorro alrededor del cebo antes de caer en la trampa. El precio quedaba muy por encima de mis posibilidades. Pero bien puede gastarse en libros lo que con libros se gana, aunque uno tiene siempre la sensación de estar reuniéndolos para el montón de escombros en que muy fácilmente puede transformarse la casa en que se encuentran. Pese a ello, enseguida me he puesto a hojear con gran placer los seis volúmenes de que consta; aunque han pasado ciento treinta años desde que se publicó esta obra, las miniaturas siguen brillando con colores bellísimos. En aquella época los desiertos y los mares separaban los países como lo hace el espacio celeste, y de ahí que la vida de esos reinos extraños se nos aparezca a menudo en las imágenes como si se desarrollara en otro astro.

A propósito de las perversiones: en las personas que se dan jabón en demasía y se untan con aceites exageradamente, de que escriben los autores, hay un atavismo que se remonta a tiempos muy lejanos: actúa en eso el recuerdo de los tiempos en que la piel entera era todavía una mucosa. La mucosa es la forma primitiva de la piel, herencia de las cu-

nas marinas y de los orígenes neptunianos. En la mucosa el tacto aspira a sentir esferas semejantes a aquellas de que el color rojo hace partícipes a los ojos. Los tipos que aquí se encuentran son, empero, otros que los sanguíneo-solares — las figuras que aquí aparecen son, en efecto, figuras linfáticas, figuras dotadas de escaso pigmento y que sienten predilección por los baños de vapor, los salones de peluquería, los espejos, el mundo lunar y el de las cavernas. De entre las enfermedades se observarán en tales personas ante todo trastornos de la sangre y propensión a eccemas y picores. En estos tipos aparecen de un modo muy pronunciado una limpieza grande, que con frecuencia resulta maníaca, y también a veces el albinismo, así como el miedo a los microbios y el horror a las serpientes.

Las perversiones no son propiamente aberraciones — son elementos puestos en libertad, elementos que en todos nosotros están presentes y activos, pero que de ordinario se hallan sujetos. En los sueños ascienden a menudo de sus simas. Cuanto mayor es la profundidad a que se encuentran encerradas esas cosas bajo nuestros cimientos, tanto más vivas son la extrañeza y la indignación cuando la Naturaleza, cual si fuera un alquimista, las presenta y hace visibles en su pureza. Entonces sale de su agujero la serpiente. Tomemos el caso del terrible nerviosismo que se apodera de una ciudad de millones de habitantes cuando se enfrenta a un asesinato cometido por un sádico. Todos perciben el chirrido de los cerrojos en su propio mundo subterráneo.

De ahí que den que pensar las aberraciones de ciertos médicos que intentan sustraer el asesino al juez alegando que es un enfermo. Cabría defender eso si no se tratase, en el fondo, de la enfermedad de todos nosotros, una enfermedad que se manifiesta en el asesino y que es curada en nosotros por el hierro. Igual que se hacía en los antiguos sacrificios humanos, se empareda al asesino debajo de los pilares que sustentan el puente de la comunidad. De lo que se trata no es tanto de aquel infeliz cuanto de millones de hermanos suyos.

París, 7 de octubre de 1942

Dormido mal. Una agitación tenue, pero extraña, me desveló a temprana hora de la mañana. Se tiene la impresión de que el cuerpo quiere decir algo, de que quiere hablar con nosotros; pero, dada la vida artificiosa que llevamos, apenas entendemos las frases y palabras que pronuncia, de igual modo que tampoco entendemos apenas las frases y palabras que nos dice un antiguo arrendatario rural que en nuestra casa de la ciudad nos entretiene hablándonos de romerías, de mieses, de malas cosechas. Así como a este lo despachamos dándole dinero, así hacemos callar al cuerpo dándole pastillas. En ambos casos: regreso a tierra — es decir, a la Tierra, a los elementos.

En los periódicos: «Un libro que ha alcanzado una tirada de un millón de ejemplares es, en todo caso, algo insólito..., un acontecimiento desacostumbrado en el mundo del espíritu. Nos percatamos de que en él está actuando una necesidad profunda. El éxito de *El mito* es una de las señales en que cabe leer la voluntad oculta de una edad venidera». Esto es lo que dice el sabio Kastor en el *Völkischer Beobachter* del 7 de octubre de 1942 a propósito de *El mito del siglo xx,* de Rosenberg, la más banal colección de lugares comunes copiados a toda prisa que cabe imaginar. En ese mismo periódico ese mismo Kastor empleaba hace ahora unos diez años el siguiente argumento: «¿Pero es que el señor Spengler no ha leído los periódicos?». O sea, un filósofo que remite a otro filósofo a los periódicos como fuente de conocimiento, y eso en Alemania, y, además, *expressis verbis* — tal cosa es sin duda algo que nunca se había dicho antes tan a las claras. Y, atención, el tal Kastor es tenido por el primero en su especialidad y por el superfilósofo de la concepción heroica de la vida y cosas parecidas. Esto, como pequeño ejemplo de la atmósfera en que estamos viviendo.

Por cierto que este Kastor pertenece a un tipo determinado, el de los cerdos que descubren las trufas con su olfato, un

tipo que encontraremos en todas las revoluciones. Sus toscos correligionarios son incapaces de detectar a los adversarios exquisitos y por ello se sirven de inteligencias corruptas de rango superior para que con su hocico desentierren y saquen a la luz a esos adversarios y para que en lo posible los ataquen de tal manera que la policía tenga un pretexto para intervenir. Cada vez que yo notaba que Kastor se ocupaba de mí, me preparaba para un registro domiciliario. También contra Spengler llamó Kastor a la policía, y hay gente enterada que asegura que lo tiene sobre su conciencia.

París, 8 de octubre de 1942

A última hora de la tarde en la tienda de Berès. He comprado el viejo *Malleus maleficarum* de Sprenger, en la edición veneciana de 1574 — tal adquisición me habría causado un deleite más vivo hace veinte años, cuando, a la vez que me ocupaba en investigar las distintas clases de embriaguez, estudiaba también el mundo de la magia y de los demonios.

París, 9 de octubre de 1942

Por la tarde paseo a caballo por el Bois de Boulogne, donde las hojas de los árboles están tiñéndose de varios colores. Por lo que me ha dicho el coronel Kossmann, parece que en estos días va en serio lo de mi traslado temporal a Rusia; han llegado las órdenes preparatorias. Tal vez resulte saludable este corte, una vez que mi vida aquí ha adquirido una forma nueva. Mientras estaba sopesando esa idea, he tirado del lavabo un vaso, que al caer al suelo se ha hecho añicos. Voy a intentar que me asignen a Rehm para que me acompañe.

París, 11 de octubre de 1942

Domingo. Por la tarde he ido a la Rue de Bellechasse. Acaso por última vez he cruzado el umbral que da paso a aquella escalera, en cuya caja de color amatista noto siempre una especie de ahogo, cual si me hallara ante grandes misterios. Al atravesar el umbral he visto que también su piedra contiene muestras del pequeño caracol cuya visión me ha deleitado con tanta frecuencia en esta ciudad.

París, 12 de octubre de 1942

Dormido muy mal, lo que hay que atribuir sin duda a la enfermedad. Pero lo que no puedo hacer es darme de baja por enfermo en el preciso momento en que voy a emprender viaje a Rusia. En mi vida he tenido ya varias veces esas coincidencias; uno se encuentra entonces en una situación forzada.

En el correo una carta de Umm-el-Banine, autora tártara que me envía su novela *Nami.* Mientras hojeo el libro cae al suelo un hermoso muguete prensado. De su tallo de color gris oscuro salen diez campánulas amarillas que parecen estar recortadas en recio y viejo papel de cartas.

Suresnes, 13 de octubre de 1942

Otra noche en que he dormido mal; por la mañana he ido a que me viese el comandante médico, el cual me ha aconsejado una corta permanencia en el hospital militar de Suresnes, que acabará antes de que arribe la orden de partida. No hace mucho que he llegado aquí. Paso el tiempo en parte echado en la cama y leyendo, en parte mirando por la ventana, que ofrece una vista del Mont Valérien. Casi toda la vegetación que lo recubre está todavía verde, pero acá y allá aparecen también manchas amarillas y otras que van del rojo cobrizo al rojo de fuego. El Fuerte, el viejo *Bullerjan* [El Buey Alborotador], como lo llamaban los soldados alemanes de la guerra de 1870, está envuelto hasta arriba en una vegetación verde.

Por cierto que de las imágenes vistas en el sueño de la última noche sigo acordándome de la siguiente: me hallaba de pie con mi padre en la sala de estar de nuestra casa, también estaban allí otros hermanos y hermanas; uno de ellos pataleaba en el cesto de la ropa. Yo quería hacer una observación sobre aquello y me dirigía en varias ocasiones a mi padre, pero este, adrede, aparentaba no oírla. Por fin conseguía introducirla en la conversación.

—Mamá y tú no habéis conseguido en ninguno de nosotros la combinación óptima. Lo deduzco de las virtudes que veo en el conjunto de nosotros, pero que no se hallan reunidas todas en ninguno.

El viejo sopesaba durante algunos segundos mis palabras; sus ojos de químico miraban al vacío. Luego encendía con sequedad:

—Pues es posible que en eso tengas razón.

Y otras cosas por el estilo, que me hubiera gustado apuntar. Pero temía desvelarme demasiado si encendía la luz.

Melancolía maligna. Ayer regresó Rehm de su permiso, así es que no me faltará quien me haga los recados.

Suresnes, 14 de octubre de 1942

A última hora de la tarde ha venido a visitarme la Doctoresse, que me ha traído unas zinnias encarnadas. No cesó de importunarme hasta que acudí a consultar al comandante médico. También ha celebrado una consulta con el médico jefe de este hospital.

Más cosas a propósito del sueño de ayer: mi escrito sobre la muerte tendría quizá que comenzar con un capítulo que subrayase la naturaleza fortuita de nuestra vida individual. No existiríamos si nuestro padre se hubiera casado con otra mujer o si nuestra madre se hubiera casado con otro hombre. Aun supuesta la existencia de ese matrimonio, hemos sido escogidos de entre millones de gérmenes. Somos, pues, unas combinaciones fugaces de lo Absoluto — nos parecemos a números de lotería que salen premiados; y los premios que con letras del destino están escritos en los números nos son pagados con billetes terrenales, como los talentos de que habla la parábola y que debemos hacer fructificar.

De esto cabría inferir que, en cuanto individuos, somos imperfectos y que ni nos es adecuada ni nos resulta soportable la eternidad. Antes por el contrario, es preciso que cambiemos regresando a lo Absoluto, y esa es precisamente la

posibilidad que la muerte nos ofrece. La muerte tiene una forma externa y una forma interna; a veces esta última se hace también visible en el difunto, en su fisonomía. La muerte posee un *mysterium* propio, que es de más peso que el *mysterium* del amor. Llevados de la mano de la muerte nos convertimos en mistos, en iniciados en los Misterios. La sonrisa de la sorpresa es espiritual, pero sus rayos se reflejan también en el mundo de los cuerpos, en las facciones del rostro del moribundo.

También, sobre esto, los apuntes que tengo tomados acerca de la rueda de la fortuna y acerca de la esfera numerada.

Lectura: Paul Bourget: *Voyageuses,* un ramillete de novelas cortas; con ellas el autor se presenta de tal manera que no anima a repetir. A través de la gruesa piel de lo convencional se araña apenas el fruto de lo auténticamente humano.

Luego he seguido hojeando las miniaturas chinas, de las que me ha llamado la atención la descripción de un vendedor de serpientes. En el fondo de una cesta hay un cazo lleno de sopa de víbora, y encima de él, una vasija que contiene serpientes vivas. Igual que en las viejas oficinas de fármacos de Occidente, también aquí se atribuye una especial virtud curativa al disfrute de esa comida en caso de peligro de muerte. La serpiente, animal de tierra y de la Tierra, es un gran medicamento.

Una vez más he visto mencionados en esta obra los diarios del emperador Kang-Hi, cosa que me ha ocurrido ya varias veces en el curso de mis lecturas de estos últimos años; son unos diarios que desde hace mucho tiempo anhelo conocer. La fuerza de atracción de una razón como esa sigue operando por encima de los imperios y de los siglos.

También he continuado la lectura del Libro de Isaías, el aedo en la catástrofe, sobre la cual «susurra como un arpa su corazón». Un buen vidente también para nuestro tiempo.

Mi tendencia a alejarme de una persona cuando siento amor por ella — es como si su imagen se hubiera desarrollado dentro de mí con tanta fuerza que ya no se compadeciese con su cercanía corporal.

El varón que mata a su amada escoge el camino inverso — para poseerla del todo, borra su retrato. Quizá los inmortales se conducen de esa manera con nosotros.

La muerte en común es siempre un acto lleno de significado — en *Axel*, de Villiers de l'Isle-Adam, está descrita de un modo muy bello. En esto Kleist se parece a alguien que tiene prisa; se lleva consigo a la primera persona que encuentra.

«Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» Esto vale también para el mal ladrón — solo que no está permitido decirlo en voz alta.

Suresnes, 15 de octubre de 1942

Mala noche. Soñado con médicos a los que había consultado en mi vida; también con un médico imaginario cuya sala de consulta me resultaba especialmente familiar. Tras despertarme he necesitado mucho tiempo para separar de la realidad aquella apariencia; tal vez el carácter preciso de este sueño se debiera al recuerdo de visiones oníricas anteriores.

Por la mañana muy deprimido, pero lleno de fuerza espiritual; esto lo he notado en la curvatura de bóveda con que se ofrecían a mis ojos los árboles verdes y amarillos del jardín.

Luego continuado la lectura del Libro de Isaías; Isaías es un profeta que vive esplendorosamente en estampas de aniquilación. Su visión básica es la visión de la destrucción del mundo histórico, de las viejas ciudades, de los viñedos y campos de labor, y el triunfo de lo elemental; en lo último hay una recuperación y una preparación para la construcción nueva e indestructible en el espíritu divino. Eso que los seres humanos y los imperios parecen ser aquí en ocasiones a los ojos interiores, eso lo serán realmente alguna vez.

Cabría ver ese mundo de imágenes como una especie de cultivo por amelgas trienales: cultivo terrenal, barbecho, fru-

to espiritual. La parte central del tríptico, la época yerma, es de una belleza peculiar, está pintada por un experto en desiertos floridos y en selvas llenas de gérmenes de vida. A ese campo ha aplicado Dios su jalón.

Me he pesado y he visto que he adelgazado mucho. Sin embargo, la balanza con que hoy por la mañana he pesado mi peso espiritual ha sido la estampa de los árboles. No es la primera vez que coinciden en mi vida la marea baja del cuerpo y la marea alta de las imágenes — como si la enfermedad hiciera visibles ciertas cosas que de ordinario permanecen ocultas.

Por la tarde visita de Valentiner y de la Docteresse. Esta ha colocado encima de mi mesa una cattleya de color violeta; su labio inferior es rizado y su cáliz, de color amarillo vainilla. Resulta curiosa la manera como, cuando realiza su trabajo en mi habitación, la pequeña enfermera de Holstein, que ve con agrado que yo lea la Biblia, evita con un rodeo esa flor, como si fuera un insecto que diera que pensar.

Suresnes, 16 de octubre de 1942

Otra noche agitada, atribulada. En uno de los sueños me hallaba en compañía de Friedrich Georg dentro de una habitación que tenía el suelo de porcelana blanca. Las paredes estaban recubiertas de ladrillos de vidrio; había en aquella habitación también unos recipientes cilíndricos, hechos unos de cristal y otros de arcilla; su forma y su tamaño eran parecidos a los de nuestros calentadores de baños.

Allí nos entregábamos mi hermano y yo a un juego consistente en tirar bolas de cristal, que eran del tamaño del *Symphoricarpus albus*, la «baya de nieve». Pero solo una bola de cada diez tenía la misma blancura que el fruto de esa planta; las demás eran incoloras y resultaban invisibles cuando iban volando por el aire. Al dar en el suelo producían un ruido seco; luego, al rebotar en las paredes y en los recipientes, formaban con sus ángulos y sus rectas unas figuras matemáticas. La trayectoria de las bolas invisibles nos pro-

ducía un deleite imaginario, en tanto que las bolas blancas se parecían a hilos conductores cuya red otorgaba una ligadura sensible a aquel juego demasiado espiritual, demasiado abstracto.

Pensamiento: aquella era sin duda una de las celdas interiores, ingrávidas, del monasterio del mundo del trabajo.

Continuado la lectura del Libro de Isaías; además, los aforismos de Lichtenberg y los *Parerga,* de Schopenhauer, dos confortadores antiguos, garantizados, en tiempos de miseria. He realizado esas lecturas caminando de un lado para otro en mi habitación; de mi boca pendía la sonda que me han introducido en el estómago.

El juicio de Lichtenberg sobre Jean Paul: «Llegará a ser grande cuando comience otra vez desde el principio».

Aunque, referido al individuo, este juicio presupone algo imposible, apunta, sin embargo, a la fuerza espermática, productora de retoños, que hay en la prosa de Jean Paul. En no pocas de las narraciones de Stifter brotan esos retoños. Siempre he lamentado que Hebbel no pudiera «comenzar otra vez desde el principio», sobre todo para que elevase sus diarios a una potencia superior.

Decimos: «Esto es tan claro como que dos y dos son cuatro». Pero no: «... como que uno es igual a uno».

La primera fórmula resulta desde luego más evidente; el escollo del principio de identidad se encuentra ya a sus espaldas.

Contra el reproche de que no siga utilizando ciertas expresiones que yo mismo acuñé hace años y que luego se han vuelto corrientes; por ejemplo, la palabra *total:*

«En tiempos de inflación se retira de la circulación el oro».

De una carta mía a Grüninger, al cual le hacen gracia estas réplicas.

Suresnes, 18 de octubre de 1942

Domingo. Por la mañana se encontraba envuelta en niebla la punta de la torre Eiffel.

De Friedrich Georg me llegó ayer una carta en la que habla sobre todo de su lectura del Libro de Isaías; por lo que en ella dice veo que comenzó a leerlo casi al mismo tiempo que yo. Así es como se tienden entre nosotros no pocos hilos invisibles.

Visita de Charmille, que me ha traído flores. ¿Qué es lo que en ella me atrae tanto? Probablemente la naturaleza de niña que en ella he descubierto. Tropezamos con personas que despiertan en nosotros la necesidad de colmarlas de regalos — ese es el motivo por el que lamento no haber sido bendecido con bienes terrenales.

Hasta última hora de la tarde no se dejó ver el Sacré-Cœur; unas veces refulgía desde lo alto de su colina y otras aparecía borroso, envuelto en una bruma de color violeta. Ese edificio tiene en sí algo de fantasmagórico: su magia reside en esa distancia en que el ser humano lo ve como símbolo de lo milagroso que dentro de él mismo está vivo.

Suresnes, 20 de octubre de 1942

Por la noche acosos violentos: *la frousse.* Luego vienen los balances: desde Carlomagno hasta Carlos V; desde la Reforma hasta los disturbios que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

Estaba pescando con caña a orillas del mar y capturaba con ella una tortuga de gran tamaño; una vez que la había sacado a tierra, se me escapaba y se ocultaba con rapidez debajo del suelo. Mientras la perseguía, no solo ocurría que yo me lesionaba con el anzuelo, sino que, además, de la tortuga venían arrastrándose hacia mí una especie de repugnantes bichos marinos, los cuales corrían sobre mi cuerpo con sus muchas patas. Era la primera vez en que se me aparecía la tortuga como una figura del sueño, y enseguida lo ha hecho de un modo muy lleno de significado.

Al mediodía me han dado de alta; en mi cartilla militar han puesto «Gastritis catarral». La Doctoresse, que había temido algo peor, se ha alegrado de que el diagnóstico fuera ese y ha vuelto a hablar con el médico jefe, al que conoce de la clínica de Bergmann. Ha venido Rehm a recogerme y me ha llevado al Hotel Majestic, para hacer allí los preparativos del viaje.

París, 21 de octubre de 1942

He leído las actas del proceso contra Damiens en un volumen que se publicó ya en 1757; el atentado había ocurrido en enero de ese año. El resumen histórico que hace las veces de introducción del libro contiene también la descripción exacta de su espantosa ejecución.

El comportamiento de Luis XV durante la agresión a su persona fue regio; señaló al autor, al que reconoció porque era el único que llevaba cubierta la cabeza, ordenó que lo arrestasen y prohibió que se le causase ningún daño.

Cenado en la Rôtisserie Nique; allí he jugado luego al billar americano.

París, 22 de octubre de 1942

Mala noche. *La frousse.* Dado que ahora me resulta imposible darme de baja por enfermedad, he ido a consultar a un médico francés que vive en la Rue Newton. Con sus palabras de aliento este médico me ha sido muy útil — mucho más que los médicos del hospital militar con todos sus aparatos. Cuando se enteró de que estoy a punto de salir para Rusia no quiso aceptar ninguna clase de honorarios. He hablado por teléfono con el caballero Von Schramm.

Por la tarde en la tienda de Morin, para revolver por última vez en los libros; he pasado allí una hora deliciosa en su pequeña librería de viejo. Mientras revolvía libros he descubierto el escrito de Magius que venía buscando desde hace mucho tiempo, *De tintinnabulis,* encuadernado con otro tratado, *De equuleo.* Luego *De secretis*, de Weckerus, que es una verdadera mina. El *Viaje a España*, de Swinburne, encuader-

nado en tafilete rojo. Finalmente, entre otras cosas, el proceso contra Carlos I de Inglaterra, en el que estuve hojeando la descripción de su ejecución; en ella se condujo el rey con mucha dignidad, pero como si estuviera por encima de las preocupaciones materiales, tal el pasajero de un barco que de pie en la escalerilla se despide de sus amigos y de su séquito antes de emprender la travesía.

Me faltará el mundo de los libros; en él he pasado horas preciosas, oasis en el mundo de la aniquilación. La caminata por las dos orillas del Sena es así algo perfecto en su género; el tiempo transcurre sin fatiga. Difícilmente cabría imaginar mejor ese paseo; si los libros fueran gratis, tal caminata no sería, ni de lejos, lo muy bella que es. También el agua del río contribuye a ello.

Cenado en la Rôtisserie Nique; allí, conversación sobre el pequeño Alcor, el jinete que cabalga en la lanza del carro. Mientras hablábamos, una breve alarma, con algunos disparos en la oscuridad. He vuelto a jugar al billar americano, de pie ante aquellos laberintos en que el recorrido de la bola de níquel va encendiendo lámparas eléctricas y sumando números. Es la vieja partida del destino, solo que aquí aparece vestida con un ropaje técnico.

París, 23 de octubre de 1942

Me he despedido de Kossmann y del comandante en jefe, el cual me ha dicho que siempre me tendrá reservada en su Estado Mayor una pequeña celda, como la que tuvo Lutero en la Wartburg. He encontrado más amables a todos; tal vez esto fuera tan solo un reflejo de mi propia moral, que ha mejorado. «El mundo es opinión», dice Marco Aurelio. El general es una de esas personas que han entrado en mi vida como un regalo inesperado, en el momento en que me resultaba difícil respirar. Ha permitido que se difundieran aquí libros míos que ya no pueden ser impresos en la patria, y sin duda es mucho lo que aguarda de mí.

He dedicado la mañana a hacer entrega a Neuhaus de los asuntos corrientes; las demás cosas las he guardado en la ca-

ja fuerte, cuya llave me llevo.

También en son de despedida he estado en una iglesia: Saint-Pierre de Chaillot. Tomé como una buena señal la circunstancia de que la escalinata del templo estuviera cubierta con una alfombra de color rojo y el gran portal se hallara adornado con cortinajes. Pero estaba cerrado, y tuve que entrar por una puerta lateral. Al salir lo encontré abierto; lo crucé distraído y, una vez fuera, vi que estaba adornado y dispuesto de aquella manera para recibir un cadáver. El carácter laberíntico de esta figura me puso de buen humor; en ella encontré una ironía que era superior a la socrática. *Rebus,* «con las cosas» — esa podría ser una divisa para un escudo de armas.

Una vez más en la Rue du Faubourg-Saint-Honoré; cuando se camina por ella, se camina sobre muestras de alfombra del pasado. También he estado en la Rue de Castiglione, donde he comprado un sello de anillo, en recuerdo de esta jornada.

Resulta extraña la frecuencia con que en mis paseos se me aparece, desde que soñé con ella, la imagen de la tortuga. Estamos rodeados por la totalidad de los signos, pero los ojos eligen siempre muy pocos tan solo.

Despedida de Charmille en la Rôtisserie Nique, en las proximidades de la Place des Ternes. Alarma; por suerte duró poco, pues de lo contrario habría perdido el tren de Berlín.

Kirchhorst, 24 de octubre de 1942

Cruzado Colonia al mediodía; desde el vagón restaurante he visto sus barrios destruidos. En su aniquilación las casas aisladas y las hileras de edificios irradiaban una sombría grandeza de palacios. Uno se desliza junto a esas cosas como si pasara junto a un mundo extraño, más frío: ahí es donde tiene su residencia la Muerte.

También Düsseldorf ofrecía un aspecto triste. Las ruinas recientes y los muchos parches rojos que aparecían en los tejados indicaban que allí había llovido fuego. También este es otro de los escalones que llevan al americanismo; en lugar de nuestras antiguas cunas tendremos esas ciudades que idean los ingenieros. Pero tal vez en las ruinas pasten rebaños de ovejas, como se ve en antiguas estampas del Foro de Roma.

A última hora de la tarde me recogió Perpetua en la estación. Scholz ha estado ahorrando gasolina durante mucho tiempo para poder hacer este viaje. A Rehm lo he enviado a Magdeburgo, para que pase allí los días de permiso con su mujer.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1942

En Kirchhorst, donde me siento menos inclinado a escribir anotaciones. Lo que aquí hago es recargar las pilas; tal vez sea eso lo mejor que de un lugar pueda decirse.

Una vez llegado a Kirchhorst he notado que los libros, las cartas, las colecciones me causaban fastidio por su abundancia. Enseguida exigían que me ocupara de ellos; esto me ha hecho ver con claridad, sencillamente por el cansancio que me embargaba, que todas las cosas viven y dependen del interés, de la responsabilidad espiritual y física que por ellas se siente. *Poseemos* gracias a una virtud especial, a una especie de fuerza magnética. La riqueza es, en este sentido, no solo un don, sino que es también una dote, un talento, que se corresponde con el círculo a que nosotros podemos *llegar*. Es decisivo el hecho de que la mayoría de la gente sea interior-

mente incapaz de riqueza, incapaz incluso de una posesión muy modesta. Si, pese a todo, a esa gente le cae desde fuera riqueza, vuelve a escapársele de las manos y no deja rastro. O tal vez le trae incluso desgracia. De ahí que resulte insustituible la riqueza antigua; en ella se transmite por herencia al hijo y al nieto no solo el don, sino la dote, el talento de llevarla y utilizarla con libertad.

Dieta, también de las cosas y de los bienes que atraemos hacia nosotros. De lo contrario, en vez de facilitarnos el camino de nuestra vida, lo que ocurre es que recae sobre nosotros el papel de guardianes, de criados, de custodios.

El tiempo es otoñal; en ocasiones es gris, luego vuelve a brillar el sol. El claro color amarillo oro de los chopos que se levantan al borde de la carretera que lleva a Neuwarmbüchen armoniza bellamente con el cielo azul pálido que recubre con su bóveda nuestro modesto paisaje.

Kirchhorst, 5 de noviembre de 1942

Por la noche sueños de antiquísimos sistemas de cavernas en Creta; en ellos pululaban soldados como hormigas. Una carga explosiva acababa de llevarse por delante a millares de ellos. Hasta el momento de despertar no caí en la cuenta de que Creta es la isla del Laberinto.

Día de niebla. Sobre la col rizada de color rojo fuego se había depositado en densas orlas el rocío; recordaba aquellas burbujas plateadas con que el aire deposita perlas sobre las algas marinas de color rojo oscuro que hay en las profundidades marinas. Brockes fue el primero en ver esto — su *opus* contiene muchas pruebas del modo en que de la gravedad barroca va alzándose una nueva consciencia de la Naturaleza; a veces ambas cosas son casi indiscernibles: los tiempos se entretejen así como se entretejen los colores en el cuello de las palomas, en la materia que cambia de reflejos.

Pensamiento: la Naturaleza ha olvidado los animales del hidrógeno, unos animales más ligeros que el aire, los cuales flotarían en la atmósfera como lo hacen las ballenas sobre las

olas. Al pasar enseguida a la solución del vuelo, que es una solución más elegante, nos ha dejado a deber los auténticos gigantes.

A propósito de la costumbre de tocar madera cuando queremos conjurar un mal augurio. Es probable que tenga un origen episódico; sin embargo, tales usos suelen propagarse tan solo cuando les es inmanente también una fuerza simbólica. Esta podría consistir, en este caso, en el carácter orgánico de la madera; al tocarla tocamos algo que ha ido creciendo de manera viva. Trasladado esto al destino, a lo que nosotros queremos referirnos es al tiempo de la vida y a su disposición, que se contraponen al mecanismo muerto de los segundos, al *tempus mortuum.*

El vaso que se rompe, y que es símbolo de suerte, podría interpretarse por analogía con lo anterior: rotura de la forma mecánica y liberación del contenido viviente.

Kirchhorst, 6 de noviembre de 1942

Friedrich Georg me escribe desde Überlingen una carta en que me habla de azucenas y del *Eremurus,* del cual ha plantado dos bulbos en el jardín de Leisnig. Con gran alegría me entero de que ha terminado no solo una nueva colección de poemas, sino también un segundo escrito de asunto mitológico, *Los titanes,* y de que trabaja bien. A veces, en horas alegres, siento frente al destino no solo la gratitud del ser humano que ha sacado un premio en la lotería, sino que siento también asombro, el asombro de que me haya caído además un segundo premio de igual cuantía que el primero, el premio de nuestra hermandad.

A última hora de la tarde, con niebla y llovizna, a través de los campos solitarios, en los que brillaban débilmente a lo lejos borrosos grupos de árboles, y, entre ellos, las viejas granjas, las grises arcas con su cargamento de hombres y animales.

Acabado: Louis Thomas: *Le Général de Galliffet,* en un ejemplar que está enriquecido con un autógrafo de su autor

y otro del propio general. Galliffet ofrece un ejemplo modélico del temperamento sanguíneo, el que cuadra a un buen soldado de caballería y, en especial, a un jefe de húsares — el temperamento de alguien que ha de moverse y tomar decisiones con más rapidez, con más ligereza, con más ímpetu que los demás. El optimismo propio del sanguíneo se lanza con viveza hacia sus objetivos, unos objetivos, ciertamente, que en la mayoría de los casos se hallan en el primer plano, en un círculo reducido de visión. De ahí que también el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, envíe por delante a esos caracteres cuando es preciso realizar una acometida rápida — eso es lo que hizo con Galliffet en Sedán y también durante las rebeliones. Galliffet es típico también en lo que respecta a la brutalidad moderna, al redescubrimiento de las condiciones zoológicas. México le ofreció en esto una escuela preparatoria.

Mientras leía este libro me ha venido a las mientes un plan que tengo ya de antiguo: la descripción de la figura en la cual el orden va sumergiéndose de izquierda a derecha en el derecho que es propio de la Naturaleza, primero con el ala tribunicia y luego con el ala senatorial, con Mario y Sila, con Marat y Galliffet. Quisiera atreverme alguna vez a escribir una breve tipología de la historia — a describir las piedrecitas que se mueven en el caleidoscopio.

¿Qué le faltó a Galliffet para llegar a convertirse en un Sila, qué lo diferenciaba de un Boulanger?

Proseguido con Chamfort, al cual leo en pequeñas dosis; sus máximas son más agudas y más difíciles de digerir que las de Rivarol.

Por la mañana recogido zanahorias, apios y rábanos colorados; he llevado la cosecha al sótano. Cuando realizamos ese trabajo en la Tierra sentimos cómo retorna a nosotros la salud.

Kirchhorst, 9 de noviembre de 1942

Por la mañana sueños de ataques aéreos en tiempos futuros. En medio del fuego iba volando por encima de una población un grupo compacto de aviones del tamaño de la torre Eiffel; junto a ellos se alzaba una construcción parecida a la torre de una estación de radio, en cuya plataforma se hallaba de pie, envuelto en un largo capote, un observador. De vez en cuando tomaba notas y luego las arrojaba en cartuchos de humo.

Por la tarde el entierro de la anciana señora Colshorn. Me ha llamado la atención, como me ocurre siempre en tales ocasiones, el grupo de entre cinco y siete hombres de mediana edad vestidos con levita y chistera: son los *paitres* de Kirchhorst. Dado que el ayuntamiento no posee coche fúnebre, son los vecinos los que llevan a hombros el ataúd al cementerio. Esto se anuncia con la siguiente frase: *Jur Vadder mot mit an'n Sarg faten* [es preciso que tu padre ayude a llevar el ataúd],

A última hora del día visita de nuestros vecinos; pero en el preciso momento en que comenzaba a animarse la conversación han sonado en Hannover las sirenas de alarma. Concentración en la habitación de abajo, con abrigos y maletas, como en el camarote de un barco que corre peligro de naufragio. El comportamiento de la gente durante estos ataques ha cambiado; en él se refleja la mayor proximidad de la catástrofe.

Por la ventana veía yo los proyectiles rojos y de varios colores que desde la Bult, la llanura cercana a Hannover, eran lanzados contra la capa de nubes; también veía el convulso fogonazo de los disparos y las llamas de los incendios en la ciudad. Nuestra casa tembló en sus cimientos varias veces, aunque las bombas caían a gran distancia de aquí. La cercanía de los niños otorga a estos acontecimientos un rasgo más opresivo, más sofocante.

Kirchhorst, 10 de noviembre de 1942

Por lo que se oye decir, el ataque de ayer fue realizado únicamente por unos quince aviones. Mucho más que esto

me preocupa a mí el desembarco de los norteamericanos en el norte de África. El tipo de interés por la historia contemporánea que observo en mí es el propio de una persona que se ve envuelta no tanto en una guerra mundial cuanto en una guerra civil mundial. Por ello me encuentro involucrado en unos conflictos que son del todo diferentes de los conflictos de los Estados nacionales que luchan entre sí. Estos últimos tienen que ser cursados de manera accesoria.

Berlín, 12 de noviembre de 1942

Por la mañana, partida, acompañado de mi madre y de Perpetua. Le he mostrado a mi hijo pequeño, en son de despedida, un hermoso pato que cerca de la parada estaba nadando con gran contento en un charco. En ningún otro momento de mi vida he emprendido un viaje de este modo, sin tener ninguna idea ni de cómo transcurrirá ni de cuáles serán las posibilidades de sacar fruto de él; me parezco a un pescador que en un día de invierno echa su red en unas aguas turbias.

Durante el viaje estudios fisonómicos. El fino, casi imperceptible rasgo de experiencia que he visto rodear las comisuras de los labios de una chica joven. Así es como deja señalados sus arañazos el placer, cual si lo hiciera con diamantes.

A última hora de la tarde en Dahlem; nos hospedamos en casa de Carl Schmitt.

Berlín, 13 de noviembre de 1942

Viernes, 13 de noviembre. Por si fuera poco, la primera nieve del año. Por la mañana paseo con Carl Schmitt por Grunewald.

Berlín, 15 de noviembre de 1942

Lectura de la revista *Zalmoxis,* que toma su nombre de un Heracles escita mencionado por Heródoto. En ella he leído dos artículos, uno sobre los usos que es preciso observar en la extracción y consumo de la raíz de mandrágora, y otro titulado *«Symbolisme aquatique»,* el cual comenta las relaciones que existen entre la Luna, las mujeres y el mar. Ambos

artículos son de Mircea Eliade, el director de la revista, sobre el cual me ha dado informes detallados Carl Schmitt, así como también sobre su maestro, René Guénon. Resultan instructivas las relaciones etimológicas entre las conchas y las partes genitales femeninas, tal como aparecen en la palabra latina *conca* y en la danesa *kudefisk,* que significa «concha», donde *kude* es sinónimo de *vulva.*

El plan que se perfila en esta revista es prometedor; se intenta en ella, en vez de la escritura lógica, una escritura de imágenes, una escritura figurada. Esto produce una impresión de caviar, de huevas de peces. Hay fertilidad en cada una de las frases.

También me ha regalado Carl Schmitt un libro de De Gubernatis, *La mytologie des plantes.* Su autor era hace sesenta años catedrático de sánscrito y de mitología en Florencia.

A última hora de la tarde paseo por Dahlem, que estaba a oscuras; durante él hemos estado hablando sobre las «consignas para cada día» de los Hermanos Moravos, sobre los cuartetos, las poesías de cuatro versos, escritos por Nostradamus, sobre Isaías y sobre las profecías en general. Que las profecías se cumplan y que lo hagan en espacios de tiempo muy distintos, esa es la señal en que se reconoce la auténtica virtud profética de las visiones. Aquello que el vidente ha contemplado en los elementos se repite como en un caleidoscopio en el correr de los tiempos. La mirada del vidente no se posa en la historia, sino en la sustancia, no en el futuro, sino en la ley. De ahí que se considere con razón el mero conocimiento de hechos y de conjuntos de hechos futuros como señal de una inteligencia enfermiza y de una magia inferior.

Más tarde hemos ido todavía a hacer una visita a Popitz; en casa de este he encontrado también a Sauerbruch, el cirujano. Conversación sobre la diferencia entre la autoridad militar y la autoridad médica; ambas se conjuntan más o menos en el médico militar que está de servicio y dan ocasión tam-

bién a conflictos. Después, sobre la gran edición de clásicos antiguos que pretende llevar a cabo el ministro.

Sauerbruch se marchó pronto, para ir a visitar a un teniente al que un proyectil ruso ha destrozado la pelvis. Dijo que poco es lo que aquí puede hacer el arte; en el mejor de los casos, los trozos volverán a pegarse, como los pedazos de una vasija de barro.

«Pero una visita en medio de la crisis podría quizá tener repercusiones favorables sobre el paciente.»

Lötzen, 17 de noviembre de 1942

Ayer, a las nueve de la noche, partida en tren desde la Estación de Silesia, a la cual me acompañó Perpetua. En la sala de espera estuvimos todavía sentados un rato. Junto al vagón, mi hermano Physicus y también Rehm, al que he tenido que dejar aquí. Poco después de la partida me quedé profundamente dormido y no desperté hasta bien entrada la mañana, en Masuria. He encontrado en esta zona un algo de corzo, un toque modesto y misterioso, con la parda piel de su tierra y los serenos ojos de sus lagos.

Durante el día, en los campamentos situados en los bosques que rodean a Angerburg y a Lötzen; en ellos he estado procurándome salvoconductos y pasajes para el viaje. Ahora me encuentro en Lötzen, en una habitación bastante descuidada de un hotel.

Lötzen, 18 de noviembre de 1942

Me he quedado en Lötzen, pues estaban ocupadas todas las plazas del avión que salía para Kiev. Con motivo de un accidente aéreo ocurrido hace tres días y que fue provocado por el hielo, han reducido el número de plazas.

Por la mañana en el desnudo cementerio; por la tarde en el museo, que, más que eso, es decir, un edificio dedicado a las Musas, es un Heroon, un edificio consagrado a los héroes; en efecto, en él están reunidos sobre todo recuerdos de los combates que se libraron en Prusia oriental en 1914. Me ha resultado desagradable la estancia allí; todas esas cosas

son todavía demasiado recientes, están dentro de nuestro tiempo. El cuerpo de aquella guerra no se ha reducido aún a podre. A ello se añade la espectral resurrección de muchas de las cosas que allí aparecieron. Fantasmas en los cementerios.

Lötzen, 19 de noviembre de 1942

Por la mañana en el aeródromo; pero otra vez han vuelto a suprimir un cierto número de plazas, por causa del tiempo que hace. También mañana habré de quedarme aquí.

Antes de almorzar di un corto paseo por los campos; durante él estuve observando dos cogujadas delante de un granero abandonado.

Pensamiento: en los viajes tendríamos que estar igual de bien abrigados que lo están esos pájaros por su plumaje. Con mucha frecuencia he sentido envidia de ellos, al verlos posados, cada uno en su rama, en el bosque nevado; solitarios, pero no abandonados. De igual manera que a ellos se les ha dado el plumaje, así se nos ha dado a nosotros nuestra aura espiritual, la cual nos protege de la pérdida del calor. El ser humano afianza y conserva esa aura mediante las oraciones; ya por ese solo motivo son estas para él de un valor inapreciable.

Por la tarde el coronel Dietrichsdorf me ha conducido a Widminnen, donde estábamos invitados por un camarada que posee una finca en aquel lugar. Ya era casi de noche; había allí un tranquilo lago que, hacia el lado por donde se pone el sol, estaba envuelto en unos vapores de color gris y violeta, y, hacia la parte por donde sale, mostraba una delicada superficie, un espejo de frío color verde. Abedules jóvenes bordeaban el lago; sus blancos troncos refulgían sobre el fondo gris suave de la espesura que los rodeaba.

Café y montañas de pasteles nos dieron la bienvenida en Widminnen. Luego estuvimos bebiendo un licor denominado *Bärenfang* [atrapaosos], que es una mezcla de miel y alcohol. Según dicen, la miel atrae al goloso, al cual luego el al-

cohol deja atontado. Durante la cena hicieron aparición las salchichas, las pechugas y los muslos de ganso cocidos. A ello se agregaba la charla, que también estaba dedicada en su mayor parte a las buenas cosas comestibles. En estas provincias del Este la vida gira más lenta, más pesada, más soñolienta; en ellas son más cómodos los goces. Estamos acercándonos a las zonas de los osos.

Nuestro anfitrión era un gran cazador; de los animales disecados que había en su cuarto me ha llamado la atención un grajo de los pinos, que yo no había visto nunca antes; un pájaro de color gris, con manchas claras y un ribete claro en la cola, colores apropiados para moverse en la luz crepuscular de los bosques de abeto nórdicos.

Lötzen, 20 de noviembre de 1942

Por la mañana paseo alrededor de la fortaleza de Boyen; sus dentadas fortificaciones están rodeadas por una corona formada por un ralo bosque de abedules y alisos; en las desnudas copas de los árboles revoloteaban bandadas de cornejas cenicientas. Durante ese paseo he subido a la colina que queda a orillas del lago; en su cima hay un gran crucifijo de hierro, levantado en memoria de Bruno von Querfurt, un misionero que murió martirizado en estas tierras el 9 de marzo de 1009.

Lectura: continuado con el Libro de Jeremías. He hojeado además un poco *La mort et ses problèmes,* de Henri Bon. En este libro he encontrado citada la tétrica opinión de Parménides, el cual atribuye capacidad perceptiva a los cadáveres; según Parménides, estos siguen teniendo sensibilidad para el silencio, el frío, la oscuridad. Al leer aquello se me vino a la cabeza el modo inquietante como vi que se transformaban, durante nuestro avance a través de Francia, las caras de los caballos caídos.

A última hora de la tarde, ya oscuro, de nuevo a orillas del lago; a través de las nubes brillaba la luna. Me he sentido interiormente más fuerte y con ello, al mismo tiempo, más curioso de saber cómo transcurrirá este viaje.

Kiev, 21 de noviembre de 1942

Despegue del avión a las nueve; había bancos de nubes a baja altura y nevaba ligeramente. Una vez más he vuelto a ver, ahora desde lo alto, los lagos que rodean a Lötzen, con sus orlas de abedules y de pálidos cañaverales. Luego campos; estaban cubiertos por una delgada capa de nieve, de manera que bajo aquel manto se divisaba el color pardo de la tierra y el verde de los sembrados. Más tarde aparecieron bosques de pinos y amarillentas zonas pantanosas; en estas últimas se veía un trenzado de venas de agua que brillaban azules en la escarcha; también se veía la negra tierra grasa de las turberas. Entremedias, en grandes extensiones, o en islotes de un color pardo verdoso, las tierras cultivadas, con poblaciones concentradas o bien extendidas en fila a lo largo de las carreteras. Las barracas o establos se hallaban como dormidos; pero las huellas de pisadas en la nieve, dispuestas en forma radial a su alrededor, delataban que sus habitantes habían ido ya a recoger heno, paja o provisiones a los henares, pajares o silos.

Sobre el mediodía se espesaron las nubes y el avión volaba a poca distancia del suelo. Me había adormilado un poco cuando un cambio de postura hizo que me despertase; en aquel momento vi salir del capó del motor una larga llama de color encarnado pálido. Al mismo tiempo el avión picaba hacia el suelo, pero no, como yo creía, porque se hubiera incendiado un carburador, sino porque habíamos llegado a Kiev. Al ver aquella llama el asombro y el espanto fundiéronse en una especie de atención petrificada. Algo conocido de antiguo se despierta entonces en nosotros.

Después del aterrizaje estuve hablando con el piloto sobre el accidente aéreo ocurrido una semana antes en aquella misma pista. El avión quedó completamente quemado; los cadáveres de los pasajeros aparecieron apretujados contra la puerta, que se había cerrado herméticamente.

En Kiev me han dado alojamiento en el Palace-Hotel. A pesar de que en los lavabos faltan las toallas, en el despa-

cho la tinta, en las escaleras algunos peldaños de mármol, se dice que es el mejor hotel que existe en la Rusia ocupada. Tampoco salía agua de los grifos, ni caliente ni fría, por muchas vueltas que se les diese. Lo mismo ocurría con los sifones de los retretes. De ahí que la fetidez inundase completamente aquel Palace-Hotel.

He aprovechado la hora que quedaba antes de que cayera la noche para dar un paseo por las calles de esta ciudad; al cabo de ese tiempo he vuelto de buena gana al hotel. De igual manera que existen en la Tierra países encantados, así llegamos a conocer otros en los que ha triunfado el desencantamiento y no ha dejado tras de sí el menor rastro de lo maravilloso.

Rostov, 22 de noviembre de 1942

Anoche compartí la habitación con un joven capitán de artillería, el cual, cuando comenzó a apretar el frío, me cubrió con su capote a pesar de mis protestas. Al despertarme vi que él se había contentado con una delgada manta. También ahuyentó a una rata de gran tamaño que se había colado por una de las grietas de las paredes del hotel y lanzado a comer de mis escasas provisiones.

Me despertaron muy de madrugada. Despegue del avión hacia las seis, con un tiempo brumoso. El vuelo nos llevó sobre los gigantescos campos cerealistas de Ucrania; en algunos sitios seguían amarilleando los rastrojos, pero en la mayor parte brillaba ya la tierra, fresca y oscura. Pocos árboles; en cambio, con frecuencia, gargantas de varios ramales, profundamente excavadas por el agua. Su visión hacía pensar que la tierra de buena calidad penetra hasta una profundidad enorme y que solo está cultivada su capa superficial, delgadísima.

Hacia las nueve en Stálino y una hora más tarde en Rostov. Aquí el tiempo se volvió tan inseguro que el piloto pensó que lo prudente era llevar todavía el correo hasta Voroshílovsk, pero dejar aquí a los pasajeros, con tanto mayor mo-

tivo cuanto que se había formado ya una espesa costra de hielo en el fuselaje del aparato.

Tomé la decisión de continuar por tren, al día siguiente, mi viaje a Voroshílovsk y me alojé en el Hogar del Oficial. Así es como llaman aquí a uno de tantos edificios abandonados, en cuyas habitaciones hay filas de colchonetas de paja tendidas en el suelo y cuyos pasillos huelen que apestan.

Paseo por la ciudad; se repitieron aquí las mismas imágenes de desencantamiento. En Río de Janeiro o en Las Palmas o en otras muchas riberas marinas mis paseos se asemejaban a melodías bien compuestas; aquí, en cambio, las disonancias penetraban en el ánimo y lo ofendían. Vi a unos cuantos niños andrajosos que estaban jugando; su juego consistía en deslizarse por una pista de hielo. Aquello me causó el mismo asombro que causaría a alguien el ver en el Hades una luz de color.

La única mercancía que está a la venta son las negras pipas de girasol, que las mujeres exponen sobre unos cestos planos en los umbrales de los calcinados edificios. En las copas de los árboles de las avenidas, en medio de las concurridas calles, me llamaron la atención colonias de nidos de cornejas.

Por desgracia no he venido bien equipado; no me imaginaba que cosas tan vulgares como los espejos de bolsillo, las navajas, el hilo de coser, las cuerdas, fueran aquí objetos preciosos. Por fortuna tropiezo una y otra vez con personas que me prestan ayuda. No raras veces son lectores míos; considero que su ayuda es uno de los capitales que poseo.

Rostov, 23 de noviembre de 1942

Por la mañana en el Hogar del Soldado, donde he conseguido que me dieran un plato de sopa.

Cambiado dinero; los billetes rusos llevan todavía la efigie de Lenin. Para calcular el cambio la empleada se servía de un ábaco de toscas bolas, que con gran agilidad hacía saltar de un lado para otro. Según me dicen, estas máquinas de aquí

no son como las que usan nuestros niños; quien sabe manejarlas obtiene el resultado antes que si utilizase lápiz y papel.

Por la tarde en uno de los pocos cafés a los que les está permitido vender géneros libremente; un trocito de pastel cuesta en ellos dos marcos, y un huevo, tres. Uno se entristece también al ver a los seres humanos que aguardan adormilados; es como si estuvieran en salas de espera de estaciones antes de emprender un viaje hacia un destino horrible. Y los que están aquí sentados son todavía unos privilegiados.

Una vez más observaciones callejeras; y, de nuevo, la impresión del Oriente desencantado. Los ojos han de habituarse a las cosas más desagradables que cabe imaginar, no encuentran ningún oasis, ningún sitio en que reposar. Las únicas cosas que están en buen estado son las técnicas — los ferrocarriles, los automóviles, los aviones, los altavoces, y, desde luego, también todo aquello que forma parte del mundo de las armas. Falta completamente, en cambio, lo relacionado con la esfera de lo orgánico, faltan los alimentos, los vestidos, el calor, la luz. Y faltan asimismo, en mayor medida todavía, los niveles superiores de la vida, la alegría, la felicidad, el buen humor, la benevolencia, la generosidad, el arte. Y esto ocurre en uno de los suelos más ricos que hay en la Tierra.

Parece que se repite una y otra vez la historia de la Torre de Babel. Pero aquí no se ve ya la Torre en el momento en que estaba siendo construida, sino después de que se derrumbase, después de la confusión de las lenguas. En la construcción de estas obras racionales va siempre incluida, empotrada, su horrorosa destrucción. Son de una frialdad que atrae el fuego, igual que el hierro atrae el rayo.

Los huecos de las ventanas de los incendiados palacios del trabajo y de las oficinas están calcinados con un color rojo en su parte superior, allí donde los atravesó la pura llama; a ambos lados se dibujan las negras alas del humo. Los techos están hundidos; de las desnudas paredes cuelgan radiadores de calefacción. De los sótanos asoma una maraña de retorci-

das varas de hierro, y en los montículos de ceniza escarban en busca de restos de madera unos desharrapados niños armados con pinchos. Se camina por un mundo de escombros en el que las ratas están como en su casa.

En lo que se refiere a la industria, lo único que se ve, además de las vendedoras de pipas de girasol, son chiquillos con cepillos de limpiar el calzado o muchachos que se han construido con sus propias manos unos carritos para acarrear el equipaje a los soldados. Prefieren que se les pague con pan o con cigarrillos en vez de con dinero.

La vestimenta roza el disfraz; parece que los seres humanos se colocan encima de su cuerpo todas las prendas que poseen y que no se las quitan ni para dormir. Los abrigos que se ven son raros; abundan, en cambio, unas grandes blusas acolchadas que, ciertamente, en la mayoría de los casos se caen a pedazos, como todo lo demás. Las cabezas van cubiertas por unas gorras con orejeras o con alas enguatadas; también se ve con frecuencia la gorra soviética, cuya tela de color pardo arenoso forma en lo alto del cráneo una especie de punta parecida a la de los cascos. Casi todas estas personas, y especialmente las mujeres, llevan sacos a la espalda; su aspecto suscita la impresión de una existencia apesadumbrada, agobiada bajo el peso de muchas cargas. Sus movimientos son rápidos, agitados, pero no tienen una finalidad visible; se parecen a los de un hormiguero en el que alguien hubiera hurgado.

En medio de eso aparecen muchos uniformes, también húngaros y rumanos, y otros que yo no había visto nunca, como los de los voluntarios ucranianos o los del servicio local de seguridad. Al caer la noche se oyen disparos en los desolados terrenos cercanos a la estación donde antes se alzaban fábricas.

Por la tarde fueron retenidos unos soldados con permiso que estaban aguardando sus trenes para marchar a sus hogares y se los reenvió al frente, en unidades formadas a toda

prisa. Se dice que los rusos han roto nuestras líneas al norte de Stalingrado.

Voroshílovsk, 24 de noviembre de 1942

A última hora de la tarde proseguí mi viaje; primero fui hasta Kropotkin, adonde llegamos hacia las cuatro de la madrugada. Allí estuve durmiendo encima del mostrador de la sala de espera hasta que salió el tren que iba a Voroshílovsk. En apenas dos días me he habituado a la existencia en compartimientos atestados de gente, en salas frías, sin agua, sin servicio, sin comida caliente. Pero veo a otros a los que las cosas les van peor que a mí; por ejemplo, los rusos, que viajan de pie, expuestos al aire helado, en vagones de mercancías desprovistos de techo o en los simples estribos.

La ruta cruza la fértil estepa bañada por el río Kubán. Los campos están segados, pero en la mayoría de ellos no se ha vuelto a sembrar. Su extensión es enorme, la vista no alcanza a descubrir sus límites. En la llanura sin árboles de esta estepa álzase acá y allá un grupo de silos, depósitos o graneros en los que brillan montañas de grano dorado o pardo, como una potencia superior a la que se hubiera elevado la buena tierra merced a su fertilidad. Aún resultan visibles las huellas del cultivo del trigo, del maíz, del ricino, del girasol y del tabaco. Las orillas del terraplén del ferrocarril están cubiertas de una reseca y parda vegetación de cardos y de otras compuestas; también se encuentra una planta que se parece a un equiseto o «cola de caballo», pero que tiene la forma y las dimensiones de un pequeño abeto. Me ha recordado aquellas flores de té japonesas que, cuando yo era niño, diluía en agua caliente; y también ahora intenté adivinar muchas de las variedades de aquella flora haciéndolas florecer en mi imaginación.

Ya había caído la noche cuando llegamos a Voroshílovsk. Me alojo en la sede de la GPU, la policía política soviética, un edificio de dimensiones gigantescas, como todo lo que forma parte de la policía y de las prisiones; aquí me han asignado un pequeño cuarto que contiene una silla, una me-

sa y una cama; pero lo más importante es que están intactos los cristales de la ventana. También he encontrado un pedazo de espejo roto y así he podido afeitarme. Después de las experiencias de estos últimos días me doy cuenta del valor que es inmanente a tales cosas.

Voroshílovsk, 25 de noviembre de 1942

El tiempo es lluvioso; las calles están cubiertas de barro. De modo que provisionalmente quedaré inmovilizado aquí. Algunas calles que he recorrido me han causado una impresión más grata que todas las demás cosas vistas hasta ahora. Sobre todo, los edificios del tiempo de los zares irradian todavía un poco de calor, mientras que los enormes bloques construidos por los soviéticos aplastan la tierra en un amplio círculo a su alrededor.

Por la tarde he subido a la colina en que se alza el templo ortodoxo, un edificio bizantino toscamente construido, que tiene ya medio derruida la cúpula de su torre. Por lo general, en los edificios antiguos se transparenta el elemento bárbaro, el cual produce, sin embargo, un efecto más agradable que la nulidad abstracta de la nueva arquitectura. Aquí cabe decir con Gautier: *La barbarie vaut mieux que la platitude,* donde la mejor traducción de *platitude* sería *nihilismo.*

Acabada la comida se presentó en la mesa el teniente general Von Kleist, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos. Ya lo conocía de mis años de Hannover. Conversación sobre el general francés Giraud, que ahora tiene el mando en Túnez. Parece que inmediatamente después de su fuga dijo Hitler que todavía eran de aguardar cosas desagradables de ese hombre.

Las voces de las mujeres, y en especial las de las muchachas, no son melodiosas, pero suenan agradables. En esas voces hay escondidas fuerza y jovialidad; uno cree estar escuchando la vibración de una cuerda profunda de la vida. A lo que parece, los cambios habidos en las construcciones y en los esquemas resbalan sobre estas naturalezas sin llegar a producir excoriaciones en ellas. Esto mismo fue lo que me

sorprendió también en los negros suramericanos: su alegría profunda, intacta todavía después de generaciones de esclavitud. Por cierto que el capitán médico Von Grävenitz me ha contado que en los reconocimientos médicos se descubre que la gran mayoría de las muchachas de aquí son vírgenes. Eso es algo que es visible también en sus fisonomías, y resulta difícil decir si donde puede leerse tal cosa es en sus frentes o en sus ojos — es el fulgor plateado de la pureza, que baña su rostro. Su luz no tiene el brillo propio de la virtud activa, sino que es más bien una luz refleja, como la de la luna. Justo por ello se adivina cuál es el sol que produce tal luz serena.

Voroshílovsk, 26 de noviembre de 1942

Grandes nevadas, con fuertes vientos. Para llegar a tener una visión de conjunto de la población he intentado, como primera medida, subir a la torre de la iglesia, pero me he encontrado con que los peldaños de la parte superior de la escalera estaban casi carbonizados. Por ello me he limitado a echar una mirada en redondo desde media altura y luego me he dirigido a un bosque no muy espeso que había descubierto de ese modo. Por desgracia resultaba imposible caminar por él, así es que hube de contentarme con el goce que me produjo la visión de una bandada de pájaros que se escurría ágilmente a través de los arbustos y los setos. Aquellos animales tenían un aspecto semejante al de nuestro carbonero común, pero me parecieron de mayor tamaño y de colores más vivos.

En el almuerzo he visto al comandante Von Oppen, que es hijo del que fue jefe de mi regimiento en la Primera Guerra Mundial. Entre otras cosas hemos hablado de la poesía *Der Taurus* [El Tauro], dedicada por Friedrich Georg a la memoria de su padre, el cual reposa en aquel lugar.[1]

Por la tarde vacunación contra el tifus petequial. La vacunación no deja de ser un acto notable; a mí antes me gustaba compararla con el bautismo, pero su analogía más exacta en el mundo eclesiástico es tal vez la comunión. En ella nos aprovechamos de la experiencia viva que otros han ido acu-

mulando para nosotros: con sus sacrificios, con su enfermedad, dejándose morder por serpientes. La linfa del cordero que ha padecido por nosotros. Los milagros están prefigurados y contenidos en la materia — son su realización suprema.

A última hora de la tarde el teniente coronel Schuchardt ha estado explicándome sobre un mapa la situación creada en estos días por la brecha que los rusos han abierto en el Grupo de Ejércitos vecino al nuestro. El golpe ha destruido en primer lugar los sectores del frente ocupados por los rumanos y ha conducido luego al cerco del VI Ejército. Es preciso avituallar por vía aérea esa bolsa hasta que se pueda tender por tierra un puente hacia ella. La vida en esas zonas cercadas por la aniquilación plantea exigencias extremas; en su modo de estar amenazada, la vida en ellas se asemeja a la vida en las ciudades antiguas sitiadas, en las que no cabía aguardar gracia ninguna. Esto mismo es cierto también en el plano moral; durante semanas y meses se ve a la Muerte acercarse desde lejos. Muchas cosas quedan reducidas así a su justa proporción, pues las estructuras que se han dado los Estados muestran aquí su otra cara.

Voroshílovsk, 27 de noviembre de 1942

Por la mañana en el museo municipal, que fue fundado ya en tiempo de los zares; contiene principalmente una colección de zoología, la cual ha quedado deteriorada por el paso de los años. Así he visto allí unas serpientes descoloridas por el sol que se enrollaban en torno a unas ramas cual si fuesen fantasmas blancos y escamosos; también he visto otras serpientes encerradas en vasos, las cuales, por haberse evaporado el alcohol que antes había en ellos, se han secado y convertido en momias. Pero era visible que, en otro tiempo, todas aquellas cosas fueron colocadas con cariño en sus sitios. El experto nota eso en pequeños detalles; un librito que me saltó a la vista, *Acta Societatis Entomologicae Stauropolitanae,* 1926, indicaba que en aquella ciudad habían existido grupos

de aficionados locales. El nombre antiguo de Voroshílovsk es Stávropol.

De los animales disecados me llamaron la atención dos que eran bicéfalos — una cabra y un ternero. En la cabra la malformación había dado como resultado una especie de cabeza de Jano; en el ternero, en cambio, habíanse formado dos hocicos, pero únicamente tres ojos; el sobrante estaba situado en la frente, como el de Polifemo. Esta fusión de elementos no dejaba de tener una cierta elegancia estética; daba la impresión de ser una combinación bien meditada, la impresión no tanto de una criatura zoológica cuanto de una mitológica.

Por cierto que sería una hermosa tarea, tanto para los estudiosos de las ciencias naturales como para los estudiosos de las ciencias del espíritu, el trabajar sobre el «bicefalismo». Sin duda se llegaría aquí a la conclusión de que ese fenómeno está coordinado con las esferas inferiores de la vida, con aquellas que confinan o bien con el reino de lo vegetal o bien con el reino de lo demoníaco. Las ventajas que cabría imaginar en el bicefalismo, como, por ejemplo, una especial espiritualidad estereoscópica o la posibilidad de mantener diálogos de un género inaudito consigo mismo, nos han sido proporcionadas a los humanos, de un modo más simple y más genial, por la conformación bilateral de nuestro cerebro. Los hermanos siameses no son seres que estén aliados, sino seres que se hallan encadenados el uno al otro.

A pesar de la hora aún temprana vi en el museo un cierto número de visitantes que, de pie ante las vitrinas, las miraban con atención. Estuve observando, por ejemplo, a dos mujeres; iban vestidas con ropas de campesinas y conversaban entre ellas acerca de los objetos que allí había; algunos de estos parecían divertirlas mucho, como una concha de color rosa que estaba armada de unas largas púas, igual que los erizos.

A última hora de la tarde, cenado con el subjefe de Estado Mayor encargado de la intendencia, el teniente coronel Mer-

ck, un hombre que se distingue por esa inteligencia precisa, objetiva, que es peculiar de estos organizadores de los avituallamientos. Servían a la mesa con mucha gracia dos muchachas coreanas que eran hermanas. Conversación con el capitán Dietloff, el cual estuvo aquí al frente de una gran hacienda agrícola antes de la guerra; hablamos de los cultivos y de las cosechas que son posibles en estas tierras. Es enorme su fertilidad; pero esta se extiende también a las plagas, como ocurre siempre en estos casos. Hay vientos helados que en pocos minutos destruyen los cereales cuando están en plena floración; y hay también el hongo llamado «roya del grano», que durante la cosecha levanta unas nubes de polvo tan espesas que ciegan a los caballos; y hay además legiones de langostas, y de escarabajos sanjuaneros, y de cardos cuyo tallo llega a alcanzar el grosor del brazo de un hombre. Especialmente temido es también un arbusto espinoso que, cuando ha crecido, se cierra formando una bola; una vez que se ha podrido la raíz, esa bola va rodando por los campos, empujada por los vientos del otoño, y esparce de esa manera sus semillas.

Voroshílovsk, 29 de noviembre de 1942

Por la mañana en el mercado, un mercado grande, lleno de gente, pero con muy poco género. Los precios son los propios de los tiempos de escasez extrema. Tres marcos he pagado por una pequeña bobina de hilo, la misma que en Francia veía ofrecida, no hace aún tanto tiempo, por unos pocos céntimos. Alrededor de un mendigo que estaba cantando y al que habían vendado poco antes el muñón de su brazo se agolpaban los oyentes; a lo que parecía, lo que escuchaban con tanto interés no era tanto la música cuanto la letra, que iba explayándose con lentitud. Un cuadro homérico.

Luego pasó un entierro por delante de donde yo estaba. Lo precedían dos mujeres, portadoras de una cruz de madera con una corona enrollada a ella; venían luego otras cuatro mujeres, las cuales llevaban a hombros la tapa del ataúd, como si fuese una barca adornada de flores. El ataúd propia-

mente dicho lo portaban cuatro hombres jóvenes que sostenían unos lienzos; en él yacía la difunta, una mujer de unos treinta y seis años, de cabellos oscuros y rasgos faciales muy pronunciados. La cabeza reposaba sobre flores, y junto a sus pies, en la parte delantera, estaba un libro negro. Ya en la isla de Rodas tropecé en una ocasión con esta costumbre de la Iglesia ortodoxa de exponer por última vez el ser humano a la luz; es una costumbre que me agrada; es como si la persona estuviera todavía consciente y, antes de descender a las tinieblas, quisiera despedirse.

En estos días me ha venido otra vez a la cabeza el plan de un nuevo trabajo: *El sendero de Masirah.* El narrador, Othfried, comienza su relato en el instante en que acaba de cruzar el gran desierto y descubre señales de la proximidad de la costa. Aparecen primero plantas halófilas, así como langostas y serpientes — un mundo vegetal y animal que parece brotado de la seca arena. Luego vienen zarzas en flor y, finalmente, palmeras y vestigios de antiguos asentamientos humanos. Pero es una región desolada y muerta; de vez en cuando el camino pasa junto a ciudades destruidas; hay brechas en sus muros y delante de estos se alzan en la arena grandes máquinas de asedio.

Othfried está en posesión de un mapa dibujado por Fortunio; ese mapa describe, a medias con palabras en él escritas y a medias con jeroglíficos topográficos, la ruta que conduce a Gadamar, donde Fortunio ha encontrado una mina de piedras preciosas. El estudio de aquel mapa resulta dificultoso — y así, Othfried hubiera preferido tomar la vía marítima, pero se vio obligado a viajar siguiendo la senda que se le había prescrito, ya que cada indicación estaba ligada a la siguiente como lo está un eslabón a otro en una cadena. Al parecer, lo que Fortunio proponía al propietario del mapa era una tarea, la coronación de la cual es el hallazgo del tesoro. Las figuras de la tarea son al principio aventuras, pero luego

se refieren a las dotes espirituales y acaban transformándose en exámenes éticos.

Othfried, que noche tras noche desdobla aquel extraño mapa como quien extiende el fuelle de un acordeón, habría abandonado muy pronto su empresa si no fuera porque continuamente le daba nuevos ánimos la contemplación de una piedra preciosa, un ópalo, que Fortunio le había entregado como muestra; aquel ópalo tenía la forma y el tamaño de un huevo de oca y poseía una profundidad mágica, como de nubes de colores. En él se veían, cuando se lo contemplaba largo tiempo, unos juegos mágicos, así como imágenes del futuro y del pasado. La mina de piedras preciosas proviene de los tiempos fabulosos de la Tierra, da un último testimonio de la hoy desaparecida sobreabundancia que hubo en la Edad de Oro.

El sendero de Masirah, que Othfried ha de atravesar junto con quienes lo acompañan, se alza a una horrorosa altura sobre los rompientes de la costa y representa una de las figuras éticas. Su historia, su topografía. Tallado en la lisa roca, es tan angosto y abrupto que no ofrece espacio más que justamente para el pie de un solo hombre o la pezuña de un solo mulo. No resulta visible en su totalidad; y, para que no se encuentren en él frente a frente las caravanas que viajen en sentido contrario, hay en cada uno de sus extremos una especie de púlpito desde el cual la gente anuncia a gritos su propósito de atravesarlo. Othfried omite aquel aviso; también lo omite, por desgracia, un grupo de judíos de Ophir, que vienen de la otra parte. Los dos grupos se encuentran con sus mulos sobre el abismo en el lugar más estrecho, más horrible. La mera idea de dar la vuelta pone espanto en el corazón. ¿Cómo se soluciona el conflicto, que amenaza con tener como fin la caída al abismo de uno de los dos grupos o incluso de los dos?

Al meditar sobre este asunto mientras iba caminando por el mercado me pareció que era una pena recortar de él un único episodio; sería apropiado para hacer una descripción

del camino de la vida en general. El mapa tendría entonces que reflejar el destino, el cual estaría escrito en él como lo está en las rayas de la mano. La mina de piedras preciosas es la ciudad eterna descrita por san Juan en el *Apocalipsis;* ella es la meta que sirve de premio al camino. De este modo se podrían introducir muchas cosas en este asunto.

No cabe duda de que esta inspiración me asalta en el instante menos apropiado de todos, y hoy he dejado de lado la primera página que había escrito. Acaso lleguen alguna vez tiempos mejores, más libres, para esto.

Voroshílovsk, 30 de noviembre de 1942

En el cementerio, el más abandonado que yo haya visto nunca en mi vida. Ocupa una superficie rectangular y está cerrado por un muro semiderruido. Llamativa la ausencia de nombres; no se ven apenas inscripciones ni en las losas cubiertas de musgo ni tampoco en las cruces de san Andrés erosionadas por el tiempo; esas cruces están talladas en una blanca piedra caliza de color pardo dorado. En una de aquellas cruces, es verdad, creí poder descifrar la palabra *patera,* escrita en caracteres griegos; me hizo pensar en Kubin y en Perla, su ciudad de sueños; muchas eran las cosas que aquí me recordaban esa ciudad.

Sobre las tumbas han crecido espesos matorrales; también proliferan por todas partes los cardos y los lampazos. En medio de todo aquello han sido excavadas nuevas fosas, en forma aparentemente caprichosa, las cuales no están señaladas por ninguna cruz, ni de madera ni de piedra. Solo huesos viejos blanquean sobre el removido terreno. Por allí estaban desparramadas, como en un puzle, vértebras, costillas, tibias; también vi una verdosa calavera infantil que yacía junto al muro.

El regreso, por los deteriorados barrios de las afueras. En la arquitectura de los edificios, en el perfil de los rostros, en innumerables detalles, casi siempre imponderables, captan los sentidos un eco de Asia, un atisbo asiático. Esto lo percibí de manera especial al ver cómo cruzaba sus manos sobre el

vientre un chiquillo, con una postura peculiar. Tales cosas residen en los elementos, cual una irradiación sutil que llega de allende lo visible. El tercer ojo, ese ojo parietal cuya huella parecen haber encontrado los doctos, era quizá el ojo destinado a ver las Protoimágenes, las imágenes primordiales; en aquellos tiempos los hombres veían las tierras, los animales, las fuentes y los árboles como Figuras, de igual manera que hoy los ven como superficies y cuerpos.

Voroshílovsk, 1 de diciembre de 1942

Visita al Instituto de la Peste, que trabaja con científicos y empleados rusos. El riquísimo suelo de esta tierra es también un Eldorado para epidemias y enfermedades tales como la fiebre ucraniana, la disentería, el tifus, la difteria y una especie de ictericia epidémica cuyo virus no se ha encontrado todavía. Se dice que la peste retorna cada diez años; hizo acto de presencia en 1912, en 1922 y en 1932; según eso, este año sería el momento de que volviera a presentarse. Se propaga a través de las caravanas que llegan de la zona de Astracán. Va precedida de muertes masivas de roedores, que la anuncian. Cuando esto ocurre, el Instituto envía una expedición compuesta de zoólogos, bacteriólogos y recolectores para que la investiguen con más detenimiento. El avance de la epidemia es observado y combatido por un cordón de estaciones secundarias llamadas «granjas de la peste». Se pone especial cuidado en exterminar a las ratas; para llevar a cabo esa tarea existen unos cazadores especializados, los «desratizadores», que están presentes en todas las granjas colectivas, los *koljozi.*

Conversación con el director científico del Instituto, el profesor Hach, con el que me he sentido a gusto. Esta relación de hombre a hombre, que un francés calificaría de *humana,* tiene en el caso de los rusos una coloración diferente, una coloración elemental; procede de aguas más profundas. La amabilidad, que en Francia es producto de un esfuerzo refinado, de una actividad psíquica, aquí descansa más bien en

la lasitud; posee un toque más femenil, pero también más oscuro, más amoral.

Al profesor Hach lo han castigado con esa forma suavizada de destierro que se denomina «menos seis», esto es, no le está permitido residir en ninguna de las seis ciudades más importantes del país.

Dado que en el Instituto de la Peste se obtienen también grandes cantidades de suero para vacunas, fue puesto bajo protección inmediatamente después de que llegasen aquí las tropas alemanas. Para que se aprovisionase de víveres le fue asignada una granja colectiva, un *koljoz,* en el cual el Estado ruso empleaba y alimentaba hasta aquel momento a ochocientos enfermos mentales. El servicio de seguridad los mató, con el fin de dejar así libre la finca para el Instituto. En ese rasgo se delata la tendencia del técnico a sustituir la moral por la higiene, de igual modo que sustituye la verdad por la propaganda.

Voroshílovsk, 2 de diciembre de 1942

El hálito del mundo de los desolladores resulta a veces tan perceptible que mata completamente las ganas de trabajar, de modelar imágenes y pensamientos. Las malas acciones tienen un carácter sofocante, deprimente; la campiña humana se torna inhóspita, como si en ella se ocultase carroña. En la vecindad del crimen las cosas pierden su magia, su olor y sabor. El espíritu se fatiga con las tareas que se había propuesto y que lo ocupaban y reconfortaban. Mas es precisamente contra eso contra lo que hay que luchar. Los colores de las flores que brotan en la mortífera cresta no deben palidecer para nuestros ojos ni aun cuando se hallen a un palmo del abismo. Esa es la situación que yo describo en mi libro *En los acantilados de mármol.*

Voroshílovsk, 4 de diciembre de 1942

Tiempo brumoso; a última hora de la tarde aclaró al punto de que era posible adivinar, más bien que ver realmente, las estrellas a través de un velo.

Las pipas de girasol que aquí están a la venta en todas partes. Son de color negro, con una fina raya blanca. Se ve a personas de todas las edades, tanto viejas como jóvenes, mordisquearlas sin cesar; para ello se las introducen con un rápido movimiento en la boca y las cascan ágilmente. Escupen luego la cáscara y devoran la pequeña semilla. Esto parece ser, por un lado, un pasatiempo, como el fumar, pero, por otro lado, una especie de alimentación homeopática. También se asevera que son esas pipas las que proporcionan a las mujeres de aquí los firmes pechos que poseen. Se camine por donde se camine, el suelo está siempre cubierto de cáscaras de pipas de girasol arrastradas por el viento; uno parece estar siguiendo la pista de animales roedores.

En mi trato con los seres humanos observo que el dirigirme a los niveles medios, ya sea de la inteligencia o ya sea del carácter, no se me da bien; en cambio, no me produce casi ninguna dificultad el relacionarme con naturalezas muy simples ni tampoco con las muy desarrolladas. Me parezco así a un pianista que tocase únicamente las teclas extremas de su instrumento y que, en cuanto a las demás, hubiera de arreglárselas de cualquier manera. O bien campesinos y pescadores, o bien personas de primerísima calidad. Las relaciones usuales consisten en una dificultosa traducción a lo cotidiano, en un andar hurgando en los bolsillos en busca de calderilla. Con frecuencia tengo la impresión de estar moviéndome en un mundo para el cual no estoy suficientemente equipado.

Voroshílovsk, 6 de diciembre de 1942

Domingo; tiempo glacial y despejado. También, cubierto el suelo de una delgada capa de nieve. Por la mañana fui a pasear por el bosque y al mirar aquel tenue manto de nieve pura me acordé del curioso verso que en otro tiempo murmuró Perpetua en nuestra mansarda de Leipzig, en el momento de despertarse:

Es schneet der Wind das Ärgste zu...

[El viento cubre de nieve las peores cosas…]

En aquella época vivíamos en un estudio. A través del techo de cristal veíamos por la noche el girar de las estrellas, y, en invierno, el suave caer de los copos de nieve.

Los cuadros ofrecidos por el bosque han sido un poco más alegres que los de la ciudad. Me crucé allí con unas campesinas que portaban unas pértigas largas, curvas, al extremo de las cuales se bamboleaban cubos de agua o pequeños fardos. También da alegría el contemplar los yugos que llevan los caballitos *panje;* cuando estos se ponen a trotar, los yugos saltan y bailotean sobre sus cuellos. Todas estas cosas traían a la memoria tiempos antiguos, la antigua abundancia. Uno siente lo que la abstracción ha arrebatado a este suelo y siente también cómo podría volver a florecer bajo el sol de un poder que fuera benevolente y paternal. Sobre todo cuando oigo hablar a la gente de aquí, con unas vocales en las que resuena una alegría profunda, una risa suave, me acuerdo de los días de invierno en que por debajo del hielo y de la nieve se oye murmurar a los manantiales.

Terminado: el Libro de Jeremías, cuya lectura comencé en Suresnes el 18 de octubre. Mi viaje va atravesando el Libro de los Libros y el mundo móvil proporciona los ejemplos.

Las visiones de Jeremías no resisten la comparación con las de Isaías, el cual es incomparablemente superior a aquel en fuerza. Isaías describe el destino del universo, mientras que Jeremías es el profeta de las coyunturas políticas. En cuanto tal, desempeña una función importante; es el vidente que tiene el encargo de serlo, es el instrumento más fino de la inspiración nacional. En Jeremías están todavía unidas, indivisas, las fuerzas propias del sacerdote, del profeta y del estadista. En la derrota no ve la catástrofe cósmica, la cual provoca espanto, pero también placer, sino que ve el fracaso político, el naufragio del Estado, consecuencia del apartarse del orden divino.

La situación a que Jeremías se ve confrontado es la situación de amenaza procedente de Nabucodonosor, cuyo poder sabe él apreciar de manera diferente y más exacta que el rey. Es en esa situación en la que aconseja a Selecías, pero sin éxito. A nosotros nos faltan ojos para ver las dificultades que encierra su ministerio, pues se nos han vuelto extrañas las teocracias. Para poder apreciar esas dificultades habría que comparar el cometido de Jeremías con el de un vidente agraciado con el don de la profecía y empleado en la Corte prusiana, el cual, hacia 1805, conociese de antemano no solo el desenlace de 1806, sino también el de 1812, y, provisto de ese saber, hubiese aconsejado al rey que combatiese a Napoleón. En casos como ese se tiene en contra no solo al grupo partidario de la guerra, sino también al populacho. De ahí que nunca se valorará bastante la audacia con que actuó Jeremías; esa audacia tiene como presupuesto que no existía la menor duda acerca del hecho de su conexión con Dios. Eso era lo que le proporcionaba su seguridad.

Voroshílovsk, 7 de diciembre de 1942

Ayer fue para mí un día significativo: tuve un atisbo de lo que significa: «Eso eres tú». Desde hace años, desde Suramérica, no me había sobrevenido un influjo como ese.

¿Habrá acaso influencias geográficas, o, mejor dicho, geománticas, sobre el carácter? Quiero decir: ¿habrá influencias de ese tipo no solo sobre las costumbres, cosa que ya vieron Pascal y Stendhal, sino también sobre nuestro fondo esencial? Si así fuera, podríamos experimentar en otras latitudes primero una disolución y luego una recristalización. Tal cosa sería la correspondencia de las transformaciones corporales: primero somos recibidos con fiebres y luego nos cae en suerte una salud nueva. Ciudadanos del mundo, cosmopolitas en el sentido más alto de la palabra lo seríamos si lo que a nosotros nos modelase y formase fuese el globo terráqueo en su totalidad. Ese es el estado al que son elevados desde sus naciones los dominadores del mundo; la leyenda de la procreación cósmica de Alejandro Magno roza eso. Un rayo cae so-

bre su madre, sobre el seno de la Tierra. Los grandes poetas, como Dante en sus peregrinaciones y Goethe en su *Diván de Oriente y Occidente*, aluden a eso en el plano del espíritu. También lo hacen las religiones universales, con la excepción del islam que está demasiado ligado a un determinado clima. El sueño de san Pedro con los animales — el hecho de comerlos simboliza la incorporación de reinos y países de este mundo.

Por la noche brillaban las estrellas, fulgían las grandes constelaciones con una luz que yo solo he visto en el sur. Ese sentimiento de frialdad enorme que nos sobrecoge ante tal espectáculo, ¿habrá sido ya perceptible en otros tiempos? Hasta ahora, donde más claramente lo he encontrado descrito ha sido en algunos versos de Friedrich Georg.

En el sueño estaba atareado con muchos asuntos; pero lo único que de él me ha quedado ha sido la imagen que precedió al despertar: un automóvil cuyo capó llevaba como mascota un pequeño gorgojo, el *Curculio nucum* o gorgojo de la nuez. El animal tenía allí el tamaño de un cordero y brillaba transparente a la luz del sol, como si fuera un asta del color de la madera del cerezo, veteado de rojo. El estallido de siete bombas que un aviador ruso lanzó a la hora del alba me despertó en el instante en que estaba admirando aquella figura.

También la mañana fue resplandeciente, ninguna nubecilla empañaba el azul espacio celeste. Subí al campanario de la iglesia; sobre su basamento cuadrado se alza una torreta octogonal y, sobre esta, una bola aplastada de forma de cebolla. Por vez primera abarqué con la mirada la población en su conjunto, con sus dilatadísimos barrios rectangulares de casas bajas, de las cuales sobresalen acá y allá algunos edificios gigantescos de nueva construcción: cuarteles o sedes de la policía. Para poder construir tales bloques fue preciso, pues, hacer morir a millones de seres humanos.

Inmediatamente delante de las puertas de la ciudad parecía alzarse el monte Elbrús, con su doble cima y sus laderas nevadas, las cuales brillaban a la luz de la mañana como si

fueran de plata; y, sin embargo, ese monte se encuentra a varias jornadas de marcha de aquí. A su lado parecía minúscula la doble cadena del Cáucaso, en la cual se eleva. Hacía ya mucho tiempo que la Tierra no me hablaba con un cuadro como ese, obra de las manos, trabajo de Dios; hoy ha vuelto a hacerlo.

En el camino de vuelta a casa pasé junto a un grupo de prisioneros que, vigilados por unos centinelas, estaban trabajando en la carretera. Los prisioneros habían extendido sus abrigos al borde del camino y quienes por allí pasaban depositaban a veces sobre ellos una limosnita. Vi allí billetes de banco, rebanadas de pan, cebollas y uno de esos tomates que en estas tierras se ponen en vinagre cuando aún están verdes. Ha sido el primer rasgo humano que me ha saltado a los ojos en este paisaje, si prescindo de algunos juegos infantiles y de la hermosa camaradería mutua de los soldados alemanes. Pero aquí cooperaban todas las partes, los habitantes como donantes, los prisioneros como pobres, y los centinelas permitiendo la limosna.

Kropotkin, 9 de diciembre de 1942

Ayer por la noche, partida hacia el XVII Ejército con el tren correo; resultó ser un automóvil colocado sobre las vías del tren, que remolcaba un vagón de mercancías. Tras un breve recorrido nos quedamos parados sobre los raíles una buena parte de la noche, bajo una tempestad de nieve. Logramos reunir un poco de leña, y así estuvo calentándonos durante una o dos horas una pequeña estufa.

Por la mañana, llegada a Kropotkin; aquí he pasado el día entero aguardando el tren que debía llevarme a Beloréchenskaya. En el vestíbulo de la estación, grande y desnudo, estaban aguardando con impaciencia, igual que yo, muchos centenares de soldados. Permanecían de pie, reunidos en grupos silenciosos, o bien estaban sentados en sus equipajes. A ciertas horas se agolpaban delante de unas ventanillas en las que se repartía café o sopa. En aquella elevada sala se notaba la cercanía de las enormes fuerzas constrictivas que impelen a

los seres humanos, pero que aún no se revelan a sus ojos: el titánico poder helado. De ahí la impresión de que la voluntad está solicitada en todas sus fibras, mientras que la inteligencia permanece ociosa. Si se consiguiera tener una intuición pura de esto, en el cuadro de un pintor, por ejemplo, sería sin duda una gran distensión, un alivio. Pero tal cosa resulta imposible, como imposible resulta también el que ya en esta fase interprete los acontecimientos un gran historiador, o, mejor todavía, una novela. Pues ni siquiera se conocen los nombres de los poderes que están contendiendo entre sí.

Pensamiento al ver aquello: «No es posible restaurar la libertad en el sentido en que se la entendió en el siglo XIX, que es lo que muchos siguen soñando; la libertad ha de elevarse a la altura nueva y helada del proceso histórico y aun subir más arriba todavía: como un águila que sobrevuela las almenas que emergen del caos. También la libertad habrá de pasar por el dolor. Es preciso volver a merecerla».

Beloréchenskaya, 10 de diciembre de 1942

Partí de Kropotkin con quince horas de retraso, si bien es verdad que en estos lugares la palabra «retraso» pierde su significado. Es preciso instalarse de un salto en el estado vegetante, en el cual se cesa de sentir impaciencia.

Como llovía a cántaros, me permití dedicar un rato a la lectura en el compartimiento, a la luz de una vela. También con respecto a mis lecturas vivo ahora *à la fortune du pot* [a lo que salga], por cuanto me trago muchas cosas que en otras circunstancias me resultarían indigestas. Por ejemplo, en este caso, *Abu Telfan,* de Raabe, obra que me traje de Voroshílovsk y que ya oí ensalzar a mi abuelo, el maestro de escuela, sin que me entrasen especiales ganas de leerla. Las florituras retóricas que una y otra vez se repiten en esta prosa se parecen a aquellos adornos dorados, imitados del rococó, que se ven en los muebles de madera de nogal construidos por la misma época en que se escribió tal novela. Un ejemplo:

«Los álamos vuelven a mostrar que están en condiciones de proyectar una sombra muy larga».

Otro:

«La niebla blanca, que por desgracia ya utilizó líricamente el honesto *Mensajero de Wandsbeck,* se hacía notar igualmente en los prados».

Esta ironía provinciana es uno de los síntomas del siglo XIX; hay autores que parecen atacados de una sarna crónica. Pero en estos años nuestros no son únicamente seres humanos los que están cayendo, también están cayendo libros; se vuelven amarillos, como hojas bajo la escarcha, y llegará un día en que la gente se percatará de que se han hundido silenciosamente literaturas enteras.

He llegado a Beloréchenskaya a primeras horas de la mañana. Mientras aguardaba en el enfangado andén me puse a estudiar las constelaciones, que brillaban con un fulgor magnífico. Resulta extraño el hecho de que las estrellas cautiven nuestro espíritu de una manera nueva en el momento en que nos aproximamos al reino de los dolores. Es en este sentido en el que las menciona también Boecio en el último poema, el más bello, de su libro.

En la cama que me habían reservado encontré a dos conductores; su vehículo había quedado hundido en el fango. La barraca constaba de una sola habitación, dividida en dos partes por una gran estufa situada en el centro; en las otras dos camas que allí había dormían la dueña de la casa y una amiga suya. Una de ellas se pasó a la cama de la otra y yo ocupé el lecho caliente que de este modo quedó libre.

Almorzado con el comandante en jefe, el teniente general Ruoff, al que transmití los saludos de su predecesor, Heinrich von Stülpnagel. Conversación sobre las posiciones que ocupan nuestras tropas. Durante el primer invierno ruso fue el frío la mayor amenaza; ahora lo es la humedad, al menos en este sector del frente. La humedad desmoraliza más que el frío. Las tropas están instaladas en bosques húmedos, meti-

das casi siempre en simples agujeros abiertos en la tierra, pues el avance se detuvo hace solo tres semanas. La única protección de que disponen los soldados es la lona de tienda de campaña. Las crecidas han arrastrado los puentes de arroyos y ríos, de manera que está bloqueado el suministro de vituallas. Ni siquiera los aviadores pueden lanzar nada en aquellos bosques envueltos en nieblas. Las fatigas alcanzan así su límite extremo, aquel en que los hombres mueren de agotamiento.

Por la tarde he asistido al interrogatorio de un alférez ruso de diecinueve años que había caído prisionero. Tenía un rostro no acabado todavía de formar, un poco como de muchacha; lo cubría una suave pelusilla aún no afeitada nunca. El muchacho llevaba en la cabeza una gorra de piel de oveja y en la mano tenía un largo bastón de madera. Hijo de campesinos, había estado luego en una escuela de ingenieros; antes de ser hecho prisionero se hallaba al mando de una compañía de lanzagranadas. La impresión general que causaba —la de un campesino que se hubiese convertido en un mecánico — concordaba con las palabras que decía. Su manera de mover las manos era grave, como si estuviera sopesando las cosas; uno podía imaginar que aquellas manos no habían olvidado aún el trabajo de la madera, aunque ya se hubieran habituado al hierro.

Conversación con el oficial que lo interrogó, un hombre del Báltico; comparó a Rusia con un vaso de leche al que se le hubiera quitado la delgada capa de nata. Aún no se había formado otra, o bien la nueva no tenía buen sabor. Una imagen muy expresiva. Pero lo que cabría preguntarse es cuánta materia dulce está todavía sutilmente distribuida en la leche. En tiempos tranquilos podría volver a formar nata. Con otras palabras: ¿ha penetrado la cruel incisión de la abstracción técnica hasta lo más íntimo de la persona singular, hasta el fondo de donde brota el fruto? Yo me inclinaría a negarlo, basándome para ello en la mera impresión que me producen la voz y la fisonomía de las personas.

Recaída. Notable el hecho de que, en el instante en que me percataba de ella, se desprendiese del techo un pesado trozo, el cual dejaba allí un hueco cuya silueta era como la de la isla de Sicilia.

Beloréchenskaya, 11 de diciembre de 1942

Como durante la noche había helado, me fue posible darme una vuelta por la población; ayer encontré intransitables sus caminos llenos de fango. Ahora estaban cubiertos de hielo resplandeciente, parecían grandes estanques de aldea. Las casas de aquí son pequeñas, tienen una sola planta y las techumbres son o de cañas o de tejas o de planchas de latón de color minio. En los techos que son de paja las capas inferiores están formadas de tallos duros; las superiores, en cambio, de follaje. Esto les da el aspecto de cabezas que llevasen puesto un capirote amarillo. Curiosa resulta una especie de baldaquino o dosel que adorna la entrada de los edificios más notables y que cubre las escaleras de esas entradas, en parte para protegerlas de la lluvia y en parte también para realzar su prestancia. Sin duda eso es algo que de la vida en las tiendas ha pasado al estilo arquitectónico. En muchos aspectos la decoración de esos pasillos cubiertos con chapas de cinc a manera de tejado recuerda los flecos y las borlas.

En el interior de estas barracas no es raro ver plantas que aman el calor, como ficus de gran tamaño o limoneros de los que se recogen frutos. Con sus grandes estufas las pequeñas habitaciones parecen invernaderos. En los jardines y al borde de las anchas calles hay muchísimos chopos; su paniculado ramaje parece transfigurado a la luz del sol.

Un pequeño cementerio militar que he visitado da cobijo, además de a los aviadores que fueron derribados sobre esta población, a los soldados que fallecen en un hospital de campaña que aquí funciona. Habían sido abiertas en el cementerio unas treinta sepulturas, cada una de las cuales estaba adornada con una cruz; también habían sido excavadas unas cuantas fosas más, como reserva, cosa que es rechazada co-

mo un sacrilegio por el maestro Antonio en el drama de Hebbel *María Magdalena.*

Fuera de la ciudad, a orillas del río, el Bélaya. Bajaba crecido, formando remolinos, y las aguas tenían un color gris sucio. A lo largo de sus riberas se extiende una posición de campaña, con obstáculos y hoyos de tiradores; en ellos estaban trabajando unas cuantas mujeres bajo la vigilancia de zapadores. En un camino en hondonada había un caballo muerto; de su esqueleto había sido arrancada la totalidad de la carne, hasta la última fibra. Desde aquí no presenta mal aspecto la ciudad, con sus barracas de madera y sus tejados cubiertos de musgo; aún se siente la atmósfera de cosa viva que le proporcionan el trabajo de las manos y el deterioro orgánico causado por el paso del tiempo, una atmósfera en la cual se puede vivir.

Luego en casa de mi anfitriona, la señora Vala; Vala es un diminutivo de Valentina. El marido está ausente desde el comienzo de la guerra, se halla en el frente en una unidad química. Con ella estaba una amiga suya de dieciséis años, Victoria, hija de un médico; habla un poco de alemán, ha leído a Schiller, al cual venera, como casi todos sus compatriotas; lo tiene por el prototipo del poeta. «¡Oh, Schiller, *prima*!», dice. Quiere marcharse ahora a Alemania, donde está contratada para trabajar. Estudia bachillerato, todas sus compañeras de curso mayores de dieciséis años han sido movilizadas como partisanas. Ha estado hablándome de una amiga suya de catorce años que fue fusilada cerca del río; traspuso el acontecimiento a una esfera diferente de la sentimental, pero no más dura que ella. Esto me causó una impresión profunda.

A última hora de la tarde charla con el comandante K., principalmente sobre los partisanos; la tarea de dar con ellos y combatirlos es de su incumbencia. Ya entre las tropas regulares es inmisericorde la lucha. Los soldados hacen todo lo posible por no caer en manos del enemigo; eso es lo que explica también la tenacidad con que resisten las tropas cerca-

das. Se han encontrado órdenes rusas que fijan una recompensa por cada prisionero vivo que se aporte; el servicio de información los necesita para interrogarlos. Otras disposiciones regulan que los prisioneros deben ser llevados en primer lugar a las autoridades militares y solo más tarde a las políticas, es decir, se fija el orden en que se ha de exprimir el limón.

Los adversarios no aguardan clemencia el uno del otro y la propaganda los reafirma en esa opinión. Así, el invierno pasado un trineo lleno de oficiales rusos heridos fue a parar por error a las posiciones alemanas. En el instante en que sus ocupantes se dieron cuenta de ello hicieron estallar granadas de mano entre sus propios cuerpos. De todos modos, también se hacen prisioneros, bien para disponer de mano de obra o bien para atraer a desertores. Pero los partisanos están al margen del derecho de guerra, si es que puede seguir hablándose de tal cosa. Como si fueran manadas de lobos, se los cerca en sus bosques con el fin de exterminarlos. Aquí he oído cosas que pertenecen ya al reino de la zoología.

Mientras volvía hacia la casa donde me alojo estuve reflexionando sobre estas cuestiones. En estos ámbitos se hace realidad un pensamiento que yo desarrollé hace tiempo en varios sentidos — el pensamiento de que, donde todo está permitido, el resultado es primero la anarquía y luego un orden más estricto. Quien mata porque sí a su adversario, que no aguarde clemencia; ello hace que se formen reglas de combate nuevas, más duras.

Todo esto me parece atrayente en el plano teórico, pero en el práctico somos ineluctablemente conducidos al instante en que es preciso alzar la mano contra seres indefensos. Esto solo es posible hacerlo a sangre fría en los combates contra animales o en las guerras libradas entre ateos. Entonces la Cruz Roja no es ya otra cosa que un blanco especialmente visible.

Siempre habrá así zonas en las que no es lícito que sea el adversario el que dicte la ley. La guerra no es un pastel que

los bandos opuestos se reparten íntegramente entre sí; siempre queda un trozo que es común. Es la porción divina, que está sustraída a la contienda y que sustrae el combate a la bestialidad pura y a la fuerza bruta demoníaca. Ya Homero conoció y respetó esa porción. Al hombre fuerte de verdad, al hombre que está destinado a dominar, se lo reconoce siempre en que no aparece puramente como enemigo, como alguien que odia; se siente responsable también del adversario. Que uno tiene más fuerza que los otros es algo que se muestra en niveles más altos que los de la violencia física, la cual a los únicos que convence es a los individuos subalternos.

Maikop, 12 de diciembre de 1942

La conversación de ayer me hace ver que no llegaré a hacerme una idea completa, un inventario exacto, de lo que aquí está ocurriendo; hay demasiados sitios que son tabú para mí. Entre ellos están todos los lugares donde se maltrata a seres indefensos y también todos aquellos en que se intenta actuar mediante represalias y medidas colectivas. Por lo demás, no abrigo ninguna esperanza de que en esto se produzcan cambios. Son cosas que forman parte del estilo propio de este tiempo y eso es algo que se ve ya en la avidez con que en todas partes recurre la gente a las mismas cosas. Los adversarios se copian los unos a los otros.

¿No sería tal vez bueno, a pesar de todo, que yo hiciera una visita a esos lugares de horror, como testigo, para ver y conservar de qué especie son los criminales y las víctimas? Con sus noticias de la casa de los muertos causó Dostoievski un efecto enorme. Sí, pero él no estuvo allí por libre voluntad, sino en condición de preso.

También a la visión le están trazados límites. Además, para poder entrar en tales lugares sería preciso haber recibido órdenes mayores que las que nuestro tiempo confiere, entendida aquí la palabra «órdenes» en su sentido eclesiástico.

La partida para Maikop, que estaba prevista para por la mañana, se retrasó hasta que se hizo de noche. Una vez más me invitó a comer el comandante en jefe, quien hizo lo mismo también con un pequeño general sajón cuyo coche había quedado atrapado aquí en el barro. Este último estuvo hablando de las dificultades que había encontrado en Járkov. Según dijo, al comienzo se le morían de hambre setenta y cinco personas cada día, pero consiguió rebajar la cifra a veinticinco. Cuando hablaba de las medidas policiales lo hacía como lo haría un guardabosque. Dijo, por ejemplo:

—Considero enteramente errada la opinión de que no se debe liquidar a los chavales de trece y catorce años que son capturados con las bandas de partisanos. Quien ha crecido así, igual que la mala hierba, sin padre ni madre, no tiene enmienda. En esos casos es la bala lo único correcto. Por lo demás, también los rusos los tratan del mismo modo.

Contó, para aportar un ejemplo, el caso de un sargento que, por compasión, dio cobijo para pasar la noche a dos niños, uno de nueve años y otro de doce; a la mañana siguiente lo encontraron con el cuello cortado.

Despedida de la señora Vala; no he vivido mal en la habitacioncita de su casa, con la gran estufa; era un ambiente agradable, un ambiente de sopa de col, por así decirlo. Hay en la ruta de nuestra vida estaciones extrañas.

En Maikop me invitó a cenar el comandante encargado del avituallamiento de la tropa. Alojamiento en una casa donde la única luz que había era una lamparilla que ardía delante de un icono. Pero el comandante me envió una vela de color amarillo miel que desprendía un precioso aroma.

Kurinski, 13 de diciembre de 1942

Muy de madrugada emprendí el viaje hacia Kurinski. Poco después de Maikop la carretera se internó en las montañas. Al borde de los bosques, carteles: «Atención. Peligro de bandas de partisanos. Llevar preparadas las armas de guerra».

Las zonas boscosas están protegidas contra los rusos por unas posiciones muy débiles, de poca profundidad, que en muchos casos no son sino simples apostamientos aislados; en los grandes espacios que quedan detrás las tropas usan únicamente las carreteras. Están amenazadas no solo por partisanos, o «bandidos», como dice la variante alemana de su nombre, sino también por patrullas de reconocimiento y por destacamentos de las fuerzas regulares; así, hace muy poco fue lanzada una carga explosiva contra el automóvil en que viajaba un general de división.

El suelo estaba duro a causa de la helada, de modo que el automóvil subía fácilmente montaña arriba. Iba siguiendo la carretera que lleva a Tuapsé, la cual se ha hecho famosa por el ataque llevado a cabo por los regimientos de cazadores alemanes y por la defensa ofrecida por los rusos. Ya habían despejado de obstáculos la ruta; lo único que de vez en cuando se veía en las laderas de los montes eran máquinas pesadas, como apisonadoras y tractores. En la espesura yacía en el suelo un caballo congelado; solo le habían cortado la carne de la parte de arriba, de modo que, con su caja torácica al descubierto y con sus rígidas entrañas de color rojo y azul, parecía un corte transversal de un atlas de anatomía.

El bosque era espeso, con mucha maleza; masas de encinas jóvenes, no podadas, se extendían, cual los sucesivos telones de un decorado, hasta donde alcanzaba la vista, hasta allí donde las crestas y las cimas blancas de la alta montaña reemplazaban a los montes azules. Intercalados entre las encinas había a veces grupos de árboles más viejos, de los cuales salían volando pájaros carpinteros que se dedicaban allí a picotear la madera podrida. En los troncos cubiertos de nieve brillaba unas veces acá y otras veces allá su pecho, que era de un chillón color rojo frambuesa.

En Kurinski me dicen que las alturas de esta zona están cubiertas en parte de maleza y en parte de renuevos — es decir, de esas ramas que brotan de los tocones. A lo que parece, han vuelto a ser repobladas en su mayor parte bajo el domi-

nio ruso, pues los circasianos que aquí habitaban antes las habían talado, como pastores que eran. Los únicos ejemplares respetados por los circasianos eran algunos árboles viejísimos y gigantescos, que por tal motivo se llaman «encinas circasianas». En otros lugares de estas inmensas florestas, en las cuales aún habitan osos, quedan algunas pequeñas manchas de árboles más viejos todavía. Aun así, una fuerza primordial le es inmanente a este mar boscoso — los ojos notan que se encuentran frente a algo primicial, frente a algo virgen, no hollado por las muchedumbres de los viajeros.

En Jadýzhenskaya la crecida de las aguas había derribado un puente. Unos zapadores nos transportaron en lanchas neumáticas a la otra orilla de la impetuosa corriente de aquel río: el Pshish. A mi lado iba un joven soldado de infantería; estaba sentado en cuclillas sobre su petate. Dijo:

—La última vez que estuve en un chisme como este un disparo certero dio en él de lleno y lo partió en dos trozos; a consecuencia del impacto murieron cuatro camaradas. Solo yo y otro logramos salir con vida. Eso ocurrió en el río Loira.

Sin duda esta guerra proporcionará así a varias generaciones materia de relatos que contar a los hijos y a los nietos. Y siempre se le oirá decir al narrador que, en esta espantosa lotería, a él le tocó un número premiado. Bien es verdad que los únicos que cuentan las cosas son quienes sobreviven; ellos son también quienes escriben la historia.

En Kurinski, población que se halla completamente arrasada, me presenté al general De Angelis, un austríaco, que está al mando del 44.° cuerpo de cazadores. Estuvo señalándome en el mapa las posiciones. El avance por la carretera que lleva de Maikop a Tuapsé había causado muchas bajas, pues los rusos se habían hecho fuertes en los vastos y espesos bosques y se habían defendido con tenaz habilidad. Y así ha ocurrido, para decirlo con palabras de Clausewitz, que la ofensiva culminó poco antes de la divisoria de las aguas y se estancó delante de los objetivos estratégicos. En una situación como esta las adversidades crecen a cada paso. Tras en-

conados combates cuerpo a cuerpo librados entre la maleza del sotobosque, unas lluvias torrenciales destruyeron los puentes e hicieron intransitables las carreteras. Ahora, desde hace semanas, las tropas se encuentran metidas dentro de húmedos agujeros; el frío y la humedad las debilitan, y se hallan asimismo expuestas al fuego de la artillería y a ataques frecuentes.

Por la tarde he estado en la montaña cubierta de bosques que domina a Kurinski. El sotobosque es de rododendros, que muestran ya sus capullos de color verde amarillento. He vuelto por el angosto valle de un torrente que corre por un cauce formado de marga verde. Los habitantes de Kurinski pasaron aquí, metidos en pequeñas cuevas, los días que duraron los combates; aún eran visibles los restos y las huellas de aquellos improvisados campamentos.

Kurinski, 14 de diciembre de 1942

Noche clara, estrellada. La pasé en la desnuda habitación de una barraca de cosacos; el único mueble que allí había para dormir era un somier metálico. Por suerte se hallaba todavía en buen estado de funcionamiento la gran estufa hecha de ladrillos, de manera que durante las primeras horas estuvo proporcionando un buen fuego. Antes de quedarme dormido escuché un rato el grillo que se escondía en aquella estufa; su voz era potente y melodiosa y se parecía más a un campanilleo que al chirrido característico de los grillos. Por la mañana se dejó sentir bien el frío. Se oía a los aviadores rusos dar vueltas por encima del valle y arrojar a lo lejos bombas una detrás de otra; en los intervalos resonaban los estampidos rápidos, afanosos, de la defensa antiaérea.

Por la mañana me eché al camino en compañía del teniente Strubelt para ir a dar un vistazo, ya que el tiempo estaba despejado, a los terrenos que quedan a ambos lados de la carretera que conduce a Tuapsé. Viajamos en su automóvil, que mostraba en la parte trasera de la carrocería una serie de agujeros de bala, secuelas de un ataque de partisanos.

El valle del Pshish, por el que además de la carretera que nosotros seguíamos corre una línea ferroviaria, producía la impresión de un infierno de fango. El nivel de las aguas, que pocos días antes era todavía muy alto, había vuelto ya a bajar tanto que entre los remolinos brillaban largos bancos de guijarros. En los lugares donde el valle se ensanchaba se había aprovechado todo el espacio disponible para instalar en él posiciones artilleras, puestos de mando, hospitales de sangre y depósitos de municiones. En aquella zona las ruedas de los vehículos habían machacado la carretera hasta el punto de convertirla en una especie de papilla pegajosa de color gris amarillento que parecía no tener fondo. De aquella papilla sobresalían restos de caballos y carros. Un poco más arriba, en la pendiente, habían sido instaladas hileras de tiendas y barracas. A su alrededor flotaba en el aire un humo azulado; delante de las puertas había prisioneros rusos o turcomanos partiendo leña. El conjunto daba la impresión de una caravana que hubiera alzado sus tiendas a orillas de un ancho río de barro pegajoso y a la que la naturaleza de esta materia hubiese contagiado tanto el color mate que mostraba como también una vida soñolienta, cansina. En medio de todo aquello brillaban de súbito rayos ígneos — la artillería estaba disparando contra una posición ocupada por un batallón en la cual se habían infiltrado por la mañana los rusos.

Columnas de animales exhaustos y filas de porteadores de rostro asiático caminaban a paso lento por aquel lodazal. Estaban allí representados sobre todo los armenios, de ojos oscuros y penetrantes, nariz grande y curvada, tez aceitunada, a menudo picada de viruelas. Entre ellos se veían también los tipos mongólicos de los turcomanos, de cabellos negros y lisos; y asimismo hacían aparición de vez en cuando las figuras hermosas, de elevada estatura, de las estirpes caucasianas, como los grunisios y los georgianos. Algunos de ellos se arrastraban de un modo tan indolente que se les podía ver el estado de mortal agotamiento en que se encontraban. Strubelt me contó, en efecto, que no son pocos los que se dejan

caer en los agujeros del terreno para morir allí como animales.

Dejamos el valle y continuamos ascendiendo lentamente, adentrándonos cada vez más en el bosque invernal. De manera fugaz se hacían visibles altas cumbres que brillaban por breves instantes. Algunas de ellas se encontraban en manos de los rusos. Estos podían vernos, por tanto, pero aquí los adversarios ahorran la munición, que es preciso llevar penosamente hasta los cañones a través del barro. Por un momento apareció un avión; viró rápidamente al surgir a su lado dos nubecillas de humo gris. En el momento de girar su panza brilló con un fulgor plateado, como el vientre de una trucha que tuviese dos puntos rojos: la estrella soviética.

En el paso de Yelizavetpol hicimos alto junto a un pequeño cementerio, o, por mejor decir, un grupo de tumbas; una de ellas, de un soldado de la defensa antiaérea, la habían rodeado sus camaradas con una orla de estrechos cartuchos amarillos. Estaban dispuestos como esos culos de botella que en nuestros jardines vemos bordear los bancales. A su lado las sepulturas de tres zapadores estaban cariñosa pero fugazmente circundadas de hojas de encina puestas unas al lado de otras. En la tumba de un porteador turcomano había una estela funeraria de madera que tenía una inscripción extraña, tal vez un versículo del Corán.

Comenzamos a subir la vertiente norte de la montaña. Cubría el suelo una ligera capa de nieve que había empezado a derretirse, pero que por la noche había vuelto a helarse. Esta recristalización había provocado la aparición en ella de un dibujo de anchas agujas que tenían un brillo azulado. Después de estar subiendo durante tres cuartos de hora llegamos a la cima; desde ella se extendía la vista a lo lejos sobre un mar de bosques montañosos. Los más próximos tenían una tonalidad verdosa parecida a la del musgo, que se debía a que los líquenes cubrían su desnudo ramaje; luego las cadenas de montañas azules se hacían cada vez más oscuras, y detrás de ellas volvía de nuevo a surgir la cordillera nevada,

con sus flancos de color claro y sus crestas bien marcadas. Frente a nosotros se alzaba el Indiuk, con su larga cima que termina bruscamente en dos picos; al lado del Indiuk había un monte redondeado como una cúpula, y detrás de él asomaba un cono blanco. En nuestro flanco derecho se veía el Saray Gora, en cuya cumbre está instalado un observador ruso. Por ello, cuando quisimos desdoblar nuestros mapas, que eran blancos, nos retiramos, ocultándonos entre la maleza.

Habíamos alcanzado la cresta de la montaña por el lugar desde donde un alférez de artillería estaba dirigiendo el fuego de las piezas contra el sitio en que se habían infiltrado los rusos por la mañana. Muy por debajo de donde estábamos, allá en las espesuras del bosque, se oía el sordo estruendo de los obuses al disparar; luego ascendían verticalmente las granadas y pasaban por encima de nosotros con un chirriante silbido que lentamente se perdía a lo lejos; por fin resonaba en los verdes barrancos el golpe apagado y apenas perceptible de los impactos. Sobre el abetal se formaban entonces unas nubecillas blancas que permanecían largo tiempo en aquel aire húmedo.

Estuvimos contemplando un rato aquel trabajo que se desarrollaba en espacios tan vastos. Después yo me adentré por la vertiente sur, que estaba oculta a la vista por la densidad de los árboles. Como en un hermoso día de primavera, el sol le calentaba la espalda, una espalda salpicada de manchas de follaje descolorido. Mientras que la cara norte estaba cubierta de hayas, musgosas por la acción de las lluvias y llenas de unos hongos negros en forma de hoz, en esta cara sur predominaba la encina. También verdeaban allí algunas plantas, como unas grandes matas de eléboro, al lado de delicados ciclámenes con manchas blancas sobre un fondo de color violeta.

En aquel lugar me sentía como en mi patria; tenía la impresión de haber estado ya muchas veces en aquellas laderas cubiertas de encinas. El Cáucaso no es solo un antiguo bas-

tión que atesora pueblos, lenguas, razas; también encierra, cual un relicario, plantas, animales y paisajes de amplios territorios de Europa y Asia. En las montañas se despiertan los recuerdos; el sentido de la Tierra aparece más cerca, de igual modo que afloran con mayor libertad los minerales y las piedras preciosas, y es aquí donde tienen su origen las aguas.

Kurinski, 16 de diciembre de 1942

En compañía del teniente Häussler, recorrido la posición instalada encima de Shaumián. Al principio fuimos con el general Vogel hasta el puesto de mando del 228.° regimiento; trepamos por un barranco estrecho y empinado que las aguas del deshielo habían cavado en el suelo del bosque. A ambos lados había barracas que parecían nidos de golondrinas; estaban pegadas al barro y lo único que de este sobresalía era la pared frontal. El interior de las barracas era angosto y estaba sucio, pero las estufas construidas con ladrillos irradiaban un buen calor. No es ciertamente madera lo que falta en este mar de bosques.

Luego continuamos subiendo a través del bosque, un bosque espeso, aunque sin hojas, y seguimos un sendero difícil de caminar que habían abierto en el pardusco lodo las pisadas de las bestias de carga y de los hombres que las conducen. Sobre aquel sendero habían caído poco antes unas granadas; un proyectil certero había matado a uno de los animales, un gracioso caballito de pelo oscuro, que ahora estaba allí tirado en el barro. Sangre de color oscuro se había deslizado en los agujeros producidos en el amarillento fango por las pezuñas de las bestias y aún no se había mezclado con el agua que allí había.

Los árboles, encinas en su mayoría, estaban casi enteramente cubiertos de un musgo verdoso, *Peltigera canina* o «hepática terrestre»; de sus ramas pendían asimismo líquenes en largas barbas de color verde plateado, que daban al bosque un aire de algo blando que estuviera meciéndose. A la luz del sol invernal volaban de tronco en tronco los pájaros carpinteros y los ágiles trepadores azules, y el arrenda-

jo común escapaba graznando. Este último pájaro, en su variedad caucasiana, la cual se distingue por tener negro el píleo, daba animación al bosque. Sin embargo, volví a tener la sensación de que el *Zeitgeist*, el Espíritu del Tiempo, intenta borrar en nosotros todas las cosas bellas; las percibimos como a través de rejas, como desde las ventanas de una cárcel.

Siguiendo las señales marcadas en los árboles subimos hasta una posición instalada en la altura, que sobresalía cual una nariz. Aquella posición no estaba separada de la tierra de nadie ni por una alambrada ni por una trinchera continua; lo único que allí se veía era un grupo de toperas desperdigadas por el bosque. Cada uno de aquellos montículos escondía un pequeño abrigo — un hoyo excavado en el suelo, cubierto con un techo de troncos de árboles, encima del cual se había echado tierra. Algunos de los agujeros estaban tapados también con una lona de tienda de campaña, mísera protección contra la lluvia.

El jefe de la compañía, un joven tirolés natural de Kufstein, nos enseñó sus dominios. Muy cerca de allí, en la pendiente opuesta, se habían fortificado los rusos; por una leve diferencia de color reconocimos en el brillo verde pardusco de la parte de abajo del bosque uno de sus blocaos. Como para confirmarlo, desde allí dispararon con gran estrépito una ráfaga contra nosotros. Los únicos proyectiles que nosotros oíamos eran los que rebotaban en el ramaje de los árboles produciendo una especie de gorjeo. Una de las balas arrancó el punto de mira de un fusil ametrallador.

De un salto nos metimos en los abrigos y dejamos que pasase por encima de nosotros aquella tormenta. En situaciones como esta lo que ahora me llama la atención es su carácter medio cómico medio fastidioso. Ciertamente queda ya a mis espaldas la edad, o, por mejor decir, el estado en que uno encuentra atractivas estas cosas e incluso se esfuerza inmediatamente en sobrepasarlas.

Para fumigar nuestro abrigo los rusos habían arrastrado hasta allá arriba un cañón antitanque. Ya nos habían causado

varias bajas sus pequeños proyectiles, los cuales no estallan hasta que no se encuentran en el interior de los blancos. Numerosos árboles tronchados a media altura daban testimonio de la potencia de tiro de aquella pieza.

La atmósfera era pesada, melancólica, húmeda. Los hombres estaban casi todos durmiendo, tras haber pasado en vela la noche anterior; algunos centinelas vigilaban con atención el bosque. Otros hombres limpiaban sus armas de la reciente herrumbre encarnada que en ellas se había formado. Un pequeño soldado natural de Turingia se había enjabonado de pies a cabeza y dejaba que sobre su cuerpo derramase lentamente agua caliente un camarada, el cual iba sacándola de una marmita.

Estuve charlando con aquellos hombres, idos a parar a este lugar tan lejano, al fin del mundo. Han participado en los duros combates ofensivos y poco a poco han ido abriéndose paso en estas montañas para acabar enterrándose aquí, una vez que decreció el ímpetu del ataque. Hace ya mucho tiempo que se hallan en la primera línea de fuego y resisten aquí sin que nadie venga a relevarlos. Las heridas, las balas mortales, las enfermedades provocadas por el agotamiento y la humedad van reduciendo día a día su número, que ya desde el principio era pequeño. Llevan así una vida en los confines del ser.

En la bajada a Shaumián volvimos a pasar junto al caballo que habíamos visto por la mañana; entretanto le habían arrancado toda la carne, solo habían dejado los huesos y las vísceras peores. De esa tarea se ocupan los soldados turcomanos, grandes comedores de carne de caballo; en la posición eran visibles sus rostros amarillos, inclinados sobre latas llenas de hirviente estofado de carne.

Los proyectiles caídos sobre Shaumián han causado en él grandes destrozos; diariamente es bombardeado por la artillería. Basta una granada certera para echar por tierra, cual si fueran castillos de naipes, las barracas, de tal manera que es posible estudiar su construcción: cuatro paredes, cuyos li-

geros tabiques están enlucidos con una mezcla de barro y boñigas de vaca, y un techo cubierto de tablillas delgadas como hojas de árbol. De los escombros de las barracas sobresalen dos piezas de su mobiliario: la gran estufa de piedra y el somier metálico de la cama.

La parada de los automóviles está en Shaumián. Los heridos son bajados hasta aquí desde las montañas a hombros de porteadores. Un cementerio, muchas de cuyas cruces han sido ya derribadas por los disparos, muestra que esta primera estación aduanera exige ya su impuesto de muertos.

En el hospital de sangre, una barraca reconstruida, encontramos al Dr. Fuchs, que estaba ejerciendo sus funciones; en ellas se unen el servicio del médico y el servicio del soldado. Nos invitó amablemente a comer. Aquel puesto de socorro no lleva ninguna señal que lo identifique: la Cruz Roja carece aquí de valor. Ayer mismo cayó una granada en la casa de al lado y causó graves heridas a un camillero.

Cuando se reaviva el combate los heridos acuden en tropel, y entonces es mucho el trabajo que hay. Los enfermos dejan los bosques una vez que se ha hecho de noche y a menudo llegan hasta aquí en un estado de agotamiento extremo, incluso los hay que mueren por el camino. Así, aquella misma mañana el médico había oído que alguien exclamaba fuera:

— ¡Por favor, por favor, ayudadme!

Al salir encontró, caído de bruces en el barro, a un soldado que ya no tenía fuerzas ni para despegarse de él.

Acabada la comida, nuestro anfitrión nos ofreció, con la taza de té, un pedazo de pastel de Navidad que le había enviado su esposa. Luego nos despedimos de aquel tranquilo dispensador de auxilios; incluso allí se encontraba rodeada su morada de ese halo espiritual que casi nunca se pierde donde habitan naturalezas de esta especie.

Para la mitología. El secreto de la *Odisea* y de su influencia está en que ofrece una parábola del camino de la vida. Detrás de la imagen de Escila y Caribdis se esconde una protofigura. El ser humano sobre el que pesa la cólera de los dioses se mueve entre dos peligros, cada uno de los cuales intenta sobrepasar en horror al otro. Así, en las batallas de cerco el ser humano se encuentra entre la muerte en combate y la muerte en cautiverio. Ve que su vida depende de aquel estrecho y espantoso desfiladero que queda entre esas dos clases de muerte.

Si alguna vez un gran poeta de nuestro tiempo quisiera expresar bien el anhelo de reposo que siente el ser humano arrojado a los límites de la aniquilación, tendría que continuar la *Odisea* con un nuevo poema épico o con un idilio titulado: *Ulises en casa de Penélope.*

Kurinski, 18 de diciembre de 1942

Excursión al Saray Gora, una montaña cuya cima está en manos rusas. «Saray», palabra de origen tártaro, significa «granero», y «Gora» es, en ruso, «montaña».

Esta explicación me la dio un joven intérprete que Häussler se llevó para que portase la metralleta, pues los partisanos recorren esta zona. El intérprete es un ruso-alemán descendiente de emigrantes suabos. Sus padres eran unos ricos agricultores que vivían en Crimea, cerca de Yevpatoria; por su condición de *kulaks,* de terratenientes acomodados, fueron deportados más tarde a Omsk, en Siberia, y se vieron obligados a abandonar a su hijo, que tenía ocho años. Desde 1936 no se ha vuelto a oír hablar de ellos.

Ascendimos por un espeso bosque, mixto de encinas jóvenes, álamos temblones y hayas. A veces atravesábamos matorrales cuyo ramaje era de un rojo luminoso y un verde resplandeciente, también cruzábamos en ocasiones pequeñas ciénagas con altos juncos de los que pendía la guata gris. En el camino se nos agregó un suboficial que llevaba un hacha en la mano; estaba buscando un árbol de Navidad.

Dos horas duró la ascensión y al cabo de ellas llegamos a la cresta, detrás de la cual se extendía un cinturón de blocaos. Los centinelas estaban apostados un poco más arriba, con el fin de poder observar la pendiente del otro lado. Recorrimos la línea de los centinelas, que tenía muchos huecos. En el flanco derecho se abría una ancha brecha, luego venía un batallón de turcomanos. En aquel sitio se nos adelantó el suboficial del hacha; una hora después regresó con un hermoso abeto cuyas agujas estaban ornadas en su cara inferior por unas claras líneas de resina.

Nos paramos con el jefe de la compañía, quien nos condujo todavía a un punto elevado en el que dos semanas antes habían conseguido infiltrarse los rusos. En aquella acción habían abatido a toda la guarnición. La altura se hallaba coronada de cruces en torno a las cuales estaban plantados eléboros negros, llamados también «rosas de Navidad». Desde allí se divisaba la cumbre, un pico desnudo, con casamatas en una espesura cercana. Justo en aquel momento caía en sus proximidades con gran estruendo un grupo de granadas. Asustaron a una enorme águila que alzó el vuelo y se puso a girar silenciosamente por encima de las columnas de humo.

Luego descendimos; durante la bajada estuvo Häussler contándome detalles de un fusilamiento de partisanos. Yo oía al intérprete reír detrás de nosotros y por ese motivo lo miré con atención. Me pareció que en él resultaban ya visibles aquella pergaminosidad de la piel y aquella fijeza de la mirada que he creído observar en quienes tienden a esos derramamientos de sangre. El hábito automático de matar provoca en la fisonomía de las personas las mismas devastaciones que la sexualidad practicada automáticamente.

Tomado el té con el general Vogler, quien me proporcionó una escolta para regresar a Kurinski, ya que la víspera, tras la puesta del sol, dos enlaces habían caído en una emboscada; los mataron a tiros y luego los despojaron hasta de la camisa.

Navaginski, 19 de diciembre de 1942

A mediodía, salida hacia el puesto de mando de la 97.ª división. Su jefe, el general Rupp, estaba aguardándome junto al destruido puente del río Pshish. Atravesamos la amarillenta corriente por un pontón construido con balsas neumáticas. Para llegar al cuartel general del Estado Mayor hubimos de cruzar un empinado monte, pues el túnel que lo atravesaba había quedado inutilizado por una carga explosiva.

Fuimos abriéndonos paso primero a través de espesos matorrales, después caminamos sobre rocas entre las cuales había desplegado sus largas hojas carnosas la *Phyllitis scolopendrium,* la «lengua de ciervo». En aquel estrecho sendero nos cruzamos con centenares de porteadores rusos y asiáticos, que iban cargados con provisiones, material y munición. En la pendiente del otro lado había en el suelo un muerto; estaba caído de bruces, tenía unos largos cabellos negros y se hallaba cubierto de barro desde la cabeza hasta los pies, que habían sido despojados de sus botas. Apenas se distinguía del fango. El general se inclinó sobre él; luego continuó su camino sin decir palabra. Nunca había visto yo un muerto frente al cual estuviera tan fuera de lugar cualquier observación que pudiera imaginarse. Despojos arrojados a las orillas del mar de la insensibilidad.

En el valle volvimos a toparnos con el río Pshish. También allí una carga explosiva había destruido el elevado puente del ferrocarril. La riada había arrastrado maderos que habían ido acumulándose contra él, hasta que al fin la poderosa construcción fue llevada valle abajo. Del armazón del puente colgaban árboles, vehículos, armones de artillería, y de las ramas de una encina pendía, suspendido de las bridas, un caballo muerto; en la proximidad de aquellas masas titánicas parecía minúsculo cual un gato ahogado.

El Estado Mayor está instalado en la casa del guardavías. Me senté al lado del general, que es una persona amable, tímida, un poco melancólica. Yo tuve la impresión de que sus oficiales lo querían, a pesar de las muchas rarezas de su carácter. De igual manera que en *Almas muertas* Chíchikov va

peregrinando de propietario rural en propietario rural, así voy yo peregrinando de general en general y observo también su transformación en trabajadores. Es preciso abandonar la esperanza de que de esta capa puedan surgir figuras de rasgos silánicos o al menos napoleónicos. Son especialistas en el campo de la técnica del mando y cada uno de ellos es sustituible e intercambiable, como lo es cualquiera que trabaje en una máquina.

Por la noche, en el blocao del oficial de enlace. Las rendijas de los anchos tablones de encina de que está construido se encuentran tapadas con musgo. Tres camastros, una mesa de mapas y una mesa de trabajo. Dos teléfonos, que suenan con breves intervalos. De fuera llega el ruido de una molturación incesante: hombres y animales chapotean en el barro. Junto a la estufa se halla en cuclillas un prisionero ruso, un «Iván»; cuando disminuye el fuego, echa leña.

Navaginski, 20 de diciembre de 1942

Subida, con el comandante Weihrauter, a un puesto de observación instalado en lo alto del valle. En medio de un vapor húmedo fuimos atravesando corredores formados por robustas hayas recubiertas de negros hongos yesqueros. Entre las hayas se alzaban también encinas y perales silvestres de rugosos troncos gris claro. La ruta estaba señalizada por marcas hechas en los árboles; en el graso barro del camino nuestras pisadas dejaban al descubierto los aplanados bulbos de los ciclámenes.

Una vez que llegamos a la meta, una barraca oculta bajo ramas cortadas, encendimos un pequeño fuego y enfocamos nuestros anteojos hacia la zona boscosa. En sus valles serpenteaban nieblas densas, perezosas; ciertamente dificultaban la visión, pero a cambio daban plasticidad a las articulaciones del paisaje, como en un mapa en relieve. El campo de visión quedaba cerrado por las altas crestas de la divisoria de las aguas. También hoy estaba bombardeando la artillería la posición situada al pie del Indiuk; este se erguía a nuestra derecha, con sus dos picos y su empinada cima. A la izquier-

da quedaba el Semashó, el pico más alto, desde cuya cumbre se divisa el mar Negro. Aquel pico había estado ya en manos alemanas, pero había sido abandonado porque resultaba muy difícil avituallarlo. Los accesos a aquellas cumbres quedan pronto orlados de cadáveres de porteadores y de bestias de carga.

En una desnuda planicie cubierta de nieve descubrieron de pronto los prismáticos un pequeño grupo de rusos que parecían estar allí errando sin plan ninguno, unas veces iban para un lado y otras para otro, como si fueran hormigas. Por vez primera veía yo allí seres humanos como por un telescopio enfocado a la Luna, aunque luchase contra esa impresión.

Pensamiento: «Durante la Primera Guerra Mundial se habría ordenado disparar contra ellos».

Navaginski, 21 de diciembre de 1942

Salida de madrugada, en compañía de Nawe-Stier, por la ruta del valle del río Pshish. Los árboles de las zonas altas estaban cubiertos de escarcha; visto desde muy lejos, su ramaje se destacaba, como si estuviese rociado de polvo de plata, de la vegetación más oscura del sotobosque. Qué extraño resulta que una pequeña desviación de la posición habitual, una diferencia de pocos grados, baste para producir tales encantamientos. Hay en eso algo que infunde esperanzas para el vivir y también para el morir.

Nos detuvimos en el puesto de mando del capitán Mergener, quien se halla al frente de un pelotón de combate. Su puesto en la primera línea de fuego resultó ser un edificio blanco que se alzaba solitario, como la casa de un guardabosque, en un calvero cubierto de barro. En medio de aquella desolada zona recubierta de desechos bélicos llamaba la atención un grupo de tumbas muy limpias, que justo en aquel momento estaban siendo adornadas, para la fiesta de Navidad, con hojas de acebo y de muérdago. La casa de labor ocupada por el capitán tenía un cerco de profundos embudos abiertos por las granadas, pero sus ocupantes aún no habían

salido de ellos; la diferencia entre las habitaciones calientes y el inhóspito barro resulta demasiado grande.

El pelotón de combate mandado por aquel capitán de veintiséis años era una formación en que se combinaban un batallón de zapadores, un escuadrón de ciclistas y algunas otras unidades. Tras beber una taza de café subimos hasta la posición defendida por el batallón de zapadores. Allí encontré que las condiciones eran un poco mejores que en otros sectores. Así, delante de los apostaderos situados al borde de la escarpada pendiente corría entre los árboles una modesta alambrada y delante de esta se había colocado un triple cordón de minas.

La colocación de minas, sobre todo durante la noche, es una tarea peligrosa. Con el fin de volver a encontrarlas se las entierra de acuerdo con un plan determinado. Es preciso esconderlas bien, pues a veces ha ocurrido que los rusos las han desenterrado y las han instalado luego delante de sus propias posiciones.

Aquí se utiliza sobre todo la mina que salta; al ser tocada se eleva en el aire hasta la altura de un hombre y allí estalla. La explosión se produce bien por tirón, cuando el pie de alguien se queda enganchado en un alambre, o bien por contacto, para lo cual la mina está provista de tres hilos de alambre que sobresalen del suelo parecidos a antenas. La gente cruza con grandes precauciones el campo minado, sobre todo de noche, pero a menudo ocurren desgracias.

Así, hace poco un brigada aspirante a oficial estaba examinando en este lugar las minas; lo acompañaban un suboficial y un cabo. No perdían de vista el alambre tensor, pero no advirtieron que el hielo lo había soldado a un terrón de tierra, el cual tiró del alambre cuando el brigada lo pisó. El suboficial lanzó un grito:

—¡Que eso de ahí está echando humo!

Se tiró al suelo y de ese modo se salvó, pero sus dos acompañantes quedaron destrozados por la explosión. Antes de

que la mina salte produce durante algunos segundos un ligero silbido y entonces hay tiempo todavía de tirarse al suelo. A veces son liebres o zorros los que provocan la explosión. Hace algunas semanas voló allí por los aires un gran ciervo que durante bastante tiempo había estado bramando en el valle entre las posiciones.

El capitán Abt, con el que comenté estas cosas, había pisado recientemente una mina y al instante se arrojó al suelo. No fue alcanzado. El capitán agregó:

—... porque no había sido colocada de acuerdo con mis instrucciones.

A un viejo prusiano le hubiera hecho gracia esta última observación.

Como digo, aquella posición era algo mejor que las otras que yo había visto; pese a ello, su guarnición estaba muy agotada. Los hombres se alojan por grupos de tres en una galería subterránea a la que está agregado un pequeño puesto de combate. Uno de los hombres monta la guardia; añádanse a esto los diversos servicios: el traer comida, el cavar trincheras, el colocar minas, el limpiar las armas, el talar árboles. Y todo ello sin que desde finales de octubre haya venido nadie a relevarlos, en una posición muy castigada por la artillería y cuya construcción fue precedida de duros combates.

Que la posición era muy castigada por el fuego se veía perfectamente en el bosque. En él se abrían muchos embudos, algunos recientes; el fondo de los embudos parecía recién engrasado y en sus bordes había tierra resquebrajada. Aún estaba aferrado a ellos un vapor sofocante. También se hallaban desmochadas las copas de los árboles. Como los rusos no economizan sus granadas, siempre es alcanzado algún que otro centinela.

Visita al capitán Sperling, comandante del batallón, en su abrigo, el cual tiene un revestimiento de estacas de encina. Unos troncos sin desbastar sostienen la techumbre. Dos ca-

mastros; en las paredes, repisas, y sobre estas, latas de conserva, marmitas, fusiles, mantas, anteojos. El capitán, cansado, sin afeitar, como quien ha pasado sin dormir la noche, y no solo la última. Había estado saltando de árbol en árbol en el bosque, un bosque tenebroso, goteante, en espera de un ataque, mientras el «órgano de Stalin» levantaba surtidores de tierra y abatía con estruendo las copas de los árboles. Un muerto y un herido. Y así noche tras noche. También nuestra propia artillería había dejado caer algunos proyectiles en las traseras de su posición, situada en la falda del monte.

—Así que no se nos puede decir que no avancemos. Si el proyectil estalla en los árboles, nada tengo que objetar.

Es la antigua y clásica disputa entre la artillería y la infantería.

—Los hombres ya ni siquiera sueltan tacos. Se vuelven apáticos. Esto me preocupa.

El capitán habla de su techo de troncos, capaz de resistir el impacto de las minas, pero que no aguantará las granadas de grueso calibre. Bajas:

—Ha habido días en que no hemos tenido ninguna.

Enfermedades: reumatismo, ictericia, nefritis; esta última produce hinchazón de los miembros. Los hombres mueren camino de los puestos de socorro.

Todas estas conversaciones las oí ya en la Primera Guerra Mundial; pero entretanto el sufrimiento se ha vuelto más sordo, más necesario, es la regla más bien que la excepción. Nos encontramos aquí en uno de esos enormes molinos de huesos que no se conocieron hasta después del sitio de Sebastopol y de la guerra ruso-japonesa. Para que surjan tales cosas es preciso que la técnica, el mundo de los autómatas, se combine con la Tierra y con la capacidad de sufrimiento que esta tiene. Comparados con esto, Verdún, el Somme, Flandes son meros episodios; y es imposible que este mundo de imágenes se dé en otros elementos, como, por ejemplo, en una batalla aérea y naval. Desde el punto de vista de la histo-

ria de las ideas esta Segunda Guerra Mundial es completamente distinta de la Primera; es probable que constituya el más grande debate sobre el libre albedrío que ha habido desde las guerras libradas por los griegos contra los persas. Y, una vez más, el verdadero trazado de los frentes es completamente distinto del que aparenta ser en los mapas. La Primera Guerra Mundial la perdieron los alemanes con los rusos, y puede ser que la Segunda la pierdan con los franceses.

Descenso sobre las doce del día. Con el fin de cobrarse alguna víctima entre los mozos de cocina la artillería había empezado a bombardear los barrancos con granadas de grueso calibre, las cuales intranquilizaban a Sperling con vistas a su abrigo. Ciertamente producían tal estruendo que parecía que las montañas se derrumbasen.

Regreso por el valle del Pshish. A orillas del río una figura de barro — un ruso muerto, caído de bruces sobre el suelo, con el rostro apoyado en el brazo derecho cual si estuviera durmiendo. Vi su nuca negra, su mano negra. El cadáver estaba tan hinchado que su embarrada ropa se hallaba estirada al máximo; parecía la piel de una foca o de un gran pez. Allí estaba tendido, como un gato ahogado arrastrado por las aguas. Un verdadero escándalo. En los Urales, en Moscú o en Siberia su mujer y sus hijos pasarán años aguardándolo. A propósito de esto conversación sobre «el» tema; nuevamente ha vuelto a asombrarme la apatía general, incluso de las personas cultas. El ser humano tiene la sensación de estar metido dentro de una gran máquina en la cual la única participación es la participación pasiva.

A última hora de la tarde leí en el comunicado de los ejércitos la extraña frase en que se habla del peligro de una amenaza por los flancos. Seguramente alude al peligro que corre Rostov, pues no cabe duda de que es en esa ciudad donde está el objetivo estratégico de los ataques rusos. Así es que uno se enfrenta siempre a la perspectiva de verse envuelto en catástrofes multitudinarias, como el pez que forma

parte de un banco para atrapar el cual se ha tendido la red a gran distancia. Pero de nosotros depende el que suframos también la muerte multitudinaria, la muerte en la que lo que rige es el miedo.

Kurinski, 22 de diciembre de 1942

Por la mañana regreso a Kurinski. De nuevo he vuelto a pasar junto al puente del ferrocarril que fue arrastrado por las aguas; aún seguía allí, minúsculo, el caballo muerto, colgado de uno de los árboles que engalanan como ramos de flores el puente.

Justo en aquel instante cedió la tabla del centro de un nuevo puente hecho con maderos por encima del cual estaban pasando unos armones de artillería, y uno de los caballos del convoy se precipitó cabeza abajo por el agujero; empezó a balancearse, colgado de los arreos, sobre las espumeantes ondas. Sus ollares se hundían en el agua al principio por breves instantes, luego en intervalos cada vez más cortos, mientras en la parte de arriba se agitaban desconcertados los conductores. Entonces un suboficial saltó de la orilla al puente con la bayoneta desenvainada y cortó las correas; el animal se precipitó en las aguas y se salvó a nado. Un soplo de inquietud, de algo irregular, flotaba en aquel sitio — la atmósfera propia de los desfiladeros angostos.

Una vez más he cruzado por arriba el monte atravesado por el túnel. Omar, un buen hombre, natural de Azerbaiyán, que durante estos días ha estado cuidando de mí, me seguía llevando mis cosas. Aún continuaba tirado allá en el fango el porteador muerto, aunque a diario pasaban a su lado muchos centenares de personas. La exposición de cadáveres forma sin duda parte del sistema — no me refiero al de los seres humanos, sino al del demonio que en estos lugares domina. Es algo que mantiene bien sujetas las riendas.

Un poco más arriba vi otros dos muertos; uno de ellos estaba despojado de sus ropas, conservaba únicamente los pantalones. Yacía en el lecho de un torrente y de las aguas sobresalía su robusta caja torácica, que la helada había pues-

to de color azul. Tenía el brazo derecho, como si durmiese, debajo de la nuca, en la cual se divisaba una herida sanguinolenta. También al otro cadáver, según todos los indicios, habían tratado de robarle la camisa, pero no lo habían conseguido. Sin embargo, estaba enrollada hasta muy arriba, de modo que cerca del corazón quedaba al descubierto un pálido agujerito de entrada de una bala. A su lado pasaban apresuradamente, con pesadas mochilas a la espalda, cazadores de montaña, así como filas de porteadores cargados con tablas, rollos de alambre, víveres, municiones. Hacía mucho tiempo que ninguno de ellos se afeitaba y estaban además cubiertos de costras de barro; exhalaban ese tufo peculiar de las personas que durante semanas no han tenido trato ni con el agua ni con el jabón. Su mirada rozaba apenas a los muertos, pero sus cuerpos se encogían asustados cuando en el fondo del valle resonaba como el golpe de una gran caldera el disparo de un mortero de grueso calibre. Entre los hombres caminaban bestias de carga que se habían revolcado en el barro; parecían grandes ratas con el pelo pegado con cola.

Cruzado el río Pshish con el teleférico. Desde aquella altura, suspendido sobre la corriente con los pies encima de una estrecha tabla, agarrado con las dos manos a un cable, abarco con la mirada el paisaje cual si fuera un cuadro, en uno de esos instantes que nos conducen a mayores profundidades que todos los estudios. Las cortas olas de abajo toman un aspecto rígido, inmóvil e intemporal; parecen escamas del cuerpo de una serpiente que fueran de color blanco en los bordes. Estoy suspendido junto a uno de los altos pilares del puente, un pilar que ha quedado intacto y que se parece a una torre rota con ventanas románicas. Por una de aquellas rendijas asoma, como uno de esos seres humanos que en los cuadros del Bosco miran desde huevos vacíos y desde máquinas extrañas, un oficial y grita unas cifras a los sirvientes de un cañón de grueso calibre. Se ve a los artilleros agruparse allá abajo alrededor de un monstruo gris; luego retroceden unos pasos y se tapan los oídos, mientras un ígneo rayo

rojo cruza el aire como una llama. Inmediatamente después vuelve a salir de los muros la cabeza que grita cifras. Hombres heridos, con vendas resplandecientes, son transportados en balsas al otro lado del río y luego son llevados en camillas hasta las ambulancias, que en gran número se hallan allí paradas. Las cruces rojas están camufladas. Parecidos a hormigas, centenares y millares de porteadores llevan hacia la primera línea, en largas filas, tablas y alambradas. Melodías de canciones navideñas llenan entretanto con voz sobrehumana aquella inmensa caldera: el altavoz de una compañía de propaganda está tocando *Stille Nacht, heilige Nacht* [Noche de paz, noche santa]. Y al mismo tiempo se oyen una y otra vez los pesados golpes de mortero, cuyos ecos se expanden por las montañas.

Kurinski, 23 de diciembre de 1942

A última hora de la tarde el primer envío postal, traído de Maikop por De Marteau. Un paquetito con pasteles de Navidad, el pan de fiesta que Perpetua ha preparado con las avellanas del jardín de la casa parroquial. Además, cartas de ella, de mi madre, de Carl Schmitt. Este último escribe sobre el nihilismo, al que, tras haber pasado revista a los cuatro elementos, coordina con el Fuego. Según Schmitt, el nihilismo es el impulso a hacerse incinerar en crematorios. De la ceniza, dice, surge el ave Fénix, es decir, un reino del Aire.

Carl Schmitt es uno de los pocos que intentan enfocar el proceso con categorías que no sean de corto aliento, que no sean completamente asmáticas, como sí lo son las categorías nacionales, las sociales, las económicas. La ceguera crece con la Ilustración; el ser humano se mueve en un laberinto de luz. Ya no conoce el poder de las tinieblas. ¿Quién es capaz de ver, por ejemplo, la grandeza que para ser disfrutada requiere espectáculos como aquel al que yo asistí ayer junto a mi teleférico: la grandeza que está sentada solemnemente en su trono en medio de tales espectáculos? Es evidente que en alguna parte se saca de esos infiernos un goce profundo.

Lectura: *Der Werwolf* [El hombre lobo], de Löns, una obra que no había vuelto a leer desde niño. La encontré aquí en la biblioteca de un fortín. A pesar de la manía de enrudecer todas las cosas, a pesar de parecerse a un grabado en madera, corre a través del relato, sin embargo, un flujo de viejas leyendas, de viejo *nomos*. Pero sin duda no soy imparcial, pues la acción ocurre muy cerca de Kirchhorst, propiamente en sus alrededores.

Luego continuado el Libro de Ezequiel. En la visión con cuya descripción comienza el libro se esconde una mirada al interior de la estructura del mundo. Es algo que sobrepasa los pensamientos más audaces, las obras de arte más excelsas. Penetramos aquí en el círculo propio de concepciones inmediatas, un círculo que es descrito en éxtasis. Aquí se revela el esplendor irisado del mundo y de sus sobremundos — en un modelo palpable.

Kurinski, 24 de diciembre de 1942

Por la noche sueños; tenía una larga conversación con Friedrich Georg, a quien introducía en París, y con otras personas. Una de ellas, un pequeño sajón, decía:

—Los seres humanos poseen todas las disposiciones para llevar una vida feliz; pero no hacen uso de ellas.

Después del desayuno paseo por el valle del Pshish para entregarme brevemente a la caza sutil. Tales ocupaciones sirven también para mantener la dignidad, como símbolo de mi mundo de libre albedrío.

Por la tarde celebración de la Navidad; en ella estuvimos acordándonos del VI Ejército. Si sucumbiera al cerco en que se encuentra, se tambalearía toda esta parte sur del frente; esto correspondería exactamente a lo que la primavera pasada me predijo Speidel como consecuencia probable de una ofensiva en el Cáucaso. Speidel opinaba que tal ofensiva llevaría a abrir el paraguas, es decir, a establecer grandes frentes con accesos estrechos.

A última hora de la tarde nos reunimos para cenar en la pequeña habitación que el capitán Dix se ha hecho arreglar en la antigua casa de baños de esta población. Alrededor de la mesa de fumar están colocados unos sillones de cuero sacados de un autobús; como lámpara cuelga del techo la rueda de madera de varios quintales de peso de un cañón ruso. De la pared de la gran estufa llega de cuando en cuando el canto de un grillo, un canto delicado y soñador. Hubo ganso asado, regado con el dulce vino espumoso del mar Negro.

Me fui pronto de allí con el fin de dedicarme en mi barraca de cosacos al estudio de las muchas cartas que De Marteau me ha traído durante esta festividad. Lo más importante, las cuatro cartas de Perpetua. Friedrich Georg me cuenta cosas de un viaje que ha efectuado a Friburgo y de sus conversaciones con los catedráticos de universidad que allí «observan el correr del tiempo, encerrados en sus celdas de eremita alemánicas». Grunert escribe sobre el *Eremurus* y sobre azucenas y anuncia el envío de unas especies de ajo que dan hermosas flores. En su carta se encuentra también una nota marginal sobre el Magister y sobre un encuentro que tuvo con él en una taberna de Londres poco antes de que estallase la guerra. Claus Valentiner habla en su carta del círculo de amigos de París. Dos cartas de desconocidos me llaman la atención sobre dos autores; una, sobre sir Thomas Browne, que vivió de 1605 a 1681; y otra, sobre Justus Marckord y sus *Oraciones de un incrédulo.* Por la fotocopia de un testamento me entero de que otro desconocido que a veces me escribía y que acaba de caer en el frente me ha nombrado heredero de su legado literario. También es notable la comunicación de un tal Dr. Blum, de Mönchengladbach, a propósito de un pasaje que ha leído en *Jardines y carreteras.* En la descripción de Domrémy hago mención de la tumba de un alférez de nombre Reiners, el cual cayó muerto allí en combate el día 26 de junio de 1940. Por esta carta me entero de que este joven oficial era un genio de la jardinería, un amoroso cultivador de frutas exquisitas y de flores, entre las cuales prefería

la amarilis. Superó a los jardineros holandeses, pues a menudo consiguió en un solo pedúnculo ocho flores gigantes que iban del blanco más puro al rojo oscuro más profundo; sobre todas sus flores llevaba un diario. Blum opina que no es casual el que yo levantase un monumento a esta rara persona y estoy de acuerdo con él. Además cartas de Speidel, de Stapel, de Höll, de Grüninger, de Freyhold; este último me anuncia el envío de un salmón desde las costas de Finlandia. Es notable la manera como continúa funcionando en medio de la aniquilación el juego de hilos de la vida. Si no funcionase ya el correo, habría que confiar estas cosas al éter.

Kurinski, 25 de diciembre de 1942

Por la mañana en la misa celebrada por un joven capellán católico que actuó de un modo magnífico. Luego comunión de manos del capellán protestante, un suboficial también joven, que la distribuyó con gran dignidad.

A continuación en la hondonada del Pshish, para la caza sutil. En un tocón podrido un nido de *Diaperis boleti* de patas encarnadas — es la variedad caucasiana. El estudio de los insectos ha devorado mucho tiempo en mi vida — pero es preciso ver esa ocupación como un palenque en el cual se entrena uno en las más finas artes de la diferenciación. Tales artes permiten echar una mirada al interior de los rasgos más delicados de los paisajes. Al cabo de cuarenta años lee uno textos en los élitros como un chino que conoce cien mil ideogramas. Ejércitos de maestrillos y de pedantes han ideado el sistema en un trabajo que pronto hará doscientos años que empezó.

Por la tarde con el teniente Strubelt, uno de los inteligentes discípulos de Hielscher, en la garganta del Mírnaya. En nuestra conversación, que trató de la situación de VI Ejército, se me hizo clara una circunstancia de la cual no había sido yo consciente de un modo tan nítido hasta ese momento: cada uno de nosotros es refundido en esos cercos, aunque no esté corporalmente presente en ellos. No hay neutralidad frente a eso.

Estuvimos errando entre la niebla a través de masas de encinas y perales silvestres, árboles que pueblan densamente las cimas poco elevadas. En una ladera tropezamos con un grupo de tumbas; entre ellas estaba la de Herbert Gógol, quien cayó allí en combate el 4 de octubre de 1942; era cabo de zapadores. Al contemplar aquellas cruces en el bosque virgen envuelto en nieblas húmedas y entretejido de pardos líquenes se apoderó de mí una gran aflicción ante tanto abandono.

Pensamiento: estos se han acurrucado aquí, como niños en el malvado bosque encantado.

Apsherónskaya, 27 de diciembre de 1942

Por dos, tres días en Apsherónskaya para tomar un baño y hacer que me reparen la ropa; ha quedado muy estropeada a consecuencia de mis caminatas por los montes.

Esta población está llena de tropas de los servicios de intendencia y avituallamiento; también hay en ella hospitales militares, rodeados de una corona de cementerios que aumentan con gran rapidez. Muchos de los aquí enterrados tienen que haber sucumbido a epidemias; es algo que deduzco del simple hecho de que no sean raros en las cruces los nombres de médicos.

A última hora de la tarde me puse a contestar las cartas. Puse fin a mi trabajo en el momento en que comenzó a sonar al lado un altavoz. Desde los días en que Lutero arrojó su tintero contra un moscardón se ha vuelto cada vez más desvergonzada esta clase de molestias. A mi parecer forman acústicamente figuras semejantes a la que ópticamente se encuentran en los grandes cuadros del Bosco, Brueghel, Cranach, que representan tentaciones de santos — descarados sonidos del mundo subterráneo, estridencias demoníacas que irrumpen en el trabajo espiritual cual risotadas de faunos que vigilan un paisaje desde las rocas o cual el loco regocijo que sube a la superficie desde las cavernas de los duendes. Tampoco está permitido desconectar los altavoces — sería un sacrilegio.

Apsherónskaya, 28 de diciembre de 1942

Atravesando un largo, estrecho puente colgante que se columpiaba sobre dos cables parecidos a lianas he pasado a la otra orilla del río Pshish. Aquí la corriente es ya más ancha que arriba en las montañas; las aguas, de un hermoso color verde metálico, discurren por un lecho de pizarra oscura con estratificaciones verticales.

En la otra orilla se extienden bosques de una vegetación espléndida. Tropecé allí con un gris poblado de casas de madera; de sus techumbres hechas de podridas ripias salía humo; a pesar del frío estaban trajinando delante de las casuchas unas mujeres en unos pequeños hogares instalados al aire libre. Aquel poblado causaba un efecto medieval, era un mundo de madera y barro que parecía recién sacado de la tierra por unas excavaciones. Luego venían las máquinas, que aquí desempeñan el mismo papel que al hombre blanco le tocó representar en América. Vi así una herrería alrededor de la cual estaba talado el bosque en una gran extensión. Ante tales espectáculos los ojos captan con claridad ese carácter devorador y consumidor que Friedrich Georg ha descrito en *Las ilusiones de la técnica.* Las máquinas funcionan mientras se les ofrecen riquezas naturales; luego dejan debilitado el suelo, lo dejan estéril para siempre. Faltan aquí espíritus de la estirpe del viejo Marwitz, espíritus que se cuiden de que a la Tierra se le tome solo de los incrementos, no del capital.

Kutaísi, 29 de diciembre de 1942

Por la noche sueños. Entre otras cosas, hojeaba una historia de esta guerra que estaba ordenada por materias. Había un apartado titulado «Declaraciones de guerra» y veía que en él se trataban muchas clases de ellas — desde la simple agresión hasta la observación de significativas ceremonias.

Partí de Apsherónskaya por la mañana; primero fui hasta la estación de Muk y luego, atravesando Asfalti y Kurá-Zizé, hasta Kutaísi. Desde Kurá-Zizé utilicé un camión, ya que las profundas roderas de la carretera hacían que no pudiesen transitar por ella los automóviles ligeros. Había helado, pero

la presión de las ruedas ocasionaba que muy pronto volviera a derretirse la capa superficial de hielo, de manera que la ruta se parecía a un pan untado de mantequilla. A ello se agregaban las cuestas, los baches, los cruces con otros coches; en todas esas ocasiones era preciso empujar el vehículo a través del sucio barro. El conductor era un suabo de Esslingen, un hombre de temperamento colérico que se tomaba muy a pecho aquellas contrariedades. Decía en su dialecto:

—*Wemmer do e Gfühl hot für en Wage, do könnt mer heulen* [Si le tienes cariño al coche, es como para ponerse a gritar].

De vez en cuando, cuando eran especialmente violentas las sacudidas, le decía a aquel monstruo del tamaño de un mamut:

—*Arm's Wägele* [Pobre cochecito].

El camino estaba rodeado de bosques; algunas zonas se hallaban asfixiadas por los líquenes que en largos tejidos verdes colgaban de las ramas. Pasaba junto a torres de sondeo dinamitadas y junto a las aniquiladas instalaciones de los campos petrolíferos. Ya se veían algunos hombres aislados que erraban cual hormigas de un lado para otro entre los escombros.

Kutaísi, 30 de diciembre de 1942

Esta población se parece a un agujero lleno de fango en el cual unos senderos de troncos enlazan entre sí algunos puntos — por ejemplo, el cuartel general, los hospitales militares, las oficinas de la intendencia. Fuera de tales senderos carecen casi de perspectivas de éxito todas las tentativas de caminar. De ahí que no sean raros los casos de muerte por agotamiento.

La ola de fango penetra también en los edificios. Por la mañana estuve en un hospital militar que se alza en medio de un lodazal de color pardo amarillento. En el momento en que entraba en él me crucé con unos hombres que sacaban el ataúd de un teniente; había sucumbido el día anterior a la

sexta de las heridas sufridas por él en esta guerra. Ya en Polonia había perdido un ojo.

En circunstancias tales es preciso intentar asegurar al menos las tres condiciones mínimas del bienestar: ambiente cálido, ambiente seco, abundancia de comida. Esto se había logrado bien allí; dentro de sus caldeados compartimientos se veía a los enfermos reunidos en grupos apáticos, con aire ausente. Predominaban las enfermedades causadas por resfriados, y ello en sus formas más graves, como las nefritis y las pulmonías. También se veían esas congelaciones que aparecen aquí, aun con temperaturas sobre cero, por culpa del frío debido a las evaporaciones, ya que los hombres están continuamente calados. La impresión que se saca es que a estas guarniciones les han extraído hasta las últimas fuerzas. De ahí que a los cuerpos les falten completamente las reservas; y así puede causar la muerte una simple herida superficial, ya que la fuerza curativa no basta para sanar ni siquiera esa clase de heridas. También hay simples diarreas con resultado de muerte.

En esta población quedan todavía numerosas minas y causan desgracias. Así, hace pocos días fue encontrado junto a la carretera un ruso que tenía arrancadas las piernas. Se descubrió que en los bolsillos llevaba cartuchos detonadores y por ello fue fusilado en el acto — sin duda con esa mezcla de humanidad y bestialidad que corresponde a la reducción de la capacidad moral de discernimiento. El reino de la muerte se convierte en un trastero; en él se depositan, para no verlas nunca más, aquellas cosas que parecen incómodas, que parecen difíciles. Pero tal vez se cometa un error al obrar así.

Kutaísi, 31 de diciembre de 1942

Por la noche sueños. Asistía a la conversación que se desarrollaba entre una dama vestida con traje de montar y un señor de mediana edad; en unas ocasiones era yo el que llevaba la conversación, haciendo unas veces de uno de los interlocutores y otras veces del otro, y en otras ocasiones me limitaba a escuchar lo que ellos decían: me individualizaba

en el diálogo. En aquello se revelaba muy bien el abismo que separa al hombre que actúa del hombre que contempla: el proceso, cuya unidad me resultaba del todo clara cuando me reducía a mirar, adoptaba un carácter dialéctico cuando tomaba la palabra. Aquel cuadro es también indicativo de mi situación en general.

Por la mañana visité al señor Maiweg, que en Shirókaya Balka está al frente de una unidad de la «brigada de aceites minerales». Así es como se denomina una agrupación medio militar medio técnica cuya tarea consiste en inspeccionar, defender y volver a poner en explotación los campos petrolíferos conquistados. «Shirókaya Balka», que significa «desfiladero ancho», es un lugar del que se extraían considerables cantidades de petróleo. Antes de retirarse los rusos destruyeron de un modo extraordinariamente metódico todas las máquinas de bombeo y todas las instalaciones. En las perforaciones vertieron cemento mezclado con trozos de hierro, espirales, tornillos y viejas perforadoras. También soterraron piezas de hierro en forma de hongo que se abren cuando se intenta perforarlas y extraerlas y arrastran consigo el vástago de la perforadora.

Tras estar largo rato conversando el señor Maiweg y yo montamos a caballo y recorrimos la zona. Con sus torres de sondeo derribadas y sus salas de calderas voladas, aquello guardaba parecido con esas cajas para hierros viejos que se ven en las cerrajerías. Por todas partes había, confusamente mezclados, trozos de hierro oxidados, retorcidos, rotos, y entre ellos se alzaban máquinas, calderas, depósitos, también ellos dinamitados. Empezar a poner orden en aquel caos era sin duda algo que desanimaba a cualquiera. Acá y allá se veía a un hombre solitario o a un grupo de hombres vagar de un lado para otro por el terreno, que parecía un juego de puzle con sus piezas desparramadas por todos sitios. También abrían allí sus fauces, sobre todo en las proximidades de las torres de sondeo, embudos recientes producidos por minas.

El espectáculo de destacamentos buscadores de minas que iban pinchando cuidadosamente el terreno con unas afiladas horquillas de hierro despertaba la opresiva sensación que se apodera de uno cuando no puede ya fiarse de la tierra que pisa. Yo tenía debajo de mí, sin embargo, al bueno del caballo, que se interponía entre mi cuerpo y el suelo.

En el almuerzo bebimos vino del Cáucaso y hablamos del gran tema de la duración de la guerra. Maiweg, que ha vivido en Texas diez años trabajando como ingeniero del petróleo, sostuvo la opinión de que la guerra contra Rusia conducirá a un *limes* y de que también la guerra contra Norteamérica llevará a un punto muerto, lo cual irá a costa del imperio inglés y del imperio francés.

Yo repliqué que precisamente la violencia de la guerra hablaba en contra de tal opinión. Desde luego un desenlace indeciso sería también lo peor que cabe imaginar. El muy difundido pronóstico de la duración indefinida de la guerra se basa en lo esencial en una carencia de fantasía: ese pronóstico es el propio de las personas que no ven ninguna salida.

Detalle: los rusos que para sus trabajos de reconstrucción había seleccionado Maiweg en todos los campos de prisioneros, especialistas en perforación, geólogos, trabajadores del petróleo residentes en esta zona, fueron requisados en una estación por una tropa combatiente para que prestasen servicios como porteadores. Eran quinientos hombres, de los cuales perecieron trescientos cincuenta al borde de los caminos. De los restantes, ciento veinte murieron de agotamiento una vez que regresaron, así es que quedaron únicamente treinta.

A última hora de la tarde celebración de la Noche Vieja en el cuartel general. Allí volví a ver que en estos años no es posible la pura alegría de las fiestas. Así, el general Müller estuvo contando detalles de las horrorosas infamias cometidas por el servicio de seguridad tras la conquista de Kiev. También volvieron a ser mencionados los túneles de gases donde penetran trenes cargados de judíos. Son rumores y co-

mo tales los anoto; pero es seguro que están ocurriendo matanzas en gran escala. Al oír aquellas cosas pensé en la mujer del bueno del *potard*, el boticario de París, por la que entonces se sentía tan angustiado. Cuando uno ha echado una mirada a tales destinos singulares y luego sospecha las cifras de crímenes que están cometiéndose en las barracas de los desolladores, se le abre la perspectiva de una potenciación del sufrimiento ante la cual se le cae el alma a los pies. Entonces se apodera de mí un asco de los uniformes, de las charreteras, de las condecoraciones, de las armas, cosas todas ellas cuyo brillo he amado tanto. La vieja caballería ha muerto; quienes hoy conducen la guerra son los técnicos. Así pues, el ser humano ha alcanzado aquel nivel descrito por Dostoievski en el personaje de Raskólnikov. En ese nivel el hombre ve a sus semejantes como sabandijas. Mas justo de eso ha de guardarse si no quiere caer él mismo en la esfera de los insectos. Del ser humano y de sus víctimas vale el antiguo, tremendo dicho: «Tú eres eso».

Después me fui afuera, donde brillaban las estrellas y relampagueaban en el cielo los proyectiles. Los signos y señales eternos — la Osa Mayor, Orión, Vega, las Pléyades, la Vía Láctea; ante ese esplendor, ¿qué somos nosotros los humanos y qué son nuestros años terrenales? ¿Qué son nuestros fugaces tormentos? A medianoche, entre el ruido de los bebedores, me acordé vivamente de mis seres queridos y tuve la sensación de que también sus saludos llegaban hasta mí.

Apsherónskaya, 1 de enero de 1943

Sueños mánticos de Año Nuevo — me encontraba en una gran casa de huéspedes y hablaba de las maletas de los viajeros con el portero, quien llevaba en su uniforme llaves bordadas con hilo de plata. El portero decía que, incluso en situaciones de gran desconcierto, los viajeros se separan muy a disgusto de sus equipajes — estos significan para ellos algo más que el envoltorio de sus pertenencias, dentro de las maletas está la continuación del viaje, así como el prestigio y el crédito. El equipaje, decía el portero, es como el barco, que es lo último que se deja en la estacada cuando se realiza un viaje por mar, más aún, es como la propia piel. De manera oscura entreveía yo que aquella casa de huéspedes era el mundo y que la maleta era la vida.

Para que pudiese tirar con arco, tallaba yo para Alexander, mi hijo menor, del brote de un rosal una flecha que llevaba en la punta un capullo encarnado.

Me levanté temprano para regresar a Apsherónskaya. El sol brillaba magnífico en las montañas, cuyos bosques alentaban ya en los colores violetas propios de la época que precede a la primavera. También yo estaba de buen humor, como un gladiador que de nuevo sale al circo. En este primer día del año se realizan con más cariño las pequeñas ocupaciones cotidianas — el lavarse, el afeitarse, el desayunar, el escribir anotaciones en el diario: actos simbólicos que uno celebra con la solemnidad propia de un rito.

Tres buenos propósitos. Primero: «vivir con mesura», pues casi todas las dificultades de mi vida han estribado en violaciones de la mesura.

Segundo: «Mantener siempre abiertos los ojos para los desdichados». Al ser humano le es innata la tendencia a no percibir la auténtica desgracia, más aún, aparta sus ojos de ella. La compasión llega siempre retrasada.

Finalmente quiero desterrar de mí el preocuparme por la salvación individual en el remolino de las catástrofes que son posibles. Comportarse con dignidad es más importante. Pues no conseguimos seguridad para nosotros más que en puntos superficiales de un todo que nos queda oculto y es precisamente la escapatoria que ideamos la que puede acarrearnos la muerte.

La carretera no se encontraba en unas condiciones tan insondables como a la ida, también es cierto que conté aproximadamente quinientas personas que estaban trabajando en ella. Otras quinientas llevaban hacia el frente vituallas, en coches o en caballos. En tales estampas se refleja la fuerza de gravitación que poseen los grandes espacios. En estos alcanzan un peso de Atlas incluso montañas aisladas, como el Semashó. También me vino a la mente el magnífico pronóstico de Spengler.

Una vez que llegué a Apsherónskaya lo primero que hice fue almorzar en compañía de Massenbach, y luego salimos a dar un paseo por el bosque. En el horizonte refulgían las blancas montañas. Estuvimos hablando de los crímenes de este tiempo. Se hallaba presente una tercera persona que los consideraba inevitables. Decía que la matanza de la burguesía rusa en 1917 y el exterminio de millones de personas en las mazmorras eran cosas que habían causado un terror pánico a los pequeño-burgueses alemanes, y que estos se habían convertido en unos seres terribles. Así, añadió, habían venido de la derecha aquellas cosas que del lado de la izquierda amenazaban con ser más espantosas todavía.

En tales conversaciones se pone en claro hasta qué profundidad ha calado ya la técnica en el mundo moral. El ser humano se siente dentro de una gran máquina de la que no hay escapatoria. En tales sitios se ve al miedo dominar por doquier, tanto en los oscurecimientos de las ciudades como en las grotescas manías de andar con disimulos y en la omnipotente desconfianza. Siempre que dos personas se encuen-

tran se resultan sospechosas la una a la otra — es algo que comienza ya con el saludo.

Maikop, 2 de enero de 1943

Durante la noche cayeron sobre Apsherónskaya unas cincuenta bombas. Por la mañana salí para Maikop. La ruta pasaba junto a tropas que habían sido relevadas y que iban tirando de carruajes medievales. En general uno se siente inclinado a recordar, más bien que la guerra anterior, la Guerra de los Treinta Años; y a recordar esa guerra inducen no solo las formas externas, sino también las cuestiones religiosas que claramente transparecen.

El tiempo era suave y despejado. Por la mañana fui a un «parque cultural» donde estaban desmoronándose las figuras de yeso de algunos superhombres modernos; después me dirigí a las escarpadas orillas del río Bélaya. Por la tarde me recibió el general Konrad, comandante del frente del Cáucaso. Me mostró el gran mapa de operaciones y dijo que estaba en preparación la retirada. Los golpes asestados al VI Ejército afectan a todo el flanco sur. Opinaba que en el último año nuestras fuerzas habían sido despilfarradas por gente que entendería de cualquier cosa menos de la conducción de la guerra. Había sido especialmente obra de simples aficionados el haber descuidado la formación de centros de gravedad; Clausewitz, dijo, estaría revolviéndose en su tumba. Aquellos aficionados se dejaban arrastrar por cualquier deseo, por cualquier idea fugaz, y los objetivos de la propaganda desplazaban a los de la estrategia. Añadió que se podía atacar el Cáucaso, Egipto, Leningrado, Stalingrado, pero no hacer todo al mismo tiempo y estar además ocupado con otros planes secundarios.

Teberdá, 3 de enero de 1943

En el momento en que yo llegaba al aeródromo, a las ocho de la mañana, aterrizaba en él un avión alemán de reconocimiento. En el transcurso de su ronda matutina por encima de Tuby había sido alcanzado en el ala izquierda por un proyectil de la defensa antiaérea; podía verse en aquella ala un agu-

jero del tamaño de una sandía. Luego se habían lanzado sobre él cuatro cazas. Al elevarse bruscamente el aparato, el propio tirador de a bordo disparó una ráfaga de veinte balas que fueron a dar en el timón de profundidad. Durante el combate que vino a continuación, el impacto de un proyectil disparado por un cañón de a bordo hizo añicos el timón lateral derecho, y más de treinta balas habían atravesado el aparato. La capa de pintura gris había saltado y el metal mostraba unos surcos plateados. También el depósito de gasolina tenía varios orificios.

El piloto, un teniente, pálido, agotado, que aspiraba con avidez el humo de un cigarrillo tras otro, explicó el combate que acababa de librar. Los agujeros del depósito de gasolina se cierran automáticamente con una membrana de caucho. Conversación sobre el saltar del aparato en caso de incendio. Dijo:

—Sobre territorio ruso, imposible. Da igual pegarse un tiro en la cabeza allá arriba que pegárselo mientras se va descendiendo con el paracaídas.

Luego monté en el Fieseler Storch, la «cigüeña de Fieseler», un pequeño avión de turismo de dos plazas, una para el piloto y otra para un pasajero. Mientras ascendíamos quedó al descubierto la estructura de la población: cuadriláteros regulares de edificios con un jardín en el interior. Fuimos planeando lentamente sobre el terreno y yo me deleité observando las aves; por ejemplo, los gansos, que corrían en fila, o las gallinas, que aleteaban buscando la sombra de los setos y vallados, tal como suelen hacer cuando aparece una cigüeña de verdad. También iban volando delante de nosotros unas aves rapaces con alas de gavilán; nubes de patos y de pinzones resplandecían por encima de los campos sembrados de girasoles.

Mientras miraba aquellas cosas pensaba en una conversación que mantuve con mi padre hacia el año 1911. El asunto de la charla era si algún día el ser humano volante por los aires nos causaría tan escaso asombro como el que nos causa

una bandada de grullas. En aquella época yo tenía un sentido romántico futurista, orientado hacia el porvenir, cual si estuviéramos aproximándonos a tiempos de saurios. Es un rasgo que he perdido. La óptica en medio de la catarata es diferente de la óptica con que avanzamos hacia ella. Pero todas las cosas están en correspondencia con nuestros deseos, con nuestro gran anhelo; pagamos con el peso completo.

Desde el aeródromo de Cherkessk el viaje continuó en automóvil, valle arriba del río Kubán; ese valle es uno de los circos grandes y solemnes que se encuentran antes de llegar a la cordillera. Las aguas verdes y gélidas arrastraban bloques de hielo. Limitaban aquel extenso circo unas onduladas cimas grises que acababan abruptamente al borde del valle; los acantilados blancos tenían paredes lisas o llenas de estrías perpendiculares, las cuales alternaban con formaciones parecidas a órganos o con hermosos plegamientos. Venían luego cañones de pétreas paredes de color gris rojizo o rosado con estratificaciones horizontales, de manera que uno tenía la impresión de deslizarse junto a un muro construido por titanes. Abajo el ancho cauce del río, con blancos cantos rodados.

En Jumarinski y en otros lugares el centro de la población era siempre una pequeña mezquita de madera con la Media Luna en lo alto. Pastores a caballo iban caminando detrás de rebaños de ovejas o de vacas. Otros bajaban de los bosques conduciendo asnos cargados de leña. Llevaban puesta la *burka,* el rígido manto de piel prensada de oveja que es peculiar de los nativos de Karadshayá.

Poco a poco iban aproximándose las montañas; adelantaban portones de dientes agudos a través de los cuales caía la mirada sobre los blanquiazules gigantes de la cordillera. En Mikoyan-Shashar, sede gubernativa que parecía sacada del suelo por arte de magia, el camino se desvía hacia el valle del río Teberdá. La ciudad de Teberdá, que es un sanatorio para enfermos de pulmón, tiene ese aire acogedor, ese aire de

prosperidad que más bien se buscaría en los valles del Harz o de los Alpes tiroleses.

Al coronel Von Le Suire, que manda aquí un pelotón de combate formado por cazadores de montaña, lo conozco desde los tiempos del ejército de los cien mil hombres. Me saludó cordialmente en el círculo de su pequeña Plana Mayor — las altas montañas nos ponen de buen humor, es algo que he experimentado ya varias veces; otorgan mayor ligereza y libertad a nuestra sangre, hacen más franco y leal el trato con los camaradas.

Sobre el diario: las anotaciones cortas, pequeñas, son a menudo secas, como té en hojas; la acción de pasarlas a limpio es el agua caliente que deberá extraerles el aroma.

Teberdá, 4 de enero de 1943

Continuado el viaje, valle arriba del río Teberdá, hasta el puesto de mando del capitán Schmidt, quien con una tropa de cazadores de alta montaña cierra allá arriba dos pasos. Me serví de la motocicleta de cadenas, un vehículo apto para remontar pendientes imposibles de subir de otro modo.

El estrecho sendero iba ascendiendo entre coníferas gigantescas y peñascales cubiertos de musgo. Un arroyuelo se deslizaba murmurante por el sendero, oculto bajo congeladas campanillas de las nieves que el hielo había hinchado. A la derecha corría, dividido en varios brazos, entre pálidos montones de cantos rodados, el río Teberdá; luego venía el Amanaos, que se alimenta de los glaciares. Me encontraba de buen humor, en una especie de embriaguez de las cimas.

Muy arriba, en el circo del Amanaus, se hallan los edificios de madera de una escuela de escaladores y de un sanatorio. Allí me recibió el capitán Schmidt en su puesto de mando, por encima del cual se alzan los gigantes de hielo: a la izquierda quedan primero el macizo del Dombai Ulgen, luego la afilada aguja del Karadshayá, el Bélaya Kaya oriental y occidental, y en medio de ellos el extraño pico del So-

frudshú. En el inmenso glaciar del Amanaus, con sus superficies de hielo verdoso, sus grietas profundas, sus aristas refulgentes, están apostados los centinelas que guardan los pasos; para llegar a sus barracas de hielo y de nieve han de realizar todavía una ascensión que lleva siete horas. El camino discurre entre despeñaderos, aludes, precipicios horroríficos. Schmidt me contó que, sin embargo, los peligros de la guerra impiden ver los peligros de la escalada; en las ascensiones difíciles se piensa sobre todo en el enemigo. Justo en aquel instante le llegó a Schmidt un mensaje: unas patrullas rusas de reconocimiento se habían atrincherado allá arriba en unos agujeros hechos en la nieve y estaba librándose un combate a tiros. Esos agujeros abiertos en la nieve se tapizan con un periódico y se calientan con una vela: ese es todo el confort que en ellos hay.

Yo pensaba quedarme en aquellas alturas todo el tiempo que me fuera posible y subir de vez en cuando al mundo de los glaciares. Me sentía allí como en mi propia casa y tenía la impresión de que en aquellos montes sigue estando vivo uno de los grandes manantíos del mundo, algo que también Tolstói sintió con gran intensidad. Sin embargo, mientras estaba tratando con Schmidt de los pormenores de mi permanencia allí, llegó de Teberdá un mensaje radiado: decía que se había hecho preciso replegarse sin demora. Esto quiere decir sin duda que en Stalingrado la situación ha empeorado todavía más. También las condiciones atmosféricas, que desde hacía varias semanas venían siendo buenas allí, se tornaron amenazadoras de repente — se veía el aire cálido del mar Negro colarse en torbellinos y tolvaneras por los pasos, y vapores bamboleantes adherirse a las cumbres de los picos. Desde el circo giré los ojos una vez más para echar una mirada a aquellos gigantes — a sus crestas, a sus pináculos, a sus precipicios. Pensamientos altísimos, audacísimos, unidos a todos los lóbregos horrores del poder. En tales lugares se pone de manifiesto el plan del mundo.

También en Teberdá encontré sobresaltado a todo el mundo. En el flanco izquierdo el I Ejército blindado está evacuando sus posiciones; el movimiento abarca el frente del Alto Cáucaso. En el plazo de pocos días serán abandonadas posiciones cuya conquista costó más sangre y más fatigas que las que un cerebro es capaz de concebir. A consecuencia de las prisas quedarán aquí muchas cosas. El coronel tiene orden de volar las municiones y destruir las provisiones; también se quitan de las tumbas las cruces y se borran las huellas. Por cierto que el coronel se tomaba las cosas con filosofía. Decía, por ejemplo:

—Pues ya me gustaría a mí saber quién va a pellizcarle el trasero dentro de una semana a la Anastasia.

La frase se refería a una de las dos muchachas que estaban sirviendo a la mesa. Por cierto que ambas lloraban y dijeron que los rusos les cortarían el pescuezo. Al oír aquello el coronel ordenó que se les reservara una plaza en el convoy.

Teberdá, 5 de enero de 1943

Aunque caía una ligera llovizna, por la mañana volví al valle del Pshish. Quién sabe cuándo volverán a posarse en estos bosques los ojos de un alemán. Me temo que después de la guerra se cerrarán herméticamente grandes partes de nuestro planeta.

Lo que sobre todo deseaba era recrearme una vez más todavía con la visión de los viejos árboles; el que se extingan en la Tierra es, de todas las malas señales, la que más da que pensar. Pues los viejos árboles son los símbolos más poderosos no solo de la fuerza intacta de la Tierra, sino también de ese espíritu de los antepasados que perdura en la madera de las cunas, de los lechos, de los ataúdes. En los árboles viejos habita como en relicarios una vida bendecida, que el ser humano pierde cuando caen al suelo.

Pero allí los viejos árboles seguían aún en pie: recios abetos a cuyos troncos se ceñían cual una tupida vestimenta las ramas, hayas de plateado brillo, rugosas encinas de selvas

primitivas, el gris peral silvestre. Me despedí de aquellos gigantes como Gulliver antes de partir hacia el país de los enanos, entre los cuales las cosas enormes surgen por construcción, no por libre crecimiento. Todas estas cosas se me mostraron tan fugazmente como en un sueño, como los prodigios navideños que uno ve de niño por el ojo de la cerradura — pero que, sin embargo, permanecen en la memoria como regla para medir todo. Para no capitular a la ligera es menester saber cuáles son las cosas que el mundo ofrece.

Voroshílovsk, 6 de enero de 1943

Levantado temprano para emprender el viaje a Voroshílovsk. Caía una fuerte nevada y ello hizo que no pudiera ver mucho del valle del Teberdá ni, luego, del valle del Kubán. Pensamientos y fantasías ligeros, libres, llenos de fuerza espiritual. Lo atribuyo al aire de las montañas y a la fuerza de néctar que encierra la miel, el antiguo manjar no solo de los dioses, sino también de los eremitas y solitarios, y del que principalmente he estado alimentándome estos días. Si uno tuviera siempre miel en cantidades suficientes, y además pan blanco y vino tinto, abriría las alas espirituales como una mariposa.

La carretera estaba atestada de columnas que iban replegándose. Entre ellas cabalgaban naturales de Karadshayá envueltos en sus mantos negros; conducían ganado o se desviaban por los valles transversales. Esas gentes se encuentran en mala situación, pues acogieron como liberadores a los alemanes, y, si no acompañan a las tropas en su retirada, necesariamente habrán de refugiarse en las inaccesibles montañas para escapar a la matanza. Lo terrible es, en efecto, el flujo y reflujo de los poderes, el cual exige un tributo siempre mayor de sangre, lo terrible está en que sean tan cortas las ondas de los errores.

Después de Cherkessk la carretera desaparecía completamente en la nieve y discurría entre tronchos de maíz y matas resecas de girasol. Después parecieron borrarse lentamente también esas señales y el conductor estuvo siguiendo largo

rato las huellas de unas ruedas, que era lo único que allí se veía. Aquellas huellas nos condujeron únicamente, sin embargo, a un gran pajar en torno al cual trazaban un círculo y desembocaban luego en sí mismas. Fue preciso, pues, volver atrás. Una segunda tentativa de encontrar el camino acabó junto al curso de un río que atravesaba negro el desierto de nieve. En aquel momento empezaba a oscurecer y del suelo estaban alzándose también nieblas.

Finalmente llegamos a un granero en el cual había unos hombres dedicados al trabajo de trillar; un muchacho fue enseñándonos el camino al tiempo que galopaba a nuestro lado en su caballo. No quiso subir al coche, era evidente que tenía miedo de que no lo dejásemos libre de nuevo. Una vez que tornamos a encontrarnos sobre las huellas dejadas por los vehículos fuimos a parar a una cuesta cubierta de un barro fino, gris y resbaladizo como la mantequilla de cacao. Intentamos empujar el coche; las ruedas giraban, pero no avanzaban, y de los pies a la cabeza nos salpicaron de un barro pegajoso. Unos campesinos que estaban trabajando allí cerca acudieron amablemente en nuestra ayuda; agarraron el coche como si fueran osos y al apoyarse en él para empujarlo rompieron con sus anchas espaldas los cristales.

Luego intentamos rodear aquel sitio y el resultado fue que el coche cayó en un agujero de lodo tras romper la nevada capa de hielo que lo cubría. Yo veía cómo el coche iba hundiéndose más y más, cuando pasó por allí un carrero que desenganchó sus caballos y con una soga nos sacó del apuro. El viaje prosiguió luego a través de la noche, en medio de una tempestad de nieve que nos envolvía en los torbellinos de millares de copos; los copos se balanceaban incandescentes a la luz de los faros y luego se extinguían, como si se derritiesen en su interior. Llegada a hora tardía a Voroshílovsk.

Aquellas correrías sin rumbo me han proporcionado una idea del ímpetu con que la estepa ataca al espíritu. La contradicción que ese ataque suscita se deja sentir cual un

malestar sordo, paralizante, como no lo había notado yo nunca en el mar.

Voroshílovsk, 7 de enero de 1943

En el Estado Mayor la moral era más baja que entre la tropa; sin duda se debe a que en él se tiene una visión de la situación en su totalidad. Los cercos provocan un estado de ánimo no conocido en guerras anteriores de nuestra historia — ese agarrotamiento que corresponde a la aproximación al punto cero absoluto.

Tal cosa no puede deberse a los hechos como tales, por muy espantosa que sea la perspectiva de sucumbir en el hielo y la nieve en medio de aplastadas multitudes de cadáveres y moribundos. Se trata, antes bien, del estado de ánimo propio de seres humanos que creen que la aniquilación es completa.

En un gran Estado Mayor se oye el roce producido por la red que va cerrándose; casi a diario se ve que una de sus mallas ha enganchado algo. Es en esos sitios donde resulta posible estudiar los temperamentos, en semanas en que va anunciándose poco a poco el pánico, como en el mar unas corrientes suaves anuncian la marea invisible, pero ya próxima. En esa fase los seres humanos se apartan los unos de los otros; se vuelven taciturnos, meditabundos, como en la pubertad. Pero en los más débiles se hace ya visible lo que cabe aguardar. Son los puntos de resistencia mínima, como ese pequeño teniente que era presa de un ataque de llanto en el momento en que yo entraba en su despacho a buscarlo.

También la población está inquieta; en el mercado hacen aparición las mercancías acaparadas, el valor de los billetes de banco sube. Los campesinos, que se ven obligados a quedarse aquí, buscan los billetes rusos; los habitantes de las ciudades, una parte de los cuales quiere acompañar a los alemanes en la retirada, buscan los billetes alemanes. Se oye decir que cosas parecidas han ocurrido ya en el sector del I Ejército blindado, y también que quienes se echaron al camino con la mujer y los hijos quedaron descolgados al se-

gundo o tercer día y ahora su situación es peor aún que antes, ya que esa tentativa de huida sellará su destino.

Naturalmente los rusos están intentando ahora volar los puentes y las vías férreas y a ese fin dedican numerosas patrullas de sabotaje, que en parte se infiltran por las brechas del frente y en parte saltan en paracaídas. El jefe de los servicios de contraespionaje de este Grupo de Ejércitos me ha contado algunos detalles de una de esas patrullas, compuesta de seis miembros, tres hombres y tres mujeres. De los hombres, dos eran oficiales del Ejército Rojo y el tercero era un radiotelegrafista; de las mujeres, una era radiotelegrafista, la segunda exploradora y encargada de las vituallas, y la tercera, enfermera. Los seis fueron hechos prisioneros mientras pasaban la noche en un pajar. No habían podido llevar a cabo su objetivo, que era el volar puentes, ya que el paracaídas en el que iban los explosivos había caído en un pueblo. Las mujeres, estudiantes de bachillerato, habían servido primero en el Ejército Rojo y luego fueron enviadas a realizar un cursillo de sabotaje. Un buen día aquellas seis personas tuvieron que prepararse para partir; las montaron en un avión y las lanzaron detrás de las líneas alemanas, sin que nadie les hubiera dicho cuál era su cometido. El equipo consistía en metralletas, también la enfermera portaba una, así como en un radiotransmisor, conservas, dinamita y un botiquín.

Rasgo humano: en el momento de la detención una de las muchachas se abalanzó sobre el médico ruso que acompañaba al alcalde y a los soldados alemanes, trató de abrazarlo y lo llamó «padre». Luego se echó a llorar y dijo que aquel hombre tenía el mismísimo aspecto que su padre.

Los viejos nihilistas de 1905 celebran su resurrección en estas personas, aunque desde luego las circunstancias han cambiado. Los medios de que se valen, las misiones que quieren cumplir, su estilo de vida siguen siendo los mismos. Solo que ahora es el Estado el que proporciona la dinamita.

Voroshílovsk, 8 de enero de 1943

A primera hora de la mañana en el mercado, donde había muchísima gente. La situación incita a vender, ya que resulta más fácil llevarse dinero que mercancías. Ahora la comida es muy abundante; se derrochan las existencias. He visto soldados que chamuscaban gansos en los jardines; en la mesa se apilaban montones de carne de cerdo. Vislumbré el remolino de terror que anuncia la aproximación de columnas de ejércitos orientales.

A mediodía en el despacho del comandante en jefe, el teniente general Von Kleist; lo encontré delante del mapa, con aire preocupado. Bella la manera como pasé así del trajín del mercado al centro de las cosas. La perspectiva de los generales está enormemente simplificada, pero al mismo tiempo posee una altura demoníaca. Los destinos singulares desaparecen de la vista, pero espiritualmente están presentes, se suman a la atmósfera, cuya presión es enorme.

En el antedespacho me entregó un telegrama el oficial de transmisiones; mi padre está grave. Al mismo tiempo está corriendo el rumor de que el ferrocarril de Rostov se halla cortado. Por casualidad tropecé con el teniente coronel Krause, con el que me unen tratos anteriores, especialmente desde las jornadas clandestinas celebradas en Eichhof. Krause estaba aguardando un avión de Berlín y me lo ofreció para el regreso. Mientras estaba hablando con él de esto, el jefe de personal del comandante en jefe me hizo llegar el recado de que hay reservada una plaza para mí en el avión correo que mañana a primera hora despega de Armavir. Dentro de dos horas sale un automóvil para esa ciudad.

Kiev, 9 de enero de 1943

Durante el viaje nocturno estuve pensando vivamente en mi padre. La última vez que lo vi fue en 1940, cuando pasé unos días de descanso en Leisnig después de la campaña de Francia. Pero he hablado con él por teléfono varias veces. En el cansancio de las primeras horas de la madrugada vi brillar sus ojos en el oscuro cielo, unos ojos grandes y de un azul más profundo, más vivo que nunca antes — los ojos que en

el fondo le corresponden. Los veía posados cariñosamente sobre mí. Alguna vez me gustaría describir a mi padre como una madre que poseyese una inteligencia varonil — con un sentido más hondo de la justicia.

Llegué a Armavir a las dos de la madrugada y allí me adormilé un poco encima de las sacas llenas de correspondencia. Unos funcionarios soñolientos se dedicaban a ordenar las cartas y paquetes mientras sobre la población caían bombas. En medio de aquella duermevela intranquila me apesadumbraba el carácter nocturno de la guerra, uno de cuyos sufrimientos es, en efecto, el insomnio, todas esas interminables noches pasadas en vela en el frente, en la patria, en los servicios de la retaguardia.

Despegué a las seis de la mañana en un aparato pintado de laca verde; su nombre era *Globetrotter* y lo pilotaba un príncipe de Coburgo-Gotha. Dos horas más tarde sobrevolábamos el Don, que estaba helado; su color era verde, pero en aquellos sitios donde se hallaban rotos los bloques de hielo aparecía blanco. En las carreteras se veían grandes columnas en reflujo. Aterrizamos brevemente en Rostov en un aeródromo en el que unos escuadrones de bombarderos estaban cargando proyectiles enormes.

En Kiev me alojé en el viejo hotel, que esta vez me pareció muy confortable. Vemos las cosas de un modo relativo. Compartí mi habitación con un oficial de la Primera Guerra Mundial que venía de la bolsa de Stalingrado. Parece que allí los aeródromos se hallan ya bajo el fuego directo de los cañones rusos. Están llenos de aviones destrozados. Los hombres encerrados en un gran campo de prisioneros que también quedó incluido en el cerco vivieron al principio de carne de caballo, se alimentaron luego de manera canibalesca y al final murieron de hambre. La gente sale de los cercos con quemaduras, con cicatrices — tal vez con estigmas de una gloria futura.

Lötzen, 10 de enero de 1943

Llegué a Lötzen al mediodía e inmediatamente pedí que me pusieran por teléfono con Kirchhorst y con Leisnig. Por boca de Perpetua he sabido, a las siete de la tarde, que mi buen padre ha muerto, cosa que yo había presentido ya con toda claridad. Será enterrado en Leisnig el miércoles próximo; llegaré, pues, todavía a tiempo, lo cual me tranquiliza mucho.

He estado meditando largo tiempo sobre mi padre, sobre su destino, su carácter, su humanidad, igual que lo había hecho muchas veces en los últimos días.

En el coche cama, 11 de enero de 1943

Resuelto diversos asuntos en Lötzen, donde hacía un frío espantoso. A última hora de la tarde salí para Berlín. En el tren el coronel Rathke, jefe del Departamento del Ejército de Tierra en el Ministerio de la Guerra. Conversación sobre la situación en Rostov, que él considera reparable. Luego hablamos sobre la guerra en general. Después de los tres primeros juicios de valor reconocemos a quien pertenece al otro campo; entonces nos replegamos a los lugares comunes de la cortesía.

Kirchhorst, 21 de enero de 1943

Mirada atrás. Durante el viaje a Leisnig, el 13 de este mes, me llamaron la atención los rostros de las personas que viajaban conmigo en el tren — rostros macilentos, hinchados de manera artificial; aquella carne era una seductora incitación a las enfermedades malignas, devastadoras. Casi todas las personas iban dormidas, en un estado de agotamiento extremo.

El «saludo alemán»: el símbolo más fuerte de la coacción espontánea o de la espontaneidad coaccionada. La persona singular lo hace cuando entra en el compartimiento o cuando sale de él, es decir, cuando resulta visible como individuo. Pero no responde a ese saludo cuando se halla en grupo, sumergida en el anonimato. En un viaje como ese se ofrecen

abundantes ocasiones de estudiar los refinamientos de que es capaz la tiranía.

En Leisnig acudí enseguida al cementerio, tras haber saludado brevemente a mis hermanos; en el cementerio me entregó la llave de la capilla mortuoria la *Heimbürgin,* la «amortajadora». Estaba ya oscureciendo cuando abrí la puerta. En el ataúd abierto, colocado sobre un alto catafalco, vestido de frac, mi padre, en una gran lejanía, solemne. Me acerqué lentamente, encendí las velas a derecha e izquierda de su cabeza. Largo tiempo estuve mirando su cara, que se me había vuelto muy extraña. Especialmente la parte de abajo, el mentón, el labio inferior, pertenecían a otra persona, a un desconocido. Di unos pasos hacia atrás por su lado izquierdo y contemplé su frente y su mejilla, en la cual era visible todavía como una raya roja la bien conocida cicatriz causada por un sable; entonces conseguí restablecer el contacto — vi a mi padre como lo había visto innumerables veces después de comer, sentado en su butacón y charlando. Alegría de encontrarlo todavía antes de que me lo ocultase la tierra. Pensamiento: «¿Estará dándose cuenta ahora de esta visita mía?». Toqué su brazo, que había adelgazado mucho, toqué su fría mano; como para descongelarla, una lágrima cayó sobre ella. ¿Qué significado tiene ese silencio enorme que rodea a los muertos?

Luego volví a casa y, mientras charlábamos sobre él, tomamos el té en el viejo, familiar comedor. Cayó enfermo el primer día de las fiestas de Navidad, permaneció algunos días sentado en el sofá y luego se metió en cama. Al poco tiempo dijo:

— Ahora tendréis que ver cómo os las arregláis vosotros solos.

Su estado empeoró con rapidez, de manera que el médico mandó llevarlo al hospital; allí se diagnosticó que padecía pulmonía doble.

Friedrich Georg tenía la impresión de que, en el hospital, nuestro padre fue ocupándose cada vez más en sí mismo y

no encontraba ya tiempo para ver a quienes lo visitaban. Las dos últimas frases que le oyó fueron: «Vamos, sentaos» y «Agua». El viernes por la tarde lo vio todavía. Según las declaraciones de la enfermera, habría muerto por la noche, a la una de la madrugada del sábado. Esa sería más o menos la misma hora en la que yo vi brillar sus ojos mientras viajaba en coche hacia Armavir. También me ha afectado mucho el descubrir, hojeando mis diarios, que hace exactamente un año me desperté muy triste a esa hora porque había estado soñando con su muerte.

Ha fallecido a los setenta y cuatro años y, por tanto, ha vivido diez años más que su padre y diez años menos que su madre. Esto viene a confirmar una vez más mi parecer de que uno de los métodos de calcular la edad probable en que alguien morirá consiste en sacar la media de los años vividos por sus dos progenitores, suponiendo que su fallecimiento haya ocurrido en circunstancias normales.

Por la noche dormí en su habitación, en la que, con una iluminación íntima, le gustaba leer o jugar al ajedrez en la cama. Aún estaban en la mesilla de noche los libros con que se había ocupado en los últimos días — la *Historia de los griegos,* de Jäger, así como obras sobre el modo de descifrar jeroglíficos y revistas de ajedrez. Allí me sentí muy cerca de él y experimenté un vivo dolor al contemplar su bien ordenada intimidad doméstica, con sus bibliotecas, sus laboratorios, sus telescopios, sus aparatos — en los últimos días de su vida había hecho instalar en una buhardilla especial una gran máquina electrostática de influencia dotada de un tubo de rayos X. La casa es nuestro vestido, es una ampliación de nuestra esencia que ordenamos a nuestro alrededor. Cuando fallecemos, también su forma se pierde pronto — de igual manera que también pierde su forma el cuerpo. Pero en aquella habitación todas las cosas se hallaban frescas aún y cada objeto parecía estar dejado allí de su mano un instante antes.

Al día siguiente se celebró el entierro, en el cual participó únicamente la familia, tal como había sido su deseo. Volvi-

mos a estrechar su mano — «¡Qué fría está!», dijo mi madre al cogerla.

Anoto que, una vez que regresé a casa, se apoderó de mí un contento casi irresistible. Es ese un antiquísimo rasgo humano en la sucesión de los misterios que se nos ha vuelto extraños.

El sábado me vine a Kirchhorst, para pasar aquí unos cuantos días. En el tren nos pidieron la documentación cuatro veces, una de ellas la policía de lo criminal.

Kirchhorst, 22 de enero de 1943

Me he enfrascado en los nuevos escritos de Friedrich Georg que estuvimos comentando durante nuestros paseos en Leisnig; por ejemplo, *Los titanes* y también *Viento del Oeste,* obra esta última en la que he encontrado varios poemas que no conocía, entre ellos *El martín pescador* y *Autorretrato.* En las poesías de Friedrich Georg sobre animales reinan una inteligencia y una calma mágicas, que difieren completamente del tratamiento impresionista que a tales seres dieron sus antecesores inmediatos. En esas poesías se pone de relieve en la lírica un contraste que en la pintura hace ya mucho tiempo que se hizo visible.

En el correo una carta de Flor de Fuego, la cual me habla de un sueño que tuvo el día de Año Nuevo; en él oía el nombre de una ciudad llamada «Todos» o «Tosdo». El recuerdo de ese sueño la indujo a no tomar el 3 de enero cierto tren que iba a Hannover y que luego sufrió un accidente. Flor de Fuego interpreta la palabra *Tosdo* como *So Tod,* es decir, como «Así, la muerte».

Kirchhorst, 23 de enero de 1943

Lectura: *Les aventures de Lazarille de Tormes,* en la bella edición ilustrada por Ransonnette e impresa en París por Didot Jeune hacia 1801. El papel, la impresión, la encuadernación, los grabados, todo contribuye al goce del contenido.

Luego continuado las *Histoires désobligeantes,* de Léon Bloy. En este libro he encontrado la frase siguiente, perífrasis

de uno de los pensamientos fundamentales de *En los acantilados de mármol:*

«… ya presentía yo que este mundo está hecho a la infame imagen de la barraca de los desolladores».

Ahora bien, eso significa también un quehacer.

Berlín, 24 de enero de 1943

Desde ayer me encuentro en Berlín para una breve visita; he vuelto a alojarme en casa de Carl Schmitt. Hoy he participado en la habitual ceremonia en el curso de la cual los caballeros de la orden *Pour le mérite* depositamos una corona en el monumento a Federico el Grande. He sentido muy claramente que era la última vez. Para comprender la situación en que me encuentro, lo único que necesito es invertir la bella frase de Murat: «Llevo puestas mis condecoraciones para que disparen contra mí». Mis condecoraciones siguen siendo un talismán.

Grandes destrucciones en Dahlem. En el último ataque aéreo fueron arrasados no solo muchos bloques de edificios, también fueron levantados por los aires los tejados de barrios enteros y quedaron rotos los cristales de millares de ventanas. La presión del aire tiene a menudo efectos sorprendentes; así, en un edificio cercano a la casa de Carl Schmitt la presión pasó por debajo de una puerta-balcón sin dañarla y en el interior de la habitación partió en dos el taburete de un piano.

Paseo por el oscuro parque. Conversación sobre la muerte de Albrecht Erich Günther; luego, sobre los sueños. Carl Schmitt, enredado durante un sueño en una conversación sobre asuntos de difícil comprensión a propósito de los cuales se admiraban, o se ponían en duda, sus muchos conocimientos, respondía:

—Bueno, ¿pero es que usted no sabe que yo soy Don Capisco?

Excelente frase que capta la peligrosidad y el aventurerismo y, al mismo tiempo, la bufonería que comporta un estado

de inteligencia sutil.

Anteayer fue evacuado Trípoli.

Krichhorst, 9 de febrero de 1943

De nuevo en Kirchhorst, donde permaneceré con permiso hasta el 18 de este mes. Voy retrasado en mis anotaciones. Hace varias semanas que viene molestándome una ligera jaqueca, algo que en general me resulta casi desconocido. Esa jaqueca acompaña los grandes reajustes de los que de ningún modo puede librarse el espíritu, por muy solitaria que sea la vida que uno lleve. Pero su acción llega hasta el reino de los elementos y también hasta el centro del mundo moral. Es algo que, aun prescindiendo de los grandes golpes inesperados, afecta de manera puramente atmosférica.

Hoy he hecho la gran ronda, es decir, la caminata que recorre Stelle, Moormühle, Schillerslage, Oldhorst y Neuwarmbüchen; lleva tres horas, incluso andando a paso ligero.

A la derecha, en los campos, el cobertizo que lleva el rótulo *Burgdorfer Spargelplantagen* [Plantaciones burgdorfianas de espárragos]; ese letrero se ve desde muy lejos, como si fuera el titular de un periódico, de manera que a uno le pasa completamente inadvertido el edificio que detrás de él queda. Tales rótulos pueden cambiar a voluntad, hasta que la lluvia y el viento los borran; entonces vuelve a hacerse visible detrás de ellos el viejo, honesto cobertizo que los llevó en su grupa cual asno obediente. Así es como perduran en el correr del tiempo las dimensiones verdaderas.

Pensamientos sobre la relación entre la embriaguez y la producción artística. Aunque se excluyen al mismo tiempo, son dependientes la una de la otra como el descubrimiento y la descripción, como la exploración y la geografía. En la embriaguez el espíritu avanza cada vez más, de un modo siempre más aventurero, de un modo siempre más directo. Colecciona experiencias al borde de lo Ilimitado. No hay poesía sin tal experiencia.

Por cierto que esa conmoción que acompaña a la concepción de las obras poéticas no hay que confundirla con la embriaguez — se asemeja al desplazamiento de las moléculas en los momentos que preceden inmediatamente a la cristalización. Así es como comienza también el amor, con una vibración — afinamos nuestras cuerdas para llegar a un acorde superior.

Mientras contemplaba Moormühle pensaba en Friedrich Georg y en la conversación que allí mismo tuvimos en 1939 acerca de *Las ilusiones de la técnica.* Dado que ese libro conjura el espíritu del sosiego, el que no apareciese entonces forma parte de su destino. Está en contradicción con las acciones.

Luego he estado meditando sobre Schopenhauer y su *Metafísica del amor sexual.* Está muy bien que Schopenhauer vea el imán del encuentro amoroso no en el individuo, sino en el hijo. Pero en el fondo también el hijo es únicamente un símbolo de la integración superior que acontece en el encuentro amoroso. En este sentido la penetración es, en cuanto signo, algo más significativo, más inmediato, y en *El banquete* Platón desvela los misterios mejor que Schopenhauer. En este último la biología ya enturbia las cosas. Williers de L'Isle-Adam penetra más hondo en el núcleo intemporal e incoloro de la llama amorosa. Con razón admiraba Weininger su *Axel.*

Finalmente he estado reflexionando sobre la anotación de ciertos datos de mi vida, lo he hecho en relación con los apuntes que escribí sobre mi buen padre. No pocas cosas que allí hay las siento como tabú; aún no he clarificado las oscuridades y los pasajes turbios. Lo que para esa clarificación se necesita no es, como pensaba Rousseau, sinceridad. No hay que despreciar, desde luego, la confesión sincera, pero lo que de verdad importa es que el autor adquiera frente a su imagen efímera la fuerza que lo declare libre. Lo logrará en la medida en que sobrepase, bien como poeta o bien como pensador, su propia e individual apariencia.

Al repetir la ronda a que antes me referí se podría tal vez entresacar de ella un paseo por el pantano que llevase de Schillerslage a Neuwarmbüchen.

Kirchhorst, 10 de febrero de 1943

Desayuno en compañía de la gorda Hanne y de Perpetua. Después leído cosas de Rimbaud, cuyo *Bateau ivre* es un último fanal no solo de la poesía del siglo XIX, sino de la poesía copernicana. A partir de ese punto final toda poesía ha de estar referida ya a un cosmos nuevo, y da igual que la física haya descubierto ya ese cosmos o no lo haya descubierto todavía. En este sentido el terrible Isidor Ducasse es contemporáneo solo en apariencia; Ducasse es moderno. Han remitido ya las fiebres tropicales; ahora el viaje lleva a los mares helados.

Luego trabajado en la colección, especialmente en la ordenación del género *Galeruca,* cuyos representantes son muy numerosos en las húmedas tierras pantanosas de esta zona. Las especies emparentadas entre sí se encuentran casi siempre en los mismos espacios vitales, o, para decirlo con un término propio de cazadores, en el mismo coto de caza. Hay excepciones, sin embargo; un ejemplo es el *Scymnus,* un pequeño grupo del cual se alimenta, no de savias vegetales, sino de pulgones. Las teorías sobre esto parten o bien del medio o bien del carácter — pues esa es la cualidad que se encuentra en la base del *struggle for life.* Ambas teorías son unilaterales; los combates espirituales que a ese propósito se libran son semejantes a las disputas por la barba del emperador, o sea, por naderías. Todas esas teorías corresponden solo a ciertas partes, corresponden solo a ciertos estratos de la realidad. Es preciso ponerlas unas encima de otras como si fueran calcos; entonces es cuando a través de ellas se ve la multicolor carta de la Naturaleza. Claro está que para tal cosa se necesitan asimismo unos ojos nuevos; en mi *Carta siciliana al hombre de la Luna* he descrito ese proceso.

Por la tarde a la peluquería que hay en la cabeza de partido de este término municipal. El peluquero volvió a contar la

historia de la maldad de los rusos que devoran la comida de los perros y añadió algunos pensamientos nuevos. Según él, no se puede dar a los rusos alubias para que las planten, pues inmediatamente se las tragan; también se zampan crudos los espárragos. Y, con todo, ese peluquero es un buenazo.

Kirchhorst, 13 de febrero de 1943

Lectura: *Almas muertas,* de Gógol, que hace mucho que no leía. Esta novela tendría aún más fuerza sin las reflexiones, sin esa consciencia, demasiadas veces exhibida por el autor, de que está pintando cuadros de género.

Por la mañana, como llovía y hacía viento, me quedé en la cama hasta muy tarde e incluso desayuné en ella. Allí estuve pensando en las armas de los hervíboros, armas que en muchas clases del mundo animal resultan muy sorprendentes. El carácter prolífero y vegetal de tales armas, que lleva incluso a que se ramifiquen, como ocurre en los ciervos y en muchos insectos que se nutren de madera. También la muda de la cornamenta posee un rasgo vegetal; nada semejante a eso se encuentra en los depredadores. La índole defensiva de tales excrecencias es probablemente una cualidad secundaria, y eso es algo que puede inferirse del mero hecho de que casi siempre forman parte de los caracteres sexuales y de que se presentan también en especies que nunca las utilizan como armas; tal cosa ocurre en numerosos escarabajos que observamos en los excrementos y también en otros que podemos ver en la madera o en las basuras. En estos casos las protuberancias forman parte del *habitus* y modifican no solo las mandíbulas, sino también otras partes del esqueleto quitinoso. Da la impresión de que a esos vegetarianos les gusta parecer más feroces de lo que son.

El modo de ser de nuestra vida, nuestro ser-así, es nuestro arsenal, y de él nos crecen las armas cuando tenemos necesidad de ellas. Este pensamiento es importante de cara al esquematismo del *struggle for life.* Aquí rigen otros principios, como: «La sabiduría viene con el empleo».

Hay depredadores que tienen las maneras y el carácter de vegetarianos, así las ballenas, que comen su alimento como si pastasen.

Kirchhorst, 14 de febrero de 1943

Tiempo borrascoso y lluvioso. En mi habitación ha florecido completamente una ramita de ciruelo que traje del jardín para adelantar su floración. Su desnuda madera está sembrada de una multitud de estrellitas blancas.

Aumenta mi jaqueca, como si sobre mí pesase una nube.

Kirchhorst, 15 de febrero de 1943

Los rusos conquistaron Rostov ayer. En el correo una carta de la hermana de Edmond, que ya piensa en huir de Polonia. Le hemos ofrecido, a ella y a los niños, asilo en nuestra casa.

Luego una carta de Friedrich Georg desde Überlingen: «Puede ser que lleguemos a una situación tal que nuestros adversarios tengan que pensar por nosotros y que caigan en un profundo agujero negro si, para vengarse de nosotros, no lo hacen».

Kirchhorst, 17 de febrero de 1943

Tras varias jornadas de tiempo borrascoso y lluvioso hoy brilla esplendorosamente el sol. Por la mañana corté perejil fresco entre las matas de uva espina; era un perejil verde, musgoso, y tenía una costra de rocío congelado.

Los Goncourt escriben de Daumier que en su descripción del burgués alcanzó un grado de realidad que desemboca en lo fantástico. Es algo que puede observarse en todos aquellos sitios donde la realidad llega a su cúspide; las últimas pinceladas proporcionan entonces unas luces irreales.

Ayer conquistaron Járkov los rusos. Estamos aguardando a Fritzi Schultz, que con los niños ha huido de Aleksándrov, la ciudad donde venían residiendo desde hace más de cien años sus antepasados. Antes de irme pienso guardar todavía en lugar seguro una parte de mis manuscritos; a este respecto, además del peligro que representan los bombardeos y los

incendios hay que tener en cuenta los saqueos y los registros domiciliarios. Cuando se piensa en lo muy difícil que resulta encontrar un escondite adecuado, causan asombro las cantidades de documentos antiguos que han llegado hasta nosotros a través de las mudanzas de los tiempos.

Notas

1. Ambas obras publicadas en 2018 por Tusquets Editores en el volumen 45/1 de la colección Tiempo de Memoria.

1. Véase luego, en la p. 117, la anotación del 29 de marzo de 1940, día en que Jünger cumplió 45 años. Lo primero que hizo al levantarse fue «leer delante de la ventana abierta el salmo 73». Los versículos 26 y 27 de ese salmo dicen: «Aunque se consuman mi espíritu y mi carne, Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo. Sí, los que se alejan de ti se pierden, tú destruyes a los que te son infieles». En el fondo, una oración pidiendo la derrota del Tercer Reich. *(N. del T.)*

2. *Sic* en el texto alemán. El título de la traducción francesa fue *Jardins et routes* (París, Pión, 1942). Tal vez en 1948, fecha de la redacción de este prólogo, se habían invertido en la memoria del autor los conceptos «jardines» y «carreteras». *(N. del T.)*

1. *Perpetua:* nombre que Jünger da en sus diarios a su primera esposa, Gretha von Jeinsen (1906-1960), con la que contrajo matrimonio el 3 de agosto de 1925 en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig. Louise es la criada de la familia. *(N. del T.)*

2. *Kniébolo:* nombre con que Jünger designa en sus diarios a Hitler. *(N. del T.)*

3. *Caza sutil:* en el lenguaje privado de Jünger, caza de animales pequeños, generalmente insectos, y, en especial, coleópteros. *(N. del T.)*

4. *El emperador Andrónico:* alusión secreta a Hitler. Jünger se imaginaba que el final de Hitler sería semejante al aquí descrito del emperador bizantino. *(N. del T.)*

5. *Lámpara de Nigromontanus:* en el capítulo XVI de *En los acantilados de mármol* se dice: «Para consolarnos, sin embargo, poseíamos el espejo de Nigromontanus, cuya contemplación nos serenaba siempre que embargaban nuestro ánimo tales sentimientos [los de ansiedad por la suerte de los manuscritos]. El espejo lo había heredado yo de mi viejo maestro, y sus propiedades eran tales que en un momento podía concentrar los rayos solares sobre un punto en el que inmediatamente se producía un gran fuego. Las cosas que, tocadas por aquel fuego, ardían, ingresaban en lo imperecedero». *(N. del T.)*

1. *Sic* en el original. El protagonista de *À vau-l'eau* lleva el nombre de Folantin.

2. El 28 de noviembre de 1941 estallaron en un restaurante de París dos bombas, que mataron a tres soldados alemanes e hirieron a otros dos. La represalia consistió en fusilar a noventa y cinco rehenes franceses y deportar a mil judíos y quinientos jóvenes comunistas franceses a Alemania. A esos crímenes está refiriéndose Jünger aquí. *(N. del T.)*

1. Ernst Jünger hace un recuento minucioso de las heridas que sufrió durante la Primera Guerra Mundial en las pp. 305-306 de su obra *Tempestades de acero* (Tusquets Editores, Colección Tiempo de Memoria, n.° 45/1). *(N. del T.)*

2. Los detalles aducidos aquí por Jünger corresponden exactamente a las heridas que por aquellas mismas fechas sufrió en un atentado realizado en Praga Reinhard Heydrich, el «protector de Bohemia y Moravia». El atentado ocurrió el 29 de mayo de 1942 y Heydrich falleció, a consecuencia de las lesiones sufridas, el 4 de junio. *(N. del T.)*

1. Sobre el coronel Von Oppen, jefe de Ernst Jünger en la Primera Guerra Mundial, puede verse el libro de este *Tempestades de acero*, p. 234 (Tusquets Editores, Colección, Tiempo de Memoria, n.° 45/1). *(N. del T.)*

Radiaciones I

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)

Ernst Jünger

Título original: Strahlungen I

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

© 1979 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart

© de la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 2024

Fotografía de la cubierta © Ullstein bild /Getty Images

Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-1107-489-6 (epub)

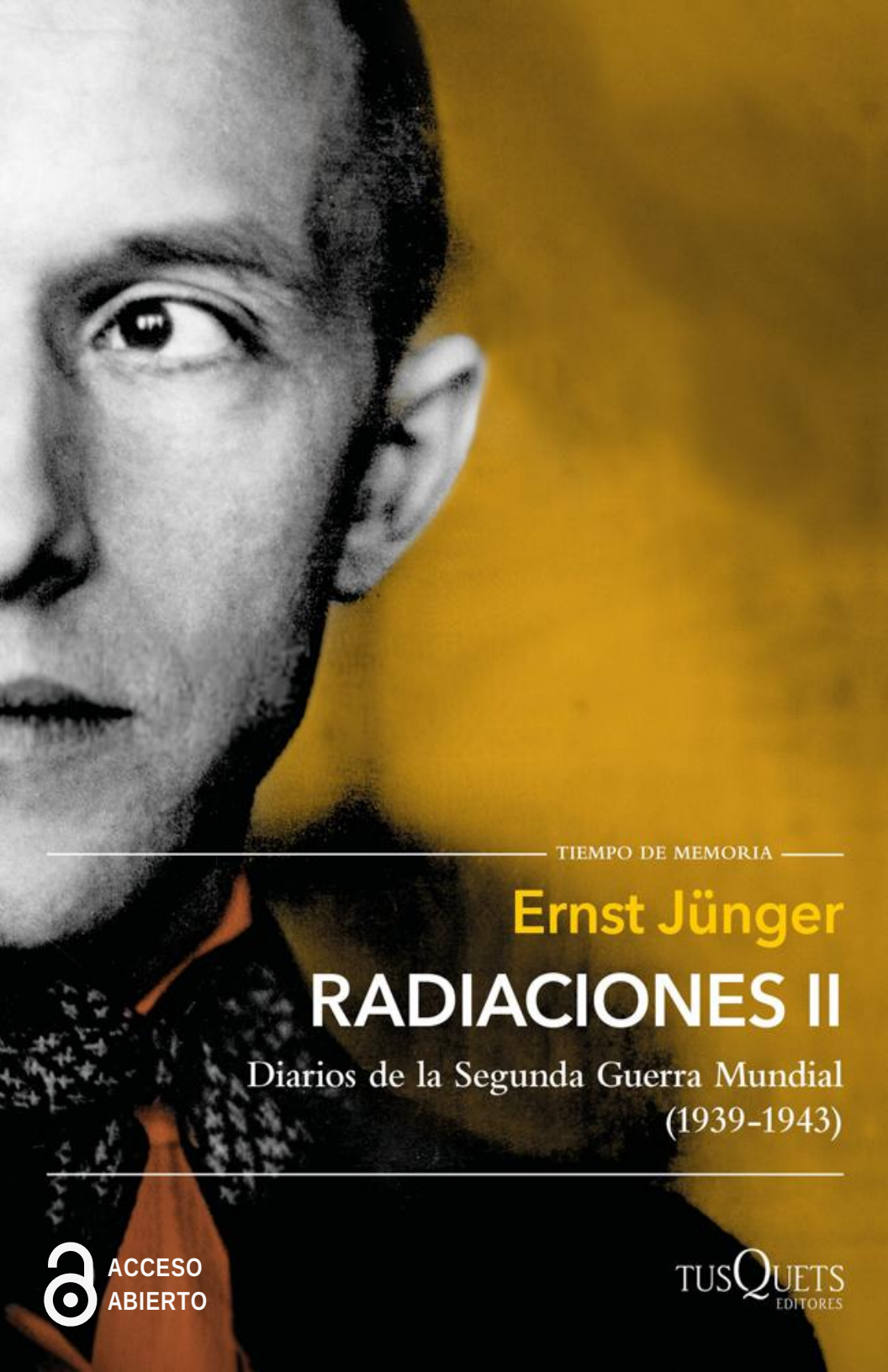
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Nota introductoria
Prólogo
Jardines y carreteras
Primer diario de París
    1941
    1942
Anotaciones del Cáucaso
    1943
Notas
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

ÍNDICE

Sinopsis 2
Portadilla 3
Nota introductoria 4
Prólogo 14
Jardines y carreteras 28
Primer diario de París 248
1941 249
1942 314
Anotaciones del Cáucaso 451
1943 523
Notas 548
Créditos 562
¡Encuentra aquí tu próxima lectura! 564



TIEMPO DE MEMORIA

Ernst Jünger

RADIACIONES II

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)

ACCESO ABIERTO

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Segundo diario de París
1943
1944
Hojas de Kirchhorst
1945
La cabaña en la viña. Años de ocupación
1946
1947
1948
Notas
Créditos

Sinopsis

Tres diarios componen este magnífico volumen, los titulados «Segundo diario de París», «Hojas de Kirchhorst» y «La cabaña en la viña (Años de ocupación)», que abarcan los años 1943 a 1948. En ellos Jünger cuenta, casi día a día, su experiencia de la ocupación alemana, que, todavía a principios de 1943, parecía encontrar en la vida cotidiana de París cierta plácida resignación. Hasta que, de pronto, se precipitaron los hechos que condujeron a la liberación de la capital francesa, el avance de los Aliados, las muertes de altos mandos alemanes, los bombardeos, incluido el de Dresde, el suicidio de Goebbels, la liberación de los campos de concentración, la persecución de los colaboracionistas y la capitulación, entre otros muchos sucesos que marcaron el fin de la contienda. A todo ello, el pensador alemán añade sus agudos comentarios sobre sus lecturas y sus investigaciones, sus dramas familiares e incluso sus sueños.

RADIACIONES II

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1943-1948)

ERNST JÜNGER

Traducción de Andrés Sánchez Pascual

TUSQUETS EDITORES

París, 19 de febrero de 1943

Ayer por la tarde salida hacia París. Perpetua[1] me llevó al tren y estuvo un largo rato, mientras yo partía de la estación, haciendo señas de despedida con la mano.

En el vagón charla con dos capitanes, los cuales opinaban que Kniébolo[2] atacará este año con nuevos medios, probablemente con gas. No era precisamente que ellos pareciesen aprobar tal cosa, pero se limitaban a esa pasividad moral que es una de las características del hombre moderno. Los argumentos más eficaces en estos casos continúan siendo los técnicos; así, por ejemplo, el de que, si los alemanes nos encontrásemos en inferioridad aérea, semejante atrevimiento equivaldría a un suicidio.

Si Kniébolo abriga esos planes, las consideraciones determinantes serán las de política interior, como ocurre en todas las cosas que él concibe. La propaganda pasa por delante de todo lo demás. Lo que le importaría en ese caso sería abrir entre los pueblos un abismo tal que no pudiera salvarlo ni la mejor voluntad del mundo. Al obrar así actúa de conformidad con su *genius*, el cual estriba en la separación, en la división, en el odio. Uno ha llegado a conocer a los tribunos.

A este respecto, un detalle esclarecedor: cuando tales espíritus reciben noticias de atrocidades cometidas por la parte contraria, el efecto producido en su rostro no será la indignación, sino un brillo de alegría demoniaca. De ahí que, en el reino de las tinieblas, el difamar al enemigo forme parte del servilismo de los cortesanos.

Tras haber visto ciudades como Rostov, París se me aparece con un brillo nuevo, inaudito, aunque la depauperación ha seguido avanzando. Lo único que queda son los libros; he festejado mi reencuentro con ellos adquiriendo una hermosa monografía sobre Turner. En ella he encontrado el relato de su extraña vida, que hasta ahora desconocía. No es frecuente que la llamada del destino se exprese de una manera tan pe-

rentoria. En sus últimos años Turner ya no pintaba, sino que se daba a la bebida. Siempre habrá así artistas cuya vida dura más que su misión: ocurre especialmente cuando el talento se manifestó pronto. Tales artistas se parecen entonces a esos funcionarios jubilados que se abandonan a sus inclinaciones, como Rimbaud a ganar dinero, y Turner, a beber.

París, 21 de febrero de 1943

Comida en la Tour d'Argent, en compañía de Heller y del pintor Kuhn. Hablamos de que los libros y los cuadros causan efecto aun si nadie los ve. «Pues en el interior sí está hecho.»[3] Es este un pensamiento que a los hombres de nuestro tiempo va haciéndoseles inconcebible a medida que incrementan la comunicación y la circulación, es decir, a medida que van sustituyendo los vínculos espirituales por los técnicos. ¿Es que lo que importaba era que las oraciones de un monje las oyesen también aquellos a quienes iban a beneficiar? Wieland sabía todavía eso; le dijo a Karamsin que en una isla desierta él habría escrito sus obras con el mismo celo, seguro de que habrían llegado a oídos de las Musas.

Luego, todavía, en el hotel Meurice, donde Kuhn, que cumple allí su servicio como cabo de segunda en el equipo del comandante en jefe, estuvo enseñándonos cuadros suyos; me gustó especialmente una paloma de plumaje multicolor, cuyos tonos rosados y oscuros se fundían con los de una ciudad que aparecía al fondo: *Crepúsculo en la ciudad.* En el camino de vuelta fuimos charlando de eso y también acerca del crepúsculo como ambiente y de la influencia que ejerce. El crepúsculo convierte a los individuos en personajes — despoja a las personas de sus particularidades y hace que resalten con un significado universal, con el significado, por ejemplo, de varón, de mujer, de ser humano. Se parece así al artista; en efecto, para que este vea figuras, personajes, es menester que aliente en él también mucho crepúsculo, mucha oscuridad.

Hace un momento, a última hora de la tarde, he estado hojeando todavía un número de 1939 de la revista *Verbe* y en

él he encontrado unos textos de Pierre Reverdy, autor que me es desconocido. De ellos extraigo las frases siguientes:

«Estoy armado con una coraza hecha únicamente de errores».

Être ému, c'est respirer avec son cœur.

«Su flecha está envenenada; la ha sumergido en su propia herida.»

En las paredes de los edificios de París puede verse ahora con frecuencia el número *1918,* escrito con tiza. También: *Stalingrado.*

¿Quién sabe si no ocurrió en esas ocasiones que, a la vez que nosotros, los alemanes, también fueron vencidos ellos, los franceses?

París, 23 de febrero de 1943

Por la mañana estuve viendo un álbum de fotografías tomadas por la Sección de Propaganda durante la voladura del barrio portuario de Marsella. Una vez más ha quedado arrasado allí un lugar que se sustraía a las normas y al que yo había llegado a querer.

Durante el descanso del mediodía intercalo ahora siempre un festín para los ojos. Así, hoy he estado hojeando mi Turner; en sus marinas, de tonos verdes, azules y grises, hay una gran frialdad. Dan la apariencia de esa profundidad que nace de los reflejos.

Luego en el pequeño cementerio del Trocadéro, donde he vuelto a ver el mausoleo de Marie Bashkirtseff; se percibe en él a la difunta con una presencialidad impertinente. Estaban ya en flor diversas plantas, como el alhelí amarillo y el musgo de colores.

En la librería de la plaza de Victor Hugo encontré todavía una serie de obras de Léon Bloy, autor al que quiero estudiar más a fondo. Cada una de las grandes catástrofes produce efectos también en las existencias de libros y empuja al olvido a legiones de ellos. Después del terremoto es cuando se

ve cuál fue el terreno del que se fio el autor en tiempos de seguridad.

A última hora de la tarde he dado un corto paseo. Nunca antes había visto una niebla tan espesa — hasta tal punto que los rayos de luz que se filtraban por las rendijas de la ciudad oscurecida parecían sólidos como vigas, contra las cuales temía yo que iba a chocar. También he encontrado a muchas personas que preguntaban por dónde caía la Étoile, sin que yo pudiera indicarles la dirección; y, sin embargo, estábamos en el centro mismo de ella.

París, 24 de febrero de 1943

La medida verdadera del valor que poseemos es esta: el crecimiento que los demás experimentan merced a la fuerza de nuestro amor. Por ese crecimiento nos enteramos de cuál es el peso que tenemos y también de lo que significa la terrible frase: «Dios te ha pesado en la balanza y te ha encontrado falto de peso»; es una frase que se nos vuelve clara cuando fallamos.

Hay un morir que es peor que la muerte: consiste en que una persona amada vaya matando dentro de sí la imagen con la que vivíamos en su interior. En esa persona nos extinguimos. Eso puede deberse a las radiaciones oscuras que enviamos; ante nosotros van cerrándose en silencio las flores.

París, 25 de febrero de 1943

Noche en vela. A intervalos, momentos de sopor, con sueños — primero una pesadilla, en la que se cortaba hierba, luego escenas como salidas de un espectáculo de marionetas. También melodías, que aumentaban hasta convertirse en rayos amenazadores.

De acuerdo con las leyes de una estética moral secreta, parece más digno, si uno cae, caer de cara que caer de espaldas.

París, 28 de febrero de 1943

Conferencia sobre mi viaje al frente del Este. Entretanto ha caído Stalingrado. La disyuntiva en que nos encontramos

los alemanes se agrava con ello. Si, según Clausewitz, la guerra es la prosecución de la política con otros medios, eso quiere decir *implicite* que, cuanto más absoluto es el modo de librar la guerra, tanto menor es la cantidad de política que puede entrar en ella. Durante la batalla no hay negociaciones; faltan las manos libres para entablarlas y falta también aliento. La guerra en el Este es, en ese sentido, una guerra absoluta y lo es en un grado que Clausewitz no pudo imaginar, ni siquiera después de las experiencias de 1812 — es una guerra entre Estados, una guerra entre pueblos, una guerra civil y una guerra de religión, llevada hasta extremos zoológicos. En el Oeste hay todavía, por algún tiempo, manos libres. Esa es una de las ventajas de la guerra en dos frentes, guerra que forma parte del destino, del peligro clásico que corre quien ocupa una situación en el medio. También es manifiesto que, para los responsables, la estrella de la esperanza es *1763.* Envían por la noche patrullas a que escriban ese número en las paredes y a que tachen *1918* y *Stalingrado.* Pero en 1763 el meollo del milagro estuvo en que el Viejo Fritz gozaba de simpatías en todo el mundo. Kniébolo, por el contrario, es tenido por el enemigo del mundo entero y la guerra continuaría aun en el caso de que muriese alguno de sus tres grandes contrincantes, da igual el que fuera. Además, lo que en ese sueño se desea no es tanto que uno de los contrincantes tienda la mano cuanto que sucumba. Estamos así congelándonos cada vez más y no podemos deshelarnos con nuestras propias fuerzas.

En el comedor había encima de la mesa puros habanos en tubos de cristal. Se cambian en Lisboa por coñac francés, del que no les gusta prescindir a los Estados Mayores de la otra parte — eso continúa siendo, de todos modos, una especie de comunicación.

Mis quehaceres oficiales han aumentado, pues se me ha encomendado la jefatura de la censura postal militar en la zona ocupada — un asunto grotesco y también, según por donde se mire, peliagudo.

París, 1 de marzo de 1943

A última hora de la tarde reflexionado sobre la palabra *Schwärmen*.[4] Podría servir de título a uno de los capítulos fundamentales en un libro sobre la historia natural del ser humano. Tres cosas forman parte del significado de esa palabra: la vibración vital intensificada, el ajuntamiento, la periodicidad.

La vibración vital, esa vibración que puede observarse, por ejemplo, en los mosquitos, es una fuerza sobreindividual; alza a los seres por encima de la especie. El ajuntamiento —el matrimonio, la recogida de la cosecha, la migración, el juego — está al servicio de los asuntos de ella, de la especie.

Sin duda en los primeros tiempos el ritmo del *Schwärmen* era completamente natural y venía determinado por la Luna y el Sol y por su influencia sobre la Tierra. Lo que es el *Schwärmen* lo sentimos de un modo maravilloso debajo de grandes árboles en flor enteramente traspasados de zumbidos. También pueden desempeñar un papel los momentos del día, como el crepúsculo, y, además, la atmósfera cargada de electricidad, como ocurre cuando hay «aire de tormenta». Esos hitos de índole cósmico-natural subyacen a los tiempos históricos y a sus mudanzas — perduran como *fechas* de las festividades, cuyo significado parece modificarse con el cambio de los cultos y de las culturas. Pero lo único que varía es la parte que consagra, la parte consagrante, mientras que la parte natural permanece idéntica. De ahí el componente pagano que existe en todas las festividades cristianas.

Por cierto que está bien elegida la expresión *Schwarmgeister* para designar un desvarío cuya esencia consiste en confundir la parte consagrante y la parte natural de las festividades.

París, 3 de marzo de 1943

A mediodía por las orillas del Sena, en compañía de Charmille. Recorrimos los muelles por la parte de abajo, desde la Place de l'Alma hasta el viaducto de Passy; allí nos sentamos

sobre una barandilla de madera y estuvimos viendo correr el agua. En una rendija del muro había florecido ya una lechuga de roca; tenía siete cabezuelas de color amarillo oro y en una de ellas estaba posado un gran moscardón de un verde metálico. También he vuelto a ver varias veces, estampada en la piedra tallada del parapeto de la orilla, la pequeña concha en espiral.

París, 4 de marzo de 1943

Almuerzo con Heller en casa de Florence Gould, la cual ha tomado ahora un piso en la Avenue Malakoff. Además de ella y de Jouhandeau encontramos allí también a Marie-Louise Bousquet y al pintor Bérard.

Conversación ante una vitrina llena de objetos egipcios hallados en Rosetta. Nuestra anfitriona estuvo enseñándonos unas cajitas de ungüentos y unos vasos lacrimatorios vetustísimos, procedentes de tumbas antiguas; como si estuviera jugando, les quitaba con la uña las laminillas de color de nácar y de color violado oscuro que tenían en su superficie y que eran el sedimento dejado por los siglos; aquel polvo irisado revoloteaba en la luz. También hizo un reparto de objetos que allí había — no pude evitar el obsequio de un hermoso escarabajo de color gris claro, con una larga inscripción en la base. Luego nos mostró libros y manuscritos encuadernados por Gruel — en una obra con ilustraciones antiguas faltaban tres hojas; ella misma las había arrancado y regalado a un visitante a quien le habían complacido.

En la mesa me enteré de algunos detalles sobre Reverdy, al que mencioné — tanto Bérard como Madame Bousquet son, en efecto, amigos suyos. Basta un único epigrama para que se recomiende, para que se desvele un espíritu.

Con Jouhandeau, cuyas *Chroniques maritales* me envió Hercule hace años, conversación acerca de su manera de trabajar. Se levanta a las cuatro de la madrugada, tras haber dormido apenas seis horas, y se pone a trabajar en sus manuscritos hasta las ocho. Luego se dirige al colegio de segunda enseñanza donde da clase. Las horas más deliciosas para

él son esas horas tranquilas del amanecer, que pasa con una botella de agua caliente sobre las rodillas. Luego hablamos de la construcción de las frases, de su puntuación y, en especial, del punto y coma, al que a él no le gustaría renunciar; lo considera el sustituto necesario del punto en aquellos casos en que la frase prosigue su marcha lógica. Sobre Léon Bloy; Jouhandeau conocía por Rictus algunos detalles de su vida que me resultaron nuevos. Bloy no es todavía un clásico, pero llegará a serlo. También en el caso de las obras transcurre siempre un cierto tiempo hasta que se descompone lo que en ellas es temporal. También las obras atraviesan un purgatorio. Luego crecen por encima de la crítica.

París, 5 de marzo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el Trocadéro, para contemplar el croco o azafrán de primavera; álzase allí en las laderas de césped, en grupos de color azul, blanco y dorado. Esos colores, que irradian desde cálices esbeltos, brillan cual piedras preciosas — se les nota que son las luces primeras, las luces más puras del año floral.

Acabado hoy *Quatre ans de captivité à Cochons-sur-Marne,* de Léon Bloy, que contiene sus diarios de 1900 a 1904. Esta vez me ha llamado especialmente la atención el hecho de que las ilusiones de la técnica no afecten lo más mínimo al autor. En medio de los enjambres humanos excitados por la atmósfera de la gran Exposición Universal de 1900, Bloy vive como un eremita antimoderno. Ve en los automóviles la aparición de unos instrumentos de aniquilación de primer rango. Establece una relación general entre la técnica y la próxima llegada de catástrofes — así, considera que los medios para desplazarse con rapidez, como los motores y las locomotoras, son inventos de un espíritu enderezado hacia la fuga. Dentro de poco, dice, podría ser importante el llegar a toda prisa a otro continente. El 15 de marzo de 1904 utiliza por vez primera el metro; admite que sus catacumbas poseen una cierta belleza, una belleza subterránea, pero añade que esa belleza es también demoniaca. Esa obra despierta en

Bloy la impresión de que ha llegado el final de los manantiales y bosques, de los amaneceres y atardeceres del Paraíso, la impresión de la muerte del alma humana en general.

Significativa de este espíritu que aguarda el Juicio, esta inscripción de un reloj de sol: «Es más tarde de lo que crees».

París, 6 de marzo de 1943

Por la tarde en casa de Poupet, en la Rue Garancière. En su buhardilla, que está abarrotada de libros y pinturas, encontré al novelista Mégret, con quien yo había mantenido correspondencia en tiempos de paz, y a la Doctoresse. Ojalá que perduren largo tiempo islas como esta.

Sigue causándome molestias el ligero dolor de cabeza con que se inició el presente año, cuyo comienzo, sin embargo, me llenó a la vez de una fuerte confianza en un giro hacia tiempos mejores. Fácilmente olvidamos en épocas de debilidad, de melancolía, que todo resultará bien a la postre.

Dicho para nosotros los varones. Colocados entre dos mujeres, nuestra situación puede ser similar a la del juez en el juicio de Salomón — pero nosotros somos a la vez el niño. Hemos de otorgarnos a la mujer que no quiera partirnos.

París, 9 de marzo de 1943

Por la tarde en una proyección de la vieja película surrealista *Le sang d'un poète,* para asistir a la cual me había enviado Cocteau una entrada. Ciertas escenas me hicieron recordar, bien que solamente por su disposición externa, mi proyecto titulado *La casa.*[5] Por ejemplo, las miradas por el agujero de la cerradura a una serie de habitaciones de hotel. En una de ellas se veía, repetido en dos versiones, el fusilamiento de Maximiliano de México; en otra, la lección de vuelo que se le impartía a una jovencita con el auxilio de un látigo. El Universo, una colmena de celdillas secretas, en la que se desarrolla la inconexa contigüidad de los diversos segmentos

de una vida retenida por arte de magia en una rigidez maniaca. El mundo, un manicomio construido racionalmente.

Es peculiar de este *genre* el hecho de que fueran los surrealistas quienes descubriesen a Lautréamont y a Emily Brontë, así como su extraña predilección por Kleist, del que, al parecer, lo único que conocieron fue *Käthchen von Heilbronn,* pero no su ensayo *Sobre el teatro de marionetas,* en el cual dio su peligrosa receta. Otros, como Klinger, Lichtenberg, Büchner y el propio Hoffmann, no llamaron su atención. Cuando se mira lo que hay detrás, a la fuerza nos hacemos la pregunta de por qué no es el Marqués de Sade el Gran Maestre de esa orden.

París, 10 de marzo de 1943

A última hora de la tarde en casa de Baumgart, en la Rue Pierre-Charron, para jugar nuestra habitual partida de ajedrez. En este juego adquirimos el conocimiento de la superioridad del espíritu, no de la superioridad absoluta, desde luego, pero sí de una superioridad particular, de una especie de coacción lógica, y de la sorda reacción de quien la experimenta. Esto nos da una idea de los sufrimientos de los tontos.

Al regreso, de acuerdo con mi costumbre, iba caminando con rapidez en la oscuridad y he tenido una dolorosa caída al chocar con una de las vallas protectoras instaladas delante de los edificios oficiales para prevenir los atentados. Aún no somos enteramente razonables mientras nos ocurran accidentes como ese; de nuestro interior es de donde salen tales lesiones. Las cosas que nos lastiman de ese modo lánzanse hacia nosotros como si vinieran del fondo de nuestra imagen reflejada en un espejo.

«Cementerios secretos»: una expresión de la etimología moderna. Para que el contrincante no desentierre y fotografíe los cadáveres, se los esconde. Tales pendencias propias de lémures son un indicio del monstruoso crecimiento de la maldad.

París, 11 de marzo de 1943

Comida en casa de Florence Gould. Allí, Marie-Louise Bousquet, que nos ha informado de su visita al estudio de Valentiner:

—Con un regimiento de jóvenes como él los alemanes habrían conquistado Francia sin disparar un solo cañonazo.

Luego Florence, sobre su actividad como enfermera en una sala de operaciones en Limoges:

—Me resultaba mucho más soportable ver la amputación de una pierna que la de una mano.

También, sobre el matrimonio:

—Yo puedo vivir bien en el matrimonio; eso es seguro, pues he estado casada felizmente dos veces. Solo con Jouhandeau haría una excepción, ya que él ama a las mujeres horribles.

Jouhandeau:

—Es que a mí no me gusta que me hagan las escenas con cuentagotas.

París, 12 de marzo de 1943

Lectura: *Contes magiques,* de P'Ou Soung-Lin. En este libro, una bella imagen: un literato que se ve obligado a cortar leña en unos bosques remotos pone en ello tanto empeño que le salen en las manos y en los pies «ampollas que son como capullos de gusanos de seda».

En una de las historias del libro aparece un medio con el cual resulta posible averiguar si nos las habemos con una diablesa. Se expone al sol el ser de cuya condición humana se duda y se mira si falta una parte de su sombra.

De la importancia que eso tiene nos enteramos enseguida, con ocasión de una infame jugada que una de esas magas le gasta a un joven chino. En un jardín sabe enloquecerlo de tal manera que el chino la abraza, pero inmediatamente después cae al suelo, profiriendo un terrible grito de dolor. Ocurre que lo que el joven ha abrazado es un gran leño, con un agu-

jero donde se hallaba al acecho con su aguijón un escorpión venenoso.

Entre los chistes que corren por el comedor del hotel Raphaël hay algunos muy buenos, como el siguiente:

Die Butterquote wird steigen, wenn die Führerbilder entrahmt werden. [Aumentará la ración de mantequilla cuando se les quite el marco a los retratos del Führer.][6]

Tal vez haya cronistas que lleven un diario de los chistes que han ido haciendo compañía a todos estos años. Merecería la pena, pues su orden de aparición es muy instructivo.

Hay también una descortesía estilística, que se hace patente en giros como, por ejemplo: *nichts weniger als* [cualquier cosa menos] o *ne pas ignorer.* Se parecen a nudos que hacemos en el hilo de la prosa y cuyo desenredo dejamos al lector. Los pequeños granos venenosos de la ironía.

París, 14 de marzo de 1943

Por la tarde en casa de Marcel Jouhandeau, que habita un pequeño inmueble en la Rue du Commandant-Marchand; de los rincones de París es esta una calle que me agrada de manera especial hace ya tiempo. Con su esposa y con Marie Laurencin estuvimos sentados en el jardincito; a pesar de que su extensión es poco mayor que la de un pañuelo, había en él una inmensa cantidad de flores. Su esposa hace pensar en una de esas máscaras que encontramos en viejas aldeas rodeadas de viñedos. No nos hechizan tanto por su mímica cuanto por la rigidez que irradia de sus rostros de madera, pintados de colores chillones.

Recorrimos la vivienda, que, aparte de la pequeña cocina, tiene una sola habitación en cada una de las plantas de que consta — abajo un pequeño salón, en medio el dormitorio, y arriba, casi como un observatorio astronómico, una biblioteca dispuesta como cuarto de estar.

Las paredes del dormitorio están pintadas de negro y ornamentadas con motivos dorados; los muebles son chinos, de laca encarnada. La visión de aquella alcoba silenciosa resultaba opresiva; a Jouhandeau, sin embargo, le gusta permanecer en ella, y es también allí donde trabaja de madrugada, mientras su esposa sigue durmiendo. Estuvo contando muy bellamente cómo van despertándose uno tras otro los pájaros y cómo se relevan en sus melodías.

Más tarde llegó también Heller y nos sentamos en la biblioteca. Jouhandeau nos enseñó sus manuscritos —me regaló uno—, sus herbarios, sus colecciones de fotos. En una carpeta con fotografías de su esposa había también algunas de los tiempos en que ella era bailarina y en las que aparecía desnuda. Pero esto me asombró poco, pues yo sabía por los libros de Jouhandeau que su mujer se mueve de ese modo por la casa, sobre todo en verano, y que recibe así a los proveedores, a los obreros o al empleado del gas.

Conversaciones. Sobre el abuelo de la señora Jouhandeau, que era cartero y se levantaba a las cuatro de la mañana para cavar su viña, antes de ponerse a repartir el correo.

—El trabajo en aquella viña era su oración.

Aquel hombre consideraba el vino como un medicamento para todos los males, como una panacea, y se lo daba incluso a los niños cuando estaban enfermos.

Luego, sobre las serpientes. Un amigo de la casa llevó una vez a ella una docena, que se dispersaron por la vivienda; durante meses se las encontró debajo de las alfombras. Una de las serpientes tenía la costumbre de trepar al atardecer por el pie de una lámpara; se enroscaba al talle de la pantalla, que era el sitio más caliente.

Una vez más ha vuelto a quedar confirmada allí la impresión que en mí causan las calles, edificios y viviendas de París: son archivos que contienen una sustancia tejida con vida antigua, archivos llenos hasta el borde de piezas de convicción, de recuerdos de toda índole.

A última hora de la tarde visita a Florence, que está en cama; se ha lastimado un pie en casa de Céline. Contó que este autor, a pesar de sus enormes ingresos, se halla siempre sin dinero, pues da todo el que tiene a las prostitutas que acuden a su consulta para que les cure sus enfermedades.

Si quedasen destruidos todos los edificios, aún perdurarían, sin embargo, las lenguas; estas son castillos encantados que poseen torres y almenas, así como criptas y pasadizos antiquísimos que nadie explorará jamás. Allí, en aquellos pozos, mazmorras y minas será posible permanecer y quedar perdidos para el mundo.

Acabado de leer los *Contes magiques.* En este libro me ha causado alegría esta frase:

«Aquí abajo los únicos hombres capaces de un gran amor son los que poseen un espíritu elevado, pues solo ellos no sacrifican la Idea a los encantos exteriores».

París, 17 de marzo de 1943

A propósito de *El trabajador.* El dibujo es exacto; con todo, esa obra mía se parece a un medallón bien acuñado, pero al que le faltase una de las caras, la de atrás. En una segunda parte habría que exponer que los principios dinámicos descritos en el libro se encuentran subordinados a un orden estático de rango superior. Cuando la casa está amueblada salen de ella los fontaneros y los electricistas. ¿Pero quién será el dueño del edificio?

¡Quién sabe si todavía encontraré tiempo alguna vez para retomar el hilo de esa obra! De todos modos Friedrich Georg consiguió dar un paso significativo en esa dirección con su libro *Las ilusiones de la técnica.* Eso muestra que somos verdaderos hermanos, aún no separados en el espíritu.

La sangre y el espíritu. Su parentesco, tantas veces comprobado, se refleja también en su composición, por cuanto la

diferencia entre los corpúsculos sanguíneos y el suero tiene también su correspondencia en el campo del espíritu. En él cabe distinguir un estrato material y un estrato espiritual, un doble juego del mundo de las imágenes y el mundo de los pensamientos. Pero en la vida ambas cosas se hallan estrechamente enlazadas y solo raras veces se separan la una de la otra. Las imágenes van rodando en la marea de los pensamientos.

De manera análoga cabe distinguir una prosa suerosa y una prosa corpuscular; en el enriquecimiento de la prosa con imágenes hay grados, hasta llegar al estilo jeroglífico de Hamann. También hay fusiones extrañas, como ocurre en Lichtenberg. El suyo es un estilo de imágenes roto por el intelecto, una especie de mortificación. Para seguir con la misma comparación podría decirse que ambos elementos se habían disociado antes el uno del otro y que luego fueron mezclados y agitados para lograr una síntesis artificial. La ironía va necesariamente precedida siempre de una ruptura.

París, 20 de marzo de 1943

Al mediodía conversación con el Presidente[7] acerca de las ejecuciones; él, por su condición de fiscal jefe, ha visto muchas. Sobre los tipos de verdugos; a este trabajo se presentan sobre todo personas cuya profesión es la de matarifes de caballos. Quienes siguen decapitando con el hacha muestran un cierto orgullo de artistas frente a quienes lo hacen con la guillotina; son conscientes de que su trabajo es un trabajo hecho a mano y a medida.

En la primera ejecución bajo Kniébolo: el verdugo, que se había quitado el frac para decapitar a la víctima, se presentó en mangas de camisa, la chistera ladeada en la cabeza, el hacha goteando sangre en la mano izquierda, la derecha levantada para el «saludo alemán», y dijo:

—Ejecución cumplida.

Los anatomistas del cerebro, deseosos de examinar lo antes posible el cráneo y el contenido del cráneo, están al ace-

cho del golpe cual buitres carroñeros. Una vez, antes de la ejecución de un hombre que se había ahorcado en la celda, pero al que habían descolgado aún con vida, se los vio agolpados en tropel al pie del cadalso. Se asegura que, precisamente después de esa forma de tentativa de suicidio, se manifiesta en la vida posterior del individuo una enfermedad mental específica y que esa predisposición apunta ya tempranamente en ciertas alteraciones del cerebro.

Por la tarde en Saint-Gervais; hoy es la primera vez que he entrado en esa iglesia. Las estrechas callejuelas que la rodean conservan intacto un fragmento de Edad Media. Lo insustituible de estas edificaciones: cada vez que una de ellas es destruida queda destruido también un trozo de nuestras raíces. En la capilla de Santa Filomena, santa que yo no conocía. En ella he visto una colección de corazones de los cuales brotaban llamas como de botellines redondos; muchos eran de cobre, algunos, de bronce, y pocos, de oro. Me pareció un buen sitio para meditar sobre el giro con el que comenzó este año en el Cáucaso.

El 29 de marzo de 1918 una granada disparada por el «cañón de París» alemán atravesó las bóvedas de esta iglesia y mató a un buen número de fieles que estaban celebrando allí la festividad del Viernes Santo. A su memoria está dedicada una capilla especial, cuyas ventanas se hallan adornadas con una banda que lleva esta inscripción: *Hodie mecum eritis in paradiso.*

Luego en los muelles del Sena, para ver libros. Es siempre una hora que me serena de manera especial, un oasis en el tiempo. He adquirido *Le procès du Sr. Edouard Coleman, gentilhomme, pour avoir conspiré la mort du Roy de la Grande Bretagne*. Hamburgo, 1679.

Según me ha contado Florence, Jouhandeau ha dicho, a propósito de mi visita a su casa, que soy *difficile à développer.* Tal podría ser el juicio de un fotógrafo de almas.

Moisson, 21 de marzo de 1943

Salida en tren para Moisson, adonde me han enviado a hacer un curso de instrucción. Desde la estación de Bonnières fuimos luego a pie a lo largo del valle del Sena y veíamos elevarse a nuestra izquierda, en la otra orilla del río, una cadena de acantilados cretáceos. Delante de ellos se alzaban el castillo y la fortaleza de La Roche-Guyon y también un solitario campanario, que ha sido levantado sobre las bóvedas de la iglesia subterránea de La Haute Isle, construida en una caverna.

Me alojo en casa de un anciano clérigo que se llama Le Zaïre; es jesuita, ha pasado su vida en China levantando allí iglesias cristianas y ahora ha dedicado el resto de sus días a esta parroquia, situada en un suelo pobre y no ambicionada por nadie. Aunque es ciego de un ojo, la mirada de este hombre resulta agradable como la de un niño. He tenido con él una conversación acerca de los paisajes y he averiguado que su opinión es que no vale la pena viajar lejos, ya que en todas partes se encuentran las mismas formas — según él, unos pocos modelos son la base de todas ellas.

Es el pensamiento que corresponde a alguien que se ha retirado del mundo, a alguien que ama la vida allende el prisma y que también podría decir que no merece la pena observar el espectro, dado que su haz de colores está ya contenido en la luz solar. A eso habría que replicar, sin embargo, que, al otorgársele al ser humano el haz de colores, se le otorga a la vez, como un regalo precioso, la visibilidad de estos.

Esta conversación me ha hecho recordar una de mis dudas de otros tiempos: si no ocurrirá que, al regresar a la unidad, perdemos un goce que únicamente el tiempo y únicamente la variedad pueden depararnos, y si no se hallará la razón de nuestra existencia precisamente en el hecho de que Dios ha menester de la individuación. Es un sentimiento que he tenido muchas veces al mirar los insectos y los animales marinos y todos los prodigios inauditos de la marea de la vida. Profundo es el dolor que se experimenta al pensar que un día habrá que decir adiós a todo eso.

Frente a lo anterior cabe decir que, al retirarnos de este mundo, obtendremos unos órganos que no conocemos, pese a que se hallan predispuestos y preformados en nosotros, como lo están, por ejemplo, los pulmones en el niño que la madre lleva en su seno. Igual que se seca el cordón umbilical, así se secarán también los ojos del cuerpo; seremos dotados de una facultad de visión nueva. Y de igual modo que *aquí* vemos los colores en lo dividido, así veremos *allí,* con un goce superior, su esencia en la luz indivisa.

A última hora de la tarde conversación sobre el Este y también sobre el canibalismo; alguien aseguró que se ha observado especialmente la degustación de los testículos. Parece que lo que subyace a eso no es la mera hambre; así, según se dice, se ha capturado a partisanos que llevaban en su mochila testículos con fines de trueque, para cambiarlos por cigarrillos, por ejemplo.

Ante tales rasgos zoológicos o también demoniacos de la zona más baja me viene siempre a la mente Baader, con su teoría de que las doctrinas puramente economicistas llevan forzosa y necesariamente al canibalismo.

Moisson, 23 de marzo de 1943

Goces nuevos que he descubierto aquí en Moisson: la visión de la flor del melocotonero; en esa flor se produce un maravilloso despertar del adormecimiento invernal — es como una mariposa que abriera sus alas al salir de la oscura crisálida. Ese brillo nuevo enaltece el suelo árido de los campos y las paredes grises de los edificios, que quedan alegrados por un tenue velo de color. Con todo, esa flor rosa es más escasa que la blanca, y, sin embargo, es tanto más flor cuanto que brota de la rama desnuda. De ahí también que sea más significativa la impresión que ella deja en el ánimo. El delicado telón con que inicia el año sus juegos de magia.

Además, el fuego por la mañana en la chimenea. Por la noche preparo en la fría habitación un montón de leña, con sarmientos secos y tarugos de encina, al que luego prendo

fuego por la mañana, media hora antes de levantarme. La visión del fuego encendido, con su calor y sus rayos luminosos, levanta el ánimo y alegra el comienzo de la jornada.

Moisson, 26 de marzo de 1943

Por la mañana ejercicios en el seco páramo: está cubierto de líquenes de color verde y de color gris blancuzco y en él crecen acá y allá algunos abedules y también pinos. Un movimiento en espiral vuelve a confrontarnos con las cosas ya vividas y de ese modo las superamos — no es que se nos vuelvan insignificantes, es que se transforman para nosotros en material para triunfos más altos. Eso es lo que a mí me sucede con esta primera y esta segunda guerra. Se dice que al morir vuelve a pasar ante nosotros el curso de nuestra vida — entonces lo contingente queda santificado por lo necesario. Se imprime en ello un sello superior, tras haberse fundido en el dolor el sello de cera.

Hacía ya bastante calor en aquel páramo con sus grupos de pinos. A la luz del mediodía he visto pasar zumbando a mi lado un animal que me ha parecido extraño; era un ser que movía unas alas de cristal en un resplandor opalino y suavemente rosa, y que arrastraba tras sí, cual colas o banderas, unos cuernos largos, bellamente curvados. Pero luego he reconocido en ese animal el macho del acantocino, *Acanthocinus aedilis L.,* cuyo nombre popular alemán es «chivo de habitación»; era la primera vez que lo veía volar. Hay una gran dicha en esas visiones, que son rápidas como el rayo; en ellas vislumbramos honduras secretas de la Naturaleza. El animal aparece en su esencia auténtica, en sus danzas mágicas y con la armadura que Natura le ha otorgado. Es uno de los goces extremos que la consciencia puede depararnos. Nos adentramos en las profundidades del sueño de la vida y participamos en la existencia de las criaturas. Es como si hasta nosotros saltase una chispa desde ese placer nada común, desde ese placer desprovisto de reflexión que las colma.

Por la tarde he hecho por segunda vez la excursión a La Haute Isle y a La Roche-Guyon, en compañía de Münchhau-

sen y de Baumgart. En este paisaje, con sus abruptos acantilados cretáceos, llenos a menudo de cavernas, que van haciendo compañía al curso del río y que lo dominan cual tubos de órgano, hay un rasgo que permite notar que ya en tiempos remotos lo habitaron seres humanos. En La Roche-Guyon se hace patente la sucesión de las épocas — en rocas blancas, cubiertas de hiedra, se ven las oscuras bocas de cavernas profundas, con amplias galerías, algunas de las cuales sirven todavía de graneros y establos; vienen luego, al lado mismo de ellas, las desmañadas fortalezas del tiempo de los normandos; y por fin, en la parte delantera se muestra el orgulloso castillo con sus torres, tal como ha ido creciendo en el curso de siglos más benignos que este. Por debajo de todo ello se conservan todavía, sin embargo, a manera de sótanos profundos en que morase el espíritu de los tiempos primitivos, las cavernas; contienen bandas de pedernal y acaso tesoros, oro y armas, personas asesinadas, antepasados de estatura gigantesca y hasta dragones en no pocas de sus galerías secretas y hundidas. Es algo que incluso al aire libre se nota, como una presencia mágica.

París, 27 de marzo de 1943

Regreso a París en tren a última hora de la tarde, tras haber estado haciendo por la mañana, junto a la chimenea, unas cuantas anotaciones suplementarias en este diario. En el hotel Raphaël he encontrado ya montones de correspondencia con motivo de mi cumpleaños — primero he leído las cartas de los simples conocidos y de los miembros de mi «clientela», luego las de las personas de una mayor confianza, y por fin las de los próximos, sobre todo las cartas de Perpetua y Friedrich Georg.

Perpetua me comunica sueños suyos. En uno de ellos echaba una red para coger un pez y lo que en vez de él sacaba del agua, con grandes esfuerzos, era un ancla, y encontraba, arañadas en ella, estas palabras: *Persischer Diwan, 12.4.98. Rimbaud an seine letzten Freunde* [Diván persa, 12 del 4 del 98. Rimbaud, a sus últimos amigos]. Rascaba la herrumbre

que cubría el metal y veía que el ancla estaba hecha de oro puro.

No nos es lícito imputarnos el rango de las personas más próximas a nosotros. Lo que en él se pone de manifiesto es que se hallan en un suelo bueno, en el sitio adecuado. De igual manera, la deslealtad de discípulos, de amigos, de amantes, es algo que habla en contra de nosotros. Eso ocurre más todavía en el caso de su suicidio: este es el testimonio de un terreno inseguro. Si, como Sócrates, caemos en desgracia, es preciso que aún sea posible un último simposio.

París, 28 de marzo de 1943

En el estudio de Valentiner. Me ha traído de Berlín una carta de Carl Schmitt con un sueño que anotó para mí en horas mañaneras. En la carta, también, una cita en *El secreto de la sal,* de Oetinger:

«Tened en vosotros sal de paz o seréis salados con otra sal».

Esto me ha hecho recordar mi imagen del congelarse y deshelarse, a la que me referí días atrás.

París, 29 de marzo de 1943

Dado que la noche pasada hubo un adelanto de una hora en los relojes, entré de un salto en el nuevo año de mi vida. En un papel, que encontré luego al levantarme, había garabateado, en el momento de despertarme de un sueño, estas palabras:

Evas Plazenta. Der Mad(t)reporen-Stock.

[La placenta de Eva. El polipero de mad(t)réporas.]

Si no recuerdo mal, la idea era aproximadamente esta: el cordón umbilical físico es cortado, el metafísico permanece. Eso hace que del fondo de la marea de la vida vaya creciendo un segundo árbol genealógico, invisible. Las venas de ese árbol nos mantienen unidos siempre y gracias a ellas nos hallamos también en comunión con cada uno de los que alguna vez vivieron, con todas las generaciones, con todos los ejércitos de los muertos. Estamos entrelazados con ellos por

un fluido que retorna en los sueños y en las imágenes que vemos en los sueños. Sabemos los unos de los otros más de lo que cada cual vislumbra.

Dos son las maneras que tenemos de propagarnos: la gemación y la cópula. En la segunda nos engendra el padre; en la primera descendemos única y exclusivamente de la madre y nos hallamos insertos en un contexto que está siempre verde. En este sentido hay, para la humanidad entera, un único día de nacimiento y un único día de muerte.

Es cierto que el *mysterium* de la procreación posee también un polo paterno, dado que en cada una de ellas se produce un acto espiritual; y es esa una circunstancia que, en su cumbre más alta, ha de encontrar expresión en la procreación del Hombre absoluto. Tanto por lo que concierne al lado masculino como por lo que se refiere al lado femenino de su origen, «el hombre» corresponde, pues, a la posibilidad más extrema.

Por cierto que también en las parábolas de la Escritura cabe leer ese origen doble. Cabe dividirlas en parábolas en las que prevalece la procedencia material y parábolas en las que prevalece la procedencia espiritual: el hombre aparece como azucena, como grano de mostaza y de trigo, pero también aparece como heredero del cielo e hijo del hombre.

A las nueve de la mañana me telefoneó Speidel desde Járkov; él fue de ese modo el primero en felicitarme, a través de la enorme distancia. La jornada ha transcurrido de forma serena y agradable. Cenado con Heller y con Valentiner en casa de Florence, a la que conocí hace hoy exactamente un año. Hemos reanudado la conversación que entonces mantuvimos acerca de la muerte.[8]

París, 30 de marzo de 1943

A última hora de la tarde en la casa donde se aloja el teniente Von Münchhausen, al que conocí durante las maniobras en Moisson. Lo mismo que los Kleist y los Arnim o los

Keyserling en el este de Alemania, Von Münchhausen desciende de una de nuestras estirpes espirituales y eso es algo que se le nota. En casa de Von Münchhausen encontré también a su médico, el profesor Salmanoff, un emigrado ruso.

Sentados ante la chimenea, conversaciones sobre enfermos y sobre médicos. Después de Celsus, en cuya casa estuve hospedado en Noruega, y de Weizsäcker, que me trató brevemente en Überlingen, es Salmanoff el primer médico con ideas generales con que me tropiezo y bien me gustaría ponerme en sus manos. Es un hombre que parte de la totalidad y, por ello, también de nuestro tiempo como totalidad — de él dice que es un tiempo enfermo. Según Salmanoff, a la persona singular que vive en este tiempo le resulta tan difícil estar sana como a una gota de agua en un mar agitado por la tempestad no estar en movimiento. Un mal específico de nuestro tiempo lo ve él en la tendencia a las convulsiones y a los espasmos.

—Gratis lo es la muerte.

Esto quiere decir que es preciso ganarse la salud que uno tiene, y ganársela precisamente mediante un esfuerzo común del enfermo y el médico. La enfermedad suele comenzar en el enfermo como un mal moral, que luego se propaga a los órganos. Si el enfermo no muestra voluntad de curarse en ese estrato moral, el médico ha de rechazar el tratamiento; lo único que haría sería cobrar unos honorarios que no se ha ganado.

Salmanoff tiene setenta y dos años y ha estudiado y ejercido la medicina en casi todos los países europeos y en varios escenarios bélicos; siendo ya de edad avanzada y habiendo alcanzado el grado de catedrático en una universidad, abandonó la medicina académica con el fin de volver a dar una base práctica a sus conocimientos. Uno de sus pacientes fue Lenin. Según Salmanoff, la causa de su muerte fue el aburrimiento. La capacidad esencial de Lenin era la de conspirar y formar pequeños grupos revolucionarios — una vez que llegó al escalón más alto y estuvo en posesión de una autoridad

no cuestionada por nadie, se encontró en la situación de un jugador de ajedrez que no tuviese contrincantes o en la de un funcionario excelente al que jubilasen antes de tiempo.

Los honorarios esenciales de Salmanoff consistían en que, cuando visitaba a Lenin, podía entregarle un pedacito de papel en el que estaban escritos los nombres de personas encarceladas, cuya liberación se disponía posteriormente. Fue también Lenin el que le proporcionó a Salmanoff el pasaporte con el que él y su familia pudieron emigrar de Rusia.

Salmanoff no cree que sea posible lograr la victoria sobre los rusos; pero asegura que estos saldrán de la guerra modificados, purificados. La ofensiva alemana contra Rusia podría haber tenido éxito si hubiese estado sustentada en una moral más alta. Por lo demás, predice una alianza entre Rusia y Alemania para dentro de pocos años.

París, 31 de marzo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el Musée de l'Homme; una y otra vez me deja asombrado su duplicidad: espiritualidad racional por un lado y artes mágicas por el otro. Lo veo como una medalla nítidamente troquelada, hecha toda ella de un metal antiquísimo, oscuro y radiactivo. En correspondencia con eso el espíritu se halla sometido a una acción doble — a la acción de la inteligencia ordenadora, sistemática, y a la acción también de la radiación invisible de la sustancia mágica acumulada por aquella.

A última hora de la tarde, en el hotel Raphaël, partida de ajedrez con Baumgart. A continuación charla con él y con Weniger, el cual estuvo conmigo en 1915 en Monchy; entonces era artillero. Ahora visita la tropa para pronunciar conferencias y sondear luego, en conversaciones nocturnas, al cuerpo de oficiales; opina que alrededor de los generales más significativos existe hoy un movimiento que hace pensar en el dicho del Evangelio de San Mateo: «¿Eres tú el que tenía que venir o debemos aguardar a otro?».

París, 1 de abril de 1943

Comida en casa de Florence, donde vi a Giraudoux y a Madame Bousquet. Florence me regaló, para mi colección de autógrafos, una carta de Thornton Wilder.

Cartas. Resulta notable el hecho de que a las mujeres de que más cerca me siento las escriba a vuela pluma, dando muy poca importancia al estilo. Es algo que tal vez se base en el sentimiento de que tales cartas son casi superfinas. Se está en el asunto.

Me esmero, en cambio, cuando escribo a Friedrich Georg, también a Carl Schmitt y a dos o tres más. Ese esfuerzo se asemeja al que haría un jugador de ajedrez que considerase decisivo a su contrincante.

París, 2 de abril de 1943

Por la tarde en la Rue Lauriston para tomar un café turco en casa de Banine, mahometana procedente del Cáucaso meridional cuya novela *Nami* he leído hace poco.[9] En esa novela he encontrado pasajes que me han hecho pensar en Lawrence y también una similar desconsideración con respecto al cuerpo y a la violencia ejercida sobre él. Es notable que el ser humano pueda distanciarse tanto de su cuerpo, de sus músculos, nervios, tendones, cual si el cuerpo fuera un instrumento hecho de teclas y cuerdas — escuchando atentamente, como un extraño, la melodía que de él arranca el destino. Estas dotes encierran siempre en sí el peligro de una vulnerabilidad especial.

París, 3 de abril de 1943

Por la tarde en casa de Salmanoff, que pasa su consulta en una pequeña habitación enteramente abarrotada de libros. Mientras él me hacía preguntas yo estuve estudiando los títulos; me inspiraron confianza. Reconocimiento exhaustivo: encontró la pequeña lesión que me ha quedado del balazo que recibí en el pulmón. El diagnóstico y el tratamiento son sencillos: según Salmanoff, en tres meses estaré contento conmigo. *Speramus.*

Por cierto que Salmanoff se diferencia de mi buen Celsus en que él sí emplea fármacos, bien que con moderación. Siempre hay en los médicos, incluso en los mejores, una punta de charlatán; podría trazarse un esquema de su trato con los pacientes. Existe así en ellos un poco de profetismo — hacen una pregunta y esta acrecienta su reputación tanto si se le da una respuesta afirmativa como si se le da una respuesta negativa. En el primer caso los guiaba una ponderación muy detallada de las circunstancias, en el segundo pretenden ser adivinos:

—Ya ve usted, eso es lo que yo me había imaginado.

Eso hace que yo me sienta ligeramente incómodo: tal circunstancia se halla relacionada con el exceso de agudeza en la observación con que he sido castigado, igual que otros han sido penados con un olfato extremadamente fino. Veo con demasiada claridad los recovecos que son peculiares de los seres humanos. Es algo que además aumenta en los períodos de debilidad, de enfermedad. Así, a los médicos que se acercaban a mi lecho los he visto a veces como si los iluminase por dentro con rayos X.

El buen estilista. Propiamente quería escribir: «He actuado bien», pero puso «mal» porque cuadraba mejor a la frase.

París, 4 de abril de 1943

Domingo. Cuando estaba cambiándome de ropa en el hotel Raphaël tras la comida, sonó la alarma aérea al mismo tiempo que el fuego de la artillería. Desde la azotea vi alzarse en el horizonte una alta pared de humo, mientras que ya se habían alejado los bombarderos. Parece que tales ataques duran apenas un minuto.

Después, como no funcionaba el metro, paseo a pie hasta la casa de Georges Poupet en la Rue Garancière. Era un día primaveral, de una suavidad y un azul espléndidos. Mientras en los suburbios seguían retorciéndose en su propia sangre centenares de personas, los parisienses deambulaban en ma-

sa bajo los verdes castaños de los Champs-Élysées. Allí estuve yo parado un largo rato ante el más hermoso grupo de magnolios visto nunca por mí. Las flores del primero eran cegadoramente blancas; las del segundo, suavemente rosas; las del tercero, de un color rojo púrpura. Flotaba en el aire el estremecimiento de la primavera, ese hechizo que se nota una vez cada año y que es la vibración de una fuerza amorosa cósmica.

En casa de Poupet encontré al matrimonio Mégret. Conversaciones sobre la guerra y la paz, sobre la subida de los precios, sobre Hercule y sobre los anarquistas de 1890, pues justo en estos días estoy estudiando el proceso contra Ravachol. Mégret contó que Bakunin, un día en que pasaba en coche por delante de una casa que estaba siendo derribada, bajó de un salto, se quitó la chaqueta, agarró un pico y se puso a colaborar. Gentes como esa son grotescos bailarines que inician la danza en el mundo de la aniquilación; que inician la danza roja, ante los ojos de los estupefactos burgueses.

Aún estuve brevemente en Saint-Sulpice. Allí vi las pinturas murales de Delacroix, cuyos colores se han deteriorado, y el gracioso órgano de María Antonieta, cuyas teclas rozaron también los dedos de Gluck y de Mozart. En el coro de la iglesia dos viejas estaban cantando un texto latino; un anciano, que asimismo cantaba, las acompañaba con el armonio. Aquellas hermosas voces, que salían de unos cuerpos gastados, de unas gargantas resecas, en las cuales podía verse el movimiento de los tendones y cartílagos, y de unas bocas cercadas de arrugas, aquellas voces daban fe de las melodías eternas que cabe sacar de unos instrumentos frágiles. También bajo las bóvedas de la iglesia de Saint-Sulpice, como en la iglesia de Sankt Michael en Múnich, imperan la teología racional y la capacidad espiritual para la astronomía. En tales lugares me han asaltado con mucha frecuencia pensamientos sobre el plan de la creación, sobre la estructura espiritual del mundo. ¿Quién conoce el papel que una

iglesia como Saint-Sulpice desempeña en la historia de los seres humanos?

A pesar de lo avanzado de la hora hice que me condujeran hasta la más alta de las dos torres, por la estrecha escalera de caracol descrita por Huysmans en *Là-Bas;* desde aquella torre se tiene tal vez la más bella vista en redondo sobre la ciudad. El sol acababa de ponerse y el fresco verdor de los Jardins du Luxembourg brillaba espléndido en medio de los muros de color gris plata.

El hecho de que los seres humanos hayan sido capaces de producir tales formaciones es algo que hablará siempre en favor de ellos, aunque los veamos revolcarse tan bajamente en sus negocios y en sus pasiones. En este aspecto causan asombro los habitáculos artificiosos e iridiscentes que los moluscos producen con sus secreciones y que siguen brillando largo tiempo a orillas del mar, cuando ya han perecido los cuerpos que los habitaron. Esas conchas dan testimonio, más allá de la vida y de la muerte, de un tercer poder.

París, 5 de abril de 1943

El número de muertos causados por el bombardeo de ayer asciende, hasta el mediodía de hoy, a más de doscientos. Algunas bombas cayeron en el hipódromo de Longchamp, que estaba rebosante de gentío; sobre los paseantes domingueros que salían de las bocas del metro se abalanzó una multitud de heridos que corrían sin aliento, personas con los vestidos desgarrados, que se sujetaban la cabeza o un brazo, una madre con un niño ensangrentado apretado contra su pecho. Una bomba que cayó sobre un puente arrojó al Sena a muchos transeúntes, cuyos cadáveres están siendo ahora sacados de las aguas como si se los pescase.

En aquel mismo instante deambulaba en el otro extremo del Bosque una alegre muchedumbre de personas elegantemente vestidas, disfrutando de los árboles, de las flores, del suave aire primaveral. Esa es la cabeza de Jano de nuestro tiempo.

París, 10 de abril de 1943

En la Place des Ternes en el momento en que sonó la alarma aérea. Conversación en el centro de la plaza, junto al pequeño puesto de flores, mientras las personas que se dirigían hacia los refugios pasaban corriendo a nuestro lado. Figuras retóricas — en las más audaces las ráfagas de las bombas iluminaban el aire en su caída. Por las calles desiertas nos encaminamos hacia la Estrella, mientras al otro lado del Bosque se elevaban sartas de proyectiles blancos, rojos y azules, que en lo alto se deshacían chisporroteando, cual centellas en la fragua. Eran un símbolo del camino de la vida, un recorrido como el que aparece en *La flauta mágica.*

París, 11 de abril de 1943

Los encuentros y las separaciones entre los seres humanos. Cuando está preparándose una separación llegan días en los cuales la relación languideciente se adensa y cristaliza una vez más — días en los cuales esa relación aparece en su forma más pura, en su forma necesaria. Y, sin embargo, son precisamente tales días los que confirman de manera irrevocable el final. Así es como una serie de jornadas serenas va seguida de un tiempo inseguro y luego el gran cambio atmosférico es anunciado por una mañana de claridad especial, por una mañana en la que todas las montañas y todos los valles vuelven a mostrarse en todo su esplendor.

Hoy por la mañana estaba yo en el cuarto de baño meditando sobre esto, y al igual que entonces, antes de emprender mi viaje a Rusia, he tirado al suelo un vaso, que se ha roto.[10]

La buena prosa es como el vino; igual que él, sigue viviendo, desarrollándose. Hay en ella frases que aún no son verdaderas; y, sin embargo, una vida misteriosa va alzándolas hacia la verdad.

La prosa reciente es también un poco tosca todavía; adquiere pátina con el correr de los años. Es algo que noto a

menudo en cartas antiguas.

Durante la comida conversación con Hattingen sobre los relojes en general y sobre los relojes de arena en particular. El tiempo que va pasando mientras cae la arena es todavía el tiempo no mecanizado, el tiempo del destino; es el mismo tiempo que percibimos en los murmullos de los bosques, en el crepitar del fuego, en el oleaje de las mareas, en el remolino de los copos de nieve.

Después, aunque el cielo estaba cubierto, brevemente en el Bois, cerca de la Porte Dauphine. Allí he estado viendo jugar a unos muchachos que tendrían entre siete y nueve años; sus caras y sus gestos me han parecido enormemente expresivos. Aquí en Francia la individuación despierta antes y deja una impronta más nítida. Pero uno tiene la impresión de que en la mayoría de los casos su primavera se extingue alrededor de los dieciséis años. Los latinos traspasan así demasiado pronto la frontera después de la cual están ya listos y acabados, mientras que los germanos no la alcanzan casi nunca. Por esa razón resulta favorable la mezcla; dos defectos se suman y producen una excelencia.

He estado parado al pie de un olmo en torno al cual abundaban las ortigas de color violeta pálido. Un abejorro sobrevolaba sus flores — mientras estaba detenido, zumbando, encima de los cálices, se veía su coselete de color castaño aterciopelado, su abdomen ligeramente curvo, su trompa levantada, que estaba dirigida, cual una sonda de asta negra, a un lugar preciso. Su frente tenía una mancha dorada de polvo de polen, una marca nacida de la muchedumbre de los contactos. El momento en que el abejorro introducía su trompa en la flor era notable; en él el animalito agarraba con sus dos patas delanteras la larga vaina de la flor y se la colocaba en la trompa como una funda, de modo parecido a como hacen los payasos en Carnaval con las narices postizas.

A tomar el té en el estudio de Valentiner; allí he encontrado a Heller, a Eschmann, a Rantzau y a la Doctoresse. Con-

versación sobre Washington Irwing, sobre Eckermann y sobre el príncipe Schwarzenberg; parece que por iniciativa de este último está reuniéndose en Viena un material enorme, aún no estudiado, relativo a las sociedades secretas europeas.

París, 12 de abril de 1943

Lectura: *Carthage punique*, de Lepeyre y Pellegrin. Hay en la conquista de esa ciudad muchos rasgos que cuadran bien a un acontecimiento tan formidable como ese. Una vez que los romanos penetraron en las murallas, los defensores resueltos a combatir hasta la muerte se hicieron fuertes en el más elevado de los templos; entre ellos estaba, sobre todo, Asdrúbal con su familia, y también otros cartagineses nobles, así como novecientos desertores romanos, que no podían esperar clemencia.

En la noche anterior al ataque decisivo Asdrúbal abandona en secreto a los suyos y se presenta ante Escipión con un ramo de olivo en la mano. Por la mañana el general romano manda llevar a Asdrúbal delante del templo y exponerlo allí a la vista de los defensores, con el fin de desmoralizarlos. Los defensores, sin embargo, tras haber lanzado una infinidad de improperios y maldiciones contra el general traidor, prenden fuego al edificio y se arrojan a las llamas.

Se dice que, mientras estaba prendiéndose fuego al templo, la esposa de Asdrúbal se atavió con sus mejores galas en una de las estancias interiores; luego, recubierta con todos sus adornos, salió a la balaustrada con sus hijos y habló en primer lugar a Escipión. Le deseó buena suerte en su vida —le dijo que no le guardaba rencor, pues había obrado de acuerdo con las leyes de la guerra. Después maldijo a su marido en nombre de la ciudad y de sus dioses, y también en el suyo propio y en el de sus hijos, y se declaró separada de él por toda la eternidad. A continuación estranguló a sus hijos y los arrojó a las llamas; finalmente ella misma se lanzó al fuego.

Los seres humanos alcanzan en tales coyunturas unas dimensiones inquietantes; los envases individuales se llenan

hasta arriba de un contenido simbólico. En esta mujer es Cartago misma quien, en el instante en que sucumbe, sale al escenario en llamas y se presenta ante el altar preparado para el último sacrificio. Esa mujer bendice y maldice con una terrible fuerza sacral que la invade. El lugar y las circunstancias y la persona — todo está preparado entonces, y lo casual se desvanece. Por última vez se repite allí la antigua ofrenda a Baal, el sacrificio de los hijos en el fuego. Ese sacrificio se efectuaba para que la ciudad perdurase; aquí se lo ofrece para que viva eternamente. Y entonces puede arder, con los frutos, también el tronco; la madre se sacrifica a sí misma.

París, 13 de abril de 1943

Carthage punique. En aquellos tiempos las relaciones entre los Estados tenían un perfil más nítido que ahora; la fuerza de los pactos era más vinculante. En el famoso tratado entre Aníbal y Filipo de Macedonia estuvieron presentes también los dioses de ambas partes, en especial los dioses de la guerra, representados por los sumos sacerdotes.[11]

Tras la destrucción de la ciudad de Cartago se maldijo el lugar en que se alzaba. También se lo sembró de sal, en señal de maldición. La sal es aquí, por tanto, símbolo de esterilidad; en general se la tiene por símbolo de espíritu. Encontramos aquí, como siempre en los símbolos, el polo negativo y el polo positivo. Esto rige sobre todo para los colores. El amarillo es el símbolo de la nobleza y del populacho; el rojo, del señorío y de la rebelión; el azul, de lo maravilloso y de la nada. Este desdoblamiento va acompañado también, con toda seguridad, de diferencias en la pureza, diferencias que Goethe menciona, en su teoría de los colores, a propósito del amarillo. Así, sin duda es lícito imaginarse gruesa y sucia la sal de la maldición, en contraste con la sal ática, con la cual se sazonan en la mesa del espíritu los alimentos y se los conserva duraderamente.

Kubin ha vuelto a enviarme desde Zwickledt uno de sus escritos jeroglíficos; cuando disponga de más ocio lo desci-

fraré meditando sobre él. Grüninger me anuncia copias de las últimas cartas que el teniente coronel Crome envió desde Stalingrado. Parece que en esos puestos perdidos se produce un enérgico retorno al cristianismo.

París, 14 de abril de 1943

Visita del pintor Hohly. Me ha traído saludos de la esposa de Cellaris[12] y me ha dicho que este mantiene una gran actividad espiritual a pesar de su prolongado cautiverio y de sus graves quebrantos físicos. Cabe, pues, abrigar la esperanza de que aún vea la luz. La conversación con Hohly ha vuelto a traerme a la memoria aquel día terrible en que viajé a Berlín y mantuve una conversación por teléfono con la abogada de Cellaris — esperando en vano una palabra de aliento en aquella ciudad poblada por millones de seres humanos, igual que en el desierto se espera en vano un trago de agua. En la cabina telefónica tuve la impresión de que la plaza de Potsdam estaba incandescente.

Por la noche en la Comédie Française, en el estreno de *Renaud et Armide,* de Cocteau. He visto que yo había conservado bien en mi memoria los dos vigorosos pasajes que me llamaron la atención cuando la lectura en la Rue de Verneuil: el canto mágico de Armida y la plegaria de Olivier.[13] En un talento como el de Cocteau cabe observar bien el modo en que nuestro tiempo lanza hacia el talento sus lazos dolorosos, cosa contra la cual ha de mantenerse firme la sustancia. Las dotes mágicas aumentan y se esfuman según sean los estratos en que se muevan. En los estratos más tenues esas dotes se transforman en pirueta, en bufonada.

Muchos rostros conocidos entre el público; también he visto a Charmille.

París, 15 de abril de 1943

Por la mañana conversaciones con Rademacher sobre la situación militar. Él tiene puestas sus esperanzas en Cellaris y en Tauroggen. Por la tarde, a última hora, en la consulta de Salmanoff.

—Si los intelectuales alemanes hubiesen conocido a los intelectuales rusos tan bien como estos a aquellos, no se habría llegado a la guerra.

Luego hablamos sobre la fosa de Katyn; se pretende haber encontrado en ella millares de oficiales polacos que habían caído prisioneros de los rusos. Salmanoff considera que todo este asunto es una cuestión propagandística.

—Pero, entonces, ¿cómo han llegado allí los cadáveres?

—Sabe usted, hoy hay cadáveres que no necesitan billete.

Conversación sobre Aksakov, sobre Berdiáiev y sobre un autor ruso llamado Rozanov. Salmanoff me ha procurado un libro de este último.

Regreso por el Bois; la media luna se alzaba por encima del fresco verdor. Reinaba allí, pese a la cercanía de la populosa ciudad, un completo silencio; producía un efecto a medias agradable y a medias angustioso, como el que causa un escenario antes de una representación peligrosa.

París, 16 de abril de 1943

Cerca del amanecer un sueño significativo sobre Kniébolo, entrelazado con acontecimientos que se desarrollaban en casa de mis padres. En ella se aguardaba, por una razón que he olvidado, la llegada de Kniébolo. Se hacían preparativos de todas clases, mientras que yo, para no encontrarme con él, me retiraba a unas habitaciones bastante apartadas. Cuando yo reaparecía, Kniébolo había estado ya en la casa; oía detalles sobre la visita, y entre otros, sobre todo, que mi padre le había dado un abrazo. También al despertarme me llamó especialmente la atención esta circunstancia. Me acordé entonces de la espeluznante visión que me contó Benno Ziegler.[14]

En las conversaciones sobre la crueldad de estos días emerge con frecuencia esta pregunta: de dónde salen todas esas fuerzas demoniacas, como los desolladores y asesinos, esas fuerzas que, sin embargo, nadie había visto y ni siquiera sospechado. Pero estaban presentes en potencia, como lo de-

muestra la realidad. La novedad está en que ahora se han hecho visibles, en que han quedado sueltas, lo cual les permite causar daño a los seres humanos. Ha sido nuestra culpa común lo que ha llevado a dejar sueltas esas fuerzas: al despojarnos de los vínculos desencadenamos simultáneamente lo que había en los subterráneos. No nos es lícito, pues, quejarnos si el mal nos golpea a nosotros también en cuanto individuos.

París, 17 de abril de 1943

Por la tarde en el parque de Bagatelle. El fuerte calor de estos días ha hecho que las flores se aglomeren para formar una sinfonía — innumerables tulipanes flameaban en los céspedes y en las islas del pequeño lago. Flora parecía haberse excedido a sí misma en no pocas de las flores, así en los racimos de glicinias que colgaban del muro, unos racimos de color azul violáceo y gris sedoso, ligeros como plumas y, sin embargo, pesados por su carga de belleza — es algo que acaba desembocando en los cuentos, en los jardines encantados.

Siempre percibo esto como un reclamo, como una promesa de magnificencias eternas — como un brillante rayo de luz que llega de cámaras de tesoros cuya puerta se hubiera abierto fugazmente. Lo fugaz es el marchitarse; y, sin embargo, estos milagros florales son símbolos de una Vida que nunca se marchita. De ahí procede el arrobo que sus colores y sus perfumes despiertan; hacen saltar al corazón chispas multicolores.

También he vuelto a ver a mi viejo amigo el carpín dorado; su lomo brillaba de repente en el agua azul de las grutas. Aquí ha permanecido él tranquilo mientras yo me movía por Rusia.

Sobre las perversiones — ¿no estará su fuente en una aversión entre el padre y la madre? Si así fuera, tendrían que ser más frecuentes en los países y en las capas sociales donde predominan los matrimonios de conveniencia. También tendrían que preponderar en razas de sangre fría, y no al revés,

como se cree comúnmente. El odio, la aversión contra el otro sexo, se hereda por la cópula. Eso es lo fundamental, lo demás es accesorio. También se da, naturalmente, una selección; la Naturaleza prefiere los frutos de las procreaciones placenteras. Pero tal vez el individuo es recompensado con el espíritu — personas geniales son a menudo fruto de procreaciones habidas en la vejez, como es el caso de Baudelaire; piénsese también en la manera grotesca como el padre Shandy da cuerda al reloj en la obra de Sterne.

Estas circunstancias, que además escapan a la mirada científica, se hallan poco investigadas. Sería preciso adentrarse en la historia secreta de familias enteras, de estirpes enteras.

Podría hacerse a esta tesis la objeción de que hay zonas rurales en las que el matrimonio por interés es algo usual desde que existe memoria humana. En ellas, sin embargo, también la individuación ha progresado menos; cualquier persona sana le viene bien a la otra. Además la degeneración de ciertas zonas rurales no es menor que la degeneración de las grandes urbes, solo que está más escondida. Tal vez sean también distintas sus manifestaciones; la sodomía será más frecuente en el campo que en la ciudad.

Por cierto que eso que nosotros consideramos como una desviación puede ser que vaya ligado a una inteligencia más honda del mundo, precisamente porque la mirada no está tan sometida a la coacción, al velo de la especie. Eso es algo que llama la atención por lo común en los homosexuales dotados de capacidad de juicio espiritual. De ahí que siempre resulten útiles al hombre de espíritu, aun prescindiendo de que su trato es divertido.

El proceso a Dreyfus es un fragmento de historia secreta — es decir, de esa historia que comúnmente no llega a hacerse visible. Tales cosas permanecen de ordinario en los laberintos que se hallan ocultos bajo los edificios políticos. Cuando uno lee ese proceso tiene el sentimiento de estar

ocupándose de un asunto tabú. Como en el caso de la momia de Tutankamón, uno se acerca aquí a sustancias muy densas; de ahí, también, que resulte angustiosa la despreocupación con que vemos a historiadores jóvenes, como Frank, manipular una materia como esa.

Elección de profesión. Me gustaría ser piloto de estrellas.

Sobre la educación de sí mismo. Aunque uno haya nacido débil puede ascender a grados considerables de salud. Lo mismo ocurre en la ciencia; mediante el estudio podemos liberarnos de la influencia de los malos maestros y de los prejuicios que encontramos en nuestro tiempo. Mucho más difícil resulta, en una situación enteramente corrompida, el avance, aun el más modesto, en la moral. Aquí las cosas tocan fondo.

Cuando en un Estado ateo un incrédulo exige juramento a los creyentes su proceder se asemeja al del banquero tramposo de una mesa de juego que aguardase que los otros jugadores pusiesen sobre el tapete oro auténtico.

En un Estado ateo la única suerte válida de juramentos son los perjurios. Todo lo demás es sacrilegio. A los turcos, en cambio, podemos hacerles juramentos e intercambiarlos con ellos; es un trueque sin fraude.

A última hora de la tarde he acabado la lectura del profeta Malaquías y, con ello, he dado fin a la lectura del Antiguo Testamento, que comencé en París el 3 de septiembre de 1941. Mañana empezaré con los Apócrifos.

Iniciado, además, la lectura de *Esseulement*, de Rozanov. Al instante he tenido la sensación de que Salmanoff me ha remitido aquí a un espíritu que, si no estimula en mí los pensamientos, sí los desencadena.

París, 18 de abril de 1943

A tomar el té en casa de Marie-Louise Bousquet, en la Place du Palais-Bourbon; es una plaza que se señala por la rigurosidad romana de su arquitectura. En el transcurso de decenios y de siglos estas viviendas antiguas, repletas de objetos heredados, han ido adaptándose a los seres humanos y a su naturaleza cual vestidos que, tras haber sido llevados mucho tiempo, se ajustan al cuerpo en cada uno de sus pliegues. Son conchas en el sentido de la zoología superior. Allí encontré también a Heller, a Poupet, a Giraudoux y a Madame Olivier de Prévost, una biznieta de Liszt. Madame Bousquet —en mi trato con ella hago que impere siempre, por cierto, una cierta cautela, como haría un químico al tratar materias de reacción indeterminada— me ha enseñado su biblioteca, una habitación pequeña y cuadrada y completamente revestida de madera. En ella estuve contemplando los manuscritos, las dedicatorias y las bellas encuadernaciones. Una parte de estas eran en cuero granulado, cuyo tacto duplica el goce de la lectura; los colores eran de esos que pueden estudiarse en el barniz de oro — irradiaban desde el violeta suave, que al hacerse más profundo se confunde casi con el negro, hasta sus matices más claros, y desde el oscuro gris oro hasta diseños con salpicaduras y llamaradas áureas.

El regreso, a última hora de la tarde, por los Champs-Élysées. Era un espléndido día soleado. También yo estaba contento conmigo mismo, cosa que anoto, pues solo muy raras veces puedo decir eso de mí.

Acabado: *Esseulement,* de Rozanov, libro que es uno de los raros puntos en que se ha logrado en nuestro tiempo la autoría, el pensar propio. Siempre me parece, cuando entablo conocimiento con algo así, que se llena uno de los huecos incoloros que hay en la bóveda del techo que cierra nuestro espacio. En Rozanov es notable su parentesco con el Antiguo Testamento; así, él emplea la palabra «simiente» exactamente en el mismo sentido en que la utiliza aquel. Por cierto que a mí me ha resultado desagradable desde siempre esa palabra cuando se la aplica al ser humano como símbolo de su

esencia — sentía por ella una aversión muy parecida a la que sentía Hebbel por la palabra «costilla», que borró de su Biblia. Es probable que aquí intervengan también viejas nociones tabú. El carácter espermático del Antiguo Testamento en general, frente al carácter pneumático de los Evangelios.

Rozanov murió en 1918 en un monasterio; se dice que de hambre. Sobre la revolución rusa hizo la observación de que fracasaría porque no brindaba nada a los sueños. Por esa causa, dijo, se vendría abajo también su doctrina. Resulta simpático el hecho de que sus fugaces anotaciones, una especie de movimiento del plasma del espíritu, se le ocurrieran en los instantes de ocio — cuando ordenaba su colección de monedas o cuando, tras bañarse, tomaba el sol en la arena.

París, 19 de abril de 1943

Neuhaus, gran amante de las flores, tuvo la sensata ocurrencia de abandonar conmigo el despacho por una hora para ir a hacer una visita al jardín botánico de Auteuil, en el que florecen las azaleas. Un gran vivero frío estaba completamente revestido de millares de tales arbustos, con lo que se asemejaba a un salón de paredes multicolores cubierto con alfombras de dibujos abigarrados. Parecía imposible reunir una mayor abundancia, una mayor vivacidad de colores suaves. Yo no me cuento, empero, entre los amigos de las azaleas; me parece ametafísica su tonalidad; exhiben colores unidimensionales. Esa es sin duda la razón de su gran popularidad; hablan puramente a los ojos. Pero en ese puro extracto de tintura falta la gota de *arcanum arcanorum supracoeleste*. Esa es la razón de que las azaleas no tengan olor.

También hicimos una visita a las gloxinias y a las calceolarias. Estas últimas forman uno de los almohadones de la vida, la diversidad tiene en ellas la máxima libertad de juego — no hay, entre todos los millones de individuos, dos flores que sean enteramente iguales. Las variedades más bellas son las de color púrpura oscuro o amarillo atigrado; para gozar del todo la profundidad de esos cálices llenos de vida sería preciso tener la capacidad de metamorfosearse en un abejorro.

Esta observación que hice a Neuhaus pareció divertir mucho al chófer que nos acompañaba, y yo adiviné la razón.

Solo pocas orquídeas estaban en flor, pero recorrimos sus plantaciones, ya que Neuhaus las cultiva. Un «zueco de Venus», listado de verde y violeta, nos llamó la atención por las pequeñas verrugas negras que adornaban su labio superior; en cada uno de los extremos brotaban, como un capricho, tres o cuatro pelitos espinosos. Al verlos hube de pensar en la sonrisa de una amiga desaparecida, en el oscuro lunar que ella tenía.[15]

En jardines como este es importante que los jardineros permanezcan ocultos; lo único que debería verse es su obra. La mano de un fantasma tendría que ir borrando así enseguida las huellas que se dejan al caminar por la arena. Solo entonces se alcanza el goce completo de las plantas y de su lenguaje; para definir su esencia podría grabarse esta divisa: *Praesens, sed invisibilis.*

El modelo de todos los jardines es el jardín encantado; el modelo de todos los jardines encantados es el Paraíso. La jardinería tiene un trasfondo cultual, igual que lo tiene cada uno de los oficios sencillos.

Acabado de leer, en la Biblia, el Libro de Judit, que es una de las piezas escritas a la manera de Heródoto. La descripción de Holofernes nos introduce en una de las lujosas estancias de la Torre de Babel; el dosel de su lecho está recamado de piedras preciosas. Antes de la noche que Judit pasa en su tienda, Holofernes intercambia con ella cumplidos orientales. Se esparce azúcar en el borde del cáliz; en su fondo hay un veneno letal.

A Judit se le ahorró el sucumbir a Holofernes, pero ella estaba dispuesta. En este libro se percibe el poder de la belleza; es más fuerte que los ejércitos. Después, el canto de victoria sobre la cabeza de Holofernes — en mi zoología superior me gustaría describir, en un capítulo sobre las danzas de victo-

ria, posterior al dedicado al *Schwärmen,* la figura primordial que subyace a ese canto.

«Judit y Charlotte Corday, una comparación.» «Judit y la Doncella de Orleans como heroínas nacionales.» Dos temas para alumnos y alumnas de bachillerato, pero que tendrían que haber comido ya del árbol del conocimiento.

París, 20 de abril de 1943

A mediodía una horita mauritana en casa de Banine. Ella suele tomar el café en su lecho, que abandona tan a disgusto como el cangrejo ermitaño su caracol. Las ventanas de su estudio dan al depósito elevado de agua que hay en la Rue Copernic. Delante de ellas florece una gran paulonia, que aún no ha echado hojas. Los altos cálices de sus flores, de color lila pálido, en cuyos arcos de amor se sumergen las abejas, destácanse con nitidez, pero con suavidad, del azul pálido del cielo primaveral.

Conversación sobre el tipo meridional y, en particular, sobre los ligures y los gascones. Luego, sobre la ley y la mística en la religión. Banine asegura que la presencia de la Ley es manifiesta en las mezquitas. Yo creo que eso puede decirse también de las sinagogas. Finalmente, sobre las expresiones para decir «miedo» en los diversos idiomas y sobre los matices de tales expresiones.

A última hora de la tarde en casa de Rademacher, quien ahora está de vez en cuando en París y habita en la Rue François I^{er}. Allí he visto también, durante unos pocos minutos, a Alfred Toepfer, que regresaba de España y estaba a punto de salir para Hannover. Le he rogado que mirase de buscarme una casita en el páramo, a partir de Tanzen. Conversaciones políticas, luego rememoraciones de Cellaris y de los viejos tiempos nacionalistas. El encuentro secreto en Eichhof, en 1929, continúa siendo especialmente memorable. Aún no se ha escrito la historia de esos años, con sus pensadores, sus activistas, sus mártires y sus comparsas; vivíamos entonces en la yema de Leviatán. La Escuela Muniquesa, la más superficial de todas, es la que se ha alzado luego con el

triunfo; lo ha hecho de la manera más barata. En mis cartas y escritos de aquellos años aparece una muchedumbre de personajes; y una gran visión de conjunto la poseían también Niekisch, Hielscher, Ernst von Salomon, Kreitz, así como Albrecht Erich Günther, que ha muerto hace poco. Los que intervenían en aquel juego están ahora asesinados, emigrados, desilusionados, o bien desempeñan altos cargos en el ejército, en el contraespionaje, en el Partido. Empero quienes aún habitan en esta tierra hablarán siempre con agrado de aquellos tiempos; entonces se vivía con intensidad en la Idea. Así es como yo me imagino a Robespierre en Arras.

En mi avance de la lectura de la Biblia he comenzado el Libro de la Sabiduría, de Salomón. La muerte tiene un significado enteramente distinto según que afecte a un necio o a un sabio. Al primero le trae aniquilación, el segundo es depurado y probado como oro en el crisol. Su muerte es aparente: «El justo sufre pequeños castigos».

Al leer estas palabras he pensado en el bello dicho de Léon Bloy; según él la muerte significa mucho menos de lo que suponemos — tal vez no más que algo parecido a quitar el polvo de un mueble valioso.

París, 21 de abril de 1943

Al mediodía me visitó el coronel Schaer, un bajo-sajón a la antigua. Hablamos de la situación. Aún no ha aparecido el ramo de olivo. De las cosas que contó fue especialmente espantosa la descripción de un fusilamiento de judíos. Él conoce esto por otro coronel, creo que Tippelskirch, a quien su unidad envió al lugar para ver qué era lo que allí ocurría.

Cuando recibo informaciones como esa se apodera de mí el espanto, me invade el presentimiento de un peligro enorme. Pienso esto de manera completamente general y no me extrañaría que el globo terráqueo volase en pedazos, bien por la caída de un cometa o bien por una explosión. Tengo, en efecto, la sensación de que esos hombres están horadando la Tierra y de que no puede ser una casualidad su elección de

los judíos como víctimas principales. En sus verdugos de mayor rango se da una especie de clarividencia siniestra, no basada en la inteligencia, sino en impulsos demoniacos. Esas gentes encontrarán en cada encrucijada la dirección que lleva a la destrucción mayor.

Por cierto que, a lo que parece, no se producen ya tales fusilamientos; se ha pasado a gasear a las víctimas.

Al mediodía en la tienda de Gruel. Al ir hacia ella volví a cortar una de las hojas nuevas de la higuera que crece junto a la iglesia de la Asunción; por tercer año me llena de alegría su reverdecimiento. Esa higuera es uno de mis árboles preferidos en esta ciudad — el segundo es la vieja y muy podada acacia del jardín del palacio de la Legión de Honor. Tal vez se agregue a ellos, en tercer lugar, la paulonia del jardín de Banine.

París, 22 de abril de 1943

Almuerzo en casa de los Morand; estaban allí una cierta condesa Palffy, Céline, Benoist-Méchin. La conversación propendió a las anécdotas macabras. Así Benoist-Méchin contó que su coche patinó en cierta ocasión sobre una capa de hielo y aplastó contra un árbol a una mujer que iba paseando por la calle con su marido. Introdujo al matrimonio en el coche para llevarlo al hospital y en el camino oyó que los gemidos y suspiros del hombre eran más fuertes que los de la mujer.

—Espero que no esté también usted herido.

—No… pero ella tiene una fractura de pelvis… eso significará por lo menos tres meses de hospital… ¡qué gastos! Y luego, ¿quién me preparará la dieta durante ese tiempo?

El reconocimiento demostró que, por suerte, la mujer solo había sufrido contusiones, pero que la curación llevaría, de todos modos, ocho semanas. Al cabo de ese tiempo el ministro fue a visitar a la mujer para informarse de cómo le iban las cosas y la encontró vestida de luto. El marido había falle-

cido entretanto; de una indigestión. Cuando Benoist-Méchin se disponía a expresarle su condolencia:

—Por favor, déjelo. No sabe usted el servicio que me ha prestado.

También hablamos sobre mujeres de prisioneros de guerra. De igual manera que la Guerra de Troya es el modelo mítico de toda guerra histórica, así reviven también una y otra vez la tragedia del hombre que vuelve a casa y la figura de Clitemnestra. Una mujer que oye decir que su marido prisionero va a ser puesto en libertad le manda todavía, al enterarse de la noticia, un paquetito de víveres. Entretanto el marido regresa antes de lo esperado por su esposa y se tropieza no solo con ella, sino también con su amante y con dos niños. En el campo de prisioneros en Alemania los camaradas del liberado se reparten el contenido del paquetito. Cuatro de ellos mueren tras haber probado la mantequilla; contenía arsénico.

A continuación contó Céline historias de su consulta, la cual parece señalarse por una acumulación de casos atroces. Por cierto que Céline es bretón — eso arroja luz sobre la primera impresión que me produjo y por la cual lo clasifiqué en la Edad de Piedra.[16] Está a punto de ir a visitar la fosa de Katyn, con la que ahora se hace propaganda. Es evidente que lugares como ese lo atraen.

En el camino de vuelta me acompañó Benoist-Méchin, que está devorado por una excitación demoniaca. Tuvimos una de esas conversaciones que se han repetido innumerables veces desde que el mundo es mundo: la que pregunta en qué despliegue de poder hay una satisfacción más alta, si en el político-práctico o en el invisible, espiritual.

A última hora de la tarde lectura del artículo de Cocteau sobre la muerte de Marcel Proust que me dio Marie-Louise Bousquet. En él, una frase en la que se hace visible de modo directo el silencio enorme a que descienden los muertos:

Il y régnait ce silence qu'est au silence ce que les ténèbres sont à l'encre.

Al leerla pensé en la terrible descripción por Thomas Wolfe de un muerto en el metro de Nueva York.

París, 23 de abril de 1943

Viernes Santo. Por la mañana visita de Eschmann, que venía de casa de Valéry. Conversación sobre los sueños; la charla bordeó asuntos que no me pareció aconsejable tocar. Me proporcionó, sin embargo, ciertas aclaraciones, como si me contemplase a mí mismo en un espejo nítido. Los espejos más nítidos son, por cierto, los empañados — poseen una dimensión onírica. Se penetra en ellos. Captan también el aura.

Por la tarde al Quai Voltaire, por la Rue du Faubourg-Saint-Honoré. En esta calle suelo demorarme; reina en este camino el tiempo del reloj de arena. Entré en la iglesia de Saint-Philippe du Roule. Habían caído al suelo las flores blancas, con minúsculos toques de rojo, de los castaños y se hallaban esparcidas por el pavimento del atrio de tal manera que rodeaban las piedras como un marco hecho de marfil y de otras materias preciosas. Esto daba a la entrada un rasgo de solemnidad. En primer lugar fui a la capilla, donde estaba expuesto un crucifijo; luego pasé a la iglesia, en la cual se apretujaban las mujeres; allí oí un buen sermón sobre la Pasión. Los grandes símbolos, como el de que el hombre elige al asesino Barrabás y no al Príncipe de la Luz, vuelven a cumplirse cada día.

En el estudio de Valentiner; allí estaban los dos hermanos, así como Eschmann y Marie-Louise. Conversación sobre las *Nouvelles chroniques maritales,* de Jouhandeau, sobre el juego de ajedrez, los insectos, Valéry. Luego en casa de la Doctoresse, en compañía de Schlumberger. No habíamos vuelto a vernos desde 1938.

París, 24 de abril de 1943

Por la mañana entrevista con el coronel Schaer. Volví a preguntarle si recordaba bien que había sido Tippelskirch el testigo de vista y de oído de las matanzas cuyos detalles me había contado. Me lo confirmó. Estas cosas se me aparecen a veces como una pesadilla, como un sueño demoniaco. Pero es necesario verlas con los ojos del médico, no esquivarlas. El burgués se encierra en sí mismo ante tales espectáculos.

Pensamientos sobre las columnas que ayer estuve contemplando en la iglesia de Saint-Philippe du Roule. Aunque parecían tan poderosas, propiamente eran, sin embargo, sitios muertos — no espacio en el espacio. Así somos también nosotros cadáveres en la marea de la vida. Solo cuando la muerte nos abra, rompiéndonos, estaremos vivos.

Por la noche lectura de *Los titanes,* que Friedrich Georg me ha enviado hoy; luego he dormido profundamente, como si hubiese tomado un medicamento abismal.

París, 25 de abril de 1943

Por la tarde en el Bois. Paseo desde la Porte Dauphine hasta Auteuil. En los arbustos, varios gorgojos; ese animal me ha hecho recordar un sueño que tuve en Voroshílovsk.[17] Luego caminado por calles desconocidas, hasta que de repente me encontré delante del gran inmueble del Quai Blériot en cuyo séptimo piso celebramos en otro tiempo el cumpleaños de la modistilla.[18] Continuado por el Boulevard Exelmans. Allí el metro se convierte en un ferrocarril elevado; los poderosos arcos tienen en sí algo antiguo, romano, definitivo, que difiere de nuestra arquitectura de hoy. Uno habitaría con más agrado en ciudades que estuvieran levantadas de acuerdo con esos modelos. Una y otra vez la paulonia, el árbol imperial. Constituye un enriquecimiento de la ciudad, ya que el delicado color gris de los edificios se envuelve muy felizmente en los velos violeta de las paulonias. Hay en los troncos de ese árbol una arquitectónica poderosa; se asemejan a candelabros solemnes sobre los cuales flotase una llama tenue. Lo que la *Poinciana regia* es para Río de Janeiro, eso es

para París la paulonia; en esa equiparación podría incluirse a las mujeres.

En el estudio de Valentiner; allí estaba también el escultor Gebhardt, cuya madre corre peligro, después de que ha desaparecido sin dejar rastro una tía suya. En la escalera me tropecé con la princesa Bariatinski, que se cuida de él, y con el conde Metternich, que le ha procurado asilo bajo las alas del comandante en jefe. El regreso, por las Tullerías; allí, una vez más, la paulonia, así como el ciclamor o árbol de Judas, cuyas flores brillaban cual racimos de coral. Una vieja sin dientes, pero aparatosamente pintarrajeada, había llevado dos sillas a los arbustos y me hizo señas con un gesto de invitación, mientras reía haciendo muecas. Era la hora del crepúsculo; y aquella, una estampa crepuscular.

Continuado, en el hotel Raphaël, la lectura de *Los titanes;* uno recorre los capítulos de este libro como si recorriese los viejos talleres del mundo. Me imagino la llegada de los dioses como un desembarco desde los planetas, entre luminosas oleadas de alegría. A veces, mientras leía, veía a Friedrich Georg con esa leve sonrisa suya con la que suele inclinarse hacia adelante cuando, en nuestras correrías, contemplamos flores y cuadros.

París, 27 de abril de 1943

Comida en casa de los Morand, donde encontré también a Abel Bonnard. Me hice enseñar la imagen de la diosa mexicana de la muerte de que me había hablado Eschmann; Madame Morand la guarda, detrás de un biombo, en la semioscuridad de su gran salón. Es un ídolo tosco, espantoso, hecho de una piedra gris, ante el cual se desangraron innumerables víctimas. Tales imágenes son infinitamente más impresionantes, infinitamente más reales que cualquier fotografía.

Conversación sobre la situación, luego sobre Gide, al que Bonnard calificó de *le vieux Voltaire de la pédérastie.* Según él, movimientos como los formados en torno a Gide, a Barres, a Maurras, a George, se consumen a sí mismos; hay en ellos algo estéril, como lo hay en el ruido causado por los

campos de espigas vacías bajo los rayos de un astro artificial. Al ponerse el sol, dijo, todo ha pasado, no queda fruto ninguno. Todo es pura emoción.

Hablado también sobre Léon Bloy, al que Bonnard recriminó el que hubiese creído en milagros obrados propiamente para él — un rasgo que a mí más bien me complace. Sobre Galliffet y sobre Rochefort, al que Bonnard conoció todavía personalmente — dijo que daba la impresión de ser un pequeño fotógrafo.

Luego sobre los rusos, que hoy son sobreestimados, de igual manera que hace dos años fueron subestimados. En realidad son más fuertes de lo que todos opinan; pero pudiera ser que esa fortaleza no fuera temible. Eso es algo que, por cierto, puede decirse de toda fuerza real, de toda fuerza generadora.

La conversación tuvo para mí un interés general, ya que Abel Bonnard encarna de manera excelente una especie de espiritualidad positivista que está extinguiéndose. Por ese motivo llama también la atención el carácter solar un poco abatido de sus rasgos, que se caracterizan por una especie de mal humor de anciano-niño. Uno siente que para un pensar como ese existen todavía puntos centrales. Es cierto que tales conversaciones, como también las que yo mantenía con mi padre, se asemejan a momentos pasados en las antesalas. Pero a mí me dan más cosas que las charlas con nuestros especulantes y místicos alemanes.

París, 28 de abril de 1943

Carta a Friedrich Georg sobre *Los titanes.* También sobre sueños en que se nos aparece nuestro padre. Así, mi hermano me ha escrito que me veía con él en un jardín y que lo que en ello le llamaba especialmente la atención era que nuestro padre llevase un traje nuevo.

Cenado en el hotel Raphaël con Volckmar-Frentzel, el editor de Leipzig, con Leo y con Grewe, el especialista berlinés

en derecho internacional; este último me ha contado detalles de la muerte de A.E. Günther; fue espantosa.

Continuado la lectura del Libro de la Sabiduría. Puede considerarse su capítulo séptimo como el equivalente del Cantar de los Cantares, pero en un plano más significativo — lo que en el Cantar de los Cantares es placer sensual es aquí placer espiritual. Existe una voluptuosidad del espíritu, a la que no llegan quienes pasan sus días en las antesalas de la vida verdadera; sus magnificencias permanecen cerradas para ellos. Empero «los que son amigos de ella tienen una voluptuosidad pura» (8, 18).

En este libro se ensalza a la Sabiduría como la Inteligencia suprema, independiente del ser humano, como el Espíritu Santo que llena omnipresente el espacio cósmico. Ni los más audaces caminos del espíritu humano nos acercan un solo paso a él. Solo cuando el hombre se ha purificado, solo cuando ha convertido su propio pecho en un altar, solo entonces penetra en él, sin ser notada, la Sabiduría. Todos pueden ser, pues, partícipes de la Sabiduría suprema. Ella es poder cósmico; la Inteligencia, en cambio, es poder terrenal y, tal vez, únicamente poder zoológico. En nuestros átomos somos más inteligentes que en nuestro cerebro.

Resulta notable el hecho de que haya encontrado acogida en la Escritura, con el Libro de los Proverbios de Salomón, un escepticismo extremo, mientras que este Libro de la Sabiduría, en el que impera totalmente la economía divina, es clasificado entre los Apócrifos.

París, 30 de abril de 1943

En el correo una carta de Hélène Morand sobre *El trabajador.* Dice en ella que el arte de vivir es el arte de obligar a los demás a trabajar, mientras uno mismo disfruta.

«La famosa frase de Talleyrand, *"… n'a pas connu la douceur de vivre"*, regía tan solo para una pequeña élite, la cual no era siquiera especialmente atractiva. Nosotros nos habríamos muerto de aburrimiento en el salón de Madame du

Defand o en el de Madame Geoffrin. Esas personas no tenían ni corazón ni sentidos ni imaginación, y estaban maduras para la muerte; lástima únicamente que Talleyrand pudiera escapar al peligro… a rastras.»

Lo que en esta mujer me llama la atención son sus enérgicas dotes políticas, la fascinación y también el horror que inspira. Pero en eso hay siempre artes mágicas y, sobre todo, también fuego de la voluntad; cuando ese fuego brilla mucho hace aparecer los ídolos, como en los frontones de templos extranjeros, iluminados por el resplandor de los incendios. Esos mismos sentimientos los he tenido yo en presencia de Cellaris. Lo propiamente peligroso no está siquiera en el hecho de que aquí se juegue con unos naipes en cada uno de los cuales reside el destino de millones de seres humanos y de su felicidad; lo propiamente peligroso está en la decisión de la persona singular — en el modo que tiene de extender la mano. Cuando eso ocurre, el reino entero de los demonios presta atención. Cada uno de nosotros conoce, en efecto, el instante del riesgo, ese instante en que, con el fin de dar un determinado salto, un determinado golpe, imponemos silencio a todo lo que hay dentro de nosotros. Ese momento, pero enormemente potenciado, y ese silencio, pero infinitamente más hondo, yo los he sentido en ciertos encuentros que ha habido en mi vida. En correspondencia con eso, las naturalezas demoniacas son también más temibles cuando callan que cuando hablan y que cuando hay movimiento a su alrededor.

Leído después un nuevo número de la revista *Zeitgeschichte,* que dirigen Traugott y Meinhart Sild; en sus artículos noto, sin especial deleite, que es mi libro *El trabajador* el que les proporciona la columna vertebral. Pero es correcta la observación que hace uno de los colaboradores; ese libro es un dibujo del plano y con ese dibujo no se dice nada acerca de las arquitecturas que sobre el plano puedan edificarse.

En el dormir hay diversas intensidades; en el descansar, diversas profundidades. Se asemejan a ruedas de transmisión

que girasen en torno a un centro llamado «quietud». Así, unos minutos de un dormir profundísimo pueden ser más reparadores que noches enteras de somnolencia.

Le Mans, 1 de mayo de 1943

En compañía de Baumgart y de la señorita Lampe, una joven historiadora del arte, viaje a Le Mans para visitar al pintor Nay. Antes pasamos casi toda la noche en una de esas pequeñas recepciones que da el comandante en jefe. En ella estaba también un catedrático al que se tiene por el especialista más eminente de la enfermedad de la diabetes. Una vez más me llena de estupor el que todavía hoy pueda oírse a alguien pronunciar completamente en serio frases como, por ejemplo, la siguiente:

—Hasta ahora hemos comprobado ya la existencia de veintidós hormonas que son secretadas por la glándula pituitaria.

Por mucho que ese espíritu progrese, siempre se tratará de un progreso en el refinamiento. Lo que él hace en el conocimiento es ir elevándose en espiral, como por la cara externa de un cilindro, mientras la verdad llena el interior. Así las cosas, por fuerza aumentarán las enfermedades, como es natural. La hormona más importante es aquella que no se deja descubrir.

Entre los invitados estaba también Weniger, que ha regresado de Alemania. Allí había oído este epigrama, nada malo, pensado como inscripción en un monumento futuro dedicado al recuerdo de esta Segunda Guerra Mundial:

Der siegreichen Partei die dankbare Wehrmacht.

[Al Partido victorioso, el Ejército agradecido.]

El comandante en jefe tiene en estas ocasiones un encanto particular, la sonrisa de un rey de cuento que estuviese haciendo regalos a los niños.

Después, por la mañana, salida desde Montparnasse. Era el día de los muguetes, que por todas partes se ofrecían en

venta en grandes cantidades; hicieron que me acordase de Renée.[19] Siempre continúa llenándome de dolor el recuerdo de los jardines en que no llegué a entrar. Llovía, pero el campo florecido era muy bello. De los árboles me llamó la atención el acerolo; me gusta especialmente uno de sus colores, el gredoso, que se encuentra a medio camino entre el rosa claro y el rosa oscuro. En los bosquecillos el jacinto silvestre, que no se ve en Alemania. Sus flores, de un intenso azul oscuro, causaban un efecto especialmente magnífico en una ladera en la que se los veía brillar en medio de grupos de euforbias de color amarillo verdoso.

En Le Mans acudió Nay a la estación a recibirnos. Dado que él presta aquí servicio como cabo segundo, nos reunimos en su estudio después de comer; el estudio se lo ha puesto a su disposición un tal señor De Thérouanne, que cultiva la escultura como aficionado. En presencia de los cuadros tuve la impresión de un trabajo de laboratorio, de una creatividad prometeica, que cuaja en formas nuevas. Pero no llegué a formarme un juicio, ya que son obras que es preciso contemplar con frecuencia y durante largo tiempo. Conversación sobre la teoría; Nay sabe decir cosas acerca de ella, como les ocurre a la mayoría de los buenos pintores. También lo ha estimulado Carl Schmitt con sus pensamientos sobre el espacio. Encontré especialmente acertada su expresión de que él alcanza en el trabajo un punto en el que el lienzo adquiere «tensión» — a él le parece en tales instantes que el cuadro se agranda extraordinariamente. Eso ocurre también en la prosa — una frase, un párrafo, adquiere una tensión especial, una torsión especial. Es algo comparable al instante en que adquiere significado erótico una mujer a la que durante largo tiempo hemos estado contemplando con indiferencia. En ese instante cambia todo, cambia completa y absolutamente.

Luego estuvimos todavía en la tienda de un anticuario, un tal Morin, que nos enseñó sus libros; había entre ellos algunas magníficas ediciones antiguas.

París, 2 de mayo de 1943

Lluvia torrencial. Pese a ella los tres salimos a almorzar a L'Epeau, haciendo el camino a pie. Luego estuvimos en la tienda del anticuario Morin, donde encontramos también a Nay. El señor Morin estuvo enseñándome sus colecciones — cuadros, entre ellos un Deveria, muebles, monedas, porcelanas y cosas por el estilo. Esta colección es una especie de destilación, de fusión y refusión por reducción, cernido, selección y trueque de los objetos recopilados. En este sentido era una esencia fuerte, para formar la cual había sido condensado el contenido de dos, tres habitaciones.

Me detuve con el señor Morin en la habitación en que tiene su estudio su único hijo, el cual ha sido enviado hace poco tiempo a trabajar a Alemania, precisamente a Hannover. El padre estuvo contándome varias cosas de él — ya de niño trataba con respeto los libros y prefería pasar el tiempo con ellos que al aire libre o practicando deportes.

—*C'est un homme de cabinet.*

Al mencionar el señor Morin que le había instalado a su hijo una pequeña librería de viejo en París, en la Rue de Cherche-Midi, inmediatamente supe que no podía ser otro que el que me vendió hace poco el libro *De tintinnabulis*, de Magius.[20] El padre me lo confirmó y dijo incluso que su hijo le había hablado de la conversación que tuvimos con ocasión de aquella compra. Tal encuentro me resultó sorprendente y por ello me apunté la dirección del hijo, para ver, en mi próximo permiso, qué puede hacerse por él.

Luego regresamos a los libros. Pude adquirir una buena provisión de papel antiguo, casi todo él del siglo XVIII. En parte estaba encuadernado en esos grandes libros de contabilidad, poco usados, que vi en casa de Picasso y que yo puedo emplear también como herbarios.

Por la parte alta de la ciudad, en la que todavía se conservan calles góticas, a la catedral — en ella causa un efecto especialmente poderoso su estrecho coro, muy alto. En este gran edificio destaca con nitidez su plan; se muestra con una desnudez esquelética que asusta. Muchas desgracias venide-

ras dormitan en ese atrevimiento que de un modo tan franco desvela su objetivo al entendido.

Por fin, para contemplar por segunda vez los cuadros, volvimos unos minutos al estudio de Nay. Llevan la marca tanto del primitivismo como de la consciencia; portan, pues, el auténtico sello de nuestro tiempo. Los colores están utilizados con libertad, a veces de una manera que simboliza su valor dinámico. Así, el brazo levantado para actuar está pintado de color rojo sangre.

Luego regreso a París, adonde llegamos a las nueve.

París, 3 de mayo de 1943

Al mediodía en el estudio de Valentiner, que hoy sale para Aix. Su buhardilla del Quai Voltaire desempeña ahora en mi vida un papel semejante al que desempeñó anteriormente la mesa redonda del hotel Georges V. Le di saludos para Médan.

Por la tarde vino Carlo Schmid. Comentamos la situación; el descalabro que se avecina en Túnez traerá consigo modificaciones políticas, especialmente en Italia. En la costa del canal de la Mancha están construyéndose, al parecer, enormes baterías de cohetes; mediante ellas se quiere bombardear Londres con aire líquido. Kniébolo ha sobreestimado desde siempre tales novelerías.

París, 4 de mayo de 1943

En el correo francés cartas de Banine y de Morin, quien posee una buena letra de archivero. Por la tarde fui a ver a Weinstock, a quien le dejé mi ejemplar de *Los titanes,* para el viaje. Cenado con Carlo Schmid en el hotel Ritz. Allí me contó, entre otras cosas, la grotesca historia de uno de sus colegas, un abogado de sesenta años, que trabajaba en la administración militar en Lille y dirigía allí la oficina de pasaportes. Este individuo solía citar en su piso a las solteras o casadas que solicitaban un pasaporte y en aquel lugar se desarrollaba siempre la misma conversación, previamente a que les entregase el documento:

—Pero, querida niña, antes de que usted consiga el pasaporte habrá de llorar.

—¿Por qué voy a llorar? ¡No lo entiendo!

—Enseguida lo verá.

Y diciendo estas palabras tendía de manera rutinaria a sus víctimas en un sofá, les subía rápidamente las faldas y con un bastoncito de caña les propinaba un enérgico castigo en las posaderas.

Dado que las afectadas no se atrevían a quejarse, este curioso automatismo se repitió un gran número de veces, hasta que por fin se ocupó del asunto el tribunal militar.

Hasta poco tiempo antes el protagonista de esta historia había sido en Berlín director de una oficina de asuntos judíos y colaborador de la revista *Stürmer,* donde escribía artículos sobre las atrocidades sexuales de los judíos. Se trata de correspondencias simétricas. Se busca al otro en el escondite de uno mismo.

Luego hablamos de Kniébolo. Muchos, también muchos de sus enemigos, le reconocen una cierta grandeza demoniaca. Sin duda podría ser tan solo una grandeza elemental, subterránea, pero carente de esa forma y elevación personales que observamos, por ejemplo, en Byron o en Napoleón. Carlo Schmid dijo a este respecto que a los alemanes les falta el instinto fisonómico. Quien tiene un aspecto tal que ni los pintores ni los fotógrafos son capaces de darle un rostro, quien maneja su lengua materna de un modo tan completamente trivial, quien consigue reunir a su alrededor tal cantidad de nulidades — y, sin embargo, hay ahí enigmas que llegan muy hondo.

París, 5 de mayo de 1943

Las numerosas paulonias de la Place d'Italie — forman un pasillo en el que arde, en unos candelabros mágicos, un fino aceite aromático. Allí he vuelto a hacer memoria de mi querido padre, también de sus durezas y faltas — en el recuerdo la muerte añade al ser humano un complemento magnífico.

En general voy siendo cada vez menos de la opinión según la cual hombres, actos y acontecimientos adquieren su forma irrevocable en el instante en que penetran en lo pasado, y permanecen así por toda la eternidad. Ocurre lo contrario, aquel tiempo que entonces era todavía futuro está modificándolos continuamente. En este aspecto el tiempo es un todo; y lo mismo que todo lo pasado actúa en el futuro, también el presente actúa sobre lo pasado modificándolo. Hay así cosas que entonces no eran todavía verdad; pero nosotros las *hacemos* verdaderas. Y asimismo se modifican los libros, como frutas o vinos que van madurando poco a poco en la bodega. Hay a su vez otras cosas que se marchitan con rapidez, que se vuelven nulas, incoloras, insípidas, que nunca han sido.

Ahí reside también uno de los muchos significados que justifican el culto de los antepasados. Viviendo nosotros como hombres justos enaltecemos a nuestros padres, de igual modo que el fruto enaltece al árbol. Eso es algo que se ve en los padres de grandes hombres; salen y se destacan de lo innominado, de lo pasado, cual si se hallaran circundados por una luz.

Pasado y futuro son espejos y entre ellos brilla, inaprensible para nuestros ojos, el presente. Pero al morir cambian los aspectos; los espejos comienzan a fundirse y el presente se destaca de un modo cada vez más puro, hasta que en el instante de la muerte se torna idéntico a la eternidad.

La vida divina es presente eterno. Y solo hay vida en aquellos sitios donde está presente lo divino.

Los pensamientos desagradables y penosos, las palabras o maldiciones sucias que nos avasallan cuando meditamos, cuando dialogamos con nosotros mismos. Son signos infalibles de que hay en nosotros algo que no está en orden — de igual modo que el humo en la llama denuncia una madera verde. Asimismo la violencia y la falta de dominio frente a

otros — a menudo, signos de noches dedicadas a la bebida y de cosas peores.

Al mediodía con el Presidente, cuya habitación estuve buscando en los tortuosos pasillos del hotel Raphaël. Conversación sobre la huida y el acercamiento de los bienes — acuden a nosotros con los años y con la madurez. En la juventud nos parecemos a cazadores inquietos, que espantan las piezas. Cuando alcanzamos la tranquilidad nos damos cuenta de que las piezas tienen empeño en meterse en nuestra red.

A última hora de la tarde en un pequeño local de la Rue de la Pompe. Parece mucho más fácil, al menos para las mujeres, pasar de la amistad al amor que viceversa. Eso es algo que se nota en los matrimonios que continúan existiendo en forma de amistad — siempre son, sin embargo, la tumba de misterios extinguidos.

Los cuerpos son cálices; el sentido de la vida está en ir enriqueciéndolos con esencias cada vez más preciosas, con bálsamo para la eternidad. Cuando esto se efectúa con plenitud, no tiene ningún significado el hecho de que el envase se rompa. Eso es lo que quiere decir el Libro de la Sabiduría cuando afirma que la muerte del sabio es solo aparente.

Continuado la lectura de los Apócrifos. La «Sabiduría» decae en la parte histórica, cuando pasa a ella. Esos pasajes se leen con menos tensión, igual que también se leen con menos tensión las pruebas de Spinoza, añadidas a sus tesis.

El paso del mar Rojo dejó en Israel un trauma, una de esas cisuras decisivas que nunca se olvidan. El milagro es la sustancia de que se alimenta la vida. El mar es rojo y es también un mar de juncos — símbolos de un círculo vital en el que dominan los usos de los peces; según tales usos un pez se come al otro. Queda el gran milagro, el de no quedar devora-

dos por ese mar. Lo que aconteció una vez, eso da, en todas las persecuciones venideras, esperanzas.

El Libro de Tobías, una historia edificante que se lee con agrado. Ofrece unas vistas hermosas sobre la antigua vida pastoril durante la fase en que entra en contacto con potencias históricas y queda amenazada por ellas. He empezado a leer el Libro de Jesús Ben Sirá, llamado también el Eclesiástico — si no recuerdo mal, Lutero dice de él que es un buen devocionario doméstico; pero ya en el comienzo mismo nos ofrece unas visiones altísimas.

Acerca del estilo. El empleo del sustantivo es, en todos los casos, más enérgico que el empleo de las formas verbales: «Se sentaron a comer» resulta más débil que «Se sentaron a la mesa» o que «Se sentaron para la comida». «Se arrepiente de lo hecho» es más débil que «Se arrepiente de la acción». Es la diferencia entre el movimiento y la sustancia.

París, 6 de mayo de 1943

Durante el descanso del mediodía en el restaurante Ladurée, al que me había citado mediante una llamada telefónica la Doctoresse. Antes entré todavía en una librería de viejo de la Rue de Castiglione y allí compré algunos bellos libros antiguos, como la colección de fuentes sobre los godos, de Grocio, y las *Mémoires sur Vénus,* de Larcher, que trata de los nombres, cultos y estatuas de esa diosa. Esta última obra la adquirí para Friedrich Georg, a pesar de sus prejuicios contra todas las aportaciones francesas a la mitología.

La Doctoresse me ha contado que esta mañana estuvo en su casa la policía informándose de las personas con que trataba y cosas parecidas. De los detalles de su relato cabía deducir que se trataba de una simple denuncia. No me pareció mala la brusca respuesta que soltó a los visitantes cuando estos quisieron identificarse:

—Gracias, ya lo veo.

París, 7 de mayo de 1943

A la clínica de Eastman. En la Place d'Italie suelo pararme un rato a contemplar las exhibiciones de un hombre de unos cincuenta años, un gigante de cabellos blancos vestido con un traje de malla, que se gana el pan levantando pesas y mostrando otras habilidades parecidas; en él se hace evidente de un modo especial lo que hay de animal bonachón en el ser humano. Recoge las monedas con un embudo.

Me gusta tomar el metro en esa dirección, pues hay en ella muchos sitios abiertos. Me hacen sentirme alegre las fachadas de las casas, que, aparentemente sin vida, se decoloran al sol; al verlas se despierta en mí una vieja almita de lagarto. Tras la calma de las paredes iluminadas por los rayos solares veo a los seres humanos reposar y soñar perezosamente en sus habitaciones, o bien entregarse a los juegos amorosos. Se recorre así un museo de bodegones secretos: se pasa junto a mesas en las que hay melones cortados y vasos con gotas como de rocío en sus paredes; y junto a una mujer vestida con un albornoz rojo que está abriendo un libro con un cuchillo; y junto a un hombre desnudo y barbudo que, sentado cómodamente en un sillón, sueña con cosas sublimes; y junto a una parejita que, tras las caricias, está repartiéndose una naranja.

Quien piensa con conceptos y no con imágenes se comporta con la lengua tan cruelmente como quien solo ve categorías sociales y no seres humanos.

En nuestro tiempo el camino que lleva a Dios queda enormemente lejos; es como si el hombre se hubiera extraviado en los espacios ilimitados inventados por su *ingenium.* De ahí que haya un gran mérito también en el más modesto de los acercamientos. Es preciso concebir a Dios de un modo nuevo.

En tales circunstancias lo único que el ser humano es capaz de hacer es, en lo esencial, algo negativo: puede purificar el cáliz que él encarna. Eso tendrá su recompensa para él: un brillo nuevo, un aumento de alegría. Sin embargo, aun la re-

gla más alta que el ser humano es capaz de darse de ese modo se realiza en el espacio ateísta, vaciado de Dios, más terrible que el espacio sin Dios. Entonces, un día, pasados los años, puede ocurrir que Dios responda — ya sea que se acerque lentamente, como con antenas del espíritu, ya sea que se revele en el rayo. Enviamos señales de radio a una estrella fija y se muestra habitada.

Una de las grandes bellezas del *Fausto* de Goethe está en eso, en la descripción del esfuerzo incansable, que dura toda la vida, por llegar a unos mundos elevados, y luego en la entrada en los órdenes de esos mundos.

En el hotel Majestic charla con el doctor Göpel sobre Max Beckmann, al que ve en Holanda de vez en cuando y del que me ha traído saludos. La pintura, que en sus escuelas románticas traspasó los límites de la poesía, osa realizar hoy incursiones en territorios que están reservados a la música. Beckmann posee una enérgica línea propia. La fuerza es convincente aun en los sitios donde se vuelve brutal; un determinado brillo anuncia: «También aquí hay dioses». Podría imaginarse de esa manera un cruce arcaico de elementos europeos y americanos: Micenas y México.

El doctor Göpel me contó además cosas de un conde al que ha visitado en la costa normanda y cuya familia vive allí desde hace ya mil años.

—En el transcurso de este tiempo mi familia ha gastado aquí tres castillos.

Una expresión muy buena, pues las casas son para las familias como los vestidos para las personas singulares.

Luego llegó todavía Clemens Podewils — me traía de Rusia saludos de Speidel. Cenado con Weniger en el hotel Raphaël. Conversación sobre George y sobre la «lámpara de sangre» de Schuler, y también sobre el extravagante libro que Klages ha escrito acerca de ese asunto. Weniger conoce a casi todo el mundo que tiene en Alemania algún significa-

do y ese conocimiento llega hasta los enlaces genealógicos. Personas como él resultan importantes justo en estos días en que vienen produciéndose modificaciones fundamentales de la constelación político-espiritual sin que hayan pasado todavía a la consciencia general. En esto esas personas se asemejan a los hilos que cruzan las mallas y las reúnen para formar un tejido. También se encontrará que tales personas llevan casi siempre una vida viajera; a menudo es tanta su dedicación a las discusiones, a las conversaciones, a las charlas, que más tarde la historia casi no conoce ni sus nombres.

En el correo una carta de Friedrich Georg, que está de acuerdo con mi consejo de suprimir la introducción de *Los titanes.*

París, 8 de mayo de 1943

Por la tarde, con Heller, en Saint-Germain, en casa de Henri Thomas,[21] que vive allí en un viejo piso, enfrente del castillo adornado con salamandras. Además de él y de Madame Thomas encontramos allí a dos amigos suyos literatos; una vez más volvió a llenarme de asombro la precisión espiritual de tales reuniones, por comparación con reuniones parecidas con alemanes jóvenes, las cuales se señalan por su carácter anárquico-elemental. Faltan en ellas los lugares comunes superiores.

En el caso de la persona de Thomas lo que me llama la atención es la extraña unión de presencia y ausencia espirituales. Se habla con él como con alguien que residiera muy lejos, en países de sueño, y que luego, sin embargo, da unas réplicas sorprendentes, atinadas. Tal vez ambas cosas estén relacionadas entre sí; Thomas «importa» las respuestas. De él podría decirse, con el príncipe de Ligne: *J'aime les gens distraits; c'est une marque qu'ills ont des idées.*

Conversación sobre Pascal, Rimbaud, Léon Bloy; luego, sobre el progreso de la revolución europea. También sobre Gide, que ahora vive en Túnez. El regreso, por las orillas del Sena; en ellas brillaban los sauces con un verde muy intenso,

casi negro. El valle del Sena es un altar de Afrodita; una humedad ideal lo vivifica.

Cenado en casa de Florence, que ha regresado de Niza, con el grupo habitual. De Frank Jay Gould ha contado Florence que, tras leer *Les falaises de marbre,* dijo:

—Ese pasa de los sueños a la realidad.

Para venir de un millonario norteamericano no está mal ese juicio.

Jouhandeau, una vez que hubo bebido un poco, comenzó a servirnos historias de su matrimonio; nos divirtieron, aunque ciertamente sin razón. Así contó que, en una ocasión en que Elise estaba haciéndole una escena ya en el momento de preparar la mesa para el desayuno, él dio un puntapié tan certero, tan de volatinero, a la bandeja que ella tenía en sus manos que platos y tazas se desparramaron por el suelo hechos añicos.

París, 10 de mayo de 1943

En la tienda de libros viejos de Dussarp, en la Rue du Mont Thabor. Allí he comprado la obra de Balthasar Bekker *Die verzauberte Welt* [El mundo encantado], libro que hacía tiempo que andaba buscando; incluso he encontrado la firma del autor en cada uno de los cuatro volúmenes en octavo de que consta, impresos en Ámsterdam en 1694.

Pensamiento: también yo soy ahora una más entre los innumerables millones de personas que han dado a esta ciudad parte de la materia de sus vidas, parte de sus pensamientos y sentimientos, sustancias que este mar de piedra absorbe para transformarse y edificarse misteriosamente en el transcurso de los siglos, hasta formar un banco de coral del destino. Cuando pienso en que, de camino hacia la tienda del citado anticuario, he pasado junto a la iglesia de Saint-Roch, en cuyas gradas fue herido César Birotteau, y junto a la esquina de la Rue des Prouvaires, donde Baret, la bella vendedora de medias, le tomó las medidas a Casanova en el cuartito trasero de su tienda; y en que esas cosas son únicamente dos mí-

nimos datos en un mar de sucesos reales y fantásticos — cuando pienso en ello se apodera de mí una especie de alegre melancolía, de placer doloroso. Con gusto participo en la vida de los seres humanos.

La oscura radiación póstuma de la vida vivida afecta también, a la manera de los perfumes, de los olores, al recuerdo. Así, en las callejuelas que rodean a la Bastilla yo noto siempre un poco de *Essence de Verlaine.* Luego también sombras: en este sentido es Méryon el gran dibujante y cronista de esta ciudad.

Por la tarde en la consulta de Salmanoff. Me ha regalado un libro de Berdiáiev, que es uno de sus pacientes. Conversado con él sobre la caída de Túnez y sobre la situación política en general. Ha repetido su profecía de una alianza entre Rusia y Alemania en breve plazo. Eso presupone la caída de los dictadores también en ambos países.

Hablado luego sobre las enfermedades:

—La enfermedad desenmascara al ser humano, pone claramente de relieve tanto sus lados buenos como sus lados malos.

Ha comparado el schopenhaueriano «lo que uno representa» con las hojas de una alcachofa: hay circunstancias que deshojan ese follaje del ser humano; y entonces queda al descubierto, de manera magnífica o de manera lamentable, «lo que él es».

París, 11 de mayo de 1943

Cenado en el hotel Ritz con el general Geyer, que fue colaborador de Ludendorff durante la Primera Guerra Mundial. Hablado primero sobre la situación, que se ha agravado con la caída de Túnez. Luego, sobre la relación entre Ludendorff y Hindenburg, en la cual he visto yo desde siempre una manifestación especialmente clara de la diferencia entre la voluntad y el carácter. Después de 1918 lo único que Ludendorff tenía que haber hecho para ganarlo todo era estarse quieto; mas eso precisamente era lo que él era incapaz de hacer.

Todas las excelencias y todas las debilidades del Estado Mayor prusiano cabe estudiarlas en Ludendorff. Tras el cese del viejo Moltke ese Estado Mayor fue orientándose de un modo cada vez más unilateral hacia la pura energética; esa es la razón de que fuera incapaz, y continúe siéndolo, de oponerse a Kniébolo. Lo único que tales espíritus saben hacer es mover, organizar, mas el presupuesto de ello es otra cosa, algo orgánico.

En Hindenburg está presente ese algo orgánico. Cuando Groener se enteró de que Hindenburg había llegado a presidente del Reich, dijo, y sin duda dio en el clavo:

—En todo caso el viejo señor no hará nunca tonterías.

Si alguien hubiera podido oponer resistencia a lo que estaba surgiendo en el horizonte, ese alguien no eran, de ningún modo, las potencias democráticas, que precisamente alimentaban e intensificaban el principio energético. La derrota de Hindenburg resultaba inevitable; no dependía tampoco de su avanzada edad, la cual era más bien simbólica. Lo orgánico tenía en él una relación especial con la leña; el «Hindenburg de hierro» era un Hindenburg de leña recubierto de clavos. Sin la menor duda flota en torno a ese viejo el aura de la potencia histórica — en contraste con la irradiación devastadora, por elemental, de Kniébolo.

En cuanto joven oficial yo estaba, como es natural, a favor de Ludendorff. A ello contribuyó el que me hubiese molestado una observación que el Viejo hizo sobre mí:

—Es peligroso ser distinguido, cuando se es tan joven, con la más alta condecoración.

Entonces tuve por pedante esa frase, pero hoy sé que era atinada. Hindenburg la había visto confirmada en el destino de no pocos de sus camaradas de 1864, de 1866 y de 1870.

París, 12 de mayo de 1943

Conversación con la Doctoresse, que me ha llamado por teléfono porque su marido fue detenido en Vichy justo al día siguiente de recibir ella aquí la visita de la policía. Dado que

tales deportaciones se ejecutan de acuerdo con el *Nacht-und-Nebel-Erlass* [Decreto «Noche y niebla»] de Kniébolo, es decir, sin indicar las causas y sin comunicar la detención, lo primero que hay que averiguar es adónde lo han llevado. Me alegra que la Doctoresse cuente conmigo.

París, 13 de mayo de 1943

Cenado con el doctor Göpel, Sommer y Heller en el restaurante Chapon Fin, en la Porte Maillot. Conversación sobre cuadros y sobre la magia de la sustancia artística retenida en ellos por un hechizo. Tras haber adquirido las *Rosas blancas,* de Van Gogh, el banquero Oppenheim estuvo dos horas contemplando ese cuadro; luego acudió a una reunión en la que compró la mayoría de las acciones del Banco Nacional — su mejor negocio. Vista así, la posesión de cuadros proporciona también un poder mágico real.

Charla con el propietario del restaurante, que nos ha servido magníficamente. Durante ella pronunció estas palabras, características de la naturaleza peculiar de su profesión:

—Je peux vivre partout où j'ai quarante copains.

En mi habitación he estado meditando largo tiempo sobre el componente trágico de las personas con que me he encontrado en el citado restaurante. Así, su dueño, al que sus vecinos llaman *le boche de la Porte Maillot.* Está animado de una pasión marcial y tiene una predilección infantil por los alemanes, a cuya belicosidad y camaradería se siente afín. Me ha conmovido el ver la forma desesperada en que ese hombre intenta compaginar tal relación, basada en el horóscopo, con la antítesis regional, basada en la sangre.

París, 15 de mayo de 1943

Sobre el estilo. La exigencia de Schopenhauer de no introducir frases de relativo en la frase principal, sino dejar que cada frase siga su propio curso, es completamente acertada, sobre todo por lo que se refiere a la conducción clara y lógica de los pensamientos y a su secuencia. En cambio, la presentación de imágenes y la participación en ella puede incre-

mentarse incluso con la inserción de frases de relativo. Crece la tensión y luego salta, como si después de la interrupción se restableciese la corriente de la frase.

Utilizamos esos medios mucho antes de reflexionar sobre ellos y en esto nos parecemos al campesino que un día se entera, con gran asombro, de que está hablando en prosa.

Continuado la lectura del Libro de la Sabiduría de Jesús Ben Sirá o Eclesiástico. Es hermosa la descripción de la Luna, del Sol y del arco iris que se encuentra en el capítulo 43. Muy cerca de allí está también el pensamiento de que es bueno cada uno de los pormenores de la creación; el mal tiene un carácter perspectivista, aparece en las constelaciones temporales y en estas Dios se sirve de él. Se menciona el ejemplo del alacrán. En un proceso alquímico, en la fabricación, por ejemplo, de un *arcanum,* surgen así pasajeramente venenos y colaboran al plan de la Sabiduría.

Una frase como esa, y hay muchas parecidas en Jesús Ben Sirá, puede formar el cimiento de filosofemas y de doctrinas éticas, o de visiones al estilo de Jakob Böhme. En este sentido la Biblia es ciertamente el Libro de los libros, la simiente y materia primordial de todos los escritos; ha producido literaturas enteras y producirá otras todavía.

Pese a toda su experiencia, pese a todo su ingenio, pasado por la criba en el curso del mundo, hay también en Jesús Ben Sirá toda la riqueza del Oriente, pues:

«Tengo que decir algo más; estoy lleno de pensamientos, como luna llena».

El pueblo judío ha de volver a esta su gran literatura; y a ella lo conducirá con toda seguridad la horrorosa persecución que ahora está sufriendo. El judío, que casi siempre resulta antipático en su listeza, tórnase amigo y maestro cuando habla como sabio.

Hannover, 19 de mayo de 1943

Partida hacia Kirchhorst, desde la Gare du Nord. Antes, una noche agitada. Mientras me bajaban el equipaje, escribí todavía a toda prisa unas líneas para el Presidente, recomendándole el marido de la Doctoresse; se ha averiguado ya en qué cárcel está.

Llegada tardía a Hannover, donde fui recibido por una alarma aérea. Me senté en un refugio y allí proseguí mi lectura — un relato sobre los desgraciados pescadores de langostas que fueron olvidados en la isla de San Pablo y que allí fueron luego muriendo de escorbuto. Su destino nos proporciona una visión tanto de los secretos de una de las islas más solitarias como de los secretos de nuestro mundo de documentos. La empresa que pretendía explotar aquellos acantilados repletos de langostas fue a la bancarrota y con su quiebra desaparecieron de la consciencia de los demás hombres los pescadores enviados allí por ella.

Una vez que cesó la alarma descansé todavía algunas horas en el hotel Mussmann, donde me habían asignado una habitación; en ella encontré a otro huésped, que ya estaba durmiendo.

Kirchhorst, 20 de mayo de 1943

Por la mañana, mientras me arreglaba, mantuve una breve charla con mi compañero de noche; en ella me contó que en Noruega había estado al mando de una compañía disciplinaria y que allí, poco antes de la ejecución de un voluntario de veinte años que había sido condenado a muerte, hubo de comunicarle el rechazo de su petición de gracia. Eso le había afectado tanto que sufrió unos ataques epilépticos que ahora se han vuelto crónicos.

Estuve escuchando, mientras me afeitaba, aquella larga y detallada historia y luego hice una serie de preguntas; el hombre, un individuo gordo, con cara de buenazo, que tendría unos cincuenta y ocho años y que aún se hallaba acostado en la cama, me las contestó solícitamente. Yo tenía prisa y, propiamente, apenas sentía curiosidad; esto le dio al asunto un extraño cariz de charla de negocios.

Luego me fui en el autobús. Perpetua me ha llevado a recorrer el jardín, que está en perfecto orden. Me ha parecido más tupido y frondoso, y a la vez un poco extraño, como los oasis junto a los cuales pasamos a veces volando en el tren y cuya vista despierta en nosotros la añoranza de un recogimiento sombreado. Aquí he visto cumplido ese deseo. Entre las plantas he saludado al *Eremurus* o lirio de estepa, que confié a la tierra antes de partir para Rusia; tiene cuatro altos tallos florecidos, de un color níveo, que en la sombra verde brillan como plata.

Con Alexander en el pantano. Allí hemos tomado un baño de sol. La verónica — aunque conozco esta flor desde mi más tierna infancia, hoy la he visto por vez primera, con sus flores como ojos azules de pupilas grises rodeadas por el esmalte, de rayas oscuras, del iris. Me parece que desde hace poco están llamándome la atención cada vez con más fuerza las cosas azules.

Kirchhorst, 23 de mayo de 1943

El sueño de ir cargado con el cadáver de un asesinado, sin poder encontrar un lugar donde esconderlo, y el miedo horroroso que va asociado a tal sueño — sin duda es ese un sueño que ha de estar muy difundido y cuya procedencia es antiquísima. Caín es, en efecto, uno de nuestros grandes antepasados.

La antigüedad del Génesis se delata también en que en él se encuentran grandes figuras de los sueños, figuras que emergen en nosotros por las noches, tal vez todas las noches. También en esto se deja ver que el Génesis es una de las fuentes, uno de los documentos originarios de la historia humana. Además del sueño de la maldición de Caín son figuras del Génesis el sueño de la serpiente y el de estar expuestos desnudos, o más bien sin ropa, a las miradas de todos en lugares públicos.

El día en que se someta a juicio la historia de este planeta Tierra, ¿qué habrá sido el hombre? Algo oscuro, desconocido, se cierne en torno a este ser, al cual le entona el salmo 90

la terrible canción de su destino. Pues propiamente han sido solo tres los que han accedido del todo al rango de ese Hombre anónimo que vive en todos nosotros: Adán, Cristo, Edipo.

Dado que el arte estriba en la diferenciación, en la selección, extínguese necesariamente en los sitios donde todas las cosas se vuelven significativas. De igual manera, el que no hubiese malas hierbas, sino solo frutos, sería el final de la jardinería.

La gran ruta del espíritu lleva, por ello, allende el arte. Así, la piedra filosofal se encuentra al final de una serie de destilaciones que conducen con una pureza cada vez mayor a lo absoluto, a lo no-mezclado — y quien posee entonces la piedra no tiene ya necesidad de las artes de la separación alquímica.

También podemos representarnos eso como un recorrido por una serie de jardines, cada uno de los cuales sobrepuja al otro. En cada uno de ellos vuélvense más ricos y brillantes los colores y las formas. Esa riqueza alcanza por fuerza sus límites allí donde ya no cabe incrementarla como tal — entonces aparecen modificaciones cualitativas, que son a un tiempo simplificaciones y espiritualizaciones.

De ese modo los colores van haciéndose progresivamente más luminosos, luego traslúcidos cual piedras preciosas, y al final pasan, trascienden a lo incoloro. Las formas ascienden a modos cada vez más elevados y sencillos, atraviesan la forma cristalina, la circular y la esférica, y finalmente se extingue en ellas la antítesis entre el centro y la periferia.

Asimismo el fruto y la flor, la luz y la sombra y, en general, las distinciones y los reinos delimitados van concentrándose en unidades superiores. Desde la riqueza vamos ascendiendo a la fuente de la riqueza, a las cámaras del tesoro, que son de cristal. A este respecto habría que ver como uno de los símbolos de la trascendencia el atravesar tubos de cristal, cosa que aparece en los cuadros del Bosco.

Las primeras cuentas de este rosario podemos asirlas ya en nuestra vida cotidiana — pero luego hemos de realizar el tránsito al otro lado, abandonando el cuerpo.

Una unidad suprema reina en el Paraíso, primero y último de estos jardines, jardín de Dios; en él no se diferencian el Bien y el Mal, la Vida y la Muerte. Los animales no se despedazan los unos a los otros, se encuentran todavía en la mano del Creador, en el origen y en la figura espiritual e invulnerable. El papel de la serpiente consiste en enseñar las diferencias. Entonces se separan el cielo y la tierra, el padre y la madre.

De ese jardín proceden también las dos grandes sectas cuyos rastros pueden seguirse a lo largo de la historia entera del pensar y saber humanos. La una se acuerda de la unidad y ve las cosas sinópticamente; la otra procede por análisis. En los buenos tiempos se sabe *de dónde* procede la verdad, cualquiera que sea el campo en que aparezca.

La precisión de las acusaciones.

Atome [átomos] + *Hamannsches H* [H de Hamann] = *Athome* [áthomos] = *At home* [en casa].

Kirchhorst, 26 de mayo de 1943

A primera hora de la mañana nos anunció el jefe de estación de Burgdorff la llegada de la princesa Li-Ping; para que le dispensase el recibimiento enviamos a la gorda Hanne. Esta, con el fin de proteger del viento y de las inclemencias atmosféricas a la delicada dama, la cobijó junto a sus pechos, que tienen un tamaño considerable. El animalito es de color ocre; la cabeza, la cola y las patas parecen ahumadas con tinta china. Lo único que aceptó fue un trocito de atún, que, eso sí, devoró con avidez. Pese a su diminuto tamaño, se hizo respetar enseguida, como siamesa que es, por los tres gatos persas; para ello curvó el lomo, erizó el rabo y silbó como una serpiente. Una vez que hubo dormido un rato en mi ca-

ma, Li-Ping me siguió como un perrito al jardín y, cuando me senté, saltó a mi regazo. Hay en ella una grácil exquisitez, una agilidad extremo-oriental, con resonancias de bambú, seda, opio.

En lo que respecta al color de estos seres hace ya mucho tiempo que he perdido el sentido darwinista con el cual lo contemplaba antes. Hoy ese color me parece como producido por un acto espontáneo, como ejecutado con pincel y tinta china sacada de una caja de pintura. Un animalito como Li-Ping parece estar sumergido en el negro con las puntas de las patas. Naturalmente, la conclusión que hay que sacar de unas máscaras negras y de unas extremidades oscuras, como, por ejemplo, las pinzas del cangrejo ermitaño, es que pertenecen a seres que buscan protección en las cavernas. Pero la máscara y la caverna se juntan en puntos que escapan al cálculo.

La teoría de Darwin es verdadera, como son verdaderas las perspectivas; son *alignements,* «alineaciones». Que aquí interviene mucha materia fugaz es algo que cabe inferir ya del ingente papel que se le asigna al tiempo, a los millones de años. Se capta la creación en su inflación.

En el correo una carta de Friedrich Georg, cuya llegada estamos aguardando. En ella dedica algunas observaciones al vocablo *übrigens* [por cierto que]. Es verdad, desde luego, que debería prestarse mayor atención a esas partículas, en especial cuando uno tiene predilección por ellas. En primer lugar han de ser necesarias y en segundo lugar han de convenir exactamente a la circunstancia que quiere indicarse con ellas. Desde este ángulo de visión resulta recomendable hacer con mucha frecuencia la disección de las frases que uno ha escrito.

Además una carta del Presidente, que promete intervenir en favor del preso. Ahora estoy aprendiendo a conocer la amistad de las personas de cincuenta años, una fuente en la que alienta una fecundidad jovial.

Kirchhorst, 27 de mayo de 1943

Llegada de mi madre y de Friedrich Georg. Paseo hasta la pequeña charca, pasando por Fillekuhle; durante él ha estado Friedrich Georg dándome noticias sobre los años más desconocidos de nuestro padre; así, sobre su estancia en Londres. Perpetua:

—Cuando lo vi tendido en su ataúd tuve el sentimiento de que en ese instante se despedía de nosotros el siglo XIX.

Es cierto; mi padre encarnaba ese siglo de un modo muy acusado, con una nitidez casi exagerada, y de ahí que me alegre que Friedrich Georg esté recopilando recuerdos de él.

En la guerra anterior, cuando volvíamos a vernos, mi hermano y yo nos dábamos noticias de los heridos y de los muertos; en esta, además, de los deportados y asesinados.

Kirchhorst, 30 de mayo de 1943

Visita de Charles Morin, mi anticuario parisiense, al que he enseñado los libros y papeles que adquirí en Le Mans en la tienda de su padre. Con él, con Friedrich Georg y Alexander, paseo hasta el pantano, en el cual florecía el verbasco o gordolobo; sus grises almohadones irradiaban un calor agradable.

Lo que me llena de asombro en las conversaciones con franceses jóvenes es el carácter enteramente concluso que tienen. Eso hace habitable la charla; siempre están ahí las cuatro paredes de la habitación. En contraste con esto, el Vult de los *Flegeljahre* [La edad del pavo] se encuentra a gusto en una casa a la que le falta la fachada delantera, de manera que él disfruta al mismo tiempo de la naturaleza abierta, con sus montañas y sus praderas en flor. La antítesis de Shakespeare y Molière podría quedar abolida en el enlace espiritual de alemanes y franceses.

Hablado sobre *Los titanes* de Friedrich Georg y sobre las posibles objeciones filológicas — por ejemplo, que no se aducen fuentes tales como las tragedias de Sófocles. A eso hay que replicar que el autor es soberano con respecto a las fuentes y que él funda textos, pero no los comenta. Hablado,

además, sobre nuestra metódica en general, sobre la diferencia entre el silogismo combinatorio y el lógico. Las grandes leyes de la correspondencia son más independientes del tiempo que las causales y por ello resultan más apropiadas para describir la relación entre los dioses y los hombres. Un tercer escrito sobre los Héroes vendrá a redondear los trabajos de mi hermano sobre el mito.

Kirchhorst, 3 de junio de 1943

Partida de mi hermano y de mi madre; los he acompañado hasta la estación de Hannover; también ella ofrece un aspecto cada vez más desolado. ¿Qué cosas ocurrirán antes de que volvamos a vernos? Hay una única máxima — la que dice que es preciso hacerse amigo de la muerte.

Con respecto a Friedrich Georg he tenido la impresión de que ha ingresado en la edad viril del arte, en la plena consciencia de la fuerza que le ha sido otorgada.

En el jardín florece el jazmín; este es el año en que por vez primera he hecho amistad con su perfume. Así nos ocurre con muchas cosas elogiadas a menudo: para poder tomarlas en serio es preciso haber superado antes la zona en que se las conoce como decoraciones, como temas literarios.

Hay personas que desempeñan en nuestra vida el papel de lentes de aumento, de lentes de agrandamiento, o, mejor, de agroseramiento, y que con ello nos perjudican. Tales individuos encarnan nuestras inclinaciones, nuestras pasiones, acaso también nuestros vicios secretos, y su compañía los hace visibles en nosotros. Carecen, en cambio, de nuestras virtudes. No pocas personas se aferran a sus héroes como a un espejo malo, deformante. De ahí que también en los autores sea un rasgo apreciado la utilización de tales personajes, haciéndolos aparecer, por ejemplo, como criados; con ello arrojan una luz más nítida sobre sus personajes principales. Así, Falstaff está rodeado de viles compañeros de bebida, de parientes sensuales, sin fuerza espiritual. En correspondencia con eso viven del crédito de Falstaff.

Tales compañías nos son enviadas también para someternos a prueba, para que nos conozcamos a nosotros mismos; elogian los materiales baratos, chillones, de nuestro bagaje sensible y espiritual y nos desarrollan en esa dirección. Lo que nos aparta de tales compañías no es casi nunca nuestra inteligencia, sino alguna aventura poco honrosa, a que conducen infaliblemente. Entonces nos separamos de nuestro espíritu malo.

Kirchhorst, 4 de junio de 1943

En el jardín, que está completamente lleno de flores, podado por la tarde la parra; dado el reducido tiempo de que dispongo lo he hecho antes de lo que mandan los cánones. Dos eran los problemas colaterales que tenía también que solucionar: en primer término, respetar los zarcillos que adornan la habitación de Perpetua, y luego, conservar el nido de un petirrojo que se ha instalado bajo la ventana de la biblioteca.

La parra se aferra de un modo más firme a la pared con las ramas leñosas del año pasado y de años anteriores que con las ramas que aún están verdes. Es un buen ejemplo del papel que los órganos muertos desempeñan en el plan de la Naturaleza. También lo muerto está activo y lo está no solo histórica, sino actualmente.

Esa «actividad de lo muerto» no tiene nunca, como no lo tiene aquí lo leñoso, un mero carácter instrumental; en esa actividad vibra el eco de la vida. Tal eco actúa en materias como el carbón, el aceite, la cera, la cal, la lana, el cuerno, el marfil. Esa circunstancia tiene su reflejo también en la economía humana. El hombre se nutre de cosas que se corrompen con rapidez, pero también está rodeado de una capa de materias en las que alienta el eco de la vida. Se viste con ropa interior de lino, con trajes de lana y de seda, vive en casas de madera, rodeado de muebles de madera, se alumbra con velas de cera o con lámparas de aceite. Sus objetos temporarios: la cama, la cuna, la mesa, el ataúd, el carro, el barco, el violín, el pincel, la pluma, el cuadro de la pintura al óleo — todas esas cosas rodean al ser humano con un aura proce-

dente de la materia viva. Pero en el hombre viene apareciendo con claridad desde hace mucho tiempo el empeño de desprenderse de esas envolturas que la Vida teje para protegerlo y que deja en herencia al hijo de la Tierra. Con la fuerza del espíritu pretende el hombre tejerse un vestido artificial. Unos peligros todavía no vislumbrados serán la consecuencia de ello. El hombre se enfrentará al Sol como alguien al que le falta la capa de aire: expuesto a la radiación solar.

Para que nuestro amor fructifique es preciso reconducir la savia de nuestro corazón, mediante la poda, hacia una sola yema.

La resistencia de los judíos en el gueto de Varsovia parece haber acabado en su exterminio. Por vez primera han luchado allí como lo hicieron en otro tiempo contra Tito o durante las persecuciones de las Cruzadas. Y como ocurre siempre en tales coyunturas, se dice que también algunos centenares de alemanes se han puesto de su lado.

Kirchhorst, 7 de junio de 1943

Lectura: una vez más, Lichtenberg, raro ejemplo de un alemán que conoce límites. Al parecer, para que la raza germánica no se pierda en los elementos es preciso que se agreguen siempre cosas onerosas, una especie de atadura. Puede ser, como en el caso de los ingleses, la atadura del mar, o, como en el de Fontane, la mezcla de sangre occidental. En Lichtenberg esa atadura es la joroba que lleva.

El alemán se parece a ciertos vinos, que cuando mejor saben es cuando están picados.

Además, *Le naufrage de la Méduse,* de Corréard y Savigny, París, 1818. Lo muy instructivo de esos naufragios, y yo he venido estudiando toda una serie de ellos en los últimos tiempos, es que son, en pequeño, fines del mundo.

Kirchhorst, 16 de junio de 1943

Último día de permiso — ¿acaso el último en esta guerra? Tras el desayuno paseo en el jardín y por el cementerio. En este último, encima de las tumbas, unos ejemplares espléndidos de azucenas de fuego que acababan de florecer; esa flor causa un efecto especialmente intenso, iluminador, cuando arde en medio de hierbas grasas en la fresca penumbra de los arbustos. En esos lugares brilla como una lámpara desde la cual la consciencia sensible difundiera sus radiaciones sobre la plenitud oculta de la vida.

Nuestro *ingenium* se asemeja a esa tienda que aparece descrita en *Las mil y una noches* y que fue regalada por Peri Banu a su príncipe: doblada, cabe en una cáscara de nuez; extendida, ofrece cobijo a ejércitos enteros. Eso indica que tiene su origen en lo inextenso.

Hay ocasiones en que recurrimos directamente a ese *ingenium.* Así lo hacemos cuando, tras una conversación importante, tendemos la mano a un visitante para despedirnos de él: en un instante de silencio intentamos comunicarle más cosas que con todas las palabras anteriores. También sucede que, tras haber estado sopesando largo tiempo los pros y los contras de un asunto o de un proyecto, volvemos a meternos en nosotros mismos, sin prestar atención ni a objetivos ni a pensamientos, para escucharnos. Tenemos entonces el sentimiento de la confirmación o bien de la necesidad de cambiar.

La relación entre la juventud y la vejez no es una relación lineal-temporal, sino una relación periódico-cualitativa. Yo he sido ya algunas veces en mi vida, especialmente alrededor de mis treinta años, más viejo de lo que soy hoy. Es algo que me llama la atención también en mis fotos. Hay períodos en que estamos «acabados»; pueden ir seguidos de esos relajamientos repentinos que son tan importantes para la persona productiva. Y también, desde luego, Eros comporta a menudo una nueva juventud. El nuevo crecimiento puede ser preparado también por dolores, por una enfermedad, por pérdi-

das; así es como el joven follaje del árbol corona los cortes hechos por el jardinero.

La auténtica fuerza de la persona productiva reside en general en la vida vegetativa, mientras que la del hombre de acción se alimenta de la voluntad animal. Podrá ser muy viejo el árbol, pero es joven cada vez que vuelve a florecer. De la vida vegetativa forman parte también el dormir, el soñar, los juegos, el ocio y el vino.

Lectura: *Pylon,* de Faulkner, libro que releo tras muchos años, ya que en él está exactamente dibujado el infierno abstracto del mundo de las máquinas. Además, otra vez, la historia del capitán Raggad, el rompemontañas, que Cazotte recogió en la continuación de *Las mil y una noches* y cuya lectura vuelve siempre a deleitarme. Este Raggad es el prototipo del fanfarrón y del hombre bajo que tiene poder, y que con su insaciabilidad se cava su propia tumba y se lleva a sí mismo *ad absurdum.* Así, resulta casi imposible saciar la voracidad extraordinaria de Raggad, pero «al mismo tiempo el terror que causa a todo el mundo mantiene alejados de él los recursos precisos para sus necesidades». Su arsenal técnico inspira miedo, pero se hace añicos al chocar consigo mismo. A Raggad le es dado vencer, sin que pueda disfrutar de la victoria.

En el tren, 17 de junio de 1943

Por la tarde partida de Hannover, como tantas otras veces; Perpetua me llevó a la estación. Un fuerte abrazo — no sé qué cosas ocurrirán en este tiempo, pero sí que conozco a la persona que aquí dejo.

Viaje a través de las ciudades del oeste de Alemania, devastadas por los incendios; van sucediéndose como los eslabones de una cadena negra. Una vez más, al verlas, este pensamiento: ese mismo aspecto ofrecen las cabezas. Tal impresión se vio reforzada por las conversaciones de mis compañeros de viaje; el único deseo que en ellos despertaba la visión de aquel mundo de escombros era el de agrandarlo; abrigaban la esperanza de ver pronto a Londres reducido a

ese mismo estado y rumoreaban que en la orilla del canal de la Mancha se habían instalado unas baterías enormes para bombardear esa ciudad.

París, 18 de junio de 1943

Llegada a París alrededor de las nueve. Enseguida hice que el Presidente me informase de la suerte corrida por el preso; las perspectivas no son buenas.

En el correo, entre otras cartas, una de Friedrich Georg, quien pone fin a su estancia en Leisnig y va a marcharse a Überlingen. Allí extiende sus garras hacia él el Servicio del Trabajo y le ha reservado un puesto de mecanógrafo. El dominio de esos secretarios y policías lleva a fenómenos grotescos. Espíritus de esa laya rasparían los colores de la tela de un Tiziano para hacerse con ella unas polainas.

Además Grüninger me envía cartas y hojas de diario de soldados caídos en Stalingrado. Al suboficial Nüssle, al que también yo conocí, lo arrebató la muerte el 11 de febrero en las cercanías de Kursk. En estos dos últimos inviernos se ha llegado en el Este a confrontaciones decisivas, a encuentros en el desierto, una vez que se alcanzó el cero absoluto. Tras esos castigos el espíritu adopta unos rasgos infantiles, conmovedores; es lo que ocurre en los soliloquios de Nüssle. En una ocasión va caminando a trompicones por una carretera nevada y lleva apretada contra su pecho una granada de mano, mientras junto a él y tras él relampaguea en la oscuridad el fuego de los carros blindados que lo persiguen. «Dios mío, tú lo sabes, si ahora hago estallar la bomba, no es contra mí contra quien la dirijo.»

París, 19 de junio de 1943

Por la tarde en el «Rumpelmeyer», la sede de la policía, a preguntar por el preso; pese a todo, parece irle mejor de lo que cabría suponer por las informaciones del Presidente. Comprado en una librería de la Rue Rivoli la nueva monografía sobre James Ensor. Luego a Auteuil, a la consulta de

Salmanoff, que se ha mostrado contento con mi vestimenta terrenal.

—Hay dos métodos en los médicos — el uno pretende maquillar, el otro, lavar, que es lo que yo hago con usted.

Salmanoff opina que en octubre habrá concluido la partida. Ponderación del estado de ánimo en las gentes: por muy abajo que descienda, es insignificante. Las masas descontentas se parecen a ceros; estos, desde luego, contarán terriblemente tan pronto como un nuevo «uno» les otorgue significado.

Es notable el hecho de que la escritura de los gastrónomos se oriente casi siempre hacia arriba.

La escritura de Kniébolo es, por el contrario, de todas las vistas por mí, la que más tiende hacia abajo. Es el *nihilum nigrum* en el laboratorio divino. Con toda seguridad Kniébolo carece también de sentido para apreciar una buena comida.

París, 22 de junio de 1943

Visita del pintor Hohly, quien me ha traído una de sus xilografías. Hablado sobre Cellaris, cuya actitud es sentida como un ejemplo. Esa actitud muestra lo muy rara que es en la Tierra la verdadera resistencia. Cellaris fundó ya en 1926 una revista que llevaba ese nombre, *Widerstand* [resistencia]. Parece que poco antes de que lo detuviesen lo rodeaba ya un aura de lo que iba a suceder. Así, su anciana madre, que falleció por aquellos días, gritaba una y otra vez en sus delirios de moribunda:

—Ernst, Ernst, es terrible cómo te persiguen.

También se dice que el doctor Strünkmann, de Blankenburg, tuvo durante una charla con él un ataque epiléptico que lo dejó rígido durante unos minutos, una especie de «clarividencia», y que luego, totalmente pálido, dijo:

—Cellaris… no volveré a verlo… le aguardan a usted cosas terribles.

Todo esto contrasta extrañamente con el carácter de Cellaris, lleno de sobriedad y orientado a las cosas de este mundo. Lo que es seguro es que este hombre podría haber llegado a ser importante para la historia alemana; él habría conducido la corriente a un cauce en el cual habrían podido celebrar su encuentro el poder y el espíritu, que ahora andan separados; de ese modo la solidez y la inatacabilidad resultantes habrían sido, gracias a él, incomparablemente superiores. Es cierto que los demagogos ofrecían todas esas cosas a un precio más barato; y al mismo tiempo se daban cuenta de la peligrosidad de Cellaris. Es seguro que bajo la égida de este se habría evitado la guerra con Rusia y, acaso, hasta la propia guerra en sí. Tampoco se habría llegado a las atrocidades contra los judíos, las cuales ponen en contra nuestra al universo entero.

París, 23 de junio de 1943

Al mediodía en casa de Florence. Me ha mostrado los cuadros que se ha hecho enviar para decorar su piso. Entre ellos, el retrato de lord Melville por Romney, un Goya, un Jordaens, algunos primitivos, en suma: un pequeño museo. Impresionaba el modo en que cogía y enseñaba los cuadros, que estaban en el suelo; lo hacía como alguien que venciese con *désinvolture* unos pesos superiores a las fuerzas humanas.

Almuerzo, luego café en el «despacho pequeño». Charla sobre *Pylon,* de Faulkner, y sobre *El libro de los bocetos,* de Irving.

A última hora de la tarde paseo por el Bois. Al pie de una robusta encina he visto posado un macho de ciervo volante, en una variedad cuya cornamenta se reduce a un simple par de pinzas. Ya en Mardorf, ese desolado pueblecillo en el pantano, junto al Steinhuder Meer, cazaba yo, en los viejos bosques de encinas, ejemplares enormes de ese animal, y siempre había abrigado la esperanza de tropezarme con esta raza chica. Aquí he visto ahora ese insecto: posado en una raíz, brillaba con un rojizo color córneo a la tardía luz del sol,

saliendo de un sueño largamente acariciado. Siempre que veo cosas como esta vuelve a hacérseme evidente que la aparición de los animales es un milagro formidable, un milagro que nos pertenece a nosotros como pertenecen los pétalos de la rosa a su cáliz — lo que aquí se ve en un espejo lleno de facetas es nuestra materia vital, nuestra fuerza primordial.

Como ocurre siempre que uno espía cosas secretas se añadieron también otras visiones, unas visiones no queridas. Tropecé con parejas de enamorados que poblaban el suave crepúsculo del Bosque con todas las fases de los abrazos. El sotobosque que en él hay está formado por unos arbustos redondos que con el correr de los años se han vuelto huecos, parecidos a esferas verdes o a faroles venecianos. Las parejitas habían llevado a aquellos follajes las sillas de color amarillo que la administración municipal ha distribuido en abundancia por el Bosque. Allí se veía a los sexos, silenciosos, pegados el uno al otro, mientras iban creciendo las sombras. He pasado junto a grupos de una gran nitidez escultórica, como uno en que el hombre, sentado en una silla, acariciaba lentamente hacia arriba con ambas manos los muslos de su pareja, que estaba de pie ante él, y con esa misma maniobra, que alargaba hasta las caderas, iba levantando su ligero vestido primaveral. Así es como, tras los calores del día, coge el sediento bebedor la hermosa ánfora panzuda que va a llevarse a la boca.

En ese combate estoy en contra de las cifras y a favor de la letra.

París, 25 de junio de 1943

Por la mañana vino el doctor Göpel y estuvo informándome de una visita que ha efectuado a la casa donde murió Van Gogh. Había tenido allí una conversación con el hijo del médico que atendió al pintor e incluso mencionó su nombre — creo que dijo «el doctor Gachet». Según Göpel, en casos como ese un ambiente espiritual poco significativo evita más bien las catástrofes — y así fue un acierto, dijo, el que Höl-

derlin se alojase en casa de un artesano. Göpel añadió que Gachet se había mostrado extrañamente reservado. Le dijo:

—Nadie puede saber lo que dentro de cincuenta años escribirá alguien sobre esta conversación nuestra.

Desde luego eso es verdad, pero no es posible cambiarlo; nuestras palabras son proyectiles que lanzamos — no podemos saber sobre quién irán a caer detrás del muro de los años. Y eso ocurre de manera especial en la cercanía de los grandes individuos; estos actúan como lámparas en la oscuridad del olvido.

Luego el coronel Schaer. Conversación sobre Kirchhorst; su hermana vivió en la casa parroquial de allí con anterioridad a que la ocupásemos nosotros. El denominado «Servicio de Seguridad» de aquí, según me contó, se ha confabulado con criminales franceses a fin de chantajear a franceses ricos — para ello amañan primero una fotografía en la que puede verse a sus víctimas en compañía de masones.

Schaer ha dicho además que el último ataque contra el oeste de Alemania ha costado la vida a dieciséis mil personas en una sola noche. Las estampas están volviéndose apocalípticas; la gente, se dice, ve llover fuego del cielo. Se trata de bombas incendiarias, hechas de una mezcla de caucho y fósforo, que envuelven a todo ser vivo con un fuego inextinguible, del cual es imposible escapar. También, a lo que parece, se ha visto a madres arrojar sus hijos a los ríos. Este horroroso incremento del crimen ha provocado una especie de pesadilla; la gente aguarda unas represalias inauditas, el empleo de medios más demoniacos todavía, que están ya preparados. Los seres humanos se aferran a la esperanza en nuevos medios de destrucción y hacen eso en una situación en que son pensamientos nuevos, sentimientos nuevos, los únicos que pueden apartar de nosotros las desgracias.

Luego cartas. Tras un largo intervalo he creído recibir otra vez unas letras de Flor de Fuego, pero luego he visto que no eran de ella, sino que las había escrito su madre. Me comunica el fallecimiento de su hija, ¡que ha muerto en París! Yo sa-

bía que esta ciudad constituía su meta — ha llegado, pues, a ella, pero esta vez no ha oído en sueños, como en una ocasión anterior, la palabra *Tosdo: so Tod!* [¡así, la muerte!]. Esta muchacha, de la cual recibí por vez primera en Bourges, la Capua de 1940, aquella extraña carta, irrumpe en mi vida como un personaje romántico. Entonces me tomó espiritualmente de la mano y quiso enseñarme su jardín, con su castillo, en cuya veleta ondeaba esta inscripción: «Haz lo que te plazca». Nos vimos algunas veces; con el paso de los años me envió centenares de cartas. Esta floración súbita, esta eclosión espiritual, como en un invernadero, ofrecía un espectáculo cuya observación podría haber colmado enteramente a un hombre menos ocupado que yo; entonces me pareció un despilfarro, pero hoy comprendo su sentido. Creo también que encontraré ese sentido en los montones de papeles que escribió a toda prisa: en estos tiempos de destrucción lo que ella buscaba era un lector auténtico, un buen depositario. En ello, sin duda, no se habrá equivocado.[22]

Después una carta que viene de Zwickledt, una carta de Kubin, el viejo mago, cuyos signos astrológicos están resultando cada vez más ilegibles, pero a la vez más cargados de sentido. Las verdaderas cartas son eso, ideogramas que arrastran a los ojos en torbellinos oníricos. En un lugar he creído captar lo siguiente: «… al final, empero, solo el teatro astral, que nuestra alma se representa para sí misma… ¡yo!».

A última hora de la tarde paseo por el Bois, cosa que ahora hago casi todos los días. Por vez primera he visto allí un pico menor, el pájaro más pequeño de la familia de los picos, y me ha parecido que su comportamiento se ajustaba exactamente a la hermosa descripción que de él hizo Naumann. He informado de ello a Heinrich von Stülpnagel, que siempre está abierto a tales noticias.

Tal vez debería yo reunir material para hacer una descripción del período histórico en que se despertó mi consciencia, es decir, el período que se extiende desde 1900 hasta el final de esta guerra — podría utilizar para ello mi propia historia y

las cosas que he visto y oído en otros. No podrían ser, desde luego, sino unos meros apuntes, pues para otra cosa me falta el ocio; y, además, todavía soy sin duda demasiado joven para ello.

Acabado el Libro de Baruc; su último capítulo resulta significativo por la detallada descripción de los cultos mágicos y de la idolatría. Es una de esas piezas de la Escritura que prolongan el mundo de Heródoto.

París, 26 de junio de 1943

En la tienda de Gruel. La permanencia en ella y la charla sobre las distintas especies de cuero y sobre las encuadernaciones me dan siempre la idea de una flor tardía, selecta, del artesanado. Con qué deleite viviría uno en ciudades que estuvieran habitadas únicamente por tipos como ese. Tal vez Tamerlán creó algo parecido, pues fue cazando para sus pajareras, cual si se tratase de pájaros multicolores, a los artistas, a los maestros de todos los países.

Luego en la pequeña iglesia de Saint-Roch; siempre que me hallo en su escalinata he de pensar en César Birotteau. Por cierto que también en ella se ve, disperso por muchos sitios, el pequeño símbolo de París: la concha en espiral.

En los muelles del Sena, entre los libros; el simple leer los innumerables títulos resulta ya instructivo. Entretanto volvieron a sonar una vez más las sirenas de alarma, cosa que ahora ocurre con mucha frecuencia; pero los parisienses no se dejan perturbar en sus actividades y ocupaciones por tan poca cosa.

Mientras iba deambulando, meditado sobre mi gramática. He de penetrar más hondo en los sonidos. La escritura ha creado una relación demasiado fuerte entre el lenguaje y los ojos — pero la relación primordial es la que se da entre el lenguaje y los oídos. El lenguaje es *lingua,* lengua; y, escrito, presupone la presencia de un oyente especialmente sensible, la presencia del oyente en espíritu. *Orare* y *adorare* — la acti-

vidad es la misma, pero el prefijo indica la presencia divina. Qué diferencia tan enorme entre *o-a* y *a-o-a.*

Lectura: *Le cuisinier français,* de Guégan, París, 1934.

Coupez en morceaux la langouste vivante et failtes-la revenir à rouge vif dans un poêlon de terre avec un quart de bourre très frais.

París, 29 de junio de 1943

Clemens Podewils me cuenta cosas de Maillol, a quien ha visitado en Banyuls; a la edad de ochenta años bien cumplidos Maillol vive allí como escultor y como sabio. Según Podewils, cada dos por tres dice:

—*A quoi ça sert?*

Hablado luego sobre Li-Ping. Lo específico de los gatos siameses es que se aficionan más a la persona que a la casa; reúnen así las ventajas del gato y las del perro.

A última hora de la tarde un acceso de fiebre; he estado largo tiempo en el baño, mirando el nuevo catálogo de coleópteros que Reitter me ha enviado desde Troppau. Ahora estudio los secos latinismos como si fueran partituras, pero lo que asciende a la superficie del espíritu son colores en vez de música. La gran penuria de productos y la sobreabundancia de insectos provocan un alza de precios en el reino de los insectos disecados — también esta es una de las extrañas consecuencias de nuestra situación económica. Mientras van secándose las ramas principales del árbol de la economía experimentan un súbito florecimiento sus puntas más alejadas. Sobre esto me gustaría hablar alguna vez con un experto en economía política, alguien que sobrepasase los límites de su especialidad y viese por dentro la ficción que es el dinero. Mucho es lo que aquí podría aprenderse ahora, de igual manera que, en general, es en tiempos de descomposición cuando se hace patente el funcionamiento secreto de la máquina social. Miramos lo que hay detrás de ella igual que miran los niños el interior de los juguetes rotos.

Nosotros los seres humanos — nuestros encuentros en el amor, nuestras luchas por la fidelidad, por el cariño. El significado de esas cosas es mayor de lo que sabemos; pero lo vislumbramos en nuestros padecimientos, en nuestra pasión. De lo que se trata es de cuál es la cámara que compartimos en lo absoluto, allende el reino de la muerte, de cuál es la altura a que subimos juntos. Eso es lo que explica el espanto que puede apoderarse de nosotros entre dos mujeres — son cuestiones que afectan a la salvación.

Vocales: ¿copas? La consonante abarca a la vocal; y *esta,* la vocal, abarca lo inexpresable. Así es como el fruto abarca el hueso, y este, la simiente.

París, 30 de junio de 1943

Bombardeada la catedral de Colonia. En la prensa leo que «sus muros ennegrecidos por el humo deben significar para el pueblo alemán un fanal de represalia». ¿Quiere esto decir que, tan pronto como se esté en condiciones de hacerlo, se procederá a incendiar Westminster?

París, 2 de julio de 1943

Por la mañana visitas de varia índole. Por ejemplo, la de un capellán castrense, Mons, que me ha traído saludos; la de un experto en balística, Kraus, que es amigo de mi hermano Physicus; y la de Valentiner, que ahora vuelve a ocupar su estudio por algunos días. También el suboficial Kretzschmar me ha traído su biografía de Schiller.

El experto en balística me ha dicho que Cellaris corre ahora máximo peligro. Se ha empezado a «vaciar» el presidio en que está encerrado; sin embargo, parece que, al primer intento de apoderarse de él, el director de la cárcel, el capellán y también los carceleros lo impidieron. Es muy escasa, empero, la protección que esa gente puede ofrecer a la indefensa y enferma víctima contra los terribles ataques. El hijo de ese mismo Cellaris se halla, por cierto, en Rusia, en el frente.

París, 3 de julio de 1943

En Colonia se celebran las misas al aire libre, ante las ruinas humeantes de las iglesias. Es algo que no se inventa; yo lo había previsto bastante antes de que estallase esta guerra.

Muchas de las cartas que recibo están adquiriendo un cariz inquietante, escatológico; se parecen a llamadas que llegan desde los anillos inferiores del remolino, desde los cuales se divisa el fondo del arrecife.

Perpetua, el 30 de junio: «Por lo que a ti se refiere, siento con toda seguridad que escaparás ileso al gran Maelström; no pierdas la confianza en tu auténtico destino».

Una de las grandes visiones que previeron nuestra catástrofe, y, sobre todo, la visión más gráfica, la tenemos en el relato *Un descenso al Maelström,* de Edgar Allan Poe. Nosotros hemos bajado ahora hasta aquella parte del remolino en la que las cosas que nos rodean se tornan visibles en su oscura matemática y se vuelven al mismo tiempo más sencillas y más fascinadoras; el movimiento supremo provoca simultáneamente la impresión de rigidez.

París, 4 de julio de 1943

En una recopilación de sentencias de tribunales de guerra que circula aquí en la casa para nuestra instrucción he encontrado, entre otros, los siguientes fallos:

Un oficial abate a tiros, sin estar amenazado, a unos cuantos prisioneros rusos y en el interrogatorio explica su acción diciendo que los partisanos habían asesinado a su hermano. Lo condenan a dos años de cárcel. Kniébolo, a cuya aprobación se somete la sentencia, la anula y dispone la puesta en libertad del oficial con el argumento de que la lucha es contra bestias y que en ella es imposible conservar la sangre fría.

Otro oficial, en un caso de embotellamiento del tráfico, no baja de su coche para intervenir y ejercer su autoridad sobre los conductores, como prescribe el reglamento. La sentencia es de degradación y dos años de cárcel.

Bien se ve, comparando ambos fallos, qué es lo que en un mundo de chóferes resulta excusable y qué es lo que constituye un delito. Desde luego no se trata únicamente, como yo mismo he estado creyendo durante mucho tiempo, de un daltonismo moral; eso es algo que afecta solo a las masas. Espíritus como Kniébolo tienden, de acuerdo con su inclinación más íntima, a matar al mayor número posible de personas; parecen pertenecer a un mundo de cadáveres, que quisieran poblar de muertos — les resulta agradable el olor de los asesinados.

Acabado: *Weites Land Afrika* [África, un vasto país], de Friltjof Mohr, Berlín, 1940. Tales libros procuran el mismo placer que las buenas películas y dejan tras sí la misma insatisfacción. La percepción de los colores, de las formas y de sus movimientos tiene un cierto carácter mecánico; la sucesión de los cuadros se presenta igual que en un viaje en automóvil, cuya velocidad es unas veces aumentada, y otras, reducida. Con esta especie de descripción de hechos la literatura alcanza un nivel para el que propiamente está capacitado todo el mundo, o al menos una gran mayoría, de igual modo que es una gran mayoría la que sabe sacar fotos.

Poco a poco voy apartándome, por cierto, de lo que yo juzgaba antes, a saber: que esta especie de realismo técnico es preferible en todo caso al impresionismo. Pero su sucesión resulta forzosa.

Lo que molesta estilísticamente en esta traducción al alemán hecha del noruego es el uso frecuentísimo de *als* [cuando] con el presente. «Cuando [*als*] alcanzo la cima de la colina diviso un antílope en la orilla del bosque.» Pero *als* es en alemán una partícula que remite siempre al tiempo transcurrido; al emplear esa conjunción damos, por así decirlo, la primera pincelada a una pintura del pasado. En lo que respecta a la sucesión, delimitación y cruce de los tiempos verbales sigue estando viva en la lengua, en general, una conciencia que sabe bien lo que es correcto, aunque muchas for-

mas verbales hayan desaparecido o caído en desuso. Hay, empero, una serie de medios y de recursos con los que cabe conservar la perspectiva y la arquitectura temporales de la descripción, sin que para ello sea preciso mantener artificialmente formas verbales anticuadas, como demanda Schopenhauer en sus observaciones sobre el estilo.

París, 5 de julio de 1943

Llegada de Benno Ziegler, al que no veía desde hacía casi un año. Conversación sobre su editorial; en contraste con todas las tendencias dominantes ha sido transformada en una empresa privada. Ziegler ha llevado con mucha habilidad las negociaciones y los tratos que han sido precisos para tal fin. En estos tiempos de automatismo es siempre grato ver a alguien que maniobra de manera transversal a la corriente o, no digamos, se opone directamente a ella.

Luego pasamos a hablar de la situación. Están perfilándose de un modo cada vez más claro dos guerras. Una se libra en el Oeste; la otra, en el Este. Con ello se corresponde una diferencia en la ideología. Lo mejor que Kniébolo puede prometer hoy al pueblo es que la guerra tendrá una duración indefinida. Ziegler mencionó también la frase que el joven Clemenceau, según creo, le oyó a Gambetta:

—No se fíe de los generales; son unos cobardes.

Dormido mal. A primeras horas de la mañana he estado pensando —esto es algo que me ocurre con frecuencia— en varios autores, entre ellos, en Léon Bloy. Veía un retrato suyo en el que aparecía en una pequeña casa de los suburbios, sentado a la mesa de escribir. Por la ventana abierta se veían los florecidos castaños de un sendero de jardín y un ángel que iba vestido con el uniforme azul de los carteros.

París, 6 de julio de 1943

En casa de Florence, donde la charla ha estado dedicada a las anécdotas. Me ha parecido buena la historia de un presidiario agradecido, que ha contado Giraudoux. Un abogado de Lyon, un tal Dupont, salvó de la guillotina a un individuo,

que fue desterrado a Cayena. A aquel hombre le habría gustado enviar desde allí un obsequio a su defensor. Careciendo como carecía de todo, lo único que tenía era lo que la Naturaleza le brindaba. Por otro lado, siendo como era un presidiario, no le estaba permitido enviar paquetes. Un día atracó en Marsella un barco cargado de papagayos; entre ellos había uno al que se le oía gritar:

—Je vais chez maître Dupont à Lyon.

París, 8 de julio de 1943

Tras el desayuno he leído el salmo 90. El hombre, la mosca efímera que vive un solo día, ha logrado en él su canto más poderoso, su canto trágico.

En el correo, entre otras cartas, una de Grüninger, quien me pregunta si deseo marchar al Este a cumplir una determinada misión que el general Speidel ha reservado para mí y que afecta a la suerte de los combatientes de Stalingrado. Esto confirma mi experiencia de que somos atraídos una y otra vez por aquellos países con los que alguna vez tuvimos contacto. Y, sin embargo, ni siquiera tiré una moneda al río Pshish, como suelo hacer de ordinario en las corrientes que marcan fronteras. ¿Cuándo producirán efecto las piezas de cobre que, en Rodas, sumergí en el Egeo, y, en Río de Janeiro, en el Atlántico? Tal vez en la muerte — entonces ingresamos en todos los mundos de mares y de estrellas, entonces estamos en casa en todas partes.

A última hora de la tarde en casa del doctor Epting; allí he visto también a Marcel Déat y a su mujer. Conversación sobre la tercera entrega de los diarios de Fabre-Luce, que ha aparecido sorteando hábilmente la censura y que parece estar provocando un gran escándalo. Tengo la impresión de que la policía se ocupará pronto del asunto.

Déat, a quien yo veía por primera vez, exhibía unas marcas que ya he observado en diversas personas, pero a las que todavía no puedo dar un nombre determinado. Se trata de procesos morales incisivos que se hacen visibles en la fisono-

mía, sobre todo en la piel, a la que confieren un carácter que unas veces es apergaminado y otras veces es escaldado, pero que, en todo caso, la vuelve grosera. El ansia de poder a cualquier precio endurece al ser humano, pero a la vez lo expone a ataques en el terreno demoniaco. Esa aura se nota; se me hizo especialmente clara cuando, una vez acabada la reunión, Déat me llevó a casa en su coche. Aun sin los dos corpulentos sujetos que nadie había visto en toda la noche y que entonces se sentaron junto al chófer, yo habría notado que aquel viaje en coche no dejaba de entrañar riesgos. Pero, en mala compañía, el peligro pierde su atractivo.

Entre las palabras-fetiche que aparecen en la charla con tales espíritus desempeñan un papel especial «la juventud» o *les jeunes* — pronunciadas con la misma entonación con que en otro tiempo se pronunciaba la palabra «Papa». Poco importa en esto que la juventud esté efectivamente del lado de ellos — de lo que se trata es más bien de invocar la unión, peculiar de la juventud, de ardorosa fuerza de voluntad y escasa fuerza de juicio, unión en la que los provocadores de alborotos intuyen el medio que a ellos les resulta favorable.

Lectura: el gran glosario del latín medieval, de Du Cange, tres infolios que adquirí por cuatro perras en los muelles del Sena. Leyendo este libro deambula uno por el cosmos de una literatura sumergida. Luego he vuelto a hojear un poco, tras no haberlo hecho durante años, a Schopenhauer; en él he encontrado confirmadas no pocas de las experiencias que he ido adquiriendo en estos años:

«Sería una gran ayuda para mí el poder desprenderme de la ilusión que me hace ver como iguales míos a esa ralea de sapos y víboras».

Sí, es cierto; mas por otro lado es preciso decirse una y otra vez, también a la vista de los animales más viles:

—¡Eso eres tú!

Mi eterna dualidad es esa, el ver a un tiempo la enemistad y el parentesco. Esa dualidad me frena en las acciones, en

cuyos dibujos veo yo siempre transparentarse la trama básica de la injusticia, y es ella también la que siempre me muestra la porción de buen derecho con que sucumbe el vencido. De esta manera veo las cosas con más agudeza de la que conviene al individuo, a menos que escriba la historia retrospectivamente.

París, 9 de julio de 1943

Despedida de Benno Ziegler en el restaurante Caneton. Ha traído la noticia de que han detenido a Fabre-Luce esta mañana. Hablado de los últimos días de A.E. Günther, quien, antes de morir, respiraba con mucha dificultad y se asfixiaba. Sus últimas palabras a su hermano: «… y todo esto, con plena consciencia». Aplicables a todos los calvarios del siglo XX.

Luego, a las diez, he vuelto deambulando por el Boulevard Poissonnière; cada vez que paso por él me viene a la memoria aquel tahúr que me abordó allí hace muchos años. Es típico de mí el hecho de que yo calase inmediatamente la situación, pero luego me dejase desplumar por él y por su compinche, con el cual nos topamos «casualmente» de una manera tan burda; es decir: el hecho de que, en el fondo, yo jugase a un tiempo contra mí mismo.

Leo en el Boletín Oficial de las Fuerzas Armadas que ha muerto en el frente el general Rupp, aquel pequeño, melancólico y simpático jefe de división en cuyo puesto de mando estuve durante mi viaje por el Cáucaso.[23] En general están aumentando las noticias que hablan de muertos entre mis conocidos, también las que se refieren a las pérdidas de sus casas por culpa de los bombardeos.

París, 10 de julio de 1943

Ayunado. Noto que la vida artificial de esta ciudad no me sienta bien a la larga. Por la mañana, brevemente, en Saint-Pierre de Charonne, mi iglesia-tortuga; volví a encontrar abierto el portal de la muerte.[24]

La batalla que se ha desencadenado hace algunos días en el centro del frente oriental parece ofrecer una estampa nue-

va, con una concentración de tropas inusual para aquellos espacios. Las fuerzas están equilibradas; con ello disminuye el movimiento y aumenta el fuego.

Por la tarde, otra vez en las callejuelas que rodean el Boulevard Poissonnière; allí he estado revolviendo en el polvo del pasado. Contemplado con placer libros en la agradable librería de Poursin, en la Rue Montmartre; en ella he comprado por cuatro perras una serie de *L'abeille,* cuyo primer volumen lleva, escrita con letra de anciano, una dedicatoria del entomólogo Régimbart.

A última hora de la tarde conversación con Schery, el músico vienés, sobre el ritmo y la melodía, el dibujo y el color, las consonantes y las vocales.

Este día de hoy es memorable, pues en él han desembarcado en Sicilia los ingleses. Ese primer contacto con Europa ha irradiado hasta aquí; hemos entrado en un nivel mayor de alerta.

Lectura: *Les bagnes* — en este libro se afirma que, cuando hay ejecuciones de presidiarios, hasta el más fiero y temible de ellos da un abrazo al sacerdote que lo ha acompañado, para despedirse de él. Aquí el clérigo está presente en su condición de hombre, es decir: no en cuanto representante de la humanidad frente a lo eterno, sino como el hombre simbólico, como aquel que en el salmo 90 elevó la voz por todos nosotros. En cuanto tal, es testigo en condición de algo que queda muy por encima de crímenes y castigos.

Palabras: a los alemanes nos falta un verbo que tenga una precisión comparable a la que tiene el francés *terrasser,* en el significado de *niederwerfen* [derribar], *zu Boden schlagen* [tirar al suelo]. En general poseen más fuerza los verbos que se derivan de sustantivos; en ellos el movimiento queda realzado por la energía material, por la regia energía de los sustantivos. Así, *fourmiller* [hormiguear] está más lleno de contenido que *wimmeln* [haber agitación]; *pivoter* [girar sobre su eje] es más intuitivo que *schwenken* [virar]; y *barbieren* [cortar la barba] es preferible a *rasieren* [afeitar].

Viceversa, los sustantivos derivados de formas verbales son más flojos. Así, *das Sterben* [el morir] es más flojo que *der Tod* [la muerte]; y *die Wunde* [la herida] es más fuerte que *der Schnitt* [el corte].

París, 11 de julio de 1943

Ayunado también hoy. Al mediodía en la ciudad, en muchas calles y plazas, sin rumbo, como un hombre de la masa, que hoy domingo estaba ociosa. Breve visita a Notre-Dame de Lorette. Allí he visto una serie de velas votivas, que no eran, sin embargo, de cera, como lo son comúnmente, sino de cristal; la llama estaba representada por una bombilla eléctrica puntiaguda. Se hallaban colocadas sobre unas mesas que tenían ranuras para echar por ellas monedas; de ese modo se establecía el contacto, que encendía las bombillas por uno o varios minutos, según el valor de la moneda echada. He visto a mujeres manejar estos autómatas de devoción, pues para expresar ese hecho como se merece es preciso sin duda emplear esa horrenda expresión.

En esta iglesia se conserva la puerta de la celda tras la cual estuvo preso uno de sus clérigos, el *abbé* Sabattier, antes de que el populacho lo matase en 1871.

Luego en el estudio de Valentiner, que hoy regresará a Aix. En el *quai* he visto dos viejos relojes de arena; por desgracia eran muy caros.

Escasas noticias sobre Sicilia. El desembarco ha tenido éxito; queda por ver si irá más allá de la formación de cabezas de puente. Todo el mundo ve en el desenlace de esos combates el pronóstico de la decisión final; una vez más vuelve a desempeñar esa isla su antiguo papel de fiel de la balanza entre dos continentes, como lo hizo ya en los tiempos púnicos.

París, 13 de julio de 1943

Noche agitada, nerviosa, que empezó con alarmas aéreas. Luego he soñado con serpientes, con unas serpientes oscuras, negras, que devoraban a otras multicolores, radiantes

como el sol. Casi nunca siento repulsión por estos animales, que desempeñan un papel tan destacado en los sueños — parece que lo que a mí me muestran es sobre todo su lado vital, su carácter fluyente, rápido, móvil, carácter que ha sido visto de un modo tan bello por Friedrich Georg:

Und wie der Natter Bauch,
Der silbern glänzet,
Wenn schnell sie flieht, so floh
Der Bach umkränzet.

[Y como el vientre de la víbora,
que brilla plateado
cuando el animal huye con rapidez, así huía
el riachuelo festoneado de flores.]

La fuerza primordial de estos animales está, en efecto, en que ellos encarnan la Vida *y* la Muerte y, además, el Bien *y* el Mal — en el mismo instante en que el ser humano adquirió por medio de la serpiente el conocimiento del Bien y del Mal, en ese mismo instante adquirió la muerte. De ahí que la vista de la serpiente sea para todo el mundo una vivencia turbadora — casi más fuerte que la vivencia del sexo, con la cual está relacionada.

El comandante en jefe me ha hecho saber a través del coronel Kossmann que por el momento no puedo marchar a Rusia. Lo siento, pues me hubiera gustado cambiar de aires y tengo la sensación de que me haría falta aplicar la receta de César: marchas prolongadas.

En el correo, entre otras cartas, la de un teniente, un tal Güllich; en el Estado Mayor de su regimiento, en el frente oriental, los hombres se ocupan de *Sobre los acantilados de mármol:*

«... por las noches, cuando se relajaban las tensiones del combate y de las horrorosas vivencias, leíamos en nuestras

tiendas, en *Sobre los acantilados de mármol,* justo las cosas que habíamos vivido».

Al mediodía encuentro con el joven capitán que en Kiev me cubrió con su capote.[25] No deja de ser notable la manera como se entretejen, como se reúnen, las diversas piezas, los diversos paisajes de nuestra existencia. Llevamos en nosotros una fuerza diseñadora y sin duda puede decirse: todas las cosas que vivimos están tejidas, como las figuras de un gobelino, de *un solo* hilo.

Velada en casa del conde Biéville de Noyant, que habita en la Rue des Saints-Pères una casa amueblada con gran esmero. Estos edificios, de los que todavía quedan muchos en París, especialmente en la Orilla Izquierda, se asemejan a graneros secretos que contuviesen una sustancia antigua; la radiación dentro de ellos es extraordinaria. Es verdad que al mismo tiempo van preponderando los objetos que para lo único que sirven es para la radiación, y no para el uso; esto vuelve espectral, fantasmal, la permanencia entre ellos. Me vino a la cabeza este pensamiento al ver encima de una mesa un antiguo juego de ajedrez, con piezas escogidas, que era evidente estaba allí únicamente para los ojos.

En aquella casa encontré al crítico Thierry-Maulnier, a la señorita Tassincourt y al almirante Célier, un hombre de sustancia, como la mayoría de los marinos de esta nación terrestre. Según él, el arte es aquí mucho menos individual que en Alemania, de ahí que haya en Francia pocos genios o ninguno, pero sí muchos talentos. Por la misma razón, dijo, el instinto arquitectónico es en Francia más colectivo y su gran hazaña, su obra de arte más significativa, es la ciudad de París.

Charla, en primer lugar, sobre el mariscal Lyautey, André Gide, Hercule, Janin, Malraux y otros. Luego, sobre los combates en Sicilia y sobre las perspectivas de un acercamiento entre Francia y Alemania. Al hablar de todas estas cosas se me hace patente que yo me encuentro ya, en gran medida,

fuera del Estado nacional, y me ocurre en estas conversaciones un poco lo que le ocurría a Lichtenberg, quien jugaba a veces a dárselas de ateo, simplemente para hacer ejercicio, o lo que le ocurría a Jomini en el campo de batalla, que pensaba también por el Estado Mayor enemigo. Hoy los seres humanos combaten bajo las viejas banderas por un mundo nuevo; se figuran que continúan estando aún en los puntos de que partieron. Pero aquí no está permitido querer ser demasiado listo, pues el engaño dentro del cual se mueven es necesario para la acción, forma parte de los engranajes.

La posición territorial alemana es favorable y eso es algo que se hará patente precisamente en caso de derrota. Pues entonces desaparecen las ventajas secundarias y solo subsisten las primarias, como, por ejemplo, la de la pura situación. Entonces se mostrará también que, como ha dicho muy bellamente Rivière, los alemanes no son un pueblo de «o lo uno o lo otro», sino de «tanto lo uno como lo otro». Volverán a tener así dos caminos, en vez de tener, como ocurre hoy, uno solo, por el que se han extraviado. En ese caso dependerá de ellos que el mundo del siglo XX esté vuelto hacia el Este o hacia el Oeste, o que sea posible la síntesis.

París, 15 de julio de 1943

Estilo. En combinaciones como: «Me gustaría oír su punto de vista sobre esto» y otras parecidas el lenguaje pasa indebidamente del terreno de un sentido al terreno de otro. Esas cosas se basan casi siempre en una atolondrada adopción de clichés; sin embargo, tal alternancia de las imágenes puede dar un relieve estereoscópico a la expresión, si procede de la fuerza.

París, 16 de julio de 1943

Por la mañana en el Ministerio de Marina para estudiar la situación. Asunto: la «Operación Penicion», es decir, el envío al Sur de todas las lanchas disponibles, para aprovisionar de esa manera con barcos pequeños a nuestras tropas de Sicilia, dado que la superioridad aérea y marítima inglesa hace

imposible el envío de grandes cargueros. Esto dice bastante sobre la situación.

París, 17 de julio de 1943

Durante la comida, el Presidente. Breve intercambio de palabras, de manera discreta, sobre nuestro preso.

Café en casa de Banine, tan turco tan turco que toda la tarde he estado sintiendo las palpitaciones del corazón. Banine me ha dado *Pilgrim's Progress,* de Bunyan, y *Brame New World,* de Huxley, que había comprado para mí. Charla, en primer lugar, sobre los harenes, luego sobre Schopenhauer y el profesor Salmanoff, y finalmente sobre los territorios de los sentidos en el reino de la lengua, asunto en el que me ocupo ahora con frecuencia. A este respecto Banine ha indicado que en ruso se dice: «Oigo un olor».

Para decir «Ha fijado sus ojos en un objeto» los turcos dicen: «Ha cosido sus ojos a un objeto». Le he rogado que ande un poco a la caza de palabras para mí; tengo necesidad de colaboradores para mi plan. Como título podría elegir: *Metagramática,* o bien este otro: *Excursiones metagramaticales.*

Al volver a casa hacía un calor extraordinario; las calles se hallaban silenciosas bajo aquel bochorno. En la Rue Lauriston he estado contemplando por el escaparate el interior de una pequeña tienda de antigüedades. Entre los viejos muebles, cuadros, cristalerías, libros y objetos raros estaba sentada en un sillón de brocado, dormida, la dependienta, una mujer joven y bella, que llevaba en la cabeza un sombrero de plumas. Su dormir encerraba un cierto magnetismo
— ni su pecho ni las ventanas de su nariz se movían. He estado así mirando en un gabinete encantado, en el cual parecía incrementarse hasta el infinito el valor de todos los objetos, pero en el que también la propia durmiente se había metamorfoseado en un objeto, en un autómata.

Toda esta tarde ha estado como embrujada. Se ha visto bien claro, por ejemplo, en la Librería Alemana, donde, al entrar yo, me ha parecido que las dependientas *en bloc* adopta-

ban una posición hostil a mí; es algo que me ha ocurrido poquísimas veces en mi vida. Como en sueños he subido la escalera que lleva a las salas de arriba, sin preocuparme de si el acceso a ellas estaba permitido al público, y he entrado en una sala en la que había revistas encima de la mesa. He hojeado algunas y escrito ciertas anotaciones al margen de determinadas fotografías políticas que me han llamado la atención. Luego he regresado a la tienda; allí el grupo de dependientas me ha examinado de arriba abajo con la mayor atención. A una de ellas la he oído preguntar:

—¿Pero qué es lo que ha estado haciendo ese hombre arriba?

Hojeado el *Dictionnaire de la langue verte*, de Delveau, París, 1867. En él he encontrado esta explicación de la palabra «Breda-Street»: «Citera parisiense en la que desde hace más de veinte años habita una población femenina *dont les moeurs laissent à désirer — mais ne laissent pas longtemps désirer».*

Bismarcker significaba, en la jerga de los jugadores de billar, «carambola» — la palabra nació en mayo de 1866.

Donner cinq et quatre designa una de esas bofetadas económicas que se dan en la mejilla derecha y en la izquierda, es decir, a la ida con la palma y a la vuelta con el dorso de la misma mano. En el segundo golpe no interviene el pulgar. Si se repite la bofetada, entonces se dice también: *donner dix-huit.*

París, 18 de julio de 1943

Tras leer las primeras etapas de la «peregrinación» de Bunyan he pasado la noche sin dormir. El café de Banine continuaba produciendo su efecto. Hacia la medianoche volví a encender la luz y escribí, sentado en la cama, los siguientes apuntes:

Noto que experimento una animosidad especial contra las personas que aseguraron cosas que luego no resultaron verdaderas y que pusieron en juego toda su energía para con-

vencerme de ellas. La caradura o la falta de escrúpulos, por ejemplo de la propaganda, encierran siempre algo que yo tomo en serio en el primer momento — me resulta difícil creer que detrás de los argumentos no haya otra cosa que la pura y simple voluntad.

Cuando luego hablan los hechos, cosa que a menudo sucede al cabo de años, siento con fuerza tanto mayor el puyazo — me doy cuenta de que se han burlado de mí unos individuos que no son otra cosa que macarras o míseros jovenzuelos de tres al cuarto al servicio de las fuerzas políticas del momento. Habían emperifollado a su puta de tal manera que parecía la verdad.

A lo cual se agrega que esos individuos no tienen ni el más mínimo sentimiento de vergüenza espiritual; el único sonrojo que conocen en sus mejillas es el que sigue a las bofetadas. De ahí que intentarán seguir puteando desde nuevos puestos y entonces lo harán acaso al servicio de hombres o de poderes que uno tiene en gran estima y reconoce como auténticos. Esto resulta especialmente amargo cuando se oye a esos canallas elogiar lo verdadero por puro oportunismo.

Me parece que donde más cerca estoy yo de lo absoluto es en mi amor a la verdad. Yo podré transgredir las leyes de la moral, yo podré ser poco de fiar en mis relaciones con el prójimo — pero no puedo apartarme de lo que reconozco como auténtico y verdadero. En ese aspecto me asemejo a un adolescente que tal vez accedería a casarse con una vieja rica — pero en la noche de bodas no se llegaría a la consumación del matrimonio, a pesar de todos los afrodisiacos. Los músculos involuntarios de mi espíritu se niegan a prestar aquí servicio. La verdad se parece para mí a una hembra cuyo abrazo amoroso me condena a la impotencia con respecto a todas las demás. Solo en ella está la libertad y, por tanto, la felicidad.

Y así ocurre también que mi acceso a la teología pasa por el conocimiento. Antes de poder creer en Dios tengo primero

que demostrármelo. Esto quiere decir que he de reandar el mismo camino por el que lo dejé. Es preciso tender previamente puentes espirituales, ejecutar un sutil trabajo de zapadores, antes de que yo me atreva a pasar a la otra orilla por encima de la corriente del tiempo, pasar con todo mi ser y sin ninguna reticencia. La gracia sería ciertamente más bella, pero no corresponde ni a la situación general ni al estado en que yo me encuentro. Esto tiene, a no dudarlo, un sentido: vislumbro que precisamente con mi trabajo —con esos arcos que construyo y a cada uno de los cuales otorga firmeza y solidez el contrapeso de la duda radical— puedo guiar a más de uno hacia la buena orilla. Puede ser que otros sepan volar, o que lleven de la mano, por encima de las aguas, a quienes se confían a ellos; no parece, sin embargo, que nuestro eón alumbre tales seres.

Por lo que se refiere a nuestra teología, es preciso que sea completamente modesta y que se adecúe a esta generación, la cual está debilitada en su fuerza elemental. Hace ya mucho tiempo, en efecto, que nuestra fe, para todo el que es capaz de ver fuerzas, vive más vigorosamente en la biología, la química, la física, la paleontología, la astronomía, que en las Iglesias — y también la filosofía se ha repartido, de manera muy similar, entre las ciencias particulares. Son caminos errados, naturalmente — hay que hacer que las diversas disciplinas vuelvan a quedar purificadas tanto de las influencias teológicas como también de las filosóficas, y eso en interés de ellas mismas, para que de la mera «concepción del mundo», de la simple *Weltanschauung,* se pase otra vez a la ciencia. Es preciso extraer con todo cuidado, como si fueran oro y plata, los elementos teológicos y filosóficos; la teología, que es el oro, otorga entonces a las ciencias valor y curso legal. También les pone frenos, pues ya está viéndose adonde conduce el conocimiento desenfrenado. Semejante al carro de Faetón, el conocimiento está prendiendo fuego al globo terráqueo y ha hecho de nosotros o de nuestras *imagines* unos moros, unos negros, unos caníbales.

Anotaciones sobre lo anterior:

En Brasil, tras extenuantes caminatas para cazar insectos en los bosques de montaña, yo clasificaba por la noche en el barco mis capturas. Sucedió que me equivoqué en un día al escribir las fichas que registraban el lugar de la captura — que escribí, por ejemplo, el 14 de diciembre de 1936 en vez del 15. Entonces volví a escribir los centenares de fichas, aunque eso no podía cambiar absolutamente nada.

Con frecuencia me quedo parado en mi charla, pues antes de pronunciar una frase la peso y repeso con el fin de protegerla contra todas las dudas y objeciones que pudiera encontrar. Me hallo así en desventaja con respecto a interlocutores que sueltan sin más sus opiniones como pistoletazos.

Cuando las conversaciones llevan a la concordancia el resultado es a menudo una especie de intimidad, de acorde sentimental. En esos casos yo noto en mí, y eso me ocurre aun en el círculo familiar y hasta con respecto a Friedrich Georg, una tendencia a no demorarme demasiado en aquella nota, sino a volver a zarpar de ese puerto, bien mediante la introducción de un argumento nuevo, no sopesado todavía, bien mediante una luz irónica. Este rasgo mío hace que yo resulte un hombre imposible en todos los círculos y en todas las reuniones cuyo auténtico sentido consista en producir estados de ánimo como el indicado, es decir, en todos los comités, en todas las conjuraciones y en todas las asambleas políticas. Esto puede llegar a ser especialmente desagradable en aquellos sitios donde soy yo mismo el objeto con el que se relaciona ese estado de ánimo — a la admiración he preferido desde siempre un respeto mesurado, crítico, o bien un reconocimiento fundado. Siempre he desconfiado de la admiración. Por cierto que me ocurre lo mismo cuando leo críticas de mis libros; más confortables que los elogios son para mí los análisis objetivos o también los rechazos bien argumentados. Los elogios me avergüenzan; pero también me molesta la desaprobación infundada, nacida acaso de una discordancia personal o voluntaria, y tardo tiempo en olvidarla. En cambio me resulta grata la crítica que se me enfrenta con buenos argumentos. Con todo, no siento necesidad de entrar en la polémica — pues ¿por qué no ha de tener razón mi adversario? Una crítica hecha a la cosa no afecta a la persona; se asemeja a la plegaria que oigo a mi lado cuando estoy ante el altar. Lo que importa, en efecto, no es que sea *yo* quien tenga razón.

Esta última frase encierra también el motivo por el que yo no me he hecho matemático, como mi hermano Physicus. No es en la precisión de la lógica aplicada donde está la última satisfacción. No puede ser que lo justo, lo correcto, entendido en su sentido más alto, sea algo demostrable con pruebas; ha de ser algo sujeto a controversia. A ello ha de as-

pirarse en formas que nosotros los mortales podemos alcanzar solo de manera aproximada, pero no de manera absoluta. Esto nos conduce luego a terrenos en los que lo que honra al maestro no es su intervención mensurable, sino la imponderable, y nos conduce también al reino de las Musas.

Y lo que a mí me cautiva aquí, por encima de todo, es el servicio a la palabra y con la palabra, es el esfuerzo delicadísimo que va acercando más y más la palabra a aquella línea fronteriza que la separa de lo inexpresable.

También aquí hay nostalgia de las justas proporciones con que está creado el Universo y que el lector ha de divisar a través de la palabra como por una ventana.

Por la tarde en el Jardin d'Acclimatation. Allí he estado viendo cómo el macho de una raza especialmente vistosa de pavos reales mostraba el despliegue de su juego de colores exhibiendo unos intensos matices de azul lapislázuli, de verde dorado y de bronce dorado. Una espuma de flecos verdidorados circundaba con sus ondas aquel inaudito traje de plumas. La voluptuosidad de este animal consiste en la completa exhibición, en la ostentación de sus encantos — cuando se ha llegado al grado supremo de ese alarde alcánzase un estremecimiento, un delicado y espasmódico susurro y tableteo de los cañones de las plumas, con un escalofrío eléctrico, cual si en una aljaba se agitasen flechas hechas de asta. En ese gesto se exterioriza el temblor delicioso del placer, pero a la vez su automatismo, lo que tiene de convulsivo.

Luego en el parque de Bagatelle, donde estaba en plena floración el *Lilium Henryi.* También he vuelto a ver el carpín dorado. Hacía mucho calor.

Acabado: *Les bagnes,* de Maurice Alhoy, París, 1845, con ilustraciones. Los viejos presidios aceptaban al criminal, en su condición de tal, más que nosotros; no se dirigían a él con conceptos que cayesen fuera de su órbita. El criminal lleva-

ba, en consecuencia, una vida más dura, pero más natural y vigorosa que en nuestras cárceles de hoy. En todas las teorías esquemáticas de mejoramiento, en todas las instituciones de higiene social hay un modo especial de destierro, una crueldad especial. La verdadera miseria es profunda, es sustancial, de igual manera que el mal forma parte del ser, de la naturaleza interior; no es lícito dárselas de puritano y pasar por alto estas cosas. Puede encerrarse a las bestias tras rejas, pero lo que no es lícito querer es que allí se acostumbren a comer coliflor; es preciso servirles carne. Puede admitirse que los franceses carecen de ese impulso educativo puritano que se observa en los ingleses, en los norteamericanos, en los suizos y en muchos alemanes; pero en las colonias, en los barcos, en las cárceles de Francia todo marcha de un modo más natural. En tales sitios los franceses dejan que muchas cosas sigan su propio curso y eso resulta siempre agradable. De esto forma parte también su escasa relación con la higiene, cosa que se les reprocha; y, sin embargo, entre ellos se vive, se duerme y se come mucho mejor que en los parajes archidesinfectados.

Una noticia curiosa que he encontrado en este libro es que, todavía pocos años antes de 1845, en el presidio de Brest las aguas sucias de las letrinas le estaban reservadas al presidiario encargado de hacer la colada. Ese presidiario lavaba las camisas con orina; esta ha de tener, por tanto, una virtud detergente; es probable que la etnología pueda demostrar que ya en tiempos muy antiguos se usaba la orina con esos fines. En general el libro suministra buenas aportaciones al estudio de los rasgos de bestia, de animal depredador, que hay en el ser humano — y también aportaciones a sus lados luminosos, como, por ejemplo, una bondad de ánimo muy marcada y un instinto noble y fogoso. Los presidios eran, en cierto modo, Estados de criminales; y su observación despierta esta impresión: si el mundo estuviera habitado únicamente por criminales, pronto surgiría y se formaría

la ley; el mundo no perecería. Por cierto que la historia de las colonias penitenciarias confirma esa tesis.

París, 20 de julio de 1943

Comida en casa de Florence. Cocteau contó que había asistido a un juicio que se había celebrado contra un joven inculpado de hurtar libros. Uno de los libros era una edición rara de Verlaine y el juez le preguntó:

—¿Es que no conocía usted el precio de ese libro?

Réplica del acusado:

—Su precio no lo conocía, pero sí su valor.

Entre los libros robados había también algunos de Cocteau; y otra pregunta fue:

—¿Qué habría dicho usted si le hubieran sustraído un libro escrito por usted?

—Estaría orgulloso de ello.

Charla, también con Jouhandeau, sobre curiosidades de diversa índole. Le era conocido el estallido narcisista del pavo real macho que hizo mis delicias la mañana del pasado domingo; al parecer se lo oye solo con tiempo seco. El efecto detergente de la orina, de que habla el libro sobre los presidios, se basa probablemente en su contenido de amoniaco. En todo el Oriente, a lo que parece, las madres que están dando el pecho a sus hijos beben un poco de orina del lactante; se cree que eso es bueno para la leche.

Cocteau aseguró que en la India un prestidigitador le quemó su pañuelo a una distancia de veinte pasos y que, en casos urgentes, los ingleses de allí se sirven de indígenas para transmitir por telepatía las noticias; es más rápido que hacerlo por radio.

En tiendas para cazadores se venden, dijo, unos silbatos de una altura de tono que ni nuestros oídos ni los de la caza pueden captar, pero que sí oye el perro a mucha distancia.

Florence tenía en grandes floreros unas bellas «espuelas de caballero», en francés *pied d'alouette*. Ciertas variedades

alcanzan unos matices metálicos que apenas se ven de ordinario en las flores; por ejemplo, un matiz verdiazulado y un matiz violeta azulado que son como mágicos. La flor azul parece irrigada con una tinta de color verde encendido o violeta que, al secarse, deja en ella un brillo de espejo. Esa flor, lo mismo que el acónito, debería cultivarse solo en sus tonos azules, que son sobre todo los que le dan un carácter muy marcado.

Por la tarde en el despacho: el Presidente. Luego Erich Müller, que publicó en otro tiempo el libro sobre la *Schwarze Front* [Frente negro] y que ahora es cabo en la defensa antiaérea en Saint-Cloud. Conversación sobre Cellaris y su encarcelamiento.

París, 25 de julio de 1943

¿Cómo es que yo me comporto, cuando trato con personas inteligentes y muy inteligentes, de una manera menos cohibida, menos ceremoniosa, más desenvuelta, más despreocupada, menos cautelosa? Tales personas producen en mí un efecto tónico. Tras eso ha de haber algo del *all men of science are brothers;* hay una cierta fraternidad, como si se estuviese *en famille*, en el entendimiento que se produce entre las personas, en el vaivén de los pensamientos libres y ligeros. Y así también el enemigo inteligente me resulta a mí menos peligroso.

Cuando tropiezo, en cambio, con tontos, con espíritus que admiten los lugares comunes y viven de ellos, que están obsesionados por la jerarquía huera, externa, del mundo, me vuelvo inseguro, torpe, cometo equivocaciones, digo tonterías.

En este punto me faltan, por desgracia, dotes de disimulo; y así Perpetua sabe enseguida a qué atenerse cuando estoy ocupado con un visitante. «A quien tiene, se le dará» — esa es también mi máxima.

Das war die Lage, in der ich stand [Esa era la situación en que yo estaba]. Un modelo de numerosas faltas, que resultan

excusables en el habla, pero inadmisibles en la escritura.[26]

La palabra francesa *cependant* tiene, lo mismo que la correspondiente palabra alemana *indessen,* tanto un sentido temporal como un sentido adversativo. Apunta aquí una de las conexiones entre la gramática y la lógica: dos acontecimientos simultáneos encierran siempre, al menos en la percepción, algo mutuamente excluyente.

París, 26 de julio de 1943

Por la mañana visitas; entre otras, la de un coronel, un tal Von Uslar, y la de un teniente, un tal Kutscher, que llegaba de Holanda y me traía una carta de Heinrich von Trott; la extraña visita nocturna de este en la casa de la viña en Überlingen contribuyó entonces a mi concepción de *Sobre los acantilados de mármol.*

A última hora de la tarde con Alfred Toepfer en el jardín del Hogar del Oficial en la Rue du Faubourg-Saint-Honoré. Allí hemos estado charlando en primer lugar sobre Cellaris; luego hemos ido a sentarnos en un banco solitario del parque para pasar revista a la situación. Y lo que muchos me han dicho en estos años, también Toepfer me lo ha dicho:

—Ahora tiene usted que preparar un llamamiento que esté dirigido a la juventud de Europa.

Le he contado que ya en el invierno de 1941/1942 escribí unos apuntes con ese mismo título, apuntes que luego arrojé a las llamas. Más tarde, en el hotel Raphaël, he estado meditando sobre esto:

La paz / Una palabra a la juventud de Europa / Una palabra a la juventud del mundo.

París, 27 de julio de 1943

Empezado el *Llamamiento;* lo he dividido en trece apartados, cosa que me ha llevado una media hora. Lo que ante todo importa es que yo sea siempre sencillo y comprensible, pero sin recurrir a lugares comunes.

París, 28 de julio de 1943

Trabajado en el *Llamamiento*. Esbozo y redacción del primer apartado, una especie de introducción, que tiene sus dificultades, pues lo primero que ha de hacer es dar el ambiente general, y hacerlo de manera intuitiva, dejándose guiar por el sentimiento. Ahora no escribo en clave, como hice entonces en el primer intento, sino que redacto un texto claro.

Al escribir la palabra *Jugend* [juventud] se me hizo patente la solemne eufonía de esa primera sílaba que se encuentra en *Jubel* [júbilo], *jung* [joven], *iucundus* [jocundo], *iuvenis* [joven], *iungere* [juntar], *coniungere* [conjuntar] y también en muchas invocaciones y nombres de dioses. La antigua festividad de las Juturnales.

Cenado en el hotel Wagram con Eckelmann, jefe de sección ministerial, el coronel Kräwel, el conde Schulenburg y el gobernador de Silesia. Kräwel, que hace poco estuvo sentado durante veinte minutos frente a Kniébolo, ha dicho que los ojos de este «oscilan como una llama», que atraviesan a las personas con su mirada y que pertenecen a un espíritu que se mueve rápidamente hacia la catástrofe. He comentado el *Llamamiento* con Schulenburg, el cual me ha comentado si no sería mejor para mí trasladarme a Berlín, al Cuartel General del Ejército. Parece, sin embargo, que allí no encontraría yo la protección que aquí me dispensa el comandante en jefe. Pues ya en otro momento previno Keitel a Speidel contra mí.[27]

La popularidad es una enfermedad que amenaza con hacerse tanto más crónica cuanto más tarde en su vida ataca al paciente.

París, 29 de julio de 1943

Muchas cartas. Friedrich Georg responde a mi pregunta por la ruidosa vibración de los pavos reales remitiéndome a un pasaje de su poema sobre esos animales:

Er schlägt sein Rad auf
Und bringt die starken

Federn zum Schwirren,
Dass sie wie Stäbe
Von Gittern erklirren.

[Abre su rueda
y hace chirriar
las fuertes plumas,
de modo que rechinan
como barrotes de rejas.]

Mi hermano ha visitado también, por encargo mío, al párroco Horion, quien reside en Überlingen desde que ardieron sus colecciones en Düsseldorf. Desde enero ha logrado reunir allí otra vez mil cuatrocientas especies de insectos.

Por desgracia ha ardido también la casa de Goecke, pero este ha podido salvar sus colecciones. De Hamburgo y de Hannover llegan noticias horrorosas. Se dice que en los ataques con fósforo el asfalto comienza a arder, de manera que los fugitivos se hunden en él y quedan así carbonizados. Hemos llegado a Sodoma. Perpetua escribe que se han distribuido a toda prisa máscaras antigás entre la población. Un ciudadano de Bourges me hace saber que allí se lee mucho la traducción francesa de *Jardines y carreteras* y que también se la comenta.

Acabado: *Brave New World,* de Huxley. En este libro se ve que lo que todas las utopías hacen en el fondo es describir el tiempo propio del autor — son variedades de nuestra esencia y dibujan las consecuencias de esta en un espacio más nítido, que se llama futuro. En general las utopías son optimistas, puesto que el futuro y la esperanza se hallan enlazados esencialmente; pero aquí se trata de una utopía negativa.

Me ha parecido significativo el detalle siguiente: un grupo de cinco altos rascacielos brillan en la noche como una mano que ha alzado sus dedos para alabar a Dios. Pero eso no lo sabe ninguno de los civilizados ateos que los habitan, el único que lo sabe es un salvaje que ha venido a caer en aquel paisaje desde la selva virgen.

París, 30 de julio de 1943

Por fin llegan noticias de Perpetua. El ataque a Hannover ocurrió a mediodía, mientras ella estaba trabajando en el jardín. El niño sintió miedo y recitó una larga plegaria. El centro de la ciudad ha sido arrasado; han quedado destruidos la Ópera, el castillo del Leine y la iglesia del Mercado, así como la mayoría de las antiguas callejuelas y de sus edificios renacentistas y barrocos. Aún no se sabe con seguridad qué ha sido de mis suegros.

Nunca he visto más claro que al leer esas líneas que las ciudades son sueños. Resulta fácil borrarlas con las primeras luces del alba, pero también perviven, en una profundidad inaudita, en lo indestructible que hay dentro de nosotros. Con esta, como con otras muchas vivencias de nuestros días, me ocurre como si estuviera viendo arder un telón de boca bellamente pintado, pero que precisamente esas llamas abriesen la profundidad ante cuya invulnerabilidad se agitaba temblorosamente el telón.

Podrá sonar muy extraño esto que voy a decir: también en la pérdida hay una alegría honda — es el gusto anticipado de aquella alegría que nos sorprenderá en la postrera pérdida temporal, la de la vida.

Al mediodía en la tienda del *potard,* el farmacéutico, que aún no tiene noticias de la suerte corrida por su mujer. Por lo que se oye decir los lémures de la Avenue Foch califican a esas deportaciones de «Operación Espuma de Mar». La completa incertidumbre en que se deja a los familiares se basa en el Decreto «Noche y Niebla» de Kniébolo. Son ejemplos de un grotesco lenguaje de rufianes y demonios — cosas tomadas en préstamo a las fantasías del Bosco.

El bueno del farmacéutico ha dicho, y sin duda tiene razón:

—Los que hacen eso no son amigos de Alemania.

París, 1 de agosto de 1943

El sábado y el domingo los he pasado con el comandante en jefe en Vaux-les-Cernay, donde se estaba agradablemente durante los grandes calores.

En el lago y en sus espesos cañaverales hemos observado Weniger y yo las plantas y los animales. Reina allí ese sofocante bochorno tropical que proporciona su ambiente a tales excursiones por zonas pantanosas. Hemos hablado sobre personas, para las cuales posee Weniger una memoria especial. Su cabeza es una enciclopedia de nombres. También sobre Hannover y los güelfos, a los que he decidido mencionar en mi *Llamamiento.* Mi vida política interior se asemeja a un reloj cuyas ruedecillas girasen a la contra unas de otras: pues yo soy, al mismo tiempo, un güelfo, un prusiano, un partidario de la Gran Alemania, un europeo y un ciudadano del mundo — pero en la esfera del reloj podría imaginarme un mediodía en el que todas esas cosas consonasen armónicamente.

En la cena conversaciones sobre materias botánicas, por las que siente una especial inclinación el comandante en jefe. La descripción de la *Hottonia palustris,* que ha trazado para mí Lottner, el director de las aduanas, me ha despertado un ardiente deseo de observar alguna vez esa planta en uno de sus ambientes pantanosos. Tampoco he visto yo todavía nunca el *Ledum.*

Wille and Wollen [Voluntad y volición]: en la segunda de esas palabras resuena un matiz que es a la vez más moral y más racional — es uno de los ejemplos del poder de la *o.* Esta vocal adquiere mayor intensidad en la eufonía repetida: *Wohlwollen* [benevolencia]; en cambio *Wohlwollen* [benevoluntad] es disonante. *Pondre, legen* [poner] — a los alemanes nos falta el enérgico sustantivo *la ponte* [la puesta], que a lo sumo cabe traducir por *das Eierlegen* [el depositar huevos]. Así es como las lenguas están sobrecosidas más o menos fugazmente al tejido de la realidad.

Tailler un crayon — en este caso, por el contrario, es más exacto, más certero, el alemán *den Bleistift spitzen* [sacar punta al lápiz].

París, 2 de agosto de 1943

En el correo, entre otras cartas, un relato infantil de Alexander sobre el ataque aéreo a la ciudad.

Por la tarde, como todos los lunes, clase con Madame Bouet; hemos repasado las preposiciones francesas. Resulta extraño que solo en el caso de Aviñón se haya conservado el viejo *en* delante de ciudades cuyo nombre empieza por vocal — ¿acaso porque esta ciudad fue considerada como un Estado? Creo que ya Daudet se burlaba de ese *en Avignon.* En el viejo castillo espiritual que son las lenguas esos detalles se asemejan a restos de arquitecturas anteriores que se transparentasen bajo la argamasa.

En la puerta me ha dicho Madame Bouet:

—He rezado para que no caigan bombas sobre Kirchhorst.

Las plantas acuáticas de Cernay, que brillaban en lo hondo con un color verde oscuro. Se asemejan a vegetaciones de sueños; el agua quieta es el dormir. Cuando por el día nos acordamos de detalles de un sueño es como si viésemos en la superficie una flor, una pequeña hoja, un tallo. Agarramos aquello y, tirando, sacamos a la luz la oscura y chorreante vegetación con sus muchas ramificaciones.

París, 3 de agosto de 1943

Las cartas, y esto es algo que sin duda no había vuelto a ocurrir desde la Guerra de los Treinta Años, están adquiriendo un carácter apocalíptico. Es como si en tales situaciones la trastornada razón del ser humano perdiera el sentido de la realidad terrenal; cae en los remolinos cósmicos y con ello se le abre un nuevo mundo de visiones espantosas, de profecías, de apariciones sobrenaturales. Me extraña, por cierto, que aún no haya aparecido llameante en el cielo ninguna señal, que es lo apropiado en tales mudanzas de los tiempos.

Tal vez podría estar correlacionado con nosotros, sin embargo, el cometa Halley, como nuncio anticipador del mundo del fuego.

Continuado con el *Llamamiento,* cuyo capítulo segundo he comenzado y acabado hoy: «El sufrimiento ha de dar fruto para todos».

París, 4 de agosto de 1943

Almuerzo en casa de Florence Gould. Se asegura que los ataques de los últimos días contra Hamburgo han arrebatado la vida a doscientos mil seres humanos, lo cual es, sin duda, bastante exagerado.

Florence, recién vuelta de Niza, ha contado que la noticia de la dimisión de Mussolini se conoció allí hacia la medianoche. Antes de que amaneciera las tropas habían quemado sus retratos. Aunque en el fondo yo ya lo sabía desde siempre, me asombra la manera tan poco gloriosa como ha pasado a la nada, sin pena ni gloria, esa dictadura edificada sobre el terror.

Heller me ha informado, con gran alegría mía, de que se ha suavizado la prisión de Fabre-Luce en razón de las informaciones que sobre él di al comandante en jefe. Además, comparecerá ante un tribunal ordinario.

París, 5 de agosto de 1943

Me hallaba, cosa que me ocurre a menudo en los sueños, en una feria o en un parque de atracciones. Lo cruzaba con un pequeño elefante, al que unas veces montaba y otras conducía rodeando su cuello con mi brazo izquierdo. De las imágenes vistas recuerdo todavía la de un campo despejado, en el cual se habían colocado rejas para fieras. Era una mañana fría, brumosa, y, para proteger a las fieras, los cuidadores removían con sus palas unas grandes masas de hierro, piezas que se parecían a eslabones de cadenas o a imanes grises; todas ellas estaban al rojo vivo, de manera que su movimiento atravesaba la niebla con un vivo centelleo.

Yo echaba una simple mirada a aquel modo de producir calefacción; me eran conocidos todos los pormenores de su técnica. Se utilizaba con tal fin una materia que no necesitaba ser quemada, como el carbón, sino que desprendía un calor radiactivo.

Acabado: *El libro de los esbozos,* de Washington Irving, una de las obras de la gran literatura cuya lectura había omitido hasta este momento. En ella he encontrado algunos fragmentos que me han gustado mucho y otros que me han proporcionado enseñanzas, como la descripción del carácter inglés con el título de *John Bull.* He tomado algunos apuntes para mi *Llamamiento.*

Al hablar de Jacobo I de Escocia, que pasó largos años de su juventud preso en Windsor, el autor menciona a Boecio; no cabe duda de que su lectura resulta especialmente consoladora en tiempos de desgracia. Yo mismo lo experimenté en mi barraca de las cañas en el Muro Occidental.

También he encontrado una buena observación sobre ciertos arribistas: «Atribuyen la modestia de los otros a su propia posición elevada».

París, 6 de agosto de 1943

Por la mañana he seguido trabajando en el *Llamamiento,* en concreto en el capítulo tercero; en él se trata de exponer que el sacrificio es el grano de semilla del que la guerra sacará fruto. Junto al sacrificio de los soldados, de los trabajadores, de los que sufren sin culpa alguna, no me es lícito olvidar el sacrificio de aquellos que han sido víctimas de matanzas sanguinarias e insensatas. La construcción del mundo nuevo se apoyará sobre todo en ellos, que son como los niños a los que en otros tiempos se emparedaba en los pilares de los puentes.

Reparos estilísticos: *stärker verblassen* [empalidecer más fuertemente] me molesta con razón. He de esforzarme de un modo cada vez más insistente en utilizar con precisión las

imágenes al manejar una lengua como la nuestra, que ha padecido la superficialización lógica. Es preciso retornar a las imágenes; el logos es únicamente la radiación de ellas, su cara pulimentada. La lengua es el edificio más antiguo, más venerable, que se nos ha conservado — en ella están impresas nuestra historia y nuestra prehistoria con sus rasgos vitales más finos.

Una vez más en el Musée de l'Homme, durante el descanso del mediodía. ¿Quién es más cruel — el salvaje que curte los cráneos de sus enemigos muertos y luego los colorea, los adorna con líneas abigarradas, rellena las cuencas de sus ojos con conchas y pedazos de nácar y hace todo ello con un gran esmero artístico, o el europeo que colecciona esos cráneos y los expone en sus vitrinas?

Una vez más, y con más fuerza todavía, se me ha hecho evidente el enorme enriquecimiento que experimenta la materia, y en especial la piedra, gracias al trabajo de la mano. Esa penetración, más aún, esa animación es posible percibirla con el cuerpo — en todos los trabajos a mano de tiempos antiguos se nota un arte mágico. Hoy apenas existen ya tales cosas, a no ser en algunas apartadas provincias de la China o en ciertas islas remotas — y, además, también en aquellos sitios donde un pintor sabe qué es el color y un autor sabe qué es la lengua.

Por cierto que en el Musée de l'Homme me sorprenden los ardientes deseos que siento de tocar los objetos, unos deseos que jamás he tenido ante otras colecciones. También es hermoso el tropezar allí tan frecuentemente con muchachos de doce a dieciséis años.

Cenado con Neuhaus y con su cuñado, Von Schewen, en el restaurante Coq Hardi. Conversación sobre los diplomáticos de los tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial, como Kiderlen-Wächter, Rosen, Holstein y Bülow, a los que Schewen conoce por su trato íntimo con ellos. Los más míni-

mos rasgos son aquí significativos, como la apertura de una partida de ajedrez cósmica.

En Alemania está creciendo la secta que ha adoptado esta divisa: «Disfruta la guerra, que la paz será terrible». En todas las conversaciones acerca de lo que pasará observo en general dos especies de personas — las unas creen que no podrán vivir en el caso de que se pierda la guerra, mientras que a las otras eso les parece perfectamente concebible. Tal vez tengan razón ambas.

París, 7 de agosto de 1943

Continuado con el *Llamamiento,* en el que he empezado el capítulo cuarto, destinado a prolongar las consideraciones sobre el sacrificio. En él pienso contraponer tres estratos de fertilidad creciente: primero, el sacrificio de quienes realizan una obra activa, es decir, los soldados y trabajadores de ambos sexos; después, el sacrificio de los que se limitan sencillamente a sufrir, sacrificio que alcanza una hondura mayor en los perseguidos y asesinados; y, finalmente, el sacrificio de las madres, al cual va a desembocar a su vez, como a una profunda alberca del dolor, cada una de esas categorías.

Por la tarde estudios callejeros en la zona que queda por detrás del Panthéon, la Rue Mouffetard y las callejuelas que salen de ella; allí se conserva todavía algo del trajín de los superpoblados barrios prerrevolucionarios del siglo XVIII. También vendían allí menta, lo cual despertó en mí recuerdos de la extraña noche que pasé en Casablanca en los barrios moros. Los mercados proporcionan siempre abundantes informaciones esclarecedoras, son para el ser humano el país de los sueños y de la infancia.

He vuelto a experimentar un intenso sentimiento de alegría, de gratitud, por el hecho de que esta ciudad de las ciudades haya escapado hasta ahora ilesa a la catástrofe. Cuántas cosas inauditas se nos conservarían si ella, cual un arca repleta hasta el borde de un cargamento antiguo y rico, alcan-

zase el puerto de la paz tras este diluvio y permaneciese nuestra por nuevos siglos.

París, 10 de agosto de 1943

Al mediodía en casa de Florence, donde estuve hablando con Vogel, el ingeniero jefe, sobre nuestra producción de aeroplanos. Hace algunos meses predijo que el aumento en la construcción de cazas nocturnos pondría fin por estas fechas a los ataques de los bombarderos enemigos contra nuestras ciudades — ¿pero qué pasará ahora, cuando las escuadrillas se presentan en pleno mediodía? También hablamos del fósforo utilizado como arma — de hecho parece que nosotros poseíamos ya ese medio en el momento de nuestra superioridad aérea, pero renunciamos a emplearlo. Eso representaría un mérito; pero también es bastante extraño, dado el carácter de Kniébolo. La masa de fósforo se transporta en grandes recipientes hechos de arcilla, y en cuanto carga resulta, según parece, extremadamente peligrosa para el piloto; es suficiente un solo casco de metralla para transformar su aeroplano en una masa ardiente que desprende fuego y de la que es imposible escapar.

A última hora de la tarde en casa de Jouhandeau, en la tranquila y pequeña Rue du Commandant-Marchand, situada al borde del Bois. Cuando llegué encontré allí únicamente a su esposa, Elise, a quien ha hecho célebre la mayoría de las novelas de su marido; es una mujer llena de rasgos demoniacos y tiene un carácter fuerte, incluso demasiado fuerte, para los tiempos que corren. A Jouhandeau le gusta compararla a una piedra — bien a la roca de Sísifo, bien al arrecife en que él ha naufragado. Estuvimos charlando un rato y ella acuñó durante esa conversación el concepto de *dégénéré supérieur*, aplicable, según dijo, a la mayoría de los escritores franceses de hoy: afirmó que el cuerpo y también la moral han entrado ya en decadencia, mientras que el espíritu se señala por su fuerza y por su elevada madurez. La maquinaria del reloj es así demasiado débil para el poderoso resorte que la mueve,

lo que da lugar a un gran número de indecencias y perversiones.

Hacia las diez llegó Jouhandeau y me acompañó a dar una vuelta por las calles que rodean la Étoile. Allí brillaba, por el lado de poniente, un cielo alto, de color verde botella, con esa luz fría que sigue al arrebol vespertino. Lo coronaban unas nubecillas de unos colores nocturnos, un amatista nacarado y un violeta gris. Jouhandeau dijo:

—Voilà un autre Arc de Triomphe.

Pasamos también junto al lugar en que yo entablé conocimiento con Madame L., por pura petulancia, para poner a prueba la receta de Morris, al que tengo derecho a considerar como uno de mis maestros en el mal. Así es como vuelven a florecer de repente, en nuestras correrías por el laberinto de las ciudades, las horas muertas, cual si en el caleidoscopio de los recuerdos se coloreasen, animasen y desfilaran multicolores los edificios y las calles. Jouhandeau estuvo de acuerdo conmigo y dijo que él dedicaba formalmente ciertas plazas y ciertas calles a la memoria de determinados amigos. Pasamos por la Avenue de Wagram, con sus cafés iluminados por luces rojas, sus cortesanas y sus calles laterales repletas de pequeños *hôtels de passe.* Jouhandeau la calificó de isla extraña en un *arrondissement* tan digno como el 16 — de vena inflamada y multicolor en el tejido de sus calles.

París, 11 de agosto de 1943

Por la noche se prolongó durante horas el fuego de la defensa antiaérea contra los aeroplanos que regresaban de destruir Núremberg y que volaban a gran altura. El comandante en jefe me hizo llamar por la mañana y me regaló una hermosa obra de botánica. Luego se presentó en mi despacho el teniente Sommer, que había estado en Hamburgo. Contó que allí se ha visto una comitiva de niños con los cabellos blancos, ancianos diminutos, envejecidos en una noche de fósforo.

He terminado el apartado cuarto del *Llamamiento,* cuya redacción progresa con lentitud. Sus dos partes cabría caracterizarlas como parte de los cimientos y parte de la edificación — en la primera se hará la descripción del fundamento, es decir, el sacrificio, y en la segunda se describirá el orden nuevo que sobre él puede levantarse. En la primera parte resulta difícil no caer en la mera compasión y por ello aguardo que en la segunda la pluma adquiera mayor fluidez.

A última hora de la tarde jugado con Baumgart dos partidas de ajedrez. Krause, que estuvo en Hamburgo durante el ataque y poco después, cuenta que vio allí unos veinte cadáveres carbonizados que estaban apoyados unos junto a otros en el pretil de un puente, como si se hallaran en una parrilla. Sin duda se trataba de personas empapadas de fósforo que huían; habían tratado de arrojarse al agua, pero habían quedado antes abrasadas. También se cuenta que se ha visto a una mujer que portaba en cada brazo el cadáver quemado de un hijo. Krause, que lleva enquistada en su corazón una bala, había pasado junto a un edificio de cuyo tejado goteaba fósforo. Había oído gritos, pero no pudo prestar ayuda — todas esas cosas traen a la memoria una de las escenas del *Inferno* de Dante, un sueño espantoso.

París, 13 de agosto de 1943

Algunos días me levanto ahora veinte minutos antes de lo habitual, con el fin de leer unas cuantas páginas de Schiller mientras desayuno; para ello utilizo la pequeña edición preparada por Kretzschmar que él mismo me regaló hace poco.

Esta lectura me ha hecho recordar otra vez uno de mis viejos proyectos, el de un *Libro edificante laico.* En él me gustaría recopilar una serie de breves fragmentos para leer, fragmentos en los cuales, de un lado, la religión desemboca en el arte y, de otro, el arte desemboca en la religión — un ramo que contuviese las más altas floraciones del espíritu humano en su confrontación con lo Eterno. Hasta ellas se alza, primero, el hombre natural, en virtud del bien que dentro de él habita, y asimismo el hombre confesional, el que profesa una

religión determinada; este se eleva de un salto a declaraciones cuya validez se mantiene allende todas las divisiones de la fe y allende todos los desarrollos del dogma. En este breviario se recogerían también algunas reproducciones de obras de las artes plásticas. A pesar de lo extenso de mis lecturas he sentido siempre la necesidad de un *vademecum* de esa especie.

Con las *Tres palabras,* de Schiller, y con las *Protopalabras, a la manera órfica,* de Goethe, hizo entrada en nuestra existencia una excelsa constelación del espíritu ideal y el espíritu sustancial, y nunca dejará de ser maravilloso el hecho de que dos astros de tal magnitud se reuniesen en una corte provinciana, en la cual no faltaban otras luminarias, mientras que hoy el espacio de un Reich de cien millones de personas es incapaz de hacer brillar un solo astro que sea equiparable a aquellos.

Por cierto que para la mencionada distinción del espíritu ideal y el espíritu sustancial resulta significativa también, además de la frecuentemente alabada charla que Goethe y Schiller sostuvieron acerca de la protoplanta, la mención de la astrología que aparece en la correspondencia sobre el *Wallenstein.*

En el correo, junto a una carta casi ilegible de Tronier Funder, que parece haber huido de Berlín, también una recensión de *Jardines y carreteras* hecha por Adolf Saager y aparecida en el *Büchereiblatt* del 19 de junio de 1943. En ella leo, entre otras cosas, lo siguiente:

«El despiste absoluto de este antirracionalista se confirma también en la realidad de la campaña. Es cierto que el autor se comporta correctamente, también humanamente; mas, a pesar de su fina sensibilidad, intima con todos los franceses que puede, como si no hubiera pasado nada».

París, 15 de agosto de 1943

Regreso de Le Mans, donde he pasado, con Baumgart y la señorita Lampe, el sábado y el domingo.

En el estudio de Nay, que me regaló un dibujo: una pareja de amantes en un parque tropical donde hay una explosión de flora. Por encima de los troncos y de las palmeras ha salido una luna enorme; en el fondo hay un vigilante que tiene en la frente un solo ojo, grande y pintado de rojo.

Allí volví a encontrar al señor De Thérouanne, una persona de una espiritualidad como solo puede formarse en una vida pasada en puro ocio. En estos casos tengo la impresión de que ese traje que es el espíritu se ha vuelto viejo y cómodo y que se ha adaptado al cuerpo con cada uno de sus pliegues, más aún, que ha acabado convirtiéndose en una segunda naturaleza. Es en eso en lo que estriba la superioridad frente a todas las diferencias de estamento, riqueza, nacionalidad, fe y aun, puede decirse, espíritu — superioridad que se logra no mediante la dilatación en lo general, sino mediante el ascenso, el crecimiento, de la nobleza, de la aristocracia. La nobleza puede llegar a ser tan significativa que confiera unos rasgos infantiles a quien la porta y haga visibles en él los antiquísimos tiempos en que los hombres eran hermanos. Por encima de todas las divisiones lo más sencillo continúa siendo lo más aristocrático. Adán es nuestro príncipe supremo. De él se deriva toda nobleza.

Nay es uno de esos trabajadores obsesos que yo he encontrado con frecuencia entre los artistas y pinta también en el breve período de descanso que le deja libre a mediodía el servicio. A veces viene también Thérouanne al estudio para, tendido en el sofá, leer un libro — es su modo de comunicarse.

Aunque Nay está muy ocupado por sus labores de cabo, se siente muy bien en Le Mans, a pesar del servicio. Esto muestra que el Estado apenas mima a los artistas. Además, aquí no entran policías en el taller para comprobar si se utilizan los pinceles. En Kniébolo todo es simbólico, y así también lo

es, a este respecto, su oficio de pintor de brocha gorda. La venganza por Sadowa es completa.

En la mañana del domingo estuve primero en la misa celebrada para los soldados católicos de nuestro ejército; a ella me condujo una feliz casualidad, feliz porque de ese modo pude disfrutar de un sermón breve y bueno acerca de María considerada como la Madre Eterna. Luego di un paseo por las orillas del Huine, un riachuelo de cauce escaso, de color terroso; sobre la superficie de sus aguas se extendían las hojas en forma de corazón de los nenúfares, mientras innumerables pescadores de caña se entregaban al cultivo del ocio. Cerca de la orilla están amarradas unas barcazas cubiertas que sirven de lavaderos públicos.

Más tarde estuve en el cementerio; alrededor de las tumbas reinaba una vida muy agitada, ya que era la Asunción de María y los muertos toman parte en las festividades. Un modesto obelisco indica, en medio de los monumentos funerarios, el lugar donde reposa Levasseur de la Sarthe, que se dio a sí mismo el inusual título de *exconventionnel.* Al verlo pensé si más tarde, dentro tal vez de treinta años, habrá también alguna vez alguien que se haga enterrar como exnazi. ¿Cómo pretender profetizar los recovecos y extravagancias del espíritu humano?

Al mediodía en casa de los Morin; la comida se prolongó hasta las cinco. La dueña de la casa nos obsequió, entre otras cosas, con un pastel cuyos ingredientes son setas, huevos y médula de buey y que lleva el nombre de *amourette.* Entre los vinos había un borgoña que el señor Morin embotelló el año en que nació su hijo y que está destinado a acompañar las fiestas de su vida como una melodía que irá haciéndose cada vez más bella, y también más suave, pues con el correr de los años el tanino ha galvanizado la pared interior de las botellas. Abajo, en la tienda, estuvimos viendo todavía los libros, allí adquirí la Vulgata que hace tiempo quería llevar conmigo, la hermosa edición parisiense de 1664, una edición famosa, pero impresa en caracteres microscópicos.

Durante el viaje de vuelta nos vimos sorprendidos por el espectáculo de un eclipse de luna. Dado que el instante de máximo oscurecimiento coincidió con el crepúsculo, el borde de la luna creciente, que al principio era blanco, fue coloreándose a medida que ella aumentaba de tamaño; y, al ir hinchándose, el borde se doraba.

Lectura en el tren durante el viaje: *Le Prince de Bismarck, psychologie de l'homme fort,* de Charles Benoist, París, 1900, editado por Didier. Lo único que en ese libro ha tenido significado para mí ha sido el goce de una cierta visión estereoscópica al leer, pues por lo demás estoy familiarizado desde pequeño con todos los detalles de la vida de Bismarck gracias a las conversaciones de sobremesa que durante decenios mantuve con mi padre.

Después hojeado un poco en *Le spleen de Paris,* en la edición que me regaló Charmille el año pasado. El epílogo:

> *Je t'aime, ô capitale infâme! Courtisanes*
> *et bandits, tels souvent vous offrez des plaisirs*
> *que ne comprennent pas les vulgaires profanes!*

capta la fruición espiritual que nos proporcionan las cosas vulgares, su policromía, de la cual participamos como si atravesásemos las rejas de una casa de fieras. Eso es también lo que nos produce bienestar en Petronio.

El *Llamamiento* puede aparecer tan solo en una coyuntura que no cabe calcular en el tiempo. Si estuviese terminado antes, lo revisaré como un jardinero, hasta que llegue la hora.

París, 16 de agosto de 1943

En sueños contemplaba una máquina nueva, excelente, que utilizaba aire para fabricar telas. Cuando giraba despacio se veía salir de sus toberas una especie de algodón esponjoso que se coagulaba; cuando se movía más deprisa producía *shirting* y lino. Y cuando funcionaba a toda velocidad escupía tiras de lana gruesa. En cada uno de los casos la máquina absorbía gases diferentes. Yo observaba con cierta sorpresa ad-

mirada aquella fabricación de tejidos con aire, pese a que al mismo tiempo me producía repulsión.

Por la mañana sobrevolaron la ciudad unos trescientos aviones; desde la azotea del hotel Majestic estuve contemplando el fuego de la defensa antiaérea. Estos vuelos proporcionan uno de nuestros grandes espectáculos; se percibe el poder titánico en los amplios espacios. No pude distinguir pormenores, pero parece que uno de los bombarderos fue alcanzado, pues por encima de Montmartre cayó al suelo, meciéndose lentamente en el aire, un paracaídas.

París, 17 de agosto de 1943

El ataque aéreo contra Hamburgo representa, entre otras cosas, el primer acontecimiento de esa especie en Europa que escapa a las estadísticas de población. Las oficinas del registro civil son incapaces de precisar cuántos seres humanos han perdido la vida. Las víctimas murieron como peces o como langostas, fuera de la historia, en la zona elemental, que no conoce registros.

Estilo: la repetición de ciertas preposiciones en alemán, como ocurre en la frase: *Das reicht nicht an mich heran* [eso no llega hasta mí], o en: *Er trat aus dem Walde heraus* [él salió del bosque], no me incomoda ya tanto como antes; pues lo que hay en ello es un reforzamiento, una afirmación. Solo que es menester no prodigar esas cosas.

A última hora de la tarde conversación con Weniger y con Schnath sobre interioridades de Hannover; nos ha incitado a hablar de ellas la destrucción de nuestra vieja ciudad natal. En esa conversación han salido a relucir, entre otros personajes originales, Schrader, el encargado de los baños, Gross, el tallista de máscaras, y mi abuelo, el maestro de escuela.

Detrás de la Columna de Waterloo había un oscuro pasaje que llevaba a la Masch; en aquel pasaje se despedían de sus chicas, antes de que sonase la retreta, los soldados del cuar-

tel de Bult, o bien vagaban como fantasmas algunos borrachos, o bien, en fin, se cometían muchas obscenidades y guarrerías de toda laya — de ahí que se lo llamase *Köttelgang* [pasaje de las cagarrutas]. Tras la revolución de 1918, que hizo de Leinert, excelente persona por otra parte, secretario general del ayuntamiento, podía leerse allí en una valla: Calle de Leinert (antes Pasaje de las Cagarrutas).

Un pasquín típico de la Baja Sajonia.

París, 21 de agosto de 1943

Velada en casa de Jouhandeau, que tiene mucho de monje medieval, concretamente de la variedad del tipo extático. En su espiritualidad llaman la atención algunas elevaciones exquisitas — un poco más de ligereza y alzaría el vuelo. Desde luego hay también en ello algunos rasgos luciferinos.

Conversación sobre la inseguridad en el Bois, que hace poco se me ha hecho patente con ocasión de un paseo solitario en la oscuridad. Personajes sospechosos eran los únicos que se movían por los caminos y entre los arbustos. Muchos de los hombres que son llamados para ir a trabajar a Alemania abandonan sus domicilios y ello hace que aumente considerablemente el número de personas que viven fuera de la ley y, con ello, la delincuencia. Las graves y variadas amenazas contra la libertad proporcionan numerosos reclutas al estamento de los ladrones — hace años que previ eso, aunque sin saber aún las formas específicas en que se haría realidad.

La Rue du Commandant-Marchand queda cerca del Bois. Jouhandeau ha contado que allí se oyen con frecuencia disparos de revólver; hace poco uno de esos disparos fue seguido de unos espantosos lamentos de agonía. Elise se lanzó a la calle a prestar ayuda; es un rasgo que la caracteriza. Se asemeja a los soldados que se sienten fascinados por los cañones, es uno de esos seres cuyas fuerzas se liberan solo en el peligro. Tales mujeres pueden producir levantamientos populares. Por cierto que he observado, y aquí prescindo naturalmente de los sujetos venales, que la germanofilia se manifiesta justo en aquella parte de la población en la que está vi-

va todavía una fuerza elemental. Es la misma secreta corriente subterránea que en Alemania aparece como rusofilia. Contra ella actúan allí las fuerzas del orden, las cuales se inclinan por el Oeste. De ese conflicto, cuyo campo de batalla es sobre todo el centro, emergerán formaciones nuevas.

Hablado sobre los muertos. La madre de Jouhandeau falleció muy anciana; en el instante de la muerte su rostro se iluminó como por efecto de un estallido interior; adquirió los rasgos de una joven de veinte años. Luego pareció envejecer de nuevo y hasta el momento del entierro conservó la cara de una mujer de cuarenta años. Hablado luego sobre la idiocia moderna, la cual se hace visible especialmente también en relación con la muerte, así como en la ceguera con respecto a las fuerzas gigantescas que ejercen su dominio en nuestra vecindad más inmediata. Hablado también sobre Léon Bloy.

En una noche del año de 1941 la mujer de un conocido de Jouhandeau estaba a punto de dar a luz; el marido salió de casa para avisar a la comadrona. Ya había sonado la hora del toque de queda; una patrulla francesa lo paró y lo condujo al puesto de guardia. Allí el hombre explicó su caso; se avisó a la comadrona, pero a él lo retuvieron hasta la mañana siguiente, para comprobar la verdad de sus afirmaciones. Entretanto llegó la noticia de que había habido un atentado; a toda prisa se procedió a juntar algunos rehenes, y, entre otras personas que habían infringido el toque de queda, se fusiló también a aquel hombre. Esta historia encierra una verdad superior y recuerda por ello uno de los cuentos macabros que aparecen en *Las mil y una noches.*

Historias mauritanas:

1. Los acantilados de pórfido. Descripción de la ciudad excavada por Braquemart como la sede originaria de la violencia.

2. El sendero de Masirah. La búsqueda de la mina de piedras preciosas por Fortunio y sus aventuras en ese viaje.

3. El dios de la ciudad. Debe llevar más allá del superhombre, ya que el concepto supremo del hombre será animalizado y divinizado a un tiempo. Esa es una de las metas de la Edad Moderna y de su ciencia, la cual posee, debajo de su máscara racional, rasgos mágicos; congelación en la Torre de Babel.

Los primeros cincuenta años de nuestro siglo. El progreso, el mundo de las máquinas, la ciencia, la técnica, la guerra, como elementos del mundo preheroico y posheroico, del mundo de los titanes. Todas las cosas se vuelven incandescentes, adquieren una peligrosidad elemental. Para describir ese lapso de tiempo, en la novela por ejemplo, habría que empezar con un personaje que lo afirmase con vehemencia, bien que de manera poco clara, con un Werther del siglo xx, es decir, tal vez con Rimbaud. A esa figura demoniaca habría que asociar otra, alguien que tuviese un saber superior del orden, es decir, no un saber puramente conservador, sino un saber que actuase enérgicamente, un Gran Maestre de la Torre de Babel.

París, 24 de agosto de 1943

Estaba sentado a la mesa con mi padre y con algunos conocidos — era el momento en que el camarero se acercaba para presentar la cuenta. Me extrañaba que aquel hombre se extendiese hablando sobre todo del vino y del precio a que lo compraba y que luego, en el transcurso de la conversación, acercara una silla y se sentase en ella. Gracias a una observación de mi padre se me revelaba que quien estaba hablando con nosotros era el dueño del local. Sus movimientos y sus palabras se adecuaban a ese rango suyo, mientras que no concordaban con los de un camarero.

Al despertarme me pregunté, con Lichtenberg, por la economía y la dramática internas de tales procesos. ¿Por qué el esclarecimiento de la situación real, acerca de la cual no cabían dudas desde el principio, se produjo tan solo gracias a una observación hecha de forma incidental en la charla? ¿Es

que acaso el soñante interviene en la dirección escénica de sus sueños, para hacerlos más interesantes? ¿O bien interviene como actor en una obra de teatro cuyo significado queda por encima de él?

Ambas cosas son ciertas, por cuanto, en nuestros sueños, por un lado aparecemos como un personaje y a la vez somos parte del Universo. Por esta segunda cualidad está viva en nosotros una inteligencia incomparablemente superior, que admiramos cuando el despertar nos ha devuelto a nuestra condición separada, a nuestra individualidad. Al dormir nos asemejamos a estatuas que pensasen con sus cerebros y que, además, estuviesen conectadas en su totalidad, con todas sus moléculas, a las corrientes cósmicas de pensamiento. Nos sumergimos en las aguas de la inteligencia premortal y posmortal.

¿Era Lichtenberg demasiado listo para comprender este doble juego? Me gustaría, en todo caso, tener una charla con él sobre esto, pues su pregunta es una de esas que para mí han llegado a ser más fecundas que no pocas respuestas.

Acabado *Cashel Byron's Profession,* de Bernard Shaw. Es un libro que me ha divertido, a pesar de su polvo victoriano. En estas obras un poco anticuadas se aprende a ver qué es lo primero que queda destruido por el tiempo. De las abundantes paradojas esparcidas por el libro anoto la siguiente:

«La peor locura es la racional, pues posee armas contra la razón».

Acabado de leer además una corta biografía del pintor Pierre Bonnard, que me había sido recomendada por Madame Cardot. De las anécdotas que de él se cuentan me ha resultado especialmente comprensible esta: su tendencia a seguir trabajando en sus cuadros antiguos, aunque los hubiera vendido mucho tiempo atrás, ya que sentía como un reproche la distancia que los separaba de la perfección. Andaba así al acecho en los museos, hasta que el vigilante se alejaba; entonces sacaba del bolsillo una paleta minúscula y un trocito

de pincel y con él aplicaba a toda prisa algunos toques de luz a sus cuadros.

Un rasgo como ese ilumina no pocas cosas — entre otras, la propiedad espiritual del pintor, que está menos desarrollada que la del autor de libros. Precisamente el pintor depende mucho más de la materia y por ello los griegos lo ponían con razón por debajo del filósofo, del poeta, del aedo.

Hoy he estado acordándome de uno de mis pensamientos filosóficos infantiles; para ser de un chaval, no estaba nada mal:

«El "auténtico" pollo está desnudo, es el que se ve colgado ante las tiendas de volatería. ¿Qué tienen que ver, entonces, las plumas con el pollo? Están ahí tan solo como un traje, para dar calor».

Por analogía con eso yo podría haber deducido también, claro está, que en el fondo la auténtica forma humana la constituyen el esqueleto o los músculos o los nervios, con el cerebro y la médula espinal; y, de hecho, todavía hoy tengo un sentimiento de descubridor cuando hojeo láminas anatómicas. Pero al mismo tiempo veo las cosas desde el otro cabo, por cuanto los múltiples sistemas que forman nuestro cuerpo se me aparecen como esquemas, como proyecciones en el espacio extenso. Su realidad estriba únicamente en su relación con el todo, con lo inextenso, y sin ella se tornan ridículos y absurdos, como un pollo desplumado.

Los árboles son, por cierto, las mejores imágenes de ese despliegue a partir de lo inextenso; de igual modo que el auténtico eje de una rueda no es visible, así el auténtico punto vegetativo de un árbol no está situado en el espacio. Con esto se halla relacionado también el carácter de rama y de raíz por el que se señalan muchos de nuestros órganos. Así el cerebro se asemeja a un cotiledón de doble hoja que estuviese ligado al cuerpo por esas raíces principales y fibrosas que son la médula espinal. De eso se desprendería que el propio

cerebro no es un fruto, sino una sustancia que forma frutos, que los prepara.

A las siete menos cuarto ha sobrevolado la ciudad a baja altura una gran formación aérea, enmarcada por las nubecillas de color violeta marrón de los proyectiles disparados contra ella. Sin dejarse desviar de su ruta ha volado en dirección a la Étoile por encima de la Avenue Kléber. Estos espectáculos sobre las metrópolis encierran algo propio de Titanes: la fuerza monstruosa del trabajo colectivo sale del anonimato, adquiere un carácter sobremanera visible. De ahí que posean también un cariz de cosa serenante.

El ataque iba dirigido contra el aeródromo de Villacoublay, donde ha destruido doce hangares y veintiún bombarderos y ha dejado la pista como un campo arado. Además en las aldeas vecinas han quedado aniquiladas algunas casas de labor y han perecido muchos habitantes. En un bosquecillo se ha encontrado a un hombre que iba montado en una bicicleta; tanto él como ella habían sido lanzados hasta allí, desde una gran distancia, por la explosión de una bomba.

París, 25 de agosto de 1943

Por la tarde en Les-Essarts-le-Roi, a cazar perdices. Como el cristal en el agua madre, así va emergiendo invisiblemente ahora el otoño en el verano. Su aroma, el primer frescor, el modo como se hace visible en el paisaje su carácter frutal — su modo de hacer madurar las formas, de redondearlas, de volverlas enjundiosas.

No he llegado a disparar un solo tiro, pues me he dedicado a la caza sutil al borde de un charco; es mucho más interesante. Allí he encontrado la *Yola bicarinata*, un insecto del Oeste; a última hora de la tarde, con la ayuda de la hermosa obra de Guignot sobre los coleópteros acuáticos de Francia, he estado ocupándome de su estructura.

Tarde ya, he subido a la habitación del Presidente. De regreso de Colonia, ha contado que en los sótanos de los edifi-

cios en ruina de aquella ciudad se han abierto «Tabernas renanas»; en ellas se reúnen los que se han quedado sin vivienda por culpa de los bombardeos. Reina allí un ambiente muy animado. Los bebedores entonan las viejas canciones de Carnaval — especialmente popular es, a lo que parece, la titulada *Ja, das sind Sächelchen!* [¡Sí, estas son cositas!].

Esto me trae a la memoria mi lectura de *La máscara de la Muerte Roja,* de E.A. Poe, al cual cabe considerar desde luego, junto con Defoe y su *Diario del año de la peste,* como uno de los autores de nuestro tiempo.

París, 26 de agosto de 1943

Avanzado un poco en el *Llamamiento.* Durante los grandes calores he interrumpido mi trabajo en él, pues es notable lo poco que cabe crear con la mera voluntad. Precisamente todo lo relacionado con las Musas forma parte de nuestra existencia vegetativa y no de nuestra existencia animal. De ahí también que sea mucho más dependiente del clima. Tampoco es posible adiestrarlo, y ninguna amenaza lo forzará a pagar tributo; la pluma auténtica no puede ser nunca venal.

Cenado en Maxim's con Neuhaus y con su cuñado, Von Schewen; hallo en este, como en la mayoría de los viejos conservadores, el defecto de que sobreestiman los poderes nuevos. No ven que la superioridad de esos poderes estriba en que trabajan más barato, por cuanto se atienen a las reglas de la costumbre, del derecho y de la decencia tan solo en aquellos sitios donde les viene bien. Ese es su doble juego, que les deja siempre la posibilidad de optar por lo más bajo. Así, por ejemplo, ponen fin a una partida de ajedrez con un bastonazo, o a un contrato de renta vitalicia asesinando al rentista. Tales cosas producen un efecto de sorpresa, pero solo por poco tiempo. Precisamente esos atletas de boquilla se achican tan pronto se les habla de esa misma manera, la única que a ellos les resulta comprensible. También los conservadores son muy capaces de hacer eso, si tienen suficiente calado y tocan su fondo autóctono; cabe verlo en Sila y todavía en Bismarck. A menudo tengo incluso la impresión de

que ciertos virajes que se repiten en la historia sirven únicamente para provocar y poner en marcha esa reacción, como respuesta de la raza primordial, de igual manera que la lluvia hace germinar el grano. Desde luego, entonces se pierde la inocencia; la monarquía restaurada viene después del pecado original.

París, 27 de agosto de 1943

Café en casa de Banine. Todo el arte en el trato con los seres humanos está en mantener durante largos períodos de tiempo la misma agradable distancia media, sin alejamientos, sin acercamientos y sin variaciones de la cualidad. También el cosmos social de los conocidos, de los matrimonios, de las amistades reposa, igual que el cosmos astronómico, en ese equilibrio entre la fuerza centrífuga y la de la gravedad. La parte más agradable de la vida no es, sin duda, aquella que se basa en el cambio, sino aquella que se basa en la repetición.

Durante la cena en el hotel Raphaël larga conversación con Weniger sobre nuestro paisano Löns y sobre esa forma especial de *décadence* que le es común con los autores nórdicos y con bastantes autores ingleses. Una extraña *morbidezza* ataca a los germanos en esos decenios y el tener conocimiento de ella proporciona la clave para comprender una numerosa serie de personas y de cosas. Así, esa *morbidezza* ejerce una enorme influencia sobre el *Jugendstil,* el «modernismo», al que hoy todavía se concibe de una manera demasiado estrecha y formalista, sin verlo suficientemente como un espectáculo espiritual. Durante un determinado decenio casi todas las cosas forman parte de ese espectáculo. Por vez primera vi claro eso en el Casino del 73.° Regimiento, en Hannover; en sus paredes colgaban los retratos de los viejos oficiales, desde la batalla de Waterloo, y allí se transparentaba de manera general el extraño relajamiento que hubo a finales de siglo. En esa situación también los germanos tienen necesidad de mentores judíos, tienen necesidad de su Marx, de su Freud o de su Bergson; los veneran de manera infantil y aspiran a convertirse más tarde en su Edipo. Es preciso sa-

ber esas cosas si se quiere comprender el antisemitismo de salón como síntoma típico.

En la cama he comenzado a leer *Point Counter Point,* de Huxley. También las temperaturas bajo cero resultan fascinadoras cuando descienden lo bastante. Eso se nota en ciertas novelas del rococó y es posible que, en este sentido, también Huxley experimente todavía una apreciación póstuma. A tales grados de temperatura pierden su brillo también la carne y el contacto erótico; resalta su ingrediente físico. En general Huxley da el armazón científico de nuestra época, como preciso dibujante y analista que es. El buen estilo presupone hoy una formación en ciencias naturales, de igual modo que en otros tiempos presuponía una formación teológica.

París, 28 de agosto de 1943

En las primeras horas del amanecer estaba hablando con mi padre sobre libros, como tantas veces en mi vida, y de repente me percataba de que me hallaba desde hacía tiempo en un error acerca de nuestra relación. El error consistía en que no era él quien había muerto, sino más bien yo. «Exacto, él muere en mí; pero entonces es imposible que yo no haya muerto en él.»

En ese momento intentaba hacer memoria de las circunstancias de mi fallecimiento, pero durante largo rato no encontraba ningún punto en que apoyarme. Era como si se hubiera tratado de un pequeño viaje, de un mero traslado, que uno olvida pronto. Mas luego cristalizaba de repente en mi recuerdo la estampa de la última caminata, con todos sus pormenores.

La cosa ocurría en una gran estación de ferrocarril; había allí pequeñas salas de espera y en una de ellas me encontraba yo, con un grupo de viajeros, delante de una puerta. Seríamos seis o nueve, tal vez también doce. Íbamos vestidos con sencillez, como trabajadores que se dispusieran a emprender una excursión dominguera; la ropa de los hombres era azul, de dril, y las mujeres llevaban unos monos de pana

marrón. La insignia que portábamos era un alfiler con una de esas mariposas amarillas cuyo color tiende al azul cuando mueven las alas. Me llamaba la atención el hecho de que ninguno de nosotros llevase bulto alguno en la mano, ninguna maleta, ni tampoco una de esas pequeñas carteras que vemos con frecuencia en manos de los obreros.

Tras haber estado un rato de pie en medio de la aglomeración de la sala de espera, se abría la puerta y entraba apresuradamente un clérigo. Era un hombre delgado, de baja estatura, con una sotana negra, y mostraba esa agitación, propia de personas muy ocupadas, que tienen los pastores de almas que trabajan en parroquias grandes y mal dotadas de personal, los cuales ven interrumpida la sucesión de sus deberes unas veces por un bautizo, otras por un entierro y otras por una confesión urgente. Son curas de los suburbios.

El sacerdote nos estrechaba la mano y luego nos conducía hacia el interior de la estación por unos pasillos largos, mal iluminados, y por unas escaleras. Yo pensaba que acaso fuésemos a tomar con él un tren de cercanías para realizar una pequeña excursión a una imagen milagrosa o a un convento en el que el sermón iba a predicarlo un obispo extranjero.

Pero mientras íbamos caminando de aquella manera sentía agitarse dentro de mí las olas de una angustia creciente y por fin comprendía, con dificultad, como en un oscuro sueño, la situación en que me hallaba. El grupo de personas con el cual yo era conducido por aquellos pasillos subterráneos era una comunidad mortuoria, formada por gentes que se sentían necesitadas de la última purificación y que iban a despojarse de su cuerpo como de un vestido viejo. Había, en efecto, desde que el mundo se hallaba en desorden, muchas comunidades de esas y su formación dependía de la especie de muerte que sus miembros hubiesen elegido. Por lo que a nosotros se refiere, estaba aguardándonos un baño de fósforo. De ahí lo exiguo de nuestro grupo.

¡Cuánto había añorado yo esta gran purificación! Mis estudios teológicos no menos que mis conocimientos metafísi-

cos, mis tendencias estoicas y espirituales, los deseos innatos de afrontar el último riesgo y también el lujo de una curiosidad sublime, las doctrinas de Nigromontano, la nostalgia de Dorotea y de los excelsos guerreros que me habían precedido — todas esas cosas se habían conjuntado para corroborarme en mi resolución y eliminar todos los obstáculos. Y entonces, en aquel pasillo estrecho, oscuro, se apoderaba de mí una angustia horrorosa.

«Qué buena cosa es», pensaba yo, «que al menos hayas abandonado tu equipaje y así puedas juntar las manos.» Enseguida comenzaba a aferrarme a la oración, como alguien que, sobre un abismo espantoso, estuviese colgado de la última raíz. Yo rezaba el padrenuestro con ahínco, más aún, lo rezaba de una manera salvaje, y, así que lo terminaba, volvía a rezarlo una vez y otra. No había en ello ni un consuelo ni un mérito ni un pensamiento, lo único que había era un fiero instinto último, un saber ancestral, el que hace que quien está ahogándose luche por respirar y quien está sediento clame pidiendo agua y el niño grite llamando a su madre. Tan solo a veces pensaba, cuando llegaban algunas olas de alivio: «Oh tú, plegaria maravillosa, tesoro inmenso, ningún invento en la Tierra se equipara a ti».

Nuestra marcha por aquel laberinto había llegado por fin a su término: nos llevaban a una habitación iluminada con luz cenital y amueblada como un salón de música. El clérigo desaparecía en una pequeña sacristía y regresaba revestido con una capa pluvial de seda blanca y una estola adornada con piedras de colores. Nosotros habíamos subido entretanto a una especie de plataforma o balaustrada — desde arriba yo veía que estaba formada por la tapa de un piano de cola. El sacerdote se sentaba a aquel piano y tocaba. Nosotros empezábamos a entonar cantos, de acuerdo con la melodía que él interpretaba, y con aquellos sonidos, que me penetraban, inundábame un sentimiento de dicha — un coraje nuevo, más fuerte que cualquier otro coraje que puedan procurarnos las cumbres espirituales y corporales. La alegría iba cre-

ciendo y llegaba a ser tan intensa que me despertaba — y es extraño, pero este ha sido uno de los sueños de cuyo despertar no me he felicitado.

París, 29 de agosto de 1943

En la tarde de hoy domingo hojeado un poco en mi libro de cuentos — quiero decir en el Musée de l'Homme. Allí he vuelto a ver a Miss Baartman, la Venus hotentote, alrededor de la cual hay siempre un nutrido grupo de visitantes a los que aquello en parte divierte y en parte resulta chocante. Miss Baartman falleció en París hacia 1816, a la edad de treinta y ocho años, y entonces no fue ciertamente disecada, pero sí vaciada en un molde, con todos los pormenores de sus encantos íntimos, que se apartan de toda norma; de esa manera fue expuesta en una imagen de yeso completamente fiel al original. A su lado puede verse además su esqueleto.

Pensamiento mientras miraba a quienes miraban: ¿habrá acaso seres, seres invisibles y sumamente peligrosos, para los cuales sois vosotros objetos de museo y piezas de colección?

Luego en la exposición de temas marineros instalada durante algunas semanas en los bajos del museo. Junto a numerosos modelos de barcos, armas, instrumentos náuticos, relojes de arena y documentos se había reunido allí también un grupo numeroso de pinturas, como, por ejemplo, diversas marinas de Joseph Vernet, vistas de ciudades portuarias y costeras. Uno de esos cuadros, una panorámica del golfo de Bandol, se halla animado en el primer plano por una pesca del atún. Las barcas de los pescadores, donde la matanza está en plena actividad, hállanse rodeadas por galeras de gala, en las que un público elegante contempla con asombro aquel baño de sangre. Entre las crestas blancas de las olas y las toscas mallas de las redes una banda de muchachos semidesnudos lucha a brazo partido con los peces, que tienen tamaño humano y están extrañamente rígidos. Los muchachos arrastran hacia sí a los peces con unos ganchos que les han clavado en las agallas o bien los rodean con sus brazos y los de-

güellan con largos cuchillos — niños asesinos con sus juguetes. La gente de la ciudad está fascinada por aquella fiesta de sangre: las mujeres se cubren los ojos o extienden los brazos, medio desmayadas, para protegerse de aquella avalancha de imágenes, mientras los caballeros las sostienen abrazándolas por el pecho. Bien se ve que la pesca del atún es un espectáculo rojo, como lo muestra también, en efecto, la hermosa descripción que de ella hizo el *abbé* Cetti.

Un naufragio, pintado por Gudin hacia 1821, me ha permitido comprender por vez primera la naturaleza de ese acontecimiento y, por encima de eso, la fatalidad, la densidad de la catástrofe, en la que se acumula un enorme número de imágenes. Ya el aspecto general de la pintura provoca un sentimiento de debilidad, de mareo, en quien la contempla. Ve un gran barco en medio de un mar terriblemente agitado, sobre el que se ciernen nubes oscuras y cuelgan cortinas de lluvia. La posición del barco es tal que se halla casi vertical sobre la proa; parécese, en efecto, a la punta de un leño o a una cuña que un remolino gigantesco succionase hacia las profundidades. Y así, lo único que sobresale de aquel remolino es la ancha popa, en la que se descifra la palabra «Kent», y una parte del casco, de cuyas ventanas y ojos de buey salen humo y llamas. Sobre aquel vasto pedazo de madera, que en parte se halla ya oculto por fuegos rojos, humaredas amarillas y espumas blancas, apretújase una muchedumbre de seres humanos; de su oscuro racimo se separan algunos que se arrojan a las profundidades o descienden agarrados a cuerdas. Sujeta a una driza se balancea en el aire, sobre el abismo hirviente, una mujer con un niño, a la que se pretende bajar hasta uno de los botes. Casi nos maravillamos de que en aquella confusión terrible pueda aún pensarse en tales tentativas de salvamento, pero en medio del grupo de seres humanos se ve allá arriba una figura tocada con un sombrero de copa que, con el brazo tendido en ademán imperioso, parece señalar algo y estar dando órdenes todavía. El barco que naufraga está rodeado de botes com-

pletamente abarrotados que combaten con las olas — en uno de ellos se está a punto de apartar con la pala de un remo a alguien que se acerca a él a nado. En medio de las blancas espumas que giran, las aguas están lisas y brillan con un suave color verde de una fuerza narcótica. Vense allí personas que se agarran a los restos del naufragio y otras que, ya ahogadas, marchan hacia el fondo cual si estuvieran dormidas — aún son visibles sus colores, pero ya están incrustadas en el cristal verde, en el cristal azul marino. Allí destaca, hermoso y resplandeciente, un pañuelo rojo.

Velada en casa de Morand, que ha sido nombrado embajador en Bucarest. Llega el otoño, se van las golondrinas.

París, 30 de agosto de 1943

En la escalera del hotel Majestic han colocado, en un lugar de la vieja y gastada alfombra, un pedazo de alfombra nueva, muelle, de colores más brillantes. Observo que, cuando paso por allí, subo más despacio los peldaños. Esto, para la relación entre el dolor y el tiempo.

Carl Schmitt escribe que su hermosa vivienda de Berlín está en ruinas. De las cosas que ha podido salvar menciona únicamente las pinturas de Nay y de Gilles, y esa preferencia es justa, pues la obra de arte forma parte del mobiliario mágico de la casa, de los bienes más importantes, equiparables a las imágenes de los lares y penates.

París, 31 de agosto de 1943

Cena con Abel Bonnard en la Rue de Talleyrand. Conversación sobre los viajes por mar, los peces voladores y el *Argonauta argo o* argonauta común, el último de los amonites, que solo cuando el mar está completamente en calma asciende de las profundidades en su concha primorosa, parecida a una barca de gala, para entregarse a sus juegos. Luego hemos hablado sobre el cuadro de Gudin que puede verse en la exposición de temas marineros y cuyos pormenores le he descrito. Bonnard ha contado que ese pintor, en sus estudios

previos para pintar tales escenas de naufragio, destruía a bastonazos bellos modelos antiguos de barcos de vela del siglo XVIII, hasta dejarlos en el estado que deseaba.

¿Por qué una cabeza tan lista, tan clara, como Bonnard se mete en estos reinos de la política? He pensado, mirándolo, en la frase de Casanova; según Casanova, por fuerza ha de ir ligado siempre un cierto encanto a las funciones de un ministro, encanto que él, desde luego, no puede comprender, pero que ha visto actuar sobre todos aquellos que han ocupado ese cargo. En el siglo XX, sin embargo, lo único que queda de eso es el trabajo y las coces del *demos,* del populacho, con las que hay que contar más tarde o más temprano. También aumenta sin interrupción la mala fama.

París, 1 de septiembre de 1943

Cada vez con más frecuencia me veo obligado a poner en mi libreta de direcciones estos signos: ? † = muerto; = destruido por las bombas.

Así, el doctor Otte me escribe desde Hamburgo que el 30 de julio quedó destruida allí, junto con la totalidad del Fischmarkt, el mercado del pescado, también su farmacia, incluidos todos los bienes heredados desde los tiempos de su bisabuelo y las habitaciones en que tenía su archivo sobre Kubin. Ahora ha instalado una farmacia provisional en un estanco: «Todo menos irme de Hamburgo. Aquí viviré o sucumbiré».

Cenado con el Presidente, que me ha contado cosas de los campos de concentración de Renania en el año 1933, con muchos detalles del mundo de los desolladores. Siento, por desgracia, que el conocimiento de tales cosas está empezando a causar efecto no, ciertamente, sobre mi relación con la patria, pero sí sobre mi relación con los alemanes.

París, 4 de septiembre de 1943

Ayer, inicio del quinto año de la guerra, muy melancólico; me fui pronto a la cama. Una vez más vuelvo a estar insatisfecho con mi salud, pero eso me inquieta menos desde que

me he formado esta idea al respecto. Mi crecimiento se asemeja a un rizoma que vegetase bajo tierra; a menudo está casi seco, y, sin embargo, a veces, con el correr de los años, estimulado espiritualmente, produce retoños verdes, flores y frutos.

Continuado la lectura de Huxley, que se hace difícil, sin embargo, por la seca frialdad del autor. Me ha parecido notable un pasaje en el que expone que la influencia de las estaciones del año, la ordenación de la vida de conformidad con ellas, es algo que va disminuyendo a medida que aumenta la civilización. Así, dice, en Sicilia el número de nacimientos es en enero todavía el doble que en agosto. Es verdad: la periodicidad decrece con el correr del tiempo. Es una suerte de desgaste, de erosión por rotación. Asimismo se difumina la diferencia entre el día laborable y el día festivo: en la ciudad todos los días son de feria. Quedan todavía algunos ecos de que antiguamente la moral cambiaba con los meses — a orillas del lago de Constanza se da por sentado que durante los días de Carnaval los cónyuges han de ser indulgentes el uno con el otro. Pero la desaparición de la periodicidad es tan solo una de las caras de ese proceso — la otra consiste en que el ritmo gana a costa de aquella. Las vibraciones son de menor amplitud y, a cambio, más numerosas. Al final se encuentra nuestro mundo de máquinas. El ritmo de la máquina es vertiginoso, pero a la máquina le falta periodicidad. Sus vibraciones son innumerables, pero iguales, sin distinción entre ellas. La máquina es un símbolo, su economicidad es una ilusión óptica — la máquina es una especie de molino de oraciones.

Mientras dormía fui sintiéndome mejor — me veía en un jardín en el que me despedía de Perpetua y del niño. Había estado removiendo la tierra y había descubierto con la laya una pequeña oquedad donde veía dormitar una serpiente de color oscuro. En el momento de despedirme le hablaba de ello a Perpetua; me preocupaba que el animal pudiese morder al niño durante sus juegos y por eso volvía sobre mis pa-

sos para matarlo. Pero en ese instante descubría que el jardín albergaba numerosas serpientes — ovillos enteros de ellas estaban tomando el sol en la terraza de un pabellón semiderruido. Allí veía serpientes de color rojo oscuro, otras azules y otras jaspeadas de negro y amarillo, de rojo y negro, o de rojo y marfil. Yo comenzaba a expulsarlas de la terraza con mi bastón; manojos de ellas se alzaban entonces y me apretaban contra su cuerpo. Me daba cuenta de que eran inofensivas y por ello apenas me asustaba al divisar a mi lado al pequeño, que me había seguido sin que yo lo notara; el niño agarraba a los animales por el centro del cuerpo y, como si se tratase de un alegre juego, los llevaba fuera del jardín. Este sueño me ha reconfortado; me he despertado con nuevos ánimos.

A primera hora de la mañana de hoy se ha sabido que los ingleses han desembarcado en el extremo suroccidental de Apulia. En la incursión aérea de ayer sobre París cayeron por primera vez bombas en los barrios del centro, y en concreto en algunas calles que yo amo, como la Rue de Rennes y la Rue Saint-Placide. También cayeron dos bombas en la Rue du Cherche-Midi, una muy cerca de la librería de viejo de Morin, al que inmediatamente llamé por teléfono, y otra frente a la casa de la Doctoresse.

Por la tarde he estado en el Barrio Latino, primero a visitar a un lector desconocido, llamado Leleu, que por el correo neumático me había solicitado una entrevista. Resultó que era un representante de tejidos de Lyon, que me recibió en una minúscula habitación de un destartalado hotel. Una vez que tomé asiento en la única silla que allí había y que él se acomodó en la cama, nos enfrascamos en una charla sobre la situación; durante ella dio rienda suelta a algunas veleidades enérgicas, pero confusas, con inclinaciones comunistas. Esto me trajo a la memoria los años en que también yo recortaba mi vida con la tijera de los conceptos, transformándola en flores de papel. Cuánto tiempo valioso se desperdicia de esa manera.

Luego en la librería de viejo de Morin; por el camino fui mirando los destrozos de la Rue du Cherche-Midi. La bella piedra blanda de que está construida esta ciudad había sido ya recogida en grandes montones delante de los edificios afectados; de los huecos de las ventanas sin cristales colgaban cortinas o sábanas, o un tiesto solitario se hallaba todavía en su repisa. Los rayos que cayeron de un cielo sereno habían golpeado a los pequeños comerciantes y a esas gentes modestas que moran encima de sus tiendas en viviendas viejas, llenas de recovecos. También entré en casa de la Doctoresse; como ella está de viaje hice que me abrieran el piso para ver si todo estaba en orden. Los cristales habían caído de los marcos de las ventanas, como en casi todas las casas, pero no había otros desperfectos.

Durante estas caminatas un avión solitario, rodeado por las nubes de los disparos de la defensa antiaérea, estaba sobrevolando ya otra vez el centro de la ciudad sin que sonase la alarma y sin que las gentes que animaban las calles se mostrasen inquietas por ello.

El robo más grande que Kniébolo está haciendo a nuestra nación es el robo del derecho — es decir, ha despojado a los alemanes de la posibilidad de tener razón y de sentirse con derecho frente a las atrocidades que están cometiéndose con ellos en estos días y las que los amenazan en el futuro. Es cierto que el pueblo como tal se ha hecho cómplice, por su aclamación — esa era la nota básica, terrible, desconcertante, que se percibía por debajo de las tempestades de júbilo, de las orgías de júbilo. Como en tantas otras cosas, Heráclito dio en el clavo al decir que las lenguas de los demagogos son afiladas como cuchillos de carniceros.

París, 5 de septiembre de 1943

Una vez más, salud precaria; también es evidente que estoy adelgazando. Dos son las causas de ello: de un lado, la vida sedentaria y de gran ciudad, pasado cierto tiempo, resulta perjudicial; de otro, mi naturaleza espiritual se asemeja a

una lámpara que consumiese mucho. He decidido aplicar el único medio que promete éxito: paseos prolongados, y he empezado recorriendo el camino que desde la Étoile, pasando por la Cascade, lleva hasta Suresnes, y vuelta desde allí hasta la Étoile a lo largo del Sena, cruzando el puente de Neuilly.

Breve caza sutil a orillas del estanque de Suresnes. Las plantas que crecen en el gran vertedero que allí se extiende — paraíso de la hierba mora. En vano estuve buscando el estramonio, pero a cambio encontré por vez primera en terreno despejado la nicandra, esa baya venenosa que procede de Perú. Se había asentado, formando matas frondosas, de anchos zarcillos, en la vertiente sur de un montón de basura, y junto a los cálices en forma de estrella de cinco puntas con manchas amarillas y oscuras tenía unos pequeños farolillos todavía verdes. En jardines nunca la había visto tan robusta como en este sitio — al igual que muchas otras especies de hierba mora, la nicandra hace pensar en esas existencias que no son mejoradas por ninguna educación, pues es en los escombros y desechos de la sociedad donde mejor se desarrollan.

En el Quai Gallieni había grupos numerosos de pescadores de caña; un pescador acababa de capturar un escardino cuya longitud no era mayor que la de un dedo meñique e iba sacándolo con mucho cuidado hacia la orilla, sobre la lisa superficie del agua, mientras le decía cariñosamente.

—*Viens, mon coco.*

Los martines pescadores volaban de un modo maravilloso sobre el agua fangosa, con un silbido suave y sostenido. He hecho alto en una pequeña iglesia semiderruida, de apariencia rural, que se alzaba en medio de los suburbios. En el Quai National una placa en una barraca carcomida recordaba que el compositor Vincenzo Bellini murió allí el 23 de septiembre de 1835. Mientras la leía pensaba en el sacrificio del hombre creador y en su papel de extraño en este mundo. También allí, en el Quai National, había una multitud de pescadores

de caña; en barcas, o en cuclillas sobre las piedras de la orilla, sacaban del agua como por arte de magia unos minúsculos peces plateados. La visión de un pescador de caña es reconfortante — él es el maestro del arte de estirar el tiempo, de dilatarlo agradablemente, y, por esa razón, uno de los personajes antitéticos del técnico.

Impatiens noli tangere, la hierba de Santa Catalina o «no tocar». Siempre que he paseado con mujeres por bosques he notado que son sensibles a los encantos táctiles de esa planta. Dicen:

—*Oh, ça bande.*

En los órganos que expelen las semillas hay una turgencia, una presión vital alta y elástica, pronta a disparar. Especies tropicales, casi en *grandeur naturelle,* las he visto en los invernaderos. En mi jardín ideal me gustaría plantar la hierba de Santa Catalina en los arriates que rodeasen las joviales estatuas de Príapo — la hierba de Santa Catalina, y también otras varias hierbecillas bromistas.

Yo no me contradigo — eso es un prejuicio de estos tiempos. Lo que hago es, más bien, moverme por diversos estratos de la verdad; y el estrato que en cada caso es el más alto somete a sí a los demás. Vista objetivamente, la verdad se vuelve más sencilla en esos estratos superiores; del mismo modo que, visto subjetivamente, el concepto adquiere una mayor fuerza subordinadora en los estratos superiores del pensar. Esa verdad se asemeja, vista intemporalmente, a una raíz muy ramificada que fuera agrupándose en filamentos cada vez más robustos y se cerrase en *un solo* brote en aquellos sitios donde irrumpe a la luz. Tal cosa ocurrirá, así lo espero, en el instante de la muerte.

Avanzado en la lectura de Huxley. En su estilo hay todavía mucho pensar teórico, mucho trabajo constructivo del pensamiento. Entremedias, de manera aislada, como pepitas de

oro en la arena de aluvión, el espíritu se concentra en imágenes dotadas de fuerza material. Así ocurre, por ejemplo, en esta observación que hoy me ha llamado la atención: la economía humana tiende a explotar la vida muerta, como las minas de carbón, que son restos de bosques antiquísimos, o como los campos petrolíferos o como las costas de guano y otros lugares parecidos. En esos yacimientos convergen líneas ferroviarias y marítimas, en ellos se establecen muchedumbres de inmigrantes. Contemplado por un astrónomo lejano, en una compresión del tiempo, ese espectáculo se parecería a la agitación de un enjambre de moscas que hubiese olido un gran cadáver.

El autor alcanza en tales imágenes una gran profundidad y roza los estratos en que reside la superioridad del pensar de nuestro siglo, en comparación con el precedente. Es la diferencia que hay en la luz, la cual no aparece ya como pura vibración, sino al mismo tiempo de manera corpuscular.

París, 6 de septiembre de 1943

Avanzado en la redacción del *Llamamiento.* Observo en este trabajo una especie de esfuerzo que no es fácil de describir. Tengo clara una frase — podría pasarla al papel. Su escritura va precedida, empero, de una lucha interior. Es como si para esta arriesgada empresa faltara todavía la gota de una esencia especial, que solo con gran dificultad cabe procurarse. Pero es notable el hecho de que casi siempre la redacción se adecúe a la concepción — y de que, sin embargo, yo tenga la impresión de que se modifica al pasar deslizándose por la citada tensión.

Continuado la lectura de Huxley. Luego he soñado mucho con una estancia mía en una casa de labranza, donde estaba invitado — pero el único detalle de que he podido acordarme por la mañana ha sido el de que yo entraba en una habitación en cuya puerta podía leerse en un cartel la palabra *astuce.* Al despertarme he pensado: «Qué bien, sin duda era una especie de salón de respeto, puesto que *astuce* significa *Hochmut,* arrogancia». Pero al consultar acto seguido el diccionario

rio he visto que la traducción alemana de esa palabra francesa es *Arglist,* perfidia, astucia. Y eso era lo que correspondía a la situación.

París, 7 de septiembre de 1943

En compañía de Jouhandeau he repetido mi ronda por bosques y aguas. Jouhandeau me ha contado que la avalancha de imágenes y de pensamientos lo tiene tan ocupado que trabaja casi sin interrupción. De hecho en el lugar donde nos citamos, un banco de la Étoile, lo encontré escribiendo afanosamente, absorto en sus anotaciones. Tengo la impresión de que la enorme desgracia que está afligiendo a los pueblos libera fuerzas espirituales que actúan sobre las percepciones más delicadas con unas olas cada vez más fuertes, con unas vibraciones cada vez más poderosas. Bandadas de palomas y de grajos giran alrededor de las cabezas como alrededor de las agujas de los campanarios cuando hay tormenta; legiones de espíritus buscan un lugar donde reposar.

Le he mostrado a Jouhandeau las plantas del vertedero y le he oído decir que en francés el nombre de la candelaria o gordolobo es *Le Bon Henri.*

París, 9 de septiembre de 1943

Esta mañana se ha conocido la noticia de la capitulación incondicional de Italia. Estaba mirando todavía el gran mapa del Mediterráneo y en ese momento han vuelto a sonar las sirenas; entonces me he dirigido al hotel Raphaël. Allí he acabado la lectura de los Apócrifos y, con ello, la lectura del Viejo Testamento, que comencé hace dos años, el 3 de septiembre de 1941. Ahora he leído, pues, la Biblia entera y me propongo releer el Nuevo Testamento, con la ayuda de la Vulgata y de la versión de los Setenta.

Ambas partes se complementan de un modo prodigioso. Presentan la historia del ser humano, primero como criatura de Dios y luego como hijo de Dios. El carácter abierto, inconcluso, de la obra parece exigir un Tercer Testamento: *después* de la resurrección, desde la transfiguración. De hecho

eso es algo que apunta en el final de la Biblia, en el Apocalipsis. Cabría interpretar los máximos esfuerzos del arte de Occidente como tentativas de crear ese Testamento; es algo que se transparenta en todas las grandes obras de ese arte. Pero también podría decirse que cada uno de nosotros es el autor del Tercer Testamento; la vida es el manuscrito y a partir de él se forma en lo invisible, en el espacio posmortal, la realidad superior del texto.

Al acercarme a la ventana he visto dos escuadrillas de bombarderos en formación triangular que volaban a baja altura sobre la ciudad, mientras los cañones de la defensa antiaérea disparaban contra ellos.

El bello pasaje que aparece al principio de los apéndices del Libro de Ester, el pasaje con que comienza la carta que Artajerjes dirige a los ciento veintisiete príncipes que le están sometidos, desde la India hasta Etiopía, y a sus ministros. Esas palabras son, empero, la introducción a una orden de derramar sangre. Es un modelo que todavía hoy posee vigencia.

Velada en casa de Jouhandeau; hemos estado examinando poesías de los siglos XVI y XVII — así, de Mellin de Saint-Gelais, el soneto en el que se repite graciosamente *Il n'y a pas,* y cuyos lazos se anudan luego en el último verso. Me ha traído a la memoria la hermosa *Trost-Arie* [Aria de consolación] de Johann Christian Günther, en la que se repite de la misma manera *endlich* [por fin].

Endlich blüht die Aloe,
Endlich trägt der Palmbaum Früchte,
Endlich, endlich kommt einmal.

[Por fin florece el áloe,
por fin da frutos la palmera,
por fin, por fin esta vez llega.]

Las últimas palabras de Saint-Gelais son, por cierto, significativas. Los médicos celebraban una reunión junto a su lecho y discutían sobre su enfermedad y el modo de tratarla. Tras haber escuchado sus discusiones Saint-Gelais se volvió hacia la pared y diciendo: *Messieurs, je vais vous mettre d'accord,* expiró.

Continuado la lectura de Huxley. La prosa se asemeja a una red de delgados filamentos de cristal en los cuales estuviesen prendidos ya, acá y allá, algunos hermosos peces. Ellos son lo único que queda en el recuerdo.

París, 10 de septiembre de 1943

Por la noche sueños, de los que he retenido solo algunos fragmentos sueltos. Así, para caracterizar a un mal pintor, yo decía: «Ese hombre, al no poder vender sus cuadros, ha aceptado el subsidio de paro».

Al despertarme me vinieron a la cabeza los diarios míos de ciertos años, que quemé junto a trabajos y poesías de juventud. Es cierto que los pensamientos eran incompletos y con frecuencia ingenuos, pero con el paso de los años uno se vuelve más indulgente también en la autocrítica. Hemos de distanciarnos mucho de nuestros trabajos y hemos de sufrir mudanzas también nosotros mismos para poder verlos de un modo más justo, sin tantos prejuicios. Esa relación es semejante a la de los padres que están descontentos de sus hijos y que lo están por la única razón de que estos se parecen a ellos, mientras que se llevan bien con sus nietos. También Perpetua lamentó aquel auto de fe, consecutivo a un registro que la policía efectuó en mi casa durante la primavera de 1933. Creo que andaba buscando cartas del viejo anarquista Mühsam; este hombre, que más tarde fue asesinado de una manera espantosa, sentía por mí una inclinación infantil. Ha sido una de las personas más buenas y bondadosas con que me he topado.[28]

Muy fuerte tiene que ser en la Tierra la conexión, el enlace. Lo noto en el dolor que me causan algunos contactos

omitidos, dolor que permanece vivo mucho tiempo, más aún, siempre. Así, por ejemplo, la pequeña *Tentyria* oscura que vi en aquel reseco prado cerca de Casablanca, en el cual se alzaba una higuera raquítica. Cuánto me enoja el no haber cogido aquel pequeño animal. Y luego, en las relaciones eróticas — todas esas ocasiones perdidas, todas esas citas fallidas. Algo ha tenido que perderse, algo que va más allá de la esfera física, cuando en nuestra existencia de cazadores no hemos «cobrado pieza». En ese caso no hemos administrado bien los talentos que se nos habían confiado. A no dudarlo, también estas cosas forman parte, bien que en su reducido lugar, de esa gran parábola del Evangelio.

Pensamiento: cuando logramos el contacto tal vez se encienda de repente una luz en espacios desconocidos.

Con respecto a la percepción de las realidades históricas me ocurre que estoy conectado con antelación — esto significa que las percibo un poco antes, un poco antes de que aparezcan. Lo cual no favorece mi existencia práctica, pues me hace entrar en conflicto con los poderes que dominan en cada momento. Tampoco metafísicamente veo ventaja ninguna — pues ¿qué diferencia puede haber en que mi inteligencia se refiera a la situación de hoy o a uno de sus desarrollos posteriores? Yo aspiro, por el contrario, a contraer unas nupcias espirituales con el instante en su profundidad intemporal, ya que solo él, y no la duración, es símbolo de la eternidad.

Velada en casa de Florence. Allí estaba también Jouhandeau, que había pasado la noche en vela porque se dice que su nombre figura en una lista de personas a ejecutar. Mientras contaba esas preocupaciones suyas tenía el aire de un muchacho al que un policía le hubiese preguntado su nombre para anotarlo.

París, 11 de septiembre de 1943

En el correo, entre otras cartas, una de Carl Schmitt, uno de los raros espíritus capaces de ver imparcialmente la situación; me habla en ella del libro *Russland und das Germanentum* [Rusia y el germanismo], de Bruno Bauer.

«Ya en 1835 veía Tocqueville con claridad la situación. El final del segundo tomo de *La démocratie en Amérique* continúa siendo el más grandioso documento de la "decadencia de Occidente".»

Schmitt habla luego de Benito Cereno y de la mención, inspirada por mí, que de él hace Fabre-Luce. *Du reste: Pred. Salom. 10, 1.* [Por lo demás: Eclesiastés, 10, 1.]

En la carta diaria de Perpetua, a la que le ha gustado el sueño de las serpientes: «También siento que la fuerza necesaria brota para ti de ese punto solitario y que regresarás para completar aquí tu misión».

La aventura de estos años consiste en que no se ve salida. Ninguna estrella brilla en la noche solitaria. Nuestra situación metafísica y horoscópica es esa; las guerras entre las naciones, las guerras civiles y los medios de exterminio se presentan como un decorado secundario, como un decorado temporal. La tarea que hemos de solventar es la superación del mundo de la aniquilación, y esa superación no puede lograrse en el plano histórico.

Por la tarde en los Archivos Nacionales, donde Schnath me ha enseñado una serie de documentos que ponen en relación la historia de Alemania y la de Francia. El gran arte de los pergaminos floreció sobre todo en las cancillerías pontificias. Cuando los documentos concedían una gracia, el sello pendía de una cinta de seda; en los demás casos, de un cordón de cáñamo. Los monjes encargados de los sellos tenían que ser analfabetos, *fratres barbari,* para que los secretos quedaran así mejor guardados. La piel de los corderos no natos era la que proporcionaba unos pergaminos de especial finura.

Recorrido los depósitos; contienen todavía pasto para generaciones de archiveros y ratas de biblioteca. Los Archivos Nacionales se encuentran instalados en las salas del Hôtel de Soubise, un palacio del viejo Marais; es un edificio que nos permite ver que, en la época de su construcción, la nobleza aún poseía fuerza y desenvoltura.

Luego caminado en zigzag desde la Rue du Temple, pasando por los barrios viejos, hasta la Bastilla — numerosos nombres de calles me han gustado mucho, como, por ejemplo, la Rue du Roi Doré y la Rue du Petit Musc. He comprado racimos de uvas y los he ofrecido a los niños que estaban sentados delante de las casas. Casi todos se han negado a tomarlos o me han mirado con desconfianza; el ser humano no está acostumbrado a que le hagan regalos. En los puestos de libros de los muelles del Sena, donde he adquirido algunas láminas de pájaros tropicales.

Continuado la lectura del libro de Huxley. He topado hoy con esta observación: «Cada vivencia posee una relación esencial con el modo de ser propio de la persona que la experimenta». Eso es lo que también yo pienso — el que aparezcamos, en el caso, por ejemplo, de un asesinato, como el asesino, como el asesinado, como testigo, como policía o como juez, no es algo casual. Con esa manera de ver las cosas no se halla en contradicción tampoco la teoría que dice que la causa está en el *milieu,* en el ambiente; antes bien, cabe encuadrarla *en bloc* en ella. Nuestro *milieu* es la marca de nuestra *species,* igual que lo son, en el mundo de los moluscos, la forma y el color de las valvas y de las conchas. Así como hay muchos *petit-gris,* así hay también muchos proletarios.

De ahí el significado enorme que tiene el trabajo que realicemos en nuestro interior. No solo modelamos nuestro destino, sino también nuestro mundo.

K. tiene la consistencia de la calabaza; si apretamos con el dedo, primero es duro, luego blando, y luego está hueco.

P., en cambio, se parece al melocotón: primero la carne, luego el duro hueso, el cual encierra la suave pepita.

París, 12 de septiembre de 1943

A mediodía en el estudio del escultor Gebhardt en la Rue Jean Ferrandi. Conversación sobre los desórdenes de Italia, que son unas flores nuevas, extrañas, brotadas de esta guerra. Los dos grandes elementos, la guerra civil o interior, y la guerra exterior, se interpenetran de una manera explosiva. Al mismo tiempo aparecen cuadros que no habían vuelto a verse desde el Renacimiento.

Hablado luego sobre Francia. También aquí está creciendo sin cesar el odio, pero lo hace de un modo más recóndito, como en aguas quietas. Son muchas las personas que en estos días han recibido por correo ataúdes pequeños. El papel de Kniébolo consiste también en difamar ideas buenas, al alzarlas él sobre su pavés. Es lo que ocurre con la idea de la amistad entre los dos países, Francia y Alemania, en favor de la cual hablan tantas cosas.

El regreso, por Saint-Sulpice; he entrado un momento en la iglesia. Detalles que me han llamado la atención: dos conchas enormes que sirven de pilas de agua bendita. Sus bordes ondulados están adornados con una orla de metal, su capa de nácar tiene el color del ópalo de tonalidad miel. Reposan sobre zócalos de mármol blanco; uno de ellos está decorado con plantas acuáticas y un gran cangrejo de mar, y el otro, con un calamar. El espíritu de las aguas se mecía juguetón en el conjunto.

Pensamiento allí mismo, ante una pintura mediocre del beso de Judas: la espada que Pedro blande ha de llevarla sin duda de manera habitual — entonces, ¿es que Cristo le permitía llevarla ceñida? ¿O se la había arrebatado a Malco antes de darle el golpe con ella?

París, 13 de septiembre de 1943

Por la mañana llegó la noticia de que paracaidistas alemanes habían liberado a Mussolini. No se indican ni el lugar ni

las circunstancias. La guerra se vuelve cada vez más espectacular. Si los asuntos de Italia se prolongan mucho tiempo es probable que se llegue, como en España, a grandes matanzas. El ser humano cae en una situación sin salida.

Hablado por teléfono con Schnath sobre el conde Dejean y sobre la posibilidad de ver las actas que se refieren a él. En mis escritos breves quisiera incluir una serie de artículos sobre los hombres y los libros que me han sido de ayuda en mi vida, como memorial de gratitud.

Horst acaba de comunicarme que en Mannheim ha quedado destruida la hermosa casa del general Speidel. Acto seguido un correo llegado de Rusia me ha hecho entrega, además de cartas de Speidel y de Grüninger, también de un detallado informe sobre la batalla de Bélgorod. Grüninger opina que difícilmente puede contarse con la entrada de los paladines sobre corceles blancos por la Puerta de Brandeburgo, pues, primero, es incierto el tiempo que permanecerá en pie la citada puerta, y, después, el color blanco está desapareciendo. Es cierto, pero la puesta mayor contra el rojo se efectúa en la casilla azul.

Continuado la lectura de Huxley, donde he hallado esta buena consideración: «Nunca deberíamos poner nombre a un mal que sentimos acercarse, pues, si lo hacemos, entregamos al destino un diseño con el cual puede configurar los acontecimientos».

Eso describe el proceso que el pueblo llama «tentar al diablo»; hoy son millones los que se entregan a esa tarea. El prefigurar con el espíritu los pormenores de un futuro nefasto, el quedarse absorto en ellos, en una palabra, el *miedo,* destruye la fina capa de salvación y seguridad que hay en nosotros y que nos protege. Eso es especialmente preocupante en una situación en que se ha perdido en gran medida el conocimiento de los medios de fortalecer y conservar esa capa, el conocimiento sobre todo de la oración.

París, 14 de septiembre de 1943

Conversación telefónica con Marcel Jouhandeau:

—Je vous conseille de lire la correspondance de Cicéron — c'est le plus actuel.

Sí, una y otra vez se vuelve a ella. Wieland escribió casi lo mismo después de las batallas de Jena y de Auerstedt.

París, 15 de septiembre de 1943

Por la noche un poco de fiebre. Sueños: cruzaba prados pantanosos de vegetación exuberante y andaba buscando allí insectos. De un alto *Cerastium* o de un hinojo acuático recogía algunas especies delicadamente metálicas — eran bupréstidos, como veía con asombro.

«Un hallazgo notabilísimo — pues el modelado de estos animales está organizado enteramente para el calor solar seco, tan ajeno al mundo de los pantanos y de las aguas.»

A ello replicaba la voz más profunda:

—Pero es que son transiciones, confirmaciones en el elemento extraño. Con el hinojo esas especies han cambiado a lo húmedo, y además el hinojo, por su altura, se eleva hacia el ardor solar. Piensa en Prometeo.

Ocurre que, propiamente, nada nos resulta más explicable que la excepción — más aún, la excepción y la explicación están directamente relacionadas. Justo igual que la luz, también la regla es inexplicable, es invisible, y solo brilla cuando tropieza con una resistencia. De ahí que con razón se diga que la excepción confirma la regla — podría incluso decirse que es ella la que le otorga visibilidad.

El atractivo espiritual de la zoología consiste en eso — en el estudio de las desviaciones prismáticas que la Vida invisible experimenta en la infinita variedad de sus poblaciones. Qué arrobo sentía yo de niño cuando mi padre me revelaba uno de esos secretos. Todos esos detalles forman, en efecto, los adornos del marco que encuadra el gran misterio, que rodea la invisible piedra filosofal a que están consagradas nuestras investigaciones. Un día el marco se quemará y brillará de súbito la piedra.

Al mediodía en casa de la Doctoresse. Luego caminado por diversos barrios y calles de la ciudad, con una breve parada en la iglesia de Saint-Séverin; su exterior y su interior me han causado una viva emoción. Lo gótico no se ha quedado aquí en mera arquitectura: en esta ha conservado su radiación.

Estaba cenando en mi habitación del hotel Raphaël cuando han sonado, a las siete cuarenta, las sirenas de la alarma aérea. Pronto ha comenzado a oírse un intenso fuego y he subido corriendo a la azotea. Allí se ha mostrado a mis ojos una estampa que era terrible y grandiosa a un tiempo. Dos poderosas escuadrillas aéreas sobrevolaban en forma de cuña el centro de la ciudad, de noroeste a sureste. Era evidente que habían dejado ya caer sus bombas, pues en la dirección de que venían se alzaban en una vasta extensión nubes de humo que llegaban hasta el cielo. Era un espectáculo siniestro, que hacía enseguida evidente a los sentidos que en aquel mismo momento centenares y acaso millares de seres humanos estaban allí asfixiándose, quemándose, desangrándose.

Ante aquel telón sombrío se desplegaba la ciudad a la luz dorada del atardecer. El arrebol vespertino daba en los aviones desde abajo; los fuselajes se destacaban del cielo azul cual peces de plata. En especial los alerones de la cola parecían captar y recoger los rayos; resplandecían como bolas de luz.

Las escuadrillas marchaban en formación triangular, como las grullas, brillaban a baja altura sobre la extensión de la ciudad e iban acompañadas de nubecillas blancas y oscuras. Se veían los puntos de fuego, alrededor de los cuales se extendían las bolas de humo; estas eran primero nítidas y minúsculas, como cabezas de alfiler, y luego iban deshilachándose poco a poco. A veces caía ardiendo al suelo un aeroplano, muy lentamente, sin dejar estela alguna de humo, como una dorada bola de fuego. También se precipitó al suelo uno oscuro, dando vueltas como una hoja en el otoño; este sí de-

jó tras sí una señal de humo blanco. Otro se desintegró mientras caía y una de sus grandes alas estuvo planeando mucho rato en el aire. También cayó a gran velocidad algo enorme, de color sepia marrón; sin duda se precipitaba allí a tierra un hombre en un paracaídas que iba quedando carbonizado.

A pesar de aquellos disparos que derribaban algunos aparatos las formaciones mantuvieron su dirección, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, y ese movimiento rectilíneo despertaba la impresión de una fuerza terrible. A ello se añadía el sordo zumbido de los motores, que llenaba el espacio y hacía que bandadas de palomas girasen asustadas alrededor del Arco de Triunfo. El espectáculo tenía los dos grandes rasgos de nuestra vida y de nuestro mundo: el orden rigurosamente consciente, disciplinado, y el desencadenamiento elemental. Era a un tiempo de una excelsa belleza y de una fuerza demoniaca. Por algunos minutos perdí la visión de conjunto y mi consciencia se diluyó en el paisaje, en la sensación de la catástrofe, pero también del sentido que subyacía a ella.

Enormes incendios, cuyos focos se mezclaban en el horizonte, brillaban con más fuerza a medida que caía la oscuridad. Luego cruzaron la noche unos fogonazos, que fueron seguidos de explosiones.

Continuado la lectura de Huxley, cuya carencia de composición acaba cansando. Huxley es un anarquista con recuerdos conservadores, que toma posición contra el nihilismo. En esa situación tendría que usar más imágenes y menos conceptos. Pero, tal como escribe, raras veces alcanza la auténtica fuerza de su talento.

Es buena la imagen con que describe el ingrediente impersonal, entretejido, de las relaciones sexuales: un ovillo de serpientes cuyas cabezas se alzan en el aire, mientras abajo los cuerpos están entrelazados en una penetración confusa.

El cine, la radio, el mundo entero de las máquinas tiene como misión ayudarnos a conocernos mejor a nosotros mismos — a conocer lo que *no* somos.

París, 17 de septiembre de 1943

En el correo, entre otras cosas, una aportación a mis *hamanniana,* enviada por Donders, el prepósito del cabildo catedralicio de Münster: *I.G. Hamann. Eine Festrede, gehalten am 27. Januar 1916 in der Aula der westfälischen Wilhelms-Universität zu Münster von Julius Smend* [I.G. Hamann. Discurso solemne pronunciado por Julius Smend el 27 de enero de 1916 en el Aula Magna de la Universidad Guillermina de Westfalia en Münster].

Hamann, según Herder un «hombre del Antiguo Testamento» — esa es su singularidad jeroglífica, que yo denomino «carácter preherodótico», «preheraclíteo». Así como Weimar tuvo a Goethe y a Schiller, así Königsberg tuvo a Hamann y a Kant.

Kant habla del «lenguaje divino de la razón intuitiva» de Hamann.

El escritor ha de acudir también a la escuela de los pintores — sobre todo para aprender el arte de «trabajar encima», el arte de hacer sobre el texto en bruto retoques siempre nuevos y más finos.

Acabado a última hora de la tarde el libro de Huxley, uno de cuyos defectos es que no toma en serio a los personajes; los toma menos en serio que Dostoievski y menos en serio que Gide.

París, 18 de septiembre de 1943

Ronda por bosques y aguas en compañía de la Doctoresse. Entre las múltiples especies de hierba mora que florecen en este camino descubrí en los setos de las orillas del Sena, frente a la pequeña iglesia rural de Notre-Dame de la Pitiè,

un estramonio de color verde hierba, muy frondoso, que tenía flores y frutos.

Acabado: *Le vrai visage du Marquis de Sade,* de Jean Desbordes, París, 1939. Es notable el grado en que lo infame ha quedado asociado al nombre de Sade y se ha condensado en él como en casi ningún otro. Solo si se tiene en cuenta la potencia superior que poseen la pluma y el espíritu resulta comprensible tal cosa: sin la autoría infame hace ya mucho tiempo que se habría olvidado la vida infame.

Cuando pasan a formar parte de la lengua nombres propios y producen en ella conceptos, categorías, raras veces suele estar la causa de eso en las acciones realizadas. De los grandes hombres de acción y de los grandes príncipes el único que resplandece de esa manera es César. Ciertamente podemos decir: esto es alejandrino, fridericiano, napoleónico — pero a cada una de esas palabras va siempre asociado lo especial, lo individual. Esto es cesáreo, este es un César, un Zar, un Káiser — aquí el nombre se ha desligado de quien lo llevó.

Mucho más frecuentes son los casos en que un nombre propio va asociado a una doctrina; es lo que ocurre en palabras como «calvinismo», «darwinismo», «malthusianismo» y otras. Tales palabras son numerosas y arbitrarias y casi siempre tienen corta vida.

En el escalón más alto están los nombres propios en que se juntan la doctrina y el ejemplo: budismo y cristianismo. La situación es única en el caso de los cristianos, pues cada uno de ellos lleva el nombre del Fundador: *Ich bin ein Christ* [soy un cristiano]. *Christ* es aquí una perífrasis para decir *Mensch* [hombre], y en eso se revelan el rango y el misterio de esta doctrina, que resuenan también en títulos como «el hombre», «el hijo del hombre» y «el hijo de Dios».

París, 19 de septiembre de 1943

Por la mañana he acabado en el hotel Majestic la primera parte del *Llamamiento,* cuyo título es «El sacrificio». «El

odio que es vencido completamente por el amor se trueca en amor: y ese amor es por ello más grande que si el odio no lo hubiera precedido.»[29]

París, 20 de septiembre de 1943

Comenzado a escribir la segunda parte del *Llamamiento;* su título es: «El fruto».

Lectura: *Fossiles classiques,* de A. Chavan y M. Monotoccio, París, 1938. Por este libro me entero de que mi pequeña concha en espiral lleva el nombre de *Cerithium tuberculosum.* El gran ejemplar que encontré en Montmirail en el embudo abierto por una bomba se llama *Campanile giganteum.* El primero en hacer la descripción de esos dos fósiles fue Lamarck.

París, 23 de septiembre de 1943

Esta mañana la radio ha dado la noticia de un nuevo y violento ataque aéreo contra Hannover; estoy aguardando más noticias.

Por la tarde, con Baumgart, en la tienda de Bernasconi, que va a encuadernarme el *Catalogus coleopterorum.* El regreso, por los jardines del Trocadéro; allí, en el césped, grandes dalias de color ladrillo, así como áster con muchas flores de disco amarillo y corolas lila. En esta época del año revolotean alrededor de esas plantas «moscas de flor» de color miel morena; también una *Vanessa atalanta* mantenía extendidas sus alas por encima de ellas. El rojo claro, puro, vivo de las alas de esa mariposa se funde en mi recuerdo con imágenes de parques y jardines tranquilos que sueñan al sol mientras el otoño va dando ya frescor a las sombras.

Luego, mientras estaba sentado en mi habitación con el Presidente, hablando de cuestiones políticas, alarma aérea. Los ejércitos alemanes del frente oriental se baten en retirada, los ingleses y norteamericanos se aferran al terreno en Italia, las escuadrillas aéreas dejan arrasadas las ciudades del Reich.

A veces tengo la impresión de que en esta desgracia que se abate sobre nosotros desde todas partes intervienen también leyes de la reflexión especular. El Universo nos abarca como un espejo; para que el horizonte se aclare tenemos que aclararnos primero a nosotros mismos.

Con mucho trabajo van avanzando lentamente los nadadores hacia la costa a través de las olas. Solo pocos llegarán a ella, solo pocos se abrirán paso hasta los rompientes. Allí es donde se pone de manifiesto si han sabido hacer frente a la última ola, la más difícil.

Cenado con Heller y con el doctor Göpel en el restaurante Chapon Fin. Conversaciones con el dueño, el cual resulta notable por la circunstancia de que en él se hallan dibujados claramente todos los rasgos del Marte inferior. Su robusta figura se halla coronada por una cabeza cuyos oscuros cabellos cubren la frente hasta bien abajo. Los pómulos son muy pronunciados; los ojos, inquietos, escrutadores; y su agitación es grande. La desproporción entre la voluntad y la inteligencia se manifiesta en una especie de tortura con que articula las ideas y que se hace notar también en el lenguaje. La forma de la charla es una jovialidad ruidosa en un grupo de camaradas. Por una especie de afinidad electiva se ha hecho amigo de los alemanes, cuya naturaleza marcial lo atrae y mantiene en constante actividad y movimiento. Desde entonces no le faltan sobresaltos y amenazas. Ya le han enviado a casa un pequeño ataúd.

Cuando estábamos a punto de irnos sonaron las sirenas y la ciudad fue sobrevolada por escuadrillas de aviones. Nuestro hombre se sintió entonces en su elemento. Equipado con un casco de acero, un capote y una linterna iba y venía por la oscura plaza en compañía de un perro pastor alemán, tocando un silbato y parando a los transeúntes y a los automóviles. Gentes como él son los atareados servidores del mundo del fuego, sus correveidiles. Y, con todo, no les faltan virtudes, como el coraje y la lealtad; también, en general, les son peculiares las virtudes y los defectos de los perros, y siempre

toparemos con perros en sus cercanías. Kniébolo tiene asimismo rasgos del Marte inferior, pero en él actúan a la vez, con su brillo siniestro, otros astros, como Júpiter. Kniébolo tenía todos los atributos para inaugurar una época de discordia, como instrumento que es de la cólera que ha abierto la caja de Pandora. Una aflicción infinita se apodera de mí cuando comparo las justas reivindicaciones de la patria con lo que se ha hecho de ellas en tales manos.

París, 24 de septiembre de 1943

Visita del pastor B., que acude con frecuencia a leerme poesías. Conversamos sobre la situación; según su modo de ver las cosas, solo tiene una salida: el empleo de la nueva arma. En Alemania todo el mundo susurra maravillas acerca de ella, bajo la intervención y dirección secretas de los servicios de propaganda. La gente cree que es posible aniquilar grandes partes o incluso la totalidad de la población inglesa. Desde luego esa misma gente está convencida a la vez, y no sin razón, de que en la parte contraria —y no solo entre los rusos, sino también entre los ingleses— alientan iguales deseos. Los grandes ataques con fósforo, como el lanzado contra Hamburgo, constituyen ya una realización local de tales deseos. Y así se llega, en este desierto de incendios, a esperanzas y sueños que se atarean en borrar de la existencia a grandes pueblos. Significativo del grado en que los seres humanos han quedado prendidos en la maleza roja es el hecho de que un clérigo no solo haya sido víctima de esa locura, sino que divise en el exterminio la única salvación. Se ve a esas gentes ir desapareciendo paso a paso en las tinieblas, en la muerte espiritual, como desaparecían en la montaña los niños de Hamelín, de que habla el cuento popular.

Acabado: *Thèbes, palais et nécropoles,* de Maurice Pillet, París, 1930. En ese libro, la fotografía del sarcófago en que reposa Tutankamón con su máscara de oro y sus alhajas. Leyendo esta obra he vuelto a ver con claridad que nuestra afición a lo museístico corresponde, en un plano inferior, al

culto egipcio de los muertos. Lo que en este es la momia de la imagen humana, eso es en nosotros la momia de la cultura, y lo que en los egipcios es angustia metafísica es en nosotros angustia histórica; la preocupación que nos conturba es esta: que nuestra expresión mágica se hunda en la corriente del tiempo. Pero el reposo en el seno de las pirámides y en la soledad de los mausoleos rocosos, en medio de obras de arte, escritos, instrumentos, imágenes de dioses, joyas y abundantes bienes del difunto, ese reposo está empeñado en especies más sublimes de duración.

París, 26 de septiembre de 1943

Durante el desayuno he comenzado la segunda lectura del Nuevo Testamento. Comparado el pasaje del Evangelio de San Mateo, 5, 3 con el texto de la edición Nestle: *Selig sind, die da geistig arm sind...* [bienaventurados los pobres de espíritu...]. Hasta ahora tenía en mi recuerdo este pasaje en la versión que decía *geistlich* [de espíritu eclesiástico]. Esa discordancia no aparece en las expresiones latina y griega: *spiritu y τῷ πνεύματι.* No hay duda de que en esas dos palabras se mienta primero *geistlich,* en el sentido de «docto en la Escritura», como lo son los fariseos, y luego *geistig,* por cuanto la disposición espiritual en su forma elevada expande también la duda y con ello hace invisible el camino de la salvación. El vocablo *einfältig* [simple] capta ambas cosas. «Bienaventurados los simples.» Esa palabra encierra a un tiempo la debilidad mundanal y la superioridad metafísica. También el grano de mostaza es simple. Muchas de las parábolas apuntan a esa fuerza, a la fuerza ingenua que hay en el ser humano, a sus virtudes del sueño y de la infancia.

Luego Evangelio de San Mateo, 6, 23. La enérgica frase: «Si, pues, la luz que hay en ti es oscuridad, ¿la oscuridad cuánta será?». También en este pasaje encuentro una referencia positiva: la oscuridad es una fuerza gigantesca. Los ojos arrancan y separan de ella una pequeña parte, por cuanto escinden, refinan y debilitan el sentido profundo de la os-

curidad, el sentido del tacto. En el sexo tenemos un recuerdo de lo que significa propiamente ese sentido.

Tal vez, como los amotinados de las islas Pitcairn, volvamos a la Escritura como a la ley, después de habernos casi exterminado, de haber exterminado a nueve de cada diez de nosotros.

París, 28 de septiembre de 1943

Los comunicados vuelven a mencionar un violento ataque aéreo contra Hannover en la pasada noche. Así es como pasan los días por encima de nosotros, cual los dientes de una sierra.

Acabado: *Mirabeau,* de Erdmannsdörffer, uno de los mejores cuadros históricos de carácter con que me he topado en mi vida. El autor se acercaba ya a los setenta años cuando escribió esta obra, que irradia la suave claridad de la vejez y que delata así el bellísimo giro que el espíritu puede dar en su otoño: el giro hacia la simplicidad.

En mi mesa de trabajo he encontrado un trébol de cuatro hojas, dejado allí como obsequio por una mano desconocida; flotaba en el agua de un jarrón. También han llegado libros, por ejemplo *Plaisir des météores,* de Marie Gevers, autora que me resulta desconocida. De Friedrich Georg me ha traído el correo sus *Paseos por Rodas* y sus *Cartas desde Mondello.* Durante el descanso del mediodía me he enfrascado, acompañado de mi hermano, en nuestras caminatas a orillas del Mediterráneo.

París, 29 de septiembre de 1943

Todavía, todavía en este barco de esclavos, sin llegar a fondear. En mi próxima encarnación regresaré al mundo en forma de bandada de peces voladores. De esa manera podré repartirme.

Por la noche sueños. En una habitación en la que me hospedaba encontraba en la mesilla de noche un álbum de visitas encuadernado en cuero rojo. Entre otros muchos nombres encontraba allí también el de mi querido padre.

Por la tarde en la Rue Raymond Poincaré. Allí he comprado para Perpetua, en la tienda de Schneider, la reducción para piano, hecha por Liszt, de la *Symphonie phantastique,* de Berlioz — extraños sonidos para Kirchhorst.

Las colas que se ven crecer ante las oficinas públicas y ante las tiendas. Cuando paso a su lado vestido de uniforme capto miradas de una aversión hondísima, sazonadas con el ansia de matar. Uno ve en esos rostros que les parecería delicioso que nos disolviésemos en el aire, que nos esfumásemos como un sueño. Innumerables personas aguardan con una especie de fiebre en todos los países a que les toque a ellas el turno de derramar sangre. Pero de lo que es preciso mantenerse alejado es justo de eso.

París, 30 de septiembre de 1943

Tiempo otoñal, húmedo y gris. El follaje pálido de los árboles se funde con la niebla. En el sueño se me ha aparecido Violetta, una amiga casi olvidada; entretanto ella había aprendido a volar o, más bien, a planear, y aparecía en el circo con una faldita roja, que se abombaba como un paracaídas sobre sus muslos rosa. Nosotros, sus viejos amigos de Berlín, la encontrábamos en una iglesia en que se disponía a tomar la comunión, y, de pie en el coro alto, nos susurrábamos como antiguamente chistes equívocos sobre el «amorcito del marinero». Pero también sentíamos el riesgo especial que ella corría cuando avanzaba hacia el altar por las coloradas baldosas del pasillo central de abajo. El espanto se apoderaba de nosotros cuando con gran estruendo se abría a sus pies un escotillón y los ojos divisaban allí una sima enorme. Con una sensación de vértigo apartábamos la vista. Cuando luego nos atrevíamos por fin a mirar distinguíamos en el fondo de la cripta un segundo altar, empequeñecido por la hondura del abismo; una corona de objetos de oro lo rodeaba. En su centro veíamos a Violetta: había bajado volando hasta allí como una mariposa.

Por la tarde en el Salon d'Automne, en la Avenue de Tokyo, para ver los cuadros de Braque, al que quiero visitar el

próximo lunes. Los he encontrado llenos de fuerza tanto en la forma como en el color y pintados con más corazón que los de Picasso. El instante que esos cuadros encarnan para mí es el instante en que emergemos del nihilismo y cristaliza en nosotros el material para composiciones nuevas. En correspondencia con eso las líneas quebradas están sustituidas por redondeces, y de los colores se hallan especialmente logrados un azul muy opulento y luego un violeta oscuro que tira a un castaño suave y aterciopelado.

Han sido numerosos los cuadros enviados a la exposición. Uno tiene la impresión de que los pintores y en general los artistas siguen trabajando instintivamente en medio de la catástrofe, cual hormigas en un hormiguero semidestruido. Pero acaso sea esa una visión poco profunda y puede ser que por debajo de la gran aniquilación permanezcan intactos unos filones más hondos. También yo dependo de ellos.

El ver cuadros me ha cansado, como siempre; la acumulación de obras de arte produce el efecto de una agresión mágica. Cuando luego nos hacemos amigos de algunas de ellas o, no digamos, nos las llevamos con nosotros a casa, cuando las «domesticamos», entonces sus fuerzas se agregan a las nuestras.

París, 2 de octubre de 1943

Depresión, que, como siempre, me hace adelgazar.

Continuado durante el desayuno la lectura del Evangelio de San Mateo. La historia de la moneda que los discípulos encontrarán en la boca de un pez es sin duda un añadido mágico posterior y se halla en contradicción con la sencillez, dirigida a la curación y no a producir pasmo, por la que se señalan en general los milagros. El versículo 14 del capítulo 16 confirma la intuición de que hay personas singulares que regresan a la Tierra: se mencionan los nombres de Juan el Bautista, Elías, Jeremías. Tal vez sea esa una creencia que se asocia de manera especial con los profetas. En este pasaje, como en otros muchos, parece haberse conservado la moneda pequeña y cotidiana de las conversaciones, de las cuales

lo único que en general se nos transmite son las piezas de oro.

En el correo, entre otras cartas, una del teniente Häussler desde la cabeza de puente de Kubán. Me escribe que ha caído el doctor Fuchs, que en otro tiempo nos invitó a comer en Shaumián.[30]

Por la tarde la ronda por bosques y aguas en compañía de la Doctoresse. Los árboles a orillas del estanque de Suresnes, sus colores: un delicado rojo vinoso, un amarillento, un intenso castaño dorado; se reflejaban en las claras aguas, que se hallaban atravesadas por las bandas verde claro de las algas y las hierbas. También hemos estado por poco tiempo en el parque de Bagatelle. Allí he tratado en vano de ver el gran carpín dorado. A cambio he visto un nenúfar que estaba abriendo su delicada flor de pétalos en punta como un jacinto. El otoño había rozado ya con su mano las hojas, en las cuales habían dibujado los insectos sus trazos jeroglíficos; las hojas ceñían, como un círculo de sellos de laca roja en forma de corazón, esos milagros que son las flores.

Hojeado a última hora de la tarde el número monográfico de la revista *Crapouillot* dedicado a la prensa francesa, con el sentimiento de estar echando miradas a los laberintos de la *Cloaca maxima*. La libertad de prensa es en el campo político y social lo que es la libertad de la voluntad en el terreno metafisico — uno de esos problemas que se plantean una y otra vez y que jamás solucionaremos.

París, 3 de octubre de 1943

Por la mañana avanzado en la lectura del Evangelio de San Mateo. En él, 18, 7: «Porque fuerza es que vengan escándalos; mas ¡ay del hombre por el que viene el escándalo!».

Ahí está *in nuce* el deslinde entre la predestinación y el libre albedrío; y sin duda fue ese uno de los pasajes que fecundaron a Boecio.

Fui simple y volveré a serlo.

París, 4 de octubre de 1943

Por la tarde, con Jouhandeau, visita a Braque, que posee un estudio pequeño, cálido, orientado al mediodía, en las proximidades del Parque de Montsouris.

Nos recibió un hombre de estatura mediana, pero robusto, de unos sesenta años; iba vestido con una chaqueta azul de lino y un pantalón marrón de pana inglesa. Cómodas zapatillas de piel, suaves calcetines de lana y la pipa siempre en la mano contribuían a reforzar la impresión de libre movimiento en el marco habitual. La cabeza era expresiva, decidida; el cabello, abundante y completamente blanco; los ojos, de bello esmalte, inusualmente abombados, como las lentes de cristales muy gruesos.

En las paredes había numerosas pinturas, bien colgadas o bien apoyadas. Me gustó de modo especial el cuadro de una mesa negra, cuya superficie, más bien que reflejarlos sencillamente, espiritualizaba unos vasos y unas copas que sobre ella reposaban. En el caballete, heredado de su padre, estaba colocado un bodegón empezado; ese caballete se hallaba recubierto de espesas costras de pintura, que colgaban cual estalactitas de colores.

Conversaciones sobre las relaciones entre la pintura impresionista y el camuflaje en la guerra; Braque dijo que fue él quien inventó el camuflaje, pues él fue el primero en quien se efectuó en el campo del arte la aniquilación de la forma por el color.

Braque, que detesta la presencia del modelo y del objeto, pinta siempre de memoria; eso otorga a sus cuadros una realidad más honda, la del sueño. A este respecto contó que recientemente había incluido una langosta en uno de sus cuadros, sin saber cuántas patas tenía ese animal. Cuando más tarde, comiendo, pudo verificarlo en un ejemplar real, vio que había acertado con el número exacto — relacionó eso con la concepción aristotélica según la cual cada especie está ordenada a un número determinado.

Le pregunté, como hago siempre que me encuentro con personas productivas, qué experiencias había tenido con la vejez. Dijo que para él lo agradable consistía en que lo colocaba en un estado en que ya no precisaba escoger — lo traduje como que en la vejez la vida se vuelve más necesaria y menos casual: la ruta es de una sola dirección.

Braque añadió:

—Además es preciso llegar a que la creación no parta ya de aquí, sino de aquí.

Mientras decía esas palabras señalaba primero su frente y luego su diafragma.

El gesto me sorprendió por el orden en que lo efectuó, pues en general se supone que el trabajo va haciéndose más consciente — aun en aquellos sitios donde el ejercicio, la rutina, la experiencia lo simplifican, se trata de la abreviación consciente de procesos creativos. El citado gesto me esclareció, sin embargo, ese cambio que se hace visible en el giro del cubismo hacia un realismo más hondo. Hay también un avance hacia la ingenuidad. En el reino del espíritu existen escaladores y existen mineros; los primeros siguen la tendencia paterna; los segundos, la material. Los primeros alcanzan mayores alturas, una claridad creciente; los segundos penetran, como el héroe de *Las minas de Falun,* de Hoffmann, en pozos cada vez más hondos — en sitios donde la Idea se revela al espíritu adormecida, grávida y con una belleza cristalina. Esa es también la auténtica diferencia entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Pero ambas fuerzas son propias de los más grandes — estos miden doble, como los Andes, cuya altura absoluta queda dividida para los ojos por el nivel del mar, pero cuyo reino se extiende desde la esfera de las alas del cóndor hasta los monstruos del fondo del mar.

Al ver a Braque y a Picasso he visto a dos grandes pintores de nuestro tiempo. La impresión ha sido igual de intensa, pero específicamente distinta, pues Picasso apareció, bajo su cerebralismo, como un mago poderoso, mientras que Braque dispone de una cordialidad irradiadora. Esto se revela tam-

bién en la diferencia de los estudios, en la cual se marca a la vez el modo español de ser de Picasso.[31] En el estudio de Braque me llamó la atención la abundancia de pequeños objetos — máscaras, jarrones, vasos, ídolos, conchas y cosas parecidas. Tuve la impresión de que no eran tanto modelos en el sentido habitual cuanto talismanes, una especie de imanes para recoger sustancia onírica. Tal vez, cuando se adquiere un cuadro de Braque, lo que se adquiere es esa sustancia acumulada, pero irradiadora. Uno de los objetos era una gran mariposa con ojos azul oscuro en las alas. La había capturado Braque mismo en su jardín, en el cual crece una paulonia, y dijo que la mariposa había inmigrado del Japón con aquel árbol.

Cenado en el hotel Ritz con Schulenburg, los dos solos. Hemos comentado la situación y, en relación con ella, mi *Llamamiento a la paz*, cuyo esquema le he explicado. Tal vez sea ahora el momento de trasladarme a Berlín. Ciertamente Schulenburg comentó que Keitel mira ya con desconfianza mi estancia aquí y que, por otro lado, Heinrich von Stülpnagel no me dejará ir, aunque se lo pida Speidel.

París, 5 de octubre de 1943

En el correo, entre otras cartas, la primera de Perpetua sobre la noche del 28 de septiembre en Kirchhorst. Cayeron bombas en los prados cercanos a nuestra casa. El colmo del horror parece que se avecina cuando en el cielo brillan «árboles de Navidad» — son haces de luces que anuncian el lanzamiento masivo de bombas. A la mañana siguiente fue llevada al manicomio la hijita de siete años de un vecino nuestro. El futuro de los niños me preocupa — ¿qué frutos hará madurar esta primavera? Las temperaturas altas y bajas imprimirán unos dibujos extraños en las alas de mariposa de esas almitas.

París, 6 de octubre de 1943

A última hora de la tarde la ronda habitual, esta vez con Husser, al que había citado junto a la tumba del Soldado Desconocido. Ha estado contándome su vida mientras cami-

nábamos a lo largo del Bois hasta la Porte Maillot y allí dábamos la vuelta y regresábamos por la Place des Ternes. La desgracia de Husser consiste en que desciende de un padre judío, pero al mismo tiempo fue, con pasión, un soldado y combatiente alemán en Douaumont. En las circunstancias imperantes son cosas que no cabe conciliar por mucho tiempo. Así ocurre que Husser aparece aquí en Francia como una persona que se hubiese desprendido de su sombra: como un desconocido, con un nombre nuevo, unos datos personales nuevos y un pasaporte nuevo, el de un alsaciano difunto. Vive en un hotel barato en Billancourt y acaba de regresar de la costa del Canal, donde ha estado pastoreando las ovejas de un nacionalista bretón al que le había recomendado Hielscher. Por cierto que este, parece ser, pasará pronto por París, pues pretende enviar bretones a Irlanda.

He tomado conmigo correspondencia para la mujer de Husser y le enviaré también pequeños paquetes; la dificultad está en que ni ella puede figurar como destinataria, ni el marido como remitente, ni yo como intermediario.

En el hotel Raphaël he estado meditando sobre las pequeñeces de la bajeza, que ningún historiador futuro comprenderá; por ejemplo, la actitud de las viejas asociaciones de veteranos, que primero intentaron proteger a miembros como Husser y luego los entregaron al *demos,* al populacho, cuando la cosa se hizo peligrosa. Así, Friedrich Georg y yo, junto a otros, nos dimos de baja en la «Asociación de veteranos del 73.° Regimiento» con ocasión de un espectáculo de esa especie. En mi plan de *La casa* tendría que añadir una sala en la que la caballería corrompida, bajo la presión del populacho que chilla fuera, planta en la calle a quienes está obligada a proteger.[32] La mezcla de falsa dignidad, miedo y huera jovialidad — yo la vi en la máscara del presidente Bünger cuando interrogaba a los testigos no deseados en el proceso del incendio del Reichstag. El prototipo es Poncio Pilato. Se absuelve luego al acusado, sabiendo en qué manos caerá en las propias escaleras del tribunal. También a mí podría ocurrir-

me eso si el comandante en jefe tuviera que abandonar el hotel Majestic. Solo que el acto de lavarse las manos estaría tal vez un poco perfumado:

—Mi querido J., sus dotes tienen aquí un campo demasiado pequeño para desarrollarse. Así es que lo hemos dejado «disponible».

Uno es despedido luego con una fiesta y pone al mal tiempo buena cara. El modo de levantar la copa para decir adiós: son rasgos que se encuentran en Shakespeare y con los cuales abochorna a todos los historiadores de oficio.

París, 10 de octubre de 1943

Acabado de leer por la mañana, en la cama, el Evangelio de San Mateo; luego desayuno de domingo, que ha transcurrido muy agradablemente gracias a la solicitud del Presidente. Pensamiento: aunque en esta Segunda Guerra Mundial me hallo rodeado en gran parte por las apariencias del confort, estoy corriendo, sin embargo, peligros mayores que durante la batalla del Somme o de Flandes. También me parece que, de cien antiguos guerreros, apenas hay uno que plante cara a los horrores nuevos que surgen cuando se pasa de la esfera de los héroes a la de los demonios.

Evangelio de San Mateo, 25: el gran asunto de este capítulo es que el ser humano puede aumentar su valor sobretemporal durante el lapso de tiempo que dura su vida, que puede hacer provisión de aceite para la lámpara que arde eternamente, que con su herencia, con sus talentos, puede obtener una riqueza imperecedera. Esa fuerza trascendente, capaz de sacar intereses al tiempo, es de hecho un milagro inaudito — digno de que se lo estudie en cien mil monasterios y en innumerables celdas de eremitas: el tiempo como lagar, el mundo como fruto. No en vano son muchas las imágenes que hacen referencia al vino y al trabajo de los viñadores en las viñas, pues el crecimiento del vino hasta el instante en que, bebido, se transforma en espíritu ofrece un poderoso símbolo de la vida.

Vivimos para realizarnos. Esa realización es lo que hace que la muerte carezca de significado — el ser humano ha cambiado sus bienes por otros, que conservan su cotización en todas partes y allende todas las fronteras. De ahí la sentencia de Salomón de que para los justos la muerte es solo aparente: «Dios los prueba como oro puro en el horno y los acepta como una ofrenda limpia».

Podemos alcanzar, por tanto, un estado en el que, al ser cambiados, no corremos peligro de sufrir pérdidas.

París, 11 de octubre de 1943

Los grandes planes de aniquilación pueden tener éxito solo si en el mundo moral se producen modificaciones paralelas a ellos. El valor del ser humano habrá de descender todavía más, el hombre tendrá que hacerse metafísicamente indiferente, antes de que resulte posible el paso de la aniquilación de masas que hoy estamos viviendo a la aniquilación total. También esa circunstancia, como nuestra situación entera, está prevista en la Escritura, y no solo en la descripción del Diluvio, sino también en la descripción de la destrucción de Sodoma: Dios dice que respetará la ciudad mientras albergue diez justos. También eso es un símbolo de la enorme responsabilidad que pesa sobre la persona singular en este tiempo. *Uno* puede ser garante de incontables millones.

París, 14 de octubre de 1943

En sueños descendía a una tumba, al ataúd de mi abuelo, el maestro de niños. Por la mañana consulté un libro de sueños y encontré bajo la palabra *Tombeau* la palabra *longévité.* Es una de esas interpretaciones superficiales por las que se señalan estos libros. Descender al sepulcro de un antepasado significa, antes por el contrario, que en una situación difícil queremos pedir el consejo que, como individuos, no podemos darnos a nosotros mismos.

En el correo, entre otras cartas, la de un joven soldado, Klaus Meinert, que ya me escribió en otra ocasión con moti-

vo de mi pequeño trabajo sobre las vocales. Esta vez me comunica un descubrimiento suyo sobre el contenido simbólico de las mayúsculas latinas. Según él:

A encarna la amplitud y la altura. Esto lo atestigua con toda sencillez el signo `: dos puntos distantes se encuentran en el zenit.

E es el sonido de lo inespacial, del pensar abstracto. Lo indican tres monótonas paralelas, ;, unidas por una recta vertical.

I expresa, como signo erótico, como *lingam,* las relaciones de la sangre, del amor, del ardor.

O representa, como sonido de luz, la encarnación del Sol y del ojo.

U, o, como escribían los antiguos, *V,* es el sonido de la Tierra, que se sumerge en la profundidad. También se expresa en ella que es el signo antitético de la fe.

Este trabajo me ha alegrado, pues delata un buen ojo. También he pensado en las condiciones en que ha surgido — durante las marchas, en noches de guardia, en campamentos. Los hombres jóvenes se aferran a los elementos espirituales de la vida como a una constelación que se ve desde la posición perdida. Qué pocas veces se los apoya en ese impulso suyo, que es el mejor que tienen.

Horst, sentado conmigo a la mesa, ha recibido la noticia de que su anciano padre ha sufrido heridas mortales en Münster durante el ataque aéreo. Las circunstancias han sido espeluznantes. Los golpes son cada vez mayores. Los destrozos causados en Hannover durante la noche del 9 al 10 de octubre son considerables; se dice que centenares de miles de personas han quedado sin techo que las cobije. ¡Todavía no tengo noticias de Perpetua!

Por la tarde charla con un capitán, un tal Aretz, que, cuando era estudiante, me visitó en una ocasión en Goslar; he hablado con él largo y tendido sobre la situación. Opinaba que

yo no reconocería el estado de espíritu de los hombres de entre veinte y treinta años, los cuales creen tan solo lo que viene en los periódicos y nunca han aprendido otra cosa. Parecía considerar eso como algo favorable para la solidez de los poderes dominantes — cuando la verdad es precisamente lo contrario: basta, pues, con cambiar lo que viene en los periódicos.

París, 16 de octubre de 1943

He estado reflexionando sobre la máquina y sobre lo que en ese terreno hemos dejado de hacer. En cuanto producto del puro intelecto masculino la máquina se asemeja a una bestia depredadora de cuya peligrosidad no se dio cuenta enseguida el ser humano; la crio despreocupadamente a su lado, para hacer la experiencia de que no cabe domesticarla. Es notable el hecho de que la primera vez que se utilizó la máquina, en forma de locomotora, se llegase a una buena solución. En manos estatales o semiestatales, y con un orden exactamente regulado, el ferrocarril ha procurado en estos cien años una existencia modesta, pero suficiente, a innumerables familias — un ferroviario es en general una persona satisfecha. En ese marco los ingenieros, los funcionarios y los obreros disfrutan de muchas de las ventajas del soldado y padecen pocos de sus inconvenientes. Mejor nos irían las cosas si desde el principio se hubiera procedido de igual manera en el reino de los telares automáticos, dando desde su origen a ese reino una organización constructiva. En el caso del ferrocarril, ciertamente, se añade una circunstancia particular — su carácter espacial, el hecho de poseer una instalación extensa. El ferrocarril tiene la propiedad de incorporar a sí un gran número de existencias que están ligadas a la técnica solo con la mitad de sí mismas, mientras que con la otra mitad están ligadas a la vida orgánica; es lo que les ocurre a los guardavías y a los guardabarreras, que llevan una vida simple, pero sana. Desde el principio tendría que haberse dado así a cada uno de los oficios técnicos un lote de terreno, aunque solo fuera un huerto o un jardín, pues toda vida depende

de la tierra, que es la que nos alimenta a todos, y en las crisis solo en ella se encuentra protección.

La técnica se asemeja a un edificio que estuviera levantado sobre un suelo no bastante estudiado. En cien años ese edificio ha crecido de una manera tan descomunal que se ha vuelto extraordinariamente difícil realizar cambios generales, cambios en el gran plan de la construcción. Esto rige especialmente para los países en que más se ha desarrollado la técnica. En eso consiste la ventaja de Rusia, una ventaja que está haciéndose visible ahora y que cabe explicar por estos dos motivos de principio: Rusia no tenía una prehistoria técnica y poseía espacio suficiente. Es cierto que también experimentó enseguida gigantescas destrucciones en bienes y en vidas, pero fue por una causa que quedaba fuera de la planificación.

Las grandes destrucciones de nuestra patria, Alemania, podrían tener *una* ventaja, al proporcionarnos un segundo comienzo para estas cosas que parecían tener ya una configuración irrevocable. Esas destrucciones crean una situación que sobrepuja los sueños más audaces de Bakunin.

Terminado: el primer volumen de *Causes cèlèbres,* editado en 1772 en Ámsterdam por M. Richet, exabogado en el Parlamento. En él he encontrado, en la descripción del proceso seguido contra la marquesa de Brinvilliers, esta frase: *Les grands crimes, loin de se soupçonner, ni s'imaginent même pas.* Es totalmente cierto, y la razón de ello está en que los crímenes son mayores a medida que, elevándose y sustrayéndose a lo animal, se espiritualizan. En igual proporción se esfuman también los indicios. Los más grandes crímenes reposan en combinaciones que, vistas desde la lógica, son superiores a la ley. Además el crimen va desplazándose cada vez más del acto al ser, para alcanzar niveles en los que, en cuanto espíritu abstracto del mal, vive en el puro conocimiento. Finalmente se pierde también el interés — se hace el mal por el mal. El mal es objeto de una celebración, se celebra como se celebra

un culto. Entonces la pregunta *cui bono* no proporciona ya ningún punto de apoyo; en el Universo no hay más que *un* poder y a él le viene bien el mal.

A última hora de la tarde ha venido Bogo al hotel Raphaël, acompañado por Husser. En estos tiempos tan escasos en fuerzas originales Bogo se me aparece como uno de mis conocidos sobre el que más he meditado y sobre el que menos he podido llegar a formarme un juicio. Antes creía que entraría a formar parte de la historia de nuestro tiempo como uno de sus personajes más ingeniosos, pero poco conocidos, y hoy creo que hará mucho más que eso. Ocurre, sobre todo, que de los hombres jóvenes con inquietudes espirituales, pertenecientes a la generación que creció en Alemania después de la Gran Guerra, muchos, más aún, quizá los más han experimentado su influencia y en no pocas ocasiones han pasado por su escuela, y he podido observar que ese encuentro los ha marcado.

Bogo venía de Bretaña y había estado antes en Polonia y en Suecia. Según su vieja costumbre bufonesca comenzó a prepararse para la discusión sacando de sus bolsillos diversos objetos: una serie de pipas talladas, bolsas de tabaco, limpiapipas y, además, un gorrito de terciopelo negro; con él adornó su cabeza, que está completamente calva hace ya tiempo. Entretanto me miraba con ojos astutos y escudriñadores, pero también con complacencia, como alguien que estuviese aguardando diversas aclaraciones y tuviese asimismo en reserva cosas agradables que contar. Yo tenía la impresión de que iba escogiendo las pipas según lo exigía el avance de la conversación.

Le pregunté por algunos conocidos, como Gerd von Tevenar, muerto hace poco, y le oí decir que él mismo le había dado sepultura y oficiado su funeral. De Aretz, en cambio, que me visitó ayer, dijo:

—A ese lo casé yo.

De esa manera me confirmó una sospecha que yo abrigaba desde tiempo atrás, a saber, que ha fundado una Iglesia. Bogo está elaborando ahora la dogmática, mientras que la liturgia la tiene ya muy adelantada. Me enseñó, por ejemplo, una colección de cantos y un ciclo de festividades, «El año pagano», que abarca un conjunto de dioses, festividades, colores, animales, manjares, minerales y plantas correlacionados entre sí. En ese «año pagano» he podido ver que la bendición de la luz se celebrará el 2 de febrero. Esa festividad está consagrada a Berchta, cuyo emblema es el huso, cuyo animal es el oso y cuya planta es la campanita de las nieves; sus colores son el rojo subido y el «níveo»; el regalo que se recomienda en tal festividad es el pentagrama, el «pie de bruja»; los manjares apropiados son los arenques con albóndigas; como bebida, el *Seehund* [la foca]; y como pastel, el *Klemmkuchen* [masa pegajosa]. En cambio he encontrado que para el martes de Carnaval, dedicado a honrar a Freya, los respectivos objetos son la lengua, el champán y los buñuelos.

Sobre la situación. Aquí Bogo ha dicho que, puesto que los Biedenhorn no han sido capaces de hacer saltar por los aires a Kniébolo, es esa una tarea que corresponde a determinados círculos. Ha dejado entrever que, llegado el caso, él mismo se vería forzado a prepararla y a dar la orden de que se ejecutase — como el Viejo de la Montaña, por así decirlo, que enviase sus hombres jóvenes contra los palacios. Tal como él lo concibe, el problema básico de la política de hoy se formula aproximadamente así: «¿Cómo se penetra durante cinco minutos, y con armas, en el cordón de seguridad número uno?». Mientras le oía exponer los detalles vi claramente la situación de Kniébolo, al que hoy andan acorralando y batiendo desde diversos lados sus propios cazadores.

Básicamente he creído percibir en Bogo una mudanza que me parece característica de toda la élite: consiste en que se apresura a adentrarse en los terrenos de la metafísica con el ímpetu heredado del racionalismo. Eso fue algo que ya me llamó la atención en Spengler y constituye un indicio favora-

ble. Dicho de manera sumaria, el siglo XIX fue un siglo racional, mientras que el siglo XX es un siglo cultual. De eso es de lo que está viviendo ya Kniébolo, y de ahí la completa incapacidad de las inteligencias liberales para ver ni siquiera el lugar en que él se encuentra.

Luego hablamos de los viajes de Bogo. A este propósito me contó no pocos secretos. Me produjeron una especial consternación los detalles que narró del gueto de Lodz, o, como ahora se llama, Litzmannstadt. Bogo se había introducido en él con un determinado pretexto y había mantenido conversaciones con el presidente de la judería, un antiguo teniente austriaco. Viven allí ciento veinte mil judíos, hacinados en un espacio estrechísimo, y trabajan para la industria del armamento. Han levantado uno de los más grandes complejos industriales que hay en el Este. Y así es como pueden ir viviendo, pues resultan imprescindibles. Entretanto afluyen allí más judíos cada día, que llegan deportados de los países ocupados. Para borrarlos de la faz de la Tierra se han construido crematorios en las cercanías de los guetos. A las víctimas se las transporta hasta allí en unos camiones que, según se dice, son una invención de Heydrich, el nihilista jefe — los gases de los tubos de escape son introducidos en el interior de los camiones, que de esa manera se convierten en celdas de muerte.

Al parecer existe un segundo método de carnicería; consiste en llevar desnudas a las víctimas, antes de quemarlas, a una gran placa de hierro por la que se hace pasar luego una corriente eléctrica de alta tensión. Se ha recurrido a estos métodos porque se ha mostrado que los hombres de las SS destinados a liquidar a los judíos de un tiro en la nuca padecían trastornos de salud y al final se negaron a hacerlo. El personal que se precisa para esos crematorios es escaso; se dice que quienes actúan en ellos son una especie de amos y criados infernales. Allí es, pues, donde desaparecen las masas de judíos que son enviados de Europa para su «reasentamiento». Ese es el paisaje en que sin duda se revela del modo

más claro la naturaleza de Kniébolo y que ni siquiera Dostoievski previó.

El propio judío que está al frente de cada gueto es el que ha de dar los nombres de los destinados a los crematorios. Tras una larga consulta con los rabinos selecciona a hombres viejos y a niños enfermos. Se dice que son muchos los ancianos e inválidos que se presentan voluntariamente — de ese modo, pues, tales horrores acaban redundando siempre en honor de los perseguidos.

El gueto de Litzmannstadt está aislado de la ciudad — en otras poblaciones más pequeñas hay también guetos que constan únicamente de unas pocas calles, las habitadas por los judíos. Se dice que los policías judíos encargados de capturar a las víctimas han cogido también, y han entregado, a personas alemanas y polacas que en aquel momento pasaban por el gueto, y que nunca más se ha vuelto a saber de ellas. Se asegura que esto ha ocurrido en especial con «alemanes del Volga» que estaban allí aguardando a que les asignasen una parcela de terreno. Naturalmente esas personas insistían en decir a sus verdugos que no eran judíos, pero sin duda la única respuesta que oían era:

—Eso lo ha dicho aquí todo el mundo.

Al parecer en los guetos nadie engendra hijos, excepto los miembros de la secta más piadosa de todas, los *chassidim.*

El nombre de «Litzmannstadt» deja claro cuáles son los honores que Kniébolo es capaz de dispensar. Ha vinculado para siempre a una barraca de desolladores el nombre de ese general, cubierto de gloria ganada en batallas victoriosas. Desde el principio vi claramente que las condecoraciones que más había que temer eran las concedidas por Kniébolo, y dije con Friedrich Georg:

Ruhm nicht bringt es, eure Schlachten
Mitzuschlagen.
Eure Siege sind verächtlich
Wie die Niederlagen.

[No aporta ninguna gloria
combatir en vuestras batallas.
Vuestras victorias son despreciables,
como las derrotas.]

París, 17 de octubre de 1943

Por la tarde en el Théâtre de Poche, situado en el Boulevard du Montparnasse, que ha reabierto sus puertas. Schlumberger nos había invitado a mí y a la Doctoresse a ver su obra *Césaire.* Se dio, además, *Tempestad,* de Strindberg; es una pieza que se ha vuelto fantasmal ya en sí misma y ese carácter suyo quedó potenciado todavía más al ser representada en tal lugar. Los actores aparecieron con trajes de finales del siglo pasado, exhumados de viejos armarios; también era según el gusto de aquel tiempo el teléfono, que entonces constituyó sin duda una novedad inaudita en el escenario.

Luego té en casa de la Doctoresse:

—El trabajo de los grandes se reconoce en su carácter matemático: los problemas son divisibles y no dejan resto. Quedan solventados.

Aunque ese juicio abarca una sola de las dos caras que posee la fuerza productiva, hay en él algo que es cierto. Por otro lado, sin embargo, los resultados *sí* dejan resto — siempre permanece algo que es indivisible. Esa es la diferencia entre Molière y Shakespeare, entre Kant y Hamann, entre la *ratio* y el lenguaje, entre la luz y la oscuridad.

También existe, es cierto, un pequeño número de espíritus que son a la vez indivisibles y divisibles. De ellos forman parte Pascal y E.A. Poe y, en la Antigüedad, san Pablo. En los sitios donde el lenguaje, una fuerza sin ojos, fluye en los elementos de luz de los pensamientos brillan palacios en una oscuridad pulimentada.

París, 18 de octubre de 1943

Al mediodía en casa de Florence. Una vez más han vuelto a encantarme los colores de las botellas y vasos encontrados

en tumbas antiquísimas — su azul es más profundo y precioso incluso que el que exhiben las alas de las mariposas de los bosques de montaña del Brasil.

Marie-Louise Bousquet ha contado la historia de una mujer que acudió a una de las ciudades bombardeadas de la costa para buscar a su marido, que no había regresado de un viaje. Preguntó en el ayuntamiento, pero su nombre no figuraba en las listas de las víctimas. Al salir a la plaza mayor vio en ella una serie de ataúdes encima de unos coches; en cada uno de ellos estaba colocado un palito con un papel, en el que se hallaba escrito el nombre del muerto. Enseguida descubrieron allí sus ojos el nombre de su marido, en el preciso instante en que el coche se ponía en marcha para dirigirse al cementerio. Fue, pues, caminando, detrás del ataúd con traje de viaje — uno de esos trueques de imágenes, rápidos como el rayo, que solo conocemos por los sueños. La vida se vuelve cada vez más un sueño.

París, 19 de octubre de 1943

La radio ha dado, una vez más, la noticia de un terrible ataque aéreo contra Hannover la última noche. En vano he intentado lograr comunicación telefónica con Hannover para hablar con Perpetua — las líneas están destruidas. Parece que esta vez la ciudad ha quedado completamente reducida a escombros.

Por la tarde en casa del anticuario Etienne Bignou, quien a petición mía ha sacado de la caja fuerte de su banco una pintura del aduanero Rousseau que durante largo tiempo ha estado desaparecida. A este cuadro de grandes dimensiones, que pintó en 1894, Rousseau lo tituló *La guerra o la cabalgata de la discordia* y le puso este lema: «Pasa llevando el terror y deja tras sí desesperación, lágrimas y ruinas».

Lo que en la primera ojeada llama la atención son los colores: unas nubes que se abren como grandes flores rosa ante un cielo azul; delante de ellas un árbol negro y otro delicadamente gris, de cuyas ramas penden hojas tropicales. Sobre un corcel negro, sin ojos, galopa el ángel de la discordia por

un campo de batalla. Lleva puesta una túnica de plumas, en la mano derecha sostiene en alto una espada y en la izquierda, una antorcha, de cuya oscura estela de humo saltan puntitos de fuego. El terreno sobre el que va volando ese terrible visitante astral está cubierto de cadáveres desnudos o apenas vestidos; unos cuervos celebran allí su festín. Al cadáver que está en primer plano y que, por cierto, es el único que se halla apenas cubierto por un pantalón remendado, Rousseau le prestó su propio rostro; otro cadáver que queda al fondo y cuyo hígado está devorando un cuervo tiene los rasgos del primer marido de su mujer.

Veo en este cuadro, de cuyo redescubrimiento me había informado Baumgart, una de las grandes visiones de este tiempo; también da una idea de pintura necesaria, en contraste con la índole caleidoscópica de los objetos que en él aparecen. De igual manera que había una conformidad entre las pinturas de los primeros impresionistas y los viejos daguerrotipos, así también la hay entre esta pintura y la fotografía instantánea. Con la carga elemental del contenido contrasta forzosamente una especie de hechizo del terror o de rigidez decorativa — pueden contemplarse con calma cosas que de ordinario escapan a la percepción, bien por el secretismo propio de lo demoniaco o bien por su terrible velocidad. Se ve que ya en aquel tiempo se habían vuelto enormemente peligrosas las cosas. A ello se agrega lo mexicano — treinta años antes había regresado Galliffet de México a Francia. Uno de los orígenes de nuestro mundo de horrores está, a no dudarlo, en el desarrollo de gérmenes tropicales en suelo europeo.

Notable resulta también, entre las diversas cualidades, el infantilismo — pureza en medio de horrores propios de cuentos, como en la novela de Emily Brontë.

París, 20 de octubre de 1943

Por fin llegan noticias de Perpetua. El espantoso ataque del 10 de diciembre, que ha destruido grandes sectores de Hannover, apenas rozó a Kirchhorst. Desde la casa parro-

quial ella veía cómo iba derramándose sobre la ciudad el fósforo, semejante a plata derretida. En la mañana del 11 de octubre logró abrirse paso hasta la casa de sus padres a través de escombros humeantes. Era el único edificio que en una amplia zona se había mantenido en pie, pero en las habitaciones habían caído bombas incendiarias. Perpetua encontró a sus padres agotados por los esfuerzos hechos para apagar el fuego y con los ojos hinchados. Su pequeña sobrina Viktoria se había destacado de manera especial en los trabajos de extinción; vemos así a los débiles desplegar en esos momentos unas fuerzas que nadie hubiera sospechado en ellos.

París, 23 de octubre de 1943

Capriccio tenebroso. Estampa de un arrendajo común muerto, con la pelusilla gris rosácea del pecho y las plumas de la cola con toques negros, blancos y azules. Yace ya medio enterrado sobre una tierra blanda, en la cual escarba una bandada de escarabajos enterradores. Su cuerpo va desapareciendo a golpes, a espasmos, en el oscuro suelo. Pronto lo único que resulta visible todavía es la punta, color azul claro, de un ala, que está cubierta de pequeños huevos amarillos. También la punta del ala desaparece, mientras ya empiezan a salir de los huevos las larvas y resbalan de ella.

Cuando el crimen se convierte en una enfermedad la ejecución se convierte en una operación médica.

París, 24 de octubre de 1943

Una carta de Perpetua me tranquiliza por fin, también con respecto a la noche de horrores del día 19. Kirchhorst fue alcanzado por las bombas y ardieron algunas casas de labor y algunos graneros. Alrededor de la casa parroquial cayeron bombas explosivas, bombas incendiarias y bidones de fósforo; sus habitantes estaban entretanto tendidos en el pasillo. Entonces se oyó un estruendo enorme, como si el viejo y buen edificio fuera a venirse abajo, y Perpetua salió corriendo al jardín con nuestro pequeño — allí se apretaron ambos contra la tuya, el árbol de la vida.

En este año he perdido no solo a mi padre, sino también la ciudad de mi padre. Llegan asimismo noticias amenazadoras de Leisnig y de Múnich. En la Primera Guerra Mundial yo estaba solo y era libre; esta segunda voy atravesándola con todos mis seres queridos y con todas mis pertenencias. Pero en la Primera Guerra Mundial soñaba a veces con esta segunda; y, de manera parecida, durante el avance a través de Francia en 1940 me aterrorizaban menos las estampas del momento que la visión anticipada de futuros mundos de aniquilación, que adivinaba en el espacio vacío de seres humanos.[33]

Por la tarde en el estudio de Klaus Valentiner, que ha llegado de Aix. Me ha traído saludos de Médan — sus paisanos le han enviado ya a casa dos ataúdes y una sentencia de muerte. Su crimen consiste en tener por posible la amistad entre Alemania y Francia.

Ahlmann, tío de Valentiner, a quien conocí a través del Magister, y un general estaban invitados a cenar en casa de Carl Schmitt y acudieron juntos a la Kaiserswertherstrasse de Dahlem. Una vez llegados a ella encontraron la casa en ruinas; con todo, y más bien para hacer un experimento, tocaron el timbre de la puerta del jardín. Apareció entonces, subiendo de una de las habitaciones del sótano, la señora Duschka, vestida con un traje de terciopelo negro, y les comunicó ceremoniosamente que, por desgracia, se veía forzada a cancelar la cena. Es un rasgo que la caracteriza.

También ha contado Valentiner una historia horrorosa ocurrida en Aix. Allí está acantonada una compañía de las SS y un joven soldado huyó a España. La deserción tuvo éxito, pero fue extraditado. Entonces el jefe de la compañía lo hizo llevar esposado ante la tropa formada y lo ejecutó personalmente disparando con su ametralladora. El hecho hubo de provocar una impresión terrible: varios de los soldados jóvenes cayeron al suelo desmayados.

Esta atrocidad resulta casi increíble, si se piensa que el jefe, por serlo, es siempre también el padre de sus hombres.

Desde luego corresponde a una situación en que impera inequívocamente la fuerza bruta, y de ahí que la máxima autoridad resida en el verdugo.

En los Jardins du Luxembourg, bajo una ligera lluvia. Allí florecía, alrededor de la gran superficie oval, en cuyo suelo se cultivan ahora en la guerra coles y tomates, un espléndido cañacoro o caña de la India, de un magnífico color rojo con bordes de amarillo de llama.

París, 25 de octubre de 1943

Comida en casa de Florence. Ha contado pormenores sobre la manera como estaba amueblado un castillo que hace años compró en Normandía, pero cuyo nombre había olvidado.

En la mesa, también, Marie Laurencin, con la que he charlado sobre el aduanero Rousseau. Cuando ella era una muchacha lo conoció, en una época en que él daba clases de pintura y de violín, y ha alabado el eufónico sonido de sus palabras; escucharlo hablar procuraba mucho más placer que verlo pintar. También, en una ocasión, Marie Laurencin posó para él, para un retrato; aunque entonces era muy delgada, Rousseau la pintó enormemente gruesa. Se lo hizo notar y él respondió:

—C'est pour vous faire plus important.

Un rasgo propio de la Edad de Piedra.

París, 26 de octubre de 1943

En un banquete al que también estaba invitado Sócrates. Era pequeño de estatura, tenía rapada la cabeza, su rostro era descarnado e inteligente, y llevaba un traje gris de calle, de buen corte.

«Es un consuelo que todavía viva un hombre como él», me decía, y lo pensaba de igual manera que si me hubiera enterado de que Burckhardt o Delacroix estaban aún vivos.

Charlaba acerca de ello con uno de los comensales, el cual derramaba mantequilla líquida sobre mis tostadas de pan blanco. Era un crítico nórdico, que conocía también a mi

amiga Birgit y me hacía el elogio de una obra épica que esta le había enviado. De algunos versos que citaba, el único que me ha quedado en la memoria es el primero, que empezaba con estas palabras:

Morus, mehr Tänzer als Heimer…

[Morus, más bailarín que hombre de su casa…]

El crítico nórdico decía que ese comienzo era «excelente», pero yo comprendía, por una especie de entendimiento directo entre nosotros, que utilizaba ese adjetivo en un sentido a la vez elogioso y restrictivo, pues «excelente» se refiere siempre a lo general, mientras que no puede decirse de lo absoluto.

Los sueños me dan esperanza en el futuro, me dan seguridad. Esto rige sobre todo para el sueño que tuve durante la travesía a Rodas y en el que resistía a Kniébolo y a su banda en el centro de su poder. *Tout ce qui arrive est adorable* es una de las mejores frases de Bloy.

Al despertar he descubierto una armonía nueva — me refiero a la armonía en la que un verde delicado se une en líneas y bandas con un amarillo suave y que cabría calificar de «armonía del cañaveral». Resultará muy apropiada en pabellones situados a orillas de las aguas, en chalés, en cenadores de jardín, en chozas para patos, en puentes de bambú, y como encuadernación de las obras de Turguéniev y Walt Whitman.

Avanzado en la redacción del *Llamamiento;* he comenzado el capítulo sobre el nihilismo, mientras voy pasando a limpio algunas de las partes ya escritas.

París, 27 de octubre de 1943

En su carta del 21 de octubre me habla Perpetua de los niños berlineses que están refugiados en nuestra casa. Uno de ellos, un pobre diablillo de seis años, le ha dicho:

—Tita, mis piernas se espantan siempre tanto que tiemblan.

Luego habla de la confianza de nuestro pequeño en su madre fuerte, que mantendrá alejados los peligros. Son cosas de las que nunca habríamos tenido experiencia en tiempos de seguridad.

París, 28 de octubre de 1943

Por la tarde ha venido a verme Cramer von Laue, uno de esos lectores que conocieron mis escritos ya de niños y han ido creciendo con ellos. Entretanto ha llegado a capitán y luce en su mejilla izquierda la cicatriz que en ella ha dejado una bala; le sienta bien.

Comentado la situación y en especial el problema de hasta qué punto la persona singular ha de sentirse responsable de las iniquidades cometidas por Kniébolo. Me complace ver que los hombres jóvenes que han pasado por mi escuela abordan enseguida el corazón de los asuntos. La suerte de Alemania es desesperada si no le brota una caballería nueva, surgida de su juventud y, en especial, de sus trabajadores.

Cramer me ha hablado de un libro de Walter Schubart titulado *Europa y el alma del Este,* que ha sido publicado en Suiza. Me ha citado algunos pasajes. Espero hacerme con él, aunque solo circula un pequeño número de ejemplares.

París, 29 de octubre de 1943

En la tienda de Bernasconi en la Avenue de Lowendal. He recogido las dos partes del *Catalogus coleopterorum,* que Bernasconi ha encuadernado sólidamente. Luego, por la Rue d'Estrées y la Rue de Babylone, a casa de la Doctoresse, que había recibido por la mañana la orden de presentarse a la Gestapo, por causa de su marido, que sigue pudriéndose en la cárcel. Dado que una citación de ese género encierra siempre también el peligro de nuevas ilegalidades, la horita que he pasado allí se ha parecido a la visita a un convaleciente.

He vuelto a sentirme muy a gusto en las viejas calles; he deambulado en su hechizo como en una ligera embriaguez.

París, 30 de octubre de 1943

Horst, que ha regresado de Münster del entierro de su anciano padre, muerto por una bomba, me ha traído saludos de Donders, el prepósito del cabildo catedralicio. Este ha perdido en el gran incendio su hermosa biblioteca, que contenía más de veinte mil volúmenes.

Le dijo a Horst:

—Fue una buena cosa que regalase a tiempo el Hamann a Ernst Jünger.

Los grandes incendios producen en la consciencia de la propiedad más cambios que todos los mamotretos que sobre ese asunto se han escrito desde el comienzo del mundo. Es la *révolution sans phrase.*

Das sechs Nektar grosse Weingut [la viña de seis néctares]. En la *Pariser Zeitung* de hoy. Una hermosa errata.[34]

Por la obra de Benoist-Méchin sobre la historia del ejército alemán me entero de que el chófer de Kniébolo tenía el apocalíptico nombre de *Schreck* [espantajo].

Vaux-les-Cernay, 31 de octubre de 1943

Desde ayer por la tarde en Vaux, invitado por el comandante en jefe. Durante la velada las acostumbradas conversaciones junto a la gran chimenea. El general contó que en Ucrania esbirros de Sauckel anunciaron que volvería a celebrarse a la manera antigua, con solemnidad, la festividad de la Pascua — luego rodearon las iglesias y se llevaron consigo, de la multitud que había concurrido a los oficios, a quienes les pareció bien.

Hoy domingo por la mañana en los bosques, dedicado a la caza sutil. He visto un hermoso coccinélido que volaba, iluminado por el sol, hacia un cañaveral. En sus élitros, de un delicado amarillo, tenía un buen número de puntos blancos — una armonía que solo se alcanza cuando es la Naturaleza la que mezcla los colores.

Dos grandes crabrones, con el cuerpo de color amarillo limón y unos tatuajes castaño caoba, succionaban la savia de una encina. A veces se tocaban mutuamente la cabeza y el pecho con las mandíbulas, casi picoteándose, sin duda para lamer un poco de la savia que en esos sitios había quedado pegada. Los gestos que realizaban se parecían a los de un abrazo cariñoso, y es seguro que en tales movimientos hay también simpatía, pues una de las fuentes de la caricia nace del deseo de limpiar. Con esto se halla relacionado el hecho de lamer a la cría inmediatamente después del parto, cosa que hacen no solo muchos mamíferos, sino también los esquimales, así como el alisar y ordenar las plumas con el pico, y cosas parecidas. Son orígenes de la simpatía — captados en su sentido profundo en *Les chercheuses de poux,* el bello poema de Rimbaud.

Después los bejines, que poblaban los bordes de los tranquilos caminos otoñales; tenían formas de bolas hendidas, o de émbolos de color amarillo castaño, o de copas abombadas en su tercio superior. Cuando están maduros se forma en su ápice una pequeña fontana por la que se escapa el fino polvo de las esporas. Son criaturas que se transforman completamente en semilla, en fecundidad, y que lo único que dejan tras sí como resto individual es una membrana apergaminada. Podría verse a esos hongos también como morteros que disparan vida. Contemplados de ese modo no serían un mal ornato encima de las tumbas o en los escudos de personas dadivosas.

París, 1 noviembre de 1943

Comienzo de noviembre. Dormido mal; en el sueño erraba por el destruido Hannover, pero de pronto me daba cuenta de que, preocupado por mi mujer y mis hijos, había olvidado del todo a mi abuela y su pequeño piso, que aún estaba en la Krausenstrasse.

París, 5 noviembre de 1943

Velada en casa del matrimonio Didier. Allí, Hendrik de Man, el antiguo ministro belga, que me ha dado su escrito

sobre la paz, ya impreso, pero aún no distribuido.

Hemos charlado sobre Leipzig, donde vivió antes de la Primera Guerra Mundial como colaborador del periódico socialdemócrata *Volkszeitung*. Una y otra vez resulta asombroso el ingrediente típico que hay en estos viejos socialistas, a quienes entonces se tenía por revolucionarios. El estrato que salió a luz en todos los países con los dolores de parto del Estado de trabajo fue en el fondo un nuevo estrato de gentes de orden. El cambio de empleado a funcionario, o, para decirlo con palabras de Carl Schmitt, el paso de la legitimidad a la legalidad, se parece a las transiciones de la escritura hierática a la demótica. Es algo que puede verse también en las fisonomías. MacDonald en Inglaterra y Winnig en Alemania son tipos de esa especie.

París, 8 de noviembre de 1943

Almuerzo en casa de Florence. Allí me ha hablado Heller de un doble, un sosías, que, por lo que dicen, tengo, y que se parece completamente a mí en los gestos, en la voz y en la escritura. En tales casos tiene que haber sin duda también un parentesco de sangre.

A Marie-Louise, que es incapaz de retener las fechas:

—Usted, Marie-Louise, seguro que tampoco se acordará del día en que nació su marido.

—No, no me acuerdo, pero, a cambio, lo que nunca olvido es el día en que murió.

Esta réplica es certera, pues la muerte nos confía de manera definitiva la persona, como yo siento ahora con respecto a mi padre.

Los discursos de Kniébolo hacen pensar ahora en una reunión de acreedores de una quiebra, reunión en la que quien está en bancarrota asegura a los acreedores, para ganar tiempo, que les pagará sumas fantásticas.

Creo que aún hoy sigue subestimándose el horroroso goliatismo de Kniébolo.

París, 9 de noviembre de 1943

Hoy he terminado la copia en limpio de mi *Llamamiento.* Me gustaría saber qué suerte le espera a este trabajo. En él alabaría tal vez Léon Bloy el que esté dirigido «contra todos». Considero una buena señal el mero hecho de haberlo escrito.

París, 10 de noviembre de 1943

Por la tarde conversación con Schnath, que marcha a Hannover. También la mayor parte de sus archivos ha sido pasto de las llamas, junto con los ficheros, de manera que lo que queda se ha transformado en una inmóvil masa de papel. Hemos estado hablando sobre la instalación de sus tesoros en minas de potasa. En ellas es tan grande la sequedad que vuelve quebradizos los hilos con que están cosidos los legajos. También se depositan en las cubiertas cristales salinos y estos atraen agua cuando se sacan fuera los papeles. El dolor de los archiveros a la vista de los incendios es especialmente grande.

A última hora de la tarde en el despacho de Haumont, un pequeño editor de la Rue Boissonade, que es un obseso de la manía tipográfica. He hablado con él y con Heller sobre el príncipe de Ligne, cuya obra está imprimiendo. Luego ha llegado también el doctor Göpel, que me ha traído el trabajo de Huebner sobre el Bosco. Hemos ido al restaurante Viking y allí hemos cenado con un poeta llamado Berry, que ha dedicado al río Garona una epopeya de más de seis mil versos. Uno de ellos, que ha citado entre trago y trago de vino, dice así:

Mourir n'est rien, il faut cesser de boire.

También en otros aspectos ha mostrado ser un tipo alegre — así, quería acometer, en honor de nuestro único comensal de sexo femenino, que había venido con Haumont, la arriesgada empresa de versificar un diálogo en el que uno de los senos de la mujer compitiese con el otro. La idea no me ha

parecido adecuada a un objeto en el que la simetría deleita mucho más que la diferencia.

París, 13 de noviembre de 1943

Por la mañana me ha visitado la señora Von Oertzen, presidenta de la Cruz Roja; ha venido a verme en su condición de lectora mía. Hemos intercambiado los signos secretos por los cuales se reconoce hoy enseguida la gente. Conversación sobre los viajes que ella emprende por todos los frentes, por todos los territorios ocupados. Luego, sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ha dicho que si solo pudiera llevarse consigo dos libros, uno de ellos habría de ser la Biblia. ¿Y el otro? En mi caso, probablemente *Las mil y una noches.* En suma, dos obras orientales.

Por la tarde, con Marie-Louise, a visitar a Marie Laurencin, que posee un estudio en el último piso de un edificio de la Rue Savorgnan de Brazza; el estudio se parece a una casa de muñecas o al jardín del hada buena de los cuentos. Reina allí su color favorito, un verde fresco entremezclado con un poco de rosa. Hemos estado viendo libros de cuentos ilustrados, sobre todo los que fueron impresos en Múnich en la segunda mitad del siglo pasado.

Me entero de que los F. de Bucarest muestran ahora inclinaciones bolcheviques. Es una mala señal para Kniébolo. Su bíceps está perdiendo *charme.*

París, 14 de noviembre de 1943

Por la tarde con la Doctoresse en Versalles, para pasear allí bajo la lluvia por las grandes avenidas solitarias. Regresamos de Trianon a la ciudad cuando casi se había hecho ya de noche. Ningún pintor conseguirá jamás aquellos colores, que, en la niebla, casi solo cabía adivinar — un soplo de rosa, una pizca de amarillo, un marrón rojo canela iban sumergiéndose en la noche cual animales marinos que se retiraran a sus conchas, y al desaparecer revelaban el secreto de su magnificencia.

París, 15 de noviembre de 1943

Almuerzo en casa de Florence. De un autor en cuya prosa se tratan, dándoles mucha importancia, lugares comunes ha dicho Cocteau que es *une limande des grandes profondeurs.*

Por la tarde ha venido furtivamente a mi despacho, como un Peter Schlemihl, Husser. Me ha traído la *Historia de la conjuración española contra Venecia.*

Comentado la situación; ahora dejo siempre descolgado en estas ocasiones el auricular del teléfono. Husser ha citado una frase de Voltaire que aparece en su *Historia de Carlos XII* y que dice que alguien que lucha contra una coalición de adversarios fuertes es difícil que pueda ser aniquilado del todo. Sí, pero se comienza por meterlo en el saco.

Hablado luego sobre el clero católico. Husser ha dicho que en ese clero el nihilismo se manifiesta en sus polémicas contra las ciencias.

París, 16 de noviembre de 1943

Por la tarde ha venido a verme Morin, que me ha informado del fallecimiento de su padre y me ha pedido ayuda en los asuntos que lo conciernen a él. Ha vuelto a asombrarme la destreza con que los franceses, ya de jóvenes, saben ordenar a su alrededor las cosas. Se mantienen en el centro de ellas, mientras que los jóvenes alemanes están unas veces fuera del plan de sus intereses y otras van errando sin meta ninguna por ese plan. Su evolución es más caótica y elemental, implica en medida mucho mayor lo imprevisto. Al hacer esas comparaciones lo que a mí me viene siempre a la cabeza es la diferencia entre Molière y Shakespeare, y, con ella, el pensamiento de si no sería posible una humanidad superior apoyada en esas dos columnas — encarnación de un orden nuevo que sacase sus propios vínculos de cosas opuestas: de la fuerza centrífuga y de la gravitación.

Velada en el Instituto Alemán. Allí, el escultor Breker con su esposa griega, y además la señora Abetz, Abel Bonnard y Drieu la Rochelle, con el que intercambié disparos en 1915. Fue en Le Godat, el pueblo ante el que cayó Hermann Löns.

También Drieu se acordaba de la campana que allí daba las horas; ambos la oíamos.[35] Se han agregado luego plumas compradas, sujetos que uno no tocaría ni con tenazas de atizar. Todos esos individuos se fríen en una mezcolanza de interés, odio y miedo, y no pocos llevan ya en su frente el estigma de la muerte cruel. Estoy entrando en un estadio en que la visión de los nihilistas me resulta físicamente insoportable.

París, 18 de noviembre de 1943

Por la mañana conversación con Bargatzki, al que he entregado mi *Llamamiento;* es su segundo lector. Hemos hablado de la posibilidad de una edición clandestina, *rebus sic stantibus.* He pensado en Haumont y también en una traducción hecha por Henri Thomas, al que abordará Heller.

Por la tarde ha llegado de Hamburgo Ziegler y me ha informado de los grandes bombardeos. En los barrios en llamas las personas en parte se asfixiaban por falta de aire y en parte morían por culpa del óxido de carbono que penetraba en los sótanos. Estos detalles hacen comprensible el número de víctimas. Una gigantesca nube de ceniza, semejante a la mencionada por Plinio en su descripción de la catástrofe de Pompeya, transformó en noche el día, de manera que Ziegler, al mediodía, encendió una vela para escribir una carta a su esposa.

Los grandes focos. Los profetas convergen radialmente hacia ellos, los apóstoles irradian de ellos.

París, 20 de noviembre de 1943

Cramer von Laue me ha traído otro libro de Schubart. Napoleón, Nietzsche y Dostoievski son vistos en él como los tres personajes capitales del siglo XIX, en un tríptico en que el gran hombre de acción está acompañado, en las alas, por el buen ladrón y el mal ladrón.

Cramer conocía también algunos datos de la vida del autor; parece que antes del estallido de la guerra viajó a Riga

para visitar a su esposa y que después de la entrada de los rusos ha sido deportado. Luego no ha vuelto a saberse nada de él. Sus libros son extremadamente significativos ya por el mero hecho de que en ellos se trata la segunda posibilidad de los alemanes, la vinculación al Este. Y así no es sin duda un azar el que yo haya descubierto en ellos citas de *El trabajador,* la obra en que más me he acercado al polo del colectivismo.

En el tren, 24 de noviembre de 1943

Viajando hacia Kirchhorst. Voy leyendo *El sueño de una noche de verano.*

En la escena primera del acto cuarto dice Oberón a Titania:

> Y deja los sentidos de esos cinco
> más muertos que con el dormir *común.*

El dormir tiene, pues, cualidades — también puede decirse que posee varias dimensiones: por un lado, la longitud, por otro, la profundidad; esta última conoce unas regiones distintas de las del mero reposo. En el aspecto mecánico el dormir es el simple contrapeso del estar despierto, pero con la profundidad en que cae se activan las fuerzas de la aleación de que está compuesto. De ellas forman parte la profecía, los avisos, la curación, el trato con espíritus y difuntos. También la confortación puede ser inusual en esas profundidades — hay así breves adormecimientos en cuyas simas nos hundimos por pocos minutos y de los que despertamos como si hubiéramos vuelto a nacer. La enfermedad concluye con un sueño salvífico en el que expulsamos de nosotros, como en un baño, los restos del mal. El arte de la medicina busca en todos los tiempos conseguir esa relación — de una manera especialmente bella en Grecia, pues allí había en los templos de Esculapio unos lugares destinados a dormir y en ellos la divinidad predecía a los soñantes los remedios salvadores. También la parte que en el mesmerismo se ha mostrado sólida está referida a un dormir más profundo. Hoy nos hemos

vuelto casi extraños a todas esas cosas; el dormir no alcanza jamás en nuestras ciudades aquellas capas en que nos hace señas el gran botín; y es horrible pensar que tal vez por ese motivo esté perdiendo fecundidad la muerte.

La *Porta Westfalica.* Cuando llego del Oeste la saludo siempre como la entrada que conduce a mi suelo natal más propio, a la Baja Sajonia. Estos son signos sagrados; subsistirán. Mientras meditaba junto a la ventanilla del tren he estado reflexionando sobre un sepulcro en esa zona.

Kirchhorst, 26 de noviembre de 1943

Sentado a mi mesa de trabajo en la habitación de arriba, donde se apilan a lo largo de las paredes paquetes no abiertos de libros. También están almacenados aquí montones de alfombras persas que conocidos nuestros han salvado en la ciudad y traído a nuestra casa. El equipaje para la huida está dispuesto en el pasillo de entrada, como en una sala de espera. El jardín se encuentra en estado de abandono; unos prisioneros han construido en él un refugio. Los bancales y también los caminos están verdes, invadidos por los cardos. En la turbera y también en los campos hay esparcidos acá y allá bidones de fósforo lanzados por los aviones, octavillas, bolas de papel de estaño. Por la noche los ingleses sobrevuelan por centenares la casa, mientras ruge el fuego antiaéreo y caen con un chirrido sobre las tejas fragmentos de metralla. El edificio parece perder sus cimientos, uno llega a tener con él esa relación que por lo demás solo conocen los habitantes de las islas Frisias. Es como si se hubiera transformado en un barco; uno abriga la esperanza de que no naufrague en la tempestad, sino que alcance el puerto con su buena carga. En la biblioteca clasifico en carpetas las cartas que han ido acumulándose y los manuscritos. Luego me acerco al microscopio para estudiar los coleópteros acuáticos que he estado pescando con Alexander en la turbera. En los almohadones de musgos flotantes que verdean en las aguas grises de los cortes de la turbera se esconden ya especies boreales, que ahora comparo con las especies del Oeste recogidas por

mí en los arroyos y estanques de la cuenca parisiense. Pues siempre es un placer de índole mágica el ver las variaciones que se producen en un mundo de formas. De indicios minúsculos, ranas de la creación, deducimos diferencias climáticas de una finura que por lo demás solo la música alcanza. Los científicos del siglo XIX me parecen cajistas de imprenta que sin duda conocen los tipos, pero no el texto maravilloso en que trabajan. Ahí reside, por cierto, una parte de la grandeza que se les reconocerá.

La cercanía de la aniquilación hace que a la ocupación en estos delicados objetos se añada un placer nuevo, una percepción nueva de su fugacidad.

Noticias locales. Perpetua ha ido a visitar al pequeño Grethe, que ha sido atacado y casi matado por un carnero. Estaba jugando cerca de un prado con su hermano y, sin duda porque llevaba una chaqueta colorada, el animal lo volteó y arrojó al suelo. A cada una de sus tentativas de ponerse en pie, el carnero se enfurecía más, le pisoteaba las dos clavículas, le golpeaba con los cuernos la cabecita, que se hinchó hasta quedar casi irreconocible. Su hermanito corrió a la aldea a buscar ayuda. Oyó cómo el pequeño, cada vez que se levantaba, trataba de apaciguar a su astado adversario con estas palabras:

—Carnero, que yo soy bueno.

Un bombero que estaba de servicio durante el gran ataque de aniquilación contra Hannover vio que un viejo corría hacia él por una calle en llamas en el momento en que una fachada se inclinaba y caía al suelo. Se desplomó sobre él, pero, una vez que se disipó la polvareda, el viejo se puso de pie, ileso, con gran asombro del bombero: el cuadro de una ventana lo había enmarcado como la abrazadera de una red.

Kirchhorst, 27 de noviembre de 1943

Por la tarde en Hannover, que he encontrado convertido en un montón de escombros. Los lugares en que viví de niño,

de estudiante, de joven oficial, han quedado arrasados. He estado parado un buen rato ante el edificio de la Krausenstrasse donde durante más de veinte años vivió mi abuela y yo le hice compañía un sinnúmero de veces. Quedaban allí algunos tabiques de ladrillo y con el recuerdo les he agregado la cocina, el pequeño dormitorio para los huéspedes, el salón y el acogedor cuarto de estar, en cuyas ventanas cultivaba ella flores. En una sola noche han quedado aniquiladas diez mil de estas viviendas con su aura, cual nidos tirados al suelo por una tempestad.

En la Ifflandstrasse, donde murió mi abuelo, se derrumbó un edificio junto al que yo acababa de pasar en compañía de Ernstel; el deambular por estas ruinas entraña peligros.

Habían ardido las agujas de los campanarios; sus muñones se alzaban en el aire cual coronas tiznadas. Me ha alegrado que se haya conservado la Torre de las Beguinas situada en la Rivera Alta. Las edificaciones más antiguas de todas son más sólidas que las góticas.

Entre los escombros había mucho trajín. Los movimientos en círculo y los hacinamientos de las masas grises me han traído a la memoria estampas que había visto en Rostov y en otras ciudades rusas. El Este va avanzando.

La contemplación de estas cosas me ha deprimido; con todo, el malestar ha sido menor que el que sentía antes de la guerra, cuando preveía en espíritu el mundo del fuego. También tuve ese sentimiento en 1937 en París. La catástrofe tenía que llegar; ha elegido la guerra como su mejor agente. Sin embargo, también sin ella la obra habría sido ejecutada: por la guerra civil, como sucedió en España, o sencillamente por un cometa, por un fuego caído del cielo, por un terremoto. Las ciudades habían alcanzado su madurez, estaban blandas como yesca — y el ser humano se hallaba ansioso de hacer de incendiario. Cuando en Rusia prendía fuego a las iglesias, en Alemania a las sinagogas, y cuando sin razón y sin juicio dejaba morir a sus semejantes en los campos de con-

centración, cabía adivinar lo que tenía que venir. Las cosas habían alcanzado un punto tal que clamaban al cielo.

Kirchhorst, 6 de diciembre de 1943

En la zona pantanosa de Oldhorst. Había helado y ello me ha permitido escoger en las espesuras de los abedules unos senderos en los que de ordinario solo ponen el pie los jabalíes.

Estoy leyendo los números antiguos de la *Zeitschrift für wissenschaftliche Insektenbiologie* [Revista de biología científica de los insectos], que alterno con *La guerra judía,* de Flavio Josefo. He vuelto a tropezar aquí con el pasaje (II, 12) en que se describe el comienzo de los desórdenes en Jerusalén bajo Cumano. Mientras los judíos se concentraban para celebrar la festividad de los panes ázimos los romanos emplazaron en lo alto del pórtico del Templo una cohorte para vigilar a la muchedumbre. Uno de los soldados se levantó ante ella el manto, volvió hacia los judíos, con una reverencia burlona, su trasero y «soltó un sonido indecoroso, en correspondencia con la posición en que se hallaba». Aquello dio la ocasión a un enfrentamiento que costó la vida a diez mil personas, de tal modo que puede decirse que ha sido la ventosidad más funesta de la historia del mundo.

En ese ejemplo se muestra con especial claridad, desde luego, qué es una ocasión, o un motivo desencadenante, en contraste con una auténtica causa. La filosofía no ha valorado aún del todo el significado que tienen los motivos desencadenantes; cabe considerarlos de una manera que encierra un fuerte ataque contra la ley de la causalidad. En cierto sentido, en efecto, toda acción es tan solo un motivo que desencadena fuerzas de índole desconocida. Al actuar nos parecemos a compradores que para pagar extienden un cheque; lo que sucede en el banco, y las reservas de este, eso nos es desconocido.

Al igual que ocurre con todos los procesos físicos, es en el mundo moral donde el motivo desencadenante adquiere auténtico interés. Un niño juega con cerillas, y una populosa

ciudad queda reducida a cenizas. La cuestión es si la persona del desencadenante de la catástrofe no desempeña en esas circunstancias un papel mucho más significativo que el que comúnmente se supone. Estoy pensando en Kniébolo — a veces tengo la impresión de que el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, lo ha elegido de manera refinada. «En sus jugadas más sutiles el Espíritu del Mundo adelanta las piezas insignificantes.»[36] También el percutor cuya pequeña fuerza enciende la carga tiene su forma precisa. En *Las mil y una noches* se describen las intrigas de una perversa mujer a la que finalmente se la ahoga en el Nilo. El cadáver toca tierra en Alejandría y desencadena allí una epidemia. Mueren cincuenta mil seres humanos.

Kirchhorst, 9 de diciembre de 1943

Continuado la lectura de Flavio Josefo; junto a la descripción histórica ofrece también una serie de estampas generales de primer rango. Entre ellas están las descripciones de la ciudad de Jerusalén y del poder militar de Roma. Proporciona unos conocimientos inestimables.

Resulta notable la escasa dosis de judaísmo que aparece en este autor, a pesar de que fue sacerdote y guía de su pueblo. Parece que resulta más difícil desprenderse del ingrediente judío que de los ingredientes de otros pueblos, pero que en los raros casos en que eso se consigue el elemento humano asciende a una altura especial.

Kirchhorst, 10 de diciembre de 1943

A última hora de la tarde visita de Cramer von Laue, que ha venido en bicicleta y me ha traído el libro de Schubart. Conversación sobre las tremendas destrucciones de Berlín, que él ha visto, y sobre la formación de un proletariado de nueva especie, que se halla relacionado con esas ruinas. Le he dejado echar una ojeada a mi escrito sobre la paz, el *Llamamiento.*

Kirchhorst, 14 de diciembre de 1943

La mañana ha transcurrido en la contemplación de insectos persas que fueron traídos de Oriente hace treinta años por Bodo von Bodemeyer y que yo le adquirí a Reitter.

Lectura: *Das Elisabeth-Linné-Phänomen* [El fenómeno Elisabeth Linné], de A.W. Thomas. Este escrito trata del «relampagueo» de ciertas flores durante el crepúsculo, un fenómeno que viene ocupándome, más aún, inquietándome, desde hace tiempo.

Además: *Erlebnisse* [Vivencias], de Weressáiev. Descripciones de un médico en la guerra ruso-japonesa. Entonces fue cuando empezaron las matanzas áridas y automáticas — propiamente comenzaron ya con la Guerra de Crimea.

Continuado la lectura de Flavio Josefo; al final del libro quinto me ha llamado la atención el pasaje en que el autor escribe que si los romanos no hubieran destruido Jerusalén se la habría tragado la Tierra, la habría sumergido bajo sus aguas un diluvio o la habría devorado, como a Sodoma, un fuego caído del cielo. Tropiezo aquí con pensamientos que me ocupan vivamente y que sin duda retornan siempre que hay catástrofes. Cuando se acerca la hora de la muerte vuélvese inesencial la enfermedad. La Muerte se pone las máscaras que encuentra.

También me ha llamado la atención el notable pasaje del libro séptimo en que se habla de la muerte por fuego elegida voluntariamente por los hindúes. Se le atribuye al fuego la propiedad de «separar el alma del cuerpo con la mayor limpieza posible». El fuego actúa aquí como elemento purificador. Por eso se lo emplea también como medio para extraer por destilación de la carne especialmente tenaz lo que hay de auténtico en ella. Es lo que se hace en la cremación de herejes o cuando el espíritu está entretejido hasta el fondo de sus fibras con la *luxuria,* como en otro tiempo en Sodoma, o con la *materia,* como en la actualidad.

En el correo, entre otras cartas, una de Carl Schmitt; trata en ella las malas relaciones entre protección y obediencia que aparecen entre la población en los sótanos durante los

ataques aéreos. De todos los espíritus que yo conozco es Carl Schmitt el que mejores definiciones sabe dar. Como pensador clásico del derecho que es se halla ordenado a la Corona y su situación se vuelve necesariamente ambigua cuando una élite del *demos,* del populacho, es sustituida por otra. Cuando emergen fuerzas ilegítimas queda en el lugar del jurista de la Corona un vacío y el intento de llenarlo se realiza a expensas de la reputación. Son inconvenientes del oficio. En este aspecto quienes se encuentran hoy en mejor situación son los comediantes; un actor de fama mundial superará sin esfuerzo todos los cambios. Si hacemos una pequeña modificación en una frase de Bacon podríamos decir que hoy, para andar por el mundo, uno ha de poseer bastante de comediante y no demasiado de hombre de honor.

Siguiendo su costumbre Carl Schmitt cita también un pasaje de la Biblia: Isaías, 14, 17.

Kirchhorst, 17 de diciembre de 1943

Hojeado los diarios de los Goncourt. Resultan extrañas las modificaciones que en esta guerra están produciéndose en el lector — uno siente que masas enormes de libros no pasarán las aduanas espirituales establecidas por ella. Hay aquí reinos de destrucciones de que casi no nos damos cuenta. Así es como las polillas causan destrozos en armarios cerrados. Uno toma un libro en la mano y ve que ha perdido su encanto, como una mujer amada en la que ha pensado a menudo con añoranza, pero cuya belleza no ha superado ciertas crisis, ciertas aventuras. El aburrimiento pasará por la criba las existencias de libros de un modo más terrible que todos los censores, que todas las prohibiciones. Cabe prever, sin embargo, que eso favorecerá a su vez a los libros de primer rango y, por tanto, sobre todo a la Biblia.

En las anotaciones del 16 de mayo de 1889 de los citados diarios he encontrado un buen sueño de Léon Daudet. Se le aparecía Charcot y le daba los *Pensamientos* de Pascal. Al mismo tiempo, y como prueba, le mostraba en el cerebro de un gran hombre las células en que habían estado alojados

sus pensamientos — se parecían a las celdillas de un panal reseco.

Poco después se menciona el obelisco que se alza en la Place de la Concorde, cuya vista ha despertado tantas veces en mí la impresión de la aguja mágica de un reloj — en los diarios de los Goncourt el obelisco suscita recuerdos «del color rosa de un sorbete de champán». En tales imágenes se percibe ya la *morbidezza* que va disgregando la piedra.

Edmond de Goncourt menciona conversaciones con Octave Mirbeau; este, por su parte, estuvo en relación con Sacha Guitry, con el que también yo he charlado algunas veces. Así es como se tienden los puentes entre los muertos y los vivos — sobre pilares intermedios. Con frecuencia pienso en la cadena erótica: una misma mujer puede haber tenido relaciones carnales con dos hombres, uno de los cuales nació en el siglo XVIII, antes de la Revolución francesa, mientras que el otro murió en el siglo XX, después de la Primera Guerra Mundial.

En el tren, 20 de diciembre de 1943

Despedida de Kirchhorst, con viento cálido y llovizna. Loehning me envió su coche. Como perdí el tren, estuve recorriendo otra vez las tristes ruinas de Hannover y en medio de los escombros me acordé de las alegres muchedumbres cargadas de regalos que antes de 1914, y también antes de 1939, abarrotaban estas calles en los días anteriores a la Navidad. Qué animación había en la Packhofstrasse, transformada ahora en dos montones de escombros. Mi buena madre solía llevarme consigo y me ofrecía por la mañana empanadillas y por la tarde, tarta de nueces.

Ahora los rostros han cambiado; no solo están volviéndose más cansados, demacrados y escuálidos, sino también más feos en sentido moral. Es algo que noto sobre todo en las salas de espera de las estaciones — tengo el sentimiento de hallarme en una jaula y rodeado de animales. ¿Pero no serán el propio abandono, las propias pérdidas, lo que crea esa im-

presión? En esas salas de espera se ve claramente la enorme distancia que nos separa de la meta.

Luego fui a la Königsworthertrasse, tras haber visitado antes el viejo cementerio cercano a la Langenlaube, con sus extrañas lápidas sepulcrales. El edificio próximo al río Leine en el que vivimos nosotros en 1905 estaba intacto. Allí hice memoria de las melancolías que a menudo me asaltaban en el camino hacia la escuela, del gran desamparo que sentía. Entonces me atormentaba la idea de qué sería de mí si mi madre moría, y también el sentimiento de que yo era muy distinto de lo que se aguardaba de mí. Al recorrer ahora las calles destruidas retornó del olvido aquel estado de ánimo — de igual manera que en un mal sueño nos acordamos también de angustias anteriores.

El arco iris en los velos que se alzan sobre el estruendo de las cataratas. Esos velos, ¿están hechos de lágrimas o de las esencias de que nace la perla? Da igual, vislumbramos el puente maravilloso que nos saca de la aniquilación.

París, 21 de diciembre de 1943

En el correo francés que he encontrado en el hotel Raphaël había, entre otras cartas, una de Jean Leleu sobre Léon Bloy, cuya lectura le había yo recomendado. A Leleu le sorprende «lo inhumano» de ese autor. Le reprocha sobre todo que su catolicismo deje de ser cristiano con tanta frecuencia. Es cierto; como a otros muchos latinos, también a Bloy podría reprochársele la desviación «española», ese endurecimiento peculiar que acaba convirtiéndose en falta de misericordia. En el otro extremo está la desviación germánica, que tiende a disolverse en lo elemental. El gran Inquisidor y Angelus Silesius.

Lectura: *Das Irrlicht* [Los fuegos fatuos], de Horst Lange, una narración con ilustraciones de Kubin que este me ha enviado desde Zwickledt. Ya en la primera novela de Lange me llamó la atención su completo dominio del mundo de la ciénaga con su flora y su fauna y su vida en fermentación. En el desierto de nuestra literatura se encuentra aquí uno que es

dueño de sus símbolos y está seguro de ellos. Forma parte del sombrío ramillete de autores del Este que alguna vez será visto acaso como una escuela — estoy pensando en nombres como Barlach, Kubin, Trakl, Kafka y otros. Estos cronistas orientales de la decadencia son más profundos que los occidentales; van más allá de su forma social de manifestarse, penetran en conexiones elementales y llegan a visiones apocalípticas. Así, Trakl es experto en los oscuros secretos de la descomposición, como lo es Kubin en los mundos del polvo y la putrefacción, y Kafka en los reinos demoniacos de los sueños, y como es experto Lange en las ciénagas en que con más energía alientan las fuerzas de la decadencia, en que despliegan incluso fertilidad. Por cierto que Kubin, como viejo conocedor que es, me dijo un día que a este autor lo aguardaban malas experiencias.

París, 22 de diciembre de 1943

Fiesta navideña en casa de Vogel, el constructor de aeroplanos. Allí he conocido a Benvenuti, pianista italiano que hace remontar sus orígenes a los Donati y posee una serie de antepasados comunes con Dante. Sus rasgos tenían un extraño parecido con la conocida cabeza de este último, parecido que adquirió una fuerza terrorífica cuando Florence le envolvió la cabeza de Benvenuti en una tela roja y dio así al rostro un carácter de máscara.

París, 25 de diciembre de 1943

Entre otros mensajes sombríos me llega la noticia de la muerte del joven Münchhausen, al que conocí la pasada primavera. En sus formas y en su espiritualidad tenía rasgos que eran aún del siglo XVIII. También Salmanoff apreciaba eso en él. A menudo me parece que los tiempos venideros están preparándose por una selección negativa — podan personas, edificios, sentimientos, como poda el jardinero ramas en un parque. Vamos hacia una sociedad «pelada».

Avanzado en la lectura del Evangelio de San Lucas; hoy he leído el capítulo 22. En él reprocha Cristo a sus adversarios que lo ataquen de noche, aunque se dejaba ver a diario en el

Templo — «pero esta es vuestra hora, cuando mandan las tinieblas». Esa es también la divisa que conviene a los actos de violencia de nuestro tiempo; son ejecutados en una oscuridad horrenda y detrás de fachadas que han sido aderezadas para el gusto del *demos,* del populacho.

París, 26 de diciembre de 1943

Ronda solitaria por bosques y aguas, con densa niebla y aire templado. En las afueras de Suresnes me detuve en un lugar en el que un desagüe enturbiaba las aguas del Sena. Allí encontré reunida una media docena de pescadores de caña. Habían colocado en los anzuelos unos gusanos colorados y sacaban con rapidez de la corriente unos pececillos plateados, del tamaño de las sardinas, que tenían en el lomo escamas de color azul acero.

Velada en la habitación del Presidente, con Leo, Schery y Merz. Análisis de la situación — la armadura de Alemania ha llegado a ser tan tenue que no podrá hacer frente a las exigencias que el nuevo año planteará también aquí en el Oeste.

En mi *Historia in nuce* tendría que incluir un capítulo titulado «Las guerras de los germanos»; en él habría que exponer que siempre se han cometido los mismos errores. Hay aquí misterios que otros pueblos no entenderán jamás — como, por ejemplo, la fascinación mágica ejercida por el palacio de Atila. ¿Fue ese palacio el que sedujo a Kniébolo — o de qué otra manera se explica su tendencia, su perspicacia para eludir la victoria que tenía en las manos?

París, 28 de diciembre de 1943

He soñado con Li-Ping, que me llamaba con sus maullidos. Al levantarla del suelo la encontraba más pesada, también había adquirido un pelaje blanco: con ella levantaba a un tiempo al gato Jacko.

Es algo típico de los sueños — en ellos podemos toparnos con una mujer que tiene a la vez los rasgos de la madre, de la hermana, de la esposa. En esas penumbras ponemos el pie en el mundo de los *genera.* Esto me lleva a pensar que los *gene-*

ra zoológicos son las imágenes primordiales, los prototipos, de las especies. El *genus* no existe en el mundo diurno, en el mundo visible, como tampoco existe en él la imagen primordial. Aparece únicamente en las especies, no en sí mismo. En el sueño vemos cosas que fuera de ellos no resultan visibles.

En la discusión entre Schiller y Goethe sobre la protoplanta destaca también la diferencia entre la visión diurna y la visión nocturna.

«Luchar *contra* el enemigo» y «luchar *con* el enemigo» — dos sinónimos que caracterizan a los germanos. Se lucha *con* el enemigo, es decir, se lucha *con* él *por* algo que pertenece a ambos o no pertenece a ninguno. De ahí que no se trate propiamente de la victoria.

Shakespeare conoce el secreto del que también Rivière vislumbró algo al correlacionar con los alemanes no el «o lo uno o lo otro», sino el «tanto lo uno como lo otro». Eso es algo que se encuentra desarrollado en sentido místico en los escritos de Eckart.

Perpetua me escribe que ahora también ha caído su hermano. El 4 de noviembre lo arrebató el destino cerca del Dniéper, durante un reconocimiento. En los últimos años me había acercado más a él; de este cuñado mío tomé prestados algunos rasgos para la figura de Biedenhorn, entre otros su expresión favorita:

Ihr Mannen, macht das Armbein krumm,
de Willekum geiht um

[Vosotros, hombres, empinad el codo,
la copa da la vuelta.]

Naturalmente, sin preocuparse en absoluto por lo que había detrás de ella, dio la bienvenida a esta guerra, como una vía libre para las camorras y las francachelas. A través de su envoltura diurna brillaba el viejo elemento bajosajón; proce-

día de una de las familias autóctonas, cuyos orígenes se remontan hasta los tiempos anteriores a los güelfos. Era uno de esos cuya vida está dedicada a la camaradería y que florecen en ese ambiente. En esto era oro puro, aunque en muchas otras cosas no era de fiar. En una ocasión en que, en el jardín, me hallaba a su lado junto a los tomates me di cuenta de que, aunque rudo de ordinario, era capaz de una ternura muy grande. Su pérdida me aflige.

Cayó en las líneas rusas. Sus hombres no pudieron rescatar el cuerpo. Había salido solo porque consideraba que la situación era muy peligrosa.[37]

París, 29 de diciembre de 1943

Por la tarde en casa de Jouhandeau. Conversación sobre su nuevo libro, *Oncle Henri.* Luego, sobre la novela de su coetáneo Alain Fournier, *Le Grand Meaulnes,* que apareció en 1913 y en cuya lectura me ocupo ahora. Intercambio de sueños; Jouhandeau me ha contado uno en el que iba a ver a un médico por causa de una inflamación dolorosa que se le había formado en el dedo índice. El doctor le abría el dedo por la segunda falange y aparecía una protuberancia colorada que se parecía a un capullo. De este salía una especie de geranio de una belleza maravillosa; en adelante Jouhandeau llevaba cuidadosamente aquel geranio con la mano extendida.

En su casa he vuelto a ver el pollito que ha criado supliendo él a la gallina clueca, dándole de comer en la mesa de desayunar y calentándolo en su cama. Ahora el pollito ha crecido y se ha transformado en un gran gallo blanco con una cresta roja, que se deja acariciar, abrazar y tomar en el regazo y que incluso canta cuando se le anima a hacerlo.

Por la noche creía encontrarme en el jardín de Kirchhorst y veía que fuera, por la carretera, pasaban a gran velocidad unas camionetas. Iban cargadas con unos bloques cuadrados de hierro, que estaban al rojo vivo; de ellos irradiaban ondas de calor. Los conductores se lanzaban a gran velocidad con el fin de que el calor fuese llevado hacia atrás — pero en vano:

sus vestidos y sus cuerpos empezaban ya a arder y se oían sus gritos de dolor, que se perdían con rapidez, como sonidos de proyectiles que pasasen silbando.

En una tabla colocada en el límite del jardín, esta frase, escrita con ideogramas: «Quien cabalga un tigre no puede apearse». Delante de los ideogramas, un signo especial, como una clave musical: «Transfiguración occidental».

París, 31 de diciembre de 1943

Por la mañana sobrevolaron la ciudad grandes formaciones aéreas. Me trasladé, como suelo hacer, del hotel Majestic a la habitación del Presidente; solemos celebrar estas interrupciones haciéndonos café y desayunando. Oíamos el intenso trabajo de la artillería antiaérea. Luego los edificios temblaron bajo las bombas arrojadas, que causaban devastaciones en los barrios periféricos.

A última hora de la tarde se habían contado más de doscientos muertos. En un refugio alcanzado por una bomba murieron más de veinte obreros. Me han contado que, mientras se intentaba llegar a los cuerpos a través de los escombros, había allí una mujer que gritaba el nombre de su marido. Este, al que una compra que tuvo que hacer lo había mantenido apartado del lugar de la desgracia, le contestó entre la muchedumbre y se abrió paso hacia ella. En instantes como ese la gente se abraza con violencia, como después de la resurrección — con un poder espiritual.

Por la tarde en la consulta del doctor Salmanoff, al que he encontrado entristecido por la muerte de Münchhausen. Comentado la situación. Salmanoff opina que cabe aguardar en las próximas semanas el desembarco de los ingleses y norteamericanos. En favor de ello hablan muchas cosas — en contra, la consideración de qué ventajas podría traer, especialmente para Inglaterra, tal empresa, aun en el caso de que tuviera éxito. Cuanto más tiempo y más a fondo se desgasten mutuamente Alemania y Rusia, tanto más aumenta el poder de Inglaterra. Se halla en la situación del banquero en el juego, que saca ventaja de la suma de las pérdidas. Un ata-

que induciría a pensar que Rusia es ya más fuerte de lo que se supone.

Salmanoff opina además que es inminente la hegemonía de Rusia en Europa y que cabe contar con una mudanza en la política interior rusa y con una estrecha vinculación a Alemania. Ha dicho que el bolchevismo es una primera fase; en la segunda se verá también la resurrección de la Iglesia ortodoxa. Según él, los agentes de la nueva situación serán los campesinos, aliados a los generales victoriosos. La gente no devolverá los fusiles. Una consecuencia necesaria de la victoria será también el dominio de los Balcanes y la posesión del Bósforo por los rusos.

En este contexto ha tocado el carácter específico de la colonización rusa, cuyo héroe es el pequeño campesino; con un pedazo de pan en la mano y unas cuantas cebollas en el bolsillo ha ido expandiéndose, lejos de la historia universal, por los ríos, por las selvas y por las heladas estepas de tres continentes. Desde luego hay en eso una fuerza enorme.

Sobre las indemnizaciones de guerra. Sin duda no podrán consistir en otra cosa que en fuerza de trabajo, en mano de obra, como corresponde a la edad del trabajador. Pero aquí hay grados, que van desde un trabajo de esclavos, pasando por indemnizaciones acordadas y pactadas, hasta la libre cooperación entre todas las fuerzas que han estado combatiéndose rabiosamente. De esa última manera es como lo he visto yo en mi *Llamamiento,* pero tal vez el odio, que es alimentado constantemente por la bajeza, convierta eso en una utopía. Frente a esto no quiero olvidar jamás que también un camino elevado, el camino del espíritu, lleva a los mundos nuevos en cuyo umbral nos encontramos los humanos. Semejante al arco iris, ese camino asciende desde la aniquilación.

De todas las catedrales la única que queda ya es la formada por la cúpula de las manos juntas. Únicamente en ella hay seguridad.

París, 2 de enero de 1944

El año 1943, que ahora ha transcurrido y cuyos comienzos viví en el Cáucaso, ha traído consigo todas las cosas que se temían. No ha traído, en cambio, el final de la guerra, que muchos predecían para el otoño.

He comenzado el nuevo año sustrayéndome mediante un rizo a las ocupaciones habituales y dedicando el tiempo a una *siesta* de dos días, con conversaciones, lecturas, café cargado, frutas y vinos.

Leyendo a Hölderlin ha vuelto a caer bajo mis ojos la carta a Belarmino, con las terribles verdades que en ella hay sobre los alemanes. Qué acertada es la observación de que el hombre superior vive aquí en este país, en Alemania, como Ulises, del cual hacían escarnio en su propio palacio, por su apariencia de mendigo, los indignos usurpadores. Qué verdadera es también esta frase: «Crece el servilismo y con él crece el coraje grosero».

Además, acabado: *Le Grand Meaulnes,* de Alain Fournier. Es una de las ramas secas con que el Romanticismo se adentra en el siglo xx. Se nota que a cada decenio que pasa resulta más difícil transportar la savia hasta lo alto de las ramas.

Para acabar el rizo, errado largo tiempo por los rincones del Barrio Latino y por las notables callejuelas que rodean a la Rue Mouffetard, y regreso al hotel Raphaël, en el que me he colado por la escalera de la parte de atrás.

París, 3 de enero de 1944

Durante el descanso del mediodía me proponía visitar la tumba de Verlaine, pero me he equivocado y he ido a parar, en vez de al cementerio de Batignolles, al de Clichy. Aquí me he topado, en uno de los muros, con la lápida de un tal Julien Abondance, que deambuló por nuestro planeta de 1850 a 1917. Ahora sé, por tanto, dónde se quedó la abundancia.

París, 4 de enero de 1944

Por la mañana alarma aérea, cosa que ahora sucede de un modo casi regular; la he aprovechado para contemplar el *Altar del juicio final,* del Bosco, en la obra de Baldass sobre este pintor; el libro ha aparecido hace poco y me lo ha regalado el doctor Göpel. En estas pinturas el terror está escondido, como en los dibujos con sorpresa; cuanto más se las mira, más y más detalles espantosos van saltando a la vista.

Lo que diferencia al Bosco de todos los demás pintores es la visión directa, que Baldass llama su carácter profético. La profecía consiste en que él conoce unas vigencias más profundas, en las cuales se reflejan y reencuentran las edades — como hoy el mundo técnico y sus detalles. De hecho pueden adivinarse en esas tablas las formas de las bombas volantes y de los submarinos, y en una de ellas, creo que en *El jardín de las delicias,* se encuentra también el horrible péndulo de E.A. Poe, uno de los grandes símbolos del mundo rítmico de la muerte. El Bosco es el vidente de un *eón,* como Poe es el vidente de un *saeculum.* Qué certero es también el retrato del hombre desnudo que, para mover unas máquinas extrañas, corre como una ardilla en el interior de una rueda cubierta de pinchos. El hecho de que aparezcan moros entre las legiones de los bienaventurados esconde una verdad que, expresada en palabras, habría llevado al pintor a la hoguera.

Al mediodía ante la tumba de Verlaine en el cementerio de Batignolles. Está cubierta por una de esas sencillas construcciones de piedra que se encuentran a millares en las necrópolis parisienses. Entre la serie de nombres que allí están grabados se encontraba también el suyo:

PAUL VERLAINE
Poète

Una cruz hecha con violetas azules de papel cubría esta inscripción, pero a los pies encontré un ramo fresco, del que corté una hojita. No todos los poetas tienen sobre su tumba flores frescas a los cincuenta años de su muerte.

En la cabecera de una de las esquelas mortuorias que estoy recibiendo estos días:

«Tu camino está en el mar, y tus sendas, en las grandes aguas, y tus pisadas no son conocidas».

«Sobre su cabeza habrá alegría eterna».

Hay en estas dos frases una buena combinación de los misterios del poder terrenal y de la claridad del poder celestial. Ambos están en nosotros, de ahí que haya anotado esas palabras en especial para el capítulo «Cabeza y pie» de mi proyectado libro sobre la relación entre el lenguaje y la estructura corporal. En él quisiera tratar de manera simbólica la figura física del ser humano como clave del plan del mundo.

París, 7 de enero de 1944

En el correo, entre otras cartas, una de Carl Schmitt sobre la *vis verborum,* cita a los árabes Avicena y Averroes, al humanista italiano Valla, a Bismarck y a E.A. Poe. Califica la frase de Bismarck *In verbis simus faciles* de «grado supremo de la guardabosquería mayor».

Al mediodía estaba aguardándome en el hotel Majestic Madame Noël. Trabajaba en Hamburgo, donde ha visto con sus propios ojos cómo una bomba volante destrozaba a su marido y cómo ardían todas sus pertenencias. Además la persiguen por *collaboratrice.* Yo había podido hacer algo por ella y me ha traído por eso un ramo de flores.

París, 9 de enero de 1944

Primer aniversario de la muerte de mi querido padre.

Por la mañana he continuado la lectura del Evangelio de San Juan. *Er muss wachsen, ich aber muss abnehmen* (3, 30) [él tiene que crecer, pero yo tengo que menguar] es uno de esos grandes pasajes cuyo sentido no cabe traducir del todo a palabras. Mejor en latín: *Illum oportet crescere, me autem minui.* Hay también en ese *autem,* que es la más pacífica de las conjunciones adversativas, no solo una contradicción,

sino al mismo tiempo una relación: el hombre inmortal ganará, pese a que y mientras que el hombre mortal pierde.

Luego, en ese mismo Evangelio, 4, 50, un texto muy apropiado para este día de luto: «Tu hijo vive». Meditado sobre esta frase. El Maestro está hablando a los incrédulos, de ahí que no sean suficientes esas poderosas palabras. Para convencer a los obtusos sentidos de los incrédulos se ve obligado a hacer visible la verdad en su manifestación corporal; es necesario que el *cadáver* resucite. Se aguarda así de El, en todo, lo más barato, como también el reino terrenal. El Príncipe de la Luz se ve obligado a añadir sombras a sus palabras y a sus actos para proporcionar a los ojos humanos un atisbo de su poder. También sus milagros son parábolas.

Además, acabado de leer *The Garden Party,* narraciones de Katherine Mansfield, joven escritora neozelandesa fallecida prematuramente. Se describe en ese libro una hermosa escena de claro de luna en su país. Las sombras se asemejan a los barrotes de la reja de una puerta de acero. Me es conocido ese sentimiento de miedo a las sombras de la luna y a su hechizo; se acrecienta de manera significativa cuando coincide con un encuentro erótico.[1]

Finalmente, hojeado una carpeta con reproducciones de las antigüedades orientales, en especial las asirias y fenicias, del Louvre; me ha hecho gracia, a pesar de su venerable antigüedad, el sarcófago de Eshmunazar. Este rey de Sidón lleva la moda funeraria egipcia con una marcada seriedad provinciana.

Hielscher me envía, tomando ocasión de la charla que mantuvimos aquí hace poco, algunos extractos de los diarios de Leonardo que contienen profecías. En uno de los pasajes se dice sobre los seres humanos lo siguiente:

«En su desmesurada presunción querrán incluso viajar al cielo, pero el peso demasiado grande de sus miembros los retendrá aquí abajo. Entonces no quedará ni sobre la tierra ni debajo de la tierra ni en el agua nada que ellos no persigan, remuevan o aniquilen, y tampoco nada que no arrastren de

un país a otro. Su cuerpo servirá de tumba y de lugar de paso a todos los cuerpos vivos que hayan matado».

En fin, mi editor de Berlín me comunica que en el bombardeo de Leipzig han quedado aniquiladas todas las existencias de libros míos que allí había. Otro *stock* ha ardido en Hamburgo, según me escribe Ziegler. De esa manera se desprende uno de no pocas preocupaciones.

Por la tarde en la Madeleine, porque necesitaba un lugar donde poder pensar en mi padre. Allí he estado sentado junto a la placa que recuerda al sacerdote Deguerry, muerto el 24 de mayo de 1871 en la cárcel de La Roquette *pour la foi et la justice.* Feliz quien logra eso sin que el terror se apodere en demasía de él.

A continuación la aventura con el leproso en la Rue Saint-Honoré.

París, 11 de enero de 1944

En sueños veía la ciudad de Leisnig durante un bombardeo. Bloques de viviendas se derrumbaban en lejanas colinas, las fachadas de las casas se desplomaban. Yo iba cruzando la plaza mayor y veía a mi padre de pie en la puerta de casa, con su bata blanca. Era su vieja bata de laboratorio, pero que ahora estaba consagrada a unas investigaciones más elevadas. Unos soldados me apartaban de la entrada enredándome en una conversación; pero mi padre y yo nos hacíamos señas con la mano.

Visita de Hotop, que como tipo escapa a las clasificaciones usuales entre los alemanes. En la India se lo reconocería enseguida como miembro de esa casta especial a la que le toca en suerte prestar servicio a la mesa, en la cocina y en los baños, y que se cuida de los goces en el interior de los palacios. Son gentes cuyo sentido del tacto está desarrollado al máximo y a las que eso las hace tener al mismo tiempo una relación especial con el miedo y con el goce. Entre esos indivi-

duos se encuentran los más refinados conocedores de los materiales, en la medida en que cabe valorarlos por el tacto, por el gusto, por el olfato — son expertos en tejidos, en pieles finas, en perfumes, en perlas, piedras preciosas, maderas, muebles y exquisitos platos, así como en esclavas y en todos los objetos pertenecientes al mundo de los sentidos. Habitamos su reino cuando leemos el *Kamasutra.*

Tales conocimientos hacen que esos hombres resulten inestimables para príncipes y grandes señores, como localizadores de objetos raros, organizadores de fiestas, alcahuetes, *maîtres de plaisir.* En nuestro país se los encontrará entre los gastrónomos, los fabricantes de objetos de lujo, los directores de los grandes restaurantes. Y siempre veremos que se les ha otorgado una epidermis especial; ella es su capital, del cual viven en las regiones del *luxus* y de la *luxuria.* Pero pronto nos damos cuenta, en cada uno de los casos, de que su boato proviene de esferas inferiores. Para que ese boato pueda hacerse realidad en niveles superiores, los citados individuos se ven obligados a ofrecerlo al hombre espiritual o al hombre aristocrático, por lo cual no nos toparemos casi nunca con ellos como poderes independientes, sino integrados en el séquito de otros. No es, en efecto, a los sastres a quienes mejor les cae la ropa, ni a los peluqueros el peinado.

Conversación sobre perfumes y su fabricación. Para «hacerle a medida» a una clienta su perfume, los especialistas de las grandes firmas no preguntan por el color de su cabello. Se hacen enviar una pieza de ropa interior que la clienta haya llevado puesta.

Lectura: *L'equipage de la nuit,* de Salvador Reyes, el cónsul de Chile, que me ha sido presentado por la Doctoresse. Reyes toma como modelo, aunque introduce variaciones sudamericanas, a los narradores anglosajones que dieron que hablar a finales del siglo pasado, como Kipling, Stevenson y Joseph Conrad, y cuya acción puede describirse con tres palabras: romántica, puritana, planetaria.

De las imágenes de esta prosa me ha llamado la atención la de las estrellas que aparecen en el cielo en una noche de lluvia y tempestad — brillan como si las nubes las hubiesen pulimentado. Aunque meteorológicamente es un error, tiene fuerza poética.

Entre otras frases: *C'est l'amour des femmes qui forme le caractère de l'homme.* Cierto, pero las mujeres nos dan forma como se la da el escultor al mármol: arrancándonos pedazos de nosotros mismos.

París, 16 de enero de 1944

Continuado la lectura del Evangelio de San Juan. Capítulo 8, versículo 58: «Antes que Abraham viniese a ser, soy yo». Frente a eso, en la otra dirección del tiempo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Cristo tiene conocimiento de que él es el Hombre Eterno y, en cuanto tal, se declara de origen divino, hijo de Dios. Dura más que el cosmos, que es una creación espiritual.

Así habla el hombre como ser eterno, frente a la óptica de los mortales, de la mosca efímera que vive un solo día y que aparece en el salmo 90. La diferencia entre el lenguaje de Cristo y el de Moisés es la misma que hay entre el lenguaje del bautizado y el del circuncidado. A lo terrenal se agrega la luz, se añade un ingrediente cósmico.

Nihilismo y anarquía. Es difícil la diferenciación, como lo es la de las anguilas y las serpientes, pero resulta imprescindible para el conocimiento de cuál es el auténtico juego. Tiene una importancia decisiva la relación con el orden, relación que le falta al anarquista, pero por la que se señala el nihilista. De ahí que sea más difícil calar el nihilismo, pues está mejor camuflado. Una buena señal de reconocimiento es la relación con el padre: el anarquista lo odia, el nihilista lo desprecia. Así Henry Brulard, en contraste con Piotr Stepánovich. Luego están las diferencias con respecto a la madre y a la Tierra en especial: el anarquista pretende transformarla en una ciénaga y un bosque; el nihilista, en un desierto. La

investigación tendría que comenzar por una clarificación de la coyuntura teológica. Ella aguzará los ojos — así se verán las figuras que están ocultas tras la pantalla, tras las bambalinas de la pintura moderna. La citada clarificación le será útil sobre todo a la juventud guerrera. El joven atraviesa necesariamente una fase de anarquía y en ella es con mucha facilidad víctima de los poderes de la pura destrucción.

París, 17 de enero de 1944

Continuado la lectura del Evangelio de San Juan. En el capítulo 10, versículo 34, Cristo responde a las dudas sobre su origen divino remitiéndose al salmo 82. En este se dice de los hombres: «Dioses sois, e hijos todos vosotros del Altísimo». En los dos versículos siguientes Cristo interpreta luego esas palabras como referidas especialmente a él.

Tales pasajes son importantes para la exégesis del siglo xx, la cual ha de estar a la altura de todas las objeciones de la consciencia y por ello ha de diferenciarse de todas las exégesis anteriores.

¿Cuál es la diferencia entre los milagros y las parábolas? Las parábolas se refieren a lo Absoluto, mientras que los milagros confirman las parábolas en el espacio y en el tiempo, es decir, en lo episódico. El rango de las parábolas es más elevado, pues son indicaciones espirituales, mientras que los milagros lo son materiales.

Terminado de leer *Mis prisiones,* de Silvio Pellico. Estos recuerdos, aparecidos en 1833, son un caso ejemplar de prosa clásica; a los italianos les ha sido dada, en efecto, en sus tipos más significativos, una relación directa con ella, una relación no debilitada por ninguna ramificación. Las frases y los pensamientos son presentados con un conocimiento innato del equilibrio. Siempre queda claro cuáles son las frases principales y cuáles las subordinadas, cuáles son los asuntos capitales y cuáles los secundarios. Esto causa un efecto vivificante y formativo, como un paseo entre palacios y estatuas.

Conversación con el doctor Schnath, el archivero de Hannover; ha regresado de la Baja Sajonia y me ha comunicado una notable observación que ha hecho. Cuando uno se ha habituado a residir en ciudades destruidas y llega luego a otras que aún se conservan intactas, como Hildesheim, Goslar o Halberstadt, lo asalta el sentimiento de estar en mundos museísticos o entre decorados de ópera. Ese sentimiento muestra con más claridad que la destrucción misma lo muy fuera que estamos ya de la vieja realidad, de nuestra imagen innata de la historia.

Velada en casa de los Schnitzler, en la Rue des Marroniers. Estaban allí Bourdin, antiguo corresponsal de la *Frankfurter Zeitung*, y el alférez de navío Von Tirpitz, hijo del gran almirante. Este último ha contado que entre los papeles de su padre de la época anterior a la Primera Guerra Mundial ha encontrado un gran número de cartas de destacados judíos alemanes e ingleses, en todas las cuales se califica de gran desgracia la posibilidad de una guerra entre ambos imperios. Aun suponiendo puros intereses comerciales, eso es también más verosímil que no las imputaciones opuestas.

París, 18 de enero de 1944

Almuerzo en casa de Drouant, con Abel Bonnard, Heller, el coronel Alerme, sentados a la mesa redonda de la Académie Goncourt. Bonnard ha estado burlándose de los oradores que preparan tan bien sus discursos que estos suenan como si fueran improvisados. Incluso imitan esos incisos que son producto de la inspiración y los aprenden de memoria. Es, ha dicho, una variante especial de la estafa.

—¿Y si a alguien no se le ha otorgado el don de la palabra?

—Entonces que lea. Eso lo han hecho aun grandes oradores, como Mirabeau.

Sobre Poincaré. Este no solo se aprendía de memoria sus discursos, sino que incluso preparaba variantes, utilizables en cada caso según el estado de ánimo que advirtiese en sus oyentes. Así, por ejemplo, para un discurso que tuvo que

pronunciar en la Cámara durante un período de tensión entre Francia e Italia se había aprendido una versión suave, una intermedia y una áspera. Como la Cámara estaba enojada pronunció la tercera.

Sobre el accidente de automóvil sufrido por Abel Bonnard, después del cual estuvo inconsciente tres horas. Le he preguntado por los detalles:

—Era de noche, una noche profunda.

—¿Y cree usted que después de la muerte será exactamente así?

—Estoy convencido de ello.

Y al decir estas palabras me ha mirado con tristeza, como alguien que le revelase a un amigo un secreto desagradable.

El coronel Alerme, que durante la Primera Guerra Mundial fue jefe de gabinete de Clemenceau y que en sus tiempos de joven oficial sirvió en el Sáhara, ha contado cosas de su vida entre los tuareg. Ha dicho que la buena raza no solo estaba grabada en el rostro de los hombres, sino que también se manifestaba en la nobleza de sus actos. Es algo que propiamente debería aguardarse en todos los sitios en que se habla de raza. Nuestros expertos de hoy son numismáticos que aprecian solo el cuño, pero no el metal de la moneda, son analfabetos que dan importancia a la mera forma de las letras porque les falta el conocimiento del texto.

A propósito de esto ha hablado de los camellos de silla; los más nobles pierden su vigor cuando se los lleva del corazón del desierto a los oasis. Me he anotado algunos detalles para *El sendero de Masirah.*

París, 20 de enero de 1944

En casa de Florence. Durante la comida ha contado Jouhandeau que había entrado en una tienda de antigüedades próxima a la Place du Palais-Burbon, en la cual primero se había expuesto para su venta una estatua de un dios indio y luego se había visto que era milagrosa. La propietaria de la tienda está sacando beneficios de ello — así, recibe comisión

de un grupo de mecanógrafas cuya súplica de ganar un premio de lotería ha sido escuchada. Jouhandeau ha visto a un señor anciano practicar sus devociones en esa tienda; tocaba con la mano derecha la estatua y con la izquierda se quitaba respetuosamente el sombrero. Cosas como esta no me asombran: en este aspecto veremos todavía maravillas.

A media tarde me ha visitado el doctor Göpel, y a última hora, Friedrich Hielscher, con quien he estado en el hotel Raphaël. En la conversación ha salido a relucir también la extraña velada pasada en Stralau durante el invierno de 1929, velada que comenzó con la gran eufonía y la quema de muebles y en la que Bogo y Edmond se dieron la mano por encima de los carbones encendidos.

París, 22 de enero de 1944

La ronda por bosques y aguas, acompañado por la Doctoresse. Hay inteligencias con las que tenemos una armonía especial, y no por su grado, sino por su especie. Con ellas no nos encontramos en tensión, sino en concordancia. La charla resulta benéfica, recreadora, grata; avanza como la maquinaria de un reloj cuyas ruedecillas estuviesen bien coordinadas entre sí. Es el eros de la inteligencia, que le quita a esta su aspereza.

La Doctoresse ha dicho que mi modo de pensar es el de un químico, mientras que Paul trabaja como un albañil. Lo que en esa frase hay de cierto es que yo no avanzo físicamente, con el engranaje de la causa y el efecto, sino atómicamente, por transmutación de partículas mínimas, por ósmosis y filtración. Una frase lógicamente correcta es para mí insignificante si no es armoniosa también en sus vocales. De ahí el sentimiento de estar activo no por actos mentales claramente circunscribibles, sino de estarlo de manera ininterrumpida, de día y de noche, y en especial de noche, como un reloj de arena. Por esa razón resulta también difícil ver la estructura de lo que hago. Pero la modificación es básica; es molecular. Eso es lo que explica también que tenga amigos que

han llegado a serlo contra su voluntad, más aún, por causa de sueños.

El eros posee una relación especial con la simetría; lo indican ya sus propios símbolos, el arco de Cupido, el espejo de Venus y su nacimiento de la concha. En *El banquete* dice Platón que los sexos surgen por una división, por un corte. El número de la simetría es el dos, el par; ese número trata de abolirse en el todo, en la unificación. Véase a este respecto la configuración de los hermafroditas del mundo de los insectos: a derecha y a izquierda del eje de la simetría. Los órganos sexuales serán siempre simétricos; donde más bellamente se ve eso es en las flores. ¿Qué relación guardan entre sí las disposiciones simétricas y las asimétricas en las criaturas, y es posible extraer de eso conclusiones sobre el plan de acuerdo con el cual están formadas? Me ocuparé de esas cuestiones en mi trabajo sobre la relación entre el lenguaje y la estructura corporal.

Junto al color complementario físico hay también un color complementario espiritual. Así como el verde y el rojo dividen el blanco, así también en las parejas espirituales se polarizan unidades superiores — como se polariza, por ejemplo, el Universo en el azul y el rojo.

Los grandes combates de nuestro tiempo se libran bajo la superficie — es lo que ocurre con el combate entre el técnico y el hombre amigo de las Musas. Hay aquí buenas armas, como, por ejemplo, *Los titanes,* de Friedrich Georg, que hoy he recibido de Vittorio Klostermann.

París, 24 de enero de 1944

Siempre nos hace bien oír a un médico hablar de los asuntos de la salud con un robusto optimismo; así es como habla el doctor Besançon en su libro *Les jours de l'homme,* que la Doctoresse me ha regalado en estos días. Besançon es un discípulo de Hufeland y, lo mismo que este en su *Macrobióti-*

ca y que mi paternal amigo Parow, fija la duración de la vida del ser humano en ciento cuarenta años. Como muchos médicos viejos, Besançon es un cínico, pero tiene un sano sentido común y buenas bases empíricas.

De sus máximas generales anoto las siguientes:

«La muerte es un acreedor al que de vez en cuando hay que pagarle un plazo para que nos prolongue la letra de crédito».

«La salud es una generación continua».

«Todo acto de violencia es un acto de locura» *(Tour de force, tour de fou).*

«Quien quiere curarse hasta la raíz se cura hasta la muerte».

Entre las reglas higiénicas llama la atención el que Besançon desprecie el beber agua, los baños frecuentes, la dieta sin carne y el deporte, en especial cuando se lo practica después de cumplir los cuarenta años.

Del agua asegura que no es pura y, sobre todo, que no es «isotónica». A ella prefiere el buen vino, el té y el café endulzados, los zumos de fruta. Según él han muerto muchos más seres humanos por culpa del agua que por culpa del vino.

«Se digiere con las piernas.»

Hay una sola manera de limpiar los poros, con el sudor. A los baños frecuentes hay que preferir el frotarse el cuerpo ante la ventana abierta y el darse a continuación friegas con alcohol fuerte.

No son recomendables los abrigos de piel; cuando nos los quitamos cae sobre los hombros una capa de hielo. Es preferible la ropa interior de lana.

A edad avanzada hacemos bien pasando algún que otro día en la cama.

Es bueno calentar el dormitorio con fuego de leña seca quemada en la chimenea, sobre todo durante esos peligrosos

resfriados provocados por el cambio de las estaciones. Frente a eso la calefacción central actúa como un veneno.

Le bordeaux se pisse, le bourgogne se gratte.

Hay también, esparcidos por el libro, muchos datos curiosos. Así, el mariscal Richelieu, cuando ya había sobrepasado con mucho los ochenta años, se casó con una muchacha de dieciséis y todavía vivió ocho años más en feliz coyunda. La mariscala parece que heredó de él la longevidad, pues una noche dejó estupefacto a Napoleón III con esta frase:

—Sire, como le dijo en una ocasión el rey Luis XIV a mi esposo…

Las ballenas tienen que alcanzar una edad increíble — hay indicios de ello. En el cuerpo de uno de esos animales se ha encontrado la punta de un arpón normando del siglo noveno de nuestra era.

París, 29 de enero de 1944

Acabado la lectura del Evangelio de San Juan. En el último capítulo, cuando el Resucitado se aparece junto al lago de Tiberíades:

«Pero ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres? Pues sabían que era el Señor».

A la vista de lo maravilloso el ser humano se queda como petrificado, de tal manera que le falla el medio de la palabra. Es ahí, sin embargo, donde la palabra tiene su origen — se suelta la lengua, como en los mudos.

A esto corresponde el comienzo de este Evangelio: «En el principio estaba la palabra, y la palabra estaba junto a Dios». Para que la palabra divina pueda llegar a los hombres y hacerse lenguaje es preciso que sea revelada — entonces se vuelve audible, divisible, se convierte en vocablos, de igual modo que la luz incolora se revela, por la división prismática, en los colores del arco iris. En los Hechos de los Apóstoles, 2, 2-4, se describe ese fenómeno con la exactitud de un proceso físico. Tras el ruido de un viento recio aparecen «lenguas, repartidas, como de fuego», y dan a los apóstoles

la capacidad de hablar. Con ese lenguaje puede irse a «todos» los pueblos, pues en él habita algo del carácter indivisible, del carácter prebabélico de la palabra.

Lectura en estos días: *L'attentat de Fieschi,* de Robert Burnand (París, 1930).

El estudio de los atentados merece la pena, pues constituyen una de las incógnitas en la ecuación histórica. Esto, sin embargo, rige solo para los grados inferiores de la visión de las cosas, pues, cuando se las mira más de cerca, se agregan varias determinaciones. Así se descubrirá en el autor del atentado, aun en el caso de demencia, casi siempre tan solo al individuo que se hace visible sobre el trasfondo de estados de ánimo populares, de oposiciones o de minorías significativas. A ello tiene que añadirse el éxito del atentado. El hombre histórico posee un aura propia, una necesidad superior propia, una fuerza que desvía los disparos funestos. Aquí rige el dicho de Napoleón: mientras él se halle bajo el hechizo de su tarea no podrá derribarlo ningún poder de la Tierra; pero una vez que su misión esté concluida bastará para ello un granito de polvo. ¿Pero cómo integrar a César o a Enrique IV en este sistema?

Los atentados actúan a menudo como estimulantes, toda vez que con las reacciones que provocan hacen que resalten con mayor claridad las tendencias que subyacen a la época; es lo que ocurrió con el fallido atentado contra Lenin. Pero el querer golpear a los representantes en su manifestación física delata siempre un pensar tosco. Se cortan las yemas de unas ramas, que por eso mismo brotan más vigorosas.

En Fieschi destaca bien la locura, el ingrediente autodestructor que hay en tales actos — el lado ciego, el reverso del tapiz histórico en que él actúa. A plena luz pasa Louis-Philippe por fuera, a caballo, con su brillante séquito, mientras Fieschi, en una pequeña habitación que tiene echadas las cortinas y en la que arde un fuego en la chimenea, coloca la mecha a su máquina infernal, parecida a un órgano hecho

con cañones de fusil. Algunos estallan; los cascos de la metralla le mutilan las manos y le abren el cráneo a Fieschi, mientras en la calle se revuelcan en sangre cuarenta seres humanos, entre ellos el mariscal Mortier. Tales individuos son portadores de las desarmonías — hay que preguntarse: ¿es la máquina infernal la que estalla o es Fieschi? Con muchas dificultades se logró curarlo y luego fue decapitado. Hoy es uno de los Santos Padres en las catacumbas de la anarquía.

Entre los comienzos de capítulo he encontrado uno cuya precisión me ha gustado especialmente: *Le roi monta à cheval à neuf heures.* En esta sencilla frase las palabras van desfilando una tras otra de acuerdo con su rango; ninguna sobra ni falta. La traducción al alemán la debilita — rezaría de este modo: *Der König stieg um neun Uhr zu Pferd.* Aquí las palabras se apartan de su distribución óptima; tanto lógica como fonética como sintácticamente su conexión es más floja.

Además: *Jours heureux d'autrefois,* de Marcel Fouquier, París, 1941. Esta descripción de la sociedad parisiense de 1885 a 1935 se asemeja a un pastel de pastaflora en el que se hubiesen colocado acá y allá las uvas pasas de las buenas citas. Entre ellas, una frase de la duquesa de La Trémoille:

«La credulidad se expande en la misma medida en que vemos desaparecer la fe».

La Rochefoucauld: «Nos resulta más difícil disimular los sentimientos que experimentamos que fingir los sentimientos que no experimentamos».

Nego — considero más difícil lo segundo. Esa divergencia en la valoración toca una de las diferencias significativas entre los latinos y los germanos.

París, 2 de febrero de 1944

Sobre el lenguaje. En alemán: *eine Flasche Wein* [una botella (de) vino], *ein Löffel Suppe* [una cuchara (de) sopa], *eine Karre Kohlen* [una carreta (de) carbón]. En estos giros nues-

tra lengua subraya mediante la sucesión de las palabras el contenido de los envases, en contraposición a *Suppenlöffel* [sopacuchara] y *Weinflasche* [vinobotella]. Los franceses tienen, en cambio, una terminación especial para designar los contenidos: *assiettée, cuillerée, gorgée, charrettée.* Es bello eso de que con la *e* acentuada al final se le dé «la carga» al envase. Pero también podría decirse que el envase adquiere con esa *e* una feminidad potenciada, comparable al embarazo.

París, 7 de febrero de 1944

En cama por culpa de una gripe. Visita del Presidente, al que el comandante en jefe le ha contado cosas de la velada que pasó conmigo y con Baumgart. Ha dicho que fue difícil que yo arrancara, como les ocurre a los motores potentes, pero que luego eché a andar de súbito, con un gran número de revoluciones.

Estamos preocupados por Speidel, que se encuentra cercado en Rusia con su ejército. Se habla de un llamamiento que el general Von Seydlitz le ha dirigido a través de emisoras rusas.[2]

Sobre el lenguaje. El vocablo alemán *Wort* [palabra] tiene dos formas de plural, *Wörter* y *Worte* — en los léxicos se encuentra indicado en general que *Wörter* se utiliza sin tener en cuenta la conexión, mientras que se elige *Worte* para cosas conexionadas entre sí. Esta definición es imprecisa; a mí me parece más bien que en el plural el significado se escinde: se escinde en una rama físico-gramatical y en una rama metafísica. En *Worte* hay un bien indivisible. Un efecto parecido se produce en otros sustantivos mediante la diferencia en el artículo — ejemplo, *der Verdienst* [ganancia material] y *das Verdienst* [ganancia moral, mérito].

París, 12 de febrero de 1944

Me he levantado, pero la gripe continúa rondándome por los huesos. Hacia media noche me llamó por teléfono el ca-

pellán castrense Ronneberger. En mi estado febril vi entrar a un camarero y le oí decir:

—*Capitaine, un appel téléphonique à longue distance.*

En el primer momento pensé seguir acostado, pero me pareció haber oído la palabra «Wilhelmshaven» y de pronto me cruzó la cabeza el pensamiento de que precisamente allí, en la costa, estaba cumpliendo Ernstel su servicio militar, como aprendiz en la Marina. «Tal vez haya ocurrido una desgracia durante un ejercicio de tiro.» Esto me hizo dar un salto. Abajo me enteré, medio aliviado, del arresto de un grupo de alumnos; se tiene a mi hijo y a uno de sus camaradas, llamado Siedler, por los cabecillas de la banda. Ambos están presos desde hace algunas semanas en Wilhelmshaven y, si he entendido bien, ya se ha dictado una condena de cárcel de seis y de nueve meses respectivamente. Parece que el motivo han sido unas conversaciones francas y valientes sobre la situación. Por una discreción mal entendida el muchacho no ha dicho nada, aunque un asunto como ese no puede sino honrarlo. Parece también que ninguno de sus superiores ha considerado necesario informarme. En vez de eso lo que se ha hecho ha sido espiar a los chiquillos durante meses «para reunir material» y luego entregarlos a las garras del poder estatal.

Tales noticias nos llegan de preferencia en los momentos en que no nos hallamos en plena posesión de nuestras fuerzas.

París, 13 de febrero de 1944

Pasado la mañana en conferencias telefónicas con Hannover y Wilhelmshaven. Por la tarde me ha llamado el profesor Erik Wolf, que se aloja en el estudio de Valentiner, y me ha enredado en una charla sobre los bupréstidos del Kaiserstuhl; no he podido seguirla con el interés que ese tema despierta en mí de ordinario.

París, 15 de febrero de 1944

He podido arreglar un poco el asunto, ya que he encontrado en el comandante de la base de Wilhelmshaven una persona razonable. También parece que su almirante, Scheuerlen, no es de los negros. A través del general Loehning, comandante de la región de Hannover, he conseguido informar a Perpetua para que trate de hacer enseguida lo que pueda por el chico. La dificultad ha sido en primer lugar técnica, pues resultaba casi imposible obtener comunicación. Se ha conseguido por fin, gracias a los esfuerzos del suboficial Kretzschmar, que trabaja en la central telefónica.

Lectura: *Lieder aus der Silberdistelklause* [Canciones desde la ermita de los cardos ajonjeros], de Friedrich Georg, que me ha mandado el manuscrito. Resulta notable que su mano esté volviéndose más ligera y libre a medida que avanza la destrucción. Tras el mundo del fuego reposa algo misterioso — el orden de las figuraciones espirituales, que atraviesa a veces el mar de llamas.

Luego, en las últimas horas de la tarde, he releído a Saint-Simon, cosa que no ocurría desde hacía mucho tiempo. Me parece que he gustado como nunca antes lo había hecho la elegancia de ciertos giros, sobre todo los que matizan las descripciones de los caracteres y de su jerarquía — también como lector va uno creciendo.

París, 16 de febrero de 1944

Visita del doctor Göpel, que venía de Niza y me ha traído un reloj de arena. Por su forma puede ser del siglo XV o del XVI; los años han opalizado el cristal de tal manera que el polvo rojizo se desliza como por detrás de un velo tejido por el tiempo. Este objeto me vendrá bien, pues cada vez me resulta más desagradable la vista de los relojes de ruedas, especialmente durante la charla, la lectura, las meditaciones y estudios silenciosos, cuya duración no me gusta medir al minuto — en esos casos se deja correr la arena de una ampollita. El tiempo del reloj de arena es diferente, está ligado más íntimamente a la vida; no se oye el toque de las horas ni hay tampoco ninguna aguja que avanza. Aquí continúa siendo

tiempo que pasa, que se desliza, que resbala — un tiempo sin tensión, sin ritmo.

A última hora de la tarde un capitán de las SS ha dado una conferencia sobre el modo y manera de interrogar y embaucar como es debido a los aviadores ingleses y norteamericanos derribados, para sonsacarles noticias. La técnica de los procedimientos es repugnante; todavía nuestros abuelos habrían considerado indigno de ellos el dirigir ni siquiera una sola pregunta de esa clase a un prisionero. Hoy el ser humano se ha convertido para el ser humano en materia prima, en material del que se obtiene trabajo, noticias y otras cosas. Es un estado que puede calificarse de canibalismo de altura. Uno no cae precisamente en manos de antropófagos, aunque también eso puede ocurrir, pero sí bajo los métodos de los psicólogos, de los químicos, de los investigadores de la raza, de los así llamados médicos y de otros fisgones. Así es como en las grandes pinturas del Bosco demonios extraños parten y cortan con sus instrumentos a los seres humanos que capturan desnudos.

De los detalles anoto esta observación: «Los fumadores son mucho más dados a hablar que los no fumadores».

París, 18 de febrero de 1944

Nueva llamada telefónica desde Wilhelmshaven; entretanto Perpetua ha estado allí y haciendo uso de su gran energía ha conseguido entrar en la cárcel. El próximo martes viajaré a Kirchhorst y a Berlín por el asunto del muchacho. El comandante en jefe, al que había hecho llegar la noticia por mediación de Weniger, ha dicho:

—Este es uno de los casos en que puede solicitarse un permiso al propio general.

Así es como saldamos las deudas que tenemos con nuestros padres, y de ahí también que las personas sin hijos sean los zánganos en las celdillas de nuestra colmena — a menos que en lugar de la fecundidad natural se despliegue la fecundidad metafísica; con ella el individuo se incorpora, bien en

cuanto clérigo, bien en cuanto donador y aumentador, a la serie de los *patres*.

Por la tarde hubo un gran estrépito en el pasillo delante de mi despacho del hotel Majestic. Un cabo de aviación se había encontrado allí con una mujer que supuestamente se dedica desde hace tiempo a estafar a los soldados y al momento la agarró por el brazo y empezó a propinarle puntapiés, en medio de un enorme griterío por ambas partes. He visto ese grupo vil: el hombre, completamente fuera de sí, fijos sus ojos llameantes en la mujer, y esta, a su vez, vuelta hacia él como un pequeño hurón que se hubiera topado con una serpiente. Hice que arrestasen a los dos.

Es notable la gran debilidad, más aún, la aniquilación a que sucumbe el ser humano cuando se entrega al odio en esa medida.

Continuado la lectura de Saint-Simon. La consciencia de este príncipe tiene un ingrediente completamente moderno: la Corte es descrita como una gran molécula de la química orgánica. Las relaciones sociales entre los seres humanos, la graduación de su rango, que llega hasta los matices más sutiles — frente a eso los observadores más recientes, como Stendhal, no pasan de chapuceros. También es característico de Saint-Simon el hecho de que conozca su tarea, su responsabilidad; en su actitud hay dolor histórico, el saber de un habitante de la Ciudad de Latón.[3]

Avanzado en la lectura de la Epístola a los Corintios. Las parábolas de Cristo se refieren enteramente a la relación del hombre con Dios, mientras que en las de san Pablo pasan a primer plano la relación del hombre con el hombre y la vida transfigurada en el seno de la comunidad. Esa es la mengua con que toparemos una y otra vez en la historia de las riquezas de esta Tierra — la abundancía disminuye forzosamente cuando pasa del fundador al administrador. Esto rige también para el príncipe, también para el arte. La mengua en la sustancia, mengua que trae consigo un aumento de los atri-

butos, aparece así también en la relación del Bosco con Brueghel.

No son pocas las cosas del Antiguo Testamento que vuelven a surgir en el Nuevo, pero realzadas como una imagen reflejada en un espejo. Y así, el magnífico capítulo decimotercero de la Primera Epístola a los Corintios se me aparece como la correspondencia del Cantar de los Cantares de Salomón. Contiene frases maravillosas como esta:

«Mas cuando llegue lo completo desaparecerá lo fragmentario».

También es significativo el versículo 12:

Wir sehen jetzt durch einen Spiegel in einem dunklen Wort, dann aber von Angesicht zu Angesicht [ahora vemos por un espejo, en una palabra oscura, pero luego, cara a cara]. La traducción alemana del griego *enigma* por *dunkles Wort* [palabra oscura] hace que el texto pierda ese suplemento de doctrina platónica de las ideas que lo adorna en griego. Días enteros sería preciso meditar sobre pasajes como este.

Palabras. *Wabe* [celdilla del panal], de *weben* [tejer] — es el vestido de cuna. Tampoco se basará en un azar la similitud fonética entre *Wachs* [cera] y *Waffel* [barquillo].

Kirchhorst, 29 de febrero de 1944

He estado en Berlín por el asunto de Ernstel y he vuelto de allí el viernes pasado. Primero quise llegar hasta Dönitz e incluso estuve ya fuera en su cuartel general, pero me advirtieron expresamente contra él. La única consecuencia de una entrevista mía con Dönitz sería un agravamiento de la sentencia. En general he notado en los hombres de la Marina la tendencia a despacharme con una helada cortesía, cosa que le resulta especialmente sorprendente a quien como yo viene de un Estado Mayor «blanco» como el de Stülpnagel. El asunto que yo llevaba era desagradable y nadie quería mezclarse lo más mínimo en él. De manera que hube de tratar con quienes por oficio tenían que ocuparse de él, como

Kranzberger, juez de la Marina. En el despacho de su sustituto estuve examinando con el doctor Siedler la sentencia, en la que leí todavía algunas circunstancias agravantes. Así, el muchacho habría dicho que, si los alemanes querían llegar a una buena paz, tendrían que colgar a Kniébolo — ocurre que de los dieciséis camaradas que son mencionados como testigos solo uno, justamente el soplón, pretende haber oído eso. Pero el tribunal dio por probado el testimonio. Además, Ernstel no habría mostrado «ningún arrepentimiento» durante la vista de la causa, cosa que también prefiero. Las personas con que uno tropieza en un asunto como este proporcionan un buen cuadro de los hilos negros y los hilos blancos de que está confeccionado el tejido político.

Aún no se tiene una visión de conjunto de las consecuencias del arrasamiento de unas ciudades tan grandes. A primera vista parece digno de atención el hecho de que el tráfico aumente en las ruinas, pero es lógico, pues ha disminuido su correspondencia estática, la vivienda. Las calles y los tranvías de Berlín estaban abarrotados de gente. Este reencuentro con la capital y con el estado en que se halla me ha extrañado menos de lo que había imaginado; y esto me ha hecho ver que hace ya mucho tiempo que yo no confiaba en su estabilidad. Inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial y durante la época de la inflación aparecía ya, desde luego, bastante quebrantada; de aquella época tengo recuerdos de una ciudad soñada. Luego, después de la llamada «toma del poder», reinó en ella el pico; calles enteras fueron reducidas a escombros. Finalmente se saquearon tiendas, se incendiaron sinagogas, sin que tales atrocidades encontraran el juez que las condenase. También la sangre quedó en el país. Creció desmesuradamente el gusto por todos los objetos rojos y explosivos.

Pero la destrucción hay que contemplarla también desde dentro: como un mudar la vieja piel. Tal cosa produce desconcierto; luego vendrá el acostumbrarse. Norteamérica

triunfa sobre los lugares de la vieja cultura — me refiero a aquella Norteamérica que cabía notar en el berlinés moderno, con mayor claridad a cada año que pasaba.

Me he alojado en casa de Carl Schmitt, quien, tras la destrucción de su piso de Dahlem, se ha trasladado a vivir a un pequeño chalet junto al Schlachtensee. Por la noche, ante unos vasos de buen vino tinto, comentamos la situación; la ha comparado a la de los anabaptistas de Münster durante el asedio. Solo dos días antes de que cayese conquistada la ciudad prometía Bokelson el paraíso a sus seguidores.

Leimos juntos el final del volumen segundo de *La démocratie en Amérique,* de Tocqueville. Se encuentran allí intuiciones asombrosas. Ante una mirada como esa el teatro histórico se vuelve pequeño y preciso, y simples y nítidos sus personajes. Estos son los autores que mantienen viva nuestra fe en el sentido que se esconde tras el movimiento aparentemente sin orillas.

También hablamos de Bruno Bauer, cuyos papeles póstumos compraron antes de esta guerra los bolcheviques y se los llevaron a Moscú. Amigos como Carl Schmitt resultan insustituibles ya por el mero hecho de que ahorran inmensos esfuerzos de clasificación.

Al mediodía siguiente regresé a Kirchhorst.

Kirchhorst, 1 de marzo de 1944

Ha comenzado marzo y será sin duda un mes de grandes acontecimientos. Estoy estudiando el escrito de Bruno Bauer sobre Filón, Strauss y Renan que Carl Schmitt me dio como lectura para el viaje. Es un escrito que incita a ocuparse de Filón con más detenimiento. La gran destrucción de bibliotecas dificultará la caza de libros y es posible que origine durante decenios situaciones parecidas a las que había antes de la invención del arte de la imprenta. Probablemente se copiarán libros a mano. Una vez más será una gran bendición, y eso puede leerse ya en Grimmelshausen, que queden incólumes algunas regiones como Suiza.

La vida es una generación continua — durante su transcurso intentamos perpetuar en nosotros a nuestro padre y a nuestra madre. Esa es nuestra auténtica tarea y es de ella de la que irradian nuestros conflictos, nuestros triunfos.

El modo en que nuestro padre y nuestra madre van relevándose y juntándose en nosotros es algo que la grafología puede demostrar a menudo muy bellamente. Las colecciones de cartas son importantes ya por este motivo — para estudiar las fuerzas que actúan sobre el carácter en el transcurso de los años y de los decenios y para estudiar el equilibrio de esas fuerzas.

Kirchhorst, 2 de marzo de 1944

Tomado el desayuno en la cama. Durante él lectura de Samuel Pepys y agradable charla con Perpetua sobre la organización de nuestra vida familiar en el futuro tiempo de paz. La cuestión es, desde luego, si alcanzaremos la orilla.

Continuado la lectura de Bruno Bauer. Son buenas las cosas que dice sobre las descripciones paisajísticas de Renan, que se parecen a decoraciones de ópera; uno se siente inclinado, en efecto, a pensar en cuadros de Millet. Filón exige que se ejerciten y practiquen también los sentidos; sin ellos no es posible captar el mundo sensible y de ese modo «permanece cerrada la antesala de la filosofía».

Tempestades de nieve; con todo, el cálido sol de marzo ha brillado a través de los claros de las nubes; arriba, junto a la ventana abierta, me he dejado bañar por sus rayos mientras leía las recensiones de Grabbe. Sus desahogos a propósito de la correspondencia entre Schiller y Goethe llaman la atención por su especial descaro. En cambio es un acierto la amenaza que dirige a Bettina von Arnim: «Si la autora continúa por ese camino habrá que tratarla no como a una dama, sino como a un autor».

Lo que el propio Grabbe dice en su *Gothland* se aplica también a él:

… Der Mensch
Trägt Adler in dem Haupte
Und steckt mit seinen Füssen in dem Kote.

[… el hombre
lleva águilas en su cabeza
y tiene los pies metidos en los excrementos.]

Así es como acuña cada uno su propio mote heráldico.

La crítica textual de los siglos XIX y XX no proporciona conocimientos de la Biblia mayores que los que el darwinismo proporciona sobre los animales. Ambos métodos son proyecciones en el plano del tiempo — en el primer caso se pretende disolver el logos, y en el segundo la especie, en lo temporal. La palabra se vuelve divisible, la imagen del animal se convierte en un tránsito fugaz, en una impresión.

Frente a eso vale el dicho de Lutero: *Das Wort sie sollen lassen stahn* [que dejen tranquila a la Palabra]. La Biblia y también el mundo animal son revelaciones y en eso consiste su poderosa fuerza, su fuerza de parábolas.

Kirchhorst, 3 de marzo de 1944

Por la mañana me ha llenado de alegría una carta de Ernstel, quien, gracias sean dadas a Dios, puede leer libros en su celda.

El tiempo ha sido borrascoso, el cielo ha estado cubierto por grandes bancos de nubes de una blancura deslumbrante. Después de las once pasaron volando por encima de nuestra casa varias escuadrillas rodeadas por numerosas nubecillas explosivas que se destacaban nítidamente de los lugares claros. Los aviones, como si fueran patinadores en hielo azul, dejaban también tras sí unas estelas blancas onduladas.

Avanzado en la lectura del *Journal* de Gide, que me ha cansado. Cada diario ofrece, naturalmente, la imagen del autor reflejada en un espejo; pero no debería agotarse en esa reproducción. En cambio es significativo en Gide un sentido

tardío, pero maravilloso, de la justicia. También la balanza de pesar oro que él tiene en su oído y que equilibra las palabras y frases de la prosa es solo un don, una consecuencia de la mencionada virtud; esta posee hondos cimientos y da a su portador un significado que rebasa las fronteras de su país.

Comenzado además la lectura del *Journal d'un interprète en Chine,* del conde D'Hérisson, que he descubierto revolviendo libros en mi biblioteca. En estas descripciones de países lejanos y acontecimientos importantes resulta favorable que el autor no disponga de una capacidad demasiado grande. Para describir a Goethe, por ejemplo, sería menos apropiado un segundo Goethe que Eckermann.

En el tren, 4/5 de marzo de 1944

Partida de Kirchhorst. Por la mañana estuve todavía revisando antiguos diarios míos, como, por ejemplo, los de Rodas y Brasil, pero no pude decidirme a llevarme alguno de ellos a París.

Una vez más tuve el sentimiento, como me ha ocurrido ya en no pocas ocasiones al separarme de Perpetua, de que antes de que volvamos a vernos se producirán grandes cambios. En el instante en que estábamos despidiéndonos el chófer del general Loehning, que había venido a buscarme, nos dio la noticia de que Wilhelmshaven ha sufrido un duro bombardeo. Llenos de preocupación pensamos en el frágil barracón en que está preso nuestro muchacho.

En el tren he estado charlando con un coronel médico sobre recuerdos de infancia del Hannover de 1905. «Antes de 1914» — esa noción llegará a ser tan significativa como lo fue antaño «antes de 1789». Luego hemos hablado de Rusia y de los rusos, cuyo idioma parecía dominar mi interlocutor. De los refranes que ha citado he encontrado especialmente atinado el siguiente:

«El pez empieza a heder por la cabeza».

Con gran retraso hemos cruzado algunas ciudades que se hallaban en estado de alerta, como Colonia, donde acababa

de caer una bomba en el matadero destrozando a sesenta personas.

Reflexionado, medio dormido, sobre diversas cosas. Me ha venido a la cabeza la acertada observación de Perpetua sobre Weininger:

—Seguro que ese hombre se suicidó en otoño.

En ese aspecto posee Perpetua capacidad de juicio y, sin dejarse impresionar, sabe penetrar los más grandes aparatos espirituales, como si no existieran, para juzgar a sus dueños. Justo las inteligencias agudas aparecen en ocasiones ante ella en la postura del avestruz: mientras hurgan con la cabeza en sus teorías, filosofemas y utopías cual si hurgasen en arena cristalizada, le ofrecen *in toto* a Perpetua, sin darse cuenta, un objeto de contemplación divertida.

Luego ha vuelto a alegrarme una vez más el instante en que, pasada la isla de San Miguel, vi los primeros peces voladores. Lo primero que capté, de una manera supernítida, fue una bandada que se deslizaba a estribor — llegué a ver incluso las gotas de agua que caían como perlas de sus aletas. La concepción, sin embargo, era espiritual: aquellos animales yo los veía casi transparentes, como si fueran de nácar. Tuve por un engaño de los ojos tal aparición, sobre todo porque había estado aguardando una imagen como aquella. Luego vi una segunda bandada; se elevó por delante de la proa y me fue confirmada por otros testigos. En esas dos imágenes tuve la realidad ideal y la realidad empírica, o, dicho de otra manera, la realidad del sueño y la realidad del día. En la primera la imaginación trabajaba con una fuerza incomparablemente mayor, y, además, esa imagen refulgía de un modo más maravilloso. ¿Eran realmente peces aquellas cosas que allí se opalizaban en la luz, o aquello era solo un juego de olas que se encendía en mi interior? La pregunta me parece casi fútil. Es algo que me ha ocurrido a veces con los animales — es como si los inventase yo, pero luego me resultaran conocidos. El aspecto mítico precede al aspecto histórico.

A las dos de la tarde ha entrado el tren en la estación del Norte.

París, 7 de marzo de 1944

Continuado la lectura de la Primera Epístola a los Corintios. En ella, capítulo 15, versículo 22:

«Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo».

La distinción entre el hombre natural y el sobrenatural se asemeja al descubrimiento de una química superior. Cristo es el mediador que hace capaces de unión metafísica a los seres humanos. Esa posibilidad estaba en ellos desde el principio; y así, tampoco el sacrificio los crea de nuevo, sino que más bien los «redime», los lleva a una actividad superior. Esta se hallaba allí siempre, como potencia de la materia.

Voy a salir de casa por la mañana y mientras estoy bajando las escaleras me doy cuenta de que he olvidado el llavero. Regreso para metérmelo en el bolsillo y salgo a la calle un minuto más tarde. A consecuencia de ello me encuentro con otras gentes, con otros acontecimientos. Tropiezo con un viejo amigo al que no veía desde veinte años atrás; en ese momento acaban de abrir una tienda de flores y de pronto veo en ella una especie desconocida; piso una cáscara de naranja tirada al suelo por alguien que va caminando delante de mí, me caigo y me produzco una lesión en el brazo. El minuto perdido se asemeja así al giro minúsculo dado al tornillo de una pieza de artillería que disparase contra blancos muy lejanos. Es este en verdad un aspecto que me ha causado ya muchos sustos — sobre todo en estos tiempos de malos encontronazos al caminar por el mundo lleno de peligros.

Es preciso decirse, para consolarse, que el número de las casualidades, de los azares, es ciertamente incontable e incalculable, pero que es probable que en todos los casos lleve a idéntico resultado. Medida en su resultado final, no en los diversos puntos de su recorrido, la suma de la vida da una

magnitud fija, a saber: la efigie del destino que se nos ha asignado y que, visto temporalmente, aparece compuesto de innumerables puntos casuales. Vistos metafísicamente, tales puntos no existen en la carrera de nuestra vida, como tampoco existen en la trayectoria de una flecha.

Después, la solución teológica de ese laberinto dada por espíritus excelsos como Boecio. El azar permanecerá impotente mientras sigamos nuestro destino; lo que a nosotros nos guía es la confianza en la Providencia. Si perdemos esa virtud, entonces el azar queda liberado y nos invade como un ejército de microbios. De ahí también la oración como regulativo, como fuerza que nos hace invulnerables. El azar permanece cristalizado, calculable.

Hay aspectos del nihilismo que diluyen todas las cosas en el azar. Uno de esos aspectos es el ridículo miedo a los microbios que siente el hombre moderno, miedo que encontramos especialmente desarrollado en sus provincias más carentes de espíritu y que es de igual condición que el delirio de brujas y demonios de los siglos XV y XVI. También son aspectos del nihilismo muchas abstracciones de la física moderna; esta libera como *scienza nuova* fuerzas del azar y no experimentará una vinculación adecuada hasta que no se la proporcione la reina de las ciencias — la teología. De ahí que sea tan importante el que nuestras mejores cabezas se dediquen al estudio de la teología, hoy en decadencia. Desde luego están aquí fuera de lugar los que llenan huecos, los suplentes. La estrecha conexión del creer y el saber, que marca tan nítidamente nuestra época, hace deseable que todos los que aspiren a llegar a ser aquí maestros, *magistri,* realicen primero su examen de oficial en el campo de las ciencias particulares. Los más excelsos habrán de tener una visión de conjunto de la totalidad; esa será la demostración del alto lugar que ocupan.

Tal solución hará que desaparezcan grandes territorios de discordia, como la querella de la educación laica o la educación religiosa. El presupuesto es que el Estado intervenga ahí

de una manera completamente distinta, cosa de la que a su vez no es capaz en modo alguno el Estado nacional liberal. Pero si pensamos en cómo estarán las cosas en Rusia y en Europa tal vez ya mañana mismo, cabe esperar que se hagan realidad mundos espirituales en cuyos dolores de parto nos encontramos ahora. También se disipará entonces la pesadilla que hoy quita las ganas de vivir a mucha gente: ese oscuro sentimiento de estar actuando en lo absurdo, en espacios de aniquilación, de puro azar. También se comprenderán las cosas que han ocurrido estos años en Rusia, en Italia, en España, en Alemania, pues hay honduras del sufrimiento que permanecerán eternamente sin sentido si no brota de ellas un fruto. Y en eso reside a su vez la enorme responsabilidad de los supervivientes.

París, 9 de marzo de 1944

Al mediodía en casa de Florence. Allí he visto al doctor Verne, el gran especialista y adversario de la sífilis. Hemos charlado sobre los honorarios que el paciente paga al médico; ha dicho que son tan secundarios como el modo de pagar a los bomberos durante un gran incendio. Resulta digno de atención el hecho de que en nuestro tiempo el cuadro de la enfermedad se separe tanto del individuo — también en eso está perdiéndose la propiedad. Tanto en los países capitalistas como en los bolcheviques se llega, por cierto, a los mismos resultados. Fue una cosa que me llamó la atención ya en Noruega. Verne me ha invitado a visitar su laboratorio el próximo martes.

Conversación con Jouhandeau, que me ha recomendado la lectura de la correspondencia de Miguel Ángel con su padre. Parece que esas cartas contienen consejos muy importantes sobre la salud y el modo de vivir.

París, 11 de marzo de 1944

Mi libro *El trabajador* y *Las ilusiones de la técnica,* de Friedrich Georg, son como el positivo y el negativo de una fotografía — la simultaneidad de los métodos indica una objetivi-

dad nueva, mientras que los espíritus estrechos verán en eso solo la contradicción.

Pensamiento en la estación de metro Concorde: ¿cuánto tiempo habré de seguir recorriendo aún estos tubos y estos canales, cuyas vías fueron ideadas con sutileza a principios de nuestro siglo por unos cerebros técnicos?

Solo amputando la cabeza será posible curar enfermedades de esa índole. Así en La Roquette.

El cristiano del siglo XX está más cerca del físico, del químico, del biólogo de primer rango que del cristiano del siglo XIX.

Libros que lo único que tienen de tales es el nombre, pero que en verdad son máquinas espirituales construidas para modificar al ser humano. El lector entra en un gabinete repleto de rayos ultravioleta. Y también el propio leer se vuelve diferente — va acompañado de la consciencia del peligro.

París, 13 de marzo de 1944

En el correo, entre otras cartas, una de Speidel, quien me envía al mismo tiempo un informe confidencial sobre la batalla de ruptura en la bolsa de Uman, dirigida por él como jefe de Estado Mayor — documento de denuedo humano, de sufrimiento humano, de coraje humano, que no puede leerse sino con respeto. La operación fue precedida de la decisión de prender fuego a los vehículos y abandonar a su suerte a mil quinientos heridos con sus médicos y enfermeros. Muchas cosas se remedian, muchas cosas vuelven a equilibrarse con ello.

París, 14 de marzo de 1944

Por la tarde en el instituto del doctor Verne. Primero estuve con él en el laboratorio y allí charlé largo rato con un investigador del cáncer, un hombre de barba blanca, que me enseñó con bonhomía los árboles genealógicos de familias

con predisposición a esa enfermedad. Los miembros a quienes el azote había respetado se encontraban representados por círculos claros, en cambio quienes habían contraído la enfermedad brillaban cual flores oscuras en su correspondiente rama. El esquema se asemejaba a una página llena de notas musicales; pensé en la poderosa sinfonía del destino que estaba allí bajo sello, no accesible a la investigación.

—Aquí está usted viendo al tío de esa mujer que enfermó de cáncer de nariz; también en él existía una predisposición a la enfermedad, pero no llegó a manifestarse.

Mientras decía estas palabras señalaba un feto en un frasco lleno de alcohol.

También vi fotografías de dos viejas hermanas gemelas en las cuales se desarrolló simultáneamente un cáncer de mama cuando contaban noventa y dos años. Lo que llama la atención en tales lecciones de cosas es que nuestra ciencia está suministrando al espíritu muchísimos más datos para la religiosidad que toda otra ciencia anterior.

Luego fui con Verne al dispensario. Unos médicos dedicados a la clasificación canalizaban en sus celdas la avalancha de trescientos sifilíticos. También estuvimos en las cabinas de tratamiento; en ellas se veía a mujeres subirse las faldas y bajarse las bragas para recibir inyecciones en las nalgas, mientras unos doctores con bata blanca pinchaban a otros pacientes en las venas de la zona del codo para ponerles inyecciones de salvarsán o extraer sangre. Al final de aquella fila de cabinas estaba una camilla junto a la cual una enfermera atendía a un anciano que había sufrido un colapso a consecuencia de una inyección demasiado fuerte.

El conjunto se asemejaba a un gran autómata en el que hubieran ido a caer los enfermos para ser llevados, según sus reacciones, a esta o a aquella de las vías ideadas por el cerebro del doctor Verne. Es el descubridor de una medicina puramente matemática y, con ello, el polo opuesto del doctor Parow, en cuya casa estuve en Noruega. Es cierto que también son distintos sus pacientes: la solicitud de Parow iba di-

rigida a la persona libre, independiente, mientras que Verne trata de sanar a una población urbana anónima. Con ello también la enfermedad se vuelve otra; el uno ve su cuerpo individual; el otro, su micelio. Así, en el caso de Verne son los factores extraindividuales, como las curvas estadísticas y los indicadores sociológicos, los que desempeñan el papel más importante. Parow, en cambio, apenas hablaba de sífilis; nombres como ese le parecían una pura abstracción. Para Parow cada enfermo era diferente de todos los demás.

Por la noche sueños de mundos más avanzados en nuestra misma línea — me encontraba en un avión gigantesco, estaba sentado a una mesa de mandos y observaba al piloto, que, sentado a una segunda mesa, hacía despegar el aparato. El piloto estaba distraído y casi rozó algunas veces las crestas de las montañas que sobrevolábamos, y solo la completa impasibilidad con que yo lo observaba y hablaba con él impedía que se produjese una catástrofe.

París, 15 de marzo de 1944

Los años se asemejan en su movimiento a una máquina centrifugadora cuya rotación expeliese una élite de espíritus capaces de tener una concepción más alta del espacio, dotados de una mayor capacidad para el espacio. Está formándose así un pequeño grupo de personas dueñas de una capacidad europea, de una capacidad mundial.

París, 17 de marzo de 1944

Todavía me dura la gripe. Se ha vuelto crónica porque interrumpí el dormir curativo. Almorzado con Heller y Velut en un local de los Champs-Élysées. Allí estuvimos sentados al cálido sol del primer día de primavera y brindamos con vino tinto. Velut se ocupa ahora en una traducción de *El trabajador.* Hablamos sobre el vocablo *style,* por el que piensa traducir *Gestalt.* Ya en eso apunta la dificultad de la empresa. Inteligencia precisa, positivista.

París, 23 de marzo de 1944

La gripe va cediendo poco a poco, la tos disminuye, la temperatura vuelve a ser normal. Lo noto en que, cuando hablo por teléfono, el auricular permanece seco.

En el correo, entre otras cartas, una de Kubin; me habla en ella de sus dibujos para la edición, proyectada por Benno Ziegler, de mi obra *Myrdun.*

Ayer acabé la transcripción de mi diario siciliano de 1929; lo he titulado *La concha de oro.* El texto ha aumentado considerablemente durante ese trabajo. En la revisión los breves apuntes de tales cuadernos de viaje se despliegan como flores de té. Proporcionan el armazón de los recuerdos.

Avanzado en la lectura de san Pablo. En la Epístola a los Colosenses, 2, 17, el bello pasaje que dice: «… todo eso es sombra de *lo que vendrá*». Hay en esa frase una excelsa flor de sabiduría griega; también nosotros somos sombras proyectadas por nuestro auténtico cuerpo. Alguna vez aparecerá él.

París, 24 de marzo de 1944

Tras mucho tiempo, otra vez a tomar café en casa de Banine. La hermosa paulonia de su jardín se halla inmersa todavía en su adormecimiento invernal. A la vuelta he pasado por delante de la tienda de antigüedades a cuya dependienta vi dormitar un día entre sus raros objetos. Habría entrado en aquella tienda si hubiese visto en el escaparate algún objeto que me diese pretexto para hacerlo — mas no ha habido hasta ahora ningún anzuelo con suficiente fuerza de atracción.

He vuelto a reflexionar sobre la simetría y su relación con lo necesario. Tal vez habría que partir de los átomos y pasar de ellos a las moléculas y luego al cristal. ¿Qué relación hay entre la simetría y el sexo y por qué en las plantas son sobre todo los órganos sexuales los que se señalan por su conformación simétrica? Además, la simetría del sistema nervioso y del cerebral, que son las vasijas que dan forma al espíritu. Y a su vez las simetrías, todas ellas, pueden ser únicamente

de segundo rango. Los tibetanos las evitan en sus edificaciones, por miedo a que atraigan demonios.

París, 25 de marzo de 1944

He comenzado a revisar mi escrito sobre la paz.

En el correo, entre otras cartas, una de Rehm, que firma: «Su inolvidable Rehm». Describe sus aventuras en el Este, entre ellas dos heridas. Ya en 1941 se rompió un brazo en una escalera oscura de Magdeburgo durante una alarma aérea; el pasado otoño fue herido por un casco de metralla. También se ha lesionado hace poco una muñeca. Por fin, recuerdo un accidente parecido que sufrió cuando estábamos en el Muro Occidental — todo en el mismo brazo. A veces parece que los astrónomos, cuando pretenden detectar en nuestro horóscopo que determinados órganos y determinadas zonas del cuerpo se hallan especialmente expuestos a peligros, tocan con ello unas relaciones bien fundadas. Hay todavía otras explicaciones de eso, como, por ejemplo, nuestro ritmo innato de danza, que nos hace cometer una y otra vez el mismo *faux pas.* Pero el horóscopo continúa siendo para todos la mejor de las figuras clave.

París, 27 de marzo de 1944

Continuado la lectura de san Pablo. En la Segunda Epístola a los Tesalonicenses el pasaje 2, 11, que dice:

«Por eso les enviará Dios errores poderosos, de modo que darán crédito a la mentira».

Ayer domingo en Saint-Rémy-les-Chevreuse con la Doctoresse, que ahora trabaja con Verne, al que se la recomendé. Almuerzo en el restaurante de l'Ivette. Qué hermoso sería estar allí en tiempos de paz. Fue el más caluroso y soleado de los días habidos hasta ahora, pero los árboles y los arbustos seguían brillando en la luz sin el menor rastro de verdor. Vista desde las laderas sobre el vasto paisaje; a gran altura por encima de él ejecutaban su vuelo del domingo por la tarde algunos ingleses y norteamericanos aislados.

Lectura en estos días: *Les moeurs curieuses des chinois,* de Smith. Contiene buenas observaciones. Además las cartas y diarios de lord Byron y las poesías de Omar Jayyam: tulipanes rojos brotados de la tierra blanda de un cementerio.

Continuado la revisión del *Llamamiento.* Es verdad, muchas de mis opiniones han cambiado, en especial mi valoración de la guerra y también la del cristianismo y su duración. Pero mientras trabajo en estas antiguas minas no sé nunca si y cuándo tropezaré con filones. Es preciso ver también la entalladura, semejante al cuello del reloj de arena. Mientras los pequeños granos van moviéndose hacia el punto de máxima densidad, de máximo roce, su tendencia es diferente de la que tienen una vez pasado ese punto. La primera fase está sometida a la ley de la concentración, de la angostura, de la movilización total; la segunda, a la ley del asentamiento y extensión definitivos. Son los mismos átomos y su circulación es la que proporciona la imagen.

A última hora de la tarde ha venido a verme el teniente coronel Von Hofacker; al entrar ha descolgado el auricular del teléfono. Es uno de los miembros de nuestro grupo a los que el personal del hotel Raphaël ha puesto apodos especiales. A él lo llaman *l'aviateur,* a Neuhaus, *il commandante;* y a mí, *la croix bleue.*

Aunque había descolgado el auricular no parecía encontrarse a gusto en mi despacho, en el cual se han tratado ya, sin embargo, no pocos asuntos, y por ello me rogó que lo acompañase a la Avenue Kléber para hablar. Mientras íbamos y veníamos del Trocadéro a la Étoile me ha dado algunos detalles contenidos en informes de gente de confianza que trabaja para los generales en el alto mando de las SS. En este se mira con máxima desconfianza el círculo que rodea a Stülpnagel. Hofacker ha dicho que allí se tiene por impenetrables y sospechosos sobre todo al pastor Damrath y a mí. De ahí que él considere bueno que yo deje esta ciudad por

algún tiempo y marche al sur, a Marsella, por ejemplo. Quiere hablar en ese sentido al comandante en jefe. Me he contentado con replicar que aguardaré la decisión.

A continuación hemos hablado de la situación; ha mencionado una serie de nombres, en primer lugar el de Goerdeler, que viene oyéndose desde hace años en todas las combinaciones de esta índole, especialmente cuando se conoce a Popitz y a Jessen. Es imposible que Schinderhannes y Grandgoschier[4] no estén informados de ello, sobre todo si se piensa en los personajes mexicanos que, disfrazados de generales, escuchan las conversaciones en el hotel Raphaël y en el Majestic.

Nuestra patria, ha dicho Hofacker, se encuentra ahora en extremo peligro. No es posible evitar la catástrofe, pero sí atenuarla y modificarla, pues el hundimiento en el Este será más temible que el que amenaza en el Oeste y es seguro que irá ligado a matanzas en gran escala. En consecuencia, ha añadido, se impone entablar negociaciones en el Oeste y hacerlo *antes* del desembarco; ya hay contactos en Lisboa. La condición previa es la desaparición de Kniébolo, al que hay que hacer saltar por los aires. La mejor ocasión la ofrecen las reuniones que se celebran en el Gran Cuartel General para estudiar la situación. Ha mencionado a este respecto nombres de personas pertenecientes a su círculo más íntimo.

También en este caso, como ya en otras ocasiones parecidas, he manifestado el escepticismo, la desconfianza y la repugnancia que me inspira la perspectiva del atentado. Hofacker me ha contradicho.

—Mientras no impidamos a ese individuo lanzarse al micrófono le bastarán en todo caso cinco minutos para poner otra vez a las masas de su parte.

—Sería necesario precisamente que ustedes fueran más fuertes que él al micrófono. Mientras no posean ustedes esa fuerza, no la obtendrán tampoco con atentados. Tengo por posible crear una situación en la que pueda sencillamente detenérselo. Si Stülpnagel quiere, y sobre ello no hay dudas,

Rundstedt se adherirá. Así caen en manos de ustedes las emisoras del Oeste.

Sobre esto, luego, vueltas y más vueltas al asunto, como me ocurrió ya con Schulenburg, con Bogo y con otros. Nada habla más en favor del significado extraordinario que Kniébolo ha sabido darse a sí mismo que el grado en que dependen de él también sus adversarios más fuertes. La gran partida se juega entre el *demos* plebiscitario y los restos de la aristocracia. Si cae Kniébolo la hidra formará una nueva cabeza.

París, 29 de marzo de 1944

Día de mi cumpleaños. El Presidente había preparado en mi habitación una mesita con velas. Entre los que me han felicitado estaba Valentiner, que ha venido de Chantilly. Continuado la lectura de San Pablo; en el fragmento correspondiente al día de hoy he encontrado esta buena sentencia:

«Y lo mismo el atleta; no recibe la corona si no ha competido según el reglamento» (Segunda Epístola a Timoteo, 2, 5).

Al mediodía en el pabellón de Armenonville. Los pequeños insectos animaban ya el aire. Desde siempre me ha parecido especialmente solemne y misterioso su zumbido cristalino en el mes de marzo; es como la inauguración de un nuevo espacio de sensaciones, de una dimensión nueva.

Cenado en casa de Florence. Es la tercera vez que celebro este día allí y una vez más han sonado las sirenas mientras estábamos sentados a la mesa. Había un ambiente deprimido, por causa de las numerosas detenciones que se han practicado en la ciudad. Jouhandeau ha contado que en su pueblo natal los jóvenes se matan unos a otros *pour des nuances.*

Gegen Demokraten helfen nur Soldaten [contra demócratas solo valen soldados] — eso era cierto todavía en 1848, pero hoy ya no rige ni siquiera en Prusia. En nuestro paisaje elemental es preciso atenerse más bien a la frase que dice que solo con un contraincendio puede combatirse un incendio en

la estepa. Las democracias están uniformándose a escala mundial. Por eso la única guerra que queda es la popular.

Pero la casta de los guerreros cae en falacias ópticas cuando desea sacar provecho de eso. Las mejores cabezas del Estado Mayor estuvieron en contra no solo de la ocupación de Renania y los territorios limítrofes, sino también en contra del rearme intensivo en general. Sobre esto me ha contado el comandante en jefe algunos detalles que todos los historiadores futuros calificarán de increíbles. Cabría describir la situación con esta paradoja: la casta de los guerreros querría ciertamente conservar la guerra, pero en su forma arcaica. Quienes hoy dirigen la guerra son los técnicos.

En esa esfera se producen los ataques que los nuevos dueños del poder lanzan contra el viejo concepto del honor militar y los residuos de la caballería. Al estudiar los documentos me ha llenado de asombro en ocasiones la testarudez de Kniébolo en ciertas desavenencias que políticamente resultaban insignificantes; por ejemplo, la disputa por las cabezas de un puñado de inocentes. Es algo que nunca se comprenderá si no se ve tras ello esa voluntad de destruir el *nomos* que guía infaliblemente a Kniébolo. De manera imparcial puede formularse esto así: Kniébolo quiere crear un nivel nuevo. Y como en este Reich están vivas todavía muchas cosas medievales, el desnivel es especialmente pronunciado.

Visto políticamente el ser humano es casi siempre un *mixtum compositum.* Numerosos tiempos y espacios reivindican sus derechos sobre él.

Así, yo soy por linaje y por feudalidad un güelfo, mientras que mi concepción del Estado es prusiana. Al mismo tiempo formo parte de la nación alemana y soy por mi formación un europeo, más aún, un ciudadano del mundo, un cosmopolita. En tiempos conflictivos como estos las ruedas interiores parecen moverse a la contra las unas de las otras y al observador le resulta difícil darse cuenta de cuál es la posición de las agujas del reloj. Todas esas ruedas se moverían conformes

entre sí si nos tocase la gran suerte de hallarnos insertos en unos órdenes superiores. También se llenarían entonces de sentido los sacrificios, y de ahí que tengamos el deber de aspirar a lo mejor, no solo para nuestra felicidad personal, sino sobre todo por motivos del culto a los muertos.

París, 2 de abril de 1944

Almuerzo de despedida en honor de Volckmar-Frentzel, el editor de Leipzig, que vuelve a su oficio en el momento en que las bombas han destruido sus libros, sus máquinas y sus edificios. Durante el almuerzo he estado hablando con Damrath, el pastor de la iglesia de la Guarnición de Potsdam. El comandante en jefe ha hecho saber a Hofacker que no piensa renunciar a nuestra compañía. Damrath ha citado también la frase que hizo grabar en su campana grande de Potsdam. Escogió un pasaje de las cartas de Federico Guillermo I a Leopoldo de Dessau:

«Si únicamente levantase el país y no convirtiese a mis hombres en cristianos, de ninguna ayuda me sería. Quien no es leal con Dios no será tampoco leal conmigo, que soy un hombre».

A su lado cabría poner esta frase de Léon Bloy:

Il n'y a plus de serviteurs dans une société qui ne reconnaît plus Dieu pour maître.

A última hora de la tarde salida para Kirchhorst, adonde voy con algunos días de permiso para el asunto de Ernstel. Abrigo también la esperanza de verlo en Wilhelmshaven, donde sigue preso, pues el asunto está aún sin decidir. Pero es preciso que se halle en libertad antes de que sobrevenga la catástrofe.

En el tren, 3 de abril de 1944

El tren marcha con mucho retraso, lo que se debe a los diarios ataques aéreos contra las vías y las estaciones. Lectura: los diarios de Byron y *Les moeurs curieuses des chinois.*

Junto a la ventanilla dos jóvenes oficiales de las tropas blindadas; uno de ellos se distingue por tener una buena ca-

ra. Sin embargo, hace ya una hora que van hablando de asesinatos. Uno de los dos quiso, en compañía de sus camaradas, hacer desaparecer en un lago a un francés sospechoso de espionaje; el otro defiende la opinión de que tras cada atentado contra nuestras tropas hay que llevar al paredón a cincuenta franceses:

—Así se acabarán pronto esas cosas.

Me pregunto cómo ha podido extenderse con tal celeridad esta mentalidad de caníbales, esta completa maldad, esta falta de corazón para con los demás seres, y cómo se explica esta rápida y general transformación en negros. En el caso de estos jóvenes es muy posible que no hayan sido ya afectados por ningún resto de moral cristiana, pero cabría aguardar que en su sangre se hubiera conservado el sentimiento de la vida caballeresca y del honor militar, o también el decoro de los antiguos germanos y su consciencia de lo justo. Pues de suyo no son tan malvados y su corta vida afronta de buen grado sacrificios que son dignos de admiración. Desearía que además del indubitable predicado «sin miedo» les correspondiese también el predicado «sin tacha». Pues, desde luego, solo lo segundo hace que sea valioso lo primero.

Frente a mí un teniente paracaidista con un libro. Va pasando las páginas en silencio, deteniéndose de cuando en cuando y poniendo cara de reflexionar. Luego sigue leyendo y de pronto sonríe al llegar a un pasaje que le hace gracia. «El lector» — un gran asunto a tratar, una significativa representación de la humanidad espiritual.

Por la tarde en Aquisgrán, y luego, pasando por Colonia, la serie de las ciudades calcinadas del oeste de Alemania. Resulta horrible la rapidez con que uno se acostumbra a estas visiones.

«Con la bendición de los rectos la ciudad se eleva; la boca de los malos la destruye» (Proverbios, 11, 11). Una frase para futuras primeras piedras, para nuevas puertas de ciudades.

Kirchhorst, 4 de abril de 1944

Ordenado escritos y libros y echado también una ojeada al *Don Juan* de Byron.

Mis paisanos de la Baja Sajonia. Esa calma imperturbable que hay en ellos y que es uno de sus rasgos mejores acabo de verla bellamente documentada en una crónica de Hildesheim. El 1 de agosto de 1524 se declaró en la parte nueva de la ciudad un incendio que destruyó un gran número de casas y acabó alcanzando también la aguja de la Torre de la Pólvora. El plomo del tejado empezó a derretirse y a gotear. Desde lo alto de aquella torre dirigía los trabajos de extinción el arquitecto municipal, Oldekopp. A su lado estaba su hijo Johannes. El padre le había indicado ya varias veces que abandonase aquel sitio y por fin le dijo:

—*Unser ein is hire to vele. Westu nicht, dat wi wol twintig tonnen pulvers under den voten hebben?* [Uno de nosotros está aquí de sobra. ¿Es que no sabes que tenemos veinte toneladas de pólvora bajo los pies?]

Solo entonces abandonó Oldekopp hijo aquel sitio.

Kirchhorst, 5 de abril de 1944

Con Alexander en el pantano de Oldhorst para observar allí el hormiguero que descubrí el pasado invierno. Pues siempre produce alegría hacer realidad un propósito como este — es un nudo atado en la red de la vida. Los animalitos estaban ya llenos de animación; entre los huéspedes he encontrado un *Myrmecoxenus subterraneus,* que aún no conocía y que fue descrito en 1835 por Chevrolat, exfuncionario de Hacienda en París.

A la ida entramos en un almacén porque la artillería antiaérea abrió fuego contra los bombarderos norteamericanos que nos sobrevolaban, y a la vuelta nos mojó la lluvia. Conversación sobre la aventura de Don Quijote con los molinos de viento y sobre el hada Peri Banu de *Las mil y una noches.*

En el jardín van ya alzando la cabeza las azucenas, y el *Eremurus* o «lirio de estepa» se anuncia con seis vigorosos

retoños. También brillan por todas partes, entre el césped silvestre que ha crecido, los crocos que planté antes de la guerra en compañía de Friedrich Georg — puro amarillo oro, azul intenso, blanco con fondo amatista, del que irradian unas venas que abrazan el cáliz cual broches de una copa de plata. El frescor de esos tintes reconforta: colores iniciáticos. Al enterrar estos pequeños bulbos parduzcos enterré unos tesoros que a veces suben a la superficie como en los cuentos. La entera metafísica reposa, en efecto, en el reino vegetal; y no hay mejor curso universitario sobre las cosas invisibles que se hacen visibles que el año del jardín.

El polen dorado que los abejorros, al rozarlo, han hecho caer al fondo azul del cáliz.

A última hora de la tarde hojeado diarios antiguos que Perpetua ha guardado en una maleta especial. Veo que siempre he de aguardar algunos años antes de volver a ocuparme de tales anotaciones. Entretanto se marchitan algunos pasajes y otros siguen madurando.

Leído además algunas páginas de la *Exhortación al martirio,* de Orígenes. En el parágrafo 46 la advertencia de no invocar a Dios con otros nombres que los que le corresponden — es decir, no invocarlo, por ejemplo, como Júpiter. Pues ciertos sonidos y ciertas sílabas podrían atraer, como si fueran remolinos, a aquellos seres cuyo nombre se pronuncia. Anotado esto para mi escrito sobre las vocales.

Kirchhorst, 7 de abril de 1944

Por la tarde en el prado; allí he estado extrayendo del suelo, en compañía de Alexander, acacias silvestres. Mientras realizábamos ese trabajo nos sobrevolaron a plena luz del día dos escuadrillas aéreas norteamericanas. En el momento en que pasaban por encima de la ciudad la artillería antiaérea abrió un violento fuego contra ellas; poco después vimos cómo regresaba uno de los aparatos, cuya ala derecha dejaba tras sí una larga estela de humo. Iba acompañado por disparos ininterrumpidos que llegaban de la hondonada y que enmudecieron así que su suerte estuvo clara. El avión dio un

viraje, durante el cual se desprendieron de él tres paracaídas, y empezó a descender hacia nosotros. Carente de piloto, trazó una amplia espiral y fue agrandándose enormemente. Pensamos que iba a caer cerca de nuestra casa, pero fue planeando sobre el Bosque de Lohne; inmediatamente después de que desapareciese se alzó sobre las copas de los árboles un mar de llamas de color cobre oscuro, que pronto se transformó en una pared de humo. En esta tranquila aldea, ¿quién habría pensado en semejantes espectáculos?

Tras el célebre vacío del campo de batalla estamos entrando ahora en un teatro bélico con escenas que son visibles desde lejos. Ocurre así a menudo que en las grandes batallas aéreas participan como espectadores centenares de miles e incluso millones de personas.

Continuado la lectura del *Don Juan.* En el canto tercero, a partir del verso 61, el modelo de un banquete suculento en cuya preparación compiten la sensualidad y la inteligencia.

Kirchhorst, 9 de abril de 1944

Reflexionado sobre las enormes pérdidas de libros causadas por los bombardeos. Los libros antiguos se harán raros; su reimpresión presupone unas planificaciones inteligentes. De igual manera que en un terreno completamente destruido lo primero que se hace es trazar un camino que sirva de orientación, así una serie de buenas ediciones tendría que reponer primero lo que hay de clásico en la teología, en la literatura universal, en la filosofía y en las disciplinas particulares. Luego podría descenderse hasta los autores de tercer y cuarto rango, también hasta los extravagantes, y graduar esas ramas secundarias de acuerdo con un plan de ediciones de escasa tirada. Esto acarrearía incluso ventajas — como la de un decidido retorno de los espíritus a lo importante.

Sustituir las revistas será difícil, desde luego — pero tal vez puedan hacerse ediciones para bibliotecas. El rasgo colectivo de la existencia traerá consigo un gran desarrollo de las bibliotecas públicas.

Kirchhorst, 13 de abril de 1944

Regresado de la costa, adonde he viajado con Perpetua para el asunto de Ernstel. Salimos de aquí el lunes de Pascua. También el domingo de Pascua hubo numerosas incursiones aéreas con *Vollalarm* [alarma total], o *Vollala,* como dice Peter, un niño de tres años que está refugiado en nuestra casa. En el momento de partir volví a echar una ojeada en el jardín a los azules cálices del croco; en su fondo había caído cual un polvo de oro el azafrán que las abejas habían rozado. Estas cosas son viáticos poderosos.

Muchos son los motivos que en estos tiempos hacen incómodo el viajar, pero los aviones constituyen la plaga peor de todas. Atravesamos Oldenburg una hora después de que hubiera sido atacado y cuando nos bajamos del tren en Wilhelmshaven fuimos recibidos por el ulular de las sirenas. En el tren conocimos a dos oficiales; uno de ellos, Emmel, era ayudante del comandante de la base y había ido ya, por propia iniciativa, a visitar en su celda a Ernstel. No dejamos que la alarma nos perturbase, sino que fuimos enseguida al hotel. Una vez que comimos allí, acudimos a ver en su semiderruida vivienda al capellán castrense Ronneberger.

A la mañana siguiente sonó otra vez la alarma en el preciso momento en que estábamos aguardando el tranvía delante del hotel. Cargados con los paquetitos para Ernstel recorrimos a pie las calles, que cada vez estaban más vacías. Por fin nos metimos en una de las torres de hormigón que sirven de refugios antiaéreos. En ellas se tiene el sentimiento de caer en una sección del *Inferno* que Dante pasó por alto cuando efectuó su visita. El interior de esas torres se asemeja a la cavidad de una concha de caracol; en torno a un huso interior va elevándose suavemente en espiral una rampa que está llena de bancos. Grandes partes de la población, hacinadas en un espacio angostísimo, aguardaban allí los acontecimientos. Un plasma humano que exudaba un miedo sordo llenaba la concha de caracol. Mientras iba subiendo la pendiente observaba los rostros que en aquel lugar dormitaban

extenuados. Los habitantes de estas ciudades pasan acurrucados en estas desapacibles torres una parte significativa de sus días y asimismo de sus noches. Como en todas las instalaciones de esta índole, también aquí encontré que el adormecimiento vegetal va estrechamente ligado a actos maquinales. Oía el zumbido de los ventiladores, también una voz que de vez en cuando decía: «Ahorren oxígeno».

Tras haber contemplado aquella espiral, cuya visión provocaba un malestar mayor que el pensar en el bombardeo, salimos a la calle y nos sentamos en un jardín abandonado situado en medio de las ruinas. La defensa antiaérea estuvo disparando un poco tiempo y luego las sirenas anunciaron el final de la alarma.

En las prisiones militares. Un cabo trajo al muchacho a la habitación en que nosotros aguardábamos. Estaba pálido y parecía debilitado. Su mentón sobresalía; se hallaba cubierto de arruguitas pequeñas. Los ojos, hundidos en las cuencas, habían perdido su frescor infantil, expresaban una experiencia precoz. Pero su porte era bueno, a la vez humilde y fuerte. Al verlo así sentado ante mí con su chaquetilla de marinero me acordé de las muchas esperanzas que Ernstel había puesto de niño en conquistar los laureles de la guerra y de que todos sus pensamientos y deseos estaban orientados a sostener una batalla campal. Iba a mostrarse digno de su padre — y de ahí que lo atrajese el punto más peligroso de todos. «Qué certeramente has dado con él, muchacho», pensé para mí, «y qué buena cosa es que yo sepa comprender esto también como padre.» Pues en la medida en que se desarrolla entre naciones la guerra representa tan solo una decoración teatral tosca — el combate se libra por otros premios, por unos premios más peligrosos. Y me pareció bien visitar aquella modesta celda portando mis altas condecoraciones de la Primera Guerra Mundial. Pues nosotros hemos conocido todavía un brillo que ya no les es otorgado a estos muchachos; por ello su mérito es mayor.

Al día siguiente viajamos a Cuxhaven para hacer una visita al almirante Scheuerlen, que es el comandante en jefe de la *Deutsche Bucht*, la Bahía Alemana, y juez en última instancia de Ernstel. Encontramos en él una persona excelente. En general cabe observar que, cuando uno se ve envuelto en un asunto como este, llega a conocer los dos auténticos frentes del gran proceso. Si la persona con que nos topamos es un ser humano o una máquina, eso es algo que la primera frase con que nos responde pone de manifiesto enseguida.

Kirchhorst, 17 de abril de 1944

En este último día de permiso he estado plantando todavía guisantes y con ellos he sembrado buenos deseos para Ernstel. Hoy entierra uno las simientes sin saber quién cosechará sus frutos.

Cortado perifollo — esta hierbecilla es para la sopa lo que la asperilla es para el vino. Crece silvestre en abundancia bajo el viejo tilo y Alexander ha estado ayudándome a cortarlo. Estuve preocupado, no fuera el niño a recoger también cicuta, y ello ha tenido como resultado una charla sobre la copa que bebió Sócrates; así ha tenido Alexander su primer conocimiento de él.

Las semillas las traje conmigo de Francia. Su forma y su color son un poco diferentes de los de las nuestras — ya veremos cómo prenden aquí.

En el tren, 18 de abril de 1944

Por la noche en el Japón, donde me comportaba de manera torpe con personas y cosas extranjeras. Creía que la estantería en que estaban expuestas las mercancías de una tienda era una escalera y subía por ella, causando así desperfectos. Mientras lo hacía, los japoneses me miraban con una atención en que se mezclaban la cortesía y el asco.

Luego en una habitación donde encontraba en un sofá hombres y mujeres embriagados de éter. Uno de ellos salía a mi encuentro tambaleándose y levantaba un pesado jarrón para darme un golpe. Como su borrachera me mostraba que

no me acertaría esforzábame en no moverme: «… pues de lo contrario acabará acertando por equivocación».

Por la tarde el general Loehning ha enviado un coche a recogerme y llevarme a la estación; allí he subido al tren de París bajo nubes de granadas explosivas.

Sobre las vocales. En una nueva revisión de ese ensayo mío aducir también lo siguiente, como un indicio más de que el colorido sonoro de las palabras no es casual: cuando en nuestro ángulo de visión penetran cosas nuevas ofrécense casi siempre varios vocablos para nombrarlas. El espíritu de la lengua elegirá de entre ellos el más adecuado y lo introducirá en el uso; y preferirá el orden sonoro a la significación lógica. Por ese motivo tiene más fuerza en alemán el vocablo *Auto* que el vocablo *Kraftwagen* [carro de fuerza].

París, 21 de abril de 1944

Por la noche una gran incursión aérea. Disparos de la defensa antiaérea. Bombas en el *arrondissement* decimoctavo y en Saint-Denis. Los habitantes del hotel Raphaël se reunieron por vez primera en el refugio, cosa de la que me enteré por la mañana. Una especie de letargo me retuvo en la cama. Se habla de centenares de muertos.

Al mediodía en casa de los Schnitzler, que se van esta noche.

París, 22 de abril de 1944

Lectura: el diario de un teniente, un tal Salewski, que describe los días pasados en la bolsa de Uman. El manuscrito me lo ha enviado Horst Grüninger. También he hablado de ello con Speidel, a quien han nombrado jefe del Estado Mayor de Rommel; anteayer volví a verlo por vez primera después de mucho tiempo. La descripción de Salewski es clara y seca, tiene la frialdad del metal que primero ha sido fundido y luego se ha endurecido formando un espejo; corresponde a la atmósfera que reina en una posición perdida. He vuelto a encontrar razonamientos conocidos, pero como si hubieran na-

cido de semillas que, llevadas por el viento, hubieran volado sobre los muros de un jardín para ir a caer en una arena de cuarzo y allí hubieran ido creciendo con extrema parquedad. Todo esto resulta aleccionador, pues la bolsa, el cerco, es la expresión más pura de nuestra situación; lo vi con claridad ya antes de que empezase esta guerra. Había estampas previas que lo anunciaban; la suerte de los judíos, por ejemplo.

Por la tarde en casa de Heller, donde he estado mirando con atención el cuadro que me fue regalado para mi cumpleaños por el doctor Göpel. De camino hacia allí encontré cortada la Place des Invalides; habían instalado en su centro una batería de artillería antiaérea pesada y había en aquel lugar pilas de munición y pequeñas tiendas cónicas de campaña para los sirvientes. Aquel espectáculo tenía en sí algo de siniestro — especialmente por el hecho de las tiendas de campaña en pleno centro de una urbe tan inmensa como París, que parecía haberse convertido ya en un desierto, estar muerta.

Mi lugar se halla en la cabeza de un puente que está tendiéndose sobre una oscura corriente. La existencia en ese arco avanzado se hace más insostenible a cada día que pasa, el riesgo de caída es cada vez mayor, a no ser que desde la otra orilla le salga al encuentro, como una imagen reflejada en un espejo, la parte que le corresponde y que lo completará. Pero la otra orilla se encuentra envuelta en una espesa niebla — solo a veces llegan de la oscuridad luces y sonidos imprecisos. Esa es la situación teológica, la situación psicológica, la situación política.

París, 23 de abril de 1944

Excursión a las Trois Vallées. Para tener una imagen de la fuerza del pueblo es preciso ver también la población que recorre las carreteras, no solo la que pasea por los bulevares.

Dans les forêts lointaines
On entend le coucou.

París, 29 de abril de 1944

La tarde y una gran parte de la noche de ayer las pasé en compañía del comandante en jefe, que vino a verme a mi Malepartus,[5] acompañado por el coronel Ahrends, por Baumgart y por Walther, catedrático de matemáticas. Las inclinaciones matemáticas del general llevaron la conversación en primer término hacia los números primos; luego, una vez que se trataron algunas cuestiones de balística y de los experimentos con cohetes, fue necesariamente a parar a los acontecimientos militares y políticos que están perfilándose para un futuro próximo. Cuando se despidió Walther, que se hallaba de paso e iba a marcharse en el tren de la noche, estuve un rato a solas con el general. Me hizo una descripción de la situación y en especial del carácter de Rundstedt, del cual depende el que no se haya llegado hace ya tiempo en el Oeste a una clarificación, a un desenmascaramiento.

Si uno conoce a Stülpnagel, Popitz y Jessen, y además a Schulenburg y Hofacker, tiene un cuadro de lo que es la Fronda en el Estado total. También ve que lo que impulsa a actuar no es la sustancia política, sino la sustancia moral. En la acción esa sustancia es la más débil, y de ahí que la situación podría tomar un giro favorable tan solo si apareciese un Sila o incluso un general del pueblo, capaz de simplificar las cosas.

Sobre los espejos y la extraña modificación que aportan a la fisonomía del ser humano. Si nuestra mirada se desvía y ve en un espejo a nuestros interlocutores, revélanse en estos unos rasgos completamente nuevos. Ese es el aspecto que tuvieron acaso antepasados suyos; o bien salen a la luz significados espirituales que estaban latentes en ellos. El efecto es especialmente intenso cuando la superficie del espejo parece moverse, ondular, como ocurrió ayer por efecto del humo ascendente de los cigarros puros dejados en el cenicero de una consola. Los espejos producen aberturas. Piénsese también en la modificación que se da en el rostro de los muertos: los vemos en la luz que se desprende de un espejo oscuro.

Esta mañana han venido a verme dos jóvenes valones, Claes y Willem. Hemos charlado sobre Alemania y Francia, cuya mutua relación ellos ven con más claridad desde su posición *à cheval.* Sobre la situación, los mauritanos, las dos literaturas, especialmente sobre Léautaud, cuyo *Passe-Temps* estoy leyendo ahora.

Hace muchos años que vengo observando que mi capacidad de hablar depende de la índole espiritual de mis interlocutores. Es como si la rueda de la charla se deslizase por un suelo más o menos liso — y, con ello, de un modo más o menos seguro y más o menos fácil. Resulta notable el hecho de que, cuando me encuentro por vez primera con desconocidos, no necesite aguardar a que se hayan expresado — probablemente porque el ser humano posee también un aura espiritual, un perfume de espiritualidad.

París, 30 de abril de 1944

Primera visita a Speidel, que ahora es jefe del Estado Mayor de Rommel y, por ello, el hombre que tiene sin duda la más clara visión de conjunto de la situación en el Oeste. El Cuartel General está fuera de París, en La Roche-Guyon, un castillo de los La Rochefoucauld. Allí he hablado también brevemente con el duque y la duquesa, en especial sobre mi estancia en Montmirail.[6]

El paisaje que rodea a La Roche-Guyon, con sus grandes cavernas y los acantilados que se elevan cual tubos de órganos desde el valle del Sena, tiene un aire de misterio laberíntico. En ese sentido parece apropiado para ser sustrato de acciones históricas; de hecho ha venido siéndolo periódicamente desde los tiempos de los normandos y aun antes. Es un paisaje que atrae a la historia y colorea sus hilos.

Las laderas tenían en su parte alta, coronándolas, baterías antiaéreas y en el valle se hallaba estacionada una sección blindada, para la protección personal del comandante en jefe y sin duda también por consideraciones políticas. La monstruosa fatigación de la guerra adquiere en estas zonas la apa-

riencia de una mayor ligereza; se está más cerca del centro en torno al cual gira el terrible peso de la rueda. Con esta imagen quiero permanecer en la esfera técnica, en el sistema de coordenadas del empleo de la violencia con sus lugares más o menos espirituales, en Mauritania. De ello forma parte también una cierta jovialidad, la que adornaba sin duda a Sila mientras ponía sitio a Atenas.

París, 1 de mayo de 1944

Día de los muguetes. Speidel ha mandado a recoger el manuscrito del *Llamamiento,* para Rommel, que quiere leerlo. Me he desprendido de él a disgusto.

En casa de Drouant almuerzo con Abel Bonnard. Siempre vuelvo a admirar el orden y la precisión de sus pensamientos, su ingenio volteriano y a la vez como de gato, que tiende ágilmente la zarpa hacia hombres y cosas, les da la vuelta como jugando y también les causa heridas, arañazos. Aprovecho la ocasión para informar a Bonnard de que Léautaud, tal vez el último clásico, malvive en situación precaria en uno de los suburbios de esta ciudad, casi sin recursos y ya de edad muy avanzada. Bonnard ha escuchado con mucho interés lo que le decía y me ha pedido más detalles. Desde luego Léautaud es un cínico, que se contenta con un sillón y la compañía de sus gatos; con él puede verse uno expuesto a groserías. A ello se agrega la desgraciada situación política, que proyecta luces turbias sobre todas las acciones humanas.

Por la tarde, una vez más, en Vincennes, en compañía de la Doctoresse. Hemos estado tomando un poco el sol, sentados en el césped junto al camino que rodea el Fuerte. En sus bastiones había soldados semidesnudos, que bromeaban y miraban desde arriba a los endomingados parisienses; parecían legionarios romanos en la ciudadela de una ciudad conquistada.

Las escilas o «jacintos de bosque» florecían por millares en el Bosque. En los arroyos de aguas turbias de color verde grisáceo abundaban los renacuajos; algunos estiraban ya sus patitas traseras. ¿Cuál será propiamente la razón de esa dife-

rencia temporal en el desarrollo de los dos pares de patas, que, sin embargo, dependen el uno del otro? La vieja escuela nos remitirá a la metamorfosis de las aletas — mas justo eso hace maravillosa la previsión. Vemos al Demiurgo ir colocando motivo tras motivo en la materia viva. Unos niños descalzos andaban a la pesca de renacuajos; los encerraban en pequeños charcos, que rodeaban con muros de lodo.

Luego otra vez junto al Fuerte — en el preciso instante en que lo sobrevolaban dos escuadrillas norteamericanas y un cañón abría fuego desde los baluartes. Los horrores y las imágenes de muerte se insertan en la vida cotidiana y en sus alegrías con nexos de sueño — como en jardines de coral en cuyas sombras multicolores viésemos tentáculos y fauces de monstruos.

París, 2 de mayo de 1944

Al mediodía en el Pont de Neuilly; largo tiempo estuve allí mirando el agua desde lo alto. En la poco profunda orilla jugueteaba una bandada de peces minúsculos, que, como si respirase, unas veces se dilataba y otras se contraía y al mismo tiempo parecía estar girando en torno a un punto central. Desde arriba resultaba difícil captar lo que ocurría, pues los lomos de aquellos alevines se diferenciaban poco del color del agua. Pero a veces pasaba brillando por sobre el anónimo hervidero un como rayo de plata, que describía un círculo centelleando. Se debía a que de vez en cuando uno de los animales, forzado por la tensión general, se alzaba de un salto a un movimiento más rápido y giraba como un barquito sobre el agua. Al hacerlo se tumbaba de lado, de manera que su flanco claro brillaba a la luz del mediodía.

Largo tiempo estuve mirando cómo se encendían, saliendo del oscuro hervidero, aquellos puntos plateados y luego volvían a sumergirse, una vez que quedaba completada la titilante figura que trazaban. ¿Qué señales son esas y para qué ojos han sido ideadas?

Largo tiempo estuve mirando — allí se revelaba en una imagen simplicísima lo que entre nosotros es la gloria, la fa-

ma. No faltaba ninguno de sus elementos — ni la afluencia de la masa anónima, ni su latido, ni su ritmo, ni su tensión, que luego se descarga en la trayectoria superior de la persona singular que sobresale y es expelida a la luz. Así es como se destacan por su brillo y emergen de la muchedumbre de los guerreros y de los ejércitos grises los héroes, los combatientes individuales; así es como sobresale de los ballets el solista, por su atavío más bello; y así es como se eleva del concierto de los coros la voz de los grandes cantantes.

Con qué hondura, con qué sencillez hace palpitar los corazones aquello que vive en nosotros y aguza nuestros sentidos — la cuna de las mareas marinas, recuerdo de aletas, alas, cuerpos de dragón, los relojes de sol y de estrellas del Universo, el gran país de los sueños y de la infancia que es el Génesis. Y, por encima de todo, los puentes de mármol desde cuya altura de arco iris se llena de sentido el espectáculo.

París, 3 de mayo de 1944

Durante el descanso de mediodía en el cementerio de perros que hay en una de las pequeñas islas del Sena, cerca de la Porte de Lavallois. En la entrada un monumento a *Barry,* un perro de San Bernardo que salvó la vida a unos cuarenta caminantes extraviados en la nieve. Es el polo opuesto de *Becerrillo,* el gran braco que despedazó a centenares de indios desnudos. El ser humano se refleja con sus virtudes y sus vicios en los animales que cría. Este sitio me ha hecho recordar los días de mi infancia y los cementerios que construíamos en nuestros juegos; en ellos enterrábamos insectos y pajaritos.

Continuado la lectura de la Epístola a los Hebreos; el judaísmo echa en ella unas flores excelsas, que brotan de una madera limpia y sin injertos. Lo que se lee en el texto y entre líneas sobre la sublimación de los sacrificios es muy bueno.

Cabría establecer como ecuación progresiva la siguiente:

Caín/ Abraham/ Cristo: Abel/ Isaac/ Jesús.

Es la sucesión de los sacerdotes y de las víctimas inmoladas. En cada una de esas parejas se inaugura un nuevo estado de la sociedad, del derecho, de la religión.

París, 4 de mayo de 1944

En casa de Florence, donde, además de con el doctor Verne y con Jouhandeau, me he topado con Léautaud; se ha presentado con un traje a la moda de 1910, con una corbata larga y estrecha, atada cual un cordón de zapatos para formar un lazo. Como autor, Léautaud ha permanecido en la línea recta, sin debilitamientos románticos; dice muchas menos cosas innecesarias que todos los demás colegas suyos que he tenido ocasión de observar hasta el momento.

Charla sobre el *Mercure de France,* luego sobre la lengua y el estilo. Léautaud odia las imágenes, las comparaciones, los rodeos. Según él el autor debe expresar con una precisión y una economía completas lo que opina. Tampoco debe detenerse, preocupado por el ritmo y el acabado.

—*J'aime plutôt une répétition qu'une préciosité.*

Si uno quiere decir que está lloviendo, que escriba sin más: «está lloviendo». A la réplica de Paulhan, que ha dicho que eso podría encomendarse también a un empleado, ha contestado:

—*Alors, vivent les employés.*

Piensa que es posible expresar exactamente con las palabras aquello que se quiere y que, cuando se tiene un dominio completo de la lengua, puede evitarse la más mínima pérdida entre lo que se dice y lo que quiere decirse. Desde luego eso solo rige entre los no metafísicos. Y solo a esos reconoce Léautaud.

Lo que a mí me cautiva en él es el espectáculo de un hombre que sabe perfectamente y con claridad lo que quiere, cosa que hoy es mucho más rara de lo que se piensa.

Al decirle yo que Victor Hugo es uno de los autores que hasta ahora he descuidado, su respuesta fue:

—*Vous pouvez continuer.*

París, 5 de mayo de 1944

Sobre el simbolismo marino. En Turena, cuando un matrimonio joven espera un hijo y desea que sea niña, es costumbre que la futura madre lleve puesto un collar de conchas fósiles. Eso sería una nota para el bello artículo de Mircea Eliade que leí en la revista *Zalmoxis.*[7]

Estilo: *Hierher hat sich die Königin Hortense zurückgezogen, nachdem sie auf einem Thron gesessen und alle Schmach der Verleumdung getroffen hat.* [Para acá se retiró la reina Hortensia, tras haber estado sentada en un trono y haber golpeado todo el oprobio de la calumnia.] De una traducción de las *Memorias* de Chateaubriand al alemán.

La lectura de semejante frase es insufrible, como un salto contra el sentido de la marcha.

París, 7 de mayo de 1944

A última hora de la tarde a orillas del estanque de Suresnes para observar la vida en los arces en flor. Unas cuantas escuadrillas aéreas sobrevolaban la periferia de la ciudad, como es ahora habitual; contra ellas disparaba con variada intensidad la artillería antiaérea. Estos ruidos y estas imágenes están pasando a formar parte del tejido de la vida cotidiana.

El ciclamor y la nota especial que da a la paleta de la primavera. Su color rosa tiende al rojo coral y causa por ello un efecto más decidido que el rosa de las flores del melocotonero, del acerolo y del castaño. También es más animal.

París, 8 de mayo de 1944

Por la noche sueños de trilobites, que yo adquiría en el instituto de Rinne, el mineralogista de Leipzig. Los compraba por catálogo y los que faltaban los tomaba en reproducciones que estaban fabricadas con un esmero extraordinario, en parte en oro puro y en parte en lacre rojo. También este sueño, como todos los míos de asunto paleontológico, era de una nitidez especial.

Por la mañana ha venido a verme Clemens Podewils, que ha acompañado a Rommel en uno de los viajes de inspección emprendidos estos días por el mariscal a lo largo de la costa atlántica. Hay un rasgo antiguo en ese empeño suyo de ver el mayor número posible de combatientes antes de la acción. El mariscal quiere luchar por la costa:

—El enemigo ha de sucumbir en el agua.

Con ese propósito guarda relación el hecho de que esté acumulando reservas.

El desembarco preocupa a todos; tanto el mando alemán como el francés creen que se producirá en estos días. ¿Pero qué ventajas reportaría a los ingleses? Pues estos se asemejan al banquero de una mesa de juego, que saca ganancias seguras de las vicisitudes de la guerra en el Este. ¿Por qué razones iban a interrumpir los ingleses esta partida tan favorable para ellos? Dejando aparte los deseos de los norteamericanos, podría haber varias causas: los rusos podrían estar haciéndose demasiado fuertes; o podrían estar debilitándose demasiado; o podrían amenazar con entablar negociaciones. Contra esto último habla la existencia de Kniébolo: mientras él esté en activo constituye la masilla que aglutina toda coalición dirigida contra Alemania. Es uno de esos hombres que, como dice Goethe, «sublevan contra sí al Universo».

Aún no es desesperada la situación para Alemania — pero qué náuseas produce contemplar el espectáculo.

París, 10 de mayo de 1944

Por la noche incursiones aéreas y violentos disparos de la artillería. Algunos agentes secretos habían predicho el desembarco para las cuatro de la madrugada de hoy.

Acabado: *Passe-Temps,* de Léautaud. Así como hay peces, pájaros, insectos, así hay también diversas especies de autores. Lo que uno quiere ver y gozar en ellos es que dominen con seguridad el elemento que les es propio. Eso es lo que ocurre en el caso de Léautaud. Afines a él son, entre los fran-

ceses, Chamfort, y entre los alemanes, Lichtenberg. Anoto esta cita:

Être grave dans sa jeunesse, cela se paie, souvent, par une nouvelle jeunesse dans l'âge mûr.

Viniendo de Rousseau, puede uno aprender en Léautaud cómo se sirven secas las confesiones. Desde luego se expondrá al peligro del cinismo. El libro es en ese aspecto una verdadera mina.

Acabado también: *Manual de los partisanos,* en su tercera edición de 1942, unas ordenanzas rusas de combate. En el capítulo titulado «Reconocimientos» se encuentra esta frase: «Hay que *camuflar* los cadáveres enemigos» — un delicado sinónimo para decir «enterrar».

París, 12 de mayo de 1944

Aburrida sesión de trabajo en la Avenue Van Dyck. Pero tuve la suerte de que delante de las ventanas se alzase un gran castaño en flor. Por vez primera pude conocer ese árbol a la luz del mediodía. Cuando la iluminación es desfavorable las flores parecen perder ligeramente su color y adquieren un tinte apagado, parduzco, encarnado. En cambio a pleno sol se destacan del cielo azul por su luminoso color rojo coral. También a la sombra tienen un perfil muy nítido esas flores — resaltan del follaje verde como modeladas en cera rosa. Más tarde, cuando se marchitan, sus pétalos caen con tal profusión que el tronco queda rodeado por un círculo de sombra intensamente rojo. Esto permite ver una belleza más — un vestido de flores que el árbol se ha quitado.

El asunto tratado ha sido el del empleo de los batallones caucasianos, cuya inspección, en la medida en que están bajo el mando del comandante en jefe, nos ha sido encomendada al comandante Reese y a mí. Una cuestión aburrida y desagradable; de sus aspectos técnicos se ocuparán, gracias a Dios, los especialistas del Este del general Von Niedermayer, los cuales han reclutado entre los prisioneros de guerra ma-

sas enormes de tropas auxiliares. Desde que los citados regimientos se hallan estacionados aquí en Francia en la zona de ocupación, ha habido todo género de abusos, que, naturalmente, se nos cargan a nosotros. Ahora los parisienses ven con asombro en el metro mongoles con uniforme alemán. Tribus enteras de hormigas amarillas quedan absorbidas de ese modo. Su control exige artes especiales — además de hombres de confianza, conocidos como tales por las unidades, hay otros que solo van a ver al jefe en secreto, y también estos son vigilados a su vez por terceros. Tales unidades se sustraen enteramente a las normas habituales; serían imposibles sin un poder despótico. De ahí que estén surgiendo entre los oficiales unos tipos nuevos. El propio Niedermayer es un hombre muy notable. Durante la Primera Guerra Mundial organizó disturbios en Persia y en Afganistán; recuerdo que Stapel lo llamaba «el Lawrence alemán». En el Cáucaso vi fotografías suyas en las que aparecía en medio de centenares de asiáticos. Júntanse en él capacidades e inclinaciones geográficas, etnográficas, estratégicas.

París, 13 de mayo de 1944

Por la tarde, con Horst y Podewils, en la residencia del general Speidel en La Roche-Guyon. Cenamos juntos, dimos luego un paseo por el parque y más tarde estuvimos bebiendo todavía una botella de vino en la parte más antigua del castillo, debajo de las almenas normandas.

Speidel es sin duda la cabeza decisiva por el lado alemán en el próximo embate, cuyos perfiles están dibujándose con mayor claridad cada vez. Es hermoso que no comparta los hábitos de otros jefes de Estado Mayor, a quienes vemos retirarse a sus habitaciones, ya de noche, cargados con abultadas carpetas de documentos. En su proximidad reina, antes por el contrario, la quietud, la calma que resulta adecuada al eje de la gran rueda, al centro de los tifones. Lo observo mientras, sentado al escritorio, contempla una flor o hace un comentario sobre el valle del Sena, que aparece abajo con sus prados y árboles en flor. Suena el teléfono; Speidel des-

cuelga el auricular y, tras haber tomado una breve decisión, vuelve a colgarlo:

—Una división acorazada no es una empresa de transportes; dígaselo.

—¿Cómo? El Führer no puede juzgar eso.

En la aldea florecen, más lozanas que nunca, las glicinias, las cabezuelas blancas de las clemátides, las lilas, las citisas o «lluvias de oro», las primeras rosas. Deambulamos junto a los jardines disfrutando de sus colores y de sus aromas. Speidel cita el verso de Platen:

Wer die Schönheit angeschaut mil Augen...

[Quien ha mirado con sus ojos la belleza...]

Luego dice una de esas frases que le sientan bien al caudillo, el cual debe ser al mismo tiempo un augur:

—En otoño habrá acabado la guerra en Europa.

París, 15 de mayo de 1944

Continuado la lectura del Apocalipsis; es un libro que retiene una de las grandes miradas que los ojos han echado directamente a la estructura del Universo. A su lado transcurren movimientos extraños — como esos que hacen que comience a fundirse la rigidez simbólica del antiguo Oriente. De la crisálida egipcia, babilónica, sale la mariposa de alas con muchos ojos, regresa al brillo superior de sus orígenes. Eso introduce en la lectura, todavía hoy, un elemento desconcertante, como si estuviéramos asistiendo a unas metamorfosis supremas. Aquí sentimos una de esas ramificaciones enormes que no son alumbradas por ninguna batalla decisiva, por ningún ascenso o hundimiento de imperios, sino únicamente por la visión que se tiene en el centro. El profeta está por encima de los reyes y sus acciones.

Los únicos que escaparán a la gran aniquilación anunciada en este libro serán los que lleven en la frente el sello de Dios.

Por la tarde he estado releyendo estos diarios míos; dada la inseguridad de la situación le he dado a Hanne Menzel algunas partes para que me las copie. He advertido que con fecha del 10 de enero de 1942 escribí que en sueños había visto muerto a mi padre. No deja de ser notable el hecho de que muriese exactamente un año más tarde, en la noche del 10 de enero de 1943. También en esa hora lo vi en espíritu, hallándome despierto — vi en el cielo nocturno sus ojos, que me miraban de un modo más significativo y radiante que nunca antes en mi vida.[8]

Velada en casa de los Didier. Allí he vuelto a toparme con Hendrik de Man, que me ha enseñado en su libro *Après coup* el pasaje en que describe nuestro encuentro anterior.

París, 17 de mayo de 1944

En casa de Florence. Allí, el *abbé* Georget, su *aumônier.* Hablado con él sobre los celtas y sobre Bretaña, de donde es oriundo. ¿Qué puede quedar de celta en nosotros? De igual modo que en los castillos están incrustados fragmentos de edificaciones antiguas, así quedan en el tejido de las naciones elementos de razas desaparecidas. Nodrizas olvidadas se acercan a nuestra cama en los sueños.

Georget fue confesor de la hija de Léon Bloy. Contó algunos detalles de este autor y mencionó la frase *Entrepreneur de démolitions,* que Bloy hacía imprimir en sus tarjetas de visita. Es un rasgo nihilista, igual que el «filosofar con el martillo» de Nietzsche y otras frases parecidas. Sin embargo, la valoración del nihilismo carece todavía de distancia — ha de incluir el mundo ambiente con que el nihilista se encuentra y la problematicidad de los valores de ese mundo, problematicidad que en él y por él lo único que hace es manifestarse. Por ello se convierte el nihilista en un escándalo. Pero más escandaloso resulta el espectáculo de los espíritus que son insensibles a la situación barométrica, al mínimo cósmico que anuncia el tifón. Ellos intentan lapidar a los profetas.

En la ciudad escasean cada vez más la corriente eléctrica, la luz y el gas. Vivimos en un estado de sitio de nueva especie. Los ataques aéreos no se dirigen tanto contra las fábricas y depósitos cuanto contra las arterias de comunicación y de energía, que es lo que corresponde a una guerra entre trabajadores. Los actos de sabotaje refuerzan la acción de los grandes bombardeos.

La situación es parecida a la de 1939; se habló entonces tanto y tan largo tiempo de la guerra que acabó por estallar realmente. Algo similar está ocurriendo ahora con la invasión, que tal vez no es deseada sinceramente por ninguna de las partes. Pero en eso precisamente se revela su rasgo de destino.

Y, a todo esto, uno sigue encontrando por las calles hermosas mujeres, con unos sombreros nuevos, muy altos, en forma de turbante. Es la moda de la Torre de Babel.

París, 19 de mayo de 1944

Lectura: *Versucb über die Zerstörung Hamburgs* [Ensayo sobre la destrucción de Hamburgo], de Alexander Friedrich — un informe que me ha sido remitido en manuscrito. Uno tiene la impresión de que esas ciudades se asemejan a «botellas boloñesas»; la tensión interior ha atomizado tanto su contextura que basta un golpe para reducirlas a polvo. Resulta notable el gran número de personas de las que parece adueñarse una nueva consciencia de libertad cuando sus pertenencias quedan completamente aniquiladas. Friedrich Georg previo ya eso incluso en lo espiritual:

Das Wissen, das ich mir erworben,
Ist dürrer Zunder.
Kommt, Flammen, und verzehrt, verschlingt
Den ganzen Plunder.

[Los saberes que he adquirido
son yesca seca.
Venid, llamas, quemad, devorad

todos esos cachivaches.]

La propiedad es puesta en duda no solo desde fuera, por los desheredados; también desde dentro se les vuelve cuestionable y aun molesta y aburrida a los propietarios. De la posesión forma parte sobre todo, en efecto, la capacidad de poseer — ¿a quién le gustaría hoy mantener un castillo, rodearse de criados, acumular masas de objetos? A lo cual se añade la visión directa del mundo de la aniquilación, su cercanía. Quien ha visto alguna vez consumirse de pronto en llamas una gran ciudad como si sobre ella hubiera caído un meteorito, mirará con unos ojos nuevos su casa y sus armarios. Tal vez lleguemos a vivir tiempos en que se ofrezca como regalo la propiedad.

Capriccios como los que Kubin previo ya en 1909 en su novela *La otra parte.* Manadas de vacas van trotando por las calles en llamas tras haber roto los vallados de sus cercas de las afueras de la ciudad. Los animales acuden a la ciudad mientras los seres humanos pernoctan en los bosques.

En una de las casas envueltas en llamas está sentada una pequeña cajera en medio de los vecinos que allí aguardan impacientes y que no han huido porque se lo impiden las bombas explosivas. De pronto se precipita dentro un hombre hercúleo para ponerla a salvo, cosa que hace agarrándola por las caderas y llevándola a rastras afuera. Pasando por encima de una tabla la lleva a un lugar que aún no está rodeado por el fuego, mientras a sus espaldas se derrumba con gran estrépito el edificio. A la luz de la hoguera el hombre se percata entonces de que ha salvado a una desconocida, no a su esposa.

Friedrich termina su manuscrito con esta observación: es un bello pensamiento el que tuvo Goethe al hacer que Fausto recobrara la consciencia «en una región encantadora».

París, 20 de mayo de 1944

Jean Charet, el explorador de los polos: «Más allá del círculo polar no hay ya ni franceses ni alemanes ni ingleses: allí

hay únicamente hombres».

La nostalgia de los polos que se siente en los siglos XIX y XX hace pensar en la búsqueda de la piedra filosofal — son lugares mágicos, puntos límite que la consciencia planetaria se da a sí misma. También son polos germinales, que los ojos de los descubridores fecundan; las naciones experimentan con ello una modificación, como la experimentan también muchas magnitudes del viejo mundo. El círculo polar es lo absoluto, en él no puede subsistir ya ninguna fuerza diferenciada, sino solo la fuerza primordial. Frente a eso, la estrecha visión de Schubart, según la cual están previstos para las naciones unos cielos separados, unas patrias separadas para siempre. Es uno de los pasajes cuya lectura me ha hecho daño; y además está en contradicción con el sentir germánico. Para nuestros padres, los adversarios que momentos antes habían estado mutuamente despedazándose atraviesan cogidos del brazo, en sus figuras, las puertas de la eternidad, el Bosque de Glasor, cuyos árboles tienen hojas de oro; y allí se reúnen a celebrar el banquete.

A mediodía en el estudio de Madame Didier en el Boulevard des Invalides. Como no ha podido conseguir barro fresco ha modelado mi cabeza con la misma masa que le sirvió ya para hacer el busto de Montherlant. Un detalle que habría hecho las delicias de Omar Jayyam.

En las Tullerías estaba en flor la amapola, que en alemán se llama *Klatschmohn* [adormidera chismosa] — al pasar he pensado en lo muy certeramente que la naturaleza de esa planta es descrita por el nombre que lleva en nuestra lengua. Ese nombre indica en primer lugar el carácter chillón, parecido a un latigazo, del color, y luego también la frágil condición de sus pétalos, que quedan destruidos por un mero soplo. Es algo que rige para todas las palabras auténticas — están tejidas de significados cristalizados, de materia iridiscente. Ya por esa razón no comparto yo el recelo que de las imágenes sienten autores como Marmontel y Léautaud, ni tampoco la perspectiva evolutiva de la etimología. El escribir o

el pronunciar una palabra se asemeja a un toque de campana, que hace vibrar el aire en un amplio círculo.

París, 23 de mayo de 1944

Por la tarde ha dado a conocer la radio la condena a muerte del general Von Seydlitz, dictada *in absentia*.[9] Parece que su actividad está llenando de preocupación a Kniébolo. Tal vez tengan allí también los rusos un general que sea el equivalente de nuestro Niedermayer. Al mismo tiempo se ha leído un mensaje de adhesión enviado a Kniébolo por los mariscales del ejército y redactado con los giros habituales. Creo que fue Gambetta quien preguntó:

—¿Ha visto usted alguna vez un general que tenga coraje?

Cualquier pequeño periodista, cualquier mujer de obrero da muestras de mayor coraje. A los generales se los selecciona precisamente por su capacidad de mantener cerrada la boca y ejecutar órdenes; a ello se añade la senectud. Eso podría acaso admitirse todavía en las monarquías.

A última hora de la tarde en el estudio de Madame Didier; el busto que está haciéndome progresa. He vuelto a tener el sentimiento de una génesis prometeica, demiúrgica; es algo que me resulta inquietante, sobre todo esos movimientos de las manos que amasan, que acarician, y con los cuales va conformándose la materia como bajo conjuros. El artista es el que más se acerca a los grandes poderes mundiales creadores; sus símbolos son los que siguen dando testimonio, en los mundos de tumbas y de ruinas, de la vida por la que en otros tiempos circuló la savia en abundancia.

París, 25 de mayo de 1944

Visita de Wepler, que estaba de paso y con el que he vuelto a hablar sobre la muerte de Flor de Fuego.[10] El amigo más viejo y el amigo joven de una difunta. Solo la muerte de esa mujer nos acerca.

París, 26 de mayo de 1944

Muy temprano salida para Sissonne, donde no había vuelto a estar desde 1917.[11] En Laon encontré destruido por bom-

bardeos recientes el barrio de la estación; en cambio la catedral y la parte alta de la ciudad estaban casi intactas. Las ciudades del destino y los caminos del destino, que siempre volvemos a recorrer — ¿en qué figura se inscribe nuestra peregrinación por esta tierra? Tal vez en figuras de lazos y flores de índole maravillosa.

Teníamos cosas que hacer en el campo de instrucción, ya que se han producido irregularidades en uno de los batallones caucasianos. Para llegar hasta allí nos servimos de un automóvil que funcionaba con gasógeno y llevaba una especie de estufa en la parte de atrás. De vez en cuando el chófer paraba el coche y echaba leña en ella; lo hacía bien a cubierto, por causa de los aviones de vuelo rasante. Los automóviles calcinados a orillas del camino contribuían a mantenernos bien despiertos. También las metralletas que ahora llevamos entre las rodillas cuando hacemos estos viajes eran un testimonio de que las cosas se han puesto serias.

He de cambiar mis máximas; mi relación moral con los seres humanos se hace a la larga demasiado fatigosa. Así, por ejemplo, con respecto al comandante de batallón que dijo que él mismo iba a llevar al frente al primer desertor que fuese capturado y allí iba a «eliminarlo» con sus propias manos. En tales encuentros se apodera de mí una especie de malestar. Es preciso, empero, que yo alcance un estado tal que desde él pueda observar esas cosas como se observa la naturaleza de los peces en un arrecife de coral o la de los insectos en un prado, o también como el médico observa al enfermo. Sobre todo hay que ver que esas cosas son válidas en los niveles inferiores. Mi náusea encierra todavía una debilidad, una participación demasiado intensa en el mundo rojo. Es menester calar la lógica de la violencia, guardarse de hermosear las cosas a la manera de Millet o de Renan, y guardarse asimismo de desempeñar el infame papel de los burgueses, que desde lo alto de sus seguros tejados moralizan a quienes intervienen en un terrible conflicto. Quien no esté

mezclado en él, que dé gracias a Dios, pero eso no lo legitima para convertirse en juez.

Estos eran los pensamientos que me ocupaban mientras me hallaba de pie junto a Reese, que ha dirigido una arenga a los soldados extranjeros. Nos rodeaban en un cuadro abierto y llevaban uniformes alemanes en cuyas mangas lucían los distintivos de sus tribus. Así, una mezquita con dos minaretes y estas palabras alrededor: «Biz Alia Bilen. Turkistan». Reese ha hablado lentamente, con frases cortas, que iban siendo traducidas por un intérprete.

Nuestra posición en el centro de aquel cuadro me parecía extraña, como las posiciones en un tablero de ajedrez que estuvieran preparando unos movimientos inteligentes, entre ellos algunos de gran finura etnográfica.

Hemos comido con los oficiales alemanes, que dan la impresión de ser a medias unos técnicos y a medias unos jefes de mercenarios — el siglo XVIII y el XX se fundían en unas pseudomorfosis de difícil clasificación. En los sitios donde desaparece el barniz teórico, aparece la pura violencia. No hay tribunales militares; los comandantes deciden de la vida y la muerte. Han de contar, por otro lado, con que los asesinen a ellos y a sus oficiales en cualquier momento en el caso de que deserte su unidad.

En Boncourt hemos bebido un vaso de vodka con los jefes de compañía rusos, mientras los turcomanos y los armenios se reunían formando un amplio círculo. Horas enteras se han pasado en cuclillas entonando cantos monótonos; de vez en cuando saltaban al círculo bailarines solitarios o por parejas y danzaban hasta el agotamiento.

En el intervalo he conseguido tomarme una media horita de permiso para dedicarme a la caza sutil. Durante ella he encontrado por vez primera en la Naturaleza la *Drypta dentata,* un animal de color verde azulado y de una elegancia exquisita. El nombre se lo puso en 1790 el italiano Rossi, que era médico en Pisa.

París, 27 de mayo de 1944

Alarmas, incursiones aéreas. Desde la azotea del hotel Raphaël he visto alzarse por dos veces, por la parte de Saint-Germain, unas nubes enormes producidas por explosiones, mientras de allí se alejaban escuadrillas que volaban a gran altura. El blanco de sus ataques eran los puentes del Sena. El modo y la sucesión de las operaciones dirigidas contra las líneas de avituallamiento indican una cabeza fina. La segunda vez, a la puesta del sol, yo tenía en mi mano un vaso de borgoña en el que flotaban fresas. La ciudad con sus torres y cúpulas rojas se extendía allí en su poderosa belleza, semejante al cáliz de una flor sobrevolado para recibir una fecundación letal. Todo era espectáculo, era poder puro, afirmado y realzado por el dolor.

París, 28 de mayo de 1944

Domingo de Pentecostés. Después de desayunar he acabado de leer el Apocalipsis y con ello he concluido mi primera lectura completa de la Biblia, que comencé el 3 de septiembre de 1941. Antes había leído algunas partes, entre ellas el Nuevo Testamento. Puedo decir que el esfuerzo ha sido meritorio, sobre todo porque se ha basado en una decisión personal y se ha impuesto a no pocas resistencias que se le oponían. Mi educación marchó en la dirección contraria; mi pensamiento estuvo marcado desde la primera juventud por el severo realismo y positivismo de mi padre. Todos mis maestros significativos colaboraron también a ese modo de pensar. Los profesores de religión eran casi siempre aburridos y con no pocos tuve el sentimiento de que la materia los incomodaba. Holle, el más listo de ellos, dejaba entrever que la aparición de Cristo sobre las aguas cabía explicarla por una ilusión óptica; aquella zona, decía, era conocida por sus nieblas a ras de suelo. Mis camaradas más inteligentes, los libros que yo apreciaba estaban afinados en ese mismo tono. Era menester que yo recorriese ese círculo, y siempre quedarán en mí huellas de eso. Sobre todo, la necesidad que siento de una fundamentación lógica — no me refiero tanto a la de-

mostrabilidad de algo cuanto a la testificación y cercanía del entendimiento, que siempre debe aportar también su luz. Las metas no pueden encontrarse sino delante de nosotros. Eso es lo que me separa de los románticos y lo que ilumina con una luz propia mis viajes por los supramundos e inframundos: en mi nave espacial, en la que buceo, nado, vuelo, en la que cruzo con rapidez mundos de fuego y reinos de sueño, siempre me acompaña un instrumental que ha sido conformado por la ciencia.

París, 29 de mayo de 1944

Excursión a las Trois Vallées. Ha sido un día caluroso, luminoso. Qué bien se estaba en las silenciosas espesuras, bajo el follaje de los matorrales, a través del cual brillaba un cielo sin nubes: puro presente. «Detente…»

Las glicinias y la manera como se ve a sus ramas leñosas corroer los barrotes de las verjas de los jardines. Los ojos abarcan de una sola mirada una sustancia que ha tardado decenios en vaciarse en un molde.

La avispa dorada, la *Chrysis,* en un muro gris — con su tórax de un verde metálico sedoso y su abdomen de color rojo frambuesa chillón. Es un animalito que, como el foco de una lente, parece concentrar en sí los rayos solares. Vive envuelto en ardores sutiles y acariciadores.

Las ranas verdes y cómo el martilleo de las guadañas las incita a cantar en coro.

«Ese quería cabalgar el violín» — un dicho popular, destinado a caracterizar al hombre engreído.

A última hora de la tarde en la habitación del Presidente. Cinco mil seres humanos han caído aquí en Francia en estos días de Pentecostés a consecuencia de los bombardeos. Entre otros objetivos fue alcanzado un tren abarrotado de gente que iba a las carreras de caballos de Maisons-Lafitte.

El Presidente me ha hablado de un cabo que se ofrece con insistencia para participar en las ejecuciones. De ordinario

apunta al corazón — pero cuando la persona que va a ser ejecutada le cae mal apunta a la cabeza, que vuela en pedazos. Es un rasgo infrahumano: la voluntad de robarle al prójimo su rostro, la voluntad de desfigurarlo.

¿A quiénes apuntará a la cabeza ese hombre? Probablemente a los que más se acercan a la imagen humana, a los bien parecidos, a los bondadosos, a los nobles.

Cuando a Murat lo llevaban al paredón para fusilarlo gritó:

—Soldados, apuntad al corazón, respetad la cara.

Anteayer por la mañana se fusiló aquí, por cierto, a un capitán de veintiséis años, hijo de un armador de Stettin, por haber dicho que el Gran Cuartel General bien merecía una bomba. Lo denunció un francés del entorno de Laval.

París, 30 de mayo de 1944

Al mediodía en el estudio de Madame Didier. Conversación con un sobrino suyo, un niño de cinco años, que me ha caído bien. Hace poco lo llevaron por vez primera a misa, donde vio cómo se distribuía la comunión. Preguntado por lo que había hecho el párroco, dijo:

—Il a distribué des vitamines à tout le monde.

Vaux-les-Cernays, 30 de mayo de 1944

En Vaux, con el comandante en jefe. A pesar del gran calor que hacía hemos encendido la chimenea a última hora de la tarde para purificar el aire. Estaban sentados alrededor de ella, además del general, los catedráticos Krüger, Weniger y Baumgart.

Los generales son casi siempre enérgicos y tontos, es decir: tienen esa inteligencia activa y ejecutiva que hay en todo buen telefonista y a la que la masa tributa una admiración estúpida. O bien son cultivados y eso va a costa de la brutalidad que forma parte de su oficio. Siempre falta así algo en alguna parte, o bien voluntad o bien visión de conjunto. Es muy rara esa unión de energía y cultura que se vio en César y en Sila, o, en nuestros días, en Scharnhorst y en el príncipe

Eugenio. Por ese motivo los generales son en la mayoría de los casos peones de que se sirven otros.

Por lo que se refiere a Heinrich von Stülpnagel, al que, para diferenciarlo de otros generales de esta antigua estirpe de soldados, se le llama también «Stülpnagel el rubio», tiene esos rasgos principescos que cuadran a su puesto de procónsul. De ellos forma parte el aprecio de la calma, del ocio, de la influencia sobre un pequeño círculo espiritual. Todo esto difiere del trajín que de ordinario encontramos en los Estados Mayores. Su carácter aristocrático tiende a valorar a los seres humanos por su espíritu. Su vida hace pensar en la de un científico; también ha adquirido una vasta erudición en prolongadas estancias en el lecho por enfermedad. Busca el trato con matemáticos y filósofos y de la historia lo cautiva la del Bizancio antiguo. Es lícito decir, sin embargo, que como general ha mandado bien, como estadista ha negociado bien y como político no ha perdido jamás de vista la situación en que nos encontramos. Todo ello hace comprensible que fuera desde el principio uno de los antagonistas de Kniébolo. Pero está cansado; es algo que yo veo claro sobre todo en uno de sus gestos, que se repite a menudo. El general suele pasarse la mano izquierda por la espalda, como si la sostuviera o enderezase su postura. Una expresión preocupada invade su rostro cuando lo hace.

Conversación sobre el estoicismo y su principio fundamental: «En ciertas situaciones llega a ser un deber para el hombre excelente abandonar la vida». Parece que el general mantiene una correspondencia reservada con su esposa sobre este y otros asuntos de ética.

Empezado la lectura de la traducción del Nuevo Testamento por Hermann Menge, que me ha regalado el pastor Damrath.

Hojeado además *Essais pour une esthétique générale,* de Georges Migot, un pequeño volumen en el que me han llamado la atención algunas observaciones sobre la simetría. Es un asunto sobre el que vengo meditando con frecuencia des-

de hace meses. El autor atribuye a los egipcios una inclinación por la asimetría y entre otras pruebas menciona su preferencia por las cabezas de perfil. Lo que es en las artes plásticas la simetría perfecta, la imagen reflejada en un espejo, eso es en la música la repetición. La necesidad de simetría que el hombre siente es, según el autor, un rasgo subalterno — de ahí también que haya que referirla más a la forma que al contenido, como ocurre con los *pendants* en la pintura, donde pueden ser iguales el tamaño del cuadro, el marco y, en determinadas ocasiones, también el asunto, pero no la ejecución propiamente dicha. Por lo demás las observaciones del autor son marginales y no especialmente precisas. La simetría es una materia enorme. Cuando disponga de algún ocio me gustaría atreverme a abordarla sobre todo por dos vías, a saber: el estudio de sus relaciones con el libre albedrío y el estudio de sus relaciones con lo erótico. Me lo han sugerido la contemplación de los insectos y la descripción de una mariposa hermafrodita.

París, 31 de mayo de 1944

Antes de emprender el viaje de vuelta a París me he bañado todavía en el lago y después me he dedicado a la caza sutil. Esta primavera he vuelto a sucumbir a esa pasión.

Almuerzo en casa de Madame Didier. Ha dado los últimos toques a mi busto y luego lo ha envuelto en unos paños húmedos para guardarlo en el sótano, pues parte hacia la montaña para reunirse con Hendrik de Man.

Sobre el estilo de los politécnicos: convierten el femenino *Entscheidung* [decisión] en el masculino *Entscheid* [decisión] — esto quiere decir, en primer lugar, que lo masculinizan de manera barata y, en segundo lugar, que lo llevan de la profundidad de la reflexión a la superficie de la presencia de la voluntad.

París, 1 de junio de 1944

Al mediodía en casa de Florence. Tras la comida, breve conversación con Jules Sauerwein, que ha llegado de Lisboa, sobre la posibilidad de la paz y sobre el modo de construirla.

En la cena charla con el Presidente y con un capitán, un tal Uckel, sobre Stalingrado. Parece que unidades de una compañía de los Servicios de Propaganda han estado filmando allí los hechos hasta las últimas horas. Las películas han caído en manos de los rusos y se dice que los noticiarios suecos están proyectándolas. Una parte de los tenebrosos acontecimientos se desarrolla en la fábrica de tractores en la que el general Strecker se hizo volar por los aires junto con su Estado Mayor. Se ven los preparativos, se ve abandonar el edificio a los hombres no pertenecientes al Estado Mayor, y luego la tremenda explosión. Hay un cierto automatismo en ese afán de registrar las cosas hasta el final: en él se exterioriza una especie de «reflejo» técnico, parecido a las contracciones de las ancas de rana en el experimento de Galvani. También intervienen rasgos científicos. No se trata de monumentos que se leguen a la posteridad o a los dioses, aunque solo sea en forma de una cruz hecha con varitas de mimbre mal atadas, se trata de documentos de mortales para mortales y nada más que mortales. Es, muy espantoso y muy real, el eterno retorno en su forma más gris: el morir en el espacio helado vuelve y vuelve una vez y otra vez en una repetición monótona — resultado de un conjuro demoniaco, sin sublimación, sin brillo posterior, sin consuelo. ¿Dónde queda ahí la fama, la gloria?

El capitán opinaba que habría que haber quemado antes las películas — mas ¿para qué? Son comunicaciones transmitidas por trabajadores a trabajadores.

Luego hemos hablado sobre la fotografía en general. El Presidente ha contado a este propósito una escena de la que él mismo fue testigo ocular en el hotel Dreesen, de Godesberg. Kniébolo bajaba las escaleras y fue saludado en el vestíbulo; entre otros homenajes, una niñita le entregó un ramo de flores. Kniébolo se inclinó para recogerlo y dar unas pal-

maditas a la niña en la mejilla — al mismo tiempo giró un poco la cabeza y gritó con sequedad:

—¡Foto!

París, 6 de junio de 1944

Ayer velada en la residencia de Speidel en La Roche-Guyon. El viaje resultó complicado a causa de la destrucción de los puentes del Sena. Emprendimos el viaje de regreso a París hacia las doce de la noche y eso hizo que por una hora no nos encontrásemos en el Cuartel General en el momento en que llegaron a él las primeras noticias del desembarco. En París se ha conocido por la mañana; ha cogido por sorpresa a muchos y especialmente a Rommel, que ayer no se hallaba en La Roche-Guyon porque había marchado a Alemania para el cumpleaños de su esposa. Realmente, una nota falsa en la obertura de una batalla de tal envergadura. Las primeras fuerzas que saltaron en paracaídas fueron detectadas después de medianoche. En las operaciones han participado numerosas flotillas y once mil aeroplanos.

Se trata sin duda del comienzo de la gran ofensiva, que hará que este día pase a la historia. Yo mismo he quedado sorprendido, precisamente porque se habían hecho tantos vaticinios sobre esto. ¿Por qué aquí y ahora? Son preguntas sobre las que seguirá hablándose en un futuro lejano.

Lectura: *La historia de San Luis,* de Joinville. Husser, al que hace poco fui a visitar en su nuevo piso de la Rue Saint-Placide, me dio una versión abreviada de esta obra. En muchas escenas, como la del desembarco de los cruzados en Damieta, se ve a la humanidad en el más alto esplendor que puede alcanzar. La historiografía materialista capta en las cosas únicamente lo que a ella le resulta visible. No conoce la multiplicidad, que es la que proporciona colores y dibujos al tejido. De nuestra tarea forma parte también eso: redescubrir la pluralidad de los móviles. Eso requiere una objetividad más fuerte que la positivista.

París, 7 de junio de 1944

A última hora de la tarde paseo con el Presidente. En el Boulevard de l'Amiral-Bruix estaba parada una columna de carros blindados que se dirigía al frente. Los jóvenes soldados que formaban sus dotaciones estaban sentados sobre los colosos de acero; el ambiente era como de vela de armas, esa especie de jovialidad con toques melancólicos que yo recuerdo muy bien. De aquellos jóvenes irradiaba densísima la cercanía de la muerte, la gloria de corazones prestos a morir entre llamas.

Cómo pasaban a segundo plano las máquinas, cómo se esfumaba su complejidad y se volvían a un tiempo más simples y más significativas, cual el escudo y la lanza en que se apoya el hoplita. Y cómo estaban sentados los jóvenes en sus carros, comiendo y bebiendo, deferentes los unos con los otros cual novios en la víspera de su fiesta, como en un banquete espiritual.

París, 8 de junio de 1944

Durante la comida Florence se ha levantado de la mesa para atender una llamada telefónica y al volver ha dicho:

—La Bourse reprend. On ne joue pas la paix.

Parece que quien tiene las antenas más sensibles es el dinero y que el juicio de los banqueros sobre la situación es más cuidadoso, exacto y precavido que el de los generales.

Por la tarde me ha visitado el doctor Kraus, el experto en balística. Conversación sobre mi hermano Physicus y sus trabajos acerca de los quebrados y los números primos; luego sobre Cellaris, que sigue en prisión. Pero pronto sonará para él, como para muchos millares de compañeros suyos de sufrimientos, la hora de la libertad.

Luego sobre la denominada «arma nueva» y las pruebas de tiro que se han hecho con ella. Kraus ha contado que hace unos días un proyectil, tras haber descrito una curva imprevista, fue a caer en la isla danesa de Bornholm y que, además, no estalló; de modo que los ingleses hicieron fotografías de él aquella misma tarde. Pudieron estudiar así su pilo-

to electromagnético e inmediatamente instalaron en el sur de su país un generador de energía de una potencia enorme, destinado a desviar los proyectiles.

En las habladurías que circulan acerca de esa arma cabe estudiar bien, por cierto, cómo la aniquilación es la fuerza que se encuentra en el polo opuesto al eros. En ambas fuerzas es posible advertir una cierta coincidencia, como en la electricidad positiva y la negativa. Los chismorreos que se difunden por nuestro país son así muy semejantes a los que rodean los chistes eróticos: no debe hablarse de ello, pero Kniébolo abriga a la vez la esperanza de que corran de boca en boca los rumores que él mismo alimenta cuidadosamente. Todo eso es sumamente nihilista, hedor de barraca de desolladores.

París, 11 de junio de 1944

De nuevo un paseo desde Saint-Cloud hasta Versalles por la Route de l'Impératrice. Y también otra vez el baño de sol en el pequeño claro entre los matorrales de los castaños. En cada uno de estos paseos pienso: puede ser el último.

París, 12 de junio de 1944

Visita a Husser en su piso de la Rue Saint-Placide; allí quiero depositar algunos documentos y tal vez alojarme yo mismo por algunos días. De mis puntos de apoyo en el Barrio Latino este es el izquierdo. En el centro está la Doctoresse, mientras que el derecho lo tiene a su cargo el anticuario Morin. Los amigos que uno ha adquirido son mejores que el oro.

He reducido mi equipaje a un mínimo. Kniébolo y su banda profetizan una victoria pronta, igual que la profetizaba también el príncipe de los anabaptistas. Detrás de qué personajes va corriendo el populacho y cómo se ha vuelto omnímodo el *ochlos,* la multitud.

París, 17 de junio de 1944

Ayer y anteayer he vuelto a sentir la pesadilla, una extraña contracción del diafragma, de la que no me he liberado

hasta hoy por la noche. ¿Era un peligro que me afectaba a mí personalmente o a otros? Siento que lo he apartado.

El comunicado oficial del ejército anuncia que el «arma de represalia» ha comenzado a disparar. Al mismo tiempo los Servicios de Propaganda tratan de divulgar en las fábricas francesas el rumor de que grandes sectores de Londres han quedado reducidos a escombros. Entre el populacho se difunde una especie de júbilo festivo. Las bombas volantes, que, según se dice, desprenden una luz cegadora antes de estallar, son uno de los últimos fuegos fatuos en la ciénaga de la aniquilación. Si poseyesen valor de arma, y no solo de propaganda, se las lanzaría contra la cabeza de puente del desembarco. Pero hay una cosa que aquí es completamente auténtica: la voluntad de transformar el mundo vivo en un desierto y de hacer realidad en él el triunfo de la Muerte. Quien hoy pone en duda la «represalia» y la «aniquilación» comete sacrilegio.

Por la mañana ha entrado en mi despacho el alférez Von Trott zu Solz, que manda una compañía en un regimiento de hindúes; era la primera vez que lo veía desde aquella noche fatídica en Überlingen. También en esta ocasión se me acerca antes de grandes acontecimientos. Conversación sobre la situación, en especial sobre el general Von Seydlitz, luego sobre el modo en que los prusianos han caído víctimas del Partido.

París, 22 de junio de 1944

Al mediodía en casa de Florence. Allí estaba Heller, que ha regresado de Berlín; los aviones enemigos han ametrallado con sus armas de a bordo el tren en que viajaba. Me ha contado que inmediatamente después del desembarco aliado Merline acudió a nuestra embajada a solicitar con urgencia los documentos y que ya ha huido a Alemania. Qué notable resulta lo mucho que se preocupan de su mezquina existencia unos sujetos que piden a sangre fría las cabezas de millones. Las dos cosas han de estar relacionadas.

Escuadrillas aéreas han sobrevolado la ciudad a última hora de la tarde; en el patio del hotel Majestic han llovido del cielo cascos de metralla. Reservas gigantescas de gasolina y petróleo han sido alcanzadas en el transcurso del bombardeo; semejante al pino de que habla Plinio el Joven, la nube formada por los incendios, que ha ido ascendiendo de un estrecho tronco, ha oscurecido la bóveda celeste. Un gran bombardero se ha precipitado al suelo en las cercanías de la estación del Este.

La lengua francesa posee, para decir *Kettenglied* [miembro, eslabón de una cadena], una palabra propia: *chaînon.* Nuestra palabra *Schäkel* [grillete], que se usa en el sur de Alemania y que sin duda está anticuada, procede de la misma raíz. *Der Kettenmacher* es *le chaînetier:* nosotros tenemos *Kettler,* que se ha conservado en apellidos.

La casa de la esquina de la Rue du Regard, frente a las prisiones militares de la Rue du Cherche-Midi. Cada vez que paso junto a ella me viene a las mientes Perla, la ciudad de sueño de Kubin.

París, 24 de junio de 1944

A última hora de la tarde en la residencia de Speidel en La Roche-Guyon. A consecuencia de la destrucción de los puentes del Sena nos fue preciso dar varios rodeos para llegar hasta allí. También hubimos de apearnos en una ocasión, pues por encima de nosotros andaban revoloteando unos aviones.

Tras la cena paseo por el parque. Speidel nos ha contado detalles de su visita a Kniébolo, a quien hace unos días presentó en Soissons un informe sobre la situación. Ha dicho que Kniébolo está envejecido, que tiene el cuerpo vencido hacia adelante, que en la conversación salta distraídamente de un asunto a otro. En el desayuno devoró una enorme cantidad de arroz, bebió de tres copas de licor medicinas de

diferentes colores, tragó píldoras. Tenía entre los dedos una serie de lápices de colores y de vez en cuando trazaba con ellos una raya en el mapa. Kniébolo expresó su estupefacción por el hecho de que los ingleses y norteamericanos hayan tenido posibilidad de desembarcar, pero no entró en detalles tales como la superioridad aérea del adversario. No tiene sino ideas vagas acerca del curso futuro de los acontecimientos y parece esperar o tal vez también creer que se repita aquí la combinación favorable que ya en varias ocasiones lo ha sacado de situaciones desesperadas. A ese respecto ha citado por dos veces la Guerra de los Siete Años. También cree que sus adversarios están enemistándose y que se encuentran en vísperas de revoluciones. Anuncia nuevas armas para el otoño, sobre todo cañones capaces de perforar los blindajes, y cae en una *rage du nombre* cuando habla del «rendimiento» de las industrias. Se ha referido también a los *Höllenhunde* [perros infernales], las bombas volantes; una de ellas, tras haber seguido una trayectoria especialmente bromista, ha ido a caer cerca del Gran Cuartel General mientras Kniébolo se encontraba en él y ha hecho que se apresurase a partir.

He hablado con el almirante Ruge de las circunstancias en que se produjo el desembarco. Parece ser cierto que en la noche decisiva no había salido de puerto ni un solo patrullero alemán «porque el mar estaba demasiado agitado». Los ingleses desembarcaron con bajamar, durante la cual quedan visibles en la playa los obstáculos submarinos. Estaba previsto instalar obstáculos para la marea baja, pero aún no se los había colocado.

El coronel Von Tempelhof ha contado la muerte del general Marcks. Su hermano, un teniente coronel, se ha interesado por la hora en que murió, pues en su casa el día del fallecimiento su retrato se desprendió de la pared a las once. El general fue efectivamente alcanzado por un proyectil a las once menos cuarto y murió cuando sonaban las once.

En el viaje de regreso nuestro chófer perdió el control del coche, se salió de la carretera y fue a caer a gran velocidad en un zarzal; fuimos acogidos muy suavemente por sus ramas, que eran como redes elásticas.

Lectura: *Après coup,* de Hendrik de Man. En estas memorias, ya al comienzo, esta hermosa regla: «Es preciso apuntar siempre un poco más arriba del blanco». También he encontrado la descripción de nuestro encuentro en casa de los Didier.

París, 27 de junio de 1944

Combates en las calles de Cherburgo. Perpetua me escribe que en la mañana del 15 de junio cayeron bombas muy cerca de nuestra casa; una de ellas fue a parar al pequeño estanque próximo a Lohne donde solemos bañarnos e hizo saltar por los aires centenares de carpas y barbos.

París, 1 de julio de 1944

Estoy revisando una vez más el *Llamamiento,* de acuerdo con mi norma de que nunca se recopiará bastante un trabajo.

En el sueño una aparición nueva, amable, prometedora: el diácono. Uno tiene enseguida en estos encuentros la impresión de que forman parte de nuestro entorno habitual y que regresarán, como el personal fijo de una tertulia.

Después, hace algunos días, en unos grandes pozos que se perdían con curvas serpenteantes en las profundidades de la Tierra, tras una barrera de alambre de espino que yo tenía que atravesar, el Guardabosque Mayor — con una cazadora ligera, aparición de un poder nada común concentrado en sí. El estaba de pie en un descansillo de la escalera, «entrando», y, aunque yo portaba conmigo un arma, enseguida me daba cuenta de que allí era inútil el empleo de tales juguetes. La irradiación del Guardabosque Mayor paralizaba mi mano.

Sobre el estilo. Podemos marcar con nitidez los tiempos verbales, pero también podemos difuminarlos; por ejemplo,

mediante auxiliares — en vez de decir *Ich werde das tun* [haré eso] puede decirse *Dann tue ich das* [luego hago eso] o *Morgen tue ich es* [mañana hago eso].

De ese modo se produce una pequeña renuncia a la lógica, pero también a la pedantería. Menge, cuya versión de la Biblia estoy leyendo ahora, en vez de traducir: *Klopfet an, so wird euch aufgetan* [llamad y se os abrirá], traduce: *Klopfet an, so wird euch aufgetan werden* [llamad y os será abierto] — pura pedantería.

Lectura en estos días: *Minerve sous les armes,* del general J. Perré. Un ensayo sobre la inteligencia y la conducción de la guerra, cuyo manuscrito he leído en mi condición de censor. He encontrado en él esta frase del mariscal Joffre sobre el arte del mando supremo:

Ne rien faire; tout faire faire; ne rien laisser faire.

Muy acertado; es preciso que en el general en jefe haya algo divino, divinidad cesárea. Más importantes que sus órdenes son sus emanaciones.

Luego hojeado una *Guide officiel des voyages aériens* de 1930; en cada página aparece una cita sobre los viajes por aire. Pululan los lugares comunes:

L'aviation constituera un des facteurs les plus importants de la civilisation (Louis Bréguet).

II n'y a plus de Pyrénées... surtout en avion (Alberto I de Bélgica).

L'air deviendra le véritable élément d'union entre les hommes de tous les pays (general De Goys).

L'aviateur conquérant du ciel est l'incarnation véritable du surhomme (Adolphe Brisson).

Y así página tras página. El viejo Leonardo vio estas cosas con una claridad mucho mayor.

París, 3 de julio de 1944

Por la mañana ha venido a verme al hotel Majestic el coronel Schaer. En el tiempo transcurrido desde que marchó de

aquí ha estado al mando de un regimiento en el frente del Este, donde fue condenado a once meses de cárcel porque, en el acaloramiento de un combate, no fue capaz de callarse lo que pensaba. En general están aumentando los arrestos y los fusilamientos de oficiales.

Schaer me ha enseñado la fotografía de una barraca de desolladores cercana a Nikópol, una imagen espantosa, que uno de sus hombres consiguió fotografiar durante la retirada — sacó la foto en secreto, pues son lugares tabú de una especie atroz. Su visión me ha movido a hacer una corrección en mi escrito sobre la paz.

París, 6 de julio de 1944

En casa de Florence. Allí he encontrado a Léautaud, que me ha recomendado la lectura de Jules Vallès. Con mucha delicadeza me ha ofrecido su ayuda, si se diera el caso de que los alemanes nos encontrásemos con dificultades aquí en la ciudad.

Dos son los caminos que hay para superar las divisiones nacionales: el de la razón y el de la religión. Léautaud ha llegado a la meta por el primero. En él puede verse que, cuanto más se esfuma de la consciencia de un ser humano lo nacional, tanto más fuerte es la vitalidad que lo nacional adquiere en su esencia.

París, 13 de julio de 1944

Los rusos están acercándose a Prusia oriental, los norteamericanos, a Florencia, mientras en la cabeza de puente continúa furiosamente la batalla, con pérdidas ingentes. Al ser incapaz de tener pensamientos nuevos, el mando intenta reanimar en el pueblo las esperanzas en el arma nueva, desconocida. Resulta notable la completa falta de juicio con que la masa se deja engañar acerca de su situación y cae en una especie de euforia.

París, 14 de julio de 1944

En compañía de Baumgart y de la señorita Lampe he visitado al señor Groult en su casa de la Avenue Foch. Una vez

pasado el patio, la casa hace pensar en el castillo encantado de Aladino o en la cueva del tesoro de Alí Babá. Jardines con surtidores y estanques en los que dan vueltas cisnes y patos mandarines, pérgolas con estatuas y espejos, galerías pompeyanas, terrazas con papagayos y tórtolas de Indias — todas esas cosas están protegidas de las miradas por unas altas rejas en las que se entretejen la yedra y la vid silvestre.

Las colecciones, en cuya adquisición Groult padre fue asesorado por los Goncourt, sobrepujan incluso aquellas enumeraciones increíbles en que se complacía Balzac. Hay en ellas bastante más de cien cuadros y dibujos de Fragonard, y de Turner hay más obras que las que pueden encontrarse en las islas Británicas. Una obra maestra sucede a la otra en unas galerías inmensas. Y eso que ya se ha distribuido por castillos lejanos más de un millar de las mejores piezas. Estas colecciones son poco conocidas; nunca se ha publicado un catálogo de ellas. Y los únicos a quienes se permite la entrada en este sitio son los amigos o personas recomendadas por los amigos.

Con el propietario de estos tesoros inauditos hemos hablado primero sobre la seguridad y luego sobre el valor. Considera que lo mejor es dejarlos aquí en París — los transportes los dañan, también pueden ser ametrallados por los aviones, y, además, la suerte de todos los demás lugares de Francia es casi más incierta que la de esta ciudad, que esperemos sea protegida por su nimbo, como lo ha sido Roma. En las incursiones aéreas los techos de cristal de la casa son rotos a veces por los cascos de metralla que caen. Si eso sucede con tiempo lluvioso, el agua penetra en las habitaciones y origina daños. Hemos visto un pastel de Watteau cuyo *velours* estaba estropeado y corroído por pequeñas manchas verdes, como si sobre él hubiese florecido moho. Era notable el modo como la destrucción había trabajado aquel cuadro — no de manera puramente mecánica, sino fisonómica, tal como lo hace una enfermedad en un ser vivo. El retrato de Dorian Gray se modificó de acuerdo con leyes semejantes.

También resulta desagradable, dijo, la escasez de carbón. El mantenimiento de la casa requiere más de veinte personas de servicio.

Con respecto al valor el señor Groult ha afirmado que este no existe para él; como no piensa vender jamás ninguno de sus cuadros, tal cuestión carece de significado. Qué opresiva se ha vuelto la propiedad, sobre todo en este mundo de fuego. Llevar hoy tales cargas sobre los hombros es algo que requiere la audacia de un nadador lastrado de oro, como hicieron los soldados de Cortés en la Noche Triste.

Lectura: *Méditations d'un solitaire*, de Léon Bloy. El libro fue escrito en 1916, en circunstancias parecidas a las de hoy, y refleja todas las virtudes y todos los vicios de este autor — también su espantoso vigor en el odio, en el que puede competir con Kniébolo. Y, a pesar de todo, encuentro no solo tranquilizadora, sino también explícitamente reconfortante esta lectura. Contiene un auténtico *arcanum* contra el tiempo y sus debilitamientos. Elevarse a esas alturas desde las cloacas es un espectáculo raro, que nos ofrece este cristiano. Los pináculos de su torre álzanse hasta un aire sublime. Con ello ha de estar relacionada también la añoranza de la muerte, a la que da a menudo una expresión vigorosa: nostalgia de extraer la piedra filosofal de espumas viles y heces oscuras: nostalgia de la gran destilación.

París, 16 de julio de 1944

Por la tarde en La Roche-Guyon con Speidel, que nos agasajó en su pequeño cuarto de trabajo situado en la parte más antigua del castillo, bajo las almenas normandas. Se veía forzado a hacer frecuentes llamadas telefónicas, pues Kniébolo, que teme un segundo desembarco aliado, quiere disponer de dos cuerpos blindados a su antojo y de manera diferente a como lo exige la situación. Conversaciones — también sobre el tiempo que todavía precisarán los alemanes para quitarse de encima a esa figura de pim pam pum. Ahora es el destino el que le marca el compás. Me acordé a este respecto de las

palabras de mi padre: «Antes de que cambien las cosas habrá de sobrevenir una gran desgracia». El general, por el contrario, parecía de buen humor, pues declaró que mi escrito sobre la paz «aparecerá pronto».

Luego fui, con Podewils y Horst, a Giverny. Allí visitamos a la nuera de Monet, que nos dio la llave del jardín del pintor. A orillas del estanque de los nenúfares, con sus sauces llorones, sus álamos negros, sus setos de bambú y sus semiderruidos puentes de madera — hay en aquel lugar un aire de magia. En todo paisaje de praderas húmedas se encuentran esos estanques poco profundos, rodeados de juncos y azucenas y llenos de lentejas de agua, pero no he visto ninguno que esté tan lleno de savia, de sentido, de color como este. Un fragmento de Naturaleza como otros miles, pero sublimado por la fuerza del espíritu y de la creación. También habita ciencia del siglo XIX en esta isla, de la cual extrajo el artista, como de una retorta, mediante fuego solar y frescor acuático, unos colores inauditos. Cual si fuera un ojo, un pequeño charco captura mundos de luz.

En el gran estudio, ante el ciclo de los nenúfares; Monet comenzó a trabajar en él cuando contaba setenta y cinco años. Aquí cabe observar el ritmo creativo de cristalización y disolución, con poderosos acercamientos a la nada azul, a la viscosidad azur de Rimbaud. En una de las grandes telas, al margen de la trama de la luz pura, un ramillete de nenúfares azules, como un nudo de rayos luminosos materiales. En otro cuadro aparece únicamente el cielo con sus nubes, que se reflejan en el agua de tal manera que producen vértigo. Los ojos vislumbran la osadía y también la grandiosa conquista óptica de aquella disolución sublime, así como sus tormentos en medio de raudales de luz. La última de las pinturas está rasgada a cuchillazos.

París, 21 de julio de 1944

Ayer se dio a conocer el atentado. Me enteré de los detalles por el Presidente cuando regresé de Saint-Cloud al atardecer. La situación, ya sumamente peligrosa, adquiere así un

agravamiento especial. Parece que el autor del atentado es un tal Stauffenberg, un conde. Ese nombre se lo había oído ya a Hofacker. Ello confirmaría mi opinión de que en tales inflexiones de los tiempos entra en combate la aristocracia más antigua. Ese acto inaugurará, según todas las previsiones, un tiempo de matanzas horribles. También resultará cada vez más difícil conservar la máscara — hoy por la mañana, por ejemplo, he tenido una discusión con un camarada que ha calificado de «cerdada inaudita» lo ocurrido. Con todo, hace tiempo que estoy convencido de que los atentados modifican poco las cosas y, sobre todo, no aportan ninguna mejora. Hice ya alusión a ello en *Sobre los acantilados de mármol* al describir al príncipe Sunmyra.

Por la tarde se ha difundido, en un círculo reducidísimo, la noticia de que el comandante en jefe ha sido relevado de su cargo y se le ha ordenado presentarse en Berlín. Cuando llegó de la Bendlerstrasse la noticia del atentado Stülpnagel ordenó arrestar a todos los hombres de las SS y del Servicio de Seguridad y luego hizo que los dejasen en libertad, una vez que conferenció con Kluge en La Roche-Guyon y no pudo quedar duda de que el atentado había fracasado.

El Presidente ha dicho, cuando a puerta cerrada y sumamente excitados discutíamos la situación:

—¡Haber tenido la serpiente gigante en el saco y haberla dejado escapar!

Es asombroso el carácter seco, mercantil, que ha tenido ese acto — la base del arresto fue una simple llamada telefónica hecha al comandante del Gran París. Sin duda había en ello también la solicitud de no poner en peligro más cabezas que las estrictamente necesarias. Pero esos puntos de vista están fuera de lugar frente a tales poderes. A ello se ha agregado el que fuera jefe del Estado Mayor un hombre como el coronel Von Linstow, completamente incapaz y enfermo del estómago, y al que se le había puesto al corriente poco antes, ya que resultaba imprescindible por razones técnicas; ahora se lo ve deambular por el hotel Raphaël como un fantasma

momentos antes de disolverse. Si hubiese sido todavía jefe del Estado Mayor mi antiguo alférez Kossmann; al menos él habría hecho lo que se aguarda de un oficial de Estado Mayor, a saber: aclarar la fiabilidad de las noticias. A lo anterior se agrega el accidente sufrido por Rommel el día 17 de julio; con él se hundió el único pilar en que podía apoyarse con sentido una empresa semejante.

Frente a eso, la terrible actividad de la *Volkspartei,* el Partido del Pueblo, que apenas se ha tambaleado por el golpe. Sí, todo ha sido muy instructivo: no se cura el cuerpo en las crisis, y no se lo cura sino curándolo en su totalidad, no en uno de sus órganos. Aunque la operación hubiera tenido éxito, hoy tendríamos no un forúnculo, sino una docena, con tribunales de sangre en cada aldea, en cada calle, en cada casa. Estamos atravesando una prueba que está justificada y es necesaria; y no puede hacerse que estas ruedas giren hacia atrás.

París, 22 de julio de 1944

Llamada telefónica del general Loehning desde Hannover; me ha dicho que todo marcha bien en Kirchhorst. Me he quedado asombrado de sus bromas, pues no cabe duda de que todas las conversaciones están vigiladas. Inmediatamente después me he enterado por Neuhaus de la espantosa noticia de que Heinrich von Stülpnagel se disparó ayer un tiro con su pistola, mientras viajaba hacia Berlín, pero que no murió y ha perdido la vista. Eso hubo de ocurrir a la misma hora en que me había citado para comer juntos y mantener una conversación filosófica. Me conmovió el hecho de que, en medio de toda esta confusión, se preocupase de cancelar la comida; es un rasgo que caracteriza su modo de ser.

Qué víctimas vuelven a caer aquí, y precisamente en los pequeños círculos de los últimos hombres caballerescos, de los espíritus libres, de los que sienten y piensan allende las pasiones sórdidas. Y, sin embargo, estas víctimas son importantes porque crean espacio interior y evitan que la nación

como conjunto, como bloque, caiga en las espantosas simas del destino.

París, 23 de julio de 1944

La primera pregunta del general cuando se despertó ciego parece que estuvo dirigida a informarse del funcionamiento del hospital militar; quería saber si el médico jefe estaba contento. Sus enfermeros, que son al mismo tiempo sus guardianes, lo han incomunicado; es un preso.

He pensado en la conversación junto a la chimenea que sostuvimos en Vaux sobre el estoicismo, en la que comentamos que la puerta de la muerte está siempre abierta para los seres humanos y que con ese trasfondo resulta posible actuar con decisión. Son enseñanzas terribles.

París, 24 de julio de 1944

Por la tarde en el despacho del general Von Niedermayer, que se parece vagamente al viejo orientalista Hammer-Purgstall — me refiero al modo en que puede impregnar a una persona lo oriental, lo asiático, y colorear sus ideas, sus actos e incluso su aspecto externo.

Se introduce en el ejército el denominado «saludo alemán», como signo de que ha perdido el envite. Es una de las formas modernas de pasar varias veces al día *sub jugo.* También puede concebírselo como un progreso en el automatismo.

Los norteamericanos están en Pisa; los rusos, en Lemberg y Lublin.

En la mesa conversación sobre Laval y sus supersticiones, con las cuales está relacionada también, según parece, la corbata blanca que lleva. Asimismo porta siempre consigo una moneda de cobre de dos céntimos y se mantiene lejos de cualquier negociación cuando la ha olvidado. Está convencido de su suerte, de su buena estrella, y considera como un *omen,* como un presagio especialmente favorable, el hecho de que, al nacer, la placenta estuviera como una cofia sobre

su cabeza, cosa que también las creencias populares tienen por un presagio significativo. Bien, ya se verá.

París, 26 de julio de 1944

Velada en casa de Vogel. Hemos hablado del atentado y de sus circunstancias, de las que Vogel está informado. El efecto de tales acciones se sustrae al cálculo; casi siempre se desencadenan fuerzas enteramente diferentes de aquellas que el autor sospechaba. También influyen menos en la dirección que en el ritmo de los acontecimientos históricos: el decurso de estos es o bien acelerado o bien frenado. Lo primero ocurrió en el atentado contra Lenin, mientras que el atentado de Fieschi contra Louis-Philippe retardó el progreso de las potencias democráticas. En general cabe observar que el atentado, si bien no favorece a la causa de la víctima, en todo caso desarrolla esa causa en sus consecuencias y la impulsa con energía hacia adelante.

París, 30 de julio de 1944

Un extraño mecanismo de la historia hace que las tachas de los alemanes se hagan visibles en igual grado en que la rueda del destino gira hacia abajo para ellos. Ahora los alemanes están aprendiendo a conocer la experiencia de los judíos: ser un objeto de escándalo. Valeriu Marcu solía decir, cuando la conversación recaía sobre ese asunto, que el vencido lleva la peste en el cuerpo.

En el hotel Raphaël está expandiéndose una atmósfera de pánico. Llegan unos tipos que ya no son jefes en el antiguo sentido, sino comisarios, y que destruyen a fondo los últimos vínculos, conservados intactos desde los tiempos de Federico Guillermo I.

Postrer almuerzo en casa de la Doctoresse. Regreso por la Rue de Varennes, donde, como siempre, me han deleitado los altos portales característicos de los viejos palacios del Faubourg Saint-Germain. Servían de paso a los carros cargados hasta arriba que llevaban el heno a las caballerizas.

Un aguacero me ha dado ocasión de entrar brevemente en el Musée Rodin, que, por lo demás, no me atrae. Olas de mar y de amor; los arqueólogos de épocas futuras encontrarán tal vez esas estatuas justo debajo de un estrato formado por tanques y bombas volantes. Se preguntarán cómo es posible que semejantes objetos estén tan próximos y urdirán hipótesis ingeniosas.

París, 31 de julio de 1944

Max Valentiner ha llegado de Lyon. Parece que en el sur está extendiéndose una pura atmósfera de lémures — ha hablado, por ejemplo, de una mujer que llevaba cuatro meses encerrada en la cárcel. Dos esbirros del Servicio de Seguridad estaban charlando sobre qué cabía hacer con ella, toda vez que no había participado en el asunto por el que se la había detenido.

—Fusilemos también a esa mujer, así nos la quitamos de encima.

París, 1 de agosto de 1944

Velada en casa del doctor Epting; allí me he enterado de que Médan ha sido asesinado en Aix. También él ha sido víctima, pues, de ese odio que va creciendo día a día. Su único crimen consistió en tener por posible la amistad entre nuestros dos pueblos. Con esos sentimientos me abrazó ya en 1930, cuando lo vi en Aix por primera y última vez en mi vida. Ambos mandamos tropas de choque en la Primera Guerra Mundial.

Tengo ante mí su última carta; es del 15 de julio y en ella escribe: «Si debo morir, mejor en mi casa, o al menos en mi ciudad, que no en un lugar cualquiera al borde del camino, en una zanja llena de fango. Es más digno de mí y también menos complicado».

Y añade: *Je tiens à vous dire que c'est l'amitié admirative que vous m'avez inspirée qui m'a rapproché de mes anciens adversaires de 1914/1918.*

Ahora veo que eran a sabiendas palabras de despedida — no menos que su plegaria, de la que me ha informado Valentiner: quiera Dios evitar que se manche con mi sangre un joven francés. En estas semanas he llegado a conocer la amargura de ver infamados a los mejores. En la Primera Guerra Mundial mis amigos caían bajo las balas — en esta segunda eso es el privilegio de los afortunados. Los demás se pudren en las cárceles, se ven obligados a atentar contra sí mismos o mueren a manos de verdugos. Se les niega la bala.

París, 5 de agosto de 1944

Los norteamericanos se encuentran en las cercanías de Rennes, de Mayenne, de Laval, y están incomunicando la Bretaña. Visitas de despedida; a última hora de la tarde, por ejemplo, en casa de Salmanoff. También mi peluquero, que viene cortándome el cabello desde hace años, parecía tener el sentimiento de que hoy prestaba sus servicios por última vez. Sus palabras de despedida han correspondido al espíritu de su profesión y a su simpatía por mí:

—J'espère que les choses s'arrangeront.[12]

París, 8 de agosto de 1944

Una vez más en la terraza del Sacré-Coeur, para echar una mirada de despedida a esta gran urbe. He visto temblar las piedras bajo un sol ardiente, cual si estuvieran aguardando nuevos abrazos históricos. Las ciudades son mujeres y se muestran gentiles únicamente con los vencedores.

París, 10 de agosto de 1944

Al mediodía en casa de Florence; tal vez sea este el último jueves.

Regresado por la calurosa Rue Copernic. Allí he adquirido una pequeña libreta de notas, de esas con las que sustituyo el diario en tiempos agitados. Al salir de la tienda me he topado con Marcel Arland, del que no había llegado a formarme una idea hasta estas últimas semanas, tras leer su novela. En él aprecio su intrepidez, que, ciertamente, roza la *hybris*. Hemos intercambiado un apretón de manos.

J'aime les raisins glacés
Parce qu'ils n'ont pas de goût.
J'aime les camélias
Parce qu'ils n'ont pas d'odeur.
Et j'aime les hommes riches
Parce qu'ils n'ont pas de coeur.

Estos versos me han sugerido el pensamiento de incluir en mi trabajo sobre el nihilismo, como uno de sus estadios preparatorios, el dandismo.

París, 13 de agosto de 1944

Por la tarde visitas de despedida, últimos encuentros. Paseo con Charmille por las orillas del Sena. Cada una de las grandes cesuras se hace realidad en innumerables separaciones personales.

En camino, 14 de agosto de 1944

Partida súbita a la caída de la noche. He puesto orden en mi habitación, he dejado un ramo de flores sobre la mesa y he repartido propinas. Por desgracia he olvidado en un cajón de un armario ciertas cartas que son irreemplazables.

Saint-Dié, 15 de agosto de 1944

Cruzado Sézannes, Saint-Dizier, Toul y Nancy, hasta llegar a Saint-Dié, en la Lorena. Las carreteras centelleaban a la luz del estío; desde arriba las vigilaban cazabombarderos. Hemos pasado junto a numerosos vehículos en llamas. Otros habían quedado ya reducidos a polvo blanco.

Saint-Dié, 17 de agosto de 1944

En un cuartel que hasta hace pocos días aún se llamaba «Cuartel Witzleben»; ahora se le ha quitado ese nombre. Por la noche sueños muy animados, extraordinariamente nítidos, de tal manera que no solo las formas, sino también los colores adquirían densidad, como vistos con unos prismáticos invertidos. Me hallaba de pie en una escalera de mármol por cuyos peldaños subían silbando serpientes.

Cenado con Klaebisch en el hotel Moderne. Ha traído consigo a un camarada suyo, que ha contado cosas del progreso de la evacuación de París. No se ha ejecutado la tajante orden de Kniébolo de volar los puentes del Sena y dejar devastaciones a nuestras espaldas. Parece que entre los espíritus llenos de coraje que se han opuesto a esa profanación se encontraba en primer lugar, junto a Choltitz, mi amigo Speidel.

Saint-Dié, 18 de agosto de 1944

Ayer, a última hora de la tarde, llegada del Presidente; con él venían Neuhaus y Humm. El Presidente había echado todavía un vistazo a mi habitación; la encontró en orden y arreglada. El adiós del personal del hotel Raphaël ha sido cordial e incluso emocionado.

Por la tarde baño en el río Meurthe; las aguas son poco profundas, pero las matas de plantas acuáticas de color verde

claro rizan las límpidas ondas. Desde allí se divisan las cimas redondas de las estribaciones de los Vosgos.

Lectura: *Louis XVI,* de Maurice de la Fuye. Nuestro tiempo y los sucesos que en él están ocurriendo hacen que este rey gane en igual proporción en que pierde Napoleón. Tales mutaciones indican el grado en que las consideraciones históricas dependen del propio curso de la historia. Parece que con el gran reloj del destino están conectados también, como en un reino de sombras, todos los relojes parados por habérseles acabado la cuerda.

La destrucción del mundo antiguo, que comenzó a hacerse visible con la Revolución francesa y propiamente ya con el Renacimiento, se asemeja a la necrosis de los lazos orgánicos, de los nervios y arterias. Cuando el proceso ha llegado a su fin salen a escena los hombres de la violencia; introducen en el cadáver hilos y alambres artificiales y lo agitan, promoviendo así un juego político más violento, pero a la vez más grotesco. Ellos mismos tienen también ese carácter de títeres, ese rasgo chillón, charlatán y a menudo horripilante. Los Estados nuevos poseen una tendencia consuntiva. Únicamente pueden prosperar en aquellos sitios donde todavía queda herencia. Cuando esta se ha gastado hácese insoportable el hambre: devoran a sus propios hijos, como Saturno. De ahí que sea puro instinto de conservación el meditar sobre unos órdenes diferentes de los de 1789.

Saint-Dié, 20 de agosto de 1944

Paseo con el Presidente por el camposanto, que es grande y está situado en un alto. He anotado algunas inscripciones para mi diario, como hago siempre en semejantes ocasiones. Entre otras inscripciones, la siguiente, que he leído en una pequeña placa ovalada de bronce:

Ici repose Paul Rotsart, B^{on} de Mertaing.
Né à Bruges (Belgique). Mort loin de sa

famille pour ses idées trop libérales.
1835-1885

A veces tengo la sensación de que reflexionando sobre tales escasos datos alcanzo una comprensión más profunda del destino de un desconocido que leyendo una biografía suya. Los detalles estropean las cosas.

Saint-Dié, 21 de agosto de 1944

Continuado la lectura de *Louis XVI.* Algunos pasajes, como el de la huida a Varennes, me conmueven tanto que intercalo en la lectura capítulos de la *Géographie linguistique,* de Dauzat.

De la Fuye advierte que la huida a Varennes se señala por una gran riqueza de relaciones simbólicas y ofrece ejemplos de ello. Nada asombroso hay en tal cosa, pues cuanto más significativo es un acontecimiento tanto más llenos de significado están sus pormenores. En las horas universales se hace patente el centro de las conexiones simbólicas. Así, el Gólgota es la colina mundial, la Cruz es el destino del hombre, Cristo es el hombre.

Baño en el río Meurthe; la atmósfera estaba cargada de electricidad. Allí he participado en la caza a la que se dedicaban unos muchachos; metidos en la corriente, daban la vuelta a las piedras y pinchaban con tenedores los pequeños peces que se habían escondido bajo ellas. Los animalitos, de un dedo de largo, eran como de mármol, o, mejor, como de granito; los muchachos los ensartaban en grandes cantidades en un alambre *pour faire de la friture.* Lo que en aquello resultaba delicioso era la «pequeña economía», que tanto gustaba a Goethe, por contraposición a la economía oficial.

A última hora de la tarde he seguido leyendo la *Géographie linguistique,* de la que he sacado algunas notas para mi trabajo sobre el lenguaje y la anatomía del cuerpo. Tras esta orgía de fuego me preocupa el problema de la bibliografía.

Solo ahora se sabrá apreciar bien el hecho de que hayan sido respetados países como Suiza. Por cierto que veo en el apoyo de Suiza a la recuperación del nivel espiritual y cultural la compensación por las enormes ventajas de la neutralidad. En sí esta ya no existe, pues ya no se trata del *balance of power*, sino del destino del mundo. En esa medida hay en la posibilidad de conservar todavía la neutralidad una suerte especial, y no solo para los neutrales, sino a la vez para todos los demás. Pervive ahí algo de la riqueza de los tiempos antiguos.

Saint-Dié, 22 de agosto de 1944

Llegan más personas, entre otras Lämpchen, con la que he ido a dar un paseo por las orillas del Meurthe, y Toepfer, que todavía anteayer a última hora de la tarde se encontraba en París. Las tropas habían formado ya «erizos», por ejemplo alrededor del hotel Majestic y del Ministerio de Marina. Se oían disparos de fusil en la Cité, en la Place de la Concorde y en los barrios extremos. En muchas calles ondeaban ya banderas tricolores en las ventanas de las viviendas.

Saint-Dié, 23 de agosto de 1944

Entrada de los norteamericanos en París. Por la tarde, una vez más, en las orillas del Meurthe. Las cimas y los oscuros peñascos de los Vosgos causan un efecto tranquilizador, transmiten una clara sensación de estabilidad terrenal.

Mientras tomaba un baño de sol, reflexionado sobre las combinaciones *cl, kl* y también *schl,* tal vez los labios imitaron con ellas el ruido del cerrar. Así *clef, clavis, κλείς* [llave], *Klappe* [tapadera], *clapier* [madriguera], *claustrum, clandestin, Schlinge* [lazo], *Schluss* [cierre]. Hay aquí conexiones que están por encima del tiempo; la etimología moderna con sus derivaciones se aferra al mismo empirismo que el darwinismo en la zoología.

Paseo en la oscuridad por jardines prohibidos.

Saint-Dié, 24 de agosto de 1944

Por la tarde ha venido Toepfer y se ha llevado consigo una copia del *Llamamiento* para entregársela en Hamburgo a

Ziegler. Además de esa copia yo llevo otra conmigo en mi cartera de mano. La tercera se ha quedado en París, mientras que la cuarta está escondida en Kirchhorst, en el doble fondo de una caja de insectos.

A última hora de la tarde en el pabellón de caza con el Presidente y con Lämpchen, que nos ha llevado allí en coche.

Lo múltiple y sus sistemas — por ejemplo, el sistema de los insectos, al que yo he podido echar una ojeada. El atractivo está en la óptica, que atravesando las cien mil facetas de la *Natura naturata* se sumerge en el abismo de la *Natura naturans.* Los rayos son los del prisma invertido — primero refulgen con colores de arco iris y luego ciegan. En la zona de colores predomina la sorpresa; en la blanca, en cambio, el susto alegre y presagioso. El espíritu se sumerge en las criptas del tesoro, donde reposa el gran *sigillum,* la matriz de toda impronta.

Y luego, los talleres. Cuando desde los acantilados hundo la mirada en los jardines de coral, en las actividades de los seres multicolores que están en el fondo de la Vida — qué superiores son tales estampas a toda la aniquilación de los individuos, a todas las hostilidades avarientas. Obtengo entonces unas vistas magníficas y de mí se apodera un sentimiento de gratitud al pensar que tal vez me estén reservados todavía no pocos años para mirar.

Saint-Dié, 28 de agosto de 1944

La vida se asemeja a una caña de bambú, la cual va formando nudos de manera rítmica y con ello refuerza su solidez. Siempre vuelve a haber así tiempos en los que se concentra en plenitud de sentido el progreso puramente cronológico, el ir haciéndonos mayores. Son cumpleaños en un sentido superior, maduraciones frente al mero envejecimiento. Al morir vuelve a anudarse el sentido de la vida, antes de la fructificación que es la eternidad.

Saint-Dié, 29 de agosto de 1944

Un grupo de soldados se aloja en una granja. Si hay hurtos de gallinas, o incautaciones de paja sin entrega de recibo, o se cometen otros abusos, siempre habrá entre ellos uno u otro que advertirá que aquello es ilegítimo y tratará de impedirlo. Tal vez sea un hijo de campesinos, que tiene ante los ojos la granja de su padre. En marcos más elevados, en la proximidad del comandante en jefe, yo he visto que, cuando llegaba la orden de tomar rehenes, había miembros del Estado Mayor a los que aquello impresionaba profundamente y sufrían como por una acción que conturbase su conciencia moral. El hombre primitivo, por el contrario, se atiene a esta máxima: «Lo que hace mi grupo, bien hecho está». Y por desgracia parece que ese primitivismo está aumentando sin cesar y con él aumenta el carácter zoológico de la política.

¿Qué puede recomendarse al hombre, y sobre todo al hombre sencillo, para sustraerlo a esa uniformación, a la que también coopera sin cesar la técnica? Solo la oración. En ella está dado, también para el más humilde, el punto en el que entra en relación no con partes del engranaje, sino con la totalidad. De ese punto fluye una ganancia inaudita, también soberanía. Esto rige asimismo fuera de toda teología. En situaciones frente a las que los más inteligentes fallan y los más valerosos piensan en buscar una escapatoria, a veces se ve a uno aconsejar con calma lo justo, hacer el bien. Podemos estar seguros de que es un hombre que reza.

Saint-Dié, 30 de agosto de 1944

Por la tarde con el Presidente en La Roche Saint-Martin, una de las cimas próximas, que tiene un acantilado de arenisca roja. Desde lo alto hemos echado una mirada en redondo sobre las verdes praderas y sobre los oscuros picos del mundo de los Vosgos.

Saint-Dié, 1 de septiembre de 1944

A última hora de la tarde lectura del libro de Filón sobre la emperatriz Eugenia. Mientras leía se escuchaban disparos de fusil en el cercano Kempberg, que se ha convertido ya en un maquis. He fortificado un poco la casita que habito con el

sargento Schröter; lo he hecho como si estuviera recordando un viejo oficio semiolvidado.

En el sueño atravesaba una ciudad magnífica; era superior en elegancia a todas las conocidas por mí, ya que a las formas europeas se juntaban formas de la antigua China. Veía la calle de las tumbas, el mercado, los rascacielos de granito rojo.

Como suelo hacer a menudo en tales excursiones, también esta vez metía algunos escarabajos en el frasco de éter. Al vaciarlo para contemplar el botín llamábanme la atención dos o tres animalitos que no recordaba haber cogido, entre ellos una *Anoxia* de color rojo coral que era casi transparente. Al despertar me he acordado, sin embargo, de que la había metido en el frasco durante otro sueño tenido hace algunas noches, y me he quedado asombrado; es como si fuera un rasgo que penetrase en ese mundo de una manera notablemente concreta.

Pasado mañana partiré para Hannover; el Estado Mayor del comandante en jefe se disuelve.

Saint-Dié, 2 de septiembre de 1944

Regresa de una reunión celebrada en el Gran Cuartel General el capitán de caballería Adler. También Himmler ha pronunciado allí una conferencia. Es preciso ser duros, ha dicho — contó que hace poco desertó un suboficial, pero fue detenido y devuelto a su batallón, que en esos momentos estaba haciendo la instrucción en el patio del cuartel. Inmediatamente se lo condenó; le hicieron cavar su tumba, lo fusilaron, echaron tierra encima y la aplanaron pisoteando sobre ella. Luego prosiguieron los ejercicios como si nada hubiera ocurrido.

Es una de las atrocidades más espantosas que he oído de ese mundo de desolladores.

Colmar, 3 de septiembre de 1944

A última hora de la tarde en Colmar, por encima de cuyas casas brillaba un espléndido arco iris. Por la noche he dormi-

do en el consultorio de un médico, sobre la camilla recubierta de hule negro en la que se reconoce a los pacientes. Al abrir la ventana había otra vez un arco iris en la atmósfera cargada de electricidad; establecía una unión mágica entre los Vosgos y la Selva Negra.

Kirchhorst, 4 de septiembre de 1944

A primera hora de la mañana llegada a Hannover, donde he dormido todavía algunas horas. Luego he ido a visitar al general Loehning y por el camino he visto con asombro que las ruinas estaban comenzando a cubrirse de verdor; hierbas y plantas varias crecen sobre los cascotes de las paredes en el centro de la ciudad.

Kirchhorst. Saludos. Nuevos refugiados en la casa. El jardín se halla en estado salvaje, las vallas están cayéndose; los pasillos se encuentran repletos de maletas y cajas.

El nogal que planté en 1940 da sus primeros frutos.

Kirchhorst, 7 de septiembre de 1944

Se ha dado alojamiento en la aldea a nuevos refugiados — esta vez se trata de holandeses que no se sentían ya a gusto en su país. Las persecuciones cambiarán de nombre, pero no cesarán.

Por la tarde ha entrado a verme el doctor Göpel; venía de Ámsterdam e iba camino de Dresde. Ha contado que Drieu la Rochelle se ha pegado un tiro en París. Parece haber una ley según la cual han de caer necesariamente aquellos que por motivos nobles querían fomentar la amistad entre nuestros dos pueblos, mientras que salen bien librados los negociantes viles. Se persigue también a Montherlant, quien continuaba pensando que era posible la amistad caballeresca. Y ahora los limpiabotas están enseñándole lo contrario.

Kirchhorst, 9 de septiembre de 1944

Visita de Ziegler, con el que he hablado sobre la impresión del *Llamamiento.* Lo lleva siempre consigo en su cartera de mano. Por él me he enterado de que unos terroristas han fusilado en París a Benoist-Méchin.

Kirchhorst, 16 de septiembre de 1944

Numerosas incursiones aéreas. Misburg, blanco principal en estos alrededores, volvió a ser alcanzado ayer por las bombas. Grandes reservas de petróleo han estado ardiendo al otro lado del pantano; formaban una humareda de color gris plomizo. Los ruidos nocturnos se han vuelto mucho más siniestros desde 1940: crece la impresión de que se avecina la catástrofe.

Estoy de permiso hasta nueva orden y aguardo el último estadio de este envite. También ese estadio es sumamente peligroso; los lémures están empezando a cometer numerosos asesinatos, calculados ya para el estado de cosas posterior a su muerte. Practican una especie de venganza profiláctica, de la cual han sido ya víctimas, entre otros, el antiguo dirigente comunista Thälmann y el socialdemócrata Breitscheid. Si los lémures fueran más inteligentes podría decírseles esta frase de Séneca: «Por muchos que matéis, no se hallarán entre ellos vuestros sucesores». Pero, estando como están las cosas, la única esperanza es que ya no les quede un plazo demasiado largo. Se dice que también ha sido asesinada ya alevosamente una gran parte de la aristocracia de Pomerania.

Kirchhorst, 17 de septiembre de 1944

En el pantano con Alexander y Ernstel, al que he encontrado todavía debilitado a causa de su arresto. Ha solicitado voluntariamente incorporarse a una sección acorazada y tengo la impresión de que aún no se halla en condiciones de soportar las fatigas de la instrucción. Lo que me agrada especialmente es que no haya quedado en él ningún rencor.

Cuando lo he visto sentarse agotado en la linde del bosque he comprendido la terrible situación en que nos encontramos. Frente a ella son poca cosa los soplos ardientes de las ciudades quemadas.

Kirchhorst, 18 de septiembre de 1944

Lectura: *L'île de Ceylan et ses curiosités naturelles,* de Octave Sachot, París, 1863. Hay en esta obra un bello resumen del libro de sir James Emerson Tennent sobre la jornada en los trópicos; ando buscando hace tiempo ese libro.

Por la tarde visita de Gustav Schenk, con el cual mantuve hace años correspondencia sobre el *Arum maculatum.* Charla sobre el peyote, el cacto embriagador, y luego sobre un ayuno de treinta días, para el cual está preparándose. Muchas cosas en Schenk me han hecho recordar mis años posteriores a la Primera Guerra Mundial; en ellos andaba yo siempre a la caza de entradas de favor para acceder a los rangos espirituales. Desde luego es mejor elegir las puertas que están abiertas a todo el mundo.

Sobre la situación. Nuestra patria se asemeja a un pobre de cuya causa justa se hubiera apoderado un abogado infame.

Kirchhorst, 21 de septiembre de 1944

Trabajado un poco en *El sendero de Masirah.* He comenzado por la invención de los nombres propios y la introducción.

Beobachten [observar] y *betrachten* [contemplar] — impera ahí una diferencia sutil entre la visión concreta y la visión abstracta: contemplo la manecilla del reloj, pero observo su marcha.

Por la mañana he buscado las *Odes funambulesques,* de Banville, sobre las que había llamado mi atención una observación de Verlaine. Aunque estuve mirando con todo cuidado tanto en la biblioteca como en el cuarto de trabajo, no logré encontrar el libro, de modo que creí haberlo perdido. Pero luego lo descubrí entre los autógrafos, pues lleva una dedicatoria del autor a Elisabeth Autement.

Una hermosa figura: cree uno haber perdido algo y encuentra luego que lo posee en una forma realzada.

Kirchhorst, 2 de octubre de 1944

Lectura: las leyendas griegas en la versión de Gustav Schwab. Hay en esa versión, a pesar de algunas flaquezas, rasgos congeniales en la descripción del mundo heroico de la Antigüedad. Schwab alcanza la profundidad cristalina, inmóvil, límpida, de su espacio, en el cual se llevan a cabo antes y fuera de la historia las concepciones y alumbramientos espirituales. El origen precede al comienzo.

También ayer a última hora de la tarde estuve leyendo en el segundo tomo de las leyendas griegas, hasta el bello pasaje en que se compara a Agamenón con Ulises. Allí se dice que el pastor de pueblos era el más alto de los dos cuando estaban de pie, pero que Ulises lo era cuando estaban sentados.

Tras dormir un poco me despertó el ruido de un violento tiroteo. Perpetua se levantó y vistió al pequeño, mientras yo, en bata de dormir, contemplaba el espectáculo de pie junto a la ventana. Se oía el zumbido de numerosos motores y en el cielo se veían los centelleos de los proyectiles — no eran mayores que las chispas que en la herrería desprende el acero ardiente. Luego se elevó de pronto, al otro lado del pantano, cerca de Anderten, una llamarada roja. Acto seguido se oyó un silbido prolongado y estridente; la atención, el miedo de los alrededores pareció concentrarse entonces en una flecha roja que caía del cielo. Di un paso atrás e inmediatamente después sentí un golpe llameante que hizo temblar la casa en sus cimientos. Nos precipitamos escaleras abajo para alcanzar el jardín y encontramos bloqueada la puerta por la presión del aire; sus cristales yacían diseminados por el pasillo, hechos añicos. Pero aún quedaba la salida que da al prado. Por ella sacamos a los niños, mientras por entre las ramas de los árboles caían silbando cascos de metralla. En el refugio estuvimos aguardando el final del bombardeo.

Una mina aérea había caído en el campo, a medio camino entre Kirchhorst y Stelle, causando daños especialmente en la granja de los Cohrs y arrancando los tejados de las proximidades. En nuestra casa se ha abierto una grieta que va

desde el sótano hasta el desván; la escalera se ha torcido y en el tejado hay desperfectos.

En el correo, entre otras cartas, una de Ruth Speidel; comunica que el general está arrestado. Con él ha sido hecho prisionero el último participante en la histórica conversación de La Roche-Guyon; todos los demás han muerto.

Kirchhorst, 4 de octubre de 1944

A pleno sol de otoño corto las tomateras, mientras revolotean por el aire las atalantas. El cuchillo resbala en los tallos llenos de savia; las manos se impregnan de un aroma acre. Al lavármelas fluye de ellas un agua verde oscura.

La busca de setas en los pastizales: desde lejos tiende uno hacia sus brillantes grupos blancos. Las más bellas son como huevos, están completamente cerradas, pero también son espléndidas aquellas en las que se ve, a través de la membrana rota, la carne de las láminas, una carne con estrías rojas y que huele suavemente a anís. Uno agarra las setas con toda la mano, las agarra por el pie, como si cogiera una campanilla por el mango, y tira con delicadeza hacia arriba, mientras la firme piel de cera refresca los dedos.

Luego la ordenación de mis libros de caza. Hoy he estado anotando los lugares en que me he topado con el *Dromius meridionalis* — casi siempre debajo de erizos de castañas en cementerios parisienses, por ejemplo cerca de la tumba de Verlaine en las proximidades de Batignolles. Otros ejemplares procedían de la corteza de los grandes plátanos que bordean las orillas del Sena no lejos del puente de Puteaux. Por la hermosa obra de Jeannel me entero que se trata de una especie cuya difusión es claramente atlántica; se citan como lugares en que se encuentra, además de Gran Bretaña e Irlanda, también São Miguel y Terceira entre las islas Azores. Bajo uno de mis ejemplares hallo efectivamente la siguiente anotación: «Ponta Delgada, São Miguel, 26.10.1936». Allí estaba el animal calentando al sol su caparazón azul en la corteza gris plata de un laurel abatido. Esto muestra que no he dejado de recorrer mi vastísimo territorio de caza, el cual se

extiende desde el cabo Norte hasta los oasis del Sáhara y desde las islas del mar Amarillo hasta las Hespérides. Y a pesar de la inclemencia de los tiempos abrigo la esperanza de realizar todavía algunas incursiones maravillosas en este mi coto de caza.

Kirchhorst, 6 de octubre de 1944

En el pantano. Los bosques lejanos brillaban ya con sus copas doradas, sombreadas de azul. El sol otoñal reclama mucho azul. Eso mismo acontece en lo espiritual. El otoño lleva a la metafísica, también a la melancolía.

Necesito dormir mucho, necesito mucha noche. El cerebro es como el hígado de Prometeo, que va siendo comido por el águila de la luz. Es preciso que vuelva a crecer en la oscuridad.

Frutos de lectura. *Trabajos sobre entomología morfológica y taxonómica.*

Se menciona un artículo sobre la abeja obrera en la antigua India, publicado en 1886 por el profesor Ferdinand Karsch bajo el pseudónimo de «Canus».

Un pseudónimo parecido era el de J.Ch.F. Haug, que firmaba «Hophthalmos».

Kniébolo llevó a los alemanes al monte, después de su gran ayuno, y les mostró el poder del mundo. No se hicieron de rogar mucho tiempo para adorar al tentador.

Kirchhorst, 11 de octubre de 1944

Por la noche soñado con mi padre. Jugábamos al ajedrez en dos habitaciones distintas; yo estaba en la antesala, pero nos veíamos a través de una puerta corredera que iba abriéndose poco a poco en el curso de la partida.

Luego delante de un edificio al que me unían recuerdos; unas veces me parecía que era la casa destruida, pero vuelta a levantar, de mi abuela, otras la casa de Florence en la Avenue Malakoff, y otras la casa de la Rue du Cherche-Midi. Lo

formidable de los sueños está en que hacen resonar los temas fundamentales, como, en esta ocasión, «la casa perdida». Ante semejantes imágenes la vivencia individual se vuelve imprecisa y lo único que queda es una melancolía honda. De manera muy parecida decrece también en el crepúsculo lo individual y, en cambio, se hace más significativo lo general. Y, finalmente, en los umbrales de la noche de la muerte advertiremos la identidad de las vivencias, el engaño del mundo de los números. Solo hay *un* número, como solo hay *un* hombre. Hacia él tiende el eros.

Kirchhorst, 12 de octubre de 1944

Por la noche soñado otra vez con mi padre. Lo acompañaba en unas escaleras, él subía vino para mí de la bodega, como provisión para un viaje. Luego yo volvía a estar en París.

Por la mañana alarmas, de esas que poco a poco van minando los nervios de la población en las ciudades.

Schenk me animó a que hiciese una colección de semillas de plantas. Se tiene así un enorme archivo no solo de formas bien acuñadas, sino al mismo tiempo de fuerzas, de venenos, de medicinas y sustancias embriagadoras. También concentra uno en la redoma prados floridos, bosques y jardines.

Avanzado en *El sendero de Masirah.* Tal vez resulte demasiado dificultoso, demasiado fatigante para este tiempo el trabajo en un terreno nuevo. Ahora utilizo una tinta que fluye azul de la pluma y por la noche se torna profundamente negra. Con ello el trabajo nuevo resalta con claridad; se ven los surcos recién arados en el campo de labor.

Kirchhorst, 15 de octubre de 1944

Por la noche incursiones aéreas. En dirección a Braunschweig se veía el lejano resplandor de un gran incendio.

También a la hora del desayuno han estado dando vueltas sobre los alrededores aviones que volaban a baja altura. La casa ha temblado cuando caían las bombas.

Kirchhorst, 18 de octubre de 1944

Avanzado en *El sendero de Masirah,* a pesar de la inclemencia de los tiempos que corren. Es notable que en estas narraciones resulte tan difícil encontrar nombres propios para los personajes, no obstante hallarse a nuestro servicio el alfabeto entero. No es menos notable el hecho de que, una vez que el texto ha ido hilvanándose más allá del comienzo, resulte casi imposible cambiar esos nombres. Quienes los llevan han adquirido entonces vida propia, realidad.

El uso del pluscuamperfecto durante párrafos largos hace leñoso, rígido, el texto; es recomendable contentarse con el imperfecto, a costa de la exactitud gramatical, y hacer sonar de vez en cuando el pluscuamperfecto. El lector permanece así en la dimensión temporal. Del estilo pueden formar parte negligencias, pero no faltas.

Por la tarde, con Ernstel, en el pantano de Oldhorst. Una planta con flores como de cera, de color rosa pálido, que me he traído para el herbario de la flora palustre, ha resultado ser una mata de romero.

A las ocho de la noche, cuando todavía estaba sentado al microscopio, aviso de incursiones aéreas, seguido inmediatamente de la aparición de los aviones. Se veían «árboles de Navidad» verdes y rojos por encima de la ciudad, cuya parte sur se ha transformado en una hirviente caldera de bombas. Una granja de Neuwarmbüchen ha ardido completamente.

El llamamiento radiado de Kniébolo a formar batallones de *Volkssturm,* batallones populares de asalto, da nuevos pretextos para que se tomen medidas de aniquilación contra el pueblo en cuanto totalidad. Todas las ocurrencias de Kniébolo han demostrado ser experimentos que luego se han aplicado en máxima escala a los alemanes. Estoy pensando en la voladura de las sinagogas, en el exterminio de los judíos, en el bombardeo de Londres, en las bombas volantes y en otras cosas. Kniébolo muestra en primer lugar que tales actos son concebibles y posibles, destruye los dispositivos de seguridad y da a la masa ocasión de asentir. El aplauso frenético que acompañó su salida a escena fue en sí una aprobación

dada a la autoaniquilación, un acto sumamente nihilista. Mi horror viene de que yo entreoí desde el principio eso: el júbilo monstruoso con que se escuchaba la música del cazador de ratas. Kniébolo es también, naturalmente, un fenómeno europeo. Alemania, que ocupa el centro, será siempre el lugar donde tales cosas se harán visibles en primer lugar y con máxima nitidez.

Kirchhorst, 20 de octubre de 1944

En la comandancia general me he enterado de que se ha dispuesto mi licenciamiento. Parece que en Berlín se han dado prisa en desprenderse de mí de esa manera. Ahora podré trabajar todavía aquí un poco, como en un barco que va hundiéndose lentamente o como en una ciudad sitiada en la que ante altares desiertos se balancean al viento las ofrendas que los habitantes han tejido. Es bueno que se haya venido abajo todo lo relativo a las publicaciones — eso hace que el trabajo tenga más sentido y no esté sujeto a una finalidad. Así podría uno cincelar copas que mostraría al sol y luego arrojaría al mar.

En la ciudad he sabido que el ataque de anteayer costó la vida a muchos seres humanos. Los más fueron aplastados en las aglomeraciones que se formaron ante las puertas de los refugios. Hay algunos refugios a los que se baja por escaleras que descienden por pozos; y hay gente que salta la barrera y cae encima de quienes están apretujados abajo. Su caída les rompe a estos las vértebras cervicales. Harry había observado una de esas entradas al infierno; los alaridos y lamentos que salían de aquella oscura sima llegaban lejos en la noche.

Luego con Schenk en el estudio de Grethe Jürgens; allí charla sobre la flora de los pantanos y de las islas Frisias.

Regreso por Bothfeld; allí he estado en el cementerio y entre las tumbas he visto también la de W., con quien tuvo mi padre un pleito por unas tierras. Ahora descansan ambos en el mismo suelo, se han transformado en él. ¿Qué queda de esta vida si no coleccionamos monedas que en la gran adua-

na del reino de los muertos sean cambiadas por oro, por algo imperecedero?

En el sueño cenaba con el comandante en jefe y pensaba: «Así, pues, sin razón han dicho que estaba muerto». Pero en su sien veía la clara cicatriz del pistoletazo.

Kirchhorst, 25 de octubre de 1944

Por la tarde he llevado a Ernstel a la estación de Burgdorf. Aún se encuentra muy debilitado a causa del arresto; también sus pies están todavía lastimados por las marchas. Pero no ha querido que se fueran sin él sus camaradas, que están a punto de partir. Nos hemos dado un abrazo en el pequeño y frío pasillo que conduce al andén.

Kirchhorst, 27 de octubre de 1944

En Bothfeld, para mi licenciamiento del servicio militar. Como ahora la guerra se ha vuelto omnipresente, esto apenas significa una variación. Por el camino he encontrado un trozo de herradura.

Kirchhorst, 28 de octubre de 1944

Lectura: otra vez Léon Bloy — los diarios, luego *Sueur de sang,* descripción de sus aventuras como *franc-tireur* en el invierno de 1870/1871, que sin duda son inventadas en su mayor parte. Esta descripción proporciona un anticipo del mundo de los partisanos y *maquisards* de hoy. Entre los crímenes que se atribuyen a los alemanes no falta casi ninguna atrocidad. Pero también en sus propios héroes elogia Bloy el que mutilen a los adversarios con machetes y culos de botella, los quemen con petróleo, profanen los cadáveres y hagan otras cosas de índole parecida. Se llega a horrores tantálicos. Bloy se asemeja a un árbol que hunde sus raíces en las ciénagas, pero tiene en su copa unas flores sublimes. En mi relación con este autor, que me repugna en muchas cosas, me doy cuenta de que mi trabajo me ha sustraído en gran medida a los odios nacionales.

El mito y la ciencia. En el primero se interpreta el mundo, en la segunda se lo explica. Si Palinuro se duerme al timón de la nave es que un dios le ha tocado los párpados. Los químicos atribuyen ese fenómeno a la formación de ácido láctico en los tejidos. La alquimia ofrece una de las raras transiciones — científica en el experimento, mitológica en la teoría.

Friedrich Georg tiene razón al decir que el mundo titánico está más cerca del mundo técnico que el Olimpo. Y así los titanes encuentran refugio y alojamiento en casa del único dios al que podría calificarse de técnico, en casa de Hefesto, y son robustos colaboradores suyos en su taller, como se describe magníficamente en la escena de la forja de las armas de Eneas.

El hundimiento del *Titanic,* que chocó contra un iceberg, corresponde, visto míticamente, a la Torre de Babel del Pentateuco. El *Titanic* es una Torre de Babel *en pleine vitesse.* No solo el nombre es simbólico, lo son casi todos los pormenores. Baal, el becerro de oro, piedras preciosas famosas y momias de faraones — está presente todo.

Kirchhorst, 30 de octubre de 1944

En Celle, donde tenía cosas que hacer. En las granjas solitarias situadas al borde del camino se conserva todavía el espíritu de los primeros ocupantes de tierra. La realeza estaba repartida entonces entre todos. Cuando esa realeza desaparece completamente en el ser humano vivimos tiempos como los actuales; el ataque contra la dignidad va precedido de la pérdida de la soberanía.

Continuado la lectura de Léon Bloy, cuyo verdadero efecto estriba en que representa a *el ser humano,* lo representa en su infamia, pero también en su gloria.

Las hojas de la parra junto a la repisa de la ventana del dormitorio, desde donde miro la niebla por las mañanas, están tiñéndose de un color amarillo claro y sus puntas se ponen rojas, como mojadas en sangre. La vida de las plantas y

su ciclo garantizan la realidad, que las fuerzas demoniacas amenazan con disolver. Los antagonistas del Guardabosque Mayor son el jardinero y el botánico.

Cuando cayó la mina aérea las paredes de la casa parecieron hacerse transparentes, cual si lo único que resistiera fueran los cabios, que constituyen el verdadero entramado orgánico de la vivienda.

En el camposanto; allí yacen desde tiempos inmemoriales los autóctonos, los Ebeling, los Grethe, los Lahmann, los Rehbock, los Schüddekopf.

En el morir ha de haber necesariamente un acto significativo, más aún, genialidad. Una y otra vez observo que, cuando me llegan noticias de fallecimientos, se apodera de mí una especie de emoción y de asombro incrédulo, como si el fallecido hubiera aprobado un examen difícil y llevado a cabo una proeza de la que no le creía capaz. También el cuadro de su vida se modifica al instante de un modo maravillosísimo.

Pensado también en Lessing y en el poema que dedicó al papión muerto:

Hier liegt er nun, der kleine, liebe Pavian,
Der uns so manches nachgethan!
Ich wette, was er itzt gethan,
Thun wir ihm alle nach, dem lieben Pavian.

[¡Ahí yace ahora el pequeño, querido papión,
que nos imitó en tantas cosas!
Apuesto a que todos nosotros imitaremos al querido papión
en lo que ahora él ha hecho.]

Kirchhorst, 1 de noviembre de 1944

Comienzo de noviembre. Aún duran los combates en Holanda, en Alsacia, en Prusia oriental, en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, en Grecia, en los Balcanes, en Italia. In-

cremento descomunal de la guerra aérea, que se concentra sobre Alemania.

Se oye decir que Holanda, partes de la cual han sido inundadas, tiene el propósito de resarcirse anexionando territorios alemanes. Parece que fueran a repetirse todos los viejos errores y que el mundo, en vez de aprender del personaje de Kniébolo, se lo hubiera prescrito a sí mismo como modelo a imitar.

Sobre la oración. En el sentido de una mecánica superior la oración posee también una fuerza desviadora — atenúa y consume el miedo. En los tiempos en que se ha perdido la práctica de la oración acumúlanse en las poblaciones cantidades grandes de angustia animal, imposibles de digerir. En la misma proporción se desvanecen la libertad de la voluntad y la fuerza de resistencia y, en correspondencia, se hace más apremiante la llamada de los poderes demoniacos, se vuelven más terribles sus mandatos.

La oración purifica la atmósfera; en ese sentido el tañido de las campanas es la oración colectiva, la oración directa de la Iglesia. Tal cosa es sustituida ahora por el aullido de las sirenas, que en parte se hallan instaladas incluso en los campanarios.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1944

Lectura: el mamotreto de Volhard sobre el canibalismo, que me ha traído Schenk y que contiene una enorme cantidad de material. Las conclusiones son menos extensas; también resulta difícil dar un juicio sobre un fenómeno que posee tantas ramificaciones. En unos sitios aparece como la «práctica habitual de los peces», entre los que el pez grande se come al chico, y en otros va ligado al ceremonial de una cultura muy desarrollada.

Son significativas algunas leyendas aisladas que se hallan difundidas por todo el planeta y que dejan entrever que unos sacrificios superiores pueden vencer el canibalismo. Así, el hijo de un rey de los mares del Sur se encuentra la víspera de

una fiesta con un esclavo que va envuelto en unas ropas color de llama y le pregunta adónde se dirige. El hombre responde que acude al palacio del rey, pues está destinado al banquete solemne. El hijo del rey le promete entonces salvarlo, acude al palacio en sustitución del esclavo y hace que allí lo envuelvan en hojas de palmera. Cuando se lo presentan así al rey, este abre el revestimiento y bajo él encuentra, en lugar del esclavo, a su hijo. Aquel espectáculo le hace gracia y lo conmueve hasta tal punto que prohíbe para siempre la inmolación de personas. Aquí resuena el tema supremo del género humano.

Entre los pueblos indogermánicos tiene que haber habido desde tiempos inmemoriales un espantoso tabú referido a la carne humana; es algo que apunta en nuestros cuentos. También la maldición tantálica se atribuye a un festín de esa especie. La fortaleza de tal prohibición cabe medirla por el hecho de que incluso esta guerra, que ha removido los posos más bajos, apenas ha atentado contra ella; lo cual, ciertamente, es digno de mención cuando se conoce qué espíritus son los que están actuando. En el fondo toda economía racionalista, no menos que toda teoría racial consecuente, lleva necesariamente al canibalismo.

Por cierto que donde más desarrollada está la teoría de esas cosas es entre los anglosajones, por ejemplo en Swift. En *Brave New World*, de Huxley, se extrae el fósforo de los cadáveres y se lo aprovecha en la economía nacional.

Kirchhorst, 3 de noviembre de 1944

En el correo, entre otras cartas, una de Ina Speidel, la hija del general. Escribe que el día 29 de octubre detuvieron también a Horst. Ha quedado muy mermado el círculo de los viejos caballeros jorgistas y rafaelistas, es decir, de los hombres que en París se reunían en el hotel Georges V y en el Raphaël — unos han sido ahorcados, envenenados, encarcelados, otros están dispersos y cercados por esbirros.

La lengua alemana posee todavía senderos de campo, mientras que la francesa discurre por raíles. En esta se multiplican, en consecuencia, los elementos convencionales, no individuales; uno de ellos es la *liaison.*

A este respecto, el dicho de Rivarol: «Si las vocales y las consonantes se atrajesen según leyes naturales, como sustancias magnéticas, la lengua sería única e inmutable, igual que el Universo».

Por la tarde ha llegado Hanne Wickenberg, a la que sorprendió hace poco un ataque aéreo diurno cuando se encontraba en la parte vieja de Hannover. Ha contado escenas que se desarrollan en los refugios. Las bombas caían aullando allí cerca, el polvo y el humo entraban por una pequeña ventana y hacían irreconocibles los rostros. El espacio estaba repleto de suspiros, gritos y lamentos, las mujeres se desmayaban. A los niños les habían anudado pañuelos en la cara, pues vomitaban de miedo. Una mujer estaba a punto de dar a luz:

—Un médico, rápido un médico, que arde, que arde.

Algunas voces respondieron:

—¿Pero dónde arde, por Dios, dónde arde?

Ninguno de los que allí se encontraban era capaz de tenerse en pie; estaban tumbados en el suelo, temblaban, les salía espuma por la boca. La propia Hanne, que es una mujer robusta, ha dicho:

—*Ek was fertig, as es to Enne was* [estaba hecha polvo cuando acabó aquello].

Kirchhorst, 4 de noviembre de 1944

Hacia el mediodía una gran incursión aérea, durante la cual se reunieron en el pequeño refugio los habitantes de la casa. Al principio apareció una escuadrilla de cuarenta aviones, contra la que abrió un violento fuego la artillería antiaérea; pudo verse cómo dos aparatos dejaban tras sí estelas de humo; uno, que iba ardiendo, trazó una curva muy cerrada y

desapareció en una nube blanca, de la que luego llovieron sus pedazos.

A continuación llegaron grandes formaciones de bombarderos; a la luz del día brillaban con una blancura de plata. El fuego antiaéreo se intensificó al máximo y a veces los silbidos de las bombas que caían a toda velocidad llenaban el aire. Yo observaba los acontecimientos desde el jardín y entraba en el refugio en los momentos culminantes. Inmediatamente después de la incursión —teníamos viento del oeste— unas nubes densísimas que llegaban de la ciudad impidieron ver nada.

El zumbido de las escuadrillas que tapan el cielo es tan fuerte que llega a ahogar el fuego de la artillería y hasta los estallidos de las bombas. Es como si uno se encontrase debajo de una campana que estuviera llena del zumbido de un enjambre de abejas metálicas. La energía monstruosa de esta edad, que de ordinario está repartida, abandona su estado potencial abstracto y se vuelve perceptible a los sentidos. La impresión que causan los bombarderos, los cuales siguen imperturbables su marcha aunque en medio de ellos estallen o ardan algunos aparatos, es más poderosa incluso que la que causa la propia caída de las bombas. Es visible la voluntad de aniquilar aun al precio de la propia aniquilación. Es un rasgo demoniaco.

El pequeño Alexander y su coraje me han causado alegría — ese coraje resulta sorprendente si se tienen en cuenta los monstruosos medios de aniquilación a que se ve confrontado un corazoncito como el suyo.

Cuando pasaron zumbando las bombas que fueron a caer a la autopista, cosa de la que nos enteramos más tarde, dijo:

—Ahora me palpita un poco el corazón.

A última hora de la tarde un nuevo ataque, con numerosos «árboles de Navidad», entre ellos uno que brillaba con una luz blanca, como en una gran fiesta de reparto de regalos navideños. También el horizonte estaba enrojecido por

los incendios. En la linde del bosque del pantano ha sido instalada una batería nueva; cada uno de sus disparos asesta un golpe a la casa y la sacude en sus cimientos.

Cuando suena la alarma aérea ponemos a los niños sus abriguitos, y cuando retumba el zumbido de los aviones o el ruido de los primeros disparos los llevamos al refugio. Solo Edmund Schultz, que tiene trece años, se aventura a corretear por el jardín. Su tía Fritzi permanece en la casa y a veces mira hacia afuera con una indiferencia notable — me gusta ver que se queda en las habitaciones un alma sin miedo. En lo que a mí se refiere, entro de vez en cuando a ver si todo sigue en orden. Es una cosa extraña el observar cómo las fuerzas demoniacas van devorando el espíritu doméstico, especialmente la solidez de los cimientos. Tengo la sensación de estar moviéndome por los camarotes de un barco, sobre todo cuando mis miradas rozan el dial iluminado de la radio, que es lo único que, junto al rojo rayo incandescente de las estufas, atraviesa las tinieblas de las habitaciones rigurosamente oscurecidas. La voz asexuada de una locutora comunica los movimientos de las escuadrillas hasta el instante en que «empiezan a volar sobre la ciudad y es inminente la caída de bombas». A veces escucho otras emisoras; en muchos lugares del planeta se emite música de baile, en otros se pronuncian conferencias científicas. Radio Londres da noticias y dice palabras amables y al final advierte a los oyentes que cambien de longitud de onda; entretanto se oye el redoble de los impactos de las bombas.

Kirchhorst, 5 de noviembre de 1944

Después de comer, en la iglesia; han saltado rotos varios cristales del hermoso rosetón que queda encima del altar.

Ha venido a tomar café el general Loehning, acompañado de Schenk y de Diels. Este último posee una experiencia especial de los bajos fondos de la política, conoce sobre todo la génesis de la policía del Estado, ya que fue él quien la fundó. Le he escuchado detalles espantosos sobre el calvario sufrido por amigos y conocidos míos antes de ser ejecutados.

A Schulenburg, lo mismo que a los demás acusados, el presidente del Tribunal del Pueblo le daba el título de «canalla Schulenburg» o «criminal Schulenburg». En una ocasión, cuando semejante verdugo lo llamó por un descuido «conde Schulenburg», el interpelado hizo una ligera inclinación y lo corrigió:

—Por favor, canalla Schulenburg.

Una réplica que me ha hecho recordarlo vivamente.

Diels ha mencionado también la obra de Röpke, *La crisis de la sociedad en nuestro tiempo,* libro que, por lo que ha dicho, se lee mucho fuera de nuestro país. Parece que Diels se encuentra en el extranjero como en su propia casa; el general ha contado que se lo ha visto en un aeródromo turco con uno de los jefes del *Secret Service.*

Kirchhorst, 6 de noviembre de 1944

Por la tarde paseo en dirección a Moormühle y Schillerslage, hasta el bloque errático donde encontré la herradura. Allí he estado mirando los animales que han caído en los agujeros excavados a lo largo de la carretera para que sirvan de protección a la gente contra los aviones que vuelan a baja altura.

Mientras caminaba he meditado sobre la frivolidad con que los pensadores de hoy juzgan ideas y símbolos en los que millares de años han estado trabajando y que han ido así formando. Y ocurre que esos pensadores desconocen el lugar que ellos mismos ocupan en el Universo, la pequeña labor de destrucción que el *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, les asigna. Pero eso, ¿qué es sino espuma que salpica, por encima de los viejos y duros acantilados, las fugitivas banderas de ese Espíritu? Ya se siente la resaca del reflujo.

Estupendo es también el espectáculo que ofrecen los viejos liberalistas, dadaístas y librepensadores, los cuales, tras una vida dedicada en su integridad a destruir los lazos antiguos y a minar el orden, están empezando ahora a moralizar. Dostoievski, que conocía a fondo semejante acuario, lo dibu-

jó anticipadamente en esa especie de molusco que es Stepan Trofimovich. Se anima a los hijos a que silben todo aquello que hasta ahora se ha considerado como fundamento. Al final esos adeptos con demasiada facilidad para aprender dicen:

—Bueno, vejete, ya has parloteado bastante, ha llegado el momento de hacer jabón contigo.

Grandes son entonces los lamentos. Y si en ese instante se casca también a los conservadores, entonces el caos está servido — así, en *Demonios* el asunto entero queda pendiente del gobernador alemán, Lemke creo que se llama, el cual no está a la altura de las circunstancias. La situación de ese Lemke tiene un parecido sorprendente con la del viejo Hindenburg. A ello se añaden los jóvenes conservadores, que primero apoyan al *demos,* al populacho, porque sienten en él la nueva fuerza elemental, y luego lo atan corto y son así arrastrados a la muerte. En esos remolinos el único que conserva una fortaleza terrible es el nihilista, y quien piense en atreverse a ser su antagonista habrá de pasar antes por su escuela.

Kirchhorst, 9 de noviembre de 1944

A medianoche alarma e inmediatamente después, mientras estábamos «vistiendo a los niños», cuatro bombas, que han estallado con estruendo. La cosa se repitió a las tres y media; tras el cese de la alarma vino el estallido de proyectiles de espoleta retardada. En el jardín caía con estrépito la lluvia y desde el casco viejo de Hannover llegaba a través del aire húmedo el rojo resplandor de los incendios producidos por el bombardeo.

Mientras suena la alarma, y también mientras los aviones sobrevuelan el terreno y la artillería antiaérea abre fuego contra ellos, reina todavía un cierto orden, pero cuando empiezan a silbar las primeras bombas todo el mundo se precipita, más o menos vestido, hacia el refugio. Incluso en esos momentos se lleva de la mano a los niños; a ellos se dedica todo el cuidado.

Kirchhorst, 10 de noviembre de 1944

En el correo, entre otras cartas, una tarjeta postal de Ernstel, que se halla de viaje hacia Italia como *Panzergrenadier*, granadero de carros blindados. Luego una carta de Ruth Speidel, por la que vemos que el general sigue con vida, lo cual nos llena de alegría. He pensado en él, como en Ernstel, cada mañana y cada noche.

Hace poco —ahora son las nueve de la noche— una incursión aérea; durante ella el cielo de poniente, húmedo por la lluvia, se puso rojo a causa de los incendios y las violentas explosiones. También cerca de aquí ha caído una bomba; la presión del aire ha roto uno de los cristales, que ya tenía una raja, de mi cuarto de trabajo, así como el tragaluz de la puerta de la casa.

Lectura: *Rasgos fundamentales de una ecología de los reptiles chinos,* de Mell. En ciertas serpientes marinas que se sirven de la cola como remo funciona uno solo de los ovarios, el otro expele huevos inmaduros. Con ello se evita una excesiva dificultad al nadar durante la gestación y se garantiza la plena capacidad de caza durante el tiempo en que son mayores las necesidades de alimento. También parece que en ciertas especies las encías son aptas para absorber oxígeno y, con ello, están capacitadas para respirar. En trayectos largos bajo el agua las encías sustituyen a los pulmones, de modo parecido a como actúan las bombonas de oxígeno en los submarinos. Está documentado uno de los raros casos en que seres humanos han sido atacados por serpientes: una mujer china que estaba ocupada en cortar hierba en una isla cercana a Hong Kong dejó a su pequeñuelo en el suelo, donde lo devoró una serpiente pitón que salió repentinamente de la maleza; no fue posible prestarle ayuda. Desde luego casi todos los animales, incluidas las hormigas, atacan a los lactantes que no están vigilados.

También en este libro encuentro, como hace poco en el de Sachot sobre la isla de Ceilán, la opinión de que en todas las zonas abundantes en serpientes viven hombres que poseen

una capacidad destacada para tratar con esos animales. Existe en tales casos una afinidad especial. Supongo que la serpiente siente, cuando esos cazadores la cogen, una especie de neutralidad e incluso de simpatía, como la que ha de imperar también cuando la toca una congénere.

El libro es bueno porque tiene como base la pasión de la observación de los animales, el escalofrío del encuentro mágico y totémico, sin el cual se convierte enseguida toda zoología en un reseco esqueleto de datos.

En este contexto, meditado una vez más sobre el darwinismo. Su debilidad capital está en su carencia de metafísica. Visto metodológicamente eso es algo que encuentra su expresión en el hecho de que se vuelva dominante una de las meras formas de la intuición, a saber: el tiempo.

Frente a eso es preciso ver que en su relación con el mundo que los rodea y en su relación entre ellos mismos los animales se asemejan a un ovillo que tuviera múltiples nudos y trenzados. Tal riqueza exige una mirada no tanto cronológica cuanto sinóptica. El darwinismo diluye la potente simultaneidad, la yuxtaposición y trabazón que en esa riqueza hay, y la transforma en una sucesión — se hace así del ovillo una bobina. Con ello se pierde la grandiosidad de la creación, el milagro del orto, del salto primordial, que crece de golpe o que lo hace en ciclos y eones enormes, como en los siete días de Moisés, en la jerarquía cosmográfica de Hesíodo o en la filosofía china de la Naturaleza.

Vista teológicamente es más significativa la concepción de Lamarck. Era de prever, sin embargo, que se alzaría con el triunfo la teoría más mecanicista. También, a partir de cierto momento, la selección se realiza con vistas a las máximas posibilidades de destrucción.

Kirchhorst, 11 de noviembre de 1944

Ayer por la noche, tras haber escrito las anotaciones anteriores, lectura de *Los cómplices,* obra en la que Goethe hace

una descripción muy certera del *milieu,* del ambiente de una pequeña posada. El final, sin embargo, es abrupto; y causa fastidio el que Sophie quede en manos del malvado Söller. A eso cabría objetar que la moraleja está en el título.

Después de medianoche —el cielo estaba claro y lleno de estrellas— un segundo ataque con numerosos aviones. La luz de los proyectores pinchó a uno, como si fuera un insecto, de manera que el aparato planeaba pespunteado por unas explosiones parecidas a esas estrellitas coloradas que se desprenden del yunque. La presencia de los niños hacía que aquel espectáculo tuviese una densidad, una humanidad mayores que las que a mí me eran familiares por haberlo visto desde los refugios de la Primera Guerra Mundial.[1] Perpetua tiene al pequeño en su regazo, se inclina completamente sobre él, lo rodea, por así decirlo, con sus hombros, de manera que a él no puede tocarlo ningún mal que no la hiera antes a ella. Es la actitud de Níobe frente a la flecha de Apolo.

Luego me adormilé y soñé con mi padre. En un gabinete ornitológico me hallaba absorto en la contemplación de pájaros, como, por ejemplo, en la de un gran pico gordo manchado. Me admiraba que las manchas se extendiesen hasta el pico de aquel pájaro y meditaba sobre los motivos de eso. Luego una urraca de Java, que era enteramente igual que las nuestras. «Pero, entonces, ¿por qué es de Java?» — ah, es que, a la manera de ciertas aves del Paraíso, llevaba, bajo la cola de forma de abanico, un bulto encarnado.

Kirchhorst, 12 de noviembre de 1944

A menudo las alarmas aéreas hacen que nos despertemos de repente cuando estamos profundamente dormidos. En esas ocasiones vuelvo a notar que hay regiones del sueño completamente desconocidas, profundidades del fondo de los mares en las que no penetra ningún rayo de luz. Y así como las criaturas que por azar atrapa la red en esas profundidades sufren una modificación al enfrentarse al aire y a la luz, así sufre también un cambio en ese instante el plasma de los sueños profundos al enfrentarse a la consciencia. Lo úni-

co que queda en las mallas son algunas escamas. Nos hemos sumergido en honduras insondables, carentes de ojos, en la placenta de las imágenes.

Kirchhorst, 14 de noviembre de 1944

Noche sin molestias. Leído: *La hija natural,* de Goethe, unos fríos fuegos artificiales. Se asemeja a una creación en la etapa previa prometeica. Precisamente el elevado carácter de taller testimonia, sin embargo, el *ingenium.*

Además unas biografías no publicadas de Planck y de Laue, que me ha enviado Keiper, el librero de viejo de Berlín, y que voy a pasar a mi hermano Physicus. En esos niveles supremos de la inteligencia física la relación con el mundo en torno vuelve a ser sencilla, instintiva — el sentido óptico, matemático, ondulatorio, cristalográfico atraviesa como un fluido los cuerpos. La ciencia no puede llevar a otros territorios que a aquellos que se hallan ocultos en lo hondo de nosotros. Descubran lo que descubran los telescopios y los microcospios — nosotros lo conocíamos en nuestro interior desde mucho tiempo antes. Con esfuerzo sacamos a la luz fragmentos de palacios que están enterrados en nosotros.

En el correo de ayer, entre otras cartas, una de Gerhard Günther, con extractos de diarios de su hijo, que ha caído en los Cárpatos del Sur. Junto a oraciones, meditaciones y pasajes de la Escritura encuéntranse también en ellos glosas sobre mis trabajos, que el hijo de Günther había leído con mucha atención.

La imagen prefigurada. Nuestra ciencia aspira a ella, es un trabajo de mosaico sobre un fondo ya diseñado. Cuantos más son los huecos que quedan «llenos», tanto más perentorios se vuelven los pedacitos que se brindan. Al comienzo es posible todavía crear según este o aquel plan, al final el lugar está definido.

Con ello el libre albedrío mengua siempre en apariencia, pero es preciso verlo como algo que habita en el todo. Deci-

siones tremendas determinan el proceso, que hacia el final parece ir haciéndose cada vez más automático. Estamos ocupados en ajustar las últimas piedras en bóvedas y cúpulas contempladas y proyectadas por eremitas en meditaciones teológicas. El libre albedrío, naturalmente, es mayor en el *homo magnus* que en el *individuum,* pero también este participa de aquel. En lo indiviso, en la decisión sobre el bien y el mal, el *individuum* continúa siendo soberano también hoy. Se verán milagros si se apela a su soberanía.

Por la tarde en el dentista, en Burgdorf; en la sala de espera he estado leyendo a Eckermann. He encontrado mencionadas en él las *Pastorales* del sofista Longo y enseguida me han entrado ganas de poseerlas, cosa que, sin embargo, no ocurrirá por el momento, dado lo difícil que se ha vuelto el procurarse libros. Entretanto pensaba en las orillas del Sena entre los puentes y en las numerosas bandadas de peces que allí hay.

Después, mientras me hacía la perforación, el dentista me ha susurrado al oído noticias políticas.

Kirchhorst, 15 de noviembre de 1944

La primera nieve del año.

Tal vez les ocurre a muchos hoy en Alemania lo mismo que a mí; el conocimiento de las infamias me hace sentir asco de participar en los asuntos colectivos, pues preveo que los grupos del porvenir serán asimismo ramas brotadas del mismo tronco. También ahora, tras unas señales tan poderosas del destino, la ceguera del populacho, de un populacho que se ha vuelto inabarcable, sobrepasa todo lo imaginable, toda medida.

Kirchhorst, 18 de noviembre de 1944

Noches sin bombas; hay que atribuirlas, por un lado, al tiempo de noviembre, y, por otro, a que los ingleses y los norteamericanos necesitan también sus escuadrillas estraté-

gicas para su ofensiva de otoño contra la orilla izquierda del Rin.

Estoy leyendo a Stifter; su obra *Bunte Steine* [Piedras de colores] se halla hace mucho tiempo entre mis libros, pero no la había tocado porque el círculo de sus admiradores resulta muy poco atractivo. Bellas capillas en las que se quema incienso barato.

¿La aptitud para formar Estados totales estará por ventura en correspondencia con la musicalidad? No deja de ser llamativo en todo caso el hecho de que en ello hayan destacado las tres naciones musicales, los alemanes, los rusos y los italianos. Pero es probable que dentro de la musicalidad esté produciéndose al mismo tiempo un desplazamiento hacia los elementos más toscos, un desplazamiento de la melodía al ritmo — ese movimiento tiene luego su culminación en la monotonía.

Kirchhorst, 19 de noviembre de 1944

A última hora de la tarde de ayer incursión aérea con bombardeos lejanos, pero violentos. Por encima de Hannover se desplegó como un funesto astro rojo un «árbol de Navidad». Fue seguido de fuertes sacudidas.

Continuado la lectura de *Piedras de colores.* «Granito», «Piedra calcárea», «Turmalina», «Cristal de roca». Vale la pena reservarse para los años de madurez la primera ascensión a determinadas cimas de las cordilleras literarias.

Stifter es el Hesíodo de los modernos y conoce aún el *nomos* de la Tierra. La vieja Austria se transparenta en él de un modo maravilloso, como una gran obra de arte que solo podrá volver a ser apreciada ahora, cuando se hayan disipado los últimos fantasmas napoleónicos. Un viejo bosque de altos árboles, donde se forma el humus de la dicha. Entre nosotros, en cambio, lo que se produce es dolor.

Recuerdo haber hablado con lectores de Stifter a los que su suicidio les parecía incompatible con su obra y con su existencia. Pero debería prestarse atención al rasgo de pe-

dantería y de exagerada escrupulosidad que en él hay y que con facilidad puede trocarse en hipocondría. Es algo que resalta así en lo gramatical como en lo narrativo y que indica, al menos en lo espiritual, una constitución delicada y vulnerable.

Die Kinder hatten breite Strohhüte auf, sie hatten Kleider, aus deren Armeln die Arme hervorgingen. [Los niños llevaban puestos unos anchos sombreros de paja, llevaban vestidos de cuyas mangas sobresalían los brazos.]

Kirchhorst, 22 de noviembre de 1944

Recrudecimiento de las incursiones aéreas y de los bombardeos, que están adoptando un carácter cada vez más meditado, cada vez más maligno. En Misburg han vuelto a arder los depósitos de petróleo. De día aparecen en el cielo las líneas y bandas de las escuadrillas, como si por el mar del aire fueran serpenteando hidras blancas. Por encima de las escuadrillas los cazas cortan el espacio a velocidad de proyectiles.

Continuado la lectura de Stifter, en cuya prosa se infiltran también elementos del viejo estilo cancilleresco austriaco. Uno se acostumbra a florituras como *derselbe* [el mismo], *dieselbe* [la misma], *ersterer* [primero], *letzterer* [último], como a rarezas que empieza a apreciar.

Por la noche sueños. Me enseñaban plantas, entre ellas una tropical, del tamaño del brezo, que tenía numerosas cerezas oscuras. «También posee la ventaja de que nadie sabe que son comestibles.»

Luego, a orillas de un estanque, estaba frente a otra persona y jugaba con ella una especie de partida de ajedrez. Pero no teníamos piezas, sino que operábamos con creaciones espirituales. Así, en la superficie del agua se desplegaban armadas para reñir batallas navales en las que lo que decidía no era la fuerza, sino la belleza. Emergían unos animales extraños que se dedicaban a cazarse o a abrazarse; en aquel

certamen se mostraban los tesoros de las profundidades del mar.

«En lo infinito cada uno de los puntos es centro.» Este axioma, que he establecido hoy por la mañana mientras estaba removiendo la tierra de los bancales, confirmaría que lo infinito posee no una superioridad cuantitativa, sino una superioridad cualitativa, metafísica. Podemos imaginarnos tan extensos como queramos un círculo o una esfera sin que aumente en absoluto el número de centros — siempre hay uno solo, un único centro. Para que cada uno de los puntos se convirtiera en centro sería preciso que se produjese un acontecimiento cuya percepción escapase a nuestros sentidos — una alteración misteriosa del espacio, probablemente una simplificación.

Como todo hecho matemático o físico, también este posee una vertiente moral. En cuanto ser metafísico, cada uno de los seres humanos es centro en el Universo, y ni siquiera los más lejanos mundos de estrellas fijas pueden perjudicar esa posición suya. Las bambalinas espaciales, cuya visión nos produce vértigo, húndense y desaparecen en el instante de la muerte, en favor de la realidad.

La impresión que las distancias inmensas dejan en nosotros está emparentada con la angustia animal, forma parte de los espejismos del mundo ilusorio.

La cita. El ambiente que reina en ella es el de la caza mayor y también el de la operación mágica. Contiene rasgos mágicos, que se asemejan al acercamiento de unos animales sumamente asustadizos, también a la realización, que fue puesta en duda, de sueños. Esos rasgos provocan una mezcla de sorpresa incrédula, miedo y felicidad, también una gran ternura. En la repetición todas esas cosas se desvanecen, en favor de una hermosa seguridad.

Chawdar, el pescador. Cuando, buscando el anillo del poder supremo, penetra en las zonas subterráneas tropieza allí con una serie de fantasmas a los que ha de vencer. El último es su propia madre — también aquí se sabe, por tanto, que la Tierra vencida nos regala las estrellas, para decirlo con palabras de Boecio.

La conquista del mundo por un César, por un Alejandro, hay que concebirla también simbólicamente; la púrpura es símbolo de la victoria, mientras que el cetro de marfil es símbolo del vencedor — lo primero es de procedencia matriarcal, lo segundo, de procedencia patriarcal. El oro es púrpura sublimada, es poder terrenal concentrado.

Kirchhorst, 23 de noviembre de 1944

Yo ocupaba en una ciudad desconocida una de las innumerables habitaciones amuebladas que tengo a mi disposición para mi vida de los sueños. Entraba Pons y se sentaba en un sillón a contarme detalles de un asunto amoroso. Añadía que iba a casarse al día siguiente. Al despertar he pensado: «Mira, la mujer que ha descrito, con todas las circunstancias en que se conocieron, se amolda a él mucho mejor que no aquella con la que en realidad se ha casado».

Los seres humanos penetran así en nuestros sueños no solo con su figura histórica, sino también con sus posibilidades. En la imagen que vemos en el sueño los aprehendemos no como caracteres empíricos, sino como caracteres inteligibles.

Hoy empiezo a recopiar mi diario de Rodas tras haber dejado de lado, hace ya algunas semanas, *El sendero de Masirah.* El momento es demasiado desfavorable para semejantes trabajos. En *El sendero de Masirah* me gustaría trazar, más adelante, un compendio de la moral en figuras históricas, geográficas, físicas. Es preciso que el mundo moral no solo se transparente en el mundo físico, sino que se imprima en él como en lacre.

Kirchhorst, 24 de noviembre de 1944

No una historia, una *sinopsis* de la filosofía, exposición de la piedra filosofal con las facetas que en ella ha tallado el genio de los tiempos y de los pueblos.

Conversación con Alexander: «Cómo se lleva un diario». Sobre ese mismo asunto he escrito luego a un capitán, un tal Müller, que me ha enviado algunas anotaciones del suyo.

La revisión de mis diarios de viaje me hace ver con claridad la parte que en ellos tiene la acción del tiempo. Este modifica el contenido, igual que la fermentación y la maduración modifican el vino que está en lo hondo de la bodega. La revisión equivale a hacer con todo cuidado un nuevo trasvase, a eliminar las heces. Sobre esto mantuve en casa de Florence una larga conversación con Léautaud, que desaprueba esa práctica y declara inviolable, sacrosanta, la palabra tal como salió en el primer lance. Es un precepto que a mí me resulta imposible de seguir ya por razones técnicas, pues salpico muchas cosas con alusiones, que son, en cierto modo, el sello del recuerdo. La mejor captación de la impresión primera es fruto de esfuerzos repetidos, de recopias apasionadas.

Kirchhorst, 26 de noviembre de 1944

Mañana de domingo. En los últimos días ha llovido mucho, pero hoy el tiempo es seco, y la visibilidad, buena. Como ya ha habido la pasada noche dos incursiones aéreas, he abandonado el diario de Rodas y me he puesto a clasificar los elatéridos; su visión me hace recordar mis paseos por el Bosque de Saint-Cloud.

Luego el anuncio de la aproximación de potentes formaciones aéreas. Me he puesto el abrigo para salir al jardín; lo primero que desde él he visto ha sido un gran número de aviones que cruzaban el espacio por la parte norte. Más tarde se han acercado, viniendo de la dirección de Celle, más de quinientos aparatos; volaban escalonados en escuadrillas de

unos cuarenta aviones cada una. Tras lanzar señales de humo blancas, que han engalanado la parte sur del cielo con bandas dentadas, han girado uno tras otro hacia Misburg y allí han soltado sus bombas. Se oía el zumbido y el crujido, que ahogaba el ruido de los disparos de las baterías antiaéreas, así como unas violentas explosiones, que han hecho retemblar la tierra a mucha distancia. Los atacantes volaban a baja altura y las nubecitas de los disparos de la defensa antiaérea estallaban por encima de ellos.

Dos o tres escuadrillas han virado hacia nuestra casa, se han lanzado hacia ella en línea recta y han descargado sus bombas al pasar por encima, de manera que estas habrán ido a caer, según mis cálculos, en las cercanías de Bothfeld. El fuego antiaéreo se ha recrudecido. El aparato que iba en cabeza ha sido tocado de lleno y una llama larga, ardiente, de color rojizo, se ha adherido a él. Se ha precipitado al suelo cerca de aquí. Pronto la humareda del impacto ha envuelto la casa. Parecía que uno de sus pedazos, un ala grande, plateada, de la que pendía un motor y que giraba lentamente sobre sí misma, fuese a caer sobre nosotros, pero ha ido dando vueltas sobre la casa del maestro, con un ruido estridente, y ha desaparecido tras ella. También han pasado sobre el jardín dos paracaídas; uno de ellos iba muy bajo, de manera que al hombre que colgaba de él se lo veía como si uno lo hubiese encontrado en la calle. Al mismo tiempo el aire estaba lleno de fragmentos y virutas, como si el aeroplano, al despedazarse, se hubiera convertido en confetis negros. El espectáculo era en verdad embriagador; hacía tambalearse a la razón. En estos acontecimientos se alcanza un grado tal que la propia seguridad empieza a volverse secundaria: los elementos de la intuición se intensifican de tal manera que ya no queda sitio para los de la reflexión, ni aun para el miedo.

Kirchhorst, 27 de noviembre de 1944

Sin luz, sin agua, sin corriente, pues también ha sido alcanzada la central eléctrica de Ahlten. Se dice que en la in-

cursión aérea de ayer participaron mil seiscientos aparatos. Con sus espirales y lazos blancos se asemejan a bandadas de microbios que estuviesen jugueteando en una enorme gota de agua azul.

El ala del avión que cayó ayer fue a parar a un prado cercano; el aparato chocó contra el suelo inmediatamente detrás de Bothfeld y ardió. Cerca de Grosshorst se ha encontrado una cabeza y una mano. También había cerca de allí dos cadáveres destrozados; pudo verse que los paracaídas se enredaron el uno en el otro y por ello no pudieron abrirse.

Uno de los pilotos tocó tierra en Stelle; se dice que uno de sus habitantes, un refugiado holandés, se abalanzó sobre él y le asestó dos hachazos. Nuestro vecino Rehbock, que está de permiso y que en aquel preciso momento pasaba por allí con un carro de labor, le arrebató el herido y lo llevó a lugar seguro, con peligro de su vida.

Kirchhorst, 28 de noviembre de 1944

Hoy han sido enterrados en el pequeño cementerio los dos norteamericanos cuyos paracaídas se enredaron.

Por la tarde ha venido el general Loehning; también él había oído algo de los rumores que circulan desde hace varias semanas y según los cuales yo estaría en la cárcel o habría sido fusilado.

Tarea del autor es no la exactitud absoluta, sino la exactitud óptima. Eso tiene su justificación en la diferencia que hay entre la lógica y el lenguaje. De ahí que uno de los presupuestos del buen estilo sea que el autor se dé por satisfecho con la expresión óptima. La búsqueda de lo absoluto lleva a descarríos.

Las palabras son un mosaico; eso quiere decir que hay entre ellas instersticios. Vistos lógicamente son huecos; ellos son, sin embargo, los que proporcionan tierra a las raíces de una profundización más honda.

Kirchhorst, 29 de noviembre de 1944

Perpetua ha soñado que le sacaban un colmillo.[2]

Hacia el mediodía, con cielo muy cubierto, aparecieron numerosas escuadrillas y tiraron bombas. Un tiovivo gigantesco, del cual caían chaparrones de hierro, parecía estar dando vueltas por encima de la aldea. Las bombas han estallado en los alrededores de Kirchhorst — en Stelle, en Lohne, donde vi, desde el jardín, las salpicaduras de los impactos de treinta bombas, en Buchholz, donde han ocasionado grandes destrozos, en Misburg, donde se han sacado de los escombros los cadáveres de cincuenta muchachas que trabajaban como auxiliares de la fuerza aérea.

En el correo, entre otras cosas, un telegrama de la condesa Podewils. Su marido ha escrito desde Inglaterra — entre tantas noticias lúgubres, una agradable.

En el sueño iba a hacer una visita a mi padre y también lo encontraba en casa, pero las dos columnas de la entrada se habían juntado tanto que me costaba mucho trabajo pasar entre ellas.

Kirchhorst, 2 de diciembre de 1944

Por la noche turno de guardia; a causa de los aviones se ha dispuesto que se realice aquí en la aldea ese servicio. Los campesinos tienen un sueño pesado y casi siempre son las bombas que caen lo que los despierta. Por suerte he tenido de compañero a mi vecino Lahmann, un hombre que no carece de pensamientos en su cabeza. La presencia de una persona inteligente o agradable divide el tiempo. Ese sorprendente efecto llega tan lejos que en los encuentros espirituales o eróticos puede el tiempo perder completamente su peso y aun su existencia. En cambio el dolor y la obtusidad de espíritu lo estiran hasta el infinito. Es menester dar muchas vueltas en torno a ese pensamiento si se quiere vislumbrar en su auténtico rango la muerte como aniquiladora del tiempo. Ella aporta lo que nadie más es capaz de aportar.

Por la mañana visita de Kohlberg; conversación con él sobre Löns y sobre autores de la Baja Sajonia en general. Nues-

tro seco suelo es el más desfavorable que cabe imaginar para la producción de existencias consagradas a las Musas. *Frisia non cantat* — también a nosotros se aplica ese dicho.

Por la tarde en Burgdorf a recoger unos patos, regalo de Hanne Menzel enviado desde Silesia.

Kirchhorst, 4 de diciembre de 1944

Lectura: *Sobre la oración*, de Orígenes. Además, los diarios de Léon Bloy.

Bloy es eminentemente humano en su manera de instalarse en la basura, en los excrementos, en la fetidez, en los elementos del odio, y conocer al mismo tiempo, sin embargo, la ley suprema, invisible. Esto hace que la lectura resulte penosa y que en largos pasajes se asemeje a la supuración producida por la salida de cascos de metralla que se hubiesen incrustado bajo la piel. Pero me estará permitido decir que he hecho un esfuerzo como lector, y que lo he hecho en circunstancias agravantes. No debería tenerse miedo a las humillaciones, a los insultos. Entonces se sacan de la arena de aluvión, lavándola, las pepitas de oro.

Tal vez incluya a Bloy en la lista de autores a los que, como acto de agradecimiento espiritual, pienso dedicar un estudio. Hace tiempo que vengo coleccionando materiales para una documentación de esa especie, que estará dedicada a personas, libros, objetos con que me he topado en mi camino y que me han colmado de regalos.

Por la mañana ha sido encontrada muerta, rígida ya, en un campo cercano, la gata preferida de Ernstel, la bella persa Hexe — suponemos que ha comido veneno. Era hija de la vieja Kissa, que estuvo muchos años en casa, y madre de la joven Kissa, que me da muchas alegrías. Además de ella siguen haciéndonos compañía Jacko, el gran gato blanco de Angora, que tiene una gorda cabeza, y Li-Ping, la princesa siamesa.

Kirchhorst, 5 de diciembre de 1944

Por la noche turno de guardia antiaérea con mi vecino Lahmann; durante él hemos estado hablando de los tiempos que corren y hemos descorchado una botella de ajenjo. El incendio habido en Grosshorst, la mina aérea caída en Stelle, la mañana del domingo y la del martes de la semana pasada son cosas que se incorporarán para siempre a los anales de la aldea, y todavía nuestros nietos hablarán de ellas a los suyos, en el caso de que los haya.

A primera hora de la mañana grandes incursiones aéreas, pero que no han dejado caer bombas. Me lo había figurado y por ello he seguido cavando el jardín, «a la sombra», como los lacedemonios.

Continuado la lectura de *Mon journal,* de Léon Bloy. En él uno puede tropezar, como me ha ocurrido a mí hoy por la mañana, con pasajes como el siguiente:

«Kolding en Dinamarca. 8 de abril de 1900. Domingo de Ramos. Tiempo horrible. Es el aniversario del imbécil rey Christian y toda Dinamarca está de fiesta. Su innoble yerno, el príncipe de Gales, está en Copenhague, tras haber escapado a una tentativa de asesinato en la estación del Norte de París. Un joven belga ha disparado sobre ese cerdo y ha fallado. De ordinario a los cerdos se los desangra. Es más seguro y mejor para la morcilla».

Para escribir tales cosas y no digamos para publicarlas (París, 1904) se necesita o bien una tremenda insolencia o bien una seguridad de juicio maniaca. De hecho en la persona de ese príncipe Eduardo se amontonan de una manera especial, y sin contrapartida, las materias putrefactas propias de los tiempos de seguridad. En París se conserva, en memoria suya, un aparato, una especie de silla ortopédica que había mandado construir y que le permitía practicar el coito de la manera más cómoda posible, a pesar de la enorme barriga que tenía. Se enseña ese aparato como curiosidad a los viajeros, en uno de los grandes lupanares, y Morris, que parecía tenerlo por una de las maravillas del mundo moderno, insistió en que fuera a verlo. Aunque de ordinario no rehuyo las

rarezas eróticas, en este caso no pude decidirme — el carácter enteramente mecánico y el confort trivial de esa ocurrencia resultan demasiado repugnantes. Máquinas como esa podrían tener su sitio en los grandes cuadros del Bosco.

Mientras escribo estas líneas contemplo numerosos combates aéreos que se desarrollan en los azules claros del cielo que se abren entre mi cuarto de trabajo e Isernhagen. Tal vez, no tal vez, sino con seguridad, están relacionados esos espectáculos, de manera mágica e incluso causal, con el hecho de que hubiera monarcas como ese Eduardo o como Leopoldo de Bélgica o también, en otro aspecto, como Guillermo II, y no, en su lugar, las últimas espadas de la caballería occidental.

Observado por el ojo de la cerradura las nuevas gallinas, a las que todavía tengo encerradas en el gallinero. El gallo está erguido majestuosamente junto al plato de grano, llama a algunas gallinas para que se acerquen, picotea a otras para que se alejen. Tras la comida se aproxima a él una gallina, tal vez la favorita, se alza sobre las patas y, con picoteos, le toca con toda delicadeza las barbillas rosa y la cresta, mientras el gallo se da importancia — una escena galante.

Kirchhorst, 7 de diciembre de 1944

El jardín hace progresos. Del estiércol que se deja demasiado tiempo al aire libre se dice aquí que *auslodert* [se disipa en llamas]. Un término muy expresivo.

Sobre la distribución de la inteligencia. Está adaptada a la especificidad de los órganos y solo tiene sentido en relación con ellos. El pato, la rana, el pelícano, la azucena — cada uno de esos seres posee su inteligencia especial, que está cortada a la medida de su *habitus.* De ese modo salen adelante. Tanto un exceso por arriba como un exceso por abajo los perjudicaría.

La destacada inteligencia del ser humano parece sobrepasar esa necesidad adecuada; el exceso se explica, sin embargo, porque está correlacionado con unos órganos invisibles. Cuando los órganos metafísicos no funcionan, cuando se atrofian, aparece esa perturbación del equilibrio que estamos viviendo ahora, ya que quedan liberadas grandes cantidades de inteligencia y se dedican a la aniquilación.

A este respecto también lo siguiente: la formación espiritual del trabajador manual ha alcanzado un nivel que sobrepasa las necesidades orgánicas. De esa manera quedan liberadas también en el espacio social unas energías enormes, que tienen consecuencias destructivas. Hay dos vías para remediar eso — o bien la reducción de la espiritualización o bien la creación de órganos nuevos, y estos pueden ser únicamente invisibles. Esa es una de las razones que me mueven a completar con una parte teológica mi libro *El trabajador.*

De las tesis de Weininger la que ha provocado el máximo escándalo es la que dice que no ha de verse un mérito especial en el amor materno. Sin embargo, no es posible quitarle la razón si uno mira la forma en que se comportan con sus crías el petirrojo, el gato, el pelícano. En la esfera zoológica no hay diferencias. La dedicación de los animales es tan maravillosa como la del propio ser humano. Lo que merece veneración se encuentra más allá de eso y presupone un elevarse por encima de las relaciones sexuales, más aún, también por encima de todas las relaciones temporales — consciencia de la unidad última de la sustancia, por encima de todo contacto casual: parentesco en la eternidad.

Kirchhorst, 8 de diciembre de 1944

En el correo, entre otras cartas, la largo tiempo esperada de Ernstel; se encuentra en una pequeña ciudad del norte de Italia. Me alegra que haya ido a parar a ese frente. Escribe que está leyendo *La cartuja de Parma* en una edición francesa.

Por la tarde ha venido, como cada viernes, Hanne Wickenberg. Hemos hablado sobre las auxiliares de la fuerza aérea que la semana pasada fueron matadas en el gran bombardeo de Misburg. Se las encontró unas al lado de otras, en las trincheras, sin señales de heridas externas; lo que se las llevó al otro mundo fue la ruptura de los pulmones. La presión del aire les había arrancado los vestidos y también la ropa interior, de manera que se hallaban completamente desnudas. Un campesino que ayudó a sacar los cadáveres estaba consternado por aquel estrago espantoso:

—Unas chicas tan altas, tan hermosas todas ellas, y pesadas como el plomo.

Kirchhorst, 10 de diciembre de 1944

Asistido a los oficios divinos, visitado luego la tumba de los dos norteamericanos; el único adorno que tiene esa tumba, si se prescinde de unas cuantas flores, son sus cascos.

Melancolía. La necesidad metafísica que el hombre siente merece hoy una atención especial porque la educación está predirigida de antemano a aniquilar esa necesidad, a exterminar los gérmenes mejores. Pero tal vez estén abriéndosele a la citada necesidad unas perspectivas completamente nuevas, desconocidas, como a alguien que hubiese llegado a la cima escalando una pared tenida por infranqueable. Es preciso encolarse a la roca con la propia sangre.

Arras. ¿Se habrá advertido ya que es la ciudad donde nacieron dos regicidas: Damiens y Robespierre? Supongo que sí. A cambio se han firmado en ella también dos tratados de paz.

Cuando en 1493 cayó Arras en manos de los austriacos, estos colocaron encima de una de las puertas la siguiente inscripción:

Quand les Français prendront Arras,
Les souris mangeront les chats.

Sin embargo, cuando los franceses rindieron la ciudad en 1640 lo único que eliminaron de la inscripción, con un cincel, fue la *p.*

Es un ejemplo de que la réplica es capaz de producir un efecto más escueto y al mismo tiempo más ingenioso que no la provocación arrogante. Fue algo que me llamó recientemente la atención en Francia, en la propaganda. Por ejemplo, en los enormes carteles en los que aparecía un trabajador francés que estaba en Alemania delante de una máquina con todos los signos de hallarse satisfecho. Frente a eso la contrapropaganda nocturna se limitaba a añadir con tiza a la figura del cartel un círculo: un anillo nasal.

Kirchhorst, 11 de diciembre de 1944

Cerca de la aldea están excavando trincheras a toda prisa. Al borde del pantano van a emplazar dos docenas de cañones. Aun prescindiendo del redoble de los disparos, eso atraerá sobre nosotros ataques más violentos todavía, más cercanos.

A última hora de la tarde incursiones aéreas con bombardeos. Adviento: en el aire había un «árbol de Navidad» verde. Una pesada bomba ha pasado por encima de la aldea con un bufido infernal y ha ido a estrellarse lejos, tal vez en las cercanías de la autopista. La presión del aire ha abierto todas las ventanas y arrancado las cortinas de oscurecimiento.

En barcos que se hunden, en restos de naufragio a la deriva. Primero se racionan las provisiones, luego los maderos se despegan y comienza la lucha por las plazas. Al final, hundimiento entre restos, cadáveres y tiburones.

Burckhardt tenía ya razón al temer una «putrefacción rápida»; no se fiaba ya del asado.

Estoy leyendo *El mendigo ingrato,* de Bloy, un diario en el que este mendigo disfrazado ha dejado un gran tesoro de consuelo.

Palabras: *Désobligeant,* que en general se traduce al alemán por *unhöflich* [descortés], es propiamente el vaciado de esta palabra, por cuanto describe el estado de ánimo que la descortesía deja en el otro.

Kirchhorst, 13 de diciembre de 1944

Sueños de exámenes. Esta especie de congojas es demasiado clara, está circunscrita de un modo demasiado estrecho como para que pueda basarse puramente en el recuerdo. ¿Por qué, en cambio, retornan tan raras veces y de manera vaga en los sueños impresiones mucho más intensas, como la del combate?

El sueño del examen ha de tener relación con la muerte; en él se esconde la advertencia de que aún no está cumplida, de que aún no está estudiada la tarea de la vida, la asignatura de la vida. El examen final de bachillerato, el examen de madurez —y eso ya me lo contó también mi padre— es el que aparece de preferencia como un fantasma horroroso.

«Oh Dios, pronto cumpliré los cincuenta años y ya he estado en universidades y, sin embargo, aún no he hecho el examen de madurez, el *Abiturium.*»

Es el sueño de las vírgenes necias, del mal padre de familia, del hombre que enterró su talento. Terrible es el sentimiento de que uno no aprobará nunca, y magnífico el despertar precisamente de ese sueño.

Soñado además que estaba contando dinero y que lo hacía en compañía de Friedrich Georg. La interpretación que el pueblo da de eso es que uno tendrá dificultades que vencer. Por cierto que tales explicaciones son casi siempre insuficientes, si bien una parte de ellas se basa en la experiencia, en la inteligencia del parentesco secreto de la sustancia. Los libros de sueños cultivan la simbólica en el sentido de la traducción; los libros de palabras, los vocabularios, lo hacen en el sentido de la mera enumeración, de parecida manera subalterna a como acontece en *La catedral,* de Huysmans.

A este respecto me viene otra vez a la cabeza la hermosa observación de Léon Bloy sobre los ocultistas de esa laya, que para conjurar al Maligno tienen necesidad de rituales, libros de magia y excursiones a zonas remotísimas y extrañísimas, y no ven el satanismo, que salta a la vista, del comerciante de ultramarinos que tiene su tienda en la esquina.

Raras veces llega el correo sin traer malas noticias. La jefa de Correos, una mujer menuda, se acerca a nuestra casa a primera hora de la mañana como un pájaro que cruzase rápidamente el jardín anunciando desgracias. Así hoy ha traído el mensaje de que se da por desaparecido a Edmond, cuya hermana y cuyos hijos viven en nuestra casa — pero es probable que haya caído prisionero.

Friedrich Georg escribe que en el ataque que destruyó en veinte minutos la antigua y bella ciudad de Friburgo ha sido pasto de las llamas también su libro *Las ilusiones de la técnica,* que estaba allí almacenado sin haber sido distribuido todavía. Casi parece que la técnica quisiera mantener en secreto ese libro, pues dos veces se han fundido ya en Hamburgo los tipos de imprenta del texto ya compuesto.

Kirchhorst, 14 de diciembre de 1944

Participaba en la excavación de un enorme nido de termitas. Enormes eran también los esfuerzos; se ponían en movimiento grúas y las excavaciones se asemejaban a las de una inmensa gravera. Aquella construcción oscura, de forma redonda, brillaba en medio de la abrupta pared amarilla. Bandadas de termitas se precipitaban fuera en formación militar; entre ellas veía termitófilos y simbiontes, por ejemplo ciempiés, con dorsos negros, coriáceos, que escapaban arrastrándose sobre sus muchas patas. Yo participaba en aquello como experto, como conocedor de la construcción de tales sistemas estatales.

Emplazamiento de las baterías al borde del pantano. Se van del pueblo las primeras familias. La inminencia de la catástrofe va precedida de esos rumores que son acertadamen-

te descritos por Defoe en su libro sobre la peste de Londres y por Hebbel en su *Judit.* Lo que produce pánico está entonces en los pormenores, en los pequeños detalles. Así aquí se ha divulgado el rumor de que se deben «descolgar los cuadros de las paredes».

Por la mañana en Burgdorf, en la consulta del médico. Es notable la turbación que se apodera de mí cuando me preguntan por los libros que estoy escribiendo. Sin duda se basa en que es difícil transmitir con palabras el sentido de las cosas que hago. Visto en lo absoluto resulta también insignificante, desde luego, el que yo precisamente escriba — podría ejecutar la misma obra también de otra manera, por ejemplo con la meditación. Los libros son virutas, desechos de la existencia. Interviene, en fin, un rasgo secreto, emparentado con lo erótico: es cierto que uno enseña sus hijos, pero no se extiende sobre los detalles de su concepción.

Alto en el bosquecillo de Beinhorn, que es uno de mis lugares espirituales, como lo es en París la Place des Ternes. Allí he tomado la decisión de hacer una segunda lectura completa de la Biblia, en la traducción de Lutero y con el aparato de notas. Espero que con las diversas lecturas vaya haciéndose más tupida la red de los pasajes que me parecen reveladores y que de ese modo surja, con el paso del tiempo, una exégesis para mi uso personal.

Mientras ordenaba papeles he tropezado con la recensión de *Sobre los acantilados de mármol* escrita por Näf y publicada hace ya años en una revista suiza. Si un crítico neutral, al cual no pueden caberle dudas sobre la situación reinante en Alemania, refiere el contenido de ese libro a nuestras circunstancias políticas, en ello tiene que haber por fuerza, si no maldad, sí incuria. En cuanto al estilo me reprocha que casi en cada una de las páginas hay una frase que empieza por la partícula *so* [así], y señala que uno de los máximos adeptos del lenguaje, Mallarmé, borró esa palabra de su diccionario. Para mí eso no es un criterio. En mi sentimiento de

la vida desempeña un papel la partícula *so* — como referencia a algo superior, a algo que ejerce su dominio en los objetos y sus conexiones y que se hace visible a nuestras miradas.

Sobre mi inclinación a empezar las frases con conjunciones y partículas: no solo de la frase como tal hay que exigir que las palabras que en ella figuran guarden entre sí una conexión necesaria. También es ventajoso que se exprese la relación que impera entre las frases: la sucesión lógica, la contradicción, la coordinación, la gradación, la introducción de puntos de vista inesperados. En ese sentido hay palabras de introducción que se asemejan a claves musicales; están destinadas a indicar la tonalidad, la atmósfera de la frase que viene a continuación. Las palabras viven en las frases y las frases viven a su vez en un contexto más amplio.

Considero que el autor tiene el deber de meditar sobre estas cosas; es el mínimo de aseo profesional que puede exigírsele. La única objeción a la que merecería la pena replicar sería esta: ¿no es demasiado digno de veneración el lenguaje como para acercarse a él con semejantes técnicas? ¿No son estas demasiado apropiadas para lastimar lo oscuro, lo inconsciente que vive en él?

A eso hay que decir: lo digno de veneración no es el lenguaje, sino lo inexpresable. Lo que hay que venerar no son las iglesias, sino lo invisible que vive en ellas. A eso es a lo que el autor se acerca con palabras, sin alcanzarlo jamás. La meta del autor queda allende la lengua, esta no la aprehende nunca. El autor lleva con palabras a lo silencioso. Las palabras son su herramienta y lo que hay que aguardar es que la mantenga en orden, que se ejercite en ella sin cesar. El autor no debería dejar pasar una sola sílaba de la que no estuviese contento, pero tampoco debería figurarse nunca que posee maestría. Siempre ha de estar descontento consigo mismo. También habrá de resignarse a que con toda seguridad provocará escándalo precisamente por eso.

Kirchhorst, 15 de diciembre de 1944

Por la mañana y a última hora de la tarde ataques de un carácter amenazador; no lejos de aquí han caído bombas.

Por la tarde visita de Cramer von Laue; ha sido herido gravemente en Italia por segunda vez y ha llegado con muletas. Conversación sobre el atentado y en especial sobre la salud de Kniébolo, que ha quedado muy quebrantada, al parecer. Se dice que su pesar por no haber reconocido al enemigo, por no haberlo «olido», ha sobrepasado todas las demás consideraciones — eso concordaría con ciertos detalles que Kleist me contó en Stávropol y es también el motivo de que yo haya evitado siempre encontrarme con él. Se dice que ha ordenado introducir un nuevo instrumento para exterminar a sus adversarios, una especie de garrote vil. La barraca de los desolladores, esa es la realidad.

En el correo, entre otras cosas, una carta de Ernstel, que pronto afrontará su primer combate. Además, *Las ilusiones de la técnica,* de Friedrich Georg, libro al que ha dado el nuevo título de *La perfección de la técnica.* Me ha mandado uno de los pocos ejemplares de autor que le fueron enviados antes del gran incendio de Friburgo.

«Maldito sea el suelo por tu causa, con fatiga te alimentarás de él todos los días de tu vida» (Génesis, 3, 17).

Este pasaje corresponde a la frase de Hesíodo que dice que los dioses ocultaron a los seres humanos el sustento y que con anterioridad bastaba el trabajo de un solo día para todo un año.

La verdadera abundancia, la riqueza paradisiaca están fuera del tiempo. Allí se encuentra el paisaje de esas grandes producciones inmediatas descritas por el mito e ilustradas por el Génesis. Allí no hay tampoco muerte. Una chispita de la gran luz del mundo de la creación la hemos conservado en el abrazo amoroso — como si nos disparase una ballesta, volamos allende el tiempo. En el mito la victoria de Crono pone fin a esa fuerza primordial. Crono, al mutilar con su hoz de diamante al primer padre de la estirpe de los dioses, lo in-

capacita para procreaciones ulteriores. El papel de Gea es afín al de la serpiente.

Luego Génesis, 3, 24. La expulsión del ser humano del Paraíso no ocurre tanto para castigarlo cuanto para impedir que alargue su mano también hacia el árbol de la vida y viva eternamente. Por ello son colocados los querubines, con sus espadas desnudas, cortantes, ante el ingreso al árbol de la vida.

¿Qué significa esto? El ser humano, en estado de pecado y simultáneamente inmortal, se ha convertido en el demonio del poder violento. De ahí que, si pretende avanzar hacia el árbol de la vida, sea golpeado por el acero del ángel de la muerte, y, en la medida en que pertenece a la Tierra, sea abatido delante de las puertas. Pero en su otra condición, la de *odem,* la de aliento de Dios, regresa a la eternidad.

Kirchhorst, 16 de diciembre de 1944

Por la tarde en Hannover, que está ardiendo desde ayer por la mañana. Las calles se hallaban cubiertas de escombros y de cascotes de metralla, así como de automóviles y tranvías alcanzados por las bombas. Eran un hervidero de gente, que iba atareada de un lado para otro, como en una catástrofe china. He visto pasar a mi lado una mujer a la que le caían por la cara lágrimas del tamaño de gotas de lluvia. También he visto a gente que llevaba a cuestas hermosos muebles antiguos recubiertos de polvo de cal. Un elegante caballero de sienes plateadas empujaba una carretilla encima de la cual iba un pequeño armario rococó.

Luego en casa de mis suegros en la plaza de San Esteban. También allí estaban destrozadas otra vez las ventanas y las puertas, pues una ristra de bombas había devastado los alrededores. Cuando se está de ese modo en el abanico de los puntos de bombardeo se oye cómo el poderoso redoble va aumentando de manera cada vez más horrorosa hasta que, poco antes del impacto, se convierte en un ruido sibilante. Parece, pues, que no es cierto eso que se asegura con frecuencia, a saber: que uno no percibe ya la bomba que le cae

encima. Un espeso polvo de mortero había llenado el sitio en el que los habitantes de la casa aguardaban el final tumbados en el suelo. Hice que me enseñasen ese refugio: un pasillo desnudo y encalado, en el que había siete sillas, como en una sala de espera — tal es el aspecto que tienen las modernas cámaras de tortura.

Regresado por calles que estaban ya casi a oscuras. He vuelto así a recorrer una parte de lo que fue mi camino escolar de 1906 — pero no he pasado, como entonces, al lado de escaparates iluminados y llenos de objetos, sino junto a ruinas de una lobreguez piranesiana. De los sótanos salía el rojo resplandor de los carbones almacenados allí para el invierno. Las gentes seguían pululando. De vez en cuando pasaban junto a una casa en cuyas habitaciones se veía al fuego lamer las paredes y los techos — pero nadie hacía caso de ello.

Kirchhorst, 18 de diciembre de 1944

En el supermercado subterráneo. Las tiendas estaban excavadas en la roca a gran profundidad; una de ellas era la carnicería, que estaba tallada en una vena de mármol rojo con rayas blancas. Se hallaba muy limpia; un torrente de aguas cristalinas, que brotaba espumeante de las grietas, arrastraba lejos los despojos.

Por la tarde de nuevo en Hannover, donde continúan elevándose de las ruinas nubes de vapor. He visto a hombres y a mujeres hurgar entre los escombros y sacar de ellos a tirones algunos objetos. Las aceras estaban bordeadas de muebles, mientras comenzaba a llover. Causa una sensación extraña el ver que las calles se encuentran completamente limpias, barridas con esmero. Un rasgo de orden que sobrevive y que puede enjuiciarse de una o de otra manera. Yo lo he encontrado a medias repulsivo y a medias digno de aprecio.

Mezclados con las bombas que estallan en el acto caen también proyectiles de espoleta retardada; hacen explosión al cabo de unas horas o, si la espoleta es de larga duración, al cabo de unos días. *Est modus in rebus* — en el marco del

mundo de las bombas esos proyectiles encarnan el elemento cómico. Cabe acrecentar más esa comicidad; así, en el ataque que el año pasado se lanzó contra Berlín el día de Nochebuena los proyectiles de espoleta retardada estaban regulados para que estallasen en el momento preciso en que se distribuían los regalos en las familias.

En casa de Grethe Jürgens, en su estudio. Hoy se visita a los conocidos no para ver qué tal les va, sino para ver si todavía existen.

Kirchhorst, 19 de diciembre de 1944

Continuado la lectura del Génesis. Lamec, que ante sus mujeres Ada y Sela se jacta de haber matado a un hombre por una herida y a un joven por un cardenal, y dice que quiere ser vengado no siete veces, como Caín, sino setenta y siete veces. Es un pensamiento genial de Herder el haber relacionado este primer canto de triunfo de la humanidad con la invención de la espada, a la cual se hace alusión poco antes. Lamec es el padre de Tubalcaín, el primer forjador de herramientas de bronce y hierro. Tiene así una enorme superioridad de poder.

Lamec es uno de los titanes, de los superhombres de la cultura cainita; a esta hemos de imaginárnosla en posesión todavía de una gran parte de la fecundidad primordial y llena de un sombrío esplendor. Los sacrificios de seres humanos forman parte de sus festividades; en la corrupción (6, 2) esa cultura alcanza dimensiones extremas.

La cultura cainita es el modelo antediluviano de toda pura cultura de poder. En ese sentido son tardías colonias suyas lugares como Sodoma, Gomorra, Babilonia, Dahomey. Cainitas son los grandes lugares donde se celebran fiestas fratricidas en esta Tierra, como los teocallis mexicanos, el circo romano, las cavernas para asesinatos de la civilización de las máquinas. Cainitas son las banderas rojas, cualesquiera que sean los símbolos que lleven, cainitas son los regimientos de Kniébolo cuya insignia es la calavera, cainita es un navío de

guerra que se jacta de llevar el nombre de Marat, uno de los más grandes carniceros de hombres.

A las mujeres cainitas se las describe como sobremanera hermosas. *Dans l'état de chute, la beauté est un monstre* (Léon Bloy).

Kirchhorst, 21 de diciembre de 1944

Los sueños son espumas — llegadas de lo infinito.

Kirchhorst, 23 de diciembre de 1944

Continuado la lectura del Génesis. Leo al mismo tiempo el *Comentario al Génesis* (1880), de Delitzsch, y *Maimónides. Crítica de la dogmática judía,* de Goldberg. Goldberg toca en su libro algunos asuntos que vienen ocupándome hace tiempo — por ejemplo, qué relación mantendrá el judaísmo con el siglo xx. El suicidio de Weininger se asemeja en este marco a la pérdida de un caudillo en un combate de vanguardia. El judío es eterno — eso quiere decir que tiene una respuesta para todos los siglos. Estoy empezando a apartarme de mi opinión de que el siglo xx es completamente adverso para los judíos y creo que su segunda mitad traerá sorpresas en ese aspecto. A ello apuntan precisamente los horrorosos sacrificios.

A medida que la Escritura avanza los rasgos comunes del ser humano van haciéndose rápidamente más nacionales, más diversos. Adán es el padre del género humano; Abraham, el padre de los pueblos semitas; Isaac, el padre de los judíos y edomitas; Jacob, el padre de Israel.

Jacob no es el más grande de los patriarcas, pero sí el más notable. En su persona se toman varias decisiones importantes. La astuta sustracción de la primogenitura y, en especial, de la bendición paterna encuentra su analogía en el privilegio del Pueblo Elegido frente a todos los demás pueblos. La estancia de Jacob en casa de Labán es el primer exilio judío, y Esaú, el primer antisemita.

Los dioses antiguos están aún presentes de una manera mágica, acaso también compiten entre sí. El rapto de los ídolos de Labán es un robo del *nomos*. Quien los hurta es Raquel, la cual los protege contra Labán, que va en su persecución, mediante un acto tabú: los esconde bajo sí y se vuelve intocable al asegurar que tiene la menstruación. Más tarde se los entierra, junto con los pendientes de las mujeres, al pie de una encina próxima a Siquén. Tal vez sea la misma encina bajo la cual se proclamó rey más tarde a Abimelec (Jueces, 9, 6).

La lucha nocturna de Jacob con el Señor. A este respecto dos pensamientos de índole general:

El ser humano no debería dejarse vencer por poco; es preciso que Dios se imponga a él por la fuerza. Tendrá la tentación de tirarse a tierra por fatiga, de dejarse caer antes de haber sido penetrado completamente, subyugado enteramente por la fuerza de lo alto. Es este un peligro específico de nuestro tiempo, en que la gran amenaza llevará hacia la Cruz a los seres humanos, en masa, pero sin mérito.

Luego: la lucha es nocturna porque el ser humano, desde su caída, no puede soportar el rostro de Dios. Solo en la aurora lo reconoce y recibe su bendición. La noche es aquí la vida humana, en la que con frecuencia se hace sentir cruelmente el brazo del Dios invisible; la aurora es la muerte y en ella aparece su rostro.

Hemos de dejarnos vencer en nuestra condición de racionalistas, y esa lucha es la que está librándose hoy. Dios presenta la contraprueba contra nosotros.

Kirchhorst, 28 de diciembre de 1944

El elemento puramente activo no penetra más que hasta la realidad episódica, pero no llega a la realidad histórica. En ese sentido es justo que se tenga a Colón por el descubridor de América y no a los islandeses, los cuales desembarcaron en aquellas tierras mucho antes que él. Para crear realidad y

fecundidad históricas se necesita un disparo que dé en el blanco porque se apuntó a él, no acertar por casualidad; es preciso que se agregue un ingrediente espiritual que realce el ciego azar.

El eco espiritual de la caricia — un temblor que responde desde la médula más íntima de la vida.

Kirchhorst, 29 de diciembre de 1944

En el jardín, con helada, pero con un hermoso sol. Al mirar el haya, desnuda pero bañada en luz, un sentimiento de secreta alegría: «El verano descansa en su estuche».

He empezado la lectura, muy tempestiva, de los relatos de naufragios; el primero, el libro *Les naufragés,* de Raynal. Describe la robinsonada del autor y de cuatro compañeros suyos tras un naufragio en las islas Auckland, situadas al sur de Nueva Zelanda. Los náufragos vivían de la carne de los leones marinos, muy abundantes en aquella zona, de los peces, moluscos, huevos de albatros y bayas silvestres. Con ese motivo se menciona un árbol que está enteramente cubierto de bayas muy sabrosas de color rojo encendido; tal vez sería apropiado para plantarlo e injertarlo en nuestros jardines. El clima es áspero, las tempestades rugen durante semanas enteras alrededor de los bastiones rocosos, contra los que rompe la marea del océano Pacífico. En un suelo de turba crece un bosque de árboles contrahechos por el viento; pájaros de vistosos colores cruzan rápidamente sus espesuras y entre ellos hay incluso un pequeño papagayo de color gris, que anida en las cuevas y tiene en el pecho como adorno una mancha de color encarnado chillón.

La pequeña comunidad es laboriosa, lo primero que construye con las velas salvadas del naufragio es una tienda, después una choza y un taller con fragua y carpintería; en él surge en el lapso de veinte meses un bote capaz de navegar. Con tal embarcación se consigue hacer en julio de 1865 la travesía hasta la isla Stewart, que queda en la punta meridional de Nueva Zelanda. El autor es sencillo, claro, está lleno

de *common sense.* Menciona como medio que favorece la convivencia la lectura de la Biblia y la oración en común; tiene, en cambio, por peligrosos los juegos de naipes y las bebidas fermentadas. De ahí que tras una disputa se quemen las cartas y se destruya un alambique de destilar.

Este libro merecería ser traducido al alemán; he hecho algunos resúmenes para la obra sobre las islas proyectada por mi hermano Wolfgang, el geógrafo.

Kirchhorst, 30 de diciembre de 1944

Por la mañana visita de un lector cuyo nombre es Rosenkranz. Inclinaciones botánicas, ligadas al conocimiento de la farmacología y la toxicología modernas.

Sentados junto a la estufa hemos hablado de la mescalina; a ese respecto ha contado que le ha escrito una persona que ha perdido la vista, lo ha hecho por hambre de colores, con la esperanza de conseguir una embriaguez óptica. Luego, sobre los diversos modos de preparar la masa de opio en China, en la India, en Persia, en Turquía. A las cápsulas de la adormidera hay que hacerles la incisión en días soleados, solo bajo la influencia de la luz se cuaja la leche amarga transformándose en una fuerza narcótica, solo bajo esa influencia se forma en ella una luminiscencia interior. Además, sobre una droga obsoleta, el *lactucarium,* que se saca de la savia láctica cuajada de la lechuga venenosa. Parece que es especialmente en Zell an der Mosel donde se planta esa lechuga en campos enteros. Los médicos antiguos equiparaban su efecto al del opio.

Kirchhorst, 31 de diciembre de 1944

El último día de este año. Por la mañana en la iglesia, que va desmoronándose no solo en su exterior, sino también en su carisma. Continúa siendo, con todo, el mejor sitio para recordar a los muertos y a quienes están lejos, en el fuego, y asimismo para pensar de forma digna en el propio destino.

Luego desayuno con Hanne Menzel y Perpetua. Una alarma lo puso fin; poco después aparecieron en el cielo azul bri-

llante unas escuadrillas aéreas, mientras la Tierra yacía bajo un deslumbrante manto de nieve. Las nuevas baterías emplazadas cerca de Stelle comenzaron a disparar; al poco tiempo estuvo salpicada de nubecillas la bóveda celeste. Entretanto oleadas de aparatos, que llegaban de la dirección de Grossburgwedel, se dirigían hacia Misburg, de donde pronto volvieron a alzarse enormes humaredas. Las dos estelas condensadas que van pegadas como cortas barbas a los motores despiertan la impresión de una fuerza sumamente comprimida, de una corriente concentrada en la estela de la energía. Por encima de las escuadrillas evolucionaban en amplios círculos y espirales los cazas, seguidos de unos hilos largos, como espiroquetas; se oían sus armas de a bordo en el combate. Uno de los cazas se precipitó primero humeando y después ardiendo en dirección a Bothfeld. Yo he estado en parte junto a la ventana y en parte en el prado, para grabarme unas veces una impresión y otras otra, como alguien ocupado en hacer una gran serie de fotografías.

Kirchhorst, 1 de enero de 1945

Nochevieja, pasada con Perpetua, Hanne Menzel, Fritzi Schultz y Hilde Schoor. El año lo ha inaugurado un discurso de Kniébolo, profundamente emparedado entre los muros del espíritu del odio y de la concepción cainita. Es terrible ese ir hundiéndose en unos espacios cada vez más carentes de luz, ese alejamiento meteórico de la esfera de la salvación. Lo que de esos abismos brota necesaria e ininterrumpidamente es la destrucción, el fuego.

Meditación en la Nochevieja: estamos acercándonos al remolino más interno del Maelström, a la muerte casi segura. De ahí que tenga que prepararme, que equiparme interiormente para pasar al otro lado, al lado luminoso del Ser, y hacerlo con libertad, no forzado, sino con un asentimiento íntimo, con una expectación tranquila ante la puerta oscura. Sin dolor he de dejar mi equipaje, mis tesoros. Pues solo son valiosos por cuanto habita en ellos una relación con el otro lado. La muchedumbre de los manuscritos, el trabajo de los años de maduración — he de habituarme al pensamiento de verlos devorados por las llamas. Lo único que permanece es aquello que no he concebido y escrito para los seres humanos: el núcleo de la autoría. Ese núcleo perdura para la gran peregrinación allende el tiempo. Lo mismo ocurre con las personas y las cosas que dejo — completamente indestructible es lo real, lo divino de mi relación con ellas: el estrato donde las he amado. El más íntimo de los abrazos es solo símbolo, parábola de esa inseparabilidad — allí estaremos unidos en el seno que no se corrompe, y nuestros ojos no serán ya lumínicos, sino que estarán en la Luz.

El nuevo año ha comenzado con cielo azul y con sol. Muy pronto se ha cubierto la bóveda celeste de escuadrillas de aviones que ejecutaban sus complicadas maniobras bajo un intenso fuego. Entre los proyectiles era posible ver algunos que quedaban suspendidos en el aire como copos ardientes. Nuestra casa ha sido sobrevolada algunas veces en línea rec-

ta — las escuadrillas pasaban por encima de ella cual rastrillos letales. Cerca de Schillerslage fue lanzada una de esas señales de humo dentadas que cuelgan desde grandes alturas hasta casi el suelo como cintas indicadoras del blanco. Luego resonaba a intervalos el temible redoble de las bombas; uno tiene cada vez más la impresión de que crean zonas de aniquilación en las que no puede subsistir ya vida ninguna. El objetivo tiene que haber sido Dollbergen, de donde se extrae petróleo.

También a última hora de la tarde ha habido incursiones aéreas con «árboles de Navidad» rojos.

Lamentation de l'epée, de Léon Bloy, aparecida en octubre de 1890 en *La plume.* La espada expresa su asco por los hombres de hoy, que ya no son dignos de llevarla, y amenaza con recobrar su forma primitiva: la de la espada de fuego que extermina a la estirpe entera.

Divisa para una cortina de oscurecimiento: *S'ils ont éteint le jour, qu'ils soient éclairés de la foudre!* Michelet.

Sin duda puede decirse: «la mano de Dios», pero no: «el puño de Dios».

Kirchhorst, 4 de enero de 1945

Lectura: Baader, que me resulta difícil, como todo lo que se deriva de Böhme. Hay algunas imágenes, sin embargo, en las que salta enseguida la chispa, como aquella en que habla de las ventajas que tiene incluso la oración mecánica. Compara la juntura que así se alcanza con la presión a que un carpintero somete a dos tablas rebeldes, hasta que por fin la cola de pegar las une.

Yo diría que la oración mecánica hace surgir un *vacuum,* un hueco, en el transcurso causal del día, y que ese hueco posibilita influjos de lo alto. De ahí que en nuestros días no carezca en absoluto de sentido, como se piensa de ordinario,

la decisión de atenerse, para empezar, y aun sin llamada interior, a una norma de fe. Esa decisión proporciona, antes por el contrario, la mejor abertura de la partida metafísica. A Dios le toca mover ahora las fichas. Véase sobre esto el Evangelio de San Mateo, 7, 7-11.

Ese pasaje es instructivo también porque contrapone el pez, como objetivo y don de la oración, al animal terrestre, a la serpiente. Tales cosas no se fundan nunca en Cristo en imágenes casuales, sino que llegan siempre hasta los cimientos del edificio del mundo.

Kirchhorst, 5 de enero de 1945

Por la mañana en Burgdorf; motivo, el mando del *Volkssturm*, del que debo hacerme cargo. Nos encontramos en una situación en que lo único positivo es la falta de salida. Ello hace que la inteligencia quede remitida a sus bastiones interiores y auténticos. Ahora la salvación es posible únicamente si hay una intervención desde un orden diferente.

Por la tarde he llevado a Hanne Menzel a la estación. A última hora grandes incursiones aéreas. En el refugio. Desde la ventana del desván he visto hervir la ciudad bajo los impactos; por encima del pantano subían las amarillas campanas de fuego de las bombas en cadena.

Mientras estoy escribiendo estas líneas en la tranquila habitación rigurosamente oscurecida suena ya de nuevo en el aparato de radio la monótona voz de la locutora:

«Numerosos aviones están acercándose desde la zona del mar de Steinhuden hacia la capital de la comarca. Es absolutamente necesario atenerse a las normas de la defensa pasiva».

Dios mío, quién hubiera pensado en 1911 en semejantes paisajes. Es algo que sobrepuja todas las novelas utópicas.

A las diez un nuevo ataque con fuego, más violento todavía. Las explosiones han sido tan fuertes que en la casa han caído objetos al suelo.

Continuado la lectura del Levítico. Quien supusiera que son propósitos higiénicos lo único que hay detrás de las prescripciones rituales de los antiguos legisladores se parecería a quien viese el significado de las calles y plazas de una gran ciudad únicamente en su aportación de aire. También eso es verdad, pero solo en un sentido subalterno. Aquí no se trata de la vida higiénica, sino de la vida óptima, la cual incluye *también* el óptimo higiénico, por cuanto el estado sacral abarca y realza la salud natural. En su forma de santidad ese estado roza incluso la inmortalidad — véanse los pasajes en que el rostro de Moisés se vuelve «resplandeciente» y resulta insoportable para los ojos humanos.

Y véase también a este respecto el *Dionysos,* de Walter F. Otto, obra que se cuenta entre mis lecturas de estos días y cuya introducción delata un buen conocimiento de nuestra situación teológica:

«Lo que determina el carácter fundamental de los actos de culto no es que sus primeros ejecutores quisieran atraer a sí algo deseable, sino que poseyesen lo deseable, la cercanía de Dios».

Cabe suponer que Israel intentó eliminar durante el éxodo los fermentos egipcios — sobre esto el documento sustancial es la lapidación del hijo de Selomit (Levítico, 24).

Kirchhorst, 6 de enero de 1945

Mi amigo Speidel me ha enviado desde Freudenstadt la noticia de que está libre. La carta lleva fecha del día de Nochebuena y es uno de los raros mensajes gratos que me llegan. También en Speidel he pensado cada día, lo he hecho con mucha intensidad y espero que con penetración. De Ernstel, en cambio, nada aún. Ese consumirse de millones de personas en la espera de cartas es también una de las características del mundo del terror.

Por la tarde en la ciudad. Las ruinas han vuelto a ser bombardeadas, y con más intensidad todavía; tras el golpe de látigo, el de escorpión. La parte sur de la ciudad estaba ardien-

do; en las casas de la Podbielskistrasse y de la Alte Celler Heerstrasse, que he recorrido en bicicleta, las carboneras de los sótanos estaban incandescentes y los techos se desplomaban desprendiendo chispas. Los incendios ya no llaman la atención, forman parte del cuadro. En las esquinas personas sin hogar envolvían en sábanas los objetos salvados. Una mujer que he visto salir de la puerta de una casa llevaba en la mano un orinal, pero lo único que colgaba del asa era un pedazo. Enormes embudos rodeaban también la estación del ferrocarril, delante de cuyos desnudos vestíbulos seguía montado en su corcel el rey Ernesto Augusto. Dos de las entradas al gran refugio, en el que habían buscado protección veintiséis mil personas, quedaron obstruidas por los escombros; la ventilación dejó de funcionar algún tiempo, de manera que la muchedumbre que allí se apretujaba comenzó ya, en los primeros estadios de la asfixia, a arrancarse del cuerpo los vestidos y a gritar pidiendo aire. Dios nos libre de semejantes ratoneras.

En los andenes había trenes calcinados; el paso subterráneo, del lado de Correos, había sido perforado por una bomba que no estalló y que se encontraba allí en el pavimento.

Vi todavía en pie la casa de mi suegro, en la plaza de San Esteban; por ella había emprendido este viaje de reconocimiento. En cambio su refugio había aguantado varios impactos sin irse al garete. Entre el primer ataque y el segundo muchos hombres habían ido a echar un vistazo a sus hogares y habían regresado a donde estaban sus mujeres con esta frase en los labios.

—La casa ya no existe.

Kirchhorst, 7 de enero de 1945

Tristitia. Antes de despertarme soñado con Cellaris. También a él lo recuerdo cada día — qué no daría yo por que Cellaris tornase a ver la luz, libre física y espiritualmente, aunque sin duda su salud quedará quebrantada para siempre.

En lo hondo del pantano, entre Colshorn y Stelle, hay una barraca solitaria desde la que un soldado dispara «árboles de Navidad» cuando se producen incursiones aéreas nocturnas; lo hace con la finalidad de engañar a las escuadrillas inglesas e inducirlas a creer que aquella es la señal dejada por los aviones de cabeza para lanzar allí las bombas. Ayer Alexander calificó aquello de «pararrayos» — una comparación excelente para un niño.

Comenzado a leer el primer tomo de *Historia de los naufragios,* de Deperthes, París, año tercero de la República. Lo primero que allí se cuenta es la invernada de Barents y su tripulación en 1596/1597 en Nueva Zembla. Luchas con osos polares, que resultaban verdaderamente peligrosas, dado lo imperfectos que eran entonces los fusiles. Esas luchas nos dan una idea de los encuentros del ser humano con los grandes animales de los tiempos prehistóricos. Se describe como venenoso el hígado de los osos polares; su consumición va seguida de enfermedades graves, casi mortales; la piel se cae. Contra el escorbuto, la *Cochlearia,* que en el plazo de dos días cura incluso los casos graves. Se dice que un remedio excelente es también «una ciruela que crece en la tierra» — supongo que se trata de la mora enana.

Kirchhorst, 8 de enero de 1945

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Ocho marineros ingleses, cazadores de ballenas, que en 1630 se alejaron de su barco, el *Salutation,* viéronse forzados a invernar en Groenlandia. Se instalaron confortablemente en una barraca que había servido para cocer el aceite de ballena y se alimentaron principalmente de chicharrones, de los cuales habían quedado allí grandes montones al freír la grasa de las ballenas; también cazaron zorros con trampas confeccionadas con huesos de ballena. El sol desapareció el 14 de octubre y no volvió a dejarse ver hasta el 3 de febrero. El 28 de mayo de 1631 regresó su barco.

El relato se debe al marinero Pelham, uno de los ocho. Cuando leo esos nombres me acuerdo a veces del deseo que Friedrich Georg manifestó en una de nuestras conversaciones nocturnas: el de un registro de las catacumbas, en el que cupiera encontrar el nombre de cada uno de los seres humanos que han peregrinado por la Tierra, junto a una breve semblanza de su destino. ¿Quién sabe si no existirá ya? Pero tal vez en lo absoluto ese registro no es mayor que una hoja cubierta de jeroglíficos: las figuras temporales se asemejan las unas a las otras y lo que proporcionan es la biografía de *el ser humano.* También los millones de libros que se han escrito se reducen, en efecto, a las veinticuatro letras.

Se dice que Langenhagen ha quedado destruido por el ataque de ayer. Cadáveres de ese pueblo llegaron volando hasta la autopista, que queda bastante lejos. También cerca de aquí, en la zona de Altwarmbüchen, cayeron algunas bombas.

Aún sin carta de Ernstel.

Kirchhorst, 9 de enero de 1945

Aniversario de la muerte de mi querido padre, una fecha que voy a recordar siempre.

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Invernada del capitán inglés Thomas James en la isla de Charlton, en la bahía de Hudson. El escorbuto ocasiona la caída de los dientes y la inflamación de las encías. Para obtener verdura fresca sembraron guisantes en una habitación cerrada. El beber nieve derretida causa enfermedades. De ahí que excavasen un pozo cuya agua les pareció «tan suave y nutritiva como la leche». Tras muchos fallecimientos y privaciones, regreso. La descripción de esos sufrimientos causó en los ingleses un efecto tan desalentador que durante treinta años se abstuvieron de emprender expediciones árticas.

Además, la robinsonada de siete marineros que el día 26 de agosto de 1633 fueron desembarcados, con su consenti-

miento, por la holandesa Compañía de Groenlandia en la isla de San Mauricio, con el fin de observar el curso del invierno ártico. El escorbuto minó pronto sus fuerzas, también padecieron un frío tal que hacía que el aguardiente se congelase en los toneles, que las piedras saltasen en pedazos y que el mar pareciese una lavandería. Uno tras otro fueron muriendo; llevaron el diario hasta el 30 de abril de 1634. El 4 de junio regresó la flota ballenera y encontró los cadáveres en las yacijas. Uno de ellos tenía en sus manos pan y queso, de los que había comido poco antes de fallecer; otro sostenía en las suyas una caja de ungüento para las encías y un libro de oraciones.

Sobre la sincronía. Mientras ocurrían esos sufrimientos solitarios fue asesinado Wallenstein en Egger y estaba desarrollándose en otras partes del planeta la Guerra de los Treinta Años.[1] Tales pensamientos me conmueven siempre con especial hondura. Llevan al gran Ojo solar que ve todo, al gran Corazón del mundo.

Kirchhorst, 10 de enero de 1945

A última hora de la tarde incursiones aéreas con violentos bombardeos, una vez que fueron emplazados encima de la ciudad algunos funestos astros de mal agüero. Me quedé junto a la señora Schoor, que no estaba en condiciones de bajar al refugio por causa de una fuerte gripe.

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Se menciona, entre otras invernadas, la de Bering, cuyo barco, el *San Pedro,* naufragó el 5 de noviembre de 1741 ante la costa de Kamchatka. Ya antes del naufragio padecía de escorbuto la tripulación. Muchos murieron al ser llevados de la mal ventilada atmósfera del barco al aire libre — este era demasiado fuerte, demasiado consuntivo, para la llama vacilante de su vida. También Bering falleció, y fue enterrado en la isla que desde entonces lleva su nombre — más aún, todo el mar alrededor tomó de él su denominación. Entre sus oficiales se encontraba, como médico y naturalista, Steller. Los hombres se alimentaban de animales marinos, muy abundantes en

aquella costa, sobre todo de la vaca marina, ya extinguida, que fue bautizada con el nombre de Steller. También fue saludado con alegría el embarrancamiento en la playa de dos ballenas; sus cadáveres congelados se utilizaron como «depósito de carne». Con la habilidad propia de los rusos en la elaboración de la madera se emprendió la construcción de una nueva nave de cuarenta pies de largo, que fue terminada el 10 de agosto de 1742. Con ella se consiguió regresar a Siberia. La participación de Steller otorga a este viaje un rasgo espiritual, académico, con lo cual adquiere enseguida una luz superior la estampa del sufrimiento sordo, tan repetida en estas invernadas.

Kirchhorst, 12 de enero de 1945

¡Ernstel muerto, caído, mi buen niño, muerto ya desde el 29 de noviembre del pasado año! Ayer, 11 de enero de 1945, a última hora de la tarde, poco después de las siete, llegó la noticia.

Kirchhorst, 13 de enero de 1945

Mi querido muchacho encontró la muerte el 29 de noviembre de 1944; tenía dieciocho años. Cayó de un tiro en la cabeza durante un choque entre patrullas de reconocimiento en las montañas de mármol de Carrara, en Italia central, y, según cuentan sus camaradas, murió instantáneamente. No pudieron llevárselo consigo en aquel momento, pero poco después lo recogieron con un carro blindado. Ha encontrado su última morada en el camposanto de Turigliano, cerca de Carrara.

Mi buen muchacho. Desde niño aspiró a imitar el ejemplo de su padre. Y ahora, ya en la primera ocasión, lo ha hecho mejor que él, lo ha sobrepasado infinitamente.

He estado hoy en la pequeña habitación del desván que le había cedido y en la que aún permanecía toda su aura. He entrado allí en silencio, como en un santuario. Entre sus papeles he encontrado un pequeño diario, que comienza con

este lema: «El que más lejos llega es el que no sabe adónde va».

Kirchhorst, 14 de enero de 1945

El dolor es como una lluvia, que primero cae en tromba y luego va calando lentamente la tierra. El espíritu no lo capta de una vez. También nosotros hemos entrado ahora en la verdadera, en la única comunidad de esta guerra, en su fraternidad secreta.

Medito mucho sobre Ernstel. No son pocas las cosas que en su muerte se asemejan a un enigma difícil de resolver. ¿Qué significa el que en el mismo año consiguiese yo arrancarlo a las manos de la tiranía? Eso estuvo bajo signos muy favorables; todas las fuerzas buenas cooperaron, como en una conjura secreta. Pero tal vez Ernstel, antes de su muerte, debía dar ese testimonio y salir airoso en el auténtico empeño, que tan pocos son capaces de afrontar.

Kirchhorst, 15 de enero de 1945

El dormir me hace bien; inmediatamente después de despertarme vuelve el dolor a ocupar su lugar. Me pregunto cómo es posible que durante todas esas semanas pensásemos cada día en el muchacho, y que no nos llegase un eco de la verdad. Queda ciertamente lo que yo anoté en estas páginas el 29 de noviembre de 1944, día de su muerte, tal vez a la hora en que él moría. Entonces pensé enseguida en la muy difundida creencia popular, pero es notable que, a pesar de todos mis intentos de interpretar el sueño de Perpetua, no viera ni remotamente esa posibilidad, que era la más apropiada.

Nos alzamos como acantilados en el silencioso oleaje de la eternidad.

Kirchhorst, 16 de enero de 1945

Ceremonia religiosa en memoria de Ernstel. El superintendente Spannuth la ha celebrado en la biblioteca. Encima de la mesa la fotografía del muchacho, entre ramas de abeto y dos cirios. Como texto, el final del salmo 73 y la frase de su confirmación, Evangelio de San Lucas, 9, 62:

«Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es a propósito para el reino de Dios».

Estaban presentes la familia, los refugiados que viven en nuestra casa y los dos vecinos, Lahmann y Colshorn.

La muerte de mi hijo inserta en mi vida una de las fechas, uno de los puntos cruciales. Las cosas, los pensamientos, los actos son diferentes antes y después.

Kirchhorst, 17 de enero de 1945

Ido a Burgdorf. Al pasar por Beinhorn pensado vivamente en Ernstel. En diciembre del año anterior íbamos caminando por los bosques en medio de la niebla y en aquel sitio estuvimos hablando de la muerte. Ernstel dijo:

—A veces siente uno tal curiosidad por ella que apenas puede aguardarla.

Kirchhorst, 20 de enero de 1945

Cómo intentan los lémures inmiscuirse en esa muerte, cómo tratan, por así decirlo, de devorarla también a ella. Así, el comandante de su compañía, que es el que me ha enviado el mensaje, da por supuesto que Ernstel ha caído «por el Führer». Y eso que le eran bien conocidos los antecedentes del muchacho. Después, el funcionario, que, según la fórmula, había de transmitirme el mensaje «en forma digna» — espantoso. Sí, esas cosas forman parte de nuestra realidad y yo tuve pronto claro que la única cualidad que con ella se coordina con sentido es el dolor.

De la tragedia de los mejores de hoy forma parte la no coincidencia del *ethos* y la *polis* en la acción. Pero en lo infinito esas cosas se cortan como líneas paralelas.

Kirchhorst, 23 de enero de 1945

Sueño a menudo con mi difunto padre y son sueños que están llenos de sentido; alrededor de mi hijo, en cambio, solo hay oscuridad. Es como si en torno a su muerte hubiera un aire de cosa no resuelta, no reconciliada, de algo que aún no hubiera encontrado la paz. Perpetua ha tenido la pasada noche el primer sueño claro del muchacho. Ella estaba en un

hospital y lo encontraba en un pasillo; él se asustaba al verla. Se hallaba ya muy débil y moría en sus brazos; Perpetua oía cómo «caía con un ruido como de lluvia» el sudor de la muerte.

Invasión de Prusia oriental y de Silesia por los rusos. Nuevos esfuerzos para taponar esa brecha, mientras perdura la carnicería en el Oeste. No dejan de ser asombrosas la actividad atlética y la energía de la voluntad; bien es verdad que el único lugar en que esas cualidades se despliegan es en el mal camino y que lo único a que tienden y en que aciertan es lo trivial y cosas peores. Esto no es ya una guerra, y también por ello, según Clausewitz, la política no debería permitir que se llegase a tales situaciones.

Los comunicados anuncian que se ha volado el monumento de Tannenberg y que se ha llevado a lugar seguro el cadáver de Hindenburg. El viejo no encuentra reposo en su tumba; él fue, en efecto, el portero de Kniébolo, el que le abrió la puerta; desde luego le opuso resistencia, pero pensaba aprovecharse de él; Kniébolo demostró ser más astuto.

Kirchhorst, 24 de enero de 1945

Noche abundante en sueños. Me veía a mí mismo en el extranjero en una tierra a la que daban animación aves de colores; estaba en un camino que atravesaba bosques, pero también, a veces, túneles de metro. Llevaba estrechados contra mi pecho, bajo el abrigo, en el lado izquierdo una paloma blanca y en el derecho un murciélago negro. Ambos animales, de los que me era querido especialmente el negro, salían de vez en cuando a volar y regresaban a mí como a su nido. Ha sido un sueño consolador y hermoso.

En estos días he contemplado a menudo fotos de Ernstel y se me han ocurrido pensamientos nuevos sobre la fotografía. Ninguna foto puede competir con una buena pintura en el terreno donde impera el arte y donde son dominantes las

ideas y la consciencia. Pero las fotografías poseen una cualidad propia, más oscura — una foto es en el fondo una imagen de sombra, una silueta. Transmite algo de la sustancia del ser humano, de su irradiación, proporciona un trasunto de él. En ese sentido la fotografía está emparentada con la escritura. Para recordar a alguien hojeamos cartas y fotos. Una buena compañía es entonces el vino.

Kirchhorst, 26 de enero de 1945

Dos semanas han pasado desde que llegó la noticia. Reanudación de los trabajos. He terminado de transcribir el diario de Rodas, ahora queda por hacer la copia en limpio. A menudo tengo la impresión de estar escribiendo sobre un papel que ya empieza a tostarse bajo el soplo de la llama.

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* En el curso de ella me han venido a la cabeza algunos pensamientos de índole general. Así, el barco representa el orden, el Estado, el *status:* cuando se produce un naufragio y los maderos se despegan, con ellos se diluye también ese vínculo y las relaciones humanas descienden al nivel de los elementos. Se convierten en relaciones de naturaleza física, zoológica o caníbal. De la pura física de las fuerzas forman parte las manos cortadas a hachazos, de las que se habla continuamente. Un bote salvavidas tiene cabida para un determinado número de personas; cualquier otra que se agarre a él amenaza con llevarlo a las profundidades. Entonces el *modus in rebus* consiste en que quienes están en el bote recurran a los remos, a los cuchillos, a las hachas para defenderse de la sobrecarga mortal. A veces ese acto se realiza con un barniz de orden; fue lo que ocurrió cuando en 1786 naufragó en un grupo de acantilados de África oriental el *Santiago,* la nave almirante portuguesa. En este caso la tripulación del sobrecargado bote eligió un jefe dotado de poderes absolutos y lo hizo en la persona de un indio mestizo de familia aristocrática. Este se limitó a señalar ligeramente con el dedo a los más débiles, que fueron arrojados inmediatamente al agua. En esas circunstancias lo normal es que la violencia busque los puntos de

resistencia más débil. Así, cuando va a llegarse a la agresión caníbal, los hombres se ponen de acuerdo en elegir al grumete, cosa que también es contada por Bontekoe.

Podría otorgarse el nombre de «capitanes negros» a los dirigentes que los marineros se dan a sí mismos en tales casos o que se imponen a ellos por la fuerza; ellos regulan en general el crimen, la fuerza bruta, a la manera de los piratas. Cuando naufragó el *Batavia* en una isla solitaria de la costa de Nueva Holanda, uno de esos cabecillas, Cornelis de nombre, hizo matar, una vez que se le entregó el poder, a todos los que no se amoldaban a sus planes. Distribuyó el botín, en el que contó también a cinco mujeres que habían formado parte de los pasajeros. Una la retuvo para sí, otra, hija de un embajador, la asignó a su lugarteniente, las otras tres fueron dejadas a los marineros, para su uso común.

El naufragio plantea la cuestión de si existe un orden que sea superior al del Estado. Ese orden es el único capaz de traer la salvación, como se vio asimismo en el caso de los hombres de las islas Pitcairn. Cada tripulación se encuentra aquí en la encrucijada.

La evacuación de Prusia oriental y de Silesia va acompañada de estampas nunca vistas en la historia de Europa: hacen pensar en la destrucción de Jerusalén. La persecución de los judíos tiene sus lados desconocidos para los ciegos hombres que la llevan a cabo; abroga el Nuevo Testamento y difunde la ley del Antiguo.

Kirchhorst, 27 de enero de 1945

Persiste el intenso frío. Por lo que se oye, muchos de los niños huidos de las provincias orientales se han helado en las carreteras o en los vagones abiertos en que eran transportados. Está llegándose ahora a un espantoso ajuste de cuentas a costa de los inocentes.

Por la tarde en el bosque con el viejo Kerner, para marcar árboles, ya que está terminándosenos el carbón. Hemos esta-

do también en el pantano, donde todavía queda un pequeño grupo de abedules que talar. Bajo los hachazos el corazón de la madera salía claro y brillante a la luz — mientras escribía los números he visto en ellos, como en la superficie de un espejo, a mi padre, que fue quien adquirió el bosque. La madera es una materia maravillosa, digna de veneración.

A la vuelta charla con el viejo, en el cual conviven, como en muchos de nuestros campesinos de la Baja Sajonia, una cierta bonhomía y un corazón de bronce. Son naturalezas que pasan por encima de los cadáveres también en el círculo de la propia familia. Kerner me ha contado entre otras cosas una escena de su juventud; a medias borracho, y a medias simulando estarlo, había estado espiando a su mujer, que se encontraba con un amigo suyo, pero aguardó en vano el *fait accompli.*

Kirchhorst, 28 de enero de 1945

En la iglesia, donde se ha celebrado el funeral por Ernstel. Mañana hará dos meses que cayó el muchacho. Para mí él será siempre parte de lo que uno puede llevar consigo: en el estuche más íntimo. *Omnia mea mecum porto* — esa sentencia está hoy más vigente que nunca.

Kirchhorst, 29 de enero de 1945

Continuado la lectura de *Historia de los naufragios.* Es notable el destino de la tripulación de un balandro portugués que en 1688 naufragó en un banco de arena de las islas Calamianas. En aquella inhóspita planicie los supervivientes se alimentaban, durante una mitad del año, de las tortugas marinas que acudían allí a poner sus huevos, y, durante la otra mitad, de la carne y los huevos de los drontes, unas grandes aves marinas que hacían sus nidos en la arena. Esas dos especies animales se relevaban la una a la otra. La estancia en la isla duró seis años, luego las aves dejaron de acudir. Los náufragos, cuyo número se había reducido a dieciséis, se pusieron entonces a construir un bote, o, más bien, una especie de cajón; lo fabricaron con maderas arrojadas a la playa por la marea y lo calafatearon con una mezcla de plumas de ave,

arena y grasa de tortuga. Para atar las tablas se valieron de los fuertes tendones de las tortugas. Con pieles de aves cosieron una vela. Lograron alcanzar con semejante embarcación un puerto del sur de la China, desde donde unos misioneros los llevaron a Macao.

Kirchhorst, 2 de febrero de 1945

Leído pasajes de las memorias del conde de Vieil-Castel, obra sobre la cual tuve hace ya años una charla con Friedrich Georg. Óptica desagrable, que ve en el ser humano únicamente sus puntos flacos y sus rasgos escandalosos. Bien es verdad que en el Segundo Imperio no faltaron motivos para ello. Ya entonces estaban dados todos los presupuestos para la catástrofe en cuyos remolinos estamos girando nosotros ahora. A menudo me asombro de que el desenlace de una guerra como la de 1870 fuera tan benigno —tan benigno para ambas partes, quiero decir— y no degenerase ya entonces. También Bismarck vislumbraba ese peligro y se alegró cuando consiguió tener a buen recaudo la paz.

Kirchhorst, 6 de febrero de 1945

En el correo, cuya mayor parte hace referencia a la muerte de Ernstel, también una tarjeta de Carl Schmitt.

Ernestus non reliquit nos sed antecessit. Cum sciam omnia perdere et Dei sententia qui mutat corda hominum et fata populorum, rerun exitum patienter expecto [Ernstel no nos deja, sino que nos precede. Si sé perder todo y conozco la sentencia de Dios, que cambia los corazones de los hombres y los destinos de los pueblos, aguardaré con paciencia el desenlace de las cosas].

Remitente: Schmitt, soldado del *Volkssturm,* Albrechtssteerofen. Esta tarjeta me ha llenado de desasosiego: me ha hecho ver claro el abrupto cambio que ha acontecido y en el cual millones de seres humanos han sido arrojados estos días a la pura catástrofe, al lodo y al fuego. Puesto que siempre se asocian a tales pensamientos imágenes de algún detalle, en mi recuerdo ha surgido el sillón de seda roja en el que tantas

veces estuve sentado en la casa de Schmitt en Steglitz, cuando a altas horas de la noche contemplábamos, ante una botella de buen vino, el curso del mundo.

Desde la muerte de Ernstel he olvidado anotar las incursiones aéreas y los bombardeos, que no han escaseado en el entretanto. También esta mañana, mientras escribo estas líneas, hay una gran agitación en el aire. Estoy preocupado asimismo por mi hermano Physicus. Últimamente se encontraba en Schneidemühl, ciudad que ahora está cercada.

Hojeado de nuevo los escritos de Chamfort, a propósito del cual puede decirse, igual que a propósito de Rivarol, que hay una especie de claridad atribuible a la esterilización. Pero a ello va asociada una libertad nueva, cuya contemplación *in statu nascendi* proporciona un gran placer. Escritores llenos de ingenio han estado alimentándose de eso un siglo entero.

Ha vuelto a deleitarme la siguiente anécdota: el Regente no quería que lo reconociesen en un baile de máscaras. El *abbé* Dubois le dijo:

—Yo puedo arreglar eso.

Y durante el baile se dedicó a darle patadas en el trasero. A lo que el Regente replicó:

—*Abbé,* me enmascaras demasiado.

Partir en leños: *aufklöben* [leñar].

Kirchhorst, 7 de febrero de 1945

Concluido la lectura de *Historia de los naufragios.* Habría que organizar ese material en un tratado pragmático.

Canibalismo. Tras el hundimiento del *Betsey* en la costa de la Guayana holandesa, en 1756, el timonel Williams, el más robusto de los supervivientes, que estaban a punto de morir de hambre, tuvo la «generosidad» de ofrecer a sus compañeros un pedazo de su trasero para que así, con su sangre, pudieran prolongar un poco la vida.

Donde se llegó a la carnicería fue en el navío norteamericano *Peggy,* que en 1665 perdió la capacidad de maniobrar en un viaje que hacía desde las Azores a Nueva York y fue durante meses juguete de las olas. Tras haber devorado el gato de a bordo, última provisión que quedaba, la tripulación resolvió prolongar, matando a uno de sus miembros, la duración de la vida de los demás. Contra la voluntad del capitán, que estaba enfermo en su camarote, se hizo la elección por sorteo y le tocó la suerte a un negro que iba a bordo como esclavo. Esto permite suponer que el infeliz estaba ya preseleccionado para víctima y que el sorteo fue solo una formalidad. Fue acuchillado en el acto.

El cuerpo del negro proporcionó alimento durante dos semanas. Luego hubo que pensar en una segunda víctima, y esta vez fue el capitán mismo quien dirigió el sorteo, temeroso de que se realizase sin él. Escribió los nombres en unos papelitos, los metió en un sombrero y los agitó. La tripulación miraba en silencio los preparativos, con la cara pálida y la boca temblorosa. En cada rostro estaba impreso visiblemente el terror. Un hombre sacó la papeleta; el capitán la abrió y leyó el nombre: David Flat. A ruegos del capitán se accedió a retrasar el acuchillamiento hasta las once de la mañana siguiente. A las diez, cuando ya se había encendido un gran fuego y colocado encima el caldero, se divisó afortunadamente una vela: era la nave *Susana,* cuyo capitán proporcionó provisiones al *Peggy* y lo remolcó.

Un detalle que hace pensar en una de las novelas de Joseph Conrad: un navío inglés, el *Fattysalam,* destinado al transporte de tropas, hizo agua en 1761 delante de la costa de Coromandel; la avería era de tal magnitud que era previsible el hundimiento del barco en brevísimo plazo. Antes de que se divulgase entre la tripulación tal infortunio el capitán y sus oficiales subieron en secreto a la chalupa que iba remolcada por el barco y abandonaron este a su suerte. Desde una distancia segura vieron cómo en el *Fattysalam* había primero un estallido de pánico, pero luego la tripulación les ha-

cía señas indicándoles que se había reparado la avería. El capitán se inclinaba a regresar, pero sus oficiales lo pusieron en guardia contra ello. Poco después vieron cómo se hundía la nave; la tripulación había intentado con aquellas señas atraer a la chalupa.

Esta colección de naufragios contiene abundantes rasgos de bestialidad inteligente como ese. El estudio de los naufragios proporciona una de las claves de nuestro tiempo. El hundimiento del *Titanic* es el más significativo de sus presagios.

Sobre el barroco guillermino: *Es unterliegt meines Erachtens gar keinem Zweifel…* [No está sometido, según mi estimación, absolutamente a ninguna duda…]

Prueba de estilo sacada de: *Bürgermeister Mönckeberg. Briefe* [Cartas del alcalde Monckeberg], Stuttgart, 1918. En la misma página aparece usado como comparativo *unbedingter* [más incondicional].

Kirchhorst, 11 de febrero de 1945

Durante los oficios divinos tronaron las baterías emplazadas en Stelle — un avión de reconocimiento daba vueltas a baja altura sobre el pueblo, sin duda para sacar fotografías. Dado que vuelve a trabajar la refinería de petróleo de Misburg, habremos de contar con nuevos ataques contra los alrededores inmediatos. En Burgdorf un avión de vuelo rasante ha ametrallado un tren de pasajeros. Veinte muertos.

Kirchhorst, 12 de febrero de 1945

Diariamente siguen llegando cartas que se ocupan de la muerte de Ernstel, y, con ellas, no pocas palabras de consuelo. Así, hoy, el pensamiento de queenuestra vida presupone otro lado diferente; sería exagerado el gasto si solo hubiera nuestra existencia visible.

Versos de Friedrich Georg, que me han traído al recuerdo la infancia de Ernstel en Goslar y en Überlingen:

AUF ERNSTELS TOD

Die Winde fragen nach dem Gespielen:

«Wo bist du?» Und das Echo kehrt wieder.
Der Frühling kommt nun, bald kommt der Frühling.
«Wo bist du, Ernstel? Kommst du nicht wieder?»

Der Harz will grünen. Und auf den Wiesen
In dichten Hecken tönen die Lieder.
Die Amsel ruft dich aus den Gebüschen:
«Wo bist du, Ernstel? Kommst du nicht wieder?»

Er ruht nun. Ach, ihr ruft ihn vergebens
An kühlen Wassern und in den Hainen.
Ihm ward ein früher Friede beschieden.
Wir aber blieben, ihn zu beweinen.

[A LA MUERTE DE ERNSTEL

Los vientos preguntan por su compañero de juegos:
«¿Dónde estás?» Y el eco regresa como respuesta.
Ahora llega la primavera, pronto llegará la primavera.
«¿Dónde estás, Ernstel? ¿Es que no volverás?»

El Harz está a punto de verdecer. Y en los prados
suenan las canciones en los espesos setos.
El mirlo te llama desde los arbustos:
«¿Dónde estás, Ernstel? ¿Es que no volverás?».

Ernstel descansa, lo llamáis en vano
desde las frescas aguas y los bosques.
Se le ha deparado una pronta paz.
Pero nosotros nos hemos quedado para llorarlo.]

Ernstel ha dejado, pese a su juventud, una impresión nítida; eran muchos los que también lo querían. Hoy ha llegado de Carrara la fotografía de su tumba; cada día trae así un eco suyo.

Ziegler me escribe desde Hamburgo que, por disposición particular de Grandgoschier, los periódicos no mencionarán mi quincuagésimo cumpleaños. Esa es también la única distinción a que otorgo valor.[2]

Kirchhorst, 14 de febrero de 1945

Noche intranquila. Los ingleses han adoptado una táctica de desgaste consistente en que algunos aparatos aislados dan vueltas insistentemente sobre la zona y arrojan de vez en cuando una bomba, para que no disminuya la tensión.

Asimismo una alarma sustituye a la otra a lo largo del día. He oído que Dresde ha sufrido un violento bombardeo. Sin duda habrá quedado así reducida a escombros la última ciudad que permanecía intacta; al parecer han sido lanzados sobre ella centenares de miles de bombas incendiarias. Innumerables refugiados han perecido en las plazas.

He estado trabajando en el jardín, en cuyo suelo vi llamear ya ayer el brote rojo de una peonía. También he removido el estiércol debajo del gran olmo. Tiene algo de instructivo y consolador la manera como se descomponen todas las cosas y se convierten en tierra.

Leído en la pequeña edición bilingüe de Heráclito que Carl Schmitt me regaló el 23 de marzo de 1933, y en el estudio de Louis Réau sobre Houdon. Este último es un personaje que me interesa desde que vi su Voltaire en el vestíbulo de la Comédie Française. Es extraordinario el grado de verdad fisonómica a que llega este escultor del rococó; uno siente que en ella se exterioriza la propia verdad interna de esa edad: su núcleo matemático-musical. Un cincel de precisión mozartiana. Sería instructivo un estudio que le comparase con Anton Graff.

Heráclito: «Los durmientes actúan y cooperan en los acontecimientos del mundo».

Lo peor para los alemanes han sido los éxitos — en todas las partidas arriesgadas la ganancia al comienzo es la más peligrosa. Es el cebo, el anzuelo al que queda enganchada la codicia. Esa ganancia induce también al jugador a descubrir sus cartas. Se quita la máscara.

Después de la victoria sobre Francia también la burguesía estaba convencida de que todo se hallaba en orden. No oía ya la voz de los infelices, su *De profundis.*

Por cierto que las potencias occidentales están llegando a una situación parecida. El éxito las hace despiadadas. Así, a medida que sus armas van adquiriendo superioridad pasan sus emisoras de hacer el elogio de la justicia a lanzar amenazas y prometer venganza. La fuerza bruta reprime el lenguaje de la razón. La disposición a concertar la paz está bajo el signo de la balanza: siempre sube uno de los platillos en tanto baja el otro. Ha sido así siempre desde los tiempos de Breno.

¿Quién nos queda después de estos espectáculos? No aquellos con quienes compartimos los goces y nos sentamos a las mesas de los banquetes, sino solo aquellos que sobrellevaron con nosotros el dolor. Esto rige para los amigos, rige para las mujeres y rige, en general, para las relaciones entre nosotros los alemanes. Ahora encontramos un fundamento nuevo, más sólido, para nuestra comunidad.

Kirchhorst, 15 de febrero de 1945

La mañana, sentado a la mesa de escribir, mientras disparaban las baterías antiaéreas y grandes escuadrillas de aviones rugían por encima de la casa. Como en una nave en medio de un fuerte oleaje bailoteaban y temblaban las puertas, los cristales en las ventanas, las copas en los armarios, los cuadros en las paredes.

Por la tarde me he llevado conmigo a Alexander a realizar estudios subterráneos, a fin de aguzarle un poco los ojos. Hemos excavado una topera y un nido de hormigas rojas,

también hemos echado un vistazo a una conejera. El hormiguero estaba construido en el núcleo muerto de un tronco de pino; las cámaras, pasillos y galerías seguían las venas de la madera y así, dejando unos tabiques tan delgados como hojas de papel, habían ido llenando de algo parecido a celdillas el bloque de leña. Aquellas construcciones descoloridas eran de una firmeza delicada, de modo que la mano, cuando cogía un pedazo de aquello, tenía que tirar fuerte antes de reducirlo a fragmentos secos. Al ver aquel hormiguero he recordado la gran narración de mis aventuras con las hormigas, narración con la cual mantenía sin aliento a mis hermanos y a mis hermanas hasta bien entrada la noche, cuando yo contaba quince años. Si alguna vez retornase a mí aquel desparpajo para inventar fábulas, que entonces poseía, las cosas que han ido almacenándose en mí como en un cráter podrían fluir a la manera de un río.

Continuado la lectura del Antiguo Testamento. El canto de triunfo de Débora, Jueces, 5: la terrible alegría festiva suscitada por la sangre humeante. Desde el versículo 28 al 30 el irónico goce por la pena de la madre de Sísara, que aguarda torturada a su hijo, ignorante todavía de que no regresará porque le han traspasado la cabeza con un clavo. Como inaudito hombre de violencia aparece en este libro también Abimelec.

Las montañas son consideradas en general como zonas de retirada, como baluartes de la libertad, donde resiste el pueblo que cede. Pero aquí se encuentra lo contrario: Israel avanza en las montañas y no puede asentar el pie en las llanuras, donde moran poblaciones con «carros de hierro». Tal vez la regla sea que las montañas son propicias a la fuerza más débil, pero más intrépida.

Kirchhorst, 16 de febrero de 1945

Hermoso día. El alto avellano que se alza ante mi cuarto de trabajo se ha engalanado durante la noche con unas lanosas ristras de flores verdiamarillas. Avance de las horrorosas

destrucciones: además de Dresde, también Viena ha sido bombardeada con violencia. Uno tiene la sensación de golpes dirigidos contra un cadáver.

Continuado los trabajos en el jardín y en mi mesa de escribir. Pensamiento: si no se asemejará acaso esta actividad mía a la actividad de esos insectos que a veces encontramos en el camino — vemos a la cabeza seguir moviendo las antenas y comiendo, mientras el tronco está ya separado de ella.

Pero eso es solo una de las caras del asunto; la otra es simbólica, sacramental. Se siembra sin expectativas de que nos esté permitido también recoger la cosecha. Semejante trajín es o bien algo que carece de sentido o bien algo transcendental. En nuestras manos está el determinar cuál de las dos cosas es.

Disidencia junto a la valla del jardín:

Yo: —Está hoy muy animado el aire.

El vecino: —Sí. Se dice que han sido destruidos Osnabrück y Chemnitz.

Pero yo había querido referirme a los mosquitos, que por primera vez jugueteaban este año en el aire.

Kirchhorst, 22 de febrero de 1945

Hoy se ha ido Manfred, que ha pasado aquí algunos días de permiso. Entretanto ha llegado a comandante de una sección de blindados y lleva la Cruz de Caballero. Tampoco le faltan heridas: tiene deformada la mano izquierda y el brazo le ha quedado inútil, destrozado por un proyectil explosivo. Sus ideas, sin embargo, se han aclarado con esa fermentación, con ese terrible paso por el lagar. Estos son los jóvenes que estoy viendo crecer desde hace años.

Me ha dado alegría su manera de enjuiciar la situación; también le he enseñado mi escrito sobre la paz, con lo cual se ha convertido en uno de sus pocos lectores. Charla sobre ese escrito, luego sobre los libros de Schubart y de Tocqueville, así como sobre Rusia en especial.

Ahora nos hallamos en estado de alerta casi continuo. Por la tarde he ido al Prado del Rincón, en parte para vigilar la tala de los árboles y en parte para dedicarme un poco a la caza sutil. Durante ese tiempo grandes incursiones aéreas. Caían silbando cascos de metralla; un proyectil que no ha estallado ha ido a caer con gran violencia en el suelo pantanoso.

Kirchhorst, 23 de febrero de 1945

Por la mañana en el jardín, removiendo todavía con la azada la tierra, he desenterrado una raíz de mandrágora. De talle esbelto, retorcido, y de sexo hermafrodita. Una hembra que era al mismo tiempo un macho. En sus flores el pistilo está formado de manera parecida, uno lo tendría más bien por un órgano masculino que por un órgano femenino. Largo rato he estado contemplando la raíz de mandragora, como un dibujo con sorpresa, en el cual salta a los ojos unas veces una cualidad y otras veces otra.

Kirchhorst, 24 de febrero de 1945

Por la mañana, mientras trabajaba en la transcripción de mi diario de Brasil, incursiones aéreas. Desde la ventana he vuelto a ver cómo se alzaban sobre Misburg humaredas negras y más tarde he oído decir que se había puesto fuego a una fábrica simulada. Burgdorf ha sido alcanzado por las bombas: la iglesia y la casa parroquial están destruidas. Ahora les llega el turno a los pueblos pequeños, que son las últimas moradas de los viejos tiempos. Bandadas de aparatos que vuelan con vuelo rasante hacen compañía a las escuadrillas «para ir a por las aldeas».

Por cierto que durante el día se siente uno menos inclinado a meterse en el refugio; es un signo del papel que la fantasía desempeña en los ataques aéreos.

Kirchhorst, 26 de febrero de 1945

Dos rusos que han estado cortando leña para nosotros le han contado a Perpetua en la cocina que era la primera vez, en los tres años que llevan de prisioneros, que se les daba de

comer en una casa para la que hubieran trabajado. Esto es algo más preocupante que la propia crueldad. Bien es cierto que Rozanov vio ya cosas parecidas en Rusia después de la Primera Guerra Mundial; es un mal generalizado.

Un tiempo tan entendido en energética como el nuestro ha ido perdiendo el conocimiento de las enormes fuerzas que se esconden en un pequeño trozo de pan compartido.

Continuado la lectura del Antiguo Testamento. Si se quiere hacer política a la manera de Kniébolo, debería renunciarse a las frases hueras y emplear el lenguaje de Najas, el amonita (I Samuel, 11, 2).

Saúl y Samuel. El primer emperador y el primer papa.

Pensado en Carus. Le deseo un físico hermoso y un espíritu elevado. A propósito de esto: el primero está siempre presente, testifica en nuestro favor. El segundo, en cambio, tenemos que hacerlo presente: presencia de espíritu. De ahí la ventaja de Afrodita frente a Atenea; en el juicio de Paris hay justicia astrológica. Bien es verdad que a la larga vence siempre el poder más espiritual, y de ahí que hubiera de ser destruida Troya.

Kirchhorst, 27 de febrero de 1945

Meditado sobre los nombres de los colores, que siempre son un poco imprecisos, vagorosos. Así, *weinrot* [rojo vinoso] — hay docenas de tonalidades del rojo vinoso. Parece, sin embargo, que el espíritu de la lengua escoge la relación por la sonoridad de las vocales — la imaginación óptica es estimulada no tanto por la comparación cuanto de manera directa.

En su sonoridad está el que *purpurn* [purpúreo] tenga por fuerza un brillo más oscuro que *scharlachrot* [escarlata]. *Bordeaux* [burdeos] es más claro que *burgunderrot* [rojo de Borgoña] — y no solo en consideración de las sustancias así comparadas, sino también de manera «estereoscópica», por

la magia de los sonidos. Sin el dominio instintivo de estas leyes no hay buen estilo.

Se dice que ha sido bombardeada Überlingen, la antigua, magnífica ciudad. Estoy preocupado por Friedrich Georg.

Por lo que se oye, Polonia recibirá la Alta Silesia y la Prusia oriental como compensación por los territorios cedidos a Rusia. Esto significa que tampoco en la parte contraria piensan hacer las cosas mejor que Kniébolo. Inspira espanto la ceguera de los seres humanos frente a todas las enseñanzas que unas señales de fuego vienen impartiendo tan claramente desde hace años.

Lectura: al cabo de muchos años, otra vez *Là-Bas,* de Huysmans. Este libro ejerció en mí una cierta influencia poco después de la Primera Guerra Mundial; él despertó en mí la tendencia hacia un catolicismo impresionista, que luego quedó soterrada. Hay lecturas que son comparables a vacunas.

Además: *Pitcairn, The Island, the People and the Pastor,* del Rev. Thos. Boyles Murray, Londres, 1860, en conexión con mis lecturas sobre naufragios. En este escrito se dice de los habitantes de las islas Fiyi lo siguiente:

Their horrible habit of feeding on human flesh is the more remarkable, as they excel their neighbours in talent and ingenuity: una de las raras alusiones a que el canibalismo y una cultura elevada no se excluyen. Fue algo que me llamó la atención por primera vez cuando leí *Los dioses blancos,* de Stucken.

Kirchhorst, 3 de marzo de 1945

Por la tarde junto a la valla del jardín que linda con el camposanto, por encima de la cual se asoman las lápidas y las losas de mármol con sus inscripciones. Llevo retrasada la cava del jardín, en parte a causa de la situación general y en parte a causa de la muerte de Ernstel. Por la mañana han estado alternándose las tormentas de nieve y las grandes incursiones aéreas, y más tarde el sol ha brillado algunas veces

en las márgenes de los claros bancos de nubes. También en la tierra se sentía ya el calor; la he hecho pasar por entre mis dedos para extraer las raíces de las malas hierbas que crecen entre las grosellas. En el suelo esponjoso, cultivado de antiguo, la mano coge las plantas que aún están escondidas y las saca sin dificultad, como animales marinos extraídos con la red. Hay ya, bajo el fino manto, una germinación poderosa, por ejemplo en las ortigas, que brotan, en forma de estrella, de los viejos y amarillentos cuellos de la raíz, con una verde pompa. Eso es verdadero poder, más real que mil aviones.

La voz con que atraemos o alejamos a los animales se diferencia según la especie de que se trate en cada caso. La gallina, el perro, el gato, el gorrión, el caballo, la serpiente — para cada uno tenemos unas llamadas especiales, unos sonidos especiales y una melodía especial. Aquí hablamos con lenguas y con el idioma del espíritu de la vida, que está derramado tanto sobre nosotros como sobre ellos.

Kirchhorst, 5 de marzo de 1945

Plantado habas panosas, en la última fecha permitida. Las semillas, planas, son grandes, ovaladas, cobrizas, como monedas de dos peniques; no sin placer las he apretado con el pulgar para enterrarlas en el suelo blando. Con perejil machacado y lonchas de magro tierno proporcionan, cuando son nuevas, un plato nórdico, desde luego, pero sabroso, que ciertamente habrá sido degustado también por Hamann. En Sicilia vi una variedad más chica, más dulce, que se servía en la mesa de la misma manera que los guisantes.

La llegada mañanera de los burros y carros cargados de hortalizas en ciudades meridionales es uno de los recuerdos más intensos de mi vida. Así me acuerdo de la hora en que, desde un balcón de Nápoles, contemplaba yo los manojos de cebollas, puerros e hinojo que se mecían en luminosas cargas verdes y blancas y que iban acompañados de sinfonías, como si pueblos enteros de pájaros se hubieran puesto a tri-

nar. Son estampas que nos recrean y reconfortan, como ofrendas para los ojos.

Kirchhorst, 7 de marzo de 1945

En el correo, entre otras cartas, una de mi hermana Hanne, que escribe desde Leisnig. Dice que la noticia de la muerte de Ernstel ha sido el clarinazo de todos los males que se aproximan. Hace semanas que no llega la menor noticia de mis dos hermanos menores, el geógrafo y el físico, que estaban uno en Schneidemühl y el otro en Crossen.

Hanne escribe también: «Uno puede, desde luego, tachar completamente de su programa la bondad y la humanidad; pero entonces se volverán gigantescas las olas del odio».

En la Biblia, el pasaje sobre la construcción del Templo y su consagración (I Reyes, 6, 7). Es notable la aversión a utilizar hierro para finalidades cultuales y para el servicio religioso. Incluso las piedras son talladas en sitios alejados, para que no se oiga ningún ruido de hierro mientras se edifica. Se hace, en cambio, abundante uso del «bronce». Resulta misteriosa esa aversión; en ella apuntan tanto rasgos conservadores como rasgos morales. El hierro es también un metal cainita y la base fundamental del poder sobrehumano.

Da que pensar, sin embargo, el escaso escándalo que ha provocado la introducción de la electricidad en nuestras iglesias. De todo culto forma parte el incorruptible sentido levítico de la pureza de las sustancias e instrumentos usados en las ofrendas. Desde luego ese sentido no debería proceder, como ocurre en Huysmans, de estómagos estropeados.

Kirchhorst, 9 de marzo de 1945

Sobre el estilo. Mi repugnancia a que aparezcan números en el texto — con la única excepción de las fechas y de las páginas de textos citados. Fundamentalmente se basa en que siento aversión por todos los conceptos preformados, alejados de la intuición, y entre ellos están los números, a excepción precisamente de los de los años; en ese caso poseen ver-

dadero cuerpo. 1757, 1911, 1914 son magnitudes intuibles. En cambio me repugna escribir: 300 caballos, 256 muertos, 100 árboles de Navidad. Las cosas no desean ser vistas con los ojos de la estadística.

De esto mismo forma parte también mi horror por el sistema decimal en todo escrito no técnico. Palabras como centímetro, kilómetro, kilogramo me suenan a mí en la prosa como les sonaba a los levitas el ruido del hierro durante la construcción del Templo. Si uno se esfuerza en evitar esas palabras, retorna a la intuición: el pie, la vara, el palmo, la braza, el tiro de piedra, la hora de camino son magnitudes de índole natural.

Eso mismo rige para todos los conceptos de moda y para todos los giros coloreados por el momento; quienes contribuyen a formar semejante léxico son especialmente la política, la técnica y las relaciones sociales. Se trata de uniones fugaces de la materia lingüística, y un espíritu se clasifica por el grado en que sucumbe a ellas. De eso forman parte también las abreviaturas; es preciso o bien evitar los giros acuñados de esa manera o bien darlos en su forma original — entonces se los escribirá con todas las letras.

Rivarol. He comenzado a traducir sus *Pensamientos y máximas.* Acaso hasta hoy no esté acercándose nuestra lengua alemana a la fluidez adecuada para fundirse en semejantes formas. Eso implica ciertamente una pérdida de energía potencial.

Una vez más ha vuelto a hacer mis delicias esta frase: *Un livre qu'on soutient est un libre qui tombe.* Su perfección se basa en la congruencia, en el ajuste absoluto de su cualidad física y su cualidad espiritual. Ese equilibrio es una de las características de la prosa excelente en general.

La muerte se ha acercado ahora tanto que se la tiene en cuenta aun en las decisiones más insignificantes — por ejemplo, la de hacerse o no hacerse empastar un diente.

Continuado la lectura de los Libros de los Reyes. El capítulo tercero del libro segundo permite echar una ojeada a la horrible pompa del mundo mágico. Los reinos aliados acosan al rey de los moabitas delante de su ciudad. En ese apurado trance reúne setecientos hombres armados de espada para lanzar un ataque contra la persona del rey de Edom, a la manera asiática descrita con todo detalle por Jenofonte. Esa empresa desesperada fracasa y entonces el rey inmola con sus propias manos a su hijo primogénito sobre los muros de la ciudad, ofreciéndolo como holocausto. Ningún poder, por grande que sea, es capaz de hacer frente a ese terrible conjuro; este contrapesa incluso la ayuda prestada por Jehová: «Por eso sobrevino gran cólera a los israelitas, que se retiraron de aquel país y volvieron al suyo».

La inaudita realidad de esos hechos se me impone a veces con gran fuerza — cuánto más reales son ellos que no la teoría de Darwin o el modelo atómico de Bohr. Pero tal vez, pienso luego, es precisamente en esa irrealidad de nuestro mundo, en su carácter absolutamente fantástico, en su espiritualidad gótico-tardía, donde reside su más auténtico mérito.

Kirchhorst, 13 de marzo de 1945

Elías. Eliseo. Los milagros obrados por estos hombres de Dios son los modelos, los vaciados de los milagros cristianos. En los primeros es todavía mágico lo que en los segundos es carismático. La fuerza está asimismo al servicio del mal: permite que unos osos despedacen a unos niños o hace que se cubra de lepra el cuerpo del criado infiel.

El parecido de ambas clases de milagros es, sin embargo, evidente; de ahí que haya también entre los discípulos algunos que ven en Cristo al Elías regresado a la Tierra. Pedro, sin embargo, acierta a expresar la diferencia: «Tú eres el hijo de Dios».

Hay en el Nuevo Testamento pasajes en los que el milagro carismático no se ha disociado completamente del vaciado

del milagro mágico; por ejemplo, la anécdota de la moneda que se encuentra en la boca del pez.

Kirchhorst, 14 de marzo de 1945

Cumpleaños de Perpetua. Al mismo tiempo han llegado nuevos refugiados a nuestra casa, que va pareciéndose cada vez más a un bote salvavidas en la proximidad de barcos que se hunden. Perpetua muestra estar a la altura de tal concurso de gente — los medios aparecen afluir a ella en igual proporción en que los distribuye. Siempre queda algo — en eso reconozco yo la auténtica relación con la abundancia, con la fecundidad.

Mucho correo. Friedrich Georg me tranquiliza con una de sus reconfortantes cartas, en la que también confirma, ciertamente, que Überlingen ha sido bombardeada. Durante esos momentos de peligro se encontraba de visita en casa del filósofo Ziegler. Reconozco en su relato los rasgos que le son peculiares.

«Fueron matados hombres y destruidas casas. El aire estaba perfumado con el aroma de tuyas, cipreses, árboles de la vida, abetos y otras coníferas, cuyas ramas y verdor habían sido segados y machacados por los cascos de metralla.»

También me dicen de Leisnig que ha escrito mi hermano Physicus; otro peso que se me quita de encima.

Rosenkranz, que me abastece abundantemente de literatura, me envía un manuscrito del legado póstumo de Georg Trakl; lo reenviaré a Friedrich Georg. No he encontrado en él nada nuevo, pues la lírica de Trakl se asemeja a las rotaciones de un caleidoscopio de sueños, rotaciones que repiten tras el cristal opaco, en un resplandor de claro de luna, monótonas configuraciones de pocas, pero auténticas piedras.

Kirchhorst, 15 de marzo de 1945

Por la mañana a Burgdorf, al dentista. Mi pronóstico no parece completamente desfavorable, por tanto.

Espléndido tiempo primaveral — al pasar por el bosquecillo de Beinhorn he pensado en Ernstel, como siempre, y en

que ahora él ya no ve los prados y las flores terrenales. Su muerte trae a mi vida una experiencia nueva: la de una herida que no quiere cerrarse.

En estos días de primavera millares de afodios rojos cruzan el aire en enjambres. Los élitros son aún de un brillante rojo de lacre, aún no tienen ese sucio color pardo rojizo que mostrarán en los próximos meses. También hoy he visto revolotear por el aire legiones de ese insecto; la carretera estaba ya cubierta de un enorme número de ellos, aplastados por los pies de los caminantes o por las ruedas de los vehículos. Semejante aparición masiva en espacios inanimados hasta ahora es algo que hace pensar — suscita la cuestión de la imagen primordial, del arquetipo, que se propaga con fuerza inaudita en esas miríadas de ejemplares. El fenómeno se asemeja al velo rojo, a la nube roja en torno a un polo invisible. Eso era lo que provocaba la curiosidad de Ernstel cuando en estos campos me dijo que apenas podía aguardar la muerte, como si se tratara de una fiesta misteriosa.

Por cierto que en cada procreación se produce un contacto con el arquetipo, una transustanciación, que florece de la carne. Novalis:

Sie wissen nicht,
Dass du es bist,
Der des zarten Mädchens
Busen umschwebt
Und zum Himmel den Schoss macht.

[Ellos no saben
que eres Tú
el que flotas en torno al seno
de la delicada doncella
y haces de su regazo un cielo.]

Durante todo el trayecto estuvieron sobrevolando la zona escuadrillas aéreas que, con un brillo plateado, pasaban retumbando como carros de guerra titánicos. Pero era tal el vi-

gor con que yo sentía la primavera que también aquello me alegraba. Vida poderosa por doquier.

En la sala de espera lectura de Kipling, cuyo tardío dandismo va asociado a un buen conocimiento de todo lo que de moralidad y también de amoralidad es necesario para ejercer el dominio. Una aleación buena: de los antepasados germánicos, la vasta consciencia de poder, dominadora del espacio; de los romanos, la dote formal y social; y luego, tal vez de autóctonos celtas asimilados, un suplemento metafísico todavía — una especie de *second sight* de los misterios del mundo, con sus pueblos, archipiélagos y paisajes.

Entre los germanos son los alemanes los que más desfavorablemente se han mezclado, al menos en lo que se refiere a la fundición común — en ellos es mayor, en cambio, la probabilidad de que entre la escoria de los crisoles se encuentre un gran diamante, un Kohinoor.

A la vuelta he entrado en el vivero. La clavellina, o, como se llama en alemán, el «corazón ardiente», una de mis flores preferidas, había perforado ya el blando suelo de los bancales, lo había hecho con dientes de jade finísimos, en los que brillaban ya rojizas puntas de jaspe. La fuerza, el espíritu terrenal de tales formaciones es hechizador, es extraordinario. Son órganos en el regazo de nuestra buena Madrecita, de la vieja Tierra, que es siempre todavía la más joven de las hembras de falda roja — digna sin duda de que nuestro cuerpo entero se funda con ella al concluir el gran espectáculo.

A última hora de la tarde, mientras estoy escribiendo estas anotaciones, uno de los más violentos ataques aéreos contra Misburg. Aviones de reconocimiento han trazado primero una verdadera avenida de señales luminosas de color amarillo naranja y luego han seguido los bombardeos.

Kirchhorst, 18 de marzo de 1945

Regresaba a casa como piloto de automóviles de carrera con una gran copa en la mano, y le gritaba a mi esposa que preparase la mesa en el jardín, pues aguardaba invitados:

—Coloca encima esta copa, y los premios que están en las vitrinas, y puedes añadir también algunos de los lazos y de esos trastos de laurel que cuelgan de las paredes.

Yo estaba rendido y, con todo, tenía los modales del campeón engreído, pero que depende enteramente de la opinión de la masa, de sus aplausos.

Cuántas veces me ha resultado desagradable, al despertar, esta intromisión mía tanto en las costumbres como en el carácter de una existencia completamente ajena, más aún, opuesta.

Acabado de leer: *À rebours.* Dicho teológicamente, los méritos de Huysmans no van más allá de un intento de romanticismo tardío. Y lo que a él lo empuja a retirarse a los viejos bastiones es una náusea estética, pero no una náusea moral. En esto Léon Bloy, que por cierto es mencionado ya en *À rebours,* posee una fuerza incomparablemente mayor. Huysmans ha tenido, sin embargo, unos efectos significativos, ha pescado en charcas y desagües a que no llega ninguna otra red. Pues con frecuencia es de estados morbosos, de influencias neuróticas de donde brota la chispa inicial para tener revelaciones en cuyos ámbitos no existen diferencias de salud. También aquí en el aparador son las copas más delgadas las que primero se balancean cuando se acercan las escuadrillas de aviones.

En las regiones del estilo puede decirse algo parecido de la paleta con que Huysmans colorea su prosa. En esa inaudita mezcla y delicuescencia de los colores, en esas remotas fiestas de la retina es la *décadence* la que celebra triunfos, y son compases de corcheas y semicorcheas de una sensibilidad nueva los que se despiertan. El afán de espiar y describir, a orillas de lo invisible, los últimos destellos lleva a veces a una prosa que hace pensar en Sade y que evidentemente ha pasado por su escuela. Qué diferencia entre esa escala y la escala de un Memling, por ejemplo; la de este último se des-

pliega en los puros colores de las piedras preciosas, en el claro espectro del arco iris.

Pero las descomposiciones de gran estilo son también meritorias, pues en la pura literatura no hay un orden jerárquico de primitivismo y *décadence,* como tampoco lo hay de moralidad e inmoralidad. Lo único que hay es la percepción y el objeto, el ojo y la luz, el autor y el mundo, y, entre ambos, la expresión óptima, que nunca pasa de ser una ofrenda.

Kirchhorst, 19 de marzo de 1945

Otra vez en Burgdorf. Hacía un poco de fresco, de ahí que también haya visto solo algunos ejemplares sueltos de afodios rojos; ya no estaban tejiendo telarañas de cristal en el aire. A veces me gusta pasar revista en mi espíritu a la legión de los coprófagos; hay en ese mundo variopinto el gremio más inofensivo, que ni siquiera se alimenta de hierbas, sino que se limita a retirar los restos digeridos de hierbas. Es una vida como de santo; y, de hecho también se ha canonizado al escarabajo. Son notables las antenas, cornamentas y protuberancias de los animales; se encuentran en muchas especies herbívoras. No son tanto armas cuanto morriones de la fuerza de la madera y de las raíces. Hay también, finalmente, especies que exhiben colores magníficos, verdaderas piedras preciosas — así me acuerdo de que en Rodas, en la linde de un campo, vi descomponerse en una media docena de brillantes esmeraldas el cagajón de un asno que yo había rozado con el pie: era una especie verde de *Onitis,* que estaba merendándose el cagajón. Esa es la verdadera alquimia de la Gran Madre, que forma diamantes con los excrementos y destila de la descomposición vida de oro.

Meditado en el trayecto sobre sistemas políticos en que la vida progresista y la conservadora lograran un ajuste entre sí — son los únicos sistemas de los que cabría aguardar mejoras. Así, la concentración imperial de las unidades históricas en grandes espacios tendría que fomentar al mismo tiempo los intercambios y tranquilizar la tierra, hacerla en cierto

modo «baldía». Es preciso que con el engranaje más exacto de los medios técnicos, el supremo de los cuales es el Estado mundial como *machina machinarum,* vayan coordinadas una independencia y una libertad crecientes de las zonas orgánicas. Patria y matria. El orden nuevo ha de asemejarse a un reloj lleno de sentido, en el cual la rueda principal de la centralización mueva las pequeñas ruedas de la descentralización. La significativa innovación está en que las fuerzas conservadoras no trabajan ya como un freno, sino como un resorte.

Cabría aumentar la universalidad del derecho de voto incluyendo en él, además de a las mujeres, también a los niños, que estarían representados por sus padres. En eso habría al mismo tiempo un mayor liberalismo y una mayor solidez, un cerrojo contra la influencia de radicalismos puramente espirituales o literarios, influencia a la cual están mucho menos sujetos los varones casados. Es preciso que vuelvan a sobresalir los *patres.* También el campo volvería a tener mayor influencia frente a los partidos de masas de las grandes urbes, que hoy operan de manera arrasadora.

Podría haber asimismo una desamortización de las abstenciones, contándolas como votos en favor del gobierno, pues es lógico suponer que un votante que es demasiado comodón como para molestarse en acudir a las urnas no está descontento con las circunstancias imperantes. Los que no votan encarnan el elemento sedentario, que tiene su valor propio.

Los discursos en los parlamentos tendrían que ser leídos, como en los tiempos de Mirabeau. Eso reforzaría los argumentos, pondría freno a la retórica vacía. También debería reflejarse en los parlamentos la composición sustancial del pueblo, y no la espiritual. En la medida en que se imponga la práctica a costa de las teorías se atajará también la influencia de personajes inestables.

Ahora estoy leyendo a Petronio en la congenial versión que de su obra hizo Heinse. De todos los personajes que salen en la novela el más logrado es el de Trimalción; constituye uno de los grandes aciertos de la literatura universal y lleva también la infalible característica de esta: la validez para todo tiempo y todo lugar. Veremos aparecer figuras trimalciónicas siempre y en todas partes donde, con una autoridad debilitada, tengan éxito las grandes especulaciones financieras; es algo que con toda probabilidad ocurrirá también después de esta guerra. Así como Homero describió el tipo de hombre que regresa al hogar, así Petronio describió el tipo de hombre que saca ganancias de la guerra; ese es su gran mérito. Petronio es el autor de una *species nova,* de una «buena» especie.

Kirchhorst, 20 de marzo de 1945

Por la mañana Alexander, que está en cama resfriado, me ha enseñado un cuento que ha escrito; en él cinco aprendices se convierten en ranas por arte de magia.

Al mediodía almorzado con Perpetua y Hanne Wickenberg, pues era día de gran colada. He contado algunos chistes con un humor que Hanne ha calificado de *wählig,* adjetivo típico de la Baja Sajonia y que se aplica a una especie de bienestar con una punta de erotismo.

Luego, en el jardín, me he ocupado de las malas hierbas, cuyas raíces y brotes es preciso extraer, para que no se rompan, poniendo en ello más cuidado incluso que al sacar la filaria de Medina.

Por la noche volvía a aparecérseme Kniébolo, al que cedía una habitación para que celebrase una reunión con ingleses. El resultado era el anuncio de la guerra de gas. Yo me daba cuenta de que Kniébolo sacaría necesariamente provecho en todos los casos, pues había alcanzado un grado tal de nihilismo que lo situaba fuera de los partidos — cada muerto, fuera del lado que fuera, representaba una ganancia para él. Asimismo me hacía esta reflexión: «Sí, por eso mandabas fusilar

también tantos rehenes, pronto sacarás de ellos un interés del mil por uno, a costa de los inocentes».

Y, por fin, también: «Pronto has conseguido todas las cosas que desde el principio codiciabas».

Todo esto en una atmósfera de náusea casi desinteresada, pues el techo de mi casa estaba ya destruido por los proyectiles y me fastidiaba que cayese lluvia sobre mis insectos suramericanos. Bien es cierto que con ello se volvían también blandos y dúctiles y aun me parecía que se instalaba en ellos la vida.

Kirchhorst, 21 de marzo de 1945

Cuando, después de uno de los primeros días cálidos, hay un atardecer marceño álzase de los surcos de un campo abonado semanas antes con estiércol un vaho que posee una fuerza enorme. Los elementos de que está compuesto ese vaho son: un densísimo vapor animal, que subraya la putrefacción, pero luego también una vida en fermentación, con su fecundidad, que mueve legiones de gérmenes. Es un olor en el que se funden la melancolía y la alegría desbordante y que hace que las rodillas se doblen. Es el radical celo amoroso de la Tierra y de su regazo, de la *terra cruda nuda,* de la cual proceden todos los aromas de las flores. En ella habita también de manera directa la salud, la fuerza vital, y no sin razón recomendaban los médicos antiguos, en el caso de dolencias consuntivas, dormir en establos de vacas.

Kirchhorst, 24 de marzo de 1945

Se marchitan las campanitas de nieve y los crocos, pero a cambio florecen las anémonas, las violetas y los narcisos amarillos.

Estoy leyendo los poemas de Johann Christian Günther, que se encuentran desde hace mucho tiempo entre mis libros en una bella y antigua edición hecha en Breslavia. Es un alimento vigoroso, en cierto modo la raíz de ginseng del Barroco. A lo que se agregan observaciones como la siguiente, por ejemplo:

Und damit lag zugleich ihr Haupt in meinem Schoss.
Der Zephir riss vor Neid den halben Busen bloss,
Wo Philomen sogleich, so weit sie ihm erlaubte,
Der Schönheit Rosenknopf mit sanften Fingern schraubte.

[Y con esto la cabeza de ella reposó enseguida en mi regazo.
El céfiro le desnudó por envidia la mitad del seno,
y en él Filomeno, hasta donde ella se lo consintió,
pronto retorció con suaves dedos al botón de rosa de la belleza.]

J'espère que les chases s'arrangeront.

Palabras de despedida de mi peluquero parisiense el pasado mes de agosto. Si bien no se ajustaban completamente a la situación, estaban dichas con buena intención y eran, si se las entiende bien, un ejemplo de la mejor razón francesa.

Kirchhorst, 25 de marzo de 1945

Resplandeciente mañana de domingo, hasta que aparecieron grandes escuadrillas aéreas y bombardearon en Hannover un depósito de petróleo o de caucho; la humareda oscureció el cielo, como en un eclipse de sol.

En las cartas que llegan de las zonas situadas más al oeste se nos advierte contra los aviones que vuelan bajo, pues su aparición representa un peligro sobre todo para los niños.

Novalis, en los *Himnos a la noche:*

Die Lieb ist frey gegeben
Und keine Trennung mehr.
Es wogt das volle Leben
Wie ein unendlich Meer…

[El amor anda libre
y ya no hay separación.
La vida plena se agita

como un mar infinito…]

Al desmoronarse las separaciones viénense abajo también los conflictos terrenales. La separación y los celos. A este respecto, la soberana respuesta dada por Jesús a los saduceos, cuando le preguntaron a quién se uniría tras la muerte una mujer que había tenido muchos maridos. Avanzamos hasta el supremo elemento espiritual del amor, del cual es solo una parábola todo contacto terrenal.

Cum enim a mortuis resurrexerint, neque nubent, neque nubentur, sed sunt sicut angeli in caelis. [Pues cuando resuciten de entre los muertos, no se casan ni ellos ni ellas, sino que son como ángeles en los cielos.]

Kirchhorst, 28 de marzo de 1945

Tropas inglesas y norteamericanas se encuentran en Limburgo, en Giessen, en Aschaffenburg y en las afueras de Frankfurt.

Por la mañana incursiones aéreas, durante las cuales estuve trabajando en parte en el jardín y en parte en la mesa de escribir, mientras pensaba que cada uno de esos redobles de tambor que siguen a los silbidos de las bombas han llamado a la muerte a docenas y tal vez a centenares de seres humanos y que lo han hecho en un puro paisaje de espanto, sin alturas desde las que pueda darse la *absolutio in articulo mortis.*

También es preciso tener presente que esa carnicería provoca satisfacción en el mundo. La situación de los alemanes es ahora exactamente igual que lo fue la de los judíos en Alemania. Pero eso es mejor que verlos disponer de un poder injusto; de su miseria sí puede participar uno.

Kirchhorst, 29 de marzo de 1945

Mi quincuagésimo cumpleaños. Es la mitad de la vida, si no se la mide con la vara, sino que se la pesa con la balanza. Pero en este siglo es también una edad avanzada, si se piensa en la larga y peligrosa subida, especialmente de quien no se ha tratado a sí mismo con miramientos y ha estado en las

dos grandes guerras en puestos de peligro — en la primera, en los remolinos de la batalla de material, y durante la segunda, en los oscuros y peligrosos vericuetos del mundo de los demonios.

El nuevo año de mi vida ha comenzado con una solitaria guardia nocturna durante la cual me he preparado una pequeña fiesta con las siguientes lecturas:

1. El salmo 73.

2. *Urworte, orphisch* [Protopalabras, a la manera órfica], de Goethe.

3. *Gründonnerstag* [Jueves Santo], de la Droste-Hülshoff.

4. *Trost-Aria* [Aria de consolación], de Johann Christian Günther.

El poema de la Droste parafrasea uno de los viejos, secretos escollos de mi vida y contiene al mismo tiempo una enérgica exhortación a la modestia. Se ha ajustado así especialmente bien a esta doble ocasión de que hoy sea mi cumpleaños y sea también Jueves Santo.

El *Aria de consolación* contiene asimismo pasajes maravillosos, como este:

Endlich blüht die Aloe;
Endlich trägt der Palmbaum Früchte;
Endlich schwindet Furcht und Weh;
Endlich wird der Schmerz zunichte;
Endlich sieht man Freudenthal,
Endlich, endlich kommt einmal.

[Por fin florece el áloe;
por fin da frutos la palmera;
por fin se esfuman el miedo y el sufrimiento;
por fin queda aniquilado el dolor;
por fin se ve el valle de la alegría,
por fin, por fin esta vez llega.]

Por la tarde ha venido Rosenkranz; con él he plantado en el jardín una mata de lilas, como cebo para las mariposas; más tarde ha llegado el general Loehning, que ayer perdió su vivienda y todas sus pertenencias en Hannover. Pero tales cosas apenas conmocionan hoy más que antes una mudanza. Perpetua nos ha servido una cena abundante, y no solo ha sacado vino, sino incluso una botella de champán, de manera que hemos banqueteado muy alegremente.

Kirchhorst, 1 de abril de 1945

Los norteamericanos han llegado a Brilon y a Paderborn. Fuera, en la carretera, va creciendo esa especie de intranquilidad, de fiebre, que caracteriza el acercamiento del frente. Los campesinos empiezan a enterrar los objetos de plata y los víveres y se preparan para marcharse al pantano. En la parte opuesta del pueblo están excavándose trincheras defensivas. Si, como está proyectado, se entabla un tiroteo entre las grandes baterías emplazadas en Stelle y los tanques que avancen por la carretera de Celle, habrá llegado entonces el fin de estos pueblos y estas granjas, que sobrevivieron a la Guerra de los Treinta Años. He recorrido la casa y sus habitaciones, especialmente el cuarto de trabajo y la biblioteca.

Ernstel. La muerte de un miembro de la familia puede ser también algo así como enviar un centinela avanzado en el momento en que se aproximan grandes peligros. Pues allí reina la visión clara; pero nosotros no conocemos la situación.

Empezado a leer: *De cadete a mariscal*, de Evelyn Wood, especialmente para instruirme sobre la flota inglesa, que es una de las grandes instituciones y uno de los grandes talleres de troquelado de nuestro mundo, parecida a la Orden de los jesuitas, al Estado Mayor prusiano y a la ciudad de París.

El libro empieza con el sitio de Sebastopol; Wood participó en él como cadete de una de las baterías desembarcadas del *H.M.S. Queen.* En el curso de mis lecturas de los últimos años he tropezado varias veces con descripciones de ese episodio, como, por ejemplo, las escritas por Tolstói y por Galliffet. No es casual que el lado propiamente duro y doloroso de la guerra moderna —aquella de sus cualidades en la que esta se convierte enteramente en sufrimiento— se anuncie de manera temprana y poderosa en todos los conflictos en que interviene Rusia. Es algo que puede entreverse ya en 1812, y también destaca claramente el rasgo ruso en la batalla de las Naciones, librada junto a Leipzig. La Guerra de Crimea y la guerra ruso-japonesa anticipan todos los horrores de las posteriores batallas de material, y nuestros ojos han visto luego los inauditos infiernos de Stalingrado o del segundo Sebastopol. Spengler tenía razón, como hemos visto nosotros entretanto, cuando advertía contra todo avance en dirección a Rusia, por razones de espacio. Pero son razones metafísicas las que hacen más inquietante todavía cada una de esas invasiones, por cuanto con ellas se produce un acercamiento a uno de los grandes sufridores, a un titán, a un genio de la capacidad de padecer. En su aura, en su círculo mágico llegará a conocerse el dolor de una manera que sobrepasa mucho todo lo imaginable.

Y, sin embargo, a mí me parece que los alemanes también han aprendido algo, también han ganado algo allí — a veces lo noto al conversar con soldados que han regresado de las batallas de cerco.

Por la tarde con Fritz Meyer en el pantano de Oldhorst, en paseo de exploración. En el jardín comienza a marchitarse la segunda floración del año; de ella me ha gustado especialmente una alfombra tejida de narcisos amarillos, violetas y anémonas. El añadido del blanco logra que se vuelva más intensa todavía la luminosidad de dos colores complementarios. Parece brillar ahí de pronto una oculta armonía del todo

y de sus partes — tal vez, en el juego de los colores, la misma verdad que en la geometría revela el teorema de Pitágoras.

Kirchhorst, 3 de abril de 1945

Antes de la tempestad. Por la tarde ha venido el general Loehning con Diels, que ha salido de la cárcel y cuya mujer, hermana de Göring, se ha divorciado de él. Diels estaba de buen humor; Loehning le había puesto encima un uniforme de cabo de la fuerza aérea. Luego ha aparecido un suboficial con una carta de Manfred Schwarz, quien lo enviaba para que sacase una copia de mi escrito sobre la paz; Manfred quiere llevársela consigo a la Alemania Meridional . Parece así que ese escrito mío está empezando a actuar por cuenta propia e independientemente de su autor.

Al mismo tiempo tenía en mi biblioteca a los mandos del *Volkssturm* para impartirles órdenes. No he encontrado en estas semanas tiempo para anotar los detalles, llenos de tensiones y sumamente complicados. El *Volkssturm* es una creación del Partido, que da sus órdenes desde Burgdorf. Al mismo tiempo está obligado a colaborar con los alcaldes, los dirigentes campesinos, el Servicio del Trabajo y las unidades militares. Esto comporta una gran cantidad de contactos escabrosos. La inminencia de la catástrofe hace que aparezcan con mayor desnudez todas las relaciones. De lo que dice la radio deduzco que muchos de los jerarcas locales tienden a despedirse de la población con unos pequeños fusilamientos. Eso impone respeto y también favorece la huida. A uno no le gustaría ayudarles, a costa propia, en ese afán de facilitarse de ese modo la partida.

Los mandos del *Volkssturm* son propietarios de granjas; en esta zona el güelfismo es la última realidad política. Hemos estado discutiendo la construcción de barreras antitanque. En el momento de la despedida, distraídamente, como si estuviera perdido en mis pensamientos, he dado por fin la consigna:

—Es preciso que las granjas permanezcan en pie.

Bien es verdad que esto no depende únicamente de nosotros. Pero he tenido la impresión de que aquellos hombres asentían de corazón a mis palabras.

Kirchhorst, 4 de abril de 1945

Por vez primera he soñado con Ernstel — por lo menos en ese estrato del que a uno le quedan recuerdos. Moría y yo lo abrazaba. Oía sus palabras de adiós, en las que había al mismo tiempo la esperanza de que volveremos a vernos.

Además de con Ernstel, que iba vestido con un uniforme azul oscuro de marino, he soñado también con Pfaffendorf, mi camarada en la Primera Guerra Mundial.[3] Su carácter, sin perder su especificidad, había sufrido cambios. Había llegado a notario en una ciudad de tipo medio y me daba un banquete en el que hacía aparición una muchedumbre de invitados extraños y en parte preocupantes. Al despertar me ha venido de pronto a la cabeza que Pfaffendorf tenía que hallarse en Kassel, ciudad que ayer fue tomada al asalto después de un combate breve, pero violento.

Por la mañana me ha visitado el comandante de la gran batería; quería saber cómo pienso yo hacer entrar en acción al *Volkssturm* cuando se aproximen los tanques. Dado que sobre ese asunto tengo mis ideas, le he dicho que estaba aguardando instrucciones y armas. A lo que él ha replicado revelándome su propósito de «aplanar», esa es la palabra que ha empleado, los campos de prisioneros con sus cañones de largo alcance.

Dado que a los locos debe contradecírseles lo más posible en su propio sistema, le he replicado que lo único que conseguirá con eso será lo contrario de lo que se propone — pues con los primeros disparos saltarán por los aires las instalaciones de los campos de prisioneros, y sus ocupantes, exasperados, se esparcirán por todo el país. Pero luego he tenido que poner mis cartas boca arriba y decirle que me opondría por la fuerza a sus propósitos, haciendo un llamamiento a la población. He conocido en esta ocasión a un hombre en el que van unidas la inteligencia obtusa y la brutalidad, cosa

que es muy frecuente en nuestro mundo. Los caracteres de los tipos que ejecutan la parte grosera del proceso histórico están compuestos según la receta siguiente: un cuarto de inteligencia técnica, un cuarto de tontería, un cuarto de bonachonería y un cuarto de brutalidad — esa es la mezcla sin cuyo conocimiento nunca llegarán a comprenderse las contradicciones de nuestro tiempo.

Por la tarde revisado con el suboficial la copia de *La paz.* Se ha marchado a última hora de la tarde, llevándose dos ejemplares, una vez que escribí un pequeño prólogo. Dedico ese escrito a mi querido Ernstel.

Kirchhorst, 5 de abril de 1945

Los ingleses continúan aún a orillas del río Weser, que será cruzado, sin embargo, en los próximos días. El *Gauleiter,* el dirigente comarcal del Partido en Hannover, lanza un sanguinario llamamiento a luchar hasta el último hombre, pero Loehning sabía que estaba haciendo ya preparativos para su salvación personal. Los campesinos entierran algunos objetos en los campos, llevan otros a los sótanos y también destruyen parte de ellos.

El mayor tráfico que discurre ahora por las carreteras comporta que pasen y entren a vernos conocidos de todas clases, como hoy un tal Wollny, un alférez, que iba de camino al río Weser. Traía noticias de Niekisch. Se dice que está prevista la «liquidación» de todos los detenidos en los presidios. Niekisch ha conseguido hacer llegar a su mujer una carta en la que le escribe que esa será sin duda la conclusión lógica de su destino. Añade que ahora se han cumplido todas sus profecías, en especial también la de su escrito *Hitler, fatalidad alemana.* Pero la esposa conserva la esperanza de que no se llegue a la matanza. Medito sobre este destino con un sentimiento especial de amargura.

Kirchhorst, 6 de abril de 1945

Veía una gran encina de la que colgaban, como de un árbol de Navidad, peces espada de tamaño superior al humano.

El color de los animales, que giraban sobre sí mismos pendientes de unos hilos de seda, ondulaba como en las madreperlas e iba desde un intenso azul plateado hasta todas las tonalidades del arco iris. Veía desde cierta distancia aquel juguete, en el que habían colaborado Neptuno, Diana y Helios, y lo oía al mismo tiempo que oía el sonido de una caja de música.

Las avanzadillas de los tanques ingleses han cruzado el río Weser y se dice que están cerca de Elze. Se ha hecho un llamamiento al *Volkssturm* para que tome posiciones en las barreras antitanque; de ahí que haya marchado a Burgdorf a informarme.

Las carreteras estaban ya abarrotadas de personas que huían hacia el este. Una gran excitación reinaba en Burgdorf. La gente llevaba a rastras a los sótanos cestas y utensilios domésticos. He hablado con los mandos del *Volkssturm* y con el *Kreisleiter,* el dirigente del distrito; parecían ya más muertos que vivos. Todavía se daban órdenes de resistir y, en especial, de disparar contra los tanques, pero se hacía más bien *pro forma,* pues en las habitaciones de al lado estaban preparándose ya las maletas.

He expuesto con brevedad mi oposición a cualesquiera actos de violencia contra los prisioneros y no he encontrado ninguna inclinación a cometerlos.

Los campesinos bajosajones están comenzando a volverse sensatos ahora que lo que está en juego son sus granjas. Bien es verdad que continúa siendo sumamente peligroso declarar que se querría conservarlas, y más de un alcalde que lo ha intentado ha sido llevado al paredón. Creo, con todo, que he utilizado mis mejores fuerzas para salvar estas antiguas moradas humanas y que en ello me ha favorecido el que a nadie se le ocurre que yo pueda sentir miedo.

Dentro de dos o tres días veremos tropas extranjeras en nuestro término municipal. Es un espectáculo que, si prescindimos de lo ocurrido en 1866, no había vuelto a darse des-

de las guerras napoleónicas. En esta inflexión de los tiempos echo mucho de menos a Ernstel.

Kirchhorst, 7 de abril de 1945

Mañana soleada después de una noche fría. Grandes columnas de prisioneros marchan hacia el este. Aparatos que vuelan a baja altura siegan la carretera; se oye el crepitar de las ráfagas de sus armas de a bordo. Frente a nuestra casa, pero lejos, parece que han hecho blanco en algún objetivo; una manada de caballos de monta regresa al galope, con las crines al viento y las sillas vacías. De vez en cuando entran prisioneros en nuestra casa para ponerse a cubierto. El granero queda así inundado por un grupo de rusos, que se lanzan sobre un montón de zanahorias. Perpetua les reparte rebanadas de pan. Luego entran polacos — pregunto a uno de ellos si va a continuar su marcha sin parar hasta llegar a la frontera oriental:

—Oh, no, tardaré un año en llegar. Antes tienen que largarse de allí los rusos.

Ya están perfilándose los nuevos conflictos.

Inmediatamente después de la comida suena la voz del locutor de radio: «Los tanques prosiguen su marcha en dirección noreste y amenazan ahora la capital de la comarca».

La carretera se vacía. Se ven carros de campesinos que marchan hacia el pantano; desde lejos brillan los edredones blancos y rojos. También mi vecino Lahmann ha enganchado su carro —«por los caballos»—, quiere salir todavía al campo a plantar patatas.

Por la tarde «pinchado» rabanitos colorados, dormido y acabado el libro de Wood, mientras de vez en cuando entraban fugitivos en la casa a pedir algo. Por desgracia tengo un fuerte resfriado, ya que ayer el viaje en bicicleta a Burgdorf lo hice bajo la lluvia. Anoto esto no tanto por la incomodidad que me causa cuanto porque en semejantes situaciones se precisa una extremada acuidad de observación.

Por lo demás la situación no es desagradable. Han dejado de tener vigencia las órdenes del Partido, las cartillas de racionamiento y las normas de la policía. También la emisora de Hannover ha interrumpido su labor. Las voces que durante años han estado regodeándose en un falso patetismo enmudecen en la hora del peligro, cuando con más urgencia que nunca necesita la población recibir noticias sobre cómo van las cosas. Ya ni siquiera suenan las alarmas aéreas.

Kirchhorst, 8 de abril de 1945

Noche tranquila. Ayer tomé quinina, lo que ha tenido como resultado que la gripe haya remitido un poco. Antes de dormirme estuve leyendo algunas de las historias de caza de Turguéniev; hace tiempo que las aprecio, aunque me fastidia ese lujoso fusil de París que el autor saca a pasear por aquellos bosques.

Cumpleaños de mi querido padre, que tanto ansiaba conocer el desenlace de esta guerra y la nueva imagen del mundo que traería consigo. Pero ciertamente tuvo la experiencia de eso — estoy pensando en la hermosa frase de Léon Bloy que dice que en el instante de la muerte el espíritu vive la sustancia de la historia.

Parece que los ingleses están en Pattensen y también ya en Braunschweig y en la costa. Siguen abandonando la ciudad los refugiados.

Por la tarde grandes voladuras en los alrededores; en la zona de Winsen an der Aller se han alzado enormes humaredas. Frente a eso resulta muy agradable que se diluya en humo la presión que durante doce años ha acompañado el dominio del Partido y que yo sentía incluso atmosféricamente durante el avance por Francia.

A última hora de la tarde fuego de artillería más o menos por la zona de Herrenhausen, con puntos luminosos donde se producían las explosiones.

Kirchhorst, 9 de abril de 1945

Ayer volví a tomar quinina. Durante la noche la carretera ha estado abarrotada de soldados que se retiraban en desorden. Un joven suboficial ha entrado en nuestra casa; Perpetua le ha proporcionado un sombrero y un impermeable.

Por la mañana ha regresado del Weser el doctor Mercier. Le he regalado una copia de mi escrito sobre la paz.

Durante todo el día ha estado oyéndose en nuestra vasta zona de pantanos y turberas, unas veces en un lado y otras veces en otro, fuego de artillería. Se tiene la impresión de que los norteamericanos se han infiltrado en esta zona como en una hoja de papel secante.

Por la tarde han corrido rumores de que ya estamos cercados. A última hora de la tarde, muy cerca de aquí, disparos de pistola y de fusil.

Kirchhorst, 10 de abril de 1945

Noche intranquila. Al amanecer, con espesa niebla, comienzan a tirar los cañones emplazados en Stelle; disparan ráfagas rápidas, estruendosas, que pasan al lado de nuestra casa. Los habitantes de esta se precipitan, más o menos vestidos, al jardín y se meten en el refugio. Yo estoy escribiendo estas líneas en mi cuarto de trabajo mientras se oyen nuevas ráfagas, que hacen que la casa retumbe como un yunque bajo los golpes del martillo.

El sol tarda en salir. Por la tarde entran en la aldea, viniendo de Neuwarmbüchen, dos tanques norteamericanos, capturan a cuatro soldados de la defensa antiaérea y se retiran. Se dice que también han aparecido tanques en Schillerslage, en Oldhorst y en otros lugares. La batería de Stelle envía a la periferia de la aldea soldados armados con granadas antitanque y continúa disparando. Durante la primera mitad de la noche sigue oyéndose su martilleo y sobre la casa se ven pasar proyectiles luminosos en dirección a Grossburgwedel. Más tarde violentos tiroteos en los bosques que rodean a Colshorn.

Kirchhorst, 11 de abril de 1945

Con las primeras luces del alba nos despierta el ruido producido por el rodar de los tanques. Los cañones emplazados en Stelle no entran en combate. Se dice que sus sirvientes se han dispersado durante la noche tras volar las piezas con los últimos proyectiles y matar a su comandante, que pretendía huir vestido de paisano. Era el hombre que se proponía «aplanar» los campos de prisioneros. Su cadáver yace ahora en el almacén de las bombas contra incendios.

A las nueve un ruido como de molino, un ruido enorme, cada vez más fuerte, anuncia la llegada de los tanques norteamericanos. No hay un alma en la carretera. La mirada, fatigada por haber trasnochado, la ve todavía más desnuda, más sin aire, a la luz del amanecer. Como ya me ha ocurrido con frecuencia en mi vida, soy en este pedazo de tierra el último hombre que posee mando. Ayer di, en esa condición, mi única orden: ocupar la barrera antitanque y luego abrirla cuando aparezcan las avanzadillas.

Como siempre en tales situaciones, también esta vez ocurren cosas imprevistas, de las que me entero por personas que las han observado. La barrera se encuentra en el «Lannewehrbusch», el antiguo parapeto, junto a un bosquecillo que mi padre adquirió antaño. Aparecen allí dos desconocidos armados con granadas antitanque y se apostan en la linde del bosque. Son vistos y hacen que la vanguardia de la columna se detenga, pues pasa bastante tiempo hasta que los desarman y hacen prisioneros unos fusileros enviados por delante.

Luego llega un caminante solitario y se detiene, no lejos de la barrera, en un camino del bosque. En el instante en que aparece el primer tanque gris con la estrella de cinco puntas quita el seguro a su pistola y se pega un tiro en la cabeza.

Estoy de pie junto a la ventana y miro hacia la carretera por encima del jardín, cuyos árboles aún no tienen hojas. Va acercándose el estruendo como de molino. Luego pasa deslizándose lentamente, como un espejismo, un tanque gris con una reluciente estrella blanca. Lo sigue, en orden cerrado, un

número enorme de carros de guerra; horas y horas están pasando junto a la casa. Pequeños aviones sobrevuelan la columna. El espectáculo produce, en su conjunción de uniformidad militar y uniformidad mecánica, una impresión de elevado automatismo — como si fuera un desfile de muñecos, un cortejo de juguetes peligrosos. A veces se manda hacer alto a la columna. Se ve entonces a las marionetas inclinarse hacia adelante, como si alguien tirase de los hilos, mientras que cuando arrancan vuelven a inclinarse hacia atrás. Nuestra mirada se fija siempre en ciertos detalles, y así a mí me llaman especialmente la atención las largas antenas de radio que se balancean encima de los tanques y de los vehículos que los acompañan: despiertan en mí la impresión de una mágica excursión de pesca con caña, tal vez para capturar a Leviatán.

El río, el flujo de hombres y de acero pasa rodando sin interrupción, lento pero incontenible. Las cantidades de explosivos que semejante columna transporta la circundan de una irradiación terrible. Y una vez más vuelvo a sentir, como la sentí ya en 1940 en las carreteras por las que avanzaba hacia Soissons, la irrupción de un poder gigantesco en una región completamente devastada. Y también retorna la aflicción que ya entonces se apoderó de mí. Qué bien que Ernstel no vea estas cosas; le habrían causado demasiado daño. No se recupera uno de una derrota como esta, como sí se recuperó en otro tiempo la gente después de Jena o de Sedán. Esta derrota marca un viraje en la vida de los pueblos, y no solo han de morir muchos seres humanos, sino que en esta transición están hundiéndose también muchas cosas que nos conmovían en lo más íntimo.

Uno puede ver, entender, desear e incluso amar lo necesario, y al mismo tiempo hallarse traspasado, sin embargo, de un dolor inmenso. Es preciso saber eso si se quiere comprender nuestro tiempo y sus hombres. En este juego, ¿qué es dolor de parto, qué es dolor de muerte? Tal vez ambos son

idénticos, de igual manera que el anochecer es simultáneamente el amanecer para mundos nuevos.

«La Tierra vencida nos regala las estrellas.» Esta frase se hace verdadera espacialmente, espiritualmente y sobreterrenalmente en un sentido inaudito. El esfuerzo extremo presupone una meta extrema, todavía desconocida.

Años de ocupación

Kirchhorst, 11 de abril de 1945

Ahora llegan las molestias: patrullas que buscan armas y se llevan el vino, aposentadores que requisan casas enteras y, de la nuestra, la planta baja, que es preciso desalojar sin demora. Así que me veo obligado a trasladar la biblioteca al desván; me ayudan en esa tarea los niños, que, como una hilera de hormigas, van subiendo a rastras cestas de las empleadas para la ropa.

Los niños están de buen humor; han birlado una botella de ajenjo, celebran reuniones a escondidas y se la beben a sorbitos. Está claro que les gusta esta alteración del orden doméstico. Las pasadas semanas les oía decir:

—Sería estupendo que mañana viniesen los bombarderos.

Pues entonces no tenían que acudir a la escuela.

En la aldea se oyen los cacareos de las gallinas a las que les retuercen el cuello. Una sección de tanques da un viraje y cruza el campo del vecino. Estaba recién sembrado y en él verdeaba ya la primavera; en un santiamén queda apisonado y convertido en una era negra. Por la carretera pasan rodando, en una cadena sin fin, camiones conducidos por negros. Observo desde una esquina del cementerio esa comitiva que afluye hacia el este. A mi lado se encuentra el hijo de una refugiada. Tiene nueve años. Me mira con ojos de listillo y dice:

—A mí esos me dan miedo.

Al mismo tiempo señala con el dedo a los conductores, que se deslizan ante nosotros como muñecos negros.

Kirchhorst, 12 de abril de 1945

La noche ha transcurrido sin incidentes. Por la mañana había florecido en el jardín el cerezo.

Los norteamericanos registran las casas. Les sirven de sabuesos los prisioneros polacos, que conocen bien el lugar. Observo cómo remueven en el campo del vecino un reciente

montón de arena y hurgan en él con palos. El trabajo es inútil; la matanza está escondida allí, pero enterrada bajo el suelo cubierto de hierba. Cuando se trata de su salchicha el campesino se vuelve sagaz.

A cambio descubren entre la paja del granero un fusil; probablemente se desprendió allí de él un guripa alemán. Se arma un gran revuelo y la asustadísima esposa llama a Perpetua para que esta dé alguna explicación de tal hallazgo. Entretanto nuestro vecino ha huido ya al bosque.

Unos soldados exploran nuestro jardín con placas magnéticas sujetas a varas. Se ponen a cavar en un sitio y sacan una herradura vieja. La visión de esos buscadores de tesoros me hace pensar. Sin ninguna duda habrían descubierto ya mis fusiles de caza si los hubiese escondido, como había pensado, en las tablas de mantillo. Pero los hice enterrar, bien envueltos, en un campo de patatas lejos de aquí. Las armas de fuego las he tirado al estanque de los bomberos, pero no lo he hecho hasta esta noche. Yo creía que era de prever un interregno de anarquía más bien que no un sencillo traspaso de poderes.

Los líos en los que uno no es más que un simple objeto no tienen mucho sentido. En ellos se asemeja uno a esos personajes que aparecen en los cuadros de Brueghel mirando fijamente desde las ventanas toda suerte de acontecimientos.

Así es que me fui al pajar a trabajar un poco. Un soldado que estaba haciendo allí una inspección del gallinero me llamó. Su voz me resultó desagradable. Me dirigí hacia él y en la semioscuridad vi que había sacado un pesado revólver y lo apuntaba hacia mí. La boca del arma tocó mi pecho. Solté la horquilla de remover el heno que llevaba en la mano. Se hizo entonces un silencio absoluto, más aún, solemne.

Por fin me preguntó qué hacía yo allí y le contesté que era el dueño de la casa. Al oírlo puso el seguro a su arma y la metió en la funda. Era la segunda vez en mi vida que sentía en mi cuerpo el cañón de un arma, y la ocasión era parecida. Ya en 1918 me saludaron de esa manera unos espartaquistas

que fueron a hacer un registro a nuestra casa. En ambas ocasiones el contacto del arma marcó el salto a un espacio nuevo. Volví a sentir aquella atención sumamente tensa, aquel escuchar el silencio.

Entretanto Perpetua gobierna la casa como el capitán su buque que va dando bandazos a la deriva sobre las olas. Aquí los hombres, para hacer fuego y calentarse, arrancan grandes trozos de la valla. En la leñera están escondidas, por cierto, las cajas de vino. Uno de los grupos de soldados acampados en el prado organiza allí un concurso de tiro; les sirven de blanco los árboles frutales jóvenes. Unos refugiados desconocidos vivaquean en el jardín y en los pasillos de la casa. De vez en cuando acude gente de las aldeas con sus problemas. Y la tempestad de los tanques sigue avanzando con estruendo por la carretera, sin la menor interrupción.

Apenas se entera el ama de casa del encuentro que he tenido en el pajar me castiga con arresto domiciliario. Sin duda es mejor así. De modo que me retiro a la buhardilla, que está completamente tapiada de libros. Los únicos sitios libres son un ventanuco, la cama y la mesa de escribir. Abajo está el campamento de Wallenstein: altavoces que anuncian victorias, patrullas que traen de los pantanos prisioneros a los que han acorralado allí con perros. Un avión alemán tira bombas.

Una de las peculiaridades de las amas de casa es que su celo crece a medida que crecen las exigencias a que se enfrentan. En situaciones insólitas ese celo puede llegar hasta la bravura y propagarse como si fuera uno de los elementos. Es algo que ya varias veces me ha llenado de estupor. Así, también en este momento me pregunto, al mirar por el ventanuco, si realmente es necesario en un día como hoy sacar de los armarios y de los baúles la ropa vieja y golpearla para quitarle el polvo; no hay duda de que eso le sienta bien a la ropa, pero también es seguro que podía esperar. Veo a Perpetua ocupada en colgar de la cuerda los uniformes que el general Loehning depositó en nuestra casa por mor de los ata-

ques aéreos. Las franjas rojas de los pantalones se ven desde lejos. Perpetua alza la vista y yo hago un movimiento negativo con la cabeza. Pero a los soldados que están tumbados cómodamente al sol eso los hace reír.

Observo al centinela que vigila la casa. Está sentado con descuido en un sillón de mimbre. Pero el fusil lo sostiene como un cazador al acecho. El comandante de la sección entra y sale de la casa sin mayores alharacas, excepto que los hombres lo saludan llamándolo *Sir,* y lo hacen con visible respeto.

Aprovecho mi estancia en el desván para leer a Rückert, al que hasta ahora había prestado poca atención, y lo alterno con el libro *Augusto y su tiempo,* de Karl Hönn. A veces se intercala en la lectura una visión fugaz, el revólver. Demasiado poco tenía que ver con mi esencia aquel pedazo de tosco hierro como para constituir de verdad una amenaza.

Kirchhorst, 13 de abril de 1945

Los norteamericanos se han ido por la mañana muy temprano. Han dejado medio devastado el pueblo. Nosotros estamos agotados como niños que hubieran correteado por una feria abarrotada de masas humanas, tiros, gritos, barracas, cámaras de horrores y quioscos de música.

Sobre esas cosas he estado charlando por la mañana en la escuela con un grupo de refugiados y de vecinos del pueblo; el grupo se había reunido allí después de la tormenta y estaba a medias excitado y a medias aturdido, en un estado de ánimo que el berlinés suele calificar de «sonado». La opinión general era que habíamos salido bien librados. En otros sitios, por ejemplo en el paso a nivel de Ehlershausen, donde la Juventud Hitleriana destruyó un tanque norteamericano, las cosas habían sido distintas, por lo que contaban. Sobre todo nos ha favorecido el hecho de que la sección antiaérea se largase la noche antes de que entraran los norteamericanos, tras haber hecho saltar por los aires sus cañones. Las negociaciones entre el Partido, el Ejército y el *Volkssturm* llenaron los últimos días. Además de con la gripe, yo tuve que

lidiar con el *Kreisleiter,* el dirigente de distrito de aquí, y Loehning me mantenía al corriente de lo que pasaba en la *Gauleitung,* la jefatura comarcal. Cuando el Partido se replegó hacia Holstein las cosas fueron más sencillas. Para cubrir su retirada yo debía destruir a tiros dos o tres tanques con mis campesinos.

He visto claro una vez más en esta ocasión que la guerra posee también su lado de teatro, del que no tenemos noticia ni por los documentos ni mucho menos por la historia. Hay en la guerra, lo mismo que en la vida privada, asuntos que transcurren en corrientes subterráneas y que casi nunca afloran a la superficie. Los hombres ametrallan con mucho ardor la zona, para hacer ruido, desembarazarse de la munición y luego poder decir, con la vieja fórmula, que se han defendido «hasta el último cartucho». Mantienen las posiciones hasta el último instante en que todavía es posible escapar, amañan los partes y luego desaparecen como por ensalmo. Mientras discutíamos sobre la defensa yo sabía, naturalmente, qué planes tenían aquellos sujetos, pero me guardaba muy bien de dejarlo traslucir, pues hay ocasiones en que lo que hay que hacer es tenderse mutuamente puentes de plata. Además, en esas partidas de cartas hay siempre quien, de vez en cuando, «arrastra», quiero decir: saca un buen naipe; el que descubre sus cartas demasiado pronto es fusilado. Eso infunde el respeto preciso en el momento de irse; también aquí hemos vuelto a verlo.

Al ir hacia la escuela he entrado, para grabármelo bien, en el depósito de las bombas contra incendios a contemplar el cadáver que allí yacía en el suelo de cemento. El rostro se hallaba desfigurado como por efecto de una fuerte caída o de un golpe violento. La chaqueta estaba abierta; bajo la tetilla izquierda relucía débilmente la pequeña herida del tiro. Aquel hombre hercúleo había sido temido; todavía la víspera, a última hora de la tarde, había pronunciado una inflamada arenga, pero luego durante la noche salió de casa vestido de paisano para largarse y pasar a la clandestinidad, como

sin duda están haciendo ahora muchísimas personas. Sus subordinados, convertidos en ese momento en ogros, habían estado acechándolo; tras una breve discusión le soltaron un tiro. Aquello representó, en lo que a ellos se refiere, el disparo de salida: para pasar a la anarquía se comienza por cometer un crimen, un asesinato, se carga con una culpa de sangre.

En el cementerio me he topado con el enterrador. Estaba cavando la fosa al lado mismo de la tapia y me ha preguntado si era ya lo bastante profunda. Luego se ha puesto a hablar del suicidio de uno de los jerarcas, que había llegado a sus oídos:

—*Nun is hei dode, das dicke Speckgesicht.* [Ahora está muerto, ese gordo cara de tocino.]

Ha dicho esas palabras con la sonrisa satisfecha del hombre insignificante que se siente seguro. Esta gente es como la hierba que crece bajo las encinas; se deja pisar fácilmente, pero con igual facilidad se endereza. La caída de los poderosos es siempre una fiesta para ellos.

Ni en nuestra aldea ni en sus alrededores hay una sola casa destruida. También están intactos, por lo que oigo, los puentes sobre el canal y sobre el río Leine; es algo que sin la menor duda se debe a Loehning. El *Gauleiter* ha desaparecido durante la noche, tras dirigir sanguinarias arengas a la población exhortándola a ofrecer resistencia y defenderse incluso a cuchillo.

No ha ocurrido, por tanto, todo lo que cabía temer. Ese era también el sentir que predominaba en la charla que hemos tenido en la escuela. Salen a relucir, ciertamente, algunos detalles lamentables. Varios de ellos hacen pensar en niños a quienes se hubiese dejado sin vigilancia en un parque zoológico. En ese momento se despierta el afán de destruir. Así, han sido desmontadas las piezas de los automóviles que estaban en las calles o en los graneros. Los alimentos que eran desenterrados o descubiertos en sus escondites han sido destruidos de una manera absurda. Se los rociaba con gasolina y

se los quemaba. Es posible que a ello haya contribuido el miedo a los microbios, que ha llegado a convertirse en una verdadera manía. El viejo Haustein ha contado lo que pasó con su jamón.

—*Herr Jünger — ek was dazwischen.* [Señor Jünger — me interpuse.] Con ello quería indicar que se había llegado a las manos.

Se dice que ha habido violaciones de mujeres en los pueblos de alrededor, como, por ejemplo, en Altwarmbüchen, donde un negro forzó a una muchacha de catorce años, que ahora está en cama. Me han llamado la atención los giros anticuados que los reunidos utilizaban al referirse a esas cosas. Así, uno dijo:

—*Sie haben die Frauen unter sich gebracht.* [Se han puesto a las mujeres debajo.]

La justicia exige añadir, sin embargo, que, tras los primeros momentos de confusión, nosotros hemos tenido buenas experiencias en general, y de manera especial aquí en nuestra casa. El comandante de la sección de tanques era un hombre caballeroso y no ha permitido el menor desorden a su alrededor. Le he regalado mi pistola de prácticas, que ya no me servía para nada. También de sus hombres podemos estar contentos. Antes de marcharse con las primeras luces del alba barrieron la casa. Y cuando Perpetua entró en la cocina, encontró llena de regalos la mesa: un montón de conservas, café, cigarrillos.

¿Qué decir, pues, de lo que uno ha visto y oído en estos días? A nuestro lado han pasado seres humanos. Con eso queda explicado todo.

En el jardín ha florecido la gran corona imperial.

Kirchhorst, 14 de abril de 1945

Los que ahora están convirtiéndose en una amenaza, tras esta primera acometida de las tropas de choque, son los prisioneros rusos y polacos, a quienes se ve cruzar en pequeños grupos por las carreteras. Irrumpen en las granjas para sa-

quearlas, en busca sobre todo de ganado de carne, bebidas alcohólicas y bicicletas. Frente a eso los franceses adoptan una actitud reservada, como la élite que son de los prisioneros, e incluso intervienen. Los norteamericanos toman partido por la población; ello hace que los campesinos aguarden con impaciencia la implantación de una policía local también en las aldeas. La gente saca, pues, sus ventajas de tener que enfrentarse no a un único adversario, sino a una coalición.

En días como estos se aprende mucho, y se aprendería mucho más si uno pudiera sobreponerse al dolor. Bien es verdad que eso serviría únicamente para dar mayor agudeza, pero no mayor profundidad, a la observación; pues el dolor aporta experiencias insospechadas.

Cabe acotar el campo mediante los siguientes puntos de vista:

1. El histérico-morfológico. Así han sido y así son las cosas en las rutas y junto a las rutas por donde avanzan tropas. En mi caso esta visión se complementa con la visión desde el otro lado, la que tuve en Francia, en Bélgica, en Luxemburgo. El capítulo cuarto del *Simplizius Simplizissimus* proporciona el modelo.

2. El teológico-moral. Se trata aquí de relaciones colectivas, a saber:

a) de los agentes. Se pagan con la misma moneda.

b) de los pacientes. Participan en la culpa y el destino de la comunidad sufriendo también ellos. Su sufrimiento tiene un efecto tanto mayor cuanto más injustamente hayan sido golpeados; esto arroja en la balanza el peso auténtico.

Por lo demás ha sido un hermoso día de primavera. Si vuelvo la vista atrás paréceme que en los períodos de anarquía yo no solo me he sentido especialmente jovial, sino que en ellos también he trabajado mejor. Es algo que seguramente supe ya muy pronto, cuando era niño; de ahí, sin duda, mi añoranza de las selvas vírgenes. Entonces se disipa el peso

enorme de la civilización, su presión atmosférica. Las cosas se vuelven más peligrosas, sí, pero también más sencillas. Los pensamientos pierden sus adornos superfinos. La vida se hace más opulenta — afluyen los suministros y aun los víveres.

Así es como he estado instalado arriba en el desván, entre alfombras y libros, como en una tienda del desierto, absorto en mis apuntes del Brasil. A mi lado se hallaba una botella del borgoña que Loehning almacenó aquí. Sería vituperable dejar que cayese una sola gota de ese vino en manos de hombres de Kentucky; mi amigo estará de acuerdo con esto. Para que no me cansase, Perpetua o Louise me subían de vez en cuando un café muy cargado, regalo de nuestros huéspedes norteamericanos.

Fuera, a plena luz del día, me ha alegrado el espectáculo de las gallinas; he estado contándolas mientras les echaba de comer. Estaban todas. Luego me he colocado una silla en el jardín para disfrutar de la cercanía de la corona imperial, cuya floración es magnífica. Sus campanillas, bajo las altas hojas verdes, refulgen con un color de naranja madura que las venas rojo claro encienden como enciende la sangre la piel de las bailarinas moras. De ellas goteaba miel de una claridad cristalina.

Las azucenas forman una familia real, una estirpe principesca. ¿En qué podrá basarse el gran consuelo que nos deparan las flores y que es el regalo que ellas nos hacen? He estado meditando sobre eso. En primer lugar ese consuelo es ciertamente de índole erótico-terrenal, pues las flores son los órganos amorosos, los brotes amorosos de la madre Tierra. Los momentos culminantes de las flores son magníficos, a su altura no llega ni siquiera la más elevada magnificencia animal. Parece como si ahí estuvieran expresándose unas leyes cósmicas con una pureza directa, igual que en el Paraíso. Tal vez sea parecida a esa la relación entre los soles y sus planetas. ¿Quién conoce las fuerzas que ejercen los unos sobre los otros?

Hay en la contemplación de los cálices, en segundo lugar, también un goce espiritual. Es tan hondo, tan convincente, tan simbólico su silencio. En todo jardín rural, en todo camino de campo refulgen mosaicos y bandas de pictografía. ¿En qué otro lugar se vislumbra de un modo tan claro la posibilidad, la existencia de mundos superiores al nuestro? Es néctar divino lo que brilla en esos cálices, es vino de la eterna juventud.

Kirchhorst, 15 de abril de 1945

Florecen los cerezos y los perales. En la costa van enmudeciendo poco a poco los violentos cañoneos. Estamos completamente incomunicados; falta la corriente eléctrica, falta la luz, falta el agua, y asimismo faltan el correo, los periódicos y las noticias. Son sustituidos por rumores siniestros.

Continúa predominando un sentimiento de irrealidad. Es el estupor de unos seres humanos que se encuentran de pie después de que ha pasado sobre ellos y a través de ellos una pesada rueda. Tal vez se trate de una ilusión óptica — también en el campo de batalla he visto yo a no pocos hombres que permanecían un momento en pie tras haber recibido un balazo mortal.

Detalles: en general los embutidos, el tocino y el jamón han sido respetados cuando estaban colgados a la vista. Cuando se los encontraba enterrados eran destruidos incluso con jactancia. Por lo que respecta a mis papeles, apenas he sentido preocupación; hace tiempo que están depositados en lugar seguro. No resulta nada fácil hallar un escondite que escape tanto a la astucia de los seres humanos cuanto a las inclemencias de los tiempos. De ahí que parezca casi un milagro el que hayan llegado hasta nosotros tantos libros y pergaminos antiguos.

Unos polacos que andaban merodeando le robaron su bicicleta a un trabajador que pasaba por aquí; eso es ahora algo habitual. Intervino una patrulla norteamericana que llegó en ese momento, la cual devolvió al trabajador lo que era suyo. Este dio las gracias y quiso despedirse con un *Heil Hitler,* co-

mo le habían enseñado. Los norteamericanos se liaron a mamporros con él y volvieron a quitarle la bicicleta. Es la cara oscura de la disciplina.

Algo para una comedia: un norteamericano llegó a casa de nuestro vecino Pinkvoss, le tendió un vaso de agua y le dijo que se lo bebiera. Pinkvoss creyó que querían envenenarlo y lo rechazó con ambas manos. Entonces el soldado lo llevó a la bomba de sacar agua, le hizo llenar el vaso de agua recién sacada y le obligó a probarla — el soldado había sospechado, por su parte, que el pozo estaba envenenado.

Sobre esa desconfianza entre los seres humanos edifican su dominio los tiranos.

Kirchhorst, 16 de abril de 1945

Cuando en tiempos como estos se habita, como habitamos nosotros, junto a una de las grandes rutas de paso súfrense molestias de primera mano. Pero es más peligroso vivir en sitios distantes, en chalés solitarios o granjas perdidas; es cierto que quedan lejos de las carreteras por donde pasan los ejércitos, pero no escapan al olfato de los merodeadores. En esos lugares ocurren cosas espantosas.

Es lamentable el espectáculo que ofrece un campesino de la Baja Sajonia que habita una granja en la que tropas extranjeras hacen de las suyas. Es el viejo rey en medio de la masa plebiscitaria, que se burla de él mientras lo saquea.

Yo vivo ahora arriba, en la habitación de Ernstel, y leo en los libros que ha dejado. Qué grande era su deseo de dedicarse a los asuntos del espíritu, sobre todo al estudio de la historia; a eso era a lo que él aspiraba.

Allí he encontrado también las cartas que le envié, reunidas en una carpeta. Su lectura me enseña dolorosamente que toda carta que escribimos a uno de nuestros allegados es parte de una gran tarea. Ojalá fuéramos conscientes de ello siempre que cogemos la pluma. De igual manera que todo el mundo lleva su calavera en la cabeza ya cuando está con vi-

da, así lleva también su cualidad de futuro muerto — la sustancia de preces futuras.

Kirchhorst, 17 de abril de 1945

El Libro de Ester — una joya a la manera de Heródoto. Siempre lo leo con gusto. Nos introduce en reinos antiquísimos, que son como cámaras mortuorias.

Tampoco el rey Asuero pudo exterminar a los judíos. Todo se queda siempre en una simple poda y aboca, por tanto, a un reforzamiento, a un rebrote del viejo tronco. Los pueblos bautizados carecen de esa tenaz resistencia mantenida durante milenios. Es el misterio de la serpiente de bronce, es inmortalidad terrenal.

¿Ha sido la persecución de que los alemanes hemos hecho objeto a los judíos el último dolor de parto antes de la aparición del segundo Mesías, del Paráclito, con el que comenzará la Edad del Espíritu? No puede ser que tales sacrificios no den fruto. ¿La luz que comienza a brillar en los más altos glaciares es el reflejo de incendios? ¿O es la aurora de un gran astro que va a hacer su aparición? Tal vez sea ambas cosas, pues ¿qué son en lo absoluto los amaneceres y los ocasos? Nombres para designar perspectivas humanas.

Entre las mujeres judías tiene que haber por fuerza una *flor extra fina,* para hacerles perder la cabeza a los dueños del poder, a los señores del mundo. De esa clase son Ester, Judit, Salomé, Berenice y otras. Esa estirpe, que reúne en sí de una manera inaudita los encantos físicos y los espirituales, ha intervenido también con toda seguridad en nuestros conflictos de hoy, pero lo ha hecho de un modo más escondido. Lo que es el oro entre los metales, eso han de ser esas mujeres en el reino de los sentidos. Tijeras de Dalila en su versión más sutil. Antes de presentarse a Asuero, Ester fue preparada durante un año entero — seis meses con bálsamo y mirra, y seis meses con especias. Son conocimientos que se han perdido.

Dura todavía el descomunal ajetreo en la carretera. Pasan rodando cañones, tanques, camiones cisterna, también pontones gigantescos, sin duda para el cruce del río Elba. Allí se tenderá la mano a los rusos. Prisioneros alemanes, que son llevados hacia atrás. Produce un desgarrón especial el ver a soldados nuestros y, a su lado, extranjeros armados.

Vivimos sin noticias. Se dice que Roosevelt ha muerto y que Göring se ha pegado un tiro. Continúan los saqueos en la región.

Kirchhorst, 18 de abril de 1945

La lectura del Libro de Job, que he comenzado hoy, resulta siempre útil: en los buenos días, como advertencia, y en los malos, como consuelo. En lugar de aquellos paralelismos ridículos que nos ponían como temas de redacción en el último año de bachillerato, los profesores tendrían que habernos mandado hacer una comparación entre Fausto y Job, o entre las acciones y los sufrimientos, en sus entrelazamientos. Cada vez noto más la gran falta de maestros que tuvimos, y puedo decir que yo fui afortunado, al no sufrir al menos escasez de libros.

Los campesinos vuelven a estar en los campos. También yo prosigo el trabajo — en el jardín, en mi colección de insectos y en la mesa de escribir, mientras fuera persiste la tempestad de los motores. Somos conscientes, sin embargo, de que en cualquier instante podemos ser echados de casa, robados y saqueados, quedarnos hasta sin camisa.

El alto mando norteamericano prohíbe a sus tropas «confraternizar» con los alemanes — también nosotros lo preferimos.

Kirchhorst, 20 de abril de 1945

Continuado la lectura del Libro de Job. Ninguna filosofía abarca más; el dolor es, de los buscadores de oro, el que más hondo cava.

Entretanto he leído las memorias de la condesa danesa Ulfeldt, aparecidas después de su muerte con el título de *Jam-*

mers Minde [Recuerdos de mis calamidades]. Cautiverios largos y rigurosos, como el suyo en la Torre Azul, son indicio de una influencia horoscópica, de un hechizo imperioso. Es algo que puede actuar directamente, por mediación de una mala estrella, o que se crea a sí mismo recursos caracterológicos. Estos últimos son secundarios, pues la cárcel está abierta tanto para los culpables como para los inocentes; y tanto las virtudes como los vicios pueden llevarnos a ella.

Las cadenas convienen sobre todo a los instintos vitales no dominados. Eso es algo manifiesto por lo que respecta a la criminalidad. Pero rige también para el mundo erótico, como lo prueban los ejemplos de Casanova, Sade, Schubart, Trenck. Las cadenas constituyen el contrapunto de la fiebre de viajar que va unida al mundo erótico; creo que fue Weininger el primero en señalar eso. Don Juan se ve forzado a cambiar de escenario como un perseguido; Kant apenas salió nunca de Königsberg. Las naturalezas menos amenazadas son las equilibradas; también les resulta más llevadera la prisión.

Máxima: las cadenas interiores que nos faltan nos son impuestas desde fuera. De ahí que esté especialmente amenazado lo titánico que hay en nosotros; Prometeo es el prisionero por excelencia. Esa es una de las razones de que hoy se multipliquen las cárceles. Forman parte del bagaje del colectivo técnico, lo mismo que los monasterios formaban parte del mundo gótico. Y de lo dicho forma parte también la locura, que es la camisa de fuerza del espíritu titánico.

Fuera continúa pasando el cortejo de los rusos y polacos liberados; al mismo tiempo prosiguen los saqueos. Ayer tuvimos en nuestra casa a tres franceses, personas agradables; a todo el que llama a nuestra puerta lo ayudamos en lo posible, proporcionándole bien comida o bien alojamiento. Eso no es solo un mandamiento de humanidad, es también, a la vez, el mejor cerrojo que puede echarse a los saqueos.

En esta situación vuelve a quedar confirmado el privilegio que hay en el trabajo original — el campesino puede seguir creando, también el autor puede hacerlo, pero no, en cambio, el que depende de la burocracia, de la central eléctrica o de otros distribuidores.

Lo que al autor le importa no es solo captar la situación, sino a la vez domeñarla, ponerla en un espejo en el que también encajen las imágenes del terror.

Kirchhorst, 24 de abril de 1945

La anarquía continúa y con ella continúan los saqueos. La naturaleza de los visitantes es muy variada. Los hay que solicitan cortamente un huevo; otros llegan por la noche, armados, y se llevan el dinero y las joyas. Otros les quitan a los campesinos los caballos de los establos y matan a cuchilladas el ganado de carne. No voy a hablar de las pequeñas pérdidas, como la consistente en que cada tarde sean menos las gallinas que vuelven al gallinero. Nuestra ama de casa se muestra a la altura de las circunstancias y no pierde el buen humor ni siquiera cuando ve delante de la puerta un negro acompañado de tres rusos. Lo que importa es eso. Es preciso que uno mismo cree la situación, no aceptar la que viene de fuera.

En algún sitio tendrán que haber empezado a gobernar las fuerzas del orden, pues desde ayer los hilos conducen otra vez corriente eléctrica. Como si un conjuro mágico hubiera despertado un ejército de duendecillos, de golpe empiezan a funcionar la luz, la bomba de agua, la radio. La red está conectada; los peces saltan de júbilo. Con ello recibimos también las primeras noticias. Se lucha en Berlín; Bremen y Hamburgo están bajo el fuego de la artillería; tropas francesas han llegado al lago de Constanza. El espectáculo continúa, pues, sin nuevas ideas, hasta su horrendo final.

Sobre la visión intuitiva. En sus figuras disfrutamos de manera simultánea y junta lo que en la lógica aparece de manera sucesiva, como una cadena. Eso se me ha ocurrido

hoy en el jardín mientras contemplaba una auricularia, una «oreja de oso», de un intenso color marrón aterciopelado, cuyo cáliz era amarillo. El goce sosegado que ha provocado en mí se basaba en que sus colores irradiaban el calor suave del fuego atenuado, amansado. Amarillo era el foco, marrón la penumbra que lo rodeaba. Un borde escarlata en torno al centro amarillo habría generado probablemente una jovialidad más viva, pero más inquieta.

Kirchhorst, 26 de abril de 1945

Inventos como el del telescopio o el del microscopio no descubren mundos nuevos; lo que hacen es más bien proporcionar los órganos, acaso solo las muletas, para visiones que los han precedido. De ahí que esos instrumentos no solo introduzcan confusión en los sentidos humanos, como decía Goethe, sino que pueden ser ya indicios de un desarreglo, la traza de ojos de cristal para desencantar el mundo. La óptica exterior sigue a la interior, no a la inversa. Cuando se tiene la idea, como Laue, de la reja de cristal, es preciso poseer ya una noción de la caza a la que se va a hacer atravesar los barrotes. Esto rige también para las excavaciones. La fotografía hizo su aparición cuando el ser humano comenzó a ver fotográficamente. Los viajes espaciales coincidirán necesariamente con el instante en que *una sola* mano abarque el globo, según el ejemplo del globo imperial. Las fronteras son trasladadas al Universo. De una bola cargada de electricidad saltan entonces chispas. El Estado mundial como masa exige su antítesis cósmica; un pensar cósmico habrá precedido necesariamente a eso. Lo invisible encuentra su trasunto en el poema, en el reino de los sueños; y este encuentra el suyo en lo visible. El historiador ha de recorrer en sentido inverso ese camino, hasta llegar a las cámaras del tesoro.

Kirchhorst, 28 de abril de 1945

Unos trabajadores polacos han asesinado la pasada noche al propietario de la gran finca que diviso desde mi mesa de escribir, porque se negó a darles gasolina. Se dice también

que lo han torturado. A ello siguió una orgía, cuyo ruido llega todavía hasta aquí.

Parece que en B. han atado al alcalde a un automóvil y lo han arrastrado hasta hacerlo morir. A otros se los han llevado obligándolos a cabalgar sobre el radiador. En casa del dueño de la fonda se presentó un negro borracho y exigió una cama con una mujer dentro. Como no fue posible servírsela, el negro siguió adelante hasta la casa de los Haustein, donde entró hundiendo la puerta de una patada. Allí lo apaciguaron con un gran plato de huevos fritos que le prepararon a toda prisa.

Enjambres de rusos han acampado en las granjas donde han desaparecido o están en cautiverio los varones; matan cada día una res y organizan comilonas como los pretendientes de Penélope. Se los ve de pie junto a las vallas, tomando el sol; tienen unos pómulos enormes y una piel que, a consecuencia de las francachelas, florece como terciopelo puro.

Fuera continúa la tempestad de los motores, a dos pasos del muro del jardín en que trabajo. Es una antítesis que he visto ya en sueños a menudo: la corriente, y, a su orilla, las flores. Sobre eso he estado meditando mientras arrancaba las malas hierbas de un bancal. Con las raíces ha salido a luz un penique viejo; tal vez lo perdió allí uno de los párrocos hace tiempo fallecidos y formaba parte de la colecta del cepillo. Tiene en una cara el caballo encabritado, el escudo de armas del reino de Hannover, y en la otra la fecha de 1837 — un año fatídico, pues en él subió al trono el Rey ciego.

Kirchhorst, 29 de abril de 1945

Hoy se ha sabido que partisanos italianos han capturado a Mussolini cerca de la frontera suiza y lo han fusilado después de someterlo a una especie de consejo de guerra; luego lo han colgado ignominiosamente. Parece que Farinacci y otros jerarcas del Partido han corrido una suerte parecida. Sobre Hitler circulan rumores varios. Según una de las versiones «está agonizando».

Entramos ahora en la edad del ocaso de los Galbas, los Otones, los Vitelios; es algo que se repite en los detalles, pero sin que haya un Vespasiano en el fondo. Vitelio fue arrastrado de un gancho. Ese fin era ya perceptible en las aclamaciones de las masas populares. Si, según Heráclito, las lenguas de los tribunos son afiladas, tan afiladas como los cuchillos empleados en la matanza, las citadas aclamaciones aportan el compás de las hoces y las hachas. Saltan los viejos cerrojos.

Vuelvo a leer las actas del asunto Dreyfus, del que nunca me ocupo sin que me palpite el corazón. En él aparecen, como en un modelo ideado por demonios, todos los poderes de nuestra época; se concentran en un cristal de múltiples lados. Ese proceso se vuelve tanto más significativo cuanto más ampliamente va documentándolo la historia en su progresión. Cómo se parece el destino del Estado Mayor alemán, una vez que se lio con los tribunos, al destino del coronel Henry. Drumont, Barrès, *La libre parole:* verdaderas minas de nuestros lugares comunes.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1945

Florecen las lilas y los muguetes. Esas flores y el «corazón con lágrimas» adornan la fotografía de mi hijo; hoy habría cumplido diecinueve años.

En el salmo 119, manifiesto de la vida justa, leo este hermoso versículo: «Soy un huésped en la Tierra, no me ocultes tus mandamientos… Instrúyeme, y viviré».

La muerte es en ese sentido la más poderosa instrucción que puede dársenos. También dejamos de ser huéspedes; ingresamos en lo que constituye nuestra propiedad.

La radio ha dado a conocer a última hora de la tarde la muerte de Hitler; es oscura, como muchas de las cosas que lo rodean. Yo tenía la impresión de que este hombre, igual que Mussolini, era desde hace mucho tiempo tan solo una marioneta movida por otras manos, por otras fuerzas. La bomba de

Stauffenberg no le quitó, ciertamente, la vida, pero sí le quitó el aura; era algo que se notaba también en su voz. Desde el principio sospeché que se produciría un ataque de esa especie y que lo efectuaría un varón de nombre antiguo — y también que el ataque no podría causar efecto más que si fracasaba. En 1939 expuse eso con todo detalle en la figura del príncipe Sunmyra.

Se dice que el gran hombre se ha envenenado. Eso estaría en contradicción con la visión de que me habló Ziegler en París, creo que en 1942. Su esposa había visto a Hitler tendido en un lugar tenebroso, le salía sangre de la boca.[1] Años antes ella había visto, a la hora astronómica, el incendio del gran dirigible en Lakehurst.

Cuando vuelvo a pensar en aquella charla con Ziegler se apodera de mí una sensación funesta. Fue en el Café de la Paix.

Es preciso que recorramos en sentido inverso el camino trazado por Comte: de la ciencia, pasando por la metafísica, a la religión. Bien es verdad que el ir cuesta abajo resultaba menos fatigoso. ¿Y en qué se reconocerá que estamos acercándonos a la meta? En todo — y, espiritualmente, en que las perspectivas se harán más generales, y no más especiales, como ha ocurrido hasta ahora.

Kirchhorst, 2 de mayo de 1945

En el jardín el narciso blanco florece en rincones cubiertos de maleza. Me trae a la memoria mi paseo por los pedregales de Aïn Diab, donde lo vi brotar en frondosas matas del suelo del desierto en el mes de diciembre.

Sigo revisando mis notas del Brasil y al hacerlo percibo que mi oído se ha vuelto sensible a los pleonasmos más sutiles — por ejemplo: *noch unberührt* [todavía intacto].

Lo mismo puede decirse de las contradicciones secretas; así que los ojos se aguzan un poco, esas contradicciones empiezan a pulular como microbios. El giro *einen Beigeschmack*

gewinnen [ganar un resabio] está propiamente justificado tan solo cuando el resabio es un resabio bueno; sin embargo, a las plumas de dicción matemática esas cosas no les causan problemas.

Con todo, no deberían llevarse los escrúpulos hasta el límite a partir del cual lo que comienza es la falsa sutileza, las ganas de querer partir un cabello. En el lenguaje la lógica no obtiene nunca resultados exactos; siempre quedará un resto. Si se quisiera extirpar ese resto se esterilizaría el lenguaje. El afán de exactitud absoluta lleva a extravíos. Es preciso que el autor conozca la diferencia que hay entre la exactitud matemática y la exactitud pictórica.

Me llama la atención una cosa notable: que quedasen olvidadas, tan pronto como pasaron los norteamericanos, las noches de bombas, unas noches que, sin embargo, han estado dando a la vida en los últimos años una nota tan determinante. La población las recuerda como un sueño. Eso arroja luz sobre la naturaleza ilusoria del mundo del terror.

El trabajo, el ocuparse en pequeñas cosas, no solo proporciona un contrapeso a lo ilusorio, sino que también ayuda a conservar la dignidad, o a restablecerla cuando ha sido lastimada. Cuanto más crece el pánico, tanto más placentera resulta la visión del hombre que no sobreestima el terror y se niega a inclinarse ante él — en tiempos ateos eso no resulta más fácil, sino más difícil. En mi infancia, cuando apenas había aprendido a leer, me causó una gran impresión una historia de la Guerra de los Bóxeres. Creo que era un oficial del Estado Mayor del general Waldersee el que contaba una ejecución de rehenes chinos. Formaban una larga cola, mientras iban siendo decapitados uno tras otro. En aquella cola le llamó la atención al oficial un hombre que estaba leyendo un libro. La visión de aquello lo conmovió y entonces solicitó de quien dirigía las ejecuciones la vida del hombre, que le fue concedida. El oficial comunicó el indulto al lector. El chino

dio las gracias cortésmente, se metió el libro en un bolsillo y abandonó el lugar del suplicio, donde el trajín siguió su curso. Más tarde me he preguntado: ¿de qué índole sería su lectura? Habría que conocer el texto. Hoy podría imaginarme que se ocupaba en leer un capítulo de la novela *Jin Ping Mei* o un manual sobre el cultivo de las azucenas. Al sapiente se lo reconoce no por su materia, sino por su saber. Ahí es donde está la prueba: hay oraciones hueras y hay sonrisas que convencen.

Los campesinos se encuentran otra vez en los campos, aunque en sus granjas están instaladas hordas glotonas. La cosecha es incierta. Pero el labrador que ara caminando detrás de los caballos, mientras por las carreteras pasan los ejércitos, ofrece una poderosa estampa de la continuidad, de la permanencia del esfuerzo humano. Ese esfuerzo es defraudado con mucha frecuencia y, sin embargo, es más importante, es más consolador, tiene unas bases más profundas que el progreso, el cual más bien tiende a alejarse de él. Quien ara retorna; vi ese personaje durante el avance alemán por tierras de Francia, y se dice que ese mismo personaje iba abriendo sus surcos entre los ejércitos que se desplegaban en Waterloo.

Kirchhorst, 4 de mayo de 1945

Han participado de nuestro desayuno dos detenidos que han sido liberados del campo de Belsen. Uno de ellos tenía apergaminado el rostro, curtida la piel, a consecuencia de fuertes descargas, de llamas asfixiantes, en alternancia con fríos intensísimos. Ha estado detenido desde 1939 — en los últimos años se hallaba al frente de la cocina, es decir, ocupaba un puesto privilegiado, que lo ha mantenido con vida. Ese hombre ha pasado por una serie de campos y yo he estado preguntándole detalles. Ahora cae sobre esos sitios una luz cruda, que viene a relevar a los rumores. Cae sobre los detalles de la putrefacción, sobre la basura de la práctica, sobre los más viles triunfos de la economía. Lo que esa luz ha-

ce es poner completamente al desnudo las cosas, mientras que los rumores le dejan todavía al oyente la libertad de formarse una imagen propia, aunque también ella sea horrible. He pensado en Manz, que pasó más de un año en uno de esos lugares y que ni siquiera cuando estábamos bebiendo unos vasos de vino osaba ir más allá de algunas alusiones sombrías. En determinadas circunstancias cabe discutir las alusiones; con los detalles no es posible hacerlo. En una ocasión en que estábamos cómodamente sentados en el hotel Raphaël, entregados a las conversaciones habituales, Manz levantó el dedo y pronunció estas tres palabras:

—¡No decir nada!

Era como si algo imposible de comunicar emergiese de sus profundidades. Aquellas palabras interrumpieron por un momento las bromas, como un grito de lechuza. Manz había visto y aquello le había costado un ojo de la cara.

En Grosshorst un norteamericano ha realizado una pequeña pesca particular. Se apeó allí de su automóvil, detuvo con su metralleta a los transeúntes y fue quitándoles los relojes. En todo caso, mejor eso que no que les hubiera arrancado la cabellera.

Ordenando cartas y viejos apuntes he encontrado una cita que saqué hace diez años del escrito de Casiano sobre la organización de los monasterios:

«Nadie puede legítimamente combatir antes de haber vencido a su propia carne».

Kirchhorst, 6 de mayo de 1945

Las carreteras siguen abarrotadas de personas que han estado en los campos de concentración. Quienes pensaron que iban a extenderse por el país hordas de saqueadores se han equivocado en sus profecías, al menos en cuanto puedo juzgar desde aquí. Las gentes me parece que están más bien alegres, como resucitadas. Por la mañana se han presentado en la granja seis judíos liberados de Belsen. El más joven tenía

once años. Con el asombro, con la avidez de un niño que nunca ha visto nada parecido, se puso a mirar libros ilustrados. También nuestro gato provocó su más profunda admiración, como si se acercase a él una poderosa imagen vista en sueños.

Ese cortejo de judíos me ha conmovido; era como una ventana a través de la cual veía yo las profundidades del despojo. «El número de los que sufren carece de significado» — también esta es una de esas frases con las que me he arriesgado inútilmente.[2] Y, sin embargo, es una frase válida, lo es incluso psicológicamente, pues la visión de la persona singular, del prójimo, es la única que puede desvelarnos el sufrimiento del mundo. Y es válida teológicamente, por cuanto una persona singular puede tomar sobre sí el sufrimiento de millones, compensarlo, transformarlo, darle sentido. Forma un valladar, un reducto en medio de un mundo estadístico, de un mundo sin atributos, plebiscitario, propagandístico, trivialmente moralista, en una sociedad en que la palabra «víctima» asusta a los espíritus. Incluso hoy la enorme suma de dolor no puede llegar a tener sentido más que si ha habido seres humanos que han salido de la esfera de las cifras y han ingresado en la del significado. Eso es lo único que sublima la catástrofe y la saca de la vacía rotación, de la vorágine a la que afluyen tropas siempre nuevas de vengadores.

Kirchhorst, 7 de mayo de 1945

Los rusos anuncian que han encontrado en Berlín los cadáveres del doctor Goebbels y de su familia. Murieron a consecuencia del veneno que ingirieron.

He meditado una vez más sobre las etapas de nuestra relación de conocidos. Comenzó con el acorde disonante de Spandau y terminó hace seis semanas, cuando prohibió a la prensa que mencionase mi cumpleaños.

Franke, que sucumbió más tarde al mando de una cañonera suramericana, no dejaba de darme la lata para que asistiera a los mítines en que hablaba Goebbels, aunque sabía lo poco que yo esperaba de aquello. Por fin un día fuimos a

Spandau. No debía de haber pasado mucho tiempo desde la llegada de «el Doctor» a Berlín. Lo que allí resultó instructivo fue el modo como aquel gnomo se apoderaba de la masa, gran parte de la cual estaba formada por individuos de la «Comuna», el modo como la sometía y la llevaba al frenesí. Era algo de lo que aún no se había tenido vivencia entre los alemanes, sobre todo en Prusia. Frente a eso los socialdemócratas eran unos ilustrados de espíritu científico. Los comunistas se dieron cuenta de lo que habían dejado escapar y trataron de imitarlo, pero llegaron demasiado tarde. Yo oí luego también el discurso en el que Thälmann invocó a Ulrich von Hutten y la libertad alemana. Aquello habría hecho furor unos diez años antes, por la época de *El acorazado Potemkin.*

Más tarde acudimos alguna vez a los mítines que celebraban ambos partidos en el Palacio de los Deportes; eran muy parecidos tanto en su técnica como también en la creciente atmósfera familiar, hacían pensar en grandes campamentos en los que la gente confraternizase a los sones de música de marcha. También fue una novedad la aparición de mujeres fanatizadas.

«Este les arrebata a los otros de las manos la revolución» — eso fue más o menos lo que hube de sentir mientras lo escuchaba en Spandau. Es posible que como orador nunca volviera Goebbels a rayar a igual altura — no me refiero al entrenamiento, sino a la fuerza directa. Uno de los secretos de aquellos hombres estaba en el simple hecho de que tenían más arrojo. «El gobierno carece de arrestos para mandar que me fusilen, pero eso no se basa en la reciprocidad.» Creo que esta frase se pronunció una vez en Suramérica. Aquellos hombres caían sobre una república en la que había liberales, pero apenas republicanos, si prescindimos de algunas personas singulares, como Otto Braun, que pedía en vano una sangría saludable. En sí la situación no era desfavorable para un gobierno expeditivo. Era mejor que existiesen dos partidos extremos de masas, en lugar de uno solo. En una ocasión

marcharon el uno contra el otro en Alexanderplatz. Vi, cosa de la que no había dudado, que bastaban unos centenares de policías para separarlos y amansarlos. Si uno sostiene el fusil en las manos, puede caer; pero si se lo deja arrancar con palabrerías, habrá de prepararse a sufrir ignominias.

La voz del Doctor no era groseramente agresiva. Era una voz sutilmente modulada, fina, disciplinada. No la voz de los grandes tribunos, que están completamente seguros de su misión, de su mensaje. El timbre de su declamación estaba muy pensado; suscitaba la idea de que se debía a unos estudios cuidadosos, realizados en ascéticas vigilias nocturnas. Era la misma voz que se encuentra en los jefes de publicidad, en los «cañones vendedores», que llegan a nuestra casa para hacer el elogio de unas complicadas pólizas de seguros y cuya visita suele acabar enredándonos en unos pagos de nunca acabar. Las imágenes que Goebbels empleaba eran fáciles, pero enérgicas, para darles eficacia. Un ejemplo: «la frente y el puño», para decir «la cabeza y la mano». El conjunto quedaba por encima del nivel de los oyentes, pero no de su capacidad de comprensión. El Doctor iba también vestido con esmero, llevaba un traje azul de buen paño. Pero no había duda de que él pertenecía al mismo grupo que sus oyentes; tenía el aspecto que suele tener en una familia de mecánicos el hermano que ha hecho estudios universitarios.

Aquella fue una de las fiestas en las que se descubrió la sociedad sin clases. Eso trajo un fuerte arrebato, un flujo de energía. Se la sentía hervir en aquel gran recinto. En lo que respecta a la fuerza elemental, a la materia prima histórica y a su aprovechamiento, el espectáculo era bastante sorprendente. En la captación y en su técnica iban muy por delante de los burgueses y también de los comunistas. Estos se hallaban todavía profundamente anclados en el Estado de clases. Es cierto que en lo ideológico lo único que allí se mostraba eran los lugares comunes del siglo XIX, con un aliño nuevo, o ni siquiera eso, sino reconducidos a su origen, pues la democracia se había reconocido a sí misma por vez primera, en

efecto, en su carácter nacional. En ese aspecto aquellos hombres andaban retrasados con relación al marxismo. Pero lo que en el fondo importaba no era lo que aquel ágil hombrecillo expusiese. A veces tuve la impresión de que el Doctor dirigía el coro con suaves movimientos de la mano, como un director de orquesta. Así es que abandoné también el mitin antes de que acabase.

Aquella misma noche, o ya de madrugada, volvimos a encontrarnos en casa de Franke, donde me enteré de que se había producido una verdadera batalla en el recinto. Mi papel era el del hombre al que se le había colocado en un lugar de honor y que luego había desaparecido al ponerse difíciles las cosas. Mi buen *genius* me había preservado de tales laureles. El concepto de «antiguo combatiente» desplazaba en aquellos tiempos su centro de gravedad hacia la guerra civil. Frente a eso palidecían las estrellas de Langemarck. En el piso de Franke pensé que el Doctor iba a desvelarnos allí los misterios; pero lo único que hizo fue repetir los mismos lugares comunes.

Más tarde volvimos a vernos de vez en cuando en la Heilbronner Strasse, en el domicilio de una tercera persona; él veía probablemente aquella casa como una oficina de reclutamiento para sus capitanes. Así fue como Goebbels se empeñó en conocer a Ernst Niekisch, lo que dio lugar a una maliciosa charla entre ambos — se enfrentaban allí el perro y el gato. Aquella conversación fue instructiva porque tocó los puntos neurálgicos — por ejemplo, la palabra «trabajador». En ese sentido se asemejó a una auscultación breve, precisa, con un diagnóstico lamentable. Niekisch ya no era marxista, pero, igual que Hendrik de Man, había pasado por la escuela de la dialéctica; no cabía negarlo. De ahí que la conversación tuviera también algo de representación absurda, de, por ejemplo, un enfrentamiento entre un peso pesado y un peso mosca; en ese enfrentamiento, de todas maneras, el más fuerte espiritualmente era a la vez el más débil políticamen-

te. No se repitió. Y yo sospecho que no dejó de tener significado para el destino de Niekisch.

Más tarde aparecieron en aquella casa altos funcionarios; acudieron después de los primeros grandes triunfos electorales y sin duda abrigarían la esperanza de sobrevivir a la amenazadora mudanza. Hicieron aparición allí gentes importantes del cine, de la radio y de la prensa, actrices y actores, entre ellos también Heinrich George, que en aquella casa estaba fuera de lugar, como si un hombre de la Edad Media, un Florian Geyer, se hubiese extraviado en un bar de hotel. Allí conocí también a Valeriu Marcu, un judío de baja estatura, inusualmente inteligente, que había desempeñado un papel en la revolución húngara bajo Bela Kun y que ya cuando contaba dieciséis años había hecho una peregrinación a Zúrich para ver a Lenin, sobre el cual existe también un libro suyo. En aquel momento Marcu estaba ocupado en estudiar los espíritus revolucionarios surgidos en el ejército prusiano después de 1806, había escrito antes sobre Scharnhorst y sobre *El nacimiento de las naciones* y preparaba un libro acerca de la persecución de los judíos en España y Portugal.

A toda la gente antes mencionada se añadían personas del «Frente Negro» — comandantes del ejército en paro, como Buchrucker y Gilbert; el primero había maquinado un alzamiento en Küstrin y el segundo había estado al mando de una división bolchevique en Turquestán; y también un tal doctor Heimsoth, médico amigo de Röhm que mantenía en el Wittenbergplatz una equívoca consulta, que era un verdadero pozo negro. Lo mismo que Hanussen, el vidente, también el citado médico estaba atiborrado de secretos peligrosos; fue uno de los primeros en ser liquidado.

También el Doctor traía consigo a algunos de sus secuaces, que en vano intento recordar, pues eran más evanescentes aún que su jefe. Uno de ellos me llamó la atención porque sabía adaptarse de tal manera a la opinión del momento que casi carecía de individualidad; se fundía como un cama-

león con los dibujos del papel pintado de las paredes. Creo que más tarde llegó a ser alcalde de Berlín.

Aquel estudio de la sexta planta, que constituía la pesadilla de los demás inquilinos del edificio, se asemejaba a un acuario iluminado en el que no había escasez de cosas que pescar: sepias, medusas, nenúfares de largas cabelleras, embriones de tiburón con la piel muy delicada todavía. En el vestíbulo había un plano de la ciudad de Nueva York. Era difícil encontrar un grupo más heterogéneo, a no ser que uno frecuentase las fiestas que organizaba Ernst Rowohlt, el cual se complacía visiblemente en combinar mezclas pirotécnicas, sobre todo el día de su cumpleaños. Uno encontraba allí a Brecht, a Bronnen, a Ernst von Salomon, a Rudolf y Speedy Schlichter, y a grandes bebedores, como Thomas Wolfe.

Los centelleos sociológicos son uno de los indicios de las grandes caídas de barómetro, de las grandes depresiones, como lo es también el ofuscamiento de los espíritus, su optimismo, que les oculta el peligro. Hasta más tarde, hasta mucho más tarde no descubrí la naturaleza fatídica de aquellas reuniones. Un Cazotte habría visto tal vez que los más de los participantes estaban ya marcados, que, mientras ellos fumaban y el gramófono daba vueltas, tenían ya la muerte a sus espaldas — y qué muerte tan atroz. El parquet sobre el que se bailaba era muy delgado. La primera que se envenenó fue el ama de casa, una criatura maravillosa; se decía que había sido agente de los servicios secretos. Aquel estudio era demasiado atractivo como para que no introdujesen en él sus tentáculos poderes de toda índole. Siguieron otros suicidios, como el de un hombre gordinflón, al que yo había admirado como dechado de la satisfacción humana; luego llegaron las liquidaciones.

No voy a decir que nadie previera lo que se venía encima. Pero solo podía ser una previsión vaga. En una ocasión vi a Edmond, un sensitivo, mirando al techo como si buscara allí algo, un objeto fatídico. Un gran galgo ruso se puso a aullar; lo calmaron con somníferos.

Los acontecimientos de los últimos doce años han distorsionado el cuadro, que se señalaba precisamente por su insignificancia; esta forma parte de la marcha vertiginosa de la sociedad nihilista, de su roedora conversación nocturna. Cuando un polvorín salta por los aires se sobreestima el significado de las cerillas. Tampoco cabezas acomodaticias, que más tarde han pretendido que ellas sí sabían todo exactamente, tenían por aquellos días una idea exagerada del Doctor. A Stoffregen, que más tarde fue nombrado en la radio sucesor de aquel hombre gordo que se pegó un tiro delante del espejo, le oí decir:

—Pues no es nada lo que a estos chavales les queda todavía por aprender.

Más tarde uno se acuerda, o no se acuerda, según convenga, de haber pronunciado frases como esa. La memoria es complaciente.

Ese es también el peligro de las miradas retrospectivas. Resulta muy fácil inscribir en ellas las consecuencias, para no hablar del mero interés. Pero creo no engañarme al decir que entonces se juzgaban con escepticismo las perspectivas del nuevo partido de masas. Su naturaleza febril hablaba más bien en contra de él. Carl Schmitt me dijo un día:

—Puros lugares comunes.

Pero lo dijo con la sonrisa del hombre que conoce la famosa frase de Oxenstierna.[3]

Mi padre dijo:

—Cuando he visto cómo el gobierno se dejaba llevar ante los tribunales, he votado a esa gente.

En una tienda del barrio de Steglitz oí cómo una mujer a la que el carnicero le había puesto demasiado hueso en la compra invocaba el nombre de Hitler. Era un guiño de la justicia. Pero en las carnicerías del barrio de Wedding se oían otras cosas. Lo que la gente dice en las calles es siempre instructivo, pero carece de valor como pronóstico. En cualquier caso no se trataba de barricadas.

Los conservadores opinaban que había que «infiltrar cabezas», es decir, arretabarles a aquellos hombres la dirección. Los comunistas se preparaban a sucederlos en la guerra civil. En sus teóricos, en Wittfogel, por ejemplo, podía uno aprender las etapas que conducirían a la meta, según la receta dialéctica. Wittfogel era uno de los comunistas inteligentes; lo vi por última vez poco antes de que marchase a China, tras salir del campo de concentración. Ya en él me llamó la atención el silencio que rodea esos lugares, como si fueran casas de muertos.

Estaba bastante generalizada la opinión de que habría una tremenda sacudida, y que sería benéfica. «Las cosas no pueden seguir así.» Aquellos hombres alzarían el telón, como obreros de teatro, romperían trastos viejos de todas clases y luego se retirarían. Entonces quedaría libre el escenario. Eso es lo que ha ocurrido, pero el intermedio ha durado mucho más de lo que todos preveían hacia 1930. Lógica y también psicológicamente cabía prever más bien, en efecto, que se repetiría en mayor escala el espectáculo del *Bürgerbräukeller,* la cervecería de Múnich. También parecía posible que sencillamente se metiera a aquellos hombres en la cárcel y se les confiscase la caja. Eso era lo que Hitler temía. Una comparación que gozaba de mucha popularidad era la comparación de Hitler con Boulanger.

En todos esos parangones hay algo cierto, al menos en el carácter básico; el fallo de los pronósticos está siempre en que se aguarda el retorno de las cosas en los detalles y en los personajes, y eso está en contradicción con las leyes de la caleidoscopia. El destino entra en escena por puertas simuladas y siempre con disfraces nuevos — también los personajes forman parte del disfraz. Pero debajo, detrás, hay algo de lo que no cabe despojarse en el guardarropa. Cuando se acierta a dar con eso, el parangón está bien fundado. Hay así también en el destino de ambos tribunos algunos puntos básicos que delatan que el paralelismo entre ellos, entre Hitler y Boulanger, era bueno; uno de esos puntos es el suicidio. La

diferencia empírica consiste en que la Tercera República francesa era, incluso en tiempos de Boulanger y de los grandes *affaires,* más fuerte que la de Weimar, era un tigre real en comparación con un gato doméstico. Semejante animal cura sus heridas lamiéndoselas. El modo en que Boulanger, que en la hora fatídica tenía en sus manos unos ases mucho mejores que Hitler, fue llevado a un terreno helado y resbaladizo, hasta que el hielo cedió bajo sus pies — fue una obra maestra. Ayer estuve repasándola. Parece que aún no prospera bien en nuestro clima alemán un cierto tipo de abogado que allí en Francia se encuentra muy desarrollado. En la Paulskirche se lo buscará con una linterna.

Por aquellos años hubo de producirse una conversación que mantuve con Philippe Barrès, buen conocedor de Boulanger y de su trayectoria. Barrès opinaba que la contemporización desempeña un papel capital en la conducción de los procesos políticos. No cabe discutirlo, pues en la política el tiempo es aún más importante que el espacio. Pero quien contemporiza ha de tener tiempo, tiempo interior; es decir: es preciso que sea superior al tiempo. Si no es así, el tiempo trabaja contra él. También con Hitler contemporizaron, pero de una manera que se asemejaba a una incubación, sus adversarios, unos adversarios que no tenían tiempo y cuya hora había pasado. Y así en parte tuvieron que ofrecerle el poder y en parte entregárselo, y hacer eso en el momento más propicio para Hitler. Fue algo que al pueblo no se le escapó.

Cuando en 1935 emprendí mi viaje a Noruega me hice cortar el pelo en Hamburgo por un vivaracho peluquero. A mí y a los clientes que aguardaban estuvo divirtiéndonos con varias anécdotas, de las cuales recuerdo esta:

—Pues sí, no cabe duda de que este Atje es el hombre adecuado. Había una vez un estanque de peces dorados y dentro de él había un enorme pez dorado. Y nuestro Atje pensaba: yo quiero ese pez para mí. Y entonces se puso a vaciar el estanque muy poco a poco, muy poco a poco. Y cuando ya había salido toda el agua, pues entonces el pez dorado estaba

allí y daba saltos. Y mientras estaba allí dando saltos — ¿qué os creéis?, ¿que nuestro Atje lo sacó? Ni hablar, él es un tipo demasiado listo. Primero estuvo mirándolo un buen rato. Y todos se maravillaban de que no lo sacase. Pero Atje dijo: antes tiene que pedirme ayuda a gritos.

Le conté esta historieta a Hugo Fischer mientras nos dedicábamos a pescar en los fiordos. Dijo que también a nosotros iban a saltarnos los peces al bote. Por lo que respecta a Barrès, me refiero ahora al padre, cuya obra leí poco después de la Primera Guerra Mundial —precisamente entonces acababa de publicarse *Le génie du Rhin*—, había sido en su juventud «compañero de viaje» de Boulanger. Es algo que más tarde tiene que haberlo incomodado. Pero a mí me parece bien lo que dijo sobre eso en su vejez:

—Moi, j'ai marché avec l'espérance.

Los alemanes hemos llegado tarde a muchas cosas, y también a esta: el camino que Barrès pudo todavía recorrer no era ya transitable para nosotros. En ese aspecto personajes como el Doctor representaron para mí una enseñanza, una abreviatura de lo que estaba ocurriendo.

Kirchhorst, 8 de mayo de 1945

Por vez primera se ha oído este año el grito del cuclillo en los bosques del pantano. La parra de la casa está ahora llena de renuevos abundantes, frondosos; la fuerza dionisiaca se delata ya en el follaje, en su estallido. En una ocasión, hace años, la podé demasiado tarde y durante la noche estuve oyendo cómo goteaba de las heridas la savia, como si fuera sangre.

Un aroma delicioso se alza de los bancales. También eso es lenguaje, y es maravilloso oír que, en el instante de su fuerza y plenitud supremas, y a la vez de su más honda dicha, la planta rompe el silencio en una callada noche de primavera y comienza a difundir su secreto. También eso es poder, es una solicitación silenciosa, que resulta irresistible. Ese lado regio resuena en las palabras empleadas por los hombres de

la Antigüedad, como *odor, aroma, balsamon,* mientras que lo que predomina en nuestras palabras alemanas *Dunst* [vaho], *Ruch* [olor] y *Duft* [aroma] es la oscuridad y el misterio del mensaje.

Hoy no ha habido oscurecimiento de los edificios al atardecer; era la primera vez, desde hacía seis años. Constituye de todos modos una mejora modesta para nosotros en un día como el de hoy, en el que resplandecen las fiestas de la victoria en todas las grandes ciudades de los Aliados, desde Nueva York hasta Moscú, mientras los vencidos están sentados en lo más hondo del sótano, con el rostro cubierto.

He oído el discurso del rey de Inglaterra; ha sido digno, mesurado y adecuado al soberano de un gran pueblo.

Cuando se oía en el bosque del pantano el grito del cuclillo, ese pájaro fantasmal, han llegado burlones, con las primeras luces del alba, los muertos y se han mostrado. Yo volvía otra vez a sus casas, subía de nuevo la escalera de la Heilbronner Strasse, oía arriba la música y el ruido.

El aire ascético, concentrado, de la fisonomía del Doctor no era simulado; la voluntad puede conseguir muchas cosas cuando se ciñe a un único punto. No cabe duda de que su lesión de la pierna desempeñaba un papel en aquello. Esos hombres no suelen perder su tiempo; trabajan mientras los demás bailan o están sentados bebiendo vino. Luego aparecen de pronto, sorprendentes, y pueden recuperar también su retraso en los goces.

En los momentos en que no era la voluntad lo que determinaba la conducta del Doctor, no podía negársele un cierto encanto, que ha de haber hecho efecto sobre todo en las mujeres. Los caricaturistas lo comparaban con un ratón — pero lo que en él había era más bien un algo de gato. Gatuno fue también su discurso después de la matanza de junio de 1934: dijo que de vez en cuando era menester dejar que los ratones saliesen de sus agujeros y jugasen, y solo entonces pegarles un zarpazo. Su último adiós a los fusilados en aquella fecha

tenía algo de complacido ronroneo: «Querían tener una revolución. Pues bien, ya la han tenido».

¿Se habrán incorporado también algunos de esos rasgos al personaje del mauritano Braquemart, tal como lo dibujé más tarde? Tal vez, pero Braquemart dejaba a sus espaldas los partidos. Más fructífero me resultó a mí en ese aspecto un alférez aspirante a oficial, un tal Von L., que yo conocía de la guerra y que había estado luego en la policía. Tuvo allí algunos problemas y pasó al servicio de los rusos; allí lo habrán nombrado general, como a Gilbert, o lo habrán liquidado, o tal vez hayan ocurrido ambas cosas. Al despedirse manifestó que había llegado a ser indiferente que uno ejerciese su oficio con este señor o con el otro, que todos sin excepción eran abyectos. Pero, añadió, era preciso que uno «siguiera siendo un caballero». Sin duda Stavrogin pensaba lo mismo antes de ahorcarse. En Von L. me topé por vez primera con esa mezcla de desprecio a los hombres, ateísmo y gran inteligencia técnica, propiedades que están orientadas la una a la otra. También Heydrich pertenece a ese tipo.

Por cierto que solo ahora, *a posteriori,* me llama la atención el hecho de que aquel Von L. se pareciese mucho al Doctor. En todo caso el futuro ministro se sentía retratado en él, cosa de la que me enteré bajo mano. A ello se añadieron ciertos rumores que circularon, como, por ejemplo, el de que «Köppelsbleek», la barraca de los desolladores, que aparece en mi obra *Sobre los acantilados de mármol,* era una palabra en clave para decir «Goebbels-Bleek». Pero de ninguna manera había sido esa mi intención, pues «Köppelsbleek» es el nombre de un lugar que existe en Goslar y significa el sitio donde el verdugo ponía a blanquear los cráneos, es decir, el desolladero. El desolladero formaba parte del mapa de la Marina: del «Fillernhorn», el Cuerno de los Desolladores, el lugar en el que se despellejaba a la gente. Ese ejemplo muestra cómo en tales tiempos la fantasía del lector colabora en la exégesis — con más fuerza de la deseada por el autor. El «Guardabosque Mayor» era, según se rumoreaba, unas ve-

ces Hitler, otras Göring, y otras Stalin. Yo había previsto ciertamente tales cosas, pero no las había hecho adrede. En la novela social la identidad de los tipos está sometida a leyes diferentes que la identidad de los individuos. En todo caso no hay ninguna situación en la que se vuelva imposible el empleo de medios espirituales. El efecto aumenta en la misma proporción en que aumenta el riesgo, y este comienza con la supresión de la libertad de prensa.

En una ocasión, eran todavía los tiempos de la Heilbronner Strasse, estábamos los dos solos. Cerca de allí sonaba música. Yo había bebido, estaba de buen humor y seguramente habré hablado más de la cuenta. En todo caso noté que el rostro del Doctor se endurecía. La conversación había partido de una observación que él había hecho y con la que miraba complacido al futuro:

—Siempre conservaré mi puesto en el Partido, aun cuando tengamos el Estado en nuestras manos.

Había mostrado su talón de Aquiles.

¿Fue a partir de entonces, de aquella velada, cuando me calificó de «hombre peligroso»? Lo hizo todavía en 1942, cuando, en contra de su voluntad, apareció mi último libro. También este es un caso notable. Yo estaba informado de lo que él decía de mí, también conocía el expediente que me formaban. Sus hombres del Ministerio de Propaganda eran incapaces de guardar un secreto, pero entonces, en los comienzos, me enteré por una amiga común, a la que el Doctor impartía cursos privadísimos.

Esas cosas palidecen pronto. No poseían una gran realidad, se parecían a sueños triviales, a encuentros a orillas de escombreras. Es probable que eso dependiera de que a mí aquellas cosas me rozaban ligeramente y de que terceras personas se sentían afectadas por mis asuntos más que yo mismo. Fue también en 1942, o acaso algo más tarde, cuando el director de *Die Neue Linie,* el doctor Werner, reprodujo en su revista el cuadro *Los jugadores de ajedrez.* Lo había pintado A. Paul Weber en Brümmerhof, mientras mi hermano y

yo disputábamos una partida. La revista fue prohibida y el director se enteró de que el ministro me había «tendido puentes de plata». Son lugares comunes, pues mejores que los puentes de plata son los puentes que llevan a países donde hay plata. Era tan oscura, tan nefasta la otra orilla. No se necesitaba mucha inteligencia para prever esas cosas. Lo que daba que pensar, antes por el contrario, era que se sobreestimase el poder de la inteligencia; era mucho lo que había que aprender. Una mañana estaba yo desayunando en mi casa de Steglitz cuando entró en la habitación mi hermano; había visto arder el Reichstag. Le oí la noticia con un sentimiento de extrañeza, de irrealidad, como si me hablase de un golpe de teatro. Resultaba evidente que estábamos saliendo del espacio histórico y entrando en otro espacio, en un espacio imprevisible, fantástico. Eso mismo era también sin duda lo que sentía mi hermano. Dijo:

—Esto no dura ni seis semanas.

Era una conclusión errónea; mejor era el pronóstico de Friedrich Hielscher, que ya entonces predijo con bastante exactitud la duración del Tercer Reich. Solía citar una frase que había leído en una antigua crónica moscovita que hablaba de los horrores de una invasión tártara: «Y aquellas situaciones insostenibles duraron cuatrocientos años». Aparecía allí algo que iba contra la lógica, que no era analizable por la lógica, y para enjuiciar lo cual no eran suficientes los saberes históricos. Ninguna restauración restablecerá eso.

En la boda de Bronnen el Doctor era ya el tribuno victorioso. A todos sus conocidos de la izquierda invitados por Bronnen se los veía competir en cortejar a Goebbels; fue una ocasión magnífica para observar el impudor que trae consigo una mudanza súbita en el poder. El *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, trabaja con medios parcos; para derribar aquel edificio no se necesitaba un Mirabeau.

En aquella boda hubo una serie de incidentes notables y en su mayoría ruidosos. Me hizo pensar en la fiesta de la mujer del gobernador que se describe en *Demonios,* y de he-

cho un Dostoievski o también un Suetonio habrían tenido allí un rico botín.

Volví a ver al Doctor otra vez, cuando él ya era ministro, en el estreno de *Schlageter,* la pieza teatral de Johst, cuya primera representación constituyó la entrada en sociedad de los nuevos señores.

—Y *ahora,* ¿qué me dice usted?

Estas fueron las últimas palabras que me dirigió, una pregunta — ¿podría darle yo respuesta hoy? Siempre se responde demasiado pronto.

Kirchhorst, 9 de mayo de 1945

Las carreteras siguen abarrotadas de millones y millones de seres humanos errantes, de la calamidad de una migración de pueblos inimaginable. También nuestro pequeño cementerio recibe los frutos y acoge los cadáveres de niños y adultos que han acabado aquí su viaje. Tenemos hospedada en casa a una joven berlinesa; ha perdido todo en los saqueos y, vestida con un pantalón de soldado y una ligera blusa, marcha a pie en busca de una amiga. Su padre ha desaparecido en el Cáucaso; la madre, enferma del corazón, se sustrajo a los horrores de la invasión rusa envenenándose. Parece que de modo parecido han actuado los notables de poblaciones enteras en Prusia oriental, Silesia y Pomerania. Los fugitivos han visto por las ventanas grupos enteros de cadáveres sentados alrededor de la mesa puesta. Se conjuró a la Antigüedad; ha respondido.

Seguimos sin correo. Solo nos llegan saludos encargados a los fugitivos. Todos los parientes, todos los conocidos habrán de ser redescubiertos, habrán de resucitar del mundo de escombros.

Kirchhorst, 10 de mayo de 1945

El gran castaño ha encendido sus candelabros. He estado tumbado en la hierba viendo a los gatos jugar a su sombra; luego he ido a trabajar a la biblioteca. A cada uno de los há-

bitos, a cada uno de los goces se agrega ahora un brillo de resurrección, un sentimiento nuevo de gratitud.

La casa está abarrotada de fugitivos. Unos piden descansar una hora; otros se quedan una noche; otros, por tiempo indefinido. Desde ayer hospedamos a tres mujeres que salieron de Dömitz huyendo de los rusos. Allí han de haberse desencadenado todos los horrores del infierno. Una de las mujeres ha contado que poco después de que aparecieran los tanques se presentó la soldadesca; se la vio entrar en las casas pistola en mano. Inmediatamente después todo el campo se llenó de los gritos de las mujeres. Las infelices fueron violadas, abatidas a tiros, amontonadas, rociadas con gasolina y quemadas. La que nos contaba esas cosas rompió a llorar al describir el resplandor de las llamas. Una vez que hubo enterrado en el jardín las condecoraciones de su marido, caído en el frente, consiguió llegar a la otra orilla del Elba y huir.

Por la tarde he estado en el pantano marcando las placas de turba que hay que extraer. Luego he ido al Bosque de Ahlten, a sitios cuyos accesos están interceptados por el pantano y que se extienden en una soledad deliciosa. Allí cayó una parte de las bombas que hacían temblar nuestra casa. Esta habría cabido en uno de los enormes embudos que allí se veían y que han hendido el suelo del bosque y atravesado las capas de arena y de humus hasta llegar al estrato rocoso. Siguiendo mi costumbre he examinado las piedras proyectadas por las explosiones y he recogido un erizo de mar, un corazón de cinco puntas, petrificado.

¿Qué es lo que nos conmueve cuando tenemos en la mano la impronta de un animalito que atestigua que en mares desconocidos hubo vida hace millones de años? Lejanía e identidad al mismo tiempo. Un minúsculo espejo emite señales desde remotas profundidades del tiempo y el espacio: el Universo está vivo. A ello se añade el sentimiento de la unidad superior con ese ser, la vislumbre de que en lo inextenso so-

mos uno, y ese encuentro es una de las confirmaciones, una de las rimas en el poema infinito. La unidad subsistiría, subsistiría aun sin la confirmación, aunque ese ser continuara dormitando profundamente en su lecho de piedra. Alguna vez sabremos que ya sabíamos unos de otros.

Revisión de epistolarios. El que mantuve con Valeriu Marcu se ha conservado casi completo; encuentro cartas suyas escritas desde Berlín, luego desde pueblos próximos a la frontera española *(Prólogo a una pieza de teatro mundial),* finalmente desde Niza; las cartas llegan casi hasta la ocupación de la *zone nono,* hasta el traslado de Marcu a Nueva York. Tales cartas iban dirigidas a mis señas particulares de París, pasaban por el correo francés.

Por aquel entonces era la censura postal uno de mis quehaceres. Un melancólico sargento me colocaba cada día sobre la mesa, como primer plato, un montón de cartas a las que habían puesto reparos las oficinas de control de los ejércitos; con su lectura comenzaba mi jornada. Era una función difícil, desagradable, que permitía echar ojeadas insospechadas a la comedia y a la tragedia humanas. No hay nada que no escriban en sus cartas las personas. Melville describió una situación parecida en su hermosa novela corta *Bartleby.*

La mayoría de los escribidores de cartas tenía aún, al parecer, unas ideas bastante anticuadas sobre el secreto de la correspondencia; por ejemplo, un cabo que pedía a su amiga que le enviase ropa de paisano, pues era inminente el final catastrófico.

Mis censores subordinados estaban en parte mal informados sobre los límites objetivos de su tarea. No pocos se tenían evidentemente a sí mismos por mejoradores del mundo. En Le Mans había un oficial que informaba a su esposa de los avances en sus amoríos con una francesa. Adjuntaba dibujos que habrían hecho honor, no al arte, desde luego, pero sí a la fantasía de un Giulio Romano. Aquella carta había sido retenida sin razón; fue devuelta por mí al melancólico

sargento, que la cerró y envió. En tales casos se mandaba al censor una nota con el número de registro: «Asunto privado, sin reparos militares».

Ya la primera carta que llegó a mis manos planteó un problema. Una mujer comunicaba a su marido que el permiso de que este había disfrutado no había dejado de tener consecuencias y mencionaba el nombre de un médico amigo que estaba dispuesto a eliminarlas. Me cayó encima un asunto que era desagradable en todos los aspectos. Acudí al *Ic,* el servicio de contraespionaje, al comandante Crome, que más tarde fue hecho prisionero en Stalingrado, y le pedí consejo. Crome leyó la carta y me dijo:

—Devuelva usted la carta a la mujer y adjunte una nota escrita a máquina: «No mencione nunca más ese asunto».

En este caso la remitente escapó por los pelos a la cárcel o al presidio — pero también había cartas que podían costar la cabeza. Me acuerdo de la carta de otra mujer que informaba a su marido de la destrucción de su vivienda por un bombardeo; la había escrito en los primeros momentos de excitación. Contenía esta queja típicamente femenina: «Hasta las cortinas han ardido». Pero luego venía la frase incriminada: «Heinrich, ahora no tengo más que un solo pensamiento: vengarme de Hitler».

No dejaba de ser problemática la eliminación de cartas como esa, pues podía haber reclamaciones; así es que yo las encerraba en mi caja fuerte y allí las dejaba unas cuantas semanas, antes de quemarlas. Naturalmente había que hacer algo. Mas para demostrar el celo necesario no resultaba inadecuada la gran cantidad de reparos que yo ponía: se referían a la inclusión de billetes de banco en las cartas y a pequeños contrabandos de café. Es probable que con eso me ganase una reputación de hombre pedante («A ese lo habría tenido yo por más amplio de miras»).

Fue un puesto que me permitió ver claro que habíamos entrado en un período en el que ya no podíamos hacer nada bien, ni por arriba ni por abajo, ni hacia fuera ni en el propio

pecho. Cuando las cosas se ponen lábiles no cabe impermeabilizar la situación. No hay cámaras climatizadas; el malestar se propaga hasta la cúspide del Universo y hasta el más pequeño asunto cotidiano. Perdura, tanto si uno actúa por rutina como si lo hace por propia iniciativa. Ahí no existe ni gloria ni mérito, ahí no puede haber ninguna recompensa. La actuación solo puede ser aproximada: más o menos correcta, más o menos equivocada.

En todo caso yo conocía bien las razones por las que hacía que una parte de mi correspondencia, como las cartas de Marcu, siguiera rutas especiales. Casi siempre contenían, por cierto, informaciones personales y discretos análisis de la situación. Al principio era la suerte de su biblioteca lo que preocupaba a Marcu. «Perder la vida a plazos es cosa de cobardes. Mi biblioteca se encuentra aún en la jefatura de policía de Berlín.» Más tarde fueron enviándosela en varias remesas — aquella biblioteca era un instrumento excelente para realizar estudios históricos.

Desde siempre me han atraído más los espíritus que enjuician la situación que los que la crean o se figuran que la crean. Desde la posición de los primeros también los protagonistas aparecen como documentos para enjuiciar la situación, como fósiles típicos, como vegetales característicos, por los que se reconoce un estrato, un clima, un subsuelo. La estructura resulta más significativa que sus propósitos; su tipo, más instructivo que los conflictos en que están envueltos. Cuando uno tropieza, por ejemplo, con un asesino, la cuestión de hasta qué punto representa a Caín o a Tubalcaín es más fascinadora que los hechos que ocurren en el lavadero. Eso arroja luego, ciertamente, una luz más intensa sobre los detalles de lo sucedido allí. Pues casi todos nuestros juicios están sacados de los hechos superficiales, de los síntomas.

Por lo que se refiere a Marcu, lo tengo por uno de los mejores analistas de la situación con que yo me he encontrado. Había pasado por los dos grandes campamentos que competían por los laureles de la democracia. Eso me vino muy bien

en un momento en que yo estaba ocupado en la concepción de *El trabajador* — en el pensamiento de si cabía reducir a una fórmula las modificaciones que estaban perfilándose en nuestro planeta. Entonces las recetas tendrían que convertirse en justificantes; y las desavenencias, en fases de un trabajo. Es decir, tendrían que hallarse dentro del plan. Eso sería un punto de arranque para otorgar sentido a las cosas.

Por aquel entonces el dueño de la casa de la Heilbronner Strasse aún no había borrado de su lista a sus amigos judíos. Todavía no había sonado la hora de los reniegos brutales. Pero sus conocidos solían agruparse en habitaciones diferentes; el piso era lo bastante amplio para permitirlo. Cuando el Doctor se encontraba con Valeriu Marcu en el pasillo era evidente que sentía desagrado. Y, sin embargo, externamente se parecían muchísimo — dos figuras pequeñas de estatura, delgadas, morenas, con rostros tensos, marcados por el trabajo espiritual. Ocurre no pocas veces que los perseguidores y los perseguidos se parecen. En este caso el parecido se limitaba, ciertamente, a lo fisonómico, pues, por lo que se refiere a la inteligencia de la situación, Marcu era un gigante en comparación con el Doctor. El movimiento de la extrema izquierda a la derecha comporta más realidad, más conocimiento de los principios básicos de la política, que el movimiento inverso, en el que resulta más difícil desprenderse de las frases hechas.

Yo había leído el libro de Marcu sobre Scharnhorst, que contenía buenos paralelismos. El conocer personalmente a su autor no me defraudó, que es lo que suele ocurrir a menudo cuando nos encontramos con autores cuyos libros nos han interesado. En aquel momento estaba contando una visita suya a Trotski:

—Tengo prejuicios contra los banqueros cristianos y contra los generales judíos — pero Trotski constituye una excepción.

Era típica de él aquella manera escéptica de observar las cosas y de observarse a sí mismo. Con frecuencia parecía ro-

zar el cinismo, pero en el fondo era el modo de expresarse de un espíritu que sabía hacer abstracción de su propia situación. En una ocasión en que un amigo lo aburría describiéndole los méritos de su padre lo interrumpió con estas palabras:

—Dilo de una vez: era un viejo judío.

Luego lo visité con bastante frecuencia, al principio en Dahlem. En una ocasión en que íbamos dando un paseo entre los chalés de aquella zona dijo:

—Me gustaría saber quién vivirá en ellos dentro de diez años. Seguro que gente distinta de la que los habita hoy.

De vez en cuando nos veíamos también en la «Asociación para el Estudio de la Economía Planificada», una curiosa entidad en la que se pronunciaban conferencias sobre fábricas de tractores y había coloquios muy objetivos, por ejemplo entre Ernst Niekisch y Georg Lukács, sobre la técnica de la planificación. Tras su boda con Eva, que poseía una cabeza asombrosamente parecida a la estatuilla de la reina Teje del Museo Egipcio de Berlín, Marcu alquiló una solitaria casa cerca del Wannsee; en ella se reunía un grupo de gente más entretenida aún que la que se reunía en la Heilbronner Strasse, aunque allí se sentía ya con más intensidad la amenaza. Las caras que se veían por las tardes eran distintas de las que se veían por las noches: me acuerdo de Seeckt, de Joseph Roth, del conde Montgelas, de la actriz Trude Hesterberg y de otros.

Marcu solía trabajar hasta el amanecer. A veces se quejaba de que su cerebro «seguía funcionando gratis» dos o tres horas más, como un contador que no fuera posible parar. Sus trabajos y valoraciones históricos producían en general la impresión de un aparato de medición o de un contador que registrase las más leves corrientes. Se contacta con una persona, con un acontecimiento, con una institución, y una desviación ligera, precisa, de la aguja mide la fuerza que contiene.

Se quedó todavía algún tiempo en Berlín, cuando ya aquella ciudad se había vuelto muy insegura para él. Lo vi poco antes de su marcha. Emitió aún un juicio sobre Hitler, al que calificó de «Napoleón del sufragio universal». Dijo:

—Ahora él ha conseguido lo que Bismarck deseó siempre, aunque solo fuera durante cinco minutos: poder decir cómo *deben* ser las cosas.

Preveía las enormes descargas de un poder altamente concentrado.

Me causó una fuerte impresión aquella valoración objetiva de un perseguidor por un perseguido, en una situación en que darla podía costar la cabeza si se perdía el tren. Es uno de los puntos extremos que puede alcanzar la pasión del historiador nato.

Los espíritus que ven, que usan los ojos, serán casi siempre distintos de los que quieren, de los que usan la voluntad. Pero es un mal presagio que se abra entre ellos un abismo.

Kirchhorst, 11 de mayo de 1945

Durante la noche han estado en el pueblo saqueadores y se han llevado ganado. Por la mañana, mientras trabajaba en el jardín, vi un movimiento inusual delante de la granja del alcalde. Lo primero que distinguí fue unas mujeres que daban gritos y gesticulaban; pensé que querían parar uno de los coches norteamericanos que pasan a gran velocidad por la carretera para viajar en él. Pero luego capté como en sueños una escena típica de asesinato. Unas figuras humanas intentaban abrir la puerta, rompían luego los cristales de una ventana y se lanzaban sobre el alcalde, que salía de la casa. A pesar de la distancia oí ruido de golpes y, como un coro, los gritos de las mujeres; por estos últimos podía adivinarse lo que estaba sucediendo. Al mismo tiempo empezaron a aullar delante de las granjas todos los perros, de una manera desconocida en otras ocasiones. Más fantasmal todavía resultaba la corriente de los automóviles, que se deslizaba sin cesar. Luego salió de la casa el padre del alcalde, un anciano

de ochenta años, y se puso al lado de su hijo con un hacha en la mano.

Era evidente que no había tiempo que perder; salté a la carretera por encima de la valla y conseguí parar un coche pequeño, en el que había divisado a un oficial:

—*Sir* ¿es que está permitido matar a la gente en plena calle?

Me miró con desconfianza. Luego sus ojos se volvieron en dirección al grupo y se apeó para dirigirse hacia él. Lo acompañaba su chófer, con la metralleta pegada a la cadera. Entretanto el alcalde había huido al pantano; había hecho bien. El zaguán estaba en desorden, lleno de personas que, sin entenderse, se increpaban a gritos las unas a las otras, hablando en dialecto bajo alemán y en polaco.

Un grupo de polacos había exigido por la fuerza ganado de carne. Tuve suerte por lo que respecta al oficial, pues era el comandante militar norteamericano de Burgdorf. Restableció el orden con seca energía. La relación entre él, la muchedumbre del pueblo y los polacos se asemejaba a la existente entre el pastor, las ovejas y los lobos que atacan. Su chófer hacía de perro pastor. Los polacos estaban tan acalorados que apenas los frenaba la vista del arma. Como si moviese un matamoscas, el soldado seguía con ella sus movimientos. Especialmente el cabecilla, un muchachuelo vestido con un uniforme de color pardo, estaba completamente lleno de la ciega agitación del instinto asesino y saltaba de un lado para otro bufando como una marta. La piel de su cara tenía un algo de curtida, de escaldada; los negros ojuelos salían de ella como a través de rendijas. A pesar de lo temprano de la hora estaba ya medio borracho, y borracho además de ese aguardiente que ahora empieza a extraerse en todas partes de la remolacha y que causa efectos especialmente detestables.

Esa escena ha bastado para darme una idea de las situaciones que se producen cuando no hay ningún tercer poder que pueda intervenir, es decir, en las enormes superficies de la

Tierra cuya población ha caído indefensa en manos de enemigos crueles. Reina en ellas una noche espantosa.

Kirchhorst, 12 de mayo de 1945

Florece el codeso, un surtidor que brota de la abundancia del mundo.

Hemos dado alojamiento en nuestra casa a un grupo de caminantes para que pasen en ella la noche: cuatro hombres jóvenes con ropa de vagabundos, a los que se les notaba bastante claramente que pocos días antes habían estado combatiendo de uniforme. Su estado de ánimo era de desesperación y aseguraban que el país ha sido vencido por culpa de la traición, y ello en un momento en que estaban preparadas armas poderosas.

—Esta vez la puñalada ha venido de arriba; nos han suministrado granadas que estaban llenas de arena.

Han contado que Hitler cayó combatiendo por la capital, habían visto su ataúd sobre un armón de artillería. Resultaba triste oír a unos hombres jóvenes, de buen semblante, repetir los lugares comunes que la radio les ha inoculado, pero es de suponer que también yo pensara de manera parecida hace treinta años, al final de la Primera Guerra Mundial. De la cantidad de credulidad y de abnegación que ha sido arrojada al vacío, que ha sido desperdiciada en posiciones perdidas, en cercos mortales, solo cabe hacerse una idea aproximada, y solo cabe soportar eso si se tiene la certeza de que la historia posee una cara diferente, desconocida para nosotros.

Apenas se habían despedido en la puerta, provistos de comida para el camino, cuando se presentaron los primeros visitantes procedentes de lugares remotos: dos periodistas norteamericanos, que llegaron en su pequeño coche. Parecían formar parte de un grupo al que se le había asignado la misión de realizar una especie de inventario espiritual en medio de nuestro campo de ruinas. Su visita ha significado para mí, después de seis años, el primer contacto con personas del otro lado, el primer hilo en una nueva rueca. Llevaría dema-

siado lejos consignar aquí las conversaciones que hemos tenido y que se han alargado hasta la tarde. Empezaron con referencias a conocidos de París, cuyos libros estaban sobre mi mesa. Lo que se piensa, escribe y pinta en aquella ciudad continúa siendo un asunto de interés general, como lo fueron las Academias de Atenas y de Alejandría hasta los tiempos de Sila y aún mucho después.

Los dos periodistas habían estado el día anterior en un campo de concentración próximo a Weimar y habían visitado también algunas otras de las grandes barracas de desolladores. Dijeron que la impresión general que su visión produjo en ellos fue la de un desaliento paralizador — un sentimiento que se me contagió. El carácter racional, progresista, de la técnica del método usado en esos sitios arroja una luz especialmente cruda sobre lo ocurrido, por cuanto en ello se muestra sin interrupción lo consciente, lo pensado, lo científico. Ese propósito se confirma hasta en los rasgos más sutiles; constituye la esencia del crimen. Junto a un horno destinado a la cremación de cadáveres habían leído este letrero: «¡Lavarse las manos! En este recinto es obligada la limpieza».

Una mujer joven que había sido liberada de un campo del Este les contó que un crematorio inmenso había escupido allí fuego a últimas horas del día, como un volcán que entrase periódicamente en erupción, y que había llenado con su humo toda la zona. Es una estampa cainita.

Yo me había imaginado que esas cosas se harían alguna vez visibles en su fealdad. Pero esta sobrepasa con mucho la de edades anteriores por el carácter perfecto, desinfectado, del mundo técnico. También en ese aspecto hemos hecho progresos. Cuando uno contempla en el Musée Carnavalet de París los testimonios de la Revolución francesa, por ejemplo la guillotina fabricada a mano con huesos humanos, siempre está aún presente un cierto escalofrío, como en un museo de horrores. Hoy están ahí los documentos que tratan el crimen como un asunto administrativo, hoy están ahí los

ficheros, las fotografías, las instantáneas. En esos sitios también el mal ha sido víctima de la reducción, ha quedado menguado, mecanizado; el hombre no se ha vuelto peor, sino más vulgar. Los malos han perdido el rostro, quedan muy por debajo del nivel fisonómico de un Danton, de un Robespierre e incluso de un Marat. Lo que vemos son caras de funcionarios, como la de Himmler, caras inteligentes, nerviosas, borrosas, sustituibles a voluntad, cuyos gestos revelan un desabrimiento receloso, porteros con librea que no conocen ni a su patrón ni tampoco la casa en que están empleados.

Esas estampas provocan la necesidad de juicios categóricos. ¿Pero puede uno invocar el progreso al pronunciarlos? Si he de creer a estos dos periodistas, los alemanes están acabados culturalmente, van con retraso en todos los campos de la ciencia; también su medicina está anticuada, por lo que dicen. Han hablado, para demostrarlo, de un nuevo remedio milagroso que se extrae del moho de unos hongos. Eso es algo que no convence a un hombre como yo, que tiende cada vez más a considerar la medicina moderna como algo nefasto. Esas cosas se repiten cada diez años y lo que provocan en el mejor de los casos es una aceleración del metabolismo, pero probablemente un deterioro, y con toda seguridad un empeoramiento de la raza. ¿Mas para qué abordar esas cuestiones en una simple charla? Por lo que se refiere al moho, desde siempre es sabido que en el pan están contenidas unas fuerzas enormes. Vivimos en una edad de envenenamiento del pan: lo contrario de la transustanciación.

En estos dos hombres me ha llamado la atención su seguridad de juicio, su completa impregnación de *common sense,* lo cual es una novedad para quien, como yo, hasta ahora ha charlado casi solo con jóvenes alemanes y franceses. Los problemas se simplifican. A su pregunta por el comportamiento de las tropas con nosotros he podido contestar que nuestras experiencias han sido buenas, sobre todo en lo que se refiere al orden del ejército. Los desmanes individuales son inevitables, forman parte del clima de las rutas de inva-

sión y no tienen mayor importancia si se los compara con las crueldades que se filtran de las provincias orientales, donde el asesinato, el saqueo y la violación indiscriminada son evidentemente instituciones militares.

Me preguntaron luego por el progreso de mis trabajos y citaron artículos de Marcu, de Montgelas y de Paetel, aparecidos allá en Norteamérica durante la guerra y de los que había oído rumores en París, con sentimientos encontrados. Mencioné las experiencias que he tenido con la anarquía desde que escribí mis primeros diarios en las trincheras; la anarquía hace que disminuya, al mismo tiempo que la seguridad, también la presión con que el Estado, como una montaña, gravita sobre nosotros.

A esto replicó uno de ellos, mientras señalaba con el dedo mis libros y mis cartas:

—Pero, por lo que veo, la de aquí ha sido una anarquía muy mitigada.

Como respuesta pude mostrarle por la ventana la torrecilla de la finca cuyo propietario ha sido degollado de una manera horrible una de estas noches por una banda que todavía hoy sigue allí organizando comilonas y orgías. Noté que mis visitantes apenas se daban por enterados de lo que acababa de decirles, más aún, que incluso lo pasaban por alto, como si se tratara de una impertinencia.

Anoto esto no como una crítica especial a ellos, sino como un rasgo humano. La única desgracia que el hombre verá será siempre *aquella* que responde a sus ideas. Nada le resulta más difícil que llegar a ver como un desdichado a alguien que sencillamente sufre — los ortodoxos siguen pasando de largo a su lado, como en la parábola del buen samaritano. De manera que casi siempre la ayuda llega también demasiado tarde. Hoy están siendo asesinadas, en efecto, no menos personas que en todos los años desde 1917, pero son asesinadas de otra manera. Siempre se toman nuevas Bastillas; pero sus alrededores se tiñen de sangre fresca.

La grandeza de san Martín no está en que prestara ayuda al prójimo que encontró a la vera del camino, sino en que la prestara enseguida. Esa es *la* virtud que raya en el milagro.

Los dos periodistas norteamericanos se despidieron y nos dieron todavía parte de sus provisiones. Su visita me ha permitido vislumbrar hasta qué punto los alemanes hemos sido batidos, aniquilados.

Kirchhorst, 13 de mayo de 1945

Empezado la lectura del Libro de Isaías, que ya en el primer capítulo describe una situación semejante a la nuestra: la cabaña en la viña.

«Vuestro país está desierto; vuestras ciudades, abrasadas por el fuego; vuestro suelo a vuestra vista extranjeros lo devoran, y está desierto, como asolado por extranjeros.

»Pero lo que ha quedado de la hija de Sion es como cabaña en viña, como choza en melonar, como ciudad sitiada.»

Kirchhorst, 15 de mayo de 1945

Ya han pasado «los tres santos de hielo»;[4] de ahí que haya ido a Neuwarmbüchen, a buscar plantas de tomate al vivero que allí hay. Todo viaje en bicicleta entraña riesgo.

El señor Von Alten, el propietario del vivero, me ha contado que le han hecho una visita unos bandidos que viajan en automóvil. Cuando los seguía al desván aquellos hombres le preguntaron qué quería:

—Tengo curiosidad por saber qué es lo que ustedes andan buscando aquí.

—Y nosotros tenemos curiosidad por saber qué es lo que vamos a encontrar.

Cuando uno recibe una respuesta como esa, sabe, si va desarmado, qué es lo que le espera. Así es que se retira.

Al regresar a Kirchhorst me han dicho que el pueblo ha sido saqueado por rusos, quienes han usado el argumento de que Stalin ha ordenado que a cada ruso se le entregue un traje de paisano completo. Los he visto, inseguros, dar vuel-

tas en bicicletas, vestidos como adefesios. Lo preocupante es que casi siempre están más o menos borrachos cuando cometen esos desmanes. Es una demostración de la rapidez con que se degrada el hombre sencillo cuando le falta el trabajo. Si no hace nada, comienza a proliferar en la abundancia, como una planta en el estiércol, se entrega a pasatiempos viles y pronto da el paso a los actos de violencia. Así se producen esos espectáculos que no se conocían en estas tierras desde hacía trescientos años — desde los días de la «caza sueca» y de los disturbios descritos por Löns en su obra *Werwolf.*

Kirchhorst, 16 de mayo de 1945

Cuando en mis anotaciones digo «rusos», «norteamericanos», «polacos», «alemanes», «franceses», el significado de esas palabras pretende ser el de la enumeración de las piezas en la descripción de una partida de ajedrez. Cada una de las piezas puede ser blanca o puede ser negra. Cada una puede echar a perder la partida, cada una puede decidirla o sacrificarse por el rey. El asesinato, la violación, el robo, el hurto, la nobleza, la grandeza, la asistencia en un apuro extremo — ninguna de esas cosas está rígidamente repartida entre las naciones. Cada una de estas lleva dentro de sí las posibilidades en que se refleja el carácter humano.

Pero no podemos despojarnos de la pertenencia a nuestro pueblo. Está en la naturaleza de las cosas el que nos afecte con más intensidad la desgracia de la familia, el sufrimiento del hermano — y también que estemos asociados más estrechamente a su culpa. Esa culpa es la nuestra. Hemos de salir fiadores de ella, hemos de pagarla.

También el Estado mundial estará formado de pueblos. Administrará a la humanidad en su Idea y en sus derechos fundamentales, mientras los pueblos se despojan de la piel de los Estados nacionales y destacan más decididamente en el crecimiento, en el cultivo de su tierra natal.

En medio de la catástrofe nos conmueve la visión de seres humanos que andan en busca de su juez. Aunque al hacerlo caigan en las nuevas zanjas que han sido excavadas en todos

los cruces de caminos, esos hombres rozan los rangos superiores y liberan pesos enormes.

Quien busca el tribunal lo encontrará únicamente dentro de sí; allí es donde se dicta sentencia. Allí es donde está el escenario, un escenario más enorme y temible que el cosmos al que están enfocados los telescopios. Lo que está revelándose de manera apocalíptica es que todas las infinitudes en el tiempo y en el espacio son únicamente parábolas del propio abismo y del propio triunfo. Cada tribunal terrenal es, por el contrario, un lugar de tinieblas.

Kirchhorst, 18 de mayo de 1945

El codeso va poniéndose amarillo en tanto empiezan a brillar las acacias, con racimos blancos entre el verdor de las hojas. En este gran reloj que son las flores me percato, dolorosamente a menudo, de que el Año camina a paso rápido.

En días, semanas, meses como estos aprende uno a pensar políticamente y acumula experiencias de las que puede alimentarse durante decenios. La anarquía es la materia prima y la forma previa de la formación política; la precede como precede el caos a la creación y como precede el mundo de los titanes al mundo de los dioses. De ahí que se observará que todo gran talento político tuvo en su juventud un encuentro con la anarquía, al igual que todo gran teólogo ha mirado alguna vez cara a cara a la aniquilación. Jamás será hecho partícipe de la seguridad suprema aquel a quien el mundo no se le haya tambaleado alguna vez en su estructura básica. Es de suponer, por tanto, que nuestro tiempo vaya seguido de una gran primavera.

Kirchhorst, 20 de mayo de 1945

Domingo de Pentecostés. Continuado la lectura del Libro de Isaías. El desierto, la tierra inculta es nuestra tierra natal primitiva. Florece cuando se resquebrajan las torres, cuando se derrumban las murallas. Ese saber hace de Isaías no solo un gran profeta, sino también un gran poeta; de aquellos jar-

dines abandonados le brotan al lenguaje las palabras irrefutables.

El *Eremurus*, el lirio de estepa, que me regaló Grunert está echando unos pistilos enormes. También él tiene, como muchas liliáceas, un parentesco declarado con la plata. Su brillo, parecido al de las barras de metal recién fundidas, atraviesa con sus rayos luminosos especialmente los crepúsculos. Ese efecto queda realzado por una pizca de verde claro, casi amarillo.

El haba panosa, que se emplea por lo regular como alimento de las caballerías, no es comparable, desde luego, a las azucenas, pero en este jardín de suelo pobre florece con especial abundancia; es una planta prusiana. Si no me equivoco, era también el plato favorito de Federico Guillermo I. Esa variedad de haba lleva los colores prusianos, el negro y el blanco, que en ella son de una belleza especial, aterciopelada. Y por qué no iba a ser apropiada para un escudo de armas esa haba, que dio su nombre a los Fabios, de igual manera que la sencilla retama se lo dio a los Plantagenets. He encontrado también el animal heráldico que corresponde a esa haba — el pico manchado, que asimismo se viste con los colores prusianos y al que le es innato, a pesar de su carácter nada amigo de las Musas, un gran talento para todo lo rítmico, para el mundo de los tambores y los silbatos y para el paso de marcha. Un sargento instructor con bocamangas rojas.

Por la tarde en el cementerio. Sobre una de las tumbas florecía un rosal silvestre lleno de rosas — ¿era realmente un rosal silvestre que había brotado con más exuberancia en un suelo favorable, o era un rosal auténtico que había degenerado? La transformación de los estambres en pétalos: ese es el gran símbolo de la cultura. Y así me llenó de asombro el ver abejas en pleno centro de París.[5] En la tranquilidad silenciosa del cementerio me vinieron a la mente los versos de Arnault sobre la hoja de rosa, que había leído aquella misma mañana:

Je vais où va toute chose,
Où va la feuille de rose
Et la feuille de laurier.

Kirchhorst, 23 de mayo de 1945

Renovada lectura de *Le salut par les juifs,* de Léon Bloy. ¿Qué habría dicho Hamann sobre los sondeos en las profundidades que se realizan en ese escrito? Conduce a las cámaras interiores de grandes secretos y hasta los manantiales de un poder que es, por un lado, sacral, y, por otro, mágico, por cuanto confronta a los judíos con el oro. Bloy causa en esos espacios el efecto de un electricista en una central eléctrica; hay en esta tableros con jeroglíficos detrás de los cuales se esconden unas fuerzas temibles. Se tiene la impresión de que podremos verlo envuelto en llamas en cualquier momento. Hay ahí la amenaza de las hogueras de los hombres y la de los rayos de los dioses.

También he vuelto a echar una ojeada a los diarios de este autor. Dada la diferencia de nuestras posiciones, su lectura se asemeja a una ascensión por un despeñadero en el que las zarzas desgarran la ropa y la piel. En la cumbre el esfuerzo es recompensado por algunas frases, por algunas flores de una vegetación que ya está extinguida, pero que resulta inestimable para la vida superior. En aquel tiempo, hacia 1900, la visión del otro lado era más nítida en estos diarios que en los observatorios astronómicos. Y por ello hay que cargar con las insuficiencias del individuo, con su *karma* oscuro.

Con Hamann es distinto; lo que en él nos hace penar es su maldita oscuridad. Con frecuencia ocurría que ni él se entendía a sí mismo cuando releía sus textos. Pero luego refulgen diamantes, brillan solitarios en el fondo azul, sustancia de la autoría. Solo en esos pasajes comienza la verdadera confortación del lector; este vislumbra que en el arte, desde sus comienzos, es tratado un único asunto y que hay frases que valen por bibliotecas.

Un ser humano puede tener con nosotros el mismo parecido que un hermano gemelo y estar, sin embargo, menos em-

parentado con nosotros que un enemigo que nos muestra un pedacito de sustancia del tamaño de una cabeza de alfiler. Entonces se vuelve ilusoria la enemistad terrenal. El mensajero que nos trae la sentencia de muerte puede hacernos vislumbrar al mismo tiempo que estamos salvados. Ese mensajero es más importante para nosotros que el hermano que nos entretiene con promesas de seguridad.

Bloy no es un revolucionario. Es más bien un conservador desesperado, al que le falta un suelo nutricio. También se percató de las insuficiencias de la Iglesia. Eso es lo que explica su desmesura. Una de sus tesis fundamentales, *Dieu se retire,* define la situación mucho más exactamente que la frase apocalíptica de Nietzsche: *Dios ha muerto.* Bloy añade: «Es seguro que, si Dios retirase de repente su bendición, se disolverían y desharían en polvo las simples piedras, tanto el granito como el guijarro — ¿qué sería *entonces* de la sociedad moderna?».

La radio anuncia que Himmler ha sido detenido; iba disfrazado. Tal vez la primera vez que no iba disfrazado — el *Reichsführer* de las SS vestido de vagabundo, de mendigo tuerto. *Sic transit gloria.* Al ser detenido mordió una ampolla de cianuro que llevaba en la boca. Desde el comienzo tuve claro que esos caramelos tenían que formar necesariamente parte del equipo, del *nécessaire* de los hombres de poder puros, no inquietados por ningún escrúpulo.

Lo que en ese hombre me resultó siempre raro fue que apestase a burgués. Uno pensaría que alguien que organiza la muerte de muchos millares de personas tendría que diferenciarse visiblemente de todos los demás hombres y que a su alrededor habría un resplandor terrible, un brillo luciferino. En vez de tales cosas, esos rostros, que uno encuentra en toda gran ciudad cuando anda buscando una habitación amueblada y nos abre la puerta un funcionario que se ha jubilado anticipadamente.

En eso se hace patente, por otro lado, hasta qué grado ha penetrado el mal en nuestras instituciones: el progreso de la abstracción. Detrás de la primera ventanilla puede aparecer nuestro verdugo. Hoy nos manda una carta certificada y mañana, la sentencia de muerte. Hoy nos hace un agujero en el billete de tren, y mañana, un agujero en la nuca. Y ejecuta ambas cosas con la misma pedantería, con el mismo sentido del deber. Quien no ve eso ya en los andenes de las estaciones y en el *keep smiling* de las vendedoras camina por nuestro mundo como un daltónico. Ese mundo no tiene solo zonas y períodos terribles, sino que es terrible de arriba abajo.

También habría que meditar sobre lo siguiente: las ideas ampulosas, la fealdad cotidiana de tales personajes son un indicio de su papel subordinado en el imperio del mal. El pensamiento de que millones de personas dejan este mundo porque un señor, un tal Himmler, acciona la palanca de la máquina de aniquilación, ese pensamiento forma parte de las ilusiones ópticas. Si ha estado cayendo nieve todo el invierno basta la pata de una liebre para que se precipite al valle el alud.

No conocemos el otro lado. En el instante en que la víctima cruza el portal de la gloria olvida a su verdugo; este queda atrás, como uno de los fantasmas del mundo del terror, como un portero vestido con la librea del tiempo.

Kirchhorst, 26 de mayo de 1945

Por la mañana he comprado semillas en Burgdorf. Los caminos son inseguros. He vuelto a visitar el cementerio cercano al asilo; sobre las tumbas brillaban rosas y azucenas. En esos lugares me gusta meditar sobre mi educación. Uno querría que las cosas hubieran sido distintas, pero es menester decirse a sí mismo: nuestros padres y nuestros maestros cumplieron con su obligación al instruirnos según su leal saber y entender. Y si fueran por ventura ateos, entonces es mejor que eduquen ateamente a sus hijos. Pues así les transmitirán, en todo caso, algo más que formas vacías. En este aspecto nuestros padres fueron más decididos que nuestros

abuelos. Nosotros no tuvimos ya que aburrirnos los domingos.

Cuántas veces trató mi padre de instruirme sobre los pormenores de la estructura y el comportamiento de las plantas, siempre con aquel celo que era peculiar de su generación. Una de las fuentes de los embelesos de esa generación fue en el fondo la construcción de los organismos, el refinamiento de esa construcción. El núcleo del darwinismo es la teoría de la construcción. Para ver lo que de completamente ineconómico, de irracional hay en las plantas, para ver su lujo principesco, su sobreabundancia, para ver eso le faltan ojos al darwinismo; todas esas cosas delatan unos propósitos mucho más significativos que los de la pura prolongación de la vida y los de la competencia. Notable resulta ya el número inmenso de especies; propiamente tendrían que imponerse unos pocos modelos, sencillos, bien acreditados, y repartirse entre ellos el espacio. Está además la belleza, el despilfarro inaudito en una materia pasajera. Todo eso habla como un libro abierto; sin embargo, la charla con inteligencias a las que no les es dada la posibilidad de elevarse por encima del elemento del tiempo resulta estéril. A los millones de años con que trabajan las teorías evolucionistas corresponden los millones de años luz de la astronomía que está coordinada con ellas. En la sustancia de un diminuto cáliz de flor, de un tembloroso estambre escóndese un sentido más alto que en todas esas lejanías y en todos esos períodos que dan soledad al corazón.

En los sitios donde se considera el arte como una carrera competitiva se llega a un desgaste rápido de las ideas, al triunfo de los charlatanes de mercado. En el arte lo único que hay son especies, no competencia. Cuanto mayor sea la ventaja temporal que dejemos a los otros tanto mayor será la seguridad con que les daremos alcance.

En Zwickledt me enseñó Alfred Kubin la foto de una reunión popular en la que millares de personas aclamaban un discurso. Las personas singulares eran minúsculas, sin rostro. Kubin desdobló la hoja y dijo:

—Aquí podrían pegar todavía veinte continuaciones.

A última hora de la tarde han llegado soldados para que los alojemos — dos reclutas y dos oficiales de un regimiento escocés; he dejado al ama de casa que los atienda.

Kirchhorst, 27 de mayo de 1945

Por lo que oigo hubo ayer una larga conversación; en ella los dos oficiales, uno de los cuales es hijo de lord Alexander, no solo expresaron su justificado horror por cosas que de ninguna manera cabe defender, sino también muchos juicios injustos sobre los soldados alemanes y el ejército alemán. Lo había previsto.

Podría escribirse un catálogo de los reproches que se les hacen a los vencidos. También esta vez se repitió la historia de la guarnición que enseña la bandera blanca para volver a abrir fuego cuando el atacante abandona su posición y queda al descubierto.

Son cosas que siempre ocurren en momentos de confusión, sobre todo cuando han caído los mandos, y nunca son premeditadas. Cuando es uno quien ataca descuida fácilmente las medidas de precaución. También yo fui herido en una de esas ocasiones, el 22 de marzo de 1918, en un asalto a posiciones escocesas. Las defendía precisamente el regimiento al que pertenecían nuestros dos huéspedes: *Argyll and Sutherland Highlanders.* Los detalles, que he descrito en mis diarios de guerra,[6] llevaron a un intercambio de cartas con su comandante, el coronel Hutchison.

Hojeando sus cartas tropiezo con frases como estas:

Your book will remain as a permanent and worthy memorial to the heroism and doggedness of German storm troops. It is more than possible that we may have had contact with one

another. It would have been a pleasure to me to meet you on the Western Front, even in conflict.

[Su libro quedará como un duradero y valioso monumento a la memoria del heroísmo y la tenacidad de las tropas de asalto alemanas. Es más que posible que usted y yo estuviésemos en contacto el uno con el otro. Hubiera sido un placer para mí encontrarme con usted en el frente del Oeste, aun en combate.]

Estas cosas pertenecen ya al pasado; ya entonces eran, también en Europa, una reliquia de otros tiempos.

Al arreglar Perpetua por la mañana la habitación en que han pernoctado nuestros huéspedes ha descubierto en el armario una metralleta cargada, que había escapado a mi atención. La he cogido y la he hundido en el estanque de los bomberos, para que haga allí compañía a sus predecesoras. Tal vez Hutchison se habría reído.

Kirchhorst, 28 de mayo de 1945

Aparecen en la mesa las primeras cerezas. Esta maduración inusualmente temprana para nuestras latitudes se explica porque han brotado en la última rama verde de un árbol muerto: retoños de la *décadence.*

Por la tarde en Lohne y en Neuwarmbüchen, con tiempo fresco, nublado; han caído unos ligeros chubascos veraniegos. En estos tempranos días de verano la campiña está pictórica de savia. Por encima de los prados de altas hierbas y de los campos de centeno álzanse con un frescor húmedo, cual islas oscuras, los setos y los bosquecillos; en ellos suena el canto del cuclillo. Las aldeas quedan ocultas por el verdor de las encinas de los caseríos; apenas asoma el aguilón rojo de los edificios. En este elemento siente uno la tierra natal como siente el pez la marea.

Kirchhorst, 29 de mayo de 1945

Por vez primera desde la ocupación se ha atrevido Wilhelm Rosenkranz a venir a casa por la carretera. Tras ha-

ber intercambiado algunas noticias horribles hemos hablado de la fumaria, también llamada «palomilla» y «palomina», que estaba, con su enfermiza belleza, en mi mesa de escribir, encima de los manuscritos. Por contemplarla y disecarla he descuidado mi trabajo de la mañana. Es una de las malas hierbas que son un ornato del jardín y que no me gustaría echar de menos. El nombre que lleva es muy acertado, pues la fumaria es como un humo, como un vaho violeta, que se alza del suelo en delicadas ramificaciones onduladas.

En el jardín, cenando debajo de la gran haya, hemos hablado de la lápida sepulcral que voy a encargar para Ernstel en Carrara. Luego, de sueños mánticos. No los anoto; preferible no tenerlos.

Kirchhorst, 30 de mayo de 1945

He soñado con una visita a Catalfamo. Cerca de mí estaba «el amigo de más edad que desempeña el papel de superior», y ese tipo adoptaba, como un camaleón, las individualidades de numerosos conocidos con los que he tenido en mi vida esa relación y a los que guardo gratitud.

Luego veía a mi padre, que llevaba puesta la bata blanca de laboratorio. Yo entraba en casa y nos saludábamos con gran emoción y cordialidad. La escena se repetía una segunda vez, como si fuera importante y debiera grabárseme.

A menudo me parece que los muertos maduran y se reblandecen; van creciendo dentro de nosotros con raíces póstumas — *nosotros* somos el verdadero *Totenacker* [campo de los muertos, camposanto], el verdadero suelo de los muertos. Ellos quieren ser enterrados en los corazones. Lo agradecen, y esa circunstancia proporciona a familias y a pueblos la fuerza para peregrinar por el tiempo.

Kirchhorst, 31 de mayo de 1945

En el pantano, donde he mandado cortar turba, pues no parece que vayan a darnos carbón para el próximo invierno. El trabajo allí es duro. La única herramienta que se utiliza es la llamada «pala de turba», una cuchilla larga y ancha, en

forma de paleta para tartas, con un mango de pala. Con ella se corta la turba, primero en tiras largas, que más tarde se seccionan en briquetas, del tamaño de ladrillos. Un hombre está en el hoyo y hace cortes en la pared, la cual ofrece el aspecto de una esponja negra. De vez en cuando el hombre afila la pala con la piedra aguzadera. Como hace un panadero con el pan, así levanta él los trozos con una paleta hacia otros dos hombres, que van poniéndolos unos encima de otros para formar montones. Esta última actividad recibe el nombre de *speken* [amontonar]. Cada montón tiene ocho briquetas de turba, y al cabo de algunas semanas se realiza el *umspeken,* el «reamontonar», el dar la vuelta a los montones, que ahora son de doce briquetas. No solo se ponen arriba las briquetas que antes estaban abajo, sino que además se da la vuelta a cada una de ellas. En años húmedos hay que hacer eso dos veces con cada trozo de turba; luego se los apila por centenares, en forma de colmena, al tresbolillo, para que puedan circular el aire y la luz. Cuando echo una mano en la labor capturo como salario coleópteros lacustres raros. Es oscuro el origen del vocablo *speken*; supongo que está relacionado con *speichern* [almacenar].

En estas ocasiones se ven las entrañas del pantano. Su cuerpo fibroso es oscuro, está empapado de agua y pesa como el plomo. Su aspecto da una idea de las enormes masas de agua retenidas por los pantanos y del riesgo tanto de desecación como de inundación que se correría si se despojase a la Naturaleza de estos acuíferos.

El trabajo en el pantano es más remoto, más misterioso que el trabajo en los campos. Es precisamente a los viejos a los que vemos dar la vuelta, solitarios, a los pedazos de turba. También hay en él misterios especiales. El pantano es uno de los grandes archivos del mundo. Su riqueza se parece a la de las tumbas de reyes; esa es la razón por la que, en un tiempo de reducción como el nuestro, se halla amenazado. Es víctima del desgaste, de la pura aceleración del cambio, aceleración que el pensamiento del hombre, mosca efímera que

vive un solo día, se figura que es riqueza. Ya está ahí la amenaza de las máquinas, de las excavadoras, de los trenes comarcales. Es mejor un tratamiento especial de la superficie, que cubra de verdes prados el pantano. Un viejo campesino me dijo estas palabras:

—El pantano tiene que permanecer pantano.

Con ellas formuló de manera exacta las cosas. Las cosas están situadas fuera de la teoría, sobre todo de la teoría económica.

Kirchhorst, 2 de junio de 1945

También el saúco empieza ya a florecer en platillos blancos junto a la ventana de mi cuarto de trabajo. Mi madre solía añadir sus aromáticos discos a la masa del pastel antes de meterla en el horno; eso proporcionaba un festín etéreo.

La vista que yo disfruto desde la ventana abarca únicamente campos, árboles y caseríos; cabe imaginar que no ha cambiado durante varios siglos. Una caseta que hay en el fondo, un transformador, no molesta; se parece en su forma a una atalaya de la Antigüedad.

Biografías. El texto es, por lo pronto, accesible a todo el mundo, como un jardín principesco abierto de par en par. Bien es verdad que en él hay árboles, plantas y personajes míticos cuyos nombres les resultan conocidos solo a los hombres cultos, pero cuyas formas alegran también a los más sencillos. Luego hay también plazas circulares, pérgolas, galerías, a las cuales asocia un pequeño círculo de personas recuerdos de fiestas cuyas luces ya se han extinguido y cuyas armonías se han hundido en el silencio. Y hay, a su vez, dos o tres hombres que comprenden las alusiones y los cuadros que hay en los aposentos más íntimos. Acaso también el autor se ha grabado, para su memoria más propia, runas a las cuales va brotándoles prodigiosamente en la materia viva un significado que no es conocido por nadie más que por él. En ello hay ironía y hay reserva de la propiedad; pero esa re-

serva no reduce el valor para otros, sino que incluso lo realza.

Finalmente hay en esos jardines la floración de frases mánticas que solo el Tiempo desdobla y documenta con hechos. Al propio autor le estaba oculto su significado; esas frases demuestran que él se hallaba junto al cuello de la raíz. Las hay en todo buen libro, atestiguan que está vivo, le otorgan duración en el tiempo.

Kirchhorst, 6 de junio de 1945

En el rincón del jardín que linda con el cementerio han vuelto a encenderse las azucenas de fuego. Hacen más visible, cual teas encendidas, el frescor de la sombra.

Bochorno, que anuncia tormenta. Un pueblo de hormigas habita en el jardín el tocón hueco de una acacia. Su palacio se hunde profundamente en la tierra. Hoy había boda; la tribu se había reunido en las partes altas, formando un hervidero negro, y en medio estaban los animales sexuados, con sus irisadas colas de fiesta. El modo de despedirse de sus hermanos oscuros para ascender con alas luminosas, en medio de la tensa y turbulenta agitación: no era solo la gran celebración del amor, sino una fiesta sagrada.

Du wirst die Zweifel alle mir enthüllen,
O du, der mich durch das dunkle Tal
Des Todes führen wird! Ich lerne dann,
Ob eine Seele das goldene Würmchen hatte.

[¡Tú me desvelarás todas las dudas,
oh tú, que me guiarás por el oscuro
valle de la muerte! Entonces aprenderé
si el gusanito de oro tenía alma.]

No puedo recordar que a mí me haya inquietado en ningún momento esa duda de Klopstock. Al contrario, a menudo me ha parecido que en los vegetales y en los animales el lenguaje de signos era más evidente, más convincente que en el ser humano y en su libertad; esta arrastra tras sí dolo-

res y errores. De lo más íntimo de ellos no sabemos nada. En todo caso los vegetales y los animales están más cerca del Paraíso; es algo que se hace patente en cada jardín.

Sie schwärmen[7] — esa palabrita me ha alegrado y me ha entristecido, pues me ha hecho recordar uno de mis proyectos, y, con él, uno de los otros muchos peces no pescados, que salen una y otra vez a la superficie, sobre todo de noche, antes de que me quede dormido. En otros tiempos me faltaban asuntos, de manera que a menudo mi celo no encontraba alimento y de ello resultaba una abundancia de tiempo. Hoy ocurre al revés.

Son muchas probablemente las vidas en que se presenta esa inflexión; en ella vislumbra uno que no acabará su obra en el tiempo. Eso trae consigo desasosiego y también, sin la menor duda, enfermedades. Lo que importa entonces es encontrar llaves que abran a la vez muchos cajones, lo que importa es reducir nuestras vueltas, reducirlas a los anillos más estrechos del cono, en los que el tiempo no desempeña ese papel. En esos anillos las ciencias, los saberes, tienen unos contactos más estrechos y conducen a *el saber.* Y siempre queda, finalmente, el vértice del cono, aquel punto en que la vida sale de las imágenes del espejo y emerge en lo absoluto; en ese punto el espíritu sobrevuela de un solo aletazo el saber de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Empezado la lectura del Libro de Jeremías; la situación de ese profeta es semejante a la de un alemán de hoy que posea responsabilidad espiritual.

Corren rumores de que los rusos van a ocupar todavía Sajonia y Turingia y de que los norteamericanos les ceden espacio sin advertir de ello, al parecer, a la población; así es que he perdido la esperanza de ver aún aquí a mi madre y a mi hermana. El dato lo han confirmado algunos médicos que han entrado en casa esta mañana y que se encuentran peregrinando, como gran parte de los alemanes. Pero todos estos

relatos de testigos de vista y de oído hacen más opaca todavía la ya de por sí confusa situación. ¿Qué otra cosa cabe esperar de unos planes en los que han intervenido por una parte horrorosos asesinos de masas y por otra parte, todavía, instigadores de la Paz de Versalles? En lo externo continúa yéndose cuesta abajo.

He comenzado a leer *La prima Bette,* de Balzac, pero he encontrado que mi tiempo es demasiado valioso como para dedicarlo a seguir las intrigas de la sociedad de Luis Felipe, una sociedad cuyos deseos giran en torno al dinero y las rentas. Un encanto nuevo hay, empero, en el hecho de que hayan adquirido un significado personal para mí las calles y las plazas de la ciudad de París y en que una y otra vez tropiece durante la lectura con nombres que me emocionan. También me imagino, mientras leo, los puentes, que son anillos mediante los cuales la capital se desposa con el río. Los puentes son joyas cuyas piedras refulgen con el brillo del destino y que la corriente, con una magia ilusionista, cierra hasta formar un círculo, en la imagen que en ella se refleja. Cuántos pintores se han esforzado en reproducir eso. Es una gran bendición que se hayan conservado los puentes de París.

Kirchhorst, 8 de junio de 1945

Cumpleaños de mi madre, que hoy habrá alcanzado, Dios lo quiera, los setenta y dos.

Por la noche caminatas, primero por ciudades de mármol, luego por posiciones de combate y, finalmente, por un bosque nevado. En este oía una voz que decía «Snowmoon». Había plenilunio y yo me encontraba en un lugar donde los zorzales escarbaban el suelo en busca de bayas. Hasta mí se elevaba, filtrado por la nieve, un sutil vaho de humus y de primeros brotes.

Entre las así llamadas malas hierbas florece la *Anagallis,* el «muraje», cuyo feo nombre alemán, *Gauchheil,* «sanalocos»,

se debe a que antiguamente se la tenía por remedio contra la falta de memoria. Los campesinos la llaman *Rote Miere,* «álsine rojo», nombre que le hace más justicia. Por muy minúscula que sea la cabezuela de su flor, raras veces se encuentra un carmín de una luminosidad que haga tanto bien.

He acabado la lectura del Libro de Jeremías. El rey Sedecías no es el hombre apropiado para domeñar el destino, el cual lo coloca entre la gran potencia babilónica y la gran potencia egipcia. Su debilidad resalta también en su relación con Jeremías. Tenía o bien que matar al profeta y disponerse a sucumbir bajo los escombros del Templo y de la ciudad, o bien que dejarse aconsejar por Jeremías e ir dando largas a Nabucodonosor, hasta que mejorase el tiempo. Pero así perdió la partida. Nabucodonosor mandó sacarle los ojos, tras haberse visto estos obligados a contemplar todavía, como última imagen, la degollación de sus hijos.

Para ser completamente justos con Sedecías sería preciso, desde luego, que conociésemos mejor la situación interna, que con toda seguridad era difícil. Es algo que cabe deducir ya del golpe de mano, propio de partisanos, llevado a cabo por Ismael; este quitó la vida a Guedalia, el gobernador nombrado por Nabucodonosor, y con ello trajo la mayor de las desventuras sobre la población que había quedado entre las ruinas.

Nebuzaradán, el general de Nabucodonosor, representa el tipo que ejecuta el trabajo sucio y encarna del modo más puro el mecanismo de la violencia. Los breves pasajes en que la Escritura lo menciona hacen resonar a través de los milenios el terror que infundía. También nuestro tiempo ha engendrado figuras parecidas. Como los erotómanos, esos hombres del terror conocen solamente *una* reacción. De ahí que habite en ellos una rigidez automática, que se hace visible también en su fisonomía. De los fogoneros del *Weltgeist,* el Espíritu del Mundo, son ellos los más viles de todos y trabajan siempre en planes de los que saben tan poco como lo que el

ejecutor de una sentencia sabe de la deuda cuyo cobro le corresponde de oficio. Cuando son despojados de su cargo se los ve enseguida desnudos, y su desnudez es espantosa. Es como si hubieran vivido a crédito, como si hubiesen sido cadáveres desde mucho tiempo atrás, tal es la rapidez, la avidez con que la Muerte se los lleva.

Por la tarde nos ha visitado el señor Haase, que estuvo preso en Wilhelmshaven junto con Ernstel. Su visita me ha hecho recordar aquellos días en que por primera vez cobré consciencia, por propia experiencia, de la situación del perseguido. Aquella situación me llevó al borde mismo de la catástrofe, que la habría convertido en el capítulo más tenebroso de mi vida. Entonces no me percaté de la gravedad del peligro, sin duda porque tuvimos tantas ayudas de personas desconocidas, de amigos en tiempos de tribulación.

El visitante nos ha contado que tuvo frecuentes encuentros con el muchacho, ya en el patio, ya en el sótano de aquel triste lugar, durante los ataques aéreos, y que casi siempre lo encontraba pálido y silencioso, y que a veces hablaba de Kirchhorst con gran añoranza.

Haase, un hombre tranquilo, sosegado, de poco más de cincuenta años, había sido encerrado allí por una conversación que tuvo una noche con sus camaradas en el hospital de sangre. Había lanzado críticas contra Robert Ley, el dirigente del Frente del Trabajo, y contra su Volkswagen, y lo habían denunciado. Como en el fondo se trataba de minucias, de dudas acerca de cuestiones económicas, aguardaba no precisamente que el tribunal lo declarase libre de culpa, pero sí que le impusiera algunas semanas de calabozo, las cuales quedarían compensadas con la prisión preventiva. Pero en el juicio fue condenado a muerte.

La sentencia se dictó en las cercanías de Colonia. Para que fuera cumplida se lo reenvió a Wilhelmshaven, custodiado por dos soldados. Tenían que hacer transbordo a las dos de la madrugada y estaban aguardando en Hamm la llegada del otro tren. El responsable del traslado, un suboficial, había co-

nocido durante el viaje a una chica y le hacía compañía en la sala de espera. Haase se quedó en el andén con su otro guardián, un cabo. En las vías estaba listo para partir un tren. De repente las sirenas anunciaron alarma aérea, las luces se apagaron. Haase oyó a su lado una voz que gritaba:

—Tren directo a Hannover. Suban. Está a punto de salir.

Obedeció aquella invitación como un sonámbulo y se alejó de su guardián sin que este lo notase enseguida, dada la aglomeración que se formó alrededor de las puertas. Consiguió también evitar los controles y de esa manera llegó a Hannover, donde vivía su esposa; esta le proporcionó dinero, ropa de paisano y una bicicleta. Pudo ocultarse en caseríos de la Baja Sajonia y trabajó de electricista en los pueblos y en las ciudades. En una ocasión, creo recordar que fue en Burgwedel, estuvo haciendo una reparación en casa del jefe de la policía y tuvo la suerte de ver encima de la mesa la orden de su arresto. Tres trimestres estuvo viviendo así, con la pistola en el bolsillo, dispuesto a pegarse inmediatamente un tiro si lo detenían. Luego llegaron los norteamericanos.

Mientras lo contemplaba al otro lado de la mesa donde estábamos tomando café me preguntaba cómo había podido conseguir aquel hombre escapar a unos rastreos sistemáticos. La razón hay que buscarla sin duda en su completa vulgaridad, que hace honor a su nombre de *Haase* [liebre], y que lo ocultaba como un color protector.

Su vida fue salvada con la misma seguridad con que Ernstel se encaminó hacia la muerte. Jamás resolveremos estos enigmas mientras el Tiempo nos tenga presos en sus cadenas.

Kirchhorst, 10 de junio de 1945

Lamentaciones de Jeremías. Se colman de una actualidad poco común.

«Nuestra heredad ha pasado a extranjeros, nuestras casas a extraños. Nuestros padres pecaron y ya no existen, mas nosotros hemos cargado con sus iniquidades. Esclavos seño-

rean en nosotros, sin que haya quien nos libre de su mano. Los ancianos han cesado de acudir a la puerta; los jóvenes, de hacer música con sus instrumentos de cuerda.»

Veo por mis anotaciones marginales que estas frases las leí, en la Navidad de 1939, en la posición del Rin cerca de Greffern, y también, en diciembre de 1942, en Voroshílovsk, en las lindes del Cáucaso. Nos imaginamos estar cruzando las ciudades con un libro, pero tal vez las ciudades no sean otra cosa que corroboraciones. Viajamos a través del texto.

Posiciones espirituales y posiciones empíricas. Anotaciones sobre *El trabajador.* La acción espiritual, el plan en sus categorías superiores e inferiores, se ejecuta de acuerdo con el modelo del plan mundial, que abarca la muerte y el sufrimiento. De ahí que ese plan haga abstracción del dolor. El gran plan se halla por encima de las ruedas, es «igual que los dioses». En la posición empírica, por el contrario, se vive, se sufre el destino personal. Eso lleva a colisiones trágicas en la persona singular; esta es tanto un ser que planifica cuanto un ser que sufre.

Una decisión política, una decisión estratégica encierra una amenaza para muchos millares de seres humanos, cualquiera que sea el modo en que esté tomada, es decir, también cuando consiste en no actuar. En el lugar espiritual el comandante que ha de defender una fortaleza se conduce de acuerdo con la ley del plan. Al mismo tiempo la fortaleza es la posición empírica, en la que el comandante y los suyos sufren y perecen. Eso forma parte de nuestras experiencias.

Hasta aquí las cosas se presentan sencillas, aunque no son incuestionables. Lo que a la persona singular le resulta difícil de entender, empero, es que ella misma se encuentra en el papel del comandante, en el lugar espiritual. Coopera al plan, al esquema ideal, bien con su actuación, bien con su no actuación, y es responsable siempre. No hay nada que la persona singular no pueda aprobar, pero tampoco nada que no pueda rechazar. La persona singular puede modificar el

mundo, ya por la acción, ya por el sufrimiento, y puede hacerlo en cada instante. Puede decidir si se eleva o si se hunde. Puede ingresar en lo absoluto. Es soberana y, en los sitios donde asciende a la consciencia de su soberanía, adquiere un poder infinito. El mundo se convierte en su materia y en su sueño; es siempre un trasunto de ella. Eso lo enseña el mito, eso lo enseña la historia general y la historia de la salvación, eso lo enseña la filosofía. Para un cristiano, por ejemplo, que se sepa comandante de su fortaleza, de su «firme castillo», Cristo no es solo el modelo, sino que es una parte esencial y activa de su persona, es un poder otorgado por comunión y capaz de cambiar de arriba abajo el mundo. Ese poder derriba imperios.

Cuando parece predominar el plan, hacerse absoluto, son varias las conjeturas que ese hecho permite. Podría estar relacionado con la circunstancia de que las personas singulares estén cediendo partes cada vez mayores de sus reservas de sustancia, de soberanía, de destino propio, bien porque asienten al plan, bien porque la responsabilidad se les ha vuelto demasiado pesada. No hay coerción sin asentimiento. También podría conjeturarse que en nuestra posición empírica, en nuestro planeta, el plan mundial ha entrado en una «crisis», en una fase nueva, que se perfila en los planes humanos y exige pagos anticipados. «El ser humano» es empujado a un estadio que reclama de él, por un lado, una actividad intensificada, «trabajo», y, por otro, sufrimiento. Ejecuta ambas cosas, tanto con placer cuanto con dolor.

El gran júbilo que acompaña a los planes y que llega hasta el delirio cuando se vuelven catastróficos hace pensar en una travesía del desierto en la que se presentan visiones. Aparecen profetas y anuncian la tierra prometida. A los hijos les irán bien las cosas. ¿Cuál es, empero, el significado de que los planes humanos, vistos *sub specie aeternitatis,* se transformen en humo, y ello con tanta mayor seguridad cuanto más inteligentemente hayan sido concebidos? Detrás de la muchedumbre de los planes y de las utopías ha de estar por

fuerza un plan distinto e inmutable, que nosotros imitamos en lo imperfecto. El fracaso forma parte del plan. De ahí que siempre haya de prestar su cooperación algo diferente, algo que escapa a la inteligencia, sustancia profética, transcendente. Los planes dan vueltas en los atrios. Son reproducciones perecederas de la Ciudad Eterna, fabricadas por la arquitectura humana. Son poco, pero significan mucho. En las ciudades góticas las casas son minúsculas, cual nidos de golondrinas en los muros de la catedral. En las grandes urbes las iglesias se desvanecen a la sombra de los bancos. En los sitios donde el plan se mantiene en el marco de los atrios adquiere más sentido; es lo que ocurre, por ejemplo, allí donde está ocupado en levantar templos y mausoleos, en construir antecámaras de la vida superior y del tribunal de los muertos. En esos sitios el plan actúa de un modo menos perecedero, también vistas las cosas temporalmente. Es posible que las pirámides sigan pregonando sus amonestaciones cuando nuestra posición empírica se haya convertido en chatarra, esté desalojada, abandonada. Las pirámides han reproducido con más sabiduría instintiva el plan mundial.

Esto lleva a tratar del futuro del trabajador. Igual que todos los demás planes, los del trabajador no pueden ser sino planes para una época determinada; también para el trabajador forma el fracaso parte de su plan. Bien es verdad que las catástrofes no pueden perjudicarlo. Más bien lo favorecen y lo empujan hacia adelante, por la simple razón de que hacen saltar las cadenas económicas, mientras la Figura, con un poder espiritual siempre creciente, atraviesa indemne el mundo del fuego. Aún cabe prever ahí grandes realizaciones. Del avance empírico se cuidan tanto la intensidad de la voluntad y su ceguera cuanto asimismo la existencia de reservas aún no usadas, más aún, no tocadas.

Lo único que resulta inquietante es la mudanza de la posición espiritual; esa mudanza se anuncia en la duda, en la náusea, ligera al principio, que las élites sienten frente al espectáculo, en el cansancio incipiente, que es más peligroso

que la catástrofe. Es menester que surjan entonces imágenes nuevas, profetas nuevos.

Tales inflexiones pueden producirse sin que apenas se las note. Actúan de un modo más bien químico que físico, actúan desmitificando; las utopías en parte han sido alcanzadas y en parte han quedado sobrepasadas, y justo por ello pierden su fuerza fascinadora. El mundo del trabajo se sitúa entonces en una perspectiva diferente, queda subordinado. El trabajador es relegado al segundo rango, a su esquema materialista, al papel de criado, mientras espíritus nuevos están ocupados en pensar ideas nuevas. A ello contribuye la perfección, que despoja de su carácter revolucionario a los medios. Se ha calmado el hambre en sus formas groseras. La gran colmena está llena de celdas en las que se exige un alimento diferente, y con los nietos penetran también parásitos nuevos.

El escepticismo modifica su papel, su tarea. Favorece los procesos dialécticos en su fase heroica y los frena tras su conclusión: en forma de *taedium vitae* en las edades de paz, de oro. El escepticismo comienza adhiriéndose a las modificaciones del plan general y no se sale de su marco, del marco de los lugares comunes dominantes. Los enemigos a muerte no sospechan lo muy parecidos que son sus lenguajes, sus símbolos. Se asemejan como imágenes especulares, como arcos que se apoyan mutuamente. La inexorabilidad se intensifica con la sutilidad de las desavenencias, como en los grandes concilios, donde se trataba de la igualdad o de la semejanza de Cristo con Dios.

Más tarde el escepticismo comienza a poner en duda el plan *in toto,* hasta llegar a los hondos niveles del nihilismo. Esos niveles forman parte de la tarea. Finalmente se llega a una vuelta de campana, a una mudanza súbita: la duda se hace crédula al adherirse a imágenes nuevas que empiezan a brillar. Lo que viene «de fuera» escapa a la predicción.

Este movimiento es como el de las ondas. El plan alcanza su culminación en un determinado punto del tiempo, y la al-

canza antes en el espíritu que en los hechos; el despliegue de poder, la conquista de espacio, el empellón masivo vienen muy por detrás de los puntos iniciales. Es algo que cabe observar por doquier en el mundo zoológico, en el histórico, en el teológico.

Con eso no está en contradicción el que el movimiento transcurra a la vez en espiral; la crítica, el observador, ve el movimiento desde un lugar diferente que el actor, llega a una interpretación diferente. Todo poder que se hunde en su ocaso encierra en sí el poder que asciende en su amanecer, lo hace realidad en su ocaso, que es la matriz, el suelo de germinación. En este sentido los ocasos son siempre episódicos, necesarios incluso, pues crean espacio. El mundo es angosto y la historia no es escrita en un libro, sino en una única hoja; en ella se transparentan los textos, hasta el primero de todos. En lo absoluto lo único que hay es sustancia masiva, que irradia en el tiempo, no hay ni amaneceres ni ocasos, de igual manera que tampoco sale ni se pone el sol. Lo único que hay es metamorfosis, no hay muerte.

Probablemente la potencia metafísica del mundo del trabajo es mucho más fuerte de lo que juzgamos hoy. Vemos la oruga, la crisálida rígida, y no la mariposa. Vemos el movimiento y no el reposo que lo define. La necesidad absoluta se desvela en las vueltas superiores de la espiral. Los sacrificios fueron más fuertes, más apremiantes de lo que se imaginaron los que se sacrificaban — fueron tan fuertes como los habían soñado, como los habían creído. Las fórmulas físicas, las teorías económicas y sociales se revelan como medios auxiliares, como objetos para espiritualizar el mundo. Se derriban los alpendes; salen a escena poderes sancionadores. Tan solo cuando se cobra consciencia de un centro en reposo pueden volver a ser creíbles el arte, la arquitectura, los filosofemas; su insuficiencia durante el movimiento es uno de los indicios favorables.

También la atmósfera de catástrofe es uno de los indicios. Esa atmósfera se agrava con la crisis y se vuelve apocalíptica

en las crisis mundiales. Una vez me dijo Celsus en Noruega:

—Esas cosas se repiten cada mil años.

Del estilo de nuestro tiempo forma parte el que la atmósfera de catástrofe quede limitada a lo técnico. Es un pretexto ilusorio; la técnica no nos arruina, como tampoco favorece nuestra salvación. Ahí estamos comprometidos con más fuerza. Desde la posición empírica no cabe dar un juicio sobre el amanecer y el ocaso. Quienes ahí pleitean son un optimismo superficial y una angustia todopoderosa.

Como en el tiempo de los profetas, el valor de la atmósfera de catástrofe está en el terreno de la pedagogía superior; ese valor consiste en la constricción a mirar a otro lado, a otra ayuda, desde la consciencia de no estar a la altura de la gran prueba. Esa atmósfera plantea la cuestión de si el plan transitorio imita el plan mundial con el cuidado, inteligencia y responsabilidad necesarios y lleva a regiones en que no son suficientes ni el mero querer ni el mero saber.

Kirchhorst, 11 de junio de 1945

Ezequiel. La visión descrita en el capítulo primero es centáurica: una interpenetración del mundo mágico y del mundo espiritual. La mitad inferior tiene un carácter mágico, posee la rigidez, la cercanía del animal y de las piedras preciosas, el magnetismo, la condición de ojo. La parte superior llega hasta la gloria.

También son mágicas las operaciones de que hablan los capítulos cuarto y quinto: la preparación del asedio a Jerusalén mediante la geomancia, en especial la quema y ocultación de los cabellos, cosa que encontraremos siempre.

En ese sentido Ezequiel pertenece a un estrato mucho más antiguo que Isaías y que Jeremías, también en su inclinación por el servicio levítico del Templo y de la Ley. Desde ahí podría resultar posible un adentramiento en la antigua Mesopotamia, un descenso a sus profundidades.

Lo centáurico consiste también en que Ezequiel trasciende desde el mundo mágico a unas esferas más elevadas, más li-

bres. El dualismo que hay en la revelación inicial se extiende al texto entero de este profeta y arroja luz sobre su posición, cuya indagación no es hoy menos valiosa que la indagación de Isaías y de Jeremías. En los tres el centro lo ocupa la catástrofe, que Isaías concibe en lo esencial de manera elemental, y Jeremías, de manera política. Ezequiel capta las formaciones mágicas que acompañan a la catástrofe y con las que también nosotros nos topamos en estos años, bajo el velo moderno de formas y conceptos técnicos, pues la técnica hace aflorar continuamente a la superficie, como con un ascensor, una cantidad enorme de cosas antiquísimas.

La cuestión es si la pura exhibición de las formaciones técnicas, su presencia y radiación mágicas, no entrañan más amenazas que su actividad cinética. Esta puede destruir grandes zonas; pero junto a la amenaza física hay todavía otra más. La aniquilación del *nomos,* la erradicación del alma, el desencantamiento, dependen menos del lado de poder de la técnica que de su existencia, de su aparición en sí. Las armas tal vez maten al salvaje, pero no lo corrompen. Se tiene la impresión de que para esa especie de robo es suficiente la pura instalación de los aparatos, la conexión con ellos. Basta un hilo telegráfico para destruir La Meca. A la esfera ejecutiva corresponde el que por ese hilo pueda enviarse un ultimátum, pueda estallar una carga explosiva, pueda confraternizarse con el Profeta.

Por la tarde ha caído lluvia, que me ha venido muy oportuna para hacer trasplantes en el jardín. Cuando hace ese tiempo la planta permanece con sus raíces en su elemento. Va nadando, en cierto modo, de un lugar a otro. A última hora de la tarde la radio ha anunciado que está en plena marcha la expulsión de la población alemana del país de los sudetes. Sin duda hay entre ella millones de inocentes, de los que algún día surgirá un acusador. Ya fue un desacierto del dictado de Versalles el colocar a los sudetes bajo dominio extranjero; ahora ellos deben expiar el que esa medida se haya

demostrado absurda. También pagan inocentes por el hecho de que un mal abogado se haya apoderado de su causa justa. Eso lo sabe todo el que conoce a los sudetes y el modo en que han sido oprimidos. También aquí se oye hablar de matanzas crueles. Los fugitivos cuentan detalles que sobrepasan a todo lo que yo he oído en nuestro tiempo, tan abundante en tales horrores desde 1917; no voy a confiarlos al papel, más aún, quisiera borrarlos de mis entrañas. Supongo que la mayoría de los checos ha contemplado esas cosas con un espanto impotente. Es bien sabido, en efecto, que en situaciones lábiles basta una pequeña capa de criminales para poner en escena esos espectáculos bestiales.

La noticia ha llegado por la misma emisora de Londres cuya indignación por las atrocidades cometidas aquí en nuestro país yo he aprobado tantas veces durante los últimos años. ¿Pero qué pensar de la satisfacción que francamente se sentía al comunicar estas nuevas monstruosidades? Mientras la voz del gordo amante de los desayunos suculentos me retorcía el corazón, yo veía la desgracia anónima en las carreteras fronterizas. Me gustaría saber qué es lo que piensan de eso hombres a quienes respeto, como Gide, por ejemplo. El humanitarismo tuerto es más repulsivo que la barbarie.

Kirchhorst, 14 de junio de 1945

Por la tarde hemos enterrado a Hinnerk Wickenberg. Fue atropellado en la peligrosa curva que hay junto a Grosshorst y que se ha cobrado ya tantas víctimas desde la aparición de los automóviles; la primera, en 1900, durante la carrera París-Berlín.

Todavía la víspera lo vi cortando turba. El anuncio de su muerte tuvo algo de ese carácter clandestino, subterráneo, que es propio de las tierras de pantanos. A poco de que Hinnerk se hubiera marchado en bicicleta, su mujer, nuestra gorda Hanne, oyó ruido en la puerta de la casa. Era un vecino que venía a darle la noticia. Al oír su voz la mujer sospechó enseguida lo peor y gritó:

—*Hinnerk — is he dode?* [Hinnerk — ¿es que ha muerto?]

La respuesta que recibió fue:

—Ja — bringt die Schuffel mit! [Sí — ¡tráete la pala!]

El funeral se ha celebrado en el zaguán de la casa, como es aquí costumbre. El ataúd estaba colocado sobre el barro apisonado, rodeado de coronas de clavellinas, flox, jazmín y azucenas de fuego. Todos los *patres* de Kirchhorst, que las familias llaman *use Vadder* [nuestros padres], se habían dado cita allí; llevaban unas levitas largas, a las que el paso de los años ha dado un color verdoso, y unas chisteras en forma de tubo que ya han estado presentes en muchas bodas, en muchos cumpleaños del Káiser y en muchos entierros. Durante el sermón se oían los mugidos de las reses en los establos y los cacareos de las gallinas en el patio. Las golondrinas que hacen sus nidos en las vigas iban y venían por encima del ataúd. Son muchas las personas que han estado ya en semejante sitio, para ser luego sacadas de allí con los pies por delante.

A última hora de la tarde he acudido una vez más a ver a Hanne, que tantas veces había maldecido a su marido cuando este llegaba a casa *scheep,* es decir, *schief* [torcido]. Pero esas son cosas de la vida, que se olvidan. Estamos en verano; Hanne ha dicho:

—Primero no querría una desprenderse del muerto. Pero luego no ve la hora de que se lo lleven.

Kirchhorst, 15 de junio de 1945

Visitantes; proceden de ese enorme ejército de alemanes que ahora va fluyendo por las carreteras, personas expoliadas de su hogar y carentes de noticias acerca de sus familiares más cercanos, los cuales es posible que ya no estén con vida hace tiempo. El hecho de que nos enterásemos de la muerte de Ernstel fue así todavía una suerte para nosotros.

Ayer vino a vernos Martin von Katte y se quedó a pasar la noche. Llegó en bicicleta desde Kufstein, donde se ha disuelto el alto mando de las fuerzas aéreas. Zolchow, el lugar donde su familia ha estado residiendo desde tiempos remotos, ha

caído en manos rusas. La madre se encuentra aún allí; se desconoce su suerte. La mujer y los hijos se hallan en casa de un guardabosque en el Harz. Hasta bien entrada la noche estuvimos intercambiando vivencias y recuerdos.

Me contó cosas de su jefe, el general Greim, que durante los últimos días de Hitler fue nombrado sucesor de Göring en su calidad de jefe supremo de las fuerzas aéreas. Para presentarse a Hitler hizo que la aviadora Hanna Reitsch lo llevase en su aeroplano a Berlín, que estaba ya en las últimas. Greim se despidió de Katte con un gesto breve de la mano, como diciendo:

—Alguien tiene que hacerlo.

Hace diez años un conocido suyo había emitido este juicio sobre él:

—Greim es un hombre que medita bastante, siempre le quedará algo a lo que agarrarse.

El aeródromo de Tempelhof estaba ya en manos rusas. De ahí que aterrizasen, bajo un intenso tiroteo, en el Tiergarten; el avión fue alcanzado, y Greim, herido. Se dirigió a la cancillería del Reich, se puso el casco, se presentó a Hitler y volvió a volar hacia el sur, bajo un violento fuego. Luego, cuando llegó el armisticio, se envenenó.

En episodios como ese hácense patentes la grandeza y las limitaciones de la escuela prusiana; ella fue la que todavía proporcionó cohesión y columna vertebral a los enormes ejércitos de la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente no es culpa de un buen caballo el depender de su jinete. Pero todo se vuelve absurdo, automático, destructivo, si no hay entre caballo y jinete una relación profunda. Esa relación sí que se daba en el monarca, en su serlo por la gracia de Dios, cosa de la que tanto se mofaban nuestros abuelos y padres liberales. Pero, a fin de cuentas, todo monarca, o lo es por la gracia de Dios, o es un monarca cuestionable.

Hablamos del 20 de julio de 1944 y de Stauffenberg. Cuando se enteró de lo ocurrido, Rommel dijo:

—¿Pero es que no se disponía de un capitán con pistola de reglamento?

El recurso a la bomba se explica porque al coronel Stauffenberg le faltaba una mano y porque su presencia resultaba indispensable en la Bendlerstrasse. Se dijo que planes parecidos los tuvo el conde Arco, que disparó contra Eisner en medio de una muchedumbre de espartaquistas. Igual que los suicidios, los atentados son soluciones aparentes; trasladan el problema a un plano distinto, no a un plano mejor. A alguien que participaba en las reuniones del Gran Cuartel General le oyó Katte un juicio que Hitler pronunció sobre Stauffenberg ya mucho antes del atentado:

—Me siento incómodo cada vez que ese coronel me mira con su único ojo.

Esto confirma lo que yo había oído ya a varias personas: que Hitler poseía en esos asuntos una intuición de sonámbulo.

También hablamos de Börries von Münchhausen. Durante uno de sus viajes oficiales Martin le hizo una visita en Windischleuba, una de sus fincas; Münchhausen tenía setenta años y en aquella finca había muerto poco antes Anna, su esposa. La situación era ya crítica, los fugitivos abarrotaban la casa. Los dos hombres se instalaron en la biblioteca, bebieron borgoña y comieron perdices en conserva, «de la despensa de Anna». También hablaron, y Börries lo hizo con mucha serenidad, de la catástrofe que se avecinaba. El poeta señaló con la mano su «cómoda de la lealtad», un mueble barroco con cuatro cajones. En el de arriba había cartas y felicitaciones del Káiser y de los príncipes de la Federación; en el segundo, escritos similares de los tiempos de la República de Weimar; en el tercero, dedicatorias de Goebbels y de otros jerarcas del Tercer Reich a «su querido barón». El cuarto cajón estaba aún vacío y Münchhausen dijo que sin duda acabaría llenándose. Lo abrió con gesto pensativo y sonrió:

—Llegaré a los noventa.

Luego añadió, levantando el dedo con un gesto astuto:

—Naturalmente, si las cosas no me agradan: inmediatamente me iré adonde está Anna.

Esta anécdota trasciende lo personal, guarda relación con la situación del hombre amigo de las Musas y con su libertad en sí. Las circunstancias políticas lo afectan poco mientras son estables. Cuando los poderes cambian de manera súbita comienzan a devorar también al hombre amigo de las Musas, el cual está de todos modos más solicitado que todos los demás en lo espiritual y casi siempre es más vulnerable también en lo económico. Lo que un pintor quiere es pintar, lo que un cantante quiere es cantar y no hacer política, tanto más cuanto más haya nacido para la obra, cuanto mayores sean sus dotes. Por otro lado resulta cada vez más difícil escapar a los sablistas. Cuando las cosas pierden toda medida, cuando se vuelven «chinas», una de las posibles salidas del artista que no se sienta llamado ni a ser un bardo ni a ser un mártir consiste en acatar las ceremonias, pero negar la adhesión interior. Se dedicará a cultivar su jardín y hará las reverencias pertinentes. También esto resulta bastante difícil, desde luego, y a veces es imposible. «En los sitios donde todo el mundo ama, no puede ser Carlos el único en odiar» — esta es una de esas máximas que, por desgracia, también rigen a la inversa. Entonces es bueno saber que uno puede «ir adonde está Anna».

Katte es sobrino-biznieto del infortunado amigo de Federico el Grande que fue decapitado en Küstrin. La risa de Katte es sonora; cuando soltaba una carcajada empezaba a vibrar la caja de resonancia de un laúd que está colgado aquí en la pared. Se parece a su lejano antepasado; le sentaría bien una coleta. Su rostro tiene rasgos barrocos, también más antiguos. Cuando en el año 927 Enrique I de Sajonia tomó por asalto la fortaleza de Brennabor, la actual Brandeburgo, ordenó que la caballería atacase cruzando el río Havel, que estaba helado. Quien abrió la marcha fue un caballero sajón

que llevaba en su escudo un gato blanco. El rey lo vio y gritó:

—*De Kuder sleit.* [El gato da un zarpazo.]

Una vez que fue tomada la fortaleza, aquel Katte trajo consigo algunos príncipes wendos. Alguien del séquito del rey dijo:

—*Katt fanget bannig swatte Muse.* [El gato caza ratones tremendamente negros.]

Desde entonces el animal heráldico de los Katte lleva un ratón negro en la boca. Yo lo he visto muchas veces en Zolchow, en la entrada de la modesta casa solariega, cuyas tierras lindan con las de Schönhausen, la finca de Bismarck. La nueva migración de pueblos que estamos viviendo vacía ahora también estos asentamientos milenarios.

Vino además el doctor Finkh, cirujano en un hospital militar alemán, y nos trajo saludos de Maggi Grüninger. Por desgracia es de temer que Grüninger, jefe del Estado Mayor de una división cercada por los rusos, cayese en el frente en el mes de enero. Era una de las inteligencias más rápidas que he encontrado, predispuesta de antemano por su espiritualidad a las temperaturas extremas y a espacios como los de la batalla de cerco. Había estudiado teología y luego, como tantos otros, fue llevado por Nietzsche a un camino diferente. En mi presencia le gustaba autocalificarse de «mauritano». Lo conocí cuando él era ayudante de Speidel.

Me afecta de un modo especial la falta de noticias sobre él y sobre Valentiner, tanto más cuanto que yo tenía a ambos por invulnerables. Esa es sin duda la impresión que despierta en nosotros una fuerza vital impetuosa, bien sea de índole artística, bien sea de índole titánica. Tal vez esa impresión es más acertada de lo que suponemos; los proyectiles no tocan lo invulnerable. En favor de ello habla el hecho de que tanto el uno como el otro se me aparezcan con frecuencia en los sueños.

Con todos estos viajeros de paso llegan rumores confusos, pero cada vez más terribles, sobre la situación en nuestras provincias orientales: deportaciones, violaciones, matanzas, éxodos masivos. Parece que grandes ciudades como Königsberg han sido transformadas en casas mortuorias. Los lobos prosiguen su avance. De qué manera tan extraña contrastan con esto las bellas estampas de reconstrucción que los rusos pintan en sus emisiones radiofónicas. Si uno les hiciera caso pensaría que una nueva primavera está haciendo allí feliz a la población.

Kirchhorst, 18 de junio de 1945

Las costas, el Mediterráneo, estarán espléndidos ahora. Pero si uno no puede viajar lejos es preciso que descubra lo que le cae cerca; por ejemplo, el claro en el Bosque de Lohne. Allí se oye ahora el tamborileo del pito real, y luego su relincho, cuando se desplaza a otro territorio de caza. Entremedias revolotea el cuclillo y voltean las alondras en las tierras desbrozadas, y el águila ratonera se balancea como sobre soledades muy antiguas. Los viejos vieron aquí todavía, en su juventud, la cigüeña negra.

También hoy reinaba en aquel sitio una gran paz. Las preocupaciones quedan allá atrás, muy lejos. Las flores son más fuertes, más reales. Entre los pinos había crecido la hierba y en el suelo húmedo florecían altas orquídeas pálidas, altramuces azules y corazoncillos.

A la vuelta, en un lugar del páramo, he visto cómo una *Ammophila* de gran tamaño arrastraba una oruga hacia su guarida. La *Ammophila* no se movía hacia atrás, como escriben los autores, sino que había aferrado a su presa con las mandíbulas y las patas delanteras y corría con ella sobre la arena blanca cual si montase un caballo de madera. El espectáculo tenía los rasgos propios de todos los encuentros entre carnívoros y herbívoros: por un lado el ladrón, sumamente móvil en sus articulaciones, manchado de negro y de rojo encendido, que iba de un lado para otro como una llama, y

de otro la víctima, de un verde pálido, paralizada, que se hallaba como una sombra debajo del ladrón.

Una vez más me ha venido a la cabeza, al ver aquello, el pensamiento de por qué, en el primer asesinato entre seres humanos, fue el agricultor quien mató al pastor, y no a la inversa. *Fuit autem Abel pastor ovium et Cain agricola.*

La luna creciente tenía en su borde un halo de color oro pálido, el cual estaba rodeado a su vez por una luminosidad de color ópalo lechoso. Entremedias, cual la membrana de la yema, había un anillo de un marrón como el del ácido pícrico. También la aldea y los campos estaban sumergidos en los colores de la paleta lunar. Para captar la riqueza que ahí dormita sería preciso estar equipado con los ojos de la *Daphnis nerii,* la mariposa de la adelfa. Las blandas alas de ese animal nos hacen entrever un mundo de goces exquisitos, con colores, perfumes, sonidos a que no llega nuestra escala. Los grandes pavones y las catocalas vuelan sobre los macizos de alhelíes, que se humedecen de néctar; el sueño ejerce su dominio sobre el mundo.

Kirchhorst, 19 de junio de 1945

Cuando miramos hacia atrás captamos en nuestra vida sucesos que se parecen a una *coagulación:* la cristalización de ciertas partes bajo una donación de sentido superior. Esto rige ya para la pura biología, por ejemplo embriológicamente, en la combinación de órganos de procedencia y especie distintas para una tarea común. Antes de que el ojo llegue a ver, ¡cuántos estratos ciegos han de colaborar en su construcción!

Y eso rige después biográficamente: como fecundación de ciertos esfuerzos aparentemente perdidos, como cruce de caminos laterales y desviados. No son pocos los que pierden años de su vida en el destierro, en las cárceles, años que luego se convierten en un capital, tras los cambios políticos. Es asombroso cómo sale de las líneas enrevesadas de la vida un dibujo, un dibujo que salta de repente a la vista, como esa

imagen que está escondida en los dibujos con sorpresa, en el instante de su solución.

Pero la coagulación presupone siempre la conquista de un estado superior, una especie de nuevo nacimiento y, a la vez, de sanción. Los millones de alvéolos pulmonares no adquieren sentido hasta que no ha sido cortado el cordón umbilical. Carecían de significado para el embrión; eran un bagaje destinado a un mundo diferente, y ese bagaje fue llevado a ese mundo a la fuerza y con dolores de parto.

Las faltas, los errores, los vicios pueden convertirse en elementos formativos, y pueden hacerlo precisamente cuando han llevado al fracaso, al hundimiento. Es algo bien conocido por muchas confesiones. Pero nuestros ojos no son capaces de captar el plan de ejecución de las obras por el cual se orienta nuestra vida. Nos falta la perspectiva para comprender que las obras y los días de esta son como arcos y pilares que tienden hacia una cúpula. Para ello necesitamos una visión propia del más allá. En efecto, siempre se precisa ayuda en aquellos sitios donde la vida va a dar fruto, de igual modo que en el nacimiento no puede el niño prescindir de la ayuda de la madre.

Kirchhorst, 26 de junio de 1945

Uno de nuestros visitantes ha sido el coronel Schaer, al que no había vuelto a ver desde nuestra despedida en el hotel Majestic. En figuras como la suya se pone de manifiesto la gran cantidad de biografías aventureras que han sido producidas por nuestro siglo. Tenemos material para una gran biblioteca de memorias; esperemos que haya también las plumas para escribirlas.

Schaer es hijo de un pastor protestante de la zona de Hildesheim; una parte de su juventud la pasó aquí, en esta casa parroquial de Kirchhorst. La familia era rigurosamente güelfa; cuando el padre, durante la comida, arrojaba al perro un pedazo de asado y decía: «De parte de Bismarck», el animal enseñaba los dientes y comenzaba a gruñir. El regalo era de-

vorado con alegría tan solo cuando el pastor tranquilizaba al dogo diciéndole: «De parte de nuestra buena reina María».

Schaer era un joven oficial cuando tomó parte en la batalla de Tannenberg. Seeckt lo envió, después de la Primera Guerra Mundial, a largos viajes con misiones especiales. En la guerra civil española mandó un regimiento; cruzó ciudades en cuyas carnicerías colgaban frailes rajados por la mitad. Fue muy popular entre los españoles, que lo llamaban «don Ernesto». Hubo de matar con un estoque en una finca un novillo que le pusieron delante para hacerle un honor.

Cuando Schaer apareció por París había criticado a los mandos después de una ofensiva de su regimiento en el frente del Este, que había fracasado por falta de apoyo. Fue condenado a once meses de arresto por injurias al Partido — si la pena hubiera sido de un año habría comportado automáticamente su degradación. Buscó entonces la protección de Heinrich von Stülpnagel. Yo me encargué de exponer a este la situación en que se encontraba Schaer, y el general dijo:

—Puede quedarse aquí, pero dígale que se abstenga de discursear sobre Hitler.

Cuando el Estado Mayor del comandante en jefe evacuó París, Schaer se presentó a Choltitz, a quien le había sido encomendada la defensa de la ciudad. Uno de los últimos días se le ocurrió, bien a destiempo, la idea de despedirse de una amiga suya que vivía en el Boulevard des Invalides. La *résistence* había ocupado ya los tejados. No pudo, por esa causa, atreverse a salir a la calle y entonces telefoneó a Choltitz, que residía en el hotel Meurice; le dijo que estaba «cercado» y le pidió que le enviara un tanque. Así se hizo y Schaer partió en aquel vehículo, mientras su amiga ponía pies en polvorosa por una puerta trasera.

París cayó mientras él se encontraba realizando una misión que lo mantuvo alejado por poco tiempo de la ciudad. Regresó a Berlín, donde lo detuvieron inmediatamente, ya que después del 20 de julio se había encontrado en la caja fuerte de Stauffenberg una carpeta que contenía anotaciones

sobre «la disgregación del ejército llevada a cabo por el Partido». Allí se mencionaba a Schaer como informante. Fue encerrado en la prisión de la Gestapo, la Policía Secreta del Estado, que estaba ya abarrotada de altos jefes militares. Como por milagro le cayeron tres años de cárcel y degradación. Es cierto que aún faltaba la confirmación de la sentencia por Himmler. Comenzaron los fusilamientos en los patios; allí fue abatido también Haushofer. La caída de la ciudad abrió más tarde las cárceles.

Por desgracia parece seguro que también Heinrich von Stülpnagel se cuenta entre los numerosos amigos y conocidos míos que allí fueron fusilados o ahorcados antes del final. Como todo exterminio de una Fronda, también este traerá consigo un nuevo rebajamiento del carácter nacional. Caen los últimos troncos, los últimos linajes antiguos y con ellos se desvanece la consciencia de la libertad primordial, libertad que pertenece a la persona y de la cual vive toda libertad política, toda Constitución. Pronto no se la echará ya ni siquiera de menos.

Kirchhorst, 28 de junio de 1945

Las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux, son, desde que las descubrí en 1942, una de mis lecturas constantes; seguramente no hay anecdotista más vigoroso que él. En este libro la nobleza se asemeja todavía a un bosque antiguo, antes de que el absolutismo lo convirtiese en una floresta y antes de que la democracia lo talase, tras lo cual vino finalmente la extirpación de las raíces. Se dice que los rusos destruyen los catastros, arrasan las mansiones de las grandes fincas.

Si Stendhal hubiera conocido esta fuente habría descubierto en ella un material tan abundante como en las crónicas italianas del Renacimiento. La siguiente historia del tomo primero, que he acabado de leer hoy, le habría servido para una novela corta. Describe la perversa maniobra de que se valió el mariscal Créquy para aniquilar a su esposa, a la cual quería encerrar en un convento para quedarse con sus bienes.

El matrimonio no había tenido hijos; el mariscal, por un lado, le reprochaba eso a su desgraciada esposa, y por otro la incitaba, a través de una persona de confianza, a que realizase una suplantación de un hijo. La mariscala se dejó persuadir y encontró también a una campesina que estaba encinta y a la que sedujo la perspectiva de ver convertido de ese modo a su hijo en un gran señor. La suplantación iba a realizarse en la granja de la campesina, a la cual se retiró la mariscala tras simular un embarazo. La persona de confianza debía llevar al niño de una habitación a otra y durante ese trayecto lo estranguló discretamente, siguiendo las órdenes de Créquy. A continuación ocurrió lo que este aguardaba: las dos mujeres se enzarzaron en una pelea y de ese modo le resultó fácil al mariscal, que estaba allí cerca al acecho con unos comisarios, descubrir por sorpresa aquella fechoría.

El grito de guerra de Créquy era: *Créquy, Créquy, le gran baron, nul ne s'y frotte.* Ese grito estaba mal visto entre las mujeres, cosa que Tallemant, que tiene mucho humor, no olvida mencionar.

La frase alemana *Spalier bilden* [formar en hilera] se dice en francés: *se mettre en haye.*

En el jardín han florecido las azucenas reales. Su perfume es más intenso cuando se pone el sol; es un perfume que se encuentra en el centro justo entre lo suave y lo violento. Resulta notable que un pensamiento tan hermoso como «el alma del perfume» linde con lo absurdo cuando lo defiende un espíritu como el del profesor Jäger. Es el destino de muchas cosas buenas; hay cabezas que son como sirvientas, a las que no se les confiará la vajilla fina. Pero en lo que se refiere a la botánica superior hay también espíritus que son muy cuidadosos, como Fechner.

Kirchhorst, 30 de junio de 1945

Oído la radio a última hora de la tarde. Los rusos están ocupando su nueva zona. Esto significa que se extiende la desgracia impuesta por la fuerza bruta.

Luego me dejó estupefacto un extenso comentario de Radio Londres acerca de mi obra *Sobre los acantilados de mármol.* Primero el locutor dio una interpretación trivial del libro, como si fuera un escrito tendencioso contra Hitler, y después presentó al autor como un exponente, asimismo condenable, de la casta militar. También ese locutor comparte la ignorancia de sus paisanos sobre las cosas que han sucedido en Alemania desde 1918. Sin duda habrá excepciones, desde luego. Los prusianos son uno de los test de inteligencia más fiables.

Dado que me encuentro en el lado de los vencidos, no puedo replicar. El desenlace de la guerra, cualquiera que hubiera sido, no habría producido tampoco un cambio en eso. Es algo que parece formar parte de la buena o la mala estrella de una vida; uno va atravesando una serie de habitaciones que están amuebladas de modo cada vez menos agradable. Por suerte hay todavía jardines, bosques, libros, desiertos. No cabe la menor duda de que a mí me habrían ido mucho mejor las cosas entre los ingleses, entre los franceses, entre casi todos los demás pueblos, y es probable que no hubiera tenido problemas. Pero uno no puede ni quiere escoger su patria. Forma parte del destino, de la tarea.

Encuentro un buen pasaje en Spitteler, cuyo *Prometeo y Epimeteo* estoy leyendo ahora: «Y no había nadie que no se escandalizara de su manera de ser, cada cual desde distinto lado».

Kirchhorst, 1 de julio de 1945

Sobre las drogas y sus peligros. No debería menospreciárselos, pensando que son solo, por ejemplo, viajes de aventuras a reinos mágicos e ilusorios, que luego se pagan con un cierto malestar. La embriaguez siempre se inmiscuye también en la realidad, y no solo porque incite al crimen o porque cause daños al cuerpo. El auténtico riesgo consiste en que uno abandona el tiempo, el espacio y la lógica, a la manera de los demonios, y luego no vuelve a encontrar la au-

téntica salida, de modo que pierde siglos, como el monje de Heisterbach. Una noche de opio tiene una extensión infinita.

Se trata de algo que es difícil dar a entender, pues se encuentra allende nuestras rutas habituales y nuestros medios de expresión. Pero yo estoy convencido de que basta una única noche de embriaguez para modificar la constelación de nuestro destino — convencido, por tanto, de que esa noche puede tener repercusiones hasta en las más remotas lejanías. Eso es lo que subyace a los casos de locura que a veces vemos surgir tras un exceso en las drogas: uno ha abandonado el tren de la causalidad y ya no encuentra ningún enlace. Quién sabe en qué estación perdida del Universo se ha quedado uno.

Por otro lado puede regresarse a una realidad en la que entretanto han ocurrido cosas incontroladas. Mientras dura la enorme orgía de Dimitri Karamázov, fuera sigue su curso la fatalidad. La contrapartida de esa orgía es la terrible noche febril que pasa su hermano Iván. La culpa se vuelve tan compacta que frente a eso resulta secundario el que en el mundo empírico se llegue o no se llegue al asesinato del padre. La embriaguez nos saca de la zona de la responsabilidad personal y nos lleva a unos estratos más profundos, más generales, a entrelazamientos de culpa. De ahí que sea un rasgo significativo de Dostoievski el que en esa novela no clarifique hasta lo último la cuestión de la culpa. La controversia se desarrolla en el proscenio.

También casi todos los relatos de E.A. Poe tratan ese mismo asunto, el viraje hacia la culpa que hay en lo inconsciente.

Por la tarde he estado en el pantano con el joven Haustein. La visión de un caracol negro que se arrastraba por el camino nos ha llevado a mantener una conversación sobre la forma de eliminar las verrugas: se frota la excrecencia con uno de esos animales y luego se lo cuelga de un hilo a un canalón. Durante el frote es menester recitar una determinada

fórmula. Le pedí a mi acompañante el texto, pero dijo que lo había olvidado y que se lo preguntase a su mujer. Por ello adiviné que se trataba de una de esas fórmulas que solo causan efecto si son transmitidas por el sexo opuesto: del hombre a la mujer y a la inversa.

Luego tropezamos, en lo espeso del bosque, con el nido de un águila ratonera; subí hasta donde se hallaba y encontré en él cuatro crías que estaban atadas la una a la otra con un hilo imposible de desenredar. Artes de un pajarero perverso.

A la vuelta me he enterado, con gran alegría, de que ha llegado la primera noticia relacionada con nuestro círculo familiar. Mi hermano Physicus está prisionero en Holstein; lo ha escrito en una carta que el conductor de un camión ha arrojado al pasar junto a nuestra casa.

Kirchhorst, 2 de julio de 1945

La suerte de los jóvenes pájaros me tuvo ocupado toda la noche; para liberarlos he ido al bosque del pantano con Alexander, bajo la lluvia. El trabajo en lo alto del árbol ha resultado difícil; la nidada, todavía medio lanosa, llamaba a su madre con gritos como de gato y me aferraba la mano con sus pequeñas garras mientras yo cortaba los alambres con la tenaza. Aquellas crías, animadas ya de ese orgullo implacable que prefiere la muerte al contacto, aun al de la mano que viene a prestar ayuda, mantenían completamente abiertos los picos azules, orlados de una membrana amarilla como de cera, y encorvaban las lenguas, tal como se ve en los escudos de armas.

Kirchhorst, 7 de julio de 1945

Acabado de leer el Libro de Judit. En su canto de triunfo ensalza Judit la victoria de la belleza sobre la fuerza bruta. Es un tema eterno.

«No ha sido un hombre ni un guerrero quien lo ha matado, no ha sido un gigante quien lo ha atacado, sino que ha sido Judit, la hija de Merarí, quien lo ha derribado con su belleza.»

Judit vivió ciento cinco años. «Y mientras ella vivió, y aún mucho después, nadie se atrevió a atacar a Israel.» Es el signo de una acción espiritual para la cual la belleza y el esplendor de la juventud fueron simplemente un arma. En su vejez habría obtenido Judit los mismos resultados con otros medios; por ejemplo, con la virtud mágica.

Empezado la lectura del Libro de la Sabiduría de Salomón. Los primeros capítulos ofrecen unas visiones grandiosas. La Muerte es la poderosa lavadora de oro junto a la corriente de la Vida, la última examinadora de aquello que en nosotros es auténtico, indivisible. Al leer esas cosas me he acordado de la conversación que mantuve con Heinrich von Stülpnagel sobre este mismo asunto durante una de las veladas pasadas en el castillo de Vaux.

Acabado de leer también: *Prometeo y Epimeteo,* de Spitteler, obra que tanto por su asunto como por su lenguaje sobrepasa con su estatura atlética a la literatura de 1900 y que brotó de la herencia todavía indivisa de la lengua. De sus peculiaridades estilísticas me llama la atención un genitivo no justificado: *Sie entgegnete leidenschaftlichens Errötens* [ella replicó de un sonrojo apasionado], o: *Mächtigens Schrittes zog er davon* [de paso firme se fue él de allí]. Cuando en nuestro idioma parece deseable tal concisión, la única manera de tender a ella es usar participios.

He colocado en el jardín rodrigones para las alubias. Los sarmientos de las alubias, dotados de un sentido del tacto sumamente fino, giran hacia la izquierda en busca del soporte y no raras veces tropiezan, al hacerlo, con otros sarmientos que buscan lo mismo; entonces se enredan y permanecen así entrelazados en el polvo. Pero si uno de ellos se ha sujetado ya al rodrigón, ayuda también a todos los demás vecinos, pues está encontrada la guía. Enseñanza práctica.

El mencionado espectáculo me ha llevado a meditar sobre esa clase de experimentos que acaban degradando la vida a una rama de la mecánica. La imitación de formas vivas, tal como lo hace, por ejemplo, mi maestro Bütschli en su trabajo sobre las espumas, delata un deseo secreto. Un investigador como ese comienza poniendo debajo de una gallina todas las clases posibles de huevos y observa que el animal cuida de esas crías falsas con el mismo amor que de las auténticas. Luego le desliza debajo pollitos disecados e incluso trozos de madera, y observa siempre el mismo cariño. Todo eso para demostrar que lo que ahí rige es un sistema de estímulos y respuestas reflejas. Eso conduce a una fórmula universal.

Es cierto que podemos introducir todo en la Naturaleza y sacar de ella todo, pues es inagotable y tiene preparada una respuesta para cada pregunta. La gallina es más lista que el investigador: hasta los errores más absurdos son un testimonio de la Gran Madre y de su poder amatorio.

El conocimiento de la Naturaleza es autoconocimiento de rango superior; vemos a los espíritus tallar con diligencia espejos brillantes en los que se desvela su propia imagen. Lo que siempre resulta asombroso es la mucha sutileza que se emplea para demostrar que el mundo es una extravagancia huera. Lo único que se defiende con tanto celo es la propia causa.

Kirchhorst, 13 de julio de 1945

Ya están poniéndose rojas las serbas. He comenzado la lectura del Libro de Jesús Ben Sirá o Eclesiástico, uno de los maestros de la peregrinación aquí abajo. El Libro de la Sabiduría de Salomón señala a la conducta humana como meta la muerte, el más allá y el juicio, en cambio lo que el Libro de Jesús Ben Sirá delimita es el sendero sobre el suelo terrenal.

Continuado la lectura de las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux. En la dedicada al marqués de Rambouillet se caracteriza con un buen rasgo a un cortesano que lo que quería evitar sobre todo era el comprometerse: cuando alguien le pre-

guntaba la hora, sacaba el reloj, sin responder, y señalaba con el dedo la esfera.

Por la tarde ha venido Rosenkranz, con el que he ido luego a Burgdorf. A la vuelta hemos hecho un alto en el bosquecillo de Beinhorn, para herborizar un poco, y allí me ha enseñado el juego de la Naturaleza a que debe su nombre el helecho común, que en alemán se llama *Adlerfarn* [helecho de águila]. Cuando se la corta con una navaja bien afilada, la raíz muestra, en efecto, en su médula una silueta que se asemeja a la doble águila del escudo de la Casa de Austria.

Al llegar a casa nos hemos encontrado en el jardín a Hugo Körtzinger, amigo y albacea de Barlach. Me ha sugerido que participe en la publicación del legado de ese artista, pero yo sé bien que no tengo vocación para esas cosas. Körtzinger ha dicho que, además de obras escultóricas aún no conocidas, quedan de él unos diarios muy extensos y una novela cuyo manuscrito está enterrado.

Me ha conmovido un dibujo que retiene los rasgos de Barlach acostado en su lecho de muerte, y me ha conmovido por el sufrimiento nada común que allí se ve y cuyas huellas han quedado en el rostro apagado. El calvario sufrido por Barlach no fue corriente, pues su modo de ser se oponía como casi ningún otro a los principios que rigen en este tiempo. Una naturaleza profundamente telúrica como la suya, expuesta al dominio de unos espíritus superficialmente solares y racionales, se asemeja a una planta que, arrancada a la oscura riqueza del mundo del humus, languidece penosamente a una luz violenta. Ese secarse y consumirse se expresa con una fidelidad terrible en la mascarilla mortuoria. A las manos, en las que están vivas la madera y la tierra, se les brinda cristal y hierro.

De Körtzinger he recibido una noticia que me ha afligido profundamente, a saber: que sus compatriotas han asesinado a Maillol, el cual estimaba mucho a Barlach. Uno de los pensamientos que para mí daban luminosidad a nuestro tiempo

era también el de que se hallara entre nosotros aquel viejo y bondadoso maestro, contento, en su montañosa soledad meridional, con un pedazo de pan y un trago de vino, entre mármoles y rosas, y dedicado a trazar medidas justas, como un dios arcaico. Al asesinar a Maillol han asesinado, ha dicho Körtzinger, al último griego que quedaba entre nosotros. Uno oye cosas tristes también de allá, de Francia. Ya he recibido, por intermedio de prisioneros, las primeras cartas de París.

Kirchhorst, 15 de julio de 1945

Pleno verano — los dos últimos días han sido terriblemente calurosos. Se ve cómo van desarrollándose las plantas, y no solo de día, sino también en las pegajosas noches de bochorno. Hoy, en la mañana de este domingo, he podado los brotes de las tomateras que habían nacido de los ojos secundarios y he determinado, en mi calidad de jardinero, cuál es la línea legítima. Cuando vemos caer de esa manera el follaje, la idea del acto beneficioso prepondera en nosotros sobre la del dolor: pues vemos cómo la planta subsiste en cuanto totalidad. Así conservaríamos también sin duda nuestra serenidad si pudiésemos contemplar, en jardines que nos están cerrados, la obra de la Mano que poda personas y pueblos.

Nos sonreímos de los sueños de nuestros años infantiles, en los cuales queríamos llegar a ser maquinistas de tren, y nos sonreímos también, a cada decenio que pasa, de los castillos encantados que la fantasía ha construido engañosamente para nosotros en el decenio precedente. El curso de la vida va precedido de sueños de felicidad que son como espejismos en el polvo del desierto. Esos sueños se desprenden luego de nosotros como hojas en el cambio de las estaciones. Ningún tesoro que pueda ser ideado por nuestro espíritu nos basta. Eso quiere decir que somos ricos más allá de todo lo imaginable. Solo que hemos de aguardar pacientemente esos frutos que son sugeridos por las flores multicolores y fugaces que son los sueños.

En los sitios donde no coopera en nuestro favor una razón superior pasamos de largo, víctimas de la apariencia, junto a las mejores cosas. De ahí que también la lámpara de Aladino y el anillo de Chawdar el pescador se convertirían para nosotros necesariamente en una fatalidad en tanto en cuanto nos apartasen de nuestras realizaciones supremas — en que nos convirtiesen en realizadores de índole subalterna. Esas cosas nos empujan a los grandes números y a las ganancias espaciales. Eso rige para la magia en su conjunto, rige para el poder y para los tesoros en general.

Por la tarde he estado en el pantano con el joven Haustein para ver si ya se habían secado las briquetas de turba. Me he enterado en esta ocasión del nombre que da el pueblo a los bejines;[8] recuerda en lo lingüístico el colorido de Brueghel el Viejo. En general el estilo campesino toma sus referencias sobre todo del ganado y del campo, como en los asentamientos humanos primitivos: el viejo Haustein quiere volver a engordar él mismo su cerdo, no quiere que cuide de él la gente joven. No desea «ser alimentado a través de la *Hille»,* como él mismo dice. La *Hille* es la reja a través de la cual se le echa el forraje al ganado.

Kirchhorst, 18 de julio de 1945

Uno de los modernismos desagradables en alemán es: *Ich spreche ihn* [lo hablo]. El uso transitivo del verbo *sprechen* [hablar] lo mecaniza; es un giro que implica una falta de respeto. ¿Puede decirse: «Ayer hablé a Goethe», y ni siquiera: «He hablado a mi jefe»? La gente es consciente de esa inconveniencia; cabe deducirlo de que evita decir: «Fulano o Mengano me ha hablado». En este caso ni siquiera los espíritus ahorrativos tienen miedo a usar la partícula *mit* [con]: «Él ha hablado conmigo». Es este uno de esos giros que han aparecido con el incremento del mundo de los autómatas, probablemente a causa del uso del teléfono.

Kirchhorst, 19 de julio de 1945

La espada de Damocles de estos años tiene la propiedad de amenazar con formas siempre cambiantes. Así, estas semanas hemos estado aguardando cada día que nos requisasen la casa en que vivimos; sin embargo, las tropas que iban a trasladarse aquí han encontrado en Bissendorf un alojamiento mejor. Tiene, pues, sus lados buenos el hecho de que la multitud de fugitivos que aquí hemos albergado estropease el cuarto de baño y otras instalaciones similares.

En los casos de requisa de la vivienda a uno lo ponen en un santiamén en la calle, con la mujer y los niños, y cuando regresa más tarde a su hogar son pocas las cosas que encuentra, por lo que cuentan cien veces los afectados. Parece que esa modalidad de gran saqueo se halla prevista oficialmente, pues está expresamente prohibido que uno se lleve nada cuando abandona la casa. La capitulación incondicional ha dejado en suspenso también los acuerdos de La Haya sobre la guerra terrestre. Esos acuerdos son ya cosa del pasado.

Las carreteras siguen estando abarrotadas de gente — en el sur las llenan los centenares de miles que son expulsados del país de los sudetes, y aquí en nuestra tierra, los campesinos y propietarios agrícolas de las provincias orientales, que han sido echados de sus tierras de la noche a la mañana. Se los ve pasar en carricoches que llevan una cobertura no de lona, sino de alfombras. Otros, que han sido saqueados en el camino, llegan a pie.

Necesariamente va reduciéndose la cantidad de libertad, quiero decir: de libertad en el mundo. Solo los tuertos, en efecto, pueden considerar esas comitivas como casos aislados o, no digamos, alegrarse de ellas. Esos fenómenos operan en muchas direcciones.

La única libertad que hoy tiene vigencia es la que uno lleva consigo, y lo mismo se diga de la propiedad. En su núcleo la libertad y la propiedad son idénticas; es una ecuación primordial. La libertad que viene dada por la posesión no es más que una realización floja.

Kirchhorst, 21 de julio de 1945

Capitulación incondicional. Es la contrapartida de la guerra total; los esfuerzos llevados al extremo van seguidos de una inactividad completa. Clausewitz no llegó a conocer esta situación. Es cierto que su «guerra absoluta» persigue el propósito de imponer por la fuerza la propia voluntad al adversario; pero la guerra «real» modera ese propósito, el cual desemboca de nuevo en los cálculos políticos, en los tratados. Quien hace la guerra, dice Clausewitz, no son dos poderes que se destruyen el uno al otro, sino que es la «tensión de dos elementos separados», tensión que se descarga en una serie de golpes. La Revolución francesa acercó, ciertamente, la guerra real a la guerra absoluta, borró las fronteras entre la política y la estrategia. El «desconsiderado Bonaparte» prolongó sin pausa ese movimiento. «Pero también llegaron sin pausa los reveses.» El capítulo del libro de Clausewitz dedicado a «la entrega de armas al pueblo» merece ser leído todavía. Trata eso como un mal necesario, como un estado de anarquía legalizado, que precisa de muchas cautelas; y queda la duda de si Clausewitz piensa que es más grande la necesidad o el daño. Según él, la entrega de armas al pueblo solo resulta efectiva en el interior del país. Es algo que implica el peligro de que la estrategia se desfleque «como una nube».

Es evidente que la guerra en Rusia y en España causó en Clausewitz una impresión más fuerte que el cañoneo de Valmy. En todas partes encontramos la profunda desconfianza con que los prusianos entran en el siglo XIX. Clausewitz plantea la cuestión de si cabrá restaurar —y él se inclina evidentemente por ello— el muro de separación entre la guerra real, a la que califica de «cosa a medias», y la guerra absoluta. En la guerra real domina la pasión; en la absoluta, la razón. El espíritu absoluto no debería perder nunca el control sobre la guerra real; tiene que interrumpirla cuando se corre el riesgo de que desemboque en una situación sin salida. La violencia física es un medio que tiene un fin, no es un fin que tiene unos medios. La guerra es a un tiempo hostilidad,

terreno de juego y medios; en cuanto es lo primero la hace el pueblo, en cuanto es lo segundo la hacen el ejército y el mando supremo, en cuanto es lo tercero la hace el gobierno. Estas son las opiniones de un artista de la guerra, de un director de la Escuela de Guerra.

Clausewitz participó en la guerra de 1813 como oficial del Estado Mayor ruso. Pese a ello a mí me llenó de estupor encontrar su libro en las bibliotecas populares rusas. Vivió todavía enteramente en el Estado de clases, estuvo más cerca de Kant que de Hegel y, aunque trabajó con Scharnhorst, estuvo más próximo a las guerras de gabinete que a las populares. Su guerra tiene una dinámica controlada y posee todavía mucha arquitectura. Le gustan las imágenes arquitectónicas, sigue empleando expresiones como «teatro de la guerra»; el general en jefe se alza como un obelisco en el centro del paisaje, todas las grandes avenidas confluyen en él.

El curso de nuestras guerras no concuerda ya con la teoría de Clausewitz. En este la guerra tiene su culminación en la batalla decisiva, para debilitarse posteriormente: el espíritu experimenta la resistencia de la materia. Hoy todo el peso recae en el final; los esfuerzos llegan a ser gigantescos. Esto permite deducir tanto que ha disminuido la participación del espíritu en el proceso y ha aumentado la de la voluntad, como asimismo que pasan al primer plano las fuerzas elementales. También el ímpetu de un alud se hace más fuerte al ir creciendo, y un gran incendio consume hasta los cimientos.

El espíritu conservador quiere conservar, conservar también en el adversario; es algo que está en su naturaleza. En este aspecto Bismarck fue ya un inmoralista, si se lo compara, por ejemplo, con Federico I de Prusia y con Harry Arnim. Para Clausewitz la capitulación incondicional habría tenido sentido a lo sumo en la guerra de fortalezas, y aun en ella solo con restricciones. Clausewitz habría aceptado también la batalla decisiva, como todavía lo hizo Ludendorff al recomendar al gobierno que iniciase negociaciones después de que los esfuerzos alcanzaran su punto culminante en 1918.

Hoy todas esas cosas son alta traición; y lo único que Rommel osó en este aspecto fue hacer veladas insinuaciones, cuando cabía ya prever el resultado de la invasión de 1944 y, con ello, el desenlace de la guerra. Los Estados se han convertido en fortalezas y el carácter de la batalla decisiva se amplía a toda la extensión y a toda la duración de las operaciones bélicas. Se empuja a la guerra a la cinta sin fin y en esta pierde su carácter operativo y adopta su forma más trivial, la de la guerra de desgaste, sin cuarteles de invierno y con largas partidas finales, cuyo resultado se prevé, pero no se saca. Clausewitz temió tales cosas, aunque en su tiempo no se conocía aún ni el telégrafo eléctrico ni el ferrocarril. En el capítulo titulado «Sobre el carácter de la guerra actual» asegura que «no cabe conquistar un imperio de grandes dimensiones (cosa que desde luego podría haberse sabido)». En ese capítulo prevé también el peligro de que las operaciones se congelen:

«Es fácil comprender que las guerras que se libran con todo el peso de las fuerzas nacionales de ambas partes han de organizarse de acuerdo con principios diferentes que aquellas otras en las que todo se calculaba por la relación mutua de los ejércitos permanentes. Estos se asemejaban por lo demás a las flotas, las fuerzas terrestres se asemejaban a las fuerzas navales en su relación con el resto del Estado, y de ahí que el arte de la guerra en tierra tuviera en sí algo de la táctica naval; eso es algo que ahora se ha perdido completamente».

Clausewitz trata de exponer el modo en que el genio de la guerra «absoluta» ha de adaptarse a la guerra «real», la cual, después de 1789, se libra entre Estados en los que, bien *de facto,* o bien idealmente, son los ciudadanos los que deciden. En el modo como se libran las guerras entre trabajadores habría visto seguramente Clausewitz nada más que una utopía bárbara, aunque él poseía ya, lo mismo que Tocqueville, una noción del sustrato necesario, el gran espacio.

«Mi ambición ha sido escribir un libro que no quede olvidado al cabo de dos o tres años.» Eso se ha conseguido. Desde su aparición se consulta ininterrumpidamente su obra para estudiar el «factor matemático» que se esconde tras la mera realidad de la guerra y de sus azares. También hoy proporciona Clausewitz buenas enseñanzas incluso con respecto a cosas que no se encuentran en él. Se siente la reducción. A la vez, al perderse las formas la situación se vuelve más unívoca. El destino se hace más fuerte; la libertad disminuye.

Kirchhorst, 24 de julio de 1945

Nunca dejarán de ser un consuelo los libros, cual naves ligeras y fiables para realizar viajes por el tiempo y por el espacio y más allá.

Mientras se tenga un libro a mano y ocio para leer, ninguna situación podrá ser desesperada, carecer completamente de libertad. En el Bosquecillo 125 estábamos rodeados a derecha y a izquierda por neozelandeses, caían lluvias torrenciales sobre los agujeros en que nos encontrábamos y en ellos concentraban su fuego tanto nuestra propia artillería como la artillería inglesa. Yo estaba tendido en un enrejado de madera colocado encima del suelo encharcado, y por arriba me protegía un simple techo de chapa ondulada. Pero al mismo tiempo me encontraba en el Berlín de los años setenta del siglo pasado, pues leía *Irrungen, Wirrungen* [Desvaríos, enredos], de Fontane. Paréceme incluso que tengo un recuerdo más vivo de los pormenores de la novela que de las incomodidades sufridas en aquella posición. Es un indicio de la libertad espiritual que puede ser transmitida por la obra de arte. De ello hay que estarle agradecido al autor. Nos hace el regalo de un consuelo inestimable.

Hoy he acabado de leer el tomo segundo de las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux. Como si fuera un telescopio, la lectura nos acerca el pasado en sus rasgos vitales. El polvo de los sepulcros, de los panteones familiares, vuelve a salir de su sueño, se reviste de una vida que se hace presente.

Tallemant nos proporciona una idea del siglo XVII y nos la proporciona de manera directa, como si nos sumergiésemos en un baño que nos rejuveneciese. De modo parecido acerca a nosotros la *Crónica de la familia Zimmern* los siglos XV y XVI, y es extraño que estas dos inestimables obras fueran descubiertas en los desvanes de viejos castillos. Saint-Simon nos proporciona el enlace con el siglo XVIII. Puede seguirse la historia del mundo por una galería de libros de memorias que le hace compañía, de igual modo que en Versalles la serie de las habitaciones privadas hace compañía a la Galería de los Espejos.

Kirchhorst, 29 de julio de 1945

El ininterrumpido hervidero de gente que se agita en las carreteras trae consigo muchos visitantes. Uno de ellos ha sido Schmitz, el fabricante de aviones, que ahora se dedica a cultivar tomates y flores en Neuwarmbüchen. Poco a poco van haciéndose más visibles los cazas a reacción, los cohetes de largo alcance y otros medios de aniquilación de los que hasta ahora solo se hablaba en voz baja.

También ha venido el coronel Schaer; con él he vuelto a repasar los días de París, que acabaron hace ahora un año. Asimismo van aclarándose poco a poco bastantes cosas de las que allí ocurrieron. El SD, el Servicio de Seguridad, espiaba nuestras conversaciones en el hotel Raphaël mediante un camarero francés que gozaba de simpatías generales y del que nadie sospechaba que entendiese una sola palabra de alemán. Aquel hombre había caído en una ocasión en las redes del SD y hubo de comprar su rescate haciendo de espía y contando en la Avenue Foch las cosas que había oído al servirnos a la mesa.

Al enterarme de ello he sentido lo mismo que siente alguien a quien le operan de cataratas. ¿De qué sirvieron, pues, las medidas de precaución, el contraespionaje interno del hotel, con su dispositivo tan refinado? Parece que nuestra capacidad de percepción tiene puntos ciegos: pasamos por alto precisamente lo burdo, lo evidente, lo que nos resul-

ta familiar por haberlo leído en todas las novelas de detectives y de espías. A aquel camarero francés yo lo veía cada día, sin abrigar la menor sospecha, y le regalaba a menudo cigarrillos para su esposa, que era una gran fumadora. Los policías trabajan con trucos que son siempre los mismos, igual que hacen los pajareros para cazar tordos y los pescadores de caña para pescar peces. Se aplican a ello con parecida pasión. Y siempre con éxito.

Lo que me llama la atención en encuentros como este de hoy con Schaer es el modo como las vivencias van adquiriendo perfil a medida que se repite su relato. Las circunstancias insignificantes se esfuman en favor de los rasgos destacados, del punto culminante de la anécdota. Los elementos dramáticos sobresalen con más fuerza. También la historia se enriquece con los dos grandes medios auxiliares del escritor: la acentuación y la eliminación.

Supongo que nueve de cada diez de los dichos geniales y de las réplicas ingeniosas que conocemos por la historia han sido inventados o al menos aguzados posteriormente, como esas frases brillantes que se nos ocurren cuando, acabada la reunión en que hemos hecho un mal papel, bajamos pensativos las escaleras. Eso acrecienta la fidelidad histórica, que no hay que confundir con la fidelidad del fotógrafo.

Kirchhorst, 30 de julio de 1945

Aunque las noticias que se filtran del Este se contradicen en muchos puntos, ninguna de ellas es buena, y uno tiene la certeza de que allí la gente está sufriendo un verdadero calvario, uno de los más terribles calvarios conocidos. En especial parece ser que las violaciones se ejecutan en público y a la vista de todo el mundo, como uno de los medios destinados a quebrantar en su núcleo la voluntad de los desarmados.

Un fugitivo me ha contado que en una oficina de Berlín fueron forzadas de la manera más brutal dos jóvenes mecanógrafas. Se informó de ello al comandante ruso y este envió un médico militar para que viese a las muchachas, que esta-

ban tendidas en el suelo. El resultado de su reconocimiento lo resumió el médico en estas palabras:

—No le den tanta importancia a eso.

Lo espantoso de este juicio estriba en que lo único que él es capaz de ver en un ultraje tan monstruoso es el detalle anatómico.

También me han hablado de un clérigo de Pomerania que perdió de esa misma manera a su esposa. Estaba velándola junto al féretro a la luz de una vela. Entró un soldado y dijo apesadumbrado:

—Oh, mujer *kaputt.*

Se llevó la vela y dejó al marido a oscuras.

Cuando uno oye estas cosas tiene que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

Kirchhorst, 31 de julio de 1945

Empiezan a brillar las manzanas entre las hojas, las ciruelas claudias están poniéndose amarillas, ábrense los primeros áster azules.

Hoy he acabado la transcripción de mi viaje al Brasil y me propongo pasar al estudio de la relación entre el lenguaje y el cuerpo.

Lenguaje y anatomía. Este asunto conduce enseguida a la antítesis entre el espíritu y la materia y al combate que libran en el campo del lenguaje. En el fondo ese combate está detrás de todas nuestras grandes controversias — da igual que se trate del nacionalismo, del realismo, del significado de la Última Cena, de la teoría de los colores o del capitán Dreyfus.

Junto a eso también la luz y la música llegan a un ajuste en el lenguaje. La gramática tiene un carácter lumínico, posee una relación con la lógica, con la simetría, y eso es algo que se hace visible arquitectónicamente en todo manual que trate la flexión de las formas. Contra eso actúa ininterrumpi-

damente una sucesión ambigua, un elemento que introduce entrelazamientos, veladuras. Palabras sometidas a la misma intervención gramatical no modifican su sentido de la misma manera. Siempre queda una dispersión de índole no calculable. En esa medida también la lógica y la historia chocan en el lenguaje; el tiempo modifica la construcción rígida. Para demostrármelo gráficamente he preparado una serie de tablas comparativas como la siguiente, por ejemplo:

weiss [blanco] *weissen*
[blanquear]
schwarz [negro] *schwärzen, anschwärzen*
[ennegrecer, denigrar]
rot [rojo] *röten, erröten*
[teñir de rojo, sonrojarse]
gelb [amarillo] *gilben, vergilben*
[teñir de amarillo, amarillecer]
blau [azul] *blauen, bläuen, verbleuen*
[azular, azulear, amoratar]
grün [verde] *grünen, ergrünen, vergrünen*
[verdear, verdecer, enverdecer]
braun [marrón] *bräunen, brünieren*
[marronear, pavonar]
grau [gris] *grauen, ergrauen*
[agrisar, grisear]

Se diría que los verbos relacionados con los adjetivos designan la actividad de teñir algo con el correspondiente color. Pero eso ocurre solo en pocos casos. En otros el significado queda limitado, y en los más hay una cristalización de una multitud de peculiaridades que se basan en la experiencia sensible y en la convención y que de ninguna manera pueden ser objeto de cálculo. ¿Cómo es que, en alemán, el trigo puede «amarillear» *[gilben],* pero no puede hacerlo la

ciruela claudia? ¿Cómo es que puede azulearse *[bläuen]* el acero, la ropa y el azúcar, pero materias enteramente semejantes solo pueden ser «coloreadas de azul» *[blaufärben]?* Cuando el pergamino «amarillece» *[vergilbt]* entra dentro del color azul, pero, en cambio, un follaje que «enverdece» *[vergrünt]* sale fuera del verde. Es posible «denigrar» *[anschwärzen]* ciertamente a cualquiera, pero no «emblanquecerlo» *[anweissen],* sino que es menester decir «blanquearlo» *[weisswaschen],* si quiere expresarse lo análogo. El extranjerismo *brünieren* [pavonar] ha podido introducirse en alemán únicamente en el terreno de la metalurgia. Nada de eso es lógico ni puede averiguarse mediante reglas; y, sin embargo, no es arbitrario.

La relación entre la regla y la excepción permite inferir la existencia, tanto en el lenguaje como en el mundo animal y vegetal, de reglas que van cambiando en el espacio y en el tiempo. «La palabra» es metagramatical, lo mismo que «el género» es metafísico. La creación y el origen muestran su poder ilimitado.

Kirchhorst, 2 de agosto de 1945

He empezado por un estudio sobre «la derecha y la izquierda». La simetría del lenguaje se diferencia de la simetría de la lógica como la simetría orgánica se diferencia de la simetría matemática.

Al mediodía hemos tenido a almorzar con nosotros a la señora Kaul, una amiga de juventud de Perpetua. Ha huido de Viena; su marido era director de una gran empresa y cayó en el frente el año pasado. Tenía el grado de teniente.

Entre otras cosas ha contado la historia de un jefe de taller, antiguo comunista, que, cuando todo el mundo empezó a huir al acercarse los rusos, decidió quedarse, pues pensaba que, por un lado, eran muy exagerados los rumores que corrían, y, por otro, que él en particular «no estaba inculpado».

Pero cuando quedaron vacías todas las casas se apoderó de aquel hombre un sentimiento de inseguridad y emprendió el camino con los suyos. Los rusos los alcanzaron inmediatamente antes de que llegasen a la frontera de la zona norteamericana. Seis rusos violaron ante los ojos de toda la familia a su pequeña hija de doce años. Por la noche la muchacha se suicidó cortándose las venas de la muñeca.

Kirchhorst, 5 de agosto de 1945

Continuado la lectura de la Biblia. Evangelio de San Mateo, 12, 32: «Y quien dijere palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará; mas quien la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero».

Este versículo es uno de mis pasajes predilectos, pues separa con mucha claridad los rangos de la fe y otorga una gran libertad al ser humano.

Para que a este le resulte comprensible la palabra —la palabra en su sustancia suprema, como Espíritu Santo—, ella ha de transformarse en carne, en lenguaje, en sonido y sonoridad terrenales. En esa condición la palabra se vuelve dogmática, y es disculpable que vacile la concepción que se tiene de ella. Pero es preciso que en la carne, en la parábola, en la traducción *vislumbremos* el texto original, el cual es inaudible, invisible, indescifrable. A él es al que tiene que estar apuntada la aguja magnética en todas nuestras correrías y viajes por el mundo físico y por el mundo moral; y quien aquí se desvía no es solo que vaya a perderse, es que ya está perdido.

También la entera literatura, incluida la atea, se halla sujeta a esa ley.

Por la tarde en el Bosque de Lohne, donde he encontrado rincones nuevos, como si hubiesen brotado allí en el entretanto; entre esos rincones nuevos estaba un grupo de charcos de carpas, abandonados y secos en medio de los árboles. En el fondo de los hoyos habían crecido cañas, mientras que en sus paredes brillaban umbelíferas, y damas de noche se enredaban con sus flores violeta y sus bayas rojas en los matorrales. Era notable el contraste entre el fondo húmedo, con sus cañas, y el seco bosque de pinos que lo rodeaba y en cuya madera martilleaba el pájaro carpintero. Luego venía un calvero con hierbas suaves y frambuesos; en su centro el embudo abierto por una bomba era como una cicatriz en la blanca arena del páramo. Ya verdeaban las cañas desde la profundidad del embudo y las ranas se agitaban en el agua del fondo.

Prodigiosamente consoladoras son esas caminatas que nos sacan de los acontecimientos y su superficie y nos llevan a la profundidad, a la espesura, con su esplendor animado, salvífico. Ahí es donde está la tierra natal, el país indestructible. Una vez más he vuelto a pensar que no vemos las imágenes por azar; están coordinadas con nuestra situación anímica.

Kirchhorst, 7 de agosto de 1945

He estado en la ciudad; era la primera vez que iba desde la ocupación. Aun no se construía, apenas se hacían reparaciones; el único esfuerzo digno de mención lo he observado en la gran cárcel de la Alte Celler Heerstrasse. Si se considera a las casas como jaulas, entonces las cárceles son, ciertamente, casas *par excellence.*

He hecho una visita a los pisos en que viví en otro tiempo, o, mejor dicho, a sus ruinas. En la Seilerstrasse, adonde me llevan mis primeros recuerdos, estaban dinamitando los escombros. Cuando en otros tiempos yo miraba allí por las estrechas ventanas, ni siquiera pensaba nadie todavía en los aviones.

Los lazos que nos unían a la Edad Media han quedado ahora cortados — no me refiero a la arquitectura, sino que estoy pensando en la cadena ininterrumpida de generaciones que han ido sucediéndose en esas casas de paredes entramadas, tejados góticos y vigas con inscripciones en letras doradas.

Desde la Calenberger Strasse eché una mirada a la Klickmühle; un inmóvil friso de ruinas orlaba el agua, que allí se extendía en forma de lago. Su superficie parecía un viejo cristal verde fundido; estaba rodeada de sagitarias y azucenas. Entre los escombros estaba sentado un pescador y sujetaba en sus manos la caña. En tales estampas siente uno la invasión de la Naturaleza salvaje y la cicatrización del dolor. También es un consuelo que aún esté en pie el *Beginenturm,* la Torre de las Beguinas. Esos edificios se elevan ahora a una potencia superior. Se convierten en reliquias.

Estaba oscureciendo. A esa hora las ruinas se vuelven más fúnebres, más desoladas. De vez en cuando brilla una lucecita en un sótano o en una buhardilla que se ha conservado como un nido de golondrinas. La corriente eléctrica está cortada casi en todas partes. Los padres han caído en el frente o se encuentran aún en Francia, en Siberia. Se nota el lento languidecer de los niños en el hambre y en las tinieblas, la lenta caída de la gota. Uno pasa luego junto a bloques de pisos y chalés que se han mantenido en pie; irradian luz en abundancia y en ellos están iluminadas al máximo también las habitaciones que no se utilizan.

Kirchhorst, 8 de agosto de 1945

El otoño está comenzando a dar a las plantas su modelado; hace brotar con mano maestra los empalmes y las redondeces. Tras una lluvia nocturna las gotas penden cual grandes perlas y espejos de plata de las hojas de la col rizada; esas hojas crujen si se las roza.

Cuando se abre paso el sol, el lagarto de color oscuro sale de su escondrijo en el Bosque de Lohne y trepa hasta su lugar predilecto, la horcadura de un pino minúsculo. Allí se ca-

lienta; tiene el cuerpo arqueado y deja caer el rabo como la cola de un vestido. De largo será como una cerillita o un broche; su color es marrón oscuro, con un brillo perlado. ¿Cómo es posible que habite tanta gracia en un cuerpo tan chico?

Kirchhorst, 10 de agosto de 1945

Lluvia persistente, durante la cual apareció el señor Koepp, que llegaba de Gotinga. Por él me he enterado de la capitulación japonesa — parece que la ha forzado el empleo de una «bomba-torre». Tomé esa bomba por un proyectil que, arrojado desde gran altura, servía para cuartear ciudades enteras.

Solo en el transcurso de la conversación ha quedado patente que yo estaba en un error, y he oído que se ha tratado de la «bomba atómica»; según el señor Koepp es una bomba que ha estallado encima de una gran ciudad japonesa y ha matado de un solo golpe a centenares de miles de seres humanos. Es un siniestro de tales dimensiones que hasta ahora solo parecía posible que fuera causado por catástrofes cósmicas — quiero decir, en un lapso de segundos. Tamerlán llevó a cabo cosas semejantes, pero tardó decenios en conseguirlo. Mas él era un príncipe, en comparación con el hombre que ha inventado ese ingenio.

Enseguida sentí un violento dolor de cabeza, que me dura todavía. Los últimos años han sido pródigos en noticias de ese género. Caen en nuestro interior como veneno en un lago. Las plantas, los peces, incluso los monstruos que viven en él comienzan a descaecer; se extinguen los colores.

Kirchhorst, 11 de agosto de 1945

Por la noche en una pequeña y vetusta ciudad. Sus callejuelas, rincones, recovecos me resultaban familiares por haber tenido yo en ellos innumerables encuentros, por haber pasado yo allí un tiempo infinito. En aquellas paredes, en aquellas habitaciones se había acumulado un humus de relaciones humanas en el cual estaba yo arraigado como una planta.

¿Qué sitio podía ser aquel? Las casas, las personas, los compañeros de taberna, la pequeña dueña de la fonda en que comíamos, todo ello era demasiado denso como para que se debiera a una mera experiencia, a una pura biografía. Tenía necesariamente que pertenecer a lo interior — y no me refiero solo al interior de mí mismo. Aquello era algo que brotaba muy por debajo de la superficie en la que está vigente el tiempo de la luz. Los seres humanos con sus caracteres, las ciudades con sus obras de arte y sus casas brotan de ese estrato como los hongos del micelio. El que nos reencontremos en todas esas cosas se debe a que nos hemos conocido hace mucho tiempo, a que hemos estado juntos en un lugar de fecundidad que nos es común a todos, más todavía, en el que somos idénticos.

Kirchhorst, 12 de agosto de 1945

Persisten las lluvias y los dolores de cabeza. Por la tarde me ha visitado el señor Schmitz. Hemos hablado de asuntos de jardinería, pero pronto hemos pasado a comentar la terrorífica noticia japonesa, que me ha sido confirmada por él. También ha podido proporcionarme algunos detalles técnicos de lo sucedido, o, por lo menos, algunas hipótesis a que él ha llegado. Parece que es posible derribar paredes mediante radiación. Es algo que sobrepasa lo conseguido por las trompetas de Jericó.

Schmitz ha dicho que, en su opinión, esa nueva arma ha cerrado la puerta a guerras futuras. Es probable, aunque hay que guardarse de sucumbir a una de esas conclusiones equivocadas que atraviesan los milenios. El miedo es un mal consejero. Las masas son impotentes y lo serán cada vez más. No hay que olvidar que los líderes modernos, sobre todo cuando han subido al poder a consecuencia de elecciones generales, exhiben una excelente conciencia moral. Solo pueden llegar al poder, en efecto, si están completamente saturados de sí mismos y de sus dos o tres lugares comunes. Eso hace que las cosas queden reducidas a sus contornos más simples. En las monarquías había al menos golpes de suerte.

Además, quienes determinan el auténtico *tempo* de los acontecimientos son otras instancias; en ellas se llega al primer rango solo cuando se tiene sobre la conciencia la muerte de millares de personas. Esa es la selección. Ahí se conoce la fuerza demoniaca que da la sangre vertida, sobre todo la sangre de los inocentes. Ahí la gente no se arredra ante los números, con tal de que se ajusten al cálculo.

Por lo que se refiere a esas bombas, la única esperanza que cabe abrigar es que se mantenga su carácter de monopolio. Ya en mi escrito sobre la paz expresé oscuros presentimientos al respecto. Climáticamente empezaba entonces a apuntar que algo así era posible. Los sueños van siempre por delante de los hechos. El modo en que se hablaba en voz baja de grandes posibilidades de aniquilación tenía en sí algo de ansiedad, algo de avidez ansiosa.

Aquí se ve, por cierto, en un ejemplo práctico, de qué habría servido el que los alemanes hubiéramos sido capaces de prolongar la guerra: nos habrían obsequiado con varios de esos artefactos, para gran satisfacción de todo el mundo.

Schmitz me ha contado lo que le ha dicho un norteamericano con que se ha encontrado en Burgwedel y que a mí no me parece mal:

—Es bueno que Hitler no conociese esa arma — *¡la habría utilizado!*

Kirchhorst, 13 de agosto de 1945

He recorrido con Alexander el Bosque de Lohne en busca de setas, pero los buenos lugares estaban ya abarrotados de otros buscadores. También eso es un indicio de hambre, de superpoblación. De ahí que me dedicase a la botánica. La contemplación pura nos sustrae a la competencia.

Moderada jornada de trabajo: he vuelto a dedicarme a traducir a Rivarol, cuya prosa se transmuta en pura comprensión, como una reacción química que no dejase tras sí ningún rastro de materias desconocidas. Eso es lo que cabe decir para elogiarlo y para marcarle sus límites.

Por desgracia han estado ocupándome, incluso mientras dormía, pensamientos relacionados con ese repulsivo invento nuevo. Son dimensiones a las que uno no se habitúa sin más. El sueño febril de Dimitri Karamázov. Existe también una consideración estadística: el potencial destructivo de las armas crece con la cifra de población. El desenfrenado aumento de esta es una de las características del descenso de la responsabilidad, de la reducción del *nomos.* Entonces también la muerte se trivializa.

Kirchhorst, 14 de agosto de 1945

Hoy hace exactamente seis años que en esta misma habitación estuvimos hablando mi hermano y yo del asunto de la «perfección de la técnica», visto en sus aspectos positivos y en sus aspectos negativos. El manuscrito al que Friedrich Georg dio el título de *La perfección de la técnica* ha tenido entretanto un destino notable. La primera edición se agotó inmediatamente: ardió completa en un bombardeo, excepto algunos ejemplares enviados a amigos. Tal vez eso fuera una solución favorable, pues en aquel tiempo se consideraba alta traición el que alguien expusiera dudas, aunque fueran modestas, sobre la técnica. Supongo, por lo demás, que no va a haber muchas variaciones en eso.

Sería una empresa útil el que alguien se dedicase a trazar un panorama histórico, tal vez en forma de colección de citas, de los deslindes y operaciones espirituales emprendidos por el hombre amigo de las Musas contra el técnico. Quien hiciera eso tendría que partir, desde luego, del ser humano *in toto,* bajo cuya jurisdicción cae también lo técnico, como todo lo demás. Entonces se divisarán faros como Leonardo y Goethe, hombres que convencen del todo porque el todo convence en ellos y por ellos.

Cuando la Figura del Trabajador esté representada, cosa de la que yo no dudo, por personajes dominantes y convincentes, estos no surgirán solo del orden de los técnicos, y acaso no surjan en absoluto de él. Justo por ello experimen-

tará la técnica su amansamiento, su ennoblecimiento, y no solo en el sentido de que quedará domesticada, sino de que se convertirá también en un asunto del hombre amigo de las Musas, tal vez en un arte mágico. Es preciso que la técnica incorpore elementos y propósitos que le son ajenos. Esos rasgos se hallan premorfados incluso en esta edad titánica suya en que ahora estamos viviendo. Pero las ganancias se encuentran donde nadie lo sospecha, se encuentran sobre todo en el dolor. En él se almacenan reservas inmensas. Son estas, y no el despliegue físico del poder, lo que forma también el capital de la misión espiritual rusa, la cual acaso podría adquirir operatividad justo en el momento en que se desplome el poder material.

A mediodía hemos festejado la llegada de mi hermano Physicus, que ha salido del cautiverio inglés en un estado lamentable. Al atardecer hemos estado hablando de su última actividad en el ejército: el cálculo, mediante artes especiales de medición, de los impactos de los cohetes en el área urbana de Londres. Luego hemos pasado a comentar el trabajo que proyecta para el invierno: la investigación de los números primos y de su propagación sobre el mundo de los números. Dado que todos sus apuntes se han perdido en los desórdenes que ha habido, lo primero que hay que hacer es una tabla de la serie de los números hasta cien mil.

Hemos hablado de los recursos mecánicos y semimecánicos para encontrar los números divisibles, para cercarlos. ¿Qué podrían aportar a esa tarea las calculadoras? A ese respecto hemos hablado de los autómatas de ajedrez y de otros robots. Su significado aumentará en la misma proporción en que aumenten los hombres banales, es decir, llegará a ser enorme. *A priori* cabe negar que esos instrumentos tengan valor para solucionar problemas, por cuanto cada problema posee un eros propio, sin el cual se degrada hasta convertirse en puro cálculo, y por cuanto ese eros se pierde necesariamente cuando aparecen las máquinas. Esto forma parte del

gran asunto de la reducción; esta trabaja también en las ciencias e intenta rebajarlas a la condición de ramas de la técnica.

Continuado trabajando en la traducción de Rivarol. Este trabajo tiene la ventaja de que es posible interrumpirlo y reemprenderlo a capricho.

Kirchhorst, 18 de agosto de 1945

Lectura: *Especulación transcendental sobre la intencionalidad aparente en el destino de la persona singular,* de Schopenhauer. En este escrito es especialmente bello el último párrafo, donde el autor habla del «carácter sumamente serio, importante, solemne y temible de la hora de la muerte». «Es una crisis en el sentido más fuerte de la palabra — un juicio final.»

Son palabras que hacen bien en un tiempo en que ya no se toma en serio la muerte. En tales pasajes pisa Schopenhauer el auténtico terreno en que está su verdadera fuerza y en el que se alza por encima de Kant, el cual continúa siendo su maestro en la crítica del conocimiento. Schopenhauer se acerca al mejor estoicismo, en el espacio absoluto, vacío de dioses, y en la comprensión de la armonía de ese espacio. En eso es heredero de antiguas intuiciones, un espíritu de pureza brahmánica. De vez en cuando he pensado: es una pena que Schopenhauer no llegara a conocer a Tolstói, le habría gustado.

Qué frutos habría producido necesariamente el influjo de una cabeza tan poderosa como la suya si la constelación teológica hubiese estado en alza. Con frecuencia tiene uno la impresión de una actividad prometeica — una chispa divina haría milagros.

Para poder formarse un juicio sobre la trayectoria de semejantes espíritus sería preciso ver también cómo la prolongan sus discípulos. En Schopenhauer se escinden con toda claridad quienes son atraídos por la *voluntad* y quienes son atraídos por la *representación* — por un lado Nietzsche, Wag-

ner y Spengler, por el otro Burckhardt y Huysmans. En todos ellos llama la atención su aislamiento creciente, que caracteriza también la vida del maestro. Terminan su vida en celdas — tanto da que sean conventos, sanatorios, ermitas de filósofos, siempre en contraste con el mundo. Frente a eso, en los hegelianos, el poderoso vuelco hacia la acción y hacia la realidad política. Aparecen ejerciendo el liderazgo en todos los campos, en casa del amigo y en casa del enemigo, como mauritanos de alto rango que son.

A última hora de la tarde en el pantano, para cribar las pruebas de musgo. Los delgados ramajes del musgo adornaban cual filigranas de plata los almohadones húmedos. Sobre las ramas entrelazadas yacían los rojos frutos; ya habían caído, pero aún conservaban la misma disposición que tenían antes.

Kirchhorst, 20 de agosto de 1945

Por la tarde en Hannover; allí, caminando entre los escombros, le he impartido a Alexander un curso de historia de la ciudad y de nuestra familia. La pobreza en medio de las hileras de ruinas ha alcanzado un grado tal que sobrepasa incluso el de las ciudades rusas que yo he visto — especialmente porque aquí es menor la capacidad de sufrimiento. Se vislumbra que en el próximo invierno serán todavía millones de personas los que carecerán de techo. Los rostros, los vestidos, el coraje de vivir están raídos, desgastados hasta la última fibra, los seres humanos se encuentran en el último peldaño que los separa de la muerte masiva.

La tesis de la culpa colectiva está compuesta de dos cuerdas paralelas. Para el vencido significa: he de hacerme solidario de mi hermano y de su culpa. Para el vencedor representa un acicate práctico para entregarse al saqueo indiscriminado. Pero si se tensa demasiado el arco puede surgir la peligrosa cuestión de si realmente mi hermano carece de razón hasta tal punto.

Estos pensamientos se me han ocurrido al leer un llamamiento dirigido al Ejército Rojo por un incendiario llamado

Ehrenburg; en él dice que no hay que respetar ni siquiera la vida del niño que está en el vientre de la madre y promete las mujeres alemanas como botín a los soldados de ese ejército.

También he leído los acuerdos de Yalta, o tal vez solo resúmenes de ellos, que dan una idea de las variaciones fundamentales que también en las naciones europeas ha experimentado el derecho de gentes, o derecho internacional público. Al revés de lo que ocurría en Clausewitz, aquí la guerra es extendida a la paz, si es que de paz puede hablarse. No hay en esos acuerdos una sola idea nueva, ni siquiera una restauración. Solo cuando se enfrenta uno a esas perspectivas calibra, en una mirada retrospectiva, la altura espiritual de aquella asamblea que fue el Congreso de Viena.

Kirchhorst, 21 de agosto de 1945

Gracias a la compañía de mi hermano Physicus las conversaciones vespertinas se prolongan hasta bien avanzada la noche y resultan reconfortantes, como la que mantuvimos ayer sobre la simetría. En ella tuve clara consciencia de la diferencia entre la consideración matemática y la consideración metafísica de tales asuntos.

Se dice que los tibetanos evitan la simetría en los edificios de sus monasterios, porque atrae a los demonios. Es algo evidente, lo es ya con respecto a las imágenes reflejadas en el espejo. Una de las tendencias de la vida es la que aspira a sustraerse a la coerción de la simetría, a medida que va creciendo la libertad; lo observamos en el árbol genealógico de los animales y en el arte. La técnica, en cambio, está orientada por su propia esencia a la producción de formaciones no solo simétricas, sino incluso congruentes, superponibles, y, si quisiera darse crédito a los tibetanos, dispondrá necesariamente verdaderas pistas de aterrizaje para los demonios. No es improbable, cuando se piensa en los éxitos que ha alcanzado. Precisamente lo no intencionado de esos éxitos es un indicio de lo dicho.

Una ligera asimetría está en correspondencia con nuestra estructura y, en consecuencia, con nuestro sentido de la belleza. El artista no puede trabajar de modo simétrico. Es algo que rige para todas las artes, incluida la arquitectura. Y también rige para la repetición temporal; no es posible repetir una obra de arte, ni siquiera su propio autor puede hacerlo. Incluso allí donde interviene la artesanía, lo propio es destruir el molde, romper la placa. Eso es lo que diferencia a la obra de arte del producto técnico, de la fotografía por ejemplo, en la que no desempeña ningún papel la cantidad de copias que se hagan.

También en el poema reina un fino sentimiento para esas cosas. La «balanza de pesar oro» que el poeta ha de tener en su oído está regulada para pesar la rima válida. A ella no le está permitido, por un lado, desviarse demasiado de la simetría, ni, por otro, acercarse tanto a ella que uno y el mismo vocablo pueda proporcionarla.

Se trata aquí de leyes que tienen su asiento muy en lo hondo de la imagen corporal-espiritual del ser humano. De ahí que apenas reparemos en ellas cuando las obedecemos en la vida cotidiana. Evitar en el espacio la simetría y en el tiempo la repetición forma parte de las reglas de juego inconscientes tanto del hombre de la Naturaleza como del hombre de la Cultura. En paisajes que se señalan por un refinamiento especial, como la Toscana, puede verse que entran en una taberna seis, siete parroquianos, hombres sencillos, y que uno tras otro pronuncian el mismo saludo; la repetición forma una figura musical bien afinada. Son matices que no cabe inventar; mediante ellos se afirma constantemente la libertad y se excluye la servidumbre. Son leyes fundamentales.

Kirchhorst, 22 de agosto de 1945

Noche insomne. Capitulación incondicional: es un resultado necesario del esfuerzo total y de su acentuada tendencia a la aniquilación.

Clausewitz dice ciertamente que el objetivo de la guerra absoluta es imponer por la fuerza la propia voluntad al ad-

versario, pero la guerra «real» limita ese objetivo. Clausewitz presupone que el adversario posee todavía una voluntad y un gobierno para representarlo, es decir, que el adversario aún existe. De lo contrario el enfrentamiento sería con una masa anárquica, con un peso sin una palanca para moverlo.

Frases como la de Napoleón: «La Casa de Brunswick ha dejado de existir», sobrepasan ya a lo dicho. Pero Napoleón no habría dicho aún: *el país* de Brunswick. La exigencia de la capitulación incondicional anuncia el propósito de someter el enemigo al derecho que rige las cosas; quedan en suspenso los derechos del hombre y el derecho de gentes, incluida la inviolabilidad de los prisioneros — se deja constancia de un hecho físico, zoológico o técnico. El vencido puede ser exterminado y expulsado, como está ocurriendo en nuestras provincias orientales, puede ser aniquilado y esclavizado económicamente, como se prevé en ciertos planes trazados en Nueva York. La cuenca del Ruhr se convertirá en un patatal y sobre él irán tirando de sus arados de mano unos *fellahs,* bajo la vigilancia de extranjeros.

Aún no se ha alcanzado en todas partes la lógica de la Antigüedad. En Jerusalén no hubo capitulación incondicional, no hubo capitulación en absoluto. Tras la caída de la ciudad la resistencia continuó en las fortalezas de los montes. Entre nosotros la resistencia se ha adaptado al modo de ser del adversario; parece que en Prusia oriental el *Volkssturm* se ha sacrificado a menudo hasta el último hombre, mientras que en el Oeste raras veces ha hecho uso de sus armas de fuego. A ello se añade el enorme número de suicidios, que no aparece en ninguna estadística.

En una mirada retrospectiva surge la cuestión de si en alguna fase de la guerra habría sido posible detener o al menos reducir la catástrofe. Esa cuestión fue uno de los grandes asuntos tratados en el hotel Raphaël y en el Georges V y condujo también al 20 de julio de 1944, que más bien empeoró la situación. Estábamos sentados en un tren cuya marcha iba acelerándose de manera vertiginosa, y a cada mes que

pasaba resultaba más inútil, más suicida saltar de él. Es preciso dar, pues, una respuesta negativa a la mencionada cuestión.

Uno de los malos presagios era el sentimiento de encontrarse moralmente en el lado más débil, de tener que suscribir unos crímenes cuyos rumores iban filtrándose de un modo cada vez más intenso, cada vez más sofocante. En esto y en el análisis estratégico de la situación tropezó Hitler con resistencia, con una resistencia que ciertamente no logró imponerse, pero que evitó muchas cosas. Ese era uno de los motivos por los que Hitler tenía por retrógrado al Estado Mayor y por sospechosos a los más de los generales. Desde su punto de vista, el del jugador que dice *va banque*, tenía razón al pensar así. En esa discrepancia había más cosas, y cosas más hondas, que la paralizante percepción de actos de violencia amplios y absurdos: había el sentimiento de la divergencia con respecto a la corriente mundial. Sin duda ese sentimiento era mucho menos marcado en el generalato ruso, o bien ellos habían criado ya en Rusia un tipo de general fiable en todos los aspectos, tipo que entre nosotros estaba empezando a manifestarse de manera aislada. De ello pude y debí hacerme una idea cuando estuve en el frente del Este.

La tendencia mundial posee desde hace tiempo una dirección hacia la izquierda, que, como una corriente del Golfo, viene determinando las simpatías desde hace varias generaciones. Desde hace más de ciento cincuenta años la izquierda subordina a sí a la derecha, y no a la inversa. El hecho de que aquí en nuestro país la izquierda fracasase desde el comienzo forma parte del destino alemán.[9] El desenlace de las guerras de Liberación, así como los años 1830, 1848 y 1918 proporcionan indicaciones sobre un espectáculo cuya reiteración está fundada en el carácter nacional y que tiene sus orígenes más atrás, antes de la época burguesa. La Reforma protestante, claramente batida en Francia, claramente triunfante en Inglaterra, quedó, como tantas otras cosas, indecisa entre nosotros. Esa es probablemente una de las ventajas de nuestra

situación en el centro de Europa, como lo es también la guerra en varios frentes. En este sentido tiene razón Rivière, observador sagaz, cuando en su libro sobre los alemanes nos califica de pueblo no de «o lo uno o lo otro», sino de «tanto lo uno como lo otro».

Realizada por la democracia, la solución de la Gran Alemania habría gozado de la simpatía mundial. Fracasó no solo por la incapacidad de Federico Guillermo IV, sino también por la incapacidad de los hombres reunidos en Frankfurt en la iglesia de San Pablo. Allí se encuentran ya todos los elementos teóricos, doctrinarios, ideológicos que han sobrevivido hasta hoy y que son una provocación a la reacción, como ocurrió también después de 1918. La política está impregnada del descontento de los espíritus que no han llegado al poder y que conservan ese descontento también cuando ha sonado su hora. Las teorías comienzan a proliferar a costa de la acción.

Otros pueblos producen en tales situaciones individuos fuertes, que cogen las riendas con la mano izquierda, hombres como Mirabeau, Gambetta, Clemenceau, Trotski, o como se llamen, y que en vano busca uno entre nosotros. Ellos indican a los generales qué es lo que tienen que hacer. Y estos lo hacen tanto más a gusto si oyen decir que el hombre nuevo no permite bromas y que no considera la historia nacional precisamente como una colección de absurdidades. Los generales son como los caballos: peligrosos únicamente para quienes no son jinetes. En este sentido puede decirse que entre nosotros nunca ha estado la izquierda en la silla de montar.

De la reacción burguesa forma parte el fascismo, al menos en sus comienzos. Los burgueses ven que su clase social ha sido exterminada en un gran Imperio y que en su propio país aparecen fuerzas que aprueban ese exterminio y aspiran a él. Prevén la suerte que les está reservada. Y también se dan cuenta de que los medios del Estado de derecho —el gobierno, la representación popular, la policía— no bastan para

asegurar su protección. Los propios burgueses, por su lado, comienzan a abandonar el terreno del derecho y pronto pasan de desempeñar el papel de provocados a desempeñar el papel de provocadores. Al mismo tiempo van perdiendo la simpatía mundial. Sus crímenes son juzgados con más severidad, conmocionan a la opinión mundial mucho más que los de los otros. Ejemplos: Ferrer, Mateotti. El terror blanco no es menor que el terror rojo, tampoco él puede ser aprobado. Pero sobre él pesa un *odium* más intenso, y eso es, dicho objetivamente, un indicio de que está en contradicción con la tendencia mundial y sus simpatías. Napoleón dijo en una ocasión algo parecido: «Yo mando incendiar una aldea y todo el mundo se indigna. Los ingleses devastan un país entero y nadie habla de ello». Así se explica también que quienes juzgan y condenan los horrores cometidos por nosotros no se escandalicen de estar sentados a la misma mesa que carniceros notorios, asesinos de hombres y de pueblos.

Volviendo al hotel Raphaël: no creo que en ningún otro ejército se haya pronunciado nunca, al menos por las élites espirituales, un juicio más desfavorable sobre la propia situación jurídica; la gente estaba, también en el interior de sí misma, en una guerra de dos frentes. Siempre ha habido situaciones en que los mandos de los ejércitos han tenido discrepancias políticas con el gobierno; y en la mayoría de los casos, para su mal. Ejemplos: Wallenstein, Pichegru, Luckner, Yorck, Tujachevski. Dejando de lado el dilema moral, en nuestro caso se agregaba todavía otra cosa, algo que solo podía ser producido por la guerra civil mundial: la consciencia de no estar en la corriente de la revolución mundial. Eso agrandaba el esfuerzo personal, hacía menos firme el elemento moral, más desesperada la atmósfera.

Esta es la otra cara de la capitulación incondicional: la comprensión de que se ha vuelto imposible un entendimiento en el sentido de Clausewitz. También desde dentro se han puesto problemáticas las cosas; es preciso ir familiarizándose con las consecuencias.

Kirchhorst, 24 de agosto de 1945

Ordenación de manuscritos y cartas. Compruebo los huecos que hay y que provienen sobre todo de que, en crisis de nerviosismo, quemé papeles. Tales holocaustos no podían, desde luego, añadir nada a mi seguridad, pero sí producían una cierta tranquilidad. Resulta extraño que también el malvado pueda, cuando es fuerte, generar en nosotros una mala conciencia — eso indica que desempeña un papel representativo. Yo he recibido visitas de judíos que casi se disculpaban de haber nacido.

Es cierto que mis conocidos han tenido dificultades por mi causa, pero también ha ocurrido al revés; ha sido un intercambio de disgustos. El haber tratado a Niekisch, a Mühsam, a Otto Strasser, a Hofacker, a Schulenburg, a Heinrich von Stülpnagel y a otros ha arrojado sobre mí una luz desfavorable.

A Mühsam lo conocí en casa de Ernst Niekisch, al que yo visitaba a menudo. Creo que en aquella velada estaba presente también Toller. Se conocían de los tiempos de la *Räterepublik*, la República de los sóviets, de Múnich, con la cual se permitió la izquierda una absurdidad semejante a la que más tarde se permitió la derecha con la intentona de Kapp. Hubo una conversación muy animada y Mühsam me acompañó hasta mi casa. Era un bohemio de la casta de Peter Hille, un anarquista ajeno al mundo, embarullado, de una bondad pueril; no hacía falta tener mucho conocimiento de los hombres para ver esas cosas a primera vista. Mühsam había tenido la desgracia de entrar en contacto con la práctica política, cosa para la cual era completamente inepto, y era considerado un literato peligroso; su nombre se mencionaba cuando se hablaba de los asesinatos de rehenes en Múnich. Precisamente de eso se puso a hablar en la estación de metro de Gleisdreieck, donde estábamos aguardando el tren. Me hablaba con fiereza, casi gritando, su abrigo flotaba al viento, de manera que los transeúntes se volvían a mirar aquella aparición extraña, que hacía pensar en un pájaro grande y

torpón. Intercambiamos algunas cartas, lo hicimos hasta poco antes de que lo detuvieran; pronto se filtraron rumores terribles acerca de la suerte que había corrido.

Precisamente esas cartas fueron lo que la policía acudió a buscar a mi casa. En tal ocasión aprendí a conocer la técnica de esos visitantes, que siempre llegan en pareja. Fue a última hora de la tarde, yo estaba solo en mi piso de Steglitz y leía *Venus y Tannhäuser,* de Beardsley. Sonó el timbre, en la puerta había dos policías. Entraron y no me hicieron caso cuando les pregunté por su acreditación. Querían saber si yo tenía armas, también abrieron enseguida la mesilla de noche en el dormitorio. Uno comenzó luego a meter la mano en el asiento de una butaca, como si estuviera metiéndola en un bolsillo, y se clavó una aguja. El otro examinó primero la papelera y luego los libros.

—¿Ha escrito usted esto?

Al decirlo señalaba con el dedo mi libro *El trabajador.* Aquel título parecía resultarle sospechoso.

Por fin abordaron el objeto de su visita, las cartas de Mühsam, que eran tan inocuas como él mismo. Les di mi carpeta de cartas, letras H-M. Comenzaron a hojearla, enseguida tropezaron con algunos nombres que entonces se cotizaban mucho e interrumpieron su tarea.

Más tarde le hablé de esa visita a Diels, que había organizado por entonces la policía del Estado y recordaba el caso. Se había tratado de una denuncia hecha por una persona que vivía en el mismo bloque de viviendas que yo y de una investigación rutinaria llevada a cabo por la comisaría del barrio, la cual apenas podía hacer frente a la avalancha de denuncias que recibía. Diels dijo que tras las grandes mutaciones políticas las denuncias proliferan como las malas hierbas después de una tormenta; no creo que nadie quede libre de ellas.

Tanto objetiva como subjetivamente tienen esas vivencias algo de instructivo y si merece la pena hablar de ellas es en

realidad solo por eso. Vistas objetivamente, no son desfavorables. Cuando ingresamos en un campo de fuerzas nuevo, en un sistema nuevo, somos necesariamente afectados, *tocados,* como lo fui yo hace poco en el granero por el revólver del norteamericano. Puede compararse eso a un pago aduanero o a una vacunación a la que uno se somete cuando cruza una frontera, cuando inmigra en un país. Son también indicaciones, advertencias. Si no ocurriera absolutamente nada, tal vez se apoderaría de nosotros una seguridad engañosa. Yo me inclinaba a ver en los recién llegados una especie de relleno que servía para tapar un agujero. La vacunación nos hace menos propensos a enfermar, nos adapta al clima. Para mí el incidente tuvo de bueno esto, que se me volviera antipático Steglitz y que considerase a Berlín como un terreno desfavorable. Me movió a abandonar una casa que ya estaba marcada y a mudarme a Goslar. Todavía el año pasado estuve meditando sobre ello al encontrarme ante las ruinas no solo de aquella casa, sino del barrio entero. Hay algo extraño, misterioso, en torno a nuestros movimientos a través de este mundo.

Fue una vacunación saludable y, en realidad, más bien un *acte de présence* de la nueva autoridad. También era un peligro el tomar demasiado poco en serio aquel asunto. Por Marcu, que todavía residía en Berlín, me enteré de que en el cercano barrio de Dahlem se realizaban visitas completamente diferentes. Entonces podía telefonearse aún a la brigada volante de la policía, la cual también aparecía, pero se retiraba cuando comprobaba que se trataba de un asunto político. En esos casos es probable que la alarma preventiva hubiese sonado ya mucho antes.

Por lo que se refiere a mi comportamiento personal, también en aquella ocasión volví a tener la experiencia de una partición de mis fuerzas interiores, asunto que ya me había ocupado a menudo. Uno está leyendo, suena el timbre, abre la puerta y se topa con dos hombres armados. Antes de captar la situación, la consciencia recibe ya el anuncio de que es

preciso estar alerta. ¿De dónde llega ese anuncio? Una parte de nuestras capacidades de observación sale entonces afuera, contempla el incidente desde el exterior, acaso desde el techo de la habitación. A partir de ese momento vemos la escena con una gran nitidez y, al mismo tiempo, como algo extraño, como un relato, como la narración de un sueño.

Al recordar tales situaciones paréceme que esa atmósfera es favorable para la seguridad. Si el peligro que nos amenaza viene de seres humanos, entonces podría pensarse que esa atmósfera se les contagia, y, como no tiene en sí nada de provocativa, tampoco incita a las provocaciones. Pero creo haber observado algo semejante en las amenazas mecánicas, por ejemplo en los tiroteos. La impresión descrita por Goethe con ocasión del cañoneo de Valmy forma parte de esa misma experiencia. Nos volvemos a la vez más ausentes y más presentes. Entonces actuamos, nos movemos con más tino que si nos reconcentrásemos mucho. Cabe pensar, pues, que, cuando nos movemos de un lado para otro en medio del fuego, lo hacemos de manera «correcta», acertada, y que de ese modo evitamos los daños. Lo que llamamos «buena suerte» o «mala suerte» no es algo que carezca de presupuestos, de ley. Todo el mundo conoce ejemplos. El estar «ausente», como distraído, es favorable; el miedo, por el contrario, atrae las cosas desagradables.

En fin, entonces fue cuando realicé mi primera quema de escritos, o, dicho más exactamente, lo que hice fue arrojar grandes masas de papeles a los cubos de basura que se hallaban en el patio. Entre aquellos papeles había diarios desde 1919, poesías, cartas. Lo hice sin pesar; los acontecimientos tenían un algo que incitaba a las realizaciones. Era preciso soltar lastre. Hasta resultaba agradable.

El patio estaba a oscuras; era la hora de la anochecida. Las ventanas se encontraban ya iluminadas; arriba del todo, la del doctor Von Leers, lingüista de talento y antisemita furibundo, cuyos folletos se vendían entonces por las calles.[10] Tampoco aquello me lo imaginaba agradable. Debajo

de él vivía un miembro del Partido Nacional Alemán, cuya profesión he olvidado; era evidente que aquel hombre no se sentía cómodo con los acontecimientos. Por cierto que había sido él quien me había denunciado. Probablemente había sentido una necesidad súbita, irresistible, de hacer un acto de lealtad. En quien primero se piensa entonces es en el vecino que vive en el piso de abajo.

Mientras yo apretujaba los papeles en los cubos de basura y los cubría de ceniza, llegó el portero; era un socialdemócrata y me manifestó su simpatía, lo hizo con su amabilidad más bien que con palabras. Ya entonces corrían por la ciudad rumores siniestros. Los periódicos traían aún noticias que propiamente eran ya tabú, pero sin comentarios. Uno leía, por ejemplo, que en un bosquecillo se habían descubierto unos cadáveres, pero faltaba toda conjetura sobre los autores. Ningún fiscal hacía averiguaciones. Entre aquellos cadáveres se encontraba el de un conocido vidente — fue un rasgo simbólico.

Hay en nuestra vida interpolaciones oníricas, casi siempre secundarias, que recordamos mejor, con más claridad, que otros lapsos de tiempo en que ocurrieron muchas cosas. Así me ocurre a mí con aquel patio desnudo, rodeado de pisos de pequeños burgueses, en el que enterré papeles en los cubos de la basura. En todas partes se quemaban entonces papeles. Se acerca una tormenta, las hormigas corren de acá para allá.

Kirchhorst, 25 de agosto de 1945

He seguido confeccionando listas auxiliares. En alemán el prefijo *ver,* que indica las intervenciones mágicas, las modificaciones lentas y casi siempre invisibles, ya para bien, ya para mal, es un prefijo dotado de una fuerza entrelazadora. Al prefijo *er,* que es conservador y apunta a lo positivo, se le ha antepuesto aquí la *v,* que es un sonido cambiante, oscilante, mutante. Imaginemos esos dos prefijos, *ver* y *er,* delante de los verbos siguientes:

arbeiten [trabajar]

bohren [taladrar]
giessen [derramar]
graben [cavar]
greifen [aferrar]
handeln [actuar]
hören [oír]
hungern [pasar hambre]
kaufen [comprar]
klingen [sonar]
langen [llegar]
leben [vivir]
losen [sortear]
mieten [alquilar]
mitteln [mediar]
setzen [poner]
steigen [subir]
wachsen [crecer]
weisen [señalar]
wirken [efectuar]
ziehen [tirar]

La comparación muestra, por un lado, la fuerza unitiva, relacionadora, del primero de esos prefijos, pero también la fuerza menguadora del otro. Pero el daño que este último produce en los verbos no es absoluto. Para indicar ese daño aparece el prefijo nihilista *zer.*

El punto crucial está en que el ser humano es *a la vez* la más real de las realidades y la más abstracta de las abstracciones. Son las dos hojas de la tijera con que se lo mantiene a raya, dentro de sus límites.

Los periódicos traen la noticia de que Pétain ha sido condenado a muerte. De Gaulle ha conmutado esa sentencia por la de cadena perpetua.

Cuando Pétain firmó en 1940 el armisticio hizo lo que todo su pueblo deseaba de corazón, lo que tenía por lo único acertado. Al hombre de Verdún no debió de resultarle fácil aquello. Yo he visto las columnas de prisioneros que iban arrastrándose por el polvo de las carreteras bajo el calor de julio y que gritaban su nombre como el de un salvador.[11]

Si en su lugar hubiera estado un Gambetta, hoy Francia estaría en ruinas, igual que Alemania. Tampoco de París habría quedado apenas piedra sobre piedra. La continuación de la guerra habría llevado a la ocupación de toda Francia y del norte de África, y probablemente a la entrada de España en el conflicto. Habla en favor del buen instinto de un pueblo que aún tenía mucho que perder el que renunciase a esa especie de aureola que asciende de los mundos de escombros.

En ello hubo además algo que era un síntoma. El rápido cese de la resistencia mostró que había llegado el final del Estado nacional de viejo estilo. El hecho de que la guerra haya tenido, sin embargo, un buen desenlace para Francia es algo que se basa en circunstancias externas, sobre todo en que Francia estuviera aliada a imperios que, muy a regañadientes, la dejaron participar en la victoria. La debilidad constitucional perdura y producirá más síntomas si no se la trata en su esencia.

Alemania ha perdido la guerra por ese mismo motivo, con mayores gastos y sin alianzas fuertes. De igual manera que, en cuanto monarquía, Alemania perdió la Primera Guerra Mundial junto a Rusia y Austria, así, en cuanto Estado nacional avanzado, ha perdido la segunda junto con Francia y con Italia. El hecho de que la pérdida sea transversal a los frentes corrobora su necesidad. La tentativa de volver a enlazar con el Estado nacional, de mantener la soberanía en él, es algo que está destinado de antemano al fracaso. Ya no tiene futuro la política nacional que no se mueva dentro del plan ma-

yor, tal vez incluso dentro del plan mundial. Esas cosas son progresos, pese a todo.

Kirchhorst, 26 de agosto de 1945

Este año está resultando extremadamente húmedo — un año de setas tal como lo describen los libros. Casi siempre me despierto hacia las ocho y mientras fuera cae la lluvia leo un capítulo de la Biblia, para luego dar vueltas y más vueltas a una máxima de Rivarol, hasta que Perpetua trae el desayuno.

Rivarol es uno de los espíritus en cuyos frutos se saborea la situación propia de Occidente. Su madurez precoz comporta que sea ahora cuando se ha vuelto traducible al alemán. Esto rige para su lenguaje en general no menos que para su retórica y para el enlace de los pensamientos. Desde los tiempos de Rivarol la lengua alemana ha ido fluidificándose, y ese proceso dura todavía. Pueden extraerse del crisol las frases, cual si fueran vidrio, para ver la ligereza con que la masa gotea.

En una traducción de este autor quedarán hoy menos huecos, menos burbujas que en otro tiempo. También entre nosotros, los alemanes, han ido llenándose entretanto de experiencias significativas los conceptos políticos. Han sido sincronizados. Esa es una de las razones por las que, tras esta segunda guerra, más horrorosa, probablemente nos resultará más fácil que después de la primera volver a ser «buenos amigos» de los franceses.

Kirchhorst, 27 de agosto de 1945

En el jardín. Las noches van siendo cada vez más frescas, de manera que por la mañana la col común tiene un manto plateado y en las vallas se extienden las telarañas cual velos de perlas. Las mariposas despliegan más lenta y gustosamente sus alas a la luz del día. He visto a la *Vanessa urticae*, la «abigarrada de la ortiga», cuyo nombre popular alemán es «zorrito», extender sus alas de color rojo ladrillo, impregnadas de fuego. Me han hecho soñar con un país cuyos colores

estuviesen afinados en una clave más aguda y cuyas casas refulgiesen con ese mismo fuego en prados de un verde como el de los cárabos dorados. Nuestro mundo de nieblas y su melancolía refractan los colores, solo los bordes de estos emergen en el mundo de los sentidos.

Por la tarde en el pantano de Oldhorst, a buscar setas. En estos años de hambre es preciso, para recoger un buen botín, emplear más tiempo, hacer largas caminatas y visitar lugares alejados. Esto significa que es preciso aumentar el rendimiento del trabajo. O bien tiene uno que especializarse en especies desconocidas, raras y fáciles de confundir — esta es la vía más elegante. Esto mismo rige para todo aquello en que hay que competir: es preciso o tensar los músculos o tensar el espíritu. El límite está en la acrobacia. O bien aumenta demasiado el esfuerzo, o bien aumenta demasiado el riesgo, que es lo que aquí sucede con las setas venenosas.

Kirchhorst, 28 de agosto de 1945

Sin cartas todavía. Había perdido a mi madre y la buscaba en una estación. En el mundo de los sueños las estaciones significan siempre un peligro, son símbolos de laberintos terrenales, de pérdidas terrenales, de desasosiego terrenal, de encuentros frustrados y de esperas interminables en el tiempo. Son lugares de grandes desposeimientos.

Aún vuelan las golondrinas cuando brilla el sol; pero ya van reuniéndose. Los pequeños áster azules han florecido del todo. Ateridas moscas de las flores absorben en ellos por la mañana los primeros rayos solares. Cuando doy mi primer paseo encuentro en los caminos dos, tres peras amarillas, caídas durante la noche. El sol avanza, cual una aguja de oro, por el gran reloj que son las flores y los frutos.

Continuado la traducción de Rivarol. El traducir se asemeja al cocinar: en general las mujeres son más aptas para ello. Mas para los grandes festines y los platos refinados se traen cocineros.

Kirchhorst, 29 de agosto de 1945

Por encargo de unos amigos suizos ha venido a visitarme François de Diesbach, diplomático de Berna. Estos visitantes acuden hoy no tanto para informarse de cómo nos va cuanto para averiguar si todavía seguimos con vida. Es como en los campos de batalla.

Kirchhorst, 30 de agosto de 1945

Consultando las obras de Vico con motivo de mi trabajo sobre la relación entre el lenguaje y el cuerpo he vuelto a tropezar con este bello pasaje:

«Las repúblicas aristocráticas se resuelven muy difícilmente a emprender guerras, para no hacer que la masa de los plebeyos se aficione a ellas».

Esto rige también para las monarquías desde los tiempos de Agamenón. Las guerras producen en todo caso mudanzas. Después de la de los Siete Años Federico el Grande licenció a todos los oficiales de procedencia burguesa, excepto en los cuerpos de cazadores (emboscados) y de artillería (técnicos). A este respecto podría citarse también la frase de Federico Guillermo III cuando ante él desfiló la *Landwehr,* la «defensa territorial»: «Eso que pasa ahí abajo es la revolución». Los prusianos fueron los últimos en enterarse de esas cosas. De ahí que en torno a ellos se condensase la aversión de las potencias de nuestro tiempo.

Vico es uno de los pocos autores de la Edad Moderna a los que puede calificarse sin restricciones, igual que a Hamann, de «autores», es decir: de espíritus originales. Es un juicio que se refiere a la profundidad, no a la extensión. El hecho de que Goethe nombrara juntos a Vico y a Hamann es una prueba de la genialidad de su mirada.

La antítesis entre Vico y Descartes corresponde a la que se da entre Hamann y Kant, entre Goethe y Newton. La fuerza de los espíritus se basa en la revelación, no en el conocimiento, en el lenguaje, no en la lógica; su antepasado común es Heráclito.

Por la tarde ha venido Axel von dem Bussche-Streithorst, un comandante joven que fue herido de gravedad en la guerra. Ha traído consigo una copia de mi tratado sobre la paz. Tengo la impresión de que este es, de todos mis escritos, el que con mayor rapidez se ha difundido; lo ha hecho en pocas semanas, como un alud, y ello sin que ninguna imprenta lo imprimiera, ninguna librería lo vendiese, ningún periódico lo comentase. Todo eso ha salido de algunas copias que regalé. Una de las peculiaridades de nuestra situación es que hemos sido llevados a un estado pretécnico. Nada puede ser más instructivo. Cuando nos quitan las prótesis nos vemos obligados a hacer uso de los miembros. De los exponentes volvemos al número base, a la raíz; de las rotaciones, al eje.

Mientras estábamos charlando en el jardín llegó Alexander con una carta de Friedrich Georg, la primera que recibo de él desde que se produjo la ocupación. La alegría ha sido tanto mayor cuanto que esa carta me ha tranquilizado a la vez sobre la suerte corrida por una serie de amigos, entre ellos Hans Speidel. Yo estuve, sin embargo, muy preocupado por él cuando oí que había sido llevado, junto con Canaris y otros prisioneros, en dirección desconocida. Axel von dem Bussche ha dicho también que Hielscher, que asimismo fue encarcelado al final de la guerra, está en Marburgo. Un día lleno de buenas noticias.

Kirchhorst, 1 de septiembre de 1945

Ordenando la correspondencia he llegado a la letra N. También faltan las cartas de Niekisch. Ellas me acarrearon una visita de la policía.

Ernst Niekisch es una de las excepciones de personas que muestran coraje en la guerra civil. Antes de los acontecimientos no habría yo pensado que ese coraje fuera tan extraordinariamente raro. La literatura, incluidos los relatos de los contemporáneos, proporciona nociones imprecisas. Todo eso se atiene demasiado al modelo de Plutarco. Cuando el coloso yace en el suelo bandadas de moscas empiezan a re-

volotear en torno a su cadáver; todo el mundo llega y se jacta de lo mucho que ha contribuido a su caída.

Es un rasgo humano; cada cual prefiere imaginarse a sí mismo en un papel favorable. Ello tiene además un valor en la política práctica. El vencido, todo el mundo lo sabe, lleva la peste en el cuerpo. Justo por ello hemos vivido el silencio terrible que se produce cuando el vencedor de la guerra civil ha alcanzado, entre las aclamaciones de las masas, el poder sin límites y lo único que aguarda es que se mueva una protesta. Yo he visto lo muy solo que está un hombre como Niekisch, un hombre que no capitula. A su alrededor se hace un silencio de muerte.

El coraje en la guerra civil es un asunto de los grandes; habré de volver sobre él en el momento oportuno. En comparación con ese coraje resulta normal el coraje en la guerra entre pueblos. Se diría que, a fin de cuentas, la muerte es una y la misma tanto en un caso como en otro. Pero no es eso lo que ocurre. Al menos en la imaginación parece mucho más terrible finar en la guerra civil. De ahí que el ejército se convierta en el refugio, en el sitio de mayor seguridad. Me acuerdo ahora de una noche durante nuestro avance en Francia en 1940; ante nosotros oíamos los cañones en el Chemin des Dames y veíamos brillar los fogonazos. ¿Cómo pudo ser que en aquel momento yo no estuviese ocupado con el peligro que allí se perfilaba, sino con el artículo de un periodistilla que me «ponía en la picota» en su revista? Aquello me pareció tan absurdo, mientras íbamos marchando por la blanca carretera a través de la noche, que me llamé varias veces al orden — los pensamientos, sin embargo, retornaban una y otra vez a aquel punto doloroso. Se ha comprobado que esta primacía de la política interior se ha mantenido hasta en los horrores de la batalla de cerco.

Los visitantes, dos funcionarios de la policía del Estado, llegaron cuando yo estaba de permiso aquí en esta misma casa, después de la campaña de Francia. Me encontraba en una situación favorable, de uniforme, tras una guerra relám-

pago ganada, y no estaba sujeto a la jurisdicción de aquellos hombres. Habría podido rechazar el interrogatorio, pero pensé que era mejor someterme a él. Por entonces hacía ya mucho tiempo que Niekisch se hallaba en presidio; tal vez cabría hacer algo por él. También otros conocidos míos estaban en peligro.

Esta vez era evidente que no se trataba de un asunto individual, sino de un asunto general, de un movimiento, guiado por los ficheros, contra el «Frente Negro». Esta expresión era una noción colectiva que abarcaba a personas y grupos que poco o nada tenían en común entre sí, excepto el hecho de no pertenecer a ningún partido y tener fama de ser «impenetrables». Los zoólogos conocen clasificaciones parecidas. La policía tiene necesidad de ellas, como un guardabosque mayor tiene necesidad de sus cotos, donde organiza cacerías por turno. Estaba dándose entonces una de esas batidas y sospecho que era muy grande la extensión a cubrir. La esperanza de que los grandes éxitos militares trajesen un relajamiento interno se reveló ilusoria. Más bien fue entonces cuando cayeron las últimas barreras. Justo en aquellos días se tomaron decisiones funestas.

Tal como yo había aguardado, los dos hombres mencionaron enseguida a Niekisch; querían saber qué era lo que yo tenía que decir de él y de nuestras relaciones. En esas parejas de policías hay siempre uno que es hombre de inteligencia y otro que es hombre de puños. Me dirigí al inteligente y le expliqué que Niekisch era en primer lugar un espíritu nacional y, en segundo lugar, un espíritu social, y que lo que se le reprochaba se basaba propiamente en un malentendido, en una diferencia en el modo de expresarse. Dije también que sus simpatías por los rusos se debían a móviles nacionales, no a móviles bolcheviques; a fin de cuentas teníamos con los rusos en aquel momento un pacto de no agresión y precisamente un hombre como Niekisch podía ser importante ahí.

El inteligente me escuchó con atención; de vez en cuando hacía una seña al otro y este tomaba notas. Cuando acabé de

hablar se produjo un silencio. Luego el inteligente dijo:

—Pero en sus cartas al señor Niekisch suele usted expresarse de un modo completamente distinto.

Mientras decía estas palabras metió la mano en el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta y sacó un abultado fajo. Bien podían estar allí todas las cartas que yo había escrito a Niekisch desde que este se dio a conocer en Sajonia como jefe de los Viejos Socialistas. Su nombre se asociaba entonces al de Winnig y se decía que en la izquierda estaban empezando a aflorar cabezas de estadistas.

El policía, por cierto, no había dicho sus palabras con ironía. Tampoco las dijo como una acusación. Las pronunció con un tono objetivo, tal vez había en ellas un dejo de pesar, imposible de definir. Para estar en una pequeña oficina de una ciudad provinciana aquel hombre era evidentemente una buena cabeza. Si fuera lícito juzgar por él el conjunto del personal de la policía del Estado, en esta tenía que haberse consolidado desde luego un poder temible.

¿Cómo fue que me quedé desconcertado al oír aquellas palabras y ver mis cartas? ¿Era el desconcierto de un hombre al que se le indica que, en medio del juego, ha sacado de su manga una carta falsa? Todo interrogatorio es también un juego, una especie de dominó. Yo había empezado mal, había esbozado una pintura en la que yo mismo no había creído. A ello se agregaba la parálisis de alguien que se ve en una situación complicada, difícil de describir, frente a otro que sabe exactamente lo que quiere y que tal vez es de menos alcances, pero justo por ello está también más seguro. Cuando la gente mira retrospectivamente esos encuentros suele simplificarlos casi siempre como si fueran pinturas en blanco y negro. Pero son mucho más notables.

Más tarde me enteré, creo que por el doctor Drexel, qué era lo que había ocurrido con mis cartas. A menudo había pedido a mis corresponsales que tuviesen cuidado con ellas. Cuando la situación empezó a ser delicada llevaron las cartas a un escondite; era tan perfecto que ellos mismos apenas se

creían capaces de volver a encontrarlo. De ahí que trazaran un plano del lugar, y ese plano cayó en manos de la policía. La meticulosidad alemana. Por desgracia había también allí listas de afiliados y cosas parecidas. Yo sabía poco de aquello, tampoco me gustaban las conspiraciones. No se construyen nidos de golondrina en los volcanes ni se botan barquitos en el Niágara. Ningún policía podría reprocharme nada en ese aspecto. Ideas sospechosas, conocidos sospechosos: eso sí, y en las más diversas direcciones. Muchos fueron los que en aquella pesca quedaron atrapados en la red, según me enteré más tarde por no pocos calvarios sufridos.

A aquellos dos hombres les debía todavía una respuesta, aunque eran pocas las cosas que había que disimular. Era patente, además, que no veían en mí un objeto de mucho valor. Eso se nota enseguida. Dije, por tanto:

—Son historias viejas. Entretanto han ocurrido muchas cosas. Cuando uno vuelve a casa de la guerra y ha cumplido con su deber, aguarda visitas diferentes de esta — ustedes comprenderán lo que yo siento.

Estas palabras parecieron impresionarlos. No insistieron más en lo de mis cartas, lo que me satisfizo mucho, y sin duda tenían también cosas que hacer en otro sitio. Recogieron sus cosas, se despidieron y partieron en su pequeño automóvil. Por lo que oí más tarde, se detuvieron todavía en casa del alcalde para enterarse de mi comportamiento en la aldea. Junté las cartas y los libros de Niekisch y una serie de otros papeles y encendí una hoguera en el jardín. Esta vez se encontraban entre aquellos papeles algunos cuya pérdida lamento más que la de las poesías expresionistas; por ejemplo, un diario de 1933, que empezaba con los grandes fuegos artificiales en el campo de aviación de Tempelhof. Lo había comenzado con el propósito de retener algunos rasgos fugaces de los acontecimientos, rasgos que se pierden pronto, y con esa intención había hecho visitas a una serie de lugares y de personas. Fue una verdadera pérdida.

Kirchhorst, 2 de septiembre de 1945

Por la tarde he ido «de setas» con el maestro de la escuela, no tanto para recoger setas cuanto para aumentar mis conocimientos. A la vez hemos mantenido una agradable charla sobre la vegetación de los pantanos y sobre los lugares en que se encuentra; hemos hablado así del ácoro o cálamo, del *Ledum,* del romero, de la drosera o rocío de sol, de la mirica perfumada, que aquí crece formando extensos matorrales.

En el dique del pantano vi desaparecer una serpiente en el cañaveral; cuando la perseguimos se enrolló al pie de un abedul y silbó a un palito que le presenté. Era una víbora de color marrón aterciopelado y de una agilidad tan mágica que ante la impresión espiritual de su deslizarse desaparecía completamente la impresión corporal. La visión de semejante alhaja viva encierra en sí una fuerte agresión a la consciencia.

El maestro quería ejecutar al animalito; conseguí arrancarle su vida. En estas discusiones es preciso aducir razones económicas; en este caso fue que la víbora cazaba ratones.

Kirchhorst, 3 de septiembre de 1945

En los bosques y pantanos situados entre Oldhorst, Wettmar y Engensen había una soledad magnífica, encandecida por los rayos solares. El bosque es un gran símbolo de la muerte. En tales paseos se despiertan siempre recuerdos antiguos, temas de la iconografía celta: expectación, curiosidad, fervor religioso, tristeza, tal vez añoranza del hogar. No es ya el viento que atraviesa las copas de los árboles. Todos los gritos de los pájaros adquieren un tono de saber, de complicidad, de presagio.

He pensado en *Hans im Glück,* «Juanito Fortuna», al que veo como tipo de hombre que no ha negociado con sus talentos.[12] A medida que van transcurriendo nuestros años deberíamos, por el contrario, poner en circulación el regalo que hemos recibido, acrisolarlo, condensarlo hasta convertirlo en oro puro. Este oro tendríamos que llevarlo luego con nosotros para el último cambio de moneda — como peaje para

entrar por aquella puerta detrás de la cual se halla el fontanar de los valores.

A la vuelta me he encontrado sobre la mesa de escribir un largo cuestionario de la Oficina del Trabajo, que debo rellenar con los datos de mi casa. «Las declaraciones falsas serán perseguidas por los tribunales del gobierno militar.» Esos tribunales tienen ahora un nuevo dueño. Yo sabía muy bien que esas cosas se conservarían; resulta demasiado cómodo el instrumento. Los gobiernos van relevándose como los anillos de una tenia; su cabeza, su carácter inteligible, permanece. Cada gobierno añade una serie de celdas nuevas a la cárcel. El arte de gobernar va consistiendo cada vez más en producir en todas esas cosas la ilusión de la libertad; por ello es la propaganda, junto a la policía, el medio principal que se utiliza. El antecesor fue siempre el diablo; el futuro será brillante.

Kirchhorst, 5 de septiembre de 1945

Hechos de los Apóstoles, 23, 5. Acusado ante el Sanedrín, san Pablo provoca hábilmente una escisión entre los fariseos y los saduceos. Es el comportamiento de quien sabe caminar tanto a derecha como a izquierda: de quien conoce las realidades políticas. Compárese con esto la respuesta dada por el Maestro a propósito de los dineros del César: el Maestro elimina la duda pronunciando un veredicto. Es el comportamiento de quien viene de lo alto y camina a través de los hechos. Pero el Fundador no puede prescindir de los sacerdotes, como el Espíritu no puede prescindir de la mano.

El sueño de san Pedro con los animales es significativo porque resulta antinatural. Es un sueño que está en completa contradicción con la simplicidad y claridad de carácter que los relatos atribuyen a ese apóstol. Lo único que resulta apropiado es la escenificación, por cuanto corresponde bien a la imaginería de un pescador. Al leer este pasaje pienso en esos manteles sobre los cuales se ven desparramados moluscos y otros animales marinos delante de los figones de las ciudades portuarias.

Ese sueño tiene un significado poderoso no solo para la historia de las religiones, sino para toda persona singular. Si queremos acercarnos al ser humano que nos repugna es menester que eso vaya precedido de una superación interior. Tenemos que tragarnos lo repugnante, digerirlo dentro de nosotros. Si alguien como Pedro, educado con el máximo rigor en las leyes de la limpieza, se sobrepone hasta el extremo de comer escorpiones, eso es un milagro — no es un avance, no es una evolución, no es un acto de ilustración, sino que es un modelo de mutación, un salto por encima de abismos y precipicios enormes. El europeo de hoy se encuentra en la misma situación: lo que en otro tiempo era la escisión por el abismo de la Ley, eso es ahora la vieja separación histórica y el terrible desvío provocado por el odio.

Kirchhorst, 6 de septiembre de 1945

De igual manera que, según Heráclito, la armonía invisible es más importante que la visible, así el acto de violencia cometido a escondidas es más horrible que el cometido abiertamente.

Los girasoles, vasijas negras y doradas de las que gotea el néctar puro. Una corona de llamas rodea el oscuro disco; en él vagan ebrias las abejas, mientras cae lentamente un polvo de oro. Su olor cálido, regio, trastorna los sentidos, cual si estos se diluyesen en los elementos. El azul luminoso del zenit otoñal forma parte de eso como tercer color, como manto que lo cubre.

En el correo, que poco a poco va aumentando, entre otras cartas, una de Carlo Schmid, que ahora es ministro de cultos de Württemberg-Sur. «Un pan amargo», según escribe. Por cada una de estas cartas se entera uno de los nombres de otros supervivientes, y así esta contiene el nombre de Göpel — es como si estuviera formándose una sociedad nueva después de un terremoto o de una peste.

Continuado la lectura de las *Historiettes,* de Tallemant de Réaux. Macabro hubo de ser el humor de un consejero del Tribunal de Cuentas que ordenó en su testamento que en su entierro participaran frailes mendicantes; estos portarían unos cirios que él mismo había comprado con esa finalidad. Así ocurrió, y durante la oración fúnebre aquellos cirios estallaron, escupiendo petardos y buscapiés, que con gran estruendo comenzaron a correr de un lado para otro de la iglesia, de modo que la gente creyó que el demonio se había llevado el alma de aquel buen hombre. El cual fue sin duda un antepasado de esos tipos nihilistas que más tarde se han vuelto bastante frecuentes. En *El idiota,* de Dostoievski, se encuentra un modelo en el personaje del estudiante Hipólito.

Tallemant describe, en cambio, un carácter puramente satánico en la persona de un cierto caballero D'Andrieux. Este se jactaba de haber matado en duelo a setenta y dos adversarios. A veces prometía la vida a quienes ya estaban caídos en tierra, con tal que renegasen de Dios, y luego los mataba. Lo hacía, como él mismo decía, por disfrutar del placer de asesinar el alma y el cuerpo de un solo golpe.

Este D'Andrieux, tras la conquista de un castillo, persiguió a una muchacha joven para violarla. Cuando le hubo cortado toda salida, la muchacha se arrojó al patio desde una torre. D'Andrieux bajó y sació sus deseos en el cadáver. Tallemant señala con ingenuidad que aquel hombre era también un pillo y que, por ello, un buen día fue colgado.

Kirchhorst, 9 de septiembre de 1945

Durante la noche con los Compañeros de la Turbera Hueca. Había entre ellos antiguos «nerotios». Schmitz y yo íbamos en bicicleta a aquel lugar y teníamos que apearnos en los matorrales. Antiguos estudiantes de la Escuela Técnica Superior de Hannover y de la Universidad de Gotinga, que entretanto habían pilotado aviones, submarinos y otros vehículos armados, celebraban su reunión en un vagón de ferrocarril que habían llevado hasta un sitio inaccesible. Los espíritus técnicos están empezando a cambiar; su pensa-

miento está haciéndose más ágil, más seguro y siempre más peligroso. Allí, en la noche del pantano, se entregaban a unas actividades que hacían pensar en los primeros «bacantes»; estos fueron los antecesores de los antiguos *Wandervögel.* Bebíamos aguardiente de remolacha y entonábamos canciones de un libro salido de la Imprenta de los Lansquenetes, de Wittingen. Ello provocaba una gran agitación por todas partes en el pantano.

Lectura: *Escenas de la vida de la parroquia de Kirchhorst,* una carpeta de apuntes perteneciente al distrito eclesiástico de Burgwedel. Me la ha dejado el superintendente.

En el año de 1625 sube la cuenta del vino de comunión «porque hay muchos enfermos en las casas y hay asimismo muchos caballeros, tanto enfermos como sanos». Estos «caballeros» formaban parte de las tropas de Weimar que habían invadido la región.

Al año siguiente se hace mención de los Imperiales, que saquearon la iglesia y la casa parroquial. En 1641 la cuenta de la «grasa para las campanas» asciende al doble de lo habitual, «es decir, dieciocho peniques»: «Porque hubo que tañer las campanas para muchos difuntos» — a consecuencia de las incursiones de los suecos, que acampaban en las cercanías de Wolfenbüttel y de Sarstedt; a esas correrías se les daba el nombre de «la caza sueca». Ese mismo año volvió a ser saqueada la casa parroquial y fue robada la última estufa de cerámica.

Pero parece que esta zona se recuperó pronto de tales calamidades, pues en 1651 se bendijo la nueva casa parroquial y el banquete fue preparado por cocineros franceses. La inscripción de la puerta decía así: *Pestis, bella, fames absint, pax vivida vivat. Ao. Dn. 1651.* Tampoco esa casa sigue en pie.

La Revolución francesa provocó una modesta marejada en la aldea; los campesinos se negaron a dar alojamiento y comida a los perros y caballos del señor local, que era una de las contribuciones que tenían que pagar cuando aquel se

presentaba a cazar. Pronto se los hizo entrar en razón, hubieron de pedir perdón de rodillas y prometer que se corregirían; tal promesa se la hicieron al señor Von Cramm, cuya familia sigue ejerciendo todavía hoy el derecho de patronato.

A finales del siglo XVIII la esposa de Spangenberg, catedrático en Gotinga, visitó aquí a su hermano Thomas Ludwig Wehr, uno de los amigos de Hölty y cofundador del Hainbund. Sobre esa visita escribió la citada señora lo siguiente: «Me ha dejado asombrada la cultura de los campesinos de este lugar. Tienen conocimientos que yo no habría aguardado en ellos y que, sin embargo, no menoscaban la simplicidad de sus costumbres». De aquellos mismos años proceden también las hermosas lápidas sepulcrales cuya vista me ha alegrado a menudo.

Así van las cosas, unas veces bien y otras mal. También este rincón perdido es una muestra de que, al lado de su periodicidad grande, la cultura posee una periodicidad pequeña. Basta que haya un poco de bonanza y brille un poco el sol para que broten en las laderas las flores y los frutos. Los gérmenes están siempre ahí. Cuando el clima se vuelve riguroso es preciso depositar la esperanza en esos pequeños rincones soleados y en esas breves horas de luz. Es algo que requiere virtudes de lagarto.

Kirchhorst, 12 de septiembre de 1945

Rosenkranz ha venido a buscarme para dar un paseo botánico hasta la charca de Lohne. Mientras caminábamos hemos estado charlando de drogas y fármacos. Resulta notable el giro que está dándose de los preparados vegetales a los preparados animales; se habla de plantas medicinales, pero no de animales medicinales. Tengo la impresión de que el mencionado giro corresponde a la diferencia entre el abono vegetal y el abono animal. En la Naturaleza basta el humus para que las cosas crezcan, pero en la Cultura es preciso que se añada el principio animal, más activo, con el fin de compensar el aumento de consumo. Así el habitante de las grandes ciudades depende de medicamentos extraídos de las

glándulas venenosas de las serpientes o de los despojos de los mataderos. Las enfermedades tienen un apetito cada vez mayor. El propio ser humano acaba convirtiéndose en un medicamento.

Para las preparaciones de foliculina se utiliza como materia prima la orina de mujeres embarazadas, que se recolecta en las maternidades. La recogen las enfermeras, cuyo celo se estimula con grandes cajas de bombones. Estamos acercándonos en este punto al antiguo filtro amoroso; por lo pronto tiene efectos cosméticos, pues los mencionados preparados están destinados a levantar los pechos y eliminar las arrugas, pero, además de ello, se elogia mucho su efecto sobre el desarrollo de los instintos femeninos. El ser humano es el más poderoso de los medicamentos.

Esto me ha hecho pensar en Dietz, el viejo cirujano militar, que nos ha dejado unas memorias excelentes, verdadera mina de datos. En ellas describe un campo de batalla en el que yacían muertos seis mil turcos. Sus colegas cristianos se dedicaron a recoger sus testículos, «con los cuales se hace la más preciosa de las *mumias*». La *mumia* era un afrodisiaco. Entonces no se sabía nada de las hormonas, una de las palabras de moda de nuestro tiempo. En los combates contra los infieles estaba permitido recoger los testículos, como también lo estaba el disparar balas de fuego. La guerra entre ateos trae consigo medidas similares, más abstractas.

El interés que provocan hoy los desechos humanos, y no solo los desechos, es algo que requiere atención, o, mejor dicho, vigilancia. Nunca se sabe dónde acaban las cosas que comienzan con experimentos en ratas, ratones y ranas. Las donaciones de sangre presuponen extracciones de sangre; ¿son siempre voluntarias? Yo he oído hablar de prisiones donde a los condenados se les extraía la sangre antes de ejecutarlos. El suero contra el tifus exantemático se obtuvo claramente de víctimas humanas, de víctimas no voluntarias. De pronto nos hallamos inmersos en el viejo mundo fetichista, enormemente retrasados con respecto a Hipócrates y a su

máxima del *nil nocere* [no causar daño a nada]; hay industrias que quieren penetrar en aquel mundo. También la química orgánica desarrolla, como cada una de nuestras ciencias, su lado nocturno, y tal vez sea ella una de las más peligrosas.

Están apuntando, a menudo incluso sin disimulo, etapas previas del canibalismo inteligente, transiciones hacia él. Toda visión puramente económica de las cosas se mueve necesariamente en esa dirección. Es el triunfo de la explotación. Puede llegarse de manera completamente repentina no a una descomposición rápida, como temía Burckhardt, sino a una cristalización demoniaca, si se produce un descenso vertiginoso de la temperatura.

En cuanto técnico, en cuanto ser que vive en la abstracción espiritual, el ser humano es el enemigo y explotador del hombre de la Naturaleza y del hombre de la Cultura. Al hombre le es necesario, por tanto, protegerse de sí mismo, y ello de una manera que no fue posible prever ni en los tiempos de las leyes sobre el *habeas corpus* ni en los de la proclamación de los derechos humanos. El trabajador tiene que marcar claramente el territorio de su libertad.

En sus diarios dice Léon Bloy que el 20 de abril de 1906 fue una jornada de alegría. Ese día le trajo la noticia de que Curie, «el inventor diabólico del radio», había perdido la vida en un accidente de circulación. Pasajes similares se encuentran a menudo en Bloy; la impresión que se tiene es: o este hombre estaba chalado, o era clarividente, pero, en todo caso, extraordinario.

Kirchhorst, 13 de septiembre de 1945

El genio de san Pablo alcanza su cumbre en el capítulo decimotercero de la Primera Epístola a los Corintios, y la alcanza simplificándose al máximo. San Pablo es a menudo de lectura difícil, en aquellos pasajes donde los rayos de su espíritu están dispersos; pero en el mencionado capítulo se vuelve enteramente fácil y cálido. En él se ha conservado al-

go del «hablar en lenguas» —poco antes san Pablo se ha ufanado de su maestría en ese modo de hablar— y a ello se debe el que ese capítulo posea en todos los idiomas una profundidad especial, una eufonía propia.

En el versículo 12, sumamente importante, se interpenetran la concepción platónica y la concepción cristiana. La traducción alemana de Lutero: *Wir sehen jetzt durch einen Spiegel in einem dunklen Wort* [vemos ahora por un espejo en una palabra oscura], no acierta a reproducir la topografía que se esconde en el ablativo griego original: ἐν αἰνίγματι, y, en latín: *in aenigmate.*

Ahora vemos en un espejo una imagen enigmática. El espejo es nuestro medio; es nuestra intuición sensible, en cuya superficie proyecta sus sombras el Ser. Y, como en todos los espejos, también en este falta la dimensión de la profundidad; proporciona únicamente un reflejo de la realidad. No es posible conquistar la realidad entrando en el espejo; es preciso salir de él.

Ha llegado la primera carta de mi madre y me ha quitado de encima una de las principales preocupaciones que me agobiaban. Todo lo que mi madre cuenta es más o menos novelesco. Hemos participado en una de esas catástrofes que nos eran conocidas únicamente por las crónicas. Revienta la ola de la Vida y millones de personas son arrastrados por ella, flotando en el cristal. A ello se agrega que la devastación ha irrumpido en espacios en que estaba sumamente desarrollada la consciencia. Tal vez las inclinaciones arqueológicas, los ambientes pompeyanos, fueran ya estudios previos, atisbos de eso.

Kirchhorst, 14 de septiembre de 1945

He acabado de leer el volumen sexto y último de las *Historiettes.* El juicio de Sainte-Beuve sobre Tallemant de Réaux es atinado: lo califica de anecdotista nato, de igual modo que de La Fontaine dice que es un fabulista nato. Habría sido una lástima que Tallemant hubiera dado densidad a su material,

tal como proyectaba, para hacer una historia de la Regencia. El encanto de su obra reside precisamente en lo que tiene de efímero, de cotidiano, en lo suelto del tejido; en ella se ve cómo va formándose la historia, cómo va cuajando. Los apuntes genealógicos que ofrece se asemejan a semillas; estas echan tallos en rasgos de carácter y absurdidades, flores en anécdotas, chistes, *concetti* y *capriccios,* y frutos en bancales con varias subdivisiones. Estamos en el siglo XVII, a igual distancia de la Edad Media y del Estado nacional. La libertad posee todavía un buen contrapeso.

Hoy sería imposible una obra como las *Historiettes,* sobre todo tras la aniquilación de la nobleza rural y la uniformación de los artesanos. Las fuerzas generadoras de anécdotas son grandes excepciones. Pues siempre es preciso, en efecto, que siga vivo algo mítico, como en el Viejo Fritz, en el Pequeño Cabo. Ahí se transparentan arquetipos, imágenes primordiales. La grandeza no reside en el número. Cuando Karl Kraus dijo: «No se me ocurre nada con respecto a Hitler», se refería a eso mismo. Las cosas que sobre él se oían rayaban más bien en lo absurdo, en lo grotesco, en lo fantasmagórico, se salían del marco histórico. En nuestro tiempo el relato está empezando a cambiar, como puede observarse cuando se reúnen hombres que han vivido muchas cosas. Va perdiendo su naturaleza caracterológica y adoptando rasgos de movimiento. En lugar de los personajes aparecen situaciones. El destino adopta la forma de curvas, de pruebas y tareas exactas. Cada cual puede ser llevado a ellas y triunfar o fracasar por su culpa, como se insinúa ya en las anécdotas de Kleist. En las historias de Poe, que más bien son informes matemáticos, se hace enteramente visible eso.

El asunto de los relatos de Poe es la dominación del mundo dinámico, que solo puede lograrse desde algo inmóvil, desde un centro. De ahí que en la narración haya una búsqueda secreta del punto central y eso es algo que está en correspondencia con la tendencia geográfica hacia los polos. En los polos es donde alcanza su culminación el peligro,

donde queda vencido por el hombre de coraje, como ocurre en *Una bajada al Maelström,* de Poe, y en *Tifón,* de Conrad.

En esa búsqueda del punto central reside también lo que en nuestra literatura y en nuestra situación en general hay de problemático, de experimental. Supongamos que se encontrara el punto central desde el cual es posible guiar, dirigir la Tierra — un punto central hacia el que está yendo cada vez más claramente nuestra voluntad en sus formas de política espiritual y en sus manifestaciones técnicas. Eso no dejaría de ser una solución superficial, una solución técnica, si al mismo tiempo no se abriera una profundidad nueva. «Nueva» quiere decir aquí: redescubrimiento del fundamento duradero, estable, que hay en lo temporal. Solo así llegaría a su conclusión la edad de los descubrimientos, la edad del progreso y de los talleres del progreso. El ser humano se habría construido una casa nueva.

Los polos no son solo puntos de una superficie, sino que son a la vez puntos de un eje que tiene un arriba y un abajo. La unidad del mundo como pura ordenación superficial abre unas perspectivas horrorosas. Una y otra vez vuelve a comprobarse que es preciso que acontezca algo en el ser humano para contrapesar el gigantesco incremento de poder, una especie de explosión interior, la cual, de todos modos, no depende de su voluntad. Y, sin embargo, hay indicios que apuntan en esa dirección, sobre todo el que consiste en que echemos de menos lo que falta, en que lo sintamos. Eso forma parte de la herencia del cristianismo, el cual posee una fuerza que sigue operando, como una vacuna cuyas huellas son indelebles.

Para una mentalidad puramente antigua los problemas serían más simples, pero las soluciones nos retrotraerían a un estadio superado hace ya mucho tiempo. Se alcanzaría más bien la perfección: pues en lo esencial esta se basa en el asentimiento, en la satisfacción. Es un presagio favorable, empero, el hecho de que a nosotros no nos basten nuestros caracteres, nuestros edificios, nuestras obras de arte. Si en al-

gún punto sintiésemos como perfectas nuestras realizaciones actuales, eso implicaría el peligro de su acabamiento prematuro, no legitimado. Enseguida se volverían muy bellas luego esas realizaciones, se alzarían cual glaciares magníficos.

Por la tarde cavado en el jardín; los frutos tempranos están evacuando ya el bancal. Luego, con la bicicleta, a los bosques solitarios que rodean a Oldhorst. Los viejos enebros sobre todo incitan a soñar. Allí están los cazaderos de Hermann Löns. Hoy se habría alegrado ciertamente de ver el herrerillo capuchino, que en una espesura de pinos mondaba ramas con una gracia enorme. A ese animalito se le da también el nombre de herrerillo real, por su copete en forma de corona. En su peinado de plumas erizadas hay algo de la encantadora impertinencia de los débiles.

En los prados de la aldea las ordeñadoras llamaban a sus vacas: *Muttchen* [madrecita] — esa palabra remeda el mugido, pero también está llena de significado, pues la vaca encarna, en efecto, el reino de las madres y su gobierno pacífico, en contraste con el caballo, animal paterno. A la vaca le convienen los sonidos oscuros, los utensilios de madera, las vajillas de barro; al corcel, en cambio, el relincho claro, sanguíneo, la trompeta, el tintineo de las herraduras, armas y corazas.

Kirchhorst, 15 de septiembre de 1945

En el gran combate entre los propugnadores de la palabra y los propugnadores del conocimiento Rivarol es, comparado con Vico, con Herder, con Hamann, nada más que un manco; hay en él una mitad volteriana. Tropiezo con ella en mi traducción — es lo que me ha ocurrido hoy con el pasaje en que habla de la Asamblea Nacional. ¿He de traducir, por ejemplo, *les conséquences de ses principes* por *die Früchte ihrer Saat* [los frutos de su siembra]? En toda traducción hay un riesgo, pero el trabajo merece la pena solo si se asume ese riesgo. Es preciso añadir fantasía, mas solo como una especia. Esa es la

frontera en que ya no basta la inteligencia. Ha de agregarse la intuición.

Es menester tener en cuenta, cuando se traduce, que cada obra posee su texto original secreto. Reside en lo inefable, en la idea, en la intención, que se dibujan en el lenguaje como en un espejo. Cuando se logra llegar, caminando hacia atrás, hasta esa zona son posibles ciertos casos en los que la traducción supera a su modelo.

El cartero ha traído el primer paquete, un regalo de Ursula Lampe, que ha enriquecido mi biblioteca con los comentarios de Lichtenberg a los grabados de Hogarth. También ha llegado una carta del doctor Hörstel con observaciones acerca de mi escrito sobre la paz.

Sin duda son importantes las reflexiones acerca de si la unificación de Europa puede parecerle deseable a una de las grandes potencias vencedoras; pero esas reflexiones son secundarias, pues dependen de las coyunturas. Para Alemania la unificación de Europa es una cuestión vital; también lo es para Francia y para los Estados pequeños. ¿De qué otro modo podría llegarse a una solución de la cuestión polaca, o a que dejase de ser una cuestión? O Europa se une, o perecerá.

Kirchhorst, 16 de septiembre de 1945

Dos son los métodos que hay para dispersar la concentración de los espíritus en torno al punto cero. Cabe limitarse a participar las reglas racionales de la navegación que conduce fuera de la zona de los hielos, o bien cabe dar a esos espíritus una imagen de la abundancia que reina en las latitudes meridionales. En este último caso es preciso exhibir frutos. Entre ellos está el poema. La palabra trae muestras de Nuevos Mundos, perfumes y semillas de islas desconocidas. En este sentido el poema posee una mitad profética, que está en correspondencia con su mitad etimológica. No solo tiene fuerza histórica, también tiene fuerza creadora. De ahí que uno de los indicios de la catástrofe sea la extinción de los poetas.

La procreación es recuerdo de la gran fundación y la fuerza de procrear es un feudo de que estamos investidos aquí abajo: es símbolo temporal del poder de crear y sacerdocio de ese poder. Esos ornamentos que son los sexos son los ornamentos de tal sacerdocio.

Lo que la Tierra, el Universo, es para el Creador, eso es la mujer para el procreador. La unión es re-unión, recuerdo de un ser anterior a los orígenes. El origen instaura las grandes separaciones. La Luz y el Sol determinan el ritmo masculino; la Tierra y la Luna, el femenino. En cada procreación se interpenetran fuerzas solares y fuerzas telúricas y conocen la unidad que subyace al Universo. En todos aquellos sitios en que hay un encuentro entre los sexos se hace visible eso: la mujer, al divisar al varón, baja los ojos hacia la Tierra, mientras que el varón los levanta. Son formas de adoración.

Lo que aumenta en la embriaguez es la circulación, no el capital. El efecto que causa es la elevación del exponente, pero no la de la raíz. De ahí que pueda decirse: la embriaguez multiplica, pero carece de la capacidad, superior, de sumar, capacidad que añade cosas nuevas, cosas diferentes, y que sí es poseída por el eros.

Otra vez tiempo caluroso. Cada mañana sigo los progresos de las habichuelas, que he plantado demasiado tarde. Pero los frutos que más nos gustan son precisamente los que hemos arrebatado al clima, los guisantes que hemos osado plantar en febrero, las alubias que colocamos entre las filas de las fresas tras haber cosechado estas.

A Johann Timotheus Hermes, autor del *Viaje de Sofía desde Memel hasta Sajonia,* muerto en Breslavia el año de 1821 siendo catedrático de teología, se lo tiene por un imitador poco significativo de Richardson. Quisiera levantarle un pequeño monumento, aunque solo conozco de él, o porque solo conozco de él, un canto de iglesia, que comienza así:

Ich hab von ferne,
Herr, Deinen Thron erblickt
Und hätte gerne
Mein Herz vorausgeschickt,
Und hätte gern mein müdes Leben,
Schöpfer der Geister, Dir hingegeben.

[Desde lejos, Señor,
he divisado tu trono,
y me hubiera gustado
enviar por delante mi corazón,
y me hubiera gustado entregarte a ti,
creador de los espíritus, mi cansada vida.]

En las cinco estrofas de que consta el poema se desarrolla una auténtica visión, cosa insólita para los comienzos del siglo XIX; esa visión fue tenida probablemente con ocasión de una enfermedad mortal que a punto estuvo de separar el espíritu del cuerpo. El lenguaje tiene un eco de Eleusis que no puede ser procurado por la pura invención.

Lo peor que puede pasarnos es que nos coloquemos a nosotros mismos en una situación injusta cuando tratamos con bellacos. Entonces son ellos los que nos sermonean y no hay juez más implacable que aquel que, en primer lugar, tiene razón, y, en segundo lugar, es un bellaco. Shylock da una pálida idea de eso.

El *non plus ultra* en este sentido es un tribunal compuesto de asesinos y puritanos. Los cuchillos de los matarifes adquieren entonces unos mangos morales.

Una buena observación de Feuerbach, el viejo especialista en derecho penal, es la de que «un asesinato inspirado puramente por el provecho personal no por ello se comete puramente para sacar provecho. ¿Por qué el ladrón asesino comienza a menudo provocando con pequeñas ofensas a la víc-

tima que ha elegido, hasta obligarla a enfadarse y pelear? Porque busca en su propia cólera un auxiliar entusiasta».

Ese precisamente es el favor que no debe hacerse a los asesinos. Qué júbilo tan grande estalla cuando comete una falta el adversario de un partido resuelto a atacar en la guerra civil — y en esas situaciones todo se convierte en falta. Ese es el peligro de los atentados; con ellos se le hace un favor al adversario. A menudo es este mismo el que los provoca.

Toda gran matanza va precedida de una literatura que se ocupa en infamar al adversario. Primero se le despoja de su honor; luego, de su existencia.

El personaje de Rasumijin en *Crimen y castigo,* de Dostoievski. Esa es la madera de que están hechos los bolcheviques. El citado personaje está emparentado con el positivista que hace de figura principal en *Padres e hijos,* de Turguéniev. Fáltale a ese tipo todo acceso a la espiritualidad superior y resulta difícil comprender en qué estriba su superioridad. Pero tiene un corazón grande y como amigo es completamente de fiar. Cabe así esperar que llegará a madurar.

Dostoievski ilumina a Rasumijin con los rayos de su simpatía, aunque conoce sus limitaciones. Eso es señal de un marco amplio, capaz de proporcionar espacio de juego a los personajes.

Kirchhorst, 19 de septiembre de 1945

Sobre los medicamentos. Solo en apariencia se contrarrestan los remedios contrarios; lo que de verdad hacen es enmascarar el dolor. Así se contrarrestan en una balanza el peso y el contrapeso — no producen, es cierto, ninguna desviación del fiel, pero sí un peso doble, hasta que los brazos de la balanza acaban rompiéndose.

En todo círculo de conocidos está representado hoy el tipo del hombre sobrecargado, que aumenta con estimulantes el rendimiento de su trabajo y fuerza con narcóticos el sueño.

El desgaste permanece invisible. La circulación crece a costa del capital, de la reserva básica, que es agotada por aquella. Luego llega el colapso repentino. Nos preguntamos cómo ha podido afectar a alguien al que todavía el día anterior veíamos tan animado, tan lleno de vida. Se ha roto el eje, el brazo de la balanza.

¿Ha de combatirse en el niño la nobleza de ánimo porque se divisa en ella un peligro para su seguridad futura?

Esa ceguera parcial a la que suele calificarse de nuestra capacidad de visión.

Si no hubiese el caso normal, ¿sería raro algo?

Kirchhorst, 20 de septiembre de 1945

Las madres que maquinan la muerte de uno de sus hijos para ver así al otro dueño de un poder mayor: algo que viene de antiguo y que permite sacar conclusiones sobre las primeras hijas, sobre un estrecho parentesco con la primera madre. ¡Quién sabe si no estaba Eva en connivencia con Caín! En los primeros tiempos el amor se dirige al más audaz, al fuerte, de igual modo que la Tierra es ciertamente democrática en sus partos, pero aristocrática en el reparto de sus dones.

Parisatis, la madre de Artajerjes II, pertenecía a ese tipo; en las dinastías persas puede estudiarse excelentemente, en general, el piso bajo de la historia humana. Ese piso perdura en ellas mucho tiempo y fue Heródoto quien lo hizo entrar en la historia, como fue él quien hizo que pasasen al estado de vigilia no pocos sueños.

En aquellos sitios donde la madre terrenal representa a la Madre Tierra todo varón se convierte, por cierto, en hijo, y todo asesinato, en fratricidio, tanto si es el hijo quien asesina al padre como si es el amante quien asesina al marido. En esas profundidades se produce una simplificación terrible.

Parisatis estaba casada con su hermano, Darío II. La importancia de esa mujer cabe adivinarla por el hecho de que incluso después de la victoria de Artajerjes fuese capaz de vengar a su hijo preferido. Junto a Clitemnestra, junto a Medea, Parisatis es una de las Furias. Lo único que se ha conservado de la imagen de estas ha sido el reverso, la cara espantosa; pero estaban dotadas de una poderosa fuerza mágica y poseían en plenitud los medios de su sexo.

Cualquier resistencia es inútil cuando la madre exige derramamiento de sangre, cuando empuja a sus hijos a las barricadas en las discordias entre hermanos o los lanza a la batalla en las guerras. En esas ocasiones la madre puede adquirir el excelso esplendor de las Furias, acompañando a sus hijos y guiándolos desnuda, tal como se la ve representada en los arcos de triunfo.

Para dar la señal del asesinato de Clearco y sus oficiales se iza en la tienda de campaña del sátrapa Tisafernes un estandarte de color rojo púrpura. Diríase que esa bandera se inflama ascendiendo desde las oscuridades del mito; es una señal que se repite una y otra vez en la historia, y a menudo sin que los seres humanos conozcan su significado. Con esa bandera está emparentada la alfombra roja que es extendida por Clitemnestra y que pisa Agamenón cuando, al volver al hogar, entra en su palacio de Micenas. Ya está preparado el baño, tejida la red, afilado el puñal con que se comete el asesinato en nombre del Plutón subterráneo.

«Generalmente» es sinónimo de «casi generalmente». Cuando se dice que algo es «generalmente creído» la expresión incluye ya algunas excepciones. La imprecisión del lenguaje se pone especialmente de manifiesto en las graduaciones. «Lo sé» — «lo sé con seguridad» — «lo sé con toda seguridad»: desde el punto de vista de la lógica tales graduaciones son superfinas, pero nosotros, como seres pasionales que somos, no podemos prescindir de ellas.

Kirchhorst, 21 de septiembre de 1945

El Circo Belli ha plantado su carpa en las desoladas afueras de Hannover; he ido con los niños. Para ellos, que han despertado a la vida en tiempo de guerra, ha sido la revelación de un mundo nuevo; y participar en él, un placer muy grande.

Su entusiasmo me ha hecho ver claro que lo que una empresa como ese circo procura con su irrupción en el mundo de las ruinas es mucho más que un mero entretenimiento. Nuevos signos de animales y de dioses ízanse cuando se izan sus banderas.

Cuando uno viene de la jurisdicción de Marte entra aquí en un aura diferente, en un medio más fino y más ligero. Mercurio y Neptuno cobran poder; son Sagitario y Libra, signos del fuego y del aire. A menudo las estampas del circo me hacen pensar en estampas militares, pero las primeras están afinadas en otra clave. La diferencia está en la fuerza de la gravedad, considerada por el soldado como un medio para la victoria, mientras que lo que el acróbata, el titiritero quiere es triunfar de ella. El «ala» es, en el sentido militar del término, una masa que entra en combate para triturar al enemigo, mientras que el problema que en el circo se plantea es más bien cómo elevarse sin alas en el espacio.

Eso es algo que afecta a todos los detalles. En la carpa de un circo la música no es música de marcha; no está destinada a provocar una tensión, sino una atmósfera de alegre expectación. Los caballos han sido adiestrados más bien para la danza que para la guerra; no van montados por hombres armados, sino que parecen moverse en connivencia con hermosas mujeres que, sobre ellos, flotan en el aire. A lo cual se añade algo refinado, carente de objetivo: el equilibrismo. Los tiradores son virtuosos en su arte; no pretenden dar al adversario, sino casi rozar con sus balas el cuerpo de su pareja, que a menudo es una mujer, y dibujar su contorno. No se trata de dar o de recibir la muerte, como ocurre en los ejércitos; lo mismo que la gravedad, también la muerte es algo sobre lo que el ser humano salta, algo de lo que triunfa con

gracia. Ese es el sentido que tienen los leones domados, los volatineros y trapecistas, y asimismo las locas carcajadas que alternan con el horror petrificado. Todas esas cosas aportan un alivio enorme.

Mercurial es el efecto causado por las lentejuelas, por los juegos de prestidigitación, por el súbito desarme de la carpa, rápido como surgido del pensamiento, por el personal, mezcla de gentes nómadas de todas las naciones. El lado mercantil de Mercurio desempeña en el circo un papel secundario, pues, el precio de la entrada posee a la postre el mismo significado subalterno que posee la soldada para el guerrero. En eso cooperan poderes transmutadores. Se transparenta la procedencia antiquísima del titiritero. Tal vez él recorrió el mundo antes que el comerciante, y con mayor seguridad.

Excelente ha sido un grupo de trapecistas que iban vestidos con mallas azules ribeteadas de plata. Los colores del aire y del cielo convienen a esa especie de exhibiciones. Lo mismo ocurre con la navegación aérea: esos son los colores que deberían llevar los aeropuertos y aeronaves, los aeroplanos, los trajes de los aviadores. Aquí es donde tiene su lugar, junto a sus otras propiedades, también el color del aluminio: metal de Icaro.

Kirchhorst, 22 de septiembre de 1945

… desconocedores de las lenguas antiguas, del mito griego, del derecho romano, de la Biblia y la ética cristiana, de los moralistas franceses, de la metafísica alemana, de la poesía del mundo entero. Enanos en la vida verdadera, gigantones de la técnica — por ello, también, colosos de la crítica, de la destrucción, en la cual consiste su misión, que ellos ignoran. De una claridad y precisión nada comunes en todos los asuntos mecánicos; deformes, atrofiados, confusos en todo lo concerniente a la belleza y el amor. Titanes de un solo ojo, espíritus de las tinieblas, negadores y enemigos de todas las fuerzas creadoras — esos hombres podrían sumar sus esfuerzos durante millones de años sin dejar tras de sí una obra que pesase lo que una brizna de hierba, lo que un

grano de trigo, lo que el ala de un mosquito. Alejados del poema, del vino, de los sueños, de los juegos, y prendidos irremisiblemente en las redes de las falsas enseñanzas impartidas por engreídos maestrillos de escuela. Pero tienen una misión que cumplir.

Kirchhorst, 23 de septiembre de 1945

Ich bin nur ein Gast auf Erden,
Oben ist mein Vaterland;
Wird die Welt zerstöret werden,
So geht an mein Ehrenstand.

JOHANN JAKOB RAMBACH (1693-1735)

[Aquí abajo soy solo un huésped,
mi patria está allá arriba;
cuando sea destruido el mundo
empezará mi reino.]

Esos son los cristianos que nos han faltado.

En el pantano vuelve a florecer el romero. ¿Realmente ha pasado solo un año desde que en compañía de Ernstel lo vi florecer? Pero siempre que el ser humano desaparece queda esta pregunta tremenda: ¿adónde ha ido? De ella depende todo lo demás; también nuestra actitud en la vida.

A última hora de la tarde ha aparecido por casa el doctor Deutelmosel. Hemos estado charlando en la biblioteca, sobre todo acerca de la diferencia entre los verbos *segnen* [bendecir] y *weihen* [consagrar], *stiften* [fundar] y *gründen* [fundamentar], *feien* [encantar] y *heiligen* [santificar].

Me ha dicho que Friedrich Hielscher se ha instalado en Marburgo. Los círculos de los nacionalistas se me aparecen hoy como soldados agrupados en torno al fuego del campamento antes de la partida. Su verdadero lugar era ese; lo que las buhardillas de Berlín y los sótanos de Hamburgo hacían era únicamente reflejar el estilo de nuestro tiempo. Por la

mañana el grupo se dispersaba, para «acreditarse», como se dice en las sagas. Quien tuvo suerte cayó en los campos de batalla. Otros se vieron forzados a huir al extranjero, fueron acosados, abatidos, colgados, torturados, o prefirieron el suicidio al quedar cercados. Fueron mandatarios, jefes de policía, gobernadores, agitadores, presidiarios, y al final volvieron a quedar despojados de todos esos significados, como una baraja de cartas que se recoge una vez terminada la partida.

¿Cómo es que en el recuerdo siguen vivas aún con tanta fuerza no pocas de aquellas veladas? Sin duda porque en ellas se hallaba ya contenido todo, pero mánticamente, de una manera superior, espiritual, común; aún no había sido vulgarizado, canalizado por la acción, esta no lo había convertido todavía en algo irrevocable. De ahí que el recuerdo haya creado también una especie de armisticio entre quienes se enfrentaron en campos opuestos. En las crisis yo tenía a veces el sentimiento de que aquellos espíritus cooperaban —bien suspendiendo discretamente una investigación en marcha, o destruyendo un expediente, o teniendo dispuesto un avión en el momento preciso. Biederhorn es el prototipo.

El retorno de los personajes míticos en la historia: qué resplandecientes, qué alegres se vuelven todas las cosas. Esa fue la vivencia que hubo de tener Nietzsche en Turín. El hombre histórico posee un saber previo y lo reconoce con alegría.

Esos personajes entran por puertas tapiadas, olvidadas. Son agua de vida, vino embriagador. Todas las ingeniosas combinaciones mentales sobre los móviles de la historia quedan reducidas a nada por esa fuerza, se convierten en astucias del personaje, en cordones que sirven para alzar los telones teatrales.

Kirchhorst, 24 de septiembre de 1945

Está tocando a su fin la ordenación de mis papeles. Al llegar a la letra *St* he echado en falta las cartas de Heinrich von Stülpnagel; de su mano solo hay algunas esquelas con obser-

vaciones botánicas, que evidentemente me parecieron inocuas. Heinrich von Stülpnagel era un hombre que cultivaba aficiones por asuntos poco corrientes, como la historia de Bizancio y la familia de las solanáceas. Por aquel entonces yo visitaba de vez en cuando los grandes vertederos situados al borde del Bosque de Bolonia, frente a Suresnes. Junto a otras especies de solanáceas florecían allí la *Nicandra* peruana, de bayas venenosas, el alquequenje, el estramonio. Esto nos proporcionó materia para no pocas de las conversaciones mantenidas en las veladas a que yo asistía. Podía ocurrir que a Heinrich von Stülpnagel se le ocurriese a la mañana siguiente alguna idea nueva sobre lo hablado y entonces me enviaba una de las esquelas antes mencionadas.

En la carpeta correspondiente a él hay cartas de otros Stülpnagel; son una familia muy amplia. *Nagel* se deriva de una voz wenda que significa algo así como «jefe de tribu»; eran los *Nagel* de las orillas del río *Stolp.* Al primer Stülpnagel lo conocí en 1916, en el hospital de sangre de Valenciennes. Allí pasamos dos semanas, jugando a las cartas, mientras fuera llovía.[13] Una bala le había destrozado una mano y por eso yo tenía que barajar por él. Otro Stülpnagel, Joachim de nombre, fue comandante de mi unidad en Hannover. Un tercero se ocupaba durante los años veinte, en el Ministerio del Ejército, de estudiar el levantamiento del pueblo español contra Napoleón. Por las noches se reunía en su casa un gran número de parientes suyos. Es posible que este al que aquí me refiero fuera Otto von Stülpnagel, «el moreno», a quien encontré en París como antecesor de su primo Heinrich, «el rubio». Son típicos de esta familia los varones altos, rubios, joviales, de una fidelidad a toda prueba; todos servían en el ejército. A veces se encontraba entre ellos alguno que era amigo de las Musas. La familia de los Stülpnagel produce generales como otras producen médicos o clérigos.

A Heinrich le resultó desfavorable la circunstancia de que hubiese sido antecesor suyo en París un hombre que llevaba su mismo apellido. Tal apellido representaba para los pari-

sienses una especie de marca que figuraba al pie de las ordenanzas y bandos del *Militärbefehlshaber,* el comandante en jefe, al que los franceses pusieron el mote de *mille boeufs.* La gente casi no se enteró del cambio de persona, aunque los dos caracteres que se relevaron eran enteramente distintos.

Otto no estaba a la altura de la situación. Con un poco más de diplomacia se hubieran evitado muchas cosas — ¿pero podía estar a la altura de las circunstancias en aquel cargo alguien que siguiera pensando de manera responsable? Otto llegó con su envarada *grandezza* española, calzaba altas botas de charol y llevaba botones de oro en el uniforme; el mordaz humor de quienes residían en el hotel Raphaël le puso el apodo de *El rey Cascanueces.* Era un hombre amable, nervioso; también estaba rodeado siempre de un halo de melancolía.

El cargo de comandante en jefe, de procónsul, en la Francia ocupada era mucho menos autónomo de lo que se imaginaban los parisienses. Era un cargo administrativo, que daba muchos disgustos y poca gloria. El auténtico poder militar lo tenía el comandante supremo de los ejércitos en el Oeste; entonces lo era Rundstedt y más tarde lo fue Kluge, «Juan el Listo», que se envenenó tras el 20 de julio.

La administración de un país conquistado resulta tanto más sencilla cuanto más cultivado es ese país, cuanto mejor organizado se encuentra. Eso es lo que explica el éxito de Alejandro Magno en el gran imperio persa y el fracaso de Napoleón en Rusia y en España. Un Estado Mayor administrativo reproduce en sus detalles la organización del Estado ocupado; se superpone a él como un parásito, y esa relación tiene efectos tanto mejores cuanto más invisible es, cuanto menos se la nota. Lo cual presupone fijar límites razonables a la explotación. Dentro de esos límites puede contarse con el apoyo de los vencidos, los cuales desean evitar, por su parte, situaciones de anarquía, saqueos, destrucciones, actos de violencia y hambres.

Es una tarea concreta, por tanto. A Otto von Stülpnagel no podían interesarle tampoco los desórdenes; estos no eran provocados, por cierto, por la labor del comandante en jefe, sino por las medidas ideológicas tomadas por ciertas fuerzas que, contra la voluntad de los militares, se habían enquistado en el territorio ocupado; al principio se infiltraron en las altas esferas y luego se extendieron por todas partes.

Además del comandante en jefe de la Francia ocupada y del comandante supremo de los ejércitos en el Oeste, en el país estaban la embajada alemana y el *Sicherheitsdienst,* el Servicio de Seguridad, así como algunos otros poderes más o menos autónomos, tal la Marina, el Servicio de Contraespionaje y el Servicio de Propaganda. Los diversos intereses se estorbaban o bien chocaban de frente. La consecuencia de ello era un sistema de oficiales de enlace, de negociaciones, de ajustes, y, con bastante frecuencia, también de retrocesos.

Quien desplegaba una actividad cada vez más amenazadora era sobre todo el Servicio de Seguridad. Entre él y el hotel Majestic se entabló una lucha tenaz por el predominio; al principio se combatía por el derecho de informar al Führer, luego por el derecho de adoptar medidas policiales. La lucha terminó, tras cuatro años, con la detención y liquidación del comandante en jefe y de varios colaboradores suyos.

Las actuaciones del Servicio de Seguridad resultaban incompatibles con una administración bien ordenada. Aun prescindiendo de que moralmente eran inaceptables, tales actuaciones eran sencillamente absurdas. Las detenciones y deportaciones de judíos, de masones, de comunistas, de rojos españoles, de nacionalistas, estaban a la orden del día y sembraban la inquietud en el país. Los judíos fueron obligados a prenderse la estrella amarilla y a señalizar sus comercios con un distintivo especial. Eso les valió la simpatía de la población, y más aún las escenas que se producían cuando eran detenidos. Al verse cercados, algunos judíos se tiraban por la ventana o se envenenaban. En una ocasión voló por los aires una sinagoga. Para tales crímenes se contaba con la colabo-

ración de esas heces de la sociedad que suelen aflorar a la superficie en todos los países después de una grave derrota. En este punto volvió a llamarme la atención algo que ya me había extrañado en Alemania: que un poder que ha alcanzado una capacidad ejecutiva completa crea además, y al mismo tiempo, que no le es posible prescindir de métodos criminales y actúe en la sombra.

El comandante en jefe no podía imponer su poder frente a tales prácticas. Su situación era más débil que la de sus contrarios y no lograba hacerse oír en Berlín. Luego llegaron los atentados y las preguntas amenazadoras sobre qué órdenes se habían dado para tomar represalias. Keitel y Hitler exigían, en sus llamadas telefónicas relámpago, que rodasen cabezas en gran número. Esto produjo fenómenos paradójicos; por ejemplo, la ocultación, en los informes oficiales, de los atentados, en la medida en que se podía. El asesinato del comandante militar alemán de la plaza de Nantes por unos desconocidos no fue posible silenciarlo, desde luego, y Berlín exigió el fusilamiento de doscientos rehenes. Entonces comenzaron los regateos por las cabezas; el comandante en jefe consiguió en primer lugar reducir ese número a la mitad y más tarde trató de sustituir a los rehenes por criminales, algunos de los cuales también habían sido ya condenados a muerte por tribunales franceses. Se asemejaba a un deudor acosado por acreedores terribles, que intentaba arañar por acá y por allá lo que pudiera. En lo que se refiere a los criminales, no se los aceptó. No se los reconoció como rehenes válidos. Por desgracia hay en ello algo que es acertado: el rehén auténtico es inocente. Eso es lo que le otorga el peso que tiene. Los dueños del poder lo han sabido desde siempre.

La consecuencia de todo ello fue que el apellido de Otto apareciera al pie de los carteles que se fijaban en las calles y que hicieron descender el clima humano al punto cero. Eso es lo que se habían propuesto los autores del atentado; incluso se llegó a sospechar que el comandante militar alemán de

Nantes había sido víctima de un golpe de mano perpetrado por comandos introducidos por mar o por aire en el país.

En una situación como esa puede uno solicitar el relevo, por no ser ella compatible con la propia conciencia moral. ¿Pero es compatible con esa conciencia el ceder el puesto a un sucesor que ya no conozca esos escrúpulos? Con ello no ha cambiado nada; al contrario. Pero uno se ha salvado personalmente, en una situación en la que todo se convierte en culpa.

Otto von Stülpnagel intentó al principio oponer resistencia — es decir, entró en el regateo acerca de las cabezas. Pronto, sin embargo, los acontecimientos fueron superiores a sus fuerzas y tuvo que tomar la decisión de irse. Durante las últimas semanas se tenía la impresión, al verlo, de que sus nervios le fallaban y de que, efectivamente, ya no era capaz de seguir desempeñando el cargo que ocupaba. Pude formarme un juicio propio sobre ello, ya que, poco antes de su partida, me mandó llamar. Habitaba el palacio de mármol que había llevado a la ruina a Boni de Castellane. Lo encontré muy nervioso, fumando un cigarrillo tras otro; de vez en cuando se levantaba de un salto y se ponía a caminar apresuradamente de un lado a otro por aquellos esplendores marmóreos.

Speidel, que era el jefe de su Estado Mayor, me había asignado como primer trabajo en el hotel Majestic la apertura de dos expedientes, los cuales, propiamente, solo tenían sentido si se daba por supuesto un cambio político. Uno de ellos se titulaba: «La lucha por el predominio en Francia entre el Partido y el Ejército» y describía la sucesión de maniobras, de movimientos de ajedrez, con que se desposeía de su poder al comandante en jefe o se lo relegaba a un segundo plano. El otro llevaba este título: «La cuestión de los rehenes. Descripción de los casos y de sus repercusiones». Trataba de las disensiones entre el comandante en jefe de la Francia ocupada, por un lado, y el Mando Supremo de las fuerzas armadas y los dirigentes políticos, por otro. Precisamente este segun-

do expediente fue el motivo por el que el general me hizo llamar; tocaba el meollo de los asuntos que lo desasosegaban. Pude echar así una mirada a lo que es una situación «imposible», es decir, aquella en que, tanto si uno actúa como si no actúa, lo único que propiamente puede cometer son errores. «Un destino pesado, cargado sobre unos hombros débiles.» Ningún tribunal puede enderezar y resolver tales complicaciones, solo el poeta puede hacerlo. Es una de las grandes tareas del arte.

La existencia de estos y de otros documentos me daba cada vez más preocupaciones; de muy mala gana los dejé en París ya cuando emprendí mi viaje al Cáucaso. Es cierto que en el hotel Raphaël había una caja fuerte, así como centinelas apostados delante de los edificios y de los despachos, y que el grupo de oficiales que en él residía era de fiar. Pero resultaba cada vez más perceptible que aquella seguridad era externa, engañosa. El trato con personas que sentían y pensaban de manera diferente que los protagonistas del drama resultaba, claro está, agradable, constituía un oasis en el tiempo. Pero era evidente que con su voluntad no bastaba. Era un mal presagio el hecho de que el punto crucial consistiese en un malestar ético. «No es suficiente tener limpias las manos», pensé yo en más de una ocasión. Hitler consideraba a aquellos hombres sencillamente como un grupo lleno de prejuicios anticuados. Serían liquidados tan pronto como dejasen de ser necesarios objetivamente. Y de hecho pertenecían a una especie que estaba en trance de extinción. La prueba la proporcionó el 20 de julio; ahora tenía que correr sangre, la de los otros o la propia. Es probable que la partida estuviese perdida también en ese caso, ¿pero quién sabe qué fuerzas habrían quedado liberadas por la sangre? En todo caso, al día siguiente oí decir a hombres sencillos:

—¿Pero por qué el general no ha pensado en nosotros? Al fin y al cabo, también estábamos ahí.

Un comandante de una unidad de blindados dijo:

—¿Por qué no me ha hecho una llamada telefónica? — yo los habría aplastado.

Fue una suerte que poco después de aquella fecha se evacuase la ciudad de París y quedase disuelto el Estado Mayor del comandante en jefe. De lo contrario no se le hubiera ahorrado a ese Estado Mayor una depuración mucho más radical que la que experimentó. Sobre la ciudad caía una lluvia de cenizas mientras estaban ya cargándose los camiones. En todas las calderas de calefacción se quemaban documentos. Yo aproveché la ocasión para proceder a un tercer escrutinio de mis papeles; muchas cartas, entre ellas las de Heinrich von Stülpnagel, los dos expedientes antes citados y otros documentos fueron entregados de ese modo a las llamas. Por un momento pensé en arrojar también a ellas mi escrito sobre la paz. Cuando uno se ha decidido a quemar cosas le toma gusto al asunto.

Entretanto aquí en Kirchhorst mis papeles eran puestos a buen recaudo la noche misma del 20 de julio. La noticia del atentado y de los acontecimientos de París cayó en todas partes como una bomba. Cabía prever que a continuación vendrían grandes derramamientos de sangre, que fue lo que efectivamente ocurrió, y por desgracia también en las cárceles. Los dueños del poder empezaron a contar con su propio fin e hicieron ejecutar a prisioneros que habían guardado en reserva largo tiempo. Aquí en Kirchhorst hubo una noche de agitación y de trabajo, con muchas idas y venidas en medio de las alarmas aéreas, pero al amanecer no quedaba en la casa ni una sola carta.

Veo que fue de esa manera como se salvó el escrito sobre los rehenes, precisamente el ejemplar que contiene acotaciones marginales de Otto von Stülpnagel. Se da la coincidencia de que el general está ahora en un hospital militar no lejos de aquí y me ha preguntado, por mediación de una persona de confianza, si el manuscrito se encuentra todavía en mi poder y si sería útil para su defensa, que está preparando en estos momentos. Esto me ha llevado a releerlo una vez más y

me resulta muy difícil creer que un adversario pueda ponerse en su situación, aun en el caso de que lo pretenda. Dentro de algunos años será distinto.

La lectura del citado expediente me ha emocionado por una razón especial. Yo añadí a mi descripción de los hechos la traducción de las cartas en que las víctimas de Nantes, inmediatamente antes de morir, se despiden de sus allegados. Esas cartas reflejan la grandeza que el ser humano adquiere cuando ha dicho adiós a la voluntad, cuando ha abandonado las esperanzas. Entonces se elevan unas señales diferentes. Se pierde el miedo y el odio; aparece la imagen pura del ser humano. El mundo de los asesinos, de los vengadores furiosos, de las masas y de los procónsules ciegos se hunde en las tinieblas; una gran luz lanza por anticipado sus destellos.

Kirchhorst, 25 de septiembre de 1945

Cada vez son más frescas las noches; ahora el rocío se deposita sobre las hojas y los frutos en forma de perlas y no ya como una fina película plateada. Las lombardas van adquiriendo robustez, se rizan como algas en el fondo del mundo de las nieblas. Esa planta es de una belleza submarina y permite vislumbrar las riquezas del círculo polar. Sentado a la mesa de escribir, he abierto el libro de Brockes *Irdische Vergnügen in Gott* [Delicias terrenales en Dios] por el poema que en él dedicó a la lombarda:

Was bey dem braunen Kohl noch mein Bewundern häuft,
Ist, dass, wie icb anjetzt in dieser Pflanz entdecke,
In ihr recht was besonders stecke,
Da sie, durch Wärme nicht, nur durch die Kälte, reift.

[Lo que en la lombarda aumenta todavía más mi admiración
es que ahora descubro en esta planta
que hay en ella algo muy especial,
que no madura con el calor, sino con el frío.]

Las orugas que hay en las hojas caen en un aterimiento profundo; el sol las reanima prodigiosamente. La magia del otoño se revela en el contraste entre las noches frescas y las horas meridianas, entre la muerte y la luz en una melancolía áurea. A ello se agregan la caída de las hojas, la maduración de los frutos, el pueblo de las setas en los suelos donde se pudren las hojas, la gran araña que teje sus telas en los bosques. Inmerso en sombras azules, el caminante pasa a través de esas telarañas sin verlas. A menudo he pensado para mí, a propósito de ciertos vinos y de ciertos caracteres: «Seguro que estos vienen de un país sin otoño».

Terminado de leer: *Über den Ursprung der Spracbe* [Sobre el origen del lenguaje], de Jacob Grimm. Este escrito se halla entre Darwin y Herder y ocupa la planicie situada entre ambos, por cuanto interpreta el lenguaje como un invento de los seres humanos.

Con los medios empleados en el citado escrito no cabe captar, desde luego, en su naturaleza antinómica y en su unidad superior, el origen tanto animal como divino del lenguaje, de igual manera que tampoco cabe captar con ellos el origen de la libertad y el destino ni el de la muerte y la eternidad. Esas contradicciones han sido puestas en manos del ser humano para que las armonice; con ello se armoniza *él* con el mundo. Son el acantilado en que está aguardándolo el eco fausto, son los espejos en que el ser humano aparece en su figura espiritual.

Así es como hay que leer los libros; es menester ver al autor.

Leído además: *Une conquête méthodique,* de Valéry. Antes de la guerra Herbert Steiner me llamó la atención sobre ese escrito, que apareció en 1896 en la *New Review* por sugerencia de William Henley.

El significado de ese trabajo está en que representa una advertencia precoz y sagaz contra los métodos técnicos, que ahora recubren el globo terráqueo, y contra la reproducción subalterna, que amenaza con ahogar toda vida superior y creadora. Es bueno el pensamiento de que la formación del Estado nacional moderno favorece con tanto más vigor los métodos puros cuanto más tarde aparecen estos — exactamente igual que el crecimiento de ciudades salidas como por ensalmo del suelo se basa en planes geométricos. En 1896 Valéry dice que esas naciones son Alemania, Italia y Japón y opina que también Rusia estaría entre ellas si no lo impidiese su enorme extensión. En este punto, por tanto, Valéry ve menos que Tocqueville. Es cierto también que él no contempla las cosas como político, sino como esteta.

El prototipo del conquistador que actúa de acuerdo con planes y que contrapone con éxito creciente el tiempo a la intuición, la mediocridad tenaz al talento genial, Valéry lo ve en el Estado Mayor prusiano, y su personificación, en el conde Moltke. Con ello restringe su visión a un campo demasiado estrecho y pone en peligro las justas proporciones del conjunto.

Pues aunque resulta muy acertada la descripción de la enorme amenaza que ve surgir en el horizonte, la referencia polémica a esta resulta insuficiente. El autor corre el riesgo de que lo ataquen con sus propias armas, pues no cabe duda de que fue de Francia de donde partió la simplificación racional de la vida que con razón asusta a Valéry en los alemanes. Fue en Francia donde salió el sol de las valoraciones del siglo XIX. Uno de los síntomas fue la marcha triunfal del sistema decimal, que acompañó la marcha triunfal de los ejércitos napoleónicos. En Alemania quedaban aún cosas orgánicas, eso lo advirtieron sobre todo los románticos franceses; la gran decadencia de los valores no se produce hasta la segunda mitad del siglo. También es discutible que en el Berlín de Guillermo I y de Moltke la responsabilidad orgánica fuese menor que en el París de Zola y de Napoleón III — sobre todo si

no se ven las cosas puramente desde la perspectiva de Europa occidental. Continuaban siendo otras, en efecto, las cuestiones que en Alemania había que solventar. Pero también podría preguntarse si no fue la primera división de Polonia, en cuanto corte premeditado ejecutado sobre algo orgánico, lo que inauguró la *conquête méthodique.* En este punto María Teresa de Austria, princesa y madre, pensaba de manera más justa, de manera más sana que Kaunitz y que Federico.

Lo que no deja de ser notable es lo siguiente: en Francia la tremenda uniformación de 1789, que más tarde Napoleón ejecutó también a escala europea, afectó a la zona privada mucho menos que en Alemania y que luego, transmitida por los socialistas alemanes, en Rusia. De igual manera, la Revolución dejó intactas en Inglaterra muchísimas antiguallas, incluidas las pelucas. Hay en estos países contrapesos de la uniformación y de sus consecuencias políticas que Alemania no posee. De ahí también que entre nosotros causen a menudo efectos destructores cosas que en otras partes acrecientan la prosperidad.

Por la tarde ha venido el *captain* Thomas y me ha traído saludos de Steward Hood. Hood trabajó entre los ingleses en el mismo servicio que entre nosotros se denomina *Ic,* «Inteligencia militar», y me visitó inmediatamente después de la invasión. Ahora se encuentra otra vez en Escocia, ocupado en traducir *Sobre los acantilados de mármol.* El encuentro fue, pues, fructífero; en general puedo estar contento con mis ocupantes.

Thomas me ha traído partes de la traducción. Hood propone *Chief Ranger* para traducir *Oberförster* [Guardabosque Mayor]. La voz alemana pretende designar el carácter de orden que se vuelve subterráneo, de manera parecida a lo que ocurre con los consejeros privados en las obras de Hoffmann.

Hemos entrado en unos tiempos en los que la propiedad no debería ser ya calificada de robo, sino de suicidio; innumerables personas han perdido la vida por no haber abandonado a tiempo sus propiedades. Una parte de la humanidad vive de la otra, que aún no ha entendido eso. Es algo que aún durará bastante tiempo; después la expropiación se extenderá también a esa propiedad que es la última de la que uno se desprende, es decir, al cuerpo, lo que quiere decir que desembocará en la esclavitud o en el canibalismo. O bien se formará una propiedad nueva.

Kirchhorst, 27 de septiembre de 1945

En una pequeña capilla, en la que había una atmósfera de individuación. Las paredes, los pilares y los objetos de culto echaban brotes que eran rostros. Había allí otros visitantes y yo veía florecer fisonomías en sus pechos, frentes y mejillas. El aire estaba lleno de gérmenes.

También fuera, en la calle, brotaban como setas los rostros, de cada piedra del pavimento. Por un instante entraba Friedrich Georg, vestido con una bata de laboratorio.

Aquello se volvía inaguantable al poco tiempo, yo sentía cómo de la violencia de los sucesos se desprendían unas fuerzas cuya capacidad de atormentar era superior a la que tienen las fuerzas de la aniquilación.

Kirchhorst, 28 de septiembre de 1945

Mi sobrino Gerd, que ha llegado de Leisnig tras cruzar la «Frontera verde», la línea divisoria que delimita las zonas de ocupación, me ha traído recuerdos de allí y también, por desgracia, la noticia de que su hermano Kurt cayó en Stettin en los últimos días de la guerra, uno de los innumerables muchachos que hubieron de morir cuando hacía ya mucho tiempo que era ineludible el desenlace del conflicto. He pensado en el sueño que me contó su madre. Se había despertado dos veces durante la noche y oído una voz que decía: «Tienes que entregar uno de los dos». En esta guerra he per-

dido a mi hijo, a mi sobrino y a mi cuñado; los tres cayeron en primera línea.

Mi madre se ha quedado en Leisnig; sin duda es lo mejor. Más importantes aún que las casas, la tierra y los bienes son los sepulcros; es lo último que se abandona.

El hecho de relacionar *humanitas* con *humare* delata la mirada genial de Vico. Todas las culturas dignas de ese nombre se basan en el culto de los sepulcros. Yo me imagino que los primeros cazadores, que vagabundeaban de un sitio para otro, regresaban una y otra vez a las tumbas, como vemos que siguen haciendo todavía hoy los gitanos. Los sepulcros de los grandes cabecillas tenían sin duda también algo que unía, algo que actuaba por encima de las familias y los clanes. Junto a esos sepulcros se reunía la gente, ofrecía sacrificios, concluía alianzas, solicitaba consejos mánticos.

La pérdida vuelve a hacerse palpable cuando se carece de tumbas.

Lectura: *Griechische Kulturaltertümer* [Antigüedades culturales griegas], de Stengel. En ese libro, este pasaje: «Según la ley, casi todas las cosas se purifican con sangre y no hay perdón si no corre la sangre».

Kirchhorst, 30 de septiembre de 1945

Gerd ha traído también la buena nueva de que Niekisch ha salido vivo del presidio en que estaba y donde ya habían empezado a matar a los presos. Parece que Niekisch está ciego y casi paralítico y que en Berlín se ocupa en reconstruir su editorial.

Osteología. Los huesos que se divisan, cubiertos de musgo, en lo profundo de los bosques y en las orillas de los vertederos: huesos frontales, mandíbulas, vértebras, omoplatos — producen un roce misterioso, un efecto mágico. Eso se basa, por un lado, en que son símbolos de muerte. Pero también

habita en ellos un esquema constructivo que suscita la idea de un taller, como si uno se encontrara imprevistamente ante modelos prometeicos, ante el secreto banco de trabajo de una inteligencia demiúrgica.

A veces se apodera de mí, cuando veo esos huesos, una emoción parecida a la que se siente ante un espejismo, ante un trabajo ejecutado de un modo demasiado rápido y descuidado, chapucero. Pensamiento: «Eso casi no merece que se lo recubra de carne; pues no ha resistido bastante». A ello se agrega el sentimiento de un tabú, como si ante «los adultos» hubiera que mantener en secreto tales cosas, pues a mí estas me trasladan a elucubraciones de la primera infancia, de sus primerísimos años; esas elucubraciones raramente afloran a la superficie de un modo tan nítido como en presencia de una clavícula cubierta de musgo en el bosque otoñal, cuando el viento atraviesa las copas de los árboles.

Kirchhorst, 2 de octubre de 1945

Lectura: *Maimónides,* de Oskar Goldberg. Según el autor, Maimónides defiende en su obra *Guía de los indecisos* la idea de que el espíritu es definible solo negativamente. Eso estaría en correspondencia con la exclusión de los signos más excelsos en los textos judíos y sería la versión objetiva del *credo quia absurdum* de Tertuliano.

Creo en lo que no sé; dudo de lo que sé. Esa es la actitud del metafísico, la cual es opuesta a la del positivista. Este duda de lo que no sabe y cree en lo que sabe. También puede concebirse la citada frase como una definición de los dos verbos, pues el no-saber forma parte del creer y la duda forma parte del saber.

Sin sospecharlo lo más mínimo he tropezado con una idea que no había aguardado en este libro y que Goldberg expone al final: la de que en nuestro tiempo la Tierra se ha vuelto demasiado pequeña y por tal motivo hay que bajar a ella el cosmos. Para eso se requiere, dice Goldberg, una revelación. Y el presupuesto para recibir esa revelación, añade, es un es-

tado ritual; en él es también donde hay que buscar la única esperanza de superar la destrucción del mundo.

Eso sería, por tanto, la contrapartida de la empresa para la que está haciendo preparativos el *Zeitgeist,* el Espíritu del Tiempo: el viaje al espacio.

Yo, de todos modos, supongo, y eso hace ya tiempo, que tal empresa no puede carecer de un contrapeso. Esto reconduce a la cuestión de si la Figura del Trabajador alberga en sí cualidades teológicas.

Kirchhorst, 3 de octubre de 1945

Un bello sinónimo de «hacer regalos» es «despojarse de algo» — si prescindo de mis bienes en favor de otro, los pierdo solo en apariencia: la pérdida exterior se convierte en ganancia interior.

He terminado mi segunda lectura completa de la Biblia; la comencé el 14 de diciembre de 1944.

Kirchhorst, 4 de octubre de 1945

Lectura: *Etiópicas,* de Heliodoro. La mezcla de anarquía y orden que impera en esta novela se parece a la situación actual de Alemania — así, en el comienzo mismo, la pareja de enamorados en la playa cubierta de cadáveres y moribundos.

Sobre Delfos: «Una ciudad enteramente dedicada a las cosas santas y a las consagraciones me pareció el lugar adecuado».

Y sobre el destino: «Es posible prever las decisiones inmutables de las Moiras, pero escapar a ellas es algo inalcanzable». Esta frase proporciona una pauta para valorar los oráculos y las profecías.

En la vieja controversia de si es más valiosa la novela educativa o la novela social la novela teológica ofrece la tercera solución. Ella es el medio para demostrar el imperio de la marcha superior de las cosas, ya en el destino de los grupos, ya en el de la persona singular. En ese sentido hay únicamente dos frentes literarios, según que el artista conozca y reconozca ese imperio, o no lo haga.

En el correo, entre otras cartas, una de Friedrich Georg, que vive como «ocupado» en Überlingen, a orillas del lago de Constanza, en perfecta armonía doméstica con Belmain, un empleado de banco, y tres mahometanos, Melodi, Dschilali y Mutschu: «... el vacío que se ha producido en el centro de Europa y al que afluyen y en el que se modifican todas las fuerzas».

El carácter mágico del paisaje. Su trasfondo se vuelve a veces tan apremiante que uno teme entregarse a él, «mirar con más fuerza», pues podría desaparecer en él, como desaparecieron en el Koppenberg los niños de Hamelín. Siempre se entrecruzan, en efecto, mediciones distintas; un bosque, una casa, un jardín pueden ser inscritos en unos catastros enteramente diferentes de los que imaginamos. La aparición de espíritus, la segunda vista y fenómenos parecidos forman parte de eso. Se han mezclado estratos que estaban superpuestos. Tales cosas resultan raras únicamente porque, en general, el aislamiento es de fiar.

En eso consisten también los peligros de las excursiones y descubrimientos espirituales. Se penetra en espacios de los que es difícil encontrar la salida.

Kirchhorst, 6 de octubre de 1945

Continúan llegando noticias espantosas de Berlín. Se habla de calles enteras en las que los habitantes han excavado agujeros parecidos a conejeras; allí se esconden las mujeres cuando la soldadesca realiza sus incursiones.

El fugitivo que ha contado eso estuvo en un vagón de ferrocarril del cual, en una pequeña estación, unos soldados le arrebataron a un marido su esposa y se la llevaron a rastras. Silenciosos y encogidos, los otros viajeros dejaron hacer, como ratones de en medio de los cuales una serpiente cogiese a una compañera suya. Por vez primera he oído decir en esta ocasión que la bomba atómica es preferible a eso.

Por cierto que en los mismos sitios en que ocurren semejantes cosas se organizan reuniones culturales para educar democráticamente a la población.

Kirchhorst, 10 de octubre de 1945

Lecturas: *Sobre los juegos,* de Tertuliano. Es una obra que aclara magníficamente la rigidez, el hechizo cainita que cegaba a las masas en el circo. Es seguro que Flaubert sacó de él datos para su obra *La tentación de san Antonio.*

El circo, la *arena* latina, es arena en sentido material, suelo estéril, tierra que bebe. Si no recuerdo mal, en Alfred Schuler la *arena* es el seno femenino en el que la sangre deja su semilla. Una vez enunciada, esa idea puede provocar consecuencias funestas.

Además: *El corsario rojo,* de Fenimore Cooper. Con esta lectura lleno un hueco que viene de mi niñez. Mi padre me habló a menudo de este libro. Ahora lo he encontrado en la pequeña biblioteca dejada por Ernstel.

Los dos protagonistas, Wilder y el Corsario rojo, encarnan al hijo legítimo y al hijo ilegítimo del poder. Está bien trazada la diferencia que hay entre el poder legal, por un lado, y la tiranía que reina en los barcos de piratas, por otro. También en estos ha de haber una especie de legitimación, que se expresa sobre todo por la voz, «por el grave, rico tono imperioso» del Corsario rojo. La bandera roja se alza como rival de la bandera del rey. Evelina de Lacy, colocada ante la alternativa de embarcarse en el buque de guerra o en el velero de los piratas, dice que su sexo solo puede contar con protección fiable allí donde rigen el derecho y la ley.

He encontrado tanto más atractiva la lectura cuanto que entretanto hemos conocido grandes Estados en los que se ha aplicado y aún sigue aplicándose la misma disciplina que reina en los barcos de piratas. Dejando a un lado su predilección por la bandera roja y la calavera y el hecho de que quienes se apoderan del poder son rétores dotados de una «grave

voz imperiosa», tales Estados se señalan siempre por tres características que no engañan: la proclamación del ateísmo, el robo de la libertad y la violentación de los indefensos.

En el correo, entre otras cartas, una de Sophie Dorothee Podewils, que ha llegado a Baviera tras haber estado en prisión en Pilsen.

«Lo que ha sucedido en el territorio alemán y también en el territorio húngaro de Checoslovaquia no admite comparación más que con la tragedia que los judíos tuvieron que soportar aquí en nuestro país.»

Su marido está en un campo de prisioneros inglés. Klaus Valentiner no ha dado aún señales de vida, y lo mismo ocurre con muchos otros. El final catastrófico de la guerra se asemeja al hundimiento de un barco; en él han desaparecido innumerables personas. Es posible que hayan encontrado una balsa y se hayan salvado. Pero resulta terrible la espera de sus allegados en la incertidumbre.

Kirchhorst, 12 de octubre de 1945

Cuando se está en plena actividad, como lo estoy yo, por ejemplo, en estas últimas semanas, trabajando en diversas materias, se corre el riesgo de una seguridad demasiado grande en el modo de expresarse; es preciso que siempre esté viva en nosotros una cierta porción de duda acerca de nuestras capacidades, acerca de nuestra misión. No debe cesar el combate por la forma. Nunca debemos olvidar que somos simples administradores.

Celsus me contó una vez en Noruega que siempre se apoderaban de él el miedo y la ansiedad antes de entonar en público una canción — y que la melodía se abría paso a través de esa resistencia como a través de una membrana, como a través de unos delgados barrotes. Esa inseguridad lo abandonaba cuando era premiado con grandes aplausos. Entonces cantaba con voz vibrante un *da capo* banal, como un tenor de un país meridional.

Ahí es donde el autor ha de buscar la tarea de la crítica, sobre todo de la crítica rigurosa, incluso de la injusta y hostil. A ella le está encomendada la tarea de atar corto la creatividad y repodarla, para reducirla a lo necesario, que es lo que da frutos maduros. La riqueza, la proliferación del gran talento necesita contrapesos de esa índole.

En este aspecto los monarcas están expuesto a grandes peligros, caen con mucha facilidad, así en sus palabras como en sus actos, en una seguridad artificial, que se pierde en las crisis. De ahí que les sea beneficioso pasar una dura temporada de príncipes herederos o perder una batalla al comienzo del reinado.

La equiparación del soldado con el criminal causa otro efecto además del que se pretende: discriminar al soldado. Ese otro efecto consiste en que el criminal experimenta en igual medida un enaltecimiento y adquiere autoridad. El asesinato se convierte en un medio de la política, en una acción patriótica. El asesino ocupa el lugar del juez, del jefe de policía. Al final pueden producirse situaciones como las que se dan en las provincias chinas, en las que son bandas de ladrones quienes tienen la autoridad. Allí se ha conseguido la equiparación; el capitán de los ladrones es el general.

Kirchhorst, 14 de octubre de 1945

Vuelvo otra vez sobre la observación que hice días atrás a propósito de la visión de huesos en el bosque; sobre el descuido con que el Demiurgo nos ha cortado el traje.

Tampoco en lo concerniente al sexo cabe ocultar esa negligencia. Con frecuencia se ha subrayado lo que en el sexo hay de repugnante, de limitado, sobre todo esa indecente cicatería de combinar los órganos sexuales y los de los excrementos. Lo magnífico en el contacto de los sexos, también en los animales, procede del espíritu, de la porción de excelso poder creador que se revela en la procreación. Es algo que se asemeja al rayo solar, que, sea cual sea el lugar en que caiga, calienta e ilumina. Y resulta consoladora la seguridad de que

algún día nos liberaremos de la materia y pasaremos al rayo, el cual pertenece del todo al sol, al amor. Así voy comprendiendo, cada vez más lo que Ernstel me dijo una vez en una de nuestras caminatas: que a menudo ocurre que apenas puede uno aguardar ese momento.

Como padre vi demasiado poco al muchacho en estos años, pero, cuando lo llevaba a hablar de esos asuntos, el acero chocaba con el pedernal.

Por lo que se refiere al Demiurgo, para muchos lo escandaloso de la hipótesis de un ayudante mediocre del Poder creador consiste en la personificación. Contempladas topográficamente las cosas, cabe sospechar que esa fuerza está en la orla del vestido de la creación, allí donde la luz blanca adquiere cualidades de color. «Blanca» es en este sentido una perífrasis de «invisible». Es preciso que, en los sitios donde lo imperecedero se presenta en lo perecedero, esté presente un medio.

Kirchhorst, 15 de octubre de 1945

Sobre la botánica. Dedicado al áster azul que florece ahora en el jardín.

De qué sirven las lupas y los microscopios — los verdaderos cristales de aumento son las propias flores. Hemos de contemplarlas hasta que se vuelvan transparentes cual lentes, luego veremos detrás de ellas, en el foco del haz luminoso, una luminosidad: el brillo de la semilla espiritual, que no posee extensión. Esa es la verdadera protoplanta.

Cuando nos parece trastornado el mundo, la visión de una flor puede restablecer el orden.

Los pasajes de mi trabajo en que hojeo diccionarios, como me ocurre hoy, quien los paga es la gata Kissa. A menudo se ve interrumpido su dormir en mi regazo. Así se le transmite al animalito esta verdad: que uno no puede encontrar reposo más que en sí mismo.

Holzminden, 17 de octubre de 1945

Partida temprana hacia el sur, para visitar a Friedrich Georg. Es mi primer viaje desde que se produjo la ocupación.

Nos hemos quedado a pasar la noche en casa de los Buhrbank, en Holzminden. Entre los libros que el dueño de la casa nos ha enseñado había una rareza: las grandes novelas por entregas publicadas con seudónimo por Karl May, como *El capitán Nobody* y *Rosita del Bosque o una persecución alrededor del globo terráqueo.* La visión de las xilografías me ha hecho recordar vivamente la enorme expectación con que yo leía esos libros cuando tenía dieciséis años. La encargada de la biblioteca de préstamo de Hamelín no los tenía catalogados en el fichero y a mí me los pasaba a escondidas. Sin duda contribuyeron mucho a que yo marchase a la Legión Extranjera Francesa.

He compartido el dormitorio con el doctor Kraft. En la oscuridad mantuvimos una conversación y durante ella, al tiempo que lo escuchaba, trataba yo de formarme una idea de él. De igual manera que aparecen gigantes en el mundo de los cuerpos, así hay también en el mundo de las operaciones y de los negocios ciertos sujetos que desarrollan una actividad portentosa. En la mayoría de los casos serán también personas inteligentes, pero casi podría decirse que esa propiedad es consecuencia del poder de su voluntad, el cual acuña decisiones sin cesar, igual que un pesado cuño bate monedas. Tales naturalezas se complacen en vencer tareas significativas. Se las encuentra como capitanes de barcos, empresarios, jefes de partidos y de sindicatos — en suma, en posiciones de mando.

La raíz de mi relación con el doctor Kraft está en la Primera Guerra Mundial; él disparaba con sus cañones de grueso calibre desde el Bosque de Adinfer, delante del saliente de Monchy, donde yo me encontraba en 1916. Siendo aún muy joven Kraft llegó a fiscal y llevó adelante procesos, que se hicieron famosísimos, contra ministros, grandes defraudadores

y financieros, enfrentándose a menudo a una docena de astutísimos defensores. Una vez que renunció a ese cargo actuó con idéntico brío como defensor, administrador de fortunas, fundador de industrias.

Es evidente que tales caracteres buscarán los acantilados y las tempestades — Kraft se sometió al examen de timonel, luego al de capitán, para poder navegar con barcos propios. Parecida es la atracción que producen en ellos los peligros que hay que vencer en la caza, y de ahí que en los mares Kraft pescase los grandes peces y en los Cárpatos cazase el ciervo y el urogallo; también viajó en avión a Nairobi para cazar el elefante. Esas eran sus distracciones.

Los cazadores se cuentan entre los tipos antiguos; conservan muchos rasgos arcaicos. Uno de esos rasgos es el ansia de trofeos, para aumentar el poder mágico. Las salas de trofeos son cámaras mágicas; con los cráneos, los huesos, las pieles están retenidos también en ellas, por un hechizo, los poderes vitales de los animales que llevaron tales cosas. Esas salas sirven para asimilarse los citados poderes, y ese acto de ingestión, lo mismo que el comer la carne del venado, sobre todo el corazón, es algo que proporciona fuerzas no solo físicas. Un verdadero cazador lleva siempre consigo parte de los animales que ha abatido y con frecuencia se viste con su piel y con su cuero. *J'aurai ta peau.* Entre el equipaje de Kraft me ha gustado sobre todo un neceser de viaje hecho de piel de avestruz. Se la curte para convertirla en un cuero aterciopelado, que está decorado con granos, allí donde brotan las plumas, del tamaño de una nuez, distribuidos con regularidad.

Medio dormido escuché detalles de la caza de un elefante macho. Tan pronto como el gran animal cayó al suelo afluyó a aquel sitio un gran número de negros. Resulta difícil cortar la piel del elefante, dijo Kraft, de ahí que únicamente se abra en ella un agujero; por él penetra en el cadáver un bosquimano, que va pasando trozos de carne a los de fuera. El es-

pectáculo de aquel carnicero, cubierto de sangre y de excrementos, es horrible.

He dormido mal, como me ocurre a menudo cuando lo hago en una habitación extraña. Primero estaba con Johanna Ritter en el salón de un barco, luego en el espumeante caz de un molino, bajo el azud, donde veía cómo hacían frente a la corriente unas serpientes de color azul acero y azul celeste. El baño era delicioso — el agua en que yo nadaba era agua de vida.

Ettlingen, 18 de octubre de 1945

Hemos cruzado un país devastado. En Bruchsal encontré destruido el hermoso castillo. Maulbronn estaba intacto, lo que me produjo una gran alegría. Por la puerta cerrada de la iglesia se filtraba un prodigioso canto argentino.

Nos hemos quedado a dormir en Ettlingen. En sueños he vuelto aquí a los mismos paisajes de ruinas de la noche anterior. Tal vez nuestros días no sean otra cosa que segundos en comparación con esas noches pasadas a orillas de la eternidad. Vivimos en una cadena de islas que se alzan desde las profundidades del mar, o como una bandada de peces voladores que una y otra vez se sumerge en el cristal tras breves vuelos a la luz solar. La vida es posible únicamente gracias a esas inmersiones, es conservada únicamente por ellas. Tampoco es otra cosa la vida misma que una isla en la eternidad.

Vuelvo una vez más sobre este pensamiento: nada es prodigioso, o todo lo es. El juicio depende de la profundidad hasta la que nos sumerjamos. Hay aquí fronteras en las cuales se borran todas las diferencias. El oro, las piedras preciosas, las obras maestras, el lienzo en que están pintadas, el pergamino en que están escritas, todas esas cosas son, en el fondo esencial, prodigiosas y únicas. Materialmente es algo que cabe expresar diciendo que en todas las cosas tropezamos a la postre con los átomos, los cuales son obras maravillosas. Ese es el fondo de oro encima del cual brilla la pintura fugaz de este mundo y retorna en el tiempo.

Tal vez sería mejor decir, en vez de «átomos», palabra que está de moda, «mónadas». También las partículas más pequeñas que descubrimos son solo barniz, representación, no dejan de ser piedras de toque. El arte de los pueblos y de los tiempos está dominado por un único asunto; cuando nos apartamos de él se vuelve absurdo el arte.

Paseo por la ciudad, que no ha sido destruida y cuya antigüedad se halla atestiguada por una estela votiva consagrada a Neptuno, protector de una corporación de navegantes romanos. A los pies del dios, que sostiene en su mano derecha un pez y en la izquierda un tridente, está acurrucado un animal fabuloso. El trabajo testimonia el buen gusto y los recursos de gentes modestas. La estela está empotrada elegantemente en el muro del viejo ayuntamiento, que fue construido, más de un milenio después, con la misma piedra roja.

Muy cerca, y asimismo en la pared del ayuntamiento, hay un bajorrelieve en memoria de los caídos en la Primera Guerra Mundial. Provista de su guadaña y montada en un enorme caballo negro cabalga la Muerte sobre la Tierra, que está figurada como una serpiente. Bajo las rojas herraduras están agachados soldados minúsculos, huyen campesinos con la mujer, los niños y el ganado. La imagen, en la que se ha conservado el recuerdo de anónimas horas de terror, se diferencia significativamente de los convencionalismos superficiales que aparecen en casi todos los monumentos a los caídos en la guerra. Está bien visto el gran sufrimiento de aquellos años, pero también su coerción fatídica.

Überlingen, 20 de octubre de 1945

Nos quedamos a pasar la noche en Offenburg, en casa de los Burda, que luchan por conservar su editorial. Como en los viejos tiempos, hoy es posible hacer viajes tan solo si se poseen amigos que ofrezcan hospitalidad. Un cuadro de asunto invernal, de Nagel, pintor que me es desconocido, y que está colgado en la pared, me ha hecho recordar mis paseos junto al Muro Occidental, el cual queda muy cerca de

aquí, en efecto.[14] Un arroyo negro discurre por prados nevados y bosques de abedules: blanco, azul y plateado brilla allí el frío riguroso. La impresión queda reforzada por el hecho de que el color está adherido a la superficie, en cristales planos, a la manera de las flores de escarcha. He meditado sobre si es lícito eso, si no es acaso una exhibición de la sustancia en vez de una exhibición de la forma. El artista ha de permanecer en la forma; en eso consiste su limitación, pero también su tarea, en eso consiste precisamente el arte. Mientras meditaba sobre esas cosas, por debajo de la conversación que manteníamos ante unos vasos de vino de Baden, se me han ocurrido muchos argumentos y contraargumentos al respecto, pero los he olvidado enseguida.

A la mañana siguiente atravesamos la Selva Negra, primero bajo una ligera niebla, después a la luz del día. Brillaban los álamos, los arces, el follaje de los cerezos; los colores iban desde el marrón pálido al oro puro, desde el *rouge passé* al rojo púrpura oscuro. Las retamas habían perdido ya sus hojas, de manera que se alzaban en las laderas cual escobones lacados de verde; pero algunas flores aisladas seguían refulgiendo con el más luminoso de los oros, con el más espléndido de los colores. *Jeunesse dorée* de la vejez, más rica y más rara. Así deberían ser también las flores del crear, y las de eros.

Heme aquí por fin en la casa junto al lago, en la casa de Friedrich Georg; lo he encontrado en la habitación de Zita, que da al sur, en medio de un grupo de visitantes suizos. En un encuentro como este se nos hace patente la ganancia, la cosecha de los años duros.

Tras el saludo subimos a la habitación de trabajo de la parte de arriba; desde sus ventanas se disfruta una de las más bellas vistas sobre el lago y sus orillas. Los ojos descansan. Encima de la mesa, la *Odisea* y una traducción de su primer canto. Hemos hablado de las últimas fases de la guerra, la cual terminó para Friedrich Georg con tres días pasados en

cautividad en un desagradable campo de reagrupamiento, donde fue concentrada tras la invasión la población masculina de la ciudad. He visto que esas cosas lo han fortalecido.

Oberhemmersbach, 21 de octubre de 1945

Por caminos que nos son familiares hemos subido por la mañana a la casa de la viña de Überlingen y desde allí hemos ido a la barraca de los desolladores, que se encontraba abierta. Ha sido la primera vez que hemos entrado en ella. Hemos visto el tajo de carnicero, los ganchos en las paredes, el pozo para tirar los despojos que estaba rodeado de placas de sangre seca. En una habitación contigua se amontonaban, hasta llegar al techo, millares de pálidos cráneos.

Muy cerca de allí queda un pequeño terreno pantanoso en el cual se entregaba Ernstel, hace siete años, a sus juegos de muchacho. En aquel rincón había edificado él su castillo, como suelen hacer los niños. Mi hermano me ha acompañado hasta allí y me ha enseñado el terraplén de tierra negra, que se ha conservado hasta hoy. Una vez más me ha agobiado el misterio que rodea esa muerte.

La visita a la ciudad junto al lago no podía ser sino breve; comportaba riesgos, sobre todo a causa de la inseguridad que reina en las carreteras. En el jardín me ha dado todavía Friedrich Georg una mata de ruda y unos bulbos de la gran azucena-leopardo que él cultiva allí. Después nos hemos despedido, en la esperanza de que ahora haya quedado roto el hechizo y de que muy pronto volvamos a vernos en el norte.

Nos hemos quedado a pasar la noche en Oberhemmersbach, donde los Burda nos han invitado a cenar en su casa de campo. Kraft ha llevado el peso de la charla y ha estado narrándonos cosas de sus cacerías de leones, ballenas y elefantes, de sus expediciones marinas, de sus campañas, procesos, fundaciones. Se veía que a él no lo asustan las dimensiones. Un ejemplo:

—... y cuando saqué la cabeza del refugio y vi que había desaparecido el barrio en que yo vivía ...

Hemos dormido en el hotel Sonne, donde hemos disfrutado del viejo confort de la Selva Negra; en medio de la devastación nos ha parecido un milagro.

Bühl, 22 de octubre de 1945

Diversas averías del vehículo han hecho que hoy no hayamos podido llegar más que hasta Bühl. Como no ha sido posible encontrar cama en ninguna parte, hemos pasado la noche en uno de los centros de acogida de la Cruz Roja. El lecho era duro, pero instructivo; permitía echar una mirada a la gran miseria que abarrota las carreteras. El espectáculo de los alemanes durante sus triunfos me ponía triste a menudo; ahora, en su desgracia, me han inspirado el máximo respeto.

Pforzheim, 23 de octubre de 1945

Hemos continuado el viaje a través de ciudades destruidas; su aspecto desgarra el corazón. La más horrorosamente asolada era Pforzheim: el camino pasaba entre montones de escombros. En las ruinas se veían cruces blancas y flores en recuerdo de los que han quedado allí sepultados. De vez en cuando una luz, como la lamparilla de un guardián de cementerio en este campo de escombros.

A la salida de la ciudad tuvimos una nueva avería, que no era posible reparar durante la noche. De ahí que nos separásemos para buscar alojamiento. Yo fui a pie al cercano Eutingen y solicité cama en el albergue de la Cruz Roja. Allí he dormido en un sótano, en una estrechez china, entre hombres, mujeres y niños. Antes, sentados a una misma mesa, bebimos todos juntos café de malta, al que cada cual añadió las provisiones que llevaba consigo.

He escuchado con atención la charla de aquellas personas; ha sido bueno que el destino me haya conducido a este lugar. Uno rehúye con demasiada facilidad el sufrimiento monstruoso, como una herida cuya vista no se siente capaz de soportar.

Había ido a caer en medio de un grupo de fugitivos que, desde Prusia oriental y Pomerania, habían conseguido abrir-

se paso hasta el Oeste — una madre de unos cuarenta años con su hija, dos hombres, y un muchacho que andaba buscando a sus padres.

Aquellas gentes contaban que en su éxodo acampaban en grandes graneros que los rusos inspeccionaban noche tras noche. Describían los detalles — por ejemplo, la sensación de violento escalofrío que experimentaban cuando los cerrojos que habían echado saltaban rotos por los culatazos y los disparos de fusil. Las mujeres se escondían bajo la paja, pero los rusos las encontraban casi siempre, pues pinchaban las pacas con horcas. También hacían que los niños pequeños los llevasen hasta ellas. La madre ha narrado luego una escena en la que se interpuso entre los soldados y su hija e hizo que la violasen a ella en vez de a la niña.

—Antes de cruzar el Elba me violaron cinco veces.

A lo que uno de los dos hombres, que tenía el aire de ser un profesor de bachillerato o un funcionario de categoría intermedia, dijo:

—A mi mujer la violaron tres veces antes de que la perdiese.

Esta charla me ha llenado de espanto — no tanto por su contenido cuanto por la calma con que se producía. Yo tenía la impresión de estar sentado a la mesa con espíritus de fallecidos, que hablasen de cosas anteriores a su muerte. A la vez me ha agobiado el enorme peligro que está formándose ahí, más amenazador que todos los medios de aniquilación que los técnicos puedan concebir. Están cayendo los tabúes.

Ansbacb, 24 de octubre de 1945

Pasado la noche en casa de Fehrmann, que quiere emigrar a Río de Janeiro y está realizando con mucha discreción los preparativos para ello.

Antes de caer dormido he estado hojeando algunos números antiguos de la revista *Simplizissimus,* desde 1906. He tenido el sentimiento de estar viendo fantasmas. La impresión que se experimenta es la de que los fabricantes de chistes de

entonces no conocían aún las auténticas agudezas de sus bromas; pintaban sobre telones de teatro.

En los grandes procesos de descombro las inteligencias críticas adquieren un significado que les viene dado por el objeto. Una vez desaparecido este, también desaparece aquel significado, como le ocurre a una ficha de juego tras la conclusión de la partida. En eso estriba la tragedia de Beaumarchais, de Maximilian Harden y de otros muchos.

Esa especie de chiste político presupone también un adversario liberal. Si este desaparece, la caricatura se transforma en un medio de suicidio, excepto que sea una concesión hecha por el Estado. En ese caso se convierte en un servicio que se le presta al verdugo.

Kirchhorst, 25 de octubre de 1945

Una vez que se nos agregó el doctor Lilje, hemos realizado el viaje de vuelta por Wurzburgo, Fulda, Gotinga. He llegado a Kirchhorst a última hora de la tarde.

Kirchhorst, 28 de octubre de 1945

Visita del *captain* Thomas y del *major* Hood. Thomas me ha traído saludos de Niekisch, con el cual ha mantenido una extensa conversación en Berlín. Cuando los rusos se acercaban, Niekisch estaba en el presidio de Brandeburgo e iba a sufrir «un tratamiento especial», es decir: iba a ser matado, como tantos otros. Lo salvó el hecho de que el director de la cárcel lo declarase una y otra vez «no apto para el transporte». El apareamiento de la burocracia con la bestialidad engendra paradojas como esa; aún se descubrirán muchas más en los documentos.

Por la tarde he estado revisando con Hood su traducción de *Sobre los acantilados de mármol.* El texto inglés resalta sobre un fondo de vocablos gaélicos, que le confieren un aire arcaico; un ejemplo: *the squaich* como traducción de *das Kesselchen* [la escudilla].

Kirchhorst, 31 de octubre de 1945

Los crisantemos han florecido por completo. Durante todo el día ha habido una ligera bruma azul, en la que temblaban las flores doradas.

Visita de Laîné, que bajo nombre falso está trabajando en Westfalia con sus bretones. Ya en París pude prestarles ayuda. Por desgracia me dice que algunos bretones han sido fusilados. Laîné ofrece la grata estampa de un hombre que está enteramente convencido de su justa causa; obliga a sus camaradas a realizar trabajos duros, les prohíbe que trafiquen en el mercado negro. Ahora están preparando su emigración a Irlanda. Siempre hay solidaridad entre los celtas.

Laîné ha dicho que medios como la bomba atómica hacen ilusoria la democracia también en la práctica, por cuanto concentran poderes gigantescos en manos de unos pocos, más aún, en manos de uno solo. Pero, según él, sería bueno que esos hombres se señalasen, igual que los druidas, por saberes no profanos. Entonces el poder físico quedaría realzado por el poder espiritual.

Yo pondría eso muy en duda y me inclinaría más bien a suponer que la técnica de aniquilación está relacionada con la formación de grandes masas uniformes y de sus elegidos. Tampoco pueden caer de las nubes superhombres, sino que quienes caerán serán un *major* Atkins o un capitán Filopovich, que habrán tomado antes un buen desayuno y, probablemente, de postre, unas píldoras.

Aprovecho la ocasión para enterarme de la etimología de las palabras «dolmen» y «menhir», para mi trabajo sobre el lenguaje.

Kirchhorst, 1 de noviembre de 1945

Las cosas que el individuo podrá sacarle a la especie — por ejemplo, goce. Pero siempre serán réditos, provisiones de fondos, propinas de Mercurio, pues de lo contrario correría peligro la especie.

En este aspecto me causa asombro la existencia del cuclillo, pájaro que parece dedicado enteramente al goce, por lo cual los antiguos lo calificaban también de *Gauch,* «loco», y lo contaban entre los animales innobles. Lo que uno se pregunta es por qué la Naturaleza favorece de ese modo al cuclillo y si no existe una cuenta en que se le cargue eso. A mí ese pájaro, al que he observado a menudo en el páramo y en las lindes de los bosques, me parece misterioso y hasta fantasmal. También su grito tiene un tono familiar solo en apariencia. Aquí se encuentra tal vez uno de los puntos de sutura del vestido de la Creación.

Pensamiento al saltar una valla durante mi paseo por los campos: cuando deambulamos por la campiña de ese modo, soñadores, distraídos, tal vez esté acechándonos la Muerte. Somos arrebatados por un paro cardiaco, por una caída súbita, antes de que llegue a nosotros la consciencia del accidente. Tampoco oímos, en efecto, el disparo que nos derriba. Cabría pensar que en espíritu continuamos el paseo, sin sospechar que hemos muerto.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1945

Sobre la singularidad de los encuentros en los sueños. Así, esta noche pasada me tropezaba, en un pequeño bar de Río de Janeiro, con un oficial de intendencia alsaciano que en largas conversaciones me daba detalles de la diferencia que hay entre la administración militar alemana y la francesa. Entablaba conocimiento con él porque, en el momento en que me disponía a pagar con *milreis,* yo no me aclaraba y él me explicaba el cambio de moneda.

¿Quién creería que esas cosas son invención libre del espíritu que sueña? Y si es así — ¿por qué no es inventada de modo similar la vida diurna? Tal vez prosigamos alguna vez los paseos oníricos, como el paseo a que me refería ayer. Tal vez tengan sobre todo los sueños en que deseamos algo un carácter de germen, de embrión; los damos a luz en otros astros, donde maduran del todo hasta llegar a ser magníficos.

Si eso fuera así, la cualidad de los sueños tendría un valor nada común. Es este un pensamiento que antiguamente les resultaba más próximo, más familiar, a los seres humanos.

A menudo me parece que en los sueños el mundo está mejor pensado, que tiene más matices, que es más artístico, y que los saberes son más poderosos. Bohr contempló el modelo del átomo en una visión que tuvo. La pura técnica, la mera rutina, no podrá prevalecer mientras continúen abriéndose esas puertas.

Para el arte hay dos caminos que lo sacan de la abstracción. El arte puede sumergirse en la noche y su marea de imágenes, como hizo el Romanticismo, como hizo Novalis. Beckmann ofrece hoy un ejemplo de eso. Pero también puede detectar en el día los elementos de los sueños, detectar en la luz la oscuridad sutilmente repartida. Esta es la tentativa más audaz. No es en las cosas del pasado ni en las utopías donde se capta lo maravilloso, sino en el presente.

Los experimentos en que vemos ocupado al arte parecen tender a descubrir una relación nueva, estable, entre lo consciente y lo inconsciente.

Kirchhorst, 4 de noviembre de 1945

Lectura: *África,* de Gustav Hermann Kletke; esta obra en tres volúmenes es una colección de descripciones de viajes. Hay en ellas buenas observaciones sobre el islam.

«Cuando Barth le contó al jeque, entre otras instituciones propias de los europeos, que los cristianos estaban habituados a asegurar sus posesiones en la tierra y en el mar, a asegurar incluso la semilla en los campos, y hasta la propia vida, el jeque no pudo negar, desde luego, que eso representaba una inteligente medida cautelar con respecto a las preocupaciones de este mundo. Pero a él, mahometano piadoso, le parecía que tales métodos ponían en peligro la salvación del alma en el otro mundo.»

Kirchhorst, 5 de noviembre de 1945

Continuado la traducción de Rivarol. A veces tengo la impresión de que toda la miseria de nuestros días empezó con la ejecución de Luis XVI. En la historia volverá a encontrarse con frecuencia eso: la víctima exhibida, que guía la danza, como si saliese de los relojes del destino. Así, la muerte del conde Helfenstein precedió a la Guerra de los Campesinos, que trajo a Alemania una miseria horrible: y así, el asesinato de la pareja de los Habsburgo precedió a la Primera Guerra Mundial. En nuestro mundo de tinieblas esa sangre se asemeja a la ofrenda derramada; en torno a ella se arremolina ávidamente el enjambre de los espíritus vengadores.

El año de 1789 representa uno de los puntos de inflexión capitales. Arqueólogos futuros podrían fijar en él el final del «Imperio Medio». ¿Cómo será la gran contabilidad? En última instancia el incremento de libertad recae, en la página de las pérdidas, sobre los franceses. Ya el nacionalismo alemán de las guerras de Liberación se formó de acuerdo con esos modelos, como también lo hizo, más tarde, la revolución rusa. Los bolcheviques, para trepar, se aferran a los jacobinos como a rodrigones, bien dando un rodeo a través de Hegel, bien de manera directa. *Marat* se llama uno de sus buques de guerra. Nadie habría imaginado que ese tragador de sangre volviera a ser rehabilitado alguna vez, excepto en pequeños círculos de anarquistas. Pero aún están aguardándonos otras sorpresas.

Anotación sobre lo apuntado en la Barraca del Auwald el 7 de abril de 1940:[15]

El petróleo, cuando está en los bidones, es turbio, opaco, carece de brillo. Pero basta que caiga una sola gota en la carretera para que sobre lo húmedo se desplieguen unos colores maravillosos; en comparación con ellos resultan toscos, corporales, todos los colores que conocemos. Son juegos que se desarrollan sobre películas finísimas, lindantes con la nada. La materia delata que está acercándose a su estado misterioso y que va a pasar a él.

Eso mismo es posible con el tiempo: en aquellos momentos en que la oscura corriente se torna transparente, en que está superpuesta a la eternidad como un último destello que se apaga. Unas fracciones de segundo pueden tener en esos momentos el mismo peso que un milenio.

Si cortamos el tiempo en capas finas, los contenidos parecen inmóviles, como en las instantáneas fotográficas. Si aplicásemos métodos infinitamente más finos nos tocaría en suerte una sorpresa. Es cierto que al principio los contenidos se harían más rígidos todavía, pero luego se perdería su forma, su diferencia, y comenzarían a refulgir mónadas de tiempo. Nos acercaríamos al fontanar de las ilusiones. De esa clase es el sueño de Mahoma.

Kirchhorst, 6 de noviembre de 1945

Se ha presentado en casa por sorpresa Friedrich Hielscher; en él he vuelto a encontrar, como siempre, la antigua seguridad, si bien ahora un poco difuminada. Ha perdido su casa, sus muebles, su correspondencia, su biblioteca, pero su mujer consiguió poner a salvo sus manuscritos: en Marburgo, donde está viviendo ahora.

Tras el 20 de julio lo detuvieron y encarcelaron en la prisión de Moabit. Allí, durante un interrogatorio que no progresaba como debía, lo llevaron a los sótanos para hacerle preguntas más minuciosas, es decir: para someterlo a una sesión de latigazos, que duró una hora. Uno de los verdugos lo golpeaba, el otro leía las preguntas numeradas de un cuestionario y anotaba las respuestas. Los dos fumaban cigarrillos mientras ejecutaban su trabajo. Bogo ha dicho que lo más agotador de todo fueron las combinaciones mentales que aquello exigía y que tenían que ser rápidas como el rayo — primero, para evitar contradicciones, y además, para no mencionar nombres que aún no hubieran surgido en la investigación. En tales casos uno intenta echar las culpas a personas que ya no estén vivas. En determinadas circunstan-

cias es preciso realizar combinaciones mentales también con ese hecho.

Una vez liberado volvió a ver a los dos sujetos que lo habían azotado: eran dos simples escribientes, de esos que se ven por todas partes en las oficinas públicas, sentados detrás de montones de expedientes.

Kirchhorst, 7 de noviembre de 1945

Terminado la lectura de la *Crónica de la familia Zimmern.* Es uno de esos libros que uno puede releer cada año.

En uno de los primeros capítulos se menciona el Purgatorio de san Patricio. Está situado en una cueva de Irlanda, en la que se ven los sufrimientos de los condenados. Hasta aquel lugar llegó Hans von Gerolseck, esposo de una tal Anna von Zimmern. Una vez que volvió de allí estuvo taciturno y triste todos los días que le quedaron de vida, hablaba poco y falleció no mucho después.

También hoy se oyen cosas parecidas de quienes han estado presos algunos días en lugares de espanto; cuando regresan fallecen al poco tiempo o se suicidan. Hay aspectos de lo infernal que trastornan el espíritu o le roban su fuerza vital al ser humano — este se parece entonces a alguien que hubiera echado una ojeada a una cocina infame y apartase de su lado el plato.

Kirchhorst, 13 de noviembre de 1945

A pesar de la lluvia y de la niebla siguen floreciendo los crisantemos. Esta tarde he estado en el jardín revolviendo el abono. Resulta notable el halo tan preciso de consciencia que rodea un hecho tan sencillo como el de que la tierra blanda vuele por el aire. Tal halo va acompañado de ideas procedentes de muchas disciplinas científicas. El espíritu muestra gráficamente a la visión directa los rasgos sutiles de su química, de su mecánica, de su biología. ¿Es acaso por eso por lo que nosotros somos ahora más fuertes que los jardineros de otros tiempos? Creo que, en todo caso, no somos más débiles. Es nuestro estilo.

La tarea del autor, en la medida en que ella tiene sentido para otros, es la fundación de una tierra natal espiritual, de una morada espiritual. Puede ser una modesta hornacina con una imagen, o un banco delante de un portal, o una casa de campo, o un palacio, pero puede ser también una amplia extensión de bosques y cadenas montañosas o el espacio cósmico. La obra poética se impone al mundo de una manera mucho más honda y duradera que todo saber, que toda política. Todavía hoy sigue introduciéndonos en las murallas de Troya, en el palacio de Agamenón. Así como la seguridad de un lugar, su condición de habitable, en quien reposa es en el héroe, así es el poeta el que consigue que reconozcamos ese lugar, que lo recordemos: que se convierta en tierra natal.

Son los poetas los que proporcionan los grandes albergues, los grandes refugios. De ahí que en aquellos sitios donde ellos faltan se propague enseguida un vacío terrible. Es cierto que en tales lugares aún puede habitarse, pero se vuelven inhóspitos, carentes de sentido, desconocidos en su interior.

Cada vez más abajo. Las víctimas de los años pasados, cualesquiera que fuesen los horribles calabozos en que se extinguieran, eran recordadas, sin embargo, con compasión y cariño en la otra punta del globo terráqueo. Tenían sus abogados. Los innumerables seres anónimos que hoy están sufriendo ese mismo destino carecen de defensores. Sus estertores de muerte se pierden en una soledad terrible. Y en aquellos sitios donde sus sufrimientos se filtran un poco, a pesar de todos los esfuerzos por mantenerlos ocultos, lo que provocan es un sentimiento de satisfacción demoniaca.

En el correo, entre otras cartas, una por la que me entero de que también nuestro buen Humm ha caído. El bombardeo de alfombra que destruyó la ciudad de Wurzburgo se lo llevó por delante, a él y a toda su familia, también, por tanto, a su

último hijo, cuyo nacimiento festejamos no hace tanto tiempo en el hotel Raphaël.

Cuando leía la noticia veía con toda claridad ante mis ojos su fina cabeza de cabellos blancos. Nos resulta especialmente difícil concebir la muerte de personas que irradiaban tal seguridad.

Poco a poco va viéndose que nuestro grupo de París ha quedado arrasado como si sobre él hubiese caído una bomba. La cosa comenzó ya el 20 de julio de 1944, con el estrangulamiento de Von Stülpnagel, Hofacker y Linstow, y ha culminado en los meses de esta primavera. También son frecuentes los suicidios, como el de Hartog, que en sus posesiones de Silesia se dio la muerte en unas circunstancias espantosas. De Pr. se dice que fue descuartizado y arrojado como comistrajo a los cerdos en su finca de Pomerania. No hay horror de los tiempos antiguos o de los modernos que no haya retornado. Algunos, como Leo, han desaparecido en los campos de exterminio rusos, en los que continúa el terror, a veces en los mismos sitios acerca de los cuales leemos ahora revelaciones espantosas. Pero no hay comentarios sobre lo que ahora está ocurriendo allí. Otros, como Crome y como Kossmann, se encuentran en Siberia. En comparación con ellos hay que considerar afortunados a quienes, como Grüninger, cayeron combatiendo.

Yo tenía a veces, en aquellos años, la sensación de estar viviendo en medio de un grupo de personas marcadas, en el camarote de un barco ya hundido, ante cuyas ventanas se deslizasen sombras. Una variante de los Caballeros de Ekeby.[16]

Kirchhorst, 15 de noviembre de 1945

Por la mañana en Burgdorf. Cada vez que paso por Beinhorn siento especialmente cerca a Ernstel. Allí imperan sus manes, en el bosque, y en el pantano, y alrededor de las encinas que se alzan delante de las casas de labranza.

Entablé conversación con el propietario, un campesino. Ha perdido a su único hijo en Stalingrado.

—Tenemos aquí todo un bosque de madera y nuestro muchacho ni siquiera tuvo un ataúd.

Kirchhorst, 20 de noviembre de 1945

Melancolía. Como ya me ha ocurrido muchas otras veces en que me encontraba de ese mismo temple, el hojear carpetas con reproducciones de cuadros me ha procurado distracción. Esta vez han sido cuadros de Pierre Bonnard, de Braque, de Utrillo, de Fautrier. En Bonnard se hace patente aquella cara o tarea del impresionismo que cabría calificar de «conquista de las moléculas por la seguridad consciente». Un ambiente es transmutado en consciencia. Eso es algo que resulta más reconfortador todavía en su contemporáneo Henri Lebasque, cuyas escenas de interior y de jardín están anegadas en una corriente de dicha y de calma. La pintura proporciona también historia de los detalles, por ejemplo de una alegre mañana primaveral de 1910, de sus elementos imprecisos, que no son captados por ninguna escritura.

En un manifiesto a propósito de las epidemias Montgomery expresa su esperanza de que «el invierno sea riguroso». Cuando están vacías la cocina y la bodega, la gente prefiere la gripe a la muerte por frío y por hambre. Desde luego la muerte por frío no es contagiosa.

Freunde in der Not gehen tausend auf ein Lot. [Amigo en buen tiempo, múdase con el viento.] Sí, pero uno solo pesa más que mil. *Un* ser humano puede bastar para sustituir a tantos como se quiera; el número carece de significado. Tales cribas, que separan el grano de la paja, resultan beneficiosas en todos los aspectos.

El antigermanismo parece formar parte, igual que el antisemitismo, de los humores básicos del mundo; no necesita

argumentos. Lo que uno ve al abrir hoy un periódico es que las gentes, también mis propios compatriotas, se entregan al antigermanismo como a una orgía. No hay absolutamente nada bueno en los alemanes, y eso lo dicen también espíritus en cuya superioridad o, al menos, decencia habría uno creído.

Kirchhorst, 24 de noviembre de 1945

En esos momentos de nuestra vida en que se enseñorean de nosotros las cosas tristes, grises, el odio del mundo, en esos momentos dormir se convierte en un consuelo, en un palacio de imágenes al que bajamos.

En tales situaciones el despertar se revela como un dolor. Uno resbala hacia la consciencia como hacia una charnela cortante. Pero no debemos quejarnos, pues hay grados. Así, en una carta escrita por Merck a Goethe el 18 de octubre de 1788 leo lo siguiente:

«... y el instante en que me quedo dormido es el más venturoso de todos — pero también es el más desventurado aquel en que me despierto. Es como si esto último ocurriera a causa de un cañonazo, y luego es como si todo mi cuerpo fuera traspasado por mil lanzas».

Y es cierto que poco después de esa fecha llegó su suicidio.

Kirchhorst, 26 de noviembre de 1945

La casa de mis suegros es una de las pocas de la zona de la plaza de San Esteban que no ha quedado arrasada. Las ventanas han sido sustituidas por papel transparente, las puertas se bambolean en sus goznes, el techo del salón ha sido dañado por una bomba incendiaria. Se caldea la casa con pedazos de madera recogidos entre los escombros. He dormido en el sofá y leído los diarios de Hebbel, un tónico de eficacia probada.

Por la mañana he estado en la ciudad; aún no puedo habituarme al aspecto que ofrece. Allí parecían estar deslizándose de un lado para otro fantasmas procedentes de los viejos tiempos burgueses. Temas para Kubin: lo único que ha que-

dado en una gran pared es un balcón, pegado a ella como un nido de golondrinas; hasta él lleva una escalera que también flota en el aire. Un eremita se ha emparedado en aquel balcón; el humo que sale del tubo de una chimenea atestigua su existencia. A veces se ve a seres humanos desaparecer de repente en los montones de escombros, sin duda en el agujero de un sótano. También de los jardines se elevan chimeneas humeantes. Uno se imagina estar atrapado en un sueño confuso y anhela despertar.

Ahora tenemos ocasión de estudiar la otra cara de la *hybris,* de la desmesura, el rayo de la venganza, que solo en apariencia lanzan seres humanos. Pero una vez más vuelven a sufrir millones de inocentes; y otros millones sufren más de lo que merecen.

El espectáculo adquiere un aspecto diferente, sin embargo, para quien divisa en el dolor, en el sufrimiento, el auténtico capital del tiempo. Los alemanes podrán decidirse algún día a reinvertir en desquite ese capital que ahora está acumulándose en millares y millares de lugares de horror aún desconocidos — entonces ese capital será derrochado en pura pasión. Pero también pueden ponerlo a rédito y hacer ganancias con él: cosechar los frutos del sufrimiento, que maduran silenciosos en forma de sabiduría, de amor, de poder interior, de alegría de vivir, cosas todas ellas que siguen a la lección impartida por los golpes del destino.

Kirchhorst, 28 de noviembre de 1945

A última hora de la tarde he terminado mi trabajo sobre el lenguaje y la anatomía.

De las dificultades que una empresa como esa trae consigo la más significativa es la que cabría calificar de «preservación de la originalidad de quien se aplica a ella». Hoy resulta sospechosa toda afirmación que no salga de la boca de un especialista, es decir, que sea independiente del estado más reciente de las investigaciones. Y, sin embargo, es en esa independencia donde reside el valor de la visión directa.

Una característica de la edad técnica y de su progresión es la desconfianza hacia quien se planta ante su objeto sin un aparato. Resulta sospechoso, por ejemplo, todo aquel que, sin ser catedrático de teología —y en esto hay que distinguir aún entre los especialistas del Antiguo y los especialistas del Nuevo Testamento— hace una observación nueva sacándola de su lectura personal de la Biblia.

Eso significa, empero, poner las cosas boca abajo, pues ese modo de conocer de los especialistas constituye una de las razones que excluyen de la riqueza original del objeto. Moisés y Cristo se dirigieron, y siguen dirigiéndose todavía hoy, a unos espíritus enteramente distintos. Un sastre, un jardinero, un labrador, un pescador pueden estar más cerca del texto y captar fuentes más profundas por debajo de él, cosa que, naturalmente, no se basa en sus profesiones, sino en su ingenuidad. Si la tienen, leerán en el texto algo nuevo, sacarán de él agua viva, y eso nuevo será a la vez lo antiguo, el texto sagrado originario, que se revela en la palabra. En cambio, los trabajos de Sísifo realizados por los escribas y doctores de la Ley no servirán de nada, pues conducen, por caminos cada vez más sutiles, al vacío.

Kirchhorst, 29 de noviembre de 1945

Primer aniversario de la muerte de Ernstel. Todavía siguen llegando cartas de amigos suyos de Salem y de Haubinda, que preguntan si va a prepararse con ellos para el examen final de bachillerato. Demasiado tarde, pues hace ya tiempo que aprobó su examen de madurez.

Kirchhorst, 6 de diciembre de 1945

Con un fuerte viento en contra, viaje en bicicleta a Burgdorf, a la consulta del dentista. En Burgdorf he leído, entre los carteles pegados en las paredes, una orden de las fuerzas de ocupación que dice que hay obligación de apisonar los campos de espárragos y prohíbe plantar árboles frutales. Los alemanes quedan reducidos a una dieta de patatas, como los irlandeses en los mejores tiempos de Inglaterra.

En la consulta del dentista he encontrado a un pequeño funcionario que necesita un puente, pues se le han caído los dientes. Para ello tiene que presentar el visto bueno de un oficial de Estado Mayor, el cual es quien decide si la cosa merece la pena. El hombre tiene más de sesenta años. Lo que me ha interesado en su caso ha sido la seriedad de bruto con que ha intentado explicarme que él sí merecía realmente su puente, en lugar de declarar sin rodeos que lo que el tal oficial merece es una buena bofetada. Los alemanes continúan siendo incorregibles.

Tal vez se encuentre entre las tropas de ocupación un heredero espiritual de Swift y haga colección de chaladuras, que ciertamente no faltan.

Kirchhorst, 12 de diciembre de 1945

Por la tarde ha venido Rademacher, que está pensando en hacer un segundo viaje a Überlingen. Ha traído noticias de varios conocidos; por ejemplo, de Gärtner, que intervino en la sublevación de los pueblos celtas y fue hecho prisionero. En la cárcel lo drogaron, pues la policía quería saber nombres; parece que las drogas empleadas fueron compuestos de atropina, que los carceleros pulverizaban también dentro de su celda. Esos compuestos, por lo que se dice, agudizan la consciencia y a la vez producen una euforia que debilita la voluntad, de manera que la gente, con una óptima capacidad de recuerdo, cuenta precisamente aquellas cosas que desea mantener en el más riguroso de los secretos. Dos tentativas de suicidio, una colgándose en la celda, y otra, saltando por la ventana de la habitación donde lo interrogaban.

Kirchhorst, 13 de diciembre de 1945

Dado que a causa del frío resulta casi imposible mantener los libros en la mano, a última hora de la tarde suelo construirme, con la ayuda de dos mantas, una especie de tienda de pastores mongoles, en la que introduzco la bombilla eléctrica mediante un cable alargador.

En esas condiciones vuelvo a leer una vez más, con un placer nada común, *Las mil y una noches,* en los volúmenes publicados por la editorial Insel. Es una gran suerte haber salvado de entre mis libros tal tesoro. Justo ahora puede disfrutarse en esa obra lo que Stendhal dice de ella y Hugo von Hofmannsthal repite en su prólogo: «Un libro que hace de una cárcel la más deliciosa de las moradas».

En su prólogo Hofmannsthal ha captado el Oriente en su núcleo: como una de las grandes regiones de nuestro interior, como *nuestro* Oriente.

Yo llamaría «razonamiento por simetría» a la averiguación de una incógnita, de una relación desconocida, mediante su coordinación arquitectónica o refleja con una relación conocida. Uno de esos asuntos es la cuestión de la correspondencia metafísica de nuestros esfuerzos técnicos — la cuestión de la incógnita de nuestro mundo. A ese respecto, uno de los razonamientos posibles sería el siguiente:

En todas las épocas se ha supuesto que la divisibilidad de la materia tiene un límite y que en la búsqueda de lo infinitamente pequeño hay un punto final, del que no puede pasarse. Eso lo confirman ahora los experimentos. Si alcanzamos ese límite y seguimos dividiendo, se llega a una transmutación de las cualidades, a una metamorfosis súbita de la magnitud divisible, con un aflujo enorme de energía.

El razonamiento por simetría llegaría a la conclusión de que también en la búsqueda de lo infinitamente grande ha de haber por fuerza una correspondencia de eso. Es preciso que nos imaginemos una extensión de tal grado que en ella lo infinitamente grande se esfumaría en favor de una manifestación nueva, formidable. Este pensamiento se compadecería con las teorías astronómicas según las cuales existe un mundo que es, ciertamente, gigantesco, pero limitado. Esta hipótesis es extraordinaria y apunta a una modificación, a un salto perceptivo, impensable todavía en el siglo pasado, a un

punto final del pensamiento fáustico y a una fijación incipiente de la imagen del mundo.

¿Qué es lo que ocurre en el momento en que se alcanza y sobrepasa el límite superior del espacio? Podría suponerse que se llega a una aniquilación del tiempo, de igual modo que en el límite inferior se llega a una aniquilación del espacio. Lo infinitamente grande recibe una dirección; se transmuta en una cualidad superior, en eternidad.

Esa noción de lo infinito que teníamos todavía hace poco tiempo, más aún, que sigue predominando todavía hoy, conviértese ahora en algo perteneciente al pasado, en uno de los aspectos de la peregrinación por el desierto. Se inscribe en la serie de las formas de veneración, en la historia de las religiones, en los apócrifos del materialismo. Aunque la cumbre de una montaña se encuentre llena de observatorios: estuvo emparentada con el Sinaí. Los observatorios astronómicos van sucediéndose desde los primeros tiempos y siempre se llega en ellos al mismo límite: el punto en que el saber capitula.

Kirchhorst, 15 de diciembre de 1945

Continuado la lectura de *Las mil y una noches.* El cuento del faquín y las tres muchachas es uno de los collares de perlas que ciñen el libro. En su composición hay arbitrariedad libre, y, sin embargo, un comedimiento prodigioso. Así es como un bailarín llena a capricho el espacio con sus figuras — pero siempre en el orden de la música. Un cuerpo bello produce pliegues armoniosos en el vestido que lleva.

La curación es difícil porque los más de los enfermos desean ciertamente desembarazarse de la enfermedad, pero no ponerse sanos.

De lo que se trata es de llevar al enfermo a aquel punto en que quiera ponerse sano.

El médico no es un remolcador; es un piloto que se toma a bordo.

También en la medicina es variable la táctica e inmutable la estrategia.

La mano que se mueve cuida al enfermo, la que está quieta lo sana.

Hamburgo, 20 de diciembre de 1945

Visita a los amigos de Hamburgo. Durante el viaje el chófer me señaló con el dedo, delante de la iglesia de Bergen, la picota que allí se ha conservado con su cadena. Por un instante tuve la duda de si se trataba de una reliquia de la Edad Media o de una reliquia del pasado más reciente.

La estancia en la machacada ciudad me ha resultado deprimente, me ha traído a la memoria el desencanto que sentí en Kiev y en Stalino. El Este proyecta sus sombras. Los seres humanos, aunque continúen en posesión de la totalidad de sus miembros, parecen mutilados. Se los veía escarbar entre las ruinas en busca de pedazos de madera y de escorias y afanarse en los jardines delanteros de las casas alrededor de magníficos árboles viejos, que han caído víctimas del hacha. Es preciso que lo alto caiga, ese es uno de los rasgos fundamentales de este tiempo.

Me he alojado en casa de Ziegler; como todo el mundo, también él está rodeado de incomodidades. Entre los conocidos que he ido a visitar han estado Gerhard Günther y Wilhelm Stapel; este último me ha recibido en su cuarto de trabajo. Allí hemos estado sentados como en el interior de una cámara frigorífica; el aliento se quedaba flotando en forma de nubecitas delante de la boca. Me he enterado de detalles del suicidio de Walter Frank, que se pegó un tiro en brazos de su esposa. Stapel me ha leído sus cartas de despedida; las he encontrado dignas. Entre el enorme número de suicidios parece que fueron muchos aquellos a los que la noticia de la muerte de Hitler les dio no solo la señal, sino también la justificación; es lo que ha ocurrido también en este caso. He leído esta frase: «El mundo deja de tener sentido para mí desde el momento en que ya no está vivo ese hombre». Este

historiador era una de las cabezas más agudas entre los partidarios de Hitler.

Ha habido una serie de días que cada uno ha tenido que atravesar como si atravesase los barrotes de una reja mortal, una marca del destino que se grabará en el recuerdo como casi ninguna otra de nuestra historia. Eso lo he visto claro también en casa de Gerhard Günther, que me ha descrito las noches de terror que vivió como fugitivo cuando se produjo la invasión de los rusos. Él y sus hombres salieron huyendo de la casa del dueño de una finca de Pomerania y se refugiaron en una zanja en medio de un pinar. A su alrededor caían las balas como en una batida de caza y desde donde estaban oían los gritos de las mujeres en el caserío y veían el resplandor de las llamas. La dueña de la finca, una joven mujer de treinta años, mató con inyecciones de morfina a su numerosa familia, también a su anciano padre y a sus hijos, y al final se pegó un tiro. Esos lugares no llevan nombre, pues los teníamos a millares.

Günther me ha contado también que se había encontrado con Herbert Blank, uno de los viejos participantes en nuestras veladas berlinesas. Pasó toda la guerra en un campo de concentración, en compañía de su mujer, que le dio allí un hijo. Himmler le proporcionó ocupación como especialista: tenía que estudiar los documentos de los procesos contra las brujas; ellos iban a constituir, junto a la historia de la Inquisición, una parte importante de la propaganda que se proyectaba hacer contra las Iglesias.

En la cama he leído los artículos de Carl Peters sobre Inglaterra y los ingleses. Me ha llamado la atención, en el testamento de Cecil Rhodes, la frase que dice que la paz mundial será inquebrantable mientras Alemania, Inglaterra y Norteamérica se mantengan unidas. Es algo que entretanto ha quedado documentado *ex negativo.*

Mientras leía esos artículos pensaba en la posición central que ocupó Guillermo II, en las grandes simpatías de que gozó y en todas las riquezas que ahora han quedado desbarata-

das, como ha ocurrido en esta gran urbe. De buen grado urde uno, empalmando con eso, ideas como, por ejemplo, la siguiente: qué habría pasado si Federico III no hubiera padecido aquel fatal cáncer de laringe y hubiera vivido más tiempo. Pero estas cosas son fantasías a que uno se entrega antes de dormirse. Los seres humanos no son fortuitos. Anuncian, como las agujas de un reloj, la hora que ha sonado. Aunque se los cambie, no por ello paramos el tiempo.

Kirchhorst, 24 de diciembre de 1945

Cuando uno camina por nuestras carreteras puede tropezarse con figuras humanas que no ha visto nunca. Son los prisioneros repatriados, con su halo gris del más extremo de los sufrimientos. A ellos se les ha infligido todo lo que los seres humanos podemos infligir y se les ha robado todo lo que los seres humanos podemos robar. Son mensajeros de lugares donde han sido innumerables las personas que han sido llevadas a la muerte por vejaciones, por hambre, por frío, por ultrajes.

Con uno de esos prisioneros repatriados me he topado hoy en Beinhorn: lo único que le habían dejado era una gris bata de franela a través de la cual pasaba silbando el viento del norte. Por fuerza tenía que venir de lejos y ha pasado a mi lado como una sombra, sin desviar la mirada.

¿Cómo ha ocurrido que hoy, día de Nochebuena, no he podido yo dirigirle la palabra, como sí he hecho con tantos otros? ¿Tan enormemente lejos se hallaba?

Kirchhorst, 2 de enero de 1946

Tras una larga pausa he vuelto a trabajar un poco en el jardín, teniendo por primera vez consciencia del nuevo año, del ascenso. Ha pasado el solsticio de invierno.

Continuado la lectura de *Las mil y una noches.* El mago, a pesar de toda su inteligencia, de todas sus artes, no tiene acceso a la lámpara maravillosa. Esa lámpara está destinada al niño, al muchacho, al holgazán, que es el único capaz de sacarla de los jardines subterráneos cuyos árboles dan flores que son piedras preciosas.

¿Por qué es preciso frotar la lámpara, y no encenderla? Encendida, sería la encarnación del intelecto, pero frotada, hace que se despierte el genio de la materia, la fuerza enorme que descansa inexplotada dentro de la sustancia.

Quien emplea esa lámpara únicamente para iluminar su habitacioncita, como hace la necia madre de Aladino, se asemeja a alguien que calentase su estufa con carbón sin sospechar la fuerza que dormita en el fondo del combustible, una fuerza que, si saliese de él, como un espíritu, podría iluminar ciudades o también incendiarlas. Los cuentos han sabido eso desde hace mucho tiempo, desde el principio.

Kirchhorst, 4 de enero de 1946

Visita de Syben, que llegaba de Berlín y me ha traído saludos de Niekisch. Parece que ahora Niekisch se orienta enteramente hacia el Este. En ese caso no volvería a encontrar su posición de salida, cosa que no me extrañaría tras todo lo que ha pasado: nadie cruza dos veces el mismo río.

El buen sentido político, la capacidad de dar un juicio sobre los pesos y los equilibrios en las regiones políticas, eso es algo tan raro como la captación justa del conflicto trágico. De ahí que encontrar un buen drama sea igual de raro que encontrar una concepción política auténtica.

El reproche que Rivière hace a los alemanes, a saber: que no son hombres de «o lo uno o lo otro», sino de «tanto lo

uno como lo otro», es consecuencia necesaria de la posición intermedia que ellos ocupan entre unos vecinos poderosos, es lo único que pueden hacer. Lo que está en medio puede unir, puede mediar, y eso tiene grandes ventajas. El «tanto lo uno como lo otro» resulta imprescindible para evitar la guerra en dos frentes; Bismarck comparaba su tarea diplomática a la de un malabarista que jugase con varias bolas. Eso le facilita al jefe militar las operaciones en la «línea interior». Aunque se llegue a esa catástrofe que Clausewitz deseaba que se evitase a toda costa, tal catástrofe hace que invada el país no un único adversario victorioso, sino una coalición de adversarios, y eso constituye una diferencia importante, en comparación con una posición periférica como la cartaginesa.

En el correo, entre otras cartas, una de Hanns Möller, secretario de los caballeros de la orden *Pour le Mérite.* Venía acompañada de una esquela del general Von Witzleben, nuestro presidente, sin duda hermano del Witzleben ahorcado tras el 20 de julio de 1944. Le han expropiado su finca y dice que le consienten habitar en una buhardilla de su castillo. Su hijo, el teniente coronel Von Witzleben, dirigió a sus tropas aquel 20 de julio una arenga que le costó la cabeza. Aquel mismo mes internaron a su hija en el campo de concentración de Ravensbrück; allí cayó enferma y fue «gaseada» y quemada.

«Así es como acaba la vida del viejo Witzleben. Comparta usted en silencio su dolor.»

Kirchhorst, 5 de enero de 1946

Patinaje en las cercanías de Lohne, en praderas inundadas. Extraño era el aspecto que ofrecían los grupos de grandes setas que brillaban bajo la superficie reluciente. Uno se deslizaba sobre aquellos grupos de setas como si lo hiciese sobre una estación diferente del año, retenida en el cristal por arte de magia.

Estoy leyendo el diario del viaje a Inglaterra escrito por Marwitz en 1815. El entendimiento sobrio, recio, del propietario de una finca en la Marca expresa las cosas con menos elegancia, pero con precisión no menor que Rivarol. Compara las fincas a árboles que son «desmochados», es decir, a árboles a los que se les cortan las ramas para aprovechar la madera — pero si se derriba el tronco, entonces han acabado tanto la renta como el bienestar. Eso mismo rige para muchas expropiaciones.

Los periódicos traen el testamento de Hitler, que da la impresión de ser auténtico. En él recomienda la prosecución de la lucha racial, es decir, de aquel principio al que sobre todo debe él su ruina. Parece que Hitler fue incapaz de entender la distinción entre el Estado nacional y el *Imperium,* y también, en el interior, la distinción entre el Estado y el Partido.

Kirchhorst, 9 de enero de 1946

Hoy, aniversario de la muerte de mi padre, he estado en nuestro bosque; me ha acompañado el viejo Haustein y hemos estado marcando árboles.

Siempre resulta instructiva la charla con él; sus opiniones, fundadas en una larga experiencia, son las propias del hombre menudo que va saliendo adelante con su trabajo unas veces de labrador y otras de artesano. Entre otras cosas hemos hablado de la edad, asunto del que ya me he ocupado con frecuencia en esta aldea. En ella podrían hacerse observaciones sobre la longevidad, pues, por un lado, muchos varones mueren a edad mediana, y, por otro, hay algunos que alcanzan una edad avanzada. Así tenemos aquí en la aldea un grupo de jugadores *Skat,* una especie de tresillo, y todos sus miembros se acuerdan de la invasión de Hannover por los prusianos tras la capitulación del ejército en Langensalza, cosa que ocurrió hace ya nada menos que ochenta años.

Haustein solo tiene setenta y dos, pero abriga la esperanza de añadir otros veinte todavía. Me ha revelado en confianza algunas de sus reglas de oro. En lo esencial consisten en ha-

cer una alegre ofrenda, diaria a la ninfa Cloacina, semanal a Afrodita, y mensual a Dioniso. Haustein coincidía, sin saberlo, con el famoso doctor Besançon, de París.

Jeden Margen aufs Häuschen,
Jeden Woche aufs Mäuschen,
Jeden Monat ein Räus'chen.

[Cada mañana, una cagadita,
cada semana, un polvete,
cada mes, una cogorza.]

Le he replicado:

—Pero, Haustein, hará ya algún tiempo que usted no practica una de esas tres cosas.

Y su respuesta ha sido:

—*Et givt jo ooch keen Brannteween mehr.* [Es que tampoco hay ya aguardiente.]

Son todavía varones esforzados de la vieja estirpe; en los buenos tiempos se pasaban en la taberna, sin tambalearse, desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana. Haustein ha vuelto a contarme cómo peleó por sus jamones cuando llegaron los norteamericanos: toda una epopeya.

Kirchhorst, 10 de enero de 1946

Lectura: *Henry Brulard,* de Stendhal, uno de esos libros cuya influencia me ha perjudicado. En cuestiones de carácter resulta fácil apropiarse la rigidez, la artificiosidad, la «escuela española», de la que tanto se ufana el autor. Los peligros generales que hay en ello se ven en Nietzsche y en los stendhalianos a machamartillo como Léautaud. También Montherlant muestra huellas bien marcadas de eso mismo.

En el capítulo 26 desarrolla Stendhal, por cierto, junto a las extravagancias habituales, una buena idea. Cuenta que cuando era niño se preguntaba si no sería él acaso el hijo de un príncipe poderoso y si no habría sido la Revolución fran-

cesa un espectáculo organizado para que él aprendiese. Aquí acierta con el núcleo de la estructura pedagógica del mundo.

Kirchhorst, 30 de enero de 1946

He regresado de la segunda visita que he hecho a Friedrich Georg. Überlingen me ha causado una impresión extraña. Un centenar seguramente de existencias espirituales y en su mayor parte ociosas han buscado refugio en aquella ciudad y producen allí, en conexión con las grises y viejas piedras porosas de sus muros, una irradiación penetrante.

Sin duda contribuye a ello el hecho de que en la zona francesa se pase hambre de veras. Entre las instantáneas que se me han quedado grabadas está la de un grupo de figuras humanas pálidas, a punto de caer desmayadas al suelo, las cuales estaban plantadas en círculo en un cruce de calles donde un obeso policía francés regulaba el tráfico. Dentro del uniforme del policía habrían cabido tres de aquellas personas. No han faltado, por desgracia, los fusilamientos arbitrarios, en los que han participado sobre todo alsacianos. Por suerte no ha sido destruida más que una sola casa.

Uno de los conocidos que visité allí fue Leopold Ziegler. Hablamos de Hugo Fischer, del que trazó una buena caracterización, y luego de Baader y de su significado para nuestro tiempo. Por desgracia también el cuantioso legado literario dejado por Baader ha quedado calcinado, como tantas otras cosas, en uno de los grandes incendios de ciudades. Se dice que lo mismo le ha ocurrido al legado literario de Hamann; este legado, afortunadamente, fue fotocopiado en su totalidad, hasta el más pequeño trozo de papel, por encargo de Nadler. Aquí tendríamos, por tanto, uno de los casos en razón de los cuales saludó Burckhardt ya muy pronto la fotografía como un poder asegurador.

Por cierto que este ha sido, por el momento, el último de los viajes de este género. La inseguridad en las carreteras continúa siendo demasiado grande. El país está dividido en

territorios, como en la Edad Media, y resulta difícil y con frecuencia peligroso cruzar sus fronteras.

Hemos hecho el viaje en un automóvil que empezaba a caerse a pedazos, aportado por Rademacher, y con un grupo como el que se formaría por el desconcierto producido en un hormiguero en el que alguien hurgase con un bastón. Fehrmann, un banquero al que buscan con insistencia varias de las potencias ocupantes. Parece que antes de la guerra les estropeó, sobre todo a los ingleses, grandes negocios de armas en países exóticos. También los franceses se interesan por él. Fehrmann se prepara a pasar la frontera con ayuda de pasaportes falsos y sobornos; su próxima meta es Lisboa. De vez en cuando menciona sus negocios; dan idea de una dimensión en la cual las cosas se vuelven sencillas, se convierten casi en un juego, al menos para los iniciados, que poseen la clave. Los grandes ríos de dinero tienen su pendiente, sus ramificaciones, sus presas y esclusas y sus técnicos. Hay personas que están siempre ganando, hasta cuando montan a caballo o desayunan.

También Von den Steinen, un exportador de Hamburgo, tenía cosas que hacer en el sur. Anda buscando nuevos contactos. En el viaje de ida nos acompañó el doctor Lilje. Tuve ocasión de admirar la genialidad con que domina lenguas antiguas y modernas. *So viele Sprachen man versteht, so viele Male ist man ein Mensch* [uno es tantas veces hombre cuantas sean las lenguas que entienda] — un dicho que ha quedado confirmado en esta ocasión, para ventaja nuestra. Los centinelas ingleses, franceses, norteamericanos que se acercaban a nuestro coche recibían casi la impresión de estar hablando con compatriotas suyos y echaban solo un vistazo rápido a nuestros dudosos documentos. El doctor Lilje pedía información sobre el camino en el dialecto de las zonas que íbamos atravesando; hizo preguntas en bajo sajón, en turingio, en suabo, y también imitó en ocasiones, para divertirnos, el acento de un viajante de comercio que viniese de Leipzig. Un verdadero regalo del cielo.

Rademacher, al que conozco del contraespionaje parisiense, era quien había reunido a aquellos pasajeros. Rademacher posee otro don, a saber, el de transportar en su cabeza una extensa lista de direcciones, lista que demostró ser muy útil en caso de necesidad. Su memoria actúa como un enchufe que conecta en todas partes. Uno se queda inmovilizado en un poblacho cualquiera, necesita alojamiento, documentos, cartillas de racionamiento, piezas de repuesto; pues bien, Rademacher se saca inmediatamente de la cabeza, como por arte de magia, el nombre de la persona que puede prestar ayuda.

El coche era alquilado y se le notaban los años de guerra. Mal que bien, superó la ida. Pero la vuelta la comenzamos perdiendo el tubo de escape, luego fallaron los frenos; por suerte fue en un sitio donde no había cuneta al lado de la carretera, de modo que aterrizamos sin mayores daños en un prado. Antes de Stuttgart subíamos la gran cuesta que hay cerca de Leonberg. Yo iba sentado en la parte de atrás y leía un manuscrito que me había dado Friedrich Georg, cuando ocurrió una cosa notable. Sentí una especie de aturdimiento, mientras el espíritu vital se separaba de mí y ascendía por los aires a gran altura. Luego descendió y volvió a tomar posesión de mí. Oí gritos de mujeres en la carretera, sentí un golpe y vi que estaba sentado al aire libre.

¿Qué había ocurrido? Un camión polaco que venía de frente había derrapado en una curva helada y había rebanado el techo de nuestro automóvil. La pesada carrocería del camión se había deslizado por encima de nuestras cabezas mientras destrozaba el coche. Mi abrigo estaba completamente cubierto de cristalitos.

Nos apeamos y vimos cómo fluía el aceite por los tubos rotos y coloreaba de verde la nieve. Al lado mismo de la carretera había un barranco. Era evidente que habíamos salido bien librados y teníamos motivos para estar agradecidos.

Lo que a mí me resultó asombroso en este suceso fue que, aunque yo estaba absorto en mi lectura, hube de percibir po-

co antes el peligro; lo noté desde otra dimensión. Lo invulnerable se aleja entonces de nuestro cuerpo y vuelve luego a acercarse a él desde fuera, palpándolo como si fuera su instrumento, para comprobar si sigue intacto. En ese mismo instante Perpetua se hallaba asomada a la ventana en Kirchhorst y le decía a Alexander:

—Tu padre ha tenido en este momento un accidente.

La Tierra es pequeña.

Los polacos habían continuado su viaje sin volver la cabeza ni preocuparse de nada. Abandonamos el coche a su suerte y llegamos a pie hasta una parada final de los tranvías de Stuttgart. Llamé por teléfono a Carlo Schmid a Tubinga y nos proporcionó un buen alojamiento en la ciudad. A la mañana siguiente Rademacher se sacó de la cabeza, como por arte de magia, las señas del hombre del que se prometía ayuda. Era una buena dirección: la de un comisario de policía, que nos prestó otro coche. Fue una hazaña lindante con lo increíble, en un tiempo en que resulta casi imposible obtener una plaza de pie en el tren y en que los únicos que viajan por las carreteras son extranjeros.

El nuevo coche marchaba mejor que el viejo; habíamos hecho un buen trueque. El banquero nos había dejado y había hecho bien. Proseguí el viaje con Von den Steinen y con Rademacher, que conducía. En Hersfeld, muy cerca ya de la frontera de la zona rusa, topamos con una de las innumerables barreras que segmentan el país a la manera medieval. Tuvimos que pararnos en un paso a nivel subterráneo.

Un pequeño norteamericano de color oscuro se acercó al coche y nos pidió los pasaportes. Por causa del cambio, el número de matrícula del coche no coincidía con el número que figuraba en los papeles. Aquí nos faltó el doctor Lilje con su excelente inglés y sus hábitos de clérigo.

Cuando uno domina de manera deficiente una lengua tiende a hablar alto, como si se dirigiese a personas duras de oído — eso fue también lo que hizo Rademacher, en su empe-

ño de explicar cómo habíamos cambiado de coche. Yo tenía la impresión de que el tono empleado no era el adecuado. Hay ocasiones en que lo que importa no es tanto tener razón cuanto escurrir el bulto. Este era uno de esos casos. Aquel paso a nivel subterráneo era un lugar sospechoso. Tenía las características propias de los pasos estrechos, de los desfiladeros angostos.

La discusión fue subiendo de tono y alcanzó un punto en que el centinela la interrumpió con brusquedad. Esgrimió una sonrisa que no prometía nada bueno. Nos vimos obligados a apearnos y a abrir nuestras maletas. Yo llevaba los útiles de aseo, algunas plantas de flores, un poco de pan; Von den Steinen llevaba más o menos lo mismo que yo. En la maleta de Rademacher aparecieron, en cambio, algunas cajetillas de cigarrillos, regalo del comisario de policía. Ahora nos habían pillado. El centinela exclamó en tono triunfal:

—*Blackmarketers* [traficantes del mercado negro].

Otros soldados se acercaron corriendo.

Yo me quedé asombrado de la extraordinaria irritación, de la profunda indignación que aquellos hombres manifestaban. Pero cuando en un sitio hay pólvora basta una chispita, una cerilla. Nos vimos obligados a ponernos contra la pared. La atmósfera se volvió amenazadora — algo así como «acogida en el campo de concentración». Un gigantesco *sergeant* corría de un lado para otro, su cara era como la de uno de los brutotes que aparecen en el *Grand-Guignol.* Su cólera aumentaba a cada segundo que pasaba. Ya no importaba qué era lo que habíamos hecho. Aunque era por la mañana, aquel hombre tenía que haber bebido mucho. De repente vi que sacaba su pistola y que la cargaba; la bala produjo un chasquido seco al entrar en el cargador. Aquel ruido pareció enardecerlo todavía más; sus mandíbulas comenzaron a moverse como las de un buey que estuviese rumiando.

Yo me encontraba, con la espalda contra la pared, entre Rademacher y Von den Steinen. Resultaba notable el modo como la situación se había puesto fatal rápidamente, casi sin

transición ni motivo, como en un sueño. Pensé: «Me gustaría a mí saber cómo vamos a salir de esta». Algo, sin duda, tenía que ocurrir. El corazón se emancipó, comenzó a palpitar con rapidez, ruidosamente. Resultaba desagradable, pero no había modo de influir en ello.

En aquel momento se acercó a pie por la carretera un hombre vestido con un abrigo azul. Intentó hacerse oír ya desde lejos:

—*I am the first person of this place.*

Era el *Landrat,* el jefe de distrito. Su automóvil, dijo, había sufrido una avería, pero el chófer llegaría enseguida con él. Tal vez aquello fuese el *deux ex machina.* Pero el recibimiento no fue bueno.

—*Shut up.* Cierra el pico. Ponte de espaldas a la pared. Quítate el sombrero.

Y así aquel hombre se encontró junto a nosotros, llegado en mal momento; aquello representó, con todo, un descanso y una distracción.

La escena continuó; también otros soldados habían sacado sus pistolas y las agitaban. Era evidentemente grande la tentación de hacer uso de ellas; habría bastado un movimiento imprudente de la mano. Pero acaso era innecesario también eso; si en aquel momento sonaba un tiro, nosotros ofreceríamos resistencia, de eso no cabía duda. Hay situaciones en que la pura existencia se convierte en resistencia.

Miré a derecha e izquierda. Los alemanes estaban inmóviles, de espaldas a la pared; se acercaron algunos transeúntes y volvieron la cabeza, luego se alejaron aprisa de aquel sitio. Mientras estaba mirando a Von den Steinen vi que se ponía pálido, se tambaleaba y luego caía de bruces al suelo. Un ataque al corazón. Sin duda había tenido también palpitaciones. Lo levantamos y lo sentamos en una piedra. Este incidente tuvo una cosa buena; actuó como si hubiéramos ofrecido un sacrificio, un sacrificio que satisfizo a aquellos salvajes y calmó su ira. Enfundaron sus pistolas. El negro pequeño trajo

incluso un tónico cardiaco. Luego detuvieron a Rademacher, por *blackmarketer,* y se fueron con él y con el coche, dejándonos a nosotros en el paso a nivel subterráneo. Tuvimos la impresión de que, igual que en el accidente, habíamos vuelto a salir bien librados.

Llevé a Von den Steinen a la ciudad y conseguimos encontrar una habitación en una pequeña fonda; estaba abarrotada de soldados, chicas y refugiados. Llegaba ruido de las habitaciones. En el pasillo tropecé con un negro medio borracho; me agarró por la solapa al tiempo que murmuraba con insistencia y familiaridad esta palabra:

—*¿Lokös?*

Le enseñé la puerta de aquel sitio; la abrió e intentó meterme dentro. Por suerte pasó en aquel momento por allí una chica alemana que conocía al negro y le explicó el error en que había incurrido. Resultó que se había citado allí con alguien dedicado al mercado negro que se llamaba Lucas. Era aquel un lugar sospechoso, que ni pintado para la pluma de un Petronio, un lugar infecto, lleno de ese desorden ruidoso y febril que suele establecerse a costa de los vencidos y con la participación de las heces de la sociedad. Gracias a Dios Von den Steinen comenzó a recuperarse; fuimos a nuestra habitación, nos metimos dentro y echamos la llave.

A la mañana siguiente acudí a la oficina del *Landrat,* el jefe de distrito. También allí reinaba una gran confusión; los pasillos estaban abarrotados de fugitivos de la zona rusa. Una secretaria declaró que no había la menor posibilidad de que yo tuviese acceso al jefe de distrito; estaba ocupadísimo. Le di a la secretaria, para que se lo entregase a su superior, un pequeño papel; en él ponía: «Ayer participé en el desagradable incidente». Inmediatamente me recibió, me saludó como compañero de desdichas y me preguntó qué deseaba. Me enteré de que Rademacher y el coche habían sido entregados a la policía alemana. Dos, tres llamadas telefónicas fueron suficientes para deshacer el embrollo. Pude ir a recoger a Rademacher a la cárcel, que estaba de bote en bote; Ra-

demacher había pasado en ella una mala noche; también el coche recobró su libertad. Pudimos continuar el viaje con nueva documentación.

También en las cercanías de Kassel, en la frontera de la zona inglesa, volvió a haber escenas desagradables. Los motivos son casi siempre insignificantes, pero encierran el riesgo de asumir dimensiones no esperadas y desembocar, por ejemplo, en un encarcelamiento de larga duración. De ahí que por el momento vaya a limitarme a mi jardín y a ir a sitios a los que pueda llegarse con la bicicleta.

Kirchhorst, 7 de febrero de 1946

Kanne dice, con ocasión de una prueba, que siente que su oración «se abre paso».[1] En tales casos ha de ir asociado a la oración un determinado estado de ánimo y dar fuerzas al que reza, de modo similar a como la verdad asociada al juramento hace que el testigo sea inquebrantable. De lo contrario, los textos del juramento y de la oración no pasan de ser formalidades vacías.

Tal vez ese estado de ánimo es el miedo, que otorga base y profundidad al acercamiento. Si es lo bastante fuerte, el miedo puede, incluso sin texto, alcanzar su meta, cosa que también es insinuada por san Pablo.

Cabe suponer que, cuando aumenta el miedo, inmediatamente crece también el número de oraciones en este mundo. Eso opera como una válvula de escape, como un desagüe, que contrarresta la tensión y el atasco crecientes de los poderes terrenales.

Es formidable el pensamiento de que la persona singular en su habitación solitaria, el débil en su escondrijo, el perseguido en la celda de su prisión, pueden ofrecer resistencia a Leviatán e incluso emplazarle ante el tribunal, y que esa fuerza les es proporcionada precisamente por el miedo: por el hecho de tener un comportamiento sufriente.

Kirchhorst, 21 de febrero de 1946

Dado que no podemos estar sin errores, hemos de desear que no se releven con demasiada celeridad. Pidamos, pues, que nuestros errores duren mucho, que sean de onda larga. Los barcos alcanzan con más seguridad el puerto si navegan sobre errores de ese tipo: las Iglesias, sobre errores de mil años; los Estados, sobre errores de cien años; los individuos, sobre errores de siete y diez años.

El sábado y el domingo hemos tenido la visita del *captain* Cohen, que sirve como médico jefe en el ejército inglés. Mi hermano Physicus le dio asilo en su piso de Berlín tras la denominada *Kristallnacht,* la «noche de los cristales». Ha traído consigo una gran cantidad de golosinas para nuestra mesa, que estaba muy desabastecida. De los judíos podrán decirse muchas cosas, pero no que sean desagradecidos.

Gracias a este visitante, que sabe leer muy bien en voz alta, he podido formarme por vez primera una idea de Däubler y de su reino. De su obra *Das Nordlicht* [La aurora boreal] me ha gustado especialmente la entrada de la Noche, en figura de Reina de los Moros, en Venecia — un canto crepitante, empapado de radiación cósmica vista como luz oscura.

Cohen me ha dado también un manuscrito inédito de este autor, titulado *Der Heimgang der Stämme* [El regreso de las estirpes], dedicado al destino estelar de los pueblos. Däubler da la impresión de poseer una sensibilidad superior — en él se abre paso cual un ojo y adquiere visión un órgano que establece una vinculación misteriosa entre el Universo, por un lado, y los vegetales, los animales, los hombres, por otro.

Kirchhorst, 2 de marzo de 1946

Este mes han quedado reducidas a la mitad nuestras ya escasas raciones de alimento. Eso representa la sentencia de muerte para muchos seres que hasta ahora iban viviendo a duras penas, sobre todo para los niños, los ancianos y los refugiados. Me entero por los periódicos que este modo de hacernos pasar hambre despierta satisfacción en muchos lugares del mundo. Un periódico comunista de Francia dice que

todavía nos van demasiado bien las cosas a los alemanes y se asombra de que nuestros niños tengan calzados que ponerse.

Esto sería soportable, y resulta comprensible, si uno se atiene al hecho de que ha perdido la guerra y de que ha de pagar deudas. Más desagradables son aquellos de nuestros compatriotas que se figuran haber ganado también ellos la guerra; al pensar así se entregan a un engaño funesto.

Las conversaciones con los visitantes que piensan de ese modo traen a la memoria los tiempos de la *Gleichschaltung*, la «unificación» hitleriana; las conversaciones eran las mismas, lo único distinto era el sentido. El tipo del inculpado recorre todos los sistemas, y con él el tipo del perseguidor, relevándose con él, a menudo en la misma persona. Si hoy nos invadiesen los rusos, cosa para la que muchos están ya preparándose, volverían a repartirse los papeles; de eso vive el mundo político.

Kirchhorst, 16 de marzo de 1946

Me hallaba a medianoche en el pabellón del jardín de una casa de campo, sentado al escritorio, con un manuscrito delante, mientras entraba una mujer delgada, vestida con un maillot negro de trapecista, para ver cómo marchaba el fuego en la chimenea.

Ahora estoy cavilando dónde podrán encontrarse ese pabellón, esa casa, ese jardín; quién era aquella mujer junto a la chimenea encendida; en qué manuscrito estaba yo ocupado.

Y una vez más me viene a la cabeza el pensamiento de si no será más importante la actividad que llevamos a cabo en esos espacios remotos que todo el trabajo que realizamos a la luz del día.

Kirchhorst, 18 de marzo de 1946

Lectura: los diarios de los Goncourt. En ellos se encuentra, con fecha del 9 de abril de 1869, una predicción hecha por el químico Berthelot; según ella el ser humano sabría en el plazo de cien años qué es el átomo y sería capaz, con ese saber,

de regular la radiación del sol como la de una lámpara eléctrica. Los Goncourt anotan al respecto que en ese instante tal vez aparecería Dios en la Tierra y le anunciaría a la humanidad, como en una exposición, que había llegado la hora de cerrar.

En esos mismos diarios se encuentra usada, tal vez por vez primera, la palabra «liquidación» como término revolucionario. Se atribuye el origen de esa palabra a la influencia de la Bolsa, como el de la palabra «revolución» a la influencia de la astronomía.

Además, sobre el derecho de sufragio universal, esta frase: «Tras tantos siglos de educación del género humano para sacarlo de su estado selvático, se vuelve a la barbarie de las cifras y al triunfo de la tontería de las masas ciegas».

Kirchhorst, 25 de marzo de 1946

He dormido mal, pues en mi interior estaba haciendo de las suyas una vacuna contra el tifus. Ahora las medidas coercitivas van ligadas a la distribución de las cartillas de racionamiento; se le retira la cesta del pan a quien no se somete a esas medidas. El Estado ha convertido el azote del hambre en un medio tan ideal que me temo que va a ser difícil que vuelva a renunciar a él, aunque haya víveres en abundancia.

Concibo la vacuna como una intromisión especialmente brutal en la salud. Toma disposiciones sobre el capital de fuerza curativa directa, y eso, como ocurre hoy con todo, lo deciden los especialistas, es decir, unas inteligencias que han convertido su cortedad en un título de gloria y exponen una teoría nueva cada cinco años.

Veo ese procedimiento, más o menos, como si yo tuviese preparada en el sótano de mi casa una cierta cantidad de agua para combatir los incendios. Se me presenta una comisión y se lleva, para posibilidades especiales, uno o dos toneles; con ello perjudica un potencial de cuyo significado no tiene la menor idea. Dado que esas gentes no conocen el poder de la Providencia, todo se les va en seguros. Al final lle-

gan los grandes incendios. Entretanto va dando vueltas por ahí una especie humana que nunca está verdaderamente enferma y nunca está sana.

Kirchhorst, 27 de marzo de 1946

Sigo con fiebre, pero he leído una descripción del clima en los trópicos que me ha animado. Por la tarde en el jardín. He subdividido los bancales, destinando zonas específicas a los guisantes, al berro, a la espinaca, a los rabanitos, a las zanahorias, a las habas y al perejil. Son los placeres abstractos de la horticultura. Van precedidos de la lectura invernal de los catálogos, que es un goce imaginativo.

También pueden plantarse malas hierbas, por ejemplo especies fáciles de arrancar. Es la elección del mal menor, que rige también en lo social, en lo político, en lo moral y en la medicina; en esta última se sustituye, por ejemplo, un determinado estimulante por otro menos peligroso. También pueden salir mal las cuentas, como ha ocurrido con las tentativas de curar el morfinismo con cocaína.

Pero hay un arcano infalible, que consiste en mejorar el suelo. De la pura tierra de jardín se arrancan fácilmente con la mano el egopodio, la grama, el cardo y otras plagas. Esa sería la cara positiva de la teoría del *milieu.*

Kirchhorst, 28 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Uno de los grandes asuntos de la historia es el relevo de esas dos cosas, su movimiento pendular; cada golpe va seguido de un contragolpe; cada desmesura, de un correctivo.

Alemania había pasado a desempeñar, tras 1918, el papel del provocado y Hitler se convirtió en su abogado, se encargó de la réplica. Estaba en su carácter que pasase de la réplica a la provocación desmesurada, con lo cual suscitó a su vez una réplica masiva. Esa es la situación que nos ha legado. Una buena posición de salida fue transformada en su contraria. Algo parecido ocurre en el ajedrez cuando el jugador mueve con demasiada rapidez las piezas importantes; su vo-

luntad es más fuerte que su reflexión, que su inteligencia, que su apreciación de lo posible. Sentados sobre las manos es como hemos de jugar al ajedrez. Debería practicarse ese juego en las escuelas, como ocurre en Rusia.

En una ocasión Hitler se jactó de «hacer política con una frialdad glacial» — era un autoengaño. Se conocía mejor a sí mismo en sus primeros tiempos, cuando reivindicaba para sí el puesto de «tambor». Conozco demasiado poco su historia como para poder juzgar en qué momento pasó a reivindicar el papel de jefe, de Führer. Probablemente fue cuando estuvo encarcelado en la fortaleza, tras la intentona de Múnich. Pero a eso tiene que haber correspondido también una situación objetiva — la falta de fuerzas políticas capaces de enfrentarse a él o también de guiarlo, el no haber tropezado ni en la derecha ni en la izquierda, ni entre sus seguidores ni en el gobierno, con una voluntad superior.

Hoy se tiene a Hitler necesariamente por un puro provocador. Con el paso del tiempo ese juicio quedará reducido a las proporciones que le corresponden. La discusión sobre Hitler reconducirá a sus orígenes. Su éxito sería inexplicable sin la réplica que encontró en él su voz y que fue aprobada por una gran parte del pueblo.

Yo apenas conocía su nombre cuando lo vi en un circo de Múnich, en uno de sus primeros discursos. No hay un tambor que no tenga necesariamente un general. Por aquel tiempo, ¿o fue poco después?, hube de visitar a Ludendorff en un barrio de las afueras de Múnich. Había leído sus memorias y llegué con grandes expectativas. Su nombre iba asociado a los últimos esfuerzos grandes por lograr que todavía en 1918 diese un vuelco el destino y se nos mostrase propicio, y a nuestro entusiasmo por aquellos esfuerzos. Yo creía entonces que la derrota había tenido su causa en los pocos kilómetros que nos separaban de Calais y que no conseguimos salvar. Hoy, tras la conquista y evacuación de territorios enormes, veo que aquello era un error, un innecesario aguijón de las autoinculpaciones.

El suburbio de Múnich se llamaba Solln. Del modo en que me vienen a la cabeza estas cosas infiero que entretanto se han convertido ya en algo muy parecido a un sueño. Fue una clase de encuentro que se repetiría varias veces en mi vida; uno cree poder saber o al menos imaginar por los ejemplos históricos cuál es el aspecto que han de ofrecer un monarca, un demócrata, un revolucionario, un conservador, un caudillo militar, un poeta, y queda decepcionado por los personajes que aparecen. En este caso yo había pensado, como mínimo, en un Mac-Mahon. A Ludendorff lo hallé personalmente agradable, también irradiaba dignidad. Pero enseguida se puso a hablar de los masones y ya no dejó ese asunto; citó a Goethe y la frase que pronunció en Valmy, la de que a partir de allí modificaba su sentido la historia mundial. Esa frase es un ejemplo de unos ojos formidables, de un juicio genial, que ya al ver los brotes sabe cómo va a ser la planta. Pero Ludendorff tenía otra explicación:

—¿Por qué sabía Goethe aquello? Porque él mismo era masón. Lo sabía por Robespierre y por los otros masones que se encontraban en París.

Seguramente lo miré con asombro, pues añadió:

—Tal vez usted crea que yo tengo la manía de los masones. Pero si estudia las cosas con más detenimiento verá lo que hay detrás.

Algo similar me ocurrió con los Cuerpos Francos, de los que había tenido una noción ideal. La patria yacía abatida, como después de 1806. Entonces, a pesar de la superioridad del vencedor, que dominaba a Europa, a pesar del gobierno incapaz, había acudido en masa una juventud que estaba llena de entusiasmo y que tenía pensamientos nuevos y voluntad de sublevarse. Habían bastado pocos años para la liberación. También ahora tenía que volver a ser posible aquello. Si se comparaba las situaciones, la nuestra era mejor. Me dirigí a Rossbach, quien, tras su regreso de los países bálticos, dirigía una asociación ilegal. Yo vivía en Leipzig e inmediatamente se me encargó su representación en Sajonia. Había

allí un grupo que se reunía en la trastienda de un estanco. Se notaba poco entusiasmo; los asuntos tomaron enseguida un tinte desagradable. Yo trabajaba entonces en el Instituto de Zoología; a veces entraba el bedel, mientras yo estaba haciendo la disección de un calamar, y me decía que saliese. En el pasillo estaba un «rossbachiano» al que se le había acabado el dinero para sus desplazamientos. Yo tenía que prestarle ayuda, con dinero de mi bolsillo, naturalmente. Aquella gente no daba la impresión de que fuera como los Cazadores de Lützow o como los miembros del *Tugendbund*, la Liga de la Virtud; incluso a Sand, que asesinó a Kotzebue, se lo imaginaba uno distinto. Uno de aquellos «rossbachianos» estaba involucrado en un asesinato político; otro había sido terrorista y había volado edificios en la Alta Silesia; el tercero había sido director de un semanario de tendencia *völkisch,* «populista», en Breslavia y había tenido que salir huyendo de allí a consecuencia de ciertas maniobras turbias. Al cabo de un mes conseguí que Rossbach me exonerase de aquel cargo y pude respirar. Ni él mismo parecía sentirse cómodo con aquello, pues disolvió los Cuerpos Francos y fundó grupos de actores con los que recorría el país a la manera del *Wandervogel.*

No dejó de ser valioso, de todos modos, el vistazo que eché entonces a los trasfondos de la situación. Ya en 1870 describió Dostoievski el personal clásico de un grupo de conspiradores nihilistas; seguramente conoció bien, por experiencia propia, a los personajes. Yo podía confirmar ahora eso mismo. Lo que causa un efecto deprimente es la pura tecnicidad de la acción, la falta de tipos superiores, en comparación, por ejemplo, con los decabristas o con los románticos revolucionarios. El asesinato de Shatov es el punto culminante. Su organizador, Piotr Stepánovich, es un puro técnico. Ve en la sangre derramada un medio de dominio y elige como víctima a un inocente. El único personaje que resulta simpático es un pobre alférez aspirante a oficial, Erkel, que se siente espantado por aquel crimen, pero que cree que Pio-

tr hace «lo necesario para el bien de la causa de todos». Acaba en Siberia.

Kirchhorst, 29 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Hitler no tardó en destacar claramente entre las diversas sectas de tendencia «populista». Su crecimiento hace pensar en el crecimiento de una planta que se desarrolla en un suelo pútrido y que, absorbiendo las fuerzas de ese suelo, alcanza una altura enorme. Por aquel entonces su nombre iba asociado al de otros ignotos colegas. Puede decirse que pasó por una serie de triunviratos.

Cuando le oí hablar[2] tuve la impresión de un hombre pálido, lleno de entusiasmo, que más bien que aportar pensamientos nuevos lo que hacía era desencadenar fuerzas nuevas. Parecía que no era él el que se enseñoreaba de la palabra, sino que era esta más bien la que se enseñoreaba de él. Así es como nos imaginamos un médium, casi consumido por las fuerzas que afluyen a él. La Luna tuvo que desempeñar un papel en su horóscopo; en comparación con Hitler, Mussolini era un tipo solar, mucho más claro y transparente, también más previsible. Precisamente los listos fueron los que se equivocaron con Hitler. Este tenía la cara pálida, inexpresiva, de los tipos lunares. Extraía fuerzas de lo indeterminado, las concentraba y luego las reflejaba como un espejo cóncavo; era un cazador de sueños.[3] Más tarde vi el retrato de su madre; es ilustrativo. Tales imágenes hacen pensar en otra cara de las cosas, en una secreta historia demoniaca, que nunca se escribirá. Es probable que Hitler tuviera una juventud soñadora. En una ocasión me dijo Kubin, mostrándome con el dedo la cercana ciudad de Braunau:

—Ahí abajo viven muchos que lo conocieron. Pero no notaron en él nada especial.

Múnich fue un terreno propicio para sus comienzos, más propicio que Berlín. La población es en Múnich más impulsiva y había tenido la *Räterepublik,* la República de los sóviets, de los «consejos». En el circo donde Hitler pronunció su discurso vi trabajadores, soldados desmovilizados vestidos con

guerreras de paño caqui, muchachos con caras como las que pintó Leibl. Las gentes de las montañas habían acudido a la ciudad. Estaban pendientes de su boca, como hechizadas.

Los discursos en tales lugares no se pronuncian para que se los comprenda; constituyen conjuros. De ahí que tampoco sean rebatidos con argumentos. Hitler no decía nada nuevo, nada que no hubieran dicho ya los socialdemócratas o los nacionalistas. Se notaba la procedencia de tercera mano, Dühring, Langbehn, Lagarde, Lueger y gentes parecidas. Pero eso no importaba. Incluso hacía propuestas absurdas, como, por ejemplo, la de que el gobierno imprimiera francos franceses falsos. Pero todo tenía una fuerte intensidad, un fluido poderoso.

Tuve la impresión de encontrarme en un crisol, en un sitio de fusión nacional, y esa impresión mía no era equivocada. Pero detrás de todo aquello actuaba otra cosa, algo más imperioso: el descubrimiento de la sociedad sin clases, con sus consecuencias, con su aflujo enorme de energía. Ese descubrimiento difumina los colores de la paleta, destruye las jerarquías, libera a las personas singulares de sus vínculos y las succiona, llevándolas a una pendiente dinámica. La masa reconoce en una persona singular su unidad, su igualdad y hasta su libertad. Tal vez es favorable que esa persona singular carezca de fisonomía; la masa proyecta en ella su fe, su esperanza, su sentimiento de la grandeza. La pasión nacional es aquí como una espoleta; el movimiento lleva necesariamente más allá de la nación, la cual, por su parte, es uno de los colores de la paleta. Ese movimiento lleva fuera de la historia y conduce al espacio indeterminado, inabarcable.

Una cosa diferente fue la que se apoderó de mí entonces, algo así como una purificación. El esfuerzo inmenso de cuatro años de guerra había llevado no solo a la derrota, había llevado a la humillación. El país desarmado se hallaba rodeado de vecinos peligrosos, armados hasta los dientes, estaba desmembrado, seccionado por corredores, saqueado, explotado. Era un mal sueño, un sueño gris. Y allí estaba ahora

aquel desconocido y decía lo que había que decir, y todos sentían que tenía razón. Decía lo que el gobierno tendría que haber dicho, si no con palabras claras, sí entre líneas, o al menos con su actitud, con su silencio. Hitler vio el hueco que había surgido entre el gobierno y el pueblo. Y quiso llenarlo.

Yo no estaba asistiendo a un discurso, sino a un acontecimiento elemental. Por aquellos días estaba ya seguramente muy avanzada la inflación. El hambre es una gran cosa, las masas hambrientas son buenos oyentes. Recuerdo que, una vez acabada la reunión, pasaron unos hombres con unas bolsas en las que echamos billetes.

Kirchhorst, 30 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Ernst Niekisch me enseñó las galeradas cuando terminó su escrito *Hitler, ein deutsches Verhängnis* [Hitler, fatalidad alemana], en cuya cubierta, dibujada por A. Paul Weber, veíanse legiones de hombres armados que se hundían en el fango con sus estandartes. Por desgracia aquello era algo más que un panfleto político; era una visión. Tuvo que ser inmediatamente antes de que Hitler fuese nombrado canciller del Reich. Niekisch me pareció un hombre a punto de volarse a sí mismo con dinamita; le desaconsejé la publicación de aquel escrito. Pero él no era un adversario político en el sentido habitual del término; sufría por lo que veía que iba a caer sobre el país, y la profundidad de su sufrimiento era tal que no dejaba aflorar el miedo. Poco tiempo después él y Weber desaparecían en las cárceles.

Habían pasado diez años desde aquel discurso de Múnich; muchas eran las cosas que habían cambiado en el mundo y también en mi modo de ver la realidad. Los procesos políticos de esa índole tienen su historia de detalles, sus altibajos, también en la aprobación y en el rechazo. Cuando han fracasado, los individuos tratan de inflar aquellos momentos que creen que los favorecen y a menudo hacen eso con gran ingenuidad. Tratan de borrar horas de entrega que son tal vez lo mejor de su biografía. En la absolución pronunciada en el Tribunal de los Muertos cuentan no solo las buenas acciones,

cuentan también los errores. Los tibios son los únicos que son vomitados.

Cuando en nuestra existencia penetra, bajo aspectos imperiosos, un hombre, una mujer, una idea, un dios, lo que se da es una decisión absoluta, una disposición al seguimiento en la vida y en la muerte. El ser humano se ha encontrado con su destino; obedece al llamamiento, que lo lleva al triunfo o a la catástrofe, paga con su vida, con su honor, con sus bienes.

Visto desde fuera, tal vez resulte incomprensible. Un hombre se ha arruinado por una mujer que a nosotros no nos parece ni bella ni significativa. Hay sectarios que se dejan quemar por una desviación mínima de las creencias. Hay fanáticos que mueren por una idea abstrusa. En esas cosas hay siempre algo inconcebible.

Cuando ocurren hechos semejantes en nuestra cercanía y no podemos abandonar el sitio del hombre que está fuera, la contemplación crítica, necesariamente caemos en una situación desairada. Lo que resulta inquietante no es tanto la amenaza exterior, que no falta, cuanto, en el interior, la ausencia de participación. En tales situaciones uno suele oír que no hay nada de igual valor que se oponga a aquella idea nueva. A lo que esas palabras se refieren no es a un sistema superior al que está propagándose, sino a la disposición análoga al sacrificio, pues, ciertamente, los sistemas siempre están ahí dispuestos. Pero es preciso que fluya sangre en ellos. Así había también en Alemania soluciones mucho mejores que las que propugnaba Hitler, pero muchos menos hombres que estuviesen dispuestos a dar la cara por ellas, con excepción de los comunistas. Estos tenían muchas cosas en común con Hitler, también la introducción de la técnica en los métodos políticos, algo que desempeñará un papel cada vez más importante en el futuro.

Los elementos fisonómicos no carecen de significado; Hitler les caía mal a primera vista a muchas personas, y especialmente a los hombres de espíritu. Ese malestar fue incre-

mentándose a medida que Hitler fue pasando a la provocación y adquiriendo poder.

A menudo se ha subrayado su parecido con Chaplin; se dice que este ha representado en una película el papel de Hitler. El parecido va más allá de la superficie; Chaplin ha sido uno de los grandes conjuradores y también uno de los grandes destructores de nuestro tiempo, un desencadenador de risotadas explosivas, con las cuales reconoce su situación paradójica, insostenible, el hombre en cuyo interior penetra la técnica. Ese hombre se retuerce de risa cuando ve volar su casa por los aires. Es algo que se me hizo fantasmalmente claro cuando lo vi en una de esas películas denominadas «comedias» y que se titulaba: *Chaplin cocina con dinamita.*

Cuando la temperatura política ha alcanzado un determinado grado aparecen infaliblemente los actos de violencia. Pueden conducir a crisis, al abandono interno por parte de los mejores seguidores, como ocurrió en Italia con ocasión del crimen contra Matteotti. Por otro lado, cuando uno dice sí a un movimiento es casi imposible que se limite a la idea y se aparte de los puñetazos que por ese movimiento se reparten en la calle, especialmente cuando interviene una indignación grande.

Con todo, la mesura, la limitación en el empleo de la violencia serán siempre una característica segura de la grandeza, de la vocación y del poder de esta, poder que está fundado en el ser y no en la mera voluntad. La grandeza impregna la totalidad y hay ocasiones en que piensa también por el vencido. Las réplicas y las represalias de Hitler le traían a uno a la mente con frecuencia la frase de Talleyrand, la que pronunció, creo, con ocasión del fusilamiento del duque de Enghien: «Es peor que un crimen. Es un error».

Kirchhorst, 31 de marzo de 1946

Provocación y réplica. Cuando pienso en mi trayectoria personal veo que ha marchado, a menudo sin que yo lo deseara, a contrapelo de la evolución. Mi juicio ha cambiado y ha ido desde: «Ese hombre tiene razón», pasando por: «Ese

hombre es ridículo», hasta: «Ese hombre está volviéndose nefasto». En general mi juicio correspondía sin duda al grado en que Hitler iba pasando de la réplica a la provocación. Cuando se produjeron los primeros grandes éxitos electorales y la toma del poder, yo estaba ya muy alejado de los acontecimientos. Ya los detalles de la intentona de Múnich me contrariaron.

En esas impresiones desempeña un papel la persona del observador; es menester que este pondere hasta qué punto se halla en condiciones de evaluar una sucesión de hechos políticos. A veces me preguntaba a mí mismo si yo no habría llegado a una situación parecida en el caso de que hubiera sido contemporáneo de Napoleón o de Bismarck. Cuando uno posee una predisposición al escepticismo tiene siempre razón, por desgracia, pues todos los afanes humanos están condenados al fracaso o, por lo menos, no alcanzan la altura de la imaginación y de sus expectativas.

No cabe duda de que yo había subestimado las dotes de aquel hombre. Su fuerza desencadenante, dinamizadora, su instinto para las fórmulas simplificadoras, que captan la tendencia de la edad de las masas y las máquinas, todo eso era extraordinario en Hitler, sobre todo si se piensa en su procedencia. En este aspecto podían aprender de él sus adversarios. Los escrúpulos tradicionalistas, estéticos, morales, así como el intelecto puro, inducen a subestimar esas cosas. Hitler fracasó también no tanto por sus dotes cuanto por su temperamento, por su codicia insaciable. Su sistema era más sencillo y estable que el guillermino; se mantuvo hasta las últimas fases del terror. Ha habido en nuestra edad una serie de ascensos demoniacos que han sido favorecidos por la nivelación. Pero en eso hay siempre algo misterioso, que se sustrae a la competencia del historiador. Apenas hay en la Edad Moderna otro hombre que haya concitado cantidades tan grandes de entusiasmo, pero también de odio, como Hitler. Cuando se confirmó la noticia de su suicidio se me quitó un peso de encima; en ocasiones había temido verlo expues-

to en una jaula en una gran urbe extranjera. Eso por lo menos nos lo ha ahorrado.

Hay una tercera cosa, además del observador y de lo observado: el destino común, que abarca a ambos. Pronto empezaron a angustiarme sueños de catástrofes. Se desarrollaban unas veces en paisajes de hielo y otras en paisajes de fuego. Una vez me desperté en Goslar en plena noche. Había visto un témpano de hielo en el que se había reunido una muchedumbre enorme de seres humanos. Empezaron a moverse, a empujarse hacia uno de los bordes. Aquello no era ya una tierra firme, era una superficie que flotaba en un mar de hielo; tenía que romperse o que volcar bajo el peso de las masas.

Kirchhorst, 2 de abril de 1946

Provocación y réplica. Las grandes convulsiones van precedidas de una atmósfera especial. Todo el mundo siente, espera o teme que va a llegar otra cosa, que llegará necesariamente. También yo me encontraba convencido de eso. Estaba en el aire. Personalmente me hallaba contento con mi situación y no deseaba cambios. El trabajo en el escritorio y en el jardín, las conversaciones con los amigos, un viaje a regiones meridionales de vez en cuando. Los negocios, los encargos, los puestos, los honores no podían hacer otra cosa que perjudicar mi situación. Había pagado bien cara mi aventura con Rossbach y había aprendido.

Hitler conocía y estimaba, igual que muchos otros soldados del frente, y no solo alemanes, mis obras sobre la Primera Guerra Mundial; me lo hizo saber y le envié las nuevas ediciones. Me daba las gracias directamente o encargaba de ello a Hess. También recibí su libro, que acababa de publicarse. En una ocasión, yo vivía todavía en Leipzig, me anunció su visita, que luego no se celebró porque hubo un cambio en su itinerario.[4] Cabe presumir que, lo mismo que mi encuentro con Ludendorff, aquella visita no habría tenido resultados especiales. Lo que es seguro es que me habría acarreado desgracias.

Para mis escritos posteriores, que, como *El trabajador* o *La movilización total,* habrían podido serle útiles para abandonar el pensamiento orientado en el sentido del Estado nacional y el Partido, Hitler carecía de capacidad de comprensión, aunque tomó, seguramente a través de terceros, algunas formulaciones de esos libros míos y las integró en el arsenal de sus consignas. *El trabajador* apareció en 1932; el libro describe, entre otras cosas, la tarea simultáneamente recuperadora del pasado y preparadora del futuro, pero que solo presta una ayuda en el parto, de los dos grandes principios del nacionalismo y el socialismo para la estructura definitiva de los nuevos Estados, en especial del Imperio mundial, a cuya formación están cooperando fuerzas contrarias y al que la Segunda Guerra Mundial nos ha acercado entretanto de manera bien visible. En el *Völkischer Beobachter* se publicó una reseña desfavorable de *El trabajador,* su autor hacía constar que yo estaba acercándome «a la zona donde se reciben tiros en la cabeza».[5]

Esta relación de conocidos no dejó de tener, desde luego, consecuencias, pues Hitler poseía, como muchos dirigentes políticos, una memoria con casillas fijas; no le gustaba modificar la opinión que se había formado de las personas. Al estallar la guerra apareció *Sobre los acantilados de mármol,* libro que tiene en común con *El trabajador* lo siguiente: los acontecimientos que estaban produciéndose en Alemania encajaban ciertamente en su marco, pero la obra no estaba cortada especialmente a su medida. De ahí que aún hoy me desagrade que se entienda *Sobre los acantilados de mármol* como un escrito tendencioso. No eran pocos los que podían y pueden aplicarse el cuento y darse por aludidos. Era más que probable que eso ocurriera entre nosotros los alemanes, y tampoco cabía discutir que yo había experimentado aquí en Alemania, como testigo de vista que era, incitaciones para mi libro. Lo que a mí me interesaba sobre todo era el desenlace de la partida. ¿Cómo acabaría? Pues, en efecto, el conjuro más fuerte continúa siendo el conjuro hecho con sangre

derramada. Más tarde, en plena catástrofe, parecíame a veces que aquel sueño mío, aquel presentimiento mío había captado las cosas futuras, incluso en sus detalles, con más precisión que la que tenían esas mismas cosas cuando se hicieron realidad en la vivencia directa.

El libro provocó enseguida controversias, que ocasionaron noches de insomnio a mi editor, Benno Ziegler, mientras yo me encontraba lejos de los tiros, es decir, en el Muro Occidental. Allí me enteré también de que la discusión había llegado hasta las más altas esferas. En una reunión de los jefes políticos formuló quejas contra mí un *Reichsleiter* llamado Bouhler. Dijo que aquello no podía seguir así. Hitler, según me contaron, reflexionó un instante y luego decidió que no se me molestase.

Durante la guerra recibí con frecuencia cartas de soldados jóvenes, lectores que me escribían antes de su primer combate; luego llegaban cartas de sus deudos. Era aquella una tropa buena, desperdiciada en tareas imposibles. A mí me ocurrió lo mismo que a muchos alemanes, que a los más de ellos: veía que se consumía el capital que yo había reunido. Uno construye una casa y ve cómo se convierte en humo en un gran incendio. Eso no quiere decir nada ni sobre la casa ni sobre su mobiliario. A inquilinos mejores les habría servido para cosas mejores.

Tras 1918 era necesario el rearme; eso es algo que no puede quedar invalidado por el hecho de la derrota; esta no se debe al armamento, sino a su desgaste insensato y provocativo. Con respecto al rearme Hitler solucionó un problema que había sido descuidado por sus predecesores. Ese fallo es el que explica en parte la derrota de estos y el milagro de la ascensión meteórica de Hitler. Hubo un lapso de tiempo en que el mundo cambió de opinión, se quitó la máscara del Shylock que insiste en que se le pague hasta el último céntimo, y prestó ayuda, casi más de la necesaria. El fuerte goza de simpatías.

Provocación y réplica. La cuestión es cómo continuará el juego. Uno de los pronósticos favorables es que el Estado nacional se ha desgastado; de él no puede ya brotar la réplica. Eso es algo que no afecta a la existencia de la patria. El Estado nacional es una idea; la patria, una realidad, que más bien sale ganando con la mengua de las ideas de 1789.

Yo no creo, pues, que si ahora se retiraran los ocupantes fuesen a producirse en Alemania esas matanzas horrorosas que siguieron a nuestra retirada de Francia. Esa sería una de las réplicas omitidas, que a menudo son las mejores.

La Segunda Guerra Mundial ha traído destrucciones enormes. Pero también ha debilitado prejuicios que parecían invencibles y ha abierto de golpe puertas que ya no cabe cerrar.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1946

Sobre las orlas. Pensamiento durante el paseo mañanero por el jardín, al mirar las hojas de los fresones, cubiertas de rocío. El rocío se agarra a los bordes de las hojas formando orlas de perlas que emiten, a la luz del día, unas radiaciones más preciosas que las que emitirían unas joyas. Así es como es menester imaginar el orden del mundo, solo que en él la hoja es invisible. Lo único que vemos es su ropaje.

También los cristales son orlas que ciñen un núcleo invisible. Las armonías y proporciones que en ellos nos embelesan son traducciones al lenguaje de lo visible.

Dedicado a Ernstel; es el aniversario de su muerte. Hoy habría cumplido veinte años.

Al releer lo anterior veo que he cometido un *lapsus* al escribir «aniversario de su muerte». Pero el aniversario de la muerte puede ser también aniversario del nacimiento. Entonces deberíamos invertir los signos: la cruz, al comienzo; el asterisco, al final.

1947

Kirchhorst, 1 de enero de 1947

Año nuevo. He estado sopesando si debía empezar un nuevo diario, pues un diario plantea siempre exigencias. Pero también trae ventajas. Con él se dejan huellas de luz en el oleaje de días vividos; de lo contrario ese oleaje se vuelve oscuro enseguida. También quiero entender el diario más como un goce que como una obligación.

He empezado a esbozar el plan de *Heliópolis* y luego he escrito cartas; entre otras, una a Bouthoul, abogado de París que me ha enviado su libro *Cent millions de morts;* ese libro contiene la visión de una guerra futura y reflexiones sobre la manera de evitarla.

Bouthoul ve la causa principal de las guerras en la presión demográfica y en los desequilibrios que eso produce; de ahí que reclame que una liga de pueblos limite y controle la natalidad.

Naturalmente, la realización de esa propuesta no debilitaría ni la crueldad humana ni la voluntad de matar; lo que hace es más bien orientar esa voluntad hacia la línea de menor resistencia. Así también en las balsas salvavidas, cuando se llega al atentado caníbal, a quien se elige es al grumete.

El plan de Bouthoul es uno de los engañosos espejismos de la debilidad y una de las formas más sospechosas de desarme. Llegaría a ser popular a lo sumo hasta el Elba, es decir, en los territorios donde ya hoy se lo practica en gran medida. La *matka* eslava no se deja inficionar por tales ideas. Tampoco en Italia las admite la gente. Son pensamientos que están cortados a la medida de la cuenca parisiense. Desembocan en un fortalecimiento ulterior de los elementos de bestialidad. ¿Y qué es lo que ocurre con Alemania, nuestro superpoblado país, al que afluyen cada día contingentes nuevos de refugiados? Según Bouthoul, en él habría de formarse una mezcla sumamente explosiva.

La pesadilla provocada por las grandes masas y sus cifras es un síntoma que en cuanto tal da ciertamente que pensar. En el juego de las fuerzas ha habido siempre, ya mucho antes de Salamina, una potencia superior a las demás. Pero lo que importa es que esa potencia superior vaya no a grandes números, sino a categorías superiores. Estas son espirituales; la pura *physis* no puede competir con ellas.

Uno va teniendo cada vez más la impresión de que, mientras progresa imperturbablemente el desarrollo técnico y se hace cada vez más amenazador, la angustia está penetrando en los sistemas de pensamiento.

El pensamiento y la angustia son malos compañeros el uno del otro; lo primero que ha de hacer quien comienza a pensar es cerrar la puerta a la angustia; de lo contrario hacen aparición espejismos y falacias. Si el espíritu se inclina a excluir las posibilidades extremas se hará también incapaz de domeñarlas. Sócrates fue un pensador sobresaliente ante todo porque no tuvo miedo. Por ello atravesó completamente incólume la aniquilación; hasta el día de hoy vive inquebrantado. Cuanto más se desvanece la corona del pensamiento, la visión metafísica, tanto mayores parecen las amenazas físicas. No son los medios fuertes, sino los espíritus fuertes los que modifican el mundo.

Si queremos dar crédito a los físicos, los materiales que ellos han liberado, ya las meras trazas de ellos, poseen una fuerza nefasta, aniquiladora. Tendrían que ser guardados, por tanto, con el máximo cuidado. Al mismo tiempo están haciéndose los preparativos de una técnica en la que esos materiales moverían no solo las centrales eléctricas, sino también las máquinas pequeñas, los preparativos de una técnica, por tanto, en la que el choque de los coches de dos viajantes de comercio sería una catástrofe, aun dejando de lado las perspectivas de un envenenamiento solapado, o, para decirlo con una expresión más prudente, de una modificación de la atmósfera, cuyos efectos son desconocidos todavía. Pa-

rece que habrá que tomar en consideración ciertas cosas. ¿Y por qué no? Quien quiere fuego no debería tener miedo a los incendios. Es bien sabido, desde luego, que durante mucho tiempo el fuego fue sagrado.

Lo que a nosotros nos falta es, además de la univocidad del desarrollo técnico, la decisión espiritual que haga compañía a ese desarrollo: ¿por qué son necesarios esos sacrificios y por qué hay que hacerlos? Eso llevaría, claro está, allende los problemas técnicos y económicos, y también allende el moralismo, que escinden los descendientes de Prometeo.

El pensamiento no necesita adaptarse a la evolución, como se oye con frecuencia; es suficiente con que mantenga la altura de la línea de cresta clásica. Ahí caben, lo mismo que en el lenguaje, la entera técnica y muchas cosas más.

Kirchhorst, 2 de enero de 1947

Continuado esbozando el plan de *Heliópolis*. Debería ser posible con relación a la técnica una tercera actitud, independiente del progreso. La percepción del progreso actúa en dos direcciones, repeliendo y atrayendo. En el primer caso el espíritu quiere replegarse a formas pretécnicas; va en busca de las esferas románticas. En el otro caso quiere adelantarse utópicamente a la técnica. Esos son los dos grandes partidos; la primera mirada que echamos a una obra de arte delata su pertenencia a uno de ellos.

¿No debería ser la meta de ese proceso el que lo romántico y lo utópico se uniesen, bajo una profundización estereoscópica, para formar una realidad nueva? Eso haría, entre otras cosas, que regresasen creíblemente a nuestro mundo elementos teológicos.

Hacia esa meta se dirigen también los experimentos que están realizándose en la pintura. Los estudios de los pintores hacen pensar en laboratorios en los que estuviesen llevándose a cabo innumerables combinaciones antes de conseguir una síntesis convincente. Si en este estadio de ahora fuese ya

perfecto un cuadro, ello sería un signo de que el artista ha renunciado a la posibilidad extrema y se ha resignado.

Por la tarde patinado, luego leído: *Maurice de Saxe,* de Taillandier. El estudio de biografías, aparte del goce especial que procura, posee también un significado más general: se cuelgan luces en la oscuridad de la historia. Si la iluminación es suficiente, se llega de un modo bastante sutil, bien que indirecto, al conocimiento de poderes que hicieron aparición en los individuos, sobre todo si se procura no descuidar del todo, al mismo tiempo, la lectura de obras pragmáticas.

En otra obra biográfica, las *Memoires de Grammont,* de Antoine Hamilton, he tropezado con este pasaje: «Mi tío tenía sus buenos sesenta años. Su coraje y su lealtad habían quedado demostrados en las guerras civiles».

Aunque yo no sabía ni de qué guerras civiles se trataba ni en qué lado había combatido aquel hombre, esta frase me ha gustado. Acaso cuando los personajes aparecen a una luz apropiada es cuando las circunstancias históricas con sus pasiones se han vuelto insignificantes. También nuestro tiempo podría encontrar entonces su Plutarco.

Kirchhorst, 6 de enero de 1947

En el correo, entre otras cartas, una de un autor joven, sobre el lenguaje y la relación del autor con él: «Lo espiritual, que está ardiendo detrás de todos los objetos, hállase presente una vez más en el lenguaje, y en ese modelo del mundo me es lícito continuar la construcción de la Creación».

Adjunta una pequeña prueba:

Aus granitenen Stufen,
Die aufwärts führen,
Blitzen Kristalle.

[De escalones de granito,
que conducen hacia lo alto,
brotan centelleos de cristales.]

Kirchhorst, 8 de enero de 1947

Heliópolis. Antes de describir una ciudad tendría uno que haber vivido, en innumerables sueños, en cada uno de sus palacios, en cada una de sus tabernas, en cada uno de sus patios traseros. Ese conocimiento tendría luego que perderse, que descomponerse, para formar el humus de la descripción.

Las Hespérides son islas crepusculares, puertos donde se hace transbordo; desde ellas el espíritu se desliza insensiblemente en los reinos absolutos de los sueños.

Frío siberiano. Es agradable pensar que con ese frío se vuelve muy próxima la muerte y se convierte en algo atmosférico. Uno sale a dar un paseo por el bosque, bebe con talante contemplativo una botella de borgoña y luego se tiende en el suelo para dormirse y no despertar ya nunca más.

Uno de mis condiscípulos elogiaba, en la novela *Helmuth Harringa,* que fue muy leída hacia 1912, la pulcritud del suicidio del protagonista. Nadaba hacia el mar abierto, hacia lo que no tiene orillas, e iba acercándose al hundimiento con una actividad constante.

Preferible a eso sería la ascensión invernal a las altas montañas, a zonas cada vez más gélidas de la soledad blanca. En *Cristal de roca* ha rozado Stifter la atmósfera solemne de ese modo de morir. Frente a eso causa extrañeza la manera cruel como puso fin a su vida.

Kirchhorst, 19 de enero de 1947

El dolor más profundo viene de que nos apartamos de la salvación. Los conflictos morales son tan solo síntomas de eso; constituyen indicios, como una fiebre o una erupción cutánea, de focos ocultos. En tales crisis se vuelve cuestionable el todo del mundo, el Universo, el cual reposa, en efecto, en nuestra salvación. Cada uno de nosotros es un Atlas que lleva sobre sus espaldas el Universo. Esta horrorosa consciencia del derrumbamiento no tiene igual; con ella no es comparable ni siquiera el pánico a la demencia, que es una de las torturas por la llama. Cuando se llega a la última prue-

ba hemos de elegir: o el espíritu o la salvación. Ese es el misterio que hay en catástrofes célebres, explicadas con frecuencia de un modo demasiado trivial. Consiste en la aceptación del martirio. Annette von Droste-Hülshoff conocía esa alternativa y la captó con una agudeza prodigiosa:

O Gott, ich kann nicbt bergen,
Wie angst mir vor den Schergen,
Die du vielleicht gesandt,
In Krankheit oder Grämen
Die Sinne mir zu nehmen,
Zu töten den Verstand!

Doch ist er so vergiftet,
Dass es Vernichtung stiftet,
Wenn er mein Herz umfleusst:
So lass mich ihn verlieren,
Die Seele *heimzuführen,*
Den reichbegabten Geist.

Hast du es denn beschlossen,
Dass ich soll ausgegossen
Ein tot Gewässer stehn
Für dieses ganze Leben:
So lass mich denn mit Beben
An deine Prüfung gebn.

[¡Oh Dios, no puedo ocultar
la mucha angustia que me producen los verdugos
enviados tal vez por ti
para, en la enfermedad o en la tribulación,
despojarme de mis sentidos,
matar mi entendimiento!

Pero si el entendimiento es tan venenoso
que trae consigo aniquilamiento

cuando me baña el corazón:
déjame que lo pierda,
que lleve a casa *el alma,*
el espíritu tan rico en dones.

Pues si tú has decidido
que, derramada, sea
agua muerta
durante toda esta vida:
déjame que vaya
temblando hacia la prueba.]

Pasado el día leyendo. Primero, los *Recuerdos de una superflua,* de Lena Christ — este libro es en la literatura lo que los cuadros de pintores de domingo son en las exposiciones. El efecto peculiar que causa esta especie de diletantismo es uno de los indicios de la reducción — cuantas más cosas elementales, cuanto más genio hay todavía en la sociedad, tanto menos llaman la atención los hijos de la Naturaleza. Más tarde la fuerza creadora como tal se convierte en algo que queda fuera de lo ordinario. Se la siente como una cosa rara, casi como un fenómeno clínico. También se aglomeran enseguida a su alrededor los médicos y los alienistas, como ocurre hoy con los santos modernos, a los que se observa con instrumentos.

Luego: *Seis años en Surinam,* de Kappler, editado por Schweizerbart en 1854 — librito que me gusta especialmente y que ya he leído repetidas veces. El autor, un dependiente de comercio alemán, se enrola en la Legión Extranjera Holandesa y pasa una serie de años en las selvas vírgenes tropicales. El mérito del libro está en su descripción ejemplar no solo de las plantas y animales, sino también de las personas y sus costumbres. La serenidad y claridad de la observación proporciona el marco en el que se ordena la exuberancia tropical. No pocas cosas del libro traen a la memoria los cuadros de Sybille Merian, que estuvo en ese mismo país, Suri-

nam, ciento cincuenta años antes. A ello se añade un gran comedimiento del autor, también mesura. Me asombra no conocer más que este ejemplar del librito y no haber oído hablar a nadie de él.

Por fin: *Sobre los ultimidades,* de Weininger, escrito que yo aprecio mucho más que su obra principal, que llegó a ser tan famosa. En *Sobre las ultimidades* brotan tallos de una visión que permite esperar frutos prodigiosos. De ahí que produzca consternación el que esa cabeza fuese destruida tan pronto.

Kirchhorst, 24 de enero de 1947

En nuestras crisis hay instantes en los que atisbamos que la muerte se ha apartado de nuestro lado y que está acercándose la curación. ¿Es la salud que está empezando a germinar lo que nos proporciona ese atisbo? ¿O es, por el contrario, el citado atisbo lo que nos conduce a una vida nueva? No lo sabremos mientras veamos separadamente el espíritu y el cuerpo.

Por lo demás, lo único importante en la salud es lo que en ella es símbolo, parábola. En ella ha de haber una pizca de aquella otra Salud que nos ayuda a vencer la última enfermedad. Esa otra Salud es la que se refleja en el rostro de los convalecientes y también de los moribundos. De lo contrario toda curación no sería otra cosa que un aplazamiento de una partida perdida. Con frecuencia resulta espantoso ver cómo se lucha por conseguir una simple prórroga, por ganar unos meses, en los que la angustia del enfermo exige a la técnica del médico sus últimos refinamientos. Es un juego por nueces que están vacías, por días vacíos; y, sin embargo, cada uno de esos días podría aportar aún la más grande de las ganancias. También el morir es una tarea. Tan pronto como el enfermo ha comprendido eso vuelve a tomar las riendas en su mano.

La cuestión es siempre qué hacemos con la salud. Es un talento que nos ha sido entregado, como en la parábola evangélica, para que negociemos con él. Cuando yo he sido

productivo me he sentido más sano, aunque físicamente estuviese al mínimo, que en los tiempos en que físicamente estaba en el zenit, pero espiritualmente me hallaba a ras del suelo.

Kirchhorst, 11 de febrero de 1947

Sigue haciendo un frío tremendo. Eso no le ha hecho desistir a un pensador de Hamburgo de venir hasta aquí para hacerme una exposición de su sistema del mundo, acerca del cual ya nos habíamos carteado.

Entra en la casa un hombre alto, flaco; su estrecho cráneo está escasamente cubierto de cabellos rojizos. Los ojos brillan con un azul puro, pero parecen estar fijos en un punto situado a solo un palmo de la raíz de la nariz. Aprendió el oficio de herrero y no es, lo adelanta, un hombre «estudiado en las universidades». Durante la Primera Guerra Mundial fue maestro armero en un batallón de cazadores; durante la segunda, inspector de material en una fábrica de aviones. Hace años que viene cavilando, vive gratis en casa de su hermana y se dedica a pulir un sistema.

Tomamos café y charlamos; la habitación está agradablemente caldeada. Luego nos acomodamos en los sillones. Lo animo:

—Y ahora, cuénteme.

Saca de su cartera dos modelos estereométricos; uno de ellos es un tetraedro doble, cuyas bases pueden encajarse de tal manera la una en la otra que lo que resulta como base común es la estrella de David, la estrella de seis puntas. Este hombre es, por tanto, uno de esos espíritus que exponen su sistema con figuras. El modelo tiene un nombre especial; él lo llama *Fahn.* Hay muchos de esos *Fahn* y cada uno tiene como puntos destacados los dos vértices del tetraedro doble y las seis puntas de la estrella de David.

Una vez que he asimilado bien la estructura del *Fahn* me explica los detalles:

—Lo que es *verdadero* en la imagen, eso es *medida* en la materia. *Verdadero* y *medida* están como segmentos en una misma línea; forman en cierto modo una pareja y, por ello, son semejantes, pero también son «contras» *[sic]* y, por ello, no son iguales. Los segmentos *tiempo* y *espacio* están no solo en una misma línea, sino que son también polos de un eje. Y alrededor de ese eje, precisamente alrededor del polo *tiempo,* por un lado, están ordenados, formando un triángulo, los tres segmentos *voluntad, verdadero* y *sentido.* Y, por otro lado, asimismo están ordenados alrededor del polo *espacio* los segmentos *medida, extensión* y *fuerza.* Esos tetraedros, que están construidos con los segmentos figurativos y materiales y que están unidos por la intersección de sus bases, dan como resultado lo que yo llamo «el *Fahn* simbólico».

Fabrica tantos *Fahn* como quiere, ya se trate del cielo y la tierra, del eros y el sexo, de lo conservador y lo revolucionario, de la vida y la muerte: veo que este hombre sabe trabajar con su modelo. El vocabulario para hablar de los *Fahn* es amplio y especializado e incluye algunos hamburguesismos. *Extensión,* por ejemplo, significa la energía cinética, por contraposición a la *fuerza,* que es inmóvil. Llevaría demasiado lejos anotar aquí los detalles, sumamente complicados, de los modelos y el curso de nuestra larga conversación. El final se me ha quedado grabado:

—Aguardo con impaciencia mi muerte, pues yo le he quitado realmente, al menos para mí mismo, eso que se llama su «aguijón» o sus «horrores». Me gustaría muchísimo saber hasta qué punto mis conocimientos, que he ideado con mucho esfuerzo, concuerdan con lo verdadero, lo lógico, lo divino.

Es un pensamiento digno de un metafísico. La curiosidad por la muerte es siempre un signo de rango superior, como la *inmense curiosité* de que habla Léon Bloy.[1]

Una vez que el hombre se fue estuve reflexionando sobre lo que me había dicho. Un genio original. Un catedrático de

universidad o también varios podrían vivir de eso. Hay sistemáticos y metafísicos que lo son a la manera como fue pintor el aduanero Rousseau. El talento innato para formar abstracciones y símbolos se impone, aun en circunstancias desfavorables, con el poder de un instinto. Este herrero lima llaves, también en el espacio material. Es una cosa bella que haya construido sus modelos en hierro.

En el fondo se trata de un visitante que retorna, bien que en individuaciones cambiantes, y que está empleado unas veces en un rincón del plan del edificio universal, y otras veces, en otro. El tallista de máscaras había descubierto una sociedad secreta, la «Helena»: ella gobernaba el mundo. En esa sociedad desempeñaban un papel destacado los catedráticos de universidad, también los jueces y los clérigos. El saber en que estos hombres fundaban su dominio y que ocultaban refinadamente consistía en que Cristo era el diablo.

El doctor Zerner me escribía unas cartas geniales; un día en que yo tenía tiempo lo cité en un pequeño café que había en el Lützowplatz. Allí estaba sentado él solo; cuando lo saludé, los camareros me miraron extrañados. Encontré a un hombre pálido, nervioso; un bello iris de color azul amarillento rodeaba las pupilas desmesuradamente grandes de sus ojos. Enseguida comenzó a hablarme con mucha vivacidad; en su exposición iban turnándose, con oscilaciones, la debilidad de la voluntad y un querer fuerte.

Había ideado una técnica de toma del poder que había de comenzar con un cañonazo contra el Reichstag y que era infalible como una operación aritmética. Por cierto que Zerner sabía que la gente abrigaba dudas acerca de su equilibrio mental e integraba en sus cálculos esas dudas.

—Mire usted, el plan es, aun visto solo racionalmente, extraordinario. Pero si además yo me empeño en él con mi esquizofrenia, entonces nada podrá resistírsele.

El doctor Zerner era uno de esos espíritus que afloran a la superficie antes de las convulsiones históricas y que anun-

cian cual peces voladores los monstruos de las profundidades. Lo del Reichtag lo había previsto muy bien, y también otras cosas. Cuando luego Hitler hizo realidad muchas de ellas, Zerner cayó en el estado de ánimo de un artista a cuyos planes se hubiera anticipado un diletante. Un día recibí al atardecer una carta suya en la que me comunicaba que al mediodía siguiente, vestido con uniforme de general, se presentaría en la Potsdamer Strasse y, haciendo un llamamiento al pueblo, derrocaría al tribuno; tras leerla evité cuidadosamente el barrio en que se encontraba la citada calle.

La próxima noticia de él la recibí por una tarjeta postal sin franqueo que había arrojado por encima del muro de un manicomio y que un transeúnte compasivo echó al buzón. La esquizofrenia favoreció a Zerner y le evitó reclusiones peores, aunque también en el manicomio lo trataron de mala manera. Tuve que darme algunas buenas caminatas por ese motivo. Por cierto que, al parecer, luego se volvió más razonable; eso sería un argumento en favor de la terapia de choque.

Perpetua entra en la habitación y agita en la mano un telegrama:

—Otro chalado — acabaré hartándome. Hasta la mujer de la oficina de correos se ha reído.

El mensaje reza: «Ya llego, ya llego, bajo el signo de Apolo. Isermann».

Es un oficial desmovilizado que me ha escrito cartas desde el campo de prisioneros y enviado también poesías que no estaban nada mal.

El ama de casa parece poco edificada:

—Me gustaría a mí saber qué libros son los que escribes. ¿Aparece alguna vez por aquí una persona razonable?

—Lo sabes bien: los cuervos se reúnen donde hay carroña — prepara café y aguarda a ver qué pasa.

—Tengo mejores cosas que hacer y además hoy es día de colada — a ese lo mando desde luego a paseo.

—Sería un completo error. Es preciso escuchar a esa gente y luego llevarla fuera, agarrándola por los cuernos. Entonces está contenta; de lo contrario se dedica a merodear y a inquietar a los vecinos. Y, además, son personas divertidas, pese a todo.

Al poco tiempo de esta charla doméstica me trae Louise al visitante, un hombre joven; en él no cabe notar nada que llame la atención, excepto un peinado excesivamente cuidado. Nos sentamos y la conversación deriva enseguida hacia cuestiones políticas. Empiezo a temer que va a explicarme por qué fue partidario de Hitler o también por qué no lo fue, pero expresa opiniones enteramente razonables. En todo caso he oído ya tonterías peores. Dice que la política se ha vuelto demasiado dinámica, que depende demasiado de la pura voluntad y de los individuos impulsados por ella. La política ya no se apoya, añade, en formas estables, como, por ejemplo, la familia; con ello queda cerrado el acceso a los grandes poderes extrahumanos, como la felicidad. La política se ha convertido en una cosa abstracta y exangüe.

—Es una buena idea. Pero nosotros, que somos meros particulares, ¿cómo vamos a poner remedio a un mal tan grande?

—Podría volverse a la política del Barroco. Mediante casamientos, por ejemplo.

—Eso sería acaso más razonable que los planes de toda esa gente que se ocupa de la bomba atómica. ¿Ha pensado usted ya en alguna aplicación práctica?

—Desde luego. Tengo una hermana que acaba de cumplir dieciséis años. Es muy bella.

—Mi enhorabuena.

—Gracias. Y, mire usted, Iósif Stalin tiene un hijo que cuenta ahora veintisiete años. Podría comenzarse por ahí.

—¿Y qué dice a esto la señorita?

—Sigue mis consejos.

—Parece evidente. Lo único que se requeriría entonces sería el consentimiento de Stalin.

—Justo por eso he venido a verlo. Si usted le escribiera una carta…

—Pero usted estará enterado, claro está, de que Stalin se dedicó en otro tiempo a asaltar diligencias.

—No vamos a andar con minucias.

—Bien, me ocuparé del asunto.

El hombre parece contento, se despide. Al cabo de tres meses vuelve a escribirme; ahora anda ocupado con otros planes, no hace ya mención de la boda. Entretanto estuvo trabajando como encargado de la calefacción en un hospital militar de la zona soviética y lo metieron en chirona porque encendía sus estufas con la literatura que propiamente estaba destinada a la edificación social de los enfermos. Ahora ha recobrado la libertad. Firma: «el taladrador impertérrito». Por el momento se cartea con el Papa.

Kirchhorst, 14 de febrero de 1947

Las cartas que llegan están comenzando a cambiar; ello me hace recordar la frase favorita de Valeriu Marcu: «Uno tiene vivencias de todo y también de lo contrario».

Ha llegado una carta del Magister, la primera en nueve años; en el intervalo se ha dedicado a escribir críticas de teatro en Inglaterra y a impartir lecciones de metafísica en Calcuta. Pasa a hablar enseguida de cuestiones filosóficas, sin dar noticia alguna de su persona ni preguntar por las nuestras, cual si prosiguiese una conversación de la tarde anterior. Es una especie de desatención que tiene argumentos a su favor.

«Hay tinieblas desde 1750; y personalmente creo que todas las cosas horribles que han ocurrido desde entonces, todas las revoluciones y guerras desalmadas, de hojalata, todas las revoluciones industriales, todas las feas conquistas científicas — todas esas cosas están condicionadas por la extinción

del sol originario, que brillaba y brilla en las entrañas del Universo.»

Así, pues, el sol brilla todavía. Es lo que pienso yo también.

Uno tiene vivencias de todo y de lo contrario. Filoctetes y su flecha. Largos años ha pasado Filoctetes en su isla montañosa, dedicado a sus libros; y, como es muy fácil que los libros engendren otros libros, ha pasado varios años más dedicado a escribir una obra sobre libros. No fueron pocas las cosas que cambiaron en nuestro mundo mientras esa obra maduraba. Llegó Stalingrado, llegó la capitulación incondicional. En tales inflexiones de los tiempos no solo son matados muchos seres humanos, sino que también se vuelven caducas bibliotecas enteras. Me he enterado, sin embargo, de que su obra apareció poco tiempo después. Un viajero que me visitó en aquellos aciagos días la había visto en los escaparates de las librerías. Se dice incluso que la obra no ha experimentado ninguna variación ni en su texto ni en sus juicios — excepto la pequeñez de una faja amarilla. En ella estaba impreso: «El desenmascaramiento definitivo de un fascista».

He reunido una buena colección de extravagancias de ese tipo. Pero uno no debe pensar inmediatamente en lo peor; quiero suponer que ha sido un editor avispado, que ha asumido el papel de Macaón. Es preciso esparcir en tales heridas el orín de la flecha que las causó. Es una receta acreditada.

Kirchhorst, 15 de febrero de 1947

Lectura: *Le sursis,* de Sartre. Lo que da miedo no es tanto el fenómeno cuanto su popularidad.

En Zola la descripción de la putrefacción sigue estando asociada a ciertos lugares, como las carnicerías, los burdeles, los mercados. En Céline y en Sartre esa descripción impregna cada una de las frases, cada uno de los hechos. Se nota que lo que ha comenzado a pudrirse es el cadáver en su totalidad.

Es asombroso el dominio del diálogo en su auténtica nulidad. Transmite exactamente a los lectores de tiempos futuros, en el caso de que den valor a eso, el modo de hablar de la gente en los cafés, en los bares, en los metros. Aquí lo inane se vuelve virtuosista — es una verdadera hazaña trasladar de tal manera las frases hechas que apenas se creería que han sido escritas o impresas. Anotaciones en estilo fonográfico.

Al leer estas novelas se tiene la impresión de estar viendo a la sociedad en un espejo empañado. El comer y el beber, la carne de los hombres y de las mujeres, incluso las ideas — todo resulta desabrido, está envuelto en un hálito de muerte. La atmósfera es la de un campo de concentración sin alambradas.

Libros que se leen una sola vez.

Kirchhorst, 19 de febrero de 1947

Sigue helando. La turba no proporciona una calefacción especialmente buena. Cuando trabajo me coloco junto a la estufa grande, me arrimo lo más posible a ella. Ahora estoy en el Cáucaso de la Luna.

De vez en cuando entra a hacernos una visita Carlo Schmid, cuando viaja del sur a Hamburgo. La autopista pasa al lado mismo de nuestro jardín. Espíritus como él y como Schumacher permiten pensar, con cierto optimismo, en una situación en la que, como en los mejores tiempos de Inglaterra, fueran relevándose una izquierda fuerte y una derecha fuerte, con ventaja del conjunto. Al fin y al cabo se trabaja con dos manos, no se camina con un solo pie. Pero tal vez hace ya mucho tiempo que esas capacidades son historia pasada, y eso también en Inglaterra.

Voy al bosque, donde la escarcha cruje. A la vuelta encuentro al joven Haustein delante de su taller; me hace un gesto amistoso invitándome a entrar. Ha matado con la escopeta un jabalí en el pantano; estos animales se han multiplicado. En la mesa, blanca de tanto pasar por ella el estropajo,

reluce el cuarto trasero del jabalí; a su lado hay pan y mantequilla; nos lanzamos sobre la comida. Es un festín de señores, el tierno solomillo de un animal de dos años y apenas sesenta libras de peso. También son excelentes el pan y la mantequilla, hechos en casa. No puedo dejar de pensar en el castillo de Anet, residencia de Diana de Poitiers, donde admiré la imagen de la diosa lunar de senos desnudos. Allí leí, sobre la chimenea del comedor, este orgulloso lema: «En esta mesa no se sirve ningún plato comprado».

También el aguardiente está fabricado en casa, al claro de luna, en bidones de gasolina; en un jugo verdoso flotan fibras de remolacha. Es una mezcla peligrosa, llena de fuerzas telúricas en fermentación. Mientras hablamos de la caza y del pantano va desapareciendo poco a poco el solomillo; también queda vacía la botella, pero aparece otra en la mesa. Haustein fuma tabaco que él mismo cultiva y se pone a cantar, su mujer se sienta con nosotros y lo acompaña:

Du kannst es nicht ahnen,
Du munteres Rehlein du,
Dass so ein Wilddieb
Dir stiehl das Herz im Nu.

[No puedes sospechar,
alegre corcito,
que un cazador furtivo
va a robarte en un tris el corazón.]

Se esfuman cinco horas sin que yo sepa adonde han ido a parar. Al fin he de pensar en irme; ha sido una tarde hermosa. Hace ya tiempo que fuera ha oscurecido; siento que la bebida empieza a causar efecto. En el prado hay ropa tendida; está tiesa, por la helada, y el viento la hace crujir.

En el pasillo me recibe el ama de casa:

—¿Pero otra vez? ¿Es que no sabes que hoy viene Carlo Schmid?

Es verdad, pero entretanto yo lo había olvidado completamente. Por suerte es ya demasiado tarde; habrá pasado sin detenerse. Voy a la biblioteca, me tumbo en dos sillones como en una bañera; el ama de casa me trae café. Empiezo a soñar, hasta que al cabo de un tiempo indeterminado pesco fragmentos de una conversación.

—Señor profesor, usted perdonará, pero no puedo enseñarle a mi marido.

Describe con detalle las circunstancias, mas el visitante no se arredra, oigo su voz grave:

—Oh, pero si eso es muy simpático.

Luego entra.

El ama de casa intenta salvar lo que se pueda y empieza a multiplicarse. Tiene la buena idea de sacar una botella intacta de nuestro elixir y ponerla delante del visitante, que inmediatamente se lanza sobre ella; trae más café, prepara en la cocina algo de comer. De cuando en cuando entra, como un director de escena que estuviese vigilando un ensayo, y noto que su rostro se ilumina cada vez más. Parece que estoy sacando de mis reservas recursos imprevistos. También el visitante empieza a abrirse de un modo asombroso, y así aquella tarde burlesca va seguida de una alegre noche.

Kirchhorst, 13 de marzo de 1947

En el bosque, por la parte del Prado del Rincón, de excursión. Aunque no había nubes en el cielo ni hacía calor, he encontrado el aire sin vida todavía. La culpa de ello la tenía el viento del este. Iluminados por los rayos solares, los árboles, sin hojas aún, parecían estar como expectantes; se alzaban solemnes cual lisas columnas de una catedral en la que estuviese aguardándose una voz que dijese: «Resucitad». Era algo de que no cabía dudar.

Pensamiento en aquel sitio: el sinnúmero de mundos y el sinnúmero de fenómenos que hay en cada uno de los mundos viven a costa de la sustancia, pero apenas la consumen. El Ser permanece siempre idéntico, por muchos que sean los

fenómenos que, cual ramas de un árbol, salgan de él. A los mundos existentes podrían añadirse varios billones más; ello no significaría otra cosa que colocar espejos nuevos.

Luego en el yacimiento de greda de Altwarmbüchen; allí he encontrado a un maestro de la escuela «Tellkampf»; aprovechaba la tarde del domingo, en compañía de uno de sus alumnos, para buscar amonites, pues las colecciones han sido víctimas de los grandes incendios.

—Falta todo, pero es preciso volver a empezar.

He tenido la impresión, en ese encuentro, de que los alemanes son hoy mucho más realistas que después de perder la Primera Guerra Mundial.

Conversación a tres sobre belemnitas, llamados también «piedras del rayo», cefalópodos, erizos de mar fosilizados. En el entusiasmo por las ciencias naturales, que constituye uno de los rasgos mejores del siglo XIX y que está volviendo a esfumarse o adoptando rasgos técnicos, había mucha teología oculta. *El cosmos* y otras revistas que llegaban a nuestra casa los sábados tenían cierto parecido con los antiguos escritos edificantes y los viejos devocionarios domésticos. Es preciso leer a broches para ver las raíces tempranas, impregnadas de sentimiento.

El yacimiento de greda, un lugar muy sencillo. Pero hoy sus paredes grises, agrietadas, se hallaban tachonadas de millares de flores de pie de caballo, rociadas de llamas de oro.

Libros de escritura tan concentrada que es preciso hacer pausas al leerlos. Es preciso recuperarse, salir de la habitación, de la casa. De lo contrario la lectura nos consumiría con tanta fuerza como la llama a la vela.

Por cierto que eso me ha ocurrido a veces con personas. He tenido que marcharme a la habitación de al lado con el pretexto de ir a buscar algo.

La jerarquía de las amistades es simétrica de una jerarquía de los secretos. Mas para compartir lo indivisible es preciso ser unos.

Kirchhorst, 1 de mayo de 1947

Con tiempo frío, lluvioso, he ido con Rosenkranz a Königslutter, para visitar a un pequeño círculo de amigos que allí se ha formado. Habíamos proyectado una excursión a los hayedos del Elm, pero hacía un tiempo muy desapacible. Por ello nos quedamos en casa de Thilo Maatsch, maestro de escuela, pintor, traductor, anotador de sueños, bibliófilo y arqueólogo, a la vez que centro de la vida social.

Conversaciones botánicas con un viejo pocero, que conoce los sitios donde en los bosques crecen las orquídeas y los visita desde hace muchos años. Hay entre las orquídeas ciertas especies que vegetan bajo tierra durante decenios y parecen muertas, hasta que les llega otra vez el tiempo de florecer.

Luego en la catedral, cuya construcción mandó iniciar hacia 1159 Lotario de Supplinburg. Al lado de su sepulcro pueden verse las tumbas de su esposa Richenza y de Enrique el Orgulloso, padre de Enrique el León. El claustro está adornado con columnas talladas de muchas y diversas maneras, que me hicieron pensar en Monreale. La entrada se halla flanqueada por dos leones. La curva del ábside de la catedral está ceñida por un friso de escenas de caza que tienen un aire mágico y encima de él corre una franja clásica de hojas de acanto. Los ojos de los animales y de los cazadores son bolas de plomo. En el jardín del claustro hay un tilo enorme, el más grande que he visto en mi vida. Cuando florece se asemeja a una segunda catedral, perfumada y zumbante.

Por la tarde hemos estado viendo los fósiles que el señor Klages ha recogido, desde hace muchos años, en la región del Elm y en sus viajes. Se hallaban colocados sobre terciopelo rojo en cajones poco profundos. Me ha llamado especialmente la atención una serie de grandes cangrejos ermitaños, limpiamente separados de su ganga de piedra. Los crinoideos, llamados también «lirios de mar», del Elm brillan

como marmóreos capullos de magnolias; he recibido uno como recuerdo. Hemos contemplado unas ágatas veteadas, improntas de animales inferiores en la pizarra de Solnhofen, y amonites que estaban acuñados cual monedas de oro rugosas. Pero quienes se llevaban la palma eran unas piñas fosilizadas, cortadas transversalmente, de coníferas de California. En el fino pulimento de color amatista resplandecían coronas de piñones relucientes. La belleza de tales formaciones llega a trastornar, penetra cual una flecha en nuestro corazón. Cerramos los ojos ante el intenso resplandor que cae sobre estos tesoros desde el lugar donde se los acuña. Únicamente en las imágenes reflejas de la belleza mortal nos es lícito entrever ese resplandor; en su pureza sería mortal.

Todavía tuvimos tiempo de entrar en el taller de un escultor y de hablar con el médico del manicomio, situado junto a la catedral. Este médico estuvo contándonos cosas de un paciente que había expresado su asombro por el hecho de que «siempre fuera lunes».

En el viaje de vuelta nos hemos parado junto a un prado en el que cuatro cigüeñas se dedicaban con aire solemne a cazar. Brillantes franjas de caltas festoneaban las zanjas pantanosas; un gran orfebre había enmarcado estos campos con esmalte violeta, pues en ellos florecía la cardamina sobre tallos de un verde fragilísimo. Hay asuntos que, en el gran reino de la pintura, estaban reservados al impresionismo. Sin duda pertenecen a esos asuntos los ramos confeccionados con tales flores — un soplo, un aroma, una espuma para reproducir los cuales hace falta un conocimiento sutil de lo perecedero. Para lograr tal hazaña es preciso que a lo anterior se agregue *décadence.* Una cultura tiene múltiples altibajos. Es posible que su fuerza plasmadora decrezca con el tiempo, mientras aumenta su fuerza química, la capacidad del espíritu para combinarse delicadísimamente con la materia.

A última hora de la tarde estábamos otra vez en Kirchhorst. Ha sido un día que ha estado repleto de personas, de imágenes, de estímulos. En un tiempo en que me están

vedados los viajes largos debería yo visitar con más frecuencia, tal como lo he hecho hoy, las pequeñas ciudades de la Baja Sajonia. Hay en ellas más cosas de las que sospechamos.

Kirchhorst, 3 de mayo de 1947

En pleno reino de las serpientes. Los animales eran de color oscuro, no pocos de ellos tenían flancos negros y una banda azul en el centro del cuerpo. En otros se alternaban las escamas negras y las de color claro, como lo veo a menudo. Estábamos en la cocina y uno de los animales se deslizaba por entre los pies de mi madre. Al ver a otro manifestaba yo el deseo de tener un traje cuyo dibujo fuera el mismo que el de su piel. También se hallaba presente mi padre, pero como una sombra. Mi madre estaba a mi izquierda; mi padre, a mi derecha.

Estas imágenes son siempre una visión oracular, pruebas a que son sometidas la fuerza y las expectativas vitales, secretos desvelados. Con eso está en correspondencia su tensión, su hechizo coactivo. Uno echa una mirada un poco más profunda a la cocina. Cuando a ello se agrega el miedo, es un presagio funesto.

Sobre la morfología. En la historia de la evolución la serpiente es «más joven» que los animales provistos de pies, emparentados con ella; y no son el único indicio de eso los restos de pelvis. Con todo, la serpiente es una de las protoformas, un animal absoluto. Donde más se acerca la evolución a ese prototipo, a esa imagen primordial, que está fuera del tiempo, es en la clase de los reptiles. La evolución ha iniciado algo semejante en muchos órdenes, como los protozoos, los peces, los gusanos, los saurios.

Eso nos indica que es preciso alcanzar visiones del mundo animal superiores a las basadas en el árbol genealógico. Hay aquí, como en la historia del ser humano, brotes que en tiempos distintos tienden a idéntico objetivo y ello hace que exista una especie de parentesco espiritual y morfológico

que está por encima del parentesco natural de la sangre. Así como un artista puede hacer de bronce, de barro o de mármol la estatua de una diosa, así aspiran a la Idea del pez un ictiosaurio, un narval o un tiburón azul. La Idea misma permanece invisible. La materia y las líneas genealógicas son cera en la Mano que modela. La meta se halla presente siempre; la evolución la rodea con sus complicados dibujos. Bien es verdad que uno puede concebir ese pensamiento tan solo cuando se ha evadido de la coerción del tiempo lineal. Donde acaba el tiempo sale de sus profundidades la serpiente primordial, la protoserpiente.

Kirchhorst, 17 de mayo de 1947

Heliópolis. He terminado «El regreso de las Hespérides» y comenzado el segundo capítulo, «En el Palacio». Llamo «Hespérides» a las tierras situadas allende la *ratio,* mientras que el «Pagos» pretende describir las montañas donde el hombre se afana en lograr una comprensión superior del Ser, subiendo los tres escalones de la magia, la moral y la teología. El Palacio es, por el contrario, el lugar de la realidad política, donde el hombre intenta dominar la práctica de la vida, dominarla orgánicamente, en oposición a los esfuerzos mecánicos de la Oficina Central: el poder, por un lado, y la violencia, por otro. Todo ello, en estilo alejandrino; una vez fracasadas las recetas tanto del progreso como también de la reacción, se recurre a una serie de acreditados remedios caseros. También el Estado mundial se ha revelado ya como una utopía. Se han vuelto transitables ciertas partes del cosmos, con lo cual está amenazado el brillo de las estrellas. El trabajador intenta captar ingenuamente el más allá con los medios de que dispone, a la manera como los pintores góticos vestían con trajes medievales a los personajes de Tierra Santa. Busca la redención en el espacio fáustico. Lo que no se le alcanza es que sus medios son símbolos de muerte, mas justo esa ignorancia es lo que lleva al trabajador más allá de sus propios límites. El trabajador está navegando ahora por la laguna Estige, cuyas aguas se han vuelto transparentes.

Con todo, arriba a la salvación; ha soñado hasta el final uno de los grandes sueños. Esa era la tarea que tenía encomendada.

Kirchhorst, 18 de mayo de 1947

Oía pasos que iban subiendo lenta, pesadamente la escalera. De repente se abría la puerta y un frío mortal llenaba la habitación. Aquí la palabra «frío» puede servir únicamente de perífrasis; era un escalofrío que iba de dentro afuera.

Kirchhorst, 21 de mayo de 1947

Por la tarde ha pasado por casa el doctor Göpel. Una de las buenas observaciones que ha hecho es que hay que acoger con cautela todas las revelaciones de las pitias y las sibilas. Es menester que se añada siempre a ellas el mundo de la luz, representado por intérpretes masculinos, sacerdotales. La Droste buscó en vano uno de esos intérpretes.

Kirchhorst, 15 de junio de 1947

En los matorrales de la presa de Lanne he tropezado con una pareja de lucánidos. La hembra estaba succionando la savia de una encina herida; el macho la tenía abrazada.

Cuando los machos son de mayor tamaño que las hembras y se señalan, como en este caso, por sus adornos y armas, las causas de ello no son nunca, sin duda, primariamente sexuales. En el macho los adornos están relacionados con la voluntad y el movimiento; en la hembra, con la visión inmóvil de las cosas. Marte lleva como emblema el escudo y la lanza; Venus, el espejo. Ya la célula espermática está armada de un flagelo. El óvulo la recibe inmóvil, la acoge dentro de sí.

En no pocas especies, como en una araña de Madagascar, la *Nephila,* la diferencia de tamaño llega a ser grotesca. En un gusano estrellado, la *Bonellia* verde, que pude observar en Nápoles, las relaciones son más asombrosas todavía; el macho habita como parásito dentro de la hembra. Penetra en ella por el orificio de la boca y, a través del canal digestivo, llega hasta los órganos sexuales. En otras especies el macho es consumido, devorado después de la fecundación. Parecido

a eso es también el asesinato de los zánganos, que pone fin al vuelo nupcial.

El papel del macho parece consistir en proporcionar los elementos de ordenación, de radiación. Cabría imaginar una situación en la que el macho ya no estuviese presente físicamente, sino que actuase mediante la pura visión directa y se hallara representado, como en astilleros, por modelos minúsculos, de conformidad con los cuales construirían unas fuerzas invisibles tantos barcos como deseasen.

Con este ahorro espacial se corresponde un ahorro temporal, por cuanto en no pocos animales el macho sale a escena muy raras veces, como ocurre en los saltamontes de la familia de los bacílidos, en los que lo normal es la partenogénesis. Pero esta es interrumpida en ocasiones por una generación sexual, como si el mundo material quisiera tomar de vez en cuando la medida.

En los insectos que viven en sociedad los obreros son asexuados; sufren esa reducción para favorecer la producción. También en nuestro mundo de trabajo empieza a haber indicios de perspectivas extravagantes.

Cabría imaginar astros en los que la vida se propagase únicamente por gemiparidad. Lo probable es que en ellos, como en los arrecifes de coral, no estuvieran separados los individuos. Si tales colonias poseyesen inteligencia, faltaría casi completamente la voluntad, en favor de la visión directa, de la «concepción» del mundo. Se tendrían arrecifes, céspedes, celdillas en los que se meditaría, se soñaría el cosmos. A veces he pensado eso al ver arriates de celosías en flor parecidos a cerebros rojos.

Ya en los protozoos se reparten las posibilidades de la vida, también las no realizadas. ¿Qué son *propiamente* los flagelados, los rizópodos, los radiolarios, las amebas? No hay duda de que, a partir de la invención del microscopio, hemos descubierto esos mundos, pero aún no los hemos interpretado. Están aguardando su Champollion.

Kirchhorst, 30 de junio de 1947

De las escenas en el mar de hielo. Al borde de un continente ártico se extendía una carretera por la que circulaban vehículos blindados cargados con cosechadoras y armas de guerra. De vez en cuando llegaban del mar de hielo, arrastradas por el viento, nubes de vapor, y entre ellas avanzaban tropas para atacar por sorpresa a los convoyes. Lo que allí estaba ocurriendo poseía una sombría grandeza; yo participaba en ello desde una colina polar. Desde aquel sitio se veían los campos nevados, con la cinta por la que se movían los pesados camiones; detrás, el mar; y en este, archipiélagos de hielo azul de glaciar. Todas las cosas eran en aquel paisaje frías y metálicas; los corazones eran de hierro y estaban llenos de una sombría resolución.

Kirchhorst, 26 de julio de 1947

Regresado de Gotinga, donde he pasado una semana en la clínica oftalmológica con los ojos vendados; una rama de avellano que se movía en remolino me causó una herida mientras estaba cortando leña. Ese vivir a oscuras ha resultado menos aburrido de lo que temía, pues pronto empezaron a emerger ante los ojos interiores verdaderos racimos de imágenes. Proseguido el trabajo en *Heliópolis;* he comenzado con «El relato de Ortner», que he terminado en una sola noche. El argumento y los detalles se me habían ocurrido en la clínica.

Kirchhorst, 25 de agosto de 1947

Por la mañana se presentó en casa un visitante que no quiso decir su nombre abajo; era el doctor Von Leers. Ahora está trabajando de traductor con los ingleses, con documentación falsa, y ha contado que ha enviado a su mujer y a su hija a España, para ponerlas a salvo de las «bestias rojas». También él quiere marchar a España. No se me ha olvidado que ya en 1933 me describió en Steglitz esta situación, aunque la calificaba, ciertamente, de posibilidad poco probable. Hay ahora una rama especial de la emigración, cuyo personal cambia continuamente, pero que perdura como uno de

los fenómenos de nuestro tiempo: la que lleva a Argentina pasando por España.

He encontrado que las opiniones de Leers permanecían inquebrantables y por ello he desviado la conversación de los asuntos políticos. Hemos estado charlando sobre la relación entre el lenguaje y la lógica — ha dicho que especialmente el turco es un instrumento sumamente preciso en ese aspecto. Según él en el turco existe todo un abanico de formas verbales para distinguir los rumores dignos de crédito de los que no lo son.

Leers es un genio de los idiomas. Estos espíritus tienen, lo mismo que los cantantes y que los pianistas, un campo muy amplio. Los predilectos de Leers son los japoneses, cuya historia y cuya lengua ha estudiado a fondo. Entre otras cosas me ha contado que el mismo día en que quedó aniquilada en Pearl Harbor la flota norteamericana acudió a su casa el embajador japonés en Roma para comunicarle inmediatamente a él, en su calidad de prusiano, aquella agradable noticia. Lo hizo con estas palabras:

—C'est la vengeance pour 1789.

Cuando pienso en los fugitivos de todos los colores que han acudido a mi casa en el curso de los años paréceme que se neutralizan. Acaso también se suman.

Kirchhorst, 30 de agosto de 1947

Cuando tenía vendados los ojos sentía con más intensidad los olores; unos me parecían más agradables que de ordinario, y otros, más repulsivos.

Incluso en la esencia de rosas hay un tufo de escatol, de olor a excrementos. En no pocos aromas, como el de los membrillos, lo agradable y lo repugnante están equilibrados. Ningún perfume debería ser demasiado fuerte. Su sustrato se destaca con mayor nitidez cuando estamos débiles. Ese sustrato es putrefacción; en todos los olores se revela la metamorfosis, a menudo sublime, de la sustancia, el hálito de la mortalidad.

La desintegración de los jeroglíficos que son los aromas —runas en el hueso de la nuez moscada, tirada mántica con una pizca de azafrán en polvo. Debería haber escritos que se volatilizasen en perfume. Entonces, ciertamente, el entendimiento tendría que poder asociarse al olfato, igual que se asocia a lo visible y a lo audible. Kant dijo que el sentido del olfato es el más prescindible de todos. Es un puro juicio del intelecto. Uno vislumbra a veces que los aromas albergan archivos gigantescos para los que carecemos de llave. En ellos reposa un sentido que le está oculto a la palabra. Hablamos del perfume de una época, de un libro, de una espiritualidad.

De una conversación soñada. Oía a un tercer interlocutor decirle a Friedrich Georg:

—También han comprobado los sabios —y esta noticia le resultará desagradable a usted— que el suero sanguíneo de los líderes es reconocible por ciertas peculiaridades. Cabe demostrar la presencia en él de una materia que guarda parecido con las hormonas de las telas de cebolla.

Friedrich Georg respondía:

—¿Por qué iba a resultarme desagradable eso *a mí?*

Esta réplica me encantaba.

Kirchhorst, 2 de noviembre de 1947

Ein' feste Burg ist unser Gott [nuestro Dios es una sólida fortaleza], 1529. Ese canto se eleva de las lenguas germánicas cuando los pueblos se asemejan a columnas de ejército en marcha hacia lo desconocido. Es la prolongación exacta del *Heliand.* Dios es el protector en la lucha, el que provee de armas; su Hijo, «el hombre justo», es el combatiente en primera línea.

Las huellas de Lutero no podrán ser borradas de nuestro destino; Lutero interviene en cada una de nuestras grandes decisiones. Fracasarán todos los renacimientos de la *Una Sancta,* y no tanto por causa de la doctrina y de las reformas de Lutero, cuanto por causa de su figura hecha palabra, a no

ser que en el futuro aparezca un Papa con la autoridad suficiente para canonizarlo y colocarlo entre los Padres de la Iglesia.

Gotea el agua de los árboles, que aún tienen hojas; los crisantemos, últimas flores del año, brillan a través de la ligera bruma. Ha llegado el momento de dar la vuelta al abono; es el último trabajo en el año del jardín. También resulta instructivo; la pala pone al descubierto, en una especie de arqueología fugaz, el imperio de la putrefacción. Es un espectáculo consolador el ver desaparecer ahí el peso de las cosas caducas y gastadas; retornan al elemento, que las consume para darles una fecundidad nueva. A veces capta uno todavía sus fantasmas. Así he visto un pedazo de tela transformado por el moho en un delicado dibujo de encaje. Las formas se funden en el humus, fermentan en el suelo materno. Aquí suelo enterrar también viejos escritos y papeles de propaganda, pensando que pronto brotarán flores de ellos.

Kirchhorst, 2 de enero de 1948

Más refugiados. Un trabajador de Schneeberg ha contado que los rusos andan buscando uranio en Sajonia y que emplean mineros esclavos. Cabría pensar que aquí está preparándose una factura por la entrega de Sajonia y Turingia, una factura a presentar en Nueva York. Hay en estas cosas una contabilidad complicada. Tampoco Hitler supo lo que significaba para él la expulsión de los físicos de Gotinga. Una «física alemana» casaba mal con las pretensiones de poder mundial; algo parecido ocurría con la teoría de la raza. En estos asuntos es menester contentarse con un mínimo de *Weltanschauung*, de «concepción del mundo», con un mínimo de colorido especial. Se proporciona el marco, no el mosaico.

El pronóstico es desfavorable también para los rusos, que introducen en las ciencias y en las artes elementos de una *Weltanschauung*. A ello se añade el mantenimiento de la escritura cirílica, la dificultad de su idioma, en comparación con el inglés, que resulta asimilable en todas partes, incluso entre los negros del hemisferio austral. El inglés se adecua a la técnica. Los rusos tienen un gusto propio muy fuerte, de ahí que se vean obligados a hacer un gran uso de la coacción. Eso aumenta a medida que se extienden y está también poniéndose de manifiesto ya ahora en los territorios ocupados por ellos.

Tanto en la política clásica como en la física clásica siguen «vigentes» ciertas reglas; por ejemplo: las elecciones libres, el derecho de autodeterminación de los pueblos, la soberanía nacional, la neutralidad de los Estados pequeños, los derechos fundamentales. Pero esas reglas no están vigentes en todo lugar ni en todo tiempo. Una superestructura elabora otras leyes, aún no investigadas, con nuevas constricciones y nuevas libertades.

Nunca han sido más necesarios que ahora los espíritus ordenadores. Decir eso parecerá una banalidad en un tiempo que se señala por continuos procesos de ordenación, uniformación y reordenación. Pero en el sentido de la concepción central esos procesos son tareas, no soluciones. No es la superficie lo que modifica la profundidad, sino la profundidad lo que modifica la superficie — ¿cómo son las fórmulas de los cristales? Cabe suponer que más sencillas de lo que se supone. Estamos viviendo en la pubertad, en la fase heroica del trabajador; la técnica es su ropaje. La técnica no modifica la vida, sino que es un indicio masivo de cambios profundos. Adaptarse a la técnica sería como que el cuerpo se adaptase al vestido. Entonces serían los sastres los que fijarían las medidas.

Kirchhorst, 5 de enero de 1948

Comienza a hincharse la corriente del correo; también esto es, junto a la multiplicación de los medios técnicos y de las oficinas administrativas, una de las astucias del *Zeitgeist*, del Espíritu del Tiempo, que, insaciable, quiere transformar el tiempo libre en tiempo funcional, el ocio en trabajo. El tráfico facilita el movimiento y aumenta la superficie de ataque, el número de puntos de sangría.

Friedrich Georg me contó que en una ocasión lo convocó a su despacho uno de los eunucos que residen en tales sitios y le preguntó quién le daba trabajo, quién era su empleador. Respondió que él era independiente y entonces aquel sujeto le hizo esta pregunta:

—¿Tiene usted permiso para eso?

Marx dijo, ¿o fue Engels, o Proudhon?, que la libertad de los pobres consistía en que les estaba permitido pedir limosna en las esquinas de las calles; pero esa era todavía una concepción romántica.

Léautaud me envía saludos. Parece que a sus ochenta años está teniendo una floración tardía, que está incluso entrando

ahora acaso en su mejor época; y continúa siendo el *enfant terrible* que siempre fue. Banine me escribe que en una ocasión, yendo con él, tuvo que esperar en el cruce del Rond Point, a causa de los automóviles, y que le oyó rezongar:

—Durante la ocupación podía uno al menos cruzar la calle.

He empezado a traducir el pequeño escrito en que Léautaud consignó los recuerdos de su padre; es un trozo de prosa volteriana, que publicó en 1905 en *Le Mercure de France* y que ya ha hecho varias veces mis delicias.[1] En el volterianismo de un Léautaud o de un Abel Bonnard se ha conservado algo más que una flora de herbario para espíritus estériles — se ha conservado, en efecto, el *charme* nada común de una cabeza libre y osada, *charme* perceptible ya en vida. Léautaud y Bonnard son esquejes llenos de vida. Forman una raza de su país y son de difícil trasplante; una de sus características es que a edad avanzada siguen produciendo flores y frutos. La fisonomía de ambos me trae al recuerdo la hermosa cabeza de anciano del Voltaire de Houdon que está en el vestíbulo de la Comédie-Française; en esa cabeza se interpenetran y unen prodigiosamente rasgos de la vejez y rasgos de la infancia eterna. Es algo que dura más que los errores.

En el correo, además, el artículo de un joven catedrático de filosofía, una especie de niño prodigio, que pide mi cabeza en una revista de la denominada «zona oriental». Lo hace con perseverancia, aunque no está del todo contento del éxito, pues se queja de que recibe cartas anónimas.

Leo por encima las citas que me reprocha y debajo de ellas encuentro la siguiente: «Cabe acrecentar significativamente la esclavitud si se le da apariencias de libertad».[2] Hoy difícilmente expresaría yo eso de ese modo, y no porque haya cambiado de opinión, sino porque podría entenderse como una receta para espíritus que en modo alguno tienen necesidad de ella. Esa máxima continúa siendo una buena constatación, una clave para entender ciertos fenómenos paradójicos de la sociedad moderna que de otro modo resultan difíci-

les de explicar. Presumiblemente se me ocurrió al contemplar una masa jubilosa y tras leer algunas páginas de Chamfort. También este catedrático podría sacar provecho de ella. ¿Es que él, cabeza inteligente sin duda, no ha meditado todavía sobre el hecho de que está filosofando, y es evidente que con gusto, a las puertas de una barraca de desolladores? Y de él no puede decirse siquiera, como del marqués de Posa: «Era largo el hilo a cuyo extremo revoloteaba». Una mínima desviación de la línea general, y su fama habrá acabado.

Me entero de que soy el inventor de la «movilización total». También eso es un error; yo soy su descubridor, el padrino que le dio nombre, y esa es una diferencia importante. Durante la guerra leí en una ocasión que el presidente de Norteamérica hacía el elogio de su país por haber llevado a cabo la más grande movilización total de la historia. Es un principio que perdura, pues representa una de las consecuencias ineludibles del mundo dinámico. Hoy en día o se arma uno de ese modo o se deja de tales cosas y paga su tributo al tiempo de otra manera. En determinadas circunstancias las modistillas disparan desde las ventanas de las buhardillas; si no aquí en Alemania, sí en otros sitios.

Por un momento he estado tentado de escribir una carta a ese catedrático, pues yo puedo ponerme en su lugar mucho mejor que él en el mío. Pero habría sido inútil en un país como el nuestro, en el que los espíritus no se desprenden de los casilleros en que están metidos a la fuerza. A la tercera frase sabe uno a quién han votado. Es este un país en el que o no hay ninguna academia o hay una docena. Con un cínico como el viejo Léautaud podía uno pasarse una tarde entera sin que ni una sola vez le recordasen que Alemania y Francia estaban en guerra. Es algo que debería ser posible siempre entre personas cultas y constituye un gran alivio: *Voilà un homme.* Esa sigue siendo, a fin de cuentas, la fórmula que debe brotar de los cálculos más complicados, si no se quiere andar diciendo trivialidades.

Kirchhorst, 6 de marzo de 1948

Regresado de Hannover. Para hacer ese camino utilizo la bicicleta, cuyo faro recibe la corriente de una pequeña dinamo. Si voy despacio la luz es escasa; si acelero, brilla con más intensidad. En los sitios difíciles se plantea el dilema siguiente: o aminorar la marcha, como lo ordena la prudencia — y entonces la luz baja, la visión se reduce. O bien acelerarla, y entonces es mayor la vista y también, con ella, el peligro.

Es un esquema con que nos encontraremos en muchas situaciones de la vida. Es preciso aumentar o bien la quietud o bien el ímpetu. En las dos cosas hay riesgo.

Kirchhorst, 30 de marzo de 1948

Por la mañana en el bosque, para cortar leña. Está demasiado avanzado el año, los abedules han sangrado mucho. El trabajo me ha agotado. Pensamiento: «En realidad podrías haber enviado a otra persona, pagándola. Y, entretanto, habrías ganado cómodamente en casa mucho más».

Réplica: «Pero entonces no habrías sudado».

Bien — no hay en nuestro mundo nada más improcedente que poner en relación dos actividades tomando como criterio el dinero. Pues desembocamos en el *time is money,* divisa que se encuentra en el polo opuesto de la dignidad humana. Acertada es, en cambio, la frase de Teofrasto, que dice que «el tiempo es un gasto precioso».

Todo trabajo encierra en sí algo que es impagable, algo que proporciona una satisfacción que se basta a sí misma. En eso es en lo que se asienta la auténtica economía del mundo, la honda estabilidad de los ingresos y los gastos, la ganancia segura.

Si no fuera así, el campesino tendría que estar pendiente de las cotizaciones de la Bolsa, y no de la tierra, el sol, el viento. El autor tendría que estudiar el humor de las masas y adaptar su obra a los lugares comunes dominantes. Las flores desaparecerían de los jardines, y de la vida desaparecerían las cosas superfinas. No habría setos, ni bosques de recreo, ni arroyos serpenteantes, ni lindes entre los campos.

Lo que hace sagrado el trabajo es lo que en él hay de impagable. De esa porción divina es de donde afluyen a los seres humanos la felicidad y la salud. También puede decirse que el valor del trabajo se mide por la cantidad de amor que en él se esconde. En este sentido el trabajo se asemeja al ocio; en los grados superiores confluyen el uno en el otro. He visto al hombre que iba arando detrás de sus caballos; por donde había pasado, la gleba, iluminada por la luz mañanera, se daba la vuelta y parecía dorarse. La cosecha es solo el rédito de esa sobreabundancia.

Para que me ayudase me llevé conmigo al viejo Hanke; tiene más de setenta años y es un alemán sudete que vive refugiado en nuestra casa. De 1905 a 1908 sirvió en los *Kaiserjäger*, los Cazadores del Emperador, y se empeña en saludarme militarmente. En nuestras conversaciones prefiere recordar sus tiempos de soldado. Uno de los momentos culminantes de esos recuerdos es el desfile ante el viejo Francisco José durante las maniobras que, con asistencia del emperador, pusieron fin a sus años de servicio. Al lado de Hanke había un hombre que movió el fusil. Desde su caballo el emperador, lleno de cólera, gritó por dos veces:

—Capitán, un hombre de su compañía se ha movido.

El heredero del trono, Francisco Fernando, que estaba al lado del viejo, dijo en tono de apaciguamiento:

—Déjalo, tío, seguramente has visto mal; ya está bien.

Cuando lo cuenta, el viejo Hanke se enfurece.

—Pero era verdad, era verdad, fue el hombre que estaba a mi lado, movió toda la línea, yo lo vi.

Coge el hacha, se la echa al hombro y comienza a desfilar, con sus huesos deformados por la gota:

—¡Así es como hay que marchar, así!

Tras dos guerras mundiales perdidas entretanto, todo aquello producía un efecto sumamente fantasmal; me hubiese gustado que Kubin compartiese el espectáculo conmigo.

En una ocasión me escribió: «Usted me ha visto bien; yo soy el enterrador de la vieja Austria».

Kirchhorst, 7 de abril de 1948

La eternidad no es una magnitud, sino una cualidad. No son, por tanto, los milenios ni los millones de años lo que más se acerca a la eternidad, sino el instante. Hacia él se lanzan las criaturas, para arder en él, como bandadas de efímeras en la luz de la vela.

También todos los saberes verdaderamente profundos vienen del instante, no del tiempo.

Los seres humanos tienen, como los árboles, su lado expuesto al viento, y, como las montañas, sus solanas. Lo único que hemos de hacer es encontrar el acceso a sus laderas de viñas, a sus minas de tesoros. Entonces dispensan oro y vino en los sitios donde nadie lo sospechaba.

Los seres humanos son textos jeroglíficos, pero muchos encuentran su Champollion. Se hacen legibles, se vuelven interesantes, cuando se afina la clave *con amore.*

Kirchhorst, 8 de abril de 1948

En el jardín, con Edmond y Lindemann. Hemos hablado de sueños; Edmond ha contado que, cuando estuvo prisionero, coincidió con Strubelt, al que yo encontré en el Cáucaso.[3] Strubelt le contó un sueño que había tenido la noche antes de conocerme a mí y en el que yo aparecía. Me había visto mirar por la ventana de mi casa. Debajo colgaba una banderola y en ella Strubelt había descifrado la palabra «Thadek». En vano meditaba sobre su significado. Ahora bien, lo extraño es que así es como se llamaba el sobrino de Edmond, sobrino que por entonces estaba viviendo en nuestra casa en calidad de refugiado.

Bagatelas como esa le sorprenderán en la vida a todo el que preste atención. Son copos de espuma, salpicaduras que caen en nuestro barquito desde el mar de la *coincidentia oppositorum.* Aunque en sí mismas esas cosas carecen de

sentido, son indicativas de grandes conexiones, de vinculaciones hondas.

En los diarios de los Goncourt tropiezo, con fecha del 1 de marzo de 1887, con el nombre de Abel Hermant. Pertenecía a nuestro círculo y era una persona a quien yo encontraba en la casa de Florence Gould en la Rue Malakoff. La prosa de Hermant le proporcionaba al viejo Léautaud materia para hacer observaciones chistosas. Cuando yo lo conocí tenía que andar por los setenta años largos, y en la época de los diarios de los Goncourt, por los veinte. Las personas mayores se asemejan a los pilares de un puente que sostuviesen grandes arcos por encima del tiempo. Nos traen el conocimiento directo de pasados que, de otro modo, solo de manera indirecta, por medio de libros, siguen dando testimonio de sí. Continuamente están muriendo últimos testigos de vista, últimos participantes. Abel Hermant, a su vez, hubo de topar en su infancia con personas que conocieron a Napoleón y a Danton, que combatieron en Waterloo.

Kirchhorst, 10 de abril de 1948

Hay en la vida la cadena de la causa y el efecto; en esa cadena no hay discontinuidad. La causa pone el efecto, que es lo posterior.

Pero hay también la cadena de la profecía y el cumplimiento — aquí es el cumplimiento el que pone la profecía, que es lo primero. Este segundo entrelazamiento es más profundo y se presenta en un orden temporal invertido. De ahí que también la impresión que nos deja sea más significativa y se apodere de nosotros de manera misteriosa.

A veces nos percatamos de que han sido proféticos en nuestra vida un acto, un encuentro, una palabra. Eso puede arrojar luz sobre un pasado lejano, como si se dorasen los eslabones de la cadena de hierro. Lo feo puede presentarse como molde, el dolor como sacrificio, el azar como necesario.

En las grandes horas del destino puede llegar a ser profético todo aquello que alguna vez fue. El traje del destino se vuelve magnífico; el azar ha causado efectos en la tela de que está hecho. El Gran Mediodía arroja una luz sin sombra. Entonces queda borrada la culpa. Saltan los cerrojos y los prisioneros quedan libres.

Así es también como la hora de la muerte marca el punto en el que la vida se convierte en profecía. La luz de la otra cara, la luz que procede del cumplimiento, da sentido a la vida. Ahora refulge de repente lo que en ella era más hondo que la causa y el efecto.

En recuerdo de Harry von Jeinsen, que ayer sufrió un accidente mortal.

Kirchhorst, 11 de abril de 1948

A última hora de la tarde conversación con mi hermano Physicus sobre los números primos. Es notable el hecho de que no quepa ordenarlos en un sistema radial. Si fuera posible hacerlo, los divisores habrían de iluminar como trayectorias de proyectiles el cosmos de los números dispuesto en la superficie de un disco. Tal vez podría construirse una figura con algo parecido.

En lo infinito la cantidad de números primos es necesariamente infinita.

Luego hemos hablado del ocho. He recordado la observación de Kükelhaus sobre el extraño fenómeno de que en muchos idiomas este número se convierta, si se le antepone la *n* de la negación, en el vocablo que significa noche: *nox, night, nuit, notte,* etcétera.[4] Sobre esto, la siguiente elucubración:

Según los lingüistas, en todas las lenguas indogermánicas las palabras que designan *ocho* tienen una raíz común, que es un dual de *cuatro.* Eso permitiría inferir la existencia de un sistema de numeración basado en el cuatro, cosa que aún hoy es conocida en varios pueblos de la Tierra. Se cuentan los dedos de cada mano, excepto el pulgar. Cuando se llega al *ocho* se ha llegado al final. Cabría pensar que existe una vieja

asociación entre «final» y «noche». Con el *nueve* recomienda el acto de numerar. La llamativa relación que existe en muchos idiomas entre *nueve* y *nuevo* estaría en correspondencia con eso.

Kirchhorst, 12 de abril de 1948

Hacía erigir en el fondo del mar una columna gigantesca. La punta, similar a la de un mástil, casi llegaba hasta la superficie de las aguas. Pronto se establecían en ella bálanos o «bellotas de mar», pólipos, algas, lapas. Después se agregaban gusanos tubularios, anélidos, conchas dentadas, holoturios, estrellas y anémonas de mar, que se ocultaban en toda aquella confusión; también aparecía esa decoración que se ve en los jardines de corales.

Ello hacía que el perfil de la columna quedase pronto desdibujado; a su alrededor se tejía tejido de vida. Las multicolores cales de las conchas y de los amonites dejaban incrustadas allí sus redondeces; el rojo musgo marino y el terciopelo de los zoofitos, los animales-plantas, envolvían como un velo la columna. Tentáculos y cintas de algas pendían de ella cual barbas de Neptuno. Los animalillos marinos, camarones, sagitarios, cinturones de Venus, medusas, flotaban a su alrededor con colores argentados, cual una nube de abejas. En círculos más amplios, peces de todos los tamaños, hasta llegar a los monstruos, giraban en torno a la columna; seguían sus trayectorias como los planetas más alejados. Yo no los percibía de manera óptica, sino por su gravitación.

Mientras contemplaba en el fondo del mar mi obra invadíame un sentimiento de orgullo, que pronto dejaba paso al asco. Veía que había erigido un monumento a Proteo, y, volviendo la espalda, me dirigía hacia las grutas.

Kirchhorst, 15 de abril de 1948

La gravitación y el tiempo están unidos por una relación profunda. Los relojes, incluso los de sol, son movidos por pesadas pesas. De ahí que el empeño de abolir el tiempo se dirija en primer término contra la gravitación; el espíritu quie-

re alzarse por encima del tiempo arrojando lejos de sí la aplastante consciencia de la pesadez, liberándose de ella: en la embriaguez, en los sueños, en el abrazo amoroso, en la meditación, en el éxtasis y, sobre todo, en la muerte. Esta última quita, como quien quita un vestido, el cuerpo, soporte de la gravitación, y actúa como aniquiladora del tiempo.

La libertad y el placer nos los representamos ligeros; el dolor, pesado. La libertad es dueña del tiempo; cuando somos libres este pasa sin que lo notemos, mientras que en una cárcel se alarga. El placer hace que las horas vuelen; en el dolor se nos hacen interminables. Lo que la tortura pretende es agudizar al máximo la consciencia del cuerpo, y, con ello, la del tiempo, hasta lograr que resulte insoportable.

El paraíso es situado en el cielo ingrávido; el infierno, lugar de tormentos, en el interior de la Tierra, donde tiene su morada lo pesado.

¿Existe el purgatorio? Sí, el purgatorio existe, lo que no existe es el infierno. El infierno presupondría el dominio absoluto del peso y del tiempo. Y también el purgatorio puede actuar tan solo mientras el cuerpo existe — en la vida y en el instante de morir, pero no en la muerte. Esta es la tesis que yo sostengo contra san Juan Crisóstomo y contra san Agustín, los cuales rechazan las objeciones contra la eternidad de las penas del infierno. Cierto es que, desde el punto de vista dogmático, apenas puede prescindirse de esa eternidad.

Con respecto a la gravitación nos aguardan descubrimientos extraños; no solo el territorio físico de nuestro poder quedará ampliado por ellos.

Kirchhorst, 20 de abril de 1948

Lectura desagradable. También en Alemania se imprimen ahora libros en los que aparecen con todas sus letras palabras obscenas — me refiero a esas palabras que antes se leían solo en las paredes de retretes de estación escasamente iluminados.

En esto se nos han adelantado los países extranjeros; groseros norteamericanos y bandas de criminales parisienses introdujeron la jerga en la literatura. Una señal más de la extinción, de la reducción. A la vez, una bandera funesta que se iza. Comienza la pesca de atunes, la *mattanza.*

El estilo abyecto no se limita a los libros. Eso sería como esperar que reinase el orden en una ciudad en la que se adornaran las fuentes y las plazas con monumentos infames. Lichtenberg dice que basta que uno pinte un disco en la puerta de su casa para que pronto aparezca alguien que dispara contra él. En Sade el acto de violencia sigue inmediatamente a la palabra obscena. Esta da la señal; la primera violación del tabú arrastra consigo todas las demás. Cabe presumir que en nuestras barracas de desolladores se habrán vivido cosas parecidas. Primero la degradación por la palabra, después la degradación por la acción. En los sitios donde el liberalismo alcanza sus límites extremos, abre la puerta a los asesinos. Es una ley.

Y finalmente, desde el punto de vista artístico: qué caída en la grosería vulgar, qué falta de imaginación. Qué ceguera para esa estrecha zona al borde del abismo que es la herencia congénita del artista y de su libertad. El artista triunfa, alado, en la imponderabilidad de la palabra — ahí es donde está su riesgo y ahí es donde está su fuerza redentora.

Kirchhorst, 3 de mayo de 1948

Continuado trabajando en *Heliópolis.* La utopía depende de la técnica y se ve forzada a entrar en detalles de esta, para que se produzca un grado superior de credibilidad. Mas si suponemos que la técnica ha alcanzado su perfección, entonces hemos de dedicar nuestros esfuerzos más bien a borrar los detalles, en favor de una impresión de naturalidad, de realidad mágica. Los medios ya no son tan importantes.

Llegamos así a una inversión de la novela utópica. Ahora la técnica queda supeditada a la acción, es inventada con vistas a la acción, forma parte del confort de esta. Eso da a la descripción, en contraste con la orientación progresista de

las utopías, un tono retrospectivo, retardador. En este sentido cabe decir que está dirigida también contra el poder de la técnica actual y contra sus pretensiones de dominar al espíritu.

Kirchhorst, 19 de junio de 1948

Cada uno tiene la altura que corresponde a su profundidad; en esta regla no hay excepciones. De ahí la aglomeración de demonios junto a los santos, de ahí la serpiente al pie de la cruz. Solo cuando se extingue la vida se extingue también la vigencia de esta regla. La altura y la profundidad se vuelven unas. Se nos otorga el perdón.

Kirchhorst, 28 de junio de 1948

Lectura de la bella carta de Antoine de Saint-Exupéry al general X, encontrada entre los papeles que ha dejado. En ella, estas dos frases:

«Sufro de un tiempo que me resulta ajeno. Pero no me arrogo el derecho a quedar exceptuado de ese sufrimiento».

Ese es el sufrimiento de los espíritus superiores en nuestro tiempo.

Kirchhorst, 14 de agosto de 1948

En el jardín del Café Kröpke. Frente a mí está sentado un cliente que tiene ante sí un vaso de cerveza semivacío. Llama al camarero, paga y luego va a una cabina telefónica a hacer una llamada. El camarero retira el vaso. Llega otro cliente, se sienta en el mismo lugar y pide también un vaso de cerveza. Parece que tiene prisa, pues se marcha al poco tiempo, tras haberse bebido precipitadamente la mitad del vaso. Entretanto el primer cliente ha terminado de hablar por teléfono y regresa al jardín. Veo que se sienta en el mismo lugar de antes y que se bebe muy complacido el resto de cerveza que queda en el vaso; luego se marcha tranquilamente.

¿Qué es lo que me ha turbado en este incidente trivial, que propiamente forma parte del reino de los lances cómicos? Pero yo me he sentido más bien desconcertado.

¿Y qué había en él que pudiera desconcertarme? A mi parecer, lo siguiente: he visto aquí, como en un modelo, la ciega confianza del ser humano que continúa viviendo una situación sin saber que entretanto esta ha cambiado de raíz. Es una de las grandes situaciones posibles; yo la he visto con los ojos del que sí sabía que se había producido un cambio. Podría haber reído; pero todos los que reímos no somos tal vez otra cosa que objetos de una hilaridad que desconocemos.

De igual manera que aquí, en el caso de este vaso de cerveza, la propiedad se intercambió de manera invisible, también es posible que cambien los contenidos metafísicos de nuestra vida; pero nosotros la proseguimos mecánicamente. Sin duda hay puntos de vista desde los cuales el espectáculo se vuelve cómico en su conjunto. Con eso guardan relación las risotadas de Pan en tiempos de la Roma tardía.

Kirchhorst, 15 de agosto de 1948

Estaba recorriendo a la hora de la puesta del sol el bosquecillo, bastante bien conservado todavía, que al otro lado de los yacimientos de arcilla de Altwarmbüchen rodea la Wietze, una parda depresión cenagosa. Crecen allí avellanos, alisos y hayas con los que se entrelazan betigueras, belladonas y madreselvas.

Mientras me encontraba allí botanizando sentí un ruido entre los arbustos; de ellos salió una figura extraña, un hombre de edad indefinida, que portaba una mochila a la espalda. Tenía escayolado el brazo derecho, la ropa que llevaba puesta estaba completamente ajada. No vi ni ropa interior ni calcetines; los zapatos iban atados con cuerdas, para sujetar las suelas.

El hombre se quita la mochila y empieza a preparar una fogata, entre continuos suspiros. Saca de la mochila una lata de sardinas vacía, la llena de agua cenagosa y la coloca sobre el fuego. El agua empieza pronto a hervir en tal cazuela y me acerco para ver qué comida va a cocinarse aquel buen hombre. Saca de sus bolsillos unas veinte cabezuelas de adormi-

dera, de esa que ahora crece en los campos, las corta en trozos con una navaja y las echa al agua. Luego coge unas cuantas manzanas verdes y las coloca sobre las brasas del pequeño fuego. Parece, por tanto, que el festín consistirá en una sopita de opio y unas pocas manzanas asadas.

Entablamos conversación. El cuerpo del vagabundo está tan ajado como su ropa, se halla extremadamente gastado. Oigo la historia de este hombre, que ha tenido mala suerte. Antes de la Primera Guerra Mundial sirvió en los Cazadores de Naumburg, luego contrajo en Macedonia una grave malaria y a consecuencia de ella perdió casi todos sus dientes; a ello se añadió una tuberculosis. Tiene destruido el pulmón izquierdo. Entró de dependiente en una farmacia y allí se habituó a tomar opio. Ha participado como soldado en la Segunda Guerra Mundial; una bala rusa le destrozó el brazo izquierdo. El derecho se lo ha roto hace poco, al caerse. Ahora lleva una vida errante e intenta conseguir opio en las oficinas de las organizaciones benéficas o en las farmacias; en caso de necesidad cuece adormideras y obtiene así un brebaje opiáceo.

A pesar de su desaliño, este hombre tenía en sí algo transparente, estético, inmaterial, parecía una de esas mariposas cristalinas que viven de lo que encuentran en los cálices de las flores, en una existencia ideal.

Kirchhorst, 20 de noviembre de 1948

Visita de Aníbal a Escipión. Se celebraba en una casa de campo; los dos generales comentaban su batalla. Eran como torres que se enfrentasen en un gran tablero de ajedrez. Enorme era la calma, pero también la tensión con que se contemplaban; se notaba que cada uno adivinaba en el otro su propio destino. Intentaban captarse en los caracteres y descifrar sus rasgos, como cifras, como llaves maestras de la estrategia.

Por un ancho ventanal, cuyos cristales eran de un vidrio extremadamente límpido, podían verse las murallas de Zama. A Escipión, sin embargo, no parecía bastarle aquella vis-

ta, pues de pronto levantaba la mano cerrada y rompía los cristales.

Me daba perfecta cuenta del anacronismo, pero ello no me inquietaba, pues era evidente que el cristal era la encarnación del tiempo.

Kirchhorst, 2 de diciembre de 1948

«Pero en el interior sí está hecho.» Una frase para meditar sobre ella, llena de significado. Hay una terminación de nuestras acciones en lo absoluto, un complemento que es siempre independiente del éxito o del fracaso. Eso representa un gran consuelo.

Nuestras acciones son comparables a disparos que estuviesen animados de una fuerza doble. Por un lado son como flechas disparadas por el arco de la vida; esas flechas están sujetas al azar, a la fuerza de la gravedad, al viento. Dan en el blanco o fallan; no está en nuestras manos la trayectoria que siguen.

Pero, a la vez, la cuerda, al estar tensada también por fuerzas de amor, lanza la flecha hacia lo que está por encima de lo real, en una trayectoria recta, que alcanza su meta en lo invisible. Hay siempre un segundo destinatario de nuestras palabras, de nuestros actos, de nuestros pensamientos.

Escribimos una carta a uno de nuestros allegados y la llevamos a correos. En el instante en que la echamos al buzón pensamos en su destinatario y nos invade la duda, la preocupación, de si le llegará. Cuando reina el caos esta preocupación es muy grande. Y, sin embargo, resulta consolador el pensamiento de que, llegue o no llegue a su destino, la carta la hemos escrito. Sentimos que eso ha introducido una modificación en el mundo. Es un sacrificio que hemos ofrecido, aunque nadie la lea. Pues «en el interior sí está hecho».

Algo parecido ocurre con nuestra preocupación por los ausentes. Los pensamientos giran en torno a los guerreros, a los desaparecidos, a los prisioneros. Tal vez no nos lleguen nunca noticias de ellos, tal vez hasta varios años más tarde

no nos enteremos de que cayeron en la guerra. Y nunca parecerá más fuerte el soplo de lo absurdo que cuando nos es preciso reconocer que estuvimos angustiándonos por una persona convertida en podre hacía ya tiempo. Pensábamos en ella como si estuviera viva. Hay algo maravilloso, sin embargo, en ese «como si». Deberíamos pensar en cada muerto como si estuviera vivo, y en cada vivo, como si estuviera ya separado de nosotros por la muerte. Así nuestros deseos apuntan más alto, a la persona invulnerable. Y si tensamos bien el arco, experimentaremos el instante maravilloso en que nos llega la respuesta. Pues en el interior sí está hecho.

Notas

Las notas con menciones a páginas hacen referencia a la version en papel de este volumen y el anterior.

1. *Perpetua:* nombre que Jünger da en sus diarios a su primera esposa, Gretha von Jeinsen (1906-1960), con la que contrajo matrimonio en 1925 y de la que tuvo dos hijos, Ernst (Ernstel) y Alexander. *(N. del T.)*

2. *Kniébolo:* nombre con que Jünger designa en sus diarios a Hitler. *(N. del T.)*

3. Expresión de Goethe, varias veces citada por Jünger en estos diarios. Véase, más adelante, págs. 602 y 603. *(N. del T.)*

4. *Schwärmen:* «revolotear como un enjambre», pero también «fantasear», «desvariar», «delirar». *(N. del T.)*

5. Sobre el proyecto de Jünger *La casa* puede verse el esquema que de él traza en *Radiaciones I* (Tusquets Editores, n.º 45/2 de la colección Tiempo de Memoria), págs. 249-250 Y, en este volumen, pág. 155. *(N. del T.)*

6. El chiste, cuya gracia se pierde en la traducción, está en que *entrahmen* significa propiamente «quitar la nata» *(Rahm)*, pero en esta frase puede entenderse también como «quitar el marco» *(Rahmen)* a los retratos de Hitler. *(N. del T.)*

7. *El Presidente:* el capitán Max Hattingen, adversario de Hitler y responsable de la sección «Prisioneros de guerra» en el Estado Mayor del comandante en jefe de las tropas de ocupación alemanas en Francia. Tenía su despacho, igual que Jünger, en el hotel Majestic, en la Avenue Kléber. *(N. del T.)*

8. Véase E. Jünger: *Radiaciones I* (ed. citada), pág. 306. *(N. del T.)*

9. Véase *Radiaciones I.*, pág. 378. *(N. del T.)*

10. Véase *Radiaciones I*, pág. 378. Según una creencia popular derribar un vaso y que se rompa es señal de buena suerte. Véase sobre ello *Radiaciones I*, pág. 391. *(N. del T.)*

11. Véase *Radiaciones I*, pág. 24. *(N. del T.)*

12. *Cellaris,* «el prisionero»: Ernst Niekisch. *(N. del T.)*

13. Véase *Radiaciones I*, pág. 284. *(N. del T.)*

14. Véase *Radiaciones I*, pág. 244. Y luego, aquí, pág. 386. *(N. del T.)*

15. Véase *Radiaciones I*, pág. 236. *(N. del T.)*

16. Sobre el encuentro de Jünger con Céline (Merline) véase *Radiaciones I*, pág. 266. *(N. del T.)*

17. Véase *Radiaciones I*, pág. 413. *(N. del T.)*

18. Véase *Radiaciones I*, págs. 259-260. *(N. del T.)*

19. Véase *Radiaciones I*, pág. 226. *(N. del T.)*

20. Véase *Radiaciones I*, pág. 385. *(N. del T.)*

21. Henri Thomas fue el traductor al francés del libro de Jünger *Sobre los acantilados de mármol.* Véase *Radiaciones I,* págs. 284, 288, 289, 328 y 329. *(N. del T.)*

22. Sobre Flor de Fuego véase *Radiaciones I*, págs. 276, 282 y 461. *(N. del T.)*

23. Véase *Radiaciones I*, pág. 431. *(N. del T.)*

24. Véase *Radiaciones I*, pág. 386. *(N. del T.)*

25. Véase *Radiaciones I*, pág. 398. *(N. del T.)*

26. Lo que Jünger critica en la frase alemana es la unión de *Lage* (posición echada, de *liegen,* «yacer») con *stehen*, «estar de pie». La citada frase podría traducirse también por: «Allí yacía yo de pie»; en esta traducción queda más clara la desidia lingüística. *(N. del T.)*

27. Sobre la enemiga de Keitel contra Jünger y las palabras que a este respecto dijo a Speidel véase *Radiaciones I*, pág. 12. *(N. del T.)*

28. Sobre la relación de Jünger con Mühsam véase más adelante, en este volumen, págs. 470-471. *(N. del T.)*

29. La frase citada por Jünger es de Spinoza (*Etica*, parte tercera, proposición XLIV) y figura como *motto* del escrito de Jünger *La paz. (N. del T.)*

30. Véase *Radiaciones I*, págs. 428 y 429. *(N. del T.)*

31. Sobre la visita de Jünger al estudio parisiense de Picasso véase *Radiaciones I*, págs. 333-334. *(N. del T.)*

32. Sobre *La casa* véase antes, en la pág. 18, la nota del traductor. *(N. del T.)*

33. Véase *Radiaciones I*, págs. 141-142. *(N. del T.)*

34. La errata está evidentemente en la palabra *Nektar* [néctar], que debería ser *Hektar* [hectárea]: «La viña de seis hectáreas». *(N. del T.)*

35. Sobre la estancia de Jünger en la aldea de Le Godat, durante la Primera Guerra Mundial, véase Ernst Jünger: *Tempestades de acero* (Tusquets Editores, Tiempo de Memoria, 45/1), pág. 10. *(N. del T.)*

36. La frase es un «epigrama» de Jünger publicado en 1934 en el volumen *Blätter und Steine* [Hojas y piedras]. Puede verse ahora en sus *Sämtliche Werke* [Obras completas] (Stuttgart, 1979), vol. 12, pág. 511. *(N. del T.)*

37. Sobre Kurt, el hermano de la esposa de Jünger, véase la semblanza que este traza en *Radiaciones I*, págs. 335-336. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I*, págs. 127-128. *(N. del T.)*

2. El general Walter von Seydlitz cayó prisionero de los rusos en Stalingrado y pocos meses después, junto con otros generales alemanes, encabezó en Moscú el «Comité Nacional de la Alemania Libre». A través de Radio Moscú el general Seydlitz difundió llamamientos a sus antiguos camaradas cercados, invitándoles a deponer las armas y a desembarazarse de Hitler. *(N. del T.)*

3. *Ciudad de Latón:* aparece en *Las mil y una noches* («Historia de la Ciudad de Latón»); Jünger la menciona también en *Radiaciones I*, pág. 283. *(N. del T.)*

4. «Grandgoschier» es Goebbels; «Schinderhannes», seguramente, Himmler. *(N. del T.)*

5. Malepartus (Malpertuis en francés) es la guarida del «zorro Reinecke», que aparece en diversas fábulas medievales. *(N. del T.)*

6. Sobre la estancia de Jünger en el castillo de Montmirail véase *Radiaciones I*, págs. 170-177. *(N. del T.)*

7. Véase *Radiaciones I*, pág. 394. *(N. del T.)*

8. Véase *Radiaciones I*, págs. 275 y 457. *(N. del T.)*

9. Véase antes la nota del traductor en la pág. 204. *(N. del T.)*

10. Sobre Flor de Fuego véase antes pág. 81 y la nota allí del traductor. *(N. del T.)*

11. Sobre la estancia de Jünger en Sissonne en 1917 véase *Tempestades de acero* (edición citada), pág. 126. *(N. del T.)*

12. Véase luego, en la pág. 356, el comentario de Jünger a esta frase de su peluquero parisiense. *(N. del T.)*

1. Véase *Tempestades de acero*, pág. 314. *(N. del T.)*

2. Véase luego, en la pág. 331, otra alusión de Jünger a este sueño tenido por su esposa el mismo día en que cayó muerto en el frente italiano su hijo Ernstel. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I*, pág. 17. *(N. del T.)*

2. Véase luego, pág. 390. Y sobre «Grandgoschier», la nota del traductor en la pág. 222. *(N. del T.)*

3. Sobre Pfaffendorf, camarada de Jünger en la Primera Guerra Mundial, véase *Tempestades de acero*, pág. 132. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I*, pág. 244. Y antes, aquí, pág. 40. *(N. del T.)*

2. Es un «epigrama» de Jünger, publicado en 1934 en su obra *Blätter und Steine* [Hojas y piedras]. Puede verse ahora en sus *Obras completas*, edición alemana, vol. 2, pág. 511. *(N. del T.)*

3. En sus últimos momentos el canciller sueco Axel Oxenstierna (1583-1654) le dijo a su hijo: «Te quedarías asombrado, hijo mío, si supieras con qué tonterías se gobierna el mundo». *(N. del T.)*

4. *Los tres santos de hielo:* San Pancracio, san Servacio y san Bonifacio (12, 13 y 14 de mayo), fechas en que suele haber en Centroeuropa una bajada súbita de temperatura. *(N. del T.)*

5. Véase *Radiaciones I*, pág. 305. *(N. del T.)*

6. Véase *Tempestades de acero*, págs. 264-267. *(N. del T.)*

7. Sobre *Schwärmen* véase, antes, pág. 15. *(N. del T.)*

8. El pueblo llama a los bejines «pedos de lobo». *(N. del T.)*

9. Sobre el fracaso histórico de la izquierda en Alemania, véase el libro de Jünger *El trabajador* (Tusquets Editores, Barcelona, 1990), pág. 327. *(N. del T.)*

10. Sobre el doctor Von Leers véase también, más adelante, págs. 586-587. *(N. del T.)*

11. Véase *Radiaciones I*, pág. 172. *(N. del T.)*

12. *Hans im Glück:* personaje de los cuentos populares alemanes, representante de la simpleza y necedad del ser humano. *(N. del T.)*

13. Sobre la estancia de Jünger en el hospital de sangre de Valenciennes véase *Tempestades de acero*, págs. 122-123. *(N. del T.)*

14. Véase *Radiaciones I*, pág. 82. *(N. del T.)*

15. Véase *Radiaciones I*, pág. 121. *(N. del T.)*

16. *Caballeros de Ekeby:* personajes principales de la obra de la escritora sueca Selma Lagerlöf *La saga de Gösta Berling. (N. del T.)*

1. Sobre Kanne y la frase aquí citada por Jünger véase *Radiaciones I*, pág. 275. *(N. del T.)*

2. Jünger oyó hablar por primera vez a Hitler en 1923, en Múnich. *(N. del T.)*

3. Sobre los «cazadores de sueños» véase *Radiaciones I*, pág. 318. *(N. del T.)*

4. La luego no realizada visita de Hitler a Jünger en Leipzig estuvo prevista para la segunda mitad de junio de 1926. *(N. del T.)*

5. Véase *El trabajador*, pág. 343. *(N. del T.)*

1. Véase *Radiaciones I*, pág. 337. *(N. del T.)*

1. Jünger terminó al cabo de varios años su traducción alemana de este breve escrito de Léautaud, titulado *In memoriam*, y ha incorporado esa traducción a la edición de sus *Obras completas*. Véase edición alemana, vol. 14, págs. 330-371. *(N. del T.)*

2. «Epigrama» de Jünger, publicado en 1934 en su obra *Blätter und Steine* [Hojas y piedras]. Puede verse ahora en *Obras completas* de Jünger, vol. 12, pág. 512. *(N. del T.)*

3. Sobre el teniente Strubelt véase *Radiaciones I*, págs. 423, 424 y 441. *(N. del T.)*

4. También cabría agregar *noche* y *Nacht. (N. del T.)*

Radiaciones II

Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1943-1948)

Ernst Jünger

Título original: Strahlungen II

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

© 1979 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart

© de la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 2024

Fotografía de la cubierta © Ullstein bild /Getty Images

Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)

www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-1107-488-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Sinopsis
Segundo diario de París
1943
1944
Hojas de Kirchhorst
    1945
La cabaña en la viña. Años de ocupación
    1946
    1947
    1948
Notas
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

ÍNDICE

Sinopsis 2
Segundo diario de París 4
1943 5
1944 216
Hojas de Kirchhorst 309
1945 368
La cabaña en la viña. Años de ocupación 422
1946 628
1947 657
1948 686
Notas 703
Créditos 784
¡Encuentra aquí tu próxima lectura! 786